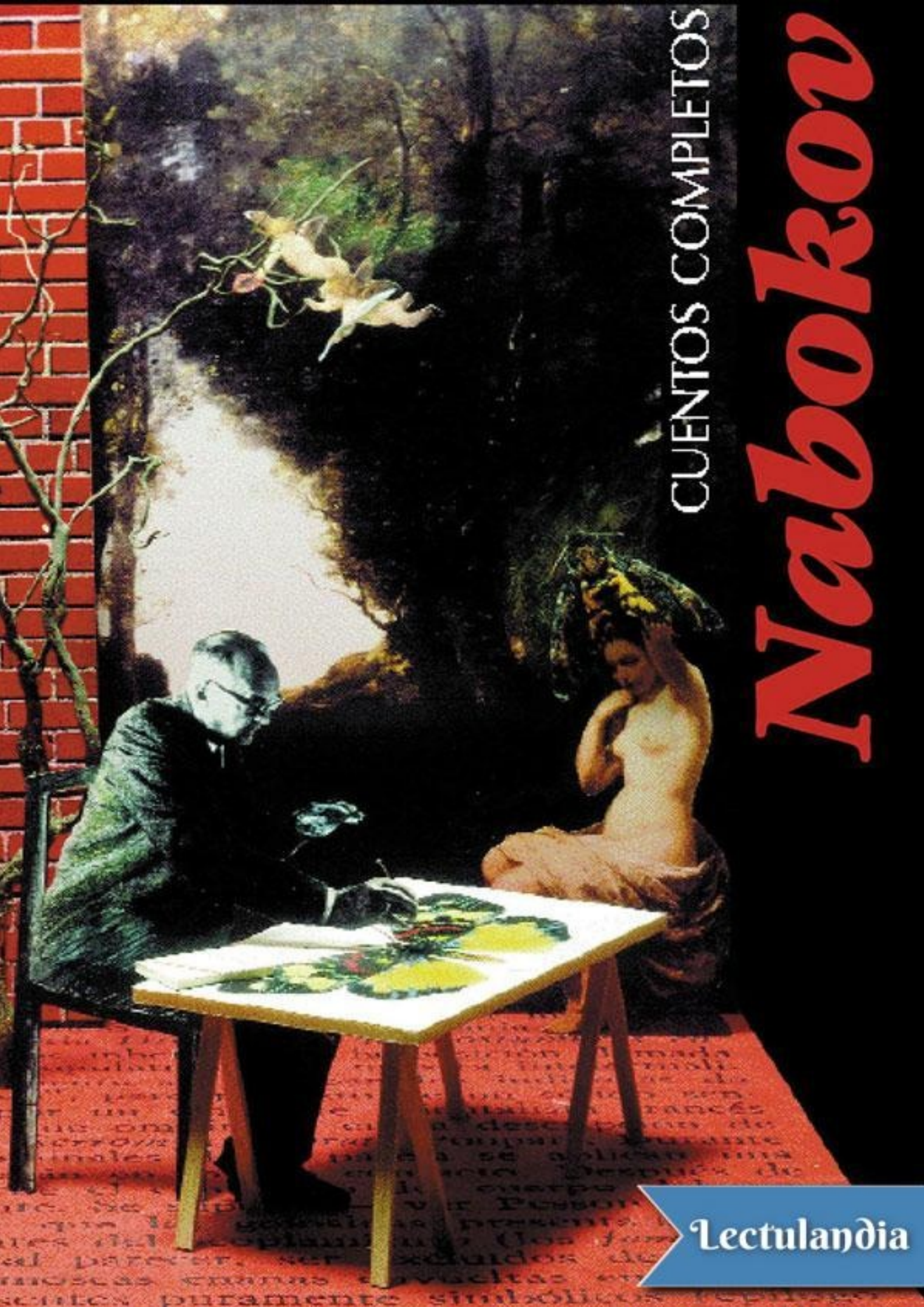
Nabokov

CUENTOS COMPLETOS



Lectulandia

Se reúnen todos los relatos de uno de los mayores narradores del siglo XX. Estos cuentos exponen el impresionante abanico de su creatividad formal y técnica y revelan el fascinante progreso de su desarrollo artístico a la vez que nos recuerdan que estamos ante un verdadero maestro.

«Aunque es cierto que iluminan la evolución de su proceso creativo y que nos proporcionan inestimables claves acerca de los temas y los métodos que utilizaría más tarde, los relatos de Vladimir Nabokov constituyen su obra más accesible. Incluso aquellos que están íntimamente ligados a alguna de las novelas tienen entidad y consistencia propia. Ofrecen una gratificación inmediata al lector independientemente de que éste se haya aventurado en la más compleja y procelosa escritura nabokoviana o en la historia personal del autor.»
Por Dmitri Nabokov.

Lectulandia

Vladimir Nabokov

Cuentos completos

ePUB v1.0
Chachín 10.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Stories of Vladimir Nabokov*
Vladimir Nabokov, 1995.
Traducción: María Lozano

Editor original: Chachín (v1.0)
ePub base v2.0

A Vera

Prólogo

Los relatos de Nabokov fueron apareciendo individualmente en distintas revistas y colecciones hasta que finalmente, en vida del autor, se publicó la versión inglesa definitiva de los mismos en cuatro volúmenes que agrupan cincuenta y dos relatos: *Nabokov's Dozen (Trece relatos), A Russian Beauty and Other Stories (Una belleza rusa), Tyrants Destroyed and Other Stories y Details of a Sunset and Other Stories*.

Nabokov había manifestado hacía tiempo la intención de publicar un volumen final pero estaba indeciso sobre la posibilidad de que existieran suficientes relatos de la calidad requerida por él para integrarse en una nueva «docena» numérica o nabokoviana. Su vida creativa era demasiado intensa y plena y se vio truncada tan repentinamente que le impidió realizar la selección final. Había esbozado una breve lista de los relatos que consideraba dignos de ser publicados, una lista que denominó el «fondo del barril». Se refería, con ello, según me explicó, no a su calidad, sino al hecho de que, entre el material que pudo consultar en aquel momento, aquellos relatos eran los únicos que merecían publicarse. Sin embargo, después de organizar y comprobar nuestro archivo por completo, Vera Nabokov y yo mismo logramos reunir un total de trece relatos que, a nuestro modesto juicio, habrían merecido la aprobación de Nabokov frente a una eventual publicación. De ahí que la lista, el «fondo del barril», deba considerarse únicamente como una lista parcial preliminar: sólo incluye ocho de los trece relatos aquí recogidos por vez primera, y en ella aparece asimismo *El hechicero*, que no se incluye en esta colección pero que había sido publicada en inglés como novela corta (Nueva York, Putnam, 1986; Nueva York, Vintage International, 1991). Tampoco los títulos provisionales se corresponden en todos los casos con los títulos que aparecen en este libro.

De la lista que lleva por título «Relatos escritos en inglés», Nabokov omitió «Primer amor» (publicada originalmente en *The New Yorker* con el título de «Colette»), lo cual pudo deberse a un puro descuido o quizá a su transformación en uno de los capítulos de *Habla, memoria* (originalmente titulado *Conclusive Evidence*). Algunas notas e instrucciones —en ruso— en el extremo superior izquierdo del documento sugieren que esta lista era la copia definitiva que pensaba pasar a máquina y que incluso pensaba publicar, aunque no en *Trece relatos*, pues este libro (1958) es anterior a la lista (que contiene «Las hermanas Vane», escrita en 1959).

Los cuatro volúmenes «definitivos» mencionados más arriba fueron preparados y organizados por Nabokov tomando como base varios criterios —tema, época, ambiente, uniformidad y variedad—. Parece justo que cada uno de ellos conserve su

carácter e identidad como parte de un volumen concreto en lo que se refiere a la futura publicación de los mismos. Los trece relatos publicados en Francia e Italia, con los respectivos títulos de *La Vénitienne* y *La veneziana*, se han ganado probablemente el derecho a aparecer como volúmenes separados en la correspondiente versión inglesa. Estos trece relatos han tenido asimismo otros estrenos, tanto individuales como colectivos, en otras partes de Europa y las «docenas» previas han visto la luz en todo el mundo, a veces formando constelaciones distintas como es el caso del reciente volumen *Russkaya Dyuzbena* («Docena rusa») en Israel. No me referiré a lo publicado en la Rusia posperestroika, porque hasta el momento y con honrosas excepciones ha sido una historia de pirateo editorial de derechos de autor a gran escala, aunque hay que decir que se apuntan ya en el horizonte una serie de mejoras.

La colección completa que ahora presentamos, aunque no trata de eclipsar a las anteriores, sigue deliberadamente un orden cronológico, o la máxima aproximación al mismo. Para ello, el orden seguido en colecciones anteriores ha tenido que ser alterado en ocasiones, y los relatos que aparecen recogidos aquí por vez primera han sido integrados en su lugar correspondiente. Nuestro criterio ha sido la fecha de composición de los mismos. Cuando ésta no estaba disponible o era confusa, hemos apelado a la fecha de publicación o a la primera mención de la misma. Once de los trece relatos nuevos vieron en esta colección su primera traducción al inglés. Cinco de ellos aún no habían sido publicados hasta la reciente aparición de los «nuevos» trece en varias lenguas europeas. Se encontrarán más detalles bibliográficos junto con otra información interesante al final del libro.

Una ventaja evidente de la ordenación que aquí se ha seguido es que nos permite tener una estimable visión general del desarrollo de Nabokov como escritor de ficción. También es interesante comprobar que los vectores no son siempre lineales, y que un relato sorprendentemente maduro se cuela de repente entre una serie de relatos más sencillos de juventud. Aunque es cierto que iluminan la evolución de su proceso creativo y que nos proporcionan inestimables claves acerca de los temas y los métodos que utilizaría más tarde, los relatos de Vladimir Nabokov constituyen no obstante su obra más accesible. Incluso aquellos que están íntimamente ligados a alguna de las novelas, tienen entidad y consistencia propia. Y aunque admiten diversos niveles de lectura, no requieren demasiado bagaje literario previo. Ofrecen una gratificación inmediata al lector independientemente de que éste se haya aventurado en la más compleja y procelosa escritura nabokoviana o en la historia personal del autor.

La responsabilidad de la traducción al inglés de los trece «nuevos» relatos es estrictamente mía. La traducción al inglés de la mayoría de los relatos previamente publicados en ruso fue fruto de una colaboración sin fisuras entre padre e hijo, en la que el padre gozaba, como autor, de licencia para alterar sus propios textos en la

traducción en la forma y manera que él considerara conveniente. Y es concebible que lo hubiera hecho también en los relatos que aquí traduje por primera vez al inglés. Ni que decir tiene que, como traductor en solitario, la única libertad que me he permitido ha sido la corrección de un error ocasional o errata tipográfica, y la rectificación de algún error de bulto editorial; el más evidente ha sido la omisión de la última y maravillosa página de «El ayudante de dirección», en todas las ediciones inglesas y americanas hechas a partir de la primera en esa lengua. Por cierto, en la canción que serpentea un par de veces por el relato, el Don Cossack que arroja a su novia al Volga no es otro que Stenka Razin.

He de confesar que, en el transcurso de la larga preparación de este volumen, me he beneficiado de los comentarios y advertencias de aguzados traductores y editores de colecciones similares en otras lenguas, así como de la visión escrupulosa de quienes han publicado o están publicando algunos de estos relatos, individualmente, en inglés. Por más intensa y pedante que sea la revisión, siempre resulta inevitable algún error o desliz imperceptible. No obstante, los futuros editores y traductores deberán tomar en cuenta que este volumen refleja la versión más ajustada —en la fecha de su publicación— de los textos ingleses, especialmente en lo que respecta a los trece relatos reunidos aquí por vez primera a partir de los originales rusos (que, en ocasiones, han resultado muy difíciles de descifrar, con deslices posibles o probables de la mano del autor o del copista que han requerido a veces de difíciles decisiones, y que, en algún momento, presentan más de una variante).

En honor a la justicia debo decir que tengo que agradecer aquí el envío espontáneo del borrador de dos relatos por parte de Charles Nicol y Gene Barabtarlo. Les agradezco a ambos su trabajo que aprecio en lo que vale, ya que en ambos casos no dejé de encontrar ciertas *trouvailles*. No obstante, y con el fin de mantener un estilo homogéneo, he conservado, por regla general, mis propias expresiones inglesas. Debo agradecer a Brian Boyd, Dieter Zimmer y Michael Juliar su infatigable trabajo de búsqueda bibliográfica. Y sobre todo agradezco a Vera Nabokov su sabiduría infinita, su excelente juicio y la fuerza de voluntad que le llevó, a pesar de sus problemas de vista y de la debilidad de sus manos, a pergeñar una traducción preliminar de varios pasajes de «Dioses» en los últimos días de su vida.

Necesitaría mucho más espacio del que brinda un mero prólogo para esbozar las líneas maestras de los temas, métodos e imágenes que se entretejen y desarrollan en estos relatos, así como de los ecos de la juventud de Nabokov en Rusia, sus años universitarios en Inglaterra, su período de exilio en Alemania y Francia y la América que se entretenía en inventar, según decía él mismo, después de haber inventado Europa. Daré unos cuantos ejemplos escogidos al azar. «La Veneciana», con su sorprendente giro, constituye un eco o réplica de la pasión de Nabokov por la pintura (a la que pensaba dedicarse cuando era niño) contra un fondo de tenis que jugaba y

describía con un encanto especial. Las otras doce constituyen un abanico que va desde la fábula («El dragón») y la intriga política («Se habla ruso») hasta una suerte de impresionismo poético de corte muy personal («Sonidos» y «Dioses»).

En sus notas (que se incluyen al final de este libro) Nabokov nos ofrece una serie de revelaciones sobre los relatos previamente recogidos en distintos volúmenes. Yo sólo añadiré brevemente el fantástico tema del doble espacio-temporal (en «Terra Incógnita» y «La visita al museo») que prefigura el ambiente de *Ada o el ardor, Pálido fuego* y hasta cierto punto el de *Cosas transparentes* y *Look at the Harlequins!* (¡Mirad los arlequines!) La predilección de Nabokov por las mariposas es un tema central de «Aureliana» y resplandece en otros relatos varios. Pero lo que es más extraño, la música, a la que nunca profesó un amor especial, figura prominentemente en su escritura («Sonidos», «Bachmann», «Música», «El ayudante de dirección»).

A mí me resulta especialmente conmovedora y cercana la sublimación que lleva a cabo en «Lance» (así me lo confesó mi padre) de las experiencias de mis padres en sus días de montañismo. Pero quizá el tema más profundo y más importante, constituya o no el nudo temático principal o aparezca como motivo subalterno, sea el desprecio absoluto de Nabokov por la crueldad —la crueldad de los humanos, la crueldad del destino—, pero con ello entramos en un terreno donde existen demasiados ejemplos como para que podamos permitirnos ni siquiera nombrarlos.

DMITRI NABOKOV

San Petersburgo (Rusia) y Montreux (Suiza), junio de 1995

El duende del bosque [*]

Yo trataba, pensativo, de encerrar entre mis trazos la silueta vacilante de la sombra circular del tintero. En un cuarto lejano un reloj dio la hora, mientras que yo, soñador como soy, me imaginé que alguien llamaba a mi puerta, suave al principio, luego más y más fuerte. Llamó doce veces y se detuvo expectante.

—Sí, aquí estoy, pase…

El pomo de la puerta crujió tímidamente, la llama de la vela ya gastada se ladeó un tanto, y él entró a saltos desde un rectángulo de sombra, jorobado, gris, cubierto con el polen de la helada noche estrellada.

Conocía su rostro. ¡Lo conocía desde tanto tiempo atrás!

Su ojo derecho seguía en la sombra, pero el izquierdo me escrutaba temerosamente, alargado, verde humo. ¡La pupila brillaba como si estuviera oxidada… aquel mechón gris de musgo de su sien, la ceja de pálida plata apenas visible, la cómica arruga junto a su boca sin bigote —todo ello intrigaba y molestaba un punto a mi memoria!

Me levanté. Él dio un paso adelante.

Su abriguito raído estaba abotonado al revés, como los de las mujeres. En la mano llevaba una gorra, no, era un fardo mal atado de color oscuro, y no había la más mínima señal de una gorra…

Sí, claro que lo conocía, incluso le había tenido un cierto aprecio, pero sencillamente no conseguía recordar dónde ni cuándo nos habíamos conocido. Y debíamos habernos visto con frecuencia, de otra manera no tendría aquel firme recuerdo de sus labios de arándano, de aquellas orejas puntiagudas, de aquella nuez tan divertida…

Con un murmullo de bienvenida estreché su fría mano, tan ligera, y luego la posé en el dorso de un sillón raído. Él se encaramó como un cuervo en el tocón de un árbol y empezó a hablar apresuradamente.

—Dan tanto miedo las calles. Por eso vine. Vine a visitarte. ¿Me reconoces? En otros tiempos tú y yo solíamos retozar y jugar juntos durante días enteros. En nuestro viejo país. ¿No me dirás que te has olvidado?

Su voz me cegó, literalmente. Me encontré turbado y aturdido: recordé la felicidad, la felicidad reverberante, interminable, irreemplazable…

No, no puede ser. Estoy solo… es tan sólo un delirio antojadizo. Y sin embargo había alguien sentado junto a mí, un ser de carne y hueso totalmente inverosímil, con botines alemanes de largas vueltas, y su voz tintineaba, susurraba —dorada, voluptuosamente verde, familiar—, mientras que las palabras que pronunciaba eran

tan sencillas, tan humanas…

—Ya, ya te acuerdas. Sí, soy un duende del bosque, un gnomo travieso. Y aquí estoy, me han obligado a huir, como a todos los demás.

Suspiró profundamente, y volvieron a mi mente visiones de agitados nimbos y también frondosas sierpes de arrogante follaje, y vivos destellos de corteza de abedul como salpicaduras de espuma marina, contra el fondo de un dulce zumbido perpetuo… Se inclinó hasta mí y me miró con dulzura a los ojos. «¿Recuerdas nuestro bosque, los abetos tan negros, los abedules tan blancos? Lo han talado entero. El dolor fue insoportable, vi cómo caían crepitando mis queridos abedules ¿y qué podía hacer yo? Me empujaron a los pantanos. Lloré y aullé, troné como un avetoro, luego me fui corriendo a un bosque de pinos vecino.

»Y allí languidecía sin parar de sollozar. Apenas me había acostumbrado al mismo cuando se acabaron los pinos, ya sólo quedaban cenizas azulencas. Me vi obligado a marchar. Me encontré un bosque, un bosque maravilloso, espeso, oscuro, fresco. Pero de alguna manera no era lo mismo. En los viejos tiempos jugueteaba desde el alba hasta que el sol se ponía, silbaba con furia, aplaudía sin cesar, aterrorizaba a los paseantes. Tú te acuerdas bien, en una ocasión te perdiste en un oscuro escondrijo de mis bosques, tú y un vestidito blanco, y yo me divertí anudando los senderos, dando vueltas a los troncos de los árboles, haciendo guiños en el follaje. Me pasé toda la noche disponiendo mis engaños. Pero todo lo que hacía era para divertirme, era un puro juego, por más que me maldijerais. Pero ahora tuve que volverme serio, porque mi nueva residencia no era un lugar divertido. Noche y día crepitaban en mi entorno todo tipo de cosas extrañas. Al principio pensé que otro duende se agazapaba por allí; le llamé, escuché. Algo crepitaba junto a mí, algo había que retumbaba… Pero no, no eran los ruidos que nosotros hacemos. En una ocasión, a la caída de la tarde, salté hasta un claro del bosque ¿y qué vi allí? Gente por el suelo, algunos de espaldas, otros caídos de bruces. Bueno, pensé, los despertaré, ¡voy a ponerlos en movimiento! Y empecé a trabajar batiendo las ramas, bombardeándoles con piñas, ululando, susurrando… Trabajé así durante una hora entera, sin conseguir nada. Luego miré detenidamente y me quedé horrorizado. Un hombre tenía la cabeza separada del cuerpo y sólo los unía un frágil hilo carmesí. El otro tenía una colonia de gusanos por estómago… No pude soportarlo. Di un aullido, salté por los aires, y empecé a correr.

»Durante mucho tiempo estuve vagando por diferentes bosques, pero no encontraba la paz. O bien era la inmovilidad completa, pura desolación, mortal aburrimiento, o un horror tal que es mejor ni pensar en ello. Finalmente me decidí a transformarme en un rústico, un mendigo con su mochila, y me fui para siempre. ¡Adiós Rusia! Y entonces un espíritu amigo, el duende de las aguas, me ayudó. El pobre tipo también andaba huyendo. No salía de su asombro, no hacía sino decir:

“¡Qué tiempos nos han tocado vivir, qué calamidad!”. Porque, aunque en los viejos se divirtió tendiendo trampas a las gentes, seduciéndolas hasta sus profundidades de agua (¡y vaya que si era hospitalario!), cuando las tenía allí abajo las mimaba y consentía en el fondo dorado del río. ¡Qué maravillosas canciones les cantaba para embrujarles! Ahora, dice, sólo llegan por el agua hombres muertos, flotando en grupos, muchos, y el agua del río es como la sangre, espesa, caliente, pegajosa y ya no puede respirar… Por eso me llevó consigo.

»Fue a llamar a la puerta de un mar lejano, y me asentó en una costa nubosa. “Vete, hermano, búscate una espesura amiga.” Pero no encontré nada, y acabé en esta espantosa ciudad de piedra extranjera. Y así fue que me convertí en humano, con el atuendo completo, cuello duro y botines, e incluso he aprendido a hablar como vosotros…»

Se quedó en silencio. Sus ojos relucían como hojas húmedas, tenía los brazos cruzados, y a la luz vacilante de la vela que se ahogaba, le brillaban unos mechones pálidos peinados a la izquierda.

«Sé que también tú languideces —su voz rielaba de nuevo—, pero tu nostalgia, comparada con la mía, tempestuosa, turbulenta, no es sino la respiración acompasada de quien duerme tranquilo. Piensa en eso: no queda nadie de nuestra tribu en Rusia. Algunos de nosotros nos fuimos en remolinos como espirales de niebla, otros se dispersaron por el mundo. Nuestros ríos maternos están melancólicos, ya no hay manos retozonas que jueguen a chapotear con los rayos de luna. Las campánulas que el azar ha querido conservar, las que han logrado escapar a la guadaña, están silenciosas, los *gusli* azul pálido que en tiempos servían a mi rival, el duende de los campos, para sus canciones, también permanecen en silencio. El duende del hogar, desaliñado y cariñoso ha abandonado con lágrimas en los ojos tu casa humillada y envilecida y los bosquecillos se han marchitado, aquellas arboledas patéticamente luminosas, mágicamente sombrías…

»Rusia, nosotros éramos Rusia, ¡tu inspiración, tu belleza insondable, tu magia secular! Y nos hemos ido todos, desaparecidos, empujados al exilio por un agrimensor loco.

»Amigo mío, moriré pronto, dime algo, dime que me quieres, a mí, un fantasma sin hogar, ven siéntate a mi lado, dame la mano…».

La vela chisporroteó y se apagó. Unos dedos fríos me tocaron la mano. Oí la vieja risotada de melancolía, tan conocida, que repicó una vez antes de callarse.

Cuando di la luz no había nadie en el sillón… ¡Nadie!… No quedaba nada en el cuarto sino un aroma maravillosamente sutil de abedul, de húmedo musgo…

Se habla ruso [*]

El estanco de Martin Martinich está situado en un edificio que hace esquina. Es natural que los estancos tengan predilección por las esquinas a juzgar por el de Martin, porque su negocio va viento en popa. El escaparate es de modestas proporciones, pero está bien dispuesto. Unos pequeños espejos dan vida a la mercancía que allí se exhibe. En la zona más baja, en los valles que se abren entre las montañas de terciopelo azul, se acomoda una variedad de cajas de cigarrillos cuyos nombres vienen arropados por ese elegante dialecto internacional que también se utiliza para dar nombre a los hoteles; más arriba, los puros en hilera sonríen en sus cajas livianas.

En sus buenos tiempos, Martin era un rico terrateniente. En mis recuerdos de infancia aparece siempre rodeado del aura con que conducía su impresionante tractor; por el contrario, mi memoria me dice que su hijo Petya y yo, lejos de sus hazañas, sucumbíamos simultáneamente a Meyn Ried y a la escarlatina, por lo que tras quince años repletos de todo tipo de acontecimientos, me gustaba pasarme por el estanco en aquella esquina llena de vida donde Martin vendía su mercancía.

Desde el año pasado, sin embargo, compartimos algo más que recuerdos comunes. Martin tiene un secreto y a mí me ha hecho partícipe de su secreto.

—¿Todo va bien? —le pregunto en un susurro, y él, mirando por encima del hombro, me contesta con el mismo cuidado.

—Sí, gracias a Dios, todo está tranquilo.

Se trata de un secreto bastante excepcional. Recuerdo que me iba a París y que la víspera me había quedado en casa de Martin hasta tarde. El alma de un hombre puede compararse a unos grandes almacenes y sus ojos a dos escaparates gemelos. A juzgar por los ojos de Martin, estaban de moda los tonos pardos, cálidos. A juzgar por esos ojos, la mercancía que guardaba en su alma era de excelente calidad. Y qué barba tan tupida, con aquel destello blanco que hablaba de Rusia en el gris robusto de alguna cana. Y sus hombros, su estatura, su porte… En tiempos solían decir que podía rajar un pañuelo con su espada —una de las hazañas de Ricardo Corazón de León. Ahora, cualquiera de los que como él habían emigrado diría con un punto de envidia: «¡Ahí tienes a un hombre que no ha bajado la cabeza!».

Su esposa era una amable mujer ya entrada en años y un tanto hinchada, con un lunar junto a su fosa nasal izquierda. De sus sufrimientos en los tiempos revolucionarios había conservado un tic en el rostro: inopinada y furtivamente alzaba sus ojos al cielo en una ráfaga fugaz. Petya tenía el mismo físico imponente que su padre. A mí me gustaba su dulzura taciturna, así como su humor repentino. Tenía un

rostro grande, fláccido (del que su padre solía decir: «Vaya jeta la tuya, harían falta tres días al menos para circunnavegar su perímetro») y el pelo rojizo, permanentemente despeinado. Petya era propietario de un cine minúsculo, en una zona de la ciudad poco poblada, que le proporcionaba unos modestos ingresos. Y con él se acababa la familia.

Yo pasé aquel día, víspera de mi viaje, sentado junto al mostrador observando a Martin y a sus clientes, primero se inclinaba ligeramente, apoyándose en dos dedos, sobre el mostrador, y luego iba hasta las estanterías con un gesto elegante, cogía una de las cajas y mientras la abría con un chasquido del pulgar, preguntaba: *«Einen Rauchen?»*. Recuerdo aquel día por una razón especial: Petya llegó inopinadamente, desgreñado y lívido de rabia. La sobrina de Martin había decidido volver a Moscú con su madre y Petya venía de entrevistarse con los representantes diplomáticos. Mientras que un diplomático le estaba informando de los pormenores, otro, que evidentemente comulgaba con la política del gobierno, susurraba en palabras apenas perceptibles: «Mucho cuidado, esto está lleno de esa Basura del Ejército Blanco».

—Me hubiera gustado hacer picadillo a aquel tipo —dijo Petya, haciendo ademán de dar un puñetazo— pero, desgraciadamente, no puedo olvidarme de mi tía que está en Moscú.

—Ya tienes algún que otro pecado en tu conciencia —dijo Martin con voz cavernosa no exenta de buen humor. Aludía a un incidente de lo más divertido. No hace mucho tiempo, en el día de su santo, Petya fue a la librería soviética, cuya presencia mancilla una de las calles más encantadoras de Berlín. En ese lugar no sólo venden libros sino también distintas baratijas y curiosidades manuales. Petya eligió un martillo adornado con amapolas y con el blasón de los martillos bolcheviques. El empleado le preguntó si quería algo más. Petya dijo: «Sí, ya lo creo», indicando con el gesto un pequeño busto de escayola del Señor Ulyanov. Pagó quince marcos por el busto y el martillo, para después sin mediar palabra, allí mismo junto al mostrador, hacer añicos el busto con el martillo, con una fuerza tal que el Señor Ulyanov se desintegró.

A mí me gustaba aquella historia, como me gustaban, por ejemplo, los dichos queridos, estúpidos e inolvidables de la infancia que calientan las entretelas del corazón. Las palabras de Martin me llevaron a mirar a Petya mientras dejaba escapar una carcajada. Pero Petya se encogió de hombros taciturno y frunció el ceño. Martin revolvió en el cajón y le ofreció el cigarrillo más caro de la tienda. Pero ni siquiera eso disipó la tristeza de Petya.

Volví a Berlín seis meses más tarde. Un domingo por la mañana sentí la necesidad de ver a Martin. Entre semana se podía entrar a su casa a través de la tienda, ya que su piso —tres habitaciones y una cocina— estaba justamente detrás. Pero, evidentemente, un domingo por la mañana, la tienda estaba cerrada, y el escaparate

tenía echada la reja protectora. Contemplé fugazmente a través de la reja las cajas rojas y doradas, los puros morenos, la humilde inscripción que se leía en un rincón, «Aquí se habla ruso», observé que el escaparate presentaba, de alguna forma, un aspecto más alegre, y crucé a través del patio hasta la casa de Martin. Cosa extraña, el propio Martin me pareció más alegre, más desenvuelto, más radiante que antes. Y Petya estaba totalmente irreconocible: sus rizos grasientos y desgreñados estaban peinados hacia atrás, y una amplia sonrisa, un punto tímida, se demoraba insistente en sus labios; mantenía una especie de silencio satisfecho y un cierto aire de divertida preocupación, como si llevara consigo una carga preciosa, dulcificaba todos sus movimientos. Sólo la madre seguía tan pálida como siempre, y el mismo tic, tan conmovedor, encendía su rostro como un débil relámpago de verano. Nos sentamos en el salón donde todo estaba recogido y yo, al pensar en las otras dos habitaciones, la de Petya y la de sus padres, igualmente limpias y acogedoras, tuve una sensación de lo más reconfortante. Tomé un té con limón, atendí a la meliflua conversación de Martin sin lograr evitar la impresión de que algo nuevo había hecho irrupción en aquella casa, algún pálpito misterioso y alegre, como ocurre, por ejemplo, en un hogar donde hay una joven a punto de ser madre. En un par de ocasiones Martin le lanzó una mirada preocupada a su hijo y éste reaccionó levantándose al punto y abandonando la habitación; al volver, le hacía una seña discreta a su padre, como si quisiera decir que todo iba a las mil maravillas.

También había algo nuevo, y a mi juicio, enigmático, en la conversación del viejo. Hablábamos de París y de los franceses y, de repente, preguntó: «Dime, amigo, ¿cuál es la cárcel más grande de París?». Le contesté que no lo sabía y empecé a hablarle de una revista francesa que sacaba mujeres pintadas de azul.

—¡Y eso te asombra! —me interrumpió Martin—. Dicen, por ejemplo, que las mujeres rascan la pintura de las paredes de la cárcel y la utilizan para empolvarse la cara, el cuello o lo que sea —y para confirmar sus palabras, trajo de su dormitorio un grueso volumen escrito por un criminalista alemán y localizó un capítulo acerca de la rutina de la vida en la cárcel. Traté de cambiar de tema, pero, fuera el tema que fuese, Martin lo reconducía mediante extraños rodeos y artificiales circunloquios, de forma tal que, sin darnos cuenta, nos veíamos discutiendo de nuevo los méritos de la prisión perpetua frente a la pena capital, o los ingeniosos métodos que los criminales han inventado para lograr escaparse al mundo libre.

Yo estaba desconcertado. Petya, a quien le gustaban los artilugios mecánicos, se entretenía manipulando con un cortaplumas los muelles de su reloj sin parar de reírse entre dientes. Su madre cosía y de cuando en cuando me acercaba una tostada o la mermelada para que comiera. Martin, con los cinco dedos de la mano en su desaliñada barba, se me había quedado mirando pensativo y de repente cambió de expresión como si se hubiera liberado de una carga. Dio una palmada en la mesa y se

volvió a su hijo. «Ya no aguanto más, Petya, le tengo que contar todo o reviento.» Petya asintió en silencio. La mujer de Martin se levantó para ir a la cocina. «Eres un chisgarabís, todo lo cuentas», dijo moviendo la cabeza indulgentemente. Martin me puso la mano en el hombro, y me dio tal sacudida que, si yo hubiera sido un manzano en un jardín, las manzanas habrían empezado a caer literalmente por mi cuerpo, y luego se me quedó mirando fijo a los ojos. «Te lo advierto —dijo—. Te voy a contar un secreto tan increíble, tan secreto… que no sé qué hacer. Para que lo entiendas, ¡ni una palabra a nadie! ¿Comprendes?».

E, inclinándose hasta casi tocarme, bañándome en el aroma de tabaco y en su propio olor acre de viejo, Martin me contó una historia verdaderamente extraordinaria.

—Sucedió —empezó Martin— poco tiempo después de que te fueras. Entró un cliente. Obviamente, no se había percatado del cartel del escaparate, porque se dirigió a mí en alemán. Y permíteme que subraye esto: si hubiera observado el cartel no habría entrado en la modesta tienda de un emigrante. Inmediatamente me di cuenta de que era ruso por su pronunciación. La cara, además, era la de un ruso. Como es natural me lancé a hablar en ruso, le pregunté qué tipo de tabaco quería, de qué precio. Me respondió con una mirada de sorpresa molesta: «¿Qué le lleva a pensar que soy ruso?». Le di una contestación amabilísima, según recuerdo, y me puse a contar sus cigarrillos. En ese momento entró Petya. Cuando vio a mi cliente dijo con la más absoluta calma: «Qué encuentro más agradable». Y entonces mi Petya se acercó hasta él y le dio un puñetazo en la cara. El otro se quedó helado. Como muy bien me explicó Petya más tarde, lo que ocurrió no fue únicamente un puñetazo de esos en que la víctima se derrumba en el suelo, sino un golpe muy especial: parece que Petya le había propinado un golpe de efecto retardado, y el hombre perdió el conocimiento sin llegar a caerse. Y parecía que se hubiera quedado dormido de pie. Y entonces, muy despacio empezó a tambalearse y a caerse despacio, de espaldas, como si fuera una torre. Y Petya se puso entonces detrás y lo recogió por las axilas en su caída. Todo fue bastante inesperado. Petya dijo: «Échame una mano, papá». Yo le pregunté si sabía lo que estaba haciendo. Petya se limitaba a repetir: «Échame una mano». Conozco muy bien a mi Petya. Con él no sirven los rodeos y también sé que tiene los pies en el suelo, que medita sus actos, y que no deja inconsciente a la gente por una nimiedad. Arrastramos al inconsciente fuera de la tienda y a través del pasillo hasta el cuarto de Petya. Y justo al llegar allí, oí un timbre. Alguien acababa de entrar en la tienda. Tuvimos suerte, desde luego, de que no hubiera ocurrido un minuto antes. Volví a la tienda, despaché la venta, y a continuación, afortunadamente, llegó mi mujer con la compra e inmediatamente la dejé en el mostrador al cuidado de la tienda, mientras que yo, sin mediar palabra, fui a todo gas hasta la habitación de Petya. Aquel hombre estaba tendido en el suelo con los ojos cerrados, mientras que

Petya, sentado a su mesa, examinaba pensativamente algunos objetos, como una gran purera de piel, media docena de postales obscenas, un billetero, un pasaporte, y un revólver viejo pero aparentemente en buen uso. Y me lo explicó todo al instante: como te habrás imaginado, esos objetos procedían de los bolsillos de aquel hombre, y el hombre no era otro sino el diplomático —recordarás la historia de Petya— que hizo aquel comentario acerca de la Basura Blanca, ¡sí, sí, el mismo! Y, a juzgar por alguno de los documentos que llevaba, era de la policía política, si no me equivoco. «Bien hecho —le dije a Petya—, le has partido la cara a un tipo. No entro en que lo mereciese o no, pero, por favor, explícame qué es lo que piensas hacer ahora. Evidentemente, no has pensado para nada en tu tía de Moscú». «Sí que lo he hecho —dijo Petya—. Tenemos que pensar algo».

Y lo hicimos. Primero le atamos con una gruesa cuerda y le metimos una toalla en la boca. Mientras estábamos ocupados con él, volvió en sí y abrió un ojo. Al examinarlo de cerca, déjame decirte, aquel tipo resultó ser no sólo estúpido sino también repulsivo, con una especie de sarna en la frente y en el bigote, y una nariz bulbosa. Lo dejamos tumbado en el suelo y Petya y yo nos instalamos a su lado cómodamente y comenzamos nuestra propia encuesta judicial. Discutimos durante un buen rato. Nos preocupaba no tanto el insulto en sí —no era más que una nadería, desde luego—, sino su profesión, por llamarlo de alguna manera, y todas las actividades que había llevado a cabo en Rusia. Al acusado se le concedió la última palabra. Cuando liberamos su boca quitándole la toalla, dio una especie de gemido, tuvo unas náuseas, pero no dijo nada salvo: «Ya veréis, esperad y veréis…». Volvimos a liarle la toalla, y la sesión continuó. Al principio los votos estaban divididos. Petya pedía la pena de muerte. Yo pensaba que merecía la muerte, pero propuse conmutar la pena por la de prisión perpetua. Petya lo meditó y accedió. Yo añadí que, aunque ciertamente había cometido una serie de crímenes, no teníamos medio de probarlos; que su profesión en sí misma constituía un crimen; que nuestro deber se limitaba a asegurar que de ahora en adelante fuera inofensivo, nada más. Y ahora escucha el resto.

Tenemos un baño al final del pasillo. Un cuarto pequeño y oscuro, muy oscuro, con una bañera de hierro esmaltado. El agua se pone en huelga con cierta frecuencia. De vez en cuando aparece una cucaracha. El cuarto es tan oscuro porque la ventana es muy estrecha y está colocada justo debajo del techo, y además, precisamente enfrente de la ventana, a unos tres pies más o menos, hay un sólido muro de ladrillo. Y fue precisamente en aquel agujero donde decidimos meter al prisionero. Fue idea de Petya, sí, sí, de Petya, hay que dar al César lo que es del César. En primer lugar, como es natural, había que preparar la celda. Empezamos arrastrando al prisionero hasta el pasillo para tenerlo vigilado mientras trabajábamos. Y, en ese momento, mi mujer, que acababa de cerrar la tienda porque ya era de noche y se dirigía a la cocina,

nos vio. Se quedó estupefacta, indignada incluso, pero luego entendió nuestras razones. Buena chica. Petya empezó por desmembrar una mesa muy sólida que teníamos en la cocina, le rompió las patas y la tabla resultante la clavó en la ventana del baño, tapando el vano por completo. Luego desatornilló los grifos, quitó el calentador cilíndrico de agua, y colocó un colchón en el suelo del baño. Ni que decir tiene que al día siguiente añadimos toda suerte de mejoras: cambiamos la cerradura, instalamos un cerrojo de seguridad, reforzamos la tabla de la madera con metal, y todo ello, desde luego, sin hacer demasiado ruido. Como sabes, no tenemos vecinos, pero, con todo, era menester actuar con prudencia. El resultado fue una auténtica celda de cárcel, y allí metimos al tipo de la policía política. Desatamos la cuerda, le quitamos la toalla, le advertimos de que si empezaba a gritar, volveríamos a atarle y a amordazarle, y por mucho tiempo; y entonces, satisfechos de que hubiera entendido para quién era el colchón que estaba colocado en la bañera, cerramos la puerta con llave, y, por turnos, hicimos guardia toda la noche.

Ese momento marcó el principio de una nueva vida para nosotros. Yo ya no era simplemente Martin Martinich, sino Martin Martinich, director de prisiones. Al principio, el preso estaba tan extrañado de lo que había ocurrido que su comportamiento era sumiso. Pronto, sin embargo, volvió a su estado normal, y cuando le llevábamos la comida, se entregaba a un huracán de palabras soeces. No puedo repetir las obscenidades de ese hombre; me limitaré a decir que puso a mi pobre difunta madre en las más increíbles situaciones. Yo estaba decidido a dejarle bien clara la naturaleza de su estatus legal. Le expliqué que permanecería en prisión hasta el final de sus días; que si yo moría primero, lo dejaría en herencia a Petya; y que, a su vez, mi hijo, lo transmitiría, como parte de su patrimonio, a mi futuro nieto y así en adelante, convirtiéndolo en una especie de tradición familiar. Una joya de familia. Mencioné de pasada que, en la improbable eventualidad de que tuviéramos que mudarnos a otro piso distinto en Berlín, él sería atado, colocado en un baúl especial, y transportado con nosotros y nuestra mudanza con toda naturalidad. Y seguí explicándole que sólo conseguiría la amnistía si se daba una única condición. A saber, que sería liberado el día que explotara la burbuja bolchevique. Finalmente le prometí que le alimentaríamos bien, mucho mejor que cuando, en mis tiempos, me vi encerrado por la Cheka, y que, como privilegio especial, recibiría libros. Y, en verdad, que éste es el día en que todavía estamos esperando que se queje de la comida. Es verdad que, al principio, Petya sugirió que le diéramos cucarachas secas, pero, por mucho que buscamos, ese pez soviético era inexistente en Berlín. Nos vimos obligados a servirle comida burguesa. A las ocho en punto de la mañana Petya y yo entramos y dejamos junto a su bañera un plato de sopa caliente con carne y una hogaza de pan gris. Al mismo tiempo retiramos el orinal, un aparato de lo más inteligente que adquirimos sólo para él. A las tres recibe una taza de té, a las siete más

sopa. El sistema alimenticio está copiado del que utilizan en las mejores cárceles europeas.

Los libros constituyeron más problema. Tuvimos conciliábulo familiar y para empezar seleccionamos tres títulos, *Prince Serebryanïy,* las *Fábulas* de Krilov y *La vuelta al mundo en ochenta días.* Nos anunció que no estaba dispuesto a leer semejantes panfletos del «Ejército Blanco», pero le dejamos los libros, y todo nos hace pensar que los ha leído con placer.

Tenía un humor cambiante. Los primeros días estuvo bastante tranquilo. Era evidente que estaba preparando algo. Quizá pensó que la policía iba a empezar a buscarle. Comprobamos los periódicos, pero no decían ni una sola palabra del desaparecido agente de la Cheka. Con toda probabilidad, los otros diplomáticos habían decidido que el hombre había desertado, sencillamente, y habían preferido enterrar el asunto. A este período de contemplación corresponde un intento de escapada o, al menos, de comunicarse con el mundo exterior. Se esforzaba por caminar en la celda, probablemente se encaramó a la ventana tratando de abrir las lajas de madera, asimismo probó a hacerse oír con todo tipo de golpes, pero le amenazamos y los golpes cesaron. Y en una ocasión, en que Petya estaba solo con él, le atacó. Petya lo agarró con un dulce abrazo de oso y lo volvió a sentar en la bañera. Después de este suceso pasó por otra fase, se volvió muy dócil, incluso llegó a contar algún chiste alguna vez, y finalmente, intentó comprarnos. Cuando vio que esto tampoco funcionaba, empezó a quejarse, y luego volvió de nuevo a despotricar con todo tipo de juramentos peores que los anteriores. En estos momentos atraviesa una fase de sumisión taciturna, que, me temo, no presagia nada bueno.

Lo sacamos a pasear por el pasillo todos los días, y dos veces por semana le dejamos tomar el aire junto a una ventana abierta; como es natural, tomamos todas las precauciones necesarias para impedir que se ponga a gritar. Los sábados toma un baño. Nosotros nos tenemos que lavar en la cocina. Los domingos le doy unas pequeñas charlas y le dejo fumar tres cigarrillos, en mi presencia, desde luego. ¿Y sobre qué versan estas charlas? Hay de todo. Sobre Pushkin, por ejemplo, o sobre la antigua Grecia. Sólo está prohibido un tema: la política. Está privado de todo aquello que suene a política. Como si la política no existiera sobre la faz de la tierra. ¿Y sabes una cosa? Desde que tengo en prisión a un agente soviético, desde que he hecho un acto de servicio a la Madre Patria, soy, sencillamente, un hombre diferente. Libre, desenvuelto y feliz. Y los negocios han mejorado, así que tampoco tengo demasiados problemas para mantenerlo. Me cuesta veinte marcos al mes, contando la factura de la electricidad: ese agujero está completamente a oscuras, así que desde las ocho de la mañana a las ocho de la tarde tiene una bombilla de pocos vatios encendida.

Y me preguntarás, ¿de dónde sale un individuo así, cuál es su entorno? Bueno, cómo te diría yo… Tiene veinte años, es un campesino, con toda probabilidad ni

siquiera acabó sus años de escuela, es lo que se denomina un «comunista honesto», sólo ha estudiado, por así decir, el catecismo político, ese que convierte a los tarugos en alcornoques, como decimos tú y yo, eso es todo lo que sé. Si quieres te lo enseño, pero acuérdate, ¡ni una palabra!

Martin salió al pasillo. Petya y yo le seguimos. El viejo en su chaqueta cómoda de estar por casa parecía un funcionario de prisiones de verdad. Sacó las llaves y había un cierto aire profesional en su modo de insertarlas en la cerradura. La cerradura crujió dos veces, y Martin abrió la puerta de un golpe. Lejos de ser un agujero oscuro y mal iluminado, era un baño espacioso, espléndido, del tipo que se encuentra en las cómodas pensiones alemanas. La luz eléctrica, brillante pero, sin embargo, agradable, lucía tras una pantalla alegre y llena de adornos. Un espejo brillaba a la izquierda. En la mesilla junto a la bañera había unos cuantos libros, una naranja pelada en un plato lustroso, y una botella de cerveza sin abrir. En la bañera blanca, en un colchón cubierto con una sábana limpia, con una gran almohada detrás de la cabeza, se tumbaba un tipo bien alimentado, con los ojos bien vivos, una barba bastante larga, con una bata (un regalo del amo) y en zapatillas cómodas y suaves.

—Bueno, ¿qué me dices ahora? —me preguntó Martin.

La escena me pareció cómica y no supe qué contestar.

—Ahí es donde solía estar la ventana —me indicó Martin con el dedo.

Efectivamente, la ventana estaba condenada y perfectamente tapiada con maderas.

El prisionero bostezó y se volvió hacia la pared. Nosotros salimos. Martin acarició la cerradura con una sonrisa.

—Pocas probabilidades tiene de escaparse —dijo, y añadió a continuación—: Tengo curiosidad por saber, sin embargo, cuántos años va a tener que pasar ahí encerrado…

Sonidos [*]

Fue necesario cerrar la ventana: la lluvia golpeteaba contra el alféizar y salpicaba el parquet y los sillones. Con un sonido escurridizo y fresco, unos enormes espectros de plata corrían veloces por el jardín, a través del follaje y a lo largo de la arena anaranjada. Los desagües chasqueaban metálicos y se atascaban. Tú tocabas a Bach. Habían levantado la cola laqueada del piano y bajo el ala descansaba una lira y unos pequeños martillos desgranaban un chapoteo de oleaje sobre las cuerdas. El tapiz de brocado, arrugado en toscos pliegues, se había deslizado en parte de la cola del piano, dejando caer una partitura abierta sobre el suelo. De tanto en tanto, a través del frenesí de la fuga, tu anillo tintineaba contra las teclas, mientras, incesante, magnífica, la lluvia de junio insistía en salpicar los paños de la ventana. Y tú, sin dejar de tocar y ladeando ligeramente la cabeza, exclamabas al ritmo de tus dedos: «Esta lluvia, esta lluvia… voy a anegar la lluvia hasta negarla».

Pero no pudiste.

Abandoné los álbumes que descansaban sobre la mesa, ataúdes de terciopelo, y me puse a observarte y a escuchar la fuga, la lluvia. Un sentimiento de frescura fluyó en mí, como aroma de claveles húmedos que gotearan de todas partes, de las estanterías, de la cola del piano, de los diamantes rectangulares de la araña de cristal.

Tuve una aguda sensación de equilibrio embelesado al percibir la relación musical existente entre los espectros de plata de la lluvia y tu espalda inclinada, que se estremecía cuando apretabas los dedos contra el oleaje brillante de las teclas. Y cuando luego me encerré en mí mismo, el mundo todo parecía así —homogéneo, congruente, limitado por las leyes de la armonía. Yo mismo, tú, los claveles, en ese momento todo ello se convirtió en unas cuerdas verticales sobre un pentagrama musical. Me di cuenta de que todo en el mundo era un juego recíproco de partículas idénticas que albergaban diferentes tipos de consonancia: los árboles, el agua, tú… Todo estaba unificado, todo era equivalente, divino. Te levantaste. La lluvia seguía segando la luz del sol. Los charcos parecían agujeros en la arena oscura, rendijas que nos introdujeran en otros cielos que resplandecían en su camino subterráneo. En un banco, brillante como porcelana danesa, estaba tu raqueta olvidada; las cuerdas se habían vuelto pardas con la lluvia y su moldura se había combado hasta adoptar la forma del número ocho.

Cuando arribamos al camino, me sentí algo mareado con el abigarramiento de las sombras y el aroma de los hongos que empezaban a pudrirse.

Te recuerdo dentro de un fortuito retazo de sol. Tenías la espalda erguida y tus ojos pálidos miraban cenicientos. Cuando hablabas, cortabas el aire con el filo

acerado de tu mano menuda y con el destello de la pulsera que anudaba tu muñeca. Tu pelo se desvanecía al enredarse en los rayos de sol que temblaban en el aire y en tu entorno. Fumabas mucho y con nervios. Echabas el humo por la nariz y te desprendías de la ceniza con un golpecillo desdeñoso. Tu casa de campo gris de paloma estaba a cinco verstas de la nuestra. Su interior era frío, suntuoso, una pura reverberación. Había aparecido fotografiada en una elegante revista de la ciudad. Casi todas las mañanas me encaramaba al cuero del sillín de mi bicicleta y tomaba el camino que crujía a mi paso y atravesaba el bosque y luego tomaba la carretera y atravesaba el pueblo y volvía a tomar otro camino que llevaba hasta ti. Tú contabas con que tu marido no iba a venir en septiembre. Y no temíamos nada, tú y yo, ni las murmuraciones de tus criados, ni las sospechas de mi familia. Cada uno de nosotros, a su manera y de forma diversa, confiaba en el destino.

Tu amor era un punto sordo, como lo era tu voz. Casi se podría decir que amabas de soslayo, y nunca hablabas de amor. Eras una de esas mujeres habitualmente poco habladoras, a cuyo silencio uno se acostumbra inmediatamente. Pero, de vez en cuando, algo en ti explotaba. Y entonces tu Bechstein gigante atronaba el espacio, o si no, mirando al infinito vagamente, me contabas hilarantes anécdotas que le habías oído a tu marido o a sus compañeros de regimiento. Recuerdo tus manos, manos pálidas, alargadas y sus venillas azules.

En aquel día feliz, cuando la lluvia azotaba y tú tocabas tan inesperadamente bien, se resolvió aquel algo nebuloso que se había alzado imperceptiblemente entre nosotros tras nuestras primeras semanas de amor. Me di cuenta de que no tenías poder alguno sobre mí, que no eras mi única amante, sino que toda la tierra lo era. Era como si mi alma hubiera desplegado infinitas antenas sensibles y yo viviera como dentro de todas las cosas, percibiendo simultáneamente las cataratas del Niágara atronando al otro lado del océano y también y a la vez el goteo dorado y monótono que tamborileaba mecánicamente en el camino. Me quedé mirando la corteza reluciente de un abedul y de repente sentí que, en lugar de brazos, poseía ramas inclinadas cubiertas con hojas menudas y mojadas y, en lugar de piernas, miles de finas raíces, trenzadas en la tierra, empapándose de ella. Quería transfundirme así en la naturaleza toda, experimentar el ser de un viejo boletus, con su esponja amarilla en el envés, o una libélula, o incluso la esfera solar. Me sentía tan feliz que de pronto rompí a reír y te besé en el hombro y en la nuca. Te hubiera incluso recitado un poema, pero detestabas la poesía.

Sonreíste una sonrisa leve y dijiste:

—¡Qué bien se está después de la lluvia! —y luego te quedaste pensativa unos momentos y añadiste—: Sabes, acabo de acordarme. Me han invitado hoy a tomar el té… cómo se llama… Pal Palych. Es muy aburrido. Pero tengo que ir.

Pal Palych era un antiguo conocido mío. Solíamos ir a pescar juntos y en plena

pesca, de repente, se ponía a cantar con su débil voz de tenor *Campanadas nocturnas.* Yo lo apreciaba mucho. Una gota ardiente se desprendió de una hoja y me cayó directamente en los labios. Me ofrecí a acompañarte.

Te estremeciste como en un escalofrío.

—Nos aburriremos mortalmente allí. Es horrible —miraste el reloj y suspiraste—. Hora de irse. Me tengo que cambiar de zapatos.

En tu dormitorio embrumado, la luz del sol, que se filtraba por las persianas venecianas, formaba dos escaleras doradas en el suelo. Dijiste algo con tu voz sorda. Al otro lado de la ventana, los árboles respiraban y goteaban en un crujido de contento. Y yo, sonriendo con el crujir de la lluvia, te abracé, levemente y sin avidez.

Ocurrió así. A una orilla del río estaba tu parque, y también tus prados, y al otro, el pueblo. La carretera tenía baches profundos en algunos tramos. El barro era de un color violeta exuberante, y las rodadas se llenaban de un agua color café con leche y se cubrían de espuma. Las sombras oblicuas de las isbas de madera negra se extendían con inusitada claridad.

Caminamos en la sombra por un sendero muy trillado y dejamos atrás una tienda de ultramarinos, una taberna con su cartel esmeralda, unos patios llenos de sol que emanaban aromas de estiércol y de heno fresco.

La escuela era nueva, de piedra, rodeada de arces. En el umbral relucían las pantorrillas blancas de una campesina que se inclinaba a escurrir un trapo en un cubo.

Tú preguntaste: «¿Está Pal Palych?». La mujer, toda trenzas y pecas, entrecerró los ojos para protegerse del sol. «Sí, sí que está.» El cubo tintineó con el puntapié que le dio la vieja para moverlo. «Entre, señora. Estará en el taller.»

Nuestras pisadas crujieron al atravesar un vestíbulo oscuro y luego una clase espaciosa.

Miré al pasar un mapa azul y pensé: así es toda Rusia —luz de sol y un gran vacío… En un rincón brillaba un trozo de tiza triturada.

Más allá, en el pequeño taller, había un agradable olor a cola de carpintero y a serrín de pino. Sin chaqueta, sudoroso y jadeante, con la pierna izquierda extendida, Pal Palych se divertía haciendo una serie de planos en su tablero de dibujo de quejosa madera blanca. Su coronilla, calva y sudorosa, oscilaba dentro de un rayo de sol. En el suelo, bajo el banco del carpintero, se enroscaban unas virutas como frágiles mechones de cabello.

Yo dije a voz en grito:

—¡Pal Palych, tienes invitados!

El dio un respingo, se azoró, tomó educadamente la mano que tú le ofreciste con un gesto tan conocido, tan indiferente, y luego tomó mi mano en sus húmedos dedos y la estrechó un segundo. Parecía que tuviera el rostro moldeado en arcilla, con bigote fláccido e inesperados surcos.

—Lo siento, estoy sin vestir, ya lo veis —dijo con una sonrisa culpable. Agarró un par de puños de camisa, que aguardaban tiesos como cilindros en el alféizar de la ventana, y se los puso apresuradamente.

—¿En qué estás trabajando? —le preguntaste con un destello de tu pulsera. Pal Palych se esforzaba en embutirse la chaqueta con movimientos violentos.

—Nada, estoy enredando un poco —escupió como atragantándose al hablar—. Es una especie de estantería sin importancia. No la he acabado todavía. Aún tengo que lijarla y darle el barniz. Pero mirad esto, lo llamo La Mosca… —y con un movimiento vibratorio de sus manos unidas, lanzó al aire una especie de helicóptero de madera en miniatura, que se elevó a las alturas con un zumbido, dio un golpe seco en el techo y cayó al suelo.

La sombra de una sonrisa pasó cortés por tu rostro.

—¡Pero qué tonto soy! —Pal Palych comenzó de nuevo—. Os esperaba arriba, amigos… Esta puerta rechina. Lo siento. Permitidme que vaya delante. Me temo que la casa está desordenada.

—Creo que se había olvidado de que me había invitado —dijiste en inglés mientras subíamos las escaleras que crujían a cada peldaño.

Yo contemplaba tu espalda, los cuadros de seda de tu blusa. Desde algún lugar en el piso de abajo, probablemente el patio, nos llegó la poderosa voz de la campesina, «¡Gerosim! ¡Gerosim!». Y de repente se me hizo prístinamente claro que, durante siglos, el mundo no había dejado de florecer, de dar vueltas, de cambiar sólo para que, ahora, en este preciso instante, pudieran combinarse y fundirse en un acorde vertical aquella voz cuya resonancia nos llegaba desde abajo, el movimiento de tus hombros de seda, y el aroma de las tablas de pino.

La habitación de Pal Palych era soleada y algo abigarrada. Una estera roja con un león bordado en el centro estaba clavada en la pared encima de la cama. En otra pared colgaba un capítulo de *Anna Karenina,* enmarcado y dispuesto de tal forma que el juego de claroscuro de los tipos y la inteligente disposición de las líneas lograban conformar el rostro de Tolstoi.

Nuestro anfitrión, frotándose las manos, te ofreció un asiento. Al hacerlo, un movimiento de las gateras de su chaqueta derribó un álbum de la mesa. Lo recogió. Trajeron té, yogur y unas insípidas galletas. Pal Palych sacó de un aparador una lata de flores con caramelos duros de Landrin. Al agacharse, su camisa dejaba ver todo un paño de piel lleno de granos. Un abejorro amarillo muerto había quedado apresado en la pelusa de una araña posada en el alféizar de la ventana. «¿Dónde está Sarajevo?», preguntaste de repente, haciendo crujir una página que con indiferencia habías cogido del suelo. Pal Palych, ocupado en servir el té, contestó: «En Serbia».

Y, con mano temblorosa, te ofreció con sumo cuidado el humeante vaso de cristal en su soporte de plata.

—Aquí tienes. ¿Puedo ofrecerte unas galletas?… ¿Y por qué están tirando bombas? —se dirigió a mí con un brusco movimiento de hombros.

Yo examinaba, por centésima vez, un enorme pisapapeles de cristal. El cristal encerraba en su interior un azul rosado y la Catedral de San Isaac salpicada de dorados granos de arena. Tú te reías y leías en voz alta: «Ayer, un comerciante del Segundo Gremio llamado Yeroshin fue arrestado en el restaurante Quisisana. Resultó que el tal Yeroshin, con el pretexto de…». Y te volviste a reír. «No, el resto es indecente.»

Pal Palych se puso nervioso, se ruborizó con un leve tono pardo rojizo y dejó caer su cuchara. Las hojas de arce brillaron con inmediatez junto a las ventanas. Un carro traqueteó por delante. Desde algún lugar nos llegaba un grito tierno y lastimero: «¡Helados!».

Empezó a hablar del colegio, de las borracheras, y también de la trucha que había aparecido en el río. Yo me dispuse a examinarle a fondo, y tuve la sensación de que realmente lo estaba viendo por primera vez, aunque fuéramos viejos conocidos. Una imagen suya de nuestro primer encuentro debía de habérseme quedado impresa en el cerebro, como una foto fija inasequible al cambio, un hecho ya definitivo, cerrado y aceptado como cualquier costumbre. Cuando por alguna razón me había venido al recuerdo la imagen de Pal Palych, su rostro no sólo tenía un bigote rubio pálido, sino también una pequeña barba que hacía juego con aquél. Una barba imaginaria es una característica de muchos rostros rusos. Pero ahora, después de haberle concedido un aspecto concreto, por así decir, con mi mirada interna, vi que en realidad tenía la barbilla redonda, lampiña e indecisa, ligeramente partida. Tenía también una nariz carnosa, y me di cuenta de que, en su párpado izquierdo, tenía un lunar que le hubiera arrancado con muchísimo gusto, pero cortarlo hubiera significado matarlo. Aquel pequeño bulto le contenía, total y exclusivamente. Cuando me hube dado cuenta de todo esto, y una vez que lo hube examinado en profundidad, hice el más imperceptible de los movimientos, como si quisiera empujar a mi alma a que se deslizara pendiente abajo, y me deslicé dentro de Pal Palych, me puse cómodo en su interior, y desde ese lugar, sentí, por así decir, aquel lunar de su párpado arrugado, y también las alas almidonadas de su cuello, y la mosca que se arrastraba por su calva. Le examiné con ojos límpidos y móviles. El león amarillo de encima de la cama me parecía ahora un viejo amigo, como si llevara allí encima de la cama desde mi infancia. La posta de colores, encerrada en su cristal convexo, se convirtió en algo extraordinario, lleno de gracia, alegre. Y no eras tú la que estabas sentada frente a mí, en una silla baja de mimbre a la que mi espalda se había acostumbrado, sino la benefactora de la escuela, una dama taciturna a la que apenas conocía. Y sin solución de continuidad, con la misma ligereza de movimientos, me deslicé dentro de ti, percibí la cinta de tu liga encima de la rodilla, y un poco más arriba, el cosquilleo de

la batista, y pensé, poniéndome en tu lugar, que era todo muy aburrido, que hacía calor, que querías fumar. En ese preciso momento sacaste del bolso una pitillera de oro e insertaste un cigarrillo en tu boquilla. Y yo estaba dentro de todo y de todas las cosas —de ti, del cigarrillo, de la boquilla, de Pal Palych enredándose torpe con sus cerillas, del pisapapeles de cristal, del abejorro muerto en el alféizar de la ventana.

Han pasado muchos años, y no sé dónde estará ahora, el tímido y abotargado Pal Palych. A veces, sin embargo, cuando mis pensamientos vuelan por territorios que le son ajenos, lo veo como en un sueño, transportado al escenario de mi existencia ordinaria. Entra en una habitación con su porte sonriente y remilgado, con su panamá viejo en la mano; inclina la cabeza al andar, se limpia la calva y el rubicundo cuello con un enorme pañuelo. Y cuando sueño con él, tú apareces invariablemente atravesando mi sueño, con aspecto perezoso y con una blusa de seda escotada.

*

Aquel maravilloso y feliz día yo no estaba especialmente locuaz. Engullí los resbaladizos trozos de requesón y me esforcé por percibir hasta el más mínimo ruido. Cuando Pal Palych se callaba, yo oía cómo murmuraba su estómago —un chirrido delicado, seguido de un mínimo borboteo. Después de lo cual se limpiaba la garganta sin ningún rubor y empezaba a hablar de cualquier cosa a toda prisa. Balbuceando, sin lograr encontrar la palabra justa, fruncía el ceño y empezaba a tamborilear con los dedos en la mesa. Tú estabas reclinada en el sofá bajo, impasible y en silencio. Girando la cabeza a un lado y alzando tu anguloso hombro, me lanzabas miradas desde el fondo de tus pupilas mientras te ajustabas las horquillas del pelo anudado detrás de tu cabeza. Tú creías que yo me sentía molesto delante de Pal Palych porque habíamos llegado juntos y él hubiera podido imaginarse nuestra relación. Y a mí me divertía que tú pensaras eso, y me divertía la forma melancólica y sorda en la que Pal Palych se ruborizó cuando deliberadamente tú mencionaste a tu marido y su trabajo.

Delante de la escuela, el ocre caliente del sol chapoteaba detrás de los arces. Desde el umbral, Pal Palych nos saludó y nos dio las gracias por acercarnos, y luego volvió a saludar desde el pasillo, y un termómetro brillaba, blanco cristalino, en el muro exterior.

Cuando dejamos atrás el pueblo, cruzamos el puente y nos disponíamos ya a subir por el sendero que conduce a tu casa, yo te abracé y tú me lanzaste destellos de esa mirada especial y de través tan especial y tuya que me dijo que eras feliz. De repente tuve el deseo de contarte las pequeñas arrugas de Pal Palych y el San Isaac con lentejuelas, pero, tan pronto como empecé a hacerlo, tuve la sensación de que me venían a la boca las palabras equivocadas, palabras extravagantes, y cuando tú con toda ternura dijiste «decadente», yo cambié de tema. Sabía lo que necesitabas: sentimientos sencillos, palabras sencillas. Tu silencio era un silencio fácil y sin

viento, como el silencio de las nubes o de las plantas. Todo silencio es el reconocimiento de un misterio. Muchas cosas en ti parecían misteriosas.

Un trabajador con una blusa hinchada por el viento afilaba con fuerza y con ruido su guadaña. Unas mariposas flotaban por encima de las flores escabiosas que no habían caído con la siega. Por el camino venía hacia nosotros una joven con una pañoleta verde claro en sus hombros y margaritas en el pelo. Yo ya la había visto unas dos o tres veces, y su cuello esbelto y moreno se me había quedado fijado en la memoria. Al pasar, sus ojos un punto achinados te tocaron atentos. Y luego, saltando con cuidado la zanja, desapareció detrás de los alisos. Un temblor de plata atravesó la maraña de matorrales. Tú dijiste: «Apuesto a que se estaba dando un buen paseo en mi parque. Cómo detesto a estos veraneantes…». Un fox-terrier, una perra ya vieja, trotaba por el camino junto a su amo. Tú adorabas los perros. El animalillo trepó hasta nosotros, apoyándose en la tripa y con las orejas enhiestas. Se llegó hasta tu mano extendida, y empezó a dar vueltas mostrándonos sus partes, que parecían un mapa de manchas. «Cariño», le dijiste con esa voz tuya tan especial, cariñosa y medio enfadada a un tiempo.

El fox-terrier, después de revolcarse unas cuantas veces, dio un exquisito chillido y se fue trotando, y de un salto atravesó la zanja.

Cuando ya nos acercábamos a la verja del parque, tú decidiste que querías fumar, pero, después de revolver en tu bolso, cloqueaste dulcemente: «Qué tonta soy. Me dejé la boquilla en su casa». Me rozaste la espalda. «Querido, corre y vete a buscarla. Si no, no puedo fumar.» Me reí mientras besaba tus párpados palpitantes y tu estrecha sonrisa.

Me gritabas mientras corría: «¡Date prisa!». Me puse a correr, no porque tuviera una gran prisa, sino porque todo en mi entorno corría al unísono —la iridiscencia de los matorrales, las sombras de las nubes sobre la hierba húmeda, las flores moradas apresurándose a encerrar sus vidas en hondonadas y barrancos antes de que llegara el relámpago del segador.

Diez minutos más tarde, jadeando y acalorado, me encontré subiendo las escaleras de la escuela. Golpeé con el puño la puerta parda. El muelle de un colchón gimió en el interior. Giré la manivela, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la voz sofocada de Pal Palych.

Yo grité:

—¡Vamos ya! ¡Déjame entrar! —el colchón chirrió de nuevo y se oyeron las pisadas de unos pies descalzos—. ¿Quieres decirme para qué te encierras, Pal Palych? —me di cuenta al momento de que tenía los ojos rojos.

—Entra, entra… Me alegro de verte. Ya ves, estaba dormido. Entra.

—Nos olvidamos una boquilla aquí —dije, tratando de no mirarle.

Por fin encontramos la boquilla de esmalte verde bajo el sillón. Me la metí en el

bolsillo. Pal Palych se sonaba estruendosamente con un pañuelo.

—Es una persona maravillosa —dijo inoportuno, dejándose caer pesadamente en la cama. Suspiró y miró de soslayo—. Hay algo en las mujeres rusas, un cierto… —se levantó todo arrugado y se pasó la mano por la frente—. Un cierto… —emitió un gruñido suave—, espíritu de sacrificio. No hay nada más sublime en este mundo. Ese espíritu de sacrificio extraordinariamente sutil, extraordinariamente sublime —juntó las manos detrás de la cabeza y mudó su rostro en una sonrisa lírica—. Extraordinario… —se quedó callado, y luego preguntó, ya con un tono diferente, uno que utilizaba a menudo cuando quería hacerme reír—. ¿Y qué más tienes que decirme, amigo mío? —sentí ganas de darle un abrazo, de decirle algo cariñoso, algo que le aliviara en su necesidad.

—Deberías ir a dar un paseo, Pal Palych. ¿Por qué encerrarte a languidecer en un cuarto cerrado?

Hizo un ademán como para despachar aquel asunto.

—Ya he visto todo lo que hay que ver. Ahí afuera todo lo que uno hace es sofocarse… —con un movimiento descendente de la mano se frotó sus ojos abotargados y también el bigote—. Quizá esta noche vaya a pescar un rato —el lunar que se incrustaba en su párpado arrugado se movió.

Tenía que haberle preguntado: «Querido Pal Palych, ¿qué hacías hace un minuto tumbado en la cama y con el rostro escondido en la almohada? ¿Es que tienes la fiebre del heno, o alguna pena profunda? ¿Has amado a una mujer alguna vez? ¿Y por qué llorar en un día como éste, con este sol radiante y los charcos ahí afuera?».

—Bueno, Pal Palych, tengo que irme corriendo —dije echando una mirada a las gafas abandonadas, al Tolstoi recreado tipográficamente y a las botas con sus lazadas como orejas debajo de la mesa.

Dos moscas se posaron en el suelo rojo. Una se subió encima de la otra. Dieron un zumbido y se separaron volando.

—No te lo tomo en cuenta —dijo Pal Palych respirando suavemente. Ladeó la cabeza—. Sonreiré y lo soportaré, vete, no te entretengas conmigo.

Y de nuevo me encontré corriendo por el camino, junto a los alisos. Sentí que me había bañado en la pena de otro, que estaba radiante con sus lágrimas. Mi sentimiento era de felicidad, una felicidad que desde entonces sólo he experimentado en raras ocasiones: al ver un árbol que se inclina, un guante agujereado, la mirada de un caballo. Era un sentimiento feliz porque fluía armoniosamente. Era la felicidad de un movimiento o de un fulgor feliz. En una ocasión me desgarré en un millón de astillas de seres y de objetos. Hoy soy uno; mañana volveré a desgarrarme en mil astillas. Y así todo en este mundo se decanta y se modula. Aquel día yo estaba en la cresta de una ola. Sabía que todo a mi alrededor eran notas procedentes de una sola armonía siempre la misma, conocía, secretamente, su fuente y la inevitable resolución de

aquellos sonidos que se habían reunido por un instante, y conocía también el nuevo acorde que engendraría cada una de las notas al dispersarse. El oído musical de mi alma lo sabía y lo abarcaba todo.

Te encontré en la sección pavimentada de tu jardín, junto a los escalones que llevan a la terraza y tus primeras palabras fueron: «Mi marido ha llamado desde la ciudad mientras yo estaba fuera. Viene en el tren de las diez. Debe haber ocurrido algo. Quizá lo hayan trasladado».

Un aguzanieves como un viento azul gris pasó ligero por la arena. Una pausa, dos o tres escaleras, otra pausa, más escaleras. El aguzanieves, la boquilla que yo tenía en mis manos, tus palabras, las manchas de sol en tu vestido… No podía ser de otra manera.

—Sé lo que estás pensando —dijiste, frunciendo el ceño—. Piensas que habrá alguien que se lo diga y todo eso. Pero no importa… Sabes lo que yo…

Te miré de frente a la cara. Miré con toda mi alma, directamente. Choqué contigo. Tenías los ojos límpidos, como si una película de papel de seda acabara de desprenderse de los mismos —esa que protege las ilustraciones de los libros preciosos. Y, por vez primera, tu voz era también límpida.

—¿Sabes lo que he decidido? Escucha. No puedo vivir sin ti. Eso es lo que le voy a decir exactamente. Me concederá el divorcio inmediatamente. Y luego, hacia el otoño, podríamos…

Te interrumpí con mi silencio. Una mancha de sol se deslizó desde tu falda hasta la arena al moverte ligeramente.

¿Qué podía decirte? ¿Podía invocar la libertad, el cautiverio, decir que no te amaba lo suficiente? No, todo eso era mentira.

Transcurrió un instante. En ese instante, muchas cosas ocurrieron en el mundo: en algún lugar un vapor gigante se hundió en el fondo del mar, se declaró una guerra, nació un genio. El instante pasó.

—Aquí tienes tu boquilla —dije—. Estaba debajo del sillón. Sabes, cuando entré, Pal Palych parecía como si hubiera estado…

Tú dijiste:

—Está bien. Puedes irte —te diste la vuelta y corriste escaleras arriba. Agarraste el pomo de cristal de la puerta, y no conseguiste abrirla. Debió de ser pura tortura para ti.

Me quedé de pie en el jardín durante un rato entre la humedad dulce. Luego, con las manos metidas en los bolsillos, caminé por la arena moteada en torno a la casa. En el porche de entrada encontré mi bicicleta. Apoyándome en el manillar, me deslicé por el camino del parque. Había sapos aquí y allá. Sin darme cuenta pasé por encima de uno de ellos. Al final del camino había un banco. Apoyé la bicicleta contra el tronco de un árbol y cedí a la tentación de sentarme en la madera blanca. Pensé en

que dentro de dos días tendría una carta tuya y en cómo me llamarías y yo no volvería. Tu casa se deslizaba en una melancólica distancia con su piano de cola, los volúmenes polvorientos de *La Revista de Arte,* las siluetas en sus marcos redondos. Era delicioso perderte. Desapareciste, sacudiendo angularmente la puerta de cristal. Pero otra tú se marchó de manera distinta, abriendo tus ojos pálidos bajo mis besos de alegría.

Me quedé así sentado hasta que llegó la noche. Había unos enanos, que, como movidos por hilos invisibles, no dejaban de caminar por todos lados. De repente, en algún lugar cercano, percibí un brillo abigarrado —era tu vestido, y tú estabas…

¿No habían muerto ya las últimas vibraciones? Por eso, me sentí incómodo ante el hecho de que tú estuvieras allí, en algún punto a mi lado, fuera de mi campo de visión, ante el hecho de que estuvieras caminando, de que te estuvieras acercando. Con esfuerzo, volví el rostro. No eras tú sino aquella muchacha con la bufanda verdosa, ¿te acuerdas, aquella con la que nos tropezamos? ¿Y su foxterrier con aquella panza tan cómica?…

Ella pasó de largo, se perdió entre los huecos del follaje y luego cruzó el puentecillo que llevaba a un quiosco pequeño con ventanas de cristal emplomado. La chica está aburrida, está caminando por tu parque; probablemente la conoceré algún día.

Me levanté despacio, despacio salí en bicicleta del parque inmóvil hasta la carretera principal, derecho hacía una enorme puesta de sol, y, al otro lado de una curva, adelanté a un carruaje. Era tu cochero, Semyon, que se dirigía a paso lento hacia la estación. Cuando me vio, se quitó lentamente la gorra, se alisó los rizos brillantes de su nuca, y se la volvió a poner. Una manta de cuadros estaba doblada en el asiento. Un reflejo misterioso brilló en la mirada del jamelgo negro. Y cuando, con mis pedales inmóviles, volé colina abajo hacia el río, vi desde el puente el panamá y la espalda doblada de Pal Palych, sentado debajo, en un poste junto al lugar reservado al baño, con una caña de pescar en el puño.

Frené y me detuve con la mano en la barandilla.

—¡Pal, Palych! ¿Pican? —levantó los ojos, y me saludó con un gesto amable y tierno.

Un murciélago se lanzó volando por encima de la superficie del espejo rosa. El reflejo de las hojas parecía encaje negro. Pal Palych, desde lejos, gritaba algo, y me llamaba con la mano. Otro Pal Palych parpadeaba entre las olas negras. Riéndome con fuerza me separé de la barandilla.

Pasé por delante de las isbas en un único impulso silencioso y seguí por la tierra firme del camino. Unos mugidos flotaron en el aire sin brillo; unas alondras volaron de golpe y con estrépito. Y luego, un poco más lejos, en la inmensidad de la puesta de sol, entre los campos vagamente vaporosos, no había otro habitante que el silencio.

Batir de alas [*]

1.

Cuando la punta curva de un esquí se cruza con la otra, uno cae hacia delante. La nieve se le mete por las mangas, le escalda la piel y no resulta fácil volver a ponerse en pie. Kern, que hacía mucho tiempo que no esquiaba, empezó a sudar con el esfuerzo. Un poco mareado, se quitó de un tirón el gorro de lana que le hacía sentir un picor en las orejas y se limpió con él la nieve húmeda que le había quedado prendida en las pestañas.

Todo era alegría y azul delante del hotel de seis pisos. Los árboles se elevaban incorpóreos en el resplandor del ambiente. Las huellas de innumerables esquís cubrían como una melena de cabellos oscuros el dorso de las colinas nevadas. Y, envolviéndolo todo, una gigantesca blancura se precipitaba hacia el cielo y brillaba, libre, en el firmamento.

Los esquís de Kern crujían mientras trataba de remontar la pendiente. Al observar la fortaleza de sus hombros, su perfil aquilino, y el brillo robusto de sus pómulos, la joven inglesa que había conocido el día anterior, al tercer día de su llegada, le había tomado por un compatriota. Isabel, Isabel *la Voladora,* como la habían bautizado una pandilla de jóvenes morenos y delgados, de tipo argentino que corrían a todas partes detrás de ella: al salón de baile del hotel, por las escaleras, por las nevadas pendientes en un ballet de polvo brillante. Su aspecto era impetuoso y deportista, tenía una boca tan roja que parecía que el Creador hubiera extraído de la tierra un puñado de tórrido carmín y se lo hubiera pasado por la parte inferior del rostro. En sus ojos chispeantes había un apunte de risa. En su pelo negro y brillante como el satén se erguía una peineta española, tiesa como una ola e hincada en una onda profunda de su pelo. Así era como Kern la había visto ayer, a la puerta de su habitación, la treinta y cinco, cuando el timbre ligeramente sordo del gong la convocó a cenar. Y el hecho de que fueran vecinos, y que el número de la habitación de la joven coincidiera exactamente con el de los años que él tenía en ese momento, así como la circunstancia de que ella estuviera sentada frente a él en la gran *table d'hôte*, tan alta, vivaracha, con un traje negro escotado, y una estola de seda negra en su cuello desnudo, todo esto le pareció a Kern tan significativo que le abrió una fisura en la aburrida melancolía que le llevaba sofocando durante los últimos seis meses.

Fue Isabel quien le abordó, pero él no se mostró sorprendido. En este inmenso hotel que resplandecía, aislado, en una grieta entre las montañas, la vida palpitaba

ligera y un poco achispada después de los años muertos de la guerra. Además, a ella, a Isabel, nada le estaba prohibido, ni el seductor juego de pestañas, ni la melodía de risa en su voz, cuando decía, alcanzándole el cenicero a Kern: «Creo que usted y yo somos los únicos ingleses aquí», para luego acercársele hasta casi tocarle con su hombro translúcido tan sólo sujeto por una cinta negra, y añadir: «Sin contar, claro está, a una media docena de ancianas y a aquel personaje sentado más allá con el cuello vuelto del revés».

Kern contestó: «Está equivocada. Yo no tengo patria. Es verdad que he pasado una serie de años en Londres. Además…».

A la mañana siguiente, tras seis meses de apatía completa, sintió de nuevo inesperadamente el placer de entrar en el cono ensordecedor de una ducha fría como el hielo. A las nueve, después de un desayuno copioso y prudente, salió haciendo crujir con sus esquís la arena rojiza que habían esparcido sobre el resplandor desnudo del camino delante de la terraza del hotel. Cuando hubo subido por la pendiente nevada, haciendo espiga, como hacen los buenos esquiadores, allí, entre pantalones de cuadros y rostros rubicundos, estaba Isabel.

Ella le saludó a la inglesa —se limitó a concederle un asomo de sonrisa. Los esquís de Isabel irradiaban un dorado color oliva. La nieve se agarraba a las intrincadas fijaciones que le sujetaban los pies. Había una cierta energía poco femenina en sus pies y en sus piernas, bien proporcionadas a pesar de las rudas botas y las polainas que las envolvían y apretaban. Una sombra púrpura se deslizó tras ella por la superficie crujiente, cuando con las manos desenfadadamente enfundadas en los bolsillos de su chaqueta de cuero, con el esquí izquierdo ligeramente avanzado, se lanzó ladera abajo, cada vez más rápido, con la bufanda al viento entre chorros de nieve en polvo. De pronto, a toda velocidad, hizo un giro con una rodilla muy flexionada, se volvió a estirar, y se lanzó pendiente abajo, dejando atrás los abetos y la pista de patinaje turquesa. Un par de jóvenes abrigados con jerseys de vivos colores y un famoso deportista sueco con cara de terracota y cabello incoloro, peinado hacia atrás, fueron tras ella a toda velocidad.

Un poco más tarde, Kern se la volvió a encontrar, cerca de una pista azulada por la que se deslizaba la gente con un débil chasquido, bocabajo en sus trineos chatos como si fueran ranas velludas. Con un destello de sus esquís, Isabel desapareció tras un montículo de nieve, y cuando Kern, avergonzado de sus torpes movimientos, la alcanzó en una vaguada entre heladas ramas de plata, ella le saludó con un gesto de los dedos, se dio impulso con sus esquís y desapareció de nuevo. Kern se detuvo un momento entre las sombras violetas, y de repente sintió una bocanada de aquel miedo al silencio que tan bien conocía. El encaje de las ramas en el aire esmaltado tenía la frialdad de un cuento de terror. Los árboles, las intrincadas sombras, sus propios esquís, todo parecía participar extrañamente de una calidad como de juguete. Se dio

cuenta de que estaba cansado, de que tenía una ampolla en el talón y, tras agarrarse a unas ramas para ayudarse a dar la vuelta, inició el retorno. Los patinadores se deslizaban mecánicamente por el suave turquesa de la pista. En la ladera nevada, el Sueco de terracota ayudaba a levantarse a un tipo larguirucho, todo cubierto de nieve, con gafas de montura de concha, que estaba caído entre el polvo resplandeciente como si fuera un torpe pájaro. Como un ala que se hubiera desprendido, un esquí que se le había soltado del pie se deslizaba colina abajo.

En su habitación, Kern se cambió y al oír el hueco sonido del gong, llamó al timbre y pidió rosbif frío, unas uvas y una botella de Chianti.

Tenía un dolor persistente en la espalda y en los muslos.

Quién le mandaba a él perseguirla, pensó. Un hombre se pone un par de tablas en los pies y procede a saborear la ley de la gravedad. Ridículo.

Hacia las cuatro bajó al amplio salón de lectura, donde la chimenea exhalaba un calor naranja y una serie de gente invisible reposaba, oculta tras sus periódicos, en unos inmensos sillones de piel, con las piernas extendidas que surgían debajo de un lugar de nadie hecho de letra impresa. Sobre una larga mesa de roble había un montón de revistas desordenadas, llenas de anuncios de perfumería, de chicas de cabaret y de chisteras parlamentarias. Kern cogió un ejemplar algo estropeado del *Tatler* de junio anterior y durante largo rato estuvo examinando la sonrisa de la mujer que durante siete años había sido su esposa. Recordó su rostro muerto, convertido en algo tan frío y tan duro, y algunas cartas que había encontrado en una pequeña caja.

Dejó a un lado la revista, y la uña chirrió contra el brillo de la página.

Luego, echó a andar con esfuerzo, dando bocanadas a su pipa, hasta llegar a la enorme terraza cubierta, donde tocaba una orquesta helada y la gente bebía un té muy fuerte, arropada con bufandas de vivos colores, dispuesta a salir de nuevo corriendo al frío, a las pistas que brillaban con insistente luz trémula a través de los grandes ventanales. Con ojos escrutadores, recorrió la terraza con la mirada. La mirada curiosa de alguien le traspasó como cuando una aguja alcanza el nervio de una muela. Abandonó el lugar de inmediato.

Entró en la sala de billar, empujando con el hombro la puerta de roble que cedió a su paso y se encontró a Monfiori, un tipo bajo, pálido y de pelo rojo que sólo respetaba la Biblia y las carambolas de billar, que se inclinaba sobre el tapete verde, moviendo su taco, apuntando a una bola. Kern lo acababa de conocer y el hombre le abrumó con citas de las Sagradas Escrituras. Dijo que estaba escribiendo un libro importante en el que demostraba que, si analizamos el Libro de Job de una cierta manera, entonces… Pero Kern dejó de escucharle, porque su atención quedó repentinamente prendida en las orejas de su interlocutor, puntiagudas, llenas de polvo de color canario, con una pelusilla rojiza en las puntas.

Las bolas chocaron y se dispersaron. Enarcando las cejas, Monfiori le invitó a

jugar. Tenía unos ojos melancólicos, ligeramente bulbosos, cabrunos…

Kern ya había aceptado, e incluso había frotado un poco de tiza en la punta de su taco, pero de repente sintió una ola de hastío tremendo que le provocó un inmenso dolor de estómago y un estrépito en sus oídos, y entonces dijo que le dolía el codo, luego contempló al pasar por una ventana el brillo azucarado de los montes, y volvió a la sala de lectura.

Allí, con las piernas cruzadas y aguantándose el daño que le hacía uno de sus zapatos de charol, volvió a examinar la fotografía gris perla, los ojos infantiles y los sombreados labios de la belleza londinense que había sido su mujer. La primera noche después de su suicidio, siguió a una mujer que le sonrió en una esquina en la noche de niebla y se vengó de Dios, del amor, y del destino.

Y ahora venía Isabel con aquella herida roja de su boca. Si uno pudiera…

Apretó los dientes y los músculos de su poderosa mandíbula se tensaron. Toda su vida anterior parecía una inestable hilera de biombos de colores tras los que se había escudado para protegerse de las corrientes cósmicas. Isabel no era sino el último panel, el más brillante, de su biombo. ¡Cuántos jirones de seda como éste había tenido y cuántos había tratado de colgar contra el agujero negro y voraz! Viajes, libros encuadernados con exquisitez y siete años de un éxtasis de amor. Estos jirones se mecían al compás del viento de fuera, se rasgaban, se caían uno a uno. El vacío no se puede ocultar, el abismo respira y lo succiona todo. Esto lo comprendió cuando el detective con sus guantes de cabritilla…

Kern sintió como una sacudida y le pareció que una pálida joven de cejas rosas le estuviera mirando escondida tras una revista. Cogió un *Times* de la mesa y abrió sus gigantescas páginas. El papel se interponía como una sábana contra el abismo. La gente se inventa crímenes, museos, juegos, sólo para escapar del desconocido y vertiginoso firmamento. Y ahora, esta Isabel…

Dejó a un lado el periódico, se llevó a la frente su puño enorme y de nuevo sintió la mirada de alguien fija en su persona. Entonces salió despacio de la habitación, esquivando las piernas lectoras, por delante de la mandíbula abierta y naranja de la chimenea. Se perdió por los pasillos ruidosos, y se encontró inesperadamente en un salón donde las patas blancas y curvas de las butacas se reflejaban en el parquet del suelo, y donde colgaba un gran cuadro de Guillermo Tell haciendo blanco en la manzana que su hijo sostenía en la cabeza; a continuación examinó con detenimiento la tristeza de su rostro recién afeitado, las venillas rojas de sus ojos, su pajarita de cuadros, en un cuarto de baño resplandeciente donde el agua borboteaba musicalmente y una colilla dorada abandonada por alguien flotaba en el fondo de porcelana.

Al otro lado de los ventanales, las nieves comenzaban a empañarse y a volverse azules. El cielo se iluminaba con delicadas tonalidades. Los batientes de la puerta

giratoria que conducía al estruendoso vestíbulo centelleaban lentos a medida que daban entrada a las nubes de vapor que acompañaban a los esquiadores, que llegaban sin resuello y con rostros arrebolados, fatigados de sus juegos nevados. Las escaleras respiraban con cada pisada, con cada grito y con cada risotada. Luego, el hotel se quedó en silencio: todo el mundo se vestía para la cena.

Kern, que se había quedado vagamente adormecido en el sillón de su habitación a la luz del crepúsculo, se despertó con las vibraciones del gong. Feliz con su renovada energía, encendió las luces, se puso los gemelos en una camisa limpia y recién almidonada sacó un par de pantalones negros del ropero. Cinco minutos más tarde, ya mucho más ligero y seguro de sí mismo al comprobar su atuendo, el pelo firme y peinado en su cabeza, el más mínimo detalle de su ropa perfectamente planchada, bajó al comedor.

Isabel no estaba allí. Sirvieron la sopa, a continuación el pescado, pero ella seguía sin aparecer.

Kern examinaba con repugnancia a aquellos jóvenes bronceados y mates, el rostro aladrillado de una mujer mayor que se había pintado una peca para disimular un grano, a un hombre con ojos de cabra, y dejó que su mirada melancólica se posara en una pequeña pirámide espiral de jacintos que surgía de una maceta verde.

Ella no se dignó aparecer hasta que, en el salón que presidía Guillermo Tell, comenzaron a aullar y a retumbar los instrumentos de una banda de negros.

Olía al frío del aire y a perfume. Su pelo parecía mojado. Había algo en su rostro que le dejó pasmado.

Le dedicó una gran sonrisa y se arregló la cinta negra que cruzaba sus hombros transparentes.

—Acabo de llegar. Apenas he tenido tiempo de cambiarme y tomarme un sandwich a toda prisa.

Kern le preguntó:

—¿No me dirá que ha estado esquiando todo este tiempo? Pero si está completamente oscuro allí fuera.

Ella le dedicó una intensa mirada, y Kern se dio cuenta entonces de lo que le había chocado en ella: sus ojos, que brillaban centelleantes como si los cubriera el polvo del hielo.

Isabel comenzó a resbalar planeando como una paloma por las vocales del inglés:

—Desde luego. Ha sido extraordinario. Me he lanzado como un rayo por las pendientes en la oscuridad, he volado por encima de los badenes. He llegado hasta las estrellas.

—Podía haberse matado —dijo Kern.

Y ella, entrecerrando la suavidad de sus ojos, repitió:

—Hasta las estrellas —y añadió, con un destello en el hombro—, pero ahora

quiero bailar.

La banda de músicos negros gritaba y aullaba en el vestíbulo. Unas linternas japonesas flotaban llenas de color. De puntillas, alternando los pasos cortos con otros largos y detenidos, sus manos juntas, Kern avanzaba de la mano de Isabel, sus cuerpos juntos. Un paso más, y la maravillosa pierna de aquella mujer se pegaría a su cuerpo, otro más, y ella se le entregaría sin resistencia. La frescura fragante de su pelo le hacía cosquillas en la sien, y sentía, bajo la hoja de su mano, las curvas sinuosas y flexibles de su espalda desnuda. En silencio, entraba en los quiebros de la música, para a continuación deslizarse de compás en compás… En su entorno flotaban los rostros intensos de parejas de rasgos angulosos con miradas perversamente ausentes. Y el patrón de un ritmo primitivo puntuaba sobre el sonido opaco de las cuerdas.

La música se aceleró, creció en volumen y se interrumpió con estrépito. Todo se detuvo. Y entonces estalló el aplauso, pidiendo más de lo mismo. Pero los músicos habían decidido tomarse un descanso.

Kern sacó un pañuelo de la manga y se limpió el sudor, antes de seguir a Isabel, quien, con un leve golpe de su abanico negro, se dirigía ya hacia la puerta. Se sentaron uno junto a otro en unas grandes escaleras.

Sin mirarle, ella le dijo:

—Lo siento… tenía la sensación de que todavía estaba entre la nieve y las estrellas. Ni siquiera me di cuenta de si bailaba bien.

Kern la miró como si no la oyera, como si de verdad ella estuviera inmersa en sus brillantes pensamientos, pensamientos desconocidos para él.

Unos escalones más abajo, un joven vestido con una chaqueta muy estrecha descansaba acompañado de una joven muy delgada con una marca de nacimiento en la espalda. Cuando la música volvió a sonar de nuevo, el joven invitó a Isabel a bailar un *Boston.* Kern tuvo que bailar con la joven flaca. Olía a lavanda ligeramente amarga. En el salón de baile los remolinos de serpentinas de colores se enredaban en torno a los bailarines. Uno de los músicos llevaba un bigote blanco, postizo y, por alguna razón, Kern sintió vergüenza ajena. Cuando acabó aquella pieza, abandonó a su pareja y se fue corriendo en busca de Isabel. No estaba por ninguna parte… ni en el bufé, ni en la escalera.

Claro, ya era hora de irse a dormir, pensó Kern conciso.

De nuevo en su habitación retiró la cubierta de la cama antes de acostarse y, sin pensar, se puso a contemplar la noche. Las ventanas se reflejaban en la oscuridad de la nieve delante del hotel. En la distancia, las cumbres metálicas flotaban en un resplandor fúnebre.

Tuvo la sensación de que había estado contemplando la muerte. Cerró las cortinas de tal modo que no pudiera entrar ni el más mínimo rayo de la noche en la habitación.

Pero cuando apagó la luz y se tumbó, notó un destello en el filo de un estante de cristal. Se levantó y se entretuvo arreglando las cortinas junto a la ventana, maldiciendo las salpicaduras de la luz de la luna. El suelo estaba frío como el mármol.

Cuando por fin Kern se soltó el cordón del pijama y cerró los ojos, las laderas y pendientes empezaron a desfilar vertiginosas bajo sus pies. En su corazón comenzó un golpeteo intenso, como si a lo largo del día se hubiera esforzado en silenciarlo y ahora quisiera aprovecharse del silencio reinante. Empezó a asustarse a medida que escuchaba este golpeteo. Se acordó de cómo, hace mucho tiempo, en un día de mucho viento, al pasar con su mujer por delante de una carnicería, una res muerta se balanceó en su gancho golpeando en la pared con un ruido sordo. Esa misma era la sensación que ahora se había aposentado en su corazón. Su mujer, mientras tanto, había entrecerrado los ojos contra el viento y se sujetaba el sombrero, mientras decía que el viento y el mar la estaban volviendo loca, que tenían que irse, tenían que irse…

Kern se dio la vuelta, con cuidado, para que no le explotara el pecho con aquellos golpes internos.

—No puedo seguir así —murmuró a la almohada, doblando las piernas desolado. Se quedó quieto, tumbado de espaldas y mirando al techo, a los pálidos destellos que habían penetrado en la habitación, tan cortantes como sus costillas.

Cuando cerró los ojos de nuevo, unas chispas silenciosas comenzaron a deslizarse delante de él, y luego dieron paso a espirales transparentes que se iban desenrollando sin cesar. Los ojos de nieve de Isabel y también su ardiente boca destellaron a su paso, y luego, de nuevo volvieron las chispas y las espirales. Por un momento su corazón se contrajo en un nudo lacerante. Luego, se relajó y dio un fuerte latido.

No puedo seguir así, me voy a volver loco. Sin futuro, nada más que un muro negro. No queda nada.

Tenía la impresión de que las serpentinas de colores se iban deslizando por su rostro, crujiendo y rasgándose en jirones estrechos. De que las linternas japonesas circulaban en ondas de colores por el parquet. Y él mismo estaba bailando, avanzando un poco más.

Si tan sólo pudiera aflojarla, abrirla… Luego…

Y la muerte le pareció un sueño que planeaba, una caída complaciente. Sin pensamientos, sin palpitaciones, sin dolor.

Los rayos de luna que formaban vigas en el techo se habían desplazado imperceptiblemente. Unos pasos cruzaron silenciosos el pasillo, en algún lugar chirrió una cerradura, se oyó un débil zumbido; y de nuevo, pasos, el murmullo y el susurro de los pasos.

Eso quiere decir que el baile ha terminado, pensó Kern. Le dio la vuelta a su

almohada para ventilarla.

Ahora, todo era un inmenso silencio que gradualmente iba adquiriendo tonos gélidos. Sólo se movía su corazón, tenso y pesado. Kern tanteó la mesilla, localizó la jarra de agua, y bebió un trago directamente del pico de la jarra. Un chorro helado le escaldó el cuello y la clavícula.

Empezó a pensar en métodos para conciliar el sueño. Se imaginó unas olas que se montaban rítmicamente hacia la orilla de la costa. Y luego unas ovejas grises y gordas que muy despacio iban saltando y cayendo por una cerca. Una oveja, dos, tres…

Isabel está durmiendo en la puerta de al lado, pensó Kern. Isabel está despierta, y lleva probablemente un pijama amarillo. El amarillo le sienta bien. Un color español. Si rascara con las uñas la pared me oiría. Malditas palpitaciones…

Se quedó dormido justo en el momento en que había empezado a decidir si valía o no la pena encender la luz y ponerse a leer un rato. Tengo una novela francesa ahí encima del sillón. El cuchillo de marfil se desliza cortando las páginas. Una, dos…

Se despertó en mitad de la habitación; le despertó una sensación de terror insoportable. El terror le había hecho saltar de la cama. Había estado soñando que la pared contra la que se apoyaba su cama empezaba a derrumbarse despacio sobre su cuerpo, y había saltado como una exhalación para librarse del desplome.

Kern encontró el cabecero al tacto y habría vuelto a la cama inmediatamente de no haber sido por el ruido que oyó a través de la pared. De momento no sabía muy bien de dónde procedía el ruido, y la misma acción de escuchar con atención hizo que su conciencia, presta a deslizarse por las pendientes del sueño, recobrara abruptamente la lucidez. El ruido se produjo de nuevo: un tañido vibrante, seguido por la rica sonoridad de las cuerdas de una guitarra.

Kern recordó que era Isabel la que ocupaba la habitación vecina. Y de pronto, como si respondiera a sus pensamientos, llegó hasta él una carcajada de su risa. Dos veces, tres, la guitarra sonó, vibrante; luego calló. A continuación se oyó un extraño ladrido, intermitente. Luego, cesó.

Sentado en su cama, Kern escuchaba maravillado. Se imaginó una escena pintoresca: Isabel con una guitarra y un inmenso gran danés mirándola con ojos beatíficos. Apoyó el oído contra la pared helada. De nuevo el ladrido, la guitarra que sonaba como si le hubieran propinado un capirotazo y luego empezó a oírse un susurro ondulante como si un gran viento se arremolinara allí mismo, en el cuarto de al lado. El susurro se fue convirtiendo en un silbido y de nuevo la noche se llenó de silencio. Finalmente se oyó un golpe de la ventana contra el marco: Isabel la había cerrado.

Una chica incansable, pensó —el perro, la guitarra, las corrientes heladas.

Ahora todo estaba en silencio. Probablemente, Isabel, tras haber expulsado todos

aquellos ruidos de su cuarto, se había ido a la cama y ahora ya dormía.

—¡Maldita sea! No entiendo nada. No tengo ni la más mínima pista. ¡Maldita sea! ¡Maldita! —se lamentaba Kern, enterrándose en la almohada. Una pesada fatiga le atenazaba las sienes. Le dolían las piernas y sentía un picor insoportable. Gimió en la oscuridad durante largo rato, sin parar de dar vueltas. Los rayos del techo hacía tiempo que habían desaparecido.

2.

Al día siguiente Isabel no apareció hasta la hora del almuerzo.

Desde por la mañana el cielo había estado deslumbrantemente blanco y el sol se había mostrado con la forma y claridad de la luna. Luego la nieve comenzó a caer, despacio y verticalmente. Los densos copos, como topos que decoraran un velo blanco, enmarcaban en su caída la vista de las montañas, los abetos cargados de nieve, el apagado turquesa de la pista de patinaje. Las suaves y sordas partículas de nieve crujían en susurro contra los cristales de la ventana, mientras caían y caían y no dejaban de caer. Si uno se las quedaba mirando durante un rato, tenía la impresión de que todo el hotel había empezado una lenta ascensión hacia las alturas.

—Estaba tan cansada ayer —le decía Isabel a su vecino de mesa, un joven de amplia frente color oliva y ojos penetrantes—, tan cansada que decidí quedarme hasta muy tarde en la cama.

—Hoy estás guapísima —dijo cansinamente el joven, con una cortesía que resultaba exótica.

Ella hizo un gesto de desprecio.

Mirándola a través de los jacintos, Kern le dijo fríamente:

—No sabía, Isabel, que tuviera en su habitación un perro, ni tampoco una guitarra.

Sus suaves ojos parecieron encerrarse en sí mismos como defendiéndose de un cierto sentimiento de vergüenza. Pero al momento su expresión se rompió en una sonrisa, toda ella carmín y marfil.

—Ayer por la noche, Kern, se excedió usted en la pista de baile —contestó. El joven oliváceo y el tipo bajito que sólo respetaba la Biblia y el billar se rieron, el primero con una risa abierta y cordial, y el segundo como en sordina, y con una expresión de sorpresa en su mirada.

Kern dijo frunciendo el ceño.

—Le pediría que no tocara la guitarra por la noche. Me cuesta mucho dormirme.

Isabel le abofeteó la cara con una mirada desafiante, lúcida.

—Sería mejor que se lo pidiera a sus sueños, no a mí.

Y empezó a hablar con su vecino de mesa acerca del campeonato de esquí que iba a tener lugar al día siguiente.

En los últimos minutos Kern había sentido que sus labios, incontrolados, se estiraban hasta adoptar una mueca involuntaria de sarcasmo. Las comisuras de su boca se crisparon con dolor, y de repente sintió ganas de tirar del mantel y de estampar los jacintos contra la pared.

Se levantó de la mesa tratando de ocultar el temor insoportable que le poseía, y, sin ver a nadie, salió de la habitación.

—¿Qué me está pasando? —se preguntó con angustia—. ¿Qué está pasando aquí?

Abrió de un golpe la maleta y empezó a hacer el equipaje. Inmediatamente se sintió mareado. Dejó lo que estaba haciendo y comenzó a pasear por el cuarto. Irritado, llenó la pipa. Se sentó en el sillón junto a la ventana, al otro lado de la cual la nieve seguía cayendo con nauseabunda regularidad.

Había venido a este hotel, a este elegante refugio invernal llamado Zermatt, para fundir la sensación de blanco silencio con el placer que le proporcionarían una serie de encuentros diversos y despreocupados, porque si en estos momentos temía algo, eso era la soledad absoluta. Pero ahora comprendía que los rostros humanos también le resultaban intolerables, que la nieve le trastornaba la mente, y que carecía de la genial vitalidad y de la tierna perseverancia sin las cuales la pasión es impotente. En cuanto a Isabel, probablemente, su vida consistía en una maravillosa carrera de esquí continua, en una risa impetuosa, en un perfume y también en el aire helado.

¿Quién es? ¿Una diva solar, que ha roto sus cadenas? ¿O la hija fugitiva de un lord arrogante y malhumorado? ¿O sencillamente, una de esas mujeres parisinas…? ¿Y de dónde procede su dinero? Un poco vulgar, sin embargo…

Pero, por mucho que diga, tiene un perro, y es inútil que ella lo niegue. Será un gran danés de pelo sedoso. Con orejas calientes y morro frío. Y sigue nevando, además, Kern pensó, casualmente. Y en mi maleta —y justo en ese momento, algo pareció abrirse, con un chasquido, en su cerebro— tengo una Parabellum.

Hasta la noche estuvo deambulando por el hotel, o dedicado al crujido seco de las páginas de los periódicos en el salón de lectura. Desde la ventana del vestíbulo vio a Isabel, al Sueco y a varios jóvenes con sus chaquetas sobre gruesos jerseys de rayas, que se montaban sobre un trineo con curvas de cisne. Los caballos ruanos hacían sonar sus arneses alegres. La nieve caía silenciosa y densa. Isabel, salpicada toda de pequeñas estrellas blancas, gritaba y se reía entre sus compañeros. Y cuando el trineo se puso en marcha con una sacudida y empezó a acelerar, ella se echó atrás, dando palmas en el aire con sus manos enguantadas en piel.

Kern se apartó de la ventana.

Sigue con tu juego, diviértete con tu paseo… Me es igual.

Luego, durante la cena, trató de no mirarla. Ella estaba dominada por una alegría festiva y un punto achispada, y no le hizo ningún caso. A las nueve, la música negra comenzó a gemir y a sonar con estrépito. Kern, en un estado de languidez enfermiza,

se quedó de pie en el quicio de la puerta, contemplando las parejas agarradas y el abanico rizado de Isabel.

Una voz dulce le dijo al oído:

—¿Te apetece ir al bar?

Se volvió y vio los ojos de melancolía cabruna, las orejas con su pelusilla rojiza.

En la penumbra carmesí del bar, las mesas de cristal reflejaban los pliegues de las pantallas.

Había tres hombres sentados en los taburetes de la barra metálica, los tres con polainas, y las piernas recogidas, sorbiendo las pajas de tres bebidas de colores chillones. Detrás de la barra, donde botellas de distintos colores brillaban en las estanterías como una colección de escarabajos convexos, un hombre corpulento y sensual, con bigote negro, vestido con un esmoquin color cereza, mezclaba cócteles con una destreza extraordinaria. Kern y Monfiori eligieron una mesa escondida en las profundidades de terciopelo del bar. Un camarero les tendió una carta abierta con una larga lista de bebidas, reverente y cautelosamente, como si fuera un anticuario exhibiendo un libro raro.

—Vamos a tomar todos los cócteles, una copa de cada, copa tras copa —dijo Monfiori en su voz melancólica y ligeramente cavernosa—, y cuando lleguemos al final, volveremos a empezar eligiendo los que más nos hayan gustado. Quizá lleguemos a uno que nos guste mucho y nos detengamos saboreándolo durante un largo rato. Y luego, volveremos de nuevo al principio.

Le dirigió al camarero una mirada pensativa.

—¿Está claro?

Y el camarero, o mejor, la raya de su pelo, se volcó en una inclinación.

—A eso se le llama la ronda de Baco —le dijo Monfiori a Kern con una risita lastimera—. Hay gente que aborda su vida diaria de la misma manera.

Kern contuvo un bostezo trémulo.

—Ya sabes que todo esto acaba por hacerte vomitar.

Monfiori suspiró, bebió un par de tragos, chasqueó los labios y marcó con un portaminas una X en la primera bebida de la lista. Dos surcos profundos corrían a lo largo de su rostro, desde las aletas de la nariz hasta su fina boca.

Después de su tercera copa, Kern encendió un cigarrillo en silencio. Después de su sexta copa —un brebaje de chocolate y champán demasiado dulce—, sintió la imperiosa necesidad de hablar.

Exhaló un megáfono de humo. Entornando los ojos, dio unos golpecitos a la ceniza de su cigarrillo con una uña amarillenta.

—Dime, Monfiori, ¿qué piensas de… de, cómo se llama, Isabel?

—No conseguirás nada con ella —contestó Monfiori—. Pertenece a una especie escurridiza. Todo lo que busca es un contacto fugaz.

—Pero toca la guitarra por la noche y se entretiene con su perro. Eso no está bien, ¿no crees? —dijo Kern, mirando su copa con ojos desencajados.

Con otro suspiro, Monfiori dijo:

—Por qué no te olvidas de ella. Después de todo…

—Eso me suena a envidia… —empezó a decir Kern.

El otro le interrumpió con suavidad:

—Es una mujer. Y yo, como ves, tengo otras inclinaciones —y aclarándose la garganta con una cierta modestia, marcó otra X en la carta.

Las copas de rubí fueron reemplazadas por otras doradas. Kern tenía la sensación de que la sangre se le estaba volviendo dulce. Una especie de bruma se le iba instalando en el cerebro. Las polainas blancas abandonaron el bar. Los ritmos y melodías de la distante música cesaron.

—Dices que hay que ser selectivo… —su voz era espesa y hablaba como con desmayo—, mientras que yo he llegado a un punto en que… Mira, por ejemplo, yo estuve casado una vez. Se enamoró de otro. Y resultó ser un ladrón. Robaba coches, collares, pieles… Y ella se quitó la vida. Con estricnina.

—¿Y crees en Dios? —le preguntó Monfiori con el aire de un hombre que por fin va a atacar su tema favorito—. Después de todo, Dios existe.

Kern se rió artificiosamente.

—El Dios de la Biblia… un vertebrado gaseoso… No soy creyente.

—Eso es de Huxley —observó insinuante Monfiori—. Y, sin embargo, hubo un Dios bíblico… Lo que pasa es que El no es el único; hay numerosos dioses bíblicos… Innumerables. Mi favorito es… «Estornudó y se hizo la luz. Sus ojos son como las pestañas de la aurora», ¿entiendes lo que esto quiere decir? ¿Lo entiendes? Y aún hay más: «… las partes carnales de su cuerpo están sólidamente conectadas, y no se moverán jamás». ¿Qué te parece? ¿Qué te parece? ¿Entiendes?

—Espera un segundo —gritó Kern.

—No, no, tienes que meditarlo. «¡Transforma el mar en un ungüento hirviente; deja tras de sí un rastro de resplandor; el abismo se asemeja a una mancha de cabello gris!»

—Espera, quieres esperar —le interrumpió Kern—. Quiero decirte que he decidido matarme…

Monfiori se le quedó mirando impertérrito, con atención, cubriendo su copa con la mano. Se quedó un rato en silencio.

—Justo lo que yo pensaba —comentó con inesperada amabilidad—. Esta noche, cuando estabas mirando cómo bailaba la gente, e incluso antes, cuando te levantaste de la mesa… Había algo en tu cara… Ese surco entre las cejas… Tan especial… Lo comprendí al momento… —se quedó callado, acariciando el borde de la mesa.

—Escucha lo que voy a decirte —continuó, cerrando sus pesados párpados

violáceos cuyas pestañas parecían verrugas—. Voy por todas partes buscando a los que son como tú, en hoteles de lujo, en trenes, en lugares de veraneo, en los muelles de las grandes ciudades, por la noche —una sonrisa de ensueño burlón pasó fugazmente por sus labios.

—Me acuerdo que una vez en Florencia… —alzó sus ojos de liebre—. Escucha, Kern, me gustaría estar presente cuando lo hagas. ¿Te importaría?

Kern, en un golpe de desmayo y parálisis, sintió un escalofrío en el pecho bajo su camisa almidonada. *Los dos estamos borrachos,* fueron las palabras que cruzaron por su mente, *y además este tipo es peligroso.*

—¿Te importaría? —repitió Monfiori con una mueca—. Guapísimo, por favor (y le rozó con su manita velluda y pegajosa).

Kern dio un salto y tambaleándose inseguro se levantó de la silla.

—¡Vete al infierno! Déjame marchar… Estaba bromeando.

La mirada atenta de los ojos de sanguijuela de Monfiori no pestañeó, inmutable.

—¡Ya estoy harto de ti! ¡Estoy harto de todo! —Kern se fue corriendo, haciendo un gesto como si quisiera quitarse las salpicaduras de lodo con las manos. La mirada de Monfiori, como obedeciendo a un golpe seco, perdió su inmutabilidad.

—¡Basura! ¡Muñeca! ¡No son más que palabras! ¡Basta!

Se golpeó la cadera contra el filo de la mesa y se hizo daño. Aquel tipo gordo color de cereza que estaba detrás de la barra vacilante se ahuecó la pechera de la camisa y empezó a flotar, como en un espejo curvo, entre sus botellas. Kern atravesó las olas deslizantes de la alfombra, y empujó con el hombro la puerta de cristal.

El hotel estaba completamente dormido. Subió las alfombradas escaleras con dificultad y localizó su habitación. Alguien se había dejado la llave puesta en la puerta contigua. Se había olvidado de encerrarse. Las flores serpenteaban en la pálida luz del pasillo. Ya en su habitación pasó un buen rato buscando a tientas en la pared el interruptor de la luz. A continuación se desplomó en un sillón junto a la ventana.

Se le ocurrió entonces que tenía que escribir algunas cartas, cartas de despedida. Pero las bebidas almibaradas le habían debilitado. Tenía en los oídos un hueco clamor denso, y unas olas gélidas se derramaban por su frente. Tenía que escribir una carta y había algo más, algo que le preocupaba. Como si se hubiera marchado de casa sin la cartera. La negrura de espejo de la ventana le devolvía el reflejo de su cuello de rayas y de su frente pálida. Tenía que escribir aquella carta… no, ¡no era eso! De pronto, algo se encendió en los ojos de su mente. ¡La llave! La llave en la cerradura de la puerta de al lado…

Kern se levantó con esfuerzo y salió al pasillo débilmente iluminado. De la llave enorme colgaba una placa brillante con el número treinta y cinco. Se detuvo delante de aquella puerta blanca. Un temblor ávido agitaba sus piernas.

Un viento helado le azotó la frente. La ventana de la habitación, espaciosa y

completamente iluminada estaba abierta de par en par. Y en la cama, vestida con un pijama amarillo escotado, estaba tumbada Isabel. Una mano pálida, con un cigarrillo encendido entre los dedos, colgaba a un lado de la cama. Se debía de haber quedado dormida sin darse cuenta.

Kern se acercó a la cama. Se golpeó la rodilla contra una silla y una guitarra soltó un débil tañido. El cabello azul de Isabel se extendía en círculos precisos sobre la almohada. Se quedó mirando sus oscuras pestañas, la sombra delicada entre sus pechos. Tocó la manta. Sus ojos se abrieron inmediatamente. Entonces, inclinándose suplicante como un jorobado, Kern le dijo: «Necesito tu amor. Mañana me voy a pegar un tiro».

Nunca hubiera soñado que una mujer, incluso sorprendida, pudiera asustarse tanto. De entrada, Isabel se quedó inmóvil, pero luego reaccionó como con una embestida y, sin apartar los ojos de la ventana abierta, se bajó al instante de la cama y pasó corriendo delante de Kern con la cabeza baja como si intentara esquivar un golpe.

La puerta se cerró de repente. Unas hojas de papel volaron de la mesa.

Kern se quedó de pie en medio de la gran habitación iluminada. En la mesilla unas uvas brillaban en oros y violetas.

—Está loca —dijo para que se le oyera.

Se estiró con cierto esfuerzo. Temblaba como un corcel de frío en un escalofrío prolongado. Luego, súbitamente, se quedó inmóvil y helado.

Al otro lado de la ventana, se acercaba una especie de alegre ladrido que iba hinchándose y creciendo en espasmos violentos. En un abrir y cerrar de ojos el cuadrado de negra noche del vano de la ventana se llenó y se inflamó en un tumulto de pieles sólidas y bulliciosas. Con un único y ruidoso movimiento aquel tosco pelaje ocultó por completo el cielo nocturno, enmarcado en la ventana. Al momento siguiente, aquello creció, se estiró, e irrumpió de través por la ventana, desplegándose luego. Y entre el ruido y la agitación de aquella maraña de pieles desplegadas se dejó ver el resplandor de un pálido rostro. Kern agarró la guitarra por el mástil y, con toda su fuerza, golpeó aquel rostro blanco que volaba ante sus ojos. Como si se tratara de una tempestad de pelo, la nervadura de un ala de aquel gigante le tumbó de un golpe al suelo. Estaba abrumado por el olor de aquel animal. Kern se levantó dando bandazos.

En el centro de la habitación había un ángel inmenso.

Ocupaba toda la habitación, todo el hotel, todo el mundo. Su ala derecha se había quebrado, y la apoyaba en ángulo contra el armario de luna. La izquierda no dejaba de mecerse imponente, enredándose en las patas de una butaca volcada en el suelo. La butaca se balanceaba, rítmicamente, en el suelo. El pelo pardo de las alas humeaba, irisado con la escarcha. Ensordecido por el golpe, el ángel se apoyaba en

las palmas de sus manos como una esfinge. En sus manos blancas latían bien visibles e hinchadas unas venas azules, y en los hombros, junto a la clavícula se veían zonas de sombras. Sus ojos alargados y miopes, verde pálido como el aire que precede a la aurora, contemplaban a Kern sin pestañear desde el fondo de unas cejas unidas y absolutamente rectas.

Asfixiado con el penetrante olor a piel mojada, Kern se quedó de pie e inmóvil con la absoluta indiferencia que produce el terror límite, contemplando al gigante, sus alas humeantes y su rostro blanco.

Un ruido hueco comenzó a oírse al otro lado de la puerta, en el pasillo y Kern se vio dominado por una emoción distinta: una vergüenza desgarradora. Estaba avergonzado hasta el dolor, hasta el horror de pensar que en cualquier momento alguien pudiera llegar hasta allí y encontrarle con semejante criatura, tan absolutamente increíble.

Con un ruidoso jadeo el ángel se esforzó por moverse. Pero tenía los brazos débiles y se desplomó sobre el pecho. Una de sus alas dio unas cuantas sacudidas. Castañeteando, tratando de no mirar, Kern se inclinó sobre él, agarró aquella masa de piel maloliente y húmeda, sujetándola por los hombros pegajosos. Notó con un horror de náusea que los pies del ángel eran pálidos y no tenían huesos, y que le resultaría imposible mantenerse en pie. El ángel no se resistió. Kern, a toda prisa, lo empujó hacia el armario, abrió de par en par la puerta de luna y se dispuso a meter dentro aquellas alas, que crujían al verse apretadas en el fondo del armario. Las cogió por los nervios, tratando de doblarlas y meterlas dentro. Pero las alas pugnaban por desplegarse, y pelos y piel no dejaban de golpearle con sus aletazos en el pecho. Por fin consiguió cerrar la puerta de un buen golpe. En aquel instante se oyó un grito lacerante, insoportable, el grito de un animal aplastado por una rueda. Al cerrar la puerta de golpe había pillado un ala, eso era. Una puntita del ala sobresalía por una rendija. Kern abrió ligeramente la puerta y remetió la cuña sinuosa con su propia mano. Cerró con llave.

Todo se quedó muy tranquilo. Kern sintió que unas lágrimas ardientes le corrían por la cara. Respiró hondo y salió corriendo al pasillo. Isabel estaba junto a la pared, un montón de encogida seda negra. La recogió en sus brazos, la llevó a su habitación y la depositó en la cama. A continuación cogió la pesada Parabellum de su maleta, le quitó el seguro, salió corriendo casi sin respirar e irrumpió en la habitación treinta y cinco.

Las dos mitades de una fuente rota yacían, blancas, en la alfombra. Las uvas estaban esparcidas aquí y allá.

Kern se vio en el espejo del armario: un mechón de cabello sobre la ceja, una pechera de camisa almidonada y manchada de rojo, el destello alargado del cañón de su arma.

—Tengo que rematarlo —exclamó con voz apagada, y abrió el armario.

No había nada salvo una *ráfaga,* de pelusa maloliente. Unos grasientos mechones pardos se arremolinaban por el suelo de la habitación. El armario estaba vacío. En el suelo, una sombrerera blanca aplastada.

Kern se acercó a la ventana y miró. Unas nubéculas peludas se deslizaban contra la luna y proyectaban en su entorno apagados arco iris. Cerró los cajones, volvió a poner la butaca en su sitio, y empujó a patadas los mechones pardos bajo la cama. Luego, con cautela salió al pasillo. Estaba tan tranquilo como antes. La gente duerme como un tronco en los hoteles de montaña.

Y cuando volvió a su habitación lo que vio fue a Isabel con los pies desnudos colgando fuera de la cama, temblando, con la cabeza entre las manos. Sintió vergüenza, como unos minutos antes, cuando el ángel le estaba mirando con sus extraños ojos verdosos.

—Dime ¿dónde está? —le preguntó Isabel con ansiedad.

Kern se dio la vuelta, fue hasta el escritorio, se sentó, abrió el secante y respondió:

—No lo sé.

Isabel encogió sus pies desnudos y los metió en la cama.

—¿Me puedo quedar aquí contigo? Estoy tan asustada…

Kern asintió en silencio. Dominando el temblor de su mano, empezó a escribir. Isabel comenzó a hablar de nuevo, con una voz apagada y agitada, pero por alguna razón Kern pensó que su miedo era un miedo femenino, terrenal.

—Lo conocí ayer cuando volaba en la noche sobre mis esquís. Ayer por la noche vino hasta mí.

Tratando de no escuchar lo que Isabel decía, Kern escribió con mano resuelta:

«Querido amigo, ésta será mi última carta. Nunca olvidaré cómo me ayudaste cuando el desastre cayó sobre mí. Probablemente él viva en el pico de alguna montaña donde caza águilas alpinas y se alimenta con su carne…»

Volviendo en sí, rompió lo que acababa de escribir y tomó otra hoja de papel. Isabel sollozaba con el rostro escondido en la almohada.

—¿Y qué voy a hacer ahora? Volverá y me perseguirá para vengarse… Oh, Dios mío…

«Mi querido amigo», escribió Kern deprisa, *«ella buscó caricias inolvidables y ahora dará a luz a una pequeña bestia con alas…».* ¡Maldita sea! Y arrugó la hoja que acababa de escribir.

—Trata de dormirte —se dirigió a Isabel por encima del hombro—. Y mañana vete. A un monasterio.

Y al oírlo Isabel se encogió de hombros. A continuación se quedó quieta y callada.

Kern escribía. Ante él sonreían los ojos de la única persona en el mundo con la que podía hablar con toda libertad o quedarse callado si así lo prefería. Le escribió a esa persona que la vida estaba acabada, que últimamente había empezado a pensar que, en lugar de un futuro, lo que se perfilaba, cada vez más próximo, era un muro negro, y que ahora había ocurrido algo terrible, tras lo cual un hombre no puede ni debe seguir viviendo. *«Mañana, a las doce, moriré»*, escribió Kern, *«mañana, porque quiero morir en pleno uso de mis facultades, a la sobria luz del día. Y ahora me encuentro en un estado de profundo shock»*.

Cuando hubo acabado se sentó en el sillón junto a la ventana. Isabel seguía durmiendo, su respiración apenas se oía. Un cansancio agobiante le atenazaba la espalda. El sueño descendió sobre él como la suave niebla.

3.

Le despertó un golpe en la puerta. Por la ventana se derramaba un azul de escarcha.

—Entre —dijo estirándose.

El camarero depositó silenciosamente una bandeja con una taza de té encima de la mesa y, con una inclinación, se retiró.

Riéndose de sí mismo, Kern pensó: «Y aquí sigo yo a estas horas con un esmoquin todo arrugado».

Y entonces, al momento, recordó lo que había sucedido durante la noche. Se puso a temblar y contempló la cama. Isabel se había ido. Debía haber vuelto a su habitación con la llegada de la mañana. Y a aquellas horas ya se habría ido, sin duda… Tuvo una visión fugaz de las derrotadas alas pardas. Se levantó deprisa y abrió la puerta del pasillo.

—Escuche —llamó al camarero que ya se iba dándole la espalda—. Tengo una carta para que la lleve al correo.

Fue al escritorio y empezó a buscar desordenadamente. El tipo le esperaba en la puerta. Kern comprobó sus bolsillos y miró debajo del sillón.

—Puede irse. Se la daré al conserje más tarde.

La raya del pelo se inclinó y la puerta se cerró con suavidad.

Kern estaba disgustado por haber perdido la carta. Aquella carta precisamente. Lo había formulado tan bien, tan sencilla y llanamente, todo lo que necesitaba ser dicho. Y ahora no podía recordar las palabras. Sólo le venían frases sin sentido. Sí, aquella carta había sido una obra maestra.

Empezó a escribir de nuevo, pero resultó fría y retórica. Selló la carta y copió la dirección con esmero.

Se sintió ligero, como aliviado. Se mataría de un tiro a las doce; después de todo, un hombre que ha decidido matarse es un dios.

La nieve azucarada resplandecía al otro lado de la ventana. Se sintió atraído por ella, por última vez.

Las sombras de los árboles cubiertos de escarcha reposaban sobre la nieve como plumas azules. Las campanillas de los trineos tintineaban en algún lugar, divertidas y densas. Había mucha gente, chicas con gorros de piel que se movían timoratas y torpes sobre sus esquís, jóvenes que exhalaban nubes de risa al llamarse los unos a los otros, gente madura, rubicunda con el esfuerzo, y algún vigoroso anciano de ojos azules que arrastraba un trineo cubierto de terciopelo. Kern pensó al pasar, por qué no darle al tipo un golpe en la cara, con el dorso de la mano, simplemente para divertirse, porque ahora todo estaba permitido. Rompió a reír. Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

Todo el mundo se encaminaba a la zona donde acababa de empezar la competición de saltos. El lugar consistía en un descenso escarpado que a mitad de camino se transformaba en una plataforma nevada que se terminaba abruptamente, proyectándose en ángulo recto. Un esquiador se deslizó por la sección empinada y saltó al aire volando por la rampa que se proyectaba al aire azul. Volaba con los brazos extendidos, aterrizó de pie en la pista de nieve que se extendía bajo la rampa, y se deslizó por la misma. El Sueco acababa de romper su propio récord, y, más abajo, en un remolino de polvo de plata, hizo un brusco giro extendiendo una de sus piernas doblada.

Otros dos, con jerseys negros, pasaron a toda velocidad, saltaron y con la máxima flexibilidad golpearon el suelo.

—A continuación va a saltar Isabel —dijo una voz suave a espaldas de Kern. Kern pensó rápidamente, No me digas que todavía está aquí… Pero cómo puede… y se quedó mirando a la persona que había hablado. Era Monfiori. Con la chistera encajada en sus salientes orejas, y un pequeño abrigo negro con tiras de terciopelo ajado en el cuello, se destacaba divertido entre los espectadores vestidos de lana. ¿Debería decírselo?, pensó Kern.

Rechazó con asco las pardas alas malolientes; no debía pensar en eso.

Isabel subió la colina. Se volvió a decirle algo a su compañero, alegre, tan alegre como siempre. Esta alegría le produjo a Kern un sentimiento de miedo. Entrevió lo que parecía ser una fugaz visión momentánea de algo ahí encima de las nieves, encima del hotel de cristal, encima de la gente tan minúscula —un escalofrío, un resplandor trémulo…

—¿Y cómo te encuentras hoy? —preguntó Monfiori, frotándose las manos inertes.

Y justo en ese momento unas voces exclamaron junto a ellos: «¡Isabel!, ¡Isabel la Voladora!».

Kern volvió la cabeza. Venía lanzada por la empinada pendiente. Por un instante

vio su rostro resplandeciente, sus relucientes pestañas. Con un suave silbido pasó rozando por el trampolín, voló y se quedó colgada inmóvil, crucificada en medio del aire. Y entonces…

Nadie, desde luego, podía haberlo esperado. En pleno vuelo Isabel se desplomó en un espasmo, cayó como si fuera una piedra, y empezó a rodar entre las ráfagas de nieve que producían sus esquís al dar tumbos.

Inmediatamente quedó oculta por las espaldas de la gente que corrió hacia ella. Kern se acercó lentamente, encorvado. Lo contempló vivido en su mente, como si lo hubieran escrito en grandes letras: venganza, batir de alas. El Sueco y el tipo larguirucho de gafas de montura de hueso se inclinaron sobre Isabel. Con gestos profesionales el hombre de las gafas palpaba su cuerpo sin vida. Murmuró: «No lo puedo entender, tiene la caja torácica aplastada…».

Alzó la cabeza tratando de verla. Sólo vislumbró fugazmente su rostro muerto, y aparentemente desnudo.

Kern se volvió con un crujido de talones y se encaminó a paso decidido hasta el hotel. Junto a él trotaba Monfiori, que se le adelantaba, queriéndole arrancar a hurtadillas lo que sus ojos decían.

—Ahora voy a subir a mi habitación —dijo Kern, tratando de tragarse su risa y sus sollozos, tratando de contenerlos—. Arriba… si deseas acompañarme…

La risa se acercó a su garganta y estalló. Kern subía las escaleras como si estuviera ciego. Monfiori le ayudaba, manso y desbocado.

Dioses [*]

Esto es lo que veo ahora mismo en tus ojos: una noche lluviosa, una calle angosta, unas farolas que se pierden en la distancia. El agua se desliza vertiginosa por las laderas de los tejados empinados hasta los desagües. Debajo de la boca de serpiente de cada uno de los desagües hay un cubo con un aro verde. Las hileras de cubos bordean las paredes negras a ambos lados de la calle. Yo los observo mientras se van llenando de mercurio frío. El mercurio pluvial va creciendo hasta desbordarse. Las bombillas desnudas brillan en la distancia, sus rayos erizados en la lluviosa oscuridad. Los cubos ya se están desbordando.

Y así logro entrar en tus ojos nublados, hasta llegar a una callejuela angosta de negra luz tenue donde la lluvia nocturna borbotea y susurra. Sonríeme. ¿Por qué me miras con expresión tan sombría y siniestra? Ya es de mañana. Las estrellas no han cesado de chillar con sus voces infantiles toda la noche mientras que en el tejado alguien laceraba y acariciaba un violín con un arco afilado. Mira, el cielo cruza la pared lentamente como una vela al viento. Tú emanas una niebla ahumada que todo lo envuelve. El polvo comienza a tejer remolinos en tus ojos, millones de palabras doradas. ¡Sonreíste!

Salimos al balcón. Es primavera. Abajo, en medio de la calle, un chico de rizos amarillos trabaja a toda prisa, dibujando a un dios. El dios se extiende de una a otra acera. El chico agarra un trozo de tiza en la mano, un trocito de carboncillo blanco, y en cuclillas, sin dejar de dar vueltas, dibuja con amplios trazos en el suelo. Este dios blanco tiene grandes botones también blancos y los pies abiertos. Crucificado en el asfalto, mira hacia el cielo con ojos abiertos. Su boca es tan sólo y también un simple arco blanco. Un puro, del tamaño de un leño, ha aparecido en su boca. Con trazos helicoidales el chico dibuja unas espirales que quieren representar el humo. Contempla su obra, brazos en jarras. Añade un nuevo botón… El marco de una ventana suena en algún lugar; y una voz de mujer, enorme y feliz, llama al muchacho. El niño se desprende de la tiza con una patada y corre a casa. El dios blanco, geométrico, queda abandonado en el asfalto violeta, mirando al cielo.

Y de nuevo tus ojos se volvieron tenebrosos. En seguida me di cuenta de lo que recordaban. En un rincón de nuestro dormitorio, bajo el icono, hay una pelota de goma de colores. A veces salta suave y triste de la mesa y cae rodando hasta el suelo.

Vuélvela a poner en su sitio bajo el icono y luego ¿por qué no vamos a dar un paseo?

Aire de primavera. Un poco velloso. ¿Ves esos tilos que bordean la calle? Negras ramas cubiertas con húmedas lentejuelas verdes. Todos los árboles del mundo están

viajando hacia algún lugar. Un peregrinaje continuo. ¿Recuerdas, cuando estábamos de camino hacia aquí, hacia esta ciudad, los árboles que corrían a lo largo de las ventanillas de nuestro vagón de tren? Y antes de eso, en Crimea, vi una vez un ciprés que se inclinaba sobre un almendro en flor. En tiempos, el ciprés había sido un deshollinador muy alto, grande, con un escobón y una escalera bajo el brazo. Completamente enamorado, pobre hombre, de una pequeña lavandera, rosa como los pétalos del almendro. Su delantal rosa se hincha con la brisa; él se inclina tímidamente hacia ella, como si todavía le preocupara la posibilidad de mancharla de hollín. Una fábula de primera clase.

Todos los árboles son peregrinos. Tienen su Mesías, al que van buscando. Su Mesías es un regio cedro del Líbano, o quizás sea un árbol pequeño, un pequeño matorral absolutamente discreto de la tundra…

Hoy unos tilos pasan por la ciudad. Se hizo un intento de detenerlos. Se construyeron unas vallas circulares alrededor de sus troncos. Pero se mueven igual…

Los tejados relumbran como espejos oblicuos cegados por el sol. Una mujer con alas está de pie en el alféizar de una ventana, limpiando los cristales. Se inclina, hace unas muecas, se quita un mechón de pelo llameante de la cara. El aire huele levemente a gasolina y a tilos. ¿Quién podrá decir, hoy en día, qué efluvios saludaban al viajero que entraba en un atrio de Pompeya? Dentro de medio siglo nadie conocerá los olores que triunfan hoy en nuestras calles y en nuestras habitaciones. Excavarán la estatua de algún héroe militar de piedra, de las que se encuentran a cientos en cualquier ciudad, y suspirarán por el Fidias de antaño. Todo en el mundo es bello, pero el Hombre sólo reconoce la belleza si la ve con poca frecuencia o desde lejos… Escucha… ¡Hoy, somos dioses! Nuestras sombras azules son enormes. Nos movemos en un mundo gigantesco, alegre. La columna de la esquina está envuelta en lonas mojadas, en las que un pincel ha esparcido remolinos de colores. La anciana que vende periódicos tiene unas canas grises en la barbilla, y unos ojos azules con un punto de locura. Los periódicos en rebujo se le escapan desordenadamente de la bolsa donde los lleva. Sus grandes tipos me llevan a pensar en cebras voladoras.

Un autobús se detiene en su parada. Arriba, el revisor golpea con la mano en la regala de hierro. El timonel da un giro de ciento ochenta grados al timón. Un creciente lamento trabajoso, un breve chirrido. Las anchas ruedas han dejado huellas de plata en el asfalto. Hoy, en este día soleado, todo es posible. Mira, un hombre ha saltado de un tejado a un cable y está caminando por él, partiéndose de risa, con los brazos extendidos, sobre la calle que es puro movimiento. Mira, dos edificios acaban de jugar armoniosamente a la pídola; el número tres acabó entre el uno y el dos; no cayó en el lugar preciso. Vi un espacio vacío, una estrecha banda de sol. Y una mujer se detuvo en mitad de una plaza, echó atrás la cabeza, y empezó a cantar; un grupo de gente le hizo corro, y luego se marcharon: hay un vestido vacío en el asfalto, y en el

cielo una nubecilla transparente.

Te estás riendo. Cuando ríes, quiero que todo el mundo se transforme para que te refleje como un espejo. Pero tus ojos se apagan al instante. Dices, apasionada, temerosamente: «¿Te gustaría ir… allí? ¿No te importa? Se está tan bien allí, todo está en flor…».

Es cierto, todo está en flor, es cierto que iremos. Porque ¿no somos dioses tú y yo? Siento en mi sangre la rotación de universos inexplorables…

Escucha, quiero correr durante toda mi vida, gritando a pleno pulmón. Que toda la vida sea un aullido desbordado. Como la multitud que saluda al gladiador.

No te pares a pensar, no interrumpas el grito, respira, libera el éxtasis de la vida. Todo está en flor. Todo vuela. Todo grita, y se atraganta con sus gritos. Risa. Carreras. Suéltate el pelo. Eso es todo en lo que consiste la vida.

Llevan a unos camellos por la calle, el circo los devuelve de nuevo al zoo. Sus pesadas jorobas se escoran y se balancean. Sus rostros alargados y amables se alzan ligeramente, soñadores. ¿Cómo va a existir la muerte si hay alguien que conduce unos camellos por la calle de primavera? En la esquina, una bocanada inesperada de flores rusas; un mendigo, una monstruosidad divina, contorsionado, con pies que le crecen en las axilas, ofrece, con una pata mojada y peluda, un ramo de verduscos lirios del valle… Me tropiezo con un transeúnte… Colisión momentánea de dos gigantes. Jovialmente intenta golpearme magnífico con su bastón lacado. La punta, en su trayecto de vuelta, rompe un escaparate detrás de él. Cruzan el cristal una serie de zigzags. No —sólo es el chapoteo de la luz del sol que se refleja en mis ojos. ¡Mariposa, mariposa! Negra con rayas rojas… Un trozo de terciopelo… irrumpe en el asfalto, se eleva sobre un coche que pasa y sobre un edificio muy alto, hasta llegar al azul húmedo de un cielo de abril. Otra mariposa idéntica se posó en una ocasión en el borde blanco de un circo; Lesbia, la hija del senador, grácil, de ojos oscuros, con una cinta de oro en la frente, extasiada por las alas palpitantes, se perdió el segundo preciso, el remolino de polvo cegador, en el que el cuello de toro de uno de los gladiadores se rompió bajo la rodilla desnuda del otro.

Hoy tengo el alma llena de gladiadores, de sol, del ruido del mundo…

Bajamos por una amplia escalera y llegamos a una cámara bajo tierra, alargada, oscura. Las baldosas resuenan vibrantes bajo nuestras pisadas. Las figuras de unos pecadores ardiendo adornan las paredes grises. En la distancia, los truenos negros se hinchan en pliegues de terciopelo. Todo estalla a nuestro alrededor. Corremos, como si esperáramos a un dios. Estamos encerrados dentro de un brillo de cristal. Adquirimos velocidad. Nos precipitamos a una sima negra y corremos en un estruendo seco hasta las profundidades bajo tierra, colgados de cinchas de cuero. Con una detonación las lámparas ámbar se extinguen por un segundo durante el cual unos glóbulos frágiles se queman en luz cálida en la oscuridad —los ojos saltones de los

demonios o quizás los puros de nuestros compañeros de viaje.

Vuelven las luces. Mira, mira allí, el hombre alto del abrigo negro junto a la puerta de cristal del coche. Apenas reconozco aquel rostro estrecho, amarillento, el grueso puente de su nariz. Labios finos apretados, el surco atento entre las tupidas cejas, escucha una explicación que está dando otro hombre, pálido como una máscara de escayola, con una pequeña barba esculpida, circular. Estoy seguro de que están hablando en *terza* rima. Y tu vecina, aquella señora con aquel abrigo pálido sentada con los ojos bajos: ¿podría ser la Beatriz de Dante? Emergemos del malsano y húmedo infierno de nuevo a la luz del sol. El cementerio está lejos, en las afueras. Los edificios son cada vez más escasos. Hay vacíos entre los mismos, de un verde apagado. Me acuerdo del aspecto de esta ciudad en los grabados antiguos.

Caminamos contra el viento a lo largo de vallas que impresionan. En un día como éste, soleado y trémulo, emprenderemos viaje al norte, a Rusia. Habrá pocas flores, sólo las estrellas amarillas de los dientes de león a lo largo de las zanjas. Los postes de telégrafo color ala de paloma cantarán cuando nos acerquemos. Cuando, tras la curva que tan bien conocemos, mi corazón se vea asaltado por los abetos, por la arena roja, por la esquina de la casa, tropezaré y me caeré de bruces.

¡Mira! Por encima de las extensiones vacías de tierra verde, en las alturas del cielo, un avión progresa con un tañido como un arpa eólica. Sus alas de cristal relucen. ¿Hermoso, no te parece? Oh, escucha, esto ocurrió en París, hace ciento cincuenta años. Una mañana temprano —era otoño, y los árboles flotaban en suaves masas naranjas a lo largo de los bulevares elevándose hacia el cielo—, una mañana temprano, los comerciantes se reunieron en la plaza del mercado; los puestos estaban rebosantes de manzanas relucientes y húmedas; había ráfagas de miel y de heno fresco. Un tipo algo mayor con canas en las orejas se ocupaba en disponer lentamente unas jaulas que contenían diversos tipos de aves, que no paraban de moverse en el aire helado; luego se reclinó soñoliento en una estera, porque la niebla de la aurora todavía oscurecía las manos doradas de la esfera negra del reloj del Ayuntamiento. Apenas se había dormido cuando alguien empezó a tirarle de la manga. De un saltó se levantó el anciano y vio ante sí a un joven sin aliento. Era larguirucho, enjuto, con la cabeza pequeña y una nariz puntiaguda. Su chaleco, plateado con rayas negras, estaba mal abotonado, la cinta de su coleta estaba suelta, una de sus medias blancas le caía toda arrugada sobre el zapato. «Necesito un pájaro, cualquier ave me basta… un pollo servirá», dijo el joven, después de lanzar una precipitada mirada a las jaulas todo nervioso. El anciano sacó cautelosamente una pequeña gallina blanca de la jaula y la depositó, no sin un combate de plumas, en las manos renegridas del joven. «¿Qué le pasa… está enferma?», preguntó el joven, como si estuviera discutiendo la compra de una vaca. «¿Enferma? Será de comer pescado», juró el vejete sin demasiada convicción.

El joven le lanzó una moneda reluciente y corrió por entre los puestos apretando la gallina contra el pecho. Luego se detuvo, rehizo bruscamente su camino con la coleta volando al viento y corrió hasta el viejo comerciante.

—También necesito la jaula —dijo.

Cuando por fin se marchó, con la jaula en la mano extendida, separada del cuerpo y equilibrando el paso con el otro brazo que balanceaba como si llevara un cubo, el viejo dio un bufido y volvió a tenderse sobre su estera. Lo que vendiera aquel día o lo que le ocurriera después no es asunto que deba interesarnos para nada.

En cuanto al joven, era nada más y nada menos que el hijo del famoso físico Charles. Charles miró por encima de sus lentes a la gallina, dio un breve golpe a la jaula con sus uñas amarillas y dijo: «Está bien… ahora también tendremos un pasajero». Luego, con un severo destello de sus gafas, añadió: «En cuanto a ti y a mí, hijo mío, nos tomaremos nuestro tiempo. Sólo Dios sabe cómo será el aire ahí arriba entre las nubes».

Aquel mismo día a la hora fijada en los Campos de Marte, ante una multitud atónita, una cúpula enorme, liviana, bordada con arabescos chinos, que llevaba atada con cuerdas de seda una barquilla dorada, se fue hinchando lentamente a medida que se iba llenando de hidrógeno. Charles y su hijo trabajaban entre corrientes de humo que el viento hacía a un lado. La gallina miraba entre los alambres de su jaula con sus ojos pequeños, y la cabeza ladeada. En torno suyo, se movían caftanes de colores y lentejuelas, ligeros vestidos de mujer, sombreros de paja; y cuando la esfera inició su marcha ascendente, el viejo físico la siguió con la mirada, y luego rompió a llorar en el hombro de su hijo, y cientos de manos empezaron a saludar por todos lados con pañuelos y cintas. Unas nubes frágiles flotaban por el cielo soleado y tierno. La tierra se iba alejando, temblorosa, verde clara, cubierta por sombras que corrían vertiginosas y por las manchas encendidas de los árboles. Abajo pasó corriendo un jinete de juguete… pero pronto la esfera desapareció de la vista. La gallina seguía mirando hacia la tierra con uno de sus ojillos.

El vuelo duró todo el día. El día terminó con una gran e intensa puesta de sol. Cuando cayó la noche, la esfera comenzó a descender lentamente. En tiempos, en un pueblo a la ribera del Loira, vivía un campesino amable y astuto. Sale al campo con las luces del alba. En medio del campo ve un prodigio: un montón inmenso de seda de colores. Cerca, volcada, hay una pequeña jaula. Un pollo, todo blanco, como si estuviera moldeado en nieve, sacaba la cabeza por la malla y movía el pico intermitentemente, como si buscara algún insecto entre la hierba. Al principio, el campesino se llevó un susto, pero luego se dio cuenta de que era sencillamente un regalo de la Virgen María, cuyo cabello flotaba en el aire como las telas de araña en el otoño. La seda la vendió su mujer poco a poco en la ciudad cercana, la pequeña barquilla dorada se convirtió en una cuna para su primer nacido envuelto en todo tipo

de pañales, y el pollo fue enviado al corral.

Escucha.

Pasó algún tiempo, y un buen día, al pasar junto a una montañita de barcias en la puerta del corral, el campesino oyó un cloqueo de felicidad. Se detuvo. La gallina se destacó del polvo verde y miró hacia el sol mientras caracoleaba rápidamente no sin cierto orgullo. Entretanto, entre las barcias, calientes y lustrosos, lucían cuatro huevos dorados. ¡No es de extrañar! A merced del viento, la gallina había atravesado el arrebol entero del atardecer, y el sol, un gallo encendido con cresta carmesí, había batido sus alas sobre ella.

No sé si el campesino lo entendió. Durante mucho tiempo se quedó inmóvil, abriendo y cerrando los ojos ante tal brillantez, sosteniendo en las palmas de las manos los huevos todavía calientes, enteros, dorados. Luego, arrastrando los zuecos, corrió por el patio dando tales aullidos que el mozo pensó que se debía haber cortado un dedo con el hacha…

Ni que decir tiene que todo esto pasó hace mucho, mucho tiempo, mucho antes de que el aviador Latham, tras caerse con su avión en mitad del Canal de la Mancha, se sentara en la cola de libélula de su *Antoinette* mientras se sumergía en las aguas, a fumarse un cigarrillo que amarilleaba al viento, mientras observaba cómo, arriba en el cielo, su rival Blériot, en su asco de máquina de alas rechonchas, volaba por primera vez desde Calais hasta las costas azucaradas de Inglaterra.

Pero no consigo vencer tu angustia. ¿Por qué tus ojos se han vuelto a llenar de oscuridad? No, no digas nada. Lo sé todo. No debes llorar. Seguro que ha oído mi fábula, no hay duda de que puede oírla. Es a él a quien va dirigida. Las palabras no tienen fronteras. ¡Trata de entender! Me miras de una forma tan oscura y tan siniestra. Recuerdo la noche después del funeral. No pudiste quedarte en casa. Tú y yo salimos al fango brillante de la nieve derretida. Nos perdimos. Acabamos en una calle extraña, angosta. No conseguí distinguir su nombre, pero lo que sí advertí es que estaba del revés, como en un espejo, en el cristal de una farola. Las luces se perdían en la distancia. De los tejados caía persistente el agua. Los cubos que se alineaban a ambos lados de la calle, a lo largo de las paredes negras, se llenaban de mercurio negro. Se llenaban y se derramaban. Y de repente, extendiendo las manos indefensa, hablaste.

—Pero era tan pequeño, tan cálido…

Perdóname si soy incapaz de llorar, sencillamente de llorar, eso tan humano, perdóname si en su lugar no hago más que cantar y correr hacia algún sitio, agarrándome a cualquier ala que pasa, alto, despeinado, con un ligero bronceado en la frente. Perdóname. Así debe ser.

Caminamos despacio a lo largo de las vallas. El cementerio ya está cerca. Allí está, un islote de blanco y verde invernal entre unos polvorientos solares vacíos.

Ahora ve tu sola. Te esperaré aquí. Tus ojos apuntan una fugaz sonrisa un punto tímida. Me conoces tan bien… El portillo de entrada rechinó, y luego se cerró de golpe. Yo me he quedado solo, sentado entre la hierba dispersa. A pocos pasos hay un huerto con coles moradas. Al otro lado del solar, fábricas, monstruos de ladrillo que flotan en la niebla azul. A mis pies, una lata aplastada reluce oxidada en un embudo de arena. A mi alrededor, silencio y una especie de vacío primaveral. No hay muerte. El viento me sorprende a mi espalda, cae sobre mí como una muñeca fláccida y me hace cosquillas en el cuello con su pata velluda. No puede haber muerte.

Mi corazón, también, ha planeado en las alturas a través de la aurora. Tú y yo tendremos un hijo nuevo, dorado, una creación de tus lágrimas y de mis fábulas. Hoy he entendido la belleza de los cables que se cruzan en el cielo, y el mosaico nebuloso de las chimeneas de las fábricas, y esta hojalata oxidada con su tapa del revés, medio cortada y aserrada. La pálida hierba corre, corre hacia algún lugar, entre las olas polvorientas del solar. Alzo los brazos. La luz del sol resbala por mi piel. Mi piel está cubierta por chispas de muchos colores.

Y quiero levantarme, abrir los brazos en un abrazo inmenso, dirigir un discurso largo y luminoso a la multitud invisible. Empezaría así:

—Oh dioses color del arco iris…

Una cuestión de suerte [*]

Era camarero en el vagón restaurante internacional de un expreso alemán. Se llamaba Aleksey Lvovich Luzhin. Había abandonado Rusia cinco años antes, en 1919, y desde entonces, a medida que se iba abriendo camino de una ciudad a otra, había probado un sinnúmero de oficios y ocupaciones: trabajó de bracero en Turquía, de mensajero en Viena, fue pintor de brocha gorda, empleado de comercio, y así sucesivamente. Pero en estos momentos era un camarero que veía cómo a cada lado del vagón restaurante flotaban sin cesar los prados, las colinas cubiertas de brezo, las arboledas de pino, y el consomé humeaba y chapoteaba dentro de las gruesas tazas que él transportaba en la bandeja con agilidad a lo largo del angosto pasillo que separaba las mesas dispuestas junto a las ventanillas. Era un camarero que dominaba su oficio, y lo demostraba en la maestría con que servía los filetes de buey o de jamón que llevaba en la fuente, y los depositaba en los platos, mientras inclinaba sin tambalearse la cabeza con su cabello bien corto, su frente tensa y sus tupidas cejas negras.

El vagón llegaría a Berlín a las cinco en punto y a las siete volvería a iniciar la marcha en sentido contrario, en dirección a la frontera francesa. Luzhin vivía en una especie de sierra de acero: sólo tenía tiempo de deleitarse en sus recuerdos por la noche, en un agujero estrecho que olía a pescado y a calcetines sucios. Sus recuerdos más frecuentes eran de una casa en San Petersburgo, y de su despacho en aquella casa, con sus muebles tapizados en cuero y sus botones insertos entre las curvas y también de su mujer Lena, de quien no había tenido noticias en cinco años. En estos momentos sentía que estaba desperdiciando su vida. Su excesiva familiaridad con la cocaína le había destrozado la mente; las pequeñas llagas del interior de su nariz le empezaban a comer el tabique nasal.

Cuando reía, sus dientes relampagueaban en un estallido blanco, y gracias a esta sonrisa de marfil ruso se había granjeado las simpatías de los otros dos camareros, Hugo, un berlinés rubio y fuerte, encargado de cobrar las comidas, y el pelirrojo Max, de nariz afilada y aspecto de zorro, cuyo cometido era llevar el café y la cerveza a los distintos compartimientos. En los últimos tiempos, sin embargo, Luzhin sonreía menos.

En las horas de recreo cuando las olas cristalinas de la droga estallaban contra él, penetrando sus pensamientos con su resplandor y transformando la menudencia más mínima en un milagro etéreo, anotaba con esfuerzo en una hoja de papel las distintas medidas que pensaba tomar para averiguar el paradero de su mujer. Mientras emborronaba las cuartillas con todas esas sensaciones todavía felizmente vivas, sus

anotaciones le parecían sobremanera importantes y también correctas. Por la mañana, sin embargo, cuando la cabeza le estallaba y la camisa se le ceñía pegajosa al cuerpo, miraba con expresión de asco y aburrimiento sus notas confusas y su letra irregular. Recientemente, sin embargo, una nueva idea había venido a ocupar sus pensamientos. Empezó a elaborar con diligencia un plan para su muerte; dibujaba una especie de gráfico en el que indicaba los altos y bajos de su sentido del miedo; y por fin, como para simplificar las cosas, se ponía una fecha fija, la noche entre el primer y el segundo día de agosto. Lo que le interesaba no era tanto la muerte misma sino todos los detalles que la precedían, y se metía tanto en los detalles que la muerte misma se le olvidaba. Pero en cuanto volvía a estar sobrio, la escena pintoresca de tal o cual método de autodestrucción palidecía, y sólo una cosa permanecía clara: su vida había ido consumiéndose en la nada y no tenía sentido continuar con ella.

El primer día de agosto siguió su curso. A las seis y media de la tarde, en el gran bufé mal iluminado de la estación de Berlín, la anciana princesa María Ukhtomski estaba sentada en una mesa vacía: una mujer gorda, vestida completamente de negro, con el rostro cetrino como el de un eunuco. Los contrapesos de bronce de las arañas resplandecían bajo el alto techo empañado. De cuando en cuando alguien movía una silla y el sonido hueco reverberaba en el espacio.

La princesa Ukhtomski lanzó una mirada severa a la manecilla dorada del reloj de pared. La manecilla dio un paso adelante. Un minuto más tarde volvió a estremecerse. La anciana dama se levantó, tomó su *sac de voyage* de brillante cuero negro, y se arrastró hasta la salida, apoyada en su bastón masculino con su gran pomo de madera.

Un mozo la estaba esperando en la puerta. El tren entraba de espaldas a la estación. Uno tras otro, los lúgubres coches alemanes color de hierro pasaron ante su vista. La teca parda y ya vieja de un coche-cama mostraba bajo la ventana central una señal donde se leía BERLÍN-PARÍS; el coche internacional, así como el vagón restaurante con su madera de teca, en una de cuyas ventanillas se distinguían los codos y la cabeza del camarero de pelo color de zanahoria, eran lo único que recordaba al elegante y severo Nord-Express de antes de la guerra.

El tren se detuvo con un chasquido metálico de los parachoques, y un silbido largo de los frenos.

El mozo instaló a la princesa Ukhtomski en un compartimiento de segunda clase de un vagón Schnellzug, un compartimiento de fumadores, tal como ella había pedido. En un rincón, junto a la ventana, un hombre en un traje beige con rostro insolente y tez olivácea estaba cortando el extremo de un puro.

La anciana princesa se instaló enfrente. Comprobó, con una mirada lenta y meditada, que todas sus cosas estuvieran colocadas en la red que había sobre sus cabezas. Dos maletas y una cesta. Todo estaba allí. Y el reluciente bolso de viaje en

su regazo. Sus labios se movieron en un gesto adusto como si estuviera mascando algo.

Una pareja de alemanes irrumpió jadeante y presurosa en el compartimiento.

Y a continuación, un minuto justo antes de que el tren se pusiera en marcha, llegó una mujer joven con la boca pintada y un sombrerito negro que le cubría la frente. Dispuso sus cosas y salió al pasillo. El hombre del traje beige se la quedó mirando. Abrió la ventanilla con sacudidas inexpertas, y se apoyó en ella para despedirse de alguien. La princesa creyó distinguir el repiqueteo del idioma ruso.

El tren se puso en movimiento. La mujer volvió al compartimiento. La sonrisa que tenía en el rostro se había desvanecido, y había sido reemplazada por una expresión preocupada. Las traseras de ladrillo de las casas se deslizaban al otro lado de la ventanilla: una de ellas mostraba el anuncio pintado de un cigarrillo ingente, relleno de lo que parecía paja dorada. Los tejados, mojados con la lluvia, brillaban bajo los rayos del sol poniente.

La anciana princesa Ukhtomski no pudo aguantar más. Preguntó amablemente en ruso: «¿Le molesta que ponga mi bolso aquí?».

La mujer dio un respingo y contestó: «No, en absoluto, por favor».

El hombre de beige y oliva del rincón escrutaba su periódico con atención.

—Yo voy a París —inició la conversación la princesa con un leve suspiro—. Tengo un hijo allí. Me da miedo Alemania, sabe usted.

Y sacó de su bolso de viaje un gran pañuelo que se pasó por la nariz y por toda la cara.

—Sí, miedo. La gente dice que va a estallar una revolución comunista en Berlín. ¿No ha oído usted nada?

La mujer negó con la cabeza. Miró con suspicacia al hombre del periódico y al matrimonio alemán.

—Yo no sé nada. Llegué de Rusia, de Petersburgo, anteayer.

El rostro cetrino y regordete de la princesa Ukhtomski expresaba una intensa curiosidad. Sus cejas diminutas se levantaron.

—¡No me diga!

Con los ojos fijos en la punta de su zapato gris, la mujer dijo rápidamente en una voz muy dulce:

—Sí, una persona de buen corazón me ayudó a salir. Ahora voy a París. Tengo parientes allí.

Y empezó a quitarse los guantes. Una alianza de oro se le deslizó del dedo. La cogió con presteza.

—No hago más que perder mi alianza. Debo de haber adelgazado o algo así.

Se quedó en silencio, sin dejar de parpadear. A través de la ventanilla del pasillo, al otro lado de la puerta de cristal del compartimiento, se veía la hilera imperturbable

de los hilos telefónicos que se alzaban vertiginosos hacia arriba.

La princesa Ukhtomski se acercó a su vecina.

—Dígame —preguntó en un susurro—. A esos soviéticos no les va tan bien ahora, ¿no es cierto?

Un poste telegráfico, negro contra el sol poniente, pasó raudo, interrumpiendo el ascenso suave de los cables. Cayeron, como cae la bandera cuando el viento cesa de soplar. Y luego, furtivamente, comenzaron a ascender de nuevo. El expreso viajaba rápido entre los muros espaciosos de una noche inmensa y encendida de fuego. Desde algún lugar en el techo de los compartimientos, se oía un ligero tembleteo como si la lluvia cayera sobre techos de pizarra. Los vagones alemanes oscilaban violentamente. El internacional, tapizado de azul en su interior, se movía menos y hacía menos ruido que los otros. Tres camareros ponían las mesas en el vagón restaurante. Uno de ellos, con el pelo muy corto y cejijunto pensaba en el pequeño vial que guardaba en su bolsillo. No dejaba de pasar la lengua por los labios y sorberse los mocos. El vial contenía un polvo cristalino y llevaba la marca de Kramm. Estaba colocando los cuchillos y los tenedores e insertando botellas cerradas en los correspondientes aros de las mesas, cuando de repente ya no pudo más. Le dirigió una sonrisa convulsa a Max Fuchs, que estaba bajando las persianas, y cruzó la plataforma que conectaba los coches para llegar al vagón siguiente. Se encerró en el baño. Calculando con cuidado los vaivenes del tren, vertió un montoncito de polvo en la uña de su pulgar; con fruición se lo aplicó a un agujero de la nariz y luego al otro; lo inhaló; con la lengua se limpió el polvo brillante que se había quedado en la uña; parpadeó con fuerza un par de veces como reacción ante el amargor gomoso y abandonó el baño, borracho y boyante, con la cabeza llena del delicioso aire helado. Al cruzar el diafragma en su camino de vuelta al vagón restaurante pensó: «¡Qué sencillo sería morir ahora!». Sonrió. Sería mejor que esperara hasta que cayera la noche. Sería una pena cortar el efecto de aquel veneno encantador.

—Dame las reservas, Hugo. Voy a distribuirlas.

—No, deja que vaya Max. Max trabaja más deprisa. Ten, Max.

El camarero pelirrojo agarró la caja con los cupones en su puño pecoso. Se deslizó como un zorro entre las mesas y por el pasillo azul del coche-cama. Cinco cuerdas de arpa se alzaban distintas y precisas contra el cielo y tras las ventanillas. El cielo se estaba oscureciendo. En el compartimiento de segunda clase de uno de los vagones alemanes una anciana vestida de negro, con aspecto de eunuco, escuchaba, puntuando su escucha con unos leves suspiros, el relato de una vida distante y monótona.

—¿Y su marido… tuvo que quedarse?

Los ojos de la joven se abrieron de par en par mientras negaba con la cabeza.

—No. Lleva fuera bastante tiempo. Sencillamente, las cosas ocurrieron así. Al

comienzo de la Revolución viajó hacia el sur, a Odesa. Le perseguían. Yo pensaba reunirme allí con él, pero no conseguí salir a tiempo.

—Terrible, terrible. ¿Y no ha tenido noticias suyas?

—Ninguna. Recuerdo que un buen día decidí que estaba muerto. Empecé a llevar la alianza en la cadena donde llevo la cruz. Temía que también me quitaran eso. Y luego, en Berlín, unos amigos me dijeron que estaba vivo. Alguien le había visto. Ayer mismo puse un anuncio en un periódico de exiliados.

Apresuradamente sacó una página doblada del *Rul'* de su ajado bolso de seda.

—Aquí lo tiene, mire.

La princesa Ukhtomski se puso las gafas y comenzó a leer: «Elena Nikolayevna Luzhin está buscando a su marido Aleksey Lvovich Luzhin».

—¿Luzhin? —preguntó, quitándose las gafas—. ¿No será el hijo de Lev Sergeich? Tenía dos hijos. No recuerdo sus nombres.

Elena sonrió radiante.

—Oh, qué maravilloso. Esto sí que es una sorpresa. No me diga que conocía a su padre.

—Claro que sí, desde luego —interrumpió la princesa en un tono amable y complaciente—. Lyovushka Luzhin, antiguo Ulano. Nuestras propiedades estaban una al lado de la otra. Solía visitarnos.

—Murió —interrumpió Elena.

—Sí, sí, eso he oído. Descanse en paz. Siempre llegaba a nuestra casa con sus perros de caza. Pero de sus hijos no me acuerdo tan bien. Llevo fuera del país desde 1917. El más joven era rubio, creo recordar. Y tartamudeaba un poco.

Elena volvió a sonreír.

—No, ése era su hermano mayor.

—En ese caso, los tengo confundidos, querida —dijo la princesa con aplomo—. Mi memoria ya no es demasiado buena. Ni siquiera me habría acordado de Lyovushka si usted no lo hubiera mencionado. Pero ahora lo recuerdo todo. Solía venir a nuestra casa a tomar el té y, déjeme que le cuente… —la princesa se acercó y siguió, con una voz clara y un punto melodiosa, sin tristeza, porque sabía que de las cosas felices sólo es posible hablar de una forma feliz, sin dolerse porque se hayan ido.

—Déjeme que le cuente —siguió—, teníamos un juego de platos muy divertido, con una cenefa de oro en derredor y, en el centro, un mosquito tan realista que nadie que no estuviera al tanto escapaba al gesto de intentar quitarlo del plato.

La puerta del compartimiento se abrió. Un camarero pelirrojo les iba entregando las reservas de mesa para la cena. Elena cogió una. Y lo mismo hizo el hombre sentado en el rincón, que llevaba algún tiempo tratando de despertar su atención.

—Yo he traído mi propia comida —dijo la princesa—. Jamón y un panecillo.

Max pasó por todos los vagones y volvió al vagón restaurante. Al pasar, dio un codazo a su compañero ruso que estaba de pie a la entrada del coche con una servilleta bajo el brazo. Luzhin se quedó mirando a Max con ojos brillantes de ansiedad. Sintió que un hormigueo de vacío y de frío se le colaba en el cuerpo y suplantaba sus huesos y sus órganos, como si todo su cuerpo estuviera a punto de estornudar de un momento a otro, exhalando el alma en un suspiro. Se imaginó por centésima vez cómo iba a organizar su muerte. Calculó hasta el más mínimo detalle, como si estuviera ante un problema de ajedrez. Planeó bajarse del tren por la noche en una determinada estación, rodear caminando el vagón inmóvil hasta colocar la cabeza en el extremo de los topes justo en el momento en el que otro vagón, que iban a acoplar al vagón inmóvil, iniciara su marcha. Los topes chocarían. Entre ellos estaría su cabeza inclinada. Estallaría como una burbuja de jabón y se convertiría en aire iridiscente. Tendría que sostenerse con fuerza en las traviesas y apoyar la sien firmemente contra el frío metal del tope.

—¿Es que no me oyes? Ya es hora de que llames a cenar.

Ahora era Hugo quien hablaba. Luzhin respondió con una sonrisa asustada e hizo lo que le decía, abriendo por un momento las puertas de los compartimientos al pasar, mientras anunciaba rápidamente y a plena voz:

—¡Primera llamada para la cena!

En uno de los compartimientos sus ojos se fijaron fugazmente en el rostro relleno y amarillento de una anciana que estaba desempaquetando un bocadillo. Algo en aquel rostro le resultaba familiar. Mientras rehacía su camino atravesando los distintos compartimientos, no dejaba de pensar en quién podía ser. Era como si la hubiera visto en un sueño. La sensación de que su cuerpo estaba a punto de estornudarle el alma en cualquier momento se hizo más concreta —en cualquier momento recordaré a quién se parece esa mujer. Pero cuanto más se esforzaba por recordar, más se le resistía el recuerdo que parecía esfumarse en la distancia. Cuando llegó al vagón restaurante se movía con lentitud, la nariz parecía dilatársele y sentía un espasmo en la garganta que le impedía tragar.

—Al cuerno con ella, vaya estupidez.

Los pasajeros, caminando torpemente y agarrándose a las barandillas de metal, empezaron a recorrer los pasillos en dirección al vagón restaurante. En las ventanas oscurecidas empezaban a brillar diferentes reflejos, aunque todavía se dejaba ver el rayo amarillo del sol poniente. Elena Luzhin se fijó no sin cierta alarma en que el hombre del traje beige había esperado a que ella se pusiera en pie para levantarse. Tenía unos desagradables ojos saltones y vidriosos que parecían llenos de un yodo oscuro. Caminaba por el pasillo de tal forma que continuamente se tropezaba con ella y la pisaba, y cuando un brusco movimiento del tren le hacía perder el equilibrio (los vagones traqueteaban violentamente), él se aclaraba la garganta mordaz como

respondiendo a no sé qué oscuras intenciones. Por alguna razón pensó que tenía que ser un espía, un confidente, y aunque sabía que era una tontería pensar eso —después de todo ya no estaba en Rusia— no conseguía quitarse la idea de la cabeza.

Él dijo algo cuando atravesaron el pasillo del coche cama. Ella aceleró el paso. Cruzó las placas metálicas traqueteantes que conectaban con el restaurante, situado a continuación del coche-cama. Y allí, de repente, en el vestíbulo del vagón restaurante, aquel hombre, con una especie de ternura brutal, la cogió por el brazo. Ella ahogó un grito y liberó el brazo de un tirón tan violento que casi la llevó al suelo.

El hombre dijo en alemán con acento extranjero: «¡Querida!».

Elena torció el gesto intempestivamente. Volvió, rehizo su camino a través de las planchas metálicas, a través de los distintos vagones, a través del coche-cama. Se sentía profundamente herida. Prefería no cenar a tener que enfrentarse con aquel monstruo de zafiedad. «¡Dios sabe por quién me ha tomado! —pensó— y todo porque llevo carmín de labios».

—¿Qué ocurre? ¿Es que no vas a cenar?

La princesa Ukhtomski tenía un bocadillo de jamón en la mano.

—No, ya no me apetece. Le ruego me disculpe pero creo que voy a dormir un poco.

La anciana arqueó las cejas sorprendida, y luego continuó con su bocadillo.

En cuanto a Elena, apoyó la cabeza en el respaldo e hizo como si durmiera. Muy pronto cayó en un sopor. De tanto en tanto, su rostro pálido y cansado se movía en un gesto sorprendido. Su nariz brillaba en aquellas zonas en las que el maquillaje había desaparecido. La princesa Ukhtomski encendió un cigarrillo con un filtro larguísimo.

Media hora más tarde el hombre volvió, se sentó imperturbable en su rincón y se dedicó a limpiarse las muelas con un palillo. Luego cerró los ojos, jugueteó un rato con las manos, y finalmente se tapó la cara con la solapa del abrigo que colgaba de un gancho en la pared. Pasó una media hora y el tren aminoró la marcha. Las luces de un andén pasaron como espectros a lo largo de las ventanas llenas de niebla. El vagón se detuvo con un prolongado suspiro de alivio. Se oían diversos ruidos: alguien que tosía en el compartimiento vecino, pisadas que corrían por el andén de la estación. El tren se quedó parado un largo rato, mientras que los silbidos nocturnos se llamaban unos a los otros en la distancia. Luego, dio un respingo y empezó a moverse.

Elena se despertó. La princesa seguía durmiendo, su boca abierta una caverna negra. La pareja alemana había desaparecido. El hombre, con la cabeza cubierta por el abrigo, tenía las piernas completamente abiertas en una postura grosera.

Elena se lamió los labios, secos, y con preocupación se pasó la mano por la frente. De repente dio un respingo: no llevaba la alianza en el dedo anular.

Por un instante se quedó inmóvil contemplando su mano desnuda. Luego, con el corazón en vilo, empezó a buscarlo apresurada por el asiento, por el suelo. Miró las

rodillas huesudas del hombre.

—¡Dios mío!, claro, debí de dejarla caer cuando iba al vagón restaurante, cuando luché por liberarme…

Salió corriendo del compartimiento; con los brazos extendidos, apoyándose en ambos lados del pasillo, conteniendo las lágrimas, atravesó un vagón, y después otro. Llegó al final del coche-cama, y a través de la puerta trasera, no vio sino aire, vacío, el cielo nocturno, la oscura cuña del lecho vacío donde los raíles se perdían en la distancia.

Pensó que se había confundido y había tomado la dirección equivocada. Llorando, rehizo su camino.

Junto a ella, en la puerta del baño, había una anciana con un viejo delantal y un brazalete que parecía una enfermera del turno de noche. Llevaba en la mano un cubo del que sobresalía un cepillo.

—Desengancharon el vagón restaurante —dijo la vieja, y quién sabe por qué razón, suspiró—. Después de atravesar Colonia, engancharán otro.

En el vagón restaurante que había quedado atrás bajo la bóveda de una estación donde debería aguardar a la mañana para volver a ponerse en camino en dirección a Francia, los camareros limpiaban y recogían los manteles. Luzhin terminó y se quedó en la puerta abierta a la entrada del vagón. La estación estaba oscura y desierta. En la distancia lucía una lámpara como si fuera una estrella húmeda que atravesara una nube gris de humo. El torrente de raíles brillaba todavía levemente. Seguía sin entender por qué el rostro de aquella anciana del bocadillo le había trastornado tan profundamente. Todo lo demás estaba claro, sólo aquel punto concreto permanecía oscuro.

Max, el pelirrojo de nariz afilada, salió a la puerta. Se puso a barrer el suelo. Se dio cuenta de que había un brillo de oro en una esquina. Se agachó. Era un anillo. Lo escondió en el bolsillo de su chaleco y miró furtivamente para asegurarse de que nadie lo había visto. La espalda de Luzhin seguía inmóvil en la misma puerta. Max sacó el anillo con cuidado; a la débil luz distinguió una palabra y unos números grabados en el interior. Debe de ser chino, pensó. En realidad la inscripción decía: «1-VIII-1915, ALEKSEY». Se volvió a meter el anillo en el bolsillo.

La espalda de Luzhin se movió. Silenciosamente se bajó del vagón. Caminó en diagonal hasta la próxima vía, con paso tranquilo, relajado, como si estuviera dando un paseo.

Un tren directo, sin paradas, tronó en su entrada a la estación. Luzhin fue hasta el borde del andén y bajó de un salto. La pista de ceniza crujió bajo su peso.

En ese preciso instante, la locomotora lo engulló de un golpe voraz. Max, totalmente ignorante de lo que acababa de ocurrir, miraba desde lejos mientras las ventanas iluminadas se sucedían vertiginosamente en una tira continua.

El puerto [*]

La peluquería, con su techo bajo, olía a rosas ajadas. Unos tábanos zumbaban pesados, insistentes. Los rayos de sol formaban charcos relucientes de miel fundida en el suelo, pellizcaban el cristal de las lociones con sus destellos, y se traslucían a través de la gran cortina de la entrada: una cortina de cuentas de arcilla enhebradas en cuerdas de bambú que se alternaban con cáñamo más grueso, y que se desintegraba en un estrépito iridiscente cada vez que alguien la apartaba a un lado para entrar. Ante él, en el espejo lóbrego, Nikitin vio su propio rostro atezado, los rizos brillantes y como esculpidos de su pelo, el destello de las tijeras que chirriaban sobre sus orejas, y sus ojos se concentraron, severos, como ocurre siempre cuando te miras en el espejo. Había llegado a este antiguo puerto del sur de Francia el día anterior, desde Constantinopla, donde la vida se le había empezado a volver insoportable. Aquella mañana había estado en el consulado de Rusia, y en la oficina de empleo, y había paseado sin rumbo por la ciudad, una ciudad que reptaba en pendiente hasta el mar por tortuosas callejuelas, y ahora, exhausto, postrado a causa del calor, había entrado allí a cortarse el pelo y a refrescarse la mente. El suelo en torno a su sillón estaba ya cubierto por pequeños ratones brillantes desparramados por todas partes —sus mechones cortados. El barbero tomó la espuma y la extendió en su mano. Un escalofrío delicioso le recorrió la coronilla al sentir los dedos del barbero que con firmeza le aplicaban la espesa espuma. A continuación, un corte helado le sobresaltó, y una toalla esponjosa le cubrió el rostro y el pelo mojado.

Abriéndose paso con los hombros por la ondulante lluvia de la cortina, Nikitin salió a una avenida de considerable pendiente. El lado de la derecha estaba a la sombra; a la izquierda, un arroyo estrecho parpadeaba junto a la acera en un tórrido resplandor; una joven de pelo negro, desdentada y con pecas oscuras recogía agua del arroyo hirviente en un cubo metálico que guachapeaba; y el arroyo, el sol, la sombra violeta, todo fluía y se derramaba hacia el mar: un paso más y, en la distancia, entre unos muros, se perfilaba su brillo compacto de zafiro. Eran pocos los peatones que caminaban por la zona de sombra. Nikitin se encontró con un negro que subía vestido con un uniforme colonial, cuyo rostro parecía un chanclo mojado. En la acera, una silla de paja acogía en su asiento a un gato que saltó en una especie de bote amortiguado. Una estridente voz provenzal empezó a charlotear atropelladamente en alguna ventana. Una persiana verde restallaba contra el marco de su ventana. En un puesto callejero, entre los moluscos púrpura que olían a algas marinas, los limones disparaban oro granulado.

Al llegar al mar, Nikitin se detuvo para mirar entusiasmado al denso azul que, en

la distancia, se mudaba en plata cegadora, y también al juego de luces que delicadamente moteaba la gavia de un yate. Luego, incómodo con el calor, fue en busca de un pequeño restaurante ruso cuya dirección había anotado antes en un tablón de anuncios del consulado.

El restaurante, como la peluquería, no estaba demasiado limpio y hacía también mucho calor. Al fondo, en un amplio mostrador, se veían las frutas y los entremeses a través de olas de un percal grisáceo. Nikitin se sentó y estiró la espalda; la camisa se le pegaba a la piel. En la mesa vecina había dos rusos, evidentemente marineros de un barco francés, y, un poco más allá, un tipo solitario con gafas de montura metálica dorada que no paraba de hacer ruidos y de sorber la sopa con cada cucharada. La dueña, limpiándose sus manos hinchadas con una toalla, miró al recién llegado con aire maternal. Dos cachorros lanudos jugaban en el suelo en un revoltijo de cuerpos y patas. Nikitin silbó y una vieja perra en estado lastimoso llegó hasta él y apoyó el hocico en su regazo.

Uno de los marineros se dirigió a él en tono pausado y sereno.

—Mándala a paseo. Te llenará de pulgas.

Nikitin acarició la cabeza de la perra y alzó sus ojos radiantes.

—Yo no les tengo miedo… Constantinopla… Los cuarteles… Ya se pueden imaginar…

—¿Cuándo has llegado? —preguntó un marinero. Voz serena. Camiseta de malla. Tranquilo y competente. Pelo negro bien recortado en la nuca. Frente despejada. Aspecto general decente y plácido.

—Ayer por la noche —contestó Nikitin.

El *borscht* y el vino tinto peleón le hicieron sudar aún más. Le agradaba tener la oportunidad de relajarse y mantener una conversación tranquila. Los rayos de sol, ardientes, penetraban por el vano de la puerta junto con el brillo del arroyuelo del callejón; desde su esquina debajo del contador del gas, las gafas del viejo ruso centelleaban.

—¿Busca trabajo? —preguntó el otro marinero, que era de mediana edad, ojos azules, con un bigote color morsa pálida, y que también tenía un aspecto limpio y arreglado, al que sin duda contribuían el sol y el salitre marino.

Nikitin dijo con una sonrisa.

—Naturalmente que estoy buscando trabajo… Hoy fui a la oficina de empleo… Hay trabajo, necesitan gente para colocar postes telegráficos, para tejer guindalezas… Pero no acabo de decidirme…

—Ven a trabajar con nosotros —dijo el hombre moreno—. De fogonero o algo así. Ése sí que es un trabajo de hombres, te doy mi palabra… ¡Ah, ahora llegas, Lyalya, nuestros más profundos respetos!

Entró una joven con un sombrero blanco y un rostro dulce, pero sin ningún

atractivo especial. Se abrió camino entre las mesas, sonriendo, primero a los cachorros, y luego a los marineros. Nikitin les había preguntado algo pero olvidó su pregunta al mirar a la chica y ver ese movimiento de sus caderas, en el que reconoció inequívocamente las cadencias de la mujer rusa. La dueña miró a su hija con ternura, como si estuviera diciendo: «¡Pobrecilla mía, qué cansada estás!», porque probablemente había pasado toda la mañana en una oficina, o en unos almacenes. Había en ella algo conmovedoramente doméstico que te llevaba a pensar en jabón de violetas o en un campamento de verano en medio de un bosque de abedules. Ni que decir tiene que Francia ya no estaba al otro lado de la puerta. Aquellos movimientos cimbreantes… Espejismos solares.

—No, no es nada complicado —seguía el marinero—. Funciona de la siguiente manera, coges un cubo de hierro y un pozo de carbón. Empiezas a raspar. Al principio suavemente, de manera que el carbón se deslice en el cubo por sí mismo, y luego rascas más fuerte. Cuando has llenado el cubo lo pones en una carretilla. Y lo haces rodar hasta el fogonero mayor. Un golpe de su pala y zas, la puerta del horno ha quedado abierta, un golpe de la misma pala y zas, ya está dentro el carbón, ya sabes, dispuesto de tal forma en abanico sobre el fuego que caiga proporcionadamente por todas partes. Trabajo de precisión. No le quites el ojo a la válvula, y ya sabes, si baja la presión…

En el marco de una de las ventanas que daba a la calle apareció la cabeza de un hombre vestido de blanco y con un panamá.

—¿Cómo estás, mi querida Lyalya?

Apoyó los codos en el alféizar de la ventana.

—Claro que hace mucho calor, en ese lugar, es un horno de verdad, vas a trabajar sin ropa, sólo con unos pantalones y una camiseta de malla. La camiseta está negra cuando acabas de trabajar. Como te estaba diciendo, hablando de la presión, se forma una especie de «pelo» en el horno, una especie de incrustación dura como la piedra, que tienes que romper con un atizador así de largo. Es un trabajo duro. Pero después, cuando saltas a cubierta, el sol parece fresco incluso cuando estás en los trópicos. Entonces te duchas, y luego bajas a tu cuarto, directo a tu hamaca, y eso es el cielo, déjame que te diga…

Y mientras tanto, en la ventana:

—E insiste en que me vio en un coche, ¿entiendes? (Lyalya con una voz aguda y toda excitada.)

Su interlocutor, el caballero de blanco, seguía apoyado en el alféizar, en el exterior, el cuadrado de la ventana enmarcaba sus hombros redondeados y su rostro afeitado y suave, iluminado parcialmente por el sol; un ruso que había tenido suerte.

—Y me sigue diciendo que yo llevaba un vestido color lila, cuando ni siquiera tengo un vestido lila —gritaba Lyalya—, e insiste: *«Zhay voo zasyur»*.

El marinero que había estado hablando con Nikitin se volvió y preguntó:

—¿No sabes hablar ruso?

El hombre de la ventana dijo:

—Conseguí traerte esta música, Lyalya. ¿Te acuerdas?

Y entonces se produjo un aura momentánea, y parecía que fuera casi deliberada, como si alguien se estuviera divirtiendo inventándose a esta chica, esta conversación, este pequeño restaurante ruso en un puerto extranjero, un aura de la cotidiana y querida Rusia provinciana, y en ese preciso momento, y debido a una milagrosa y secreta asociación mental, el mundo le pareció más grande a Nikitin, anheló atravesar los océanos, abordar bahías legendarias, escuchar indiscreto las almas de todas las gentes.

—¿Nos preguntaste cuál era nuestra ruta? Indochina —dijo espontáneamente el marinero.

Nikitin pensativo sacó un cigarrillo de la pitillera; en la tapa de madera tenía grabada un águila de oro.

—Debe ser maravilloso.

—¿Pues qué pensabas? Claro que lo es.

—Está bien. Cuéntamelo. Cuéntame algo de Shanghai, o de Colombo.

—¿Shanghai? La he visto. Cálidas lloviznas, arenas rojas. Tan húmeda como un invernadero. De Ceilán, sin embargo, apenas puedo hablar, no bajé a tierra a visitarla. Me tocaba guardia, sabes.

Con los hombros encogidos, el hombre de la chaqueta blanca le estaba diciendo algo a Lyalya a través de la ventana, suavemente, algo que parecía muy importante. Ella escuchaba, con la cabeza inclinada, acariciándole a la perra en la oreja con una mano. La perra, sacando su lengua rosa como el fuego, jadeando alegre y rápida, miraba por el resquicio soleado de la puerta, debatiendo probablemente si merecía la pena salir a tumbarse al sol en el quicio caliente. Y tal parecía que el perro pensara en ruso.

—¿Y dónde tengo que ir a solicitar ese trabajo? —preguntó Nikitin.

El marinero le guiñó un ojo a su compañero como diciendo «Ya te lo decía yo, lo he convencido». A continuación dijo:

—Es muy sencillo. Mañana por la mañana a primera hora, con la fresca, vas al puerto viejo y al muelle dos, donde encontrarás al *Jean-Bart.* Habla con el piloto. Creo que te contratarán.

Nikitin se quedó observando con mirada candida y también intensa la frente despejada e inteligente de aquel hombre.

—¿Y antes, en Rusia, en qué trabajabas? —preguntó.

El hombre se encogió de hombros y torció la boca en una sonrisa.

—¿Que qué es lo que era? Un estúpido —respondió por él el del bigote caído con

su voz de barítono.

Más tarde, ambos se levantaron. El joven sacó la cartera que llevaba metida en los pantalones, detrás de la hebilla del cinturón, como los marineros franceses. Lyalya se acercó hasta ellos y les dio la mano (con la palma probablemente un punto húmeda) y algo ocurrió que la llevó a reírse en tonos agudos. Los cachorros seguían retozando en el suelo. El hombre de la ventana, se dio la vuelta, silbando distraído y tierno. Nikitin pagó y salió despreocupado al aire libre.

Eran más o menos las cinco de la tarde. El azul del mar, entrevisto al final de las largas callejuelas, le hacía daño en los ojos. Las puertas circulares de los baños públicos ardían con el sol.

Volvió a su sórdido hotel y se dejó caer en la cama estirando despacio tras su nuca sus manos entrelazadas, en un estado de beatitud provocado por la borrachera solar. Soñó que volvía a ser un oficial, que caminaba por las colinas de Crimea cubiertas de arbustos de roble y de algodoncillo, segando a su paso las aterciopeladas cabezas de los cardos. Le despertó su propia risa; se despertó y la ventana ya se había tornado azul con el ocaso.

Se asomó al abismo de frescura, meditando: mujeres que pasean. Algunas de ellas rusas. Qué estrella tan grande.

Se alisó el cabello, se quitó el polvo de la punta de sus zapatos con una esquina de la manta, comprobó que su cartera seguía en su sitio —sólo le quedaban cinco francos— y salió a vagar por las calles y a gozar de su solitaria ociosidad.

Con la caída de la noche todo había cobrado vida. A lo largo de las callejuelas que descendían hasta el mar, había gente sentada al aire libre, tomando el fresco. Una chica con un pañuelo de lentejuelas… Unas pestañas que no paraban de bailar… Un tendero con su buena barriga, sobre la que lucía un chaleco abierto que dejaba escapar el faldón de la camisa, fumaba sentado a horcajadas en una silla de paja, con los codos apoyados en el respaldo vuelto contra sí. Unos niños saltaban en cuclillas mientras intentaban que navegaran sus barquitos de papel a la luz de una farola, en el arroyuelo negro que corría junto a la estrecha acera. Olía a pescado y a vino. De las tabernas de los pescadores, que brillaban con un rayo amarillo, llegaba la música de unos organillos, el ruido de las palmas golpeando las mesas, gritos metálicos. Y, en la parte alta de la ciudad, a lo largo de la avenida principal, las masas nocturnas paseaban y se reían, y los finos tobillos de las mujeres junto con los zapatos blancos de los oficiales de marina brillaban en relámpagos bajo las nubes de acacias. Aquí y allí, como si fuera un despliegue de llamas de colores de fuegos artificiales que hubieran quedado petrificados, los cafés resplandecían en el atardecer púrpura. Las mesas circulares desplegadas allí mismo en la acera, las sombras de los arces reflejándose en los toldos de rayas, todo ello iluminado desde el interior. Nikitin se detuvo, fantaseando con una jarra de cerveza, fría como el hielo y consistente.

Dentro, junto a las mesas, un violín desgranaba sus notas como si fueran manos humanas, acompañado del hondo resonar de las olas de un arpa. Cuanto más banal es la música, más cerca se encuentra del corazón.

En una de las mesas del exterior se encontraba una buscona, toda vestida de verde, balanceando la pierna y jugando con la puntera de su zapato.

Me tomaré esa cerveza, decidió Nikitin. No, será mejor que no… Y luego, otra vez…

La mujer tenía ojos de muñeca. Había algo que le resultaba muy familiar en esos ojos, en esas piernas largas y bien torneadas. Se levantó de repente agarrándose al bolso, como si tuviera prisa por ir a algún sitio. Llevaba una especie de chaqueta larga de un tejido de seda esmeralda que se le pegaba a las caderas. Y se fue, entrecerrando los ojos al compás de la música.

Sería una coincidencia extraña, pensó Nikitin. Algo semejante a una estrella fugaz se precipitó en lo hondo de su memoria, y, olvidándose de su cerveza, la siguió en su camino a través de una callejuela oscura y brillante. Una farola alargaba su sombra. La sombra relampagueó al pasar por un muro y se perdió. Ella caminaba despacio y Nikitin tenía que contener su paso, temiendo, por alguna razón, alcanzarla.

Sí, no cabe duda… Dios, esto es maravilloso.

La mujer se detuvo en el bordillo de la acera. Una bombilla carmesí ardía sobre una puerta negra. Nikitin pasó por delante, volvió, rodeó a la mujer y se detuvo. Con una risa arrullante ella pronunció un término francés para seducirle.

En aquella luz macilenta, Nikitin vio su rostro hermoso y fatigado y el brillo húmedo de sus dientes diminutos.

—Escucha —le dijo en ruso, sencilla y suavemente—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, así que ¿por qué no hablar en nuestra lengua?

Ella arqueó las cejas.

—¿Inglés? ¿Hablas inglés?

Nikitin la miró atentamente y luego repitió con una nota de desesperación.

—Vamos, tú sabes que yo lo sé.

—¿Entonces, eres polaco? —preguntó la mujer, arrastrando la última sílaba como hacen en el sur.

Nikitin lo dejó estar con una sonrisa sardónica, le embutió en la mano un billete de cinco francos, y desapareció rápidamente cruzando la plaza. Un instante después oyó unas pisadas rápidas tras de sí, y una respiración entrecortada, y también el roce de un vestido. Se volvió a mirar. No había nadie. La plaza estaba oscura y desierta. Una hoja de periódico volaba por las baldosas de la plaza impulsada por el viento de la noche.

Suspiró, volvió a sonreír una vez más, se embutió las manos en los bolsillos, y mirando a las estrellas, que lucían y desaparecían como impulsadas por unos fuelles

gigantes, empezó a bajar caminando hacia el mar. Se sentó en el viejo muelle con los pies colgando sobre el agua, contemplando el movimiento rítmico de las olas iluminadas por la luna, y se quedó así sentado durante mucho rato, con la cabeza hacia atrás, apoyada en las palmas de las manos.

Una estrella fugaz cayó despedida, repentina como un latido perdido del corazón. Una fuerte ráfaga de viento, limpia, le atravesó el cabello, pálido en el resplandor nocturno.

Venganza [*]

1.

Ostende, el muelle de piedra, la playa gris, la hilera distante de hoteles, todo ello rotaba despacio mientras se perdía en la niebla distante y turquesa de un día de otoño.

El profesor se tapó las piernas con una manta de cuadros, y la *chaise longue* crujió con su peso al reclinarse en la comodidad de la lona. La cubierta color ocre-rojizo estaba atestada de gente, y sin embargo en silencio. Las calderas palpitaban discretamente.

Una joven inglesa con medias de lana, señalando al profesor con un movimiento de sus cejas, se dirigió a su hermano que estaba de pie junto a ella: «Se parece a Sheldon, ¿no crees?».

Sheldon era un actor cómico, un gigante calvo de cara redonda y fláccida. «Está gozando con la travesía y con el mar», añadió la joven *sotto voce.* Y éstas fueron sus últimas palabras: con ellas, me temo, la chica desaparece del relato.

Su hermano, un estudiante pelirrojo y desgarbado que volvía a su universidad tras las vacaciones de verano, se quitó la pipa de la boca y dijo: «Es nuestro profesor de biología. Un tipo estupendo. Tengo que ir a saludarle». Se acercó al profesor quien, alzando sus pesados párpados, reconoció en él a uno de sus peores y más diligentes alumnos.

—Va a ser una travesía espléndida —dijo el estudiante, apretando ligeramente la fría mano que se le tendía.

—Eso espero —contestó el profesor, acariciando sus grises mejillas con los dedos —. Sí, eso espero —repitió como ponderando sus palabras—. Eso espero.

El estudiante lanzó una rápida mirada a las dos maletas que estaban junto a la tumbona. Una de ellas era una digna veterana de muchos viajes, cubierta con los blancos restos de viejas etiquetas de viaje, como los excrementos de pájaros sobre un monumento antiguo. La otra —completamente nueva, color naranja, con cierres brillantes— captó su atención por alguna extraña razón.

—Déjeme que coloque esa maleta antes de que se caiga —se ofreció, más que nada por decir algo y seguir con la conversación.

El profesor ahogó una especie de risa. Realmente se parecía a aquel cómico de sienes plateadas, o más bien, a un boxeador ya entrado en años…

—¿La maleta, dice usted? ¿Sabe lo que llevo en ella? —preguntó, con un punto de irritación en su voz—. ¿A que no lo adivina? ¡Un objeto maravilloso! Una percha

especial para colgar abrigos que fabrican los alemanes…

—¿Un invento alemán, señor? —apuntó el estudiante, acordándose de que el biólogo acababa de estar en Berlín en un congreso científico.

El profesor se rió de buena gana con una sonora risotada, y uno de sus dientes de oro resplandeció como una llama. «Una invención divina, amigo mío, divina. Algo que todo el mundo necesita. Pero bueno, usted viaja con el mismo tipo de cosa. ¿No será usted un pólipo?» El estudiante forzó una sonrisa. Sabía que al profesor le encantaban los chistes oscuros. El viejo era objeto de muchos chismes en la universidad. Decían que torturaba a su esposa, una mujer muy joven. El estudiante sólo la había visto una vez. Una cosa flaca, con unos ojos increíbles. «¿Y cómo está su esposa, señor?», preguntó el estudiante pelirrojo.

El profesor contestó: «Seré franco con usted, querido amigo. Me he estado debatiendo conmigo mismo durante algún tiempo, pero ahora me siento en la obligación de decirle… Querido amigo, me gusta viajar en silencio. Espero que me perdone».

Y al llegar aquí, el estudiante, silbando de vergüenza y compartiendo la suerte de su hermana, desaparece por completo de estas páginas.

El profesor de biología, mientras tanto, se encajó el sombrero de fieltro negro hasta sus erizadas cejas para protegerse los ojos del vaivén deslumbrante del mar y se hundió en un sopor semejante al sueño. Los rayos del sol, que caían en su rostro gris perfectamente rasurado, con su gran nariz y su potente barbilla, le asemejaban a un busto que acabaran de modelar de arcilla todavía húmeda. Cada vez que una leve nubecilla de otoño se interponía cual pantalla contra el sol, el rostro se oscurecía de inmediato, se secaba, adquiría la frialdad de la piedra. Todo ello era consecuencia del juego de luces y sombras y no tenía nada que ver con lo que entonces pasaba por su mente. Si sus pensamientos hubieran podido de verdad hallar algún reflejo en las facciones de su rostro, la imagen del profesor no habría sido, en verdad, un espectáculo hermoso. El problema era que había recibido unos días atrás un informe de un detective privado que había contratado en Londres en el que se le informaba de que su mujer le había engañado. Una carta interceptada, escrita en su letra minúscula y familiar, comenzaba así: «Mi querido Jack, todavía estoy llena de tu último beso». El nombre del profesor no era ciertamente Jack, ése era el problema. Darse cuenta de ello no le produjo dolor ni sorpresa, ni siquiera sintió herido su orgullo masculino, sino sencillamente odio, frío y afilado, como el de un bisturí. Se dio cuenta con absoluta claridad de que iba a asesinar a su esposa. No tenía la menor duda ni el más mínimo escrúpulo. Sólo había que concebir el método más ingenioso, el más atroz. Mientras se reclinaba en la tumbona de cubierta, revisó por centésima vez todos los métodos de tortura descritos por los viajeros y por los estudiosos medievales. Ninguno de ellos le parecía lo suficientemente doloroso. En la distancia, en el límite

del resplandor verde, las rocas almibaradas de Dover se estaban materializando y él todavía no había tomado una decisión. Las máquinas del barco cesaron de rugir: el vapor quedó en silencio y meciéndose suave con el oleaje, atracó. El profesor siguió al mozo que llevaba su equipaje a lo largo de la escalerilla. El oficial de aduanas, después de despachar los objetos cuya importación estaba prohibida, le pidió que abriera una maleta —la nueva, la de color naranja. El profesor dio una vuelta a la llave en la cerradura y abrió de golpe la tapa de piel. Una señora rusa que estaba detrás de él exclamó con un grito: «¡Santo cielo!», y empezó a reírse nerviosamente. Dos belgas, que parecían escoltar al profesor, volvieron la cabeza a un lado y alzaron los ojos al cielo. Uno de ellos se encogió de hombros, el otro lanzó un silbido, mientras que el inglés se dio la vuelta con indiferencia. El oficial, atónito y sin palabras, miraba con ojos desorbitados el contenido de la maleta. Todo el mundo se sentía muy mal, incómodo, un punto horrorizado. El biólogo, con toda su flema, dio su nombre y mencionó el museo de la universidad. Los rostros circundantes volvieron a la normalidad. Sólo unas cuantas mujeres se lamentaron cuando supieron que no se había cometido ningún crimen.

«¿Pero, por qué lo transporta en una maleta?», preguntó el aduanero, con un cierto reproche no exento de respeto, mientras con toda cautela cerraba la maleta y marcaba con tiza un garabato sobre la piel. «Tenía prisa —dijo el profesor bizqueando fatigado—. No tenía tiempo de andar montando una jaula. En cualquier caso, se trata de un objeto muy valioso, no es algo que yo pudiera facturar con el resto del equipaje». Y con andares cansinos aunque enérgicos, el profesor cruzó hasta el andén de la estación dejando a un lado a un policía que parecía un juguete del país de Gargantúa. Pero, de repente, se detuvo como si recordara algo y murmuró para sí con una sonrisa radiante y feliz. «Ya está… ya lo tengo. Un método de lo más inteligente.» Y dicho esto lanzó un profundo suspiro de satisfacción y compró dos plátanos, un paquete de cigarrillos, unos periódicos que parecían sábanas crujientes, y, unos minutos más tarde, se encontraba en un confortable compartimiento del Continental Express que a toda velocidad iba dejando atrás el titilante mar, las rocas blancas y los pastos esmeraldas de Kent.

2.

Eran unos ojos maravillosos, maravillosos de verdad, con pupilas como manchas de tinta brillante que se hubieran vertido sobre satén gris perla. Llevaba el pelo corto y era de tono dorado pálido, un exuberante tocado como de pelusa. Era pequeña, estirada, plana. Llevaba esperando a su marido desde ayer y estaba segura de que llegaría ese mismo día. Con un vestido gris escotado y zapatillas de terciopelo, sentada en una otomana azul eléctrico en el salón, pensando que era una pena que su marido no creyera en los fantasmas y que despreciara abiertamente al joven médium,

un escocés de pestañas pálidas y delicadas que la visitaba de vez en cuando. Después de todo, a ella le ocurrían cosas extrañas. Recientemente, mientras dormía, había tenido una visión de un joven muerto con quien, antes de casarse, había paseado a la luz del crepúsculo, cuando los frutos de la zarzamora parecen tan pálidos y blancos. A la mañana siguiente, temblando todavía, le había escrito un borrador de carta —una carta dirigida a su sueño. En esta carta le había mentido al pobre Jack. Casi le había olvidado, en verdad; amaba a su insoportable marido con un amor temeroso pero fiel y, sin embargo, quería enviar un poco de calor a su querido visitante espectral, para tranquilizarle con unas cuantas palabras terrenas. La carta había desaparecido misteriosamente de su bloc de correspondencia, y aquella misma noche soñó con una larga mesa, desde cuyo fondo emergió de repente Jack, saludándola agradecido. Ahora, por alguna razón, se sentía incómoda cuando recordaba el sueño, casi como si hubiera engañado a su marido con un fantasma.

El cuarto de estar tenía una atmósfera cálida y festiva. En el amplio alféizar de la ventana reposaba un cojín de seda, amarillo brillante con rayas violetas.

El profesor llegó justo cuando ella acababa de llegar a la conclusión de que su barco debía de haberse hundido. Al mirar por la ventana, vio la berlina negra de un taxi, la mano extendida del taxista y los pesados hombros de su marido que se inclinaba a pagar. Atravesó volando las habitaciones y trotó en dirección al piso de abajo alzando sus brazos desnudos y delgados.

El subía hacia ella, encorvado dentro de su enorme gabán. Detrás de él, un criado llevaba las maletas.

Ella se apretó contra su bufanda de lana mientras, alegremente y como en broma, jugueteaba con su pierna que lanzaba hacia atrás, embutida en sus medias grises, y la suspendía en el aire. Él besó su mejilla cálida. Con una sonrisa amable se desembarazó de su abrazo. «Estoy lleno de polvo… Espera…», murmuró, sujetándola por las muñecas. Ella frunció el ceño y echó atrás la cabeza y el pálido fuego de su pelo. El profesor se inclinó y la besó en los labios con otro amago de sonrisa.

En la cena, empezó a hablar excitado, de forma que la blanca pechera de su camisa parecía hincharse cuando sacaba pecho y sus mejillas brillantes no dejaban de moverse, mientras contaba los pormenores de su breve viaje. Se mostraba alegre con un punto de reserva. Las solapas de seda circulares de su esmoquin, su mandíbula de buldog, su calva enorme con aquellas venas de hierro en las sienes,… Todo aquello producía en su mujer una piedad exquisita: la piedad que siempre sentía porque, mientras él estudiaba las minucias de la vida, se resistía a entrar en el mundo de ella, donde fluía la poesía de Walter de la Mare y donde surgían todo tipo de espíritus astrales infinitamente tiernos.

—Y bien, ¿te han visitado algunos de tus fantasmas mientras yo he estado fuera?

—le preguntó, como si hubiera estado leyendo sus pensamientos. Ella quería contarle su sueño, la carta, pero de alguna forma se sentía culpable.

—¿Sabes qué te digo? —siguió él, mientras echaba azúcar en un poco de ruibarbo rosa—. Tú y tus amigos estáis jugando con fuego. Pueden ocurrir realmente acontecimientos aterradores. Un médico vienes me contó el otro día una serie de metamorfosis increíbles. Una mujer, una especie de histérica de esas que se dedican a predecir la fortuna, se murió, creo que de un ataque al corazón, y cuando el médico la desvistió (todo eso ocurrió en una choza en Hungría, a la luz de las velas), se quedó petrificado al ver su cuerno; estaba completamente cubierto con un brillo rojizo y al tacto resultaba blando y viscoso y, al examinarlo de cerca, se dio cuenta de que aquel cadáver tenso y pesado consistía por entero en una serie de bandas estrechas y circulares de seda, como si hubiera sido vendado meticulosamente por una serie de cuerdas invisibles, un poco como ese anuncio francés de ruedas de coche, ese del hombre cuyo cuerpo no son sino neumáticos. Con la diferencia de que en su caso los neumáticos eran muy estrechos y de color rojizo. Y, mientras el médico proseguía su observación, el cadáver empezó a deshilvanarse gradualmente como si fuera un inmenso ovillo de hilo… Su cuerpo era un gusano delgado, infinito, que se desenrollaba y reptaba, resbalándose por la rendija de la puerta, mientras que en la cama lo que quedaba era un blanco esqueleto desnudo, todavía húmedo. Y sin embargo esta mujer había tenido un marido, que en tiempos la había besado… había besado a aquel gusano.

El profesor se puso una copa de oporto color de caoba y empezó a tragar el rico líquido, sin quitar sus ojos escrutadores del rostro de su mujer. Sus hombros gráciles, pálidos se estremecieron.

—No te das cuenta de lo horrible que es eso que me acabas de contar —dijo agitada—. Así que el fantasma de la mujer desapareció convirtiéndose en un gusano. Es aterrador…

—A veces pienso —dijo el profesor, subiéndose los puños pomposamente y contemplándose las manos— que, en último término, toda mi ciencia no es más que una ilusión vana, que somos nosotros los que hemos inventado las leyes de la física, que puede suceder cualquier cosa, insisto: cualquier cosa. Los que se abandonan a pensamientos semejantes se vuelven locos…

Ahogó un bostezo, llevándose el puño cerrado a los labios.

—¿Qué te ha ocurrido, mi amor? —exclamó su mujer con dulzura—. Nunca habías hablado así… Yo creía que tú lo sabías todo, que tenías todo controlado…

Por un momento el profesor empezó a mover la nariz espasmódicamente y se dejó entrever el brillo de un colmillo de oro. Pero muy pronto su rostro recobró su estado habitual de flaccidez. Se estiró y se levantó de la mesa.

—No digo más que tonterías —dijo tranquilo y con cierta ternura—. Estoy

cansado, me voy a la cama. No enciendas la luz cuando vengas. Ven a la cama conmigo… conmigo —repitió como con segundas intenciones y con cierta ternura, en un tono que hacía tiempo que no utilizaba.

Al quedarse sola en el cuarto de estar volvió a repetir sus palabras en su interior y éstas resonaron con una cierta ternura.

Llevaba casada con él cinco años y, a pesar del carácter caprichoso de su marido, de sus frecuentes ataques de celos injustificados, de sus silencios, de su malhumor, de su incomprensión, ella era feliz porque lo amaba y tenía piedad por él. Ella, esbelta y blanca, y él, pesado, calvo, con penachos de lana gris en medio del pecho, componían una pareja imposible, monstruosa… y sin embargo ella gozaba con sus poco frecuentes pero enérgicas caricias.

Un crisantemo en su jarrón encima de la repisa de la chimenea dejó caer unos cuantos pétalos abarquillados con un crujido seco. Ella dio un respingo y su corazón sufrió una desagradable sacudida al acordarse de que el aire estaba siempre lleno de fantasmas y que incluso su marido, el científico, había notado sus terribles apariciones.

Se acordó de cómo Jackie había aparecido desde debajo de la mesa y había empezado a saludarle con tiernos movimientos de cabeza un tanto misteriosos. Le parecía que todos los objetos del cuarto la observaban con expectación. Se quedó helada, como atravesada por una corriente de miedo. Abandonó el cuarto de estar rápidamente, conteniendo un grito absurdo. Se serenó y pensó: «Qué tonta soy, de verdad…». En el baño se tomó su tiempo y se detuvo en examinar cuidadosamente las pupilas relucientes de sus ojos. Su rostro menudo, enmarcado en una pelusa de oro, le resultó extraño.

Se sentía ligera como una jovencita, cubierta tan sólo con un camisón de encaje y, tratando de no tropezar con los muebles, entró en el dormitorio a oscuras. Extendió los brazos para localizar el cabecero de la cama y tenderse en el borde de la misma. Sabía que no estaba sola, que su marido estaba tumbado a su lado. Durante unos momentos se quedó inmóvil con la mirada perdida en el techo, sintiendo el latir violento y escondido de su corazón.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, acuchillada por los rayos de luna que atravesaban la cortina de gasa, volvió la cabeza hacia su marido. Estaba tumbado dándole la espalda, envuelto en la manta. Sólo distinguía su coronilla toda calva, que parecía extraordinariamente lisa, brillante y también blanca en el charco de la luna.

No está dormido, pensó con cierto cariño. Si lo estuviera ya habría empezado a roncar, siquiera un poco.

Sonrió y entonces se deslizó hacia su marido con todo su cuerpo, extendiendo los brazos bajo las sábanas dispuesta al abrazo de rigor. Sus dedos tocaron unas costillas

suaves. Su rodilla chocó contra un hueso liso. Una calavera, con las cuencas negras de los ojos rotando sin parar, cayó desde la almohada hasta sus hombros.

*

La luz eléctrica inundó la habitación. El profesor, todavía vestido con su esmoquin, con su pechera almidonada, y brillantes sus ojos y su enorme frente, surgió desde detrás de un biombo y se acercó a la cama.

En un revoltijo, la manta y las sábanas se deslizaron hasta la alfombra. Su mujer yacía muerta, abrazada al esqueleto blanco de un jorobado, montado a toda prisa, que el profesor había adquirido en el extranjero para el museo de la universidad.

Beneficencia [*]

Yo había heredado el estudio de un fotógrafo. Un lienzo de tintes violáceos seguía todavía allí junto a la pared; mostraba una balaustrada y una urna blanquecina contra el fondo de un jardín de contornos imprecisos. Y era una silla de mimbre la que me acogía a mí aquella noche, como si yo también me encontrara en el umbral de aquellas profundidades de acuarela, era yo el que pasé allí hora tras hora pensando en ti, hasta que llegó la mañana. Unas cabezas de estuco revocado empezaron a surgir gradualmente destacándose en la oscuridad, flotando por entre la neblina de polvo. Una de ellas (casi tu retrato) estaba envuelta en un trapo húmedo. Yo atravesé aquella cámara nebulosa —algo se rompió y crujió bajo mis pies— y con el extremo de una larga barra, fui enganchando y corriendo hasta abrir las negras cortinas que colgaban como jirones de algún estandarte roto a lo largo del cristal inclinado. Cuando hube dejado que la mañana entrara —una mañana desdichada y aviesa—, empecé a reírme sin saber por qué; quizá era simplemente porque me había pasado la noche entera sentado en un sillón de mimbre, rodeado de basura y de trozos de yeso de París, entre polvo de plastilina congelada, pensando en ti.

Cada vez que se mencionaba tu nombre en mi presencia experimentaba el mismo sentimiento: un golpe negro, perfumado, enérgico: ése era el movimiento de tus brazos cuando te colocabas el velo. Hacía mucho tiempo que yo te amaba; por qué, no lo sé. Teniendo en cuenta tus ardides engañosos y tus tretas salvajes, sabiendo como sé que te pierdes y transiges en una ociosa melancolía.

Casualmente, no hace mucho encontré una caja de cerillas vacía en tu mesilla. Sobre la misma había un menudo túmulo funerario de cenizas y la colilla de un cigarrillo dorado —una colilla tosca, masculina. Te pedí una explicación. Te reíste incómoda. A continuación te echaste a llorar y yo, perdonándolo todo, te abracé las rodillas y apreté mis pestañas húmedas contra tu seda negra y suave. Después de aquello no te vi en dos semanas.

La mañana de otoño relucía con la brisa. Con cuidado, dejé la barra en una esquina. Las tejas de los tejados de Berlín se dejaban ver a través del lienzo de la ventana, sus siluetas se acomodaban a las iridiscentes irregularidades internas del cristal; en medio de ellas, una cúpula distante se alzaba como una sandía de bronce. Las nubes se apresuraban, se rompían, revelando fugazmente una telaraña extrañada de azul otoñal.

El día anterior había hablado contigo por teléfono. Era yo quien había cedido y llamado. Quedamos en vernos hoy en la Puerta de Brandemburgo. Tu voz, a través del zumbido como de abejas, sonaba remota y con un punto de ansiedad. Yo no

paraba de deslizarme en la distancia como desvaneciéndome. Te hablé con los ojos cerrados, y me sentía a punto de llorar. Mi amor por ti era un pozo cálido de lágrimas que no dejaba de manar ni de palpitar. Así es exactamente como me imaginaba el paraíso: silencio y lágrimas. Y la seda cálida de tus rodillas. Y esto tú no lo podías entender.

Después de cenar, cuando salí a tu encuentro, con el torrente amarillo de los rayos del sol y el aire cortante, la cabeza me empezó a dar vueltas. Cada uno de los rayos de sol retumbaba en mis sienes. Unas grandes hojas rojizas, crujientes, anadeaban deprisa en su carrera por las aceras.

Mientras caminaba pensé que era probable que no acudieras a la cita. Y que si lo hacías, volveríamos a discutir por cualquier cosa. Yo sólo sabía esculpir y amar. Eso no era suficiente para ti.

Puertas contundentes. Autobuses hinchados de caderas apretujándose para pasar por los arcos y deslizándose por el bulevar que se iba esfumando en el inquieto brillo azul de aquel día de viento. Te esperé bajo una bóveda sofocante, entre columnas heladas, junto a la verja de la ventana de la casa del guarda. Gente por todas partes: los oficinistas berlineses abandonaban los despachos, mal afeitados, cada uno con su cartera bajo el brazo, y, en los ojos, la náusea densa que te atenaza cuando fumas un puro malo con el estómago vacío —sus cansados rostros rapaces, sus cuellos almidonados eran un relámpago incesante—; pasó una mujer con un sombrero de paja roja y un abrigo gris de astracán; y luego un joven con pantalones de terciopelo anudados debajo de la rodilla; y también otros.

Yo esperaba, apoyado en mi bastón, en la fría sombra de las columnas. No creía que tú vinieras.

Junto a una de las columnas, cerca de la ventana de la casa del guarda, había un puesto con postales, mapas, series en abanico de fotos de colores y a su lado, sentada en un taburete, una mujer menuda, anciana, y parda, de piernas cortas, más bien gruesa y con una cara redonda y llena de pecas. También ella esperaba.

Me pregunté cuál de los dos esperaría más, y quién vendría antes, un cliente, o tú. El semblante de la anciana parecía decir algo así: «Me encuentro aquí de casualidad… No he hecho más que sentarme un minuto… Sí, es verdad que hay un puesto aquí cerca, con excelentes y curiosas chucherías… Pero yo no tengo nada que ver con él…».

La gente pasaba despreocupada entre las columnas, evitando el rincón de la casa del guarda; algunos miraban las postales. La anciana tensaba cada uno de sus músculos y fijaba sus diminutos y vivos ojos en el transeúnte como si le estuviera transmitiendo un solo pensamiento: cómpralo, cómpralo… Pero el otro, después de examinar brevemente las postales de colores y también las grises, seguía su camino y ella bajaba los ojos con aparente indiferencia y volvía a un libro rojo que tenía en el

regazo.

Yo no llegaba a creerme que tú vinieras. Pero te esperaba como nunca antes había esperado nada, sin dejar de fumar, mirando a hurtadillas más allá de la puerta hacia la plaza abierta que iniciaba el bulevar; y luego me retiraba de nuevo a mi escondrijo, intentando que no se me notara que estaba esperando a alguien, intentando imaginarme que tú caminabas hacia mí, que te acercabas mientras yo miraba a otro lado, que si echaba una ojeada más en aquella dirección vería tu abrigo de foca y el encaje negro que desde el ala de tu sombrero caía cubriendo tu rostro y, deliberadamente, no miraba, empecinándome en mi querido engaño.

Hubo un golpe de viento frío. La mujer se levantó y empezó a empujar con firmeza las postales para encajarlas en sus correspondientes ranuras. Llevaba una especie de chaqueta de terciopelo amarillo recogida en la cintura. El dobladillo de su falda marrón le colgaba por detrás, lo que la hacía parecer como si caminara levantando la barriga. Yo distinguía sin dificultad una serie de arrugas amables en su pequeño sombrero redondo y también en sus botines gastados. Ordenaba afanosamente su mercancía. Su libro, una guía de Berlín, estaba abandonado en el taburete y el viento de otoño distraído hacía girar las páginas y arrugaba el mapa que se había desprendido del grueso del libro como si fuera un tramo de escaleras.

Yo empezaba a tener frío. Mi cigarrillo ardía amargo en la comisura de la boca. Sentí las olas de un frío hostil en el pecho. No había aparecido ningún cliente.

Mientras tanto, la mujer de las chucherías había vuelto a su lugar y, como el taburete estaba demasiado alto para ella, tuvo que hacer juegos malabares, evitando que las suelas de sus burdos botines se despegaran de la acera al mismo tiempo. Tiré el cigarrillo y lo apagué con la punta de mi bastón, provocando una espuma de fuego.

Ya había pasado una hora, quizá más. ¿Cómo podía seguir pensando que tú acudirías? El cielo se había transformado imperceptiblemente en una sola nube tormentosa continua, los transeúntes caminaban más deprisa, todos encogidos, sujetándose los sombreros, y una señora que cruzaba la plaza abrió el paraguas. Habría sido un verdadero milagro que hubieras llegado en ese momento.

La anciana había colocado meticulosamente una señal en su libro y se detuvo como si estuviera abstraída en sus pensamientos. Mi intuición me decía que estaba tratando de conjurar la presencia de un extranjero rico procedente del Hotel Adlon que comprara toda su mercancía, que le pagara generosamente, y que además le pidiera más, más postales y más guías de todo tipo. Y probablemente tampoco tendría demasiado calor con aquella chaqueta de terciopelo. Tú habías prometido que vendrías. Recordé la conversación telefónica, y la sombra fugaz de tu voz. Dios, cómo deseaba verte. El viento infame empezó a rachear de nuevo. Me subí el cuello.

De repente, la ventana de la casa del guarda se abrió, y un soldado verde saludó a la anciana. Rápidamente se revolvió en su taburete y, con su vientre prominente, se

acercó rauda a la ventana. Con ademán tranquilo, el soldado le alcanzó un tazón humeante y cerró la ventana. Su espalda verde se volvió y se alejó en las profundidades oscuras.

La mujer volvió a su sitio cuidando de que el tazón no se le derramara. Era café con leche a juzgar por el marrón de nata que se le pegaba al borde.

Y entonces empezó a beber. Nunca he visto a una persona que bebiera con semejante y concentrado placer, puro, profundo. Se olvidó de su puesto, de las postales, del viento helado, de su cliente americano: se limitaba a beber, sorber, chupar, desapareció completamente en su café, y de igual modo, yo olvidé mi vigilia y sólo veía la chaqueta de terciopelo, los ojos ciegos de dicha, las manos callosas agarrando el tazón en sus mitones de lana. Bebió durante mucho tiempo, bebía a sorbos lentos, chupando con reverencia el borde con su nata pegada, calentándose las manos con la hojalata caliente. Y un calor oscuro y dulce se derramó en mi alma. Mi alma también bebía y se calentaba, y la anciana parda y menuda sabía a café con leche.

Terminó. Durante un momento se quedó inmóvil. Luego se levantó y se encaminó a la ventana a devolver el tazón.

Pero se detuvo a medio camino y sus labios se rompieron en una leve sonrisa. Volvió rápidamente a su puesto, agarró dos postales de colores y, corriendo hasta la reja de hierro de la ventana, golpeó con suavidad el cristal con su diminuto puño de lana. La verja se abrió, dando paso a una manga verde con un botón reluciente en el puño, y la anciana lanzó tazón y postales a la oscuridad de la ventana sin dejar de mover la cabeza apresurada. El soldado se puso a examinar las postales y volvió al interior, cerrando suavemente la ventana tras él.

Y entonces me di cuenta de la ternura del mundo, de la beneficencia profunda de todo lo que me rodeaba, del dichoso lazo existente entre mi ser y toda la creación, y me di cuenta de que la alegría que había buscado en ti no era algo que se produjera dentro de ti, sino que respiraba a mi alrededor y por todas partes, en los ruidos veloces de la calle, en el dobladillo de una falda que se alzaba cómicamente, en el tierno ronroneo del viento, en las nubes de otoño hinchadas con el viento. Me di cuenta de que el mundo no representa para nada una lucha, ni tampoco una secuencia de ávidos acontecimientos casuales, sino una dicha trémula, una inquietud turbada y benéfica, una dádiva que nos ha sido concedida e ignorada.

Y en aquel mismo instante llegaste, por fin o, mejor dicho, no llegaste tú, sino una pareja alemana, él con gabardina y con las piernas enfundadas en unas medias largas que parecían botellas verdes; ella, alta y esbelta, con un abrigo de piel de pantera. Se acercaron al puesto, el hombre se dispuso a seleccionar algo, y mi querida anciana jadeaba ruborizada, levantando los ojos hasta él para después fijarlos en las postales, sin dejar de moverse de aquí para allá, enarcando las cejas como si fuera uno de esos

viejos cocheros que trataban de espolear al caballo con todo su cuerpo. Pero apenas había tenido tiempo el alemán para decidirse por alguna de aquellas chucherías cuando su mujer, encogiendo los hombros, le tiró de la manga y se lo llevó de allí. Fue entonces cuando me di cuenta de que se parecía a ti. La semejanza no estaba en sus rasgos físicos ni tampoco en la ropa, sino en aquel gesto remilgado y cruel, en aquella mirada indiferente, superficial. Los dos se fueron de allí sin comprar nada, y la anciana se limitó a sonreír, volviendo a poner las postales en sus correspondientes ranuras, y en seguida volvió a perderse en su libro rojo. No teñía sentido alguno seguir allí esperando. Me marché caminando por calles que ya empezaban a oscurecerse, escrutando los rostros de los pasajeros, captando ciertas sonrisas y también algunos movimientos ciertamente curiosos: el meneo de la trenza de una joven que lanzaba una pelota contra la pared, la melancolía celeste reflejada en los ojos violetas y ovales de un caballo. Capté todo aquello y lo guardé. Las oblicuas gotas de lluvia se hicieron más frecuentes, y me hicieron pensar en la comodidad fresca de mi estudio, en los músculos, las frentes, los mechones y guedejas de cabello que había modelado y sentí en mis dedos el sutil hormigueo de mi pensamiento que ya empezaba a esculpir.

Se hizo la noche. Llovía a ráfagas racheadas. El viento me saludaba turbulento en cada esquina. Y entonces un tranvía pasó rechinando, sus ventanas brillo de ámbar, su interior siluetas negras. Subí de un salto y me dispuse a secarme las manos empapadas de lluvia.

La gente del tranvía estaba taciturna y se mecía soñolienta con su movimiento. Los cristales negros de las ventanas estaban salpicados con una multitud de diminutas gotas de lluvia, como un cielo nocturno cubierto por un rosario de estrellas. Traqueteábamos a lo largo de una calle surcada por una hilera de castaños ruidosos, y yo me imaginaba sus ramas húmedas sacudiendo las ventanas como con latigazos. Y cuando el tranvía se detuvo pude oír, por encima, cómo los castaños arrastrados por el viento golpeteaban contra el techo del tranvía. Ploc —y de nuevo, inmutable y también suavemente: ploc, ploc. El tranvía entonces repicaba y se ponía en marcha, los destellos de las farolas estallaban en los cristales mojados y yo, con una sensación de intensa y aguda felicidad, esperaba la repetición de aquellos ruidos mansos y nobles. Chirriaron los frenos en una parada. Y de nuevo, un castaño solitario se venció y, tras un momento, otro castaño chocó contra el tranvía en un ruido sordo para después arrastrarse por el techo: ploc, ploc…

Detalles de una puesta de sol [*]

El último tranvía desaparecía entre el espejo de tinieblas de la calle y, a lo largo del cable, un destello de fuego de Bengala, crepitando trémulo, se perdía rápido en la distancia como una estrella azul. «Bueno, será mejor que sigamos andando, aunque estás bastante borracho, Mark, bastante borracho…»

El destello de fuego se extinguió. Los tejados brillaban a la luz de la luna, ángulos de plata rotos por negras grietas transversales.

Penetró en aquel espejo de tinieblas y tomó a duras penas el camino de su casa: Mark Standfuss, un dependiente de comercio, un semidiós, el rubio Mark, un buen tipo con suerte y cuello duro. De su nuca, por encima de la línea de aquel cuello duro, colgaba una especie de coleta infantil que había conseguido escapar a la navaja del barbero. Esa coleta era la que había enamorado a Klara y juraba que era amor del bueno, que ya se había olvidado por completo del extranjero arruinado y guapo que el año pasado le había alquilado a su madre, Frau Heise, una habitación.

«Pero Mark, estás borracho…»

Aquella noche había corrido la cerveza y las canciones entre los amigos en honor de Mark y de la pálida Klara, la pelirroja, y dentro de una semana ya serían marido y mujer; entonces se iniciaría toda una vida de felicidad y de paz, de noches junto a ella, con la llamarada roja de su melena desparramándose por toda la almohada y por la mañana, de nuevo, su risa tranquila, su vestido verde, el frescor de sus brazos desnudos.

En el centro de una plaza se erguía una pequeña tienda de campaña: estaban reparando las vías del tranvía. Recordaba cómo aquel mismo día había introducido sus labios por dentro de las mangas de Klara, y cómo había besado la conmovedora cicatriz de su vacuna contra la viruela. Y ahora caminaba hacia casa, se tenía en pie con dificultad en razón del exceso de felicidad y también del exceso de bebida, balanceaba su bastón y entre las oscuras casas de la acera de enfrente de aquella calle vacía un eco nocturno armonizaba con el eco de sus pisadas; pero el eco desapareció cuando volvió la esquina donde siempre le esperaba el mismo hombre con su delantal y su gorra de visera, de pie junto a una parrilla, vendiendo salchichas, y anunciando su mercancía en un tierno silbido como el canto de un pájaro: *«Würstchen, würstchen…»*.

Mark sintió una especie de piedad deliciosa por las salchichas, por la luna, por la chispa de fuego que se había retirado junto con el cable del tranvía, y, mientras apretaba el cuerpo contra una valla amiga, se vio vencido por la risa; luego, se inclinó y empezó a murmurar en un pequeño agujero que había entre las tablas de la valla:

«Klara, Klara, ¡oh mi querida Klara!».

Al otro lado de la valla, en un claro entre dos edificios, había un solar vacío rectangular. Varios camiones de mudanzas se recogían allí como enormes ataúdes. Estaban llenos hasta los topes con su carga. Sólo Dios sabe qué cosas había apiladas en su interior. Baúles de caoba probablemente, y candelabros como serpientes de hierro, y el pesado esqueleto de una cama de matrimonio. La luna obtenía un destello duro de los camiones. A la izquierda del solar, unos enormes corazones negros se pegaban contra una pared desnuda; las sombras, muy ampliadas, de las hojas de un tilo que se erguía junto a una farola en el borde de la acera.

Mark seguía riéndose entre dientes mientras subía por las oscuras escaleras que conducían a su piso. Llegó al último escalón pero equivocadamente levantó el pie de nuevo como para volver a subir, y el pie cayó torpe al suelo con un golpe seco. Mientras se esforzaba en la oscuridad por encontrar la cerradura de la puerta, se le cayó el bastón de bambú y con un leve golpeteo empezó a deslizarse por las escaleras. Mark contuvo el aliento. Pensaba que el bastón seguiría el movimiento de la escalera y que giraría por sí solo en el recodo hasta llegar abajo. Pero el chasquido agudo de la madera cesó de improviso. Debía de haberse detenido. Sonrió aliviado, y agarrándose a la barandilla (mientras la cerveza no dejaba de cantar en su cabeza vacía), empezó a bajar de nuevo. Apenas evitó la caída y se sentó cansado en un escalón, mientras buscaba a tientas su camino.

Arriba, una puerta se abrió en el descansillo. Frau Standfuss, con una lámpara de gas en la mano, a medio vestir, parpadeando, con el pelo convertido en una especie de aureola que le salía del gorro de dormir, se acercó y gritó: «¿Eres tú, Mark?».

Una cuña amarilla de luz envolvía la barandilla, las escaleras y su bastón, y Mark, jadeando pero feliz, volvió a subir de nuevo hasta el descansillo, su sombra negra y jorobada seguía sus pasos por las paredes.

Luego, en la habitación iluminada débilmente, dividida por una pantalla roja, tuvo lugar la siguiente conversación:

—Has bebido demasiado, Mark.

—No, no, madre… Estoy tan contento…

—Te has ensuciado todo, Mark. Tienes la mano negra…

—… tan feliz… me siento tan bien… el agua es muy buena y está fría. Viértemela por encima de la cabeza… un poco más… Todo el mundo me ha dado la enhorabuena, y con razón… Más agua.

—Pero dicen que hasta hace muy poco tiempo estaba enamorada de otro, de un aventurero extranjero o algo así. Que se fue sin pagar los cinco marcos que le debía a Frau Heise…

—Oh, ya vale, cállate, no entiendes nada… Cantamos tanto hoy… Mira, he perdido un botón… Estoy seguro de que me van a aumentar el sueldo cuando me

case…

—Vamos, vete a la cama… Estás todo sucio, y además son tus pantalones nuevos.

Aquella noche Mark tuvo un sueño desagradable. Vio a su difunto padre. Su padre llegó hasta él, con una sonrisa muy rara en su rostro sudoroso y pálido, cogió a Mark por los brazos y empezó a hacerle cosquillas silenciosa, violentamente, sin parar.

Sólo recordó el sueño después de llegar a la tienda donde trabajaba, y se acordó porque un amigo suyo, el buen Adolf, le saludó dándole un golpe en las costillas. Por un momento, algo se abrió en su alma, y se quedó allí, helado, expectante, y se cerró de nuevo. Luego, todo volvió de nuevo a su ser, fácil y claro, y las corbatas que ofreció a sus clientes le sonrieron radiantes, en armonía con su felicidad. Sabía que iba a ver a Klara aquella noche, correría a cenar a casa para luego ir directamente a verla. El otro día, cuando le decía lo tierna y cariñosamente que iban a vivir, ella se puso de repente a llorar. Ni que decir tiene que Mark entendió que eran lágrimas de felicidad (como explicó ella misma); ella empezó a dar vueltas por la habitación, su falda una vela verde, y luego se fue al espejo a arreglarse con viveza sus cabellos brillantes, color de mermelada de albaricoque. Y tenía el rostro pálido y un aire de desconcierto, también a causa de la felicidad, desde luego. Era tan natural, después de todo.

—¿De rayas? Por supuesto.

Le hizo el nudo a la corbata en su mano, y la volvió de un lado y después del otro, intentando seducir al cliente. Ágilmente abría las cajas de cartón…

Mientras tanto, su madre había recibido una visita: Frau Heise. Había venido sin avisar y tenía el rostro cubierto de lágrimas. Cautelosamente, casi como si tuviera miedo de romperse en mil pedazos, se dejó caer en un taburete en la diminuta e inmaculada cocina donde Frau Standfuss lavaba los platos. Un cerdo de madera bidimensional colgaba de la pared y en el hornillo había una caja de cerillas semiabierta, con una cerilla usada dentro.

—He venido a traerle malas noticias, Frau Standfuss.

La otra mujer se quedó de piedra, agarrando un plato y apretándolo contra su seno.

—Es acerca de Klara. Sí. Ha perdido el juicio. Aquel huésped que tuve volvió hoy, ya sabe, aquel de quien le hablé. Y Klara se ha vuelto loca. Sí, ocurrió esta mañana… Ya no quiere volver a ver a su hijo nunca más… Usted le regaló la tela para un vestido nuevo: se la devolverá. Y aquí hay una carta para Mark. Klara se ha vuelto loca. Yo no sé qué pensar…

Mientras tanto Mark había salido del trabajo y se hallaba de camino a casa. Adolf, el del pelo cortado a cepillo, le acompañaba en su recorrido. Ambos se detuvieron, se dieron la mano y Mark empujó con el hombro la puerta que se abría al frío vacío.

—¿Por qué he de ir a casa? Al diablo. Vamos a comer algo tú y yo —Adolf seguía allí de pie, apoyándose en el bastón como si éste fuera su cola—. Al diablo, Mark.

Mark se frotó la mejilla dubitativo, y luego rompió a reír.

—De acuerdo. Pero hoy invito yo.

Cuando, media hora más tarde, salió del bar y se despidió de su amigo, el fuego de una ardiente puesta de sol llenaba la vista del canal, y un puente veteado de lluvia en la distancia quedaba a lo lejos, tras un marco de oro en el que se alcanzaban a distinguir unas diminutas figuras negras.

Miró al reloj y decidió ir directo a casa de su novia sin pasar por la de su madre. Su felicidad y la claridad del aire de la tarde le mareaban un tanto. Una flecha de cobre brillante fue a hendir el zapato lacado de un petimetre que descendía de un coche. Los charcos, que todavía no se habían secado, rodeados por la magulladura de la humedad oscura (los ojos vivos del asfalto), reflejaban la suave incandescencia de la tarde. Las casas estaban grises, como siempre; y sin embargo, los tejados, las molduras en los pisos superiores, los pararrayos de filos dorados, las cúpulas de piedra, las columnas —que nadie percibe durante el día, porque de día la gente no suele levantar la mirada del suelo— estaban ahora bañadas en un rico tono ocre que no era sino la ligera calidez de la puesta de sol, y parecían así inesperados y mágicos, aquellos salientes superiores, balcones, cornisas, pilares, contrastando abruptamente en su brillo rojizo con las pardas fachadas de abajo.

—Oh, qué feliz soy —musitaba Mark—, todo a mi alrededor celebra mi felicidad.

Sentado con ternura en el tranvía, examinaba con cariño a los otros pasajeros. Tenía un rostro tan joven, Mark, con granos rosados en la barbilla, unos ojos luminosos y alegres y una pequeña coleta en la nuca… Se podría pensar que el destino había sido generoso con él.

Dentro de unos momentos veré a Klara, pensó. Me recibirá en la puerta. Me dirá que no sabe cómo ha podido sobrevivir hasta la llegada de la noche.

Dio un respingo. Se había pasado la parada en la que debía haberse bajado. En su camino hacia la salida se tropezó con los pies de un caballero gordo que leía una revista médica; Mark quiso saludarle con el sombrero pero casi se cae: el tranvía giraba con un chirrido. Se agarró a uno de los tiradores del techo y consiguió mantener el equilibrio. El hombre encogió las piernas lentamente con un flemático gruñido de irritación. Tenía un bigote gris que se le doblaba hacia arriba belicosamente. Mark le concedió una sonrisa culpable y caminó hasta la parte delantera del tranvía. Se agarró con ambas manos a los pasamanos de hierro, se inclinó hacia adelante, calculó el salto que tenía que dar. Abajo, el asfalto pasaba corriendo ante él, liso y reluciente. Mark saltó. Sintió una quemazón provocada por la fricción producida con la suela de sus zapatos, y las piernas empezaron a correr como

si las guiase su propio impulso, mientras los pies se estampaban contra el suelo restallando en secos golpes involuntarios. Varias cosas extrañas e imprevistas sucedieron a la vez: desde la parte delantera del tranvía que oscilante se alejaba de Mark, el revisor emitió un grito furioso; el asfalto brillante voló a lo alto como si fuera el asiento de un columpio; una formidable masa golpeó a Mark por detrás. Sintió como si un rayo le hubiera atravesado de la cabeza a los pies, y después nada. Estaba solo en el asfalto reluciente. Miró alrededor. Vio, en la distancia, su propia figura, la espalda esbelta de Mark Standfuss, que caminaba diagonalmente cruzando la calle como si no hubiera pasado nada. Maravillado, se alcanzó a sí mismo en un periquete y ahora ya estaba acercándose a la acera, su silueta toda imbuida de una cierta vibración que iba decreciendo progresivamente.

—Qué estupidez. Casi me atropella un autobús…

La calle era amplia y estaba alegre. Los colores del atardecer habían invadido la mitad del cielo. Los pisos superiores y los tejados se bañaban en una luz radiante. Allí arriba, Mark distinguía los pórticos translúcidos, los frisos y los frescos, enrejados cubiertos de rosas de color naranja, estatuas con alas que se alzaban doradas hacia el cielo, liras que relucían increíbles. En brillante ondulación, etéreos, festivos, estos encantamientos arquitectónicos se escapaban gloriosamente en la distancia, y Mark no conseguía entender cómo nunca se había fijado en aquellas galerías, en aquellos templos suspendidos en las alturas.

Se dio un golpe doloroso en la rodilla. Otra vez aquella valla negra. No pudo evitar reírse al reconocer aquellos camiones que estaban allí de nuevo, al otro lado. Allí estaban, quietos, como ataúdes gigantes. ¿Qué es lo que podían esconder en su seno? ¿Tesoros? ¿Los esqueletos de algunos gigantes? ¿O quizá montañas polvorientas de muebles suntuosos?

—Oh, tengo que echar un vistazo. Si no Klara me preguntará y no sabré qué contestarle.

Dio un ligero codazo a la puerta de uno de los camiones y entró dentro. Vacío. Vacío, salvo por una pequeña silla de paja en el centro, colocada cómicamente en equilibrio sobre tres de sus patas.

Mark se encogió de hombros y salió por el lado opuesto. De nuevo el resplandor cálido de la tarde chorreó ante su vista. Y ahora delante de él, estaba la conocida puerta de hierro forjado, y más allá la ventana de Klara, cruzada por una rama verde. Klara en persona abrió la puerta y se quedó de pie esperando, levantando sus brazos desnudos para arreglarse el pelo. Los mechones rojos de sus axilas lucían a través de las aberturas soleadas de su manga corta.

Mark, riéndose silenciosamente, corrió a abrazarla. Apretó sus mejillas contra la cálida seda verde de su vestido.

Las manos de Klara descansaron en su cabeza.

—Me he sentido tan sola todo el día, Mark. Pero ahora ya estás aquí.

Abrió la puerta, y Mark se encontró inmediatamente en el comedor, que le sorprendió por lo extraordinariamente espacioso y soleado.

—Cuando la gente es tan feliz como lo somos nosotros ahora pueden prescindir del vestíbulo —dijo Klara en un susurro apasionado, y él sintió que sus palabras tenían un significado oculto especial y maravilloso.

Y en el comedor, en torno al óvalo blanco como la nieve del mantel, se sentaba una serie de gente, a ninguno de los cuales Mark había visto antes en casa de su novia. Entre ellos estaba Adolf, atezado, con su cabeza cuadrada; también el anciano de piernas cortas y barriga prominente que leía una revista médica en el tranvía y que seguía gruñendo.

Mark saludó a todos ellos con una tímida inclinación de cabeza y se sentó junto a Klara, y en aquel mismo instante sintió, como un poco antes, un golpe de dolor atroz que le atravesaba todo el cuerpo. Se retorció y el vestido verde de Klara empezó a flotar en el aire, disminuyendo hasta convertirse en la pantalla verde de una lámpara. La lámpara se balanceaba en su cordón. Mark estaba tendido debajo con aquel dolor imposible destrozando su cuerpo y no distinguía nada salvo la lámpara que oscilaba, las costillas le estaban aplastando el corazón impidiéndole respirar, y alguien le doblaba la pierna, se esforzaba por rompérsela, de un momento a otro se iba a quebrar. Consiguió liberarse de alguna forma, la lámpara volvió a su verde brillante de nuevo, y Mark se vio a sí mismo sentado un poco más distante, junto a Klara, y en ese preciso instante en que se vio, se encontró rozando su rodilla contra la cálida seda de su falda. Y Klara reía, echando la cabeza hacia atrás.

Sintió la urgente necesidad de decirle lo que acababa de pasar, y dirigiéndose a todos los presentes —el bueno de Adolf, el hombre gordo e irascible— pronunció con esfuerzo: «El extranjero está ofreciendo sus plegarias en el río…».

Le pareció que había hablado muy claro, y que, aparentemente, todos le habían entendido… Klara, haciendo un puchero, le acarició en la mejilla: «Pobrecillo, todo acabará bien…».

Empezó a sentirse cansado y con sueño. Rodeó el cuello de Klara con sus brazos, la atrajo hacia sí y se quedó tumbado. Y entonces, el dolor volvió a asaltarle y todo se esclareció.

Mark yacía boca arriba, mutilado y completamente vendado, y la lámpara había dejado de oscilar. El consabido hombre grueso del bigote, ahora un médico en su bata blanca, emitía unos sonidos que parecían gruñidos mientras escrutaba la pupila en los ojos de Mark. ¡Y qué dolor!… Dios, en un momento el corazón se le iba a quedar empalado en una costilla y estallaría… Dios, en cualquier momento, ya… Todo esto es estúpido. ¿Por qué no está Klara aquí?

El doctor frunció el ceño y chasqueó la lengua.

Mark ya no respiraba, Mark se había ido —adonde, hacia qué otros sueños, nadie lo sabe.

La tormenta [*]

En la esquina de una calle cualquiera de Berlín oeste, bajo el dosel de un tilo en plena floración, me vi envuelto en una ardiente fragancia. Masas de niebla ascendían en el cielo nocturno y, cuando el último hueco de estrellas fue absorbido en ellas, el viento, ese fantasma ciego, cubriéndose el rostro con las mangas, barrió la calle desierta. En la oscuridad mate, sobre los postigos de hierro de una barbería, su escudo colgante —una bacía de plata— empezó a oscilar como un péndulo.

Llegué a casa y me encontré con que el viento me estaba esperando en la habitación: golpeaba el marco de la ventana… pero en cuanto cerré la puerta tras de mí, escenificó un reflujo inmediato. Bajo mi ventana había un patio profundo donde, durante el día, las camisas, crucificadas en tendederos radiantes por el sol, brillaban a través de los macizos de lilas. De aquel patio surgían de vez en cuando voces de todo tipo: el ladrido melancólico de los traperos o de los que compraban botellas vacías; a veces, el lamento de un violín lisiado y, en una ocasión, una rubia obesa se colocó en el centro del patio y rompió a cantar una canción tan hermosa que las muchachas se asomaron a todas las ventanas, doblando sus cuellos desnudos. Luego, cuando hubo acabado, se produjo un momento de una quietud extraordinaria, sólo se oyó a mi patrona, una viuda desaliñada, que empezó a gemir y a sonarse la nariz en el pasillo.

Ahora, en aquel patio iba creciendo una penumbra sofocante; luego, el ciego viento, que se había deslizado impotente hasta la profundidad del patio, retomó sus fuerzas, comenzó a alzarse hacia las alturas y, repentinamente, ocupó todo el lugar, sin dejar de subir, en las aberturas ámbar de la pared negra de enfrente, empezaron a aparecer como flechas las siluetas de brazos y de cabezas despeinadas que trataban de alcanzar las ventanas abiertas que el viento disparaba, para cerrar ruidosamente sus postigos y sujetarlos firmemente. Las luces se apagaron. Justo después, la avalancha de un ruido sordo, el ruido del trueno distante, se puso en movimiento, e inició su marcha avasalladora a través del cielo de oscuro violeta. Y, de nuevo, todo se quedó parado y en silencio como se había quedado cuando la mujer acabó su canción, las manos apretadas contra sus amplios senos.

En este silencio me quedé dormido, exhausto por la felicidad de mi día, una felicidad que no puedo describir por escrito, y mi sueño estuvo lleno de ti.

Me desperté porque la noche había comenzado a romperse en pedazos. Un resplandor pálido y salvaje volaba por el cielo como un rápido reflejo de radios colosales. El cielo se rasgaba en un estrépito tras otro. La lluvia caía en un flujo espacioso y sonoro.

Yo estaba embriagado por aquellos temblores azulados, por el frío volátil y

agudo. Me encaramé al alféizar mojado de la ventana y respiré el aire sobrenatural, que hizo vibrar mi corazón como un cristal.

Más cerca todavía, de forma más grandiosa aún, el carro del profeta rodaba con estrépito a través de las nubes. La luz de la locura, de las visiones penetrantes, iluminaba el mundo nocturno, las pendientes metálicas de los tejados, los volátiles macizos de lilas. El dios del trueno, un gigante de pelo blanco con una barba furiosa, al viento sobre su espalda, vestido con los pliegues flameantes de un ropaje deslumbrante, se erguía, sacando pecho en su carro de fuego, frenando con brazos tensos a sus enormes corceles, negros como la pez y con crines como un relámpago violeta. Habían conseguido escapar al control de su amo, dispersaban chispas de espuma crujiente, el carro estaba a punto de volcar, y el arrebolado profeta tiraba en vano de las riendas. Tenía el rostro descompuesto por el viento y por el esfuerzo; el remolino, haciendo volar los pliegues de su túnica, dejó al descubierto una poderosa rodilla; los corceles movían sus crines llameantes y galopaban más y más violentamente en un vertiginoso descenso por las nubes. Luego, con cascos de trueno, se lanzaron a través de un tejado brillante; el carro daba bandazos, Elias se tambaleó, y los corceles, enloquecidos al contacto con el metal mortal, volvieron a saltar hacia el cielo. El profeta salió despedido. Una rueda se soltó. Desde mi ventana vi cómo su enorme aro de fuego caía sobre un tejado, cómo vacilaba al borde del mismo hasta caer finalmente en la oscuridad, mientras que los corceles, tirando del carro volcado, ya alcanzaban al galope las nubes más altas; el retumbar cesó, y el resplandor tormentoso se desvaneció en abismos lívidos.

El dios del trueno, que había caído en un tejado, se levantó pesadamente. Se resbalaba con aquellas sandalias; rompió la ventana de un dormitorio con el pie, gruñó, y con un movimiento de su brazo se agarró a una chimenea para sostenerse. Lentamente giró su rostro enfurecido mientras sus ojos buscaban algo —probablemente la rueda que se había desprendido volando de su eje dorado. Luego miró hacia arriba, con los dedos enganchados en su rizada barba, movió la cabeza enfadado —ésta no era probablemente la primera vez que esto le sucedía— y, cojeando ligeramente, empezó a descender con cautela.

Todo excitado conseguí arrancarme de la ventana, corrí a ponerme la bata y bajé a toda prisa la empinada escalera hasta el patio. La tormenta había pasado pero todavía permanecía en el aire una ráfaga de lluvia. Hacia el este una palidez exquisita iba invadiendo el cielo.

El patio, que desde arriba parecía rebosar de densa oscuridad, no albergaba, en realidad, más que una delicada niebla que ya se estaba fundiendo. En el macizo de césped central, oscurecido por la humedad, había un anciano magro, encorvado, vestido con una bata empapada, que no hacía más que murmurar entre dientes y mirar en torno suyo. Al verme, cerró los ojos enfadado y me dijo: «¿Eres tú, Eliseo?».

Yo le saludé. El profeta chasqueó la lengua sin dejar de rascarse la calva.

—He perdido una rueda. Búscamela, ¿quieres?

La lluvia ya había cesado por completo. Unas nubes enormes del color de las llamas se habían agrupado encima de los tejados. Los macizos, la valla, la brillante caseta del perro, flotaban en el aire azulado y soñoliento que nos rodeaba. Buscamos durante mucho tiempo en distintos rincones. El anciano no dejaba de gruñir, subiéndose los faldones de su pesada túnica, salpicándose al pasar por los charcos con sus sandalias, y una gota brillante le colgaba de su gran nariz huesuda. Al hacer a un lado un pequeño macizo de lilas, vi, en un montón de basura, entre cristales rotos una rueda de perfil estrecho que debía haber pertenecido al coche de un niño pequeño. El anciano expresó un gran alivio tras de mí. Presuroso, casi bruscamente, me hizo a un lado y me arrebató el herrumbroso aro. Con un guiño alegre dijo: «Así es que rodó hasta aquí».

Y entonces se me quedó mirando, sus cejas blancas se unieron en un gesto de descontento, y como si se hubiera acordado de algo, dijo con voz impresionante: «Vuélvete de espaldas, Eliseo».

Obedecí, incluso cerré los ojos al hacerlo. Me quedé así durante unos minutos más o menos, pero luego ya no pude controlar mi curiosidad.

El patio estaba vacío, a excepción del viejo perro desgreñado con su hocico canoso que había sacado la cabeza de su caseta y miraba hacia arriba, como una persona, con ojos asustados. Yo también alcé la vista. Elias se había abierto camino hasta el tejado, con el aro de hierro brillando en su espalda. Sobre las chimeneas negras se perfilaba una nube de aurora como si fuera una montaña de tonos naranja, y más allá, una segunda y una tercera. El perro, acallado, y yo observamos juntos cómo el profeta que había alcanzado la cresta del tejado, se alzaba sin precipitación y con toda su calma a la nube y cómo continuaba subiendo pisando pesadamente por masas de suave fuego…

Los rayos de sol alcanzaron su rueda y se convirtió al momento en algo grande y dorado, y también Elias parecía ahora como si estuviera vestido de llamas, que se mezclaban con la nube del paraíso sobre la que seguía caminando siempre más arriba hasta desaparecer en la garganta gloriosa del cielo.

Y el perro decrépito esperó a ese preciso momento para romper su silencio con el ladrido ronco de la mañana. Pequeñas olas cruzaban la superficie brillante de uno de los charcos dejados por la lluvia. La ligera brisa agitaba los geranios de los balcones. Dos o tres ventanas se despertaron. Corrí sin quitarme mis zapatillas empapadas ni mi vieja bata hasta la calle para tomar el primer tranvía que pasara, y levantándome los faldones de la bata, sin parar de reírme de mí mismo mientras corría, me imaginé que, dentro de unos momentos, estaría en tu casa y te empezaría a contar el accidente aéreo de aquella noche y la historia del profeta enfadado que cayó en el patio de mi

casa.

La Veneciana [*]

1.

Delante del castillo de tonos rojizos, entre frondosos olmos, había una pista de tenis de hierba intensamente verde. Aquella mañana temprano, el jardinero había pasado un rodillo de piedra hasta dejarla suave y lisa, arrancado un par de margaritas, redibujado las marcas del césped con cal líquida y había colocado bien tirante una nueva red elástica y resistente entre los dos postes. El mayordomo había traído de un pueblo cercano una caja en la que reposaba una docena de pelotas blancas como la nieve, vellosas al tacto, todavía ligeras, aún vírgenes, envueltas todas y cada una de ellas, como fruta preciosa, en su propia lámina de papel transparente.

Eran las cinco de la tarde, más o menos. El sol maduro dormitaba aquí y allá sobre la hierba y por los troncos de los árboles se filtraba a través de las hojas y bañaba plácidamente la pista de tenis que ahora empezaba a cobrar vida. Había cuatro personas jugando: el coronel en persona (el propietario del castillo), la señora McGore, Frank, el hijo del anfitrión y Simpson, un amigo suyo de la universidad.

Los movimientos de alguien que juega, así como su letra en momentos más tranquilos, dicen mucho acerca de su personalidad. A juzgar por los golpes directos, y como agarrotados del coronel, la expresión tensa de su rostro carnoso que parecía que acabara de escupir de un resoplido el imponente bigote gris que se alzaba sobre sus labios; el hecho de que, a pesar del calor, no se hubiera desabrochado los botones del cuello de su camisa; la forma en que abordaba su servicio, con las dos piernas firmemente separadas y ancladas como si fueran dos postes blancos, a juzgar por todo ello uno podía llegar a la conclusión, primero, de que no había sido nunca un gran jugador, y segundo, de que era un hombre chapado a la antigua, testarudo, y sujeto a ataques ocasionales de ira furiosa. De hecho, si al golpear la pelota ésta acababa en los rododendros, lanzaba un conciso juramento entre dientes, o miraba desorbitadamente a su raqueta con ojos de pez, como si no pudiera perdonarle que le hubiera fallado de forma tan humillante. Simpson, su pareja del momento, un joven delgado y rubio con ojos mansos y enloquecidos a un tiempo que brillaban y no dejaban de batir detrás de sus gafas como si fueran ligeras mariposas azul claro, se esforzaba al máximo en su juego aunque el coronel, desde luego, nunca expresaba su disgusto cuando la pérdida de un punto se debía a un fallo de su compañero de juego. Pero por mucho que Simpson lo intentara, por mucho que saltara de un lado al otro de la pista, no conseguía dar un buen golpe. Se sentía como si fuera a desgarrarse en las

costuras de su cuerpo, como si su timidez le impidiera dar el golpe preciso y como si, en lugar de un instrumento de juego, elaborado ingeniosa y meticulosamente a partir de unas tripas color ámbar trenzadas en cuerdas e insertadas en cálculo perfecto dentro de un marco, estuviera agarrando un madero seco y torpe contra el que rebotaba la pelota con un estallido penoso, para acabar inevitablemente dando contra la red o contra los matorrales, arreglándoselas incluso para llevarse por delante el sombrero de paja que se asentaba en la coronilla redonda del señor McGore, quien observaba plácidamente y sin demasiado interés, junto a la pista, cómo su joven esposa Maureen y el ágil y rápido Frank derrotaban a sus sudorosos contrincantes.

Si McGore, experto *connaisseur* de los viejos maestros y restaurador, diestro también en todo tipo de lienzos y marcos de cuadros antiguos, que consideraba que el mundo no era sino un boceto más bien pobre, pintarrajeado con malos óleos en un lienzo frágil, hubiera sido el tipo de espectador curioso e imparcial que resulta conveniente a veces, habría llegado a la conclusión de que Maureen, la alegre, esbelta y morena Maureen, vivía del mismo modo desenvuelto y despreocupado con que jugaba y de que Frank trasladaba asimismo a su vida su capacidad para devolver el golpe más difícil con la gracia más elegante. Pero, de la misma forma que la letra de una persona puede engañar a la adivina en razón de su aparente sencillez, el juego de esta pareja vestida de blanco no revelaba en verdad nada más allá del hecho de que Maureen jugaba un tenis flojo, suave, distraído, femenino, mientras que Frank trataba de no golpear la pelota demasiado fuerte, acordándose de que no estaba en un torneo universitario sino en el parque de su padre. Se movía sin esfuerzo tras la pelota, y sus golpes largos producían una sensación de aplomo físico: cada movimiento tiende a describir un círculo completo, e incluso, cuando, en el punto medio de su trayectoria se transforma en el vuelo lineal de la pelota, la mano percibe sin embargo al instante su continuación invisible que se prolonga a través de los músculos hasta llegar al hombro, y es precisamente este centelleo interno que se prolonga lo que hace que el golpe sea redondo. Con una sonrisa flemática en su rostro afeitado y bronceado, que dejaba al descubierto el brillo de sus dientes sin mácula, Frank se alzaba de puntillas y, sin esfuerzo aparente, blandía el antebrazo desnudo. Aquel arco abierto y generoso contenía en su seno una especie de fuerza eléctrica, y la pelota salía botando con un sonido particularmente tenso y preciso de las cuerdas de su raqueta.

Había llegado con su amigo aquella mañana a pasar las vacaciones en casa de su padre, y se había encontrado allí con el señor y la señora McGore, conocidos suyos que llevaban más de un mes de visita en el castillo; el coronel, encendido por la noble pasión de la pintura, perdonaba gustosamente a McGore su origen extranjero, su personalidad poco sociable y su falta de sentido del humor a cambio de la ayuda que este famoso experto en arte le concedía, y también a cambio de los magníficos e inapreciables lienzos que le conseguía. Especialmente magnífica era la última

adquisición del coronel, el retrato de una dama pintado por Luciani, que McGore le había vendido por una suma suntuosa.

Aquel día, McGore, ante la insistencia de su mujer, que conocía la meticulosidad del coronel, se había puesto un traje claro de verano en lugar de la levita que lucía habitualmente, pero, aun así, no había logrado que su anfitrión considerara aceptable su atuendo: llevaba una camisa almidonada con botones de perla, lo cual era, a todas luces, inadecuado. Tampoco eran demasiado apropiados para la ocasión sus botines de un rojo amarillento, ni tampoco el hecho de que sus pantalones no tuvieran la vuelta que el difunto rey había puesto instantáneamente de moda cuando inopinadamente tuvo que atravesar unos charcos para cruzar la calle; tampoco su viejo sombrero de paja con aquella ala roída de la que emergían los bucles grises de McGore parecía especialmente elegante. Había algo simiesco en su rostro: una boca protuberante, un gran espacio entre la nariz y el labio superior y todo un complejo sistema de arrugas que permitía leer su cara como si fuera la palma de una mano. Mientras contemplaba el vaivén de la pelota a uno y otro lado de la red, sus ojillos verduscos se disparaban a la derecha, a la izquierda, a la derecha de nuevo, para detenerse a parpadear perezosamente cuando el vuelo de la pelota se interrumpía. A la brillante luz del sol, el blanco vivo de los tres pantalones de franela y de la falda corta y alegre contrastaba armoniosamente con el verdor de manzana de la hierba pero ya, como hemos observado, McGore consideraba al Creador de la vida como un imitador de segunda fila de los grandes maestros a cuyo estudio había dedicado cuarenta años.

Mientras tanto, Maureen y Frank, que ya llevaban cinco juegos de ventaja, estaban a punto de ganar el sexto. Frank, que tenía el servicio, lanzó la pelota con la mano izquierda, se echó atrás como si estuviera a punto de caerse de espaldas, e inmediatamente se inclinó hacia delante arqueando el torso en un amplio movimiento, mientras su raqueta reluciente golpeaba oblicuamente la pelota, que salió disparada al otro lado de la red para saltar como un relámpago blanco más allá de Simpson, que, impotente, se la quedó mirando de reojo mientras le cruzaba por delante.

—Partido —dijo el coronel.

Simpson experimentó un gran alivio. Se sentía demasiado avergonzado de sus golpes inexpertos para poder entusiasmarse con el juego, y su vergüenza se intensificaba debido a la extraordinaria atracción que sentía por Maureen. Como es tradicional todos los jugadores se dieron la mano, y Maureen sonrió maliciosamente mientras se ajustaba el tirante en el hombro desnudo. Su marido aplaudía indiferente.

—Tenemos que jugar uno de individuales —apuntó el coronel, dándole una palmada a su hijo en la espalda, mientras éste, sonriendo, recogía el blazer de rayas de su club con el escudo violeta en el pecho.

—¡Té! —dijo Maureen—. Me muero por una taza de té.

Todos se encaminaron hacia la sombra de un olmo gigante donde el mayordomo y la doncella, uniformada en blanco y negro, habían dispuesto una mesa portátil. Había té negro como la cerveza de Munich, sándwiches que consistían en rodajas de pepino colocadas sobre unos rectángulos de pan sin corteza, un bizcocho oscuro picado con pasas y unas enormes fresas con nata. También había varias botellas de barro con *ginger-ale*.

—En mis tiempos —empezó el coronel, dejándose caer con movimientos pesados pero también placenteros en una silla de lona—, preferíamos deportes más duros y sangrientos, auténticamente ingleses, el rugby, el cricket, la caza. Hay un cierto toque extranjero en los juegos de hoy día, algo un punto frágil. Soy un fiel defensor del dominio masculino, de la carne jugosa, de la botella de oporto al caer de la tarde, lo cual no me impide —concluyó el coronel, mientras se alisaba su gran bigote con un pequeño cepillo— gozar con los vigorosos cuadros antiguos que tienen el mismo lustre que aquel vino poderoso.

—Por cierto, coronel, ya hemos colgado *La Veneciana* —dijo McGore con su voz lastimera, dejando el sombrero en la hierba, junto a su silla, y rascándose la coronilla, calva como una rodilla, en torno a la cual todavía se aprestaban unos pocos y sucios rizos grises—. Elegí el lugar mejor iluminado de la galería. Han instalado una lámpara encima. Me gustaría que usted lo viese.

El coronel detuvo el brillo de su mirada primero en su hijo, después en el avergonzado Simpson, y luego sobre Maureen, que no paraba de reírse y hacer muecas como si se quemase con el té demasiado caliente.

—Mi querido Simpson —exclamó enérgicamente aprovechándose de su presa elegida—, ¡usted no lo ha visto todavía! Perdóneme por arrancarle de su sandwich, amigo mío, pero me siento en la obligación de mostrarle mi cuadro nuevo. Los entendidos están como locos con él. Venga. A Frank ni me atrevo a pedírselo.

Frank asintió jovialmente.

—Tienes razón, padre. Los cuadros me perturban.

—Volveremos en seguida, señora McGore —dijo el coronel mientras se levantaba —. Tenga cuidado, va a pisar la botella —le dijo a Simpson que también se había levantado—. Prepárese para verse inundado en belleza.

Los tres se encaminaron hacia la casa a través del césped suavemente iluminado por el sol. Frunciendo el ceño, Frank los miró fijamente, para después observar el sombrero de McGore abandonado en la hierba junto a la silla (exhibía abiertamente ante Dios, ante el azul del cielo y ante el sol, su blanquecino envés con una mancha grasienta justo en el centro, sobre la marca de una sombrerería vienesa), y luego, volviéndose hacia Maureen, dijo unas breves palabras que sin duda sorprenderán al lector poco perspicaz. Maureen estaba sentada en un sillón bajo, cubierta por

trémulos anillos de sol, con la frente apoyada en la red dorada de la raqueta, y su rostro se volvió de inmediato un punto más viejo y también más severo cuando Frank le dijo:

—Vamos, Maureen. Ya es hora de que tomemos una decisión…

2.

McGore y el coronel, como dos guardianes, condujeron a Simpson hasta un vestíbulo fresco y espacioso, en cuyas paredes brillaban unos cuadros y donde no había más mobiliario que una mesa ovalada de madera negra reluciente en el centro, cuyas cuatro patas se reflejaban en el espejo dorado del nogal del parqué. Después de conducir a su prisionero ante un gran lienzo con un opaco marco dorado, el coronel y McGore se detuvieron, el primero con las manos en los bolsillos, el segundo sacándose pensativamente de la nariz una punta de algo seco y gris como polen que dispersó luego tras frotarlo levemente entre sus dedos.

El cuadro era realmente muy hermoso. Luciani había pintado a la belleza veneciana de medio perfil, contra un cálido fondo negro. El ropaje rosáceo revelaba su cuello prominente de tintes oscuros, con unos pliegues extraordinariamente tiernos tras la oreja, y la piel de lince gris, que orlaba su manto color cereza, se le escapaba deslizándose a lo largo de su hombro derecho. Los alargados dedos de su mano derecha extendidos como a pares parecían apuntar que la dama estaba a punto de ajustarse la piel que caía, pero era como si se hubiera quedado impávida e inmóvil en el momento previo, con la mirada de avellana fija en su uniforme oscuridad, y también lánguida, en el lienzo. Su mano izquierda, cuya muñeca rodeaban blancos rizos de batista de Cambray, sostenía una cesta de fruta amarilla; la copa de su tocado relucía sobre su cabello castaño oscuro. A la izquierda, el fondo se interrumpía con una gran vista en ángulo recto sobre el aire del crepúsculo y el abismo verde azul de la noche nublada.

Sin embargo, no fueron esos prodigiosos detalles del juego de sombras, ni tampoco la calidez umbrosa del cuadro en su totalidad los que chocaron a Simpson. Ladeando la cabeza levemente y sonrojándose de inmediato, dijo:

—Dios mío, cómo se parece a…

—A mi mujer —terminó la frase McGore con voz de aburrimiento, dispersando en el aire su polen grisáceo.

—Es increíblemente bueno —susurró Simpson, ladeando la cabeza al otro lado —, increíblemente…

—Sebastiano Luciani —dijo el coronel, mirando fijamente el cuadro complacido — nació a finales del siglo xv, en Venecia, y murió a mediados del XVI en Roma. Sus maestros fueron Bellini y Giorgione y sus rivales Miguel Ángel y Rafael. Como puede ver, sintetizó en su obra la fuerza del primero y la ternura del segundo. Es

verdad que nunca manifestó abiertamente su admiración por Sanzio, y en este caso, no se trata únicamente de una cuestión de vanidad profesional…, la leyenda dice que nuestro artista se enamoró de una dama romana, llamada doña Margherita, conocida posteriormente como *La Fornarina*. Quince años antes de morir hizo votos monásticos al recibir de Clemente VII un cargo sencillo pero rentable. Desde entonces se le conoce como Fray Sebastiano del Piombo, *Piombo* significa plomo, porque su trabajo consistía en aplicar unos enormes sellos de plomo a las encendidas bulas pontificias. Fue un monje disoluto, le gustaba la juerga y compuso una serie de sonetos insignificantes. Pero qué maestro…

El coronel miró subrepticiamente a Simpson, observando con satisfacción la impresión que el cuadro había producido en su silencioso huésped.

Hay que subrayar, sin embargo, que Simpson, poco acostumbrado como estaba a contemplar obras de arte, no podía apreciar en su complejidad la maestría de Sebastiano del Piombo, y que lo único que le fascinaba —además, qué duda cabe, del efecto puramente fisiológico que aquellos colores espléndidos ejercían en sus nervios ópticos— era el parecido que había notado inmediatamente, incluso cuando, como en su caso, acababa de ver a Maureen por primera vez. Y lo más extraordinario era que el rostro de La Veneciana —la frente impecable, bañada, por así decir, en el brillo recóndito de una especie de luna olivácea, los ojos absolutamente oscuros, la expresión plácidamente expectante de sus labios cerrados— le aclaraban la belleza real de la otra Maureen, que no paraba de reírse, de fruncir la mirada, de mover las pupilas en lucha constante con la luz del sol, cuyas máculas brillantes se deslizaban por su vestido blanco mientras con la raqueta separaba y abría las hojas crujientes de los matorrales buscando una pelota que se había perdido entre la maleza escondida.

Aprovechando la libertad que un anfitrión inglés concede a sus invitados, Simpson no volvió a la mesa del té, sino que cruzó el jardín, bordeando los macizos de flores en forma de estrella, y se perdió entre las ajedrezadas sombras de una de las avenidas del parque, con su aroma a helechos y a hojas marchitas. Los árboles enormes eran tan viejos que tenían que sujetar sus ramas con abrazaderas enmohecidas, y se encorvaban masivamente como gigantes desvencijados que caminaran con muletas de hierro.

«Dios mío, qué cuadro tan increíble», no dejaba de susurrar Simpson. Caminaba sin prisa, balanceando su raqueta, encorvado, con un ruido leve de sus suelas de goma. Su aspecto era digno de notar: demacrado, pelirrojo, vestido con unos pantalones blancos todos arrugados y con una chaqueta gris con cinturón a la espalda, toda deformada; y tampoco hay que olvidar sus gafas, unas lentes ligeras y sin montura encaramadas en una nariz como un botón picado de viruelas, y también sus ojos, miopes y con un toque de locura en la mirada, y su frente convexa, toda cubierta de pecas, además de un cuello y unas mejillas encarnados y quemados por el sol.

Llevaba dos años en la universidad, vivía modestamente y asistía con pronta diligencia a las clases de teología. Frank y él se hicieron amigos no sólo porque el destino quiso que compartieran alojamiento (consistente en dos dormitorios y un salón común), sino, sobre todo, porque como la mayoría de la gente de voluntad débil, tímida aunque secretamente enardecida, se agarraba como sin querer a todo aquel que mostrara firmeza y vitalidad —ya fuera en sus músculos, en sus dientes, o en la fortaleza física de su alma, es decir, a todo aquel que tuviera fuerza de voluntad. Por su parte, Frank, el orgullo de su universidad, que cuando remaba conseguía que el remo adquiriera un ritmo vertiginoso y que volaba por los campos con una sandía de cuero bajo el brazo, que sabía cómo dar un golpe preciso justamente en la punta de la barbilla, donde más duele, un golpe que dejaba sin sentido a su adversario, este Frank extraordinario, admirado y amado por todos, se sentía halagado en su vanidad ante la amistad que le demostraba el débil y torpe Simpson. Simpson, dicho sea de paso, estaba en el secreto de algo extraordinario que Frank ocultaba al resto de sus compañeros, los piales le tenían por un atleta de primera y por un tipo de una vitalidad exuberante, y prestaban oídos sordos a cierto tipo de rumores que surgían de vez en cuando, según los cuales Frank tenía un talento excepcional para el dibujo aunque no mostraba su trabajo a nadie. Nunca hablaba de arte, estaba siempre dispuesto a cantar, a beber y a correrse una juerga, pero de repente caía en una especie de melancolía y se encerraba en su cuarto sin dejar que entrara nadie, y sólo su compañero de habitación, el humilde Simpson, sabía a qué se dedicaba. Lo que Frank creaba en aquellos dos o tres días de aislamiento malhumorado lo escondía o bien lo destruía, y entonces, como si hubiera ya pagado un atormentado tributo a su vicio, volvía de nuevo a su ser, alegre y sin complicaciones. Sólo en una ocasión se atrevió a hablar de su secreto con Simpson.

—Sabes —dijo, mientras de un golpe seco vaciaba la ceniza de su pipa y su frente tersa se llenaba de arrugas—. Creo que hay algo en el arte, y especialmente en la pintura, que es afeminado, mórbido, indigno de un hombre fuerte. Trato de luchar contra este demonio porque sé que puede acabar arruinando a un hombre. Si me entrego a él por completo, entonces, en lugar de llevar una existencia pacífica, ordenada, con sus correspondientes pero limitadas dosis de tristeza y de alegría, una existencia regida por esas reglas precisas sin las cuales cualquier juego pierde todo su atractivo, me veré condenado a un caos constante, a un tumulto, Dios sabe a qué. Viviré atormentado hasta el día de mi muerte, me convertiré en uno de esos desgraciados con los que me he tropezado tantas veces en Chelsea, esos vanos locos de pelos largos y chaqueta de terciopelo… débiles, destruidos, enamorados tan sólo de su propia paleta de colores pegajosos…

Pero el demonio debió de ser muy poderoso. Al final del semestre de invierno y sin decirle a su padre ni una palabra (y consiguientemente causándole una profunda

herida), Frank se fue a Italia con un billete de tercera clase, para volver un mes más tarde a la universidad, sin pasar por su casa, bronceado y alegre, como si por fin se hubiera deshecho para siempre de la lóbrega fiebre de la creación.

Más tarde, con la llegada de las vacaciones de verano, invitó a Simpson a casa de su padre y Simpson aceptó lleno de gratitud, porque pensaba con horror en volver una vez más y como siempre a su hogar, en aquella pacífica ciudad norteña donde cada mes se producía un crimen espantoso, y en volver a ver a su padre, el párroco, un hombre inofensivo, amable, pero completamente loco que dedicaba más atención a su arpa y a su metafísica de cámara que a sus feligreses.

La contemplación de la belleza, ya sea de una puesta de sol de tintes únicos, de un rostro radiante o de una obra de arte, nos lleva a volver la mirada inconscientemente hacia nuestro pasado y a enfrentar nuestro ser más íntimo con la belleza absolutamente inalcanzable que se acaba de revelar ante nosotros. Esa es la razón por la que Simpson, ante quien la joven veneciana, muerta desde hacía tiempo, acababa de resucitar en su batista y terciopelo, recordaba ahora su pasado, mientras caminaba por el polvo violeta del camino, silencioso a esta hora de la tarde; recordaba su amistad con Frank, el arpa de su padre, su propia juventud angosta y sin alegría. La quietud sonora del bosque se turbaba de vez en cuando con el crujido de una rama tocada por Dios sabe quién. Una ardilla roja bajó veloz de un árbol y se escabulló hasta un tronco cercano sin dejar de ondear la tupida cola, y volvió a saltar de nuevo. En la suave marea de la luz del sol, entre dos lenguas de matorrales, unas moscas volaban en círculos como polvo dorado, enmarañadas en el intrincado encaje de un helecho, y un abejorro zumbaba con tono reservado, propio del atardecer.

Simpson se sentó en un banco salpicado con los restos blancos de unos excrementos secos de pájaro, y se quedó encorvado, apoyando los codos en las rodillas. Sintió el comienzo de una alucinación acústica que le afligía desde su infancia. Cuando estaba en un prado o, como ahora, en un bosque silencioso a la hora en que se iniciaba el crepúsculo, empezaba a preguntarse, como sin darse cuenta, si no sería posible oír, a través del silencio presente, el universo entero atravesando el espacio como en un silbido melodioso, el bullicio de las ciudades lejanas, el embate de las olas del mar, el canto de los hilos telegráficos sobre el desierto. Poco a poco, sus oídos, guiados por su pensamiento, empezaron a detectar con avidez aquellos ruidos. Oía el traqueteo de un tren, aun cuando las vías estuvieran a millas de allí; a continuación, el chillido y el chirrido de las ruedas y, a medida que su oído recóndito se iba haciendo más agudo, las voces de los pasajeros, sus toses y su risa, el crujido de sus periódicos; y finalmente, ya completamente sumergido en aquel milagro acústico, percibió nítidamente también los latidos de sus corazones, y el *crescendo* acumulativo del latido, su zumbido, su estruendo ensordecieron a Simpson. Abrió los ojos temblando y se dio cuenta de que aquellos golpes eran los de su propio corazón.

«Lugano, Como, Venecia…», murmuraba sentado allí en el banco, bajo un silencioso avellano, e inmediatamente oyó el chapoteo sordo de esas ciudades soleadas, y luego, más cerca, el tintineo de unas campanas, el silbo de unas alas de paloma, una risa aguda parecida a la de Maureen y las incesantes pisadas de transeúntes invisibles. Quiso detener su audición en ese momento, pero sus oídos, como un torrente, lo invadían todo y cada vez más profundamente. Al momento siguiente, incapaz de detener aquel torrente extraordinario, no sólo oía las pisadas sino también sus corazones. Había millones de corazones que se hinchaban y que atronaban con sus latidos, y Simpson, volviendo en sí, se dio cuenta de que *todos* aquellos ruidos, *todos* aquellos corazones estaban concentrados en el frenético latido de su persona.

Alzó la cabeza. Un ligero viento, como una capa de seda que se mueve, cruzó la avenida. Los rayos de sol eran de un suave amarillo.

Se levantó sonriendo levemente y, olvidando su raqueta en el banco, se encaminó hacia la casa. Era la hora de vestirse para cenar.

3.

—¡Qué calor hace con esta piel! No, coronel, no es más que piel de gato. Es verdad que mi rival veneciana llevaba algo más suntuoso y caro. Pero es del mismo color, ¿ve? En una palabra, el parecido es completo.

—Si me atreviera la cubriría a usted toda entera con barniz y mandaría el cuadro de Luciani al desván —respondió cortés el coronel, quien, a pesar de sus estrictos principios, no era enemigo de coquetear con una dama tan atractiva como Maureen que se prestaba a un galante duelo verbal.

—Me partiría de risa —replicó ella.

—Mucho me temo, señora McGore, que nosotros no estamos a la altura que usted se merece, como ambiente de fondo constituimos una escena bastante pobre —dijo Frank con una amplia sonrisa adolescente—. Somos un burdo anacronismo pagado de sí mismo. Pero si su marido se prestara a llevar una armadura…

—Tonterías —dijo McGore—. Es tan fácil evocar la sensación de antigüedad como lo es el conseguir la impresión de un color determinado, simplemente cerrando un párpado. Alguna vez me concedo el lujo de imaginarme el mundo de hoy, con nuestras máquinas y nuestras modas, tal y como se les aparecerá a nuestros descendientes dentro de cuatrocientos o quinientos años. Y les aseguro a ustedes que me siento tan anciano como un monje del Renacimiento.

—Tome más vino, mi querido Simpson —ofreció el coronel.

Tímidamente, el silencioso Simpson, que estaba sentado entre McGore y su mujer, se había servido del tenedor grande prematuramente, durante el segundo plato, cuando el que debiera haber utilizado era el tenedor pequeño, de forma que ahora,

para el plato de carne, sólo disponía de un enorme cuchillo y un tenedor pequeño, por lo que al manejarlos, parecía como si una mano se le hubiera quedado fláccida. Cuando pasaron de nuevo el plato principal para repetir, él, llevado de su nerviosismo, se sirvió de nuevo, y después de hacerlo, se dio cuenta de que era el único comensal que seguía comiendo y que todos los demás esperaban impacientes a que terminara. Se puso tan nervioso que hizo a un lado su plato todavía lleno, y al hacerlo, casi derramó el contenido de su copa, lo cual le llevó a ruborizarse poco a poco. Ya se había puesto completamente rojo varias veces a lo largo de la cena, y no porque hubiera cometido algún fallo del que se avergonzara, sino simplemente porque el mero hecho de pensar que podía llegar a ruborizarse en cualquier momento y por cualquier razón llevaba la sangre hasta sus mejillas y su frente, e incluso el cuello enrojecía, y era tan difícil detener aquella cálida marea, ciega e insoportable, como confinar al sol naciente detrás de una nube. La primera vez que se vio acometido por el rubor dejó caer la servilleta conscientemente pero, cuando volvió a levantar la cabeza, su rostro era todo un espectáculo digno de verse: parecía que en cualquier momento le iba a estallar el cuello almidonado. En otro momento trató de impedir el ataque de aquella ola cálida y silenciosa, haciéndole una pregunta a Maureen, si le gustaba jugar al tenis sobre hierba, pero Maureen no le entendió muy bien, por lo que le preguntó por lo que acababa de decir, de forma que cuando se vio repitiendo su estúpida pregunta, Simpson enrojeció al instante hasta el punto de que casi se puso a llorar y Maureen, compasiva, se volvió hacia otro comensal e inició otro tema de conversación.

El hecho de estar sentado junto a ella, sintiendo el calor de sus mejillas y sus hombros, de los cuales se deslizaba, como en el retrato, una piel negra, y el hecho de que pareciera que en cualquier momento fuera a recogerla para volver a acomodarla sobre sus hombros, extendiendo y trenzando sus esbeltos y alargados dedos, que se veían detenidos en su movimiento por la interrupción que suponía la pregunta de Simpson, le provocaba una languidez tal que en sus ojos se reflejaba una chispa húmeda que procedía del resplandor cristalino de las copas de vino, y no dejaba de imaginar que la mesa circular no era sino una isla iluminada, que giraba y flotaba lentamente, hacia algún lugar, llevándose consigo a los comensales. A través de las ventanas abiertas se veía, en la distancia, las sombras de los bolos de la balaustrada de la terraza, y el aroma del aire azul de la noche era sofocante. Maureen respiraba con ansiedad; sus ojos suaves y completamente oscuros se paseaban muy serios por los rostros de los comensales, sin esbozar una sonrisa incluso cuando ésta parecía apuntar débilmente en la comisura de sus labios sin carmín. Su rostro permanecía como en una sombra oscura, y sólo su frente se bañaba en una luz desleída. Decía cosas necias, divertidas. Todos se reían, y el vino arrebataba el rostro del coronel. McGore, que pelaba una manzana, la rodeó con la palma de la mano como si fuera un

mono, con el rostro menudo y su halo de pelo gris arrugado por el esfuerzo, y agarrando enérgicamente el cuchillo de plata con su puño moreno y peludo, empezó a cortar una interminable espiral de mondas rojas y amarillas. El rostro de Frank caía fuera del ángulo de visión de Simpson, ya que entre ambos se erguía un ramo de dalias carnosas y llameantes, dentro de un jarrón resplandeciente.

Después de la cena, que terminó con oporto y café, el coronel, Maureen y Frank se pusieron a jugar al bridge, con un muerto, ya que los otros dos no sabían jugar.

El viejo restaurador, con sus piernas zambas, salió a la terraza y Simpson le siguió, sintiendo que el calor de Maureen se retiraba tras de sí.

McGore se dejó caer con un gruñido en una silla de mimbre junto a la balaustrada y le ofreció un habano a Simpson. Simpson se apoyó de lado en la barandilla y lo encendió con movimientos torpes, frunciendo los ojos e hinchando las mejillas.

—Me parece que le gusta la chica veneciana de ese viejo granuja del Piombo —dijo McGore dejando escapar una bocanada de humo rosa en la oscuridad de la noche.

—Mucho —contestó Simpson, y añadió—: Pero tengo que decir que no entiendo nada de pintura…

—No importa, le ha gustado —afirmó McGore—. Espléndido. Ése es el primer paso hacia su comprensión. Por mi parte, he dedicado toda mi vida a esto.

—Parece absolutamente real —dijo Simpson pensativo—. Te lleva a creer en esos relatos misteriosos que cuentan historias de retratos que de repente cobran vida. He leído en algún lugar que un rey descendió de su lienzo y tan pronto como…

McGore se descompuso en una risa frágil y como reprimida.

—Todo eso son tonterías, desde luego. Pero ocurre otro fenómeno, el fenómeno inverso, por así decir.

Simpson se le quedó mirando. En la oscuridad de la noche la pechera almidonada de su camisa se abultaba como una joroba blanquecina, y la llama de su puro, como una pina de rubí, iluminaba desde abajo su rostro menudo y lleno de arrugas. Había bebido mucho vino y, aparentemente, tenía ganas de hablar.

—Lo que ocurre es lo siguiente —continuó McGore sin prisa—. En lugar de invitar a un personaje de un cuadro a que abandone su marco, imagínese a alguien que sea capaz de adentrarse en el propio cuadro. Le produce risa ¿no es así? Y sin embargo, yo lo he hecho miles de veces. He tenido la fortuna de haber visitado todos los museos de pintura de Europa, desde La Haya a San Petersburgo, de Londres a Madrid. Cuando encontraba un cuadro que me gustaba especialmente, me quedaba enfrente del mismo y concentraba toda mi fuerza de voluntad en un solo pensamiento: cómo entrar dentro del mismo. Era una sensación misteriosa, desde luego. Me sentía como un apóstol a punto de bajar de su barca para caminar por la superficie del agua. Pero, después, ¡qué felicidad! Digamos que estaba enfrente de un

lienzo flamenco, con la Sagrada Familia en primer plano, contra el fondo de un paisaje suave, límpido. Ya sabe, con un camino que se pierde en zigzag como una blanca serpiente por unas colinas verdes. Finalmente, daba el salto. Me liberaba de la vida real y entraba en la pintura. ¡Sensación milagrosa! La frescura, el aire plácido empapado de cera e incienso. Me transformaba en una parte viva del cuadro y todo en torno a mí cobraba vida. Las siluetas de los peregrinos en el camino empezaban a moverse. La Virgen María farfullaba algo en flamenco. El viento rizaba las flores convencionales. Las nubes se deslizaban… Pero la felicidad no duraba demasiado. Sentía que me estaba congelando poco a poco, pegándome al lienzo, transformándome en una fina película de óleo. Entonces cerraba los ojos bien cerrados, daba un tirón con toda mi fuerza y saltaba fuera del cuadro. Se oía una especie de chapoteo sordo como cuando sacas el pie del barro. Yo abría los ojos y me encontraba tumbado en el suelo debajo de un cuadro espléndido pero sin vida.

Simpson escuchaba atentamente pero un tanto turbado. Cuando McGore se detuvo, dio un salto apenas perceptible y miró en torno suyo. Todo estaba como antes. Más abajo, el jardín respiraba en la oscuridad, a través de las puertas de cristal se veía el comedor débilmente iluminado, y, en la distancia, a través de otra puerta abierta, un rincón del salón con tres figuras jugando a las cartas. ¡Qué cosas más extrañas decía McGore!

—Comprenderá, supongo —continuó, dejando caer unas escamas de ceniza—, que de haberme quedado, al momento siguiente el cuadro me habría absorbido para siempre. Me habría desvanecido en sus profundidades, o quizá, me habría debilitado, lleno de terror, y, carente de la fuerza para volver al mundo real o para penetrar en aquella nueva dimensión, habría tomado la forma de una de las figuras pintadas en el lienzo, como el anacronismo del que hablaba Frank hace un rato. Sin embargo, a pesar del peligro, he cedido a la tentación una y otra vez… Querido amigo, ¡me he enamorado de tantas *Madonnas*! Recuerdo mi primer enamoramiento…, una *Madonna* con una corona azul, pintada por el delicado Rafael… Detrás de ella, en la distancia, había dos hombres de pie junto a una columna, hablando tranquilamente. Yo me paré, indiscreto, a escuchar su conversación… Discutían sobre el valor de una daga… Pero la *Madonna* más encantadora de todas procede del pincel de Bernardo Luini. Todas sus creaciones contienen la quietud y la delicadeza del lago en cuyas costas nació, el lago Mayor. El más delicado de los maestros. Su nombre incluso dio lugar a un adjetivo nuevo, luinesco. Su mejor *Madonna* tiene unos ojos alargados, tímidos, que te acarician, y en su ropaje se mezclan tonos azules delicados, rojos tirando a rosa, como una niebla naranja. Una rizada bruma gaseosa rodea su frente, y la del niño pelirrojo. El niño levanta hacia ella una manzana pálida, y ella la mira bajando sus ojos alargados y suaves… Ojos luinescos… Dios mío, cómo los he besado…

McGore se quedó callado y una sonrisa ensoñadora tiñó sus labios delgados, iluminados con la lumbre del puro. Simpson contuvo la respiración y, como anteriormente, sintió que se estaba deslizando lentamente en la noche.

—Ocurrieron ciertas complicaciones —continuó McGore después de aclararse la garganta—. Tuve un problema con mi riñón después de que una maciza bacante rubensiana me sirviera un jarro de una sidra muy fuerte, y cogí un catarro importante en la brumosa pista de patinaje amarilla de uno de los holandeses, que me tuvo tosiendo y con flemas durante todo un mes. Ésos son los peligros con los que se puede encontrar en ocasiones, señor Simpson.

La silla crujió al levantarse McGore estirándose el chaleco.

—Me he dejado llevar y he hablado demasiado —observó secamente—. Es hora de irse a la cama. Sabe Dios cuánto tiempo estarán jugando a las cartas. Yo me voy… buenas noches.

Cruzó el comedor y el salón, saludando a los jugadores a su paso, y desapareció entre las sombras del fondo. Simpson se quedó solo en su terraza. Los oídos le seguían crepitando con el timbre agudo de la voz de McGore. La magnífica noche estrellada llegaba hasta la misma barandilla, y las enormes formas aterciopeladas de los árboles negros callaban inmóviles. A través de la ventana francesa, más allá de una franja de oscuridad, veía la lámpara rosácea del salón, la mesa, los rostros de los jugadores coloreados con la luz. Vio que el coronel se levantaba. Frank le imitó. Desde lejos, como a través del hilo telefónico, le llegó la voz del coronel.

—Yo ya soy viejo, me acuesto temprano. Buenas noches, señora McGore.

Y la voz risueña de Maureen.

—Yo también me voy en un minuto. Si no, mi marido se enfadará conmigo…

Simpson oyó en la distancia cómo se cerraba la puerta tras del coronel. Luego sucedió una cosa extraordinaria. Desde su lugar dominante en la oscuridad vio cómo Maureen y Frank, solos ahora en aquella laguna de suave luz, se abrazaban, vio que Maureen echaba atrás la cabeza y que se inclinaba más y más bajo la violencia del beso prolongado de Frank. Luego, recogiendo la piel que se le caía, y tras encrespar como caricia el pelo de Frank, desapareció en la distancia con un portazo sordo. Frank se arregló el cabello con una sonrisa, se metió las manos en los bolsillos, y, silbando suavemente, cruzó el comedor de camino a la terraza. Simpson estaba tan pasmado que se quedó de piedra, inmóvil, agarrado a la barandilla contemplando con horror la pechera almidonada y los hombros oscuros que se acercaban a través del brillo del cristal. Al salir a la terraza y ver la silueta de su amigo dibujada en la oscuridad, Frank tuvo un estremecimiento y se mordió los labios.

Simpson se despegó torpemente de la barandilla. Le temblaban las piernas. Hizo un esfuerzo heroico.

—Una noche maravillosa. McGore y yo hemos estado charlando aquí afuera.

Frank dijo tranquilamente:

—Miente mucho, ese McGore. Pero por otra parte, cuando empieza con una de sus historias, merece la pena escucharle.

—Sí, es muy curioso… —concluyó Simpson, con muy poca convicción.

—La Osa Mayor —dijo Frank y bostezó con la boca cerrada. Y luego, con voz serena, añadió—: Ni que decir tiene que te considero un perfecto caballero, Simpson.

4.

Por la mañana siguiente caía una cálida llovizna que repiqueteaba, relucía, y se estiraba en delgadas hebras contra el fondo oscuro de las profundidades del bosque. Sólo bajaron a desayunar tres personas, primero el coronel y el decaído y macilento Simpson; luego Frank, limpio, recién bañado, afeitado hasta el relumbre, con una sonrisa inocente en sus labios demasiado delgados.

El coronel estaba notablemente alterado. La noche anterior, durante la partida de bridge, se había percatado de algo. Al agacharse deprisa para recoger una carta que se le había caído, había visto la rodilla de Frank apretada contra la de Maureen. Aquello tenía que acabar inmediatamente. El coronel llevaba ya algún tiempo con la sospecha de que algo no iba del todo bien. Con razón Frank se había ido corriendo a Roma, adonde los McGore iban todas las primaveras. Su hijo tenía toda la libertad del mundo para hacer lo que quisiera, pero tolerar algo así aquí, bajo su techo, en el castillo ancestral, eso no, había que tomar inmediatamente medidas radicales.

El disgusto del coronel tuvo un efecto desastroso en Simpson. Tenía la impresión de que su presencia le resultaba a su anfitrión una pesada carga, y no había forma de que encontrara un tema de conversación. Sólo Frank conservaba su espíritu jovial y plácido, como siempre, y sus dientes, relucientes, masticaban con gusto una tostada caliente con mermelada de naranja.

Cuando hubieron acabado el café, el coronel encendió su pipa y se levantó.

—¿Frank, no querías ver el coche nuevo? Demos un paseo hasta el garaje. Además, con esta lluvia, no hay nada que hacer.

Y entonces, dándose cuenta de que el pobre Simpson se había quedado como suspendido en el aire, el coronel añadió:

—Tengo unos cuantos buenos libros aquí, querido Simpson. Mírelos, si quiere.

Simpson volvió en sí sobresaltado y sacó un grueso volumen rojo de la estantería. Resultó ser el *Heraldo veterinario* de 1895.

—Tengo que hablar contigo —empezó el coronel, tras haberse puesto ambos los impermeables crujientes para empezar a caminar por entre la niebla lluviosa.

Frank dirigió hacia su padre una mirada rápida.

—No sé cómo empezar —sopesaba sus palabras sin dejar de dar chupadas a la pipa—. Escucha, Frank —dijo ya lanzado… y la gravilla mojada crujió suculenta

bajo sus suelas—, me he enterado, y no viene a cuento cómo, o por decirlo de forma sencilla, digamos que me he dado cuenta de… Maldita sea, Frank, lo que quiero decir es ¿qué tipo de relación tienes con la mujer de McGore?

Frank contestó tranquila y fríamente.

—Preferiría no discutir eso contigo, padre —mientras pensaba y se decía irritado: ¡vaya granuja, me ha estado espiando!

—Naturalmente que no puedo exigir… —empezó el coronel, y se detuvo en seco. Cuando jugaba al tenis, después del primer mal golpe, todavía conseguía controlarse.

—Sería una buena idea arreglar este puente —observó Frank dando un puntapié a un travesaño podrido.

—¡Al diablo con el puente! —dijo el coronel. Había errado el tiro por segunda vez, y las venas de la frente se le hincharon con ira.

El chofer, que había estado sacudiendo los cubos en las puertas del garaje, se quitó la gorra al ver a su amo. Era un hombre bajo y corpulento con bigote recortado y amarillento.

—Buenos días, señor —dijo amablemente y abrió una de las puertas del garaje con el hombro. En la penumbra que olía a gasolina y a cuero relucía un Rolls Royce enorme, negro, completamente nuevo.

—Y ahora demos un paseo por el parque —dijo el coronel con una voz neutra cuando Frank acabó su detenido examen de los cilindros y de las palancas.

Lo primero que ocurrió en el parque fue que cayó de un árbol una enorme gota de lluvia fría que fue a parar al interior del cuello de la camisa del coronel. Y realmente fue la gota que de verdad colmó el vaso. Tras un mover los labios como si masticara en lo que parecía un ensayo de las palabras que se disponía a pronunciar, tronó abruptamente:

—Te prevengo, Frank, en mi casa no toleraré ninguna aventura propia de novela francesa. Lo que es más, McGore es amigo mío, ¿entiendes eso, supongo?

Frank cogió la raqueta que Simpson había dejado olvidada en el banco el día anterior. La humedad la había convertido en un ocho. Una raqueta podrida, pensó Frank lleno de asco. Las palabras de su padre resonaban con fuerza.

—No lo toleraré —repetía—. Si no puedes comportarte como Dios manda, entonces márchate. Estoy disgustado contigo, Frank, estoy terriblemente disgustado contigo. Hay algo en ti que no entiendo. En la universidad sacas notas mediocres en tus estudios. Sabe Dios a qué te habrás dedicado en Italia. Me dicen que pintas. Supongo que no soy digno de que me muestres tus manchas. Sí, manchas. Me las imagino… ¡Un genio, Dios mío! Porque, sin duda, te considerarás un genio, o, mejor, un futurista. Y ahora, encima, me encuentro con estos amoríos… En una palabra, a no ser que…

Y al llegar aquí el coronel se dio cuenta de que Frank estaba silbando dulce y

despreocupadamente entre dientes. El coronel se detuvo y se le quedó mirando con ojos desorbitados.

Frank lanzó la raqueta torcida a los matorrales como si fuera un bumerán, y, luego, dijo:

—Todo esto no son más que fruslerías, padre. He leído un libro sobre la guerra de Afganistán donde me he enterado de tus correrías y de la razón de que te condecoraran. Fue una estupidez, una ligereza, un acto suicida, pero después de todo, fue una hazaña. Eso es lo que cuenta. Mientras que tus disquisiciones no son más que tonterías. Buenos días.

Y el coronel se quedó allí de pie, solo, en mitad del camino, helado de ira y de asombro.

5.

El rasgo distintivo de todo lo existente es su monotonía. Compartimos la comida a unas horas predeterminadas porque los planetas, como trenes que nunca se retrasaran, salen y llegan a una hora determinada. El hombre medio no puede imaginarse la vida sin un horario tan estrictamente establecido. Pero una mente traviesa y sacrílega se divertiría mucho imaginándose la existencia de la gente en el caso de que el día durara diez horas hoy, ochenta y cinco mañana, y pasado mañana sólo unos minutos. A priori se puede decir que, en Inglaterra, semejante incertidumbre relativa a la duración exacta del día venidero, se traduciría en primer lugar en una extraordinaria proliferación de apuestas y otras diversas formas y combinaciones de juego. Más de uno podría perder toda su fortuna porque el día había durado unas cuantas horas más de las que él había supuesto la víspera. Los planetas se convertirían en caballos de carreras, y ¡qué entusiasmo el producido por el alazán Marte en la tirada final de su carrera cuando se aprestara a acometer la última valla celestial! Los astrónomos asumirían las funciones de los corredores de apuestas, el dios Apolo sería pintado con los llameantes colores de una gorra de jockey y el mundo se volvería felizmente loco.

Pero, desgraciadamente, las cosas no son así. La exactitud es siempre algo solemne y nuestros calendarios, donde se calcula de antemano la existencia del mundo, son como el temario de un examen inexorable. Es verdad que hay algo consolador y despreocupado en este régimen inventado por una especie de Frederick Taylor cósmico. Y sin embargo, qué espléndido, qué radiante es ese momento cuando la monotonía del universo se ve interrumpida de vez en cuando por el libro de un genio, por un cometa, por un crimen o, tal vez y más humildemente, por una sola noche de insomnio. Nuestras leyes, sin embargo —el pulso, la digestión— están íntimamente ligadas al transcurso de las estrellas y cualquier intento de trastornar esta regularidad se ve castigado, en el peor de los casos con la decapitación y en el mejor

con una jaqueca. Además, no hay duda alguna de que el mundo fue creado con las mejores intenciones y no es culpa de nadie si en ocasiones se torna aburrido, si la música de las esferas nos recuerda, a algunos de nosotros, a las interminables repeticiones de un organillo.

Simpson era particularmente consciente de esta monotonía. Le parecía singularmente aterrador que hoy el desayuno fuera seguido por el almuerzo, la merienda por la cena, con una regularidad inviolable. Tan sólo pensar que las cosas iban a sucederse así durante el resto de su vida le hacía gritar, luchaba contra ello como alguien que acabara de despertarse dentro de su ataúd. La llovizna seguía titilando trémula al otro lado de la ventana, y le zumbaban los oídos como si tuviera fiebre al pensar que iba a permanecer todo el día dentro de casa. McGore se pasó el día entero en el taller que habían dispuesto en una de las torres del castillo. Estaba ocupado restaurando el barniz de una pintura pequeña y oscura sobre tabla. El taller olía a cola, a aguarrás y al ajo que utilizaba para quitar las manchas de grasa de los cuadros. En un pequeño banco de carpintero junto a la prensa relucían unos frascos que contenían ácido hidroclorídrico y alcohol; dispersos por todas partes había jirones de trapos de lana, esponjas llenas de agujeros, una colección de raspadores. McGore llevaba una bata vieja, gafas, una camisa sin cuello, y un botón de camisa del tamaño de un timbre que sobresalía por debajo de su nuez; de allí emergía un cuello delgado, gris y cubierto con excrecencias seniles y una especie de solideo negro le cubría la calva. Con un delicado movimiento rotatorio de los dedos que ya le debe resultar conocido al lector, esparcía brea molida, frotándola con toda delicadeza sobre la pintura, de forma que el barniz, ya viejo y amarillento, raído con aquellas partículas polvorientas, se transformaba a su vez en polvo seco.

Los otros habitantes del castillo estaban en el salón. El coronel había desplegado irritado un periódico gigante, y, mientras trataba de calmar su ira, leía en voz alta un artículo abiertamente conservador. Maureen y Frank iniciaron una partida de ping-pong. La pequeña pelota de celuloide, con su melancólico repique resquebrajadizo, volaba de un lado a otro cruzando la red verde que dividía en dos la mesa alargada, y ni que decir tiene que Frank jugaba magistralmente, sin mover más que la muñeca en sus certeros golpes a diestro y siniestro con la delgada pala de madera.

Simpson atravesó todas las habitaciones, mordiéndose los labios y ajustándose las lentes. Finalmente llegó a la galería. Pálido de muerte, cerrando tras de sí y con sumo cuidado la pesada puerta silenciosa, fue de puntillas hasta *La Veneciana* de Fray Sebastiano del Piombo. Ella le saludó con su mirada opaca que tan bien conocía, y sus largos dedos se detuvieron, en su camino hacia su capa de piel, enredados en el carmesí de aquellos pliegues escurridizos. Acariciado por una bocanada de oscuridad de miel, contempló las profundidades que se abrían tras la ventana y que interrumpían el fondo negro. Unas nubes color de arena se extendían contra un azul

verdoso; unas rocas quebradas, oscuras se alzaban hacia ellas y entre las mismas se distinguía un camino claro que serpenteaba, mientras que más abajo había una serie de indistintas chozas de madera, y, en una de ellas, Simpson creyó ver por un instante un resquicio de luz que parpadeaba. Mientras escrutaba a través de esta ventana etérea, notó que la dama veneciana sonreía, pero aunque miró al instante, su mirada no consiguió captar aquella sonrisa; lo único que percibió fue la comisura un punto alzada y en la sombra de sus labios, por lo demás, siempre y gentilmente juntos. En aquel preciso momento algo en su interior se rompió deliciosamente, y se entregó del todo al cálido encanto del cuadro. No debemos olvidar que era un hombre de un temperamento casi enfermizamente dado al éxtasis y al arrobo, que no conocía la realidad de la vida y que, para él, las impresiones ocupaban el lugar de la inteligencia. Un estremecimiento de frío, como una rápida mano seca, le rozó la espalda, e inmediatamente supo lo que tenía que hacer. Sin embargo, cuando miró a su alrededor y vio el brillo del parqué, la mesa, el ciego resplandor blanco de los cuadros en los que caía de lleno la luz blanquecina de la lluvia que entraba por la ventana, tuvo un sentimiento de vergüenza y de miedo. Y, a pesar de que volvió a sentir cómo brotaba de nuevo otro rapto de arrebato momentáneo, supo sin lugar a dudas que ya no podía llevar a cabo aquello que, tan sólo hacía unos minutos, hubiera realizado sin siquiera pensarlo.

Con los ojos fijos en el rostro de *La Veneciana,* se apartó unos pasos y de repente abrió los brazos de par en par. Se dio un golpe doloroso en el coxis. Se volvió y comprobó que había chocado contra la mesa negra. Tratando de no pensar en nada, se subió a la mesa, se quedó de pie en ella, tieso y mirando cara a cara a la dama veneciana, y, una vez más, levantando los brazos al aire, se dispuso a volar hasta ella.

—¡Qué forma tan original de contemplar un cuadro! ¿La habrás inventado tú mismo, supongo?

Era Frank. Estaba de pie junto a la puerta, en jarras, mirando a Simpson con desprecio helado.

Con un destello de las lentes al volverse a mirarle, Simpson se tambaleó torpemente, como un loco asustado. A continuación se inclinó, se ruborizó, y descendió como pudo hasta el suelo.

El rostro de Frank abandonó silenciosamente la habitación con una mueca de pura y profunda repugnancia. Simpson se lanzó tras él.

—Por favor, te lo ruego, no se lo digas a nadie… —sin volverse, ni tampoco pararse, Frank se encogió de hombros, como con un remilgo.

6.

Al caer la tarde cesó la lluvia inesperadamente. Alguien debió de acordarse y cerrar los grifos. Un crepúsculo húmedo y naranja vino a posarse tembloroso primero

sobre los matorrales, luego amplió su radio y llegó a reflejarse simultáneamente en todos los charcos. El terco señor McGore fue desalojado de su torre a la fuerza. Olía a aguarrás y se había quemado la mano con una plancha ardiendo. A regañadientes, se puso la levita negra, el cuello de la camisa y acompañó a los otros a dar un paseo. Sólo Simpson se quedó en casa, con el pretexto de que tenía que contestar inmediatamente una carta que había recibido en el correo de la tarde. En realidad, la carta no exigía respuesta alguna, ya que era del lechero de la universidad que le exigía el pago inmediato de una cuenta de dos chelines y nueve peniques.

Durante un largo rato Simpson se quedó sentado a la luz del crepúsculo que iba avanzando, apoyado indolente en el sillón de cuero. Luego, con un estremecimiento, se dio cuenta de que se estaba quedando dormido, y empezó a pensar cómo podía abandonar el castillo lo más pronto posible. La forma más sencilla sería decir que su padre estaba enfermo: como muchos tímidos, Simpson era capaz de mentir sin pestañear lo más mínimo. Y sin embargo, le resultaba difícil marcharse. Había algo oscuro y delicioso que le retenía. Qué atractivas eran las rocas oscuras en el abismo abierto tras la ventana… Qué felicidad abrazar sus hombros, quitarle de la mano aquella cesta con fruta amarilla, caminar pacíficamente con ella por aquel sendero pálido hasta la penumbra de la noche veneciana…

Y de nuevo se sorprendió a sí mismo a punto de quedarse dormido. Se levantó a lavarse las manos. Del piso de abajo llegaba el sonido esférico y dignificado del gong que llamaba a la cena.

Y así, de constelación en constelación, de comida en comida, prosigue el curso del mundo, y así también lo hace este relato. Pero su monotonía se va a ver quebrada por un milagro increíble, por una aventura sin precedentes. Desde luego que ni McGore, que acaba de liberar de nuevo y con esmero de sus brillantes cintas rojas la labrada desnudez de la manzana, ni tampoco el coronel, una vez más agradablemente arrebatado después de cuatro copas de oporto (por no mencionar las dos copas de Borgoña), tienen forma de saber qué infortunios les brindará la mañana. La cena fue seguida de la invariable partida de bridge, durante la cual el coronel observó complacido que Frank y Maureen ni siquiera se dedicaron la más breve mirada. McGore se fue a trabajar; Simpson se quedó sentado en una esquina con una carpeta de grabados, alzando la vista un par de veces hasta los jugadores, preguntándose cuál sería la razón de que Frank estuviera tan frío con él, mientras que Maureen parecía haberse desvanecido un tanto… Qué insignificantes eran estos pensamientos comparados con aquella anticipación sublime, con aquella emoción extraordinaria que trataba de ahogar de momento con el examen de aquellas litografías insípidas.

Al despedirse, cuando Maureen le dedicó una sonrisa de buenas noches, él, ausente, sin resto alguno de timidez, le devolvió la sonrisa.

7.

Aquella noche, un poco después de la una, el viejo guarda, que trabajó anteriormente de ayuda de cámara para el padre del coronel, estaba dando su paseo habitual por los caminos del parque. Sabía perfectamente que su deber era puramente mecánico, ya que el lugar era absolutamente tranquilo. Invariablemente se acostaba a las ocho, el despertador saltaba con estrépito a la una, y el guarda (un anciano gigante con unas venerables patillas grises que, por cierto, eran siempre presa de los juegos de los niños) se despertaba, encendía la pipa, y gateaba hacia la noche. Una vez que había hecho la ronda del parque, de aquel parque tranquilo, volvía a su humilde cuarto, se desnudaba inmediatamente, y, vestido tan sólo con una camiseta imperecedera que hacía juego con sus patillas, volvía a la cama y dormía de un tirón hasta la mañana.

Aquella noche, sin embargo, el viejo guarda observó que algo no marchaba como de costumbre. Desde el parque observó que una de las ventanas del castillo estaba débilmente iluminada. Sabía con precisión absoluta que era la ventana del salón donde colgaban los valiosos cuadros. Como era un tipo sobremanera cobarde, trató de fingir que no había visto aquella luz extraña, y, con toda tranquilidad, decidió que aunque era su deber asegurar que no había ladrones en el parque, no tenía obligación alguna de cazar ladrones dentro de la casa. Y habiendo llegado a esa determinación, el viejo volvió a sus habitaciones con la conciencia tranquila —vivía en una pequeña casa de ladrillo junto al garaje—, y se quedó inmediatamente dormido como un niño pequeño, con un sueño que no hubiera turbado ni siquiera el rugido de un gran coche negro nuevo que alguien hubiera puesto en marcha a toda prisa, no sin antes haber encendido deliberadamente el silenciador.

Y así, este infeliz anciano inofensivo, como un ángel de la guarda, atraviesa momentáneamente esta narración para desvanecerse rápidamente en los brumosos dominios de los cuales le ha hecho venir hasta aquí el capricho de una pluma.

8.

Pero en el castillo ocurrió, en verdad, algo realmente importante.

Simpson se despertó exactamente a medianoche. Acababa de dormirse en ese momento y como ocurre en algunas ocasiones, el mismo acto de dormirse fue lo que le despertó. Se reclinó apoyándose en un brazo y miró en la oscuridad. Los latidos de su corazón se aceleraron al sentir que Maureen había entrado en su cuarto. Acababa de soñar con ella, en su sueño bruscamente interrumpido le había hablado, la había ayudado a subir por un camino de cera, entre rocas negras ocasionalmente quebradas en unas grietas que resplandecían como si estuvieran pintadas al óleo. De tanto en

tanto una suave brisa descomponía ligeramente su tocado, como una fina hoja de papel sobre su cabello oscuro.

Ahogando una exclamación, Simpson alcanzó el interruptor de la luz. La luz llegó en una especie de avalancha. En la habitación no había nadie. Sintió una puñalada aguda de desilusión, y se perdió en sus pensamientos, sin dejar de mover la cabeza como si estuviera borracho. Después, con movimientos perezosos, se levantó de la cama y empezó a vestirse, chasqueando los labios con indiferencia. Una vaga sensación le decía que debía vestirse con elegancia. Así que con meticulosidad soñolienta se dispuso a abotonarse el chaleco bien ajustado sobre la barriga, para luego anudarse el nudo negro de la corbata y, finalmente, detenerse un buen rato en tratar de pescar con dos dedos un gusanillo inexistente de la solapa de satén de su americana. Acordándose vagamente de que el camino más sencillo para alcanzar la galería era desde el exterior, se deslizó como la brisa silenciosa por los ventanales, hasta el jardín oscuro y húmedo. Unos setos negros, como regados con mercurio, relucían a la luz de las estrellas. En algún lugar una lechuza ululaba. A paso ligero Simpson atravesó el césped, entre los setos grises, rodeando la presencia masiva de la casa. Por un momento se sintió despierto con la frescura de la noche y la intensidad del brillo de las estrellas. Se detuvo, se inclinó y finalmente se desplomó como si fuera un traje vacío, en la pequeña franja que había entre un macizo de flores y las paredes del castillo. Una ola de mareo y cansancio se apoderó de él, y trató de librarse de la misma con un golpe de hombros. Tenía que apresurarse. Ella le esperaba. Pensó que oía cómo ella susurraba con insistencia…

Sin darse cuenta se puso en pie, entró en la casa, y encendió las luces que bañaron el lienzo de Luciani en un cálido brillo. La joven veneciana se erguía frente a él, viva y tridimensional. Unos ojos oscuros se detenían en los suyos sin la chispa que mostraban en el cuadro, la tela rosada de su blusa acentuaba con imprevista calidez la belleza de tintes oscuros de su cuello así como las delicadas arrugas bajo su oreja. Sus labios, cerrados, y un punto expectantes, se habían helado en una especie de mueca amable, una sonrisa irónica. Sus dedos alargados se extendían abiertos en pares hacia sus hombros, de los que pendían, a punto de deslizarse, pieles y terciopelos.

Y Simpson, con un suspiro profundo, se acercó hasta ella y sin más problemas entró en el cuadro. Una frescura maravillosa se apoderó inmediatamente de él y la cabeza le empezó a dar vueltas. Había un aroma de arrayanes y cera, con una débil ráfaga de limón. El se hallaba en una especie de habitación negra y desnuda, junto a una ventana que se abría a la noche, y junto a él, se erguía una veneciana de carne y hueso, Maureen…, alta, espléndida, luminosa, como si irradiara una luz desde su interior. Se dio cuenta de que el milagro se había producido, y lentamente se acercó hasta ella. Con una sonrisa de soslayo la veneciana se ajustó la piel, y deslizando la

mano hasta su cestillo, le ofreció un limón pequeño. Sin quitarle los ojos de encima, de aquella su mirada juguetona, aceptó el fruto amarillo de sus manos y, tan pronto como sintió su frescor áspero y firme, así como la calidez seca de sus largos dedos, una felicidad increíble comenzó a hervir en su seno y sintió un ardor delicioso. Pero entonces, de repente, miró tras de sí por la ventana. Y allí, vio que a lo largo de un sendero blanquecino caminaban unas siluetas azules, veladas, con la cabeza cubierta y portando unas linternas pequeñas. Simpson miró en torno suyo, a la habitación en la que se hallaba, pero sin darse en absoluto cuenta de que tenía un suelo bajo sus pies. En la distancia, en lugar de una cuarta pared, había un salón que le resultaba familiar y que lucía a lo lejos como si fuera agua, un lago cuyo centro albergaba una isla que no era sino una mesa. Y en ese preciso momento se apoderó de él un miedo tan intenso que le llevó a exprimir el limón que tenía en la mano. El encanto se había disuelto. Trató de mirar a la izquierda para contemplar a la chica, pero no consiguió mover el cuello. Estaba atascado, como una mosca en la miel…, intentó mover sus miembros, dar una especie de salto o sacudida, pero se quedó atrapado, y sintió que la sangre, la carne y la ropa se transmutaban en pintura, diluyéndose en la materialidad del óleo y del barniz, secándose en el lienzo. Formaba parte ya del cuadro, pintado en actitud ridícula junto a la veneciana, y, enfrente, incluso más lejano que antes, incluso más preciso que antes, se extendía el salón, lleno del aire terrestre y vivo que, de ahora en adelante, no podría ya respirar.

9.

A la mañana siguiente McGore se despertó más temprano que de costumbre. Con sus pies desnudos, con dedos como perlas negras, buscó sus zapatillas y se deslizó suavemente a lo largo del pasillo hasta la puerta de la habitación de su mujer. No habían tenido relaciones conyugales desde hacía más de un año, pero, sin embargo, él la visitaba todas las mañanas, para contemplar, excitado e impotente, a su mujer mientras se arreglaba el pelo, tirando del mismo enérgicamente y moviendo la cabeza al compás del cepillo y del peine que hendía el ala castaña de unas trenzas tupidas. Hoy, al entrar en su cuarto a una hora tan temprana, se encontró con la cama ya hecha y con una nota encajada en el cabecero de la misma. McGore sacó del bolsillo de su bata una enorme funda de gafas y, sin ponérselas, simplemente acercándoselas a los ojos, se inclinó por encima de la almohada a leer aquella letra diminuta y tan conocida de la nota pinchada en el cabecero. Cuando hubo acabado, volvió a meter con toda meticulosidad las gafas en su funda, cogió la nota, la dobló, se quedó allí perdido en sus pensamientos durante un minuto y a continuación abandonó decidido la habitación. En el pasillo chocó con el ayuda de cámara que se le quedó mirando preocupado.

—¿Es que ya se ha levantado el coronel? —preguntó McGore.

El ayuda de cámara le contestó apresurado.

—Sí señor. El coronel está en la galería de cuadros. Me temo, señor, que está muy enfadado. Me ha enviado a despertar al señorito.

Sin esperar a que acabara de hablar, McGore, ajustándose la bata color de ratón, emprendió rápidamente el camino hacia la galería. El coronel, también en bata, de cuyos bajos sobresalían los pliegues de los pantalones de su pijama de rayas, no dejaba de caminar a lo largo y ancho de la galería. El bigote erizado y su aspecto acalorado causaban miedo en quienes le contemplaban. Al ver a McGore se detuvo, y, tras unos gruñidos preliminares acompañados de mucho morderse los labios, le espetó:

—¡Mire, mírelo bien!

McGore, a quien no le afectaba en absoluto la ira del coronel, sin embargo y como sin querer posó la mirada en el punto que señalaba su mano y en verdad que vio algo increíble. En el lienzo de Luciani, junto a la joven veneciana, había aparecido una figura nueva. Era un retrato excelente, aunque apresurado, de Simpson. Demacrado, su chaqueta negra en duro contraste contra el fondo más claro, con los pies vueltos hacia fuera en una postura extraña, tenía las manos alzadas como en actitud de súplica, y su pálido rostro parecía contraerse en una expresión desesperada de lástima.

—¿Le gusta? —preguntó el coronel furioso—. ¿No es peor que Bastiano, no cree? El malvado jovenzuelo. Ésa es su venganza por mis amables consejos. Espere y verá…

El ayuda de cámara llegó, consternado.

—El señorito no está en su habitación, señor. Y tampoco sus cosas. El señor Simpson también ha desaparecido. Debe de haber salido a dar un paseo, dado que tenemos una mañana tan espléndida.

—Al diablo con la mañana —tronó el coronel—. Quiero que en este mismo instante…

—Puedo tener la osadía de informarle —añadió el ayuda de cámara sumiso— de que acaba de venir el chofer a informar que el coche nuevo ha desaparecido del garaje.

—Coronel —dijo McGore suavemente—, creo que puedo explicarle lo que ha sucedido.

Miró al ayuda de cámara, que se alejó de puntillas.

—Y ahora —dijo McGore en un tono aburrido—, su suposición de que era su hijo el que había pintado esa figura en el cuadro es sin duda cierta. Pero, además, deduzco por una nota que me han dejado que se ha fugado con mi mujer esta misma madrugada.

El coronel era un caballero y, además, inglés. Inmediatamente se dio cuenta de

que dar rienda a su ira delante de un hombre al que acaba de abandonar su mujer era de mala educación. Por lo tanto se acercó a una ventana, se tragó la mitad de su ira y escupió la otra mitad por la ventana, se alisó el bigote y, recuperando su calma, se dirigió a McGore.

—Permítame, mi querido amigo —dijo cortésmente—, que ante todo le muestre mi simpatía más sincera, más profunda, y que deje de lado la ira que siento por el causante de su calamidad. Sin embargo, aunque comprendo perfectamente cómo se siente, debo…, y no tengo otro remedio que hacerlo, amigo mío…, debo pedirle un favor. Su arte rescatará mi honor. Hoy espero al joven lord Northwick de Londres, dueño, como usted sabe, de otro cuadro también del mismo del Piombo.

McGore asintió.

—Traeré los instrumentos necesarios, coronel.

A los pocos minutos estaba de vuelta, sin haberse vestido, con una caja de madera. La abrió inmediatamente, y sacó una botella de amoniaco, un rollo de algodón, unos trapos hechos jirones, espátulas y se puso a trabajar. Mientras decapaba y borraba del lienzo la oscura figura y el pálido rostro de Simpson, no pensó ni por un momento en lo que estaba haciendo, por el contrario, sus pensamientos reales y más íntimos no deberían suscitar la curiosidad de un lector respetuoso de la pena del prójimo. En media hora el retrato de Simpson había desaparecido por completo, y los óleos húmedos que lo habían conformado permanecían ahora en los trapos de McGore.

—Extraordinario —dijo el coronel—. Extraordinario. El pobre Simpson ha desaparecido sin dejar huella.

Algunas veces, una observación casual desencadena pensamientos importantes. Eso es lo que le ocurrió en ese momento a McGore, que, mientras recogía sus utensilios, se detuvo de repente paralizado como en un ataque de miedo.

Qué extraño, pensó, qué extraño. ¿Será posible que…? Miró los trapos llenos de pintura pegada a ellos y, abruptamente, frunciendo el ceño, los restregó uno contra otro y los lanzó por la ventana junto a la que había estado trabajando. A continuación se pasó la mano por la frente mientras miraba asustado al coronel quien, interpretando su agitación de otra manera, trataba de no mirarle directamente, y con una precipitación rara en él, abandonó el salón y se fue directamente al jardín.

Allí, bajo la ventana, entre la pared y los rododendros, se encontraba el jardinero rascándose la calva y mirando a un hombre que estaba tumbado boca abajo en el césped. McGore se acercó rápidamente.

El hombre movió un brazo y se dio la vuelta. Luego, con una falsa sonrisa, avergonzado, se levantó.

—Simpson, por Dios, ¿qué ha ocurrido? —preguntó McGore escrutando su palidez.

Simpson volvió a reírse.

—Lo siento muchísimo… es tan estúpido… salí a dar un paseo ayer por la noche y me quedé dormido, aquí mismo en el césped. Me duele todo el cuerpo… Tuve un sueño monstruoso… ¿Qué hora es?

Cuando se quedó solo, el jardinero miró el césped todo estropeado e hizo un gesto de desaprobación. Luego se agachó a coger un pequeño limón oscuro que llevaba la huella de cinco dedos. Se metió el limón en el bolsillo y se fue a buscar la máquina de cortar hierba que había dejado en la pista de tenis.

10.

Por consiguiente, el único enigma sin descifrar en toda esta historia es el fruto seco y arrugado que el jardinero se encontró por azar. El chofer, enviado a la estación, volvió con el coche negro y también con una nota que Frank había insertado en el bolsillo de piel de detrás del asiento.

El coronel se la leyó a McGore.

«Querido padre», escribía Frank, «he realizado dos de tus deseos. No querías ningún romance bajo tu techo, y consecuentemente, me voy, llevándome a la mujer sin la cual no puedo vivir. También querías ver un ejemplo de mi arte. Por eso pinté un retrato de mi antiguo amigo al que, por cierto, puedes comunicar que los espías me dan risa. Lo pinté por la noche, de memoria, y si el parecido no es perfecto se debe a la falta de tiempo, a la mala luz, y a mi comprensible prisa. Tu nuevo coche marcha estupendamente. Te lo dejo en el garaje de la estación».

—Espléndido —susurró el coronel—. Excepto que tengo curiosidad por saber de qué van a vivir.

McGore, palideciendo como un feto conservado en alcohol, se aclaró la garganta y dijo:

—Ya no hay razón para ocultarle la verdad, coronel. Luciani nunca pintó su *Veneciana*. No es sino una imitación magnífica.

El coronel se levantó lentamente.

—La pintó su hijo —continuó McGore, y de repente las comisuras de la boca le empezaron a temblar y a caerse—. En Roma. Yo le procuré el lienzo y las pinturas. Su talento me sedujo. La mitad de la suma que usted pagó fue para él. ¡Oh, Dios mío! …

Los músculos de la mandíbula del coronel se contrajeron mientras miraba el pañuelo sucio con el que McGore se limpiaba los ojos y se dio cuenta de que el pobre tipo no mentía.

Entonces se volvió y contempló *La Veneciana*. Su frente relucía contra el fondo oscuro, sus largos dedos brillaban más dulces todavía, la piel de lince se le deslizaba embrujada de los hombros, y en sus labios aparecía una sonrisa de sorna.

—Estoy orgulloso de mi hijo —dijo, lentamente, el coronel.

Bachmann [*]

No hace mucho tiempo apareció en los periódicos una breve mención de que el otrora famoso pianista y compositor Bachmann había muerto olvidado del mundo en la aldea suiza de Marival, en el asilo de Santa Angélica. La noticia me trajo a la mente la historia de la mujer que le amó. Me la contó el empresario Sack.

Hela aquí.

Madame Perov conoció a Bachmann unos diez años antes de su muerte. En aquellos días, el pálpito dorado de aquella música profunda y delirante que él componía empezaba ya a conservarse en soporte de cera, pero todavía podía escucharse en directo en las salas de conciertos más famosas del mundo. Bueno, una noche, una de esas noches de otoño de un azul límpido en las que se teme más a la vejez que a la muerte, madame Perov recibió una nota de una amiga. Decía: «Quiero presentarte a Bachmann. Vendrá a mi casa esta noche después del concierto. No dejes de venir».

Me imagino nítidamente sus movimientos, cómo se puso un traje negro escotado, y unas gotas de perfume en el cuello y la espalda, tomó su abanico y su bastón con puntera de turquesas, y se contempló con una última mirada en las profundidades de un gran espejo de tres cuerpos, para luego hundirse en una ensoñación que se prolongaría a lo largo del camino que mediaba hasta llegar a casa de su amiga. Sabía que no era guapa y que además estaba excesivamente delgada y que tenía una piel tan pálida que casi parecía enfermiza; y sin embargo, esta mujer madura, ajada, con el rostro de una *Madonna* que no acaba de serlo, resultaba atractiva precisamente en razón de aquellas cosas de las que se avergonzaba: la palidez de su cutis, y una cojera apenas perceptible, que la obligaba a llevar un bastón. Su marido, un hombre de negocios astuto y enérgico, estaba de viaje. Sack no le conocía personalmente.

Cuando madame Perov entró en el salón, recoleto y violeta, en el que su amiga, una dama corpulenta y ruidosa con una diadema de amatista, revoloteaba con ahínco entre un invitado y otro, su atención se vio inmediatamente prendida de un hombre alto, de rostro afeitado y ligeramente empolvado que se apoyaba con negligencia en la cola del piano y que entretenía con sus historias a tres damas que se apretaban junto a él. Las colas de su levita estaban rematadas con una seda especialmente gruesa y mientras hablaba, no paraba de retirarse de la cara su mata de brillante pelo negro mientras inflaba las aletas de su nariz blanca y con un puente bastante elegante. Había en toda su figura algo brillante, benevolente y también desagradable.

—¡La acústica era horrible! —decía, encogiendo los hombros—. Todo el mundo parecía estar resfriado. Ya saben lo que pasa: en cuanto una persona tose, hay otro y

otro que le siguen, y el concierto de toses está servido —sonrió, echando la melena hacia atrás—. ¡Como perros que ladraran por la noche en cualquier pueblo!

Madame Perov se acercó, apoyándose ligeramente en su bastón, y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Estará cansado después de su concierto, señor Bachmann?

Se inclinó, muy halagado.

—Se trata de un pequeño error, madame. Me llamo Sack. Yo soy tan sólo el empresario de nuestro Maestro.

Las tres damas se echaron a reír. Madame Perov perdió la compostura, pero también rió. Sólo conocía de oídas el increíble virtuosismo de Bachmann, y nunca había visto una foto suya. En aquel momento, la anfitriona se acercó, la saludó y con un mínimo movimiento en su mirada, como si estuviera comunicando un secreto, le indicó el fondo de la sala, mientras murmuraba: «Está allí…, mira».

Y sólo entonces vio a Bachmann. Se mantenía un poco apartado del resto de los invitados. Estaba de pie, con las piernas cortas, que llevaba embutidas en unos pantalones negros holgados, separadas y bien ancladas en el suelo, y leía un periódico. Se había acercado la página toda arrugada a la mínima distancia de los ojos y movía los labios al leer como hacen los que son casi analfabetos. Era bajo y se estaba quedando calvo, salvo por un humilde mechón de pelo que cruzaba su calva de lado a lado. Llevaba un cuello almidonado que parecía que le estaba grande. Sin apartar los ojos del periódico se tocó la bragueta distraídamente con un dedo y sus labios empezaron a moverse con mayor concentración todavía. Tenía un mentón muy divertido, pequeño, redondo y azul que le hacía parecerse a un erizo de mar.

—No se sorprenda —dijo Sack—, es un bárbaro en el sentido literal de la palabra… tan pronto como llega a una fiesta coge algo y se pone a leer.

De repente, Bachmann notó que todos le miraban. Giró lentamente la cabeza y enarcando sus tupidas cejas, sonrió con una sonrisa maravillosa, tímida, que rompió su rostro en mil arrugas suaves.

La anfitriona se acercó corriendo hasta él.

—Maestro —dijo—, permítame que le presente a otra admiradora suya.

Él extendió una mano fláccida y húmeda.

—Encantado, de verdad, encantado.

Y de nuevo se quedó inmerso en su periódico.

Madame Perov se retiró. Unas manchas rosadas aparecieron en sus mejillas. El alegre vaivén de su abanico, con destellos de azabache, agitaba los rizos rubios de sus sienes. Más tarde Sack me dijo que en aquella primera noche ella le había parecido una mujer extraordinariamente temperamental, como él decía, una mujer extraordinariamente tensa, a pesar de sus labios naturales y sin pintar y de su peinado severo.

—Esos dos estaban hechos el uno para el otro —me confió con un suspiro—. En cuanto a Bachmann, es un caso desesperado, un hombre carente por completo de inteligencia. Y además, bebía, sabe usted. La noche en que se conocieron, tuve que llevármelo por la fuerza. De pronto, pidió coñac, lo cual no era lo que habíamos convenido, de ningún modo. En realidad, le habíamos suplicado: «No bebas en los próximos cinco días, sólo en estos cinco días», tenía cinco conciertos programados, sabe usted. «Es un contrato, Bachmann, no te olvides.» ¡Imagínese, un amigo poeta llegó a escribir un artículo en una revista de humor en el que hacía un juego de palabras en torno a «andar a cuatro patas» e «irse por patas»! Literalmente, estábamos en las últimas. Y además, sabe usted, era un tipo excéntrico, caprichoso y muy sucio. Un individuo absolutamente anormal. Pero cómo tocaba…

Y, sin decir palabra, Sack se sacudió la melena y puso los ojos en blanco.

Mientras Sack y yo mirábamos los recortes de periódico pegados en un álbum pesado como un ataúd, me convencí de que fue precisamente entonces, en los días aquellos en que se produjo el primer encuentro de Bachmann con madame Perov, cuando comenzó la fama real, internacional —¡pero también transitoria!— de esa persona tan peculiar. Cuándo y cómo se hicieron amantes, no lo sabe nadie. Pero después de aquella velada en la casa de su amiga, ella empezó a asistir a todos los conciertos de Bachmann, en cualquier ciudad en que tuvieran lugar. Siempre se sentaba en la primera fila, muy erguida, bien peinada, con un traje negro y escotado. Alguien la denominó la *Madonna Coja*.

Bachmann entraba en el escenario a paso rápido, como si estuviera escapándose de un enemigo o simplemente de unas manos molestas. Ignorando a la audiencia, corría hasta el piano, se inclinaba sobre el taburete redondo y empezaba a dar vueltas con dulzura al disco redondo de madera del asiento, buscando una especie de nivel matemáticamente preciso. Y mientras se empleaba en ello, arrullaba al asiento dulcemente pero con apremio, hablándole en tres lenguas distintas. Y, durante un buen rato, seguía entretenido en esta maniobra. Los ingleses lo encontraban conmovedor, los franceses, divertido, y los alemanes enojoso. Cuando por fin hallaba el nivel adecuado, Bachmann hacía como una pequeña caricia al asiento y se sentaba, buscando los pedales con las suelas de sus viejos zapatos de charol. Entonces sacaba un gran pañuelo sucio y, mientras se limpiaba meticulosamente las manos con él, examinaba la primera fila de butacas con una mirada maliciosa aunque tímida. Finalmente imponía sus manos con suavidad sobre las teclas. De repente, sin embargo, un músculo debajo del ojo hacía un movimiento imperceptible; y chasqueando la lengua, se bajaba del asiento y comenzaba de nuevo a ajustar dulcemente el disco que chirriaba a cada vuelta.

Sack piensa que cuando volvió a casa después de oír a Bachmann por primera vez, madame Perov se sentó junto a la ventana y se quedó allí quieta hasta la

madrugada, sin dejar de suspirar y sonreír. Insiste en que nunca antes había tocado Bachmann con tanta belleza, con tal frenesí, y que, a partir de entonces, con cada concierto, su sonido se volvía más bello todavía, todavía más apasionado. Con una maestría incomparable, Bachmann convocaba y resolvía las distintas voces del contrapunto, conseguía que cuerdas disonantes provocaran una impresión de armonías maravillosas y, en su *Triple fuga*, perseguía el tema, jugando con él apasionadamente, con gracia, como si fuera un gato en pos de un ratón: fingía que lo había dejado escapar para, de repente, con un destello furtivo de regocijo, inclinarse sobre las teclas, hasta alcanzarlo con un salto de triunfo. Luego, cuando acababa su contrato con aquella ciudad, desaparecía durante varios días y se perdía en una borrachera continua.

Los habituales de las pequeñas tabernas de reputación dudosa, que arden venenosas entre la niebla de los suburbios lúgubres, veían a un pequeño hombre corpulento con el pelo en desorden sobre la calva y ojos húmedos como heridas, que siempre elegía un rincón apartado, pero que se prestaba a invitar a una copa a quienquiera que fuera a importunarle. Un viejo afilador de pianos, ya en plena decadencia, que había bebido con él en varias ocasiones, decidió que tenía que ser su colega, ya que Bachmann, cuando estaba borracho, tamborileaba sobre la mesa con sus dedos, y con un hilo de voz muy aguda cantaba en tono de LA sin desafinar lo más mínimo. A veces, una prostituta aplicada de afilados pómulos se lo llevaba a su casa. A veces arrancaba el violín al violinista de la taberna, lo destrozaba a pisotones y como castigo recibía una paliza. Se mezclaba con jugadores, marineros, atletas a los que alguna hernia les había dejado en dique seco, así como con el gremio entero de ladronzuelos corteses y tranquilos.

Sack y madame Perov lo buscaban durante noches enteras. Es verdad que Sack sólo lo hacía cuando era absolutamente necesario ponerlo en forma para algún concierto. A veces lo encontraban, y, a veces, sucio, sin cuello, con ojeras, aparecía en casa de madame Perov *motu proprio*; la dama, dulce y silenciosa, le metía en la cama, y dejaba pasar dos o tres días antes de telefonear a Sack para decirle que había encontrado a Bachmann.

Combinaba una especie de timidez misteriosa con la insolencia de un chaval maleducado. Apenas hablaba a madame Perov. Cuando ella se lo reprochaba y trataba de asir sus dedos, él se apartaba y la golpeaba en las manos con gritos estridentes como si el más mínimo contacto le causara un dolor impaciente, y se metía bajo la manta a sollozar durante un buen rato. Sack se presentaba entonces y decía que había llegado el momento de partir en dirección a Roma o a Londres y se llevaba a Bachmann consigo.

Su extraña relación duró tres años. Cuando finalmente un Bachmann más o menos reanimado se presentaba ante su público, madame Perov se encontraba

invariablemente sentada en su butaca de la primera fila. En los viajes largos ocupaban habitaciones contiguas. Madame Perov vio a su marido varias veces durante este período. Por descontado, él, como todo el mundo, sabía de su pasión enfebrecida y fiel, pero no interfería para nada y llevaba su propia vida.

—Bachmann convirtió su existencia en un tormento —repetía Sack—. Es incomprensible cómo pudo amarle. ¡El misterio del corazón femenino! En una ocasión, cuando estaban juntos en casa de alguien, vi con mis propios ojos cómo el Maestro le enseñaba los dientes, como un mono, y ¿sabe por qué? Porque ella quería arreglarle la corbata. Pero en aquellos días, el genio habitaba en sus dedos cuando tocaba. De aquel período son su *Sinfonía en Re menor* y algunas de sus fugas más complejas. Nadie le vio componerlas. La más interesante es la denominada *Fuga dorada*. ¿La ha oído usted? Su desarrollo temático es absolutamente original. Pero le estaba contando sus caprichos y su creciente locura. Bien, así es como ocurrió. Pasaron tres años y entonces una noche, en Munich, donde tenía que dar un concierto…

Y a medida que Sack llegaba al final de su historia, iba apretando sus ojos con más tristeza y con más fuerza.

Parece que la noche en que llegó a Munich, Bachmann se escapó del hotel donde solía alojarse con madame Perov. Quedaban tres días para el concierto y Sack, como es natural, estaba prácticamente histérico. No había manera de encontrar a Bachmann. Era a finales de otoño y llovía mucho. Madame Perov cogió un catarro y tuvo que guardar cama. Sack, con dos detectives, siguió rastreando los bares.

El día del concierto la policía telefoneó para decir que Bachmann había sido localizado. Le habían encontrado en la calle por la noche y había dormido en la estación. Sin decir palabra, Sack le llevó desde la comisaría al teatro, lo entregó como si fuera un objeto a sus ayudantes y se fue al hotel a por el frac de Bachmann. A través de la puerta, le contó a madame Perov lo que había pasado. Luego, volvió al teatro.

Bachmann, con su sombrero negro hundido hasta las cejas, estaba sentado en su camerino, tamborileando con tristeza sobre la mesa con un solo dedo. La gente hablaba preocupada a su alrededor. Una hora más tarde, el público empezó a ocupar sus asientos en el auditorio. El escenario blanco y muy iluminado, adornado a cada lado con los cañones del órgano, el reluciente piano negro, con la cola levantada, y la humilde seta que constituía el asiento…, todo ello esperaba en su perezosa solemnidad a un hombre de manos suaves y húmedas, que en un momento podía despertar un huracán de sonidos en el piano, en el escenario y en la enorme sala de conciertos, donde, como gusanos pálidos, los hombros de las mujeres y las calvas de los hombres se movían y brillaban.

Y, finalmente, Bachmann entró trotando en el escenario. Sin prestar la más

mínima atención al trueno de bienvenida que se inició como un cono compacto para disolverse después en aplausos dispersos, cada vez más débiles, empezó a hacer girar el disco del asiento, arrullándolo ávidamente y, tras acariciarlo, se sentó al piano. Mientras se limpiaba las manos, miró hacia la primera fila con su sonrisa tímida. Abruptamente, su sonrisa se desvaneció y Bachmann hizo una mueca. El pañuelo cayó al suelo. Su mirada atenta resbaló una vez más por la hilera de rostros y tropezó, por así decir, con la butaca vacía del centro. Bachmann cerró el piano de un golpe, se levantó, caminó hasta el mismo borde del escenario, y poniendo los ojos en blanco y levantando los brazos como una bailarina de ballet, ejecutó dos o tres pasos ridículos. El público se quedó de piedra. De los asientos posteriores surgió un conato de risa. Bachmann se detuvo, dijo algo que nadie oyó y, a continuación, con un gesto arrogante y teatral, enseñó la minga a todos los presentes.

—Ocurrió tan de repente —continuó Sack— que no me dio tiempo a llegar para hacer algo. Me tropecé con él cuando, tras el figo que no la fuga, abandonaba ya el escenario. Le pregunté: «Bachmann, ¿adónde vas?». Y él pronunció una obscenidad y desapareció en el camerino.

Y entonces el propio Sack salió a escena, en medio de un torrente de ira y de júbilo. Alzó la mano, consiguió imponer un cierto silencio, y les prometió solemnemente que el concierto tendría lugar. Al entrar en el camerino se encontró a Bachmann sentado como si no hubiera pasado nada, moviendo los labios mientras leía el programa.

Sack miró a los allí presentes, y enarcando las cejas significativamente, corrió al teléfono y llamó a madame Perov. Durante un tiempo no obtuvo respuesta; finalmente oyó un click y luego su débil voz.

—Venga al momento —farfulló Sack, golpeando el listín telefónico con la mano —. Bachmann se niega a tocar sin usted. ¡Es un escándalo terrible! El público está empezando a… ¿Qué? ¿Qué es eso?… Sí, sí, ya le digo que se niega. ¿Hola? ¡Maldita sea! ¡Se ha cortado…!

Madame Perov estaba peor. El médico, que la había visitado dos veces aquel día, había mirado con consternación el mercurio que tanto había subido en la roja escalera de su tubo de cristal. Al colgar el teléfono —lo tenía al pie de la cama—, probablemente sonrió feliz. Trémula e insegura todavía al andar, empezó a vestirse. Un dolor insoportable hendía su pecho, pero la felicidad la llamaba a través de la niebla y el murmullo de la fiebre. Me imagino que, por alguna razón, al ponerse las medias, la seda se le quedaba enroscada en los dedos de sus pies helados. Se arregló el cabello lo mejor que pudo, se arropó con un abrigo de piel marrón y salió con su bastón en la mano. Dijo al portero que llamara un taxi. La acera negra brillaba. La manecilla de la puerta del coche estaba mojada y fría como el hielo. Durante todo su viaje, aquella vaga sonrisa de felicidad debió de permanecer en sus labios, y el sonido

del motor y el susurro de las ruedas se mezclaron con el cálido ruido de su mente. Cuando llegó al teatro, vio masas de gente que abrían sus paraguas airadas al ser vomitadas a la calle. Faltó poco para que la derribaran, pero consiguió abrirse paso entre la multitud. En el camerino, Sack se paseaba de un lado a otro sin parar, llevándose la mano tanto a la mejilla izquierda como a la derecha.

—¡Yo tenía un ataque de auténtica rabia! —continuó—. Mientras luchaba con el teléfono, el Maestro se escapó. Dijo que iba al servicio, y se nos escapó. Cuando llegó madame Perov salté enfadado contra ella, ¿por qué no estaba como siempre en el teatro? Entiéndame, ni me paré a pensar en el hecho de que estuviera enferma. Y ella me preguntó: «¿Pero entonces, ahora está en el hotel? Si es así, nos cruzamos en el camino». Yo estaba fuera de mí y grité: «Al diablo con los hoteles… estará en algún bar. ¡Algún bar! ¡Algún bar!». Y ya lo dejé estar y me fui corriendo. Tenía que prestar auxilio al hombre de la taquilla.

Y madame Perov, temblando y sin dejar de sonreír, se fue a buscar a Bachmann. Sabía más o menos dónde buscarle, y fue allí, a aquel oscuro y espantoso barrio donde la llevó un chofer atónito. Cuando llegó a la calle donde, según Sack, Bachmann había sido encontrado la noche anterior, despidió el coche, y apoyándose en su bastón, empezó a caminar por el piso irregular de la acera, bajo los rayos escorados de una lluvia negra. Entró en todos los bares, uno por uno. Las ráfagas de música estridente la ensordecían y los hombres la miraban con insolencia. Entraba en cada taberna y lo buscaba entre el humo y los colores chillones y vertiginosos y volvía a salir a los latigazos de la noche. Muy pronto empezó a pensar que no hacía más que entrar una y otra vez en el mismo bar y una desesperada debilidad comenzó a descender sobre sus hombros. Caminaba, cojeando y emitiendo unos gemidos apenas audibles, aferrando la empuñadura turquesa de su bastón con su mano helada. Un policía que llevaba cierto tiempo observándola, se acercó hasta ella lentamente, con aire profesional le preguntó dónde vivía y, a continuación, con firmeza pero con amabilidad la llevó hasta un coche de caballos que hacía servicio de noche. En las tinieblas malolientes y crujientes del coche, se quedó dormida y cuando despertó, se encontró con que la puerta estaba abierta y el cochero, con su capa de hule brillante, le daba golpecitos en el hombro con la punta de su fusta. Al encontrarse en el cálido pasillo del hotel, se vio invadida por un sentimiento de completa indiferencia por todo y por todos. Abrió de un golpe la puerta de su habitación y entró. Bachmann estaba en su cama, descalzo y en camisón, con una manta de cuadros en rebujo sobre los hombros. Tamborileaba con dos dedos en el mármol de la mesilla, mientras que con la otra mano garabateaba unos signos en un papel de música, con un lapicero de mina indeleble. Estaba tan absorto en lo que hacía que no se dio cuenta de que se había abierto la puerta. Ella dejó escapar un «ach» suave, como un gemido. Bachmann se asustó. La manta comenzó a deslizarse de sus hombros.

Creo que ésta fue la única noche feliz en la vida de madame Perov. Creo que esos dos, el músico medio loco y la mujer moribunda, encontraron aquella noche palabras que los más grandes poetas nunca han llegado a soñar. Cuando Sack, indignado, llegó al hotel a la mañana siguiente, Bachmann estaba allí sentado con una sonrisa extática y silenciosa, contemplando a madame Perov, que estaba tendida a lo ancho de la cama, inconsciente bajo la manta de cuadros. No había manera de saber lo que Bachmann pensaba mientras contemplaba el rostro ardiente de su amante y escuchaba su respiración espasmódica; probablemente, interpretaba a su manera la agitación de su cuerpo, la agitación y la fiebre, una enfermedad terminal ni siquiera le pasaba por la imaginación. Sack llamó al doctor. Al principio Bachmann les miró con desconfianza, con una sonrisa tímida; pero luego cogió al doctor por el cuello, se echó atrás para coger carrerilla, se dio un golpe en la frente y empezó a dar vueltas y más vueltas, rechinando los dientes. Ella murió aquel mismo día, sin recobrar la conciencia. La expresión de felicidad nunca abandonó su rostro. En la mesilla Sack encontró una hoja de papel toda arrugada, pero nadie fue capaz de descifrar los puntos violeta de música desperdigados por el papel.

—Me lo llevé inmediatamente de allí —continuó Sack—. Temía lo que pudiera suceder cuando llegara el marido, ya me entiende. El pobre Bachmann estaba fláccido como una muñeca de trapo y no paraba de meterse los dedos en los oídos. No dejaba de gritar como si alguien le estuviera haciendo cosquillas. «¡Parad de hacer ese ruido! ¡Ya vale, ya vale de música!» No puedo concebir qué es lo que le produjo semejante *shock*: entre nosotros, nunca amó a aquella desgraciada mujer. En cualquier caso, ella terminó con él. Después del funeral Bachmann desapareció sin dejar huella. Todavía se encuentra su nombre, de vez en cuando, en los anuncios de las casas de piano, pero, en términos generales, está completamente olvidado. Seis años más tarde el destino nos volvió a reunir. Por un instante, tan sólo. Yo esperaba un tren en una pequeña estación suiza. Era una tarde espléndida, recuerdo. Yo no estaba solo. Sí, una mujer… pero ése es otro libreto. Y entonces, no se lo creerá, veo un grupo de gente que se arremolina en torno a un hombre bajito que lleva un abrigo negro todo raído y un sombrero también negro. Metía una moneda en una pianola y no dejaba de llorar desconsoladamente. Metía otra moneda, escuchaba la melodía enlatada y lloraba. Y entonces, el rollo de la pianola, o lo que fuera, se rompió. Se puso a golpear la máquina, y a llorar aún más efusivamente, luego, desistió de su empresa y se fue. Lo reconocí inmediatamente, pero, como comprenderá, yo no estaba solo. Estaba con una dama, y había gente por allí, que miraban boquiabiertos. Hubiera resultado extraño acercarme a él y decirle: «*Wie geht's dir*, Bachmann?».

El dragón [*]

Vivía recluido en una cueva profunda, lóbrega, en el mismo corazón de una montaña rocosa, alimentándose tan sólo de murciélagos, ratas y mantillo. Es verdad que, ocasionalmente, algún cazador de estalactitas o algún viajero curioso llegaba merodeando hasta la cueva, y su visita acababa resultando un verdadero festín. Entre sus recuerdos más placenteros se contaba el de un bandolero que trataba de escapar a la justicia y el de dos perros que alguien había soltado en la cueva con el fin de asegurarse de que existía un pasadizo que llegaba hasta el otro lado de la montaña. La naturaleza en torno a aquel lugar era salvaje, las rocas estaban salpicadas de nieve porosa y unas cascadas batían el aire con su rugido helado. El había sido incubado hacía unos mil años y, quizás porque su llegada a la vida se produjo de forma bastante inesperada —el inmenso huevo se rompió gracias al impacto de un relámpago en una noche de tormenta—, el dragón resultó ser más bien cobarde y no demasiado inteligente. Además, la muerte de su madre le había afectado mucho… Durante mucho tiempo su madre había sido el terror de los pueblos vecinos, había escupido fuego por su boca, provocando el enfado del rey que consecuentemente ordenó que su guarida estuviera constantemente vigilada por caballeros, los cuales eran destrozados y devorados por ella como si fueran nueces. Pero en una ocasión se tragó a un corpulento jefe real, y después se tumbó a echar la siesta sobre una roca al sol, y el gran Ganon en persona llegó al galope con su armadura de hierro, en un corcel negro cubierto de malla de plata. La pobre, soñolienta, trató de retirarse, su grupa verde y oro llameando como fuego al viento, pero el caballero cargó contra ella y consiguió atravesar el suave pecho blanco con su lanza. Ella se derrumbó y rápidamente el corpulento caballero surgió de la herida rosa, con el corazón enorme y todavía humeante bajo el brazo.

El joven dragón contempló todo esto escondido detrás de una roca y, desde entonces, no podía pensar en los caballeros sin ponerse a temblar. Se retiró a las profundidades de la cueva, de la que nunca salió. Y así pasaron diez siglos, el equivalente a veinte años para un dragón.

Y entonces, de repente, se sintió presa de una melancolía insoportable… De hecho, el alimento putrefacto de la cueva le producía problemas gástricos feroces, dolores y ruidos desagradables. Tardó nueve años en tomar una determinación, pero finalmente, al décimo año se decidió. Despacio y con cautela, con un movimiento sinuoso de los anillos de su cola que se recogían para luego extenderse sobre el suelo, reptó fuera de su cueva.

De inmediato se dio cuenta de que era primavera. Las rocas negras, mojadas

todavía con la lluvia reciente, brillaban todas; la luz del sol hervía en el torrente de la montaña; el aire estaba impregnado de caza salvaje. Y el dragón, olfateando con todas sus fuerzas, empezó su descenso hacia el valle. Su estómago satinado, blanco como los lirios, casi rozaba el suelo, unas manchas carmesí destacaban en sus flancos verdes, y las duras escamas se fundían, en su espalda, en una sierra de dientes de fuego, una cresta de rojizas grupas dobles que disminuían de tamaño al llegar a la cola flexible, poderosa y siempre en movimiento. Su cabeza era suave y verdosa; de su labio inferior, lleno de verrugas, colgaban burbujas de moco llameantes y sus gigantescas patas cubiertas de escamas, dejaban a su paso huellas profundas, concavidades en forma de estrella.

Lo primero que vio al descender al valle fue un tren que viajaba a lo largo de las laderas rocosas. La primera reacción del dragón fue de placer, porque confundió al tren con un pariente con el que podía jugar. No sólo eso, pensó que bajo aquella concha dura y brillante tenía que haber, con toda seguridad, una carne muy tierna. Así que se dispuso a seguirlo, con sus pies abofeteando el suelo con un ruido húmedo y seco, pero, justo cuando estaba a punto de engullir al último vagón, el tren se metió en un túnel. El dragón se detuvo, introdujo la cabeza en la guarida negra en la que se había perdido su presa, pero no consiguió meterse allí dentro. Se despachó con un par de estornudos tórridos que lanzó en aquellas profundidades y luego sacó la cabeza, se sentó en los flancos traseros y se dispuso a esperar —quién sabe, a lo mejor volvía a salir corriendo de aquel agujero. Después de aguardar durante algún tiempo sacudió la cabeza y emprendió la marcha. Justo en aquel momento un tren salió a toda velocidad de la guarida negra, emitió un furtivo relámpago de fulgor en el cristal de sus ventanas, y desapareció tras una curva. El dragón volvió la vista herido y, alzando la cola como una pluma, reanudó su viaje.

Caía la noche. La niebla flotaba sobre los campos de hierba. La bestia gigante, grande como una montaña de verdad, fue vista por algunos campesinos que regresaban a sus casas, y que quedaron petrificados de asombro. Un cochecillo que pasaba deprisa por la carretera vio cómo le explotaban las cuatro llantas de puro miedo, dio una vuelta de campana y acabó en una zanja. Pero el dragón seguía caminando, sin darse cuenta de nada; desde lejos le llegaba el aroma cálido de la masa de humanos concentrados, y hacia allí dirigía sus pasos. Y, de nuevo, contra la extensión azul del cielo nocturno, se alzaron frente a él las negras chimeneas de las fábricas, guardianes de una gran ciudad industrial.

Los personajes principales de esta ciudad eran dos: el propietario de la Compañía de Tabaco Milagro y el de la Compañía de Tabaco Casco de Hierro. Entre ambos hervía el odio de una hostilidad acerba y antigua como el tiempo, sobre la que se podría escribir todo un poema épico. Rivalizaban en todo —en los colores abigarrados de sus anuncios, en sus técnicas de distribución, en sus precios, en sus

relaciones laborales—, pero no había manera de saber quién era el ganador en esta guerra continua. Aquella noche memorable, el propietario de la Compañía Milagro se quedó hasta muy tarde en su despacho. Junto a él, sobre su mesa, había una pila de anuncios nuevos, recién salidos de imprenta que los obreros de la cooperativa iban a pegar por la ciudad al amanecer.

De repente, una campana rompió el silencio de la noche y, unos segundos más tarde, entró un hombre pálido, macilento, con una verruga como una bardana en la mejilla derecha. El propietario le conocía: era el dueño de una taberna modelo que la Compañía Milagro había abierto en las afueras de la ciudad.

—Van a dar las dos de la mañana, amigo mío. La única justificación que se me ocurre para su visita ha de ser un acontecimiento de inusitada importancia.

—Exactamente —dijo el tabernero en un tono tranquilo, aunque la verruga no dejaba de moverse. Esto es lo que contó:

Había echado a la calle a cinco obreros completamente borrachos. Debían de haber visto algo extraordinariamente raro en el exterior, porque todos ellos se echaron a reír: «Oh, oh, oh —gruñía una de las voces—, igual es que he bebido de más, ya que veo ante mis narices, grande como la vida, la hidra contrarrevoluciona…».

No tuvo tiempo de terminar, porque se produjo un estallido, un ruido aterrador, poderoso, y alguien dio un grito. El tabernero salió fuera a ver qué pasaba. Un monstruo, brillando en las tinieblas como una montaña mojada, se estaba tragando algo enorme, con la cabeza inclinada hacia atrás, dejando al descubierto su cuello blanquecino que al moverse conformaba como una cadena de colinas; se tragaba aquello y chupaba los huesos, sin dejar de balancearse con todo su cuerpo, hasta que finalmente se acomodó tumbado en medio de la calle.

—Creo que se ha quedado dormido —acabó el tabernero, sujetándose su verruga crispada con el dedo.

El propietario de la fábrica se levantó. Los robustos empastes de sus muelas destelleaban con el fuego dorado de su inspiración. La llegada de un dragón de carne y hueso no le sugería otro sentimiento distinto del deseo apasionado que guiaba su existencia entera, el deseo de infligir una derrota a la compañía rival.

—¡Eureka! —exclamó—. Escucha, buen hombre, ¿hay algún otro testigo?

—No creo —replicó el otro—. Estaba todo el mundo en la cama, y decidí no despertar a nadie y venir directamente a verle. Para evitar el pánico.

El propietario de la fábrica se puso el sombrero.

—Espléndido. Coge esto, no, no hace falta que cojas toda la pila, cuarenta serán suficientes, y trae también esa lata y el cepillo. Y ahora, muéstrame el camino.

Salieron a la noche oscura y muy pronto se encontraron en la calle tranquila en cuyo extremo, según el tabernero, reposaba un monstruo. Primero, a la luz de una solitaria farola amarilla, vieron a un policía boca abajo en medio de la calzada. Luego

se supo que, mientras hacía su ronda nocturna, se había topado con el dragón y se había dado tal susto que se quedó boca abajo petrificado en aquella posición. El propietario de la fábrica, un hombre del tamaño y fuerza de un gorila, lo volvió a su posición vertical y lo apoyó contra el poste de la farola, y luego se acercó al dragón. El dragón estaba dormido, como no podía ser menos. Resulta que los individuos que había devorado estaban empapados en vino, y se habían reventado entre sus mandíbulas. El alcohol, en un estómago vacío, se le había subido directamente a la cabeza por lo que había dejado caer la fina película de sus pestañas con una sonrisa de beatitud. Estaba tumbado con las patas delanteras recogidas bajo su panza, y el resplandor de la farola destacaba el brillo de los arcos de sus dobles protuberancias vertebrales.

—Saca la escalera —dijo el propietario de la fábrica—. Y yo mismo procederé a pegarlas.

Y escogiendo las zonas planas de los flancos verdes y viscosos del monstruo, empezó a extender sin prisa pasta de pegar en las escamas de la piel colocando después en ella enormes carteles de propaganda. Cuando hubo utilizado todas las hojas disponibles, le dio al tabernero un apretón de manos significativo y, dando chupadas contundentes a su puro, volvió a casa.

Y llegó la mañana, una magnífica mañana de primavera dulcificada con una neblina lila. Y de repente la calle volvió a la vida con un clamor alegre, excitado, las puertas y también las ventanas se cerraban de golpe, la gente se apresuraba a bajar a la calle, mezclándose con todos aquellos que corrían hacia algún lugar sin parar de reírse. Lo que veían era un dragón que parecía de carne y hueso, cubierto completamente con anuncios de colores, que no paraba de chasquear su cuerpo contra el asfalto. Tenía un cartel pegado incluso en la calva coronilla de la cabeza. «FUME SÓLO BRAND», retozaban las letras azul y carmesí de los anuncios. «LOS LOCOS SON LOS ÚNICOS QUE NO FUMAN MIS CIGARRILLOS», «LOS CIGARRILLOS MILAGRO CONVIERTEN EL AIRE EN MIEL», «¡MILAGRO, MILAGRO, MILAGRO!».

Realmente es un milagro, decía la gente sin parar de reír, y cómo lo habrán hecho, ¿será una máquina o habrá gente dentro?

El dragón estaba destrozado después de su borrachera involuntaria. El vino barato le había revuelto el estómago, se sentía débil, y pensar en el desayuno lo ponía peor. Además, le atormentaba un agudo sentimiento de vergüenza, la insoportable timidez de una criatura que se encuentra por primera vez en presencia y rodeado de una multitud. En verdad que lo que deseaba en aquel momento era volver lo más pronto posible a su cueva, pero eso habría sido aún más vergonzante, así que siguió con su inexorable marcha a través de la ciudad. Unos hombres que llevaban unos carteles a la espalda le protegían de los curiosos y de los chavales que querían deslizarse bajo

su vientre blanco, encaramarse a lo alto de su espalda o tocarle el hocico. Había música, gente que miraba asombrada desde cada ventana, y detrás del dragón marchaba una procesión de automóviles en fila india, en uno de los cuales iba repantigado el propietario de la fábrica, el héroe del día.

El dragón caminaba sin mirar a nadie, consternado ante el regocijo que había provocado.

Mientras tanto, en una oficina soleada, el fabricante rival, el propietario de la Compañía del Gran Casco de Hierro, recorría sin descanso y con los puños cerrados, en un gesto de exasperación, una alfombra suave como el musgo. Junto a una ventana abierta y sin dejar de observar tamaña procesión, se encontraba su novia, una menuda bailarina de cuerda floja.

—Esto es un ultraje —gritaba sin cesar el fabricante, un hombre de mediana edad, calvo, con bolsas azules bajo los ojos—. La policía debería poner fin a semejante escándalo… ¿Cómo y cuándo ha conseguido llenar con carteles a ese muñeco relleno?

—Ralph —gritó de repente la bailarina, dando palmadas—. Ya sé lo que tienes que hacer. En el circo tenemos un número que se llama El Torneo y…

Con un suspiro tórrido, mirándole desorbitada con sus ojos de muñeca ribeteados de rímel, le contó su plan. El rostro del fabricante rebosaba de satisfacción. Al minuto siguiente ya estaba en el teléfono hablando con el *manager* del circo.

—Ya está —dijo el fabricante, colgando el teléfono—. El títere está hecho de goma. Veremos lo que queda de él cuando le hayamos dado un buen pinchazo.

Mientras tanto, el dragón había cruzado el puente, la plaza del mercado y la catedral gótica, que le despertó recuerdos repugnantes, había continuado por el bulevar principal y cuando se disponía a atravesar una gran plaza, apareció, abriéndose paso entre la multitud, un caballero armado, que se dirigía a la carga contra él. El caballero llevaba una armadura de hierro, con la visera baja, un penacho fúnebre en el casco y cabalgaba a lomos de un impresionante caballo negro con cota de malla. Junto a él unas mujeres vestidas de pajes portaban las armas, con unos pendones pintorescos diseñados a toda velocidad en los que se anunciaba: «GRAN CASCO», «FUME SÓLO GRAN CASCO DE HIERRO», «CASCO DE HIERRO ES EL MEJOR». El jinete del circo que se hacía pasar por caballero hincó espuelas y aprestó su lanza. Pero por alguna razón el corcel empezó a retroceder, echando espuma, y luego, de repente se alzó de manos para acabar dejándose caer pesadamente sobre sus cuartos traseros. Derribó al caballero, que cayó al asfalto, con semejante estrépito que hubiera podido pensarse que alguien había tirado la vajilla entera por la ventana. Pero el dragón no vio nada de esto. Al primer movimiento del caballero se detuvo abruptamente, y luego, se dio la vuelta a toda velocidad, derribando a su paso con la cola a dos ancianas que contemplaban la escena desde un

balcón, y aplastando a los espectadores que habían comenzado a dispersarse, emprendió la huida. De un salto, se colocó fuera de la ciudad, voló a través de los campos, trepó como pudo por las pendientes rocosas, y se zambulló en su caverna sin fondo. Una vez allí, se dejó caer de espaldas, con las patas encogidas y, mostrando su blanco y satinado estómago que no dejaba de temblar bajo las oscuras bóvedas, dio un suspiro profundo, cerró sus ojos asombrados y murió.

Navidad [*]

1.

Sleptsov regresó del pueblo caminando a través de las nieves que lo empañaban todo y, al llegar a su mansión campestre, se refugió en un rincón, sentado en una butaca de terciopelo que no recordaba haber utilizado con anterioridad. Es el tipo de cosa que sucede después de una gran calamidad. Y no es tu hermano, sino alguien a quien apenas conoces, un vecino que vive en la granja contigua y a quien nunca has concedido demasiada atención, alguien con quien habitualmente apenas intercambias una palabra, quien te conforta con sus palabras sabias y amables, y es él quien te alcanza el sombrero que se te ha caído una vez que ha terminado el funeral, y tú estás roto de dolor, con los dientes que te castañetean y los ojos cegados por el llanto. Lo mismo pasa con los objetos inanimados. Cualquier habitación, incluso la más absurdamente pequeña y acogedora, aquellos aposentos que nunca se habitan ni se utilizan en un ala perdida de la casa de campo, pueden albergar un rincón deshabitado. Y un rincón así era el que ahora albergaba a Sleptsov.

El ala se conectaba, a través de una terraza o galería de madera, obstruida ahora por la nieve acumulada de nuestra Rusia del norte, con la vivienda principal que sólo se utilizaba en verano. No había necesidad de despertarla, de calentarla: el amo había venido de San Petersburgo a pasar sólo un par de días y se había instalado en el anexo, donde bastaba con poner en marcha las estufas blancas de porcelana danesa.

El amo se quedó sentado en su rincón, en aquella butaca de terciopelo, como si estuviera en la sala de espera de la consulta de un médico. La habitación flotaba en la oscuridad; el denso azul de las primeras horas del crepúsculo se filtraba a través de las láminas de cristal de escarcha del paño de la ventana. Ivan, el criado silencioso y corpulento, que se había quitado el bigote no hacía mucho y que ahora se parecía bastante a su padre, el mayordomo de la familia, ya fallecido, trajo un quinqué de gas, dispuesto como es debido y rebosante de luz. Lo depositó en una mesa pequeña y silenciosamente lo introdujo en su pantalla de seda rosa. Un espejo ligeramente inclinado reflejó por un instante su cabello gris y el dorso de su cabeza. Luego se retiró y la puerta se cerró con un crujido suave.

Sleptsov alzó la mano, que tenía apoyada en la rodilla, y se dispuso a examinarla lentamente. La cera de la vela se había derramado y una gota se le había quedado pegada endurecida entre los pliegues de dos dedos. Extendió los dedos y la pequeña escama blanca se desprendió con un chasquido apagado.

2.

A la mañana siguiente, después de pasar una noche entregado completamente a sueños sin sentido, fragmentarios, sin relación alguna con su dolor, cuando Sleptsov salió a la fría terraza, una tabla de la madera del suelo emitió un ruido como el disparo de una pistola bajo sus pies, y los reflejos de múltiples colores de los distintos paños de las ventanas formaron un paraíso de rectángulos cromáticos en los asientos de madera lavada y desnuda, sin cojines, que se alineaban a lo largo de las ventanas y bajo el alféizar. La puerta se le resistió al principio, para luego abrirse con un crujido como de mandíbula lasciva, y la escarcha deslumbrante le hirió en el rostro. La arena rojiza, que alguien había arrojado providencialmente sobre el hielo que cubría los escalones del porche, parecía canela, y de los árboles colgaban ramas de hielo hendidas de un azul verdoso. Los muros de nieve alcanzaban las ventanas del anexo, atrapando con fuerza la pequeña y confortable estructura de madera en sus garras de hielo. Los pequeños túmulos de un blanco cremoso, que albergaban lo que en verano eran macizos de flores, se alzaban ligeramente sobre la nieve del suelo delante del porche, y a lo lejos acechaba el resplandor del parque, donde hasta el más pequeño apéndice de las negras ramas lucía con un borde de plata y los abedules parecían querer recoger sus garras verdes bajo el peso de su carga brillante color de ciruela.

Con altas botas de fieltro y un abrigo de piel con cuello de astracán, Sleptsov se encaminó en línea recta por la única senda abierta en la nieve, hacia aquel paisaje distante y cegador. Se sorprendía de seguir todavía vivo, y de ser capaz de percibir el brillo de la nieve y de sentir que los dientes le dolían al contacto con el frío. Incluso se dio cuenta de que un macizo cubierto de nieve había adquirido la forma de una fuente y de que un perro había dejado una serie de huellas de color azafrán sobre el muro de nieve, marcas ardientes sobre el hielo. Un poco más lejos, los postes de un puente peatonal sobresalían por encima del manto nevado, y al llegar allí Sleptsov se detuvo. Con amargura, con rencor, limpió a golpes la barandilla de aquel manto velludo de nieve. Recordó con absoluta nitidez el aspecto de aquel mismo puente en el último verano. Su hijo caminaba por aquellas tablas resbaladizas, salpicadas de amentos, y con destreza absoluta cazó en su red una mariposa que se había posado en la barandilla. Y en ese preciso momento el hijo vio a su padre. En su rostro se demora juguetona una risa perdida ya para siempre, bajo el ala de un sombrero de paja quemado por el sol; sus manos juegan con la cadena de la bolsa de piel que lleva colgada del cinturón, y abre las piernas tan queridas, tan suaves, morenas, en sus pantalones de lino y sandalias mojadas, con aquella postura tan suya y tan alegre. Murió en San Petersburgo, hace sólo unos días, después de murmurar incoherentemente en su delirio historias diversas acerca del colegio, de su bicicleta, de un gran insecto oriental, y ayer Sleptsov había llevado el ataúd —agobiado,

parecía, con el peso de toda una vida— al campo, al panteón familiar junto a la iglesia del pueblo.

Estaba todo tan silencioso y tranquilo como sólo puede estarlo un día helado de sol. Sleptsov alzó la pierna, salió del sendero dejando tras de sí huellas azules en la nieve y se abrió camino, entre los troncos de unos árboles inquietantemente blancos, hasta llegar al lugar donde el parque terminaba abruptamente cortado por el río. Más abajo, los bloques de hielo resplandecían junto a un agujero que quebraba la limpia sábana de hielo y, en la ribera opuesta, unas columnas muy rectas de humo rosa se alzaban por encima de los tejados nevados de las cabañas de madera. Sleptsov se quitó el gorro de astracán y se apoyó en el tronco de un árbol. En algún lugar en la distancia unos campesinos estaban cortando leña, cada golpe rebotaba con estruendo hacia el cielo, y más allá de la niebla plateada de los árboles, por encima de las isbas achaparradas, el sol hería con sus rayos ecuánimes la cruz de la iglesia.

3.

Y allí fue donde encaminó sus pasos después del almuerzo, en un viejo trineo de respaldo recto. La crin del caballo negro chasqueaba con fuerza en el aire helado, las blancas plumas de las ramas cercanas al suelo se deslizaban por encima de su cabeza, y las huellas que veía ante sí restallaban con un brillo azul de plata. Cuando llegó se sentó durante una hora junto a la tumba, descansando su mano enguantada y pesada en el hierro de la baranda que le quemaba la mano a través de la lana. Volvió a casa con un leve sentimiento de desencanto, como si allí, en el cementerio, hubiera estado más alejado de su hijo que aquí, donde las incontables huellas veraniegas de sus sandalias rápidas hubieran quedado preservadas intactas bajo la nieve.

Por la noche, abrumado con una especie de ataque agudo de tristeza intensa, mandó abrir la casa principal. Cuando la puerta cedió con un lamento poderoso, dando paso a una brizna de una rara frescura, impropia del invierno, procedente del sonoro vestíbulo enrejado en hierro, Sleptsov tomó la lámpara de las manos del guarda y entró solo en la casa. Los suelos de parqué crujían fantasmales bajo sus pasos. Cuarto tras cuarto se fue llenando de luz amarilla y los muebles bajo sus sudarios le resultaron desconocidos; del techo ya no colgaba una araña cantarina sino una bolsa silenciosa; y la enorme sombra de Sleptsov, con un brazo que lentamente se iba extendiendo y separando del cuerpo, flotaba por las paredes y por los rectángulos grises de los cuadros.

Fue hasta la habitación que había constituido el estudio de su hijo en el verano, apoyó la lámpara en el alféizar de la ventana y, rompiéndose las uñas al hacerlo, abrió las contraventanas, a pesar de que afuera todo era oscuridad. La llama amarilla del quinqué que ardía se reflejó en el cristal azul en el que también y por un momento se dibujó su rostro amplio y barbado.

Se sentó junto a la mesa vacía y, adusto, con el ceño fruncido, examinó el pálido papel de la pared con sus guirnaldas de rosas azuladas; un escritorio estrecho, como de oficina, con cajones de arriba abajo; el sillón y las butacas bajo sus fundas; y de repente, dejando caer la cabeza sobre la mesa, empezó a temblar, apasionada, ruidosamente, apoyando primero sus labios, y luego sus mejillas mojadas contra la madera fría y polvorienta, y se aferró entre convulsiones a las esquinas distantes de la mesa.

En la mesa encontró un cuaderno, unas planchas donde clavar las mariposas, chinchetas negras y una caja de galletas inglesas que contenía un gran gusano de seda bastante exótico que había costado tres rublos. Al tacto tenía la consistencia del papel y parecía que estaba hecho de hojas pardas dobladas. Su hijo lo había recordado en su enfermedad, lamentándose de no habérselo llevado consigo, pero consolándose pensando que la crisálida que albergaba estaba probablemente muerta. También encontró una red desgarrada: una bolsa de tarlatana en un aro que se doblaba (la gasa todavía olía a verano y a hierba caliente por el sol).

Luego, sin dejar de llorar con todo su cuerpo, empezó a sacar uno a uno, inclinándose casi hasta el suelo, los cajones con cubierta de cristal del escritorio. A la débil luz del quinqué, los archivos de ejemplares diversos brillaban como si fueran de seda bajo el cristal. Aquí, en esta habitación, en esta misma mesa, su hijo había instalado y extendido las alas de sus capturas. Primero insertaba un alfiler en el insecto que había matado con todo cuidado y lo pegaba a la tabla de corcho, entre hileras de lana ajustable, y agarraba cuidadosamente, planas, las alas todavía frescas y suaves. Ahora ya estaban secas, hacía tiempo que lo estaban, y habían sido dispuestas en el escritorio —aquellas *Pavo Real* espectaculares, aquellas deslumbrantes *Olmeras y Nazarenas*, y las distintas Falenas, algunas montadas en posición supina para mostrar sus tripas color de madreselva. Su hijo pronunciaba sus nombres latinos con un quejido de triunfo o con una expresión de desdén. ¡Y aquellas mariposas, las mariposas, las primeras *Aspen Hawk* de cinco veranos atrás!

4.

Había luna y la noche estaba azul como con humo; unas nubes modestas se esparcían por el cielo sin llegar a tocar la luna, delicada, helada. Los árboles, masas de escarcha gris, lanzaban sombras oscuras en las paredes de nieve que destellaban aquí y allá en chispas metálicas. En la habitación tapizada y calentada del anexo, Ivan había colocado un abedul de dos pies en un macetero de barro sobre la mesa, y estaba poniendo una vela en la cruz de su rama superior cuando Sleptsov llegó de la casa principal, helado, con los ojos enrojecidos, las mejillas sucias y manchadas de gris, con una caja de madera bajo el brazo. Al ver el árbol de Navidad sobre la mesa, preguntó abstraído: «¿Qué es eso?».

Liberándole de la caja, Ivan contestó con voz sorda, enternecida.

—Mañana es fiesta.

—No, lléveselo —dijo Sleptsov frunciendo el ceño, mientras pensaba: «¿Será posible que sea Navidad? ¿Cómo puedo haberme olvidado?».

Ivan insistió amablemente.

—Es bonito, y además es verde. Déjelo durante un tiempo.

—Por favor, lléveselo —repitió Sleptsov y se inclinó sobre la caja que había traído consigo. En ella atesoraba las posesiones de su hijo, la red para cazar mariposas, la lata de galletas con el capullo de seda, la tabla donde clavaba las mariposas, los alfileres en su caja de laca, el cuaderno azul. La primera página estaba desgarrada y rota por la mitad, y el trozo que quedaba encerraba un fragmento de un dictado de francés. A continuación había entradas y anotaciones cotidianas, nombres de mariposas que había capturado, y otras notas:

«He caminado por el pantano hoy hasta llegar a Borovichi…»

«Hoy ha estado lloviendo. He jugado al ajedrez con mi padre, y luego he leído la *Fragata* de Goncharov, tremendamente aburrida.»

«Un día de calor maravilloso. Por la tarde he dado un paseo en bicicleta. Se me ha metido una mosca en el ojo. He pasado deliberadamente junto a su casa dos veces pero no la he visto…»

Sleptsov levantó el rostro, y se tragó algo enorme y también caliente. ¿Quién era aquella mujer a la que se refería su hijo?

«Como siempre, he dado mi paseo en bicicleta», continuó leyendo. «Casi nos cruzamos con la mirada. Mi amor, mi amada…»

—Esto es inconcebible —susurró Sleptsov—. No puedo ni imaginarme…

Volvió a inclinarse, descifrando con avidez aquella letra infantil que no conseguía mantener líneas ni márgenes.

«Hoy he visto un ejemplar de la *Vanesa Atalanta*. Eso quiere decir que ha llegado el otoño. Por la noche, lluvia. Probablemente se haya ido ya, y ni siquiera nos hemos conocido. Adiós, mi amor. Me siento tremendamente triste…»

—Nunca me dijo nada… —Sleptsov intentó recordar, frotándose la frente con la palma de la mano.

En la última página había un dibujo a tinta: los cuartos traseros de un elefante, dos columnas gruesas, la punta de las orejas y una cola diminuta.

Sleptsov se levantó. Movió la cabeza en un gesto de desaprobación, conteniendo una nueva avalancha de gemidos despreciables.

—Ya no puedo aguantar más —se arrastraba su voz entre gemidos, sin dejar de repetir cada vez más despacio—, ya… no… puedo… aguantar… más…

—Mañana es Navidad —el recuerdo le invadió bruscamente—, y yo me voy a morir. Desde luego. Es tan sencillo. Esta misma noche…

Sacó un pañuelo y se secó los ojos, la barba, las mejillas. En el pañuelo quedaron unas manchas, rayas oscuras.

—… muerte —dijo Sleptsov suavemente, como rematando una frase muy larga.

El reloj dio la hora. La escarcha se imbricaba en dibujos geométricos sobre el cristal azul de la ventana. El cuaderno, abierto, brillaba radiante sobre la mesa; junto a él, la luz atravesaba la gasa del cazamariposas y relucía en la esquina de la lata abierta. Sleptsov cerró los ojos con fuerza, y tuvo una sensación pasajera de que ante él se tendía una vida terrena, totalmente desnuda y comprensible, y también, estremecedoramente triste, humillantemente sin sentido, estéril, desnuda de milagros…

En ese preciso momento se oyó un chasquido —un ruido débil como el de una goma que se estira hasta romperse. Sleptsov abrió los ojos. El gusano de seda en su lata de galletas había estallado, y una criatura negra y toda arrugada, del tamaño de un ratón, reptaba por la pared por encima de la mesa. Se detuvo, asido a la superficie con sus seis patas velludas, y empezó a palpitar de forma extraña. Había surgido de su crisálida debido a que un hombre, vencido por el dolor, había llevado una lata hasta su habitación caldeada, y el calor había penetrado su envoltura tensa de hojas de seda; había esperado aquel momento durante tanto tiempo, había reunido toda su fuerza con tal furor, que ahora, habiendo conseguido surgir a la vida, no hacía sino desparramarse lenta y milagrosamente. Poco a poco los tejidos arrugados, las extremidades de terciopelo se fueron desplegando; las venas en forma de abanico se fueron fortaleciendo al llenarse de aire. Imperceptiblemente, se transformó en una cosa alada, de la misma forma en la que un rostro que está madurando se convierte imperceptiblemente en un rostro bello. Y sus alas —todavía débiles, todavía húmedas — no dejaban de crecer y de desplegarse, y ahora ya habían llegado a desarrollarse hasta el límite que Dios les había puesto, y allí, en la pared, en lugar de un terrón minúsculo de vida, en lugar de un ratón oscuro, lo que había era una gran mariposa *Attacus* como esas que vuelan, como pájaros, en torno a las lámparas en el crepúsculo de la India.

Y entonces, aquellas poderosas alas negras, cada una con su mancha vidriosa y su vello púrpura enganchado al polvo de sus bordes, respiraron a fondo bajo el impulso de una felicidad tierna, devastadora, casi humana.

Una carta que nunca llegó a Rusia [*]

Mi adorable, mi muy querida y lejana, me imagino que no habrás olvidado nada en los más de ocho años que dura ya nuestra separación, si es que aún consigues recordar a aquel guarda canoso con su librea azul que ni se molestaba siquiera en mirarnos cuando hacíamos novillos para encontrarnos en aquellas mañanas heladas de San Petersburgo, en el Museo Suvorov, tan polvoriento, tan pequeño, tan semejante a una suntuosa caja de rapé. ¡Con qué ardor nos besábamos a espaldas de aquel granadero engominado! Y más tarde, cuando por fin nos liberábamos de aquellas antigüedades polvorientas y salíamos a la luz, cómo nos deslumbraba el resplandor de plata del parque Tavricheski, y qué extraño resultaba oír los gruñidos alegres, ávidos, profundos de los soldados, que se lanzaban unánimes a las órdenes de su comandante, resbalando por el suelo helado, embistiendo con su bayoneta a un muñeco de paja con casco alemán en medio de una calle de San Petersburgo.

Sí, ya sé que en otra de mis cartas te he jurado que no volvería a mencionar el pasado, especialmente las naderías de nuestro pasado en común, porque se supone que nosotros, los escritores exiliados, tenemos una especie de pudor altanero en nuestra forma de expresarnos y sin embargo aquí estoy, despreciando, desde la primera línea de mi carta, el derecho a toda sublime imperfección y destrozando con epítetos vanos el recuerdo, ese recuerdo que tú rozabas con tanta gracia y ligereza. Pero no es del pasado, mi amor, de lo que quiero hablarte.

Es de noche. Por la noche se percibe con especial intensidad la inmovilidad de los objetos —la lámpara, los muebles, las fotografías en sus marcos sobre mi mesa. De cuando en cuando, el agua borbotea y chasquea en sus tuberías ocultas como si una serie de lamentos subiera por las paredes de la garganta de la casa. Por las noches salgo a dar un paseo. Los reflejos de las farolas rezuman brillos intermitentes sobre el helado asfalto de Berlín cuya superficie parece una película de grasa negra en cuyas arrugas se hubieran recostado los charcos. Aquí y allá, una luz granate brilla sobre alguna alarma de incendios. Una columna de cristal, llena de una líquida luz amarilla, se yergue junto a la parada del tranvía, y, por alguna extraña razón, experimento una sensación tan melancólica, tan placentera, cuando, de noche, ya tarde, pasa por delante un tranvía a toda velocidad, vacío, con un chirrido al tomar la curva. A través de sus ventanas se ven con toda claridad las filas de asientos marrones iluminadas entre las cuales se abre camino, a contramarcha, un revisor solitario, con su negra cartera colgando al costado, tambaleándose ligeramente, como si estuviera un poco borracho.

Mientras paseo por alguna calle silenciosa y oscura, me gusta oír cómo algún

hombre regresa a casa. El hombre no resulta visible en la oscuridad, y nunca sabes de antemano qué puerta se abrirá a la vida y condescenderá a dejarse penetrar por el chirrido de una llave, para después girar, y detenerse luego, retenida por el contrapeso, para acabar cerrándose de golpe; la llave chirriará de nuevo desde dentro, y, en las profundidades al otro lado del cristal de la puerta, un débil resplandor se rezagará durante un minuto maravilloso.

Pasa un coche sobre columnas de luz húmeda. Es negro, con una raya amarilla bajo las ventanillas. Irrumpe ronco con su bocina en los oídos de la noche y su sombra cruza bajo mis pies. Ahora la calle está totalmente desierta, salvo por un gran danés cuyas patas rascan la acera mientras pasea con una bella joven distraída y sin sombrero que lleva un paraguas abierto. Cuando pasa bajo la farola granate (a su izquierda, sobre la alarma de incendios), sólo una parte, negra y tensa, de su paraguas se ilumina de húmedo rojo.

Y más allá de la curva, sobre la acera —¡y de qué forma tan inesperada!—, la fachada de un cine se arruga con diamantes. Dentro, en su pantalla rectangular y pálida como la luna, se ve a unos mimos más o menos hábiles: la inmensa cara de una joven, con trémulos ojos grises y labios negros cruzados verticalmente por grietas relucientes, se acerca desde la pantalla, y no deja de crecer mientras detiene sus ojos contemplando la nada de la sala oscura, y una maravillosa lágrima, brillante y larga se desliza por una de sus mejillas. Y en alguna ocasión (¡momento celestial!) aparece incluso la vida de verdad, ignorante de que está siendo filmada: un grupo de gente que asoma por azar, unas aguas que brillan, un árbol que cruje silenciosa aunque perceptiblemente.

Más lejos, en la esquina de una plaza, una prostituta corpulenta vestida con pieles negras pasea despacio, deteniéndose de cuando en cuando delante de un escaparate ferozmente iluminado, donde una mujer de cera muy pintarrajeada expone a los paseantes de la noche sus enaguas de papel esmeralda y la seda brillante de sus medias color de melocotón. Me gusta observar a esta plácida puta de mediana edad, mientras se le acerca un hombre maduro con bigote que llegó por la mañana de Papenburg en viaje de negocios (primero pasa por delante y luego se vuelve a mirarla un par de veces). Ella le llevará sin apresurarse hasta una habitación del edificio cercano, que, a la luz del día, apenas se distingue de los otros edificios, igualmente ordinarios. Un viejo portero, educado e impasible, hace guardia toda la noche en el vestíbulo de entrada apenas iluminado. En lo alto de una empinada escalera otra mujer igualmente impasible abrirá con sabia despreocupación una habitación desocupada y recibirá su pago por ello.

¡Y no sabes qué maravilloso es el estruendo con el que el tren todo iluminado, y riéndose por las ventanillas, atraviesa el puente por encima de la calle! Probablemente no vaya más allá de los suburbios, pero en ese preciso momento la

oscuridad bajo el vano negro del puente se llena con una música tan poderosamente metálica que no puedo sino imaginarme las tierras soleadas hacia las que partiré en cuanto me haya procurado esos marcos extras que anhelo con tanta ligereza y despreocupación.

Me encuentro tan alegre que a veces me gusta ir a ver a la gente que baila en el café de mi barrio. Muchos de mis compañeros exiliados denuncian con indignación (una indignación no exenta de un punto de placer) las abominaciones de la moda, entre las que incluyen los bailes actuales. Pero la moda es una criatura de la mediocridad humana, de un cierto nivel de vida, es la vulgaridad de la igualdad, y denunciarla significaría admitir que la mediocridad puede crear algo (ya sea una forma de gobierno o un nuevo tipo de peinado) por lo que merezca la pena preocuparse. Y ni que decir tiene que estos llamados bailes modernos nuestros son cualquier cosa menos modernos: la moda y la locura de los mismos se remonta a los días del Directorio, porque entonces como ahora los vestidos de las mujeres se llevaban pegados al cuerpo y los músicos eran negros. La moda respira a través de los siglos: la crinolina en forma de bóveda, de moda a mediados del XIX, no era sino la máxima inhalación del aliento de la moda, seguida por una exhalación: faldas estrechas, bailes apretados. Nuestros bailes, después de todo, son muy naturales y bastante inocentes y, a veces —en las salas de baile de Londres—, absolutamente elegantes en su monotonía. Todos recordamos lo que Pushkin escribió acerca del vals: «Monótono y loco». Todo viene a acabar en lo mismo. En cuanto al deterioro de la moral… Esto es lo que leí en las memorias de D'Agricourt: «No conozco nada más depravado que el minué y sin embargo nadie se opone a que se baile en nuestras ciudades».

Y así me divierto observando, en los cafés damants de aquí, cómo las parejas «desaparecen veloces ante mis ojos», por volver a citar a Pushkin. Los ojos maquillados de formas divertidas brillan de pura satisfacción, con alegría sencillamente humana. Los pantalones negros se tocan y se enredan con las medias ligeras. Los pies giran hacia un lado y se vuelven hacia el otro. Y mientras, al otro lado de la puerta, me espera mi fiel noche, noche solitaria, con sus reflejos húmedos, sus coches ruidosos, y sus corrientes de viento enfebrecido.

En una noche de ésas, en el cementerio ortodoxo ruso que está a las afueras de la ciudad, una anciana de setenta años se suicidó en la tumba de su marido recientemente fallecido. Fui allí por puro azar a la mañana siguiente, y el guarda, un veterano mutilado de la campaña de Denikin, que caminaba con muletas que crujían al mínimo movimiento de su cuerpo, me enseñó la cruz blanca de la que se había colgado la anciana, y los jirones amarillos que se habían quedado prendidos en el lugar donde los cabos de la soga («totalmente nueva», dijo amablemente) se rozaban. Pero lo más misterioso y encantador de todo, sin embargo, eran las huellas en forma

de medialuna de sus tacones, diminutas como las de un niño, abandonadas en la tierra húmeda junto a la losa. «Pisoteó un poco el césped, pobrecilla, pero por lo demás no ha estropeado nada», observó el guarda tranquilamente y, mirando aquellos jirones amarillos y aquellos lugares en que la tierra estaba un poco hundida, me di cuenta de repente de que se puede distinguir una sonrisa inocente incluso en la muerte. Probablemente, mi amor, la razón principal por la que te escribo esta carta es para contarte este final tan fácil, tan dulce. La noche de Berlín quedó así resuelta.

Escucha: soy feliz, absoluta o idealmente feliz. Mi felicidad es una especie de desafío. Mientras deambulo por las calles y plazas y por los caminos junto al canal, sintiendo distraído los labios de la humedad a través de mis suelas gastadas, llevo orgulloso sobre los hombros mi inefable felicidad. Los siglos pasarán uno tras otro, y los escolares bostezarán ante la historia de nuestras revoluciones y miserias; todo pasará, pero mi felicidad, mi amor, mi felicidad permanecerá, en el reflejo húmedo de una farola, en la curva precavida de los escalones de piedra que descienden hasta las aguas negras del canal, en la sonrisa de una pareja que baila, en todo aquello con lo que Dios tan generosamente circunda la soledad humana.

La pelea [*]

Por las mañanas, si el sol me invitaba a ello, salía de Berlín y me iba a nadar. En la terminal de la línea del autobús, en un banco verde, esperaban los conductores, hombres fornidos con unas enormes botas sin punta, sentados a descansar saboreando sus cigarrillos, frotándose de cuando en cuando sus manos inmensas, que olían a metal; contemplaban a un hombre con un delantal de piel mojado que regaba el matorral de brezo que ya echaba sus primeras flores junto a los cercanos raíles; el agua salía a borbotones de una manguera reluciente en una especie de abanico plateado flexible, que lo mismo volaba bajo los rayos del sol, como se abatía delicada sobre las ramas palpitantes. Con la toalla enrollada bajo el brazo, yo pasaba ante ellos, caminando a buen ritmo hacia el extremo del bosque. Allí, los esbeltos troncos de los pinos, que crecían robustos, toscos y pardos por abajo, color carne más arriba, estaban salpicados con fragmentos de sombra, y la hierba enfermiza bajo los pinos aparecía rociada con jirones de periódicos y retazos de sol que parecían complementarse los unos a los otros. De repente el cielo dividió alegremente los árboles, y yo bajé por las olas plateadas de arena hasta el lago, donde las voces de los bañistas rompían el aire para después apagarse, y donde unas oscuras cabezas se divisaban moviéndose y balanceándose sobre la superficie luminosa y lisa. En la orilla, tumbados de frente y de espaldas, los cuerpos mostraban pieles con distinto grado de exposición solar; algunos todavía tenían una especie de erupción rosada en los hombros, otros brillaban como el cobre o lucían el tono fuerte del café con leche. Yo me quitaba la camisa, e inmediatamente el sol me vencía con su ternura ciega.

Y todas las mañanas, a las nueve en punto, el mismo hombre aparecía junto a mí. Era un alemán mayor, un poco zambo, vestido con chaqueta y pantalones de corte casi militar, con una gran calva que el sol había suavizado con un brillo rojizo. Traía consigo un paraguas del color de un cuervo viejo y un fardo atado cuidadosamente, que inmediatamente se convertía en una manta gris, una toalla de playa y una remesa de periódicos. Extendía con cuidado la manta sobre la arena, se quitaba toda la ropa, excepto un traje de baño que con toda previsión llevaba bajo los pantalones, y se tumbaba cómodamente sobre la manta, ajustaba el paraguas sobre su cabeza de manera que sólo su cara permaneciera en la sombra, y se enfrascaba en sus periódicos. Yo le observaba con el rabillo del ojo, fijándome en el pelo oscuro, lanudo y aparentemente peinado con esmero que cubría sus fornidas piernas zambas, y también su barriga prominente cuyo ombligo profundo dirigía su mirada al cielo como si fuera un ojo, y me divertía tratando de adivinar quién podría ser aquel piadoso adorador del sol.

Pasábamos horas tirados sobre la arena. Las nubes de verano se deslizaban en una caravana fluctuante —nubes en forma de camello, nubes en forma de tiendas de campaña. El sol trataba de colarse entre ellas, pero ellas lo barrían con su filo cegador; el aire se oscurecía, y finalmente el sol volvía a madurar, pero siempre era la orilla contraria la que se iluminaba primero; nosotros permanecíamos en la sombra regular e incolora, mientras que al otro lado, la cálida luz ya había comenzado a desparramarse. Las sombras de los pinos revivían en la arena; unas figuras desnudas llamearon de repente, modeladas por el sol; y de pronto, como un enorme óculo feliz, el resplandor se abrió paso para englobarnos también a nosotros. Y entonces me puse de pie de un salto, la arena gris me escaldaba levemente las plantas de los pies en mi camino hasta el agua, contra la que chocó mi cuerpo con estrépito. ¡Qué agradable era secarse después con los rayos ardientes del sol y sentir cómo sus labios ávidos iban bebiendo poco a poco las perlas frescas que quedaban en tu cuerpo desnudo!

Mi alemán cierra de golpe su sombrilla y, con las piernas todavía temblando cautelosas, se encamina a su vez hacia el agua; llegado allí, se humedece primero la cabeza, como suelen hacer los bañistas de una cierta edad, y a continuación empieza a nadar con movimientos amplios y seguros. Un vendedor de golosinas pasa por la orilla, anunciando su mercancía. Otros dos, en traje de baño, pasan corriendo con un cubo de pepinos, y mis vecinos al sol, unos tipos algo rudos con cuerpos muy hermosos, repiten los gritos tersos de los vendedores imitándoles con habilidad. Un niño desnudo, completamente negro debido a la arena mojada que se le pega al cuerpo, pasa con andares de pato delante de mí, y su pito suave y pequeño se balancea alegre entre sus piernecitas gordas y torpes. Cerca está su madre, una atractiva mujer joven, medio vestida; sentada, se peina su larga cabellera oscura, sujetando las horquillas entre los dientes. Más lejos, en el mismo borde del bosque, unos jóvenes bronceados juegan con fuerza, lanzando la pelota de fútbol con una sola mano, en un movimiento que revive el inmortal gesto del Discóbolo; y ahora una brisa hace bullir los pinos con un susurro ático, y yo sueño que todo nuestro mundo, como esa pelota grande y dura, ha vuelto a volar en sentido contrario describiendo un arco maravilloso hasta llegar a la empuñadura de un desnudo dios pagano. Mientras tanto, un aeroplano, con una exclamación eólica, se alza sobre los pinos, y uno de los atezados atletas interrumpe su juego para mirar al cielo donde dos alas azules corren veloces hacia el sol con un zumbido que es como el éxtasis de Dédalo.

Yo le quiero contar todo esto a mi vecino cuando sale del agua, respirando profundamente y mostrando sus irregulares dientes, y se tumba sobre la arena, y sólo mi precario conocimiento del vocabulario alemán impide que me entienda. Aunque no me comprende me contesta con una sonrisa que afecta a todo su ser, la calva brillante de su cabeza, el matorral negro de su bigote, su alegre barriga carnosa recorrida en su centro por un sendero lanudo.

Llegué a enterarme de su profesión tiempo después, por puro accidente. Un día, a la hora del crepúsculo, cuando el rugido de los coches se había apaciguado y las colinas de naranjas de los carros de los vendedores ambulantes habían adquirido una luminosidad sureña en el aire azul, me encontré caminando por un barrio apartado y entré en una taberna a aplacar esa sed vespertina que tan bien conocen los vagabundos urbanos. Mi alegre alemán se erguía tras la barra reluciente, vigilando la espita que derramaba una espesa corriente amarilla, quitaba la espuma sobrante con una pequeña espátula de madera, permitía que se desbordara generosamente por los bordes de la jarra. Un camionero macizo, pesado, con un bigote gris enorme se apoyaba en la barra, observando la espita y escuchando la cerveza que silbaba como si fuera orina. El anfitrión alzó la vista, sonrió amistosamente y me tiró una cerveza también a mí, tras lo cual metió de golpe en un cajón mi moneda que cayó con un ruido metálico. Junto a él, una joven con un vestido de cuadros, rubia, con codos rosados y puntiagudos, lavaba los vasos y los secaba luego hábilmente con un trapo crujiente. Aquella misma noche me enteré de que era su hija, de que se llamaba Emma, y de que se apellidaba Krause. Me senté en un rincón y me dispuse a beber lentamente la ligera cerveza guarnecida de blanco, con su regusto un punto metálico. Era una taberna bastante común: un par de carteles en los que se anunciaban bebidas, unos cuantos cuernos de venado y un techo bajo y oscuro festoneado con banderas de papel, reliquias de algún festival. Detrás de la barra, las botellas relucían en sus estantes, y más arriba un anticuado reloj de cuco en forma de cabaña resonaba con fuerza. Una estufa de hierro arrastraba su chimenea redonda a lo largo de la pared para después perderla entre el abigarramiento de las banderas del techo. El blanco sucio del cartón de los salvamanteles destacaba entre la madera de las mesas desnudas. En una de las mesas, un hombre soñoliento con unos apetitosos pliegues de grasa en el cuello y un tipo taciturno de dientes blancos —un linotipista o quizá un electricista, a juzgar por su aspecto— jugaban a los dados. Todo estaba tranquilo y en paz. Sin apresurarse, el reloj insistía en su labor seccionando el tiempo en unidades secas y uniformes. Emma hacía chocar los vasos sin dejar de mirar hacia un rincón donde, en un estrecho espejo cortado en su mitad por el oro de las letras de un anuncio, se reflejaba el perfil aquilino del electricista y también su mano sosteniendo el negro cubo cónico con los dados dentro.

A la mañana siguiente volví a cruzarme con los fornidos conductores, con el abanico de agua pulverizada sobre el que se cernía momentáneo un arco iris, y me encontré de nuevo en la orilla soleada, donde Krause ya se había instalado tumbado al sol. Sacó su rostro sudoroso de debajo de la sombrilla y empezó a hablar —del agua, del calor. Yo me tumbé, cerrando los ojos para defenderme del sol, y cuando los volví a abrir todo a mi alrededor era de color azul pálido. De repente, entre los pinos de la carretera soleada que bordeaba el lago, apareció una camioneta, seguida de un policía

en bicicleta. Dentro de la camioneta, gritando con desesperación, se agitaba un perro pequeño que acababan de capturar. Krause se puso en pie y gritó con todas sus fuerzas: «¡Ten cuidado! ¡Cazaperros!». Y al momento alguien se unió a su grito y en seguida otros le imitaron, como si todas las gargantas se hubieran puesto de acuerdo, en un arco de voz a lo largo del lago, dejando atrás al cazador de perros, de forma que los dueños de perros, avisados de antemano, corrieron a por sus perros, se apresuraron a ponerles un bozal y a atarles a la correa. Krause escuchaba con placer mientras los gritos se iban perdiendo en la distancia y finalmente afirmó con un guiño bienintencionado: «Le está bien empleado. Ese es el último perro que va a coger».

Empecé a visitar su taberna asiduamente. Me gustaba mucho Emma, sus codos desnudos, su rostro menudo y como de pájaro, sus ojos tiernos, insípidos. Pero lo que más me gustaba era la forma en que miraba a su amante, el electricista, apoyado perezosamente en la barra. Yo le veía de perfil —la siniestra, malévola arruga junto a su boca, su mirada brillante, como de lobo, las cerdas azules de su mejilla hundida y sin afeitar desde hacía tiempo. Ella le miraba con tanto arrobo y tanto amor cuando él le hablaba, traspasándola con su mirada impávida, y ella, entreabriendo los labios, asentía con una confianza tan absoluta, que yo, en mi rincón, experimentaba una sensación maravillosa de alegría y de bienestar, como si Dios me hubiera confirmado la inmortalidad del alma o como si el alma de un genio hubiera alabado mis libros. También llegué a aprenderme de memoria la mano del electricista, siempre húmeda con la espuma de la cerveza; el pulgar de aquella mano apoyado contra la jarra; la inmensa uña negra con una grieta en medio.

La última vez que fui a aquel lugar, era una noche, recuerdo, de bochorno, y todo hacía presagiar una tormenta eléctrica. El viento se puso a rachear violentamente y la gente en la plaza corrió hasta las escaleras del metro; en la cenicienta oscuridad, el viento rasgaba sus vestidos como en el cuadro de *La destrucción de Pompeya*. El tabernero tenía calor en su pequeña y oscura taberna; se había desabotonado el cuello y estaba cenando melancólico en compañía de dos tenderos. Se estaba haciendo tarde y la lluvia rompía en susurros contra los paños de las ventanas, cuando el electricista llegó. Estaba completamente empapado y destemplado, y murmuró algo desagradable al ver que Emma no estaba en la barra. Krause se mantuvo en silencio, masticando una salchicha gris.

En ese momento tuve la sensación de que estaba a punto de producirse algo extraordinario. Yo había bebido mucho y mi alma —mi ser íntimo, ávido y de mirar penetrante— ansiaba contemplar un espectáculo. Empezó de forma bien simple. El electricista se acercó hasta la barra, se sirvió como quien no quiere la cosa una copa de coñac de una botella chata, se lo bebió de un trago, se limpió la boca con la manga, se echó la gorra hacia atrás y se dirigió a la puerta. Krause dejó el cuchillo y tenedor cruzados sobre el plato y gritó con fuerza: «¡Espera! ¡Son veinte peniques!».

El electricista, que ya tenía la mano en el pomo de la puerta, se volvió.

—Creía que estaba en mi casa.

—¿Es que no piensas pagar? —preguntó Krause.

Y de repente Emma apareció detrás del reloj en el fondo del bar, miró a su padre, después a su amante, y se quedó inmóvil, helada. Encima de ella, el cuco salió de su casita de un salto y volvió a esconderse.

—Ya está bien —dijo el electricista lentamente, y salió.

Al oír aquello, Krause, con una agilidad asombrosa, se levantó y salió corriendo tras él, dando un tirón a la puerta que se quedó abierta.

Yo terminé la cerveza y salí también a la calle, sintiendo el placer de una racha de viento húmedo en el rostro.

Estaban frente a frente, en la negra acera brillante por la lluvia, y ambos no cesaban de gritar. Aunque yo no podía captar todas las palabras, que se iban desgranando en *crescendo* en aquel jaleo atronador, sí pude distinguir una palabra que se repetía continuamente: *veinte, veinte, veinte*. Había gente que ya se había detenido a observar la pelea, yo mismo estaba cautivado con ella, con los reflejos de la luz de la farola en sus caras distorsionadas, con el tendón tenso del cuello desnudo de Krause; por alguna razón me recordó una pelea espléndida que tuve yo hace años en una tasca de un puerto con un italiano negro como la pez, en el transcurso de la cual metí la mano sin saber cómo dentro de su boca y traté por todos los medios de apretar y desgarrar la piel húmeda del interior de su cara.

El electricista y Krause gritaban cada vez más. Emma se deslizó tras de mí y se detuvo, sin atreverse a acercarse, limitándose a gritar desesperada: «¡Otto! ¡Padre! ¡Otto! ¡Padre!». Y a cada uno de sus gritos una marejada contenida de risas agudas y como expectantes atravesaba el grupo de gente allí congregada.

Los dos hombres se entregaron ávidos a un combate cuerpo a cuerpo, a puñetazos sordos. El electricista pegaba en silencio, mientras que Krause emitía un gruñido breve a cada golpe que daba. La espalda enjuta de Otto se doblaba, la sangre negra empezó a brotar de su nariz. Repentinamente trató de asir la pesada mano que le golpeaba en la cara, pero, al no conseguirlo, se tambaleó y se derrumbó boca abajo en la acera. La gente corrió a su lado, apartándolo de mi vista.

Recordé que me había dejado el sombrero en la mesa y volví a la taberna. Dentro, todo estaba extrañamente quieto y tranquilo. Emma estaba sentada en una mesa de un rincón con la cabeza apoyada en un brazo extendido. Alzó su rostro cubierto de lágrimas y al momento volvió a dejar caer la cabeza. Con cuidado le di un beso en aquel pelo que olía a cocina, fui a por mi sombrero y me marché.

En la calle todavía quedaba un grupo de gente. Krause, jadeante, como cuando salía del agua en el lago, le estaba dando explicaciones a un policía.

Yo no sé, ni tampoco quiero saber, quién tenía razón o quién la dejaba de tener.

Quizá la historia pudiera presentarse bajo una perspectiva ligeramente diferente, quizá pudiera contarse bajo una óptica de cierta compasión en la que se viera cómo la felicidad de un joven se había visto comprometida por mor de una moneda de cobre, cómo Emma pasó toda la noche llorando y cómo, tras quedarse dormida al amanecer, volvió a ver, en sus sueños, la cara enloquecida de su padre mientras golpeaba a su amante. O quizá lo que importe no sea tanto el dolor o el gozo humanos de todo el asunto, sino más bien el juego de las sombras y las luces en un cuerpo animado de vida, la armonía de todas las menudencias y miserias que vinieron a sumarse en aquel día preciso, en aquel momento preciso, de una forma única e inimitable.

El retorno de Chorb [*]

Los Keller abandonaron tarde el teatro de la ópera. En aquella tranquila ciudad alemana, donde hasta el mismo aire parecía como sin brillo y donde una hilera transversal de olas llevaba siete siglos protegiendo con su sombra la catedral que se reflejaba en sus aguas, Wagner era un entretenimiento del que se gozaba con la fruición de quien pretende quedar exhausto y aniquilado por la música. Después de la ópera, Keller llevó a su mujer a un elegante club nocturno famoso por su vino blanco. Era más de la una de la mañana cuando su coche, con su interior insolentemente iluminado, atravesó las calles sin vida para depositarles ante el portón de hierro de su vivienda pequeña pero digna. Keller, un corpulento alemán de pura cepa, que se parecía mucho a Oom Paul Kruger, fue el primero en pisar la acera, en cuya superficie las locas sombras de las hojas se agitaban bajo el resplandor gris de la farola. Durante un instante, el tiempo que tardó su mujer en liberar su gruesa pierna para salir del coche y pisar la acera, su pechera almidonada y las lágrimas de abalorios que festoneaban el vestido de su mujer quedaron prendidos en la luz. La doncella salió a recibirles al vestíbulo y, todavía alterada por la importancia de la noticia, les dijo en susurro asustado que en su ausencia Chorb había venido a verles. El rostro mofletudo de Frau Keller, cuya inmarcesible frescura hacía honor a su linaje de comerciantes rusos, se estremeció y se ruborizó presa de nerviosismo.

—¿Y dijo que estaba enferma?

La doncella contestó en susurros cada vez más rápidos. Keller se pasaba su mano regordeta por su mata de pelo, y en su rostro simiesco, de labios carnosos y surcos profundos se instaló la expresión de un anciano.

—Sencillamente, me niego a esperar hasta mañana —murmuró Frau Keller, moviendo la cabeza y girando sobre sí misma tratando de coger la punta del velo que cubría su peluca castaña—. Iremos ahora mismo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora me explico que no hayamos tenido carta hace más de un mes.

Keller abrió de un golpe seco su chistera y dijo en ese su ruso preciso y casi gutural.

—Ese hombre está loco. ¿Cómo se atreve, estando enferma, a llevarla a ese hotel horrible?

Pero estaban equivocados, como es obvio, al pensar que su hija estaba enferma. Eso era lo que Chorb le había dicho a la doncella, por la única razón de que era lo más fácil de decir. En realidad había vuelto del extranjero solo y no se había dado cuenta hasta aquel momento de que, le gustara a no, tendría que dar alguna explicación acerca de la muerte de su mujer y de las circunstancias que le habían

impedido escribir a sus suegros comunicándoles la noticia. Era todo muy difícil. ¿Cómo iba a explicarles que quería poseer todo su dolor, sin teñirlo con ninguna sustancia extraña y sin compartirlo con ninguna otra alma? Su muerte se le presentaba como un suceso de lo más extraño, de lo más raro; no había nada más puro, pensaba, que aquella muerte, causada por el impacto de una corriente eléctrica, la misma corriente que, cuando se vierte en un receptáculo de cristal, produce la luz más pura y más brillante.

Desde aquel día de primavera en el que, en la carretera blanca a doce kilómetros de Niza, ella tocó, riéndose, el cable vivo de un poste derribado por la tormenta, el mundo entero de Chorb dejó de sonar como un mundo: se retiró al instante, e incluso el cadáver que llevó en sus brazos hasta el pueblo más próximo se le presentaba como un objeto extraño e innecesario.

En Niza, donde tuvo que ser enterrada, el cura tuberculoso no dejó de apremiarle en vano con desagradable insistencia para que le diera más detalles: Chorb le respondió con una sonrisa lánguida. Se quedó el día entero sentado en la playa de guijarros, jugando con las piedrecillas de colores, pasándoselas de una mano a otra; y luego, de repente, sin esperar al funeral, volvió a Alemania.

Recorrió a la inversa todos los lugares que habían visitado juntos en su viaje de novios. En Suiza, donde habían pasado el invierno y donde los manzanos estaban dando sus últimas flores, no pudo reconocer nada salvo los hoteles. En cuanto a la Selva Negra, por la que habían caminado en innumerables excursiones el otoño anterior, el escalofrío de la primavera no consiguió evitar el recuerdo. Y de la misma forma en que había tratado, en la playa del sur, de encontrar de nuevo aquel guijarro único, negro todo él salvo por una pequeña banda blanca, que ella le mostró la víspera de su último paseo, ahora hacía todo lo posible para identificar al borde de la carretera todos aquellos elementos que habían provocado en ella una exclamación de asombro; el perfil concreto de una roca especial, una cabaña cuyo techo estaba cubierto por una hilera de tejas color de plata, un abeto negro y un puente peatonal sobre un torrente blanco, y algo que podría considerarse como un presentimiento fatídico: los radios extendidos de una tela de araña que cubrían la distancia entre dos postes telegráficos sobre los cuales descansaban unas gotas de rocío. Ella le acompañaba: sus botas menudas se movían con rapidez y sus manos nunca dejaban de moverse, siempre en movimiento —ya fuera para coger una hoja de un matorral o para acariciar una roca al pasar—, manos ligeras, sonrientes que no conocían el reposo. Vio su rostro menudo con pecas oscuras y densas, y sus grandes ojos, cuyo pálido tinte verdusco era como el del vidrio roto cuyas aristas han sido pulidas gracias al lamido de las olas del mar. Pensó que si conseguía reunir todas aquellas pequeñas cosas que habían observado juntos —si conseguía recrear así el pasado más cercano—, su imagen se volvería inmortal y reemplazaría a la de carne y hueso para

siempre. Las noches, sin embargo, eran insoportables. La noche empapaba de terror su presencia impalpable. Apenas durmió durante las tres semanas de su viaje, y ahora desembarcaba exhausto de fatiga, en la estación del ferrocarril que el pasado otoño había sido su punto de fuga de aquella ciudad tranquila donde la había encontrado y donde se habían casado.

Eran alrededor de las ocho de la tarde. Detrás de las casas, la torre de la catedral se delineaba en negro preciso contra la franjé de un rojo dorado del sol poniente. En la plaza de la estación esperaban en fila los mismos fiacres decrépitos. El mismo vendedor de periódicos lanzaba su hueco grito crepuscular. El mismo caniche negro de ojos apáticos se disponía a levantar su delgada pata trasera junto a una columna Morris, apuntando directamente a las letras escarlatas de un cartel de teatro en el que se anunciaba *Parsifal*.

El equipaje de Chorb consistía en una maleta y en un gran baúl rojizo. Un fiacre le llevó por la ciudad. El cochero restallaba indolente las riendas con una mano, y con la otra sujetaba el baúl para que no se cayera. Chorb recordó que aquella a la que nunca nombraba por su nombre gozaba paseando en coches de alquiler.

En una callejuela en la esquina del teatro de la ópera municipal había un viejo hotel de tres plantas de reputación dudosa, con habitaciones que se alquilaban por semanas y también por horas. Su pintura negra se había ido pelando en formas geométricas; unos visillos de encaje hechos jirones cubrían sus ventanas viejas; su discreta puerta de entrada nunca se cerraba. Un criado pálido pero desenvuelto condujo a Chorb a través de un pasillo tortuoso, que apestaba a humedad y a col hervida, hasta una habitación que Chorb reconoció —al ver el cuadro de una *baigneuse* con un marco dorado sobre la cama— como el mismo cuarto en el que él y su mujer habían pasado su primera noche. Entonces todo constituía para ella un motivo de diversión; el hombre gordo en mangas de camisa que vomitaba allí mismo en el pasillo, así como el hecho mismo de haber elegido al azar aquel hotel repugnante, e incluso la presencia de un maravilloso pelo rubio en el lavabo; pero lo que más le divertía era la forma en la que se habían escapado de casa. En cuanto llegaron de la iglesia, ella corrió a su habitación a cambiarse, mientras en el piso de abajo los invitados se preparaban para cenar. Su padre, con una levita de buen paño, y una sonrisa fláccida en el rostro simiesco, saludaba a unos y a otros con grandes palmadas en la espalda y se ocupaba personalmente de servir copas de coñac. Su madre, mientras tanto, llevó a sus amigas íntimas, de dos en dos, a inspeccionar el dormitorio preparado para la joven pareja: con emoción contenida y susurrando casi sin respirar, les enseñaba un inmenso edredón, las flores de azahar, los dos pares de zapatillas sin estrenar —grandes y a cuadros, y diminutas, rojas y con pompones— que ella misma había dispuesto en la alfombrilla de la cama en la que se leía una inscripción en caracteres góticos: «JUNTOS HASTA LA MUERTE». Ahora, todo el

mundo se disponía a atacar los entremeses y Chorb y su mujer, después de un brevísimo intercambio de opinión, se escaparon por la puerta trasera y sólo a la mañana siguiente, media hora antes de la salida del tren expreso, volvieron a aparecer para recoger su equipaje. Frau Keller se había pasado toda la noche llorando; su marido, que siempre había mirado a Chorb (indigente emigrado ruso y hombre de letras) con un punto de sospecha, maldecía ahora la decisión de su hija, el precio de las bebidas, la policía local que era inoperante. Y en varias ocasiones, después de que los Chorbs se hubieron ido, el anciano fue a contemplar el hotel en la calleja de detrás del teatro de la ópera, y desde entonces aquella casa negra y ciega se convirtió para él en un objeto de deseo y de repugnancia a un tiempo como si fuera el recuerdo de algún crimen.

Mientras le traían el baúl, Chorb se puso a contemplar el cromo rosado. Cuando la puerta se cerró, se inclinó sobre el baúl y lo abrió. En un rincón de la habitación, detrás de un trozo de papel que se había despegado de la pared, un ratón se arrastró por el suelo y luego corrió a toda velocidad como un juguete con ruedas. Chorb se dio media vuelta asustado. La bombilla que colgaba del techo en una cuerda se balanceó levemente, y la sombra de la cuerda se deslizó a lo largo del sillón verde hasta detenerse en el borde. Era el mismo sillón en el que había dormido en su noche nupcial. Ella, en la cama, respiraba tranquila con el ritmo de un chiquillo. Aquella noche él la había besado tan sólo una vez, en el hueco de la garganta, a eso se había limitado su hacer el amor aquella noche.

El ratón se movía de nuevo. Hay algunos ruidos que aunque leves son más aterradores que el fuego de las armas. Chorb dejó a un lado el baúl y empezó a pasearse por la habitación. Una mariposa nocturna chocó metálica contra la bombilla. Chorb abrió la puerta de un tirón y salió.

Mientras bajaba se dio cuenta de que estaba agotado, y cuando se encontró en el exterior, en la avenida, el azul confuso de la noche de mayo le mareó. Al llegar al bulevar apremió el paso. Una plaza. Un *Herzog* de piedra. Las masas negras del parque Municipal. Los castaños en flor. *Entonces* era otoño. Habían ido a dar un paseo juntos la víspera de su boda. ¡Y qué maravilloso era el húmedo olor a tierra, como a violetas, de las hojas muertas esparcidas por la acera! En aquellos encantadores días encapotados, el cielo era de un blanco sucio, y el pequeño charco que ocupaba el centro de la acera donde se reflejaban las ramas desnudas parecía una fotografía que no hubieran acabado de revelar. Las villas de piedra gris estaban separadas por el follaje ya maduro e inmóvil de unos árboles amarillentos, y delante de la casa de los Keller las hojas de un álamo marchito habían adquirido el tono de uvas transparentes. Se vislumbraban también unos cuantos abedules detrás de las rejas de la puerta; la hiedra tapaba sólida parte de sus troncos, y Chorb insistió en contarle que en Rusia nunca crecía la hiedra en los abedules, y ella observó que los

tintes rojizos de sus hojas diminutas le recordaban las manchas de óxido que aparecían en la ropa blanca recién planchada. Los robles y castaños se alineaban a lo largo de la calzada; sus troncos negros estaban cubiertos con un terciopelo de moho verde; cada cierto tiempo una hoja se desprendía y se ponía a volar a través de la calle como un recorte de papel de envolver. Ella trataba de cogerla al vuelo valiéndose de una pala de juguete que habían encontrado junto a un montón de ladrillos rosas en un lugar de la calle que estaba en obras. Un poco más allá, la chimenea de una camioneta de reparaciones emitía un humo gris azulado, que se perdía a la deriva y se disolvía entre las ramas, y un trabajador, que descansaba con la mano en la cadera, contemplaba a la joven, ligera como una hoja muerta, bailando por la calle con aquella pala pequeña en su mano alzada. Brincaba, se reía. Chorb, ligeramente inclinado de hombros, caminaba tras ella —y le parecía que la felicidad misma tenía aquel olor, el olor de las hojas muertas.

Pero ahora apenas reconocía la calle, agobiada como estaba con la opulencia nocturna de los castaños. Una farola centelleaba delante; sobre el cristal se derramaba una rama, y las hojas que caían sobre el extremo del cristal, saturadas de luz, eran casi una pura transparencia. Se acercó. La sombra de la puerta de entrada, con su trabajo de celosía distorsionado por completo, le alcanzaba desde la acera enmarañándole los pies. Más allá de la verja y más allá también del oscuro camino de grava, se erguía amenazante la fachada de la casa familiar, toda oscura salvo por una sola luz en una ventana abierta. Dentro de aquella sima color ámbar, la doncella se disponía a extender con un amplio movimiento de sus brazos una sábana blanca como la nieve sobre una cama. Chorb la llamó con un grito seco y potente. Tenía una mano todavía agarrada a la puerta y el tacto del hierro bañado de rocío contra la palma de la mano le hirió con el más afilado de los recuerdos.

La doncella ya corría a su encuentro. Como le diría a Frau Keller más tarde, primero lo que le chocó fue que Chorb se quedara de pie en silencio en la acera junto a la puerta, aunque ella la abrió de inmediato. «No llevaba sombrero —contó— y la luz de la farola le daba en la frente, una frente toda sudorosa, y el pelo todo pegado a causa del sudor. Le dije que el señor y la señora estaban en la ópera. Le pregunté que por qué estaba solo. Los ojos le ardían, su expresión me produjo miedo y parecía que no se hubiera afeitado en mucho tiempo». Dijo suavemente: «Dígales que ella está enferma». Yo le pregunté: «¿Dónde se alojan?». Y él dijo: «En el mismo lugar de siempre», y luego añadió: «Pero eso carece de importancia. Volveré mañana por la mañana». Le sugerí que esperara, pero no contestó y se marchó.

De este modo, Chorb viajó de nuevo, trazando a la inversa el recorrido realizado hasta llegar a la fuente de sus recuerdos, una prueba agónica y a la vez dichosa que ya alcanzaba su final. Ya sólo quedaba una sola noche, una noche que había que pasar en aquel primer aposento de su matrimonio, pero al llegar la mañana la prueba habría

concluido y con ella habría completado finalmente la imagen perseguida de su mujer.

Pero mientras caminaba penosamente hasta el hotel, desandando su camino a lo largo del bulevar en cuyos bancos no distinguía sino figuras borrosas en la oscuridad azul, Chorb comprendió de repente que no conseguiría dormir solo en aquella habitación con su bombilla desnuda y sus grietas sonoras. Llegó a la plaza y siguió pesadamente su camino a lo largo de la avenida principal —y en ese momento supo lo que tenía que hacer. Su búsqueda, sin embargo, se prolongó un buen rato: ésta era una ciudad casta y tranquila, y el callejón secreto donde se compraba el amor era desconocido para Chorb. Tuvo que pasar una hora deambulando errante por las calles, una hora en la que sus oídos llegaron a chirriar y sus pies a quemarse, hasta que por fin llegó hasta aquella callejuela —en la que de inmediato abordó a la primera mujer que le saludó.

—Toda la noche —dijo Chorb sin apenas despegar los dientes.

La chica ladeó la cabeza, balanceó el bolso y replicó:

—Veinticinco.

El asintió. Sólo más tarde, después de mirarla como de reojo, Chorb observó indiferente que era bastante guapa, aunque estaba considerablemente ajada, y que tenía el pelo rubio arreglado en un moño.

Ella ya había estado en aquel hotel en varias ocasiones, con otros clientes, y el macilento criado de nariz aquilina, con el que se cruzaron en las escaleras, la saludó con un guiño amable. Mientras recorrían juntos el pasillo, oyeron, tras una puerta, el crujido de una cama, rítmico y pesado, como si estuvieran cortando un madero en dos. Unas puertas más allá, el mismo ruido monótono salía de otra habitación, y al pasar por delante, la chica miró a Chorb con una fría expresión de guasa.

El la hizo pasar a su habitación e inmediatamente, con la mente ya puesta en el sueño, empezó a quitarse la botonadura del cuello de la camisa. La chica se le acercó hasta pegársele. «¿Y qué hay de un regalito?», sugirió con una sonrisa.

Distraídamente, como en un sueño, Chorb se la quedó mirando, tratando de entender lo que quería decir.

Tras coger los billetes, los metió con cuidado en su bolso, emitió un breve y débil suspiro, y volvió a apretarse contra él.

—¿Me voy desnudando? —preguntó deshaciéndose el moño de una sacudida.

—Sí, vete a la cama —murmuró Chorb—. Mañana te daré más dinero.

La chica empezó a desabotonarse apresuradamente la blusa, sin dejar de mirarle de soslayo, extrañada al verle tan abstraído y taciturno. Él se deshizo de sus ropas deprisa y descuidadamente, se metió en la cama y se volvió de espaldas, hacia la pared.

«A este tipo le gustan cosas raras», conjeturó ella sin pensarlo demasiado. Dobló con cuidado su blusa y la colocó encima de una silla. Chorb ya estaba completamente

dormido.

La chica se paseó por el cuarto. Observó que la tapa del baúl, que estaba junto a la ventana, permanecía ligeramente abierta; se puso en cuclillas y consiguió mirar por la abertura. Con los ojos entreabiertos extendió su brazo desnudo y palpó un vestido de mujer, unas medias, trozos de seda —todo ello revuelto de cualquier manera y con un olor tan agradable que le invadió la tristeza.

Luego se puso de pie, bostezó, se rascó el muslo y, tal como estaba, desnuda pero con medias, descorrió la cortina de la ventana. Tras la cortina, las contraventanas estaban abiertas y se distinguía, en la oscuridad de terciopelo, una esquina del teatro de la ópera, el hombro negro de un Orfeo de piedra perfilándose contra el azul de la noche y una fila de luces a lo largo de la oscura fachada que se inclinaba hasta perderse en la oscuridad. Allí abajo, en la lejanía, había un hormigueo de oscuras siluetas diminutas que se apretaban al pasar por las puertas iluminadas y salir a las escalinatas porticadas iluminadas en semicírculos, hasta las que llegaban los coches con trémulas luces y capotas lisas y relucientes. Sólo se decidió a correr la cortina cuando toda aquella gente se hubo dispersado. Apagó la luz y se tumbó en la cama junto a Chorb. Justo antes de dormirse se sorprendió a sí misma pensando que ya había estado en aquella habitación un par de veces: se acordaba del cuadro rosa de la pared.

Pero no durmió más de una hora: un profundo aullido de espanto la despertó. Era Chorb que gritaba. Se había despertado en algún momento después de medianoche, se había puesto de costado, y había visto a su mujer tumbada a su lado. Gritó espantosamente, con una fuerza visceral. El blanco espectro de una mujer saltó de la cama. Cuando, temblando, encendió la luz, Chorb estaba sentado entre el desorden de las sábanas, con la espalda apoyada en la pared, las manos sobre el rostro, y entre sus dedos uno de sus ojos flameaba en una llamarada de locura. Luego se descubrió lentamente el rostro y también lentamente reconoció a la chica. Entre murmullos asustados se estaba poniendo la blusa a toda prisa.

Y Chorb emitió un suspiro de alivio, porque se dio cuenta de que su prueba había terminado. Fue hasta el sillón verde y se quedó allí sentado, agarrado a sus piernas peludas con una sonrisa ausente contemplando a la puta. Aquella sonrisa acrecentó el terror en ella; se volvió, abotonó el último botón, se ató las botas y se apresuró a ponerse el sombrero.

En ese preciso momento se oyeron unas voces y unos pasos en el pasillo.

Se oía la voz del criado que repetía lúgubre: «Pero, escuchen, está con una señora». Y una airada voz gutural que insistía una y otra vez: «Pero ¿no le estoy diciendo que es mi hija?».

Las pisadas se detuvieron delante de la puerta. A continuación llamaron a la misma.

La chica agarró el bolso de la mesa y de un tirón abrió la puerta decidida. Ante ella se erguía un anciano caballero todo asombrado con su chistera sin brillo, y la perla de su botonadura brillando en su camisa almidonada. A su espalda, y escrutando por encima del hombro, aparecía el rostro cubierto de lágrimas de una robusta señora que cubría su cabeza con un velo. Tras ellos el criado pálido y escuchimizado se esforzaba de puntillas en comunicarle algo con los ojos y con un gesto provocativo. La chica entendió sus señales y corrió por el pasillo, dejando atrás al anciano, que volvió la cabeza a su paso con la misma expresión de asombro para a continuación traspasar el umbral de la puerta junto con su acompañante. La puerta se cerró. La chica y el criado se quedaron en el pasillo. Intercambiaron una mirada de terror e inclinaron la cabeza para escuchar. Pero en la habitación todo era silencio. Parecía increíble que dentro hubiera tres personas. No había ni un solo ruido.

—No dicen nada —susurró el criado y se llevó la mano a los labios.

Guía de Berlín [*]

Por la mañana he ido al zoo y ahora estoy a punto de entrar en una taberna con mi amigo y compañero de copas. Un cartel azul lleva una inscripción en letras blancas en las que dice «LÖWEN-BRÄU», junto con la imagen de un león que guiña el ojo y enarbola una jarra de cerveza. Nos sentamos y empiezo a hablarle a mi amigo de tuberías, de tranvías y de otros asuntos importantes.

1. Las tuberías

Delante de la casa en la que vivo hay una tubería negra gigante tendida a lo largo del borde externo de la acera. A unos pies de la misma, en hilera, hay otra, y luego una tercera y una cuarta —las entrañas de hierro de las calles, todavía ociosas, antes de descender a la tierra, a las profundidades que se extienden bajo el asfalto. En los primeros días, tras su descarga de los camiones que vino acompañada de un estruendo hueco de metales, los chiquillos corrían a lo largo de las mismas y reptaban a cuatro patas por aquellos túneles redondos, pero una semana más tarde los niños dejaron de jugar y empezó a caer una espesa nieve; y ahora, cuando a la luz gris y opaca de la primera mañana me aventuro hasta la calle, sondeando precavidamente la traicionera superficie helada de la acera con mis sólidas suelas de goma, una tira uniforme de nieve recién caída se extiende a lo largo de la parte superior de cada una de las tuberías, mientras que en su interior, en la boca propiamente dicha de la tubería, que se encuentra en el lugar más cercano al punto donde los raíles dibujan una curva, el reflejo de un tranvía que todavía no ha apagado sus luces se desliza majestuoso como un relámpago de brillo naranja. Hoy alguien escribió «Otto» con el dedo en la tira de nieve virgen y yo pensé que aquel nombre, con sus dos suaves oes flanqueando la pareja de dulces consonantes, se adaptaba de forma muy hermosa a la capa silenciosa de nieve sobre aquella tubería con dos agujeros y su tácito túnel.

2. El tranvía

El tranvía habrá desaparecido dentro de veinte años, lo mismo que el coche de caballos ha desaparecido hoy en día. Yo le encuentro ya un cierto aire antiguo, una especie de encanto pasado de moda. Todo en él es un punto torpe y desvencijado y, cuando toma una curva demasiado rápido, y el trole se sale del cable y el revisor o uno de los pasajeros se asoma por la parte trasera del coche a mirar a lo alto y a tirar de la cuerda hasta que consigue que el trole vuelva a su lugar, siempre pienso que en

más de una ocasión los cocheros de antaño debieron haber perdido la fusta, ante lo cual no habrían tenido más remedio que refrenar su tronco de cuatro caballos y mandar al mozo, sentado a su lado en el pescante con su librea de largos faldones, a buscarla, mientras ellos seguían su camino avisando con bocinazos estridentes cuando el coche, restallando con estrépito sobre los adoquines, atravesara un pueblo.

El revisor que distribuye los billetes tiene unas manos muy extrañas. Se mueven con la misma agilidad que las de un pianista, pero en lugar de ser fláccidas, sudorosas y de uñas suaves, las manos del revisor son tan toscas que cuando por casualidad, al darle el dinero, le tocas la palma de la mano, que parece haber desarrollado una dura corteza como quitinosa, sientes una especie de malestar moral. Son unas manos extraordinariamente ágiles y eficaces, a pesar de su dureza y del grosor de sus dedos. Yo observo lleno de curiosidad cómo agarra el billete entre sus dedos gruesos con uñas tan negras y cómo lo pica en dos sitios distintos, cómo registra su cartera de piel y cómo saca unas monedas para devolver el cambio, y cómo cierra la cartera inmediatamente y tira de la cuerda del timbre o cómo, con un simple empujón del pulgar, abre de golpe la ventanilla de la puerta de delante para entregar los billetes a los pasajeros de la plataforma delantera. Y mientras tanto, el coche no deja de moverse, los pasajeros que están de pie en el pasillo se agarran a las correas del techo y se balancean de un lado a otro, mientras que a él no se le cae al suelo ni una moneda ni tampoco se le rompe un billete al sacarlo del rollo. En estos días de invierno la parte inferior de la puerta delantera lleva una cortina verde, las ventanas están cubiertas de hielo, y en todas las paradas hay un puesto de venta de árboles de Navidad, los pies de los pasajeros están entumecidos de frío, y a veces unos mitones de lana gris cubren las manos del revisor. Al final del trayecto desenganchan el coche delantero que entra en otra vía, hace un giro completo hasta llegar a la vía original y se acerca al resto de la composición por detrás. Hay algo que recuerda a una hembra sumisa en la forma en que el coche de atrás espera hasta que el primer coche, el macho, llega chisporroteando en una llama, se acerca y se le engarza. Y (salvo por lo que respecta a la metáfora biológica) me recuerdan cómo, hace unos dieciocho años en San Petersburgo, solían desenganchar a los caballos y llevarlos alrededor del tranvía con su panza azul.

El coche de caballos ha desaparecido, igual que desaparecerá el tranvía eléctrico, y habrá algún excéntrico escritor berlinés en los años veinte del siglo XXI que, cuando quiera describir nuestra época, irá a un museo tecnológico y localizará un tranvía centenario, amarillo, tosco, con antiguos asientos curvos, y en un museo de trajes antiguos escarbará hasta sacar a la luz el negro uniforme de botones brillantes de un revisor. Entonces volverá a su casa y compilará una descripción de las calles de Berlín en los tiempos ya idos. Cada cosa, cada minucia, tendrá su valor y su sentido: la cartera del revisor, el anuncio sobre la ventana, aquel movimiento o traqueteo

preciso que nuestros biznietos quizás se imaginarán…, todo quedará ennoblecido y justificado en razón de su antigüedad.

Yo pienso que en esto radica el sentido de la creación literaria: en la descripción de objetos ordinarios tal y como quedarán reflejados en los espejos amables de los tiempos futuros; en encontrar en los objetos que nos rodean la ternura fragante que sólo la posteridad podrá discernir y apreciar en los lejanos tiempos venideros en los que cada minucia de nuestra aburrida vida cotidiana se convertirá en algo exquisito y festivo por derecho propio: los tiempos en los que un hombre que se haya puesto la chaqueta más común de nuestros días se transmutará en un caballero disfrazado con las galas más elegantes y presto a asistir a un baile de máscaras.

3. Oficios

Aquí tenemos una serie de ejemplos de los diversos tipos de oficios que observo desde el tranvía abarrotado, donde siempre puedo contar con una mujer compasiva que me ceda el asiento junto a la ventana, mientras trate por todos los medios de no mirarme a la cara.

En un cruce, han picado la calzada junto a las vías; cuatro obreros, por turno, tratan de meter una estaca de hierro golpeándola con unos mazos; cuando el primero da el primer golpe, un segundo hombre ya apresta su mazo en el aire con un movimiento oscilante y certero; el segundo mazo se estrella con estrépito y se alza al cielo cuando ya el tercero y el cuarto golpean por turnos en secuencia rítmica. Yo escucho sus golpes pausados como cuatro notas sucesivas de un carillón de hierro.

Un panadero pasa raudo con una gorra blanca en su triciclo; hay algo angélico en un muchacho cubierto de harina. Una camioneta pasa cascabeleando, con cajas que contienen hilera tras hilera de botellas vacías de brillo esmeralda recogidas en los bares y tabernas. Un largo alerce negro viaja misterioso en un carro. El árbol descansa inmóvil; la copa tiembla levemente, mientras que las raíces llenas de tierra, envueltas en tosca arpillera, forman en su base una enorme esfera beige que parece una bomba. Un cartero, que ha colocado la boca de un saco bajo un buzón color cobalto, lo vuelca desde abajo, y en secreto, invisible, con un susurro apresurado, el buzón se vacía y el cartero cierra con un golpe las mandíbulas cuadradas del saco, que ahora está lleno y pesado. Pero quizás lo más hermoso de todo sean las reses abiertas en canal, amarillo cromo con manchas rosadas y con arabescos, amontonadas en un camión, y el hombre con el delantal y la capucha de piel con su faldón cubriéndole el cuello, que levanta cada animal y se lo echa a la espalda y que, encogido, lo lleva por la acera hasta la carnicería roja.

4. Edén

Toda ciudad grande tiene su propio jardín del Edén en la tierra, construido por los hombres.

Si las iglesias nos hablan del Evangelio, los zoos nos recuerdan los comienzos solemnes, y tiernos, del Antiguo Testamento. Lo único triste de este jardín del Edén artificial es que todo él esta enrejado, aunque también es verdad que si no existieran recintos cercados me vería atacado por el primer dingo con el que me cruzara. Con todo y con ello, no deja de ser el Paraíso, en cuanto que el hombre ha sido capaz de reproducirlo, y con toda razón el gran hotel que se levanta frente al Zoo de Berlín recibe su nombre del citado jardín.

En invierno, cuando han recogido a los animales tropicales, recomiendo visitar los anfibios, los insectos y los peces. En el vestíbulo oscuro, las filas de ventanas iluminadas tras cuyos cristales se exhiben los animales parecen las portillas a través de las cuales el capitán Nemo contemplaba desde su submarino a las criaturas marinas que ondeaban entre las ruinas de Atlantis. Detrás del cristal, en recovecos iluminados, los peces transparentes se deslizan con sus aletas relucientes, las flores marinas respiran y, en un bancal de arena vive una estrella de cinco puntas carmesí. Aquí es, pues, donde se originó el famoso emblema —en el fondo mismo del océano, en las tinieblas de la hundida Atlantis, que hace muchos años sobrevivió a diversas vicisitudes, desentendiéndose de las utopías del momento y de otras necedades que nos paralizan hoy en día.

Oh, y no se te ocurra perderte las tortugas gigantes sobre todo cuando les están dando de comer. Estas antiguas y pesadas cúpulas córneas fueron traídas de las Islas Galápagos. Con cierta circunspección decrépita, una cabeza plana toda arrugada y dos patas totalmente inútiles, emergen a cámara lenta desde su bóveda de setenta kilos. Y con su espesa lengua de esponja que de alguna forma recuerda a la de un idiota cacológico que vomitara sin ningún decoro su lenguaje monstruoso, la tortuga hunde la cabeza en un montón de verduras mojadas y se pone a masticar sus hojas sin orden ni concierto.

Pero esa bóveda que las cubre…, ah, esa bóveda, ese bronce sin edad, patinado, apagado, esa espléndida carga de tiempo…

5. La taberna

—Es una guía muy mala —me dice sombrío mi habitual compañero de copas—. ¿A quién le importa que tomaras un tranvía para ir al Aquarium de Berlín?

La taberna en la que estamos está dividida en dos partes, una grande, la otra algo más pequeña. Una mesa de billar ocupa el centro de la primera; hay unas cuantas mesas en las esquinas; una barra enfrente de la puerta de entrada, y botellas en los estantes detrás de la barra. En la pared, entre las ventanas, cuelga una serie de periódicos y revistas montados en una vara de madera como si fueran estandartes de

papel. Al fondo hay un pasillo amplio a través del cual se ve un cuarto pequeño y arrebujado con un sofá verde bajo un espejo, del que sobresale una mesa ovalada con un hule a cuadros que ocupa sólidamente el espacio delante del sofá. Esa habitación es parte del piso modesto y exiguo del tabernero. Su mujer, de pechos Caídos y belleza ya ajada, le está dando la sopa a un niño rubio.

—Carece de interés —afirma mi amigo con un bostezo lúgubre—. ¿Qué importan las tortugas y los tranvías? En cualquier caso, el asunto en sí es aburridísimo. Una aburrida ciudad extranjera y además cara, por no hablar de…

Desde nuestro sitio junto a la barra se veía con toda precisión el sofá, el espejo y la mesa al fondo, al final del pasillo. La mujer recoge la cena. Con los codos apoyados en la mesa, el niño mira una revista ilustrada enroscada inútilmente en su vara de madera.

—¿Pero qué es lo que ves ahí? —me pregunta mi compañero y se da la vuelta lentamente, con un suspiro, y al hacerlo la silla cruje ruidosa bajo su peso.

Y allí, bajo el espejo, el niño sigue sentado solo. Pero ahora mira hacia nosotros. Desde allí ve el interior de la taberna: la isla verde de la mesa de billar, la pelota de marfil que tiene prohibido tocar, el brillo metálico de la barra, un par de camioneros gordos sentados a una mesa y a nosotros dos en otra. Hace tiempo que se ha acostumbrado a esta escena y ya no le espanta su cercanía. Y sin embargo, hay algo que sé. Sea cual sea su vida, siempre recordará la escena que veía todos los días de su infancia desde la pequeña habitación donde se comía la sopa. Recordará la mesa de billar y el parroquiano que, noche tras noche, en mangas de camisa, apoyado en la mesa de billar, echaba atrás su codo blanco y golpeaba la bola con su taco, y el humo gris azulado de los puros, y el alboroto de las voces, y mi manga derecha vacía y mi rostro lleno de cicatrices, y su padre detrás de la barra, sirviéndome una jarra de cerveza de barril.

—No entiendo qué ves ahí —dice mi amigo, volviéndose hacia mí.

—¡Qué! ¿Cómo demostrarle que he vislumbrado los futuros recuerdos de una persona?

Un cuento de hadas [*]

1.

¡Fantasía, la agitación, el éxtasis de la fantasía! Erwin las conocía bien. Cuando iba en tranvía siempre se sentaba en el lado derecho para estar más cerca de la acera. Dos veces al día, y desde el tranvía que tomaba para ir al trabajo y también para regresar a casa, Erwin miraba por la ventana y coleccionaba un harén. ¡Feliz Erwin, feliz él, que habitaba en aquella ciudad alemana tan conveniente, tan de cuento de hadas!

Por la mañana, en su camino hasta el trabajo, cubría una de las aceras, y la otra a la caída de la tarde, de regreso a casa. La una primero, la otra después, estaban bañadas en la voluptuosa luz del sol, porque también el sol hacía un doble recorrido, de ida y vuelta. Debemos tener en cuenta que Erwin era tan enfermizamente tímido que en toda su vida, tan sólo una vez, y provocado por los sinvergüenzas de sus compañeros, había abordado a una mujer, y ésta le había dicho sin inmutarse: «¡Cómo no le da vergüenza! Déjeme en paz». Desde entonces, había evitado toda conversación con jóvenes desconocidas. En compensación, separado de la calle por un paño de ventana, agarrado con fuerza a su cartera negra, vestido con sus pantalones a rayas todos gastados, y estirando la pierna bajo el asiento de enfrente (siempre que no estuviera ocupado), Erwin miraba audazmente y con toda libertad a las jóvenes que pasaban, hasta que de pronto se mordía el labio inferior: eso significaba que acababa de captar una nueva concubina; después la dejaba a un lado, por así decir, y su rápida mirada, saltando como si fuera la aguja de una brújula, se disponía a buscar la próxima. Aquellas bellezas le eran lejanas y, por consiguiente, la dulzura de poder elegir libremente no se veía afectada por su taciturna timidez. Sin embargo, si por azar una joven se sentaba frente a él, y una especie de punzada le decía que era guapa, sacaba la pierna de debajo del asiento con una brusquedad muy poco típica de su juventud, sin decidirse a examinarla: los huesos de su frente —allí mismo, sobre sus cejas— le dolían de timidez, como si un casco de hierro le estuviera apretando las sienes y le impidiera alzar los ojos; y qué sensación de alivio cuando la chica se levantaba para dirigirse a la salida. Sólo entonces, fingiendo que estaba distraído, pensando en otra cosa, Erwin, perdida su vergüenza miraba, y seguía con los ojos la espalda que se alejaba, tragándose de golpe su adorable nuca y sus pantorrillas envueltas en seda, y en ese momento, después de todo, ¡la incorporaba a su fabuloso harén! Volvía a estirar la pierna, y otra vez la acera resplandeciente fluía a

su paso al otro lado de la ventana, y de nuevo, con la punta de su estrecha nariz pálida pegada al cristal y orientada hacia la calle, Erwin acumulaba sus esclavas. ¡Aquello era fantasía, el éxtasis, la agitación de la fantasía!

2.

Un sábado de una frívola noche de mayo, Erwin estaba sentado a la mesa en una terraza. Observaba la muchedumbre ligera de la avenida, mordiéndose de cuando en cuando el labio con el colmillo. El cielo todo estaba teñido de rosa y las farolas y las luces de los escaparates brillaban con una especie de luz sobrenatural en el crepúsculo creciente. Una niña anémica aunque guapa vendía las primeras lilas. Oportunamente en el fonógrafo del café sonó el *Aria de las flores* de *Fausto*.

Una señora alta, de mediana edad, vestida con un traje de chaqueta gris marengo de alta costura, se abrió camino cansadamente, aunque no sin gracia, por entre las mesas de la terraza, con un sinuoso movimiento de caderas. No había ninguna vacía. Finalmente, descansó una mano enfundada en un guante negro satinado sobre el respaldo de la silla vacía enfrente de Erwin.

—¿Puedo…? —preguntaron sus ojos serios tras el corto velo de su sombrero de terciopelo.

—No faltaba más —contestó Erwin, levantándose un punto del asiento para volver a sentarse inmediatamente. No le impresionaba ese tipo de mujer corpulenta con mandíbulas poderosas, muy maquilladas y con un aire ligeramente masculino.

Con un movimiento decidido depositó el descomunal bolso sobre la mesa. Pidió un café y tarta de manzana. Su voz profunda era ronca pero agradable.

El amplio cielo, bañado en un rosa mate, se oscureció. Un tranvía chirrió a su lado, inundando el asfalto con las lágrimas brillantes de sus luces. Y las bellezas, todas con falda corta, caminaban por delante. La mirada de Erwin las seguía.

Quiero ésta, pensó, y sintió algo en su labio inferior. Y aquélla, también.

—Creo que lo puedo arreglar —dijo ella en el mismo tono tranquilo y ronco con el que se había dirigido al camarero.

Erwin casi se cayó de la silla. La señora le miró atentamente, mientras se quitaba un guante para tomarse el café. Sus ojos pintados brillaban fríos y duros, como si fueran joyas falsas demasiado ostentosas. Debajo, aparecían unas bolsas oscuras y —esto es raro encontrarlo en las mujeres, incluso en las ancianas— unos pelos brotaban de su nariz felina. Sin el guante, la mano apareció grande, arrugada, con unos dedos largos, convexos, muy hermosos.

—No se sorprenda —dijo ella con una sonrisa irónica. Disimuló un bostezo y añadió—: A decir verdad, soy el demonio.

Erwin, tímido e inocente, pensó que se trataba de una figura retórica, pero la señora, bajando el tono de la voz, continuó hablando de la siguiente manera:

—Los que me imaginan con cuernos y con un gran rabo están muy confundidos. Sólo aparecí una vez bajo esa forma, ante un imbécil bizantino, y no logro entender por qué tuve tanto éxito. Yo nazco unas dos o tres veces cada dos siglos. En la década de 1870, hace unos cincuenta años, me enterraron con honores pintorescos y con gran derramamiento de sangre, en una colina que dominaba una serie de aldeas africanas de las que fui reina. Aquel mandato fue un descanso después de más severas encarnaciones. Ahora soy una mujer alemana cuyo último marido —creo que he tenido tres en total— era de origen francés, un tal profesor Monde. En los últimos años he llevado al suicidio a varios jóvenes, he logrado que un artista muy conocido copiara y multiplicara la Abadía de Westminster en los billetes de una libra, he seducido a un virtuoso hombre casado amante de su familia… Pero realmente no hay nada de qué presumir. Este último ha sido un avatar más bien banal, y ya estoy cansada.

Engulló su trozo de tarta y Erwin, murmurando algo, recogió su sombrero que se había caído debajo de la mesa.

—No, no se vaya todavía —dijo Frau Monde, mientras le hacía una seña al camarero—. Le voy a proponer algo. Le ofrezco un harén. Y si todavía duda de mi poder… ¿Ve a aquel caballero mayor con gafas de montura de concha que está cruzando la calle? Vamos a hacer que choque contra un tranvía.

Erwin, sin dar crédito, se volvió a mirar a la calle. El anciano, al llegar a las vías, sacó un pañuelo y se dispuso a estornudar. En ese preciso instante apareció un tranvía a toda velocidad, rechinaron los frenos y siguió su camino. Desde ambos lados de la avenida la gente se precipitó hacia las vías. El anciano caballero, sin gafas y sin pañuelo, estaba sentado en el asfalto. Alguien le ayudó a levantarse. Se puso en pie, moviendo tímidamente la cabeza, y se dispuso a limpiarse el gabán con las manos mientras movía una pierna para asegurarse de que no le había pasado nada.

—Dije «vamos a hacer que choque con un tranvía», no «que le atropelle un tranvía» aunque, de haberlo querido, bien pudiera haber hecho que lo atropellaran —observó fríamente Frau Monde, mientras colocaba un grueso cigarrillo en una boquilla de esmalte—. En cualquier caso, ya tiene un ejemplo.

Exhaló dos bocanadas de humo gris por la nariz y de nuevo se quedó mirando fijamente a Erwin con sus ojos duros y brillantes.

—Me gustó usted en cuanto le vi. Esa timidez, esa imaginación audaz. Me recordó a un monje joven, inocente aunque muy dotado, que conocí en la Toscana. Ésta es mi penúltima noche. Ser mujer tiene sus ventajas, pero ser una mujer de cierta edad es el infierno, si me perdona la expresión. Sin embargo, cometí tal maldad el otro día, muy pronto se enterará por los periódicos, que será mejor que deje esta vida. El próximo lunes tengo la intención de volver a nacer en otro lugar. La puta siberiana que he escogido para mi próxima encarnación será la madre de un hombre

maravilloso y también monstruoso.

—Ya veo —dijo Erwin.

—Bien, querido muchacho —continuó Frau Monde, destrozando su segunda porción de tarta—, tengo la intención de divertirme inocentemente antes de marchar. Aquí está mi sugerencia. Mañana, desde el mediodía hasta la medianoche, puede ir eligiendo según su método habitual (con ironía y un punto de humor negro Frau Monde se mordió el labio inferior con un silbido suculento) todas las jóvenes que desee. Antes de mi marcha, las tendré a todas reunidas y a su completa disposición. Estarán con usted hasta que haya gozado de todas y cada una de ellas. ¿Qué le parece, *amico*?

Erwin bajó los ojos y dijo suavemente:

—Si eso es verdad, sería una gran felicidad.

—De acuerdo, entonces —dijo ella, y lamió el resto de nata que quedaba en la cuchara—. De acuerdo. He de poner, sin embargo, una condición. No, no es lo que piensa. Como le dije, ya tengo dispuesta mi próxima encarnación. No es *su* alma lo que quiero. La condición es la siguiente: la suma de las mujeres elegidas entre mediodía y medianoche ha de constituir un número impar. Este detalle es esencial y definitivo. De otra manera, no puedo hacer nada por usted.

Erwin se aclaró la garganta y preguntó, casi en un susurro:

—Pero ¿cómo lo sabré? Digamos que elijo una… ¿qué pasa entonces?

—Nada —dijo Frau Monde—. Su deseo, sus sentimientos, son la ley. Sin embargo, para que tenga la seguridad de que no miento y de que el acuerdo sigue en pie, le haré una señal cada vez: una sonrisa, no necesariamente dirigida a usted, una palabra oída al azar entre la gente, una repentina mancha de color… ese tipo de cosa. No se preocupe, se dará cuenta.

—Y… y —farfulló Erwin, arrastrando los pies bajo la mesa—, ¿y dónde… sucederá… todo ello? Mi habitación es muy pequeña.

—No se preocupe tampoco por eso —dijo Frau Monde, y al levantarse le crujió el corsé—. Ahora ya es hora de que se vaya a casa. No le vendrá mal descansar toda una noche. Le llevo.

En el taxi descapotable, con el viento oscuro derramándose entre el cielo estrellado y el asfalto reluciente, el pobre Erwin se sintió preso de extraordinaria alegría. Frau Monde se sentaba erguida, sus piernas cruzadas en ángulo recto, y las luces de la ciudad centelleaban al pasar por sus ojos como gemas.

—Ya estamos en su casa —dijo, tocándole a Erwin en el hombro—. *Au revoir*.

3.

Son muchos los sueños que nos puede brindar una jarra de cerveza oscura rociada con coñac. Eso pensaba Erwin al despertarse a la mañana siguiente —debió de

emborracharse, y la conversación con aquella divertida mujer era un puro producto de la imaginación. Este procedimiento retórico es frecuente en los cuentos de hadas, y, como en los cuentos de hadas, nuestro joven pronto se dio cuenta de que estaba equivocado.

Salió a la calle justo cuando el reloj de la iglesia acababa de comenzar la laboriosa tarea de dar las campanadas de mediodía. Otras campanas domingueras se le unieron excitadas, y una brisa viva agitaba las lilas persas que rodeaban los servicios públicos en el pequeño parque junto a su casa. Los pichones se acomodaban en una vieja piedra *Herzog*, o se paseaban contoneándose por la arena donde los chiquillos, con sus traseros blancos enhiestos, cavaban sus pequeños pozos con palas y cubos de juguete y jugaban con trenes de madera. Las hojas lustrosas de los tilos se movían al viento; sus sombras, ases de espadas, temblaban sobre el camino de grava y subían en bandadas ligeras por los pantalones y las faldas de los paseantes, apresurándose en su ascensión para dispersarse al llegar a los hombros y a los rostros y, de nuevo, la bandada entera volvía al suelo donde, sin apenas moverse, esperaban inmóviles la próxima pisada de un pasajero. En este abigarrado escenario, Erwin vio a una joven vestida de blanco que se había agachado a acariciar con los dedos a un cachorro gordo y desgreñado con verrugas en la tripa. Al inclinar la cabeza, su cuello y su nuca quedaban al descubierto revelando las olas de sus vértebras, el vello rubio, el delicado hueco entre sus hombros, y el sol a través de las hojas encontraba destellos de fuego en su cabello castaño. Sin dejar de jugar con el cachorro, se alzó sobre las caderas y se puso a dar palmadas con las manos por encima del perro. El gordo animalejo empezó a dar vueltas sobre la grava, luego corrió un poco hasta caerse de lado. Erwin se sentó en un banco y lanzó una mirada tímida y ávida al rostro de la joven.

La veía con tanta claridad, la percibía con una fuerza tan perfecta y tan penetrante que, parecía, no había nada nuevo que sus rasgos pudieran revelarle en largos años de intimidad previa. Sus pálidos labios se movían como si repitieran el más mínimo movimiento del cachorro; sus pestañas parpadeaban de forma tan brillante que parecían rayos que salieran de sus ojos radiantes; pero lo más maravilloso, quizás, era la curva de su mejilla, ahora ligeramente de perfil; aquella línea curva, evidentemente, no podía encontrar palabras que la describieran. Empezó a correr, mostrando unas piernas bonitas, y el cachorro empezó a dar tumbos persiguiéndola, como una pelota de lana. Dándose cuenta de pronto de su poder milagroso, Erwin contuvo el aliento y esperó a que se produjera la esperada señal. En ese preciso momento la joven volvió la cabeza y le lanzó un destello de sonrisa a la criaturilla gorda que se esforzaba por seguirla.

—Número uno —se dijo Erwin con insólita complacencia y se levantó del banco.

Siguió andando por el sendero de grava que crujía bajo sus pies, enfundados en

unos zapatos rojo-amarillentos que sólo utilizaba los domingos. Abandonó el oasis del diminuto parque y cruzó al otro lado hasta el bulevar Amadeus. ¿Le bailaban los ojos? Y tanto que sí. Quizás la chica de blanco le había dejado una marca más cegadora que cualquier posible recuerdo y aquel punto ciego en su mirada le impedía encontrar otra novia. Pronto, sin embargo, la ceguera se disolvió, y junto a una columna vidriada donde se anunciaba el horario del tranvía, nuestro amigo observó a dos jóvenes —hermanas, quizá gemelas, a juzgar por su extraordinario parecido— que discutían con voz vibrante qué tranvía tomar. Ambas eran menudas y delgadas, vestidas de seda negra, con ojos descarados y bocas pintadas.

—Tienes que tomar éste —insistía una de ellas.

—Ambas, por favor —pidió Erwin al momento.

—Sí, desde luego —dijo la otra, respondiendo a las palabras de su hermana.

Erwin continuó su camino a lo largo del bulevar. Conocía todas las calles elegantes donde estaban las mejores posibilidades.

—Tres —se dijo a sí mismo—. Número impar. Hasta ahora, voy bien. Y si ahora mismo fuera medianoche…

Bajaba las escaleras del Leilla, uno de los mejores hoteles de la ciudad, balanceando el bolso. Su corpulento y barbado acompañante aminoró el paso tras ella para encender un puro. La dama era preciosa, iba sin sombrero, tenía el pelo corto, con flequillo en la frente que la hacía parecer un actor adolescente haciendo el papel de una damisela. Al pasar a su lado, ahora escoltada de cerca por nuestro ridículo rival, Erwin observó simultáneamente la rosa roja artificial que llevaba en la solapa de su chaqueta y el anuncio de un cartel, un turco de bigote rubio y en letras grandes, la palabra «¡SÍ!», bajo la cual se leía en letras bien grandes: «SÓLO FUMO LA ROSA DE ORIENTE».

Eso hacían cuatro, divisible por dos, y Erwin, impaciente, sintió la necesidad apremiante de restaurar de inmediato aquel disparate de los números impares. En una bocacalle del bulevar había un restaurante barato que frecuentaba algún domingo, harto ya de la comida de su patrona. Entre las chicas en las que se había fijado en alguna que otra ocasión, había una joven que trabajaba en aquel lugar. Entró y pidió su plato favorito: salchicha con choucrutte. Su mesa estaba junto al teléfono. Un hombre con un sombrero hongo marcó un número y empezó a hablar atropelladamente y con tanta avidez como un podenco que acabara de atrapar el rastro de la liebre. La mirada de Erwin se desplazó hasta la barra…, y allí estaba la chica que había visto un par de veces. Era una belleza gris, pecosa, si es que la belleza puede ser rojiza y gris. Al levantar sus brazos desnudos para colocar los jarros de cerveza que acababa de fregar vio la mata roja de sus axilas.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —ladró el hombre en la boca del teléfono.

Con un suspiro de satisfacción enriquecido con un eructo Erwin abandonó el

restaurante. Se sentía pesado y con ganas de echarse una siesta. A decir verdad, los zapatos nuevos le apretaban como cangrejos. El tiempo había cambiado. El aire era de bochorno. Se formaron unas grandes nubes en forma de túmulos y se apelotonaron unas contra otras en el tórrido cielo. Las calles se estaban quedando desiertas. Se sentían las casas llenas hasta la bandera de ronquidos dominicales. Erwin se subió a un tranvía.

El tranvía echó a andar. Erwin volvió su rostro, pálido, brillante de sudor, hacia la ventana, pero no pasaba ninguna chica. Al pagar, observó que, al otro lado del pasillo, había una mujer sentada de espaldas a él. Llevaba un sombrero de terciopelo negro y un vestido ligero, estampado con unos crisantemos sobre un fondo malva semitransparente a través del cual se veían los tirantes de su combinación. La corpulencia escultural de la dama avivó en Erwin la curiosidad por ver su cara. Cuando el sombrero inició un movimiento y, como un barco negro, giró en dirección a donde él estaba, Erwin, como de costumbre, se puso a mirar distraído a un joven que tenía enfrente, después se miró las uñas, luego a un viejito rubicundo que dormitaba al fondo del coche, y, tras haber establecido con ello un punto de partida desde el que justificar nuevos abordajes, Erwin desplazó su mirada fortuitamente hasta la dama que ahora tenía ante sí. Era Frau Monde. Su rostro grande, y ya no joven, estaba cubierto de manchas rojizas producidas por el calor, sus cejas masculinas se erizaban sobre sus penetrantes ojos prismáticos, una sonrisa ligeramente sardónica se abría en las comisuras de sus labios cerrados.

—Buenas tardes —dijo en su ronco tono de voz característico—. Venga a sentarse conmigo. Ahora podemos hablar, ¿Cómo van las cosas?

—Sólo cinco —replicó Erwin avergonzado.

—Excelente. Un número impar. Yo le aconsejaría que se detuviera en este punto. Y a medianoche… es verdad, creo que no se lo he dicho, a medianoche tiene que venir a la calle Hoffmann. ¿Sabe dónde está? Entre los números doce y catorce. El solar vacío que hay allí se transmutará en una villa con un jardín tapiado. Las jóvenes elegidas por usted le estarán esperando allí tendidas sobre alfombras y cojines. Yo le esperaré a la puerta del jardín, pero que quede entendido que yo no voy a participar en nada —añadió con una sutil sonrisa—. No me entrometeré. ¿Recuerda la dirección? Habrá una farola completamente nueva delante de la puerta.

—Ah, se me olvidaba una cosa —dijo Erwin, armándose de valor—. Quiero que al principio estén vestidas… quiero decir que quiero que tengan el mismo aspecto que tenían cuando las elegí… y que sean alegres y tiernas.

—Pero, claro, no faltaba más —contestó ella—, todo será como usted lo desea, no hace falta que me lo diga. De otra manera no hubiera habido razón para iniciar toda esta historia, *n'est-ce-pas*? Confiese, sin embargo, mi querido amigo… que ha estado a punto de enrolarme en su harén. No, no, no tema, le estoy tomando el pelo. Bueno,

hemos llegado a su parada. Muy prudente por su parte el terminar el juego por hoy. Cinco están bien. Le veré segundos después de medianoche, ja, ja.

4.

Al llegar a su cuarto, Erwin se quitó los zapatos y se tendió en la cama. Se despertó al anochecer. Un tenor melifluo cantando a toda voz surgía de un fonógrafo vecino: «Quiero ser feliiiiiiiiii…».

Erwin empezó a recordar: Número uno, la Doncella de blanco, es la más candida de todas. Quizá me he apresurado un tanto. Bueno, tampoco importa. Luego las gemelas junto a la columna de cristal. Unas chicas alegres, todas maquilladas. Con ellas seguro que me divierto. Luego, número cuatro, *Leilla la Rosa*, que se parece a un chico. Ésa es, quizás, la mejor. Y finalmente, la *Zorra de la taberna*. Tampoco está mal. Pero son sólo cinco. ¡No son muchas!

Se quedó tumbado un buen rato con las manos detrás de la cabeza, escuchando al tenor que seguía queriendo ser feliz: cinco. No, eso es absurdo. Qué pena que no sea lunes por la mañana: aquellas tres dependientas del otro día… ¡hay tantas bellezas por encontrar! Y siempre puedo añadir a alguna que pase por la calle en el último momento.

Erwin se puso su par de zapatos de todos los días, se peinó y salió corriendo a la calle.

A las nueve de la noche ya tenía dos más en su colección. A una la encontró en un café donde se tomó un sandwich y dos copitas de ginebra holandesa. Estaba hablando toda animada con su acompañante, un extranjero que no paraba de atusarse la barba, en un lenguaje impenetrable —polaco o ruso—, y sus ojos grises eran ligeramente achinados, su afilada nariz aquilina se arrugaba cuando se reía, y enseñaba sus elegantes piernas hasta las rodillas. Mientras Erwin observaba sus rápidos gestos, la forma intrépida en que dejaba caer la ceniza del cigarrillo por toda la mesa, una palabra alemana se abrió como una ventana en su discurso eslavo, y esta palabra pronunciada al azar (*offenbar*) era el signo «evidente». La otra chica, la número siete de la lista, apareció en la entrada chinesca de un pequeño parque de atracciones. Llevaba una blusa escarlata con una falda verde brillante, y su cuello desnudo se hinchaba cada vez que se reía jocosa, intentando esquivar a dos jóvenes inconscientes que trataban de agarrarla por las caderas y de convencerla para que los acompañara.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó finalmente, y rápidamente se la llevaron.

Linternas de papel de todos los colores daban vida al lugar. Una especie de trineo lleno de pasajeros que gemían se precipitó por un canal en forma de serpentina, desapareció en las arcadas angulosas de un escenario medieval para acabar lanzándose a un nuevo abismo acompañado de nuevos gritos y gemidos. Dentro de un cobertizo, en cuatro sillines de bicicleta (no había ruedas, sólo el manillar, el

armazón y los pedales) había cuatro chicas vestidas con jerséis y pantalones cortos —uno rojo, otro azul, otro verde, otro amarillo—, dándole con fuerza a las piernas. Primero ganaba la de azul, luego le pasó la de verde. Un hombre con un pito recogía las monedas de unos cuantos bobos que querían apostar. Erwin se quedó contemplando aquellas piernas magníficas, desnudas casi hasta arriba, que no dejaban de pedalear con fuerza y pasión.

Deben de bailar maravillosamente, pensó: no me importaría tener a las cuatro.

Las manecillas del reloj se encontraron obedientes en un solo punto y se detuvieron.

—¡Empate! —gritó el hombre del pito—. ¡Un final sensacional!

Erwin bebió un vaso de limonada, consultó el reloj y se dirigió a la salida.

Las once y once mujeres. Suficiente, supongo.

Cerró los ojos imaginando los placeres que le esperaban. Se alegró de haberse cambiado de ropa interior.

Qué astuta era Frau Monde, pensó Erwin con una sonrisa. Ni que decir tiene que va a espiar todos mis pasos y, después de todo, ¿por qué no? Eso no hace sino añadirle cierto sabor a la historia.

Caminó, mirando al suelo, moviendo la cabeza complacido, sin alzar la vista más que para leer los nombres de las calles. La calle Hoffmann estaba lejos, lo sabía, pero todavía le quedaba una hora, así que no había por qué apresurarse. De nuevo, como en la noche anterior, el cielo era un enjambre de estrellas y el asfalto relucía como agua lisa, absorbiendo y alargando las mágicas luces de la ciudad. Pasó por delante de un gran cine cuyo resplandor inundaba la acera, y en la esquina siguiente una breve carcajada infantil le llevó a alzar los ojos.

Vio ante él a un caballero de cierta edad vestido de etiqueta con una niña caminando junto a él —una niña de unos catorce años con un vestido de fiesta escotado. Toda la ciudad conocía al caballero por sus retratos. Era un poeta famoso, un cisne senil, que vivía solo en un barrio distante de las afueras. Andaba con una especie de gracia poderosa; el pelo, del color del algodón manchado, le caía del sombrero hasta encima de las orejas. Uno de los brillantes de su botonadura, en el triángulo que formaba su camisa almidonada, se prendió en el brillo de una farola, y su larga nariz huesuda formaba una cuña de sombra al lado de su boca de finos labios. En ese preciso instante trémulo la mirada de Erwin se fijó en la cara de la niña, que caminaba mesuradamente junto al viejo poeta; había algo extraño en aquel rostro, era extraña la mirada subrepticia de sus ojos excesivamente brillantes, y de no ser por el hecho de que era todavía una niña, la nieta del viejo, sin duda, se hubiera podido incluso sospechar que sus labios tenían un toque de carmín. Caminaba balanceando sus caderas ligera, muy ligeramente, mantenía las piernas muy juntas al andar, le preguntaba algo a su acompañante, algo con esa su voz melodiosa, y aunque

Erwin no dio ninguna orden, supo que su veloz deseo secreto había sido cumplido.

—Desde luego, desde luego —contestó el viejo zalamero, inclinándose hacia la niña.

Cuando pasaron a su lado, Erwin percibió un olor a perfume. Se volvió y luego prosiguió su camino.

—Eh, ten cuidado —murmuró de repente al darse cuenta de que con ésta llegaban a doce—, un número par. Tengo que encontrar una más, en la próxima media hora.

Le molestaba tener que seguir buscando, pero al mismo tiempo le agradaba que le hubieran dado esta nueva oportunidad Elegiré una en mi camino hacia allá, se dijo, después de un momento de pánico. ¡Seguro que encuentro una!

—Quizá sea la mejor de todas —observó en voz alta mientras escrutaba la noche brillante.

Y unos minutos más tarde experimentó aquella deliciosa contracción que tan bien conocía, aquel escalofrío en el plexo solar. Una mujer caminaba delante de él con pisadas ligeras y rápidas. Sólo la veía de espaldas y no hubiera podido explicar por qué deseaba tanto adelantarla precisamente a *ella* para poder mirarla a la cara. Se podrían encontrar palabras al azar para describir su aspecto, el movimiento de su espalda, la silueta de su sombrero pero ¿para qué? Había algo más allá de lo visible, una suerte de aura especial, un entusiasmo etéreo que atraía a Erwin y le hacía seguirla. Caminó deprisa sin conseguir adelantarla; los reflejos húmedos de las luces parpadeaban a su paso; ella andaba con paso ligero, sin detenerse, y su sombra negra se alzaba al entrar bajo el aura de una farola, al deslizarse a lo largo de una pared, para torcerse después y desaparecer.

—Dios mío, tengo que ver su cara —murmuró Erwin—. Y el tiempo vuela.

Luego se olvidó del tiempo. Aquella extraordinaria caza en el silencio de la noche le intoxicaba. Consiguió por fin adelantarla y siguió caminando, muy por delante de ella, pero no tuvo el coraje de volverse a mirarla y se limitó a aminorar el paso, por lo que ella le adelantó a su vez, tan deprisa que no tuvo tiempo de alzar los ojos. De nuevo caminaba diez pasos detrás de ella y para entonces ya sabía, sin haberle visto la cara, que era su premio gordo. Las calles estallaban de luces de colores, desaparecían para volver a brillar; había que cruzar una plaza, un espacio de negrura brillante, y, una vez más, con un breve chasquido de sus tacones altos, la mujer subió a la acera, con Erwin detrás, desconcertado, incorpóreo, borracho de luces nebulosas, de la noche húmeda, de la caza.

¿Qué es lo que le seducía? No eran sus andares, ni sus formas, sino otra cosa, hechizante y abrumadora, como si una tensa luz trémula la rodeara, mera fantasía, quizás, el palpito de la fantasía, el éxtasis de la fantasía, o quizás fuera eso que cambia la vida entera de un hombre de un solo golpe divino… Erwin no sabía nada, se limitaba a correr tras ella sobre el asfalto y las piedras, que parecía que también se

hubieran desmaterializado en la noche iridiscente.

Y luego también los árboles, los invernales tilos, se unieron a la caza: avanzaban susurrando a ambos lados, por encima, por todos lados, le rodeaban; los pequeños corazones de sus sombras se mezclaban con sus pies en cada farola y su aroma delicado y pegajoso le alentaba en su empresa.

Una vez más Erwin se acercó hasta ella. Un paso más, y la habrá adelantado. Ella se detuvo abruptamente junto a una verja de hierro y sacó las llaves del bolso. Erwin caminaba a tal velocidad que casi choca con ella. Ella volvió la cara, y a la luz, que una farola emitía a través de las hojas esmeraldas, reconoció a la chica que jugaba aquella mañana con un cachorro negro lanudo en un camino de grava e inmediatamente recordó, inmediatamente entendió todo su encanto, su calor tierno, su inestimable resplandor.

Se la quedó mirando con una sonrisa desdichada.

—Debería avergonzarse —dijo tranquilamente—. Déjeme en paz.

La pequeña verja se abrió, y se cerró de golpe. Erwin se quedó de pie bajo los silenciosos tilos. Miró en torno suyo, sin saber qué camino tomar. Unos pasos más allá vio dos burbujas resplandecientes: un coche junto a la acera. Fue hasta él y le tocó en el brazo al chofer inmóvil como un muñeco.

—¿Me puede decir qué calle es ésta? Estoy perdido.

—La calle Hoffmann —dijo el muñeco secamente.

Y entonces una voz conocida, suave, ronca habló desde las profundidades del coche.

—Hola, soy yo.

Erwin apoyó una mano en la puerta del coche y respondió desmayadamente:

—Estoy mortalmente aburrida —dijo la voz—. Estoy esperando a mi novio. Va a traer el veneno. Él y yo vamos a morir al amanecer. ¿Cómo está usted?

—Número impar —dijo Erwin, deslizando el dedo por la puerta llena de polvo.

—Sí, ya lo sé —añadió con calma Frau Monde—. El número trece resultó ser el número uno. Lo ha estropeado todo.

—Una pena —dijo Erwin.

—Una pena —repitió ella y bostezó.

Erwin se inclinó, besó su gran guante negro, que cubría cinco dedos extendidos y con una tosecita se metió en la oscuridad. Caminó con esfuerzo, le dolían las piernas y le agobiaba pensar que al día siguiente era lunes y que le costaría mucho levantarse de la cama.

Terror [*]

A veces me ocurría lo siguiente: después de pasar la primera parte de la noche trabajando en mi escritorio, esa parte en que la noche inicia su penoso ascenso, yo salía del trance en el que mi trabajo me había sumergido en el momento preciso en el que la noche alcanzaba su cima y se demoraba vacilante en su cumbre, dispuesta a emprender el descenso hasta el aturdimiento de la aurora; entonces, me levantaba de la silla, aterido y totalmente agotado, y al encender la luz de mi dormitorio me veía de repente en el espejo. Lo que pasaba era lo siguiente: durante el tiempo que había estado absorbido en mi trabajo, me había separado de mí mismo, una sensación semejante a la que se experimenta cuando te encuentras con un íntimo amigo después de años de separación: durante unos pocos momentos vacíos, lúcidos pero también detenidos, le ves bajo una luz totalmente diferente aun cuando te das cuenta de que el hielo de esta anestesia misteriosa se derretirá y la persona a la que miras revivirá, su carne se encenderá cálida, volverá a ocupar su lugar, y te resultará de nuevo tan próxima que ningún esfuerzo de la voluntad podrá hacer que vuelvas a captar aquella primera sensación fugaz de enajenamiento. Así, precisamente así, me sentía yo, contemplando mi figura en el espejo y sin lograr reconocerla como mía. Y cuanto más examinaba mi rostro —esos ojos extraños e inmóviles, el brillo de unos pelillos en la mandíbula, aquella sombra que recorría la nariz—, y cuanto más insistía en decirme a mí mismo: «Ése soy yo, ése es tal y tal», menos claro me parecía *por qué* aquél tenía que ser «yo», más difícil me resultaba conseguir que el rostro del espejo se fundiera con aquel «yo» cuya identidad no conseguía captar. Cuando hablaba de mis extrañas sensaciones, la gente se limitaba a observar que el camino que yo había emprendido acababa en el manicomio. De hecho, en una o dos ocasiones, ya muy avanzada la noche, me detuve a contemplar mi imagen tanto rato que se apoderó de mí un sentimiento espeluznante y tuve que apagar la luz corriendo. Y sin embargo, a la mañana siguiente, mientras me afeitaba, no se me ocurría en absoluto cuestionar la realidad de mi imagen.

Otra cosa más: por la noche, en la cama, recordaba de repente que era mortal. Lo que ocurría entonces en mi mente era muy parecido a lo que sucede en un gran teatro cuando las luces se apagan de repente y alguien se pone a dar gritos histéricos en la oscuridad de veloces alas, y se le unen otras voces, provocando una tempestad ciega, en la que el trueno negro del pánico crece imparable…, hasta que de pronto vuelven las luces y la representación retoma su curso suavemente. Del mismo modo se asfixiaba mi alma cuando tendido boca arriba, con los ojos completamente abiertos, trataba con todas mis fuerzas de conquistar el miedo, de racionalizar la muerte, de

enfrentarme a ella de forma cotidiana, sin apelar a credo o a filosofía alguna. Al final, uno se dice a sí mismo que la muerte está todavía lejos, que habrá tiempo suficiente para razonar sus términos, y, sin embargo, uno sabe que nunca llegará a eso, y, de nuevo, en la oscuridad, en los asientos más baratos, en el teatro privado de uno mismo donde los cálidos pensamientos vivos acerca de las queridas minucias terrenales han desaparecido presas del pánico, se produce un grito de terror que se apaga luego cuando uno se da la vuelta en la cama y se pone a pensar en un asunto distinto.

Yo asumo que esas sensaciones —la perplejidad ante el espejo por la noche o la punzada repentina ante la anticipación de la muerte— son conocidas por muchos, y si me detengo en ellas es sólo porque contienen una partícula pequeñísima de ese terror supremo que el destino me concedió experimentar una sola vez. Terror supremo, terror especial —busco a tientas el término exacto que lo defina pero mi reserva de palabras hechas, que en vano trato de utilizar, no contiene una sola que pueda servir para definirlo.

Yo llevaba una vida feliz. Tenía una novia. Recuerdo bien la tortura de nuestra primera separación. Yo me había ido en viaje de negocios al extranjero, y a mi vuelta, me vino a esperar a la estación. La vi de pie en el andén, como enjaulada en la leonada luz del sol, que había penetrado en un cono polvoriento a través de la bóveda acristalada de la estación. Su rostro se movía rítmicamente al compás del paso de las ventanillas del tren hasta que éste se detuvo lentamente. Con ella me encontraba siempre a gusto y en paz. Sólo una vez… de nuevo me doy cuenta al recordarlo de que el lenguaje humano es un instrumento muy torpe. Sin embargo, me gustaría explicarlo. Realmente es tan tonto, tan efímero: estamos solos en su cuarto, yo escribo mientras ella, con su cabeza inclinada, remienda una media de seda extendida bien tensa sobre el dorso de una cuchara de madera; tiene la oreja, de un rosa translúcido, medio oculta tras un mechón de pelo rubio y las perlas menudas, que rodean su cuello, brillan de una forma un tanto conmovedora, y sus tiernas mejillas parecen hundirse ante la persistencia con que se empeña en fruncir los labios mientras cose. De repente, y sin razón alguna, me aterroriza su presencia. Y mi terror es más profundo que el que sentí cuando fui incapaz, por tan sólo un momento, de registrar su identidad en el sol polvoriento de la estación. Me aterra el hecho de que haya otra persona en el cuarto conmigo; me aterra la misma noción de *otra persona*. No me extraña que los locos no reconozcan a sus parientes. Pero ella levanta la cabeza, y todos sus rasgos participan de la sonrisa rápida que me dedica —y ya no queda traza alguna del extraño terror que sentí hace un momento. Dejadme que lo repita: esto ocurrió una sola vez y lo tomé como una estúpida jugada de mis nervios, olvidándome de que en noches solitarias ante un espejo solitario había experimentado algo bastante similar.

Fue mi amante durante casi tres años. Sé que mucha gente no podría entender nuestra relación. Se sentirían perdidos tratando de explicar qué tenía aquella doncella inocente que atrajera y mantuviera el afecto de un poeta: ¡Dios Santo!, cómo me gustaban su belleza sin pretensiones, su alegría, su bondad y simpatía, las emociones y movimientos de su alma. Era precisamente la sencillez amable de su persona la que me protegía: para ella, todo en el mundo tenía una especie de claridad cotidiana, e incluso me parecía que ella sabía lo que nos esperaba tras la muerte, por lo que no teníamos razón alguna para discutir el tema. Al final de nuestro tercer año juntos me vi obligado a marcharme por bastante tiempo. La víspera de mi partida fuimos a la ópera. Ella se sentó un momento en el pequeño sofá carmesí del oscuro vestíbulo, algo misterioso, de nuestro palco para quitarse sus grandes botas de nieve grises, y yo la ayudé a liberar sus esbeltas piernas cubiertas de seda —y al hacerlo pensé en esas mariposas nocturnas que surgen de unos enormes capullos peludos. Nos sentamos en la parte delantera del palco. Estábamos alegres mientras nos inclinábamos sobre el abismo rosado del teatro esperando que subiera la cortina, una sólida pantalla antigua con decoraciones doradas que representaban escenas de diversas óperas —Ruslan con su casco puntiagudo, Lenski con su *carrick*—. Al apoyar su codo desnudo contra la barandilla aterciopelada estuvo a punto de tirar sus pequeños prismáticos nacarados.

Luego, cuando todo el mundo hubo ocupado sus asientos, y la orquesta ya respiraba a fondo dispuesta a estallar en música, sucedió algo: todas las luces se apagaron en el inmenso teatro rosado, y se abatió sobre nosotros una oscuridad tan densa que pensé que me había quedado ciego. En esta oscuridad todo empezó de pronto a moverse, se desató un estremecimiento de pánico que degeneró en gritos femeninos, y como las voces de los hombres empezaron a alzarse con fuerza pidiendo que la gente se calmara, los gritos se hicieron más y más estridentes. Yo me reía y empecé a hablar con ella, pero me di cuenta de que me había agarrado de la muñeca y que había empezado a desatarme los gemelos del puño de la camisa. Cuando la luz inundó de nuevo la sala vi que estaba pálida y con los dientes firmemente apretados. La ayudé a salir del palco. Movía la cabeza, castigándose con una sonrisa de desprecio por su terror infantil, pero luego rompió a llorar y me pidió que la llevara a casa. Sólo recuperó la compostura dentro del coche cerrado, cuando se llevó el pañuelo a sus ojos bañados en lágrimas y me empezó a explicar lo triste que estaba de que me fuera a la mañana siguiente, y que había sido un error tremendo el pasar nuestra última noche en la ópera, entre extraños.

Doce horas más tarde yo estaba en el compartimiento de un tren, mirando por la ventana el brumoso cielo invernal, el ojo inflamado del sol que se movía al ritmo del tren, los campos cubiertos de nieve que no dejaban de abrirse ante mi vista como un abanico gigante de plumas de cisne. Fue en la ciudad extranjera, a la que llegué al día siguiente, donde tuve mi encuentro con el terror supremo.

Para empezar, dormí muy mal durante tres noches seguidas y la cuarta no dormí en absoluto. En los últimos años había perdido el hábito de la soledad y ahora, estas noches solitarias me causaban una angustia profunda y aguda. La primera noche vi en sueños a mi chica: la luz del sol inundaba su cuarto, y estaba sentada en la cama con un camisón de encaje y se reía, se reía, no podía parar de reír. Me acordé del sueño por azar, un par de horas más tarde, al pasar por delante de una tienda de lencería y al recordarlo me di cuenta de que todo lo que en el sueño había sido pura alegría —su encaje, su cabeza inclinada hacia atrás, su risa—, ahora, que estaba despierto se había convertido en algo espantoso. Sin embargo, no conseguía explicarme por qué aquel risueño sueño de encaje era ahora tan desagradable, tan odioso. Yo tenía muchas cosas que hacer y no paraba de fumar, y mientras lo hacía me daba cuenta de que tenía que mantener un control rígido sobre todos mis actos por todos los medios. Al prepararme para ir a la cama en la habitación de mi hotel, silbaba o canturreaba deliberadamente pero me asustaba como un niño temeroso al mínimo ruido que se produjera a mi espalda, aunque fuera el sonido sordo de mi chaqueta que se resbalaba de la silla al suelo.

El quinto día, después de una mala noche, me tomé mi tiempo y me fui a dar un paseo. Me gustaría que la parte de mi historia que me propongo relatar ahora pudiera escribirse en cursiva; no, ni siquiera la cursiva serviría: necesito una tipografía nueva, única. El insomnio me había dejado un vacío excepcionalmente receptivo en la mente. Parecía que tenía la cabeza de cristal y el ligero calambre que sentía en las piernas tenía asimismo un carácter vidrioso. Tan pronto como hube salido del hotel… Sí, ahora creo que he encontrado las palabras adecuadas. Me apresuro a escribirlas antes de que se desvanezcan. Cuando salí a la calle, vi de repente el mundo tal y como es realmente. Verá usted, nos consolamos diciéndonos a nosotros mismos que el mundo no podría existir sin nosotros, en la medida en que somos capaces de representárnoslo. La muerte, el espacio infinito, las galaxias, todas estas cosas nos asustan, precisamente porque trascienden los límites de nuestra percepción. Pues bien, en aquel día terrible en el que, devastado por una noche de insomnio, salí a una ciudad fortuita y vi las casas, los árboles, los automóviles, la gente, mi mente se negó abruptamente a aceptarlos como «casas», «árboles» y demás —como algo que tuviera conexión alguna con la vida humana cotidiana. Mi línea de comunicación con el mundo se cortó, yo estaba completamente solo y el mundo lo estaba a su vez, y ese mundo carecía de sentido. Vi la esencia real de todas las cosas. Miraba las casas y éstas habían perdido su significado habitual —quiero decir, todo eso en lo que pensamos cuando miramos una casa: un cierto estilo arquitectónico, el tipo de habitaciones que hay dentro, que sea una casa fea, o una casa cómoda—, todo ese tipo de apreciaciones se había evaporado, sin dejar en su lugar más que una concha absurda, de la misma forma que cuando repetimos una palabra de las más habituales

durante un tiempo suficiente sin prestar atención a su significado lo que nos resta no es sino un mero sonido, un absurdo sonido: casa, asa asa. Pasaba lo mismo con los árboles, lo mismo con la gente. Entendí el horror del rostro humano. La anatomía, las distinciones sexuales, la noción de «piernas», «brazos», «vestidos», todo eso quedó abolido, y frente a mí no había sino un mero *algo* —ni siquiera una criatura, porque también eso es un concepto humano, sino sencillamente *algo* que se movía allí delante. Traté en vano de dominar mi terror acordándome de cómo cuando era niño, al despertarme una vez, alcé mis ojos todavía soñolientos mientras apretaba la nuca contra la almohada y vi, inclinado hacia mí sobre la cabecera de la cama, un rostro incomprensible, sin nariz, con el bigote negro de un húsar justo debajo de sus ojos de pulpo, y con dientes que le salían de la frente. Me enderecé en la cama con un grito e inmediatamente el bigote se transformó en unas cejas y el rostro entero se convirtió en el de mi madre que había entrevisto al principio y, sin quererlo, del revés.

Y también ahora trataba por todos los medios de *enderezarme* mentalmente, para que el mundo visible volviera a adoptar su posición cotidiana —pero no lo conseguía. Al contrario: cuanto escrutaba la gente más de cerca, más absurdo me resultaba su aspecto. Abrumado por el terror, busqué apoyo en alguna idea básica, en algún ladrillo más sólido que el ladrillo cartesiano, con ayuda del cual empezar a reconstruir el mundo habitual, sencillo, natural, que todos conocemos. En ese momento estaba descansando, creo, en un banco de un parque público. No tengo un recuerdo preciso de mis actos. De la misma forma que a un hombre que está sufriendo un ataque al corazón en la acera le importan un comino los transeúntes, el sol, la belleza de la antigua catedral, y sólo tiene una preocupación, respirar, así también yo sólo tenía un deseo, no volverme loco. Estoy convencido de que nadie ha visto nunca el mundo de la misma forma en que yo lo vi en aquellos momentos, en toda su desnudez aterradora y en todo su aterrador absurdo. Junto a mí un perro olfateaba la nieve. A mí me torturaban mis esfuerzos por reconocer lo que «perro» podría significar, y como me lo había quedado mirando fijamente, subió hasta mí confiado y me entraron tales náuseas que me levanté del banco y me alejé. Fue entonces cuando mi terror alcanzó su punto más alto. Dejé de luchar. Ya no era un hombre sino un ojo desnudo, una mirada sin objeto que se movía en un mundo absurdo. La visión misma de un rostro humano me llevaba a gritar.

De pronto me encontré de nuevo a la entrada de mi hotel. Alguien se me acercó, pronunció mi nombre, y me puso una hoja de papel doblada en mi mano fláccida. La abrí inmediatamente y mi terror se desvaneció al instante. Todo a mi alrededor recuperó su carácter ordinario y discreto: el hotel, los reflejos cambiantes en el cristal de las puertas giratorias, la cara familiar del botones que me había entregado el telegrama. Me quedé de pie en el centro del espacioso vestíbulo. Un hombre con una pipa y una gorra de cuadros tropezó conmigo al pasar y me pidió excusas muy serio.

Sentí una cierta extrañeza y un dolor intenso, insoportable, aunque muy humano. El telegrama decía que ella se moría.

A lo largo de todo mi viaje de vuelta, y mientras estuve a la cabecera de su cama, nunca se me ocurrió analizar el sentido del ser y del no ser, y ya no me aterrorizaban aquel tipo de pensamientos. La mujer que era lo que más quería en el mundo se moría. Esto era todo cuanto veía y sentía.

No me reconoció cuando me golpeé la rodilla contra su cama. Yacía, apoyada en inmensas almohadas, bajo inmensas mantas, tan pequeña, con el pelo estirado y la frente despejada que dejaba ver la pequeña cicatriz de la sien que habitualmente ocultaba con un mechón de pelo. No reconoció mi presencia real, pero por la ligera sonrisa que se apuntó un par de veces en la comisura de sus labios, supe que me veía en su delirio tranquilo, en su imaginación agonizante —de forma tal que ante ella estábamos dos: yo mismo, en persona, a quien no veía, y mi doble, invisible para mí. Y luego me quedé solo: mi doble murió con ella.

Su muerte me salvó de la locura. El dolor humano, puro y simple, llenó mi vida tan completamente que no había lugar para ninguna otra emoción. Pero el tiempo pasa, y su imagen se vuelve cada vez más perfecta dentro de mí, cada vez menos viva. Los detalles del pasado, los pequeños recuerdos vitales, se van desvaneciendo imperceptiblemente, desaparecen uno a uno, o de dos en dos, de la misma forma que se van apagando las luces, ahora aquí, ahora allá, en las ventanas de una casa cuyos habitantes se van quedando dormidos. Y sé que mi cerebro está condenado, que el terror que experimenté en una ocasión, el impotente miedo a la existencia, se apoderará de mí una vez más, y que entonces ya no habrá salvación.

El Navaja [*]

Sus compañeros de regimiento tenían sus buenas razones para llamarle *El Navaja*. El rostro de aquel hombre carecía de fachada. Cuando sus amigos pensaban en él sólo lograban imaginárselo de perfil, y ese perfil era extraordinario: la nariz afilada como el compás de un dibujante; la barbilla, prominente, como si fuera un codo; las pestañas, largas y suaves; características de un temperamento obstinado y también cruel. Se llamaba Ivanov.

Aquel apodo, conferido en sus años jóvenes, resultó ser extrañamente profetice No es extraño que un tipo que se llame Rubin o Rubi acabe siendo un gemólogo de prestigio. El capitán Ivanov, después de una fuga épica y tras una serie de peripecias insípidas, dio con sus huesos en Berlín, y escogió precisamente el oficio al que aludía su apodo, el de barbero.

Trabajaba en una barbería pequeña pero limpia, compartiendo su oficio con otros dos empleados, que trataban al «capitán ruso» con un respeto no exento de jovialidad. El negocio incluía asimismo al propietario, una severa masa humana que hacía girar la manivela de la caja registradora con un sonido argentino, así como a una manicura, anémica y translúcida, que parecía haberse amojamado al contacto con los innumerables dedos que, en grupos de a cinco, habían posado ante sus artes en un pequeño cojín de terciopelo.

Ivanov hacía muy bien su trabajo, y eso que no había conseguido hablar bien alemán. Sin embargo, pronto ideó una forma de resolver el problema: colocar un *nicht* al final de la primera frase, un interrogativo *was* en la siguiente, y luego, de nuevo *nicht*, alternándolos de este modo al infinito. Y aunque hasta que no llegó a Berlín no aprendió a cortar el pelo, manejaba la navaja y las tijeras con extraordinaria destreza, casi como los peluqueros rusos, con su proverbial afición a hacer todo tipo de fiorituras con las tijeras cuyos chasquidos adoran —hay que verlos cuando se echan atrás para apuntar el próximo gesto, y cómo cortan un par de mechones para luego chascar indefinidamente las hojas de la tijera como si se vieran impelidos a ello por una especie de inercia. Precisamente, aquel ágil zumbido gratuito era lo que le había conseguido el respeto de sus colegas.

No cabe duda de que las tijeras y las navajas son armas y había algo en su zumbido metálico que gratificaba el alma guerrera de Ivanov. Era un hombre rencoroso y de agudo ingenio. Un bufón había arruinado su patria, noble, espléndida, grandiosa, por mor de una inteligente frase escarlata, y aquello era algo que no podía olvidar. La venganza, como un muelle apretado y contenido al máximo en su alma, acechaba expectante, esperando que llegara su hora.

Una azulada y cálida mañana de verano, aprovechando que apenas había clientes por el horario de las oficinas, los dos colegas de Ivanov se tomaron una hora de descanso. Su jefe, muerto de calor y de deseo insatisfecho, había escoltado en silencio a la pálida y complaciente manicura hasta el cuarto trastero. Solo en la peluquería, agobiado de calor, Ivanov empezó a hojear un periódico y luego encendió un pitillo, salió a la puerta y se dispuso a observar a los transeúntes.

La gente cruzaba deprisa, perseguida por las sombras azulencas de sus cuerpos, que se rompían en el filo de la acera para deslizarse intrépidas bajo las relucientes ruedas de los coches cuyas huellas dejaban sobre el asfalto recalentado unas cintas de seda que se asemejaban al florido encaje de la piel de las serpientes. De repente, un caballero de baja estatura, fornido, vestido con un terno negro y un sombrero hongo, dejó la acera y se dirigió derecho hacia donde estaba Ivanov. Cegado por el sol, Ivanov parpadeó un instante, luego se hizo a un lado para permitirle entrar en la peluquería.

El rostro del recién llegado se reflejó a un tiempo en todos los espejos: se veían tres cuartos de su rostro, de perfil, y también la calva cerúlea de la coronilla donde había reposado hasta ese momento el sombrero negro que ahora colgaba de una percha. Y cuando aquel hombre se volvió para enfrentar su cara a los espejos, que se reflejaban en superficies de mármol, brillantes todas ellas con el fulgor verde y dorado de los frascos de colonia, Ivanov reconoció al punto aquel rostro móvil y carnoso, con sus ojos penetrantes y el lunar junto al lóbulo derecho de la nariz.

El caballero tomó asiento delante del espejo en silencio. Luego, murmurando entre dientes, se palpó la mejilla sucia con un dedo rechoncho. Su gesto indicaba una orden: «Aféiteme, por favor». Atónito, como en una nube, Ivanov desplegó una sábana sobre su regazo, batió un poco de espuma en un bol de porcelana, la extendió por las mejillas de aquel hombre, por su barbilla y labio superior, circunnavegó cautelosamente el lunar, y empezó a aplicar la espuma con el dedo índice. Pero todos sus movimientos eran mecánicos, tan conmocionado estaba de haber visto de nuevo a aquella persona.

Una ligera máscara de jabón blanca le cubría ya el rostro hasta los ojos, ojos minúsculos que relucían como las ruedecillas de la máquina de un reloj. Ivanov había abierto la navaja y cuando se disponía a afilarla en la correa, se recobró de su estupor y se dio cuenta de que aquel hombre estaba en su poder.

Entonces, inclinándose sobre la calva cerúlea, acercó la cuchilla azul junto a la máscara jabonosa y dijo con toda suavidad: «Mis respetos, camarada. ¿Cuánto tiempo hace que abandonó nuestra querida patria? No, no se mueva por favor, no sea que le dé un corte antes de tiempo».

Las ruedecillas resplandecientes del reloj de sus ojos empezaron a moverse cada vez más deprisa, hasta quedarse fijas, detenidas, contemplando el perfil aquilino de

Ivanov. Ivanov limpió la espuma que sobraba con el perfil romo de la navaja y siguió hablando: «Lo recuerdo muy bien, camarada. Lo siento, pero me resulta desagradable pronunciar su nombre. Me acuerdo de que usted me interrogó hace seis años, en Kharkov, recuerdo su firma, querido amigo… Pero como ve, sigo vivo».

Y entonces ocurrió lo que sigue. Los ojillos empezaron a moverse de un lado al otro, luego se cerraron con fuerza, los párpados apretados como los de un salvaje que pensara que al cerrarlos se convertiría de inmediato en un ser invisible.

Ivanov movía con parsimonia la navaja a lo largo de la fría mejilla que parecía crujir con un susurro a su contacto.

—Estamos completamente solos, camarada. ¿Me entiende? Un mínimo desliz de la navaja y correrá la sangre —aquí, en este punto, noto el latir de la carótida—. Así que habrá mucha, muchísima sangre. Pero primero quiero que su cara esté decentemente afeitada; además, hay algo que tengo que contarle.

Cautelosamente, con dos dedos, Ivanov levantó la punta carnosa de su nariz y, con la misma ternura, empezó a afeitarle el labio superior.

—Sucede, camarada, que me acuerdo de todo. Me acuerdo perfectamente, y quiero que usted también recuerde… —y con un tono muy dulce de voz, Ivanov empezó su relato, mientras afeitaba sin apresurarse aquel rostro recostado, inmóvil. El relato que hizo debió de ser en verdad aterrador porque, de cuando en cuando, su mano se detenía y entonces se inclinaba hasta casi rozar al caballero que seguía sentado con los párpados cerrados, como un cadáver cubierto por el sudario de la sábana.

—Eso es todo —dijo Ivanov, con un suspiro—, ésa es la historia. Dígame ¿qué reparación le parecería justa para todo esto? ¿Con qué puedo sustituir aquella espada afilada? Y, una vez más, recuerde que estamos completamente, absolutamente solos.

—Los cadáveres siempre están afeitados —siguió Ivanov deslizando la hoja de la navaja a lo largo de la piel estirada del cuello de aquel hombre—. También afeitan a los condenados a muerte. Y ahora soy yo el que le está afeitando. ¿Es consciente de lo que está a punto de suceder?

El hombre seguía sentado sin mover un músculo y sin abrir los ojos. La máscara enjabonada ya había desaparecido de su cara. Sólo quedaban unos restos de espuma en las mejillas y junto a las orejas. Aquel rostro grueso, tenso, sin ojos, estaba tan pálido que Ivanov se preguntó si no habría sufrido un ataque de parálisis. Pero cuando apretó la plana superficie de la navaja contra el cuello de aquel hombre, tembló con todo su cuerpo. Sin embargo, no abrió los ojos.

Ivanov secó con un gesto la cara de aquel hombre y le dispensó un poco de talco.

—Ya está listo —dijo—. Ya tengo bastante. Puede irse —con escrupulosa rapidez le quitó de un tirón la sábana de sus hombros. El otro se quedó sentado.

—Levántate, mentecato —gritó Ivanov, tirándole de la manga hasta ponerlo en

pie. El hombre se quedó helado, con los ojos bien cerrados, en medio de la peluquería. Ivanov le encajó el hongo en la cabeza, le metió la cartera bajo el hombro e hizo girar su silla hasta la puerta. Sólo entonces el hombre recobró el movimiento, como en un espasmo. Su rostro, todavía con los ojos cerrados, resplandeció en todos los espejos. Atravesó como un autómata la puerta que Ivanov tenía abierta, y, con los mismos andares mecánicos, agarrando la cartera con mano petrificada, mirando la neblina soleada de la calle con los ojos vidriados de una estatua griega, desapareció.

El pasajero [*]

—Sí, la vida tiene más talento que nosotros —suspiró el escritor, golpeteando la boquilla de cartón de su cigarrillo ruso contra la tapa de su pitillera—. ¡Qué argumentos inventa la vida de cuando en cuando! ¿Cómo vamos a competir con semejante diosa? Sus obras son intraducibles, indescriptibles.

—Te otorgo los derechos de autor de lo que acabas de decir —sugirió el crítico, sonriendo; era un hombre modesto, miope, con delgados dedos inquietos.

—Nuestro último recurso, por lo tanto, es hacer trampas —siguió diciendo el escritor, mientras dejaba caer distraído una cerilla en el vaso de vino vacío del crítico —. Lo único que nos resta es tratar a sus obras como los productores de cine tratan las novelas famosas. El productor tiene que impedir que las doncellas de servicio se aburran los sábados por la tarde; por lo tanto, altera la novela hasta hacerla irreconocible: la desmenuza, la vuelve del revés, se deshace de miles de episodios, introduce personajes nuevos e incidentes que se inventa, y todo esto con el único objetivo de conseguir una película entretenida que vaya desarrollándose sin sobresaltos, que castigue la virtud al comienzo para terminar castigando el vicio al llegar al final, una película absolutamente natural en términos de sus propias convenciones y, sobre todo, dotada de un resultado inesperado pero en el que todo se resuelve. De la misma manera, nosotros, los escritores, alteramos los temas de la vida a nuestro antojo para que se acomoden al instinto que nos lleva a buscar una suerte de armonía convencional, una especie de concisión artística. Salpicamos nuestros insípidos plagios con ingenios de nuestra propia cosecha. Pensamos que las hazañas de la vida son demasiado arrolladoras, demasiado irregulares, que su genio es demasiado desordenado. Para complacer a nuestros lectores recortamos de entre las novelas sin límite de la vida nuestros pequeños cuentos pulcros para escolares. Permitidme que, en conexión con esto, os haga partícipes de la experiencia que os voy a relatar.

—Me encontraba viajando en el coche cama de un expreso. Me gusta el proceso de acomodarme en esos habitáculos de viaje: el lino frío de la cama, el lento paso de las luces de la estación que van desapareciendo a medida que atraviesan y abandonan el paño oscuro de la ventana. Recuerdo lo contento que estaba de que no hubiera nadie ocupando la litera de arriba. Me desnudé, me tumbé boca arriba con las manos detrás de la nuca y gocé con la ligereza de la pequeña manta reglamentaria de los trenes, un auténtico placer comparada con la pesadez de un edredón de hotel. Después de perderme por un tiempo en pensamientos privados —en aquella época estaba ansioso por escribir un relato acerca de una limpiadora de coche-cama—,

apagué la luz y me dormí en seguida. Y al llegar aquí voy a utilizar un truco que aparece con aburrida frecuencia en ese tipo de historias al que esta mía promete pertenecer. Helo aquí, ese viejo truco que tan bien conocéis. En mitad de la noche, me desperté de repente. Lo que sigue, sin embargo, es algo bastante menos trillado. Me desperté y vi un pie.

—Perdón ¿un qué? —interrumpió el modesto crítico, inclinándose hacia delante y levantando un dedo.

—Vi un pie —repitió el escritor—. Había luz en el compartimiento. El tren estaba parado en una estación. Era el pie de un hombre, un pie de tamaño considerable, en un calcetín grueso, a través del cual un azulado dedo gordo había conseguido abrir un agujero. Estaba plantado impasible en el peldaño de la escalerilla de la cama que yo tenía delante de la cara y su propietario, oculto por la litera superior que me amparaba como un techo, estaba a punto de dar el último empujón para alzarse definitivamente hasta su cama. Tuve tiempo de sobra para inspeccionar aquel pie en su calcetín gris de cuadros negros y también parte de la pierna: la vena violeta que aparecía en un lado de aquella robusta pantorrilla, y sus desagradables pelos que sobresalían por entre la urdimbre de sus calzoncillos largos. Era un miembro absolutamente repelente. Mientras miraba, se tensó, el dedo gordo se movió un par de veces con tenacidad; luego, finalmente, la extremidad toda despegó como de golpe alzándose a las alturas y desapareció de mi vista. De arriba me llegaban unos gruñidos y resuellos que me llevaron a pensar que el hombre se disponía a dormir. La luz se apagó, y unos momentos más tarde el tren se puso en marcha con una sacudida.

—No sé cómo explicároslo, pero aquel miembro me angustiaba tremendamente. Un reptil resistente y multicolor. Me perturbaba no conocer nada de aquel hombre salvo aquella perversa pierna. Su figura, su rostro, no los vi nunca. Su litera, que formaba una especie de techo oscuro sobre mí, parecía haber descendido; casi sentía todo su peso encima de mí. Por mucho que trataba de imaginarme el aspecto de mi compañero de viaje nocturno, no conseguía visualizar sino aquel dedo gordo conspicuo que mostraba su brillo de madreperla azulada a través del agujero en la lana del calcetín. Puede parecer extraño, visto desde fuera, que detalles semejantes me molestaran pero, por el contrario, ¿no es el escritor una persona que se preocupa constantemente por los detalles más insignificantes? En cualquier caso, no conseguí dormir. Seguí escuchando, ¿había empezado a roncar mi compañero desconocido? Aparentemente no roncaba, gemía. Como es sabido, el golpeteo de las ruedas del tren por la noche alimenta todo tipo de alucinaciones auditivas y, sin embargo, no podía superar la impresión de que allí arriba, encima de mí, se estaban produciendo unos sonidos de una naturaleza poco usual. Me alcé y me apoyé en el codo. Los sonidos se hicieron más precisos. El hombre de la litera superior gemía.

—¿Qué has dicho? —interrumpió el crítico—. ¿Gimiendo? Ya veo. Perdón, pero

no entendí bien tus palabras —el crítico volvió a dejar caer las manos en su regazo, ladeó la cabeza y se dispuso a seguir escuchando al narrador.

—Sí, estaba gimiendo y sus gemidos eran atroces. Se atragantaba con ellos; respiraba ruidosamente como si se acabara de tragar un cuarto de litro de agua de golpe, tras lo cual se oían unos rápidos espasmos de lágrimas con la boca cerrada, la parodia horrible de un cacareo, y de nuevo se oía cómo cogía aire para dejarlo salir en cortos espasmos de llanto, ahora con la boca abierta, a juzgar por sus continuos «aaaaes». Y todo esto contra el fondo temblequeante de las ruedas que no dejaban de martillear, y cuyo ruido se convirtió en una especie de escalera mecánica por la que subían y bajaban sus gemidos. Yo me quedé inmóvil escuchándole y sentí, por cierto, que mi rostro en aquella oscuridad tenía una expresión estúpida, porque siempre es embarazoso escuchar a un extraño cuando llora. Y es que en realidad yo estaba impotente, encadenado a él por el hecho de compartir aquel habitáculo de dos camas, en aquel mismo tren que despreocupado atravesaba la noche. Y no dejaba de llorar: aquellos horribles y difíciles gemidos me acompañaban: los dos —yo, debajo, el oyente, y él, arriba, el gimiente— nos deslizábamos en la lejanía de la noche a ochenta kilómetros por hora, y sólo un choque de trenes hubiera podido hendir nuestro involuntario abrazo encadenado.

Después de un rato me pareció que dejaba de llorar, pero justo cuando estaba a punto de quedarme dormido, su llanto volvió a comenzar e incluso creí oír que pronunciaba unas palabras ininteligibles en una especie de voz sepulcral, de tonos graves que rompían un llanto convulsivo. De nuevo se quedó en silencio, interrumpido tan sólo por su respiración, y yo seguí con los ojos cerrados imaginándome su repugnante calcetín a cuadros. De una forma u otra conseguí quedarme dormido y a las cinco y media el revisor abrió la puerta a porrazos para despertarme. Sentado en mi cama —y golpeándome la cabeza a cada momento contra la litera de arriba—, me apresuré a vestirme. Antes de salir al pasillo con mis maletas, me volví a mirar la cama de arriba, pero el hombre estaba tumbado de lado y me daba la espalda, y se había cubierto la cabeza con la manta. En el pasillo ya era de día, el sol acababa de salir, la sombra fresca y azul del tren se deslizaba por la hierba, a través de los matorrales, se encaramaba sinuosa por las colinas, ondeaba en los troncos de los vacilantes abedules, un destello alargado resplandeció cegador a nuestro paso en medio de un campo, para después estrecharse, encogerse hasta no ser más que una raja plateada, y con un rápido triquitraque una casa pasó huyendo ante mis ojos, la cola de una carretera desapareció bajo un paso a nivel y de nuevo los abedules interminables te mareaban con su resplandeciente empalizada de motas de sol.

En el pasillo sólo había dos mujeres de rostros soñolientos, en los que se dejaban ver las huellas de un maquillaje apresurado, y también un viejillo que llevaba guantes

de piel y una gorra de viaje. Detesto levantarme temprano: para mí el amanecer más deslumbrante del mundo no puede reemplazar el delicioso sueño de la mañana y, consiguientemente, me limité a asentir malhumorado cuando el caballero me preguntó si yo también me bajaba en…, mencionó una gran ciudad a la que íbamos a llegar en diez o quince minutos.

—Los abedules se dispersaron de repente, una media docena de casas pequeñas se derramó por una colina, alguna de ellas, en su apresuramiento, casi consiguió que el tren la arrollara; luego, una fábrica color púrpura pasó veloz con sus ventanas iluminadas; una marca de chocolate nos saludó desde un cartel de unas diez yardas; le siguió otra fábrica con sus vidrios brillantes y sus chimeneas; para abreviar, se fueron sucediendo las cosas que han de sucederse cuando uno se acerca a una gran ciudad. Pero de repente, ante nuestra sorpresa, el tren frenó de forma convulsa y se detuvo en una parada desolada, en la que no hay razón para que un tren expreso se detenga a perder el tiempo. También me sorprendió que hubiera varios policías en el andén. Bajé una ventanilla y me asomé. «Ciérrela, por favor», me dijo uno de los hombres educadamente. Los pasajeros del pasillo mostraban ciertos signos de agitación. Pasó un revisor y le pregunté qué ocurría. «Hay un asesino en el tren», contestó, y brevemente me explicó que en la ciudad en la que nos habíamos detenido a medianoche había ocurrido un asesinato la víspera: un marido engañado le había pegado un tiro a su mujer y a su amante. Las señoras exclamaron un ah de horror y el anciano movió la cabeza. Dos policías y un detective gordo, sonrosado y con sombrero hongo que más parecía un corredor de apuestas, entraron al pasillo. Me pidieron que volviera a mi compartimiento. Los policías se quedaron en el pasillo mientras que el detective fue visitando un compartimiento tras otro. Le enseñé mi pasaporte. Sus ojos pardo-rojizos se deslizaron por mi rostro; me devolvió el pasaporte. Estábamos de pie, él y yo, en aquel habitáculo estrecho en cuya litera superior dormía una figura oscura y como enroscada en sí misma. «Puede marcharse», me dijo el detective y alargó la mano hacia la oscuridad de la parte superior. «Papeles, por favor.» El hombre embutido en su manta seguía roncando. Yo me quedé rezagado en la puerta y desde allí oía sus ronquidos y parecía distinguir en ellos los ecos silbantes de sus gemidos nocturnos. «Por favor, despierte», decía el detective, alzando la voz; y con un gesto como de profesional tiró de la manta que cubría la cabeza del durmiente. Este se movió pero siguió roncando. El detective le zarandeó por los hombros. Todo aquello era bastante desagradable. Me volví y me quedé mirando la ventana del pasillo, sin verla realmente, sin dejar de escuchar con todo mi ser todo lo que ocurría en el compartimiento.

—Y no lo creeréis, no oí absolutamente nada fuera de lo normal. El hombre de la litera de arriba murmuró algo medio en sueños, el detective le pidió el pasaporte, con toda precisión se lo devolvió, le dio las gracias, salió y entró en otro compartimiento.

Eso es todo. Pero tan sólo pensad en lo hermoso que habría sido, desde la perspectiva del escritor, naturalmente, si aquel pasajero de pie maligno que no paraba de gemir hubiera resultado ser un asesino, qué adecuadamente habrían quedado explicadas sus lágrimas nocturnas, y, lo que es más, qué bien se habría acomodado todo aquello al marco de mi viaje nocturno, el marco de un relato. Sin embargo, parece que el plan del Autor, el plan de la Vida era, en este caso, como en todos los casos, cien veces más perfecto.

El escritor suspiró y se quedó callado mientras chupaba su cigarrillo, que se había apagado hacía rato y que ahora estaba todo mascado y húmedo de saliva. El crítico le contemplaba con ojos amables.

—Confiesa —volvió a hablar el escritor— que desde el momento mismo en que mencioné a la policía y la parada inopinada, estuvisteis seguros de que mi lacrimoso acompañante era un asesino.

—Conozco tu estilo —dijo el crítico, haciendo ademán de tocarle los hombros para inmediatamente, en un gesto muy suyo, retirar la mano—. Si hubieras estado escribiendo una novela negra, tu criminal hubiera resultado ser no la persona de la que ninguno de los personajes sospecha sino precisamente la persona de la que todos sospechan desde el principio, engañando así al lector experimentado que está acostumbrado a soluciones que no resulten ser las obvias. Soy bien consciente de que te gusta producir una impresión inesperada por medio del más natural de los desarrollos, pero no te dejes llevar por tu método. Hay mucho en la vida que es fruto del azar, y hay mucho que es absolutamente insólito. La Palabra goza del derecho sublime de intensificar el azar y de mantener lo trascendente fuera del ámbito de lo puramente accidental. En el caso presente, y a partir de la danza del azar, habrías podido crear una historia completamente redonda si hubieras hecho de tu compañero de viaje un asesino.

El escritor suspiró de nuevo.

—Sí, eso también se me ocurrió. Habría podido añadir varios detalles. Habría aludido al amor apasionado que tenía por su mujer. Hay todo tipo de fabulaciones posibles. El problema es que estamos en la oscuridad, quizá la vida habría planeado algo totalmente diferente, algo mucho más sutil y profundo. El problema es que no supe, y nunca sabré, por qué lloraba el pasajero.

—Yo quiero interceder por la Palabra —dijo el crítico amablemente—. Tú, como escritor de ficción, hubieras debido inventar alguna solución brillante: tu personaje lloraba, quizás, porque había perdido la cartera en la estación. Una vez conocí a alguien, un hombre maduro de aspecto marcial, que lloraba o más bien berreaba cada vez que le dolían las muelas. No, gracias, no… no me pongas más. Tengo ya suficiente, más que suficiente.

El timbre [*]

Habían pasado siete años desde que se habían separado en Petersburgo. ¡Dios, y qué gentío había en la estación Nikolaevsky! No te acerques tanto, el tren está a punto de ponerse en marcha. Ya, ya nos vamos, adiós mi amor… Ella siguió caminando junto al tren, alta, con una gabardina y un pañuelo blanco y negro anudado al cuello, mientras una lenta corriente la llevaba hacia atrás. Reclutado por el Ejército Rojo, se veía obligado a participar, renuente y confuso, en la guerra civil. Luego, una hermosa noche, al ritmo del chirrido estático de los grillos de la estepa, se pasó a los Blancos. Un año más tarde, en 1920, poco antes de abandonar Rusia, en la empinada y pedregosa calle Chainaya en Yalta, se encontró con su tío, un abogado moscovita. Sí, claro que tenía noticias —dos cartas. Ella se iba a Alemania, ya había conseguido un pasaporte. Tienes buen aspecto, joven. Y por fin Rusia le dejó marchar, dándole de baja permanentemente, según algunos. Rusia lo había retenido durante mucho tiempo; muy despacio se había ido deslizando del norte al sur, y Rusia seguía intentando mantenerle en su poder, con la captura de Tver, de Kharkov, de Belgorid y de otros pueblecillos interesantes, pero sin conseguirlo. El tenía en su haber una última tentación, un último regalo, Crimea, pero ni siquiera Crimea fue suficiente. Se fue. Y a bordo del barco conoció a un joven inglés, un tipo simpático, un atleta, que iba camino de África.

Nikolai visitó África y también Italia, y por alguna extraña razón las islas Canarias, después volvió de nuevo a África, donde por un tiempo sirvió en la Legión Extranjera. Al principio se acordaba de ella con frecuencia, después esporádicamente, y luego, cada vez más. Su segundo marido, el industrial alemán Kind, murió en la guerra. Era propietario de bastantes bienes inmobiliarios en Berlín por lo que a Nikolai no le inquietaba que ella pudiera morirse de hambre allí. ¡Pero qué rápido pasaba el tiempo! ¡Increíble! ¿Habían pasado ya realmente siete años?

En el transcurso de aquellos años se había vuelto más fuerte, más bronco, había perdido el dedo índice y aprendido dos idiomas, italiano e inglés. El color de sus ojos se había aclarado y su expresión se había hecho más cálida gracias al moreno suave y un poco rústico que cubría su rostro. Fumaba en pipa. Sus andares, que siempre habían mostrado la impasibilidad característica de la gente de piernas cortas, habían adquirido ahora un ritmo extraordinario Algo en él no había cambiado: su risa, siempre acompañada de un rictus de sarcasmo.

Se tomó su tiempo, sin dejar de menear la cabeza mientras esbozaba una sonrisa, antes de decidirse finalmente a dejarlo todo y emprender la marcha, etapa tras etapa, hasta Berlín. En una ocasión, en un quiosco de periódicos, en algún lugar de Italia, se

fijó en un noticiero de exiliados rusos, publicado en Berlín. Escribió al periódico y puso un anuncio en la sección de Personales: tal y tal busca a tal y tal. No tuvo respuesta. En un viaje a Córcega se encontró con un compatriota, el viejo periodista Grushevski, que iba a Berlín. Pregunta de mi parte. A lo mejor la encuentras. Dile que estoy vivo y que me encuentro bien… Pero tampoco esta fuente le trajo ninguna noticia. Ya había llegado el momento de asaltar Berlín por sorpresa. Allí, sobre el terreno, la búsqueda sería más sencilla. Tuvo muchas dificultades para conseguir un visado alemán, y se le estaba acabando el dinero. Bueno, qué se le va a hacer, llegaría hasta allí de alguna forma…

Y eso hizo. Con una trinchera y una gorra de cuadros, bajito y con sus hombros fornidos, con una pipa entre los dientes y una maleta vieja en su mano sana, salió a la plaza delante de la estación. Allí se detuvo a admirar un gran anuncio que brillaba como una alhaja y que se abría camino en la oscuridad, para luego desaparecer y volver a brillar de nuevo en otro lugar. Pasó una mala noche en un cuarto mal ventilado de un hotel barato, tratando de pensar cómo comenzar su búsqueda. La oficina de direcciones, la oficina del periódico ruso… Siete años. Debía de haber envejecido realmente. Era infame por su parte haber esperado tanto tiempo; debería haber vuelto antes. ¡Pero aquellos años, aquel vagabundeo maravilloso por el mundo, aquellos trabajos oscuros y mal pagados, las oportunidades que luego había desperdiciado, el entusiasmo de la libertad, la libertad con la que había soñado en su infancia!… Era puro Jack London… Y una vez más estaba ante una ciudad nueva, con un edredón que picaba sospechosamente y un tranvía que chirriaba en la madrugada. Buscó a tientas las cerillas, y con un movimiento ya habitual del muñón de su dedo índice empezó a apretar el tabaco en su pipa.

Cuando se viaja como él lo hacía, uno se olvida de los nombres del tiempo; los nombres de lugar no les dejan cabida. Por la mañana, cuando Nikolai salió con la intención de acercarse al cuartelillo de policía, todas las tiendas tenían los escaparates tras sus consabidas rejas protectoras. Era un maldito domingo. Al diablo con la oficina de direcciones y también con el periódico: cerrados ambos. También era el final del otoño: viento, ásteres en los jardines públicos, un cielo de un blanco sólido, árboles amarillos, tranvías amarillos, los bocinazos nasales de taxis reumáticos. Un escalofrío de emoción se apoderó de él ante la idea de estar en la misma ciudad que ella. Una moneda de cincuenta peniques le compró una copa de oporto en un bar de taxistas, y el vino tuvo un efecto agradable en su estómago vacío. En las calles, de cuando en cuando, llegaba hasta él un rosario de palabras rusas: «*Skol'ko raz ya tebe govorila*». («Cuántas veces te he dicho que.») Y de nuevo, después de cruzarse con varios compatriotas: «Está dispuesto a vendérmelas, pero francamente, yo…». La ansiedad le llevó a reírse entre dientes y a chupar la pipa con más avidez que de costumbre. «Parecía que ya se le había pasado pero ahora le ha contagiado a

Grisha…» Pensó en acercarse hasta la próxima pareja de rusos que se cruzara y preguntarles con mucha educación: «¿No conocerán por casualidad a Olga Kind, de soltera condesa Karski?». Se debían de conocer todos en este rincón de la Rusia provinciana perdido de Dios.

Ya se había hecho de noche y en el crepúsculo una bellísima luz mandarina había llenado las gradas de cristal de un enorme almacén cuando Nikolai observó, al lado de un portal, una especie de placa blanca que decía: «I. S. WEINER, DENTISTA. DE PETROGRADO». Y al punto le asaltó el fogonazo de un recuerdo que le dejó virtualmente escaldado. «Este amiguito nuestro tiene una buena caries y hay que quitarla.» En la ventana, justo delante del potro de tortura, unas fotos enmarcadas mostraban unos paisajes suizos… La ventana daba a la calle Moika. «Aclárese, por favor.» Y el doctor Weiner, un anciano gordo, plácido, con una bata blanca y gafas perspicaces, sacaba su instrumental tintineante. Solía acudir a él para que le arreglara la boca y también sus primos, e incluso se decían, cuando se peleaban por una razón u otra: «¿Y qué te parece si te propino un Weiner?» (Es decir un puñetazo en la boca.) Nikolai se quedó remoloneando en la puerta, a punto de tocar el timbre, acordándose de que era domingo, pero lo pensó un poco más y finalmente se decidió a llamar. Se oyó un zumbido en la cerradura y la puerta se abrió. Subió un tramo de escaleras. Una doncella le abrió la puerta. «No, el doctor no recibe hoy.» «No se trata de mis muelas», aclaró Nikolai en su mal alemán «El doctor Weiner es un viejo amigo mío. Me llamo Galatov… estoy seguro de que se acuerda de mí…» «Voy a decírselo», dijo la doncella.

Un momento después apareció en el vestíbulo un hombre de mediana edad vestido con una chaqueta de terciopelo con cinturón. Tenía un cutis como de zanahoria y parecía extremadamente amable. Después de saludarle muy cariñoso añadió en ruso: «No me acuerdo de usted, sin embargo… debe de tratarse de un error». Nikolai se lo quedó mirando y pidió excusas: «Eso me temo. Tampoco yo le recuerdo. Esperaba encontrar al doctor Weiner que vivía en la calle Moika de Petersburgo antes de la Revolución, pero es evidente que no es usted. Le presento mis excusas».

—Oh, debe de ser mi tocayo. Es un nombre muy común. Yo vivía en la avenida Zagorodny.

—Era el dentista de todos nosotros —explicó Nikolai— y bueno, el caso es que pensé… Mire, estoy tratando de localizar a cierta dama, la señora de Kind, así se llamaba su segundo marido…

Weiner se mordió el labio, miró a un lado con expresión absorta, y luego se volvió hacia él.

—Espere un minuto… creo recordar… creo recordar a una señora Kind que vino a verme no hace mucho y que también creía recordar… Pero espere, lo resolvemos en

un minuto. Tenga la amabilidad de venir a mi despacho.

El despacho era una mancha informe ante los ojos de Nikolai. No le quitaba los ojos a la calvicie impecable de Weiner mientras éste se inclinaba a escudriñar su libro de citas.

—En un momento lo sabremos —repetía, pasando los dedos por las páginas—. En un momento lo sabremos con toda seguridad, con toda seguridad… Aquí está. Señora Kind. Un empaste de oro y algunas minucias que no consigo descubrir, hay una mancha encima.

—¿Y cómo se llama, cuál es su nombre y su apellido? —preguntó Nikolai, que al acercarse a la mesa casi tira al suelo un cenicero con el puño.

—Eso también consta. Olga Kirillovna.

—Eso es —dijo Nikolai con un suspiro de alivio.

—La dirección es Plannerstrasse número cincuenta y nueve, a la atención de Babb —dijo Weiner, chasqueando los labios, y rápidamente copió la dirección en un trozo de papel—. Dos calles más abajo. Aquí la tiene. Encantado de haberle sido de alguna utilidad. ¿Es pariente suya?

—Es mi madre —contestó Nikolai.

Al salir del dentista aceleró un tanto el paso. El haberla encontrado tan fácilmente le desconcertaba, como una trampa en el juego. Nunca se había parado a pensar, a lo largo de su viaje camino de Berlín, que ella pudiera haber muerto hacía tiempo o haberse mudado a otra ciudad, y sin embargo la trampa había funcionado. Weiner había resultado ser otro Weiner, y sin embargo, el destino se abría paso contundente. ¡Hermosa ciudad, hermosa lluvia! (La llovizna nacarada de otoño caía como en un susurro y las calles estaban oscuras.) ¿Cómo le recibiría… con ternura? ¿Con tristeza? Quizá con absoluta tranquilidad. De niño, no le había mimado. Tienes prohibido correr por el cuarto de estar mientras toco el piano. Al crecer, fue sintiendo de manera creciente que ella no le necesitaba. Ahora trataba de representarse su rostro, pero sus pensamientos se negaban a tomar color, y no lograba obtener una imagen óptica viva de aquello que sabía mentalmente: su figura alta, delgada, con aquel aspecto desmadejado que la caracterizaba; su pelo negro con mechas grises en las sienes; su gran boca pálida; la vieja gabardina que llevaba la última vez que la vio; y la expresión cansada y un punto amarga de una mujer que envejece, esa expresión que parecía haber estado siempre en su rostro —incluso antes de que muriera su padre, el almirante Galatov, que se había pegado un tiro justo antes de la Revolución. Número cincuenta y uno. Quedaban ocho casas todavía.

De repente se dio cuenta de que estaba insoportablemente, indecentemente alterado, mucho más de lo que había estado, por ejemplo, aquella primera vez en que con todo su cuerpo sudoroso pegado contra una roca había apuntado a un torbellino que le amenazaba, un espantajo a lomos de un espléndido caballo árabe. Se detuvo

justo antes de llegar al número cincuenta y nueve, sacó la pipa y la bolsa de tabaco; llenó la pipa despacio, sin dejar caer ni una hebra; encendió fuego, protegió la llama con las manos y la encendió viendo cómo se hinchaba aquella bola de fuego, tragó una bocanada de humo dulzón que le producía un hormigueo en la lengua, lo expulsó con cuidado, y con paso lento se llegó hasta la casa.

Las escaleras estaban tan oscuras que tropezó un par de veces. Cuando, en la densa oscuridad, alcanzó el rellano del segundo piso, encendió una cerilla y vislumbró una placa plateada. Pero era otro nombre. Tuvo que subir mucho más para encontrar aquel nombre extraño «Babb». La llama de la cerilla le quemaba los dedos y se apagó. Dios, el corazón me va a estallar… Buscó el timbre a tientas en la oscuridad y llamó. Luego se quitó la pipa de entre los dientes y se dispuso a esperar, sintiendo que una sonrisa atormentada le rajaba la boca.

Y entonces oyó una cerradura, un cerrojo que resonó doblemente y la puerta, como si la empujara un viento violento, se abrió de golpe. El vestíbulo estaba tan oscuro como las escaleras y de la oscuridad surgía flotando una voz vibrante, alegre. «Se ha ido la luz en todo el edificio, *eto oozhas*, es horrible» y Nikolai reconoció al momento aquel «oo» enfático y al hacerlo reconstruyó hasta el mínimo detalle a la persona que ahora, todavía oculta por la oscuridad, le hacía frente en la puerta.

—Es cierto, no se ve nada —dijo riéndose y dio un paso hacia ella.

El grito fue un sobresalto, como si le acabaran de dar una gran bofetada. En la oscuridad se encontró con sus brazos, sus hombros y chocó contra algo (probablemente, el paragüero). «No, no, no es posible…», repetía ella una y otra vez mientras retrocedía unos pasos.

—Quédate quieta, madre, quédate quieta un minuto —dijo chocando de nuevo con algo (esta vez, fue la puerta medio abierta que se cerró con un gran portazo).

—No puede ser… Nicky, Nick.

El la besaba sin saber muy bien dónde, en las mejillas, en la cabeza, por todas partes, incapaz de ver nada en aquella oscuridad pero impelido por alguna suerte de visión interna que la reconocía de la cabeza a los pies, y sólo había una cosa que hubiera cambiado en ella (e incluso esta novedad le llevó inesperadamente a recordar su primera infancia, cuando ella solía tocar el piano): el fuerte olor a perfume elegante —como si los años transcurridos no hubieran existido, los años de su adolescencia y de la viudedad de su madre, cuando ya no llevaba perfume y se marchitaba de una forma tan triste— parecía como si nada de eso hubiera sucedido nunca, y como si hubiera pasado directamente del exilio lejano a la infancia… «Eres tú. Has venido. Estás aquí de verdad», balbuceaba, apretando sus suaves labios contra su cara. «Qué bien… las cosas están bien así…»

—¿No hay luz por ningún sitio? —preguntó Nikolai con alegría.

Ella abrió una puerta y dijo toda excitada:

—Sí, ven. He encendido unas velas aquí.

—Primero, déjame que te vea —dijo él, entrando en el aura titubeante de la luz de las velas y observando a su madre con avidez. Su pelo negro estaba teñido en un tono de paja clara.

—Bueno ¿es que no me reconoces? —le preguntó su madre, respirando nerviosamente y luego se apresuró a añadir—: No te me quedes mirando de esa manera. ¡Vamos, cuéntamelo todo! Qué moreno estás, Dios mío! Sí, ¡cuéntamelo todo!

Aquella mata de pelo rubio… Y también su cara, estaba maquillada hasta las cejas, con minuciosidad. Sin embargo, la huella húmeda de una lágrima se había comido el rosa del maquillaje, y sus pestañas cubiertas de rímel estaban húmedas, y los polvos que cubrían su nariz habían adquirido un tinte color violeta. Llevaba un vestido azul brillante cerrado hasta el cuello. Y todo en ella le resultaba desconocido, inquietante, le producía un punto de miedo.

—Probablemente esperas a alguien, madre —observó Nikolai, y no sabiendo qué decir a continuación, se quitó el abrigo enérgicamente y lo dejó caer.

Ella se separó y fue hasta la mesa, que estaba puesta para comer y que relucía con sus copas de cristal en la semioscuridad; luego se volvió hacia él y mecánicamente se miró en el espejo medio en sombras.

—Han pasado tantos años… ¡Dios mío! Casi no doy crédito a lo que ven mis ojos. Sí, es verdad, tengo amigos a cenar esta noche. Les llamaré para que no vengan… Oh, Dios…

Se apretó contra él, palpándole para asegurarse de que era real.

—Cálmate, madre, ¿qué te pasa…?, estás exagerando. Sentémonos. *Comment-vas-tu*? ¿Cómo te trata la vida…? —y, por alguna razón, como si temiera sus respuestas, empezó a hablar sobre sí mismo, de aquella forma suya cortante, sin dejar de fumar su pipa, tratando de ahogar su extrañeza en palabras y en humo. Resultó que, después de todo, ella había visto su anuncio y se había puesto en contacto con el viejo periodista y había estado a punto de escribir a Nikolai, siempre a punto de… Ahora que había visto su cara distorsionada por el maquillaje y por su pelo artificial sintió que también su voz era distinta. Y mientras le describía sus aventuras sin detenerse un segundo, se puso a mirar la habitación medio iluminada, parpadeante, con sus horribles adornos pequeño-burgueses —el gato de juguete en la repisa de la chimenea, aquel biombo tímido que no conseguía esconder el pie de la cama que asomaba por una esquina, el cuadro de Federico el Grande tocando la flauta, la estantería sin libros, con los jarroncillos en los que se reflejaban las luces en movimientos como de mercurio… Mientras sus ojos se paseaban por la habitación se detuvieron en algo que había visto antes de pasada sin darse demasiada cuenta: había una mesa, para dos con licores, una botella de Asti, dos copas de vino y una tarta

enorme de color de rosa adornada con un círculo de velas todavía apagadas. «… Ni que decir tiene que salí de mi tienda inmediatamente y ¿qué crees que resultó ser? ¡Vamos, a ver si lo adivinas!»

Parecía como si se estuviera recuperando de un trance, y se le quedó mirando asustada (estaba tumbada en el diván junto a él, con las manos en las sienes, y sus medias color de melocotón irradiaban un brillo extraño).

—¿No me estás escuchando, madre?

—Claro que sí, por qué dices eso…

Y se dio cuenta de algo más: estaba ausente, absorta, como si no prestara atención a sus palabras sino a algo inquietante que llegara de lejos, amenazador e inevitable. Él siguió contando su historia, tan divertida, hasta que en un momento dado se detuvo de nuevo y preguntó:

—Y esa tarta ¿para quién es? Tiene un aspecto extraordinario.

Su madre respondió con una sonrisa nerviosa.

—Oh, es una pequeña sorpresa. Ya te dije que esperaba a gente.

—Es que me ha recordado muchísimo a Petersburgo —dijo Nikolai—. ¿Te acuerdas de que una vez te equivocaste y te olvidaste de una vela? Yo cumplía diez años, pero sólo había nueve velas. *Tú escamotas* mi cumpleaños. Cogí una rabieta tremenda. ¿Y cuántas velas tenemos aquí?

—¿Qué importa? —gritó, poniéndose de pie de un salto como si quisiera ocultar la mesa de su vista—. ¿Por qué no me dices qué hora es? Tengo que llamar por teléfono y cancelar la fiesta… tengo que hacer algo.

—Las siete y cuarto —dijo Nikolai.

—*Trop tard, trop tard* —levantó de nuevo la voz—. ¡Qué se le va a hacer! Ya no importa…

Ambos se quedaron en silencio. Ella volvió a sentarse. Nikolai trataba de esforzarse en abrazarla, en hacerle mimos en decirle, Escucha, madre, ¿Qué es lo que te ha pasado? Vamos: dímelo. Volvió de nuevo a la mesa y contó las velas que rodeaban la tarta. ¡Veinticinco! Y él ya había cumplido veintiocho…

—Por favor, ¡no te pongas a examinar mi habitación de esa manera! —dijo su madre—. ¡Pareces un detective de novela! Es un agujero horrible. Me encantaría mudarme a otro lugar, pero vendí la villa que me dejó Kind —de repente, dio un jadeo entrecortado—. Atiende… ¿qué ha sido eso? ¿Has sido tú el que ha hecho ese ruido?

—Sí —contestó Nikolai—. Estoy dando golpecillos a la pipa para que salga la ceniza. Pero dime, ¿tienes suficiente dinero? ¿No tendrás problemas con eso?

Estaba entretenida ajustándose una cinta de la manga y le contestó distraída y sin mirarle.

—Sí… Claro que sí. Me dejó unos cuantos paquetes de acciones extranjeras, un

hospital y una cárcel antigua. ¡Una cárcel! Pero tengo que advertirte que sólo tengo lo suficiente para vivir. Por lo que más quieras, deja ya de hacer ese ruido con la pipa. Tengo que advertirte que… que no puedo… ya me entiendes, Nikolai… me resultaría muy difícil mantenerte.

—¿Pero qué estás diciendo, madre? —exclamó Nikolai (en ese momento, como si fuera un sol estúpido que surgiera desde detrás de una nube igualmente estúpida, volvió la luz eléctrica)—. Bueno, ya podemos apagar las velas; era como estar en el Mausoleo Mostga. Verás, tengo algo de dinero, y, en cualquier caso, me gusta ser libre como un animal… Ven, siéntate, deja de moverte por todo el cuarto.

Alta, delgada, azul radiante, ella de detuvo ante él y ahora, a plena luz, vio cuánto había envejecido, con qué insistencia se le marcaban las arrugas de la frente y las mejillas a pesar del maquillaje. ¡Y aquel horrible pelo teñido!…

—Llegaste tan de repente —dijo, y, mordiéndose los labios, consultó un relojito que había en una estantería—. Como la nieve en un día sin nubes… Está adelantado. No, se ha parado. Tengo invitados esta noche y de repente apareces tú. Es una situación disparatada…

—No digas tonterías, madre. Llegarán, verán que ha llegado tu hijo y se evaporarán al momento. Y antes de que se acabe la noche, tú y yo iremos a un *music hall*, luego cenaremos en algún lugar… Me parece que he visto en algún sitio que anunciaban un show africano… ¡increíble! Imagínate unos cincuenta negros y un enorme…

El timbre de la puerta sonó con estruendo en el vestíbulo de entrada. Olga Kirillovna, que se había encaramado al brazo de una silla, dio un respingo y se puso en pie.

—Espera, yo iré a abrir —dijo Nikolai levantándose.

Le cogió de la manga. Su cara era un puro tic. El timbre dejó de sonar. Quienquiera que llamase se disponía a esperar.

—Deben de ser tus invitados —dijo Nikolai—. Tus veinticinco invitados. Tenemos que abrirles la puerta.

Su madre movió la cabeza en un gesto brusco y siguió escuchando atentamente.

—No está bien… —empezó Nikolai.

Ella le cogió de la manga con un susurro.

—¡No te atrevas! No quiero que… No tendrás la osadía de…

El timbre empezó a sonar de nuevo, insistentemente y como con irritación, esta vez. Y siguió sonando durante un largo tiempo.

—Deja que vaya —dijo Nikolai—. Esto es estúpido. Cuando llaman a la puerta hay que abrir. ¿Qué es lo que te asusta?

—No te atrevas, ¿me oyes? —repetía ella, cogiéndole de la mano espasmódicamente—. Te lo imploro… ¡Nick, Nicky, Nicky!… ¡No lo hagas!

El timbre dejó de sonar. En su lugar se oyeron una serie de golpes vigorosos, producidos, al parecer, por el pomo de un bastón romo.

Nikolai se dirigió resuelto hacia la puerta. Pero antes de alcanzarla su madre le agarró por los hombros, tratando con toda su fuerza de hacerle retroceder, sin dejar de suspirar:

—No te atreverás, no te atreverás. ¡Por amor de Dios!

El timbre volvió a sonar, breve y airado.

—Es asunto tuyo —dijo Nikolai riéndose, y metiendo las manos en los bolsillos, se puso a pasear a lo largo de la habitación. Esto es una pesadilla, pensaba, mientras reía para sus adentros.

El timbre había dejado de sonar. Todo estaba silencioso. Aparentemente, quien llamaba se había cansado de hacerlo y se había ido. Nikolai se acercó a la mesa, contempló la espléndida tarta con su brillante azúcar glaseado y sus veinticinco velas festivas y las dos copas de vino. Al lado, como si quisiera ocultarse en la sombra que proyectaba la botella, había una pequeña caja de cartón blanco. La cogió y la abrió. Contenía una pitillera de plata completamente nueva y bastante vulgar.

—Así que era esto —dijo Nikolai.

Su madre, que estaba medio reclinada en el sillón con el rostro detrás de un cojín, estaba deshecha en lágrimas. En años anteriores la había visto llorar con frecuencia, pero entonces lloraba de una forma muy diferente: sentada a la mesa, por ejemplo, se ponía a llorar pero sin esconder la cara, y se sonaba la nariz con ruido sin dejar de hablar y de hablar y de hablar; sin embargo ahora, lloraba de una forma tan infantil como una niña pequeña, estaba allí tumbada con tal abandono… y había algo tremendamente atractivo en la curva de su espalda y en la forma en que su pie, en su zapatilla de terciopelo, rozaba el suelo… Se podría incluso pensar que era una joven, rubia, llorando… Y su pañuelo todo arrugado estaba abandonado en la alfombra, tal y como debía ser en una escena de ese tipo.

Nikolai emitió un gruñido ruso (*kryak*) y se sentó en el borde del sofá. Volvió a gruñir. Su madre, sin dejar de ocultar el rostro, dijo contra el cojín:

—¿Por qué no pudiste haber vuelto antes? Incluso un año antes… ¡Sólo un año!

—Cómo iba a saberlo —dijo Nikolai.

—Ahora todo se ha acabado —suspiró entre lágrimas, mientras se atusaba su pelo rubio—. Cumpliré cincuenta años en mayo. El hijo viene a ver a su madre anciana. Y por qué tuviste que venir justo en este preciso momento… ¡esta noche!

Nikolai se puso el abrigo (que, contrariamente a lo que es costumbre en Europa, había dejado tirado en un rincón), sacó la gorra de uno de los bolsillos y se volvió a sentar junto a ella.

—Mañana por la mañana seguiré mi camino —dijo, acariciando la brillante seda azul de los hombros de su madre—. Siento la necesidad de dirigirme al norte, a

Noruega, quizás, o si no al mar, a la caza de la ballena. Te escribiré. En un año más o menos nos volveremos a ver, entonces, quizá, me quedaré más tiempo. ¡No te enfades conmigo por culpa de mi pasión por la aventura!

Inmediatamente ella le abrazó, apoyando su húmeda mejilla contra su cuello. Luego le apretó la mano y de repente se puso a llorar, atónita.

—¡Voló de un disparo! —se rió Nikolai—. Adiós, mi amor.

Ella le acarició el muñón suave de su dedo y le dio un beso cauteloso. Luego le pasó el brazo por la espalda y caminó abrazada a su hijo hasta la puerta.

—Por favor, escribe a menudo… ¿De qué te ríes? ¿Es que se me ha corrido el maquillaje?

Y en cuanto la puerta se cerró tras él, ella voló, con un susurro de su vestido azul, hasta el teléfono.

Una cuestión de honor [*]

1.

El infausto día en que Anton Petrovich conoció a Berg sólo tiene una existencia teórica, porque su memoria no se dignó fijar aquella infausta fecha en el calendario, y ahora resultaba de todo punto imposible identificar el día preciso. En términos generales puede decirse que tuvo lugar el último invierno, en torno a la Navidad de 1926. Berg surgió de la nada, saludó con una inclinación de cabeza y volvió a sentarse en un sillón, en el lugar de la nada previa a él. Sucedió en casa de los Kurdyumovs, que vivían en St Mark's Strasse, en las afueras, en el barrio moabita de Berlín, creo. Los Kurdyumovs seguían siendo pobres, tal y como los había dejado la Revolución, mientras que Anton Petrovich y Berg, expatriados como ellos, habían conseguido enriquecerse un tanto. Ahora, cuando en los escaparates de las camiserías aparecía una docena de corbatas semejantes, todas ellas de tonos luminosos y ahumados, como los de una nube al atardecer, junto con una docena de pañuelos de tinte exactamente igual, Anton Petrovich se compraba tanto la corbata de moda como el pañuelo de moda y todas las mañanas, en su camino hasta el banco, experimentaba el placer de encontrarse con esa misma corbata y con ese mismo pañuelo en la persona de dos o tres caballeros que, como él mismo, iban camino de su correspondiente oficina. En una ocasión tuvo cierta relación de trabajo con Berg; Berg era indispensable, le llamaba cinco veces al día, empezó a frecuentar su casa y contaba chistes interminables, ¡cómo le gustaba contar chistes! La primera vez que fue a su casa, Tanya, la mujer de Anton Petrovich, le encontró muy británico y muy divertido. «¡Hola, Anton!», gritaba Berg, lanzándose hasta la mano tendida de Anton con los dedos bien abiertos (según es costumbre en Rusia) para estrechársela con fuerza. Berg era fornido, poderoso, siempre bien afeitado y le gustaba compararse con un ángel atlético. Una vez le mostró a Anton Petrovich un viejo cuaderno negro. Las páginas estaban todas cubiertas de cruces, había exactamente quinientas veintitrés. «La guerra civil en Crimea, un recuerdo», dijo Berg con una leve sonrisa, y añadió fríamente: «Ni qUe decir tiene que sólo he contado a los rojos que maté en el acto, de un solo tiro». El hecho de que Berg fuera un ex oficial de caballería y de que hubiera luchado a las órdenes del general Denikin provocaba la envidia de Anton Petrovich y no podía soportar que Berg empezara a contar, delante de Tanya, sus incursiones de reconocimiento y sus cargas nocturnas. Anton Petrovich, por su parte, era un ser más bien gordo, paticorto y portaba un monóculo que, en sus ratos libres,

es decir, cuando no estaba colocado en el ojo, colgaba de una estrecha cinta negra y, cuando Anton Petrovich se acomodaba repantigado en una butaca, el monóculo brillaba ridículo como un ojo descabalado sobre su estómago. Un furúnculo que le habían extirpado dos años antes le había dejado una cicatriz en la mejilla derecha. La cicatriz, así como su bigote recortado y tosco y su gran nariz rusa, se crispaban cuando intentaba colocarse el monóculo en su posición. «Deja de hacer muecas», le decía entonces Berg, «por mucho que te esfuerces, no vas a lograr ponerte más feo de lo que estás».

Un ligero vapor flotaba por encima de sus vasos de té; había un *éclair* de chocolate medio aplastado, del que se salía el contenido cremoso; Tanya, con los brazos desnudos acodados sobre la mesa y la barbilla apoyada en sus dedos entrelazados, contemplaba cómo se elevaba en el aire el humo de su cigarrillo y Berg trataba de convencerla de que se cortara el pelo, de que todas las mujeres lo habían hecho desde tiempo inmemorial, de que la Venus de Milo tenía el pelo corto, mientras Anton Petrovich se oponía acaloradamente a ello con todo tipo de argumentos; Tanya se limitaba a encogerse de hombros y a desprenderse de la ceniza de su cigarrillo con un leve golpe de uña.

Pero todo aquello llegó pronto a su fin. Un miércoles a finales de julio, Anton Petrovich viajó a Kassel por motivos de trabajo y desde allí envió un telegrama a su mujer diciendo que volvería el viernes. El viernes vio que se tenía que quedar allí por lo menos otra semana más y envió otro telegrama. Al día siguiente, sin embargo, consiguió cerrar el trato y, sin preocuparse de enviar un tercer telegrama, Anton Petrovich emprendió el regreso a Berlín. Llegó hacia las diez de la noche, cansado e insatisfecho con aquel viaje. Desde la calle vio que las ventanas del dormitorio de su piso estaban todas iluminadas, transmitiéndole la consoladora noticia de que su mujer estaba en casa. Subió hasta el quinto piso, dio tres vueltas a la llave para abrir los tres cerrojos de la puerta, y entró. Al pasar por el vestíbulo oyó el ruido del agua que corría en el cuarto de baño. «Húmeda y sonrosada», pensó Anton Petrovich anticipando el encuentro amoroso, mientras se dirigía al dormitorio a dejar la maleta. En el dormitorio, delante del espejo del armario, encontró a Berg poniéndose la corbata.

Mecánicamente, Anton Petrovich dejó caer la bolsa en el suelo, sin quitarle los ojos de encima a Berg, que ladeó su rostro impasible, cogió al vuelo el extremo de su brillante corbata y se lo pasó por el nudo. «Sobre todo, no te alarmes», dijo Berg, mientras se apretaba el nudo con cuidado. «Por favor, no te alarmes. Mantén la calma.»

Tengo que hacer algo, pensó Anton Petrovich. Pero ¿qué? Sintió un temor en las piernas, una ausencia de piernas, un temblor frío, doloroso. Hacer algo deprisa… Empezó a quitarse un guante de la mano. El guante era nuevo y se ajustaba

perfectamente. Anton Petrovich no dejaba de sacudir la cabeza, y de murmurar mecánicamente: «Vete de inmediato. Esto es horrible. Lárgate…».

—Ya me voy, ya me voy, Anton —dijo Berg, ajustándose la chaqueta con toda calma.

«Si le pego, me devolverá el golpe», pensó Anton Petrovich en un flash. Se quitó el guante finalmente y se lo lanzó a Berg con torpeza. El guante dio contra la pared y fue a caer en la palangana.

—Buen tiro —dijo Berg.

Cogió el sombrero y el bastón y se dirigió hacia la puerta dejando a Petrovich atrás. «En cualquier caso, me tienes que acompañar», dijo. «El portal está cerrado.»

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, Anton Petrovich le siguió. Al empezar a bajar las escaleras, Berg, que iba delante, se echó a reír. «Lo siento», dijo sin volver la cabeza, «pero es tremendamente divertido… que te echen a la calle con tantas complicaciones». Al llegar al rellano volvió a reírse y aceleró la marcha. Anton Petrovich hizo lo mismo. Aquella espantosa carrera era indecorosa… Berg le estaba obligando deliberadamente a bajar a trompicones. Qué tortura… Tercer piso… Segundo… ¿Cuándo se acabarán estas escaleras? Berg voló por el último tramo y se quedó esperando a Anton Petrovich, dando golpecitos ligeros con su bastón. Anton Petrovich llegó jadeante y con dificultad consiguió que la llave saltarina entrara en la cerradura. Por fin se abrió.

—Trata de no odiarme —dijo Berg desde la acera—. Ponte en mi lugar…

Anton Petrovich cerró la puerta de golpe. Desde el principio había sentido la tentación de dar algún portazo. El ruido resonó en sus oídos. Y ahora, al subir las escaleras, se dio cuenta de que teñía el rostro cubierto de lágrimas. Al pasar por el vestíbulo, volvió a oír el ruido del agua que seguía corriendo. Esperando a que saliera bien caliente, lo más seguro. Pero ahora, por encima del ruido del agua, oía la voz de Tanya. Cantaba a voz en grito en el baño.

Con un extraño sentimiento de alivio, Anton Petrovich volvió al dormitorio. Vio ahora algo que no había observado antes, que las dos camas estaban deshechas y que en la de su mujer había un camisón rosa. Su nuevo traje de noche y un par de medias de seda estaban preparados en el sofá: evidentemente se estaba arreglando para ir a bailar con Berg. Anton Petrovich sacó su lujosa pluma estilográfica del bolsillo. «No puedo soportar volverte a ver. No respondo de mis actos cuando te vea.» Lo escribió de pie, inclinándose en una postura incómoda sobre el tocador. El monóculo estaba empañado con una lágrima enorme… las letras nadaban… «Por favor, vete. Te dejo algo de dinero. Ya arreglaré las cosas con Natasha mañana. Duerme en su casa esta noche, o en un hotel… pero, por favor, no lo hagas aquí.» Terminó de escribir y colocó el papel en el espejo, en un lugar donde ella no tuviera más remedio que verlo. Junto al papel dejó un billete de cien marcos. Y, al atravesar el vestíbulo, volvió a oír

de nuevo a su mujer cantando en el baño. Tenía una voz como de gitana, una voz que te embrujaba… felicidad, una noche de verano, una guitarra… aquella noche cantó sentada en un cojín en medio del suelo, y al cantar achinaba los ojos… Acababa de declarársele… sí, la felicidad, una noche de verano, una mariposa nocturna estrellándose contra el cielo. «Te entrego mi alma, te quiero con pasión infinita…» «¡Qué horror! ¡Qué horror!», se repetía mientras caminaba por la calle. La noche estaba templada, con un enjambre de estrellas. No sabía qué camino tomar, le era indiferente. Probablemente ya había salido del baño y había visto la nota. Anton Petrovich hizo una mueca de dolor al acordarse del guante. Un guante recién estrenado flotando en una palangana llena. La visión de aquel objeto maldito le llevó a emitir un grito que asustó a un transeúnte. Vio las sombras oscuras de los enormes álamos en torno a una plaza y pensó, Mityushin vive por aquí. Anton Petrovich le telefoneó desde un bar que se le apareció de repente como en un sueño para luego retroceder en la distancia como las luces de cola de un tren. Mityushin le abrió la puerta borracho, y al Principio no prestó atención al rostro lívido de Anton Petrovich. En aquella habitación mal iluminada no encontró sino a un desconocido y a una señora de pelo negro con un traje rojo que estaba tumbada en el sofá de espaldas a la mesa, aparentemente dormida. Unas cuantas botellas brillaban sobre la mesa. Anton Petrovich había llegado en plena celebración de un cumpleaños, pero no consiguió saber si se trataba del cumpleaños de Mityushin, del de la bella durmiente, o del hombre desconocido (que resultó ser un alemán rusificado que respondía al extraño nombre de Gnushke). Mityushin, con rostro ardiente, le presentó a Gnushke y, señalando con un gesto la espalda de la durmiente, observó como de paso: «Adelaida Albertovna, quiero que conozcas a un gran amigo mío». La señora no se movió; Mityushin, sin embargo, no mostró sorpresa alguna, como si en ningún momento hubiera entrado en su consideración que la durmiente se despertara. Todo aquello era un poco raro y como de pesadilla —aquella botella vacía de vodka con una rosa en el cuello, aquel tablero de ajedrez en el que se jugaba una partida como a saltos, la dama durmiente, aquel Gnushke, borracho aunque tranquilo…

—Toma una copa —dijo Mityushin y de repente alzó las cejas—. ¿Qué te pasa, Anton Petrovich? Pareces muy enfermo.

—Faltaría más, por favor, tómate una copa —dijo con una insistencia estúpida Gnushke, un hombre de rostro realmente alargado, con un cuello también muy largo y estrecho que parecía un Dachsund.

Anton Petrovich engulló media copa de vodka y se sentó.

—Ahora, cuéntanos qué te ha pasado —dijo Mityushin—. No sientas ningún reparo en hacerlo delante de Henry, es el hombre más honrado de la tierra. Es mi turno, Henry, te prevengo, si después de este movimiento, te comes a mi alfil, te haré jaque mate en tres jugadas. Bueno, cuéntalo todo, Anton Petrovich.

—Ya lo veremos —dijo Gnushke, mostrando un enorme puño almidonado al extender el brazo—. Te olvidaste del peón en h5.

—Al diablo con h5 —dijo Mityushin—. Anton Petrovich va a contarnos su historia.

Anton Petrovich tomó más vodka y la habitación empezó a dar vueltas. El tablero de ajedrez estaba a punto de chocar contra las botellas; las botellas, junto con la mesa, se movían en dirección al sofá; el sofá, con la misteriosa Adelaida Albertovna se dirigía hacia la ventana; e incluso la ventana empezó a bailar. Este movimiento endemoniado estaba de alguna manera conectado con Berg, y había detenerlo, detenerlo al punto, destrozarlo, desgarrarlo, destruirlo…

—Quiero que seas mi padrino —empezó a decir Anton Petrovich, y se dio cuenta de que a su frase le faltaba algo pero se sentía absolutamente incapaz de corregirla.

—¿Padrino? —dijo Mityushin distraído, mirando de reojo al tablero de ajedrez, que amenazaba la mano de Gnushke, meneando los dedos.

—Deja eso y escúchame —exclamó Anton Petrovich con voz angustiada—. ¡Escúchame! No bebamos más. Esto es serio, muy serio.

Mityushin se le quedó mirando con sus brillantes ojos azules.

—La partida ha sido cancelada, Henry —dijo, sin siquiera mirar a Gnushke—. Esto parece serio.

—Tengo la intención de batirme en duelo —murmuró Anton Petrovich, intentando ópticamente sujetar la mesa que a su vista había comenzado a flotar—. Quiero matar a cierta persona. Se llama Berg: quizá lo hayáis visto alguna vez en mi casa. Prefiero no explicar mis motivos…

—Puedes explicárselo todo a tu padrino —dijo Mityushin con suficiencia.

—Perdona que me entrometa —dijo Gnushke de repente, alzando el dedo índice —. Recuerda que está escrito: «¡No matarás!»

—El hombre se llama Berg. Creo que le conoces. Y necesito dos padrinos.

Era imposible pasar por alto la ambigüedad.

—Un duelo —dijo Gnushke.

Mityushin le hizo un gesto con el codo.

—No interrumpas, Henry.

—Eso es todo —concluyó Anton Petrovich en un susurro y bajando los ojos, se puso a manosear desganado el cordón de su inútil monóculo.

Silencio. La dama del sofá roncaba cómodamente. Por la calle pasó un coche, atronando con la bocina.

—Estoy borracho y Henry está borracho —murmuró Mityushin—, pero aparentemente ha ocurrido algo muy serio —se mordió los nudillos y miró a Gnushke —. ¿Qué crees, Henry? —Gnushke suspiró.

—Mañana, vosotros dos os presentaréis en su casa —dijo Anton Petrovich—.

Elegid el lugar y todo eso. No me dejó su tarjeta. Según las reglas debería haberme dejado su tarjeta. Le arrojé un guante a la cara.

—Estás actuando como un hombre noble y valiente —dijo Gnushke cada vez más animado—. Por una extraña coincidencia estos asuntos no me resultan ajenos. Un primo mío también murió en un duelo.

«¿Por qué "también"?», pensó Anton Petrovich angustiado. «¿Será una señal?»

Mityushin echó un trago y dijo con desenvoltura:

—Como amigo no me puedo negar. Iremos a ver al señor Berg por la mañana.

—Por lo que respecta a la ley alemana —dijo Gnushke—, si lo matas, te meterán en la cárcel unos cuantos años pero, si por el contrario te matan a ti no te molestarán.

—Ya he considerado todos los términos del duelo —dijo Anton Petrovich solemne.

Y entonces volvió a aparecer aquel objeto bello y lujoso, aquella pluma negra brillante con su delicado punto de oro, que en tiempos normales se desliza como una varita de terciopelo por el papel; sin embargo, en estos momentos, la mano de Anton Petrovich no deja de temblar, y la mesa se balancea como la cubierta de un barco en la tormenta… En un pliego de papel que Mityushin sacó de la nada, Anton Petrovich escribió su manifiesto de desafío a Berg, llamándole canalla tres veces, y concluyendo con la siguiente frase tan poco convincente: «Uno de los dos tiene que perecer».

Cuando acabó de escribir, rompió a llorar y Gnushke, chascando la lengua, le limpió la cara al pobre hombre con un gran pañuelo de cuadros rojos, mientras que Mityushin no dejaba de señalar al tablero de ajedrez, repitiendo pesadamente: «Te deshaces de él como si fuera el rey, jaque mate en tres jugadas y se acabó la cuestión». Anton Petrovich sollozaba, y trataba de liberarse de las manos amigas de Gnushke, repitiendo infantilmente: «¡La quería tanto! ¡La quería tanto!».

Y amanecía un nuevo día triste.

—Entonces, a las nueve tenéis que estar en su casa, dijo Anton Petrovich, levantándose a duras penas de la silla.

—A las nueve estaremos en su casa —repitió Gnushke como en eco.

—Nos quedan cinco horas de sueño —dijo Mityushin.

Anton Petrovich le dio forma al sombrero (todo este rato había estado sentado encima), tomó la mano de Mityushin, la retuvo entre las suyas un momento y luego la levantó y la apoyó contra su mejilla.

—Vamos, vamos, no debes hacer eso —murmuró Mityushin y, repitiendo su gesto, se dirigió a la dama durmiente—. Nuestro amigo se va, Adelaida Albertovna.

Esta vez sí que se movió, se despertó sobresaltada y se dio la vuelta despacio. Tenía la cara abotargada y llena de arrugas provocadas por el sueño, y unos ojos achinados maquillados en exceso.

—Será mejor que dejéis de beber —dijo con calma y de nuevo les dio la espalda y se volvió hacia la pared.

En la esquina de la calle, Anton Petrovich encontró un taxi soñoliento que le llevó a velocidad fantasmal a través de los baldíos de la ciudad grisazul y al llegar delante de su casa volvió a quedarse dormido. En el vestíbulo se encontró con Elspeth, la doncella, que abrió la boca y se le quedó mirando con ojos severos, como si estuviera a punto de decir algo; pero lo pensó mejor, y se fue arrastrando sus pantuflas por el pasillo.

—Espere —dijo Anton Petrovich—. ¿Se ha ido mi mujer?

—Es una vergüenza —dijo la doncella enfatizando sus palabras—. Esto es una casa de locos. Baúles en mitad de la noche, todo del revés…

—Le he preguntado si ya se ha ido mi mujer —gritó Anton Petrovich con voz de pito.

—Sí —contestó Elspeth taciturna.

Anton Petrovich entró al salón. Decidió que dormiría allí. El dormitorio, evidentemente, era tabú. Encendió la luz, se tumbó en el sofá, y se tapó con el abrigo. Por alguna razón, algo le molestaba en la muñeca izquierda. Claro, el reloj. Se lo quitó, le dio cuerda, mientras pensaba, qué extraordinario, cómo mantiene el decoro este hombre, incluso se acuerda de darle cuerda al reloj. Y, como todavía estaba borracho, de inmediato empezaron a acunarle unas olas enormes y rítmicas, en vaivén, arriba y abajo, y arriba y abajo hasta que empezó a marearse mucho. Se enderezó… el gran cenicero de cobre… deprisa… Sus entrañas le dieron tal tirón que un dolor agudo le atravesó el vientre… y todo aquello cayó fuera del cenicero. Se quedó dormido inmediatamente. Uno de sus pies, con su zapato negro y polaina gris colgaba fuera del sofá, y la luz (que se había olvidado de apagar) concedía a su frente sudorosa un brillo de palidez.

2.

Mityushin era un pendenciero y un borracho. Era capaz de cualquier cosa a la menor provocación. Un verdadero temerario. También se recuerda en la ciudad que un amigo suyo, que quería insultar al servicio de Correos, solía arrojar cerillas encendidas en los buzones. Le llamaban Gnut. Probablemente se trataba de Gnushke. En realidad, Anton Petrovich sólo había tenido la pretensión de pasar la noche en casa de Mityushin. Pero luego, y sin razón aparente, había comenzado toda aquella conversación acerca de los duelos… Desde luego que había que matar a Berg pero antes hubiera sido preciso considerar todo aquel asunto detenidamente, y, a la hora de elegir padrinos, hubieran debido ser caballeros. Tal y como estaba planteado ahora, todo el asunto había tomado un cariz absurdo e indecoroso. Todo había sido absurdo e indecoroso —empezando por el guante y acabando por el cenicero. Pero ahora ya

no había nada que hacer, tendría que apurar su cáliz…

Buscó debajo del sofá, donde había aterrizado su reloj. Las once. Mityushin y Gnushke ya habrían visitado a Berg en su casa. De repente, un pensamiento agradable se abrió paso entre los demás, hizo a un lado todo presagio funesto, y luego desapareció. ¿A qué se refería el pensamiento, a qué? ¡Claro! Ayer se habían emborrachado y también él había bebido demasiado. Con toda seguridad se habían quedado dormidos, y luego, vueltos en sí, habían pensado que todas sus palabras no habían sido más que incoherencias; pero este agradable pensamiento pasó y se desvaneció. Daba igual, la cosa se había puesto en marcha y tendría que repetirles sus palabras de la víspera. Sin embargo, era extraño que todavía no hubiesen aparecido. ¡Qué palabra tan impresionante, «duelo»! ¡Me voy a batir en duelo! Un encuentro hostil. Combate singular. Duelo. «Duelo» suena mejor. Se levantó, y se dio cuenta de que tenía los pantalones terriblemente arrugados. Se habían llevado el cenicero. Elspeth debía de haber entrado mientras él dormía. Qué vergüenza. Debía ir a ver cómo había quedado el dormitorio. Olvidar a su mujer. Ya no existía. Nunca había existido. Todo aquello era cosa del pasado. Anton Petrovich respiró con fuerza y abrió la puerta del dormitorio. Encontró allí a la doncella que estaba metiendo un periódico todo arrugado en la papelera.

—Tráigame un poco de café, por favor —dijo y fue hasta el tocador. Había un sobre. Su nombre; la letra de Tanya. Junto a él, en desorden, estaban su cepillo, su peine, su cepillo de afeitar y un guante todo tieso. Anton Petrovich abrió el sobre. Los cien marcos y nada más. Se volvió a un lado y a otro, no sabiendo qué hacer con ellos.

—Elspeth…

La doncella se acercó, mirándole recelosa.

—Tenga, quédeselos. Ayer noche tuvo que aguantar demasiada molestia, por no hablar de otras cosas más desagradables… Tome, quédeselo.

—¿Cien marcos? —la doncella preguntó en un susurro, para, a continuación, ponerse colorada. Sólo Dios sabe lo que le pasó por la cabeza, pero dejó caer de un golpe la cesta de la ropa sucia, y gritó—: ¡No! No puede sobornarme, soy una mujer honesta. Espere y verá cómo le digo a todo el mundo que intentó sobornarme. ¡No! Esto es una casa de locos… —y desapareció dando un portazo.

—Pero ¿qué le pasa? Dios mío, ¿qué le pasa? —musitó Anton Petrovich confundido, y, acercándose de un paso hasta la puerta, le gritó a la doncella—: ¡Haga el favor de marcharse ahora mismo, váyase de esta casa!

—Ya es la tercera persona que echo de la casa —pensó, temblando con todo el cuerpo—. Y ahora no tengo a nadie que me traiga café.

Pasó mucho tiempo cambiándose y aseándose, y luego se sentó en un café enfrente de su casa, mirando de vez en cuando para ver si llegaban Mityushin y

Gnushke. Tenía muchísimas cosas que hacer en la ciudad pero no podía pensar en cosas de trabajo. Duelo. Palabra maravillosa.

Por la tarde Natasha, la hermana de Tanya, apareció en la casa. Tenía tal disgusto que apenas podía hablar. Anton Petrovich no dejó de pasear por la habitación, rozando los muebles a su paso. Tanya había llegado al piso de su hermana a mitad de la noche, en un estado terrible, como no te puedes ni imaginar. Anton Petrovich encontró extraño estar tuteando a Natasha. Después de todo, ya no estaba casado con su hermana.

—Le pasaré una cierta suma de dinero bajo ciertas condiciones —dijo, tratando de que no se le notara la histeria que sentía estaba a punto de aparecer en su voz.

—No es una cuestión de dinero —contestó Natasha, sentada delante de él, balanceando su pierna brillante en sus medias de seda—. La cuestión es que todo este asunto se nos ha ido de las manos de una forma espantosa.

—Gracias por venir —dijo Anton Petrovich—, ya hablaremos más adelante, ahora mismo estoy muy ocupado —mientras la acompañaba a la puerta, observó indiferente (o al menos pensó que sonaba indiferente). «Me voy a batir en duelo con él», los labios de Natasha temblaron; le besó fugazmente en la mejilla y se fue. Qué raro que no le implorara para que no se batiese. Tenía que haberle implorado que no se batiera. En nuestros tiempos nadie se bate en duelo. Llevaba el mismo perfume que… ¿Quién? No, no nunca se había casado.

Un poco más tarde todavía, en torno a las siete, llegaron Mityushin y Gnushke. Parecían taciturnos. Gnushke se inclinó silencioso y le entregó a Anton Petrovich un sobre sellado. Lo abrió Empezaba así: «He recibido su mensaje, extremadamente estúpido y extremadamente maleducado…». El monóculo de Anton Petrovich se desprendió y se lo volvió a poner. «Lo siento mucho por usted, pero ya que ha adoptado esta actitud, no tengo más elección que aceptar su desafío. Sus padrinos son horribles. Berg.»

La garganta de Anton Petrovich se quedó desagradablemente seca, y de nuevo sintió aquel ridículo temblor de piernas.

—Sentaos, sentaos —dijo y él se sentó sin dilación. Gnushke se hundió en un sillón, se dio cuenta de lo que hacía y se incorporó para sentarse dignamente en el borde.

—Es un personaje bastante insolente —dijo Mityushin cariacontecido—. Imagínate, no dejó de reírse en todo el tiempo, estuve casi a punto de pegarle un puñetazo en los dientes.

Gnushke se aclaró la garganta y dijo:

—Sólo tengo un consejo que darte: apunta bien, porque él también va a apuntar bien.

Ante los ojos de Anton Petrovich apareció la página de un cuaderno cubierta de

equis: el diagrama de un cementerio.

—Es un tipo peligroso —dijo Gnushke, hundiéndose de nuevo en el sofá, para recomponerse después y sentarse al borde del mismo.

—¿Y quién va a hacer el informe, Henry, tú o yo? —preguntó Mityushin, mordiendo un cigarrillo mientras daba vueltas al encendedor con el pulgar.

—Será mejor que lo hagas tú —dijo Gnushke.

—Hemos tenido un día muy ocupado —empezó Mityushin, mirando con sus ojos azules desorbitados a Anton Petrovich—. Exactamente a las ocho y media, Henry, que estaba completamente borracho, y yo…

—Protesto —dijo Gnushke.

—… fuimos a casa del señor Berg. Estaba bebiéndose un café. Inmediatamente le entregamos tu nota. La leyó. Y ¿qué hizo, Henry? Sí, rompió a reír. Esperamos a que acabara de reír y Henry le preguntó qué planes tenía.

—No, no le pregunté por sus planes, sino por cómo pensaba reaccionar —le corrigió Gnushke.

—… reaccionar. Ante esto, el señor Berg replicó que consentía en el duelo y que él elegiría las pistolas. Hemos acordado todas las condiciones: los combatientes se colocarán uno frente al otro a una distancia de veinte pasos. Se abrirá fuego a una orden de mando. Si nadie ha muerto después del primer fuego, el duelo podrá continuar. Al infinito. ¿Qué más detalles hay, Henry?

—Si resulta imposible encontrar pistolas de duelo, entonces se utilizarán Browning automáticas —dijo Gnushke.

—Browning automáticas. Tras establecer este punto, preguntamos al señor Berg cómo ponernos en contacto con sus padrinos. Fue a telefonear. Luego escribió la nota que tienes ante tus ojos. Por cierto, no dejó de reír mientras la escribía. A continuación fuimos a un café para encontramos con sus dos compinches. Le compré a Gnushke un clavel para que se lo pusiera en el ojal. Nos reconocieron por el clavel. Se presentaron y, bueno, por decirlo en pocas palabras, todo está en orden. Se llaman Marx y Engels.

—Eso no es exactamente cierto —interrumpió Gnushke—. Se llaman Markov y coronel Arkhangelski.

—Eso carece de importancia —dijo Mityushin y siguió hablando—. Ahora comienza lo épico del asunto. Salimos de la ciudad con aquellos tipos para buscar un lugar apropiado. Ya conoces Weissdorf, justo después de pasar el Wannsee. Eso es. Al llegar allí dimos un paseo por el bosque y encontramos un claro, donde resultó que aquellos tipos habían estado de merienda con sus novias el otro día. El claro es pequeño, y a su alrededor no hay sino bosques. En resumen, el lugar ideal aunque, desde luego, no es el grandioso decorado montañoso que se encuentra en el duelo fatal de Lermontov. Mira cómo llevo las botas todas sucias, blancas de polvo.

—También las mías —dijo Gnushke—. Debo decir que el viajecito ha sido bastante fatigoso. Luego se hizo un silencio.

—Hace calor, hoy —dijo Mityushin—. Más calor que ayer.

—Mucho más —dijo Gnushke.

Mityushin comenzó a aplastar su cigarrillo en el cenicero con exagerada meticulosidad. Silencio. A Anton Petrovich el corazón se le había subido a la garganta. Trató de tragárselo, pero empezó a latir con más fuerza todavía. ¿Cuándo tendría lugar el duelo? ¿Mañana? ¿Por qué no se lo decían? ¿Quizás, pasado mañana? Sería mejor que fuera pasado mañana…

Mityushin y Gnushke se miraron y se levantaron.

—Te vendremos a buscar mañana a las seis y media de mañana —dijo Mityushin —. No tiene sentido ir más temprano. Allí no hay ni un alma, además.

Anton Petrovich también se levantó. ¿Qué debía hacer? ¿Darles las gracias?

—Está bien, muchas gracias, caballeros… Gracias, caballeros… Entonces todo está arreglado. Está bien.

Los otros saludaron con una inclinación de cabeza.

—Todavía tenernos que ir a buscar un médico y también las pistolas —dijo Gnushke.

En el vestíbulo Anton Petrovich cogió a Mityushin del brazo y musitó:

—Sabes, es estúpido, pero verás, es que no sé disparar, quiero decir, que sé cómo se hace, pero nunca he practicado…

—Hummm —dijo Mityushin—, qué mala suerte. Hoy es domingo, si no hubieras podido tomar alguna que otra clase de armas. Realmente, lo tuyo es auténtica mala suerte.

—El coronel Arkhangelski da clases privadas de tiro —sentenció Gnushke.

—Sí —dijo Mityushin—. Y tú te las das de inteligente, ¿no? Con todo, ¿qué vamos a hacer, Anton Petrovich? Sabes una cosa, a veces los principiantes tienen suerte. Confía en Dios y limítate a apretar el gatillo.

Se fueron. Anochecía. Nadie se había ocupado de echar la persiana. Debía de haber un poco de queso y de galletas en el aparador. Las habitaciones estaban desiertas e inmóviles, como si los muebles hubieran estado vivos y llenos de movimiento en otra vida y ahora hubieran muerto. Un feroz dentista de cartón inclinado sobre un paciente de cartón muerto de pánico —ésta era una escena que había visto no hacía mucho, en una noche azul, verde, de rubí, entreverada de fuegos artificiales, en el Parque de Atracciones. Berg apuntó con cuidado, la escopeta de aire comprimido estalló en un disparo, los perdigones dieron en la diana, liberando un muelle, y el dentista de cartón sacó de un tirón una muela inmensa de cuádruple raíz. Tanya aplaudió, Anton Petrovich sonrió, Berg volvió a disparar, y los discos de cartón repiquetearon al girar, las pipas de barro estallaron una tras otra, y la pelota de

ping-pong que bailaba en un esbelto surtidor de agua desapareció. Qué espanto… Y lo más espantoso de todo era que Tanya dijo medio en broma: «No debe de ser divertido batirse en duelo contigo». Veinte pasos. Anton Petrovich contó los pasos de la puerta a la ventana. Once. Se puso el monóculo y trató de imaginarse la distancia. Dos habitaciones como aquélla. Si pudiera conseguir desarmar a Berg con el primer tiro. Pero no sabía ni siquiera apuntar. Estaba destinado a errar el tiro. Por ejemplo, aquel abrecartas. No, mejor aquel pisapapeles. Se supone que hay que ponerlo así y apuntar. O quizá así, junto a la barbilla, así parece más fácil. Y en ese instante, mientras sostenía ante sí el pisapapeles con forma de loro, apuntando aquí y allá, Anton Petrovich se dio cuenta de que lo iban a matar.

Hacia las diez decidió irse a dormir. El dormitorio, sin embargo, era tabú. Con gran esfuerzo encontró ropa de cama limpia en el armario, le puso una funda a la almohada, y extendió una sábana sobre el sofá de piel del salón. Mientras se desnudaba, pensó, me estoy metiendo en la cama por última vez en mi vida. Qué tontería, chirrió débilmente alguna oscura partícula del alma de Anton Petrovich, la misma partícula que le había llevado a lanzar el guante en desafío, a dar un portazo, y a llamar canalla a Berg. «¡Tonterías!», dijo Anton Petrovich con un hilo de voz, e inmediatamente se dijo a sí mismo que no estaba bien decir esas cosas. Si pienso que no me va a suceder nada, entonces ocurrirá lo peor. Todo en la vida sucede del revés. Sería bueno leer algo, por última vez, antes de dormirme.

Ya estoy otra vez de vuelta con lo mismo, se lamentó en su interior. ¿Por qué ha de ser *por última vez*? Estoy fuera de mí. Tengo que controlarme. Ojalá me fuera dada una señal de cualquier tipo. ¿Quizá los naipes?

Encontró una baraja en una consola cercana y cogió la carta de arriba, un tres de diamantes. ¿Qué significado quiromántico tiene un tres de diamantes? No lo sabía. Luego sacó, en este orden, la reina de diamantes, el ocho de tréboles, el as de picas. ¡Ah! Eso no presagiaba nada bueno. El as de picas, creo que significa muerte. Pero también hay mucha tontería en todo esto, supersticiones que no van a ningún lado… medianoche. Han dado las cinco. Mañana se ha convertido en hoy. Hoy me bato en duelo.

En vano trató de encontrar un poco de paz. Ocurrían cosas extrañas: el libro que tenía en las manos, una novela de algún escritor alemán, se llamaba *La montaña mágica*, y «montaña» en alemán se dice Berg; decidió contar hasta tres y si pasaba un tranvía justo cuando decía tres, eso querría decir que le matarían, y el tranvía corroboró su apuesta. Y entonces Anton Petrovich hizo lo peor que puede hacer un hombre en una situación como la suya: decidió razonar sobre el significado real de la muerte. Cuando hubo pensado en ello durante unos minutos, todo perdió sentido, le costaba respirar. Se levantó, se puso a caminar por la habitación, se llegó hasta la ventana para contemplar el cielo puro y terrible de la noche. Tengo que escribir mi

testamento, pensó Anton Petrovich. Pero hacer testamento era, por así decir, jugar con fuego; significaba inspeccionar el contenido de la urna propia en el columbario. «Será mejor que intente dormir algo», se dijo a sí mismo en voz alta. Pero en cuanto cerraba los ojos, se le aparecía el rostro sonriente de Berg, guiñándole el ojo descarado. Entonces volvía a encender la luz, intentaba leer, fumar, aunque no era fumador habitual. Se le aparecían una serie de recuerdos triviales —una pistola de juguete, un camino en el parque, ese tipo de cosas— e inmediatamente cortaba abruptamente el flujo de sus recuerdos pensando que los que van a morir siempre evocan detalles de su pasado. Pero entonces se asustaba con la imposibilidad del recuerdo: se daba cuenta de que no estaba pensando en Tanya, que estaba como anestesiado por una droga extraña que le hacía insensible a su ausencia. «Ella era toda mi vida y ha desaparecido», pensó. «Inconscientemente, ya me he despedido de ella, y ahora todo me resulta indiferente, puesto que voy a morir…» Mientras tanto, la noche había comenzado a desvanecerse.

Hacia las cuatro se arrastró hasta el comedor a beber un vaso de agua de seltz. Al pasar junto a un espejo se reflejó en el mismo su pijama de rayas y su pelo que empezaba a ralear y a despejar su frente. Parezco un espectro de mí mismo. ¿Qué puedo hacer para dormir un rato? ¿Qué?

Se dio cuenta de que estaba tiritando de frío, se enfundó en una manta de viaje y se sentó en un sillón en el centro del oscuro cuarto cuyas formas iban poco a poco adquiriendo precisión. ¿Cómo ocurrirá todo? Debo vestirme con sobriedad, con elegancia. ¿Esmoquin? No, eso es una estupidez. Un traje negro, entonces… sí, y una corbata negra. El traje negro nuevo. Pero si me hieren, si me hieren en el hombro, por ejemplo… El traje se echará a perder… La sangre, el agujero, y, además, igual empiezan cortando la manga. Tonterías, no va a pasar nada de esto. Tengo que ponerme mi traje nuevo. Y cuando empiece el duelo, me subiré las solapas de la chaqueta, ésa es la costumbre, creo, para ocultar la blancura de la camisa, probablemente, o a lo mejor, tan sólo, debido a la humedad de las primeras horas de la mañana. Así lo hacían en aquella película que vi. Y luego tengo que mantenerme absolutamente sereno, dirigirme a todo el mundo educada y tranquilamente. Gracias, ya he disparado. Su turno. Si no se quita el cigarrillo de la boca no voy a disparar. Estoy dispuesto a continuar. Gracias, ya me he reído, eso es lo que se dice cuando te cuentan un chiste malo… ¡Oh, si tan sólo pudiera imaginarse los detalles! Llegarían todos —él, Mityushin y Gnushke— en un coche, dejarían el coche en la carretera, se adentrarían en el bosque. Berg y sus padrinos estarían probablemente ya allí esperándoles, siempre ocurre así en los libros. Pero ahora surgía un problema, ¿hay que saludar al contrincante? ¿Qué hace Onegin en la ópera? Quizá un breve saludo con el sombrero en la distancia fuera suficiente. Luego, probablemente empezarían a medir la distancia y a cargar las armas. ¿Y él, qué haría mientras tanto? Sí, claro,

pondría el pie sobre algún tocón a cierta distancia y esperaría en esa postura desenfadada. Pero ¿y si Berg hacía lo mismo y también se apoyaba negligentemente en el tocón de un árbol? Berg era bien capaz de eso y mucho más… Imitándome para avergonzarme. Eso sería horrible. Otra posibilidad era apoyarse en el tronco de un árbol o sencillamente sentarme en la hierba. Alguien (¿era en un relato de Pushkin?) comía cerezas que sacaba de una bolsa de papel. Sí, pero entonces hay que llevar la bolsa al campo de duelo, y parece una estupidez. Oh, bueno, ya lo decidiría a su debido tiempo. Digno, y a la vez, indiferente. Luego tomaríamos posiciones. Veinte yardas nos separarán. Entonces era el momento de subirse las solapas y el cuello. Cogería la pistola así. El coronel Ángel agitaría un pañuelo y contaría hasta tres. Y entonces, de repente, algo absolutamente terrible, algo absurdo sucedería, algo inimaginable, por mucho que uno piense en ello noche tras noche hasta la noche de los tiempos, por mucho que uno viviera hasta los cien años en un lugar como Turquía… Qué agradable viajar, sentarse en los cafés… ¿Qué se siente cuando una bala te atraviesa las costillas o la frente? ¿Dolor? ¿Náusea? ¿O simplemente una detonación seguida de oscuridad total? Una vez, el tenor Sobinov cayó al suelo de forma tan realista que su pistola acabó en el foso de la orquesta. Y ¿si, por el contrario, recibía una terrible herida de esas —en el ojo, o en sus partes? No, Berg le mataría directamente. Claro que aquí sólo he contabilizado los que he matado en el acto. Una cruz más en aquel cuadernillo negro. Inimaginable…

El reloj del comedor dio las cinco: ding-dong. Con tremendo esfuerzo, Anton Petrovich se puso en movimiento tiritando de frío, arropándose con la manta, y tras unos pasos se detuvo perdido en sus pensamientos, y luego, de repente, dio una patada al suelo, como hizo Luís XVI cuando le dijeron: «Es la hora, Su Majestad, de ir al patíbulo». No puedo hacer nada para evitarlo. Dio una patada con su torpe pie. La ejecución era inevitable. Hora de afeitarse, de lavarse y vestirse. Ropa interior escrupulosamente limpia y el nuevo traje negro. Al meter los gemelos de ópalo en los puños de su camisa, Anton Petrovich meditó que los ópalos eran las piedras del destino y que faltaban tan sólo dos o tres horas para que la camisa estuviera toda cubierta de sangre. ¿Dónde caería el agujero? Cepilló los pelos brillantes que se habían pegado a su torso cálido y sintió tal miedo que tuvo que cubrirse los ojos con la mano. Había algo patéticamente independiente en la forma en que todo a su alrededor se movía inexorablemente —el corazón que seguía latiendo, los pulmones hinchándose, la sangre circulando, los intestinos contrayéndose— y era él en persona quien estaba conduciendo al matadero a esta tierna criatura interna e indefensa que vivía tan ciega, tan confiada… ¡Al matadero! Agarró su camisa favorita, abrió un ojal, y gruñó al meterse de cabeza en la fría y blanca oscuridad del lino que le envolvía. Calcetines, corbata. Se lustró los zapatos torpemente con una gamuza. Mientras buscaba un pañuelo limpio se tropezó con una barra de labios. Contempló

en el espejo su rostro desagradablemente blanco, y luego, aplicó, indeciso, a su mejilla un poco de carmín. En principio, su aspecto empeoró. Se chupó el dedo y se frotó la mejilla con él, lamentándose de no haber prestado más atención a cómo se maquillaban las mujeres. Finalmente consiguió una tez ligera, color de ladrillo y decidió que había quedado bien. «Ya está, ya estoy listo», dijo, dirigiéndose al espejo; y entonces le sobrevino un bostezo insoportable y el espejo se disolvió en lágrimas. Rápidamente perfumó su pañuelo, distribuyó sus papeles, el pañuelo, las llaves y la pluma estilográfica en los distintos bolsillos, y se colocó el nudo negro de su monóculo. Qué pena que no tenga un par de guantes. Los que tenía eran bonitos y nuevos, pero el guante izquierdo se me ha quedado viudo. El inconveniente de los duelos. Se sentó en su escritorio con los hombros apoyados en él y se dispuso a esperar, mirando de tanto en tanto por la ventana y otras veces al reloj de viaje que llevaba en su cartera de piel.

Era una hermosa mañana. Los gorriones gorjeaban como locos en el alto tilo bajo la ventana. Una sombra de terciopelo azul pálido cubría la calle, y aquí y allá un tejado relumbraba de plata. Anton Petrovich tenía frío y una jaqueca insoportable. Un sorbo de brandy sería el paraíso. En la casa no había. La casa ya estaba desierta; el amo, desaparecido para siempre. Qué estupidez. Debo mantener la calma. El timbre de la puerta va a sonar en cualquier momento. Ya llegan tres minutos tarde. Quizá no vengan. Una mañana de verano tan hermosa… ¿Quién fue la última persona muerta en un duelo en Rusia? Un tal barón Manteuffel, hace veinte años. No, no van a venir. Bien. Esperaría otra media hora, y luego se iría a la cama, el dormitorio estaba perdiendo su horror y se estaba convirtiendo en un espacio definitivamente atractivo. Anton Petrovich abrió la boca de par en par, y cuando estaba a punto de emitir un buen bostezo —sentía el crujido en los oídos, la hinchazón bajo el paladar—, sonó con brutalidad el timbre de la puerta. Tragándose mecánicamente el bostezo inacabado, Anton Petrovich fue al vestíbulo, abrió la puerta y Mityushin y Gnushke al unísono atravesaron el umbral.

—Ya es hora —dijo Mityushin fijando la mirada en Anton Petrovich. Llevaba su acostumbrada corbata color pistacho, pero Gnushke se había puesto una vieja levita.

—Sí, estoy listo —dijo Anton Petrovich—. En un momento estoy con vosotros…

Les dejó de pie en el vestíbulo, fue corriendo hasta el dormitorio y, para ganar tiempo, empezó a lavarse las manos, sin dejar de repetirse: «¿Pero qué está ocurriendo? Dios mío, ¿qué es lo que está pasando?». Hace tan sólo cinco minutos todavía había esperanza, hubiera podido producirse un terremoto, Berg hubiera podido morirse de un ataque al corazón, el destino hubiera podido intervenir, suspendiendo los acontecimientos, le hubiera podido salvar.

—Anton Petrovich, apresúrate —llamó Mityushin desde el vestíbulo. Se secó las manos rápidamente y se unió a ellos.

—Sí, sí, ya estoy listo. Vamos.

—Tendremos que tomar el tren —dijo Mityushin cuando estuvieron fuera—. Porque si a estas horas llegamos en taxi al bosque, podría despertar sospechas y el taxista podría ir a la policía. Anton Petrovich, por favor, no te pongas nervioso.

—No lo estoy, no digas estupideces —contestó Anton Petrovich con una sonrisa indefensa.

Gnushke, que hasta ese momento había estado callado, se sonó ruidosamente la nariz y dijo como si no pasara nada:

—Nuestro adversario va a traer al médico. No conseguimos encontrar pistolas de duelo. Sin embargo, nuestros colegas consiguieron dos Brownings automáticas.

En el taxi que les iba a llevar a la estación, se sentaron de la siguiente manera: Anton Petrovich y Mityushin en el asiento de atrás y Gnushke frente a ellos en el trasportín, con las piernas recogidas. Anton Petrovich se vio sorprendido de nuevo por un ataque nervioso que le llevó a bostezar. Aquel bostezo vengativo que había conseguido suprimir. Una y otra vez volvía aquel espasmo inmisericorde, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Mityushin y Gnushke mostraban un semblante solemne, pero al mismo tiempo parecían muy contentos de sí mismos.

Anton Petrovich apretó los dientes y bostezó con la nariz únicamente. Luego, abruptamente, rompió a hablar: «He dormido maravillosamente esta noche». Trató de encontrar algo que decir…

—Hay gente en las calles —dijo y añadió—: A pesar de lo pronto que es.

Mityushin y Gnushke estaban silenciosos. Otro ataque de bostezos. Oh Dios…

Pronto llegaron a la estación. A Anton Petrovich le pareció que nunca había viajado tan deprisa. Gnushke compró los billetes y con ellos abiertos en la mano como en un abanico, emprendió la marcha. De repente, se volvió a mirar a Mityushin y se aclaró la garganta como si quisiera indicar algo. Junto al puesto de bebidas estaba Berg. Buscaba monedas en los bolsillos del pantalón, con la mano izquierda metida hasta el fondo del bolsillo mientras sostenía la billetera con la mano derecha, como hacen los anglosajones en las tiras cómicas. Sacó finalmente una moneda y al dársela a la vendedora le dijo algo que la hizo reír. Berg también se rió. Tenía las piernas separadas. Llevaba un traje de franela gris.

—Vamos hasta aquel puesto de refrescos —dijo Mityushin—. Resulta extraño que pasemos a su lado sin saludarnos.

Una extraña parálisis se apoderó de Anton Petrovich. Totalmente inconsciente de lo que hacía, se subió al vagón, se sentó junto a la ventana, se quitó el sombrero para después volvérselo a poner. Tuvo que ponerse en marcha el tren y empezar a moverse para que su cerebro volviera a funcionar de nuevo, y en aquel instante le embargó esa desagradable sensación que se tiene en los sueños, cuando dentro de un tren sin lugar de procedencia ni destino, nos damos cuenta de pronto de que vamos viajando

prácticamente sin ropa, sólo con los calzoncillos puestos.

—Están en el vagón de al lado —dijo Mityushin, sacando una pitillera—. ¿Por qué tienes que estar bostezando todo el tiempo, Anton Petrovich? Me pone la carne de gallina.

—Siempre bostezo por la mañana —contestó melancólico Anton Petrovich.

Pinos, pinos, pinos. Una pendiente de arena. Más pinos. Una mañana tan hermosa…

—Esa levita, Henry, no es lo más apropiado —dijo Mityushin—. Para decirlo brutalmente, es un horror.

—Eso es asunto mío —dijo Gnushke.

Qué bonitos, esos pinos. Y ahora un destello de agua. De nuevo bosques. Qué enternecedor, el mundo, qué frágil… Si consiguieras dejar de bostezar… me duele la mandíbula. Si evitas el bostezo, los ojos se te llenan de lágrimas. Estaba sentado con el rostro mirando a la ventana, escuchando las ruedas que batían al ritmo de *matadero… matadero… matadero…*

—Yo te aconsejaría —dijo Gnushke— que dispararas inmediatamente. Apunta al centro de su cuerpo… si lo haces tienes más oportunidades.

—Es una cuestión de suerte —dijo Mityushin—. Si le das, santo y bueno y si no lo haces, no te preocupes, igual él también falla. Un duelo no se hace real hasta después del primer fuego. Entonces es cuando empieza lo más interesante, por así decir.

Una estación. Una parada breve. ¿Por qué le torturaban de semejante manera? Morir hoy era impensable. ¿Y si me desmayo? Tienes que ser un buen actor… ¿Qué puedo intentar? ¿Qué puedo hacer? Una mañana tan hermosa…

—Anton Petrovich, perdona mi pregunta —dijo Mityushin—, pero es importante: ¿No tienes nada que confiarnos? Quiero decir papeles, documentos. ¿Una carta, quizás, o el testamento? Es el procedimiento habitual.

Anton Petrovich negó con la cabeza.

—Es una pena —dijo Mityushin—. Nunca se sabe lo que puede pasar. Mira a Henry y a mí, estamos preparados para una estancia en prisión. ¿Has dejado en orden tus asuntos?

Anton Petrovich asintió. Ya no podía ni hablar. Lo único que le impedía ponerse a gritar eran los pinos que no dejaban de brillar en destellos tras la ventana.

—Nos bajamos en un minuto —dijo Gnushke y se levantó. Mityushin también se puso en pie. Apretando los dientes, Anton Petrovich quiso levantarse también, pero una sacudida del tren lo devolvió a su asiento de nuevo.

—Ya hemos llegado —dijo Mityushin.

Sólo entonces consiguió Anton Petrovich separarse del asiento. Colocándose bien el monóculo en la cuenca del ojo, descendió al andén con precaución. El sol le dio

una cálida bienvenida.

—Vienen detrás —dijo Gnushke. Anton Petrovich sintió que le crecía una joroba en la espalda. No, esto es impensable, tengo que despertar.

Dejaron la estación e iniciaron la marcha por la carretera por delante de unas pequeñas casas de ladrillo con petunias en las ventanas. Había una taberna en el cruce de la carretera con un camino suave y blanco que llevaba hasta el bosque. De repente, Anton Petrovich se detuvo.

—Tengo una sed horrible —murmuró—. No me importaría tomar un trago.

—Sí, no te hará mal —dijo Mityushin.

Gnushke se volvió a mirar y dijo:

—Ya han dejado la carretera y se han internado en el bosque.

—Sólo será un minuto —dijo Mityushin.

Entraron los tres en la taberna. Una mujer gorda estaba limpiando la barra con un trapo. Les saludó enfadada y luego les sirvió tres jarras de cerveza.

Anton Petrovich bebió un trago, se atragantó ligeramente y dijo:

—Excusadme un momento.

—Date prisa —dijo Mityushin, dejando la jarra en la mesa.

Anton Petrovich se metió en el pasillo, siguió la flecha hasta los servicios de caballeros, seres humanos, la humanidad, pasó delante del retrete, delante de la cocina, dio un respingo al tropezarse con un gato que se le enredó en los pies, apresuró el paso, llegó al final del pasillo, abrió una puerta y una lluvia de sol le salpicó el rostro. Se encontró en un patio verde, donde se paseaban unas gallinas y en el que un chico con un traje de baño viejo descansaba sobre un tronco de árbol. Anton Petrovich pasó corriendo delante de él, dejó atrás unos matorrales, bajó un par de peldaños de madera y otros matorrales, y de repente se resbaló porque el suelo estaba inclinado. Las ramas le azotaban la cara, por lo que tuvo que abrirse paso torpemente, sin dejar de resbalarse y de descender por aquel camino; la pendiente, cubierta de saúcos, era cada vez más empinada. Finalmente su precipitado descenso se hizo incontrolable. Empezó a deslizarse sobre sus piernas abiertas, todas tensas, tratando de protegerse de las ramas ligeras. Y entonces, a toda velocidad, se encontró abrazado a un árbol inesperado y empezó a moverse de lado. Los matorrales se hicieron menos densos. Delante había una valla muy elevada. Vio que había un hueco y cruzó entre las redes encontrándose al fin en una arboleda de pinos, entre cuyos troncos v junto a una choza colgaba, moteada con la sombra de los árboles, una colada de ropa recién lavada. Con la misma decisión atravesó la arboleda y al momento se dio cuenta de que una vez más se encontraba deslizándose pendiente abajo. Delante de él el agua relucía entre los árboles. Tropezó y entonces vio un camino a su derecha. Le llevó hasta el lago.

Un viejo pescador, bronceado como un rodaballo ahumado y con un sombrero de

paja, le indicó el camino hasta la estación de Wannsee. Al principio la carretera bordeaba el lago, luego se metía en el bosque, y tuvo que caminar durante dos horas por la espesura hasta llegar al ferrocarril. Recorrió penosamente la distancia que le separaba de la estación más próxima y cuando estaba llegando vio que se acercaba un tren. Se subió a un vagón y se apretujó entre dos pasajeros que se quedaron mirando con curiosidad a aquel hombre vestido de negro gordo, pálido y todo mojado, con colorete en las mejillas y los zapatos sucios, y además con un monóculo en el ojo todo tiznado. Tuvo que llegar a Berlín para encontrar un momento de reposo, o al menos, tuvo la sensación de que hasta ese momento no había cesado de huir y que sólo entonces se había detenido por primera vez a recobrar el aliento. Se encontró en una plaza que le resultaba familiar. Junto a él una vieja florista con una enorme pechera de lana vendía claveles. Un hombre cubierto por completo de letra impresa, como si fuera una cota de malla fabricada con periódicos, vendía un panfleto sensacionalista local. Un limpiabotas dirigió una mirada aduladora a Anton Petrovich. Anton Petrovich suspiró aliviado y colocó el pie decidido en el soporte de madera; los brazos del limpia se pusieron a sacar brillo a todo gas.

Es horrible, desde luego, pensó, mientras observaba cómo la puntera de su zapato comenzaba a brillar. Pero estoy vivo, y de momento, eso es lo importante. Mityushin y Gnushke probablemente habían vuelto a la ciudad y seguramente estarían haciendo guardia delante de su casa, así que tendría que esperar a que las cosas se calmaran un poco. Bajo ningún concepto debía verlos. Más tarde iría a buscar sus cosas. Y tenía que irse de Berlín aquella misma noche…

—*Dobryy den* [Buenos días], Anton Petrovich —era una voz amable junto a él.

Dio tal respingo que se le resbaló el pie del taco del limpia. No, no había problema, una falsa alarma. La voz era la de un tal Leontiev, un hombre al que había visto un par de veces, periodista o algo así. Un tipo que hablaba mucho, pero inofensivo. Decían que su mujer se la pegaba a diestra y siniestra.

—¿De paseo? —preguntó Leontiev, dándole un apretón de manos melancólico.

—Sí. No, tengo un par de cosas que hacer —contestó Anton Petrovich, mientras pensaba: «Espero que siga su camino, de lo contrario esto va a ser horroroso».

Leontiev miró a su alrededor y dijo, como si acabara de hacer un gran descubrimiento:

—¡Un tiempo espléndido!

En realidad era un pesimista y, como todos los pesimistas, un hombre poco o nada observador. Llevaba la barba sin afeitar, amarillenta y larga, y todo en él era torpe, lúgubre, macilento, como si la naturaleza hubiera tenido un fuerte dolor de muelas cuando le creó.

El limpia batió los cepillos como si fueran palmas. Anton Petrovich miró sus zapatos que habían revivido.

—¿Hacia dónde vas? —le preguntó Leontiev.

—¿Y tú? —le preguntó Anton Petrovich.

—Me da igual. Ahora mismo estoy libre. Puedo acompañarte un rato —se aclaró la garganta y añadió como con segundas intenciones—. Siempre que me lo permitas, claro está.

—Desde luego, por favor —murmuró Anton Petrovich. Ahora se me ha pegado, pensó. Tengo que buscar una calle menos transitada, de lo contrario me encontraré a más gente conocida. Con tal de que consiga evitar a esos dos…

—Bueno, ¿y cómo te trata la vida? —le preguntó Leontiev. Pertenecía a esa raza de gente que pregunta cómo te va la vida sólo para tener ocasión de contarte la suya.

—Bien, me va bien —contestó Anton Petrovich. Ya se enteraría de todo más tarde. Dios Santo, qué lío—. Yo, ahora, tengo que ir por aquí —dijo bien alto, y giró abruptamente. Sonriendo triste y taciturno mientras pensaba en sus cosas, Leontiev casi se dio de bruces con él y se quedó medio titubeante en sus piernas frágiles.

—¿Por ahí? Bien, no importa, a mí me da lo mismo.

¿Qué puedo hacer? pensó Anton Petrovich. Después de todo no puedo seguir paseando como si nada con este tipo. Tengo que pensar bien las cosas y decidir… Y además estoy tremendamente cansado y los callos me hacen daño.

Leontiev, por su parte, se había lanzado a contar una larga historia. Hablaba con una voz plana y sin prisa. Le contó lo cara que era su habitación, cuánto le costaba pagarla, qué dura era la vida con él y con su mujer, qué difícil era encontrar una patrona, qué insolente era su patrona con su esposa.

—Pero, por otro lado, Adelaida Albertovna tiene su carácter —añadió con un suspiro. Era uno de esos rusos de clase media que utilizan el patronímico para hablar de sus esposas.

Caminaban por una calle anónima donde estaban reparando el asfalto. Uno de los obreros llevaba un dragón tatuado en su pecho desnudo. Anton Petrovich se pasó el pañuelo por la frente y dijo:

—Tengo unos asuntos que resolver cerca de aquí. Me están esperando. Es una cita de trabajo.

—Oh, te acompaño hasta allá —dijo con tristeza Leontiev.

Anton Petrovich inspeccionó la calle. Había un cartel que decía «Hotel». Un hotelucho escuálido y como agazapado entre un edificio cubierto de andamios y un almacén.

—Tengo que entrar aquí —dijo Anton Petrovich—. Sí, en este hotel. Tengo una cita de trabajo.

Leontiev se quitó un guante viejo y roto y le dio la mano desmayadamente.

—¿Sabes qué te digo? Que te voy a esperar aquí afuera. ¿No estarás mucho tiempo?

—Me temo que por lo menos un buen rato —dijo Anton Petrovich.

—Qué pena. Verás, tenía un asunto que quería hablar contigo para pedirte consejo. Bueno, no importa. Esperaré por aquí un rato, por si acaso. A lo mejor acabas antes de lo previsto.

Anton Petrovich entró en el hotel. No tenía otra elección. El interior estaba húmedo y medio a oscuras. Un ser despeinado se materializó detrás del mostrador y le preguntó que qué quería.

—Una habitación —contestó Anton Petrovich sin levantar la voz.

El hombre se quedó pensativo, rascándose la cabeza y le pidió un depósito. Anton Petrovich le entregó diez marcos. Una doncella pelirroja, meneando el trasero a buen ritmo, le condujo por un largo pasillo y le abrió una puerta. Entró, emitió un profundo suspiro y se sentó en una butaca ribeteada de terciopelo. Estaba solo. Los muebles, la cama, el lavabo parecieron despertarse, mirarle enfurruñados para después volverse a dormir. En aquella insignificante habitación de hotel, totalmente carente de carácter, Anton Petrovich consiguió finalmente quedarse solo.

Encorvado, cubriéndose los ojos con las manos, se perdió en sus pensamientos: desfilaron por su mente imágenes luminosas de colores, manchas verdes tocadas por el sol, un muchacho sentado en el tronco de un árbol, Leontiev, Berg, Tanya. Y al pensar en Tanya empezó a gemir y a encorvarse todavía más. Su voz, su querida voz. Tan ligera, tan joven, tan ágil y con aquella mirada tan despierta, se encaramaba en el sofá, recogía las piernas bajo su cuerpo y su falda flotaba al viento como una cúpula de seda antes de caer al suelo. En otras ocasiones, se sentaba a la mesa, bastante inmóvil, y se ponía a fumar alzando el rostro para jugar con el humo No tiene ningún sentido… ¿Por qué me engañaste? Porque me engañaste. ¿Qué voy a hacer sin ti? ¡Tanya!… Es que no lo ves… me engañaste. Mi amor, ¿por qué?, ¿por qué?

Sin dejar de emitir pequeños gemidos y chasqueando los nudillos, empezó a caminar por la habitación, golpeándose distraído con todos los muebles. Se detuvo al llegar a la ventana y se puso a mirar a la calle. Al principio la niebla de sus ojos le impedía ver, pero finalmente la calle se hizo visible, con un camión junto a la acera, un ciclista, una anciana que bajaba la calzada con cautela. Y en la acera se veía a Leontiev caminando mientras leía un periódico; pasó por delante y giró al llegar a la esquina. Y por alguna razón, al ver a Leontiev, Anton Petrovich se dio cuenta de lo desesperada que era su situación —sí, desesperada, porque no había otra palabra para ello. Tan sólo ayer era un hombre honorable, respetado por sus amigos, por sus conocidos y por sus colegas del banco. ¡Su trabajo! Ni pensar en ello. Todo era diferente ahora; había bajado por una pendiente resbaladiza y ahora estaba en el fondo.

«¿Pero cómo puede ser? Tengo que tomar una decisión», dijo Anton Petrovich con un hilo de voz. ¿Habría, quizá, una solución? Le habían atormentado bastante,

pero ya era suficiente. Sí, tenía que hacer algo. Recordó la mirada sospechosa del hombre del mostrador. ¿Qué se puede decir a una persona así? Obviamente: «Voy a buscar mi equipaje… lo dejé en la estación». Ya está. Adiós para siempre, ¡querido hotel! La calle, gracias a Dios, estaba limpia: Leontiev se había resignado finalmente y se había ido. ¿Cómo llego hasta la próxima parada de tranvía? Oh, basta con que camines todo recto, mi querido amigo, y llegarás a la próxima parada de tranvía. No, será mejor que tomes un taxi. Vamonos. De nuevo, las calles te resultan conocidas. Tranquilo, muy tranquilo. Dale una propina al taxista. ¡En casa! Cinco pisos. Tranquilo, muy tranquilo entró en el vestíbulo. Y entonces, rápidamente abrió la puerta del cuarto de estar. ¡Dios, qué sorpresa!

En el cuarto de estar, en torno a la mesa, estaban Mityushin, Gnushke y Tanya. En la mesa había botellas, vasos y tazas, Mityushin resplandecía —el rostro rosa, los ojos brillantes, borracho como una cuba. Gnushke estaba también borracho, y también resplandecía mientras se frotaba las manos. Tanya apoyaba los brazos desnudos en la mesa y le contemplaba inmóvil…

—¡Por fin! —exclamó Mityushin, y le cogió del brazo—. ¡Por fin has aparecido! —añadió en un suspiro, con un guiño de ojo malicioso—. ¡Pies de Zorro!

Anton Petrovich se sienta y toma un poco de vodka. Mityushin y Gnushke no dejan de mirarle con malicia bondadosa. Tanya dice: «Debes de estar hambriento. Te traeré un bocadillo».

Sí, un gran bocadillo de jamón con el pan rebosando tocino por el corte abierto. Va a prepararlo y entonces Mityushin y Gnushke se acercan de inmediato hasta él y empiezan a hablar sin dejar de interrumpirse.

—¡Hombre de suerte! Imagínate… también a Berg le entró miedo. Bueno, no hay por qué decir «también», pero en cualquier caso, le entró miedo. Esos tipos peleones resultan luego ser siempre unos cobardes. «Caballeros, les pedimos excusas por haber accedido a actuar como padrinos de este canalla.» ¡Ya ves la suerte que tienes, Anton Petrovich! Todo se ha resuelto, pues, de la mejor manera. Y tú has quedado como un señor, mientras que él ha quedado deshonrado para siempre. Y lo más importante, tu mujer, cuando se enteró de lo que había pasado, dejó inmediatamente a Berg y volvió a ti. Y tienes que perdonarla.

Anton Petrovich sonrió, se levantó y empezó a jugar con el cordón de su monóculo. Su sonrisa se fue desvaneciendo lentamente. Esas cosas no suceden en la vida real.

Se quedó mirando la tapicería apolillada, la pesada cama, el lavabo, y aquel cuarto miserable de aquel hotel también miserable se le apareció como el lugar en el que tendría que vivir para siempre de allí en adelante. Se sentó en la cama, se quitó los zapatos, movió los dedos aliviado, y notó que tenía una ampolla en el talón con su consiguiente agujero en el calcetín. Luego llamó al timbre y pidió un bocadillo.

Cuando la camarera puso el plato en la mesa, miró deliberadamente a otro lado, pero en cuanto se hubo cerrado la puerta, agarró el bocadillo con las dos manos, manchándose al hacerlo los dedos y la barbilla con la grasa que rezumaba del pan, y gruñendo con avidez, empezó a masticar.

El cuento de Navidad [*]

Se hizo el silencio. La luz de la lámpara iluminaba despiadadamente el rostro mofletudo del joven Anton Golïy, vestido con la tradicional blusa rusa campesina abotonada a un lado bajo su chaqueta negra, quien, nervioso y sin mirar a nadie, se disponía a recoger del suelo las páginas de su manuscrito que había desperdigado aquí y allá mientras leía. Su mentor, el crítico de *Realidad Roja*, miraba el suelo mientras se palpaba los bolsillos buscando una cerilla. También el escritor Novodvortsev guardaba silencio, pero el suyo era un silencio distinto, venerable. Con sus quevedos prominentes, su frente excepcionalmente grande y dos mechones ralos colocados de través sobre la calva tratando de ocultarla, estaba sentado con los ojos cerrados como si todavía siguiera escuchando, con las piernas cruzadas sobre una mano embutida entre la rodilla y una de las lorzas de su muslo. No era la primera vez que se veía sometido a este tipo de sesiones con sedicentes novelistas rústicos, ansiosos y tristes. Y tampoco era la primera vez que había detectado en sus inmaduras narrativas, ecos —que habían pasado inadvertidos para los críticos— de sus veinticinco años de escritura, porque la historia de Golïy era un torpe refrito de uno de sus propios temas, el de *El Filo*, una novela corta que había compuesto lleno de esperanza y de entusiasmo, y cuya publicación el pasado año no había logrado en absoluto acrecentar su segura aunque pálida reputación.

El crítico encendió un cigarrillo. Golïy, sin alzar la vista, guardó el manuscrito en su cartera. Pero su anfitrión se mantenía en silencio, no porque no supiera cómo enjuiciar el relato, sino porque esperaba, dócil y también aburrido, que el crítico finalmente se decidiera a pronunciar las frases que él, Novodvortsev, no se atrevía ni siquiera a insinuar: que el argumento era un tema de Novodvortsev, que también procedía de Novodvortsev la imagen aquella del personaje principal, un tipo taciturno, dedicado en cuerpo y alma a su padre, un hombre trabajador, que logra una victoria psicológica sobre su adversario, el despreciable intelectual, no tanto en razón de su educación, sino gracias a una especie de serena fuerza interior. Pero el crítico encorvado en el sillón de cuero como un gran pájaro melancólico se empecinaba desesperadamente en su silencio.

Cuando Novodvortsev se dio cuenta de que una vez más no iba a oír las palabras esperadas, mientras trataba de concentrar su pensamiento en el hecho de que, después de todo, el aspirante a escritor había ido hasta él, y no hasta Neverov, para solicitar su opinión, cambió de postura, volvió a cruzar las piernas metiendo la mano entre las mismas, y dijo con toda seriedad: «Veamos», pero al observar la vena que se hinchaba en la frente de Golïy, cambió de tono y siguió hablando con voz tranquila y

controlada. Dijo que la historia estaba sólidamente construida, que el poder de lo colectivo se advertía en el episodio en el que los campesinos empiezan a construir una escuela con sus propios medios; que, en la descripción del amor que Pyotr siente por Anyuta, había ciertas imperfecciones de estilo que no lograban acallar sin embargo el reclamo poderoso de la primavera y la urgencia del deseo y, mientras hablaba, no dejaba de recordar por alguna razón que había escrito a aquel crítico recientemente, para recordarle que su vigésimo quinto aniversario como escritor era en enero, pero que le rogaba categóricamente que no se organizara ninguna conmemoración, teniendo en cuenta que sus años de dedicación al sindicato todavía no habían acabado…

—En cuanto al tipo de intelectual que has creado, no acaba de ser convincente —decía—. No logras transmitir la sensación de que está condenado…

El crítico seguía sin decir nada. Era un hombre pelirrojo, enjuto y decrépito, del que se decía que estaba tuberculoso, pero que probablemente era más fuerte que un toro. Le había contestado, también por carta, que aprobaba la decisión de Novodvortsev, y allí se había acabado el asunto. Debía de haber traído a Golïy como compensación secreta… Novodvortsev se sintió de improviso tan triste —no herido, sólo triste— que dejó de hablar de pronto y empezó a limpiar las gafas con el pañuelo, dejando al descubierto unos ojos muy bondadosos.

El crítico se puso en pie.

—¿Adónde vas? Todavía es temprano —dijo Novodvorstsev, levantándose a su vez. Anton Goïly se aclaró la garganta y apretó su cartera contra el costado.

—Será un escritor, no hay duda alguna —dijo el crítico con indiferencia, vagando por el cuarto y apuñalando el aire con su cigarrillo ya acabado. Canturreaba entre dientes, con cierto tono de asperidad, se inclinó sobre la mesa de trabajo y luego se quedó un rato mirando una estantería donde una edición respetable de *Das Kapital* ocupaba su lugar entre un volumen gastado de Leonid Andreyev y un tomo anónimo sin encuadernar; finalmente, con el mismo paso cansino, se acercó a la ventana y abrió la cortina azul.

—Venga a verme alguna vez —decía mientras tanto Novodvortsev a Anton Golïy, que primero se inclinó a saludarle con torpeza para después erguirse como con altanería—. Cuando escriba algo nuevo, tráigamelo.

—Una buena nevada —dijo el crítico, dejando caer la cortina—. Por cierto, hoy es Nochebuena.

Y se puso a buscar distraído su sombrero y su abrigo.

—En los viejos tiempos, al llegar estas fechas tú y tus colegas hubierais estado produciendo a marchas forzadas manuscritos navideños…

—Yo no —dijo Novodvortsev.

El crítico se rió entre dientes.

—Es una lástima. Deberías escribir un cuento de Navidad. En el nuevo estilo.

Anton Golïy tosió en su pañuelo.

—En otro tiempo lo hicimos… —empezó con voz ronca, gutural, pero luego carraspeó.

—Lo digo en serio —siguió el crítico, embutiéndose en el abrigo—. Se puede inventar algo inteligente… Gracias, pero ya son…

—En otro tiempo —dijo Anton Golïy—. Lo hicimos. Un maestro. Un maestro que… Se le metió en la cabeza hacer un árbol de Navidad para los niños. En la cima. Colocó una estrella roja.

—No, eso no sirve —dijo el crítico—. Es más bien severo para un cuento. Tienes que darle un perfil más sutil. La lucha entre dos mundos diferentes. Todo ello contra un fondo nevado.

—Hay que tener cuidado con los símbolos, en términos generales —dijo sombrío Novodvortsev—. Tengo un vecino, un hombre muy recto, miembro del partido, militante activo, y sin embargo utiliza expresiones como «el Gólgota del Proletariado»…

Cuando sus huéspedes se hubieron ido se sentó en su mesa y apoyó la cabeza en su gran mano blanca. Junto al tintero había algo que parecía un vaso sencillo y cuadrado con tres plumas hincadas en una especie de caviar de bolas azules. El objeto tenía unos diez o quince años: había sobrevivido todos los tumultos, mundos enteros habían caído despedazados en torno de él, pero ni una de aquellas bolas de cristal se había roto. Eligió una pluma, dispuso una hoja de papel convenientemente, metió unas cuantas hojas más debajo de la primera para escribir sobre una superficie más blanda…

—¿Pero sobre qué? —dijo Novodvortsev en voz alta, y a continuación con el muslo hizo a un lado la silla y se puso a caminar por la habitación. En su oído izquierdo sentía un zumbido insoportable.

El canalla aquel lo dijo con toda la intención, pensó, y como si quisiera seguir los pasos del crítico fue hasta la ventana.

Tiene la pretensión de aconsejarme y de avisarme… Y ese tono de mofa… Probablemente piensa que ya he perdido toda originalidad… Pues haré un cuento de Navidad… Y entonces, él escribirá: «Estaba yo en su casa una noche y, entre una cosa y otra, se me ocurrió sugerirle: “Dmitri Dmitrievich, deberías describir la lucha entre el viejo y el nuevo orden en el entorno de un nevado cuento de Navidad. Podrías llevar hasta sus últimas consecuencias el tema que apuntabas de forma tan extraordinaria en *El Filo*, ¿recuerdas el sueño de Tumanov? Ese es el tema al que me refiero…” Y precisamente aquella noche nació la obra que…»

La ventana daba a un patio. No se veía la luna… No, pensándolo bien, sí que hay una especie de brillo que sale de detrás de aquella chimenea. La leña estaba apilada

en el patio, cubierta con una alfombra reluciente de nieve. En una ventana resplandecía la cúpula verde de una lámpara, alguien trabajaba en su mesa, y el ábaco relucía como si sus cuentas estuvieran hechas de cristal de colores. De repente, en el más absoluto silencio, unos copos de nieve cayeron del alero del tejado. Luego, de nuevo, un torpor absoluto.

Sintió el cosquilleo de vacío que siempre presagiaba el deseo y la urgencia de escribir. En este vacío algo estaba adquiriendo forma, algo crecía. Una especie de nuevo cuento de Navidad… La misma nieve de siempre, un conflicto totalmente nuevo…

Oyó unos pasos cautelosos al otro lado de la pared. Era su vecino que volvía a casa, un tipo discreto y educado, comunista hasta la médula. En una suerte de arrebato más o menos abstracto, con una deliciosa sensación de confianza, Novodvortsev se volvió a sentar a la mesa. El tono, la coloratura de la obra ya empezaban a tomar cuerpo. Sólo tenía que crear el esqueleto, el tema. Un árbol de Navidad: ése era el comienzo. Se imaginó ciertas familias, gente que en los viejos tiempos había sido importante, gente que estaba aterrorizada, de mal humor, condenada (se los imaginaba con tanta nitidez…), gente que con toda seguridad estaba ahora mismo colocando adornos de papel en un abeto que habían cortado a hurtadillas en el bosque. En estos tiempos ya no había dónde comprar aquellos adornos y oropeles, ya no se apilaban los abetos a la sombra de San Isaac…

Alguien llamó a la puerta, un golpe amortiguado, como si se hubiera cubierto los nudillos con un trozo de tela. La puerta se abrió unos centímetros. Delicadamente, sin apenas meter la cabeza, el vecino le dijo: «¿Le importaría prestarme una pluma? Si tiene alguna con la punta un poco roma, se lo agradeceré».

Novodvortsev se la dio.

—Muchísimas gracias —dijo el vecino, cerrando la puerta silenciosamente.

Aquella interrupción insignificante rompió en cierta manera la imagen que estaba madurando en su mente. Se acordó que en *El Filo* Tumanov sentía cierta nostalgia por la pompa de las antiguas fiestas. Pero no buscaba ni quería una mera repetición. Y en aquel momento pasó por su mente otro recuerdo inoportuno. Recientemente, en una fiesta, había oído cómo una joven le decía a su marido: «Te pareces mucho a Tumanov en varios aspectos». Durante unos días se sintió feliz. Pero luego conoció personalmente a la citada señora y el tal Tumanov resultó ser el novio de su hermana. Y tampoco ésa había sido su primera desilusión. Un crítico le había dicho que iba a escribir un artículo sobre *Tumanovismo*. Había algo que le adulaba infinitamente en ese ismo y también en la t con la que la palabra comenzaba en ruso. El crítico, sin embargo, se había ido al Cáucaso a estudiar a los poetas georgianos. Y, a pesar de todo, no podía negar que Tumanov le había proporcionado ciertos momentos agradables. Por ejemplo, una lista como la siguiente: «Gorky, Novodvortserv,

Chirikov…»

En una autobiografía que acompañaba sus obras completas (seis volúmenes con retrato del autor incluido) había contado cómo él, hijo de padres humildes, se había abierto camino en el mundo. Su juventud, en realidad, había sido feliz. Un vigor saludable, fe, éxito. Habían transcurrido veinticinco años desde que una aburrida revista literaria publicara su primer relato.

A Korolenko le había gustado su obra. Había sido arrestado un par de veces. Habían cerrado un periódico por su culpa. Ahora sus aspiraciones cívicas se habían visto cumplidas. Se sentía libre y cómodo entre los escritores jóvenes que empezaban. Su nueva vida le satisfacía al máximo. Seis volúmenes. Su nombre era conocido. Y sin embargo su fama era pálida, pálida…

Saltó de nuevo mentalmente hasta la imagen del árbol de Navidad y, bruscamente y sin aparente razón, se acordó del cuarto de estar de la casa de unos comerciantes, de un gran volumen de artículos y poemas con páginas de cantos dorados (una edición benéfica para los pobres) que de alguna forma estaba relacionado con aquella casa, recordó también el árbol de Navidad del cuarto de estar, la mujer que él amaba en aquel tiempo, y las luces del árbol reflejándose como un temblor de cristal en sus ojos abiertos al coger una mandarina de una de las ramas más altas. Habían transcurrido veinte años o quizá más, cómo se fijaban en la memoria algunos detalles…

Disgustado, abandonó este recuerdo y se imaginó una vez más esos viejos abetos más bien ralos que, en ese mismo momento, con toda seguridad, se veían engalanados y decorados con adornos… Pero ahí no había ningún relato, aunque siempre se le podía dar un ángulo sutil… Exiliados que lloran en torno de un árbol de Navidad, engalanados con sus uniformes impregnados de polilla, mirando al árbol sin dejar de llorar. En algún lugar de París. Un viejo general rememora al recortar un ángel de cartón dorado cómo solía abofetear a sus soldados… Pensó entonces en un general que había conocido personalmente y que ahora estaba en el extranjero, y no había forma de imaginárselo llorando arrodillado ante un árbol de Navidad…

«Pero, con todo, ahora voy por buen camino.» Dijo Novodvortsev en voz alta, persiguiendo impaciente un pensamiento que se le había escapado. Y entonces algo nuevo e inesperado empezó a tomar forma en su imaginación —una ciudad europea, un pueblo bien alimentado, cubierto de pieles. Un escaparate completamente iluminado. Tras él, un enorme árbol de Navidad de cuyas ramas cuelgan frutas carísimas y en cuya base se amontonan muchos jamones. Símbolo de bienestar. Y delante del escaparate, en la acera helada…

Todo nervioso, pero nervioso con la excitación del triunfo, sintiendo que había encontrado la clave única y necesaria, que iba a componer algo exquisito, que iba a describir como nadie lo había hecho antes la colisión de dos clases, de dos mundos, empezó a escribir. Escribió acerca del árbol opulento en el escaparate descaradamente

iluminado y del trabajador hambriento, víctima del paro, mirando aquel árbol con mirada severa y sombría.

«El insolente árbol de Navidad —escribió Novodyortsev— ardía con todos y cada uno de los colores del arco iris.»

El Elfo Patata [*]

1.

En realidad se llamaba Frederic Dobson. A su amigo el prestidigitador, solía contarle en los siguientes términos la historia de su vida:

—No había nadie en Bristol que no conociera a Dobson, el sastre infantil. Yo soy su hijo, y estoy orgulloso de serlo por pura obstinación. Debes saber que bebía como una esponja. En algún momento en torno a 1900, unos meses antes de que yo naciera, mi querido padre, empapado en alcohol, armó uno de esos ángeles de cera, ya sabes cuáles, con traje de marinero y el primer pantalón largo… y luego se lo puso a mi madre en la cama. Fue un milagro que la pobre no abortara en aquel momento. Como imaginarás, todo esto lo sé de segunda mano, porque me lo han contado… ahora bien, si mis confidentes no me han mentido, en ese hecho banal radica la razón secreta de que yo sea…

Y al llegar a este punto, Fred Dobson alzaba sus manos diminutas en un gesto bienintencionado pero también triste. El prestidigitador se agachaba entonces y cogía en brazos a Fred como si fuera un niño pequeño, y, suspirando, lo colocaba en la parte superior de un armario, desde donde el pequeño enano achaparrado se encogía y empezaba a gimotear y a estornudar suavemente.

Tenía veinte años y no llegaba a los cuarenta kilos de peso, y sólo superaba en unos centímetros al famoso enano suizo, Zimmermann (llamado *Príncipe Baltasar*). Como el amigo Zimmermann, Fred era bastante fornido, y de no ser por aquellas arrugas de su frente y por las incipientes patas de gallo de sus ojos, así como por una especie de tensión misteriosa que emanaba de su figura (como si se resistiera a crecer), nuestro enano bien pudiera haberse hecho pasar por un niño de ocho años de lo más encantador. Llevaba brillantina en el pelo, que tenía color de paja húmeda, y se lo peinaba liso hacia atrás, con raya en medio, que ocupaba exactamente la línea media de su cabeza, y se prolongaba con astucia hasta la coronilla. Fred caminaba con agilidad, tenía un porte apuesto y bailaba bastante bien, pero su primer manager consideró apropiado que el apelativo de «elfo» fuera acompañado de un epíteto cómico al observar la gran nariz que el enano había heredado de su travieso y pletórico padre.

El Elfo Patata, sólo por su aspecto, despertaba una tormenta de aplausos y de risa a lo largo y ancho de Inglaterra, y también en las principales ciudades del continente. Se diferenciaba de la mayoría de los enanos en que tenía un carácter suave y

amigable. Le cogió un cariño inmenso al minúsculo pony Copo de Nieve, sobre el que trotaba diligentemente en torno a la pista de un circo danés y, en Viena, conquistó el corazón de un gigante estúpido y taciturno oriundo de Omsk nada más verle, por el sencillo procedimiento de correr hasta él y pedirle, como un niño le pide a su aya, que le cogiera en brazos.

No acostumbraba a actuar en solitario. Por ejemplo, en Viena, se presentó junto con el gigante ruso y se limitó a pasear su diminuta figura en torno al gigante, vestido con sus pantalones de rayas, una elegante chaqueta, y un voluminoso rollo de música bajo el brazo. Él era el encargado de traerle al gigante su guitarra. El gigante se erguía como una estatua impresionante y cogía el instrumento como si fuera un autómata. Un largo chaqué que parecía de ébano, junto con unos tacones y una chistera en la que brillaban los reflejos de las columnas acrecentaban la estatura de este imponente siberiano de ciento sesenta kilos. Estiraba su mandíbula poderosa y empezaba a tocar, pulsando a duras penas las cuerdas con un solo dedo. Entre bastidores se quejaba de que padecía mareos, como una mujer. Fred se hizo muy amigo suyo e incluso derramó algunas lágrimas cuando tuvieron que separarse, porque se acostumbraba muy rápidamente a la gente. Su vida, como la de un caballo de circo, no dejaba de dar vueltas y más vueltas con la más plácida de las monotonías. Un día, en la oscuridad de los bastidores, se tropezó con un cubo de pintura y se deslizó dentro del mismo, y volvía este suceso una y otra vez, recordándolo siempre como un acontecimiento extraordinario.

Y de esta manera, el enano viajó por casi toda Europa y ahorró algo de dinero y cantó con una voz argentina como de *castrato*, y en los teatros de variedades alemanes la audiencia comía grandes bocadillos y nueces dulces y en los españoles, caramelos de violeta y también dulces. El mundo le resultaba invisible. En su memoria sólo había un único abismo, siempre el mismo, que se reía ante su presencia y sus juegos, y después, cuando la actuación había terminado, el eco suave y ensoñador de la noche fría que al salir del teatro parece siempre de un profundo azul.

Al volver a Londres encontró una nueva pareja artística en la de Shock, el prestidigitador. Shock hablaba melodiosamente tenía unas manos delgadas, pálidas, virtualmente etéreas, y un mechón de pelo castaño que le cubría un ojo. Parecía más un poeta que un mago y demostraba sus habilidades con una especie de melancolía tierna y elegante, sin un ápice de esa charlatanería rebuscada característica de sus compañeros de profesión. El enano le ayudaba divertido y, al final de cada actuación, siempre acababa en el gallinero con una exclamación de alegría contenida, a pesar de que todo el mundo había sido testigo de cómo, un minuto antes, Shock lo había encerrado en una caja negra en mitad del escenario.

Todo esto ocurría en uno de esos teatros de Londres donde hay acróbatas que se elevan por los aires entre el temblor y el fulos trapecios y donde un tenor extranjero

(un fracasado en su país) canta barcarolas, y donde hay un ventrílocuo con uniforme de marino, y ciclistas, y un inevitable payaso excéntrico que camina arrastrando los pies por la escena con un minúsculo sombrero y un chaleco que le llega hasta las rodillas.

2.

En los últimos tiempos, Fred se había vuelto melancólico estornudaba mucho, en silencio y con tristeza, como un perro de aguas japonés. Aunque no había experimentado durante meses deseo alguno por una mujer, el virginal enano se veía asaltado de vez lo por agudos ataques de solitaria angustia amorosa, que desaparecían tan pronto como llegaban y entonces, durante un tiempo, ignoraba los hombros desnudos que se mostraban blancos al otro a barrera de terciopelo de los palcos, y también a las pequeñas acróbatas o a la bailarina española cuyos muslos esbeltos se habían revelado por un momento cuando la rizada espuma rojo-anaranjada de los volantes de su traje se había alzado en remolino al compás de un giro particularmente vertiginoso.

—Lo que necesitas es una enana —dijo Shock pensativo, con un rápido gesto del pulgar y el índice sacaba una moneda de plata de la oreja del enano, cuyo bracito se alzó en una amplia como si se dispusiera a cazar una mosca.

Aquella misma noche, cuando Fred, tras acabar su número y embutirse en su acostumbrado bombín y en su gabán estrecho, se disponía a marcharse a casa con paso vacilante, refunfuñando y sin resuello por un pasillo mal iluminado entre bastidores, se encontró con un repentino chasquido de luz y de alegría: una puerta se había abierto de par en par y dos voces le llamaban y le instaban a entrar dentro. Eran Zita y Arabella, dos hermanas acróbatas, ambas medio desnudas, morenas, de pelo negro, con almendrados ojos azules. El camerino era como un bazar atestado donde un desorden de farándula compitiera por compartir el aire con la fragancia de diferentes lociones. El tocador estaba atestado de bolas de maquillaje, peines, atomizadores de cristal, horquillas en una caja que había sido de bombones y lápices de labios.

Nada más entrar, Fred enmudeció, incapaz de oír nada, ante el parloteo y la cháchara de las chicas. Empezaron a tocar al enano por todas partes y a hacerle cosquillas y éste, arrebolado y morado de deseo, se dejaba arrullar como una pelota en los abrazos de aquellos brazos desnudos que le engañaban con sus tretas. Finalmente, cuando la traviesa Arabella lo apretó contra sí dejándose caer sobre el sofá, Fred perdió la cabeza y empezó a frotarse contra ella, resoplando y agarrándose a su cuello. Al tratar de liberarse de él, ella levantó el brazo y entonces Fred se deslizó por el hueco y pegó sus labios al seno caliente de su axila afeitada. La otra chica, muerta de risa, trataba en vano de arrastrarle por las piernas. En aquel preciso

momento, la puerta se abrió de golpe y el socio francés de las dos acróbatas entró en la habitación con unas mallas ceñidas color mármol. Sin decir palabra, pero también sin manifestar rencor alguno, agarró al enano por la nuca (sólo se oyó el chasquido del cuello de Fred al soltarse de la botonadura) lo levantó en el aire y lo echó de allí como si fuera un mono. La puerta se cerró de golpe. Shock, que pasaba en aquel momento por allí, vio de refilón el brazo de mármol y una pequeña figura negra con los pies retraídos que volaba por los aires.

Fred se hizo daño al caer y ahora yacía inmóvil en el pasillo. No es que estuviera aturdido, pero se había quedado fláccido todo él, con los ojos fijos en un punto perdido y los dientes castañeteando.

—Mala suerte, viejo —suspiró el prestidigitador, levantándole del suelo. Palpó con sus dedos translúcidos la frente del enano y añadió—: Ya te dije que no te entrometieras. Te está bien empleado. Lo que necesitas es una enana.

Fred, con los ojos hinchados, no dijo nada.

—Esta noche dormirás en mi casa —decidió Shock, y llevó al Elfo Patata hasta la salida.

3.

Pero también existía una señora Shock.

Era una dama de edad incierta, con ojos oscuros mancha dos de amarillo en torno al iris. Su cuerpo enjuto, su cutis de pergamino, su cabello negro sin vida, aquella costumbre suya de echar el humo por la nariz cuando fumaba, su estudiado descuido en su atuendo y en su cabello, no eran precisamente señuelos convenidos en el juego de seducción en el que caen prendidos los hombres, aunque parece fuera de dudas que el señor Shock los consideraba de su agrado a pesar de que, en realidad, no pareciera prestar atención a su mujer, ocupado siempre como estaba en inventar trucos secretos para su espectáculo, como un ser taimado e irreal que siempre estuviera pensando en otra cosa mientras mantenía una conversación trivial pero sin dejar de observar con avidez cuanto le rodeaba mientras se encontraba inmerso en sus fantasías astrales. Nora tenía que estar siempre alerta porque él nunca perdía la ocasión de idear algún engaño mínimo, inútil, pero sutilmente ingenioso. Por ejemplo, hubo una ocasión en que le sorprendió su glotonería: se lamía los labios llenos de salsa, chupaba los huesos del pollo hasta dejados pelados y seguía sirviéndose comida y más comida que se le amontonaba en el plato; luego, sin decir nada, se levantó y se fue, tras dedicar a su mujer una mirada afligida, y un poco más tarde, la doncella, ocultando su risa tonta tras las faldas del delantal, informó a Nora de que el señor Shock no había tocado la cena, y que la había dejado entera en tres cacerolas completamente nuevas debajo de la mesa.

Ella era la hija de un artista respetable que sólo pintaba caballos, galgos y

cazadores con sus casacas rojas. Antes de casarse había vivido en Chelsea, había admirado los atardeceres brumosos del Támesis, había tomado lecciones de dibujo, asistido a ridículas reuniones con la bohemia local, y fue precisamente en una de estas ocasiones cuando los ojos espectrales y grises de un hombre silencioso y delgado se fijaron en ella. Hablaba poco de sí mismo y nadie le conocía entonces. Algunos creían que era un compositor de poemas líricos. Ella se enamoró de él al instante. El poeta se comprometió distraído con ella y el primer día de casados le explicó, con una sonrisa triste, que no sabía escribir poesía y allí mismo y sin pensarlo más, en mitad de la conversación, transformó un viejo despertador en un cronómetro niquelado, y el cronómetro en un reloj de pulsera de oro, que desde aquel momento Nora llevó siempre en la muñeca. Entendió entonces que por muy prestidigitador que fuera Shock, no dejaba de ser, a su manera, un poeta: sin embargo, a lo que no se podía acostumbrar era al hecho de que le tuviera que demostrar su arte en todo momento, en cualquier tipo de circunstancia. Es difícil ser feliz cuando tu marido es un espejismo, un constante juego de manos estrafalario, un engaño a los cinco sentidos.

4.

Se entretenía perezosamente golpeando los dedos contra el cristal de un cuenco en el que unos cuantos peces de colores, que parecían recortados de una piel de naranja, respiraban al ritmo de los destellos de sus aletas, cuando la puerta se abrió silenciosa y apareció Shock (con el sombrero de seda ladeado y un mechón de su pelo castaño sobre la ceja) con una criatura diminuta enroscada en sus brazos.

—Mira lo que he traído —dijo el prestidigitador con un suspiro.

Nora pensó fugazmente: un niño. Perdido. Encontrado. Sus oscuros ojos se humedecieron.

—Tenemos que adoptarlo —añadió suavemente Shock, de morándose en la puerta.

Aquella cosa pequeña cobró vida de repente, murmuró algo, y empezó a gatear por la pechera almidonada del prestidigitador. Nora miró las botas minúsculas, sus polainas de pelo de camello, el hongo diminuto.

—A mí no se me engaña fácilmente —se rió en son de burla.

El prestidigitador le lanzó una mirada de reproche. Luego dejó a Fred en un sofá mullido y le cubrió con una manta.

—Blondiner le maltrató —explicó Shock, y no pudo evitar añadir—: Le golpeó con una pesa. En el estómago.

Y Nora, que tenía un corazón de oro como suele ocurrir con las mujeres que no tienen hijos, sintió una piedad muy especial que casi le llevó a romper a llorar. Empezó a cuidar al enano como una auténtica madre, le dio de comer, le hizo beber

una copa de oporto, le frotó la frente con agua de colonia, le humedeció con ella las sienes y también el dorso infantil de sus orejas.

A la mañana siguiente Fred se levantó temprano, inspeccionó aquel cuarto desconocido, habló con los peces de colores y, tras estornudar un par de veces, se acomodó en el alféizar del mirador como si fuera un niño pequeño.

Una niebla mágica en retirada bañaba los grises tejados de Londres. En algún lugar, en la distancia, se abrió una ventana, uno de cuyos paños atrapó el estallido de un rayo de sol. La bocina de un automóvil cantó en la frescura y ternura del amanecer.

Los pensamientos de Fred volvían una y otra vez al día anterior. Los acentos jocosos de las volatineras se mezclaban de forma extraña con el tacto de las frías manos perfumadas de la señora Shock. Primero le habían maltratado, luego le habían acariciado; y, recordad: era un enano muy afectuoso, muy ardiente. Su imaginación se quedó prendida en la posibilidad de rescatar a Nora algún día de las garras de un hombre fuerte, brutal, parecido a aquel francés de blancas mallas ajustadas. Sin motivación aparente se acordó entonces de una enana de quince años con la que había trabajado en tiempos. Era una cosilla enferma, malhumorada, de nariz afilada. Ante los espectadores aparecían como una pareja próxima a casarse y, temblando de asco, no le quedó otro remedio que bailar un tango íntimo con ella.

Y de nuevo sonó un claxon solitario para después alejarse en la distancia. La luz del sol comenzaba a penetrar la niebla que cubría el amable desierto londinense.

Hacia las siete y media el piso empezó a dar signos de vida. Con una sonrisa abstraída Shock se fue a una misión desconocida. Del comedor llegaba hasta él el delicioso olor de huevos con beicon. Apareció la señora Shock con un kimono bordado de girasoles y el pelo arreglado de cualquier manera.

Después del desayuno le ofreció a Fred un cigarrillo perfumado cuya boquilla parecía un pétalo rojo y, entrecerrando los ojos; hizo que le contara cosas de su vida. En momentos narrativos como aquél, la fina voz de Fred se hacía ligeramente más profunda: hablaba despacio, eligiendo bien sus palabras y, por raro que parezca, aquella inesperada dignidad en su dicción le sentaba bien. Con la cabeza inclinada, solemne y tenso aunque conservando cierta elasticidad aun dentro de su envaramiento, se sentó a los pies de Nora. Ella se reclinó en el diván de terciopelo, apoyándose en los brazos que dejaban así ver sus codos desnudos. El enano acabó de contar su historia y luego se quedó callado aunque sin dejar de dar vueltas una y otra vez a la palma de su diminuta mano, como si quisiera continuar hablando. Su chaqueta negra, rostro inclinado, naricilla carnosa, pelo leonado, y aquella raya en medio que atravesaba su cabeza conmovieron vagamente el corazón de Nora. Mientras le miraba desde la altura de sus ojos trataba de imaginarse que no era un enano adulto el que tenía a sus pies sino su hijito inexistente a punto de contarle

cómo se habían burlado de él sus compañeros de escuela. Nora extendió la mano y le acarició levemente la cabeza —y en ese momento, gracias a una enigmática asociación mental, surgió en ella algo distinto, una visión extraña, curiosamente vengativa.

Al sentir aquellos dedos ligeros sobre su cabeza, Fred se quedó inmóvil al principio, pero luego empezó a lamerse los labios en un silencio de delirio. Sus ojos, mirando de soslayo, no podían separar su mirada del pompón verde de la zapatilla de la señora Shock. Y de pronto, de una forma absurda y embriagadora, todo se puso en movimiento.

5.

En aquel día azul de humo, en aquel sol de agosto, Londres estaba particularmente hermoso. El cielo tierno y festivo se reflejaba en la lisura extensa del asfalto, los brillantes buzones de correos relucían en rojo por las esquinas, a través del tapiz verde del parque los coches centelleaban y rodaban con un zumbido sordo. La ciudad entera hervía y respiraba en aquella plácida calidez y había que descender bajo tierra, hasta los andenes del metro, para encontrar una zona de frescura.

Cada día del año es un regalo que se concede tan sólo a un solo hombre, al más feliz; el resto de la gente utiliza el día para gozar del solo para reñir con la lluvia, sin saber, no obstante, a quién pertenece en realidad aquel día; y a su afortunado propietario le divierte y le place la ignorancia de los otros. Una persona no puede saber de antemano cuál será el día que le corresponda, qué trivialidad permanecerá en su memoria para siempre: el reflejo del rayo de sol al caer sobre un muro junto a una extensión de agua o el remolino de la hoja del arce al caer, y a menudo lo que sucede es que sólo reconoce su día de forma retrospectiva, mucho tiempo después de haber arrancado, arrugado y abandonado bajo la mesa la hoja del calendario con la fecha olvidada.

La providencia le concedió a Fred Dobson, un enano con polainas grises color de ratón, el día festivo de agosto de 1920 que comenzó con un bocinazo melodioso y el destello de una ventana que se abría en la distancia. Los niños que volvían de paseo les contaban a sus padres maravillados que habían visto a un enano con bombín, pantalones a rayas, un bastón en una mano y un par de guantes de cabritilla en la otra.

Después de despedirse de Nora con un beso ardiente (ella esperaba visita), el Elfo Patata salió a la calle, amplia e inundada de sol y en ese preciso momento supo que la ciudad entera había sido creada para él y sólo para él. Un alegre taxista bajó con un chasquido la bandera metálica del taxímetro; la calle empezó a deslizarse ante él y Fred no paraba de arrullarse y reírse entre dientes, mientras luchaba por no resbalarse del todo en la piel del asiento del taxi.

Se bajó en la entrada de Hyde Park y, sin prestar ninguna atención a las miradas

de curiosidad que su persona provocaba, se puso a caminar mesuradamente por delante de las sillas plegables verdes, por delante del estanque y los grandes macizos de rododendros, oscurecidos a la sombra de los olmos y tilos, sobre un césped tan brillante y mullido como un tapiz de billar. Los jinetes pasaban cabalgando, trotando ligeros sobre sus monturas, con un crujido de sus pantalones de montar, mientras que las cabezas ágiles de sus corceles se alzaban al paso y las espuelas chocaban; y los lujosos automóviles negros, con un relumbre mareante de los radios de sus ruedas, avanzaban con sosiego a través del amplio encaje de la sombra violeta.

El enano caminaba, inhalando cálidas bocanadas de gasolina y también el aroma del follaje que parecía pudrirse con la sobreabundancia de savia verde, y daba vueltas a su bastón y apretaba los labios como si estuviera a punto de ponerse a silbar, tan grande era el sentimiento de ligereza y liberación que le poseía. Su amante le había despedido con una ternura tan apresurada, se había reído tan nerviosa, que se dio cuenta de cuánto temía que su anciano padre, que siempre almorzaba con ella, empezara a sospechar algo si llegaba a encontrar a un caballero extraño en la casa.

Aquel día le vieron por todas partes: en el parque, donde un ama rosada con un gorro almidonado se ofreció por alguna extraña razón a llevarle en el carrito que empujaba, y también en las salas de un gran museo; y en la escalera mecánica que ascendía lentamente desde las cavernosas profundidades en las que soplaban vientos eléctricos entre brillantes carteles; y en una tienda elegante donde sólo se vendían pañuelos de seda para caballeros; y en la cresta de un autobús, adonde le subieron unas manos amables.

Y al cabo de un rato empezó a cansarse, todo aquel brillo y movimiento le abrumaban, aquellos ojos sonrientes que se le quedaban mirando le ponían nervioso, y pensó que debía meditar cuidadosamente aquella hermosa sensación de libertad, de orgullo y de felicidad que le acompañaba.

Cuando finalmente un Fred hambriento entró en el conocido restaurante donde se reunían todo tipo de artistas de variedades y donde su presencia no hubiera podido extrañar a nadie y cuando se detuvo a mirar a toda aquella gente, al viejo payaso aburrido que ya estaba borracho, al francés, un enemigo de antaño que ahora le saludó amistosamente, el señor Dobson se dio cuenta con absoluta lucidez de que no iba a aparecer nunca más en escena.

El lugar estaba algo oscuro, no había suficientes lámparas encendidas en su interior y en la calle no había ya luz bastante para alumbrarlo. El viejo payaso, que parecía más bien un banquero arruinado, y el acróbata, que tenía un aspecto bastante vulgar vestido de paisano, jugaban en silencio al dominó. La bailarina española, que llevaba un sombrero en forma de rueda que proyectaba una sombra azulada sobre su rostro, estaba sola en un rincón sentada a una mesa con las piernas cruzadas. Había media docena de personas que Fred no conocía; examinó sus rasgos que años de

maquillaje habían difuminado; mientras tanto el camarero le trajo un cojín para que llegara a la mesa, cambió el mantel y puso la mesa rápidamente.

Y de repente, en la profundidad oscura del restaurante, Fred avistó el perfil delicado del prestidigitador, que hablaba a media voz con un hombre gordo del tipo americano. Fred no había pensado en que pudiera toparse con Shock —que nunca frecuentaba las tabernas—, en aquel lugar, y, a decir verdad, había olvidado por completo su existencia. Ahora sentía tanta lástima por el pobre mago que decidió ocultarlo todo en un principio pero entonces pensó que Nora era incapaz de engañar a nadie y que probablemente se lo contaría a su marido aquella misma noche («Me he enamorado del señor Dobson… Te voy a dejar») y que debería evitarle una confesión difícil y desagradable porque, ¿no era él su caballero andante, no estaba él orgulloso de su amor, no estaba, por tanto, justificado que causara dolor a su marido, independientemente de la piedad que le inspirara?

El camarero le trajo una ración de pastel de riñones y una botella de cerveza. También encendió más luces. Aquí y allá, sobre el terciopelo polvoriento, había unas flores de cristal que se encendían y el enano observó desde lejos cómo un rayo dorado destacaba el mechón castaño del prestidigitador, y vio también cómo las luces y las sombras se alternaban sobre sus dedos transparentes. Su interlocutor se levantó, agarrándose al cinturón de su pantalón y riéndose obsequiosamente, y Shock le acompañó al guardarropa. El americano gordo se puso un sombrero de ala ancha, estrechó la etérea mano de Shock y, sin dejar de subirse los pantalones, se dirigió hacia la salida. Por un momento se pudo apreciar una cuña de luz detenida, mientras que las lámparas del restaurante lucían más y más amarillas. La puerta se cerró de un portazo.

—¡Shock! —llamó el enano, meneando sus pequeños pies bajo la mesa.

Shock se acercó. Mientras se acercaba, sacó pensativo un puro encendido del bolsillo superior de su chaqueta, lo chupó, emitió una bocanada de humo y lo devolvió a su lugar. Nadie supo cómo lo había hecho.

—Shock —dijo el enano cuya nariz se había enrojecido a causa de la cerveza—. Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

El prestidigitador se sentó a la mesa con Fred y apoyó los codos sobre la misma.

—¿Cómo está tu cabeza hoy? ¿Te duele? —preguntó con indiferencia.

Fred se limpió los labios con la servilleta; no sabía cómo empezar, temiendo todavía causarle demasiada angustia a su amigo.

—A propósito —dijo Shock—, hoy actúo contigo por última vez. Ese tipo me va a llevar a América. Las cosas marchan bastante bien.

—Te quería decir… —y el enano, haciendo migas con el pan, luchaba por encontrar las palabras adecuadas—. En realidad es que… Sé valiente, Shock. Amo a tu mujer. Esta mañana, después de que te fueras, ella y yo, nosotros dos, quiero decir,

ella…

—El único problema es que me mareo en barco —decía pensativo el prestidigitador—, y se tarda una semana en llegar a Bastan. En una ocasión fui en barco hasta la India. Al acabar me sentía como si todo yo estuviera dormido, como cuando una pierna se te queda dormida.

Fred, de color púrpura, no hacía sino pasar el puño por el mantel. El prestidigitador se reía entre dientes de sus propios pensamientos, hasta que llegado el momento los interrumpió para preguntar:

—¿No me ibas a decir algo, amigo mío?

El enano se quedó mirando sus fantasmales ojos y negó con la cabeza confundido.

—No, no, no era nada… No se puede hablar contigo.

Shock alargó la mano —sin duda iba a sacar una moneda de la oreja de Fred—, pero por primera vez en largos años de magia maestra, la moneda, que los dedos no habían agarrado con la suficiente firmeza, se cayó al suelo. La cogió y se levantó.

—Yo no voy a comer aquí —dijo, examinando con curiosidad la coronilla del enano—. No me gusta este lugar.

Silencioso y taciturno, Fred comía su manzana asada.

El prestidigitador se marchó discretamente. El restaurante se fue quedando vacío. A la lánguida bailarina española del gran sombrero se la llevó un joven tímido de ojos azules, exquisitamente vestido.

Bueno, pues si no quiere escuchar, entonces yo no tengo ninguna obligación, pensaba el enano; suspiró aliviado y decidió que, después de todo, Nora le podría explicar mejor las cosas. Luego pidió recado de escribir y se dispuso a redactar una carta. Acababa así:

«Ahora comprenderás por qué no puedo seguir viviendo como hasta ahora. ¿Qué sentirías sabiendo que todas las noches, las masas vulgares se parten de risa al ver a tu elegido? Voy a romper mi contrato y mañana me iré de aquí. Recibirás otra carta mía tan pronto como encuentre un agujero apacible donde tras tu divorcio, podamos amamos, mi querida Nora.»

Y así terminó el día veloz que le fue concedido a un enano de polainas grises como un ratón.

6.

Oscurecía cautelosamente sobre Londres. Los ruidos de la calle se confundían en una suave nota de timbre hueco, como si alguien hubiera cesado de tocar pero hubiera olvidado levantar el pie del pedal del piano. Las hojas negras de los limeros del

parque se estampaban contra el cielo transparente como ases de espadas. Al llegar a un recodo o a un rincón abrupto o también entre las fúnebres siluetas de unas torres gemelas, se revelaba, como una visión, un poniente en llamas.

Shock tenía la costumbre de ir a casa a cenar y a cambiarse y, ya con el chaqué puesto, dirigirse directamente en coche al teatro. Aquella noche Nora le esperaba impacientísima, temblando con un júbilo maligno. ¡Qué contenta estaba de tener un secreto que sólo ella conocía! No era la imagen del enano la que ocupaba su mente, ya la había alejado de sí. El enano era un gusano repugnante.

Oyó la cerradura de la puerta de entrada que se abría con su chasquido delicado. Como suele ocurrir cuando se ha engañado a una persona, el rostro de Shock le pareció desconocido, nuevo, como si fuera el de un extraño. Él la saludó con una inclinación de cabeza, sin hablar, como con vergüenza, bajando los ojos con un gesto de tristeza. Ocupó su lugar en la mesa enfrente de ella sin decir palabra. Nora se puso a examinar su traje gris claro que le hacía parecer todavía más delgado, todavía más escurridizo. Sus ojos se encendían en un triunfo cálido; la comisura de la boca le temblaba malevolente.

—¿Y cómo está tu enano? —le preguntó, complaciéndose en el tono fortuito de su pregunta—. Pensé que te lo traerías contigo.

—No lo he visto hoy —contestó Shock, disponiéndose a comer. Y justo en ese momento se le ocurrió una idea… tomó un frasco, lo destapó con un chirrido cuidadoso y vertió su contenido sobre un vaso lleno de vino.

Nora esperó irritada a que el vino se volviera de color azul brillante, o transparente como el agua, pero el clarete no cambió de tono. Shock vio la mirada de su mujer y sonrió levemente.

—Es para la digestión, son sólo unas gotas —murmuró.

Una sombra se rizó sobre su rostro.

—Mientes, como de costumbre —dijo Nora—. Tienes un estómago a prueba de bombas.

El prestidigitador se rió suavemente. Luego se aclaró la garganta como si estuviera en el escenario y se bebió el vaso de un trago.

—Sigue comiendo —dijo Nora—. Se va a quedar frío.

Con frío placer pensó, «¡Ah, si lo supieras!». Nunca lo sabrás. ¡Te tengo en mi poder!

El prestidigitador comía en silencio. De repente, hizo una mueca, retiró su plato a un lado y empezó a hablar. Como de costumbre, no la miraba directamente sino como por encima, y hablaba con tono suave y melodioso. Le describió su día, le contó que había visitado al rey en Windsor, donde había sido invitado a entretener a los pequeños duques que llevaban chaquetas de terciopelo y cuellos de encaje. Contó todo esto con toques bien vivos, imitando a la gente que había visto, alzando la

cabeza ligeramente como en una actitud altiva y parpadeando.

—Saqué una bandada entera de palomas de mi joroba —dijo Shock.

Sí y también el enano tenía las palmas de las manos todas pegajosas y te lo estás inventando todo, reflexionaba Nora como entre paréntesis.

—Esas palomas, sabes, se pusieron a volar en torno a la reina. Ella trataba de ahuyentarlas sin dejar de sonreír y sin perder la compostura.

Shock se levantó, se tambaleó, se apoyó ligeramente con dos dedos en el borde de la mesa, y dijo, como si quisiera dar por finalizada la historia:

«No me encuentro bien, Nora. Eso que he bebido era veneno. No deberías haberme sido infiel».

La garganta se le hinchó en espasmos convulsivos y, llevándose un pañuelo a los labios, salió del comedor. Nora se levantó de un salto; las cuentas de ámbar de su largo collar se enredaron con el cuchillo de postre que descansaba sobre el plato y se lo llevaron por delante.

«Está montando otro de sus números», pensó amargamente. «Me quiere asustar, me quiere atormentar. No, buen hombre, esta vez no te va a servir de nada. ¡Ya verás!»

¡Qué fastidio que Shock hubiera descubierto su secreto! Pero por lo menos ahora tendría la oportunidad de revelarle todos sus sentimientos, de gritarle que lo odiaba, que lo despreciaba con toda su furia, que no era una persona sino un fantasma de goma, que no aguantaba ya vivir con él ni un minuto más, que…

El prestidigitador estaba sentado en la cama, acurrucado y castañeteando angustiado, pero consiguió esbozar una débil sonrisa cuando Nora entró en tromba en la habitación.

—Así que pensabas que te iba a creer —dijo, sin aliento—. ¡No, esto es lo último! Yo también sé engañar. Me repeles, eres el hazmerreír de todo el mundo con tus trucos fallidos…

Shock, sonriendo inútilmente todavía, intentó levantarse de la cama. El pie rozó contra la alfombra. Nora se puso a pensar qué otra cosa se le ocurría para insultarle.

—No lo hagas —dijo Shock a duras penas—. Si he hecho algo que… por favor, perdóname…

En su frente se destacaba, tensa, una vena. Se encogió todavía más, empezó a hacer ruidos con la garganta, el mechón de su pelo, todo húmedo, empezó a moverse, y el pañuelo que se apretaba contra los labios se empapó de bilis y de sangre.

—¡Deja de tratar de engañarme haciendo el idiota! —gritó Nora y dio un golpe tremendo con el pie.

Él consiguió enderezarse. Tenía el rostro pálido como la cera. Tiró el pañuelo hecho trizas a un rincón.

—Espera, Nora… No entiendes… Éste es, de verdad, mi último truco… No haré

ninguno más.

Y de nuevo un espasmo le quebró el rostro sudoroso, terrible. Se tambaleó, se cayó en la cama y apoyó la cabeza en la almohada. Ella se le acercó, se le quedó mirando, frunciendo el ceño. Shock yacía tumbado con los ojos cerrados y los dientes firmes le crujían. Cuando se inclinó sobre él, sus párpados temblaron, la miró vagamente, sin reconocer a su esposa, pero de repente la reconoció y sus ojos relampaguearon con una húmeda luz de dolor y ternura.

En aquel instante Nora, supo que le quería más que a nada en el mundo. Se vio repentinamente abrumada por la piedad y también por el horror. Empezó a dar vueltas por la habitación, echó agua en un vaso, lo dejó en el lavabo, volvió corriendo hasta su marido que había alzado la cabeza y se llevaba la punta de las sábanas a los labios, temblando con todo el cuerpo mientras vomitaba, mirando sin ver con ojos vacíos ya velados por la muerte. Entonces Nora, en un gesto animal, corrió al cuarto de aliado, al teléfono y, con él en la mano, durante un buen rato no hizo sino marcar números equivocados, mientras sollozaba sin aliento y volvía a marcar y a equivocarse golpeando el teléfono una y otra vez contra la mesa; finalmente, cuando por fin respondió la voz del médico al otro lado del teléfono, Nora gritó que su marido se había envenenado, que se estaba muriendo: y al decido inundó el auricular con una tormenta de lágrimas, tras lo cual, dejándolo de cualquier manera, volvió corriendo al dormitorio.

El prestidigitador, impecable y lustroso, con un chaleco blanco y unos pantalones negros impecablemente planchados, estaba frente al espejo de cuerpo entero anudándose cuidadosamente la corbata. Vio a Nora en el espejo y, sin darse la vuelta, le hizo un guiño distraído sin dejar de silbar suavemente y de anudar con sus dedos transparentes las puntas negras de su corbata de lazo negra.

7.

Drowse, una ciudad diminuta en el norte de Inglaterra, parecía en verdad tan soñolienta que uno podía llegar a sospechar que estaba perdida entre aquellos campos brumosos de suaves colinas, en los que se había quedado dormida para siempre. Tenía una oficina de correos, una tienda de bicicletas, dos o tres estancos de tabaco con carteles rojos y azules, una vieja iglesia gris rodeada de tumbas sobre las que se extendía soñolienta la sombra de un enorme castaño. La calle principal estaba bordeada a ambos lados por setas, jardincillos, y casitas de ladrillo ceñidas por hileras diagonales de hiedra.

Una de ellas la había alquilado un cierto señor F. R. Dobson a quien nadie conocía excepto su patrona y el médico local, y a éste no le gustaba cotillear. Su patrona, una mujer grande y adusta, que había trabajado con anterioridad en un manicomio, respondía a las preguntas casuales de los vecinos explicándoles que

Dobson era un anciano paralítico, destinado a vegetar en silencio tras las cortinas. Nada tiene de extraño pues que los vecinos le olvidaran el mismo año en el que llegó a Drowse: se convirtió en una presencia inadvertida que los vecinos daban por supuesta como al obispo desconocido cuya efigie de piedra llevaba años en su nicho sobre la portada de la iglesia. Se pensaba que el anciano misterioso tenía un nieto —un silencioso niño rubio que a veces, al anochecer, solía llegar a la casita de Dobson con pasos breves y tímidos. Sin embargo, esto ocurría tan pocas veces que nadie podía asegurar con certeza que fuera siempre el mismo niño, y ni que decir tiene que el crepúsculo en Drowse era particularmente azulado y turbio, de fronteras difuminadas.

Así a los perezosos y nada curiosos habitantes de Drowse se les pasó por alto el detalle de que el supuesto nieto del supuesto paralítico no crecía al compás de los años y que su rubio pelo no era sino una peluca admirablemente hecha; porque el Elfo Patata empezó a quedarse calvo al comenzar su nueva existencia y muy pronto su cabeza estuvo tan lisa y brillante que invitaba a que la mano se posara sobre aquel globo terráqueo. En otros aspectos no había cambiado demasiado: su estómago quizás había crecido, y en su nariz ahora más carnosa y deslucida habían aparecido unas venas color púrpura que cubría con polvos de maquillaje cuando se vestía de niño pequeño. Lo que es más, Ann y también su médico sabían que los ataques cardíacos que el enano sufría no presagiaban nada bueno.

Vivía apacible y discretamente en sus tres habitaciones, se había hecho socio de una biblioteca de la que sacaba unos tres o cuatro libros (fundamentalmente novelas) a la semana, había comprado un gato negro de ojos amarillos porque le tenía un miedo mortal a los ratones (que saltaban y corrían detrás del armario como si fueran diminutas bolas de lana), comía mucho, especialmente dulces (a veces incluso saltaba de la cama en mitad de la noche y se arrastraba por el suelo helado como un fantasma diminuto y destemplado en su largo camisón, para alcanzar, como un niño pequeño, las galletas de chocolate de la despensa) y cada vez se acordaba menos de su aventura amorosa y de los días espantosos que pasó al llegar a Drowse.

Sin embargo, en su mesa de trabajo, entre finas facturas dobladas cuidadosamente, seguía conservando una hoja de papel color de melocotón con una filigrana en forma de dragón, emborronada en letra picuda y apenas legible. Esto es lo que decía:

«Querido Señor Dobson,

Recibí su primera carta, así como la segunda, en la que me pide que acuda a D. Todo ello, mucho me temo, ha sido un terrible error. Por favor trate de olvidarse y de perdonarme. Mañana mi marido y yo partimos para Estados Unidos y probablemente no volveremos en algún tiempo. De verdad que no sé qué más decirle, mi pobre Fred.»

Fue en ese momento cuando tuvo su primera angina de pecho. Desde entonces se le quedaron los ojos fijos en una mansa mirada de extrañeza ante el mundo. Y en los días siguientes anduvo sin parar de un cuarto al otro, tragándose las lágrimas y haciendo gestos ante su mismo rostro con mano temblorosa.

Ahora, sin embargo, Fred había comenzado a olvidar. Se había aficionado a aquella comodidad que nunca antes había conocido —a la película azul de las llamas sobre los carbones de la chimenea, a la de los pequeños jarrones polvorientos colocados en sus estanterías redondas, al grabado entre las dos estanterías: un perro San Bernardo, entero con su barril, confortando a un montañero en una roca desolada. Muy pocas veces se acordaba de su vida pasada. Sólo en sueños veía a veces cómo un cielo estrellado cobraba vida con el temblor de trapecios múltiples mientras le aplaudían al verle meterse en un baúl negro: a través de sus paredes distinguía la suave voz cantarina de Shock pero no conseguía encontrar la trampa en el suelo del escenario y acababa sofocado en aquella oscuridad pegajosa, mientras que la voz del prestidigitador se volvía más y más triste y más y más remota hasta que desaparecía en la distancia, y entonces Fred se levantaba con un gemido en su espaciosa cama, en su habitación recoleta y oscura, con su leve aroma de violetas, jadeando y apretando su puño infantil contra su corazón vacilante, a la luz empañada de la persiana de la ventana.

En el transcurso de los años, el anhelo por el amor de una mujer fue debilitándose progresivamente, como si Nora le hubiera ido secando todo aquel ardor que en tiempos le había atormentado. Es cierto que en ocasiones, en ciertas veladas de primavera, el enano, después de ponerse los pantalones cortos y la peluca rubia, abandonaba la casa para embutirse en la oscuridad crepuscular y allí, escondiéndose en algún camino entre los campos, se detenía repentinamente al contemplar con angustia una borrosa pareja de amantes trabados el uno en los brazos del otro junto a un seto, bajo la protección de las zarzas en flor. Ahora, incluso aquello había dejado de sucederle; había cesado por completo de mirar al mundo. Sólo de vez en cuando el médico, un hombre de pelo blanco con penetrantes ojos negros, venía a jugar una partida de ajedrez, y, al otro lado del tablero, consideraba con placer científico aquellas suaves manos diminutas, aquel rostro pequeño de bulldog, cuyo ceño prominente se fruncía cuando el enano se ponía a pensar en la próxima jugada.

8.

Transcurrieron ocho años. Llegó un domingo, y ocurrió en la mañana de aquel domingo. La mesa, dispuesta para el desayuno, esperaba la presencia de Fred, con el chocolate humeando en su jarra cubierta con su funda de tela, conformando el aspecto y las formas de un loro. El verde soleado de los manzanos se filtraba a través

de los cristales de la ventana. Ann, con toda su corpulencia, se encontraba entretenida quitándole el polvo a la pequeña pianola en la que el enano se sentaba de tanto en tanto a tocar unos valses siempre vacilantes. Unas moscas se habían aposentado en el tarro de mermelada de naranja y se frotaban las patas delanteras.

Fred entró en la habitación, todavía algo adormilado y con las arrugas del sueño en su porte y hábito, calzando unas zapatillas de fieltro y embutido en una minúscula bata negra estampada con ranas amarillas. Tomó asiento desperezando los ojos y acariciándose la calva. Ann se fue a la iglesia. Fred abrió la sección ilustrada del periódico dominical y sin dejar de hacer muecas con los labios, que fruncía y estiraba a ritmo alterno, se dispuso a leer con detenimiento toda suerte de sucesos, tales como los premios concedidos en el último certamen canino, las piruetas de una bailarina rusa que se doblaba hasta figurar la lánguida agonía de un cisne, los embustes y peripecias de aquel financiero que había conseguido embaucar y engañar a medio mundo… Bajo la mesa, la gata arqueaba el lomo y se agazapaba en caricias contra su tobillo desnudo. Acabó el desayuno; se levantó bostezando: había pasado muy mala noche, el corazón le había dolido más que nunca, y ahora, a pesar de que tenía los pies helados, le daba una enorme pereza vestirse. Se trasladó hasta el sillón que había junto al mirador y se acurrucó en él. Se quedó allí sin pensar en nada mientras que, a sus pies, la gata negra arqueaba el lomo y se estiraba abriendo sus minúsculas fauces rosas.

Sonó el timbre de la puerta.

El doctor Knight, pensó Fred con indiferencia. Recordó que Ann había salido y fue en persona a abrir la puerta.

El sol se filtró a raudales. Una dama alta, vestida completamente de negro, se erguía solitaria en el umbral. Fred retrocedió, mascullando incoherencias entre dientes y manoseando torpemente los pliegues de su bata. Retrocedió a toda prisa hacia el interior de la casa y en su camino sin darse cuenta perdió una zapatilla, ya que su única obsesión en aquel momento era que quienquiera que fuera aquella visita no notara su naturaleza de enano. Se detuvo, jadeante, en mitad del cuarto de estar. ¡Oh, por qué no se le había ocurrido sin más cerrar de un portazo! ¿Y quién demonios podía ser, quién podría tener interés en venir a visitarle? Un error, sin duda.

Y en aquel momento percibió nítidamente el ruido de unos pasos que se acercaban hasta él. Se refugió en el dormitorio: pensó en encerrarse allí dentro pero no tenía llave. La zapatilla perdida permanecía solitaria sobre la alfombra del vestíbulo.

—Es una situación espantosa —pensó Fred, ya sin aliento, y se dispuso a escuchar.

El ruido de los pasos se hacía más cercano, ya sonaban en el cuarto de estar. El enano emitió un leve gemido y se dirigió al ropero, buscando un buen lugar donde

esconderse.

Una voz, que le resultaba conocida, pronunció su nombre al tiempo que se abría la puerta del dormitorio:

—Fred, ¿por qué me tienes miedo?

El enano, descalzo, de negro, la calva un puro tejido de sudor, se quedó parado junto al ropero, su mano detenida en el pomo de la cerradura. Recordó entonces con la máxima precisión los peces naranjo-dorados en su pecera de cristal.

Ella había envejecido mal. Tenía sombras oliváceas bajo los ojos. Los pelillos negros del bozo se destacaban más nítidos que antes: y su sombrero negro así como los pliegues de su vestido, también negro, emanaban un poso de polvo y de aflicción.

—No esperaba… nunca pensé que… —empezó a balbucear Fred mientras alzaba con cautela la mirada hasta ella.

Nora lo tomó de los hombros y lo volvió hacia la luz, y con mirada triste e impaciente examinó su rostro. El enano, confuso y un punto azorado, pestañeó, lamentándose de que le hubieran sorprendido con la cabeza descubierta y sin peluca y al mismo tiempo maravillado ante la emoción que descubría en Nora. Había dejado de pensar en ella hacía tanto tiempo que ahora no sentía sino tristeza y sorpresa. Nora, sin aflojar su abrazo, cerró los ojos. Luego, apartó levemente al enano de su lado y se volvió hacia la ventana.

Fred se aclaró la garganta y dijo:

—Te he perdido la pista por completo. Dime ¿cómo está Shock?

—Sigue con sus trucos de siempre —contestó Nora como ausente—. Hace poco que hemos regresado a Inglaterra.

Sin quitarse el sombrero se sentó junto a la ventana sin dejar de mirarle con una intensidad que tenía algo de extraño.

—Eso quiere decir que Shock… —se apresuró a continuar Fred, incómodo ante la intensidad de su mirada.

—Sigue como siempre —dijo Nora, que sin aminorar el brillo de sus ojos, fijos en el enano, procedió a quitarse unos guantes de un negro brillante que luego estrujó en un revoltijo que mostraba el blanco de su interior.

—«¿Será que me vuelve a querer de nuevo?» —se preguntó de repente el enano.

La pecera, el aroma de la colonia, los pompones verdes de sus zapatillas hicieron una brusca irrupción en su mente.

Nora se levantó. El rebujo negro de los guantes de deslizó al suelo.

—El jardín no es muy grande, pero tiene manzanos —dijo Fred mientras seguía preguntándose en su interior:

«¿Acaso habrá habido algún momento en el que yo…? Tiene la piel un tanto cetrina y apagada. Y además, bigote. ¿Pero por qué está tan callada?».

—Apenas salgo, sin embargo —dijo, balanceándose levemente en la silla y

tocándose las rodillas.

—Fred, ¿no sabes por qué estoy aquí?

Ella se levantó y se le acercó hasta tocarle. Fred, con una sonrisa de apenada disculpa, trató de escaparse, y al hacerla acabó resbalándose de la silla.

Y fue entonces cuando ella le dijo con una voz inmensamente dulce:

—Lo cierto es que tuve un hijo tuyo.

El enano se quedó helado, la mirada perdida en un cajoncillo minúsculo de cristal cuadrado que resplandecía en el lateral de un jarrón azul oscuro. Una tímida sonrisa de extrañeza se encendió en las comisuras de su boca y luego se extendió hasta encender sus mejillas con un rubor púrpura.

—Mi hijo…

Y de repente lo entendió todo, el sentido completo de la vida, de su larga angustia, de aquella ventanita que relucía en el jarrón de cristal.

Alzó la vista con lentitud. Nora estaba sentada de lado en, una silla y se estremecía en sollozos violentos. La cabeza de cristal del prendedor de su sombrero resplandecía como una lágrima. El gato, ronroneando tiernamente, se frotaba contra sus piernas.

Corrió hasta ella y recordó una novela que acababa de leer.

—No tienes por qué temer —dijo el señor Dobson—, no tienes por qué temer que vaya a apartarlo de ti. ¡Soy tan feliz!

Ella le miró a través de un velo de lágrimas. Iba a empezar a explicarle algo cuando tragó saliva… Vio entonces el resplandor que emanaba del semblante del enano…, y no tuvo valor para explicar nada.

Se apresuró a recoger del suelo el rebujo de sus guantes.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Es todo. Me tengo que ir.

De repente Fred se vio herido por la saeta de un pensamiento amargo. Una profunda vergüenza se abrió paso entre su trémula alegría. Preguntó, manoseando al hacerla la borla de su bata:

—Y… y… ¿cómo es? No será…

—No, todo lo contrario —contestó Nora rápidamente—. Un chico bien grande, alto, como todos los chicos —y de nuevo rompió a llorar. Fred bajó los ojos.

—Me gustaría verlo —y al punto se corrigió feliz—: ¡Oh, ya entiendo! No debe saber que soy como soy. Pero a lo mejor lo podrías arreglar de forma que yo…

—Sí, claro que sí, no faltaría más —dijo Nora apresuradamente, y con un tono casi cortante mientras cruzaba el vestíbulo—: Sí, ya lo arreglaremos de alguna forma. Pero ahora me tengo que ir. Hay unos veinte minutos andando hasta la estación.

Volvió el rostro en la puerta de la calle y, por última vez, ávida y tristemente, examinó los rasgos de Fred. La luz del sol temblaba sobre su calva, y las orejas eran un puro tono rosa translúcido. El pobre no se enteraba de nada en su sorpresa y

felicidad. Y cuando se hubo ido, Fred se quedó inmóvil durante un largo rato en el hall de entrada como si tuviera miedo de que el corazón se le fuera a rebosar al menor movimiento de imprudencia. Trataba una y otra vez de imaginarse a su hijo sin conseguir otra imagen que la suya propia, bajo la apariencia y vestido de un escolar con una peluca rubia. Y al transferir su propia forma y aspecto a su hijo dejó de sentirse como un enano.

Se vio a sí mismo entrando en una casa, en un hotel, en un restaurante para conocer a su hijo. Acarició con la imaginación el pelo rubio del chico en un rapto de conmovedor orgullo paterno… y luego, con su hijo y con Nora (¡qué estúpida había sido al pensar que él pudiera tener la mínima intención de quitárselo!), se vio a sí mismo paseando por una calle y entonces…

Fred se dio una palmada en el muslo. ¡Se había olvidado de preguntarle la dirección a Nora!

Y en ese punto el tempo se aceleró a un ritmo absurdo y enloquecido. Corrió a su dormitorio y empezó enfebrecido a vestirse a toda prisa. Se puso lo mejor que tenía, una camisa cara almidonada a todo lujo, prácticamente nueva, unos pantalones con rayita fina, una chaqueta hecha en Resartre de París hacía muchos años, y conforme se iba vistiendo, no cesaba en sus intentos de sofocar una irresistible risa apagada ni de romperse las uñas en los resquicios de los ajustados cajones de su cómoda y hasta tuvo que sentarse un par de veces para que su agitado corazón henchido y a punto de estallar descansara; pero tras las pausas volvía de nuevo a saltar por el cuarto buscando el sombrero hongo que llevaba años sin ponerse hasta que finalmente, cuando se detuvo fugazmente a consultar el espejo en su trajín, pudo avistar la imagen de un majestuoso caballero maduro, elegantemente vestido de etiqueta, tras lo cual bajó corriendo las escaleras hasta el porche, deslumbrado por una idea nueva que se le acababa de ocurrir: ¡hacer el viaje de vuelta con Nora —a quien, con toda seguridad, alcanzaría en su camino a la estación— para ver a su hijo aquella misma noche!

Una ancha carretera polvorienta llevaba directamente a la estación. Los domingos solía estar más o menos desierta, pero de repente y contra todo pronóstico apareció en un recodo un muchacho con un bate de cricket. Fue el primero que reconoció al enano. Sorprendido ante tamaña visión empezó a dar muestras de regocijo y burla palmeteando y agitando su gorra de vivos colores al compás de los pasos de Fred mientras observaba el dorso de su figura que se alejaba y el destello del chasquido de sus polainas color gris rata.

Y en aquel preciso momento, aparecieron, Dios sabe de dónde, una turba de chavales boquiabiertos que empezaron a seguir al enano con cierto sigilo preñado de asombro. Él caminaba cada vez más deprisa, mirando el reloj de tanto en tanto sin dejar de reír entre dientes presa de gran excitación. El sol le hacía sentirse un poco

mareado. Mientras tanto, el número de chavales fue aumentando y los transeúntes que, por azar, pasaban por allí se detenían a mirar asombrados. En algún lugar lejano se dejaron oír las campanadas de una iglesia: la aletargada ciudad volvía a la vida cuando, de repente, estalló en una risotada incontenible, largo tiempo contenida.

El Elfo Patata, incapaz de dominar su impaciencia, cambió el paso y adoptó una especie de trote. Uno de los chavales se precipitó a su paso hasta enfrentársele tratando de verle la cara: otro gritó algo con voz hosca y grosera. Fred, haciendo muecas para defenderse del polvo, siguió corriendo, y, de repente, se imaginó que todos aquellos chicos que se apelmazaban en enjambre a su paso eran hijos suyos, hechos y derechos, alegres, saludables, y sonrió con una expresión de perplejidad, sin cesar en su trote, cada vez más cansado y jadeante, tratando de olvidar el corazón que le estallaba en el pecho de quemazón, como un martillo pilón inmisericorde.

Un ciclista, que pedaleaba junto al enano en una bicicleta cuyas ruedas lanzaban destellos y chispas al rodar, se llevó el puño a la boca a la manera de un megáfono, como si estuviera animando a un corredor en el último tramo de su carrera. Las mujeres salían de sus casas y se quedaban de pie en los porches, riéndose abiertamente mientras comentaban unas con otras y señalaban con el dedo —protegiendo con la mano su mirada del sol— la figura del enano que corría a pleno mediodía. Todos los perros de la ciudad se despertaron. Los parroquianos de la iglesia, agobiados y sofocados allí dentro, oyeron —a su pesar los ladridos, los gritos de ánimo y el jalear de la gente mientras que el grupo que seguía al enano se iba haciendo más numeroso y tupido en el transcurso del camino. La gente pensaba que se trataba de una colosal maniobra publicitaria, el reclamo de un circo o quizá el rodaje de una película.

Fred empezaba a tener dificultades en su marcha, tropezaba y notaba un cosquilleo musical en los oídos, la botonadura del cuello se le clavaba en la garganta, no podía respirar. Los gritos de júbilo, la risa, el ejército de pasos que le seguía, todo aquello le ensordecía. Pero por fin, a través de una niebla de sudor, consiguió atisbar el vestido negro. Ella caminaba lentamente a lo largo de una pared de ladrillos en un torrente de sol. Se volvió a mirar el espectáculo y se detuvo. El enano entonces la alcanzó y se agarró a los pliegues de su falda.

Con una sonrisa de felicidad alzó los ojos hasta ella, intentando hablar sin conseguido; en su lugar alzó las cejas sorprendido y se desplomó a cámara lenta en la acera. Al momento le rodeó con estrépito el clamor de la gente que como hormigas se apretaron en tropel junto a su cuerpo. Alguien, al darse cuenta de que aquello no era ninguna broma, se inclinó ante el enano y luego silbó levemente y se quitó el sombrero. Nora contemplaba indiferente el cuerpecillo diminuto de Fred que parecía un guante negro todo arrebujado. Alguien la empujó. Una mano la cogió del hombro.

—¡Suélteme! —dijo Nora con voz inexpresiva—. Yo no sé nada. Mi hijo murió

hace unos días.

Aureliana [*]

1.

Era una calle humilde y engañosa: la parada del trolebús te llevaba hasta el comienzo de la misma, en su intersección con una avenida muy concurrida. Durante un buen trecho se arrastraba en la oscuridad, sin escaparate alguno ni tampoco alegría. Pero luego se llegaba a una pequeña plaza (cuatro bancos, un macizo de pensamientos) en torno a la cual circulaba un trolebús que chirriaba como si refunfuñara ante lo que veía a su paso. Al llegar a ese punto, la calle cambiaba de nombre y empezaba una nueva vida. A lo largo de la acera derecha, se sucedían una serie de comercios: una frutería, con pirámides de naranjas de intensos colores; un estanco, cuyo reclamo era un dibujo de un turco voluptuoso; una tienda de ultramarinos con ristras y más ristras grises y grasas de salchichas marrones; y finalmente, contra todo pronóstico, una tienda de mariposas. Por la noche, especialmente cuando había humedad, cuando el asfalto brillaba como si fuera el lomo de una foca, los transeúntes se detenían un momento delante de aquel escaparate, símbolo del buen tiempo. Los insectos que se mostraban en el mismo eran unos ejemplares enormes y espléndidos. La gente se decía al verlos: «¡Qué colores tan increíbles!», y seguía su penoso camino bajo la lluvia. Alas de ojos abiertos de asombro, trémulo satén azul, magia negra —la mirada retenía al transeúnte rezagado, detenida en aquella maravilla, haciendo tiempo hasta que llegara el momento de subirse al trolebús o de comprar el periódico. Y la memoria retenía también en el recuerdo, junto con las mariposas, algunos de los objetos expuestos que compartían con ellas espacio y magia: un globo, unos lápices y el cráneo de un mono sobre un montón de cuadernos.

Luego la calle proseguía su curso de luces y señuelos brillantes, en la habitual sucesión de tiendas cotidianas —jabón, carbón, pan— y volvía a detenerse en la esquina, donde había un peceño bar. El tabernero, un hombre apuesto que siempre llevaba cuello duro y jersey azul, era un maestro en tirar la cerveza de barril y quitaba la espuma de la jarra con gesto certero; se había ganado asimismo una reputación de hombre ingenioso. Todas las noches, en una mesa redonda junto a la ventana, el frutero, el panadero, un desempleado y el primo del tabernero jugaban a las cartas con mucho placer. Y como el que ganaba cada mano invitaba inmediatamente a los otros a la siguiente ronda, no cabía la posibilidad de que ninguno de los jugadores se hiciera alguna vez con cierta fortuna.

Los sábados, un anciano de carnes fláccidas y rostro florido, cabello ralo y lacio, y bigote grisáceo, mal cortado, se sentaba en la mesa contigua. Cuando aparecían por allí los jugadores le saludaban ruidosamente sin levantar los ojos de las cartas. Siempre pedía ron, llenaba la pipa y se quedaba contemplando el juego con ojos acuosos con un halo color rosa. Tenía el párpado izquierdo ligeramente caído.

Algunas veces alguien se dirigía a él para preguntarle cómo le iban las cosas en la tienda: tardaba en responder y a menudo ni siquiera lo hacía. Si la hija del tabernero, una chica bonita y pecosa con un delantal de lunares, se acercaba alguna vez lo suficiente, él siempre intentaba tocar aquel trasero escurridizo, sin que el éxito o el fracaso de su empresa lograra cambiar un ápice la expresión de su rostro, que tan sólo mudaba el color de las venas de sus sienes que se ponían moradas. El dueño del bar siempre le llamaba «Herr Professor». «¿Y cómo está hoy Herr Professor?», preguntaba, acercándose, y el hombre se quedaba meditabundo unos segundos y luego, con aquel labio húmedo con el que chupaba estirado la pipa como si fuera la trompa de un elefante cuando come, le contestaba siempre unas palabras ni divertidas ni corteses. El tabernero le replicaba enérgico, lo cual provocaba grandes raptos de risa en los jugadores de la mesa contigua, aparentemente absortos en su juego.

Aquel hombre llevaba un inmenso temo gris en el que destacaba la exageración del chaleco, y cuando el reloj de cuco daba las horas sacaba un pesado reloj de plata pomposamente y se lo quedaba mirando de reojo allí quieto en la palma de la mano, bizqueando un tanto a causa del humo. A las once en punto vaciaba la pipa, pagaba su ron y, después de darle la mano fláccidamente a quienquiera que estuviera dispuesto a ello, se marchaba en silencio.

Caminaba de forma algo rara, con una ligera cojera. Las piernas parecían demasiado delgadas para la corpulencia de su cuerpo. Al llegar al escaparate de su tienda se metía en un pasadizo, donde había una puerta a la derecha con una placa de latón: PAUL PUGRAM. La puerta daba a un piso diminuto y sórdido, al que también se accedía por un pasillo interior al fondo de la tienda. Habitualmente, Eleanor dormía ya cuando él llegaba de sus noches festivas. Sobre la cama de matrimonio, enmarcadas en negro, había media docena de fotografías descoloridas de un mismo barco pesado, tomadas desde distintos ángulos y una palmera tan pelada que parecía que hubiera crecido en Helgoland. Hablando para sí, Pilgram se perdía cojeando en la oscuridad con una vela encendida, volvía con los tirantes caídos, y seguía murmurando para sí sentado al borde de la cama, mientras se quitaba despacio y con cierta dificultad los calcetines. Su mujer, medio despierta, murmuraba algo en la almohada y se ofrecía a ayudarle; él con una especie de ruido sordo, un punto amenazador, le decía que se callara y repetía aquel «*Ruhe!*» gutural una serie de veces, cada vez con más rabia.

Desde que tuvo aquel infarto que casi le costó la vida, hace años (como si una

montaña se le hubiera caído encima de repente, justo cuando acababa de inclinarse a atarse los cordones de los zapatos), se desvestía a regañadientes, sin dejar de gruñir hasta que se encontraba a salvo en la cama, para volver a gruñir luego, cuando se daba cuenta de que el grifo seguía goteando en la cocina. Eleanor salía de la cama y caminaba a tientas por el pasillo hasta la cocina y luego volvía suspirando, su rostro menudo pálido como la cera y brillante, y exhibiendo los callos de sus pies bajo el camisón desmesuradamente largo. Se habían casado en 1905, casi un cuarto de siglo antes, y no tenían hijos porque Pilgram siempre había pensado que los niños no serían sino un estorbo para la realización de lo que en su juventud había sido un plan extremadamente excitante que ahora se había convertido en una oscura obsesión apasionada.

Dormía de espaldas con un gorro de dormir pasado de moda que le cubría la frente; cumplía con la apariencia del sueño sonoro y sólido que cabe esperar de un anciano tendero alemán, y se podía llegar a pensar que su sopor acolchado estaba absolutamente libre de sueños; pero en realidad, este hombre refunfuñón, pesado, que se alimentaba fundamentalmente de *Erbwurst* y de patatas hervidas, que se creía plácidamente todo lo que le decía su periódico y que era bastante ignorante de lo que pasaba en el mundo (en todo lo que no atañera a su pasión secreta), soñaba con cosas que a su mujer y a sus vecinos les hubieran parecido absolutamente incomprensibles; porque Pilgram pertenecía, o más bien debía de pertenecer (algo —el lugar, el tiempo, el hombre— estaba mal elegido) a una especie muy particular de soñadores; esos soñadores a los que antaño se les llamaba «Aurelianos» —quizá en razón de aquellas crisálidas, aquellas «joyas de la naturaleza», que les gustaba encontrar en los matorrales sobre las ortigas polvorientas de los caminos del campo.

Los domingos se tomaba su tiempo antes de arreglarse, bebiendo sucesivos cafés en sucesivas sesiones, y luego se iba a dar un paseo con su mujer, un paseo lento y silencioso que Eleanor esperaba con ansia durante toda la semana. Los días laborables abría la tienda tan pronto como le era posible por los niños que pasaban por delante camino de la escuela; porque en los últimos tiempos había incrementado su mercancía habitual con un gran surtido de material escolar. Algún chaval que pasara comiéndose el bocadillo con su cartera al hombro se detendría delante del estanco (donde una marca de cigarrillos regalaba cromos de aviones), pasaría delante de la tienda de ultramarinos (con su reproche mudo por el bocadillo que se había comido antes de hora) y luego, acordándose de que quería una goma, entraría en la tienda siguiente. Pilgram murmuraba algo ininteligible, avanzando su labio inferior por debajo de la pipa y, después de una búsqueda distraída, soltaba bruscamente sobre el mostrador una caja de cartón abierta. El niño tocaba y apretaba las gomas indias pálidas y vírgenes, sin encontrar su marca favorita y acababa marchándose, sin apercibirse siquiera de lo que en verdad se vendía en aquella tienda.

¡Estos niños modernos! Pilgram pensaba decepcionado e inmediatamente empezaba a recordar su juventud. Su padre, un marinero un poco granuja, se casó ya maduro con una chica holandesa de ojos claros y cutis cetrino que se trajo desde Java hasta Berlín, y abrió una tienda de objetos exóticos. Pilgram no lograba recordar cuándo exactamente las mariposas habían comenzado a expulsar a las aves del paraíso disecadas, a los talismanes rancios, a los abanicos con dragones, y demás: pero ya de niño había intercambiado con pasión ejemplares raros con otros coleccionistas y cuando murieron sus padres, las mariposas reinaron con todos sus derechos en aquella tienducha oscura. Hasta 1914 había suficientes aficionados y profesionales para que la tienda marchase más o menos bien; pero más tarde, sin embargo, no le quedó otro remedio que hacer concesiones, y así, la vitrina que contenía la biografía de un gusano de seda fue la transición hasta el material escolar, de la misma forma que en los viejos tiempos los dibujos y pinturas ignominiosamente compuestos de alas relucientes habían constituido el primer paso hacia la lepidopterología.

Ahora el escaparate contenía, aparte de portaplumas, fundamentalmente insectos llamativos, estrellas populares entre las mariposas, algunas de ellas enmarcadas —preferentemente para adornar la casa. En el interior de la tienda, impregnado del olor acre de desinfectante, conservaba las colecciones importantes. Todo el lugar estaba repleto de cajas, cartones, estuches de puros amontonados y en desorden. Había un alto armario de cajones de cristal lleno con series ordenadas de especímenes perfectos impecablemente dispuestos y etiquetados. En un rincón oscuro había un viejo escudo polvoriento o algo similar (último vestigio de la mercancía original). De vez en cuando aparecían en la tienda ejemplares vivos: pardas crisálidas grávidas en cuyo tórax confluían simétricamente líneas y estrías delicadas, mostrando la disposición de las alas, antenas, patas y trompa rudimentarias. Si se tocaba aquella crisálida que descansaba en su cama de musgo, el extremo oscilante de su abdomen segmentado empezaba a moverse a un lado y a otro como las extremidades vendadas de un niño de pecho. Las crisálidas costaban un marco cada una y a su debido tiempo producían una débil mariposa, con manchas, que milagrosamente se iba abriendo. Y a veces también había otras criaturas en venta: en ese momento había una docena de lagartos nacidos en Mallorca, unas cosas frías, negras, de tripa azul, que Pilgram alimentaba con gusanos de harina como plato principal y como postre.

2.

Había pasado toda su vida en Berlín y sus alrededores; nunca había viajado más allá de la isla Peacock en un lago cercano. Era un entomólogo de primera clase. El doctor Rebel, de Viena, había denominado a una cierta polilla, de una variedad muy rara, *Agrotis Pilgrami*; y el propio Pilgram había publicado descripciones de varios

ejemplares. Sus cajas contenían ejemplares de la mayor parte de los países del mundo, pero paradójicamente todo lo que él había visto del mismo se circunscribía al aburrido paisaje de dunas y pinos de alguna excursión dominical; y mientras contemplaba melancólico la conocida fauna que le rodeaba, limitada por un paisaje igualmente conocido, con el que se correspondía tan justa y desesperadamente como él se correspondía con su calle, se acordaba de capturas realizadas en su juventud que entonces le habían parecido milagrosas. Cogía, de un matorral cercano a la carretera, un gran gusano de seda color turquesa con un anillo azul de porcelana en el extremo; y se quedaba allí rígido en la palma de su mano, y entonces, con un suspiro, lo volvía a poner en la rama de la que lo había cogido como si fuera una baratija muerta.

Aunque en un par de ocasiones había tenido la oportunidad de cambiar de negocio por uno más rentable —vender paños y telas por ejemplo, en lugar de mariposas—, se aferró con terquedad a su tienda como si fuera el eslabón simbólico entre su monótona existencia y el fantasma de la felicidad perfecta. Lo que ansiaba, con una intensidad feroz, casi mórbida, era el capturar *por sí mismo* las especies más raras de mariposa en países lejanos, verlas volar con sus propios ojos, esperar rodeado hasta la cintura por la exuberante hierba y sentir el silbo de la red en su persecución y luego el furioso palpitar de las alas a través del pliegue cerrado de la gasa de la red.

Cada año se extrañaba más si cabe que el anterior de no haber conseguido ahorrar dinero suficiente para emprender al menos un viaje de quince días al extranjero a coger mariposas, pero nunca había sido ahorrador, el negocio siempre había andado más bien flojo y siempre surgía algún problema inesperado, alguna circunstancia que se lo impedía; pero incluso si la suerte le llegara a sonreír en algún momento, tenía la seguridad de que algún detalle estropearía sus planes que, antes o después, acabarían frustrándose. Se había casado pensando en llegar a tener alguna participación en el negocio de su suegro, pero el hombre murió un mes después de su boda, no dejando sino deudas. Justo antes de la I Guerra Mundial la posibilidad de un viaje a Argelia tomó tal cuerpo con una venta inesperada, que incluso fue a comprarse un sombrero para combatir el sol. Cuando la situación internacional truncó toda esperanza de viaje, él seguía consolándose con la perspectiva de que el ejército pudiera recabar sus servicios y le enviara a combatir a algún lugar exótico; pero era de complexión enfermiza, torpe de movimientos, había dejado atrás ya la primera juventud y, por consiguiente, ni vio servicio activo alguno ni tampoco lepidópteros exóticos. Luego, acabada la guerra, cuando hubo conseguido ahorrar de nuevo algún dinero (para una semana en Zermatt, esta vez), la inflación convirtió en un abrir y cerrar de ojos sus magros ahorros en una cifra equivalente al precio de un billete de tranvía.

Después de aquello, dejó de intentarlo. Se fue haciendo cada vez más depresivo conforme su pasión crecía y se volvía más intensa. Cuando el azar llevaba hasta su

tienda a alguno de sus amigos entomólogos, Pilgram ya sólo se enojaba. Ese tipo, pensaba, sabrá tanto como el difunto doctor Staudinger, pero tiene la imaginación de un coleccionista de sellos. Las bandejas de tapa de cristal, sobre las que ambos se inclinaban, iban gradualmente ocupando todo el mostrador, y la pipa que mordían los labios de Pilgram emitía un chasquido melancólico. Contemplaba pensativo las apretadas filas de delicados insectos, todos iguales para el común de los mortales, y luego golpeaba el cristal con su rechoncho dedo índice, indicando algún ejemplar especialmente raro. «Ésa es una aberración cromática, de tonos curiosamente oscuros», decía el erudito visitante. «Eisner consiguió una igual en una subasta en Londres, pero no era tan oscura y le costó catorce libras.» Con la pipa ya muerta en sus labios, Pilgram llevaba con esfuerzo el peso de la caja hasta la luz, y con el movimiento, las sombras de las mariposas se deslizaban bajo sus ojos por el papel del fondo de la caja: después la volvía a dejar en su sitio, metía las uñas por los resquicios del cristal de la tapa, y hacía presión hasta que se abría de golpe; luego la quitaba y dejaba los ejemplares al descubierto. «Y la hembra de Eisner no era tan joven como ésta», añadía el visitante, y cualquier cliente indiscreto que hubiera entrado en aquel momento a comprar un cuaderno o un sello y hubiera aguzado el oído para oír lo que aquellos dos decían se habría preguntado de qué demonios estaban hablando esos dos personajes.

Con un gruñido, Pilgram arrancó la cabeza dorada del alfiler negro en el que estaba crucificada aquella pequeña criatura de seda, y sacó el ejemplar de la caja. Le dio la vuelta y escrutó la etiqueta que tenía colgada bajo el cuerpo. «Sí… “*Tatsienlu*, en el este del Tíbet”», leyó. «“Capturada por los coleccionistas nativos del padre Dejean”» (que sonaba casi como el preste Juan), y luego volvió a ensartar la mariposa en su lugar, en el mismo alfiler. Sus movimientos parecían casuales, incluso descuidados, pero era la estudiada indiferencia del especialista: el alfiler, junto con el precioso insecto y los dedos fofos de Pilgram eran las partes correlativas de una misma máquina perfecta. Podía suceder, sin embargo, que una caja abierta, empujada por el codo del visitante, empezara a deslizarse peligrosamente por el mostrador, pero era inevitablemente detenida en el último momento por Pilgram, que con toda tranquilidad seguía empeñado en encender su pipa; sólo más tarde, ocupado en otra cosa, se pondría de repente a gemir angustiado pensando retrospectivamente en la catástrofe que había evitado.

Pero no sólo gemía ante catástrofes como aquélla. El padre Dejean, ¡aquel misionero de corazón de hierro que escalaba los montes entre nieves y rododendros, qué destino tan maravilloso el suyo! Y Pilgram se quedaba contemplando sus cajas y jadeaba y no dejaba de darle vueltas al asunto pensando que no tenía por qué ir tan lejos como él: había centenares de lugares donde cazar mariposas en Europa. A partir de los lugares citados en los libros de entomología había erigido una obra muy

especial para uso propio, que constituía la más detallada guía de su saber. En aquel mundo no había casinos, ni viejas iglesias, ninguna de las atracciones que seducen al turista corriente. Digne en el sur de Francia, Ragusa en Dalmacia, Sarepta en el Volga, Abisko en Laponia: aquéllos eran los escenarios famosos que adoraban los coleccionistas de mariposas, y era en esos lugares donde habían dado rienda suelta a su curiosidad desde mediados del siglo pasado (ante la perplejidad de los lugareños). Y Pilgram se vio a sí mismo, con la claridad de un recuerdo, turbando el sueño de un hotelito con sus movimientos bruscos y apresurados en pos de una mariposa blanquecina que, como surgida de la generosa noche negra, se hubiera colado por la ventana y en una danza sonora se hubiera puesto a besar sus sombras por el techo.

En aquellos sueños suyos tan imposibles visitaba las islas Afortunadas, en cuyos barrancos tórridos, que sajaban las pendientes bajas de las montañas cubiertas de castaños y laureles, habita una extraña raza local de mariposas blancas; y también aquella otra isla, aquellos terraplenes próximos al ferrocarril junto a Vizzavona y los bosques de pinos más arriba, que son la morada de la *Corsa Macaón*, oscura y rechoncha. Visitó el norte lejano, los pantanos árticos que generan unas mariposas de vello delicado. Conocía los pastos alpinos de los montes, con sus piedras romas dispersas aquí y allá entre la hierba suave y resbaladiza; porque no hay mayor placer que levantar una de aquellas piedras para encontrar allí alojada una mariposa gorda y soñolienta de una especie no descrita todavía. Vio mariposas *Apolo*, vidriadas, atigradas en rojo, flotando en el viento de la montaña en el camino de muías que serpenteaba por un acantilado escarpado y junto a un abismo de blancas aguas salvajes. En los jardines italianos, a la hora del crepúsculo en el verano, la grava crujía tentadora bajo los pies y Pilgram miraba a través de la oscuridad creciente los macizos de flores ante los cuales aparecía de repente una mariposa *Adelfa* que iba de flor en flor con un zumbido insistente y acababa deteniéndose en la corola, batiendo las alas tan deprisa que no se veía más que un nimbo espectral en torno a su cuerpo carenado. Y lo mejor de todo, quizá, eran las blancas colinas de brezo junto a Madrid, los valles de Andalucía, el fértil y boscoso Albarracín, hacia donde renqueaba un pequeño autobús conducido por el hermano del guarda forestal.

Le costaba más imaginarse los trópicos pero sin embargo, cuando lo hacía, las punzadas de angustia eran aún más agudas, porque nunca conseguiría capturar el Morfos brasileño tan esbelto en sus alas, tan grande y tan radiante que arrojaba un reflejo azul en la palma de la mano cuando era apresado, ni tampoco vería nunca sobre él uno de esos enjambres de mariposas africanas apretadas unas contra otras como si fueran innumerables banderas de colores hincadas en él rico barro negro y alzándose en vuelo de colores ante la proximidad de su sombra —una sombra larga, muy larga.

3.

«*Ja, ja, ja*», murmuraba, asintiendo penosamente con la cabeza, y mirando la caja de mariposas como si fuera el retrato de alguien muy querido. Sonaba entonces el timbre de la puerta y su mujer entraba con un paraguas mojado y la bolsa de la compra y él le daba la espalda despacio para meter la caja en el armario. Y así se sucedía, ésa su obsesión y desesperación y aquella imposibilidad como una pesadilla de estafar al destino, hasta que llegó un primero de abril. Durante más de un año había tenido a su cargo una vitrina dedicada exclusivamente al género de esas mariposas pequeñas y de alas claras que imitan a las avispas y a los mosquitos. Una viuda de gran autoridad en aquella especie particular le había dado a Pilgram la colección de su marido para que la vendiera a comisión. Se apresuró a decirle a aquella mujer estúpida que no podría sacar más de setenta y cinco marcos por ella, aunque sabía muy bien, según los precios del catálogo, que valía cincuenta veces más y que cualquier aficionado que se la comprara por unos mil marcos lo consideraría una buena compra. El aficionado no apareció, aunque Pilgram había escrito a los coleccionistas más pudientes. Así que encerró la vitrina y dejó de pensar en ello.

Aquella mañana de abril un hombre con gafas, tostado por el sol, con un viejo impermeable y sin sombrero que cubriera su calva morena se acercó a la tienda y pidió papel carbón. Pilgram deslizó las monedas correspondientes a aquella cosa violeta y pegajosa que tanto odiaba en un bote de arcilla donde dejaba el dinero, y después siguió fumando su pipa con los ojos perdidos en el vacío. El hombre lanzó una rápida mirada por la tienda, y observó el brillo extravagante de un insecto verde con muchas colas. Pilgram murmuró algo acerca de Madagascar. «Y eso, ¿no será una mariposa?», dijo el hombre, indicando otro ejemplar. Pilgram respondió lentamente que tenía una colección completa de esa variedad. «*Ach, was!*» dijo el hombre. Pilgram se rascó la barba, que llevaba crecida, y se adentró en el cuarto del fondo de la tienda. Sacó una bandeja de tapa de cristal y la puso sobre el mostrador. El hombre se inclinó sobre aquellas diminutas criaturas vítreas con patas de color naranja brillante y cuerpos ceñidos como con correas. Cuando Pilgram apuntó con la boquilla de la pipa a una de aquellas hileras de ejemplares raros aquel hombre exclamó: «¡Dios mío… *¡Uralensis!*», y aquella exclamación le delató. Pilgram colocó vitrina tras vitrina en el mostrador mientras empezaba a pensar que su visitante conocía muy bien la existencia de aquella colección, que ésa era la razón de su visita, que aquel hombre era en realidad el rico aficionado Sommer, a quien había escrito y que acababa de volver de un viaje a Venezuela; y cuando, por fin, preguntó con sumo cuidado: «Y dígame, ¿cuál es el precio?», Pilgram sonrió.

Sabía que era una locura; sabía que dejaba atrás a una Eleanor indefensa, deudas,

impuestos sin pagar, una tienda en la que sólo se vendían baratijas; sabía que los novecientos cincuenta marcos que iba a conseguir no permitirían viajar más de unos cuantos meses; y sin embargo lo aceptó como lo aceptaría un hombre que supiera que el mañana no le va a traer otra cosa que una vejez monótona y que la buena fortuna que ahora le hacía señas no repetiría nunca más su invitación.

Cuando por fin Sommer dijo que el día cuatro le daría una respuesta definitiva, Pilgram decidió que el sueño de toda su vida estaba a punto de romper su crisálida y hacerse realidad. Pasó varias horas examinando un mapa, escogiendo una ruta, estimando los tiempos de una y otra especie, y de repente algo negro y cegador surgió ante sí nublándole la vista y se desvaneció dando tumbos por la tienda durante un buen rato hasta que logró recuperarse. Llegó el día cuatro y Sommer no se presentó y después de esperar todo el día, Pilgram se retiró a su habitación y se tumbó en silencio. Se negó a cenar, y durante varios minutos, con los ojos cerrados, regañó a su mujer, pensando que todavía estaba junto a él; luego la oyó llorar silenciosamente en la cocina, y jugó con la idea de coger un hacha y abrirle la cabeza rubia por la mitad. Al día siguiente se quedó en la cama, y Eleanor le sustituyó en la tienda y vendió una caja de acuarelas. Y tras un día más, en el que todo aquello parecía más bien un delirio, Sommer, con un clavel en la solapa y la gabardina al brazo, entró en la tienda. Y cuando sacó un fajo de billetes que crujieron entre sus dedos, Pilgram empezó a sangrar violentamente por la nariz.

La entrega de la vitrina y una visita a la anciana crédula a la que, con cierta reticencia, le entregó sus cincuenta marcos, fueron sus últimas ocupaciones en aquella ciudad. La ruinosa visita a la agencia de viajes ya pertenecía a su nueva existencia, donde sólo importaban las mariposas. Eleanor, aunque desconocía las transacciones de su marido, parecía feliz, consciente de que había hecho una buena venta, pero temerosa de preguntar la cantidad exacta. Aquella tarde, una vecina se pasó por la tienda para recordarles que al día siguiente era la boda de su hija. Y a la mañana siguiente, Eleanor se ocupó de limpiar su vestido de seda y de planchar el mejor traje de su marido. Ella iría hacia las cinco, pensó, y él la seguiría más tarde, después de cerrar. Cuando él la miró con expresión de extrañeza para negarse después a ir, no la sorprendió, porque hacía tiempo que se había acostumbrado a todo tipo de desengaños. «A lo mejor hay champán», dijo ya en la puerta a punto de marcharse. No hubo respuesta, sólo un arrastrar de cajas. Se quedó mirando pensativa sus guantes recién limpios, y se fue.

Pilgram, tras poner en orden las colecciones más valiosas, miró el reloj y vio que era hora de hacer el equipaje: su tren partía a las 8.29. Cerró la tienda, arrastró a lo largo del pasillo la vieja maleta de cuadros de su padre, y metió primero los útiles para cazar mariposas: la red, la caja de pastillas, una linterna para buscar mariposas nocturnas en la sierra y unos cuantos paquetes de alfileres. Después se le ocurrió

meter una tabla donde clavarlas y una caja de rondo de corcho, aunque en general pensaba guardar sus capturas en papel, como suele hacerse cuando se viaja de un sitio a otro. Después llevó la maleta a su cuarto y metió unos cuantos pares de calcetines y ropa interior. Añadió una o dos cosas más que pudiera vender en caso de necesidad, como por ejemplo un vaso de plata y una Medalla de bronce en una caja de terciopelo, que habían pertenecido a su suegro.

Y de nuevo miró su reloj, y entonces decidió que era hora de ir a la estación. «¡Eleanor!», llamó a gritos poniéndose el abrigo. Como no contestaba, miró en la cocina. No, no estaba allí; entonces, se acordó vagamente de que había mencionado una boda. Apresuradamente cogió un trozo de papel y escribió unas cuantas palabras a lápiz. Dejó la nota y las llaves en un lugar conspicuo y, Con un escalofrío de excitación y un sentimiento de ahogo en la boca del estómago, verificó por última vez que el dinero y los billetes es tuvieran en su cartera. «*Also los!*» dijo Pilgram, y agarró su maleta.

Pero como era su primer viaje no cesaba de preguntarse si se había olvidado algo; entonces se le ocurrió que no llevaba cambio, y recordó el bote de arcilla donde quizá hubiera algunas monedas. Gruñendo y dando trastazos por el pasillo, volvió al mostrador. En la media luz de la tienda extrañamente tranquila, las alas de mariposa se le quedaban mirando desde todas las esquinas y Pilgram percibió un toque de espanto en la riqueza de aquella inmensa felicidad que se inclinaba hacia él como una montaña a punto de precipitarse en el llano. Trató de evitar las miradas de complicidad de aquellos innumerables ojos, respiró hondo y mirando el bote del dinero que parecía colgar en el aire lo alcanzó rápidamente con la mano. El bote se resbaló al contacto de su mano sudorosa y se rompió en el suelo con un mareante remolino de monedas brillantes que no paraban de girar; Pilgram se agachó a recogerlas.

4.

Llegó la noche; una luna resbaladiza y encerada se movía, sin la mínima fricción, entre nubes de chinchilla, y Eleanor, que volvía paseando del banquete de bodas con el hormigueo del vino y de los chistes picantes todavía dentro del cuerpo, recordó el día de su boda en su camino de vuelta a casa. Por alguna razón, todos los pensamientos que cruzaban su mente insistían en mostrarle el lado brillante de la vida; se sentía ligera al llegar a casa y al abrir la puerta se sorprendió pensando que era una gran cosa tener un piso propio, por más que fuera oscuro y agobiante. Sin dejar de sonreír, dio la luz del dormitorio y vio al momento que todos los cajones estaban abiertos: apenas tuvo tiempo de pensar en los ladrones porque allí estaban las llaves en la mesilla de noche y también un papel apoyado en el despertador. La nota era muy breve: «Me he ido a España. No toques nada hasta que te escriba. Pídele

prestado a Sch. o a W. Da de comer a los lagartos».

El grifo goteaba en la cocina. Inconsciente, recogió su bolso de plata que había dejado caer y se quedó sentada al borde de la cama, recta e inmóvil, con las manos en el regazo como si le estuvieran haciendo una fotografía. Al rato, alguien se levantó, caminó por la habitación, inspeccionó la ventana cerrada, volvió mientras ella miraba indiferente, sin darse cuenta de que era ella misma la que se movía. Las gotas de agua se desplomaban en sucesión lenta y de repente se sintió aterrada de estar sola en aquella casa. El hombre a quien había amado por su omnisciencia muda, su tosquedad imperturbable, su inflexible perseverancia en el trabajo, se había marchado sigilosamente… Quería gritar, correr a la policía, enseñarles su certificado de matrimonio, insistir, implorar: pero seguía sentada, con el cabello desgreñado, los guantes todavía puestos.

Sí, Pilgram se había ido lejos, muy lejos. Probablemente habría visitado Granada y también Murcia y Albarracín, y luego habría viajado más lejos todavía, hasta Surinam o Taprobane; y no había razón para dudar de que no hubiera visto todos aquellos insectos gloriosos que siempre había ansiado ver: mariposas de terciopelo negro elevándose en el cielo de las junglas y un insecto diminuto en Tasmania y aquella especie china, *el Capitán* que decían que olía a rosas aplastadas cuando estaba viva, y aquella belleza paticorta que un barón Tal acababa de descubrir en México. Es pues irrelevante, en cierto sentido, que un poco más tarde, mientras deambulaba por la tienda, Eleanor viera la maleta a cuadros, y luego a su marido, tumbado en el suelo, con la espalda apoyada en el mostrador, entre monedas dispersas, su rostro lívido desencajado por la muerte.

Un tipo bien plantado [*]

Nuestra maleta está cuidadosamente adornada con pegatinas de colores brillantes: «Nuremberg», «Stuttgart», «Colonia», e incluso «Lido» (pero ésa es fraudulenta). Tenemos un cutis cetrino una red de venas color púrpura, un bigote negro muy recortado, y pelos en los agujeros de la nariz. Resoplamos mientras nos esforzamos por resolver el crucigrama de un periódico de exiliados. Estamos solos en un compartimiento de tercera, solos, y por lo tanto aburridos.

Hoy llegamos a una pequeña ciudad voluptuosa. ¡Libertad de acción! ¡El aroma que arrastran los viajantes de comercio en su deambular! ¡Un cabello dorado en la manga del abrigo! ¡Mujer, te llamas Dora! Así llamábamos a mamá y más tarde a nuestra esposa Katya. Un hecho psicoanalítico: todo hombre es Edipo. En nuestro último viaje le fuimos tres veces infieles a Katya, y eso nos costó treinta marcos del Reich. Qué curioso, todas ellas nos parecen horrorosas en nuestra ciudad en la que vivimos, pero en cuanto llegamos a otra se vuelven tan hermosas como las antiguas hetairas. Y más refinada todavía es la deliciosa elegancia de un encuentro casual: tu perfil me recuerda a la joven por cuyo amor hace ya tantos años que… Después de una noche nos despediremos como buques que se alejan… Existe otra posibilidad: que la dama resulte ser rusa. Permítame que me presente: me llamo Konstantin… Será mejor que oculte mis apellidos; ¿o quizá que los invente? Obolenski. Sí, parientes.

No conocemos a ningún famoso general turco y tampoco podemos adivinar el nombre del padre de la aviación, ni siquiera el de un roedor americano. Tampoco nos divierte contemplar el paisaje. Una carretera. Aludes de abedules. Casa de labranza y campo de coles. Una moza de campo, no está mal, joven.

Katya es el prototipo de la esposa perfecta. Carece de cualquier tipo de pasión, cocina maravillosamente, se lava los brazos hasta los hombros todas las mañanas y no es demasiado inteligente: por lo tanto, no es celosa. Dada la rotundidad y amplitud de su pelvis sorprende el hecho de que por segunda vez haya dado a luz a un niño muerto. Años laboriosos. Siempre cuesta arriba. *Marasmo absoluto* en los negocios. Sudor y más sudor para conseguir convenir a un cliente. Y después más sudores para exprimir gota a gota el dinero de la comisión. ¡Dios, qué ganas le entran a uno de enredarse con una diablura alegre en una habitación de hotel fantásticamente iluminada! Espejos, orgías, un par de copas. Cinco horas más de viaje. El viaje en tren, dicen, le incita a uno a este tipo de cosas. Yo estoy absolutamente dispuesto. No me puedo concentrar en el negocio a no ser que me preocupe primero de mis intereses galantes. Así que ya he trazado el plan: punto de partida, aquel café del que

me habló Lange. Y si no encuentro nada allí…

Paso a nivel, almacenes, estación. Nuestro viajero ha bajado el cristal de la ventanilla y se ha apoyado con los codos en ella. Al otro lado del andén, surgen unas emanaciones de vapor por debajo de unos vagones de coches cama. Apenas se distingue vagamente unas palomas que se encaraman en distintas varas bajo la imponente bóveda de cristal. Los bocadillos se anuncian en voz de tiple, la cerveza en barítono. Una joven, con los pechos turgentes bajo la lana blanca, conversa de pie con un hombre, primero se lleva los brazos desnudos a la espalda, balanceándose ligeramente y golpeándose el culo con el bolso, y luego se sujeta el bolso bajo el brazo y con un movimiento ligero embute sus finos dedos bajo el cinturón negro y brillante; y se queda allí, parada, sin dejar de reír, y de tanto en tanto se aproxima a su compañero hasta tocarle como si se estuviera despidiendo, para volver de nuevo a separarse sin dejar de moverse y de dar vueltas: una joven morena con el cabello recogido en una especie de moño que deja al descubierto sus orejas, y también un maravilloso rasguño en sus hombros color de miel. No nos mira, pero eso carece de importancia, comámosla con los ojos; bajo la tensión de nuestra mirada que se deleita y se recrea en sus formas, empieza como a rielar y parece que está a punto de disolverse. Dentro de un momento el telón de fondo sobre el que se destaca empezará a penetrar su figura: un cubo de la basura, un cartel, un banco; pero aquí, desgraciadamente, nuestra lente cristalina tiene que volver a su condición normal porque todo se ha desplazado, el hombre se ha encaramado de un salto a uno de los vagones del tren, el tren se ha puesto en marcha con una sacudida, y la joven ha sacado un pañuelo del bolso. La figura de la joven se desliza en fuga frente a la marcha del tren, y cuando en el transcurso de su discurrir llega al punto preciso frente a la ventanilla de su amigo, Konstantin, Kostia, Kostenka se besa con fruición y por tres veces la palma de la mano, pero ella no se da cuenta de su saludo: se pierde flotando entre las olas rítmicas de su pañuelo de despedida.

El cierra la ventana y, al volverse, ve con una sonrisa de placer que durante sus actividades hipnóticas el compartimiento ha conseguido llenarse: tres hombres con sus correspondientes periódicos, y en el extremo más lejano, una chica morena con el rostro maquillado. Su abrigo brillante tiene la transparencia y la textura de la gelatina —resistente a la lluvia, pero no a la mirada de un hombre. Un humor decoroso y una mirada de alcance correcto: ése es nuestro lema.

Diez minutos más tarde ya ha entablado una profunda conversación con el pasajero que tiene enfrente, un viejo caballero muy bien vestido; el tema introductorio ha surgido en torno a la chimenea de una fábrica; se mencionan una serie de estadísticas, y ambos hombres se expresan con ironía melancólica acerca de las tendencias de la industria; mientras tanto, la mujer de rostro blanco se desprende de un ramo de nomeolvides que deposita en la rejilla de los equipajes, y tras sacar una

revista de su bolsa de viaje se queda absorta en el transparente proceso de lectura: nuestra voz acariciadora lo penetra, también nuestra conversación convencional. El segundo pasajero varón se une a la conversación: es gordo sin dejar de ser atractivo, lleva pantalones bombacho metidos en medias verdes y habla de la cría de cerdos. Qué signo tan maravilloso —ella es inmediatamente consciente de mi mirada, puesto que cada vez que mis ojos se fijan en ella se ajusta algún mínimo detalle de su aspecto. El tercer hombre, un recluso arrogante, se esconde detrás de su periódico. El industrial y el granjero porcino se apean en la próxima parada, el recluso se retira al vagón restaurante, y la señora se sienta junto a la ventana.

Valorémosla ahora punto por punto. Una expresión fúnebre en la mirada, labios lascivos. Piernas de primera, seda artificial. Y qué es mejor: ¿la experiencia de una morena treintañera y provocativa, o la estúpida juventud de una chávala de rizos rubios? Hoy por hoy la primera alternativa es la mejor, mañana ya veremos. Punto segundo: a través de la gelatina de su impermeable se deja ver un desnudo hermoso, como una sirena entrevista a través de las olas amarillas del Rin. Se pone en pie como presa de sucesivos espasmos, se quita el impermeable para revelar tan sólo un vestido color beige con un cuellecito de piqué. Ahora se lo ajusta. Eso está bien.

—Tiempo de mayo —dice afablemente Konstantin—, y sin embargo, en los trenes siguen poniendo la calefacción.

Su ceja izquierda se arquea, y contesta:

—Cierto, aquí hace realmente calor y yo estoy mortalmente cansada. Me he quedado sin contrato y vuelvo a casa. Me despidieron con copas, el bufé de la estación es estupendo. Bebí mucho, pero nunca me emborracho, sólo noto una cierta pesadez de estómago. La vida se ha vuelto muy dura, recibo más flores que dinero, y me vendrá bien un mes de descanso; tengo un nuevo contrato esperándome, pero no creo que consiga ahorrar algún dinero. Ese tipo gordo que se acaba de marchar se ha comportado de forma muy grosera. ¡Me miraba de una forma! Tengo la sensación de haber pasado mucho, mucho tiempo en este tren, y tengo infinitas ganas de volver a mi pisito tan acogedor e íntimo, lejos de todo este jaleo, ruido y podredumbre.

—Déjeme que le ofrezca —dice Kostya— algo que la reconforte.

Saca de la espalda una especie de cojín cuadrado de goma, cubierto de seda: siempre lo lleva consigo en sus largos y duros viajes hemorroidales.

—¿Y usted, entonces? —pregunta ella.

—Ya me arreglaré, ya nos arreglaremos. Debo pedirle que se levante un momento. Perdón. Ahora vuelva a sentarse. ¿Suave, verdad? Esa parte es especialmente sensible cuando se viaja.

—Muchas gracias —dice ella—. No todos los hombres son tan considerados. Últimamente he perdido bastante peso. ¡Qué agradable! Como si viajáramos en segunda.

—*Galanterie, Gnädigste* —dice Kostenka—, es una cualidad innata entre nosotros. Sí, soy extranjero. Ruso. Le voy a poner un ejemplo: mi padre paseaba un día por los jardines de su casa de campo con un viejo amigo, un general muy conocido. Se encontraron a una campesina, una vieja bruja, en realidad, con un haz de leña a la espalda, y mi padre se quitó el sombrero a su paso. Aquello sorprendió al general, y mi padre le replicó así: «¿Acaso querría Su Excelencia que un campesino fuera más cortés que un caballero?».

—Tengo un amigo ruso, seguro que le suena su nombre, a ver si lo pronuncio bien… Baretski… Baratski… De Varsovia. Ahora tiene una tienda en Chemnitz. Baratski… Baritski. Seguro que lo conoce.

—No. Rusia es un país muy grande. Las fincas de mi familia eran casi tan grandes como Sajonia. Y lo hemos perdido todo, los campos han sido completamente quemados. El resplandor del fuego se veía a una distancia de setenta kilómetros. Asesinaron a mis padres en mi presencia. Debo mi vida a un fiel criado, un veterano de la campaña turca.

—¡Qué terrible! —dice—, ¡qué terrible!

—Sí, pero acabas endureciéndote. Me escapé disfrazado de chica. En aquellos tiempos pasaba por ser una doncella muy astuta. Los soldados me acosaban. Especialmente un tipo repugnante Tengo una anécdota divertida sobre esa parte de mi vida.

Se la cuenta. «¡Puff!», dice ella, sonriendo.

—Y luego empezó el viaje interminable, de un sitio a otro enhebrando una serie infinita de distintos oficios y humildes menesteres. Fui incluso limpiabotas, y mientras lustraba zapatos ajenos veía en mis sueños el lugar preciso del jardín en el que el viejo mayordomo, a la luz de las antorchas, había enterrado las joyas ancestrales de mi familia. Me acuerdo todavía de una espada incrustada de diamantes.

—Vuelvo dentro de un minuto —dice la mujer.

El cojín no ha tenido tiempo de enfriarse todavía cuando ya de vuelta se sienta de nuevo cruzando las piernas con la gracia de una fruta madura.

—… y no sólo diamantes, sino también rubíes, así de grandes, y también las charreteras de mi padre, una ristra de perlas negras e incluso…

—Sí, mucha gente se ha arruinado en los últimos tiempos —observa ella con un suspiro y sigue hablando, arqueando aquella ceja izquierda—. Yo también he sufrido todo tipo de penurias. Tuve un marido, fue un matrimonio horroroso, y me dije: ¡basta! Voy a vivir mi vida. Desde hace un año más o menos no me hablo con mis padres, ancianos, sabe usted, que no entienden a los jóvenes, ¡y eso me afecta mucho! A veces paso por delante de su casa y me pongo a soñar que entro a verles, y mi segundo marido está ahora, gracias a Dios, en Argentina, me escribe unas cartas absolutamente maravillosas, pero nunca volveré con él. Hubo otro hombre, el director

de una fábrica, un caballero muy tranquilo, me adoraba, quería tener un hijo conmigo, y su esposa era tan encantadora, tan cariñosa, mucho mayor que él, y los tres éramos tan amigos, íbamos en barco por el lago en verano, pero luego se fueron a vivir a Frankfurt. Y luego, están los actores, una gente tan buena, tan alegre, y los romances con ellos son tan *kameradschaftlich*, no te atosigan una y otra vez…

Y mientras tanto Kostya piensa: ya conocemos a esos padres y a esos directores. Se lo está inventando todo. Muy atractiva, sin embargo. Unos pechos como un par de lechones, caderas estrechas. Le gusta empinar el codo, aparentemente. Pidamos unas cervezas.

—Y luego, un poco más tarde, tuve un golpe de suerte que me trajo montones de dinero. Llegué a tener cuatro pisos en Berlín. Pero el hombre en el que confiaba, mi amigo, mi socio, me engañó… Recuerdos dolorosos. Perdí una fortuna pero no mi optimismo, y ahora, gracias a Dios, a pesar de la recesión… A propósito, madame, déjeme que le enseñe algo.

La maleta con las ostentosas etiquetas contiene (entre otros artículos de mal gusto) una serie de ejemplares de unos espejos de maquillaje para el bolso que estaban bastante de moda en aquellos días; unas cosas pequeñas, ni redondas, ni cuadradas, sino con formas dijéramos de fantasía, como una mariposa, un corazón o una margarita. Mientras se los muestra llega el camarero con las cervezas. Ella se pone a examinar los espejillos y también a mirarse en ellos; la luz cruza en destellos el compartimiento. Se traga la cerveza como un soldado, y con el dorso de la mano se quita la espuma de sus labios color naranja. Kostenka vuelve a poner complacido sus muestras en la maleta y la devuelve a su lugar. Ya estamos, ha llegado el momento de empezar.

—¿Sabe? No he dejado de mirarla y de pensar que nos conocimos hace años. Se parece como una gota de agua a una chica (se murió tuberculosa) a la que quise tanto que a su muerte casi me pegué un tiro. Sí, nosotros los rusos somos unos sentimentales excéntricos, pero créame que podemos amar con la pasión de un Rasputín y la inocencia de un niño. Usted está sola y yo estoy solo. Usted es libre, yo soy libre. ¿Quién pues puede impedirnos pasar unas horas agradables en un refugio de amor?

Su silencio le resulta seductor. Se cambia de asiento para sentarse junto a ella. La mira de soslayo con un punto de lascivia, pone los ojos en blanco, y choca las rodillas una contra la otra sin dejar de frotarse las manos, con la mirada perdida y absorta en su perfil.

—¿Adónde va? —le pregunta ella.

Kostenka se lo dice.

—Y yo vuelvo a…

Y nombra una ciudad famosa por sus quesos.

—Está bien. La acompañaré y mañana reanudaré el viaje. Aunque no me atrevo a predecir nada, señora, tengo todo el fundamento para creer que ni usted ni yo lo lamentaremos.

La sonrisa, las cejas.

—Ni siquiera sabe mi nombre.

—Oh ¿y a quién le importa, dígame? ¿Quién dice que haya que tener un nombre propio?

—Yo le voy a decir el mío —dice ella y saca una carta visita, Sonia Bergmann.

—Yo soy sencillamente Kostya. Kostya y nada más. Llámeme Kostya, ¿de acuerdo?

¡Una mujer encantadora! ¡Una mujer complaciente, interesante! Llegaremos en media hora. ¡Viva la Vida, la Felicidad, la Salud! Una larga noche de placeres de doble filo. ¡Contemplen nuestra colección completa de caricias! ¡Hércules amoroso!

La persona a la que hemos dado en llamar «el Recluso» ha vuelto del vagón restaurante, y hay que suspender el flirteo. Ella ha sacado unas cuantas fotografías del bolso y procede ahora a enseñárselas: «Esta chica es una amiga. Aquí tiene a un joven muy dulce, su hermano trabaja en la radio. En ésta he salido horrible. Ésa es mi pierna. Y aquí… ¿reconoce a esta persona? Me he puesto gafas y un sombrero hongo, estoy mona, ¿verdad?».

Estamos a punto de llegar. El cojín ha sido devuelto con todo tipo de muestras de gratitud. Kostya lo ha deshinchado y lo ha deslizado en su maleta. El tren ha empezado a frenar.

—Bueno, adiós —dice la señora.

Coge ambas maletas con la fuerza y arranque de un chico joven, la de ella, una maleta pequeña de fibra, y la suya, de un material más noble. La estación con su cúpula de cristal estalla entre destellos de sol polvoriento. El adormilado recluso y los nomeolvides se pierden en la distancia.

—Está usted completamente loco —dice la mujer riéndose.

Antes de dejar su maleta en consigna, saca de la misma un par de zapatillas de viaje. En la parada sólo queda un taxi.

—¿Dónde vamos? —pregunta ella—. ¿A un restaurante?

—Prepararemos algo de comer en su casa —dice Kostya muy impaciente—. Será mucho más íntimo. Entre. Es una idea mucho mejor. Me imagino que podrá cambiarme un billete de cincuenta marcos. Sólo tengo billetes grandes. No, espere un segundo, aquí tengo algo cambiado. Vamos, vamos, dígale la dirección.

El interior del taxi huele a gasolina. No debemos estropear nuestros placeres con las minucias de unos breves contactos auscultativos. ¿Llegaremos pronto? Qué ciudad tan aburrida. ¿Pronto? El deseo se me está haciendo insoportable. Esa tienda y esa marca las conozco. Ah, ya hemos llegado.

El taxi se detiene delante de una casa vieja, negra como el carbón con persianas verdes. Suben hasta el rellano del cuarto piso y al llegar allí ella se detiene y dice:

—¿Y qué hacemos si hay alguien? ¿Cómo sabe que le voy dejar entrar? ¿Qué es eso que tiene en los labios?

—Una llaga ya medio curada —dice Kostya—, es sólo una llaga. Dese prisa. Abra. Olvidémonos del mundo entero y de sus conflictos. Rápido. Abra.

Entran. Un vestíbulo con un gran armario, una cocina y un dormitorio pequeño.

—No, por favor, espere. Tengo hambre. Es mejor que cenemos algo primero. Deme ese billete de cincuenta marcos, aprovecharé para cambiarlo.

—Está bien, pero, por lo que más quiera, dese prisa —dice Kostya registrando la cartera—. No hay necesidad de que cambie ningún billete. Aquí tiene uno de diez.

—¿Qué quiere que compre?

—Cualquier cosa, lo que usted quiera. Sólo le imploro una cosa, que se dé prisa.

Ella desaparece. Lo deja encerrado con las dos llaves. No quiere correr ningún riesgo. ¿Pero qué botín iba a encontrar nadie allí? Ninguno. En mitad del suelo de la cocina hay una cucaracha muerta, de espaldas, con las patas, marrones, al aire. En el dormitorio encuentra tan sólo una silla y una cama cubierta con un encaje. Sobre la misma, y clavada en la pared llena de manchas hay una fotografía de un hombre de rostro más bien grueso y pelo ondulado. Kostya se sienta en la silla y en un abrir y cerrar de ojos se cambia sus zapatos de calle color caoba por sus zapatillas de tafilete. Luego se quita la chaqueta Norfolk, se desabotona los tirantes color lila y se despoja del cuello duro. No hay retrete, así que se apresura a utilizar el fregadero de la cocina, luego se lava las manos y se examina los labios. Suena el timbre.

Se acerca rápidamente y de puntillas hasta la puerta, mira por la mirilla pero sin ver nada. La persona que está al otro lado vuelve a tocar el timbre y se oye el golpe del cobre contra la madera. Que toque hasta cansarse —aunque quisiéramos, no podríamos abrirle la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Kostya insinuante a través de la puerta.

Una voz cascada pregunta:

—Por favor, ¿ha vuelto ya la señora Bergmann?

—Todavía no —contesta Kostya—. ¿Por qué?

—Una desgracia —dice la voz y luego se queda en silencio. Kostya espera.

Y la voz sigue hablando.

—¿No sabrá cuándo estará de vuelta en la ciudad? Me dijeron que la esperaban hoy. ¿Supongo que usted es el señor Seidler?

—¿Qué ha ocurrido? Yo le daré el recado.

Se oye cómo alguien se aclara la garganta antes de que la voz diga como si fuera por teléfono.

—Yo soy Franz Loschmidt. Ella no me conoce, pero dígale, por favor que…

Una nueva pausa y un interrogante incierto.

—Quizá podría usted dejarme entrar.

—No hace falta, no hace falta —dice Kostya impaciente—. Yo le diré lo que haya que decirle.

—Su padre se está muriendo, no pasa de esta noche: ha tenido una apoplejía en la tienda. Dígale que venga inmediatamente. ¿Cuándo cree que estará de vuelta?

—Pronto —contesta Kostya—. Pronto. Se lo diré. Adiós.

Después de una serie de crujidos cada vez más distantes, las escaleras se quedan en silencio. Un joven larguirucho, aprendiz de la muerte, con gabardina, la cabeza descubierta y bien pelada en un tono como de humo azul, cruza la calle y se desvanece tras una esquina. Unos segundos más tarde en la esquina aparece la mujer con una red de malla completamente llena.

El cerrojo superior de la puerta da un chasquido, luego lo hace el inferior.

—¡Uf! —dice al entrar—. ¡Qué cantidad de cosas he comprado!

—Más tarde, más tarde —exclama Kostya—, luego cenamos. Rápido, vamos al dormitorio. Olvídese de esos paquetes, se lo ruego.

—Quiero comer —contesta ella con voz cansada.

Tras quitarse de un gesto brusco sus manazas de encima se va a la cocina. Kostya la sigue.

—Rosbif —dice ella—. Pan blanco. Mantequilla. Nuestro famoso queso. Café. Medio litro de coñac. Dios mío, ¿no puede esperar ni un momento? Déjeme, es indecente.

Kostya, sin embargo, la empuja contra la mesa, y ella estalla indefensa en risitas estúpidas, mientras él le clava las uñas en la seda verde del tejido de su ropa interior, y todo ocurre de una forma muy incómoda, muy poco eficaz y además, prematura.

—¡Uf! —exclama ella sonriente.

No, no merecía la pena. Mil gracias por sus amables servicios. Gastando mi energía. Ya no estoy en plena juventud. Más bien desagradable. Sudaba por la nariz, y además está toda ajada. Se podía haber lavado las manos antes de toquetear los comestibles. Y encima ¿qué tiene en los labios? ¡Qué desfachatez! Está por ver quién le pega a quién cualquier cosa. En fin ya no hay nada que hacer.

—¿Me ha comprado el puro? —pregunta.

Ella está ocupada en sacar los cuchillos y tenedores del armario y no le oye.

—¿Que si me ha comprado el puro? —repite.

—Lo siento, no sabía que fumara. ¿Voy en un momento a buscarle uno?

—No se preocupe, iré yo mismo —contesta bruscamente y pasa al dormitorio donde se pone los zapatos y el abrigo. Por la puerta abierta la ve moverse sin gracia mientras pone la mesa.

—El estanco está allí mismo en la esquina —dice ella, y elige un plato en el que

dispone con todo cuidado las rodajas frías y rosas del rosbif, un manjar que desde hace tiempo no se ha podido permitir.

—Además compraré algo de dulce —dice Konstantin, al salir de la casa. Pasteles, nata batida, un trozo de piña y chocolates rellenos de coñac, añade mentalmente.

Una vez en la calle, eleva la vista buscando su ventana (¿la de los cactus o la de al lado?), y luego gira a la derecha, sortea la camioneta de una empresa de muebles, casi se tropieza con la rueda delantera de un ciclista al que le saca los puños. Un poco más allá se encuentra un pequeño jardín público con un *Herzog* de piedra. Gira una vez más y ve justo al fondo de la calle, destacada contra una nube que presagia tormenta y encendida toda ella contra el chillido del sol poniente, la torre de ladrillo de la iglesia, junto a la cual, recuerda, habían pasado antes. Desde allí no hay más que un paso a la estación. Dentro de un cuarto de hora pasa un tren muy oportuno: al menos a este respecto tiene la suerte de su lado. Gastos: la consigna del equipaje, treinta peniques, el taxi, uno cuarenta, ella, diez marcos (cinco hubieran sido suficientes). ¿Qué más? Sí, la cerveza, cincuenta y cinco peniques incluida la propina. En total: doce marcos y veinticinco peniques. Una minucia. En cuanto a las noticias, seguro que se enterará antes o después. Le he ahorrado unos cuantos minutos de tristeza ante el lecho de muerte. Quizá, sin embargo, debería mandarle un mensaje desde aquí. Pero me he olvidado del número de la calle. No, ya me acuerdo, el veintisiete. En cualquier caso, se puede pensar que se me ha olvidado —a nadie se le supone tan buena memoria. ¡Me puedo imaginar el jaleo que se hubiera organizado si se lo hubiera dicho! Vieja puta. No, a nosotros sólo nos gustan las rubias pequeñitas —recuérdalo de una vez por todas.

El tren está abarrotado, el calor sofocante. Nos sentimos mal, pero sin saber muy bien si es hambre o sed. Pero cuando nos hayamos alimentado y después de dormir como es debido, la vida volverá a ser amable, y los saxos y trompetas americanos empezarán su música en el divertido café que tan bien nos ha descrito nuestro amigo Lange. Y luego, un poco más tarde, en algún momento, nos morimos.

Un mal día [*]

Peter iba sentado en el pescante del carruaje, junto al cochero (no es que ese lugar le agradara especialmente, pero tanto el cochero como todos en casa creían que le gustaba mucho y él procuraba no herir a la gente, así es que el joven de rostro cetrino y ojos tristes vestido con una elegante blusa de marinero acabó sentado allí). Un par de negros caballos bien alimentados, con grupas relucientes cuyas crines encerraban algo extraordinariamente femenino, agitaba sus colas con una cierta suntuosidad mientras avanzaba a un trote rítmico, y daba lástima ver cómo, a pesar del movimiento de sus colas y de la contracción de sus jóvenes orejas, a pesar también del espeso hedor del insecticida utilizado, las moscas grises y también los tábanos brillantes con sus ojos saltones se afanaban ávidos y pegajosos sobre sus relucientes flancos.

El cochero Stepan, un anciano taciturno que iba vestido con un chaleco sin mangas de terciopelo negro sobre una camisa rusa de color carmesí, llevaba la barba teñida y mostraba un cuello muy moreno marcado por finas arrugas. A Peter le daba vergüenza no hablar con él, sentado como estaba a su lado; y consecuentemente fijaba su mirada en el varal central o en las huellas, mientras trataba de encontrar una pregunta inteligente o una observación acertada. De tanto en tanto, uno de los caballos hacía amago de levantar la cola, en cuya base tensa aparecía un bulbo de carne hinchado, que se apretaba hasta dejar salir un globo pardo, luego otro, y más tarde un tercero, tras lo cual los pliegues negros de la piel se volvían a cerrar y la cola volvía a su sitio.

La hermana de Peter iba sentada en la victoria con las piernas cruzadas: era una joven de tez morena (aunque sólo tenía diecinueve años ya se había divorciado una vez), vestida con un traje de colores llamativos, botas altas blancas de cordones con brillantes punteras negras, y un sombrero de ala ancha que derrochaba sombras de encaje sobre su rostro. Desde por la mañana había estado de mal humor y ahora, cuando Peter se volvió e intentó hablar con ella por tercera vez, su hermana le apuntó con la sombrilla y le dijo: «Deja de enredar, por favor».

La primera parte del camino atravesaba los bosques. Las espléndidas nubes, que se deslizaban por el cielo, contribuían a intensificar el lustre y la vitalidad de aquel día de verano. Cuando se alzaba la vista hasta las copas de los abedules, su verdor te llevaba a pensar en uvas translúcidas empapadas de sol. A ambos lados de la carretera los matorrales descubrían el envés pálido de sus hojas y lo entregaban al cálido viento. Las profundidades del bosque eran un mar de sol y sombra: no se podía discernir la red tejida por los troncos de los árboles de los vanos vacíos de esta

empalizada visual. Manchas de musgo sorprendían a los viajeros con inesperados fulgores de esmeralda celestial. Los helechos desmayados volaban a ambos lados del coche, rozando casi contra las ruedas.

Apareció ante ellos un gran carro de heno, una montaña verduzca salpicada de luz trémula. Stepan tiró de las riendas para detener a sus corceles: la montaña se inclinó hacia un lado, el carruaje hacia el otro —apenas había sitio para pasar por aquel estrecho camino forestal— y entre ambos, una ráfaga penetrante de olor a campo recién segado, el crujir majestuoso de las ruedas de carro, y una visión fugaz de escabiosas y de margaritas entre el heno; entonces Stepan chasqueó la lengua, tiró de las riendas y dejó al carro atrás. En ese momento se abrieron los bosques, la victoria giró y entró en la carretera y en la distancia aparecieron los campos cosechados, el estridor de los saltamontes en las zanjas y el zumbido de los postes de telégrafo. En un segundo aparecería el pueblo de Voskresenk, y unos minutos más tarde habrían llegado a su destino.

«¿Decir que estoy enfermo? ¿Caerme del pescante?», se preguntaba taciturno Peter al ver aparecer las primeras isbas.

Los pantalones blancos le estaban demasiado apretados y le molestaban, los zapatos marrones le hacían muchísimo daño y sentía un malestar desagradable en el estómago. Le aguardaba una tarde agobiante, repugnante e inevitable.

Al atravesar el pueblo oyeron una especie de eco de madera que surgía de detrás de las vallas y las cabañas y que respondía al armonioso chapoteo de los cascos de los caballos. En el arcén arcilloso y cubierto con manchas irregulares de hierba los chicos del pueblo jugaban al *gorodki*, lanzaban palos a unos postes de madera que resonaban en el aire con estrépito. Peter reconoció el halcón disecado y los discos plateados que adornaban el jardín del tendero local. Un perro salió corriendo por la puerta de un patio, en perfecto silencio, como si quisiera conservar las cuerdas vocales para mejor ocasión, y esperó a cruzar el dique de un salto y a adelantar al coche para despacharse a gusto con sus ladridos. Pasó junto a ellos un campesino, a horcajadas desganadas sobre un viejo y desgreñado rocín, con los brazos medio abiertos, y la camisa, desgarrada en la espalda, inflada al viento.

Al otro lado del pueblo, en un otero coronado con un tupido penacho de tilos, había una iglesia roja, y, junto a ella, un mausoleo más pequeño de piedra blanca y forma piramidal, que parecía una tarta de crema. Allí, la vista se abría y dejaba ver el río, en cuyo recodo aparecía un brocado verde de flora acuática. Junto al talud de la carretera principal había una herrería de una planta en cuyas paredes alguien había escrito con tiza: «¡Viva Serbia!». El ruido de los cascos pronto adquirió unos tonos rítmicos, elásticos, debido a las planchas de madera del puente por el que pasaba el coche. Un viejo pescador con los pies desnudos se apoyaba en la barandilla: junto a su tobillo relumbraba el metal de un cuenco de aluminio. Y poco a poco el ruido de

los cascos fue adquiriendo una especie de sordina suave: el puente, el pescador y el recodo del río se perdieron irremediablemente.

La victoria pasaba ahora por una carretera polvorienta entre dos hileras de abedules chatos. En un momento, sí, en un momento, aparecería tras el parque la casa de campo de los Kozlovs. Peter sabía por experiencia la difícil y desagradable tarde que le esperaba. Estaba dispuesto incluso a regalar su nueva bicicleta Swift ¿y qué más?…, bueno el arco de acero, por ejemplo, y la pistola Pugach con todos los cartuchos de repuesto, todo ello, con tal de volver a estar de nuevo en la mansión ancestral de sus antepasados a diez millas de allí, y poder pasar aquel día de verano como siempre, solo, prendido en sus maravillosos juegos solitarios.

Surgió del parque un oscuro y pestilente olor a setas húmedas y a abetos. Luego apareció una esquina de la casa y también la arena color ladrillo que anunciaba el porche de piedra.

«Los niños están en el jardín», dijo la señora Kozlov, cuando Peter y su hermana, tras atravesar varias habitaciones frías perfumadas con claveles, llegaron a la terraza principal donde estaban reunidos muchos de los mayores. Peter saludó a todos y a cada uno de ellos, rápidamente, teniendo buen cuidado de no besar por error la mano a un hombre como le había ocurrido en alguna ocasión. Su hermana le había puesto la mano en la cabeza como protegiéndole, algo que nunca hacía en casa. Luego se sentó en un sillón de mimbre y se puso a hablar animadamente, lo que era poco habitual en ella. La señora Kozlov cogió a Peter de la cintura y lo llevó escaleras abajo por un túnel de laureles y adelfas, y con un tono de misterio le indicó el camino del jardín: «Los encontrarás allí», dijo; «vete con ellos», dicho lo cual volvió junto a sus invitados. Peter se quedó de pie en el último escalón.

Un comienzo desgraciado. Ahora no tenía más remedio que atravesar la terraza del jardín hasta penetrar en una avenida salpicada de sol en la que vibraba un concierto de voces y aleteaba un espectro de colores. Y tenía que acometer aquel viaje completamente solo, acortando a cada paso la distancia que le separaba de los otros, cada vez más próximos, infinitamente cerca ya en aquel momento en el que, en solitario, penetraba ya en el campo de visión de muchos ojos ajenos.

Era el santo del hijo mayor de los Kozlov, Vladimir, un chico ingenioso y alegre de la edad de Peter. También estaba el hermano de Vladimir, Constantine, y sus dos hermanas, Baby y Lola. Los dos jóvenes barones Korff habían venido en su *sharabanchik* con su pony desde la finca de al lado, junto con su hermana Tanya, una joven bonita de unos once o doce años, con cutis de marfil, sombras violetas bajo los ojos, y una trenza negra anudada con un lazo blanco sobre su delicado cuello. Con ellos estaban tres amigos del colegio con sus uniformes de verano y Vasiliy Tuchkov, un guapo mozo de trece años, fornido y bronceado, que era primo de Peter. Actuaba como maestro de ceremonias Elenski, un estudiante universitario, tutor de los jóvenes

Kozlov. Era un joven grueso, de torso más bien corpulento, con el pelo rapado. Llevaba una *kosovorotka*, una especie de camisa con botones a un lado del cuello. Unos quevedos presidían su nariz, cuyo perfil aquilino y acerado contrastaba con la suavidad del óvalo de su cara. Cuando por fin Peter se acercó hasta ellos, los encontró lanzando jabalinas contra una gran diana de paja pintada clavada en un tronco de abedul.

La última vez que Peter había visitado a los Kozlov había sido en San Petersburgo la primavera pasada. Elenski recitó el poema de Lermontov sobre Mtsyri, un monje joven que abandona su retiro en el Cáucaso para vagar por las montañas, mientras un compañero manejaba la linterna. En el centro de la sábana húmeda aparecía un círculo luminoso, una imagen de colores (que se movía a intervalos espasmódicos): Mtsyri y el cachorro de leopardo a punto de atacarle. Elenski interrumpía su lectura durante un minuto y señalaba con un pequeño puntero al monje primero y luego al leopardo acechante, y mientras lo hacía, el puntero adquiría los colores del cuadro que se desvanecían de la varita mágica en cuanto Elenski movía la mano. Cada ilustración se demoraba un buen rato sobre la sábana porque el prolijo poema épico sólo tenía asignadas unas diez imágenes. De vez en cuando, Vasiliy Tuchkov alzaba la mano en la oscuridad, alcanzaba el rayo, y sus cinco dedos negros se desplegaban sobre la sábana. En un par de ocasiones el ayudante insertó las imágenes del revés, poniendo el mundo patas arriba. Tuchkov se mataba de risa pero Peter lo pasaba mal por el ayudante y, en general, hacía todo lo posible por demostrar interés. Aquel día, también, conoció a Ranya Korff, y desde entonces, pensaba a menudo en ella, imaginándose que la salvaba de los bandoleros con la ayuda de Vasiliy Tuchkov, que le ayudaba y admiraba enfebrecido su valor (se decía que Vasiliy tenía en su casa un revólver de verdad con empuñadura de madreperla).

Ahora, con las piernas abiertas y la mano izquierda apenas apoyada en el cinturón de tela de su chaqueta, del que colgaba una especie de bolsa de lona, Vasiliy apuntaba con la jabalina. Echó el brazo atrás y dio en el blanco, hecho que Elenski saludó con un sonoro «bravo». Peter sacó la lanza con cuidado, y se dirigió tranquilo a ocupar la posición que Vasiliy acababa de dejar; apuntó tranquilamente y también hizo diana en el centro blanco rodeado de un círculo rojo; nadie, sin embargo, lo vio, porque la competición había acabado y ya habían comenzado los preparativos para el siguiente juego. Habían sacado una especie de armarito hasta la avenida y lo habían colocado en la arena. En la tapa tenía varios agujeros redondos y una rana inmensa de metal con la boca abierta. Había que lanzar una especie de disco de metal a través de uno de los agujeros y conseguir que se metiera por la boca de la rana. El disco atravesaba los agujeros y llegaba a la boca a través de una serie de compartimientos numerados que había en las baldas de abajo; la boca de la rana te daba quinientos puntos, cada uno de los agujeros, cien o menos dependiendo de su distancia respecto a la *grenouille* (una

institutriz suiza había importado el juego). Los jugadores se turnaban en los lanzamientos y se marcaban las jugadas laboriosamente en la arena. El juego era bastante tedioso y entre tirada y tirada algunos iban a buscar arándanos bajo los árboles del parque. Los arándanos eran grandes y su brillo peludo oscurecía su azul, que revelaba un fulgor violeta al tacto de los dedos. Peter, en cuclillas, acumulaba los frutos en sus manos y con un gruñido de placer se los llevaba a Puñados a los labios. Tomados así, sabían especialmente bien. En ocasiones una hojita dentada se le mezclaba en la boca con la fruta, Vasiliy Tuchkov encontró una pequeña oruga con penachos de pelo multicolor en el dorso dispuestos como un cepillo de dientes, y ante la admiración de todos los presentes, se la engulló con toda tranquilidad. Un pájaro carpintero no paraba de picotear un árbol cercano; unos pesados abejorros zumbaban entre la maleza y se deslizaban hasta las corolas combadas de las campánulas boyardas. De la avenida llegaba el estrépito de las fichas metálicas al ser lanzadas contra los agujeros de la rana y la voz estentórea de Elenski, rolando las «erres», que animaba a algún niño a que lo intentara una vez más. Tanya, con sus labios violetas relucientes y entreabiertos, se acurrucaba junto a Peter, y aunque su cara revelaba la máxima atención por el juego, en realidad estaba concentrada en buscar arándanos a tientas mientras miraba. Peter le ofreció en silencio la colección que atesoraba en el cuenco de la mano, que ella aceptó amablemente, y se puso a recoger una nueva cosecha para ella. Sin embargo, también a Tanya le llegó su turno en el juego y se fue corriendo a la avenida, alzando sus esbeltas piernas en sus calcetines blancos.

El juego de la *grenouille* había degenerado en un aburrimiento cósmico. Unos dejaron de jugar, otros siguieron con desgana y en desorden; en cuanto a Vasiliy Tuchkov lanzó de repente una piedra a la rana de la boca abierta y todos se rieron, a excepción de Peter y Elenski. El cabecilla del grupo, el guapo, encantador, siempre alegre Vladimir, exigió entonces jugar a la *palochka-stukalochka*. Los Korff se unieron a la petición. Tanya empezó a saltar aplaudiendo la idea.

—No, no, niños, imposible —dijo Elenski—. En media hora más o menos tenemos que ir al *pic-nic*; está lejos, y os acatarraréis en seguida si estáis sudorosos después de haber corrido.

—Oh, por favor, por favor —gritaron los niños.

—Por favor —repitió suavemente Peter como los otros, pues había decidido que se las arreglaría para compartir un escondite bien con Vasiliy, bien con Tanya.

—Me veo obligado a conceder vuestra petición general —dijo Elenski, que tenía una cierta tendencia a la rotundidad en sus pronunciamientos—. No veo, sin embargo, el utensilio imprescindible para el juego.

Peter fue hasta el columpio donde jugaban Tanya, Lola y Vasiliy; éste no paraba de dar saltos y golpes, haciendo que la tabla del columpio crujiera y saltara, lo cual provocaba los chillidos de las niñas, que trataban de mantener el equilibrio.

—¡Me caigo, me caigo! —exclamó Tanya, y ella y Lola saltaron a la hierba.

—¿No te apetece comer más arándanos? —preguntó Peter. Negó con la cabeza, luego miró a Lola de soslayo y, volviéndose de nuevo a mirar a Peter, añadió:

—Ella y yo hemos decidido no hablarte más.

—¿Pero por qué? —farfulló Peter, ruborizándose amargamente.

—Porque eres un presumido —contestó Tanya, y luego se subió de un salto al columpio. Peter pretendió estar embebido en el examen de una topera de un negro rizado que había al borde de la avenida.

Entre tanto, un jadeante Vladimir había traído el utensilio imprescindible para el juego, un pequeño palo verde puntiagudo, del tipo que usan los jardineros para rodrigar las peonías y las dalias y muy parecido a la varita mágica que Elenski había utilizado con la linterna mágica. Sólo había que decidir a quién le tocaba ser el poseedor del palo.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro —empezó Elenski en un festivo tono narrativo, mientras apuntaba con el palo a cada uno de los jugadores—. El conejo sacó la cabeza. Un cazador (Elenski se detuvo y respiró profundamente) pasaba por allí (el narrador se sujetó las lentes) con su escopeta. Disparó una vez. Y otra. La pobre (y las sílabas se iban haciendo más y más espaciadas y estentóreas) liebre murió. Allííí.

El «Allí» cayó en Peter. Pero todos los otros niños se agruparon en torno a Elenski, rogándole que fuera él el que los buscara con el palo. Se oían sus voces y gritos:

—¡Por favor, por favor, será mucho más divertido!

—Está bien. Acepto —contestó Elenski, sin siquiera mirar a Peter.

En el punto en el que la avenida se cruzaba con la terraza del jardín, había un banco encalado y parcialmente despintado, con un respaldo de barras blancas también bastante despintadas. Elenski se sentó en aquel banco con el palo verde en las manos. Encorvó su corpulenta espalda, cerró con firmeza los ojos y empezó a contar hasta cien, dándoles tiempo a los niños para que se escondieran. Vasiliy y Tanya, como si fueran cómplices, desaparecieron en las profundidades del parque. Uno de los chicos de uniforme se colocó astutamente detrás del tronco de un tilo, a sólo tres yardas del banco. Peter, tras lanzar una mirada pensativa a la sombra moteada de los matorrales, se dio la vuelta y caminó en dirección contraria, hacia la casa: planeaba emboscarse en la terraza, no en la terraza principal, evidentemente, donde los mayores tomaban el té al son de un gramófono rendido a los cobres del que salía una voz que cantaba en italiano, sino en un porche lateral que daba al banco de Elenski. Tuvo suerte pues resultó estar vacío. Los distintos colores de los paños de cristal insertos en la retícula de las celosías se reflejaban en los largos y estrechos divanes, tapizados de gris claro con rosas exageradas que se alineaban a lo largo de las paredes. También había una mecedora de madera, el cuenco del perro abandonado en el suelo, reluciente de

lamidos hasta el vacío, y una mesa cubierta con un hule, desierta salvo por un par de desoladas lentes de viejo.

Peter trepó hasta la ventana de colores y se arrodilló en un cojín bajo el antepecho blanco. A cierta distancia se veía a un Elenski como de coral, sentado en un banco también de coral bajo las hojas rubíes de un tilo. Las reglas del juego eran que el «buscador», cuando abandonara el banco para descubrir el escondite de los jugadores, debía también abandonar tras de sí el palo. El cansancio así como un cierto conocimiento del tiempo y del lugar le aconsejaban no desviarse mucho, no fuera a ser que uno de los jugadores espías diera un salto rápido desde algún lugar inopinado y alcanzara el banco antes de que el «buscador» lo hiciera y se apoderara de la varita mágica con un grito de victoria. El plan de Peter era muy sencillo: tan pronto como Elenski hubiera acabado de contar y hubiera dejado el palo en el banco para adentrarse entre los matorrales donde se encontraban los escondites más seguros, Peter correría a toda velocidad desde su terraza hasta el banco y lo golpearía sacramentalmente con el palo abandonado. Ya había pasado casi medio minuto. Un Elenski azul pálido se encorvaba bajo el follaje índigo contando los segundos hasta empezar la búsqueda al ritmo de los golpes pausados de su pie contra la arena azul plata. ¡Qué maravillosa hubiera sido esta espera, escrutando a través de éste o aquel rombo de cristal emplomado, si Tanya le…! Oh, ¿por qué?, ¿qué le había hecho?

El número de rombos de cristal translúcido era inferior al de los coloreados. Un aguzanieves gris y blanco cruzó por la arena color de arena. Había restos de telas de araña en los recovecos de la celosía. Una mosca muerta yacía de espaldas en el alféizar. Un Elenski amarillo brillante se levantó de su banco dorado y dio unos golpes de advertencia con el palo. En el mismo instante, la puerta que daba a la terraza desde el interior de la casa se abrió y emergió del crepúsculo de la habitación primero un corpulento dachsund pardo y luego una viejecilla de pelo corto con un vestido negro de cinturón estrecho, un broche en forma de trébol en el pecho y una cadenilla en el cuello de la que colgaba un reloj que llevaba metido en el cinturón. Con toda la indolencia del mundo el perro bajó de lado las escaleras que conducían hasta el jardín. La anciana, por su parte se apoderó indignada de las lentes en cuanto las vio —era eso lo que había venido a buscar. Y de repente advirtió la presencia del niño que salía a gatas de su escondrijo bajo la ventana.

—*Priate-qui? Priate-qui?* (*pryatki*, escondite) —murmuró con esa ridícula exageración del acento que infligen al ruso las mujeres francesas tras pasar la mitad de su vida en nuestro país—. *Toute n'est caroche* (éste no es un buen sitio) —continuó, juzgando con mirada amable el rostro de Peter que expresaba a la vez vergüenza ante la situación en la que se encontraba y una súplica callada para que no hablara demasiado alto—. *Sichasse pocajou caroche messt (seychas pokazhu khoroshee mesto*, ahora mismo te enseño un buen escondite).

Un Elenski esmeralda seguía de pie con los brazos en jarras sobre la arena verde pálida mirando en todas las direcciones a la vez. Peter, temiendo que se oyera desde el exterior la voz insegura y melindrosa de la vieja institutriz, y temiendo aún más ofenderla si se negaba a sus deseos, se apresuró a seguirla, consciente sin embargo del cariz grotesco que estaban tomando los acontecimientos. Le cogió firmemente de la mano y le llevó a través de una serie interminable de habitaciones, dejando atrás un piano blanco, una mesa de juegos, un pequeño triciclo, y a medida que crecía la variedad de objetos inopinados que iban apareciendo —cuernos de venado, bibliotecas, un señuelo de pato en una estantería— él sentía que ella le estaba llevando al otro lado de la casa y que con cada paso le resultaba más difícil explicarle, sin herirla, que el juego que había interrumpido no era tanto una cuestión de esconderse bien, sino de esperar el momento en el que Elenski estuviera lo suficientemente lejos del banco para poder correr hasta él y golpearlo con el indispensable palo.

Tras atravesar una sucesión de cámaras y recámaras, desembocaron en un pasillo, luego subieron un tramo de escaleras, luego cruzaron un soleado cuarto de plancha donde una mujer de mejillas arreboladas cosía sentada en un baúl junto a la ventana; alzó los ojos, sonrió y volvió a dejar caer las pestañas, sin dejar de mover las agujas de hacer punto. La anciana institutriz llevó a Peter hasta el cuarto de al lado donde había un sofá de cuero y una jaula de pájaros vacía y también un nicho oscuro entre un enorme armario de caoba y una estufa holandesa.

—*Votte* (Aquí lo tienes) —dijo la anciana, y tras empujarle suavemente a su escondite, volvió al cuarto de plancha, donde continuó sus cotilleos en su ruso amañado con la atractiva tejedora que contestaba de cuando en cuando con un automático ¡quién lo hubiera pensado!

Peter permaneció educadamente de rodillas en su absurdo agujero durante un rato; luego se puso en pie, aunque no se movió de su sitio y se dedicó a observar el papel de la pared con sus blandas e indiferentes volutas azules, y también la ventana, y la copa del álamo que brillaba al sol. Se oía el bronco tictac de un reloj y el ruido despertaba más de un recuerdo triste y sombrío.

Pasó mucho tiempo. La conversación de la habitación vecina empezó a alejarse y a perderse en la distancia. Ahora todo estaba en silencio, salvo el reloj. Peter emergió de su nicho.

Bajó las escaleras corriendo, atravesó sigiloso y rápido la hilera de habitaciones (bibliotecas, cuernos de venado, triciclo, mesa de juego azul, piano) y se encontró al llegar a la puerta abierta, que llevaba a la terraza, con una estampa coloreada del sol y con el viejo perro que volvía del jardín. Peter se encaramó hasta la ventana y eligió una de cristal sin emplomar. En el banco blanco aguardaba la varita verde. Elenski permanecía invisible, se había marchado, sin duda, en su búsqueda incauta, más allá

de los tilos que bordeaban la avenida.

Riéndose excitado por la oportunidad que tenía ante sí, Peter saltó los escalones y corrió hasta el banco. No había dejado todavía de correr cuando sintió una extraña insensibilidad a su alrededor. Sin embargo, sin aminorar el paso llegó hasta el banco y lo golpeó tres veces con el palo. Un gesto vano. No apareció nadie. Manchas de sol pulsaban en la arena. Una mariquita caminaba por el brazo del banco, las puntas transparentes de sus alas dobladas descuidadamente se veían desordenadas bajo su pequeña cúpula a motas.

Peter esperó uno o dos minutos, lanzando furtivas miradas en torno suyo, hasta que finalmente se dio cuenta de que le habían olvidado, que la existencia de un último espía perdido e invicto había sido pasada por alto, y que todos se habían ido de *pic-nic* sin contar con él. Aquel *pic-nic*, por cierto, había sido para él la única promesa agradable del día: en cierto sentido lo había estado esperando con ansia, pensando en la ausencia de personas mayores en la merienda, en la hoguera encendida en un claro del bosque, en las patatas asadas, en las tartas de arándanos, en el té helado en los termos. Le habían arrebatado el *pic-nic*, pero podía consolarse de esa pérdida. Lo que le producía más dolor era otra cosa.

Peter tragó saliva con fuerza y con el palo verde en la mano volvió a la casa. Los tíos, las tías y sus amigos estaban jugando a las cartas en la terraza principal; reconoció el timbre de la risa de su hermana —un sonido repugnante. Caminó en torno a la casa, con el vago pensamiento de que en algún lugar cercano encontraría un estanque con nenúfares en cuyo borde dejaría abandonado su pañuelo con las iniciales bordadas y también su silbato de plata con su cordón blanco, tras lo cual él se iría, inadvertido, hasta su casa. De repente, junto al surtidor de detrás de una esquina de la casa oyó una explosión de voces conocidas. Estaban todos allí —Elenski, Vasiliy, Tanya, sus hermanos y primos; se agrupaban alrededor de un campesino que les mostraba un búho pequeño que acababa de atrapar. El mochuelo, una cosita gorda, marrón, con manchas blancas, no hacía más que mover a un lado y a otro su cabeza, o más bien, su disco facial, porque no se podía distinguir cabalmente dónde empezaba su cabeza y dónde terminaba su cuerpo.

Peter se acercó. Vasiliy Tuchkov le lanzó una mirada y le dijo con cierto sarcasmo a Tanya.

—Y aquí llega el presumido.

La visita al museo [*]

Hace varios años, un amigo mío de París —una persona con alguna rareza, por decirlo suavemente—, al saber que yo iba a pasar unos días en Montisert, me pidió que me pasara por el museo local donde, según le habían dicho, se mostraba un retrato de su abuelo pintado por Leroy. Sin dejar de sonreír y con ademanes exagerados, me contó una historia bastante vaga a la que debo confesar que presté poca atención, en parte porque no me gustan los asuntos complicados de otra gente, pero sobre todo porque siempre había albergado mis dudas acerca de la capacidad de mi amigo para no dejarse llevar por la fantasía. La historia era más o menos así: después de que su abuelo hubiera muerto en su casa de San Petersburgo en tiempos de la guerra ruso-japonesa, los muebles de su casa fueron vendidos en subasta pública. El retrato, tras una serie de oscuras peregrinaciones, fue adquirido por el museo de la ciudad natal de Leroy. Mi amigo quería saber si el retrato estaba realmente allí; en el caso de que se encontrara en el citado museo, cuáles eran las posibilidades de rescatarlo; y si el rescate fuera posible, cuál sería el precio del mismo. Cuando le pregunté por qué no se ponía en contacto con el museo, respondió que ya les había escrito más de una vez sin haber recibido respuesta hasta el momento.

Me prometí a mí mismo no dar curso a su petición: siempre cabía la posibilidad de decirle que había caído enfermo o que había cambiado mi itinerario. La noción misma de ir a ver los monumentos turísticos, ya sean museos o edificios antiguos, me resulta desagradable; además, el encargo de mi buen amigo me parecía un tanto absurdo. Aconteció, sin embargo, que mientras deambulaba por las calles desiertas de Montisert en busca de una papelería, sin dejar de maldecir la torre altanera de una catedral, siempre la misma, que se empecinaba en aparecer ante mi vista en cuanto doblaba el recodo de una nueva calle, me vi sorprendido por un violento aguacero repentino que inmediatamente provocó la caída acelerada de las hojas de los plátanos porque el tiempo cálido de un octubre meridional se mantenía apenas en un hilo de vida. Corrí a resguardarme de la lluvia y me encontré en las escaleras de acceso al museo.

Era un edificio de proporciones modestas, construido con piedras de muchos colores, con columnas, una inscripción dorada sobre los frescos del pedimento y un banco de piedra de patas de león a ambos lados de la puerta. Una de sus hojas estaba abierta y el interior parecía oscuro contra el brillo del agua que caía. Me quedé un rato de pie en las escalinatas pero, a pesar del tejadillo que las protegía, iban poco a poco cubriéndose de motas húmedas. Vi que no se trataba de un aguacero pasajero

sino que tenía visos de durar y, como no tenía nada mejor que hacer, decidí entrar en el museo. Apenas hube pisado las suaves losas resonantes del vestíbulo cuando llegó hasta mí el ruido de alguien que en una esquina distante había movido un taburete que se movía y el guarda, un jubilado insignificante al que le faltaba un brazo, se levantó y vino a mi encuentro, dejando de lado su periódico y mirándome por encima de las gafas. Pagué el franco que me correspondía y, tratando de no fijarme en las estatuas de la entrada (que eran tan convencionales e insignificantes como el número que abre un espectáculo de circo), entré a la sala principal.

Todo era como cabía esperar: tonos grises, sustancia dormida, materia desmaterializada. Ahí estaba la típica vitrina de monedas viejas y gastadas que descansaban sobre el terciopelo de sus correspondientes departamentos. Sobre la vitrina había un par de búhos, tinge y autillo, con sus nombres en francés que eran algo parecido a *Gran Duque* y *Duque Secundario* en traducción. Unos minerales venerables se mostraban en sus tumbas abiertas de polvoriento *papier maché*; la fotografía de un caballero atónito con barba puntiaguda dominaba una mezcolanza de voluminosos objetos negros de varios tamaños. Tenían un gran parecido con los excrementos de insecto congelados, y me detuve involuntariamente ante ellos, sin conseguir descifrar su naturaleza, composición o función. El guarda me había estado siguiendo con pasos de fieltro a una distancia respetuosa; sin embargo, en aquel momento, se acercó hasta mí, con un brazo a la espalda y el fantasma del otro en el bolsillo, sin dejar de deglutir algo a juzgar por el movimiento de su nuez.

—¿Qué son estas cosas? —pregunté.

—La ciencia no ha conseguido determinarlo todavía —replicó, con una frase que, sin duda, tenía aprendida de memoria—. Las encontró —continuó con el mismo tono de falsedad— Louis Pradier, concejal municipal y caballero de la Legión de Honor en 1895 —y con dedos trémulos indicó la fotografía.

—Eso está bien —dije—, pero lo que yo querría saber es ¿quién y por qué decidió que merecían un lugar en el museo?

—¡Y ahora permítame que dirija su atención hacia esta calavera! —exclamó el anciano enérgicamente, tratando de cambiar de tema.

—Sin embargo, me gustaría saber de qué material están hechos —le interrumpí.

—La ciencia… —comenzó de nuevo, pero se detuvo en seco y se miró como enfadado los dedos, sucios de tocar las vitrinas.

Yo me puse a contemplar entonces un jarrón chino, probablemente traído hasta allí por un marino; un grupo de fósiles porosos; un gusano pálido en nubes de alcohol y un mapa rojo y verde de Montisert en el siglo XVII; y también un trío de utensilios oxidados atados con una cinta fúnebre —una pala, un azadón y un pico. «Para excavar en el pasado», pensé distraído, pero esta vez no le pedí aclaraciones al guarda, que me seguía mansamente sin hacer ruido, deambulando en torno a las

vitrinas expuestas. Detrás del primer vestíbulo había otro, aparentemente el último, en cuyo centro destacaba un gran sarcófago que parecía una bañera sucia, mientras que las paredes estaban cubiertas de cuadros.

Al punto los ojos se me quedaron prendidos en el retrato de un hombre que estaba entre dos paisajes abominables (con ganado y «ambiente»). Me acerqué y, ante mi considerable extrañeza, encontré el objeto preciso cuya existencia hasta ese momento se me había aparecido como un mero capricho de la imaginación de un hombre inestable. El hombre, pintado al óleo con pésimo arte, llevaba una levita, patillas y unos grandes quevedos sujetos con una cinta; tenía un cierto parecido con Offenbach, pero, a pesar del maldito convencionalismo del cuadro, tuve la sensación de que se podía vislumbrar en sus rasgos un cierto parecido, por así decir, con mi amigo. En una esquina del mismo, en carmín sobre fondo negro se leía la firma *Leroy*, escrita en una letra tan vulgar como la propia obra.

Sentí un aliento avinagrado junto a mis hombros y me volví a confrontar la mirada amable del guarda.

—Dígame —le pregunté—, supongamos que alguien quisiera comprar uno de estos cuadros, ¿a quién tendría que dirigirse?

—Los tesoros del museo constituyen el mayor orgullo de esta ciudad —replicó el anciano—, y el orgullo no está a la venta.

Ante su elocuencia decidí apresurado darle la razón en todo lo que dijera, lo cual no me impidió preguntarle el nombre del director del museo. Él trató de distraerme con la historia del sarcófago, pero yo seguí insistiendo. Finalmente me dio el nombre de un tal señor Godard y me explicó dónde encontrarlo.

Con toda franqueza debo decir que me alegré de que el cuadro existiera. Es divertido asistir al momento en que un sueño se hace realidad, incluso si no se trata de un sueño propio. Decid arreglar el asunto sin más dilaciones. Cuando decido hacer una cosa, no hay nada que pueda detenerme. Abandoné el museo con pasos decididos y sonoros para encontrar que había cesado la lluvia, que el azul se había extendido por el cielo, que una mujer de medias todas manchadas corría por la calle en una bicicleta que brillaba como la plata, y que las nubes se habían refugiado en las colinas que rodeaban la ciudad. Y de nuevo la catedral empezó a jugar al escondite conmigo, pero conseguí burlarla. Conseguí escapar apenas de la embestida de las ruedas de un furioso autobús rojo repleto de jóvenes que cantaban, crucé la calzada de asfalto y un minuto más tarde estaba llamando a la puerta de la verja del señor Godard. Resultó ser un enjuto caballero de mediana edad con cuello duro y pechera almidonada, con la consabida perla en el nudo de su corbata de plastrón, y un rostro que se asemejaba mucho al de un perro lobo ruso; como si aquello no fuera suficiente, se encontraba chupando unas costillas con ademanes absolutamente caninos mientras que a la vez trataba de pegar un sello en un sobre, cuando yo entré en aquella su habitación

pequeña pero lujosamente amueblada con su tintero de malaquita sobre el escritorio y un jarrón chino, que me resultaba extrañamente familiar, sobre la repisa de la chimenea. Un par de floretes se cruzaban sobre el espejo, que reflejaba su estrecha nuca gris. Aquí y allá una serie de fotografías de un buque de guerra rompían la monotonía de la flora azul del papel que revestía las paredes.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, arrojando la carta que acababa de sellar a la papelera. Esta acción me resultó extraña; sin embargo, no consideré oportuno intervenir. Le expliqué el objeto de mi visita en pocas palabras, e incluso pronuncié la importante suma de dinero que mi amigo estaba dispuesto a ofrecer, aunque él me había dicho que no mencionara ninguna cantidad, sino que esperara a conocer las condiciones que el museo requiriera.

—Lo que me dice es maravilloso —dijo el señor Godard—. El único problema es que usted está en un error… no existe tal cuadro en el museo.

—¿Qué quiere decir que no existe tal cuadro? ¡Acabo de verlo! *Retrato de un aristócrata ruso* de Gustave Leroy.

—Tenemos un Leroy —dijo el señor Godard cuando hubo hojeado un cuaderno con tapas de hule en una de cuyas páginas se detuvo apuntando una determinada entrada con su uña negra—. Sin embargo, no es un retrato sino un paisaje rural: *El retorno del rebaño*.

Repetí que había visto el cuadro con mis propios ojos cinco minutos antes y que no había poder en la tierra que me pudiera hacer dudar de su existencia.

—De acuerdo —dijo el señor Godard—, pero yo tampoco estoy loco. He sido conservador de nuestro museo casi durante veinte años y me sé de memoria este catálogo como si fuera el padrenuestro. Aquí dice *El retorno del rebaño* y eso quiere decir que hay un rebaño y que está volviendo al aprisco y que, a no ser que el abuelo de su amigo haya sido pintado como un pastor, no puedo ni siquiera concebir la existencia de su retrato en nuestro museo.

—Lleva levita —exclamé—. ¡Le juro que lleva levita!

—¿Y qué le pareció nuestro museo y sus colecciones? —preguntó Godard con cierta suspicacia—. ¿Le gustó el sarcófago?

—Escuche —dije (y creo que se hizo perceptible un cierto temblor en mi voz)—, hágame un favor, vayamos ahora mismo allí, y lleguemos al acuerdo de que en el caso de que el retrato está allí, usted me lo vende.

—¿Y si no está?

—Le pagaré la suma indicada, en cualquier caso.

—Está bien —dijo—. Aquí tiene, tome este lapicero rojo y azul y en rojo, en rojo, por favor, póngame por escrito la proposición que acaba de hacerme.

Estaba tan excitado que hice lo que me pedía. Al ver mi firma, deploró la difícil pronunciación de los nombres rusos. Luego añadió su propia firma y doblando

rápidamente la hoja de papel se la metió en el bolsillo del chaleco.

—Vamos —dijo, haciendo el ademán de estirarse los puños.

Por el camino entró en una tienda donde compró una bolsa de caramelos pegajosos que pasó a ofrecerme con insistencia; aun cuando yo rechacé su oferta, intentó meterme un par de ellos en la mano. Yo la retiré. Unos cuantos caramelos cayeron en la acera; se detuvo a recogerlos y luego me alcanzó en un trote. Cuando nos acercábamos al museo vimos el autobús rojo de los turistas (vacío, ahora) aparcado en la puerta.

—¡Ajá! —dijo Godard, complacido—. Veo que hoy tenemos muchos visitantes.

Se quitó el sombrero y con él en la mano como si fuera abriéndole paso, subió con todo decoro las escalinatas.

Algo no marchaba bien en el museo. Surgían de su interior gritos pendencieros, risas lascivas, e incluso lo que parecían ser los ruidos típicos de una pelea. Entramos al primer vestíbulo; allí el anciano guarda trataba de impedir que dos sacrílegos, todos sudorosos y de rostros ya rojos de energía, que portaban en las solapas una especie de emblemas festivos, se llevaran los excrementos del señor concejal de su correspondiente vitrina. El resto de los jóvenes, miembros de alguna organización deportiva rural, no paraban de hacer ruido y de reírse descaradamente, algunos del gusano conservado en alcohol, otros de la calavera. Uno hacía payasadas con las tuberías del radiador que pretendía era uno de los objetos expuestos; otro apuntaba con el puño e índice a una lechuza. Habría como unos treinta en total, y sus voces y movimientos creaban un tumulto de ruidos y estrépito.

Godard se puso a dar palmadas de atención y a apuntar a un cartel que decía: «Los visitantes del museo deben ir decentemente vestidos». Luego se abrió y me abrió camino hasta la sala segunda. Inmediatamente todo aquel tropel se apresuró a seguirnos. Yo llevé a Godard hasta el retrato; se quedó helado al verlo, hinchó el pecho, y luego se hizo atrás uno o dos pasos como para admirarlo, y con su tacón femenino le dio un pisotón a uno de aquellos energúmenos.

—Espléndido cuadro —exclamó con una sinceridad genuina—. Bueno, no seamos miserables en esta cuestión. Usted tenía razón, debe de haber un error en el catálogo.

Mientras hablaba, sus dedos, que parecían haber adquirido un movimiento independiente, rompieron nuestro acuerdo en miles de papelitos que fueron cayendo como copos de nieve en una escupidera maciza.

—¿Y quién es ese mono viejo? —preguntó un individuo con un jersey a rayas, mientras que otro gamberro, al ver que el abuelo de mi amigo estaba pintado con un puro encendido, intentaba encender su pitillo con la lumbre del puro.

—De acuerdo —dije—, fijemos el precio, y en cualquier caso, vayámonos de aquí.

Había una salida, de la que no me había percatado antes, al fondo de la sala y nos apresuramos a salir por ella.

—No puedo tomar una decisión —gritaba Godard por encima de aquel estrépito —. Ser decidido sólo es bueno cuando viene apoyado por la ley. Primero tengo que discutir este asunto con el alcalde, que acaba de morir y todavía no ha sido elegido. Dudo que pueda comprar el retrato pero, de todos modos, me gustaría enseñarle algunos de nuestros tesoros.

Nos encontramos en una sala de considerables dimensiones. Unos libros de color pardo, con un aspecto como si los hubieran pasado por agua y de páginas toscas y sucias, estaban dispuestos bajo un cristal sobre una larga mesa. En las paredes había unos muñecos, soldados de botas altas con rodillera.

—Hablemos del asunto —exclamé desesperado, tratando de dirigir las evoluciones de Godard hacia un sofá de terciopelo que había en una esquina. Pero el guarda me lo impidió. Blandiendo como espada su brazo sano, llegó corriendo hasta nosotros, perseguido por una jubilosa multitud de jóvenes, uno de los cuales se había tocado la cabeza con un casco de cobre de brillo rembrandtesco.

—¡Quíteselo, quíteselo! —gritaba Godard, y un empujón anónimo llevó al casco a volar por los aires con estruendo, lejos de la cabeza del gamberro.

—Sigamos —dijo Godard, tirándome de la manga, y entramos en la sección de escultura antigua.

Me perdí por un momento entre unas enormes piernas de mármol, y tuve que pasar dos veces por delante de una rodilla gigantesca antes de recobrar a Godard, que me buscaba también a mí desde detrás del tobillo blanco de una gigante cercana. Y en ese momento, un individuo con bombín, que debía haberse encaramado a la estatua, cayó de repente y desde las alturas al suelo de piedra. Uno de sus compañeros intentó ayudarle a levantarse, pero estaban los dos borrachos y Godard los dejó de lado y corrió hasta la sala vecina, radiante de alfombras orientales; tres podencos corrían sobre alfombras azules y un arco y una aljaba descansaban sobre una piel de tigre.

Curiosamente, sin embargo, la abigarrada mezcolanza de objetos así como la amplitud del lugar sólo provocaban en mí una sensación imprecisa como de opresión, que quizá fuera debida a que no dejaban de pasar ante mi vista nuevos visitantes y tal vez porque yo ya estaba impaciente por abandonar aquel museo innecesario, que no dejaba de expandirse, y dedicarme en calma y libertad a cerrar mis negociaciones mercantiles con Godard, empecé a experimentar una vaga sensación de alarma. Mientras tanto, habíamos transportado nuestros cuerpos hasta una nueva sala, que debía de ser realmente enorme, porque albergaba el esqueleto completo de una ballena, que parecía el casco de una fragata; a lo lejos se divisaban todavía más salas, con el correspondiente brillo oblicuo de los cuadros, llenos de nubes de tormenta, entre las que flotaban ídolos del arte religioso mostrando vestimentas azules y rosas;

y todo ello se resolvía en una abrupta turbulencia de pliegues envueltos en la niebla, y candelabros todos relucientes y peces con agallas translúcidas que serpenteaban a través de acuarios iluminados. Al subir a toda prisa por una escalera vimos, desde la galería superior, un grupo de gente de pelo gris y con paraguas, examinando una réplica gigantesca del universo.

Finalmente, al llegar a la habitación sombría pero magnífica dedicada a la historia de las máquinas de vapor, conseguí detener por un instante a mi despreocupado guía.

—¡Ya basta! —grité—. Yo me voy. Hablaremos mañana.

Cuando acabé de hablar ya se había desvanecido. Me volví y vi, apenas a unos centímetros de donde yo estaba, las majestuosas ruedas de una sudorosa locomotora. Durante un largo rato traté de rehacer mi camino entre los distintos modelos de estaciones de ferrocarril. ¡Qué raras brillaban las señales violetas en la penumbra de detrás del abanico de los raíles húmedos, y qué espasmos sacudían mi pobre corazón! De repente, todo volvió a cambiar de nuevo: ante mí se extendía un pasillo infinitamente largo, que contenía numerosos armarios de oficina y también gente que se escabullía de forma un tanto escurridiza. Di un giro de noventa grados y me encontré en medio de instrumentos musicales; las paredes, todas un gran espejo, reflejaban una hilera de pianos de cola, mientras que en el centro había una especie de estanque con un bronce de Orfeo sobre una roca verde. El tema acuático no acababa ahí porque, al volver corriendo, di con mi persona en la Sección de Fuentes y Arroyos, y me resultaba difícil caminar por las riberas sinuosas y cenagosas de aquellas aguas.

De vez en cuando, a uno u otro lado, aparecían unas escaleras de piedra con unos charcos en los escalones que me producían una extraña sensación de miedo, que descendían hasta abismos llenos de niebla de los que surgían una serie de silbidos, el chocar de platos, el golpeteo de máquinas de escribir, martillazos, y muchos otros ruidos, como si, allá abajo, hubiera salas de exposiciones de algún que otro tipo, que ya estuvieran cerradas o cuyas obras estuvieran a punto de completarse. Luego me vi envuelto en la oscuridad y empecé a tropezar con todo tipo de muebles desconocidos hasta que finalmente vi una luz roja y salí a una plataforma que sonaba metálica a mi paso… y de repente, tras ella, me encontré con un cuarto de estar iluminado, amueblado con gusto al estilo Imperio, pero sin un alma, sin un alma… Para entonces yo ya estaba indescriptiblemente aterrado, pero cada vez que intentaba deshacer mi camino a lo largo de los distintos pasadizos, me volvía a encontrar en lugares desconocidos —en un invernadero con hortensias y cristales rotos a través de los cuales se colaba la oscuridad de la noche artificial o en un laboratorio desierto con alambiques polvorientos sobre las mesas. Finalmente fui a parar a una especie de habitación con percheros monstruosamente atiborrados de abrigos negros y pieles de astracán; desde detrás de una puerta llegaba un estallido de aplausos, pero cuando

abrí la puerta de golpe, no encontré teatro alguno, sino únicamente una suave opacidad y una niebla de imitación tan perfecta que incluso mostraba de forma convincente una serie de manchas correspondientes a unas confusas farolas. ¡Más que convincentes! Avancé unos pasos e inmediatamente una inconfundible y bienvenida sensación de realidad reemplazó finalmente a toda aquella basura irreal contra la que me había ido estrellando por todos los lados. La piedra que tenía bajo mis pies era un auténtico adoquín de la acera, espolvoreada con nieve maravillosamente fragante y recién caída. Al principio la frescura silenciosa y nevada de la noche, que de alguna manera me resultaba extrañamente familiar, me produjo una sensación placentera después de mi deambular enfebrecido. Confiadamente, empecé a hacer conjeturas acerca del lugar en el que había estado y acerca del porqué de la nieve, y qué serían aquellas luces que brillaban exageradamente aunque indistintas, aquí y allá en la parda oscuridad. Me puse a mirar e incluso me agaché a tocar una piedra redonda del bordillo de la acera, y luego me quedé contemplando la palma de la mano, llena de húmedo frío granular, como si esperara encontrar allí una explicación. Sentí que iba vestido demasiado ligero, demasiado cándido, pero la conciencia de que había logrado escaparme del laberinto del museo era todavía tan fuerte que en los dos primeros minutos, no experimenté ni sorpresa ni miedo. Siguiendo con mi examen detenido miré la casa junto a la que me encontraba e inmediatamente me chocó el espectáculo de sus escaleras de hierro y de los raíles que bajaban hasta la nieve en su camino hacia el sótano. Me dio una punzada al corazón, y cuando volví a mirar la acera lo hice con una curiosidad de orden nuevo, un punto alarmada, al ver su cubierta blanca a lo largo de la cual se estiraban una serie de líneas negras, y también el cielo pardo cruzado por una luz persistente y misteriosa, y el parapeto macizo a cierta distancia. Me pareció que tras él había como una pendiente; algo crujía y regurgitaba allí abajo. Más allá, al otro lado de aquella cavidad lóbrega, se extendía una cadena de luces borrosas. Arrastrándome por la nieve con mis pies empapados, caminé unos cuantos pasos, sin dejar de mirar aquella casa oscura a mi derecha; sólo había luz en una ventana, donde una lámpara solitaria lucía débilmente bajo su pantalla de cristal verde. Una puerta de madera cerrada… Deben de ser los postigos de una tienda que duerme… Y a la luz de una farola cuyas formas me habían empezado a gritar su mensaje imposible, conseguí descifrar el final de un letrero —«… INKA SAPOG» (… CIÓN DE CALZADO)— pero no, no era la nieve la que había borrado el letrero. «No, no, en un minuto me despertaré», dije en alta voz, y, temblando, con el corazón a golpes, me di la vuelta, seguí caminando, me volví a detener. De algún lugar me llegó el ruido de unos cascos de caballo que se alejaban, la nieve se asentaba como un gorro de dormir sobre una piedra y se mostraba confusamente blanca sobre una pila de leña al otro lado de la verja, y entonces supe, de manera irrevocable, dónde me encontraba. ¡Ay de mí, no era en la Rusia que yo

recordaba, sino en la Rusia real de hoy en día, prohibida para mí, desesperadamente servil, y también desesperadamente mi patria! Yo, un medio fantasma vestido con un traje extranjero de verano, me quedé de pie en la nieve impasible de una noche de octubre, en algún lugar junto al Moyka o al canal Fonanja, o quizá fuera en el Obvodny, y tenía que hacer algo, ir a algún lugar, correr; proteger con desesperación mi vida frágil, fuera de la ley. ¡Cuántas veces había experimentado esa misma sensación mientras dormía! Ahora, sin embargo, era realidad. Todo era real, el aire parecía mezclarse con los copos de nieve dispersos, con el canal que todavía no se había helado, con la casa flotante, y con aquel peculiar rectángulo de las ventanas oscuras y amarillas. Un hombre con una gorra de piel, y una cartera bajo el brazo, llegó hasta mí como desde la niebla, me lanzó una mirada asustada y se volvió a mirarme después de haberse cruzado conmigo. Esperé a que desapareciera y entonces, con prisas, empecé a sacar todo lo que llevaba en los bolsillos, destrozando papeles, arrojándolos en la nieve y después pisoteándolos. Había algunos documentos, una carta de mi hermana en París, quinientos francos, un pañuelo, cigarrillos: sin embargo, a fin de despojarme de todos los tejidos del exilio, tendría que desgarrar y destrozar mi ropa, mis calzoncillos, mis zapatos, todo, y quedarme idealmente desnudo: y aunque ya estaba temblando y con escalofríos a causa del frío y también de mi angustia, hice todo lo que pude en ese sentido.

Pero basta. No relataré la historia de cómo me arrestaron ni tampoco contaré las pruebas subsiguientes por las que hube dé pasar. Baste decir que me costó una paciencia y un esfuerzo increíbles volver a salir al extranjero, y que, desde entonces, me he jurado no llevar a cabo misiones confiadas por la locura de los otros.

Un hombre ocupado [*]

Aquel que se preocupa en exceso de los movimientos de su alma se ve fatalmente abocado a ser testigo de un fenómeno banal y sin embargo curioso y ciertamente melancólico: la muerte súbita de un recuerdo insignificante que una circunstancia casual le trae a la memoria desde el humilde y remoto asilo donde en silencio transcurría su oscura existencia. El recuerdo parpadea, palpita todavía y hasta refleja un punto de luz, pero al momento siguiente, bajo tus propios ojos, emite un último suspiro y cae muerto, víctima de la transición brutal que le produce la luz demasiado cruda del presente. Tan sólo queda entre las manos, de ahora en adelante, una sombra, un mero remedo de aquel recuerdo, desprovisto ahora, me temo, de la fascinante solidez del original. Grafitski, un hombre amable y temeroso de la muerte, recordaba un sueño de su infancia que encerraba una profecía lacónica; pero hacía tiempo que había dejado de sentir ningún vínculo orgánico entre sí mismo y aquel recuerdo, porque una de las primeras veces en que lo había convocado, el recuerdo llegó ya macilento para morir al punto —y el sueño que ahora recordaba no era sino el recuerdo de un recuerdo. ¿Cuándo tuvo lugar, aquel sueño? Imposible de determinar, respondía Grafitski, empujando el pequeño tarro de cristal con restos de yogur y apoyando el codo sobre la mesa. ¿Cuándo? Vamos, ¿cuándo, aunque sea aproximadamente? Hace mucho tiempo. Probablemente, entre los diez y los quince años: en aquel período pensaba a menudo en la muerte —especialmente por la noche.

Aquí lo tenemos, pues, un hombre de treinta y dos años, menudo aunque fornido, con unas orejas translúcidas y enormes, medio actor, medio literato, autor de rimas convencionales en periódicos de exiliados bajo un seudónimo no demasiado ingenioso (que recordaba desagradablemente al de «Caran d'Ache» que adoptó un caricaturista ilustre). Aquí lo tenemos. Su rostro consiste en unas gafas de montura de concha en las que se dibuja el destello de la mirada de un ciego, una verruga poco peluda en la mejilla izquierda. Está quedándose calvo y a través de los mechones dispersos de pelo cano se distingue la piel de camello rosado de su cráneo.

¿En qué estaba pensando hace un momento? ¿Cuál era el recuerdo bajo el que se afanaba su mente cautiva? El recuerdo de un sueño. La advertencia contenida en un sueño. Una predicción que, hasta ahora, no había obstaculizado para nada su vida, pero que ahora, ante la llegada precisa y certera de una cita inexorable, empezaba a dejarse oír con insistente y creciente resonancia.

—Tienes que aprender a controlarte —le decía Itski a Graf en una especie de recitativo histérico. Se aclaró la garganta y se acercó a la ventana.

Con creciente insistencia. El número treinta y tres —el tema de aquel sueño— se

había enredado en la malla de su inconsciente y con sus garras curvas como las de un murciélago se había quedado trabado en su alma y sus empeños todos por devanar aquel misterioso enredo del subconsciente le resultaron vanos. Según la tradición, Jesucristo había vivido hasta los treinta y tres años y quizá (pensaba Graf, inmovilizado junto a la cruz del travesaño de los postigos de la ventana), quizá fuera cierto que una voz le había murmurado en aquel sueño: «Tú también morirás a la edad de Cristo…», y aquellas palabras desplegaron ante sus ojos, como en una pantalla iluminada, la corona de espinas trenzando un doble tres amenazante.

Abrió la ventana. Había más luz en la calle que dentro de casa porque las farolas ya estaban encendidas. El cielo aparecía cubierto con una manta de suaves nubes; y sólo hacia el oeste, entre los tejados ocres de las casas, se vislumbraba una tierna banda de destellos brillantes. Un poco más arriba de la calle, un automóvil de ojos de fuego se había detenido, sus colmillos, haces de luz color naranja, se hundieron en el gris aguado del asfalto. Un carnicero rubio descansaba en el umbral de su tienda contemplando el cielo.

Como si estuviera saltando de piedra en piedra para cruzar un río, la mente de Graf saltaba desde el carnicero hasta la res abierta en canal y después hasta alguien que le había contado que alguien, en algún lugar (¿en una morgue?, ¿en una facultad de medicina?) llamaba afectuosamente a los cadáveres mis *putregactos*, mis pequeños *putregactos*. «Te esperan detrás de la esquina, tus, *putregactos*.» «No te preocupes, el *putregacto* no te va a abandonar.»

—Permitidme que examine las distintas posibilidades —dijo Graf con disimulada risa mientras miraba de través desde su quinto piso a las puntas de hierro de una verja —. La número uno (la más molesta): sueño que atacan la casa o que se incendia, salto de la cama, y, pensando (nos volvemos idiotas en los sueños) que vivo a ras de la calle, salto por la ventana… al abismo. Segunda posibilidad: en una pesadilla diferente me trago la lengua, eso ya ha ocurrido más de una vez, y esa masa de carne efectúa una especie de salto mortal en mi boca y yo me ahogo. Caso número tres: voy vagando, digamos, por unas calles bulliciosas —aja, ése es Pushkin que intenta imaginarse cómo va a morir:

En el combate, en mis viajes o entre las olas
O quizás en el valle cercano…

etcétera, pero observad, empieza con la palabra «combate», lo cual significa que el poeta debió de tener algún presentimiento. En ocasiones la superstición puede no ser sino sabiduría disfrazada. ¿Qué puedo hacer para dejar de pensar en esto? ¿Qué puedo hacer en mi soledad?

Se había casado en 1924, en Riga, adonde había llegado desde Pskov con una

insignificante compañía de cómicos. Él era el que escribía las canciones y los versos del espectáculo… y cuando, justo antes de su intervención, se quitaba las gafas para dar un toque de maquillaje a su macilento rostro se dejaba ver el azul ahumado de sus ojos. Su esposa era una mujer robusta y grande, de pelo muy negro y corto, con un cutis reluciente, y una nuca gruesa y erizada de pelos. Su padre vendía muebles. Al poco tiempo de casarse con ella, Graf descubrió que era grosera y estúpida, que tenía las piernas torcidas y que cada dos palabras rusas intercalaba diez palabras en alemán. Llegó a la conclusión de que debían separarse, pero dilató la decisión a causa de una especie de compasión vaga que sentía por ella y de esa forma la situación se fue arrastrando hasta 1926 en que ella le engañó con el dueño de una tienda de ultramarinos en la calle Lachplesis. Graf se mudó de Riga a Berlín, donde le habían prometido un trabajo en una compañía cinematográfica (que muy pronto se vino abajo). Llevaba una vida indigente, desorganizada, solitaria y pasaba horas y horas en tabernas baratas, donde seguía escribiendo sus convencionales poemas. Ésa era su vida —una vida que no tenía demasiado sentido—, la existencia insulsa, magra, de un exiliado ruso de tercera categoría. Pero, como es bien sabido, la conciencia no viene determinada por un tipo u otro de vida. En tiempos de relativa seguridad pero también en aquellos días en que pasaba hambre y comprobaba lo raído de su ropa, Grafitski no era desgraciado —al menos hasta que llegó al año fatídico. Podía considerársele, sin demasiado problema, un hombre ocupado, porque el objeto de su ocupación era su propia alma —y en esos casos, no hay cabida para el ocio ni tampoco necesidad del mismo. Estamos hablando más bien de los respiraderos de la vida, del pulso del corazón que parece en un momento detenerse de la piedad, de la irrupción de las cosas del pasado en el presente,—. ¿Qué aroma es ése? ¿A qué me recuerda? Y por qué nunca nos damos cuenta de que aun en la más monótona de las calles cada una de las casas es diferente, y la variedad es inmensa, ya sea de edificios, de muebles, de cada uno de los objetos más nimios, de los adornos aparentemente más inútiles… sí, inútiles, pero llenos de un encanto desinteresado, de una magia casi sacramental.

Hablemos con franqueza. Son muchos aquellos cuyas almas están dormidas como un leño. Por el contrario, existe gente dotada de principios, de ideales, almas enfermas a las que les afectan problemas de fe y de moral; no es que sean artistas de la sensibilidad, pero su alma es una mina en la que excavan y cavan, profundizando cada vez más con el taladro de su conciencia religiosa hasta marearse con el polvo negro de sus pecados, pecados pequeños, seudopecados. Graf no pertenecía a este grupo: carecía de pecados especiales y tampoco era persona de principios. Se ocupaba de su propio ser, como otros se dedican a estudiar a un determinado pintor, a coleccionar acáridos, o a descifrar manuscritos ricos en transposiciones y variantes complejas, con garabatos, como alucinaciones, en el margen y con tachaduras

temperamentales que queman los puentes entre una y otra imagen —puentes cuya restauración resulta tan divertida.

Ahora sus estudios se habían visto interrumpidos por una serie de consideraciones externas —y esto era inesperado y tremendamente doloroso—, ¿cómo podía solucionarlo? Después de quedarse un buen rato en la ventana (y poniendo todo de su parte para encontrar una mínima defensa ante aquella idea ridícula, trivial, pero también invencible, de que dentro de unos pocos días, el diecinueve de junio, alcanzaría la edad mencionada en su sueño de infancia), Graf abandonó silencioso su habitación que iba dominando la penumbra y en la que todos los objetos, alentados ligeramente por las olas del crepúsculo, habían abandonado sus lugares de apoyo y flotaban como lo hacen los muebles en una casa inundada. Todavía era de día y, de alguna forma, el corazón se encogía ante la ternura de las primeras luces. Graf se dio cuenta al momento de que algo andaba mal, que una agitación extraña se estaba extendiendo por todos lados: la gente se reunía en las esquinas de las calles, hacía señas extrañas, caminaba hasta la acera de enfrente, y al llegar allí señalaba con el dedo a algo que se perdía en la distancia y luego se quedaba quieta en una misteriosa actitud como de sopor. En la oscuridad del crepúsculo, los nombres se perdían, sólo quedaban los verbos, o al menos las formas arcaicas de ciertos verbos. Este tipo de fenómeno podía significar muchas cosas: por ejemplo, el fin del mundo. De repente, con un hormigueo entumecido en todo el cuerpo, comprendió: allí, allí, más allá del horizonte entre los edificios, una silueta débil contra el claro fondo dorado, bajo el borde inferior de una nube alargada color ceniza, muy bajo, muy lejos, muy lento, flotaba un dirigible, también color ceniza y también alargado. El encanto exquisito, anticuado, de su movimiento que se maridaba con la belleza intolerable del cielo crepuscular, de las luces naranja, de las siluetas azules de la gente, provocó que el contenido del alma de Graf se desbordara. Lo vio como una dádiva celeste, una aparición pasada de moda, destinada a recordarle que estaba a punto de alcanzar el límite establecido de su vida; leyó mentalmente su inevitable necrológica: nuestro valioso colaborador… tan joven… nosotros que tan bien le conocíamos… un humor fresco… una tumba fresca… Y lo que era todavía más inconcebible: alrededor de la necrológica, y parafraseando de nuevo a Pushkin, «*la naturaleza, indiferente, seguía resplandeciendo*». La flora de un periódico, la maleza de las noticias nacionales, las bardanas de los editoriales.

Una tranquila noche de verano cumplió treinta y tres años. Solo en su habitación, vestido con calzoncillos largos, a rayas como los de un preso, sin gafas y parpadeando sin cesar, celebró aquel cumpleaños que tanto había deseado evitar. No había invitado a nadie porque temía ciertas contingencias como que se rompiera un espejo de bolsillo o que surgiera una conversación acerca de la fragilidad de la vida que la buena memoria de algún invitado elevaría a la categoría de mal agüero.

Quédate, quédate, momento presente —no eres tan hermoso como el de Goethe—, pero, a pesar de todo, quédate. Estamos ante un individuo único en un medio único: los libros viejos abatidos como árboles por la tormenta en las estanterías, el pequeño frasco de cristal de yogur (que dicen que prolonga la vida), el cepillo para limpiar la pipa, el sólido álbum de tintas cenicientas donde Graf pegaba todo, empezando por los recortes de sus versos y acabando con el billete de un tranvía ruso —ése es el ambiente que rodea a Graf Ytski (seudónimo que concibió en una noche de lluvia mientras esperaba el ferry), un hombre pequeño de orejas como mariposas, taciturno, que sentado al borde de la cama contempla en su mano el calcetín violeta que se acaba de quitar.

Desde ese momento empezó a tenerle miedo a todo: al ascensor, a una corriente de aire, al tráfico, a los manifestantes, a la plataforma del camión desde donde reparaban los troles y cables del trolebús, a la inmensa cúpula del gasómetro que podía explotar en el preciso momento en que la cruzara camino de correos, donde, por si fuera poco, cualquier bandido arriesgado con la cara cubierta, podría ponerse a pegar tiros. Se daba cuenta de lo estúpidos que eran sus pensamientos pero era incapaz de superarlos. En vano intentó distraer su atención pensando en otra cosa: en el fondo de todos sus pensamientos estaba un cadáver, *el putrefagto*, el novio omnipresente. Por otro lado, los poemas convencionales que con toda diligencia seguía enviando a los periódicos se fueron haciendo cada vez más festivos y simples (ya que nadie debía notar retrospectivamente en ellos el presentimiento de una muerte cercana), y aquellos versos sin vida cuyos ritmos recordaban a la sierra del típico juguete ruso del muzik y el oso, y en los que estridente rimaba con escribiente —aquellos pareados, y sólo aquellos, acabaron siendo lo más sólido y seguro de su ser.

Naturalmente, a nadie le está prohibido creer en la inmortalidad del alma; pero hay una pregunta terrible que nadie que yo conozca se ha planteado (meditaba Graf mientras se bebía un jarro de cerveza): ¿no existirá la posibilidad de que el paso del alma al más allá vaya acompañado de impedimentos fortuitos y vicisitudes aleatorias semejantes a los distintos accidentes que rodean el nacimiento y la llegada de un ser a este mundo? ¿No podríamos ayudar al éxito de tal tránsito mediante la puesta en práctica, mientras estamos vivos, de ciertas medidas psíquicas o incluso físicas? ¿Y cuáles concretamente? ¿Qué debemos prever, qué debemos almacenar, qué debemos evitar? ¿Acaso deberíamos considerar la religión (argumentaba para sí Graf, demorándose en la taberna oscura y desierta donde las sillas hacía tiempo que bostezaban y se habían dormido sobre las mesas), esa religión que cubre las paredes de la vida con imágenes sagradas, como si fuera una forma de tratar de crear un ambiente favorable (más o menos de la misma forma en que, según dicen ciertos médicos, las fotografías de niños hermosos, rollizos, que adornan el dormitorio de las mujeres embarazadas tienen un efecto beneficioso en el fruto de sus entrañas)? Pero

incluso si se hubieran tomado las medidas necesarias, incluso en el caso de que supiéramos por qué X (que se alimentaba de esto o de aquello, je leche, de música… o de lo que fuere) efectuó el tránsito hasta el más allá sin accidente alguno, mientras que Y (cuya alimentación había sido ligeramente distinta) quedó detenido y pereció, no existirán otros riesgos que amenacen el propio momento del tránsito, y que de alguna manera puedan interponerse en el camino, estropeándolo todo, porque, escucha, incluso los animales o gente muy simple se hacen a un lado sigilosamente cuando les llega la hora: no me pongas trabas, no pongas trabas en mi peligrosa, difícil tarea, concédeme, oh Dios, que mi tránsito se desarrolle pacíficamente y que me libere sin trabas de mi alma inmortal.

Estos pensamientos deprimían a Graf, pero todavía era más terrible, más desolador el pensar que existiera la posibilidad de que no hubiera más allá, de que la vida de un hombre estallara irremediablemente como las burbujas que bailan y se desvanecen en una tempestuosa tubería bajo las mandíbulas de una cañería —Graf las contemplaba desde la terraza del café de barrio en las afueras—, llovía mucho, había llegado el otoño, habían pasado cuatro meses desde que hubo alcanzado la edad fatídica, la muerte podía alcanzarle en cualquier minuto ya, y aquellos viajes hasta los sombríos yermos de pinares de las afueras de Berlín eran extremadamente peligrosos. Sin embargo, pensaba Graf, si no existe el más allá, entonces desaparece también con ello la idea de un alma independiente, desaparece incluso la posibilidad de los presentimientos y los augurios; está bien, seamos materialistas, y por lo tanto, yo, un individuo sano con una herencia genética sana, probablemente viva medio siglo más, y por lo tanto carece de sentido sucumbir ante ilusiones neuróticas —éstas sólo son el resultado de cierta inestabilidad temporal de mi clase social; consideremos más bien que el individuo es inmortal en la medida en que su clase es inmortal— y la gran clase de la burguesía (continuaba Graf, pensando en alto animadamente), nuestra gran y poderosa clase social conquistará a la hidra del proletariado, porque nosotros, asimismo, dueños de esclavos, comerciantes con nuestros leales trovadores, debemos plantarnos en la vanguardia de nuestra clase (más aplausos, por favor), nosotros, todos, los burgueses del mundo, los burgueses de toda la tierra… y de todas las naciones, levantemos nuestro propio *kollektiv*, dominado por el petróleo (¿o más bien por el oro?), y aplastemos a los monstruos plebeyos, al llegar aquí cualquier adverbio acabara en «iv» servía para rimar con el *kollektiv* de burgueses: después sólo quedan dos estrofas antes de volver al principio: ¡arriba, burgueses de todas las naciones y de todo el mundo! ¡Viva nuestro sagrado capital! Tra - tra - tra (algo que rime con nacional) ¡nuestra burguesa *Internacional*! ¿Ha quedado ingenioso? ¿Ha quedado divertido?

Llegó el invierno. Graf pidió prestados cincuenta marcos a un vecino y utilizó el dinero para hartarse de comer porque no tenía intención alguna de concederle la

menor facilidad al destino. El extraño vecino que por su cuenta (¡por su cuenta y riesgo!) le había ofrecido ayuda económica, era un recién llegado que ocupaba las dos mejores habitaciones del quinto piso, y que se llamaba Ivan Ivanovich Engel, una especie de caballero fornido de pelo gris, que respondía al tipo clásico de compositor de música o de maestro de ajedrez, pero que, de hecho, era representante de alguna compañía extranjera (muy extranjera, quizá, del Lejano Oriente o incluso celestial). Cuando se encontraban por casualidad en el pasillo sonreía amable, tímido, y para el pobre Graf su simpatía se explicaba por el hecho de que era un hombre de negocios, sin cultura alguna, alejado de la literatura y de las otras cumbres del espíritu humano, y por lo tanto, tenía obligatoriamente que ser un hombre que instintivamente albergara hacia él, Grafitski el Soñador, una estima que le producía estremecimientos de placer. En cualquier caso, Graf tenía demasiadas preocupaciones para prestar demasiada atención a su vecino, pero de forma más bien distraída continuó aprovechándose de la naturaleza angelical del anciano caballero —y en las insoportables noches sin nicotina, por ejemplo, iba a llamar a la puerta de Engel para conseguir un puro—, pero no llegó a hacerse realmente amigo suyo, y ni siquiera le invitó a pasar a su cuarto (excepto aquella vez en que la lámpara de su escritorio se fundió justo el día en que la patrona había decidido ir al cine, y el vecino le trajo una bombilla completamente nueva que colocó en su lugar con toda delicadeza).

En Navidad unos amigos de sus tertulias literarias le invitaron a una fiesta con *yolka* (árbol de Navidad) incluido y Graf, perdido en la algarabía de la conversación, se dijo con el corazón encogido que quizá aquélla fuera la última noche en que contemplaba aquellas baratijas de colores. En otra ocasión, en medio de una serena noche de febrero, se quedó con la vista fija en el cielo durante tanto tiempo que de pronto se sintió incapaz de tolerar el peso y la carga de la conciencia humana, aquel lujo absurdo y siniestro: le sobrevino un espasmo odioso que le llevó a jadear, falto de aliento, y al hacerlo aquel cielo monstruoso cuajado de estrellas empezó a moverse. Graf echó la cortina de la ventana, y llevándose la mano al corazón, llamó a la puerta de Ivan Engel. Este, con una suave sonrisa y con un ligero acento alemán, le ofreció una valeriana. Y por cierto, dio la casualidad de que Graf, al entrar, sorprendió a Engel de pie en el centro del dormitorio destilando el calmante en un vaso de vino, sin duda para tomárselo él mismo: con el vaso en la mano derecha y levantando la izquierda que sostenía la botella color ámbar, movía en silencio los labios, mientras contaba doce, trece, catorce, y luego muy rápidamente, como si corriera de puntillas, quincedieciséisdiecisiete, y de nuevo, despacio, veinte. Llevaba una bata color amarillo canario: unas lentes se montaban en la punta de su atenta nariz.

Y después de otro lapso de tiempo llegó la primavera y la escalera se llenó de olor a lentisco. Alguien murió en la casa de enfrente, y durante un buen rato estuvo

estacionado allí delante un automóvil fúnebre, negro brillante, como un piano de cola. Graf se vio atormentado por todo tipo de pesadillas. Veía señales ominosas por todos lados, la coincidencia más casual le aterrorizaba. La lógica de la suerte es la lógica del destino. ¿Cómo no creer en el destino, en la infalibilidad de sus movimientos, en la obstinación de su propósito, cuando sus líneas negras se nos muestran con persistencia a través de la escritura de la vida?

Cuanta más atención se presta a las coincidencias, tanta más tendencia tienen a producirse. Graf llegó a extremos increíbles: después de tirar un periódico del que había recortado la frase: «Tras una larga y penosa enfermedad», volvió a ver el mismo periódico a los pocos días con su hueco cortado en manos de una mujer del mercado que le estaba envolviendo una col; y la misma noche, desde detrás de los tejados más remotos, una nube maligna y oscura empezó a hincharse, engullendo a las primeras estrellas, y de pronto sintió una pesadez sofocante como si estuviera llevando a hombros un inmenso baúl de hierro forjado y de repente, sin que nada hiciera presagiarlo, el cielo perdió su equilibrio y el inmenso baúl cayó rodando con estrépito por las escaleras. Graf se apresuró a cerrar los postigos de las ventanas porque, como es bien sabido, las corrientes y la luz eléctrica atraen los rayos. Un resplandor atravesó la hendidura de las persianas y para determinar la distancia a la que había caído el rayo, utilizó el clásico método doméstico de ponerse a contar: el trueno le llegó cuando hubo contado seis, es decir seis verstas. La tormenta arreció. Las tormentas secas son las peores. Los postigos temblaron y crujieron. Graf se fue a la cama, pero una vez allí empezó a imaginarse tan plásticamente el momento inminente en el que el rayo caería en el tejado, atravesando los siete pisos v transformándole al pasar en un negro destrozado en horribles convulsiones, que saltó de la cama con el corazón latiendo a toda velocidad (a través de las persianas le llegó el resplandor de un relámpago, y la cruz que cerraba el postigo arrojó una sombra pasajera sobre la pared) y haciendo un estrépito tremendo en la oscuridad sacó del lavabo un pesado cuenco de loza (rigurosamente limpio) y tras colocarlo en el suelo, se metió dentro, de pie, temblando, con los dedos de los pies castañeteando contra la arcilla, y se quedó así casi toda la noche, hasta que el amanecer detuvo su locura.

Durante la tormenta de mayo, Graf descendió a las más humillantes profundidades de cobardía transcendental. Por la mañana, sin embargo, le cambió el ánimo. Consideró el alegre cielo azul, los dibujos arborescentes de humedades oscuras que cruzaban el asfalto que se iba secando poco a poco y se dio cuenta una vez más de que sólo le quedaba un mes más hasta el diecinueve de junio. Ese día cumpliría treinta y cuatro años. ¡La tierra prometida! ¿Pero sería capaz de nadar toda aquella distancia? ¿Aguantaría?

Esperaba hacerlo. Con entusiasmo, decidió tomar medidas extraordinarias para proteger su vida de las exigencias del destino. Dejó de salir a la calle. Dejó de

afeitarse. Fingió estar enfermo; su patrona se ocupaba de sus comidas, y a través de Engel le pasaba una naranja, una revista, o un laxante envuelto en un delicado envoltorio. Fumaba menos y dormía más. Hacía los crucigramas de los periódicos de exiliados, respiraba por la nariz y antes de irse a la cama tenía buen cuidado de poner una toalla húmeda sobre la alfombrilla de la cama para asegurarse de que su frialdad lo despertara, en el caso de que su cuerpo se viera acometido por un ataque de sonambulismo y tratara de esquivar la vigilia del pensamiento.

¿Lo conseguiría? Uno de junio. Dos de junio. Tres de junio. Al llegar al diez un vecino le preguntó a través de la puerta si estaba bien. Once. Doce. Trece. Y como aquel famoso atleta finlandés que en el último momento tira el reloj de plata que le ha permitido computar sus tiempos parciales, Graf, al ver que llegaba al final de la pista, cambió abruptamente su forma de actuar. Se afeitó la barba color de paja, se dio un baño e invitó a sus amigos a una fiesta el día diecinueve.

No cedió a la tentación de celebrar su cumpleaños la víspera del mismo, como le avisaban los astutos diablillos del calendario (había nacido en el siglo pasado cuando mediaban doce, no trece días, entre el Estilo Viejo y el Nuevo por el que ahora se regía); pero lo que sí hizo fue escribir a su madre en Pskov pidiéndole información sobre la hora exacta de su nacimiento. Su contestación, sin embargo, fue bastante evasiva: «Ocurrió por la noche. Recuerdo que tuve muchos dolores».

Amaneció el diecinueve. Durante toda la mañana, se pudo oír a su vecino caminando sin parar en su cuarto, mostrando una agitación nada habitual que le llevaba incluso a salir al pasillo cada vez que se oía el timbre del portal, como si estuviera esperando algún recado. Graf no le invitó a su fiesta, apenas se conocían, después de todo, pero sí que invitó a la patrona, porque la naturaleza de Graf aunaba de una forma curiosa la distracción y el cálculo. A última hora de la tarde salió, compró vodka, bolas de carne, arenques ahumados, pan negro… De vuelta a casa, al cruzar la calle, con los alimentos todos revueltos y mal sujetos, observó a Engel, iluminado por el resplandor amarillo del sol, que le contemplaba desde el balcón.

Hacia las ocho, en el preciso momento en que Graf, después de poner la mesa, se asomó a la ventana, ocurrió lo siguiente: en la esquina de la calle, donde se había reunido un pequeño grupo de hombres delante de la taberna, se oyeron una serie de gritos airados, seguidos por una serie de tiros repentinos. Graf tuvo la impresión de que una bala perdida silbaba delante de su rostro y que casi le rompía las gafas, y con un grito aterrorizado se metió dentro. Se oyó el timbre del portal. Temblando, Graf asomó la cabeza, y al mismo tiempo, Ivan Ivanovich Engel, vestido con su bata amarillo canario, corrió hasta el vestíbulo. Era un mensajero con el telegrama que llevaba todo el día esperando. Engel lo abrió con ansiedad —y su rostro se iluminó de alegría.

«*Was dort für Skandale?*», preguntó Graf, dirigiéndose al mensajero, pero éste,

extrañado sin duda por el mal alemán de su interlocutor, no le entendió, y cuando Graf, con mucha cautela, volvió a mirar por la ventana, la acera de delante de la taberna había quedado desierta salvo por los porteros que contemplaban la calle, sentados en sus sillas frente a sus correspondientes portales y una doncella con las piernas al aire que paseaba un caniche rosa.

Hacia las nueve llegaron todos los invitados, tres rusos y la patrona alemana. Ésta trajo cinco copitas de licor y un pastel hecho por ella misma. Era una mujer con mal tipo, y llevaba un vestido como crujiente de color violeta, tenía las mejillas marcadas, un cuello lleno de pecas, y la peluca de una suegra de comedia. Los taciturnos amigos de Graf, hombres de letras exiliados, todos ellos ya mayores, pesados, con diversas enfermedades (cuyo relato siempre reconfortaba a Graf), consiguieron emborrachar inmediatamente a la patrona, sin privarse tampoco ellos de su correspondiente borrachera que, sin embargo, no consiguió alegrarles el ánimo. Por supuesto, la conversación se desarrolló en ruso; la patrona no entendía una palabra, pero no obstante sonreía estúpidamente, movía los ojos con coquetería vana, y mantenía un monólogo con ella misma sin que nadie la escuchara. Graf, de vez en cuando, consultaba el reloj bajo la mesa, anhelaba que la torre de la iglesia más cercana diera las doce campanadas, bebía zumo de naranja, y se tomaba el pulso. A medianoche se acabó el vodka y la patrona, tambaleándose y riéndose como una loca, fue a buscar una botella de coñac. «A su salud *staraya morda*» (vieja bruja), dijo uno de los invitados, y ella, inocente, confiada, chocó su copa con él tras lo cual hizo ademán de chocarla con otro de los presentes, que esquivó su brindis.

Cuando salió el sol, Grafitski se despidió de sus invitados. En la mesita del vestíbulo, observó, estaba, desgarrado y abierto, el telegrama que había hecho las delicias de su vecino. Grafio leyó distraído: SOGLASEN PRODLENIE (CONCEDIDA LA EXTENSIÓN), y luego volvió a su cuarto, puso un poco de orden, y, bostezando, invadido por una extraña sensación de aburrimiento (como si hubiera planeado toda su vida según las pautas marcadas por aquella extraña predicción y ahora tuviera que volver a planearla de nuevo), se sentó en una butaca y se puso a hojear un libro viejo (un regalo de cumpleaños), una antología rusa de buenos relatos y chistes publicada en el Lejano Oriente: «¿Cómo está su hijo, el poeta?». «Ahora es un sádico.» «¿Qué me quiere decir?» «Que sólo escribe dísticos tristes.» Poco a poco Graf se quedó dormido en su butaca y vio en sueños a Ivan Ivanovich Engel cantando en una especie de jardín moviendo sus alas redondas y amarillas, y cuando Graf se despertó el maravilloso sol de junio dibujaba un arco iris miniatura en las copas de licor de la patrona, y todo parecía de repente suave, luminoso y enigmático, como si hubiera algo que no hubiera entendido del todo, que no hubiera meditado hasta sus últimas consecuencias, y como si ahora fuera ya demasiado tarde, y hubiera empezado otra vida, nueva, como si el pasado se hubiera

esfumado, y la muerte hubiera eliminado completamente, definitivamente, aquel recuerdo sin sentido, que el azar había convocado desde el hogar humilde y lejano, donde hasta entonces había estado viviendo su oscura existencia.

Terra Incógnita [*]

El sonido de la cascada fue progresivamente amortiguándose al compás de nuestra marcha, hasta desvanecerse por completo, pero nosotros seguíamos abriéndonos camino por la selva a través de una región sin explorar. Caminábamos y llevábamos caminando ya un buen rato, Gregson y yo delante; nuestros ocho porteadores indígenas detrás, en fila india; y al final, sin parar de quejarse, venía Cook. Sabía que Gregson lo había reclutado siguiendo el consejo de un cazador local. Cook había insistido en que él estaba dispuesto a lo que fuera para salir de Zonraki, donde pasan la mitad del año elaborando su *vongho* y la otra mitad bebiéndoselo. No quedó claro, sin embargo —o si no es así es que yo, a medida que caminaba, iba ya olvidando muchas cosas—, quién era exactamente aquel Cook (un marinero fugitivo, quizás).

Gregson andaba junto a mí, nervudo, enjuto, de rodillas desnudas, huesudas. Llevaba una red de cazar mariposas verde con un mango enorme que blandía como si fuera un estandarte. Los porteadores, grandes badonios, de reluciente piel oscura con espesas melenas y arabescos de color cobalto entre los ojos, a los que también habíamos contratado en Zonraki, caminaban a paso firme y regular. Detrás de ellos se rezagaba Cook, todo abotargado, con su pelo rojo y el labio inferior que le colgaba desganado, las manos en los bolsillos sin cargar nada. Recuerdo vagamente que al inicio de la expedición no paraba de hablar y de contar chistes oscuros con ese gracejo tan peculiar que le caracterizaba, una mezcla de insolencia y servilismo, que recordaba mucho a los bufones de los dramas de Shakespeare; pero muy pronto perdió el ánimo y el humor y empezó a descuidar sus obligaciones, que incluían hacer de intérprete con los indígenas, ya que el conocimiento que Gregson tenía del dialecto de los badonios era más que insuficiente.

Había algo lánguido y aterciopelado en el calor. Una fragancia sofocante llegaba de las florescencias de la *Vallieria Mirifica*, de color madreperla y de aspecto similar a un racimo de pompas de jabón, que formaba un arco por encima del estrecho lecho del arroyo, ya seco, por el que avanzábamos. Las ramas de los árboles porfiróferos se enredaban con las hojas negras de las limias para formar un túnel, penetrado aquí y allá por un rayo de luz nebulosa. Arriba, en la espesa masa de vegetación, entre los brillantes racimos colgantes y unas extrañas marañas negras, unos monos canos chasqueaban y chillaban, mientras que un pájaro con aspecto de cometa relampagueaba como una bengala, cantando con una vocecilla aguda. Yo no dejaba de repetirme que mi jaqueca y pesadez eran producto del estrépito de la selva, del calor, de la confusión de colores, pero secretamente sabía que estaba enfermo. Supuse

que sería la fiebre local. Había resuelto, sin embargo, ocultarle mi condición a Gregson, y había adoptado un semblante animado, incluso alegre, cuando ocurrió el desastre.

—Es culpa mía —dijo Gregson—. Nunca debí contar con él.

Nos habíamos quedado solos. Cook y los ocho indígenas nos habían abandonado, con la tienda, la lancha hinchable, los suministros, y las colecciones, y habían desaparecido silenciosamente mientras nosotros estábamos entretenidos en la espesa maleza, persiguiendo insectos fascinantes. Creo que intentamos alcanzar a los fugitivos —no lo recuerdo claramente, pero, en cualquier caso, no lo conseguimos. Teníamos que decidir si regresar a Zonraki o continuar el itinerario planeado, a través de un territorio también desconocido, en dirección a las colinas de Gurano. Venció lo desconocido. Continuamos caminando. Para entonces yo ya estaba temblando y con escalofríos por todo el cuerpo, además de haberme quedado prácticamente sordo a causa de las dosis de quinina, pero seguía recogiendo plantas innominadas, mientras que Gregson, aunque se daba perfecta cuenta del peligro de nuestra situación, seguía capturando mariposas y toda clase de dípteros con la misma avidez de siempre.

Apenas habíamos caminado un kilómetro cuando, de repente, Cook nos alcanzó. Llevaba la camisa desgarrada —aparentemente por sus propias manos, deliberadamente— y jadeaba sin resuello. Sin decir palabra, Gregson sacó el revólver y ya se disponía a pegarle un tiro a aquel canalla, cuando éste se arrojó a los pies de Gregson y, escudándose la cabeza con ambos brazos, empezó a jurar que los indígenas se lo habían llevado a la fuerza y que lo habían querido devorar (lo cual era mentira, porque los badonios no practican el canibalismo). Más bien sospecho que, estúpidos y timoratos como eran, fue él mismo quien los había incitado a largarse y a abandonar aquella controvertida expedición, sin darse cuenta de que iba a tener serias dificultades para seguir su ritmo y adaptarse a la fortaleza de su marcha y, tras quedarse atrás, había retornado junto a nosotros. Por su culpa perdimos colecciones de inestimable valor. Tenía que morir. Pero Gregson guardó el revólver y seguimos caminando, con Cook resollando a trompicones tras nuestros pasos.

La espesura del bosque se iba haciendo progresivamente menos densa. A mí me atormentaban alucinaciones extrañas. Contemplaba los misteriosos troncos de los árboles, en torno a los cuales se enroscaban, en algunos casos, unas serpientes gruesas, de color carne; de repente, creí ver, entre los troncos, y como si fuera entre los intersticios de mis dedos, la luna de un armario medio abierto con reflejos débiles, pero pronto volví en mí, miré con más cuidado, y descubrí que era tan sólo el engañoso brillo de una mata de acreana (una planta enredadera con grandes bayas que parecen ciruelas maduras). Al cabo de un rato la selva se aclaró y los árboles desaparecieron por completo y el cielo se alzó ante nosotros como un sólido muro azul. Estábamos en la cima de una cuesta muy inclinada. Bajo nuestros ojos brillaba

vaporosa al sol una enorme extensión pantanosa, y, en la lejanía, se distinguía la silueta trémula de una hilera de colinas color malva.

—Juro por Dios que debemos volver —dijo Cook con voz quejumbrosa—. Juro por Dios que vamos a perecer en esta ciénaga si proseguimos. Tengo siete hijas y un perro esperándome en casa. Volvamos… conocemos el camino de vuelta…

Se retorcía las manos y el sudor le cubría el rostro grueso de cejas rojas.

—A casa, a casa —repetía sin cesar—. Ya habéis capturado suficientes insectos. ¡Vayamos a casa!

Gregson y yo empezamos a descender la pedregosa pendiente. Al principio Cook se quedó de pie arriba, una pequeña figura blanca contra el monstruoso fondo verde de la selva; pero de repente alzó las manos al cielo, dio un grito y empezó a deslizarse tras nosotros.

La cuesta se estrechaba, formando una especie de cresta rocosa que avanzaba en un largo saledizo sobre los marjales: éstos lanzaban destellos que atravesaban una neblina de vapor. El cielo de mediodía, liberado ahora de sus velos frondosos, se cernía bochornoso sobre nosotros con su oscuridad cegadora, sí, su oscuridad cegadora, porque no hay otra forma de describirla. Traté de no alzar los ojos, pero en aquel cielo, en el borde mismo de mi campo visual, flotaban siempre al unísono con mi paso, blanquecinos fantasmas de escayola, volutas de estuco y rosetas, como las que se utilizan para adornar los techos de los salones europeos; sin embargo, en cuanto los miraba directamente desaparecían, y de nuevo el cielo tropical volvía a retumbar, por así decir, con un azul denso y uniforme. Caminábamos todavía a lo largo del promontorio rocoso, que no hacía sino estrecharse tendiéndonos todo tipo de trampas. Alrededor del mismo crecían dorados juncos pantanosos como un millón de espadas desnudas reluciendo al sol. Aquí y allá centelleaban marjales alargados, y sobre los mismos colgaban suspendidos oscuros enjambres de mosquitos. Una enorme flor de los marjales, presumiblemente una orquídea, me tendía su labio velludo y pubescente que parecía manchado de yema de huevo. Gregson lanzó su red, pero se hundió hasta las caderas en el cieno mientras una gigantesca mariposa *Macaón*, con un aleteo de su ala de satén, volaba sobre él por encima de los juncos, hacia el relumbre de unas emanaciones pálidas donde parecían colgar los pliegues confusos de la cortina de una ventana. *No debo*, me decía a mí mismo, *no debo*… Desplacé la vista y empecé a caminar junto a Gregson, por la roca, y luego por un terreno siseante y chasqueante. Sentía escalofríos, a pesar del calor de invernadero. Vi con toda claridad que en breves momentos me iba a desplomar, que los contornos y convexidades del delirio, que se mostraban a través del cielo y de los juncos dorados, iban a hacerse con el completo control de mi conciencia. A veces parecía que Gregson y Cook iban a volverse transparentes y creí ver, a través de sus cuerpos, una pared cubierta de un papel que repetía hasta el infinito un diseño de juncos. Conseguí

dominarme, me esforcé por mantener los ojos abiertos y seguí andando. En aquellos momentos Cook ya no podía sino andar gateando a cuatro patas, vociferando insultos y agarrándose a las piernas de Gregson, pero éste se desprendía de su cuerpo y seguía caminando. Yo miré a Gregson, a su obstinado perfil, y sentí, horrorizado, que se me estaba olvidando quién era Gregson y la razón por la que yo estaba con él.

Mientras tanto, no dejábamos de hundirnos en el cieno cada vez más y con creciente frecuencia, el insaciable fango se empeñaba en chupar nuestros cuerpos, y nosotros nos debatíamos para liberarnos. Cook no hacía sino caerse y reptar, cubierto de picaduras de mosquitos, todo hinchado y empapado, y, Dios mío, como chillaba cuando unas repulsivas bandadas de diminutas culebras acuáticas verde brillante, atraídas por nuestro sudor, iniciaban nuestra persecución, estirándose y desenroscándose para nadar dos yardas y luego otras dos yardas más. Yo, sin embargo, estaba mucho más atemorizado por otro fenómeno: de tanto en tanto, a mi izquierda (y siempre, por alguna extraña razón, a mi izquierda), escorado entre los reiterativos juncos, surgía de la ciénaga lo que parecía un enorme sillón, pero que en realidad no era sino un extraño y torpe anfibio gris, cuyo nombre Gregson se negaba tenazmente a confiarme.

—Un descanso —dijo Gregson abruptamente—, detengámonos un momento.

Un golpe de suerte nos permitió trepar hasta una isleta de roca, rodeada de la vegetación de la ciénaga. Gregson se quitó la mochila y nos dio unas empanadas locales que olían a *ipepacuana* así como una docena de frutos de acreanas. ¡Cuánta sed tenía! y de qué poco alivio me resultó el escaso y astringente jugo de aquella fruta…

—Mira, qué extraño —me dijo Gregson, sin hablarme en inglés sino utilizando alguna otra lengua, de forma que Cook no nos pudiera entender—. Debemos atravesar las colinas, pero mira, qué extraño, ¿habrán sido un milagro, las colinas? Ya no se ven.

Levanté la cabeza de la almohada y apoyé el brazo en la resistente superficie de la roca… Sí, era verdad que las colinas ya no se veían; sólo existía el tembloroso vapor suspendido sobre la ciénaga. De nuevo, todo a mi alrededor asumió una ambigua transparencia. Volví a tumbarme y le dije a Gregson suavemente:

—Probablemente no las ves, pero hay algo que parece insistir en atravesar la neblina.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Gregson.

Me di cuenta de que lo que estaba diciendo era un absurdo y me callé. La cabeza me daba vueltas y sentía un zumbido en los oídos; Gregson, con una rodilla en tierra, revolvía su mochila, pero no encontró ninguna medicina, y mis existencias se habían acabado. Cook seguía sentado en silencio, escarbando moroso en una roca. A través de un desgarro en la manga de su camisa se veía un tatuaje extraño en su brazo: un

vaso de cristal con una cucharilla de café, muy elegantemente elaborados.

—Vallière está enfermo… ¿no te quedan pastillas? —le dijo Gregson. Yo no oí las palabras exactas, pero pude adivinar el sentido general de su conversación, que en cuanto intentaba escuchar con atención se convertía en una serie de palabras absurdas y en cierta manera esféricas.

Cook se volvió despacio y el vidrioso tatuaje se resbaló por su piel y se quedó suspendido en el aire, a su lado; luego se fue flotando, flotando en la distancia mientras yo lo perseguía con mirada aterrada; al darse una vuelta, se perdió entre los vapores de la ciénaga, con un último y débil destello.

—Te está bien empleado —murmuró Cook—. Es una pena, no tiene remedio. Lo mismo nos va a pasar a ti y a mí. No tiene remedio…

En el transcurso de los últimos minutos, esto es, desde que nos habíamos detenido a descansar en la isleta rocosa, él parecía haberse agrandado, se había hinchado, y ahora presentaba un cierto aire ridículo y peligroso en su persona. Gregson se quitó el sombrero y sacando un pañuelo sucio, se enjugó la frente, teñida de color naranja sobre las cejas y completamente blanca en la parte superior. «Contrólate, por favor» (o algo así). «Vamos a tratar de avanzar algo. El vapor oculta las colinas, pero están allí. Estoy seguro de que ya hemos cubierto al menos la mitad del marjal.» (Todo este diálogo es bastante aproximado.)

«Asesino», dijo Cook con voz entrecortada. El tatuaje estaba de nuevo en su brazo; pero no todo el vaso, tan sólo uno de sus lados —no había espacio suficiente para el resto, que temblaba en el espacio, lanzando destellos. «Asesino», repitió Cook con satisfacción, alzando sus ojos encendidos. «Te dije que nos quedaríamos colgados aquí. Los perros negros comen demasiada carroña. Mi, re, fa, sol.»

—Es un bufón —informé suavemente a Gregson—, un bufón shakespeariano.

—Bufó… bufó… bufó… —respondió Gregson—. Bufó… bufó… buf… bu… bu… Me oyes —siguió gritándome en el oído—. Tienes que levantarte. Tenemos que seguir la marcha.

La roca era blanca y suave como una cama. Me incorporé un tanto, pero al momento volví a tumbarme sobre la almohada.

—Tendremos que llevarlo —dijo la lejana voz de Gregson—. Ayúdame.

—¡Pamplinas! —contestó Cook (o por lo menos eso creí entender)—. Sugiero que comamos un poco de carne fresca antes de que se seque. Fa, sol, mi, re.

—Está enfermo, también él está enfermo —le grité a Gregson—. Estás acompañado de dos locos. Vete solo. Tú lo conseguirás… Vete.

—Que se lo ha creído que le vamos a dejar marcharse —dijo Cook.

Mientras tanto, en mi delirio, y aprovechándose de la confusión general, una serie de visiones fantásticas, firmes y tranquilas, iban aposentándose ante mi vista, y encontrando su acomodo natural. Las débiles líneas de los perfiles de un techo se

estiraban y cruzaban en el cielo. Un gran sillón se alzaba, como apoyado desde abajo, por encima de la ciénaga. Unos pájaros brillantes volaban a través de la neblina del pantano y, al posarse, uno se volvía hacia un poste del baldaquino de madera de la cama, el otro hacia una garrafa de cristal. Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, fijé mi mirada y conseguí desprenderme de toda aquella basura peligrosa. Sobre los juncos volaban pájaros reales con largas colas flamígeras. El aire zumbaba con insectos. Gregson se desembarazaba con la mano de un insecto multicolor mientras que a la vez trataba de determinar la especie a la que pertenecía. Finalmente no pudo contenerse más y lo capturó en su red. Sus movimientos sufrieron curiosos cambios como si algo insistiera en reorganizarlos. Lo vi adoptar diferentes poses simultáneamente; se estaba despojando de sí mismo, como si estuviera hecho de muchos Gregsons de cristal cuyas siluetas externas no coincidieran. Luego volvió a condensarse de nuevo y se levantó firme y seguro. Le estaba zarandeando a Cook en el hombro.

—Me vas a ayudar a llevarle —oí que Gregson le decía con toda nitidez—. Si no fueras un traidor no nos veríamos metidos en este lío.

Cook permaneció en silencio, pero su rostro empezó a adquirir lentamente un rubor púrpura.

—Piénsalo, Cook, te arrepentirás de esto —dijo Gregson—. Te lo digo por última vez.

Y en ese momento sucedió lo que se llevaba gestando durante un buen rato. Cook embistió de cabeza como un toro contra el estómago de Gregson. Ambos cayeron al suelo; Gregson tuvo tiempo de sacar su revólver pero Cook consiguió quitárselo de la mano de un golpe. Luego se agarraron y empezaron a rodar abrazados, jadeando ensordecedoramente. Yo los contemplaba incapaz de hacer nada. La fuerte espalda de Cook se ponía tensa y las vértebras se destacaban a través de la camisa; pero, de repente, aparecía, en lugar de su espalda, una pierna, también suya, cubierta de pelos cobrizos, y con una vena azulada que corría por la piel, y Gregson entonces ya estaba rodando encima de él. El casco de Gregson salió disparado y dando tumbos, como la parte superior de una caja de cartón de huevos. Los dedos de Cook, hábilmente liberados del lugar que ocuparan en el laberinto de aquellos dos cuerpos entrelazados, emergieron al exterior sujetando un cuchillo oxidado pero de hoja afilada; el cuchillo entró en la espalda de Gregson como si fuera de barro, pero Gregson sólo reaccionó con un gruñido, y arribos siguieron rodando abrazados, varias vueltas; cuando de nuevo tuve ante mi vista la espalda de mi amigo, vi que sobresalían el mango del cuchillo y la mitad de la hoja, mientras sus manos se cerraban en torno al grueso cuello de Cook que crujía al verse así apretado, y pataleaba a empellones con las piernas. Dieron un último giro completo, después del cual sólo se veía un cuarto de la hoja del cuchillo, no, tan sólo un quinto, no, ni siquiera eso: había penetrado

completamente. Gregson se quedó inmóvil clavado inerte con todo su peso encima de Cook, que también se había quedado inmóvil. Yo les observaba y me parecía (embotados como estaban mis sentidos a causa de la fiebre) que todo aquello no era sino un juego inofensivo, que al momento siguiente iban a levantarse y que, cuando hubieran recuperado el aliento, me sacarían pacíficamente cruzando el pantano en dirección a las frescas colinas azules, hasta llegar a algún lugar umbroso con murmullos de agua. Pero de repente, en esta la última fase de mi enfermedad mortal, porque estaba convencido de que iba a morir en unos cuantos minutos, en aquellos minutos finales, todo adquirió una extraña lucidez: me di cuenta de que todo lo que sucedía a mi alrededor no era el engaño de una imaginación encendida, ni tampoco el velo del delirio, a través del cual trataban de mostrarse una serie de importunas imágenes de mi existencia supuestamente real en una lejana ciudad europea (el papel de la pared, el sillón, el vaso de limonada). Me di cuenta de que la habitación que me importunaba con su presencia era ficticia, como todo más allá de la muerte es, en el mejor de los casos, ficticio: una imitación de la vida apresuradamente reconstruida, las amuebladas habitaciones de la inexistencia. Me di cuenta de que la realidad estaba allí en el lugar donde me encontraba, bajo aquel maravilloso y aterrador cielo tropical, entre aquellos juncos relucientes como espadas, en aquel vapor suspendido sobre los mismos, y en las flores de labios gruesos que se agarraban a la isleta plana, donde, junto a mí, yacían dos cadáveres abrazados. Y, tras caer en la cuenta, encontré en mi interior la fuerza para arrastrarme hasta ellos y sacar el cuchillo de la espalda de Gregson, mi jefe, mi querido amigo. Estaba muerto, absolutamente muerto, y todos los pequeños botellines que llevaba en los bolsillos estaban rotos y hechos trizas. También Cook estaba muerto, con la lengua, negra como la tinta, fuera de la boca. Despegué como pude hasta abrirlos los dedos de Gregson y le di la vuelta al cuerpo. Tenía los labios entreabiertos y llenos de sangre; su rostro, que ya parecía haber adquirido cierto rigor, parecía mal afeitado; entre sus párpados se dejaba ver el azulado blanco de sus ojos. Por última vez vi todo aquello con nitidez, con plena consciencia, con el sello de la autenticidad sobre todas las cosas —sus rodillas peladas, las moscas brillantes volando en círculo sobre sus cadáveres, las hembras de aquellas moscas buscando ya el lugar más apropiado para depositar sus huevos. Hurgando con mis manos debilitadas, saqué un grueso cuaderno del bolsillo de mi camisa, pero en ese momento me entró un ataque de debilidad; tuve que sentarme sin poder mantener la cabeza erguida. Y sin embargo, logré conquistar la niebla impaciente de la muerte para mirar en torno mío. Aire azul, soledad, calor… Y qué pena sentí por Gregson, que nunca ya volvería a casa… incluso me acordé de su mujer y del viejo cocinero, y de sus papagayos y de muchas otras cosas. Luego pensé en nuestros descubrimientos, nuestros preciosos hallazgos, las excepcionalmente raras especies de animales y plantas desconocidas y todavía no descritas a las que ya

no podríamos dar nombre. Estaba solo. Los juncos lucían más y más vagos, el cielo flameaba más y más débil. Mis ojos siguieron a un escarabajo exquisito que reptaba por una piedra, pero no me quedaba fuerza para capturarlo. Todo a mi alrededor se estaba desvaneciendo, dejando desnudo el escenario de la muerte —unos cuantos muebles y cuatro paredes. Mi último movimiento fue el de abrir un libro, húmedo a causa de mi sudor, porque me veía absolutamente forzado a escribir una nota acerca de algo, pero, ay, se me escurrió de la mano. Lo busqué a tientas por toda la manta, pero ya no estaba allí.

El reencuentro [*]

Lev tenía un hermano, Serafim, que era mayor y más grueso que él, aunque bien pudiera ser que en los últimos nueve años… no, aguarde… ¡Dios!, hacía más de diez, más de diez años… habría adelgazado, quién sabe. En unos cuantos minutos nos enteraremos Lev había abandonado Rusia y Serafim se había quedado, una cuestión de puro azar en ambos casos. De hecho, bien podía decirse que quien era de izquierdas era Lev, mientras que Serafim, recién licenciado en el Instituto Politécnico, no pensaba en nada más que en su especialidad y contemplaba con cautela los aires políticos que corrían por entonces… Qué extraño, qué extraño que estuviera a punto de llegar en los próximos minutos. ¿Un abrazo, sería eso lo apropiado dadas las circunstancias? Tantos años… Un especialista, un *spets*. Ah, aquellas palabras con las desinencias cortadas, como si fueran la cabeza de un pez que se tira a la basura.

Aquella mañana había recibido una llamada telefónica, y una voz de mujer desconocida le había anunciado en alemán que él había llegado y que le gustaría pasar a verlo aquella misma noche porque se marchaba al día siguiente. Aquello le había sorprendido, aun cuando Lev ya sabía que su hermano estaba en Berlín. Lev tenía un amigo que tenía un amigo que a su vez tenía otro amigo que trabajaba en la oficina comercial de la Unión Soviética. Serafim había acudido a la misma por motivos de trabajo para tratar de arreglar un asunto. ¿Era miembro del Partido? Hacía más de diez años…

Durante todos aquellos años habían perdido el contacto. Serafim no sabía absolutamente nada de su hermano, y Lev apenas sabía algo de Serafim. Un par de veces Lev había visto el nombre de Serafim a través de la pantalla de humo gris de los periódicos soviéticos que repasaba en la biblioteca. «Y de la misma manera en que el requisito fundamental de la industrialización», declamaba Serafim, «es la consolidación de los elementos socialistas de nuestro sistema económico, el progreso radical de nuestros pueblos se presenta como uno de nuestros más inmediatos y fundamentales objetivos».

Lev, que había terminado sus estudios con un retraso considerable aunque comprensible en la Universidad de Praga (su tesis versaba sobre las influencias eslavas en la literatura rusa), buscaba fortuna en Berlín, sin conseguir nunca decidir dónde estribaba la misma: si en una serie de chapuzas, como le aconsejaba Leshcheyev, o en dedicarse al oficio de impresor, como le sugería Fuchs. Por cierto, que esperaba a Leshcheyev y a Fuchs con sus respectivas mujeres aquella noche (era la Navidad rusa). Lev se había gastado sus últimas monedas en un árbol de Navidad

de segunda mano, de unos cuarenta centímetros; en unas cuantas velas rojas y en medio kilo de bizcochos y un cuarto de dulces. Sus invitados le habían prometido llevarle el vodka y el vino. Sin embargo, tan pronto como hubo recibido aquel increíble mensaje en tono conspirativo en el que le comunicaban que su hermano quería verle, Lev suspendió al punto su fiesta. Los Leshcheyevs estaban fuera y dejó recado a la muchacha de que se había producido algo totalmente inesperado. Ni que decir tiene que una conversación cara a cara con su hermano a solas sería una pura tortura, pero sería incluso peor si… «Éste es mi hermano, vive en Rusia.» «Encantado de conocerles. Y bien, ya pueden empezar a lamentarse.» «Perdone pero no le entiendo, ¿a quién se refiere?» Leshcheyev era particularmente apasionado e intolerante… No, tenía que suspender la fiesta de Navidad.

Y ahora, a las ocho de la noche, Lev caminaba a lo largo de su habitación pequeña y pobretona, pero muy limpia, tropezándose contra la mesa o contra el cabecero de la cama, un hombre necesitado pero pulcro, vestido con un terno negro gastado y brillante y con un cuello demasiado grande para él. No llevaba barba, era más bien chato y no tenía un aspecto demasiado distinguido, en sus ojos pequeños brillaba un punto de locura. Llevaba polainas para ocultar los agujeros de sus calcetines. Se había separado hacía poco tiempo de su mujer, que le había engañado de repente, ¡y con qué sujeto! Un tipo vulgar, un cero a la izquierda… Escondió el retrato de su mujer; de otra manera, su hermano empezaría a hacerle preguntas («¿Quién es?» «Mi ex mujer.» «¿Qué dices, ex?»). Quitó asimismo el árbol de Navidad, colocándolo, con permiso de su patrona, en el balcón —de otra manera, quién sabe, su hermano podría empezar a reírse de su sentimentalismo de emigrante. ¿Por qué lo había comprado? Tradición. Invitados, velas. Se apagan las luces, que el arbolito brille por sí solo. Reflejos de cristal en los bonitos ojos de la señora Leshcheyev.

¿Y de qué iba a hablar con su hermano? ¿Le contaría, como de pasada y sin darle importancia, sus aventuras en el sur de Rusia durante la guerra civil? ¿Debería quejarse medio en broma de su presente pobreza (insoportable, bochornosa)? ¿O quizá debería pretender ser un hombre tolerante de amplitud de miras que estaba por encima de todo resentimiento a pesar de su exilio y que entendía… que entendía qué? Que Serafím hubiera preferido a mi pobreza, a mi pureza, la colaboración activa… ¡pero con quién, con quién! ¿O quizá debería, en cambio, discutir con él, afearle su conducta, incluso mostrarle un ingenio ácido? «Gramaticalmente Leningrado sólo puede significar la ciudad de Nellie.»

Se imaginó a Serafím, sus hombros encorvados, gruesos sus enormes botas de goma, los charcos del jardín delante de su dacha, la muerte de sus padres, el comienzo de la Revolución… Nunca habían sido íntimos, ni siquiera cuando estaban en el colegio, cada uno tenía sus propios amigos, y también sus profesores eran

diferentes… El verano en el que cumplió diecisiete años, Serafim tuvo una relación un tanto dudosa con una señora de una dacha vecina, la esposa de un abogado. Los gritos histéricos del abogado, los puños en alto, el desaliño de la dama ya no tan joven, con su cara de gato, corriendo por la avenida del jardín, y en algún lugar en la distancia, el desagradable ruido de cristales rotos. Un día, mientras se bañaba en el río, Serafím estuvo a punto de ahogarse… Aquéllos eran los recuerdos más vivos que Lev conservaba de su hermano y Dios sabe que no eran demasiados ni muy importantes. A veces crees que recuerdas a alguien con todo detalle y calor, pero luego revisas con detenimiento tus recuerdos y resultan ser muy pobres, muy superficiales, muy vagos —una fachada falsa, un falso mecanismo de nuestra memoria. Con todo, Serafim seguía siendo su hermano. Comía mucho. Era ordenado. ¿Qué más? Una noche, a la mesa…

El reloj dio las once. Lev lanzó una mirada nerviosa por la ventana. Lloviznaba y las farolas nadaban entre la niebla. Blancos restos de nieve destacaban en la acera. Navidad recalentada. Virutas pálidas de papel, restos del Año Nuevo alemán, colgaban de un balcón, al otro lado de la calle, temblando en la oscuridad. De repente, el timbre de la puerta de entrada golpeó a Lev como una corriente eléctrica que le atravesara el torso.

Estaba aún más grande y grueso que antes. Al entrar, pretendió que llegaba sin resuello. Le dio la mano a Lev. Ambos se quedaron en silencio, con idénticas sonrisas en sus rostros. Un abrigo ruso forrado con un pequeño cuello de astracán; un sombrero gris comprado en el extranjero.

—Por aquí —dijo Lev—. Quítatelo. Ven, lo pondré aquí. ¿Encontraste fácilmente la casa?

—Tomé el metro —dijo Serafim jadeando—. Bueno, bueno, así que así se vive…

Con un suspiro exagerado de alivio se sentó en una butaca.

—En un minuto estará el té —dijo Lev con un tono exageradamente jovial mientras hurgaba en un infiernillo de alcohol junto al fregadero.

—Un tiempo horroroso —dijo Serafim frotándose las manos. En realidad fuera no hacía demasiado frío.

El alcohol se metía en una esfera de cobre; al girar la tuerca de mariposa se derramaba por una ranura negra. Tenías que dejar pasar sólo una cantidad muy pequeña, después había que cerrar la tuerca, y encender una cerilla. Una llama suave, amarillenta aparecía entonces flotando en la ranura, y luego se iba apagando poco a poco, después había que volver a abrir la válvula de nuevo y entonces, como con un estampido (bajo la base de hierro en la que se apoyaba una tetera de aluminio con una muesca en el costado como si fuera una víctima) rompía a la vida una llama muy distinta, lívida como una dentada corona azul. El cómo y el porqué de todo este proceso Lev lo desconocía, y tampoco le interesaba. Seguía ciegamente las

instrucciones de su patrona. Al principio Serafim contemplaba todo aquello como por encima del hombro, en tanto se lo permitía su corpulencia; luego se levantó y se acercó y se pusieron a hablar del aparato durante un rato, sobre el que Serafim daba explicaciones mientras giraba la tuerca a un lado y a otro.

—Y bien, ¿cómo te va la vida? —preguntó, volviéndose a hundir en el sofá.

—Bueno, ya lo ves —contestó Lev—. El té estará listo en un minuto. Si tienes hambre, tengo un poco de chorizo.

Serafim declinó la oferta, se sonó la nariz con fuerza y empezó a discutir sobre Berlín.

—Han superado a América —dijo—. Fíjate en el tráfico. La ciudad ha cambiado muchísimo. Ya sabes, estuve aquí en el veinticuatro.

—En aquella época yo vivía en Praga —dijo Lev.

—Ya —dijo Serafim.

Silencio. Ambos se quedaron mirando la tetera como si esperaran algún milagro.

—Va a hervir dentro de nada —dijo Lev—. Mientras, toma un caramelo.

Serafim asintió y empezó a trabajar con su carrillo izquierdo. Lev no se decidía todavía a sentarse, sentarse equivalía a disponerse a iniciar una conversación: prefería seguir de pie o rezagarse entre la mesa y la cama, la mesa y el fregadero. Había unas cuantas agujas de abeto dispersas encima de la alfombra descolorida. De repente, el leve silbido cesó.

—*Prussak kaput* —dijo Serafim.

—Ahora lo arreglamos —empezó Lev con cierta premura—, espera un segundo.

Pero no quedaba alcohol en la botella.

—Qué situación tan estúpida… Espera, iré a pedir alcohol a mi patrona.

Salió al pasillo y se dirigió hacia donde vivía la patrona. Idiota. Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Falta de atención, desprecio. ¿Cómo era aquel dicho de la escuela (que decían cuando querían ignorar un insulto)? Volvió a llamar. Todo estaba oscuro. La patrona no estaba. Se dirigió hacia la cocina. Precavida, había dejado la cocina cerrada.

Lev se quedó un rato en el pasillo, pensando no tanto en el alcohol sino en qué descanso era estar solo durante un minuto y qué agonía tener que volver a aquella habitación tan tensa donde se escondía seguro un extraño. ¿Qué se podía discutir con él? ¿Aquel artículo sobre Faraday en un número viejo de *Die Natur*? No, eso no servía. Cuando volvió Serafim estaba de pie junto a la librería, examinando los volúmenes viejos, de aspecto desgraciado.

—Una situación estúpida —dijo Lev—. Es realmente frustrante. Perdóname, por Dios. Quizás…

(¿Quizás el agua estuviera a punto de hervir? No, sencillamente tibia.)

—Qué absurdo. Para ser franco, no me gusta demasiado el té. ¿Lees mucho, no?

(¿Debería bajar al bar a por cerveza? No tenía suficiente dinero y tampoco le fiaban ya. Maldita sea, se lo había gastado todo en los dulces y en el árbol.)

—Sí, leo bastante —dijo en voz alta—. Qué vergüenza, qué maldita vergüenza. Si la patrona…

—Olvídalo —dijo Serafim—, nos pasaremos sin él. Así que ésta es la vida que lleváis. ¿Y cómo te van las cosas? ¿Qué tal tu salud? ¿Te encuentras bien? La salud es lo más importante. En cuanto a mí, no leo demasiado —siguió mirando de reojo a la librería—. Nunca tengo tiempo. El otro día en el tren cogí un…

Sonó el teléfono en el pasillo.

—Perdona —dijo Lev—. Sírvete. Aquí está el bizcocho, y los caramelos. Vuelvo en seguida —salió corriendo.

—¿Qué le ocurre, amigo mío? —dijo la voz de Leshcheyev. . ¿Qué fiesta tienes montada? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás enfermo? ¿Qué? No te oigo. Habla más alto.

—Un asunto inesperado —contestó Lev—. ¿No te dieron mi mensaje?

—Al diablo con el mensaje. Vamos. Es Navidad, hemos comprado el vino, mi mujer tiene un regalo para ti.

—Me es imposible —dijo Lev—. Lo siento muchísimo, de verdad…

—¡Eres un raro! Escucha, deja lo que tengas ahí y en un minuto estamos en tu casa. Los Fuchs también están aquí. O si no, tengo una idea mejor, vente para acá. Oye, escucha, no te oigo. ¿Qué dices?

—No puedo. Tengo aquí a mi… estoy ocupado, eso es todo.

Leshcheyev emitió el juramento nacional.

—Adiós —escupió con torpeza Lev en el auricular ya muerto.

Serafim había dejado de mirar los libros y su atención se fijaba ahora en un cuadro de la pared.

—Una llamada de trabajo. Qué cansancio —dijo Lev con una mueca—. Por favor, perdóname.

—¿Tienes mucho trabajo? —preguntó Serafim sin quitar los ojos del cuadro: una chica en rojo con un caniche negro.

—Bueno, me defiendo, artículos periodísticos, trabajillos aquí y allá —contestó Lev vagamente—. Y tú ¿vas a estar mucho tiempo?

—Probablemente me vaya mañana temprano. Me he pasado a verte sólo unos minutos. Esta noche todavía tengo que…

—Siéntate, por favor, siéntate…

Serafim se sentó. Se quedaron en silencio un rato. Ambos tenían sed.

—Estábamos hablando de libros —dijo Serafim—. Entre una cosa y otra no tengo tiempo para ellos. En el tren, sin embargo, encontré un libro y lo leí porque no tenía otra cosa que hacer. Una novela alemana. Un puro disparate, pero bastante entretenida. Trataba del incesto. El argumento era…

Y le contó la historia con todo detalle. Lev asentía sin dejar de mirar el sólido terno gris de Serafim, y sus grandes mejillas fofas, y mientras miraba pensó: ¿merece realmente la pena tener una reunión con tu hermano tras más de diez años de separación para gastar el tiempo discutiendo estas tonterías hipócritas de Leonard Frank? Le aburre hablar de ese tema y a mí me aburre más escucharle. Pero hay algo, creo recordar, que le quería decir… No me acuerdo. Qué noche tan desesperante.

—Sí, creo que la he leído. Sí, ése es un tema que ahora está de moda. Sírvete unos dulces. Me siento tan mal por culpa del té. Pero me decías que encontrabas cambiado Berlín. (Ya he metido la pata con el tema, ya lo hemos discutido.)

—La americanización —contestó Serafim—. El tráfico. Los magníficos edificios.

Se hizo un silencio.

—Quiero pedirte algo —dijo Lev a duras penas—. No es exactamente tu tema, pero en esta revista que tengo aquí… Bueno, había unas cuantas cosas que no he entendido. Aquí, por ejemplo, estos experimentos de los que hablan.

Serafim cogió la revista y empezó a dar explicaciones.

—¿Qué es lo que encuentras tan complicado? Antes de que se forme un campo magnético, ¿sabes lo que es un campo magnético?, está bien, antes de que se forme, existe lo que llamamos un campo eléctrico. Sus líneas de fuerza se sitúan en planos que pasan a través de un sedicente vibrador. Fíjate que, según dice Faraday, la línea magnética aparece en un circuito cerrado, mientras que la eléctrica lo hace siempre en uno abierto. Dame un lapicero, déjalo, aquí tengo uno… Gracias, gracias. Ya tengo.

Siguió dando explicaciones y dibujando algo durante un buen rato, mientras que Lev asentía mansamente. Habló de Young, de Maxwell, de Hertz. Toda una conferencia. Luego pidió un vaso de agua.

—Tengo que marcharme, ya sabes —dijo lamiéndose los labios y volviendo a dejar el vaso sobre la mesa—. Es la hora —de algún lugar perdido entre los pliegues de su vientre se sacó un pesado reloj—. Efectivamente, es hora de que me vaya.

—Vamos, quédate un poco más —murmuró Lev, pero Serafim negó con la cabeza y se levantó, estirándose el chaleco. Su mirada se detuvo de nuevo en el cuadro de la chica de rojo con el caniche negro.

—¿Recuerdas su nombre? —preguntó, con la primera sonrisa genuina de la noche.

—¿Qué nombre?

—Oh, ya sabes, Tikhotski solía visitarnos en la dacha con una chica con un caniche. ¿Cómo se llamaba el caniche?

—Espera un minuto —dijo Lev—. Espera un minuto. Sí, es verdad. Me acordaré en un momento.

—Era negro —dijo Serafim—. Muy parecido a éste… ¿Dónde has puesto mi abrigo? Aquí está. Ya lo tengo.

—Se me ha olvidado también —dijo Lev—. ¡Por Dios, cómo se llamaba!

—No te preocupes. No importa. Me voy. Bueno… ha sido estupendo verte… —se puso el abrigo con cierto donaire a pesar de su corpulencia.

—Te acompaño —dijo Lev sacando su gabardina toda raída.

Torpemente, los dos a la vez se aclararon la garganta precisamente en el mismo momento. A continuación iniciaron el descenso por las escaleras en silencio y salieron a la calle. Lloviznaba.

—Yo voy a tomar el metro. ¿Pero cómo se llamaba, por Dios? Era negro y llevaba pompones en las patas. Estoy perdiendo la memoria.

—Tenía una *k* el nombre —contestó Lev—. De eso sí que estoy seguro, de que tenía una *k*.

Cruzaron la calle.

—Qué tiempo tan pesado —dijo Serafim—. Bueno, bueno, ¿así que no nos vamos a acordar? ¿Dices que tenía una *k*?

Llegaron a una esquina. Farolas. Charcos. El oscuro edificio de correos. La mujer anciana, que pedía como siempre junto a la máquina expendedora de sellos, extendía la mano en la que había dos cajas de cerillas. La luz de la farola tocaba sus mejillas hundidas, una gota brillante temblaba bajo su nariz.

—Realmente es absurdo —exclamó Serafim—. Sé que está ahí en una de las células de mi cerebro, pero no llego a ella.

—¿Cómo se llamaba… cómo? —repetía Lev—. Realmente es absurdo que no podamos… Te acuerdas de cómo se perdió una vez, y de cómo tú y la chica de Tikhotski estuvisteis por los bosques durante horas buscándolo. Estoy seguro de que el nombre tenía una *k* y quizá también una *r* en algún lugar.

Llegaron a la plaza. En el lado opuesto brillaba una herradura perla sobre un cristal azul —el signo del metro. Unas escaleras de piedra llevaban a las profundidades.

—Aquella chica era maravillosa —dijo Serafim—. Pero bueno, lo dejo. Cuídate. Tenemos que reunimos de nuevo.

—Se llamaba algo así como Turk… Trick… No, no me viene. No sirve de nada. Tú cuídate también. Que tengas suerte.

Serafim saludó con la mano extendida, y su espalda se encogió y desapareció en las profundidades. Lev empezó a caminar de vuelta a su casa, atravesando la plaza, pasando delante de correos de la mujer que pedía… De repente se paró en seco. En algún lugar de su memoria se produjo un leve asomo como de movimiento, como si algo muy pequeño se hubiera despertado y comenzado a moverse. La palabra seguía siendo invisible, pero su sombra había trepado hasta la superficie desde el rincón donde se escondía, y quería caminar tras esa sombra para impedir que se retirara y se desvaneciera de nuevo. Pero era demasiado tarde. Todo desapareció, sin embargo, en

el momento en que su mente dejó de esforzarse, aquella cosa volvió a moverse, esta vez de forma más perceptible, y como un ratón que emerge por una grieta cuando la habitación está en silencio, se presentó allí, ligera, en silencio, misteriosa, el corpúsculo vivo de una palabra… «Dame la pata, Joker.» ¡Joker! Qué sencillo. Joker…

Se volvió involuntariamente y pensó que Serafim, sentado en su tren subterráneo, quizá lo hubiera recordado también. Qué reunión tan terrible.

Lev suspiró, miró el reloj, y viendo que no era demasiado tarde, decidió dirigirse a la casa de los Leshcheyevs. Daría unas palmadas bajo su ventana, y quizá le oyeran y le dejaran entrar.

Labios contra labios [*]

Los violinistas seguían llorando, tocando, al parecer, un himno de amor y de pasión, pero Irina y el emocionado Dolinin se encaminaban a paso rápido hacia la salida. Iban tras el señuelo de la noche de primavera, tras el misterio que se había interpuesto, tenso, entre ellos. Sus dos corazones latían al unísono.

—Dame el número del guardarropa, murmuró Dolinin (tachado).

—Por favor, deja que te traiga tu sombrero y tu abrigo (tachado).

—Por favor —dijo Dolinin—, voy a por tus cosas («y las mías» añadir).

Dolinin subió al guardarropa, y tras entregar su número (corregido, «los dos números»).

Y al llegar aquí Ilya Borisovich Tal se quedó pensativo. Era incómodo, muy incómodo, detenerse en ese momento. Acababa de producirse una especie de éxtasis, una llamarada repentina de amor entre el solitario y maduro Dolinin y la desconocida que el azar llevó a compartir su palco, una joven de negro, tras lo cual decidieron escapar del teatro, lejos, muy lejos de los escotes y de los uniformes militares. En algún lugar fuera del teatro el autor vislumbraba ya vagamente el Kupechesky o parque Tsarsky, unos algarrobos en flor, precipicios, una noche estrellada. El autor estaba terriblemente impaciente por lanzar a su héroe y heroína a los brazos de la noche estrellada. Pero antes había que ir a por los abrigos y aquello interfería en el encanto de la escena. Ilya Borisovich releyó lo que había escrito, resopló, se quedó mirando al pisapapeles de cristal, y finalmente se decidió a sacrificar el encanto en aras del realismo. Pero aquello no resultaba sencillo. Él se inclinaba hacia la lírica, las descripciones de la naturaleza así como las emociones le resultaban sorprendentemente fáciles, pero por el contrario encontraba muchísimas dificultades con los elementos rutinarios, como, por ejemplo, el abrir y cerrar de puertas, o los saludos y apretones de manos cuando había muchos personajes en una habitación, y una o dos personas tenían que saludar a mucha gente. Además Ilya Borisovich mantenía peleas mortales con los pronombres, por ejemplo con «ella», que demostraba una engañosa tendencia a referirse no sólo a la heroína sino también a su madre o a su hermana en la misma frase, por lo que para evitar la necesidad de repetir un nombre propio uno se veía obligado a escribir «aquella dama» o «su interlocutora» aunque no mediara interlocución alguna. Escribir significaba para él una lucha desigual con objetos indispensables; los bienes de lujo parecían ser mucho más flexibles, pero incluso ellos llegaban a rebelarse de cuando en cuando, se quedaban inmóviles obstaculizaban su libertad de movimientos, y ahora, después de haber batallado laboriosamente con el problema del guardarropa y a punto de concederle a

su héroe la posesión de un elegante bastón, Ilya Borisovich se detuvo complacido a considerar el fulgor de la empuñadura, y no se dio cuenta, me temo, de las exigencias que aquel artículo valioso le iba a imponer, de las dificultades a las que tendría que enfrentarse cuando el bastón le pidiera ser mencionado, en el momento en que Dolinin, sintiendo en sus manos las curvas complacientes de un cuerpo joven, se apresurara a cruzar a Irina a través de un riachuelo primaveral.

Dolinin era sencillamente «maduro»; Ilya Borisovich Tal cumpliría pronto cincuenta años. Dolinin era «colosalmente rico», sin demasiadas consideraciones acerca de sus fuentes de ingresos; Ilya Borisovich dirigía una empresa dedicada a instalar cuartos de baño (a propósito, aquel año le habían encargado el alicatado de las paredes cavernosas de varias estaciones subterráneas de metro) y gozaba de buena posición. Dolinin vivía en Rusia —el sur de Rusia, probablemente—, y había conocido a Irina mucho antes de la Revolución. Ilya Borisovich vivía en Berlín, adonde había emigrado con su mujer y su hijo en 1920. Su producción literaria era de larga tradición aunque escasa: la necrológica de un comerciante local, famoso por sus opiniones políticas liberales, en el *Heraldo de Járcov* (1910), dos poemas en prosa, *ibid*. (agosto 1914 y marzo 1917), y un libro, que consistía en aquella necrológica y aquellos dos poemas —un volumen bonito que aterrizó justo en mitad del furor de la guerra civil. Finalmente, al llegar a Berlín, Ilya Borisovich escribió un breve estudio, *Viajeros marítimos y terrestres*, que apareció en un diario de exiliados publicado en Chicago; pero aquel periódico pronto se desvaneció como el humo, mientras que otras publicaciones no le devolvían los manuscritos ni tampoco se prestaban a discutir nunca sus denegaciones. Luego siguieron dos años de silencio creativo: la enfermedad y muerte de su mujer, la *Inflationszeit*, mil asuntos de trabajo… Su hijo acabó el bachillerato en Berlín e ingresó en la Universidad de Friburgo. Y ahora, en 1925, al inicio de su vejez, este hombre próspero y en verdad más bien solitario experimentó tal comezón de escribir, tal deseo —no por la fama, sino sencillamente por el calor y la atención de unos posibles lectores—, que decidió dar rienda suelta a sus impulsos y escribir una novela y publicarla él mismo.

Para cuando su protagonista, el abatido y fatigado Dolinin, estuvo dispuesto a escuchar el clarín de una vida nueva y (después de aquella famosa parada que casi probó ser fatal en el guardarropa) hubo escoltado a su joven acompañante hasta la noche de abril, la novela ya había adquirido un título, *Labios contra labios*. Dolinin consiguió que Irina se mudara a su piso, pero todavía no se había producido avance alguno en materias sexuales porque él deseaba que ella acudiera a su cama por su propia voluntad, exclamando:

«Tómame, toma mi pureza, toma mi tormento. Tu soledad es mi soledad, y ya sea tu amor largo o breve estoy preparada para todo, porque en torno a nosotros la primavera nos llama y nos emplaza a que gocemos de la humanidad y del bien,

porque el cielo y el firmamento irradian una belleza divina, y porque te amo.»

—Un pasaje muy poderoso —observó Euphratski—. *Terra firma*, vamos, si me lo permites. Muy poderoso.

—¿Y no resulta un poco aburrido? —preguntó Ilya Borisovich Tal, devolviéndole la mirada por encima de su montura de concha—. Dímelo francamente.

—Supongo que la desflorará —musitó Euphratski.

—*Mimo, chitatel', mimo!* (¡te equivocas, lector, te equivocas!) —contestó Ilya Borisovich (malinterpretando a Turguenev). Sonrió con suficiencia, ajustó con firmeza las páginas de su manuscrito, cruzó sus gruesas piernas hasta encontrar una postura más cómoda y prosiguió su lectura.

Le leyó su novela a Euphratski pasaje a pasaje, conforme los iba escribiendo. Euphratski, que irrumpió en su vida con ocasión de un concierto para fines benéficos, era un periodista exiliado «con cierto nombre» o, más bien, con una docena de seudónimos. Hasta entonces las amistades de Ilya Borisovich solían proceder de círculos industriales alemanes; ahora asistía a las reuniones de emigrados, a las representaciones teatrales de aficionados, a conferencias y había llegado a reconocer a algunos de sus hermanos en letras. Se llevaba especialmente bien con Euphratski y valoraba su opinión como corresponde, procediendo de un estilista como él, aunque el estilo de Euphratski pertenecía a ese orden de lo tópico que tan bien conocemos todos. Ilya Borisovich le invitaba con frecuencia, bebían coñac y hablaban de literatura rusa, o más exactamente Ilya Borisovich hablaba, mientras que los invitados coleccionaban cuanto fragmento cómico podían recordar para entretener más tarde a sus amigotes. Cierto, los gustos de Ilya Borisovich eran más bien ordinarios. Le reconocía el mérito a Pushkin, desde luego, pero lo conocía fundamentalmente a través de tres o cuatro óperas, y en general lo encontraba «olímpicamente sereno e incapaz de conmover al lector». Sus conocimientos de poesía más reciente se limitaban a dos poemas, los únicos que recordaba, ambos con un cierto matiz político, El *Amor* de Veynberg (1830-1908) y los famosos versos de Skitaletz (Stephan Petrov, nacido en 1868) en donde «colgado» (en la horca) rimaba con «enmarañado» (dentro de un argumento revolucionario). ¿Le gustaba, a Ilya Borisovich, reírse levemente de los «decadentes»? Sí, así era, pero también hay que señalar que admitía con franqueza no entender nada de poesía. Por el contrario, le gustaba discutir acerca de la novela rusa: estimaba a Lugovoy (una mediocridad regional de la primera década del siglo), apreciaba a Korolenko, y consideraba que Artsybashev pervertía a sus jóvenes lectores. Y con respecto a las novelas de los exiliados modernos decía, con ese ademán tan ruso, ese gesto de manos con el que se expresa inutilidad: «¡Un aburrimiento, un aburrimiento!», lo cual provocaba en Euphratski una especie de rapto de risa.

—Un escritor debe ser enormemente expresivo —reiteraba Ilya Borisovich—, y

compasivo y sensible, y justo. Quizás yo no sea más que una nulidad, un insecto, pero no dejo de tener mi credo. Que al menos una de las palabras que yo he escrito llegue a impregnar el corazón de un lector —y Euphratski fijaba sus ojos de reptil en él, saboreando de antemano con una ternura infinita el pasaje que le esperaba al día siguiente, la risa estrepitosa de A, el graznido de ventrílocuo de B.

Por fin llegó el día en que estuvo terminado el primer manuscrito de la novela. Ante la sugerencia de su amigo de que fueran a un café a tomar algo, Ilya Borisovich replicó con un misterioso tono de voz un punto solemne: «Imposible, necesito pulir mis frases».

El pulido consistió en un ataque feroz contra el adjetivo *molodaya* (joven, en femenino), que aparecía con demasiada frecuencia, y al que sustituyó aquí y allí por el término juvenil, yúnaya, que pronunciaba con un deje provinciano, doblando la consonante como si pronunciara *yúnnaya*.

Un día más tarde. Anochece. Un café en la Kurfürstendamm. Un sofá de terciopelo rojo. Dos caballeros. A simple vista, dos hombres de negocios. Uno, de aspecto respetable, incluso majestuoso, no fumador, con una expresión de confianza y de amabilidad en su rostro carnoso; el otro, delgado, cegato, con un par de delicadas arrugas que descienden oblicuas desde la nariz hasta la comisura de los labios de los que sobresale un cigarrillo todavía sin encender. La voz tranquila del primero: «Escribí el final en un trance. Muere, sí, él muere».

Silencio. El sofá rojo es cómodo y suave. Al otro lado de la ventana un tranvía translúcido flota a su paso como un pez brillante en un acuario.

Euphratski encendió su mechero, respiró el humo por la nariz y dijo:

—Dime, Ilya Borisovich, ¿por qué no lo mandas a una revista literaria para que lo publique por entregas antes de que aparezca como libro?

—Pero si no conozco a nadie de ese mundo. Siempre publican a la misma gente.

—Qué estupidez. Tengo un plan. Déjame que lo piense.

—Yo estaría encantado… —murmuró Tal, perdido en una ensoñación.

Unos días más tarde en el despacho de I. B. Tal. El despliegue del plan.

—Envíale tu manuscrito (y Euphratski entrecerró los ojos y bajó la voz) a *Arion*.

—¿*Arion*? ¿Qué es eso? —dijo I. B., acariciando su manuscrito.

—Nada que deba asustarte. Es el nombre de la mejor revista del exilio. ¿No la conoces? ¡Ay, ay! El primer número salió en primavera, el segundo saldrá en otoño. Debes estar más al tanto de la literatura nueva, Ilya Borisovich.

—¿Pero cómo me pongo en contacto con ellos? ¿Les escribo sin más?

—Eso es. Directamente al editor. Se publica en París. ¿Y ahora no me dirás que no has oído hablar nunca de Galatov?

Con aire de culpabilidad Ilya Borisovich se encogió de hombros. Euphratski, con un rostro que era una pura mueca de ironía, explicó: «Un escritor, un maestro, una

forma nueva de novela, una construcción intrincada, Galatov, el Joyce ruso».

—¡Yoys! —repetía mansamente Ilya Borisovich cuando su amigo dejó de hablar.

—Primero de todo haz que lo mecanografíen —dijo Euphratski—. Y por amor de Dios, infórmate y ponte al corriente de las revistas.

Y eso hizo. En una de las librerías de exiliados rusos le entregaron un grueso volumen rosa. Lo compró, mientras pensaba en voz alta: «Una iniciativa joven. Hay que ayudarles».

—Acabada, la iniciativa —dijo el librero—. Sólo ha salido un número.

—No está bien enterado —le replicó Ilya Borisovich con una sonrisa—. Sé con toda seguridad que el próximo número va a salir en otoño.

Al llegar a casa, tomó un cortaplumas de marfil y abrió con todo cuidado las páginas de la revista. Dentro encontró una obra en prosa ininteligible escrita por Galatov, dos o tres relatos de una serie de escritores que le resultaban vagamente familiares, una nube de poemas, y un artículo muy interesante acerca de los problemas industriales de Alemania firmado por Tigris.

Oh, nunca lo aceptarán, pensó Ilya Borisovich con angustia. Todos pertenecen a la misma camarilla.

Sin embargo, localizó a una tal madame Lubansky (mecanógrafa y taquígrafa) en los anuncios por palabras de un periódico ruso y, tras citarla en su casa, empezó a dictarle con gran sentimiento, absolutamente estremecido, alzando la voz, y mirando de vez en cuando a la mujer para ver cómo reaccionaba ante su novela. Ella no dejaba de mover la pluma inclinada sobre su cuaderno de notas —una mujer menuda, morena, con un sarpullido en la frente—, mientras Ilya Borisovich iba y venía en círculo por su estudio, y los círculos se estrechaban en torno a ella al compás de algún que otro pasaje espectacular. Hacia el final del primer capítulo, la habitación vibraba con sus gritos.

—Y su pasado entero adquiría a sus ojos los tintes trágicos del error —rugía Ilya Borisovich, añadiendo después, en el tono neutro habitual de cuando estaba en su despacho—: Mañana quiero que esté mecanografiado, cinco copias, amplios márgenes, la espero aquí a la misma hora.

Aquella noche, en la cama, no hacía sino pensar en lo que le diría a Galatov cuando le enviara la novela («… espero su severo juicio… mis obras han aparecido en Rusia y en América…»), y a la mañana siguiente, tal es la complacencia encantadora del destino, Ilya Borisovich recibió de París la siguiente carta:

«Querido Boris Grigorievich,

Por un amigo común me he enterado de que usted acaba de terminar una nueva obra. El consejo editorial de Arion estaría interesado en verla, ya que nos gustaría contar con algo "novedoso" para nuestro próximo número.

¡Qué extraño! El otro día, sin ir más lejos, me sorprendí a mí mismo recordando

sus elegantes miniaturas en el Heraldo de Jarkov»

—Me recuerdan, me solicitan —murmuró aturdido Ilya Borisovich. Inmediatamente después cogió el teléfono para llamar a Euphratski, apalancado como de través en su silla de trabajo y, apoyando negligentemente el codo, con la tosquedad del triunfador, en su mesa de trabajo, mientras que, con la otra mano, hacía gestos de grandeza como apoyando sus palabras radiantes mientras decía: «Viejo amigo, ay, viejo amigo», y de repente los distintos objetos que había en su mesa empezaron a temblar y a mezclarse unos con otros hasta disolverse en un espejismo húmedo. Parpadeó y todo volvió a su posición habitual, mientras Euphratski, en su voz lánguida, le contestaba: «¡Vamos hombre! ¡No se trata más que de otro escritor como tú, al fin y al cabo. Es un golpe de suerte de lo más normal!».

Las cinco pilas de papel mecanografiado se fueron haciendo cada vez más altas. Dolinin que, entre una cosa y otra, todavía no había poseído a su bella compañera, descubrió por casualidad que a ella le gustaba otro hombre. Un pintor joven. Algunas veces I. B. dictaba en su oficina, y entonces las mecanógrafas alemanas, que estaban en otra habitación, al oír aquel rugido remoto, se preguntaban qué tipo de cosas eran aquellas vociferaciones que profería su jefe de ordinario tan tranquilo y amable. Dolinin tuvo una conversación franca y sincera con Irina, ella le dijo que nunca lo dejaría, porque apreciaba demasiado su hermosa alma solitaria, pero que, desgraciadamente, pertenecía físicamente a otro, y Dolinin en silencio se sometió a su palabra. Finalmente llegó el día en el que hizo testamento a su favor, llegó el día en que se pegó un tiro (con un Mauser), llegó el día en que Ilya Borisovich, con una sonrisa de beatitud, le preguntó a madame Lubansky, que le había llevado el último capítulo de su manuscrito, cuánto le debía, tras lo cual trató de pagarle más de lo debido.

Releyó *Labios contra labios* embelesado y le dio un ejemplar a Euphratski para que le hiciera las necesarias correcciones (madame Lubansky ya había llevado a cabo una discreta labor editorial en aquellos puntos en los que ciertos olvidos casuales entorpecían sus notas de taquigrafía). Todo lo que hizo Euphratski fue insertar en una de las primeras líneas una coma temperamental con lápiz rojo. Ilya Borisovich religiosamente llevó la coma hasta la copia destinada a la revista *Arion*, firmó su novela con un seudónimo derivado de «Ana» (el nombre de su mujer muerta), sujetó cada capítulo con un elegante clip, añadió una larga carta, deslizó todo ello en un sobre enorme y sólido, lo pesó y fue en persona hasta correos para enviar la novela certificada.

Con el recibo bien guardado en su cartera, Ilya Borisovich se disponía a soportar con estoicismo semana tras semana de tensa espera. La respuesta de Galatov, sin embargo, llegó con una prontitud milagrosa: al quinto día.

«Querido Ilya Grigorievich,

Los editores están más que arrebatados con el material que nos ha enviado. Son pocas las veces en que hemos tenido ocasión de leer unas páginas en las que "el alma humana" aparezca inscrita con tanta claridad. Su novela llega al lector y le lleva a adoptar una expresión singular en su rostro, por parafrasear a Baratynski, el cantor de los despeñaderos finlandeses. Respira "amargura y también ternura". Algunas descripciones, como por ejemplo la del teatro, a principio del texto, compiten con imágenes análogas de algunos de nuestros clásicos, y en cierto sentido, incluso las superan. Y digo esto con plena conciencia de la "responsabilidad" que encierran mis palabras, Su novela habría sido un adorno genuino para nuestra revista.»

Tan pronto como Ilya Borisovich hubo recuperado la compostura, caminó en dirección al Tiergarten, en lugar de tomar un coche hasta su oficina, y se sentó en un banco del parque, dibujando arcos en el suelo pardo, pensando en su mujer y en cómo se hubiera alegrado con él en aquel momento. Después de un rato se fue a ver a Euphratski. Este estaba todavía en la cama, fumando. Analizaron juntos cada línea de la carta. Cuando llegaron a la última, Ilya Borisovich alzó mansamente los ojos y preguntó: «¿Dime, por qué crees que han escrito "habría sido" en lugar de "será"? ¿No se da cuenta de que estoy encantado de darles a ellos mi novela? ¿O es que se trata tan sólo de una fórmula estilística?».

—Me temo que hay otra razón —contestó Euphratski—. Sin duda, es un caso claro en el que tratan de ocultar algo por puro orgullo. De hecho, lo que ocurre es que la revista está a punto de cerrar, sí, me acabo de enterar. Los exiliados, como muy bien sabes, consumen todo tipo de basura y *Arion* está concebida en función de un público sofisticado. Bueno, sea como sea, ése es el resultado.

—Yo también he oído rumores —dijo muy perturbado Ilya Borisovich—, pero pensé que no eran sino calumnias difundidas por la competencia, o por pura estupidez. ¿Existe la posibilidad de que no salga siquiera el segundo número? ¡Es horrible!

—No tienen dinero. La revista es una empresa desinteresada, idealista. Ese tipo de publicaciones, me temo, están llamadas a desaparecer.

—¡Pero cómo puede ser posible! —exclamó Ilya Borisovich con un gesto de consternación y desamparo típicamente ruso.—. ¿No han aprobado mi novela, no quieren imprimirla?

—Sí, una desgracia —dijo con calma Euphratski—. Pero dime —y cambió rápidamente de tema.

Aquella noche Ilya Borisovich se puso a pensar en serio, dialogó con su yo más íntimo, y a la mañana siguiente llamó a su amigo para proponerle ciertas cuestiones

de naturaleza financiera. Las respuestas de Euphratski eran indiferentes en tono, pero muy precisas en cuanto a su sentido. Ilya Borisovich lo meditó más y al día siguiente le hizo a Euphratski una oferta para que se la transmitiera a *Arion*. La oferta fue aceptada, e Ilya Borisovich transfirió a París una cierta suma de dinero. Como contestación recibió una carta con las más profundas expresiones de gratitud así como un comunicado en el que se confirmaba que el próximo, número de *Arion* saldría al mes siguiente. En la posdata se leía una curiosa petición.

«Permítanos que pongamos "una novela de Ilya Annenski", y no, como usted sugiere, de "I. Annenski"; en caso contrario quizá podría confundirse con El último cisne de Tsarskoe Selo*, como lo llama Gumilyov*.»

Ilya Borisovich contestó:

«Desde luego que sí. No tenía conocimiento de que existiera un escritor con tal nombre. Estoy encantado de que mi trabajo vea la luz. Por favor, tengan la amabilidad de enviarme cinco ejemplares de su revista en cuanto salga.»

(Pensaba en una prima suya ya anciana y en dos o tres amigos del trabajo. Su hijo no leía ruso.)

Y aquí comenzó un período que podríamos denominar la era del «por cierto». Ya fuera en una librería rusa o en una reunión de los Amigos Expatriados de las Artes, o sencillamente en la acera de una calle del Berlín Occidental, a uno lo abordaba amablemente («¿Cómo le va?») una persona a la que apenas conocía, un caballero amable y solemne, con gafas de concha y bastón, que entablaba conversación acerca de esto y de aquello, y que imperceptiblemente pasaba luego al tema de la literatura hasta que de repente decía: «Por cierto, mira lo que me ha escrito Galatov. Sí Galatov, el Yoys ruso».

Y entonces uno cogía la carta y leía:

«… más que arrebatados con… algunos de nuestros clásicos… un adorno genuino.»

«Se ha equivocado al escribir mi nombre», añadía Ilya Borisovich con una risita amable. «Ya sabe cómo son los escritores. ¡Unos distraídos! La revista saldrá en septiembre, tendrá ocasión de leer mi modesta obra.» Y volviendo a guardar la carta en su bolsillo se despedía de uno y con aire preocupado se iba corriendo de allí.

Los literatos fallidos, los periodistas de segunda y los corresponsales especiales de periódicos olvidados se mofaban de él con voluptuosidad salvaje. Con los mismos gritos con los que se tortura a un gato; con ese destello en la mirada que nace en los ojos de un hombre ya no joven y fracasado sexualmente, cuando cuenta un chiste

particularmente sucio. Naturalmente, se reían a sus espaldas, pero lo hacían con la mayor naturalidad, haciendo caso omiso de la magnífica acústica de los lugares de chismorreo. Sin embargo, como era tan sordo al mundo como el urogallo en celo, probablemente no oyó el más mínimo comentario. Era como si hubiera florecido repentinamente, paseaba con su bastón en una actitud diferente, nueva, narrativa, empezó a escribir en ruso a su hijo, con una traducción alemana interlineal de la mayor parte de las palabras. En la oficina ya se sabía que I. B. Tal era no sólo una excelente persona sino un *Schriftsteller*, y algunos de sus colegas comenzaron a confiarle sus secretos amorosos para que los utilizara como temas de sus próximas obras. Hasta él, como si sintieran a su alrededor un cálido céfiro, empezó a acudir, por la puerta grande o por la de servicio, la abigarrada mendicidad del exilio. Las personalidades públicas se dirigían a él con respeto. No se podía negar: Ilya Borisovich había en verdad conseguido un aura de fama y estima. No había una sola fiesta en los medios cultivados rusos en la que su nombre no se mencionara. *Cómo* se mencionara, *con qué* sorna, poco importa: lo que importa es el hecho, no el modo, dice la verdadera sabiduría.

A final de mes Ilya Borisovich hubo de abandonar la ciudad en viaje de negocios por lo que se perdió los anuncios de los periódicos rusos en los que se anunciaba la próxima publicación de *Arion 2*. Cuando volvió a Berlín, un gran paquete cúbico le esperaba en la mesa del vestíbulo. Sin quitarse siquiera el abrigo, abrió inmediatamente el paquete. Unos tomos rosas, gruesos, serios. Y, en la portada, *ARION*, en letras color púrpura. Seis ejemplares.

Ilya Borisovich intentó abrir uno; el libro crujía deliciosamente pero se negaba a abrirse. ¡Ciego, recién nacido! Lo intentó de nuevo, y percibió una ráfaga de versículos extraños, extraños. Intentó hojear la masa de páginas intonsas y consiguió distinguir el índice. Su mirada se aceleró discurriendo por encima de nombres y títulos, pero *él* no estaba allí, ¡*él* no estaba! El volumen consiguió cerrarse sobre sí mismo, aplicó toda su fuerza, y llegó al final de la lista, ¡nada! ¡Cómo era posible, Dios! ¡Imposible! Debían de haber omitido su nombre del índice por azar, a veces pasan esas cosas, a veces pasan. Ahora estaba en su despacho, y cogiendo el cortaplumas blanco, lo metió en la densa carne foliada del libro. Primero, claro está, Galatov, luego poesía, después dos relatos, de nuevo poesía, prosa luego, y finalmente nada sino trivialidades —panoramas generales, críticas y cosas así. Ilya Borisovich se vio acometido de repente por una sensación de fatiga y futilidad. Bien, no había nada que hacer. Quizá tuvieran demasiado material. Lo publicarían en el próximo número. ¡Con toda seguridad! Pero un nuevo período de espera… bueno, esperaré. Mecánicamente, pasaba y repasaba las páginas entre índice y pulgar. Buen papel. Bueno, al menos he sido de alguna ayuda. No puedo pretender que me publiquen a mí en lugar de a Galatov o… Y mientras se decía esto, abruptamente,

saltó ante sus ojos y adquirió vida propia, como si fuera una danza rusa que frenéticamente avanzara, de salto en salto, la ristra cálida de sus palabras: «… su pecho juvenil, apenas formado… los violines seguían llorando… los dos números del guardarropa… la noche de primavera les esperaba…», y en el dorso, tan inevitable como lo es la continuación de los raíles del tren al salir del túnel: «El apasionado rugir del viento…».

—¡Pero cómo demontre no lo adiviné de inmediato! —exclamó Ilya Borisovich.

Se titulaba *Prólogo a una novela*. Lo firmaba «A. Ilyin», y entre paréntesis había un «Continuará». Un pasaje muy corto, tres páginas y media, pero ¡qué pasaje tan *bonito*! La obertura. Elegante. «Ilyin» es mejor que «Annenski». Podría haber dado lugar a confusión si hubieran puesto «Annenski». Pero ¿por qué *Prólogo* y no sencillamente *Labios contra labios*, capítulo primero? Oh, pero eso carece de importancia.

Releyó la pieza tres veces. Luego dejó a un lado la revista se puso a medir el estudio con sus pasos, silbando negligentemente como si no hubiera ocurrido nada: bueno, sí, había un libro esperando allí, un libro u otro… ¿a quién le importa? E inmediatamente se precipitó sobre el mismo y se releyó ocho veces seguidas. Luego fue a mirar su nombre «A. Ilyin, página 205» en el índice, encontró la página 205, y saboreando cada palabra, releyó su *Prólogo*. Se entretuvo en este juego durante bastante tiempo.

La revista reemplazó a la carta. Ilya Borisovich llevaba constantemente un ejemplar de *Arion* bajo el brazo y en cuanto se encontraba con cualquier conocido, abría el volumen en la página que se había acostumbrado a abrirse sola. *Arion* recibió su correspondiente reseña en la prensa. La primera de las reseñas no mencionaba en absoluto a Ilyin. La segunda decía: «*Prólogo a una novela* del señor Ilyin debe de ser, sin duda, una broma». La tercera observaba simplemente que Ilyin y otro eran nuevos en la revista. Finalmente, la cuarta (en un periodiquillo modesto y encantador que aparecía en algún lugar remoto de Polonia) decía lo siguiente: «La pieza de Ilyin nos atrae por su sinceridad. El autor describe el nacimiento del amor en un entorno con fondo musical. Entre las cualidades indudables de la pieza hay que mencionar su buen estilo». Se inició así una nueva era (después del período del «por cierto», y de la época de llevar la revista a todas partes); Ilya Borisovich sacaba la citada reseña de su cartera.

Era feliz. Compró seis ejemplares más. Era feliz. El silencio se explicaba fácilmente por la inercia, la crítica por la enemistad. Era feliz. «Continuará.» Y entonces, un domingo, se produjo una llamada telefónica de Euphratski: «Adivina», le dijo, «¿quién quiere verte? ¡Galatov! Sí, va a estar en Berlín por un par de días. Te lo pongo al aparato».

Una voz virgen para él se hizo con el teléfono. Una voz melosa, titubeante,

persistente, narcótica. Concertaron una cita.

—Mañana a las cinco en mi casa —dijo Ilya Borisovich—. ¡Qué pena que no pueda venir esta noche!

—¡Una pena! —contestó la voz titubeante—, pero verá, mis amigos me han arrastrado a ver *La pantera negra*, una obra terrible, pero hace tanto tiempo que no he visto a mi querida Elena Dmitrievna.

Elena Dmitrievna Garina, una hermosa actriz ya madura, había llegado de Riga para montar un teatro de repertorio ruso en Berlín. El siguiente pase empezaba a las ocho y media. Después de una cena solitaria Ilya Borisovich miró de repente el reloj, sonrió maliciosamente, y tomó un taxi para ir al teatro.

El «teatro» era realmente una gran sala de conferencias, más que un teatro. La representación no había empezado todavía. Un cartel de aficionado mostraba a Garina reclinada sobre la piel de una pantera que había matado su amante, quien a su vez la iba a matar a ella poco después. En el frío vestíbulo se oía el crepitar de los acentos rusos. Ilya Borisovich abandonó el bastón, el hongo y el abrigo en manos de una señora mayor, pagó su entrada, que deslizó en el bolsillo del chaleco, y frotándose las manos complacido se puso a contemplar el vestíbulo. Junto a él, había un grupo de tres personas, un joven periodista a quien Ilya Borisovich conocía superficialmente, la esposa del joven (una dama angulosa con impertinentes) y un extraño personaje con un traje muy llamativo, de cutis muy pálido, con una barba negra, bellos ojos un tanto ovinos y una cadenilla de oro en torno a su peluda muñeca.

—Pero ¿por qué… por qué? —le decía la dama vivazmente—, ¿por qué lo publicasteis? Porque ya sabes…

—Deja ya de atacar a ese pobre desgraciado —replicó su interlocutor con una voz de barítono iridiscente—. Tienes razón, es una mediocridad sin esperanzas. Te lo concedo, pero evidentemente teníamos nuestras razones.

Añadió algo en voz baja y la dama, haciendo clic con sus impertinentes, le respondió indignada:

—Lo siento mucho, pero en mi opinión, si la única razón de que publiquéis lo que escribe es que os ayuda económicamente…

—*Doucement, doucement*. No proclames a los cuatro vientos nuestros secretos editoriales.

Y al oír esto la mirada de Ilya Borisovich se cruzó con la del joven periodista, el marido de la dama angulosa, que instantáneamente se quedó helado, luego gimió algo ininteligible y se dispuso a empujar a su mujer fuera de allí, mientras que ella seguía hablando a voz en grito:

—A mí no me importa el maldito Ilyin, me preocupan las cuestiones de principio…

—A veces los principios han de ser sacrificados —dijo fríamente el petimetre de voz opalescente.

Pero Ilya Borisovich ya no les escuchaba. Veía todo como bajo una neblina, en un estado de angustia total, sin darse cuenta todavía del horror de lo que acababa de pasar, pero esforzándose instintivamente por iniciar una retirada lo más rápida posible de algo vergonzoso, odioso, intolerable; se dirigió primero hacia el lugar vago donde todavía se vendían butacas también vagas, pero luego, lo pensó mejor, y volvió abruptamente sobre sus pasos, dándose casi de bruces con Euphratski, que se dirigía rápidamente hacia él, camino del guardarropa.

Una mujer mayor de negro. El número setenta y nueve. Ahí abajo, tenía una prisa desesperada, ya había conseguido deslizar el brazo por la manga del abrigo, cuando Euphratski lo alcanzó, acompañado por el otro, el otro.

«Te presento a nuestro editor», dijo Euphratski, mientras Galatov, poniendo los ojos en blanco procurando por todos los medios que Ilya Borisovich no se diera cuenta de lo que pasaba, se le agarraba de la manga, como si quisiera ayudarle y le hablaba muy rápidamente: «Innokentiy Borisovich, ¿cómo está? Me alegro tanto de conocerlo personalmente. Una ocasión muy agradable. Déjeme que le ayude».

—Por Dios, déjenme solo —murmuró Ilya Borisovich, luchando a un tiempo con el abrigo y con Galatov—. Váyase. Repugnante. No puedo. Es repugnante.

—Ha sido un malentendido lamentable —intervino Galatov a toda velocidad.

—Déjenme solo —exclamaba Ilya Borisovich, liberándose de ellos; sacó su bombín del mostrador y salió, poniéndose el abrigo.

Mientras caminaba por la acera murmuraba incoherentemente todo tipo de cosas; luego extendió las manos: ¡se había olvidado el bastón!

Siguió caminando automáticamente, pero luego, al tropezarse con algo, se detuvo como si la cuerda del reloj se hubiera agotado.

Volvería a por el bastón una vez que hubiera empezado la representación. Debía esperar unos minutos.

Los coches seguían pasando por delante, tocaban las bocinas, la noche estaba clara, seca, engalanada con todo tipo de luces. Empezó a caminar despacio hacia el teatro. Pensó que era viejo, solitario, que sus alegrías eran escasas y que los ancianos deben pagar por sus placeres. Pensó que quizá incluso aquella noche, o en todo caso, mañana, Galatov iría a verle y le daría una explicación, una justificación, todo tipo de excusas. Sabía que debía perdonárselo todo, de otra manera el «Continuará» nunca se materializaría. Y también se dijo que después de su muerte todos reconocerían su estatura, y recordó, como en un montoncillo menudo, todas las migajas de alabanza que había recibido últimamente, y muy despacio, se puso a caminar arriba y abajo hasta que pasaron unos minutos. Después, volvió a por su bastón.

Amaro [*]

La habitación más amplia de su mansión de San Petersburgo era la biblioteca. Allí entraba Peter, antes de ir al colegio, a darle los buenos días a su padre. Crepitar de acero y roce de suelas de zapato: todas las mañanas su padre practicaba la esgrima con *monsieur* Mascara, un francés diminuto de cierta edad, hecho de gutapercha y de cerdas negras. Los domingos, *monsieur* Mascara venía a dar clase a Peter de gimnasia y pugilismo —y habitualmente tenía que interrumpir la clase debido a un ataque de dispepsia: a través de pasadizos secretos, a través de cañones de estanterías, a través de corredores oscuros, se retiraba durante media hora a uno de los retretes del primer piso. Peter, con sus delgadas muñecas, todas calientes, embutidas en unos enormes guantes de boxeo, esperaba, tirado en un sofá de cuero, escuchando el ligero zumbido del silencio, y pestañeando contra la somnolencia que le invadía. La lámpara, que en las mañanas de invierno siempre parecía ser de un apagado tono rojizo, se reflejaba en el linóleo encerado, en las estanterías que cubrían las paredes, en los lomos indefensos de los libros apiñados en filas apretadas, y en las cuerdas negras del saco de arena de boxeo en forma de pera. Al otro lado de las ventanas, tras sus cristaleras, se veía la nieve que caía densamente, suave y lenta, con una especie de gracia monótona y estéril.

En el colegio, últimamente, el profesor de geografía, Berezovski (el autor de un manual, *Chao-San, la tierra del alba: Corea y los coreanos, con trece ilustraciones y un mapa*), tocándose la barba oscura, informó a toda la clase, inesperada e inoportunamente, que Peter recibía clases privadas de boxeo de *monsieur* Mascara. Todos se quedaron mirando a Peter. La vergüenza se apoderó de Peter, cuyo rostro se puso a brillar rubicundo e incluso pareció hincharse. En el recreo, Shchukin, su compañero más fuerte, más bronco y también el último de la clase, se acercó a él y le dijo con una mueca: «Venga, enséñanos cómo boxeas». «Déjame en paz», contestó Peter suavemente. Shchukin emitió un quejido nasal y golpeó a Peter bajo el estómago. Peter se molestó. Con un directo de izquierda, como le había enseñado *monsieur* Mascara, le dejó a Shchukin la nariz toda ensangrentada. Se hizo una pausa tensa, manchas rojas en un pañuelo. Repuesto del susto, Shchukin cayó sobre Peter y empezó a maltratarle violentamente. Aunque le dolía todo el cuerpo, Peter se sintió satisfecho. La sangre siguió manando de la nariz de Shchukin a lo largo de toda la clase de Historia Natural, dejó de manar en la clase de Aritmética, y volvió a su curso en la de Historia Sagrada. Peter lo contemplaba con silencioso interés.

Aquel invierno la madre de Peter llevó a Mará a Mentón. Mará creía que se estaba muriendo de tuberculosis. La ausencia de su hermana, una joven inquisitiva

con una lengua más bien cáustica, no desagradaba a Peter, pero no podía sobrellevar sin embargo la ausencia de su madre; la echaba terriblemente de menos, especialmente por las noches. A su padre no lo veía mucho. Su padre estaba ocupado en un lugar que llamaban Parlamento (donde un par de años antes se había caído el techo). Había una cosa que se llamaba el Partido de los Cadetes, que no tenía nada que ver ni con partidos ni con cadetes. A menudo Peter tenía que cenar solo arriba, con la señorita Sheldon, que tenía el pelo negro y los ojos azules y llevaba una corbata de punto con rayas horizontales sobre una blusa voluminosa, mientras que abajo, en el vestíbulo se acumulaban más de cincuenta pares de botas de goma: y si pasaba desde el vestíbulo al salón lateral con su diván turco tapizado de seda oía, en la distancia cuando el mozo de comedor abría la puerta, un estrépito cacofónico, un alboroto como si fuera un zoo, y la voz remota y precisa de su padre.

Una melancólica mañana de noviembre Dmitri Korff, que compartía pupitre con Peter, sacó de su cartera moteada una revista satírica barata y se la dio a Peter. En una de las primeras páginas había una caricatura, en la que predominaban los tonos verdes, que representaba a su padre y que iba acompañada de unas coplas. Al mirarlo, Peter captó sólo un fragmento de la parte central:

V syom stolknovenii neschastnom
Kak dzentelmen on predlagal
Revolver, sablyu il' kinzhal.

(En su infortunada reyerta
Ofreció cual caballero
el revólver, la daga, la espada.)

«¿Es verdad?», preguntó Dmitri en un susurro (la clase acababa de comenzar). «¿Qué quieres decir con eso de que es verdad?», murmuró Peter como respuesta. «Silencio, ustedes dos», interrumpió Aleksey Matveich, el profesor de ruso, un hombre que parecía un mujik, y que tenía ciertas dificultades para hablar, además de un sucio bulto indescriptible sobre un labio torcido, y unas piernas embutidas en unos pantalones absurdos que provocaban la risa de todos: cuando caminaba se le enredaban los pies, ponía el pie derecho en el lugar que debía ocupar el izquierdo y viceversa, pese a lo cual avanzaba muy rápidamente. Ahora estaba sentado en su mesa y hojeaba su pequeño cuaderno de notas: en ese momento sus ojos se fijaron en un pupitre distante, detrás del cual, como un árbol que se eleva progresivamente a las órdenes de un fakir, emergió la persona de Shchukin.

«¿Qué quieres decir con eso de que si es verdad?», repitió suavemente Peter, con la revista en el regazo y mirando de través a Dmitri. Dmitri se le acercó. Mientras

tanto, Shchukin, con el pelo cortado al cero y una blusa rusa de sarga negra, empezaba por tercera vez con un entusiasmo imposible: «*Mumu*… el relato de Turguenev, *Mumu*…». «Ese trozo en el que hablan de tu padre», contestó Dmitri en voz baja. Aleksey Matveich golpeó el *Zhivoe Slovo* (una antología escolar) contra la mesa con tal violencia que se le cayó la pluma y se quedó con la plumilla clavada en un tablón del suelo. «¿Qué pasa por ahí…? ¿Qué es lo que andan murmurando?», dijo el profesor, escupiendo incoherentemente al pronunciar las sibilantes: «Levántense, levántense… Korff, Shishkov… ¿Qué están haciendo ahí?». Llegó hasta ellos y les quitó ágilmente la revista. «Así que se dedican a leer esta basura… siéntense, siéntense… basura.» Metió su botín en la cartera.

A continuación Peter tuvo que salir a la pizarra. Le dijeron que escribiera el primer verso de un poema que debía haber aprendido de memoria. Escribió lo siguiente:

Junto al margen del río, los brezos
el trébol… o el amargo dolor…

No había acabado de escribir la última palabra cuando le interrumpió un grito tan hiriente que Peter dejó caer su trozo de tiza.

—¿Pero qué está usted garabateando ahí? ¡Ha escrito amargo cuando debería ser amaro, el amaro, una planta herbácea, el «amaro en flor»! ¿En qué está pensando? ¡Vuelva a su sitio!

«Bueno, ¿pero es verdad?», preguntó Dmitri en un susurro bien cronometrado. Peter hizo como si no le oyera. No podía evitar un escalofrío que le corría por dentro: en sus oídos resonaban los versos del revólver, la daga, o la espada; veía todo el tiempo ante sí la caricatura verde y de ángulos puntiagudos de su padre, con el verde que rodeaba su silueta en un lugar y que en otro desaparecía, un error de impresión. Recientemente, antes de su marcha al colegio, el crepitar del acero y aquel roce de las suelas… su padre y el maestro de esgrima, ambos con protectores mullidos y máscaras protectoras… Todo aquello le resultaba tan habitual: los gritos uvulares del francés, *rompez! battez!*, los robustos movimientos de su padre, el destello y el choque del acero… Una pausa: jadeando, sonriendo se quitaba la máscara convexa de su rostro húmedo y rosado.

La clase terminó. Aleksey Matveich se llevó la revista. Pálido como la cera, Peter se quedó sentado donde estaba, abriendo y cerrando la tapa de su pupitre. Sus compañeros de clase, con curiosidad respetuosa, se agruparon junto a él, deseosos de saber los detalles. El no sabía nada y trataba de descubrir lo que pasaba a partir de la lluvia de preguntas que sus compañeros le lanzaban. Todo lo que pudo sacar en limpio fue que Tumanski, otro parlamentario, había difamado el honor de su padre y

que su padre le había retado a un duelo.

Tuvo todavía que aguantar dos clases más y luego llegó el recreo con sus batallas de nieve en el patio. Sin razón alguna Peter comenzó a rellenar sus bolas de nieve con tierra helada, algo que no había hecho nunca hasta entonces. En el transcurso de la clase siguiente Nussbaum, el profesor de alemán, montó en cólera y empezó a vociferar contra Shchukin (que había tenido un mal día) y Peter sintió un espasmo en la garganta y pidió permiso para ir al baño, para no echarse a llorar en público. Allí, junto al lavabo, colgaba solitaria la toalla sucia —o más exactamente el cadáver de una toalla que había pasado por muchas manos mojadas que la habían manoseado. Durante un minuto, más o menos Peter se quedó mirándose en el espejo —el mejor método para impedir que su rostro se deshiciera en una mueca de llanto.

Se preguntó si no sería mejor irse a casa antes de la hora de salida, las tres, pero apartó ese pensamiento de su mente. ¡Autocontrol, la consigna es control! La tormenta de la clase se había apaciguado. Shchukin, con las orejas todavía coloradas, pero en absoluta calma, estaba de nuevo en su pupitre, sentado con los brazos cruzados.

Una clase más, y por fin, la campana final, que se diferenciaba en sus cadencias roncas de las que marcaban los períodos lectivos anteriores. Rápidamente todos se embutieron en sus botas impermeables, abrigos de piel y *shapska* con orejeras, Peter cruzó corriendo el patio, penetró por el túnel de salida, y saltó las vallas de la puerta. No le estaba esperando el automóvil, por lo que tuvo que tomar el trineo de alquiler. El conductor, de estrecho trasero y espalda erguida, encaramado un punto de través en su asiento, tenía una forma excéntrica de mandar al caballo: hacía como si se fuera a sacar la fusta de la bota, o un gesto con la mano como si pretendiera llamar a alguien indeterminado, y el trineo se ponía en marcha de un salto, haciendo que el plumier de Peter con todos sus lápices repiqueteara dentro de la cartera, y todo aquello le agobiaba y le producía una ansiedad todavía mayor, y por si fuera poco, unos copos de nieve inmensos, de formas irregulares y formados apresuradamente, caían sobre la manta pobre del trineo.

En casa, desde la marcha de su madre y su hermana, las tardes eran tranquilas. Peter subió por la gran escalera de peldaños amables en cuyo rellano del segundo piso había una mesa de malaquita verde con una bandeja para las tarjetas de visita, presidida por una réplica de la Venus de Milo que sus primos, en una ocasión, aparejaron con un lujoso abrigo de terciopelo y un sombrero con cerezas falsas, que la hacían parecerse a Praskovia Stepanovna, una viuda empobrecida que iba a la casa todos los primeros de mes. Peter llegó al piso de arriba y saludó a su institutriz. Pero la señorita Sheldon había invitado a una amiga a tomar el té, la institutriz inglesa de los Veretennikovs. La señorita Sheldon mandó a Peter a hacer sus deberes escolares para el día siguiente. Sin olvidarse de lavarse primero las manos y de beberse su vaso

de leche. Su puerta se cerró. Peter, agobiado por una espantosa angustia que le atenazaba y enredaba en sus lianas de algodón, se dedicó a holgazanear en el cuarto de jugar, hasta que decidió bajar al segundo piso para asomar la cabeza por el despacho de su padre. El silencio, allí, era insoportable. De repente, un ruido seco lo turbó: la caída de una ajada hoja de crisantemo. En su imponente escritorio los objetos conocidos, discretamente brillantes, se mostraban inmóviles en un orden cósmico, como si fueran planetas: fotografías, un huevo de mármol, un tintero majestuoso.

Peter pasó al *boudoir* de su madre, y de ahí al mirador, donde se quedó quieto un tiempo mirando a través del marco alargado de uno de sus vanos. Casi era ya de noche, en aquella latitud. Los copos de nieve bailaban en torno a los globos de luces teñidas de lila. Más abajo, circulaban en nebulosa las negras siluetas de los trineos con los perfiles encorvados de los pasajeros. ¿A la mañana siguiente, quizá? Siempre tienen lugar por la mañana, muy temprano.

Bajó hasta el primer piso. Un desierto silencioso. En la biblioteca, se apresuró nervioso a encender la luz y las sombras negras desaparecieron. Refugiado en un rincón junto a una de las estanterías, trató de entretener su mente examinando los grandes volúmenes encuadernados del *Zhivopisnoe Obozrenie* (el equivalente ruso de *El gráfico*): la belleza masculina radica en una barba espléndida y un bigote suntuoso. Desde que era niño he tenido que padecer estas espinillas. Concierto de acordeón, *Placer*, con veinte voces. Un grupo de sacerdotes en una iglesia de madera. Un cuadro con la leyenda *Extraños*: un caballero abatido sobre su escritorio, una señora, con su boa sinuosa, de pie a cierta distancia enfundándose un guante en sus largos dedos. Ya conozco este tomo. Sacó otro e inmediatamente se vio examinando un cuadro que mostraba un duelo entre dos espadachines italianos: uno de ellos se lanza con toda su fuerza, el otro se hace a un lado esquivando el golpe y le atraviesa la garganta a su contrincante. Peter cerró el tomo de un golpe y se quedó helado, llevándose las manos a las sienes como una persona mayor. Todo le asustaba: el silencio, las estanterías inmóviles, las pesas relucientes sobre una mesa de roble, las cajas negras de las fichas. Con la cabeza inclinada pasó a toda velocidad, como el viento a través de una serie de habitaciones lóbregas. De nuevo en el cuarto de jugar, se tumbó en un sofá y se quedó allí acostado hasta que la señorita Sheldon se acordó de su existencia. Por las escaleras subía el sonido del gong llamando a la cena.

Al bajar al comedor, Peter se encontró con su padre que salía de su despacho, acompañado por el coronel Rozen, que en tiempos había estado prometido con la hermana del padre de Peter muerta hacía ya mucho tiempo. Peter no se atrevía a mirar a su padre y cuando con su mano poderosa, llena de calor familiar, rozó la cabeza de su hijo, Peter se sonrojó casi hasta las lágrimas. Era imposible, insoportable, pensar que aquel hombre, la mejor persona del mundo, iba a batirse en

duelo con algún oscuro *Enigmanski*. ¿Con qué armas? ¿Pistolas? ¿Espadas? ¿Por qué nadie habla de ello? ¿Lo sabe el servicio? ¿La institutriz? ¿Mi madre, en Mentón? En la mesa el coronel hizo todo tipo de bromas como era su costumbre, abruptamente, brevemente, como si cascara nueces, pero aquella noche, Peter, en lugar de reírse, se vio acometido por todo tipo de rubores que trató de ocultar tirando deliberadamente su servilleta al suelo para al punto recuperarse debajo de la mesa y retomar su tono habitual, pero cuando salía de la misma estaba aún más rojo que antes, por lo que su padre enarcaba las cejas, y alegre, despreocupado con su equilibrio acostumbrado llevaba a cabo los ritos asociados a la cena, bebiendo vino de una copa dorada con su asa. El coronel Rozen seguía contando chistes. La señorita Sheldon, que no sabía ruso, se quedaba en silencio, sacando pecho adustamente; y en cuanto Peter se encorvaba sobre la mesa le daba un golpe malintencionado en el dorso para que se pusiera recto. De postre había *parfait* de pistacho, un plato que odiaba.

Después de la cena, su padre y el coronel subieron al despacho. Peter tenía un aspecto tan extraño que su padre le preguntó: «¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás de mal humor?». Y milagrosamente Peter consiguió contestar claramente: «No, no estoy enfadado». La señorita Sheldon lo llevó a la cama. Tan pronto como se apagó la luz, escondió el rostro en la almohada. Onegin se quitó el abrigo, Lenski cayó sobre la tarima como un saco negro. Se veía la punta de la espada que sobresalía del cuello del italiano. A Mascara le gustaba contar el «encuentro» que había tenido en su juventud: unos centímetros más abajo… y le hubieran perforado el hígado. Y no había hecho los deberes del día siguiente, y la oscuridad del dormitorio era total, y tenía que levantarse temprano, muy temprano, será mejor que no cierre los ojos o me quedaré dormido —seguro que la cosa está preparada para mañana. Oh, me saltaré el colegio, me lo saltaré, diré… que tengo anginas. Mi madre no vendrá hasta Navidad. Mentón, postales azules. Tengo que colocar la última en el álbum. Ya he acabado una página, la próxima…

Peter se levantó como siempre, alrededor de las ocho, como siempre oyó un sonido como de timbres: era el criado que tenía a su cargo la calefacción, acababa de abrir el humectador. Con el pelo todavía húmedo por el rápido baño Peter bajó y encontró a su padre boxeando con Mascara como si no pasara nada. «¿Anginas?», dijo, repitiéndolo después de Peter. «Sí, me encuentro mal», dijo Peter, hablando muy bajito. «Dime, ¿no me estarás mintiendo?» Peter sintió que si daba más explicaciones entraría en terreno peligroso: las compuertas estaban a punto de estallar, liberando un torrente desgraciado. En silencio se dio la vuelta y al momento siguiente ya estaba sentado en la limousine con su cartera en el regazo. Sentía náuseas. Todo era horrible e irremediable.

De alguna forma se las arregló para llegar tarde a la primera clase, y se quedó un largo rato de pie con la mano alzada detrás de la puerta de cristal de su clase pero no

le dejaron entrar y entonces se fue a vagar por el vestíbulo y luego se encaramó en el alféizar de la ventana con la vaga idea de hacer sus deberes allí pero no llegó más allá de:

… con el trébol y el amaro en flor.

y por enésima vez empezó a imaginarse cómo sucedería… en plena aurora brumosa. ¿Qué iba a hacer para enterarse de la fecha acordada? ¿Cómo se iba a enterar de los detalles? Si hubiera estado en el último curso, ni siquiera en el último, en el penúltimo, hubiera podido decir: «Déjame que ocupe tu lugar».

Finalmente sonó la campana. Una tropa ruidosa llenó el patio del recreo. Oyó muy cerca la voz de Dmitri Korff: «Bueno ¿estarás contento, no? ¿Estás contento?». Peter lo miró con una perplejidad como torpe. «Andrey tiene un periódico abajo», dijo Dmitri excitado. «Ven, tenemos tiempo, verás… Pero ¿qué te pasa? Si yo fuera tú…»

En el vestíbulo, en su taburete, estaba Andrey, el viejo portero, leyendo. Alzó los ojos y sonrió. «Está todo aquí, aquí está todo escrito», dijo Dmitri. Peter cogió el periódico y logró divisar como a través de un vaho tembloroso: «Ayer, a primeras horas de la tarde, en la isla de Krestovski, G. D. Shishkov y el conde A. S. Tumanski se batieron en duelo, el cual no concluyó, afortunadamente, en derramamiento de sangre. El conde Tumanski, que hizo fuego primero, erró el tiro, a lo que su oponente tiró al aire. Los segundos fueron…».

Y entonces fue cuando las compuertas se rompieron. El portero y Dmitri Korff intentaron calmarlo, pero él los apartaba de sí, presa de espasmos incontenibles, con el rostro oculto, no podía respirar, nunca había conocido lágrimas semejantes. «No se lo digáis a nadie, por favor, sencillamente no me encuentro muy bien, me duele…», y de nuevo un tumulto de llanto.

Música [*]

El vestíbulo rebosaba de abrigos de ambos sexos; desde el salón se oía el rápido desgranar de una serie de notas de piano. El reflejo de Víctor en el espejo se estiró el nudo de una corbata que no era sino reflejo de la de Víctor. Alzándose para llegar a la percha, la doncella colgó su abrigo, que inmediatamente se desprendió del perchero, llevándose a otros dos consigo en su caída, por lo que la doncella tuvo que empezar la operación de nuevo.

De puntillas, Víctor llegó al salón, y en ese momento la música se hizo más potente y ruidosa. Al piano estaba Wolf, un invitado poco frecuente en esa casa. El resto, unas treinta personas en total, escuchaba en una gran variedad de actitudes, algunos con la barbilla apoyada en la mano, otros fumando y exhalando el humo hacia el techo mientras la incierta iluminación concedía a su inmovilidad una cualidad vagamente pintoresca. Desde lejos, la señora de la casa le indicó un asiento vacío a Víctor con una sonrisa elocuente, una butaca con respaldo de rejilla que estaba casi a la sombra del piano de cola. Él respondió con gestos, como si quisiera pasar desapercibido, está bien, está bien, estoy bien de pie; pero al final empezó a moverse en la dirección indicada, se sentó con cautela y con la misma cautela se cruzó de brazos. La esposa del pianista, con la boca medio abierta y sin dejar de parpadear, se dispone a pasar la página; ya la ha pasado. Una selva negra de notas en crescendo, una colina, un vacío, luego un grupo separado de trapecistas que inician el vuelo. Wolf tiene unas pestañas largas, rubias: sus orejas translúcidas muestran un delicado tono rojizo; toca las notas con velocidad y rigor extraordinarios y, en las profundidades lacadas de la tapa abierta del teclado del piano, se deja ver la réplica de sus manos ocupadas en un remedo intrincado, fantasmal, incluso vagamente circense.

Para Victor, cualquier música que le resultara desconocida, y toda la que conocía se reducía a una docena de melodías convencionales, se asemejaba al parloteo de una conversación en una lengua extranjera: tratas en vano de definir al menos los límites de las palabras, pero todo resbala y se entremezcla, de forma que el oído rezagado empieza a aburrirse. Victor intentó concentrarse en la música pero muy pronto se sorprendió a sí mismo observando las manos de Wolf y sus reflejos espectrales. Cuando la música se convertía en un trueno insistente el cuello del pianista se hinchaba, sus dedos abiertos entraban en tensión y emitía una especie de débil gruñido. En un momento dado, su esposa se le adelantó; él detuvo la página con un golpe seco de su palma izquierda abierta y luego, a increíble velocidad, la pasó de un manotazo y al instante siguiente ambas manos atacaban ya de nuevo el sumiso

teclado. Victor hizo un estudio detallado del hombre: nariz puntiaguda, párpados saltones, una cicatriz en el cuello, herencia de un grano, pelusa rubia a guisa de pelo, espaldas amplias bajo la americana negra. Por un momento Victor trató de prestar atención de nuevo a la música, pero apenas se hubo fijado en ella su atención empezó a dispersarse. Lentamente abandonó su lugar junto al piano, sacó su pitillera y empezó a examinar a los otros invitados. Entre los rostros extraños descubrió a algún conocido —el gordinflón de Kocharovsky, tan buena persona… ¿debería saludarle? Le saludó, pero erró el gesto porque fue otro conocido suyo, Shmakov, el que le devolvió el saludo: yo creía que se había marchado de Berlín, a París, se lo tendré que preguntar. En un diván, flanqueado por dos damas ancianas, estaba Anna Samoylovna, tan pelirroja y corpulenta, medio reclinada con los ojos entreabiertos mientras que su marido, un otorrino-laringólogo, se sentaba apoyando el codo en el brazo de la silla. ¿Qué es ese objeto reluciente con el que juega su mano libre? Ah, sí, unas lentes con una cinta chejoviana. Más allá, con un hombro en la sombra, un hombre barbudo y jorobado conocido por su amor a la música escuchaba con máxima atención, con el índice apoyado en la mejilla. Victor nunca se acordaba de su nombre ni de su apellido. ¿Boris? No, no era Boris. ¿Borisovich? Tampoco. Más rostros. Me pregunto si estarán aquí los Haruzins. Sí, allí están. No me ven. Y al momento siguiente, justo detrás de ellos, Victor vio a su ex mujer.

Al punto agachó la cabeza, dando golpecitos al cigarrillo para tirar la ceniza que no había tenido todavía tiempo de formarse. Desde algún lugar de su interior surgió su corazón como un puño dispuesto a lanzar un buen derechazo pero se retiró, luego volvió a golpear para a continuación empezar a latir desordenada y velozmente, en contrapunto al ritmo de la música y ahogándola. Sin saber dónde mirar, observó de refilón al pianista pero sin oír una sola nota. Parecía como si Wolf estuviera tocando en un teclado silencioso. Victor sintió tal angustia en el pecho que tuvo que estirarse y respirar a fondo: luego, y como si retornara desde algún lugar distante, luchando por encontrar su hueco, la música volvió a la vida y el corazón reanudó sus latidos con un ritmo más regular.

Se habían separado hacía dos años, en otra ciudad, donde el mar tronaba por las noches y donde habían vivido desde su boda. Sin atreverse todavía a alzar la vista, trató de rechazar el ruido y la avalancha del pasado con pensamientos triviales; por ejemplo, que ella debía de haberle visto hacía unos minutos cuando, con pasos titubeantes y de puntillas, había atravesado toda la habitación para llegar a su asiento. Era como si alguien le hubiera sorprendido desnudo o comprometido en una ocupación estúpida; y mientras recordaba cómo en su inocencia se había deslizado y precipitado bajo su mirada (¿hostil?, ¿burlona?, ¿curiosa?), se interrumpió para considerar si su anfitriona u otra persona en la habitación sería consciente de la situación, y cómo había llegado ella hasta allí, y si habría venido sola o con su nuevo

marido, y qué debía hacer él; ¿quedarse como estaba o ponerse a mirarla? No, mirarla era todavía imposible; antes tenía que acostumbrarse a su presencia en aquel salón que aunque grande era al tiempo limitado, porque la música les había puesto cerco y se había convertido para ellos en una suerte de prisión en la que ambos estaban destinados a permanecer cautivos hasta que el pianista acabase de construir y mantener sus bóvedas de ruido.

¿Qué había tenido tiempo de ver en aquella breve ráfaga en que sus ojos se encontraron hacía un minuto? Tan poco: sus ojos huidizos, sus pálidas mejillas, un mechón de pelo negro, y también, como si fuera una actriz secundaria, creía haber distinguido una serie de perlas o algo parecido rodeando su cuello. ¡Tan poco! Y sin embargo, aquel esbozo descuidado, aquella imagen truncada ya, era su mujer, y aquella fusión momentánea de resplandor y sombras la constituía desde aquel momento en el único ser que llevaba su nombre.

¡Qué lejano parecía todo! Se había enamorado perdidamente de ella una noche de bochorno, bajo un cielo desmayado, en la terraza del pabellón de tenis, y, un mes más tarde, en su noche de bodas, llovió tanto que el ruido del agua les impedía escuchar el mar. Qué felicidad fue aquélla. Felicidad —qué palabra tan húmeda, tan similar a una lengua que te lame el cuerpo chapoteando sin cesar, qué palabra tan viva, tan dócil, que sonríe y que llora por sí misma. Y la mañana siguiente: aquellas hojas relucientes en el jardín, aquel mar casi silencioso, aquel mar lánguido, lechoso, plateado.

Tenía que hacer algo con la colilla del cigarrillo. Volvió la cabeza y de nuevo el corazón le dejó de latir. Alguien se había movido y su mujer había desaparecido casi por completo tras aquel extraño, que sacaba un pañuelo tan blanco como la muerte; pero el brazo de aquel extraño se movía de nuevo y ella reaparecería, en un segundo reaparecería ante su vista. No, no soporto mirar. Hay un cenicero en el piano.

La barrera de sonidos seguía su curso, potente, impenetrable. Las manos espectrales en sus profundidades de laca seguían con sus contorsiones habituales. «Seremos felices para siempre», ¡qué melodía, qué resplandor trémulo en aquellas palabras! Ella era toda como de terciopelo y uno no quería sino abrazarla como abrazaría a un potrillo con las piernas dobladas. Abrazarla, envolverla. ¿Y luego, qué? ¿Qué había que hacer para poseerla por completo? Amo tu hígado, tus riñones, tu sangre. Y ella le contestaba: «No seas desagradable». No vivían con gran lujo, pero tampoco eran pobres, e iban a nadar al mar en cualquier época del año. Las medusas, arrojadas por el mar a la playa de guijarros, temblaban con el viento. Las rocas de Crimea brillaban con la espuma. En una ocasión vieron a unos pescadores que se llevaban el cuerpo de un ahogado; sus pies descalzos sobresalían por debajo de la manta y parecían sorprendidos. Por las noches solía hacer chocolate caliente.

Volvió a mirar. Ahora estaba sentada con los ojos bajos, las piernas cruzadas, y la barbilla apoyada en los nudillos: era muy musical, Wolf debía de estar tocando una

pieza famosa, hermosa. No podré dormir en varias noches, pensó Victor mientras contemplaba su cuello blanco y el suave ángulo de su rodilla. Llevaba un ligero vestido negro, que le resultaba desconocido, y su collar atrapaba la luz en sus cuentas. No, no podré dormir, y tendré que dejar de venir aquí. Todo ha sido en vano: dos años luchando, esforzándome y cuando ya casi había alcanzado cierta paz mental… y ahora tengo que volver a empezar de nuevo, tratar de olvidarlo todo, todo lo que ya estaba casi olvidado, y además, por si fuera poco, aún rae queda toda esta noche. Y de repente le pareció que ella le miraba furtivamente, y volvió la cara.

La música debía estar tocando a su fin. Cuando llegan esas cuerdas violentas, jadeantes, suele significar que el final está cerca. Otra palabra misteriosa, *final*… El desgarro final, la inminencia del fin… El trueno que desgarra el cielo, las nubes de polvo que anuncian tragedia. Con la llegada de la primavera se volvió como insensible. Hablaba como sin mover los labios. Él preguntaba: «¿Qué te ocurre?». «Nada. Nada en particular.» A veces se le quedaba mirando fijamente con ojos escrutadores, con una expresión enigmática. «¿Qué ocurre?» «Nada.» Al caer la noche estaba como muerta. No podías hacer nada por ella, porque, aunque era una mujer pequeña, delgada, se volvía pesada y torpe, como si estuviera hecha de piedra. «¿No me vas a decir por fin qué te ocurre?» Y así durante un mes. Entonces, una mañana, sí, fue la mañana de su cumpleaños, dijo sencillamente, como si hablara de algo sin importancia: «Separémonos durante un tiempo. No podemos seguir así». La niña del vecino irrumpió en la habitación a enseñarnos su gatito (el único superviviente de una carnada que se había ahogado). «Vete, vete, ven más tarde.» La niña se fue. Se hizo un silencio, largo. Después de un rato, lenta, silenciosamente, él empezó a frotarse las manos, a preparar sus puños, deseaba romperla por completo, dislocarle todas las articulaciones con crujidos violentos. Ella empezó a llorar. Entonces él se sentó a la mesa y pretendió leer el periódico. Ella salió al jardín, pero volvió pronto. «No puedo mantenerlo en secreto por más tiempo. Tengo que contártelo todo.» Y con una especie de asombro raro ante sus propias palabras, como si estuviera hablando de otra mujer y se extrañara de lo que ésta contaba y además invitándole a que compartiera su extrañeza, ella se lo contó todo, todo, con pelos y señales. El hombre en cuestión era un tipo fornido, modesto, reservado; solía ir a jugar una partida de *whist* con ellos y le gustaba hablar de pozos artesianos. La primera vez fue en el parque, luego en su casa.

El resto era muy vago. Caminé por la playa hasta que cayó la noche. Sí, parece que la música se acaba. Cuando le abofeteé en el muelle, me dijo: «Esto lo pagará caro», cogió su gorra del suelo y se fue. No me despedí de ella. Qué estúpido fui al querer matarla. Vive, sigue viviendo. Vive como vives ahora, en este preciso momento, sentada ahí para siempre. Vamos, mírame, te lo imploro, por favor, mírame. Te perdonaré todo, porque de algún modo, todos vamos a morir algún día, y

entonces nos enteraremos de todo, y todo será perdonado —así que ¿por qué dilatar el perdón? Mírame, mírame, vuelve hacia mí tus ojos, mis ojos, mis queridos ojos. No. Se acabó.

Los últimos acordes, poderosos, complejos, otro más, y ya no queda sino el último pero cuando completó el acorde, con el que la música parecía haber entregado su alma definitivamente, el pianista apuntó y, con precisión felina, tocó una nota, una sola, sencilla, separada del resto, una nota dorada. El muro de música se disolvió. Aplauso. Wolf decía: «Hace mucho tiempo que no tocaba esta pieza». La esposa de Wolf decía: «Hace mucho tiempo, sabe usted, que mi marido no tocaba esta pieza». El otorrino se acercó a Wolf, lo acorraló, lo apuntaló contra su tripa para decirle: «¡Maravilloso! Siempre he defendido que es lo mejor que escribió nunca. Creo que al final usted moderniza el colorido de los sonidos un poco demasiado. No sé si me explico pero, verá usted…».

Victor miraba hacia la puerta. Allí, una dama morena, delgada con una sonrisa de desamparo se despedía de la anfitriona, que no hacía sino repetir sorprendida: «No se lo acepto, ahora todos vamos a tomar el té, y luego vamos a escuchar a un cantante». Pero ella seguía sonriendo indefensa mientras se abría camino hasta la puerta, y Victor se dio cuenta de que la música que antes le había parecido una estrecha cárcel donde, aprisionados por el fragor de los sonidos, se habían visto obligados a permanecer frente a frente a unos centímetros de distancia, en realidad había constituido una felicidad increíble, una cúpula mágica de cristal que le había abrazado y aprisionado en su seno junto con ella, que le había dado la oportunidad de respirar el mismo aire que ella respiraba; y ahora todo aquello se había roto en mil fragmentos y estaba disperso, ella estaba a punto de desaparecer por la puerta, Wolf había cerrado el piano, y aquel cautiverio encantador había desaparecido para siempre.

Ella se fue. Nadie pareció darse cuenta de nada. Le saludó un hombre llamado Boke que le dijo en tono amable: «No he parado de mirarle. ¡Vaya reacción la suya a la música! Sabe, parecía tan aburrido que me ha dado lástima. No puedo creer que la música le resulte totalmente indiferente».

—No, no estaba aburrido —contestó Victor con torpeza—. Sencillamente, carezco de oído, y soy mal juez para la música. Por cierto ¿qué tocaba?

—Lo que usted prefiera —dijo Boke con el susurro de preocupación de un intruso —. *El lamento de la doncella* o quizás *La sonata a Kreutzer*. Elija.

Perfección [*]

«Mira estos dos versos que tenemos aquí», le decía a David con alegría en la voz, casi con entusiasmo, como si el hecho de tener dos versos fuera un preciado regalo de la fortuna, algo de lo que sentirse orgulloso. David era amable pero aburrido. Al ver cómo las orejas de David iban adquiriendo un cierto brillo rojizo Ivanov se dio cuenta de que dentro de treinta o cuarenta años aparecería a menudo en los sueños de David: los sueños humanos no olvidan fácilmente las querellas antiguas.

David, rubio y delgado, llevaba un jersey amarillo de punto sin mangas, ceñido al cuerpo con un cinturón de piel, y un reloj de pulsera cuya esfera estaba protegida por una especie de reja como las de las ventanas de las cárceles, con las rodillas llenas de rasguños estaba sentado a la mesa en una postura incomodísima y se entretenía dándose golpecitos en los dientes con la punta roma de su pluma. Le iba mal en los estudios y había sido necesario contratar a un profesor particular.

«Y ahora fijémonos en el segundo verso», continuó Ivanov sin perder su estudiada jovialidad. Se había licenciado en geografía pero no podía servirse de sus conocimientos especializados: riquezas muertas, la magnífica casa solariega de un pobre de alta alcurnia. ¡Qué hermosas son, por ejemplo, las antiguas cartas marinas! Los mapas de las rutas romanas, alargados, ornados, con márgenes como serpientes que representaban los mares acanalados: o aquellos trazados en la antigua Alejandría, donde Inglaterra e Irlanda parecían dos salchichitas; o también, los mapas de la Cristiandad medieval, de color verde hierba y carmesí, con el paradisíaco Oriente arriba y Jerusalén, el ombligo dorado del mundo, en el centro. Relatos de peregrinaciones maravillosas: aquel monje viajero que comparaba el Jordán con el riachuelo de su Chernigov nativo, aquel enviado del zar que llegó hasta un país donde la gente se paseaba bajo sombrillas amarillas, el mercader de Tver que se abría camino a través de una densa *Zhengel* (la voz rusa para jungla), llena de monos, hasta llegar a una tierra tórrida gobernada por un príncipe desnudo. El islote que es el mundo conocido crece y crece: de entre las nieblas fabulosas emergen vacilantes contornos y perfiles nuevos, lentamente el globo va quitándose los ropajes que le cubren —y he aquí que de entre la lejanía allende los mares surge el brazo de Suramérica y que desde sus más recónditos lugares soplan vientos poderosos, uno de los cuales se nos presenta incluso con sus gafas puestas.

Pero olvidémonos de los mapas, Ivanov tenía otros muchos entretenimientos y excentricidades. Era desgarbado, atezado, no demasiado joven y su rostro mostraba la sombra de una barba negra que se había dejado crecer durante muchos años, para luego cortársela (en una barbería en Serbia, el primer año de su exilio): la más

mínima indulgencia hacía revivir aquella sombra que inmediatamente comenzaba a erizarse. A lo largo de unos doce años de vida en el exilio, fundamentalmente en Berlín, había permanecido fiel al cuello duro y a los puños con gemelos; sus camisas ya ajadas conservaban una anticuada lengüeta en la parte delantera que se abotonaba en la parte superior de sus calzoncillos largos. En los últimos tiempos se había visto obligado a llevar constantemente su traje negro de etiqueta con galones en las solapas (el resto de sus trajes se habían desintegrado) y, ocasionalmente, en los días nublados, con luz indulgente, llegaba a pensar que iba vestido con gusto sobrio y elegante. De su corbata de lazo escapaban como unas entrañas de lana y, aunque se vio obligado a recortarlas, no se decidió a deshacerse de ellas por completo.

Hacia las tres de la tarde se ponía en camino rumbo a la clase de David, con andares un tanto desgarbados, la cabeza bien recta. Inhalaba ávidamente el aire joven del principio del verano, moviendo su gran nuez, que en el transcurso de la mañana… En una ocasión, la mirada ausente de Ivanov captó por un instante el suave silbido de un joven con polainas de cuero en la acera de enfrente que al verle alzó la barbilla y mantuvo un gesto exagerado con la cabeza y la mirada erguida durante un trecho: hay que corregir las excentricidades de nuestro prójimo. Ivanov, sin embargo, malinterpretó aquel gesto didáctico y, asumiendo que le estaba indicando que se fijara en algo sobre su cabeza, alzó la vista confiado hacia arriba y efectivamente, allí había tres nubéculas preciosas que, cogidas de la mano, se arrastraban a la deriva por el cielo; la tercera se quedó lentamente rezagada y su silueta, y la silueta de la mano amiga que seguía extendida queriendo tocarla, pronto fueron perdiendo su hermoso atractivo.

En aquellos primeros días de buen tiempo todo parecía hermoso y conmovedor: las adolescentes de largas piernas que jugaban a la rayuela en las aceras, los ancianos en los bancos, los confetis verdes que los tilos suntuosos esparcían cada vez que el aire estiraba sus miembros invisibles. Se sentía solo y encorsetado en su traje negro. Se quitaba el sombrero y se detenía unos minutos mirando en torno suyo. A veces, mirando a un deshollinador (ese mensajero indiferente de la suerte de los otros, a quien las mujeres tocan a su paso con dedos supersticiosos) o un avión que adelantara a una nube, Ivanov soñaba con las muchas cosas que ya nunca conocería, con las profesiones que jamás ejercería, con un paracaídas que se abriera como una colosal corola, o con el mundo moteado efímero de los automóviles de carreras, con distintas imágenes de la felicidad, con los placeres de la gente muy rica en entornos naturales pintorescos. Sus pensamientos volaban y recorrían el cristal que a lo largo de su vida le había impedido el contacto directo con el mundo. Tenía un deseo apasionado de experimentar todo, de tocar todas las cosas, de dejar que las voces de colores y los gritos de los pájaros se filtraran por todo su ser, y de adentrarse por un instante en el alma de un transeúnte de igual forma a como uno se adentra en la sombra fresca de

un árbol. Su mente estaba preocupada con problemas insolubles: ¿Dónde y cómo se lavan los deshollinadores después de trabajar? ¿Habría cambiado algo en aquel camino forestal de su Rusia natal que hacía un momento había recordado tan vívidamente?

Cuando por fin, tarde como siempre, entraba en el ascensor, experimentaba la sensación de estar creciendo imperceptiblemente, estirándose, y cuando su cabeza llegaba al sexto piso, tenía la impresión de que sus piernas se movían como las de un nadador. Luego, una vez recuperado su tamaño habitual, entraba en la luminosa habitación de David.

Durante las clases, a David le gustaba toquetearlo todo pero, por lo demás, prestaba bastante atención. Se había educado en el extranjero y hablaba ruso con dificultad y aburrimiento, y cuando se veía en la necesidad de expresar algo importante, o cuando hablaba con su madre, la esposa rusa de un hombre de negocios berlinés, se pasaba inmediatamente al alemán. Ivanov, cuyo conocimiento del lenguaje local era más bien pobre, explicaba matemáticas en ruso, mientras que el manual estaba, evidentemente, en alemán, y aquello producía una cierta confusión. Cuando miraba las orejas del chico, bordeadas de una pelusa rubia, trataba de imaginarse el grado de tedio y aborrecimiento que debía de despertar en David y aquello le entristecía. Se veía a sí mismo como los demás debían verle —un cutis lleno de granos, un sarpullido *a feu du rasoir*, una chaqueta negra llena de brillos, manchas en los puños— y se daba cuenta de lo falso de su jovialidad, de los sonidos que emitía con la garganta e incluso de aquel ruido que David no percibía, el latido entrecortado pero sumiso de su corazón enfermo hacía tiempo. La lección acababa, el chico se apresuraba a enseñarle algo, un catálogo de coches, una cámara de fotos o un clavo curioso que hubiera encontrado en la calle, y entonces Ivanov hacía lo posible para aparentar que participaba inteligentemente en lo que le contaba, pero mucho me temo que nunca estuvo familiarizado con la fraternidad secreta de los artilugios hechos por el hombre que conocemos como tecnología, y de ahí que un par de observaciones inexactas provocaran que David se le quedara mirando con pálidos ojos grises un punto asombrados tras lo cual recogía el objeto que parecía a punto de romperse en las manos de Ivanov.

Y sin embargo David no carecía de ternura. Su indiferencia ante lo insólito tendría su explicación, porque también yo, reflexionaba Ivanov, debía de parecer un muchacho impasible y algo seco, o que nunca compartía con nadie mis amores, mis ilusiones, mis miedos. Todo lo que expresaba mi infancia era un pequeño monólogo excitado dirigido a sí misma. Se podría construir el silogismo siguiente: un niño es el tipo de humanidad más perfecto; David es un niño; luego David es perfecto. Con esos ojos tan adorables que tiene, no puede pensar tan sólo en los precios de los distintos artilugios mecánicos o en ahorrar suficientes sellos para cambiarlos y conseguir

cincuenta peniques de baratijas en la tienda. Debe de estar también guardando algo más: brillantes impresiones infantiles cuya paleta de colores se fija como un rastro en las yemas de los dedos. No habla de ello como yo tampoco lo hacía. Pero si pasadas unas cuantas décadas, pongamos por caso, en 1970 (¡cómo se parecen a los números de teléfono, esos años distantes!), volviera a ver por cualquier azar el cuadro que ahora cuelga sobre su cabeza —Bonzo devorando una pelota de tenis— sentirá una sacudida, se extrañará ante su existencia iluminada: a Ivanov no le faltaba del todo la razón; los ojos de David no carecían de una cierta ensoñación: pero era una ensoñación tras la cual se ocultaba un mundo de picardía.

Entra la madre de David. Tiene el pelo rubio y un gran temperamento. El día anterior lo había dedicado a estudiar español, hoy subsiste a base de zumo de naranja. «Me gustaría hablar con usted. No se levante, por favor. Vete, David. ¿Ha acabado la clase? Vete, David. Lo que le quiero decir es lo siguiente. Pronto estará de vacaciones. Estaría bien que fuera a la playa. Desgraciadamente, yo no puedo ir. ¿Le importaría ir con él? Yo confío en usted y él le escucha. Sobre todo, quiero que hable ruso más a menudo. En realidad, no es más que un pequeño *Sportsman*, como todos los niños modernos. Y bien, ¿qué le parece?»

Ciertas dudas. Pero Ivanov no expresó sus dudas. La última vez que había visto el mar había sido en 1912, hacía dieciocho años cuando era un estudiante universitario. Fue en Hungerburg, en la provincia de Eastland. Pinos, arena, agua plateada en la distancia —¡oh, cuánto costaba alcanzarla, y luego cuánto costaba meterse en el agua hasta las rodillas! Sería el mismo mar Báltico, pero una costa diferente. Sin embargo, la última vez que fui a bañarme no fue en Hungerburg sino en el río Luga. Unos mujiks salieron corriendo del agua, con piernas de rana, los brazos cruzados sobre sus partes íntimas: *pudor agrestis*. Les castañeteaban los dientes mientras se ponían las camisas sobre sus cuerpos húmedos. Es bonito irse a bañar al río con la caída de la tarde, en especial bajo una lluvia cálida cayendo en círculos silenciosos, cada uno de los cuales se ensancha e invade el charco vecino, por toda la superficie del agua. Pero me gusta sentir bajo mis pies la presencia del fondo. Qué difícil volverse a poner de nuevo los zapatos y los calcetines sin mancharse las suelas de los pies. Agua en los oídos: saltando sin cesar de un pie a otro hasta escupir el agua como una lágrima cosquillosa.

El día de la partida llegó pronto. «Tendrá un calor horroroso con esa ropa», observó la madre de David a modo de despedida, contemplando el terno negro de Ivanov (que llevaba duelo por todas sus cosas difuntas). El tren estaba abarrotado, y su cuello nuevo (una ligera concesión, un regalo de verano) se fue transformando por momentos en una compresa húmeda y pegajosa. El afortunado David, con su pelo cortado y un mechón central jugando al viento, estaba de pie con la camisa abierta en la ventana del pasillo, contemplándolo todo, y al llegar a una curva se dejaba ver el

semicírculo que formaban los coches delanteros, con las cabezas de los pasajeros asomados en la parte inferior de las ventanillas abiertas. Luego el tren enderezó su marcha, y sin dejar de silbar cada vez a mayor velocidad, entró en un bosque de hayas.

La casa estaba situada en la zona interior de aquel pueblo marítimo, una sencilla casa de dos pisos con matas de grosella en el patio, separada mediante una cerca de la polvorienta carretera. En un tronco, se sentaba un pescador de barba oscura, con los ojos entreabiertos al sol mientras alquitranaba sus redes. Su mujer les llevó a la casa. Suelos de terracota, muebles como para enanos. En la pared, un gran fragmento de la hélice de un avión. «Mi marido solía trabajar en el aeropuerto.» Ivanov sacó de la maleta su escasa ropa blanca, su navaja de afeitar, un volumen gastado de las obras de Pushkin en la edición de Panafidin. David sacó de una red una pelota de muchos colores e inmediatamente se puso a botarla por la habitación con tanto movimiento que casi tira de una estantería una concha de cuerno. La patrona les trajo té y una platija. David tenía prisa. No podía esperar, tenía que ir a ver el mar. El sol ya había empezado a ponerse.

Cuando llegaron a la playa después de un paseo de quince minutos, Ivanov fue inmediatamente consciente de un agudo malestar en el pecho, una repentina tensión seguida de un repentino vacío, y en el mar azul ahumado, a lo lejos, un bote parecía negro y desoladoramente solitario. Su estampa empezó a sellar todo lo que miraba para después disolverse en el aire. Porque ahora el polvo del crepúsculo oscurecía todo, le parecía que su visión se había empobrecido, mientras que sentía sus piernas extrañamente débiles al tacto chirriante de la arena. Desde algún lugar les llegaba la música de una orquesta, y cada sonido, ensordecido en la distancia, parecía estar embotado; era difícil respirar. David eligió un lugar en la playa y pidió una cabaña de paja para el día siguiente. El camino de vuelta era cuesta arriba; el corazón de Ivanov iba a la deriva, para luego volver al redil a llevar a cabo lo que se le exigiera para luego volverse a escapar, y a través de todo este dolor y de toda esta ansiedad, las ortigas de las cercas olían a Hungerburg.

Los pijamas blancos de David. Por razones de economía Ivanov dormía desnudo. Al principio, el frío de tierra de las sábanas limpias le hizo sentirse todavía peor pero luego el reposo le trajo cierto alivio. La luna buscaba a tientas su camino hasta el lavabo, al llegar al mismo seleccionaba una faceta del vaso y empezaba a reptar por la pared. En aquella noche y en las siguientes, Ivanov pensó vagamente en varias cuestiones a la vez, imaginándose entre otras cosas que el chico que dormía en la cama junto a la suya era su propio hijo. Diez años antes, en Serbia, la única mujer a la que había querido, la esposa de otro hombre, se quedó embarazada de él. Sufrió un aborto y murió a la noche siguiente, delirando y sin dejar de rezar. Hubiera tenido un hijo, un pequeño de la edad de David. Cuando por la mañana David se disponía a

ponerse su traje de baño, Ivanov se conmovió al ver cómo su bronceado café con leche (adquirido en un lago berlinés) se convertía sin solución de continuidad en una blancura de niño bajo la cintura. Estaba a punto de prohibirle al chico que hiciera el camino hasta la playa sin nada que le cubriese salvo el traje de baño, pero se quedó sorprendido, aunque no cediera inmediatamente, cuando David empezó a discutírselo argumentando, con la entonación lastimera del alemán cuando se extraña de algo, que ya había ido de esa guisa en otro lugar de veraneo y que todo el mundo lo hacía. En cuanto a Ivanov, languidecía en la playa, era la triste imagen del ciudadano. El sol, el reluciente azul, le mareaban. Bajo el sombrero sentía un escozor ardiente a lo largo de la cabeza, era como si lo estuvieran asando vivo, pero no se concedía ni siquiera el quitarse la chaqueta, no sólo porque, como muchos rusos, le avergonzaría «aparecer en tirantes delante de las damas», sino también porque su camisa estaba bastante ajada. Al tercer día se armó de valor y, tras mirar furtivamente a su alrededor, se atrevió a quitarse los zapatos. Se acomodó en el fondo de un cráter que David había cavado, con una hoja de periódico bajo los codos, y se dispuso a escuchar el chasquido de las banderas de colores contra el viento, otras veces se asomaba al borde del agujero de arena, en el que se encontraba, para mirar con tierna envidia los miles de cadáveres morenos caídos ante el sol en posturas varias: había una joven particularmente magnífica, como si estuviera esculpida en bronce, morena casi negra, con unos ojos maravillosamente claros y uñas tan pálidas como las de un mono. Mirándola trató de imaginarse lo que sería estar así de asado bajo el sol.

Cuando conseguía permiso para bañarse, David se iba a nadar ruidosamente mientras que Ivanov caminaba hasta la orilla a observar a su pupilo y a saltar a la arena seca cada vez que una ola se atrevía a llegar más lejos que su predecesora y amenazaba con mojarle los pantalones. Se acordó de un compañero de universidad de Rusia, un amigo íntimo suyo, que tenía la habilidad de tirar piedras al mar que se limitaban a rozar la superficie una, dos, tres, cuatro veces; pero cuando trató de hacerle una demostración a David, sólo logró que el proyectil atravesara la superficie del agua con un sonoro plof; David se rió, cogió una piedra y consiguió que saltara sobre la superficie del agua, no cuatro veces, sino seis.

Unos días más tarde, durante una racha de distracción (sus ojos estaban extraviados y cuando los alcanzó ya era demasiado tarde), Ivanov leyó una postal que David había empezado a escribir a su madre y que había dejado olvidada en el alféizar de la ventana. David escribía que su profesor debía de estar enfermo porque nunca se bañaba. Ese mismo día Ivanov tomó medidas extraordinarias: se compró un traje de baño negro y, al llegar a la playa, se ocultó en la cabaña, se desnudó con cautela, y se puso aquella prenda barata de punto elástico que todavía conservaba el olor a guardado de la tienda. Tuvo un momento de melancólica timidez cuando, todo pálido y con las piernas llenas de pelo, emergió a la luz del sol. David, sin embargo,

le miró con aprobación. «Y bien», exclamó Ivanov con jovialidad despreocupada, «¡vamos allá!». Se metió en el agua hasta las rodillas, salpicó agua sobre su cabeza y luego caminó con los brazos abiertos, y conforme se iba adentrando en el agua del mar los espasmos que contraían su corazón se iban haciendo más mortales. Finalmente, tapándose los oídos con el pulgar y cubriéndose los ojos con el resto de los dedos, se metió de cuclillas en el agua. El frío le asestó una puñalada que le obligó a salir pronto del agua. Se quedó tumbado en la arena, todo su ser inmerso en una espantosa angustia sin remedio. Al cabo de un rato el sol consiguió calentarlo, revivió, pero desde aquel momento decidió no bañarse más en el mar. Se sentía demasiado perezoso para vestirse; al cerrar los ojos con fuerza, vio todo tipo de manchas ópticas que se deslizaban contra un fondo rojo, canales marcianos que se cruzaban una y otra vez y, en cuanto abrió los ojos, la plata húmeda del sol empezó a palpitar entre sus pestañas.

Y tuvo lugar lo inevitable. Por la noche aquellas partes de su cuerpo que habían estado expuestas al sol se convirtieron en un archipiélago simétrico de dolor encendido. «Hoy, en lugar de ir a la playa, daremos un paseo por los bosques», le dijo al chico por la mañana. «*Ach, nein*», se lamentó David. «Demasiado sol es malo para la salud», dijo Ivanov. «¡Por favor!», insistió David consternado. Pero Ivanov se mantuvo en las suyas.

El bosque era denso. Insectos geométricos, disimulados en el pardo de la corteza de los troncos de los árboles, emprendían el vuelo. En silencio, David caminaba a disgusto. «Deberíamos venerar los bosques», dijo Ivanov en un intento de distraer a su pupilo. «Fueron el primer hábitat del hombre. Un buen día, el hombre dejó la jungla de las intuiciones primitivas por los claros soleados de la razón. Aquellos arándanos parecen maduros, te doy permiso para que los pruebes. ¿Por qué tienes esa cara tan larga? Trata de entender: hay que diversificar nuestros placeres. Y no hay que abusar de los baños de mar. ¡Con cuánta frecuencia sucede que un bañista muere de una insolación o de un ataque al corazón!»

Ivanov se frotaba sus insoportables quemaduras y picazones contra el tronco de un árbol y se puso a decir meditabundo: «Mientras admiro la naturaleza de un determinado lugar, no puedo evitar pensar en los países que nunca veré. Trata de imaginarte, David, que esto no es Pomerania, sino una selva malaya. Mira a tu alrededor, verás pasar los pájaros más raros, el ave del paraíso del príncipe Alberto, cuya cabeza está adornada con un par de largas plumas que no son sino oriflamas azules». «*Ach, quatsch*», respondió David abatido.

«En ruso lo tienes que llamar *erunda*. Pero olvídate, porque no estamos en las montañas de Nueva Guinea. Pero lo que quería demostrarte es que con un poco de imaginación, si, Dios no lo quiera, te quedaras ciego un día o te vieras en la cárcel, o simplemente, si te vieras obligado a trabajar, en espantosa pobreza, en un trabajo

inútil, desagradable, podrías acordarte de este paseo que estamos dando hoy en un bosque de lo más común como si hubiera sido, ¿cómo lo diría?, un puro éxtasis.»

A la caída del sol unas nubes rosa profundo erraban por encima del mar. Contra el cielo apagado de aquella hora parecían oxidarse, y un pescador dijo que iba a llover al día siguiente, pero la mañana resultó ser maravillosa y David le pedía a su profesor que se apresurara, pero Ivanov no se encontraba bien; le apetecía quedarse en la cama y pensar en acontecimientos remotos y vagos iluminados tan sólo parcialmente en su memoria, y también en algunas cosas agradables envueltas en un humo gris que debían de haber ocurrido hacía mucho tiempo, o que vagaban próximas a él en el campo visual de la vida o que se le habían presentado recientemente en algún sueño. Pero le resultaba imposible concentrarse en ellas, de alguna manera todas se le escapaban, aunque parecían acercársele con una especie de amistoso disimulo, en realidad se le escurrían sin cesar, como hacen esos puntitos transparentes que nadan en diagonal por la córnea vítrea de los ojos. No le quedaba más remedio que levantarse, ponerse los calcetines, tan llenos de agujeros que parecían mitones de encaje. Antes de salir se puso las oscuras gafas de sol de David —y el sol se desvaneció por un cielo que se extinguía en una muerte turquesa, y la luz de la mañana sobre las escaleras del porche adquirió un tinte de crepúsculo. David, con la espalda color del ámbar, tomó la delantera corriendo y cuando Ivanov le llamó, encogió los hombros irritado. «No corras», dijo Ivanov fatigado. Las gafas de sol reducían su horizonte, tenía miedo de que apareciera un automóvil repentinamente.

La calle descendía soñolienta hasta el mar. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a las gafas y dejó de pensar en el uniforme caqui del día soleado. Al llegar a la esquina de la calle se acordó vagamente de algo, algo extraordinariamente consolador y también extraño, pero el recuerdo apuntado se disolvió inmediatamente, y su pecho se vio agobiado con el turbulento aire del mar. Las oscuras banderas batían excitadas, todas en la misma dirección, aunque todavía no pasaba nada en aquel lugar. La arena, aquí; allí, el mar con sus olas. Sentía como si tuviera los oídos taponados y al respirar por la nariz notó un estruendo en la cabeza, y algo se golpeó allí dentro contra una membrana. No he vivido mucho ni tampoco demasiado bien, pensó Ivanov. Pero tampoco puedo quejarme; este mundo ajeno es hermoso, y me sentiría feliz aquí y ahora mismo sólo con acordarme de aquel maravilloso, maravilloso… ¿qué? ¿Qué era?

Se acomodó en la arena. David empezó a reparar con el cubo y la pala la pared de arena que se había derrumbado ligeramente. «¿Hace frío o calor hoy?», preguntó Ivanov. «No consigo saberlo.» En ese momento David dejó la pala y dijo: «Voy a bañarme». «Quédate aquí sentado un rato», dijo Ivanov. «Tengo que pensar. El mar no se va a marchar.» «*Por favor* ¡déjeme ir!», suplicó David.

Ivanov se alzó sobre un codo y contempló las olas. Eran grandes y con joroba;

nadie se bañaba en aquel lugar; había que ir más a la izquierda para encontrar una docena de cabezas con gorros de baño naranja que se movían y que se veían arrastradas hacia un lado al unísono. «Esas olas», dijo Ivanov con un suspiro, para luego añadir: «Puedes chapotear un poco, pero no entres más de un *sazhen*. Un *sazhen* son unos dos metros».

Volvió a tumbarse, apoyando la mejilla en el brazo, lamentándose, calculando al infinito las distintas medidas de la vida, de la piedad, de la felicidad. Tenía los zapatos llenos de arena, se los quitó lentamente y luego volvió a perderse en sus pensamientos, y de nuevo aquellos puntitos huidizos empezaron a nadar por su campo de visión, y cómo deseaba, cuánto deseaba acordarse de… Y de repente, un grito. Ivanov se levantó.

Entre las olas amarillo-azuladas, lejos de la costa, el rostro de David surgía del agua en espasmos breves y su boca abierta era como un agujero negro. Emitía un grito farfullado y desaparecía. También una mano aparecía durante un momento para desvanecerse a continuación. Ivanov se quitó la chaqueta. «Ya voy», gritó. «Ya voy. ¡Aguanta!» Chapoteó en el agua, perdió pie, sus pantalones fríos como el hielo se le pegaban a las pantorrillas. Le pareció que la cabeza de David acababa de emerger del agua momentáneamente. Pero luego le embistió una ola, llevándose consigo el sombrero de Ivanov, cegándole; quería quitarse las gafas, pero su agitación, el frío, la debilidad entumecedora, le impidieron hacerlo. Se dio cuenta de que al retirarse una ola le había arrastrado un buen trecho alejándole de la orilla. Empezó a nadar tratando de avistar a David. Se sentía encerrado en un saco estrecho y dolorosamente frío; tenía el corazón insoportablemente cansado. De repente, algo muy rápido atravesó todo su ser, un relámpago de dedos sobre el teclado del piano —y precisamente eso era lo que había estado tratando de recordar toda la mañana. Salió del agua a la arena. La arena, el mar y el aire tenían un tinte extraño, apagado, opaco, y todo estaba absolutamente tranquilo. Vagamente pensó que debía de haber llegado el crepúsculo y que David había perecido hacía mucho tiempo, y experimentó en su ser lo que sabía de esta vida terrena, el intenso calor de las lágrimas. Temblando e inclinándose hacia la arena cenicienta, se arrebujó en su chaqueta negra con el cinturón en forma de serpiente que había visto en un amigo de sus días de estudiante, hacía mucho, mucho tiempo, en un día de otoño —y se sintió tan triste por la madre de David y se preguntó qué le diría. No ha sido culpa mía, hice todo lo que pude por salvarle, pero soy un mal nadador, tengo el corazón débil y se ahogó. Pero había algo que fallaba en esos pensamientos, y cuando una vez más miró en torno suyo y se vio en aquella bruma desolada solo, sin David junto a él, comprendió al instante que si David no estaba junto a él, David no estaba muerto.

Sólo entonces le quitaron las gafas empañadas. La bruma monótona se disipó, floreció en colores maravillosos, explotaron todo tipo de ruidos: la rutina del mar, el

aplauso del viento, los gritos humanos; y allí estaba David, de pie, con el agua brillante en los tobillos, sin saber qué hacer, temblando de miedo, sin atreverse a explicar que él no se estaba ahogando, que toda su lucha había sido una broma, a lo lejos la gente buceaba en el agua, se agrupaba en el agua, para luego mirarse con ojos saltones y volvían a nadar y a bucear, y volvían con las manos vacías, mientras que otros les gritaban desde la costa y les aconsejaban que buscaran un poco más a la izquierda; y un tipo con un brazalete en el brazo corría por la playa, y tres hombres con jerseys empujaban un bote al agua que rechinaba contra los guijarros de la playa; y un David desconcertado era sacado de allí por una mujer gorda con gafas, la esposa de un veterinario, que iba a llegar el viernes pero que tuvo que posponer sus vacaciones y también el Báltico. El mar relucía de parte a parte y, en el bosque, al otro lado de la verde carretera rural, había unos álamos recién talados que todavía respiraban; y un joven, cubierto de hollín, fue volviéndose gradualmente blanco mientras se lavaba en el fregadero de la cocina, y unos periquitos negros volaban sobre las nieves eternas de Nueva Zelanda; y un pescador, con los ojos semicerrados al sol, predecía con toda solemnidad que las olas no devolverían el cadáver hasta el noveno día.

La aguja del almirantazgo [*]

Espero que me perdone, querida señora, pero yo no soy una persona educada de esas que se andan por las ramas, sino más bien un tipo claro y directo, por lo que iré inmediatamente al grano: no albergue ilusiones vanas: ésta no es en modo alguno la carta de un admirador. Todo lo contrario, como podrá comprobar en seguida, es más bien una epístola un poco extraña la cual, quién sabe, pudiera servir de lección no sólo a usted sino también a otras impetuosas damas novelistas. Me apresuraré, en primer lugar, a presentarme, de manera que mi físico y mi imagen se transparenten como una marca de agua; considero que esto es más honrado que alimentar mediante mi silencio una serie de equivocadas conclusiones que la mirada albergue a partir de la caligrafía que mi pluma ha trazado. No, a pesar de mis letras y líneas esbeltas y finas y de la rúbrica juvenil de mis comas, soy una persona corpulenta y ya de mediana edad; verdad que, aunque corpulento, mis carnes no están fláccidas, sino que todavía tienen brío mordiente y vivacidad. Estoy lejos, señora, de los cuellos vueltos del poeta Apukhtin, el juguete querido de las damas. Pero ya es suficiente. Usted, como escritora, ya tiene indicios suficientes como para completar mi retrato. *Bonjour, madame*. Y ahora vayamos al asunto que nos preocupa.

Hace unos días, en una librería rusa, relegada por un destino inculto a un lóbrego callejón de Berlín, seleccioné tres o cuatro nuevos volúmenes, y entre ellos su novela, *La aguja del almirantazgo*. Un buen título —aunque sólo fuera por el hecho de que es, no es verdad, un tetrámetro yámbico, *admiraltéyskaya iglá*, sin contar, además, con que también es un famoso verso de Pushkin. Pero precisamente la elegancia y pulcritud del título no dejaban augurar nada bueno. Además, tengo en general una cierta precaución ante los libros publicados en las tierras remotas de nuestro oscuro exilio, como Riga o Reval. Con todo y con ello, como le iba diciendo, compré su novela.

Ay, mi querida señora, ay, «señor Serge Solntsev», ¡qué fácil es adivinar el nombre del autor bajo un seudónimo, qué fácil es adivinar que el autor no es un hombre! Cada una de sus frases tiende a cerrarse a la izquierda. Su predilección por expresiones como «y el tiempo pasó» o «abrazada *frileusement* entre los pliegues del chal de mi madre», la presencia inevitable y episódica de un oficial (directamente tomado de tantas imitaciones de *Guerra y paz*) que pronuncia la *r* como una *g* sonora, y, finalmente, las notas a pie de página con traducciones de una serie de clichés franceses, son indicios más que suficientes de su talento literario. Pero eso no es lo peor.

Imagínese lo que voy a contarle: imagínese que en una ocasión yo di un paseo por

un paisaje maravilloso, donde se despeñan aguas turbulentas y las enredaderas ahogan las columnas de unas desoladas ruinas y que luego, muchos años después, en la casa de un extraño me encuentro una fotografía en la que aparezco posando de forma insolente delante de lo que obviamente es un pilar de cartón piedra; al fondo se ve la mancha blancuzca de una cascada mal pintada, y alguien ha dibujado un bigote de tinta sobre mi rostro. ¿De dónde procede aquel horror? Que alguien lo saque de mi vista. El estrépito de las aguas que recuerdo era real, y, lo que es peor, ¡nadie, que yo sepa, me sacó una fotografía en aquel lugar!

¿Quiere que le interprete la parábola? ¿Necesita que le diga que tuve esa misma sensación, sólo que aún más estúpida, más desagradable, al leer su obra intranscendente, su horrible Aguja? Mientras con el índice desgarraba las páginas intonsas y mis ojos devoraban las líneas, no podía dejar de parpadear de asombro, estupor y desconcierto ante la magnitud del pasmo que estaba experimentando.

¿Quiere saber lo que sucedió? Encantado de servirla en esto. Mientras usted estaba tumbada en su hamaca y osadamente dejaba que su pluma fluyera como una fuente, usted, señora, estaba escribiendo la historia de mi primer amor. Sí, una conmoción desconcertante y, como además yo soy una persona corpulenta, el estupor vino acompañado de falta de respiración. Al llegar aquí, ambos, usted y yo, estamos ya jadeando porque, sin duda, usted está igualmente pasmada ante la aparición intempestiva del héroe que usted inventó. No, eso ha sido un error que se me ha deslizado, los adornos son suyos, se lo concedo, y también el relleno y la salsa, pero la caza (y casi hago un juego de palabras aquí), la caza, señora, no es suya sino mía, y además yo puse las postas. Estoy estupefacto, ¿dónde y cómo pudo una dama desconocida secuestrar mi pasado? ¿Debo admitir la posibilidad de que usted conozca a Katya —de que sean amigas íntimas incluso— y que en chácharas sin fin le contara todo el asunto, mientras trataba de enjuagar su aburrimiento en los crepúsculos del verano bajo los pinos bálticos con usted, la novelista voraz? ¿Pero cómo se atrevió, de dónde sacó la hiel para utilizar no sólo el relato de Katya, sino además, y como si esto fuera poco, para distorsionarlo de forma tan irreparable?

Desde el último día que nos vimos han transcurrido dieciséis años —la edad de una novia, de un perro viejo, o de la república soviética. Y a propósito, anotemos el primero, aunque ni de lejos el peor, de sus innumerables y chapuceros errores: Katya y yo no somos coetáneos. Yo iba a cumplir dieciocho, ella veinte. Utilizando un viejo método seguro y eficaz, usted hace que su heroína se desnude delante de un espejo de cuerpo entero, después de lo cual usted procede a describir su cabello, rubio ceniza desde luego y suelto sobre sus hombros, y también sus jóvenes curvas. Según usted, sus ojos color de aciano se volvían violetas cuando se perdía por un momento en sus pensamientos, ¡un milagro botánico! Usted los sombrea con el perfil negro de unas pestañas que, si me permite hacer una contribución de mi cosecha, se alargaban en las

comisuras externas de los ojos, dándoles una particular expresión achinada que no era sino ilusoria. Katya era airosa, pero cultivaba una ligera inclinación de hombros que la hacía irrumpir en cualquier habitación con un porte muy suyo y peculiar. Usted hace de ella una virgen majestuosa con timbres de contralto en su voz.

Pura tortura. Pensé por un momento en copiar sus imágenes, todas las cuales suenan a falso, y yuxtaponer sin piedad sobre ellas mis observaciones infalibles, pero el resultado hubiera sido un disparate de pesadilla, como hubiera dicho la Katya real, porque el Logos que me ha sido dado no posee la suficiente precisión ni energía para poder desembarazarse totalmente de su prosa. Por el contrario, incluso yo me vi empantanado en las trampas pegajosas de sus descripciones convencionales, y no tuve energía suficiente para liberar a Katya de su pluma. No obstante, como Hamlet, discutiré, y, al final, conseguiré vencer con mis argumentos.

El tema de su maquinación es el amor: un amor ligeramente decadente que tiene como telón de fondo la Revolución de Febrero, pero, con todo y con ello, sigue siendo un relato de amor. Katya se ha transformado en Olga gracias a su pluma, y yo me he convertido en Leonid. Santo y bueno. Nuestro primer encuentro, en casa de unos amigos en Nochebuena; nuestros encuentros en la pista de hielo Yusupov; su habitación, con el papel color añil, sus muebles de caoba, y su único adorno, una bailarina de porcelana con la pierna levantada —todo eso está bien, todo es verdad. Excepto que usted ha conseguido darle a todo ello una pátina pretenciosa y falsa. Cuando Leonid, un estudiante del Liceo Imperial, ocupa su butaca en el Cinema Parisién en la avenida Nevsky, coloca los guantes dentro de su tricornio, mientras que unas páginas más tarde ya no va vestido de uniforme: se quita su sombrero hongo y el lector se ve frente a un joven elegante, que va peinado con raya en medio, a «la inglesa», una raya que ocupa exactamente el centro de un cabello que parece de laca, y que ostenta un pañuelo morado sobresaliendo del bolsillo de su americana. Me acuerdo, ciertamente, de que ponía especial empeño en vestirme como el actor de cine Max Linder, y recuerdo las generosas dosis de la colonia de marca Vezhetal que me refrescaban el cuero cabelludo, y también a *monsieur* Pierre cuando sacaba el peine y me acomodaba el pelo con sus ademanes certeros como los de un linotipista, y también de cómo, más tarde, cuando con un gesto preciso me quitaba la sábana protectora, le gritaba a un tipo bigotudo de mediana edad: «¡Chico! ¡Cepíllale y quítale los pelos!». Hoy mi memoria reacciona irónicamente ante el pañuelo del bolsillo de la americana y ante las polainas blancas de aquel tiempo, pero, por otro lado, no logro conciliar los atormentados recuerdos de mis afeitados adolescentes con la «suave y opaca palidez» que usted le concede a Leonid. Y dejaré sobre su conciencia sus ojos sin brillo a lo Lermontov así como su perfil aristocrático, ya que hoy en día resulta imposible discernir cuál sea la realidad bajo un inesperado aumento del grosor de sus carnes.

¡Dios mío, te ruego que me impidas empantanarme en la prosa de esta dama novelista, a la que no conozco ni deseo conocer, pero que ha tenido la desfachatez y la insolencia de inmiscuirse en el pasado de un extraño! ¿Cómo se atrevió a escribir: «El precioso árbol de Navidad con sus *chatoyants* luces parecía augurarles una jubilosa alegría»? Ha conseguido ahogar el árbol entero bajo su aliento, porque un adjetivo colocado ante el nombre en aras de una pretendida elegancia basta para matar el mejor de los recuerdos. Antes del desastre, quiero decir, antes de su libro, uno de mis recuerdos era la luz fragmentaria y brillante de los ojos de Katya, y el reflejo encarnado que dejaba en sus mejillas la pequeña casa de muñecas de papel satinado que colgaba de una rama del árbol, cuando haciendo a un lado las hojas puntiagudas, se estiró hasta alcanzar y extinguir con los dedos la llama de una vela que se había vuelto loca. ¿Qué me queda de toda aquella escena? Nada… tan sólo la bocanada nauseabunda de una combustión literaria.

Su versión da la impresión de que Katya y yo habitábamos una especie de *beau monde* exquisito y culto. Se ha equivocado con su paralaje, querida señora. Aquel medio elegante —el mundo de los ricos y los bellos, si usted quiere—, al que Katya pertenecía, tenía gustos antiguos y atrasados, por utilizar un eufemismo. Consideraban a Chekov un «impresionista», al poetastro de sociedad, el gran duque Constantino, un gran poeta, y al archicristiano Alexander Blok un malvado judío que escribía sonetos futuristas acerca de cisnes que morían y licores lilas. Se pasaban copias escritas a mano de versos franceses e ingleses, que se volvían a copiar en otros tantos cuadernos, no sin distorsiones importantes, mientras que el nombre del autor se iba desvaneciendo imperceptiblemente, de manera que aquellas efusiones fueron accidentalmente asumiendo un anonimato encantador; y, en términos generales, es divertido yuxtaponer aquellos serpenteos poéticos con las copias clandestinas de coplas sediciosas que se practicaban en los bajos fondos. Buena prueba de cuan inmerecidamente estos monólogos amorosos masculinos y femeninos eran considerados como los más modernos ejemplos de la lírica extranjera la tiene en el hecho de que el más admirado entre ellos era un poema del pobre Louis Bouilhet que escribió a mediados del siglo pasado. Deleitándose en sus cadencias oscilantes, Katya se ponía a declamar sus alejandrinos y me reñía porque no me gustaba una estrofa sonora en la que, después de identificar su pasión al arco de un violín, el autor compara a su amada con una guitarra.

A propósito de guitarras, señora, usted escribe que «por las noches los jóvenes se reunían y Olga se sentaba a la mesa y cantaba con su rica voz de contralto». Muy bien, una muerte más, una víctima más de su prosa suntuosa. Y sin embargo, ¡cómo adoraba los ecos de aquella *tziganshchina* tan de moda que le llevaba a Katya a cantar y a mí a componer versos! Bien sé yo que no era el arte auténtico de los gitanos, aquel que entusiasmaba a Pushkin, y más tarde a Apollon Grigoriev, sino una musa

que apenas respiraba ya, cansada y sentenciada a muerte; todo contribuía a su ruina: el gramófono, la guerra y una serie de canciones diversas sediciosamente calificadas de zíngaras. Razón tuvo Blok, en uno de sus habituales raptos providenciales, en escribir todas y cada una de las palabras que le venían a la mente en su recuerdo de la lírica zíngara, como si estuviera apresurándose para ganarle tiempo a la muerte antes de que fuera demasiado tarde.

¿Tendré que decirle lo que aquellos broncos murmullos y quejas significaban para nosotros? ¿Tendré que revelarle la imagen de un mundo distante y extraño donde:

Las ramas péndulas del sauce duermen
Rozando casi el estanque,

donde, en lo profundo de los matorrales de lilas,

El ruiseñor solloza su pasión,

y donde todos los sentidos están dominados por el recuerdo del amor perdido, ese malvado rey del romanticismo seudogitano? A Katya y a mí también nos hubiera gustado perdernos en los recuerdos, pero, como todavía no teníamos nada que recordar, fingíamos perdernos en la lejanía del tiempo para retroceder después hasta nuestra inmediata felicidad. Transformábamos todo lo que veíamos en monumentos a nuestro todavía inexistente pasado intentando mirar un sendero del jardín, la luna, los sauces llorones, con los mismos ojos con los que *ahora* —conscientes ya de nuestras pérdidas irreparables— podíamos contemplar aquella vieja balsa anegada de agua en el estanque, aquella luna sobre el establo de las vacas. Supongo que incluso, gracias a una inspiración más bien vaga, nos estábamos preparando con antelación para ciertas cosas, ejercitando nuestra memoria, imaginando un pasado distante y practicando la nostalgia, de forma que luego, cuando el pasado existiera realmente para nosotros, supiéramos cómo enfrentarnos a él sin perecer bajo su carga.

¿Pero qué le importa a usted todo esto? Cuando describe mi estancia veraniega en la finca ancestral que denomina Glinskoye, me hace refugiarme en los bosques a escribir versos «que huelen a juventud y a fe en la vida». Eso no es exactamente así. Mientras los otros jugaban al tenis (utilizando tan sólo una pelota roja y unas raquetas Doherty pesadas y viejas que habían encontrado en la buhardilla) o cuando jugaban al croquet en un prado excesivamente crecido en el que te encontrabas un diente de león delante de cada uno de los arcos del croquet, Katya y yo nos íbamos al huerto, y, sentados allí, nos atiborrábamos de fresas de dos variedades muy específicas: la *Victoria (Sadovaya Zemlyanika*) muy roja y muy brillante, y el típico fresón ruso (*Klubnika*), de frutos morados que a menudo se comen las ranas; y también estaba

nuestra variedad favorita *Ananas*, que nunca parecía estar suficientemente madura, aunque fuera deliciosamente dulce. Sin ponernos de pie, nos movíamos de un lado a otro, por entre los setos y las hileras plantadas de frutas, y nos dolían los tendones de las piernas de estar agachados, y por dentro notábamos un peso que creíamos color rubí. El sol pegaba y pesaba en nosotros, y aquel sol, y las fresas, y el traje de tussor de Katya con sus marcas oscuras bajo los brazos y la pátina bronceada de su nuca, todo ello se mezclaba y combinaba en un cierto sentido de placer sofocante; y qué bendición, sin levantarnos, sin dejar de coger fresas, cuando agarraba a Katya por el brazo tan caliente y la oía reírse suavemente así como gruñir de gula y también el crujido de sus articulaciones mientras revolvía bajo las hojas. Perdóneme si paso directamente de aquel huerto, que flotaba con el brillo cegador de sus invernaderos y con la oscilación de las mariposas peludas a lo largo de sus avenidas, hasta el retrete donde, en la posición de *El pensador* de Rodin, con la cabeza todavía caliente por el sol, componía mis versos. Eran lamentables, se miren como se miren, aquellos poemas; contenían los gorjeos de los ruiseñores de las canciones gitanas y también pasajes de Blok, y ecos inútiles de Verlaine: «*Souvenir, Souvenir, que me veux-tu? L'automne*…» aun cuando el otoño estaba todavía lejos, y aun cuando mi felicidad gritaba allí cerca con su voz maravillosa, probablemente junto a la bolera de al lado, detrás de los matorrales de lilas bajo los cuales se amontonaban pilas de desperdicios de la cocina, y por donde se paseaban las gallinas. Por las noches, en la terraza, la boca abierta del gramófono, tan roja como la guarnición de la guerrera de un general ruso, derramaba a raudales una incontrolable pasión gitana; otras veces y bajo la melodía de *La luna está oculta tras una nube*, una voz amenazante imitaba al Kaiser: «Dame una plumilla y un cortaplumas, ha llegado el momento de escribir un ultimátum». Y en esa terraza, del jardín se jugaba una partida de *Gorodki*: el padre de Katya, con el cuello desabrochado y un pie adelantado, enfundado en sus botas de piel suave como para estar en casa, apuntaba con precisión a uno de los bolos como si estuviera a punto de hacer fuego con un rifle y luego lo lanzaba con fuerza (pero muy lejos de su objetivo) hacia una *aldea* de bolos mientras el sol poniente, con la punta de su último rayo, rozaba la empalizada de troncos de pino, dejando una cinta dorada en cada uno de ellos. Y cuando por fin caía la noche y la casa se quedaba dormida, Katya y yo nos quedábamos mirando la casa oscura desde el parque donde nos abrazábamos sobre un banco frío, duro, invisible hasta que nos dolían los huesos, y todo ello nos empezaba a parecer como algo que hubiera ocurrido ya hacía mucho tiempo: la silueta de la casa contra el cielo color verde pálido, los movimientos adormilados del follaje, nuestros besos ciegos, prolongados.

En su elegante descripción, poblada de innumerables puntos suspensivos, de aquel verano, naturalmente no olvida ni por un minuto —como nosotros solíamos olvidarnos— que desde febrero de aquel año la nación estaba «bajo el dominio de un

Gobierno Provisional», y nos hace el favor, a Katya y a mí, de seguir los sucesos revolucionarios con aguda preocupación, es decir, nos hace mantener (durante docenas de páginas) conversaciones místicas y políticas que, puedo asegurarle, nunca tuvimos. En primer lugar, me hubiera dado una vergüenza enorme hablar, con ese acento que usted me atribuye, del destino de Rusia, y, en segundo lugar, Katya y yo estábamos demasiado absortos el uno en el otro como para prestar mucha atención a la Revolución. Baste tan sólo para probarlo el que mi impresión más vivida a ese respecto fuera una anécdota sin importancia: un día, en la calle Million de San Petersburgo, un camión repleto de alegres revolucionarios dio un viraje torpe pero certero para atropellar deliberadamente a un gato que pasaba, el cual se quedó allí tendido como si fuera un trapo negro, absolutamente plano, que hubieran planchado con todo cuidado (tan sólo la cola seguía perteneciendo al gato —estaba enhiesta, y la punta, creo recordar, todavía se movía). En aquel momento aquello me chocó como si tuviera algún profundo significado oculto, pero desde entonces he tenido ocasión de ver cómo un autobús, en un bucólico pueblo español, planchaba por el mismo método exactamente un gato exactamente igual, por lo que he llegado a desencantarme de los significados ocultos. Usted, por otro lado, no sólo ha exagerado mi talento poético más allá de toda verosimilitud, sino que además ha hecho de mí un profeta, porque sólo un profeta podría haber hablado, en el otoño de 1917, de la pulpa verde del cerebro muerto de Lenin, o del exilio «interior» de los intelectuales en la Rusia soviética.

No, durante aquel otoño e invierno nosotros hablábamos de otras cosas. Yo estaba angustiado. Nuestro amor pasaba por unos momentos atroces. Usted ofrece una explicación banal: «Olga empezó a entender que su naturaleza era sensual más que apasionada, mientras que a Leonid le ocurría lo contrario. Sus arriesgadas caricias la embriagaban como era de esperar, pero en su interior había algo que permanecía duro sin lograr fundirse…», y así seguía, en ese mismo espíritu vulgar y pretencioso. ¿Qué entiende usted de nuestro amor? Hasta este momento he tratado de evitar discutirlo directamente pero ahora, si no temiera contagiarme con su estilo, describiría con más detalle tanto su fuego como su oculta melancolía. Sí, estaba el verano, y el susurro omnipresente de las hojas, y el pedaleo impetuoso por todos los senderos sinuosos del parque, para ver quién era el primero que llegaba desde cualquier camino hasta el *rond-point*, donde la arena roja estaba cubierta por las serpentinas angustiadas de las huellas de nuestras ruedas batidas en terrenos rocosos, y cada uno de los detalles vivos y cotidianos de aquel último verano ruso nos gritaba desesperado: «¡Soy de verdad! ¡Soy real!». Mientras esta euforia soleada lograba mantenerse en la superficie, la tristeza innata de nuestro amor no iba más allá de una devoción hacia un pasado inexistente. Pero cuando Katya y yo nos volvimos a encontrar en San Petersburgo, después de más de una nevada, y cuando los adoquines de piedra ya

hubieron adquirido esa pátina amarillenta —una mezcla de hielo y de mierda de caballo—, sin la cual no me puedo imaginar una ciudad rusa, la grieta entre nosotros emergió a la superficie, y nos quedamos desnudos con nuestro tormento.

La veo ahora, en su abrigo de piel de foca negro, con su gran manguito y sus botas ribeteadas de piel, caminando esbelta, como si llevara zancos, por una acera muy resbaladiza; y también vestida con un traje de cuello alto, negro, sentada en un diván azul con el rostro empolvado a conciencia para ocultar que había estado llorando con ganas. Cuando iba caminando a su casa por las noches y cuando volvía después de medianoche, yo reconocía, entre la noche granítica, bajo un cielo helado, gris de paloma a la luz de las estrellas, los hitos imperturbables e inmutables de mi itinerario, siempre aquellos mismos enormes objetos de Petersburgo, edificios solitarios de tiempos legendarios, adornando los baldíos nocturnos y dándole la espalda al viajero como siempre hace la belleza: no te ve, es pensativa y también inquieta, con la mente siempre en otro lugar. Yo me hablaba a mí mismo, exhortando al destino, a Katya, a las estrellas, a las columnas de una inmensa catedral, muda, abstraída; y cuando se producía un fuego cruzado extemporáneo en las oscuras calles, se me ocurría de repente, y no sin un sentimiento de placer, que quizá me alcanzaría una bala perdida y moriría allí mismo, reclinado en la nieve oscura, con mi elegante abrigo de piel, mi sombrero un tanto desplazado, entre dispersos libros de bolsillo de las nuevas colecciones de poesía de Gumilyov o de Mandelshtam que había dejado caer y que apenas se veían entre la nieve. O si no, sollozando y gimiendo mientras caminaba, trataba de persuadirme de que era yo el que había dejado de amar a Katya, mientras me apresuraba a fijar en mi mente todos los recuerdos posibles de su mendacidad, presunción, vacuidad, de su pintura que ocultaba un grano, el *grasseyement* totalmente artificial que irrumpía en sus palabras cada vez que sin ninguna necesidad se ponía a hablar en francés, su invulnerable debilidad por los poetastros con título de nobleza, y la tediosa expresión de enfado que aparecía en sus ojos cuando por centésima vez, yo le pedía que me dijera con quién había pasado la noche anterior. Y cuando por fin había logrado reunir todos estos detalles para sopesarlos en la balanza, me daba cuenta con angustia de que mi amor, gravado como estaba con toda aquella basura, no había hecho sino asentarse más firmemente todavía si cabe y que ni siquiera unos caballos de tiro de músculos de hierro podrían sacarlo de aquel marasmo. Y de nuevo, a la noche siguiente, volvía a hacer mi camino a través de todos los controles que la marina había establecido en las esquinas de las calles (se me pedía documentación que me permitiera acceder hasta el umbral del alma de Katya, salvoconductos inservibles más allá de ese punto); y de nuevo volvía a mirar a Katya, quien, a la primera palabra de compasión que yo pronunciaba, se convertía en una gran muñeca rígida que se limitaba a bajar sus pestañas rizadas y a contestarme en un lenguaje propio de una muñeca de porcelana. Cuando una noche

memorable le pedí que me diera una contestación definitiva, superverdadera, Katya se limitó a no decir nada y, en su lugar, se quedó inmóvil en el sofá, mientras en sus ojos de espejo se reflejaba la llama de la vela que en aquella noche de grandes turbulencias históricas sustituía a la luz eléctrica y, tras oír su silencio hasta el fin, me levanté y me fui. Tres días más tarde, mandé a mi criado que le llevara una nota, en la que escribí que me suicidaría si no la veía una vez más. Así que una mañana espléndida, con un sol redondo y rosado y nieve crujiente, nos encontramos en la calle Correo; en silencio le besé la mano, y durante un cuarto de hora, sin que ni una sola palabra interrumpiera nuestro silencio, caminamos en un vaivén de ida y vuelta, mientras que muy cerca, en la esquina del bulevar de los Alabarderos, un hombre absolutamente respetable con su sombrero de astracán fumaba imperturbable, de pie, con aparente indiferencia. Mientras ella y yo caminábamos de un lado a otro, pasó un chiquillo, tirando de la cuerda de un trineo de mano con los bordes todos desgastados, y de repente chasqueó una tubería y vomitó un trozo de hielo, mientras que el hombre de la esquina seguía fumando; y entonces, en el mismo y preciso lugar en el que nos habíamos encontrado, en el mismo silencio, yo le besé la mano, que se deslizó luego y para siempre en su manguito.

¡Adiós, mi angustia y adiós mi ardor,
Adiós, mi sueño, adiós mi dolor!
Ya nunca nos encontraremos
en los senderos del jardín viejo.

Sí, sí: adiós, como dice la canción zíngara. A pesar de todo eras bella, impenetrablemente bella, y tan adorable que yo llegaba a llorar, sin prestar atención a tu alma miope, ni a la trivialidad de tus opiniones ni tampoco a miles de traiciones menores; mientras que yo, a pesar de mis versos excesivamente ambiciosos, a pesar de la pesada y confusa panoplia de mis sentimientos y a pesar de mi hablar tartamudeante y en jadeos, a pesar de todo mi amor por ti, debí mostrarme despreciable y repulsivo. Y no tengo necesidad de decirte los tormentos por los que tuve que pasar, cómo miraba y miraba la foto en la que, con una chispa en tus labios y un destello en tu pelo, miras por encima de mí. ¡Katya, por qué lo has estropeado todo ahora!

Ven, vamos a tener una conversación sincera. El hombre de goma grueso y arrogante que, hinchado al máximo, hacía payasadas al principio de esta carta acaba de pincharse con un silbido lúgubre y está dejando escapar el aire que lo inflaba; y tú, mi amor, no eres realmente una novelista corpulenta tendida en su hamaca narrativa sino la misma Katya de otros tiempos, con la misma calculada arrogancia de Katya, Katya la de los hombros estrechos, una dama atractiva, discretamente maquillada

que, por pura y tonta coquetería, ha urdido un libro despreciable. ¡Y pensar que ni siquiera salvaste nuestra despedida! La carta de Leonid, en la que amenaza con matar a Olga de un disparo y que ella discute con su futuro marido; ese futuro marido en papel de agente de espionaje, de pie en la esquina de una calle, dispuesto a correr al rescate en el caso de que Leonid sacara el revólver que tiene agarrado en el bolsillo de su abrigo, mientras le suplica apasionado a Olga que no se vaya, sin dejar de interrumpir con sus sollozos las palabras sensatas de ella: ¡qué invento tan desagradable y tan sin sentido! Y al final del libro haces que me una al Ejército Blanco y que sea capturado por los Rojos en una incursión, y que muera valientemente, con los nombres de dos traidoras: Olga y Rusia en los labios, ante las balas disparadas por un oscuro y judío comisario. ¡Cuan intensamente debo de haberte amado si todavía te veo como eras hace dieciséis años, si todavía hago esfuerzos titánicos para liberar a nuestro pasado de este humillante cautiverio, para salvar así tu imagen de la vergüenza e ignominia provocadas por tu propia pluma! Pero, honestamente, no sé si lo estoy consiguiendo. Mi carta adolece extrañamente de aquellas epístolas rimadas que tú repetías de memoria… ¿te acuerdas?

La visión de estas mis líneas te sorprenderá

pero me resistiré a acabar, como lo hace Apukhtin, con la siguiente invitación:

¡La mar te espera, tan vasta como el amor
Y el amor, tan vasto como la mar!

Me resistiré porque, en primer lugar, aquí no hay mar, y en segundo lugar, porque no tengo el más mínimo deseo de verte. Porque después de tu libro, Katya, te tengo miedo. En verdad que no tiene sentido el haber gozado y sufrido como gozamos y sufrimos para acabar encontrando nuestro pasado mancillado por la novela de una dama. Escucha, ¡deja de escribir libros! Al menos que este fracaso te sirva de lección. «Al menos», porque tengo el derecho de desear que cuando te des cuenta de lo que has perpetrado te quedes pasmada de horror. ¿Y sabes qué otra cosa deseo? Quizás, quizás (y es un quizás muy enfermizo y débil, pero me agarro al mismo y por eso no voy a firmar esta carta), quizás, después de todo, Katya, a pesar de todo, haya podido darse una rara coincidencia y no seas tú quien haya escrito esta mierda, y tu imagen equívoca pero encantadora no haya sido mutilada. En ese caso, se lo ruego, perdóneme, colega Solntsev.

El Leonardo [*]

Los objetos evocados se congregan, se van acercando desde distintos lugares y al hacerlo, algunos de ellos tienen que superar no sólo la distancia del tiempo sino también la del espacio; ¿qué nómada, me gustaría preguntaros, es más difícil de manejar, éste o aquél, el álamo joven, digamos, que antaño crecía junto a la casa pero cuyo tronco talaron hace ya tiempo, o aquel patio que de niños elegimos y todavía existe, aunque situado lejos de aquí? Apresuraos, por favor.

Aquí llega el álamo oval, todo él engalanado con el verdor de abril y ocupa su lugar donde se le indica, junto a la pared de ladrillo, importada en una sola pieza de otra ciudad. Frente a ella, hay una sucia y triste casa de vecindad, con pequeños balcones humildes que la jalonan como si fueran cajones de un armario que alguien hubiera dejado abiertos. Hay también otros elementos paisajísticos distribuidos en distintas partes del patio: un barril, un segundo barril, la sombra delicada de las hojas, una especie de urna y una cruz de piedra apoyada al pie de la pared. Esto no es sino un esbozo y habrá que completarlo con más elementos para consumar la descripción, y sin embargo, dos personas reales, Gustav y su hermano Anton, ya han salido a su balcón diminuto, mientras que Romantovski, el nuevo inquilino, entra en el patio empujando ante sí una carretilla de mano con una maleta y un montón de libros.

Vistas desde el patio, y especialmente en un día radiante, las habitaciones de la casa parecen estar llenas de una negrura densa (la noche está siempre con nosotros, fuera o dentro, en el interior, en una fase de las veinticuatro horas del transcurso del día, en el exterior, en la otra fase). Romantovski miró las abiertas ventanas negras y a los dos hombres de ojos de rana que le contemplaban desde su balcón, se echó la maleta al hombro —con un bandazo, como si alguien le hubiera dado un golpe en la nuca—, y se metió por la puerta de entrada. Allí quedaron inmóviles, al sol: la carretilla de mano con los libros, un barril, otro barril, el álamo nictitante y una inscripción negra en la pared de ladrillo: VOTE POR (ilegible). Probablemente la habían garabateado los hermanos antes de las elecciones.

Porque vamos a arreglar el mundo: todos los hombres sudarán y todos los hombres comerán. Habrá trabajo, habrá estómagos satisfechos, y también un limpio y cálido, soleado…

(Romantovski se convirtió en el inquilino del piso de al lado. Era incluso más gris que el de los dos hermanos. Pero bajo la mesa descubrió una pequeña muñeca de goma. Concluyó que su predecesor había sido un padre de familia.)

A pesar de que el mundo no se había convertido total y finalmente en materia sólida y a pesar de que todavía conservaba diversas regiones de naturaleza intangible

y santa, los hermanos se sentían confiados y al abrigo de males. El mayor de ellos, Gustav, trabajaba en una empresa de mudanzas; el más joven estaba temporalmente sin trabajo, pero no había perdido el ánimo. Gustav tenía un cutis uniformemente rubicundo, crecidas cejas rubias y un torso grande, como un armario que siempre llevaba cubierto con un jersey de gruesa lana gris. Se anudaba unas gomas elásticas en torno a sus fornidos brazos para sujetarse las mangas del jersey, con lo cual tenía las manos libres, y evitaba mancharse. Anton tenía el rostro picado de viruelas, un bigote como un trapecio negro y llevaba un jersey rojo oscuro sobre su cuerpo elástico y enjuto. Pero cuando ambos apoyaban los codos en la barandilla del balcón, sus espaldas eran exactamente iguales, grandes y triunfantes, con el mismo paño a cuadros estirado sobre sus traseros prominentes.

Repetid: el mundo sudará y estará bien alimentado. No se admiten parásitos, holgazanes ni músicos. ¡Hay que vivir, vivir, mientras el corazón funcione! Durante los dos últimos años Gustav había estado ahorrando dinero para casarse con Anna, comprarse una alfombra y un aparador.

Ella iba a verle cada dos noches, aquella mujer de pechos grandes, con pecas en el puente de la nariz, sombras de plomo bajo los ojos y dientes separados, uno de los cuales, además, se le había caído de un golpe que le dieron. Los hermanos y ella se ponían a beber cerveza. Tenía una forma muy especial de anudarse los brazos tras la nuca, que dejaba al descubierto el vello rojo y brillante de las axilas sudorosas. Con la cabeza hacia atrás, abría la boca tan generosamente que el paladar entero y hasta la úvula quedaban en un primer plano como el trasero de un pollo hervido. La anatomía de su risa era del gusto de los dos hermanos. Le hacían cosquillas con entusiasmo.

De día, mientras su hermano trabajaba, Anton se iba a una taberna amiga o se tumbaba entre los dientes de león sobre la hierba fresca y de color verde vivo de la orilla del canal y observaba con envidia a los tipos fornidos que cargaban carbón en una barcaza, o si no, se quedaba mirando estúpidamente al azul vacío de un cielo que incitaba al sueño. Pero ahora la apacible vida de los hermanos, que hasta entonces se había desarrollado con la monotonía de una máquina bien engrasada, se había topado con un obstáculo.

Desde el mismo momento en que apareció, empujando su carretilla por el patio, Romantovski despertó en los dos hermanos una mezcla de irritación y curiosidad. Un sexto sentido que no les solía fallar les decía que estaban ante alguien distinto al resto de la gente. Aunque a primera vista no parecía distinguirse nada particularmente especial en aquel hombre, los dos hermanos observaron algo raro. Por ejemplo, caminaba diferente, con cada pisada parecía como si se alzase sobre los dedos de una forma peculiar, como si se elevara al dar un paso, como si el mero acto de caminar le concediera la oportunidad de percibir algo raro sobre la cabeza de los mortales. Era lo que se denomina un *pitillo*, un tipo muy delgado, con un rostro afilado, pálido, de

nariz alargada y estrecha y unos ojos terriblemente inquietos. Llevaba una chaqueta cruzada cuyas mangas, a todas luces demasiado cortas, dejaban al descubierto sus muñecas afiladas con una especie de desamparo molesto en su evidencia; era como si dijera: «Aquí estamos, ¿qué hacemos?». Salía y entraba a horas insospechadas. Una de las primeras mañanas Anton lo vio junto a un puesto de libros: estaba discutiendo el precio, o quizá había comprado algo, porque el vendedor juntó vivazmente un polvoriento volumen contra otro y luego se los llevó a su rincón detrás del puesto. También observaron que tenía otra suerte de manías: la luz de su habitación quedaba encendida prácticamente hasta el alba; era un ser asocial.

Oímos la voz de Anton:

—Ese caballerito es un presumido. Hemos de observarle de cerca.

—Le venderé la pipa —dijo Gustav. Los orígenes oscuros de la pipa. Anna se la había regalado un día, pero los hermanos sólo fumaban cigarrillos. Una pipa cara, que todavía no había adquirido la pátina negra del uso. Tenía un pequeño tubo de acero dentro del cañón. Venía con una funda de piel.

—¿Quién está ahí? ¿Qué quieren? —preguntó Romantovski sin abrir la puerta.

—Somos unos vecinos, sólo unos vecinos —contestó Gustav con voz profunda.

Y los vecinos entraron, mirando ávidamente a su alrededor. Un trozo de embutido descansaba sobre la mesa junto a una pila desordenada de libros: uno de ellos estaba abierto en una página que mostraba un grabado de barcos con muchas velas y, en una esquina, volando por encima, un niño soplando con las mejillas infladas.

—Estaría bien que nos conociéramos —murmuraron los hermanos—. Vivimos puerta con puerta, por así decir, pero no nos conocemos.

Sobre la cómoda compartían espacio un quemador de alcohol y una naranja.

—Encantado —dijo en voz muy baja Romantovski. Se sentó al borde de la cama y con la cabeza inclinada, y las venas en tensión, empezó a abrocharse los cordones de los zapatos.

—¿Estaba descansando? —dijo Gustav con una cortesía que encerraba un punto de tensión—. ¿Acaso hemos venido en mal momento?

Ni una palabra, ni una sola palabra salió de los labios del inquilino; en su lugar, se puso en pie al momento, se volvió hacia la ventana, alzó un dedo como para señalar algo y se quedó así, de piedra.

Los hermanos miraron pero no encontraron nada raro en aquella ventana: enmarcaba una nube, la copa del álamo y parte de la pared de ladrillo.

—Pero, cómo ¿es que no ven nada? —preguntó Romantovski.

El jersey rojo y el gris fueron hasta la ventana e incluso se asomaron, convirtiéndose al hacerlo en hermanos gemelos. Nada. Y ambos tuvieron la sensación inmediata y compartida de que pasaba algo raro, muy raro. Se volvieron. El seguía junto a la cómoda en actitud extraña.

—Debo de haberme equivocado —dijo Romantovski, sin mirarlos—. Me pareció que algo pasaba volando. En una ocasión vi caer un avión.

—Eso ocurre a veces —asintió Gustav—. Escuche, vinimos aquí por alguna razón. ¿Le interesaría comprar esto? Completamente nueva. Y tiene además una funda muy bonita.

—¿Una funda? ¿De verdad? Lo que sucede es que yo, sabe usted, fumo muy poco.

—Pero así fumará más a menudo. La vendemos barata. Tres cincuenta.

—Tres cincuenta. Ya veo.

Cogió la pipa y empezó a examinarla, mordiéndose el labio inferior, perdido en sus pensamientos. Sus ojos no miraban la pipa realmente, se movían de aquí a allá.

Mientras tanto, los hermanos empezaron a crecerse, a hincharse, hasta llenar toda la habitación, toda la casa. En comparación con ellos, el álamo no era, entonces, más grande que un árbol de juguete, de esos que están hechos de algodón teñido, tan inestables en sus redondos maceteros verdes. La casa de muñecas, una cosa de cartón polvoriento con ventanas de mica, apenas llegaba a las rodillas de los hermanos. Gigantescos, apestando a sudor y a cerveza con voces bovinas y palabras sin sentido, con materia fecal en lugar de cerebro, provocan un miedo y un temor innobles. No sé por qué me empujan; os lo imploro, dejadme solo. No os estoy tocando, así que no me toquéis; cederé, pero ahora dejadme solo.

—Está bien, pero es que no tengo cambio —dijo Romantovski en voz baja—. Pero si tienen seis cincuenta…

Tenían y se fueron sonrientes. Gustav examinó el billete de diez marcos contra la luz y lo guardó en una caja de hierro.

Sin embargo, no dejaron a su vecino en paz. Les volvía locos el hecho de que a pesar de haberle conocido, aquel hombre siguiera siendo tan inaccesible como antes. Evitaba encontrárselos: había que acechar sus pasos y aguardar emboscado a que pasara para poder captar la mínima mirada de sus ojos evasivos. Anton, en cuanto descubrió la vida nocturna de la luz en casa de Romantovski, no pudo aguantar más. Subió descalzo hasta su puerta (bajo la cual surgía un tenso hilo de luz dorada) y llamó.

Romantovski no respondió.

—A dormir, a dormir —dijo Anton, golpeando la puerta con la palma de la mano.

La luz asomaba en silencio por la grieta. Anton sacudió el manillar de la puerta. El hilo dorado se rompió.

Desde entonces ambos hermanos (pero especialmente Anton, debido a que no tenía trabajo) empezaron a hacer guardia ante el insomnio de su vecino. El enemigo, sin embargo, era astuto y dotado de un buen oído. Por mucho que te acercaras en silencio a su puerta la luz se apagaba al instante, como si nunca hubiera estado allí; y

tenías que quedarte en el pasillo helado durante un buen rato, conteniendo el aliento, para tener la mínima esperanza de ver cómo volvía aquel rayo de luz tan sensible a los condicionamientos externos. Igual que los escarabajos, que se desmayan y luego vuelven a la vida.

La tarea de espiarle resultó ser agotadora. Finalmente, los hermanos tuvieron la suerte de encontrarle en la escalera e inmediatamente empezaron a presionarle.

—Y si tengo la costumbre de leer por la noche, ¿qué les importa a ustedes? Déjenme pasar, por favor.

Cuando se fue, Gustav se quitó el sombrero y lo tiró enfadado. Romantovski lo recogió del suelo sin decir palabra.

Unos días más tarde, eligieron un momento al atardecer, volvía del retrete y no consiguió meterse en su habitación lo suficientemente rápido, los hermanos lo acorralaron. Sólo eran dos pero, sin embargo, parecían una multitud. Le invitaron a su cuarto.

—Tenemos cerveza —dijo Gustav con un guiño.

Trató de negarse.

—¡Oh!, vamos —gritaron los hermanos; lo agarraron y se lo llevaron (mientras lo hacían, se dieron cuenta de lo delgado que estaba, aquella debilidad, aquella delgadez bajo los hombros les ofrecía una tentación irresistible, ah, darle un buen golpe allí para que se cayera, ah, qué difícil es controlarse, vamos, por lo menos le daremos algún golpe mientras lo arrastramos, sólo uno, con suavidad…).

—Me están haciendo daño —dijo Romantovski—. Déjenme en paz, puedo andar yo solo.

La cerveza prometida, la boca hermosa y grande de la novia de Gustav, un olor pesado en la habitación. Trataron de hacer que se emborrachara. Sin el cuello de la camisa, con un botón de cobre bajo su nuez indefensa y prominente, pálido, con ojos trémulos, se sentó en una actitud callada, medio doblado, medio inclinado y cuando se levantó de la silla pareció que se desenrollaba como una espiral. Sin embargo, le obligaron a doblarse de nuevo y a que Anna se sentara en su regazo. Él no hacía sino mirar de soslayo la curva de su empeine enjaezada dentro de un zapato demasiado estrecho, pero consiguió sobreponerse a su angustia sorda lo mejor que pudo, sin atreverse a liberarse de aquella inerte criatura pelirroja.

Hubo un momento en que creyeron que se había rendido, que se había convertido en uno de ellos. De hecho, Gustav dijo: «Como ve, ha sido un error despreciar nuestra compañía. Nos parece ofensiva esa forma que tiene usted de guardar silencio. ¿Qué es lo que lee durante toda la noche?».

«Antiguas historias, muy antiguas», contestó Romantovski con tal tono de voz que los hermanos se sintieron de repente aburridos. El aburrimiento era sofocante y solemne, pero la bebida evitó que se desencadenara la tormenta y, por el contrario,

provocó más bien una cierta somnolencia. Anna abandonó sigilosa el regazo de Romantovski, y al hacerlo rozó la mesa con su cadera soñolienta; las botellas vacías se tambalearon como bolos y una de ellas cayó al suelo. Los hermanos se agacharon, se inclinaron al suelo, bostezaron, sin dejar de mirar con lágrimas soñolientas a su invitado. El, sin dejar de emitir unos rayos vibrantes y difusos, se estiró, se adelgazó y gradualmente desapareció.

Esto no puede seguir así. Envenena la vida de la gente corriente. A lo mejor se traslada de casa a fin de mes —intacto, entero, sin destrozar, pavoneándose orgulloso. No es suficiente que se mueva y que respire de forma distinta al resto de la gente, el problema es que no conseguimos saber realmente qué es lo que le diferencia de los demás, no podemos saber de qué oreja del conejo tirar para conseguir sacarlo de la chistera. Todo lo que no puede palparse, medirse, contarse, es abominable.

Comenzaron entonces una serie de tormentos triviales. El lunes, consiguieron espolvorear su colcha con harina de patatas, que dicen que provoca un picor inaguantable. El martes le tendieron una emboscada en la esquina de su calle (llevaba una pila de libros apoyada contra el pecho) y le empujaron de tal forma que su carga acabó en el charco que habían escogido para su aterrizaje. El miércoles pintaron el asiento del retrete con cola de carpintero. El jueves la imaginación de los hermanos estaba exhausta.

No dijo nada, nada en absoluto. El viernes adelantó a Anton, con ese caminar suyo como volátil, a la entrada del patio y le ofreció una revista ilustrada, ¿le interesa verla? Esta delicadeza inesperada dejó perplejos a los hermanos y acrecentó su furia.

Gustav ordenó a su novia que intentara seducir a Romantovski, lo cual le daría la oportunidad de pelearse con él. Involuntariamente tenemos la tendencia a poner en movimiento una pelota antes de tener ocasión de golpearla con el pie. Los animales traviesos también prefieren un objeto móvil. Y aunque Romantovski sentía una cierta repugnancia por Anna, con esas pecas color de mosca en su piel lechosa, la mirada vacía de sus ojos claros y aquellos promontorios que eran sus encías húmedas entre los dientes, consideró apropiado ocultar su aversión, ya que temía enfurecer al amante de Anna si la despreciaba.

Puesto que de todos modos aquella tarde de sábado iba a ir al cine como solía hacer una vez por semana, decidió invitarla a que le acompañara con la esperanza de que esta atención fuera suficiente Ambos hermanos, con gorras y zapatos nuevos y a una distancia prudente, siguieron inadvertidos a la pareja, por calles dudosas en el crepúsculo polvoriento donde había miles de parejas como ellos pero sólo un Romantovski.

Cuando los hermanos se sentaron, agachados como dos cazadores furtivos, en la última fila de aquel pequeño cine alargado, la noche había empezado a parpadear en la sala, una noche de luna artificial. Sentían la presencia oscuramente deliciosa de

Romantovski en algún lugar de la sala, delante de ellos. Camino del cine, Anna no había conseguido sonsacarle nada a su desagradable compañero, ni tampoco entendía exactamente lo que Gustav pretendía de él. Mientras caminaban, su magra figura y perfil melancólico provocaban en ella, sólo con mirarlos, un tremendo aburrimiento que se traducía en un bostezo continuo. Pero en cuanto empezó la película se olvidó de él, e incluso apoyó contra su cuerpo un hombro insensato. Unos espectros conversaban en tonos estentóreos en la pantalla sonora recién estrenada. El barón probaba el vino y volvía a poner la copa sobre la mesa con todo cuidado… con el ruido que hace una bala de cañón al caer al suelo.

Y al cabo de un rato, los detectives perseguían al barón. ¿Quién no hubiera reconocido en él a un gran timador? Le perseguían con pasión, con frenesí. Los automóviles pasaban raudos con estallidos de truenos. En un club nocturno luchaban con botellas, con sillas, con mesas. Una madre metía en la cuna a un hijo encantador.

Cuando todo hubo acabado y Romantovski salió tropezando con ella a la oscuridad fresca de la calle, Anna exclamó: «¡Oh, ha sido maravilloso!».

Él se aclaró la garganta antes de contestar:

—Vamos, no exageremos. La vida real es considerablemente más aburrida.

—Eres tú el que eres aburrido —le replicó enfadada y sonrió para sí mientras pensaba en el guapísimo niño.

Detrás de ellos, deslizándose a la misma distancia que antes, venían los dos hermanos. Ambos estaban melancólicos. Ambos se estaban preparando por dentro, atesorando en su pecho una violencia melancólica. Melancólicamente, Anton dijo:

—Eso no se hace, después de todo… pasear abiertamente con la novia de otro.

—Y especialmente un sábado por la tarde —dijo Gustav.

Un transeúnte que les adelantó en su paseo fijó por azar la mirada en sus rostros… y no pudo evitar acelerar el paso.

El viento de la noche arrastraba la basura crujiente a lo largo de las vallas. Era una parte de Berlín oscura y desolada. En el extremo izquierdo de la carretera, encima del canal, brillaban unas luces dispersas. A la derecha había unos solares vacíos contra los que se levantaban las siluetas apresuradamente trazadas de unas casas que les habían dado su negra espalda. Después de un rato, los hermanos aceleraron el paso.

—Mi madre y mi hermana viven en el campo —le decía Anna en un susurro más bien cariñoso entre la noche de terciopelo—. Tan pronto como me case, espero ir a visitarlas con Gustav El verano pasado, a mi hermana…

De repente Romantovski se volvió.

—… le tocó la lotería —continuaba Anna, volviéndose también a mirar, mecánicamente.

Gustav emitió un silbido sonoro.

—¡Pero si son ellos! —exclamó Anna, y rompió a reír jubilosa—. ¡Ay, los muy pillos!

—Buenas noches, buenas noches —dijo Gustav presuroso, con voz jadeante—. ¿Qué estás haciendo aquí, estúpido, con mi chica?

—No estoy haciendo nada. Acabamos de…

—Ya, ya —dijo Anton, y echándose hacia atrás, le dio un puñetazo seco a Romantovski en las costillas.

—Por favor, no uses los puños. Sabes perfectamente que…

—Dejadle en paz, amigos —dijo Anna, disimulando una risilla sorda.

—Hemos de darle una lección —dijo Gustav, calentándose y sintiendo ya de antemano la excitación que iba a experimentar en unos minutos cuando siguiendo el ejemplo de su hermano sintiera en sus puños la dureza de aquellos cartílagos, el crujir de aquella columna vertebral.

—A propósito, el otro día me pasó una cosa muy divertida —empezó a decir Romantovski, deprisa, pero Gustav empezó a apretar y a meter sus gruesos nudillos en el costado de su víctima, causándole un dolor indescriptible. Al echarse hacia atrás, Romantovski se resbaló y estuvo a punto de caerse: caerse hubiera significado perecer allí mismo y sin más dilación.

—Dejad que se vaya —dijo Anna.

Él se volvió y, apretándose el costado con la mano, se fue caminando a lo largo de las oscuras vallas que crujían. Los hermanos le seguían, casi pisándole los talones. Gustav murmuraba solemnes juramentos en la angustia de su deseo de sangre y aquel murmullo sordo podía convertirse al menor momento en un zarpazo.

A lo lejos había una luz que parpadeaba brillante y que prometía la salvación; significaba una calle alumbrada, y aunque lo que se veía era con toda probabilidad no más que una farola, aquella hendidura iluminada en la oscuridad parecía un maravilloso resplandor festivo, una bienaventurada zona de resplandor, repleta de hombres rescatados y a salvo de la muerte. Sabía que si empezaba a correr apostaba por su final, ya que no podía llegar hasta allí suficientemente deprisa; debía caminar tranquila y sosegadamente, cubrir la distancia que le separaba de la luz, manteniéndose en silencio e intentando no apretarse con la mano sus costillas ardientes. Y así siguió su camino, con su habitual paso ligero, y daba la impresión de que lo hacía a propósito, de que se estaba riendo de los que le seguían, y de que en cualquier minuto podía empezar a volar.

La voz de Anna:

—Gustav, no te enredes con él. Sabes muy bien que eres incapaz de detenerte a tiempo. Acuérdate de lo que le hiciste una vez a aquel albañil.

—Trágate la lengua, vieja puta, no le digas lo que tiene que hacer. (Ésa es la voz de Anton.)

Por fin, la zona de luz, donde se distinguen las hojas de un castaño, y también lo que parece una columna, y a lo lejos, a la izquierda, un puente, aquella luz implorante que espera conteniendo el aliento, al fin, al fin, no estaba tan lejos… pero no debo correr todavía. Y aunque sabía que estaba cometiendo un error fatal, de repente, fuera del control de su voluntad, voló y, con un lamento, empezó a correr.

Corría y parecía, mientras corría, que reía de placer. Gustav le adelantó en un par de saltos. Ambos cayeron al suelo, y entre feroces chirridos y crujidos de dos cuerpos que pelean se produjo un ruido muy especial —suave y húmedo, una vez, otra vez más, hasta el puño—, y en ese momento Anna voló hasta perderse en la oscuridad, con el sombrero en la mano.

Gustav se levantó. Romantovski yacía en el suelo y hablaba en polaco. De repente su voz se quebró.

—Y ahora, vámonos —dijo Gustav—. Le he pinchado.

—Sácaselo —dijo Anton—, sácalo de su cuerpo.

—Ya lo he hecho —dijo Gustav—. Dios, cómo le he pinchado.

Se fueron corriendo, pero no hacia la luz, sino a través de los oscuros solares vacíos. Bordearon el cementerio y llegaron a una calleja, intercambiaron una mirada, y aminoraron la marcha hasta adquirir el ritmo de un paseo normal.

Al llegar a casa se quedaron dormidos inmediatamente. Anton soñó que estaba sentado en la hierba contemplando cómo vagaba una gabarra. Gustav no soñó con nada.

A la mañana siguiente, temprano, llegaron unos agentes de policía; buscaron en la habitación del hombre asesinado y le hicieron unos cuantas preguntas a Anton, que había salido al pasillo Gustav se quedó en la cama, pletórico y soñoliento, la cara color de jamón de Westfalia, en contraste con las matas rubias de sus cejas.

Finalmente la policía se fue y Anton volvió. Venía en un estado de júbilo poco común, atragantándose de risa, doblando las rodillas, chocándose en silencio los nudillos contra la palma de la mano.

—¡Qué divertido! —dijo—. ¿Sabes quién era aquel tipo? ¡Un Leonardo!

En su jerga particular, un leonardo (por el pintor) significaba un falsificador de billetes. Y Anton contó lo que había conseguido averiguar; el tipo, al parecer, pertenecía a una banda que acababa de salir de la cárcel. Antes de aquello se había dedicado a diseñar billetes falsos; sin duda, un cómplice le había dado una puñalada.

También Gustav se puso a temblar de júbilo, pero luego su expresión cambió de repente.

—¡Nos ha pasado sus billetes falsos, el muy rufián! —exclamó Gustav y corrió, desnudo, al armario donde guardaba la caja del dinero.

—No te preocupes, nosotros los pasaremos también —dijo su hermano—. Si no es alguien experto, no notará la diferencia.

—Sí, ¡pero qué rufián! —repetía Gustav sin cesar.

¡Mi pobre Romantovski! Y yo que creía con ellos que eras de verdad un ser excepcional. Creía, déjame confesarlo, que eras un poeta extraordinario a quien la pobreza le obligaba a vivir en aquel distrito siniestro. Creía, apoyándome en algunos indicios, que cada noche, trabajabas con empeño un par de versos o que dabas luz a una idea y que con ello celebrabas una victoria invulnerable sobre los dos hermanos. ¡Mi pobre Romantovski! Todo se ha terminado ya. ¡Ay! Me temo que los obreros que yo había reunido se han evaporado. El álamo joven se oscurece y se va, para volver a su lugar de origen, del que lo habíamos sacado. La pared de ladrillo se disuelve. La casa cierra uno tras otro sus pequeños balcones, y luego se vuelve, y se aleja en la distancia. Todo se aleja en la distancia. La armonía y el significado se desvanecen. El mundo vuelve a irritarme una vez más con su abigarrado vacío.

En memoria de L. I. Shigaev [*]

Leonid Ivanovich Shigaev ha muerto… Los puntos suspensivos, habituales en las necrológicas rusas, representan las huellas de palabras que se han marchado de puntillas, en reverencial fila india, dejando su rastro en el mármol… Sin embargo, a mí me gustaría violar este silencio sepulcral. Por favor, permítanme que… Unos cuantos hechos fragmentarios, caóticos, absolutamente fuera de lugar… Pero no importa. Él y yo nos conocimos hace más o menos once años, en un año que para mí fue desastroso. Yo estaba prácticamente muñéndome. Imaginaos una persona joven, todavía muy joven, desesperadamente solitaria, con un alma perpetuamente inflamada (temía el más mínimo contacto, era como la carne al rojo vivo) e incapaz de lidiar con las heridas de un amor desgraciado… Me tomaré la libertad de detenerme en este punto un momento.

No había nada excepcional en aquella joven alemana, esbelta, de pelo corto, pero cuando la miraba, cuando miraba sus mejillas bruñidas por el sol, sus abundantes cabellos rubios, cuyos mechones, doradamente amarillos o más bien aceitunados, enmarcaban como un óvalo su perfil desde la coronilla hasta la nuca, yo me sentía a punto de aullar de ternura, una ternura que se negaba a quedarse dentro de mí cómoda y sencillamente y que se empecinaba en permanecer en el quicio de la puerta de mi alma, sin entrar ni salir —voluminosa, de aristas erizadas, e inútil completamente, sobre todo inútil para aquella joven. En breves palabras, descubrí que una vez a la semana, en su casa, me traicionaba con un respetable padre de familia, quien, dicho sea de paso, era tan infernalmente meticuloso que traía consigo las hormas de sus zapatos. Todo acabó con un golpe circense que le di con una caja monstruosa en la oreja, con el que derribé a la traidora, que cayó hecha un ovillo al suelo, desde donde me miraban sus ojos brillantes a través de los dedos abiertos de su mano —halagada, pienso, después de todo, con aquella escena. Automáticamente, busqué algo para tirárselo, vi el azucarero de porcelana que le había regalado para Pascua, cogí el cacharro bajo el brazo y salí, dando un portazo.

Una nota a pie de página: ésta es sólo una de las múltiples versiones de mi despedida. Hubo toda una serie de posibilidades imposibles que consideré con detenimiento en la primera fase de mi delirio ebrio, imaginándome por un momento la burda gratificación de una buena bofetada; a continuación, el disparo de una vieja Parabellum, contra ella y después contra mí mismo; finalmente, la ironía glacial, una noble tristeza, el silencio… las cosas pueden ocurrir de tantas maneras, y hace mucho tiempo que he olvidado cómo sucedieron.

Mi jefe en aquella época, un berlinés atlético, sufría de una permanente

furunculosis: en la parte posterior de su cuello llevaba un esparadrapo desagradablemente rosáceo y pegajoso con tres nítidos agujeros —para la ventilación, supongo, o para que saliera el pus. Yo trabajaba en una editorial de exiliados al servicio de un par de individuos lánguidos que en realidad eran dos picaros tan listos que al mirarlos la gente corriente sufría una especie de espasmos en el pecho, como cuando te adentras en una cumbre que traspasa las nubes. Como yo comencé a llegar tarde («sistemáticamente tarde» que decían ellos) y a faltar al trabajo o a presentarme en tales condiciones que no quedaba más remedio que mandarme de vuelta a casa, nuestras relaciones se volvieron imposibles y finalmente gracias a un esfuerzo conjunto, con la entusiasta colaboración del contable y de un extranjero que había venido a traer un manuscrito, me despidieron.

¡Mi pobre, mi desgraciada juventud! Visualizo vívidamente el cuartucho espantoso que alquilaba por cinco marcos al mes, las espantosas florecillas del papel de la pared, la espantosa lámpara colgando de la cuerda, con una bombilla desnuda cuya luz deprimente lucía a veces hasta las primeras horas de la mañana. Yo era tan desgraciado en aquel lugar, tan excesiva e indecentemente desgraciado que aquellas paredes deben de estar todavía hoy saturadas con mi fiebre y mi desgracia, y resulta impensable imaginar que algún tipo feliz haya podido vivir allí después de mí, silbando, canturreando. Han pasado diez años, y todavía hoy puedo imaginarme a mí mismo entonces, un joven pálido sentado delante del espejo tornasolado, con su frente lívida y su barba negra, vestido únicamente con una camisa rota, engullendo bebidas baratas y brindando con su reflejo en el espejo. ¡Qué tiempos aquellos! ¡No sólo yo no le importaba a nadie, sino que ni siquiera podía imaginarme la circunstancia concreta de que alguien pudiera interesarse lo más mínimo por mí!

Merced a mis borracheras prolongadas, solitarias, persistentes llegué a experimentar la más vulgar de las visiones, la más rusa de las alucinaciones: empecé a ver demonios. Los veía todas las noches tan pronto como salía de mi ensoñación diaria para disipar con mi lámpara maldita el crepúsculo que ya empezaba a tomar cuerpo. Sí, incluso con más claridad con la que veo ahora el temblor perpetuo de mis manos, veía a los preciosos intrusos e incluso, pasado algún tiempo llegué a acostumbrarme a su presencia, dado que no se metían demasiado conmigo y se entretenían entre ellos. Eran más bien pequeños y regordetes, del tamaño de un sapo voluminoso —apacibles, desmayados, de piel negra, unos monstruos llenos de verrugas. Reptaban más que caminaban, pero a pesar de su fingida torpeza, resultaron ser imposibles de capturar. Recuerdo que compré una fusta y, tan pronto como se hubieron reunido junto a mi mesa, traté de darles unos buenos golpes pero, milagrosamente, consiguieron evitarlos; intenté fustigarles de nuevo, y uno de ellos, el más cercano, se limitó a cerrar los ojos, haciendo una serie de guiños astutos con ellos, como un perro expectante al que alguien quiere apartar de un rincón de basura

tentadora. Los otros se dispersaron, arrastrando sus cuartos traseros. Pero todos ellos se volvieron a agrupar furtivamente de nuevo mientras yo limpiaba la tinta que había derramado sobre mi mesa de trabajo y recogía un retrato caído. En términos generales, su hábitat más denso era en torno a mi mesa de trabajo; se materializaban desde no se sabe dónde debajo de la misma y, sin prisa alguna, con sus estómagos pegajosos crepitando y golpeándose contra la madera, subían por las patas de la mesa como una parodia de marineros que treparan por los palos de un buque. Traté de ensuciarles su ruta con vaselina pero no sirvió de nada, tuve que elegir a uno de aquellos puñeteros diablillos especialmente atractivo que escalaba con empeño y aplastarle con el látigo o darle un pisotón con el zapato, para conseguir que se cayera al suelo con un golpe seco como si fuera un sapo; pero un minuto más tarde volvió a ponerse de nuevo en pie y subió por una esquina distinta, con la lengua fuera, colgando violeta a causa del esfuerzo, y en cuanto hubo llegado arriba se unió a sus camaradas. Eran numerosos, y al principio me parecieron todos iguales: unas criaturillas oscuras con rostros regordetes y básicamente bien intencionados; se sentaban en grupos de cinco o seis sobre mi mesa, sobre distintos papeles, o sobre un volumen de Pushkin y me miraban con indiferencia. Uno de ellos se rascaba tras la oreja con el pie, y su larga garra hacía un burdo ruido al rascarse y luego se quedaba inmóvil como petrificado, olvidándose de su pierna a medio camino. Otro dormitaba, apoyado incómodamente contra su vecino, quien, por su parte, también se aprovechaba de éI— la inconsideración recíproca de los anfibios, capaces de aletargarse en actitudes inverosímiles. Poco a poco me fui acostumbrando a distinguir los unos de los otros y creo que incluso llegué a adjudicarles nombres propios, según se parecieran más o menos a amigos míos o a los distintos animales. Había ejemplares grandes y pequeños (aunque todos ellos tenían un buen tamaño), algunos tenían un aspecto más bien repulsivo, otros eran más aceptables; algunos tenían bultos o tumores, otros mostraban una piel completamente lisa. Unos pocos tenían la costumbre de escupirse unos a otros. En una ocasión trajeron consigo a un joven nuevo, un chico albino, de tez cenicienta, con ojos como bolas de caviar rojo; era un tipo taciturno y siempre estaba adormilado, y pasado el tiempo se fue reptando por donde había venido. Haciendo un esfuerzo sobrehumano de voluntad conseguía yo a veces vencer aquel encantamiento durante unos minutos. Era un esfuerzo sobrehumano, porque tenía que apartar de mí con toda fuerza un enorme peso de hierro contra el que mi cuerpo entero actuaba como un imán: en cuanto aflojaba el pulso, en cuanto cedía en lo más mínimo, los fantasmas volvían a tomar forma, adquirían contornos precisos, formas estereoscópicas y yo experimentaba una falsa sensación de alivio —el alivio de la desesperación, me temo—, cuando de nuevo me entregaba a mi alucinación y de nuevo la masa pegajosa de patanes insensibles aparecía ante mí sobre mi mesa, mirándome como adormilados y sin embargo un

punto expectantes. Utilicé no sólo el látigo sino también un método famoso y de larga historia, del que me avergüenza entrar en detalles, sobre todo porque lo he utilizado de una forma bastante más que bastante equivocada. Sin embargo, la primera vez surtió efecto: un cierto signo sacramental realizado con los dedos juntos, propio de un cierto culto religioso, fue realizado por mí a unos pocos centímetros del compacto grupo de demonios rozándoles apenas como con un hierro candente con un silbido suculento, a la vez agradable y un punto repugnante; ante lo cual, retorciéndose de dolor con sus quemaduras, mis picaros tunantes se dispersaron y cayeron con pequeños golpes al suelo. Pero cuando repetí el experimento con otro grupo nuevo, el efecto no fue el mismo sino mucho más débil y después dejaron de reaccionar por completo, esto es, poco a poco fueron desarrollando una cierta inmunidad… pero basta ya. Con una carcajada —¿y qué otra cosa me quedaba?—, yo pronunciaba un rotundo «*T'foo!*» (la única exclamación, por cierto, que la lengua rusa ha tomado prestada del léxico demoníaco; ver también la alemana *Teufel*), y, sin desvestirme, me metía en la cama (sobre las sábanas, desde luego, porque tenía miedo de encontrarme con inesperados compañeros de almohada). Y así pasaron los días, si es que se les puede denominar tal cosa —aquéllos no eran días, sino una suerte de niebla intemporal— y cuando me recuperé me encontré en el suelo, luchando cuerpo a cuerpo con mi robusto casero entre los escombros de los muebles. Con un esfuerzo desesperado me liberé y salí de la habitación corriendo, para luego lanzarme por las escaleras, temblando, desgreñado, con un maldito trozo de escayola pegado en los dedos con un cuerpo dolorido y una cabeza llena de ruidos, pero casi totalmente lúcido.

Y entonces fue cuando L. I. me tomó bajo su protección. «¿Qué le ocurre, viejo amigo?» (Ya nos conocíamos algo; él había estado dedicado a compilar un diccionario de bolsillo ruso-alemán de términos técnicos y solía visitar la oficina donde yo trabajaba.) «Espere un minuto, amigo, mire qué aspecto tiene.» Estaba allí justo en la esquina (salía de una tienda de ultramarinos con su cena en la cartera) y yo me eché a llorar allí mismo, y, sin mediar palabra, L. I. me llevó a su casa, me instaló en el sofá, me alimentó con salchichas y caldo y me cubrió con un abrigo forrado con cuello de astracán. Yo lloraba estremecido, y al poco tiempo me quedé dormido.

Para abreviar, me quedé en su pequeño piso y viví allí durante un par de semanas, tras las cuales alquilé una habitación al lado, y seguimos viéndonos todos los días. Y sin embargo, ¿quién podría pensar que teníamos algo en común? ¡Éramos diferentes en todo! Él casi me doblaba la edad, era formal, afable, apuesto, y generalmente iba vestido con levita limpia y austeramente, como la mayoría de nuestros maduros y aseados solteros de la emigración: merecía la pena ver, y especialmente oír, cómo cepillaba sus pantalones metódicamente todas las mañanas: el sonido de aquel cepillo lo tengo en estos momentos tan íntimamente asociado con él, ocupa un lugar tan

prominente en mis recuerdos de su persona —especialmente el ritmo del cepillado, las pausas entre las diversas acometidas, cuando se detenía a observar un lugar sospechoso, y lo rascaba con la uña y luego lo examinaba a la luz. ¡Oh, aquellas cosas «inexpresables», como él decía, que permitían que el azul del cielo brillara en la rodilla del pantalón, sus inexpresables, inexpresablemente espiritualizados por su ascensión a los cielos!

Su habitación se distinguía por la inocente nitidez de la pobreza. Imprimía la dirección y el teléfono en sus cartas con un sello de goma (¡un sello de goma!). Sabía hacer *botviniya*, una sopa fría de entresijos de buey. Era capaz de defender durante horas cualquier triquiñuela que considerara obra de un genio, ya fuera unos gemelos curiosos o un mechero que le hubiera vendido algún vendedor ambulante con labia (notad que L. I. no fumaba), o también sus animales domésticos, tres tortugas diminutas con unos horribles cuellos de bruja; una de ellas murió en mi presencia al caerse al suelo desde una mesa redonda por cuyo borde le gustaba pasear, como un cojo apresurado, bajo la impresión de que caminaba en una línea recta, que se prolongaba y prolongaba un largo trecho. Acabo de recordar otra cosa con inusitada claridad: en la pared encima de la cama, que era tan suave como el catre de un prisionero, colgaban dos litografías: una vista del Neva desde la *Columna Rostrata* y un retrato de Alejandro I. Las había adquirido como por casualidad en un momento de nostalgia por el imperio, una nostalgia que distinguía de la añoranza por la patria.

L. I. carecía totalmente de sentido del humor y era indiferente por completo a cualquier manifestación artístico-literaria y a lo que comúnmente denominamos naturaleza. Si casualmente, la conversación venía a tratar de, pongamos, poesía, su contribución a la misma se limitaba a una afirmación del siguiente tipo: «No, digas lo que digas, Lermontov nos resulta más cercano que Pushkin». Y cuando yo le acosaba para que citara al menos un verso de Lermontov, hacía esfuerzos denodados para acordarse de algunas palabras de la ópera de Rubinstein *El demonio*, y si no lo conseguía contestaba algo así como: «Hace mucho tiempo que no le leo, “estas hazañas son todas ellas cosa de días pasados”, querido Victor, déjame en paz». A propósito, no se había dado cuenta de que acababa de citar unas líneas de *Ruslan y Ludmila* de Pushkin.

En verano, los domingos, iba siempre de paseo a las afueras. Conocía las afueras de Berlín con todo detalle y se vanagloriaba de su familiaridad con unos cuantos «lugares maravillosos» desconocidos de la gente. Aquello constituía un puro placer en sí mismo, relacionado, quizás, con los placeres de los coleccionistas, con las orgías en las que se pierden los amantes de los viejos catálogos; de otra manera resultaba incomprensible por qué necesitaba de ello: preparaba su ruta con todo detalle, valoraba los diferentes medios de transporte (hasta llegar a un determinado punto en tren, luego hay que coger el vapor, y a partir de ahí en autobús, y cuesta tanto, y

nadie, ni siquiera los alemanes, saben que resulta tan barato). Pero cuando finalmente él y yo nos encontramos en los bosques, resultó que no podía diferenciar una abeja de una avispa, ni tampoco un castaño de un nogal, y que percibía su entorno de forma bastante convencional y común: verde, buena temperatura, los distintos animales con plumas, los insectos. Se ofendía cuando yo, que había crecido en el campo, observaba, para divertirme, las diferencias entre la flora que nos rodeaba y la de los bosques de la Rusia Central: él pensaba que no existían diferencias significativas y que sólo importaban las asociaciones sentimentales.

Le gustaba tenderse en la hierba en un lugar a la sombra, apoyarse en el codo derecho y discutir con profusión de detalles la situación internacional o contar historias acerca de su hermano Peter, aparentemente un tipo encantador —un donjuán, músico, conversador arrogante—, quien, en tiempos prehistóricos, se ahogó una noche de verano en el Dniéper —un final maravilloso. En el relato de nuestro querido L. I., sin embargo, todo ello resultaba bastante aburrido, tan completo, tan sin resquicio alguno para la imaginación, que, cuando nos parábamos a descansar y me decía de repente: «¿Te he contado alguna vez cuando Peter se puso a cabalgar en la cabra del cura del pueblo?», yo tenía ganas de contestarle: «Sí, sí, ya me lo has contado, por favor, ahórrate el cuento».

Qué no daría ahora por volver a oír sus relatos aburridos, para ver sus ojos distraídos y amables, aquella calva, rosada a causa del calor, aquellas sienes encanecidas. ¿Cuál era, entonces, el secreto de su encanto, si todo lo que le rodeaba era tan aburrido? ¿Por qué todo el mundo le apreciaba, por qué todos se aferraban a él? ¿Qué hizo para que la gente le quisiera tanto? No lo sé. Desconozco la respuesta. Sólo sé que me encontraba incómodo por las mañanas cuando él desaparecía para ir a su Instituto de Ciencias Sociales (donde pasaba el tiempo escrutando los volúmenes encuadernados del *Die Ökonomische Welt*, de los que copiaba extractos, con una letra nítida diminuta, extractos que, en su opinión, eran significativos y extremadamente interesantes), o para ir a sus clases particulares de ruso, que eternamente daba a un matrimonio anciano y al yerno del matrimonio anciano; su asociación con ellos le llevaba a sacar muchas conclusiones erróneas acerca del estilo de vida de los alemanes, sobre el que los miembros de nuestra *intelligentsia* (la raza más poco observadora del mundo) se consideran una autoridad. Si, sentía una cierta incomodidad, como si ya tuviera una especie de premonición de lo que le iba a pasar en Praga: un ataque al corazón en plena calle. Qué contento estaba, sin embargo, de haber conseguido aquel trabajo en Praga, ¡rebosaba satisfacción! Tengo un recuerdo excepcionalmente claro del día en que lo despedimos, piensen tan sólo, ¡un hombre tiene la oportunidad de dar clases sobre su tema favorito! Me dejó una pila de revistas viejas (nada se vuelve tan pronto viejo y polvoriento como una revista soviética), sus zapatos de campo (zapatos que estaban destinados a perseguirme) y una pluma

completamente nueva (como recuerdo). Mostró eran preocupación por mí al marcharse y sé que después, cuando nuestra correspondencia fue de alguna forma espaciándose hasta cesar, y la vida volvió a estallar en una profunda oscuridad —una oscuridad que aullaba con miles de voces, de la que resulta bastante improbable que logre escapar algún día—, L. I., lo sé, siguió pensando en mí, preguntando a la gente, y tratando de ayudarme indirectamente. Nos abandonó en un bello día de verano, las lágrimas afloraron persistentemente en los ojos de algunos que le acompañaron en su último viaje; una joven miope judía con guantes blancos y unos impertinentes le llevó un gran ramo de amapolas y acianos; L. I. las olió inexperto, con una sonrisa. ¿Fue entonces cuando pensé que lo veía por última vez?

Claro que sí. Eso es exactamente lo que me ocurrió: sí, te estoy viendo por última vez; en realidad, eso es lo que pienso siempre, acerca de todo, acerca de todos. Mi vida es un perpetuo adiós a los objetos y a la gente, que a menudo no prestan la más mínima atención a mi saludo, breve, intenso, amargo.

El círculo [*]

En segundo lugar, porque de pronto le invadió una intensa e insensata añoranza de Rusia. En tercer lugar, y finalmente, porque le producía una infinita pesadumbre su juventud y todo lo que la misma llevaba aparejado: el resentimiento feroz, la torpeza, el ardor, y también aquellas verdes mañanas deslumbrantes, cuando los sotos te ensordecían con sus doradas oropéndolas. Sentado en el café, mientras diluía con soda la dulzura pálida de su *cassis*, se acordaba del pasado y el corazón se le encogía de melancolía… ¿Qué tipo de melancolía?… bueno, una melancolía que aún no se ha investigado suficientemente. Todo aquel pasado distante cobró vida súbitamente gracias a un suspiro de su pecho y comenzó a vibrar al ritmo de su respiración, hasta que su padre emergió lentamente de su tumba, con los hombros erguidos: Ilya Ilyich Bychkov, *le maître d'école chez nous au village*, con la corbata negra al viento, anudada de forma pintoresca, y una chaqueta de seda, cuyos botones empezaban a la vieja usanza en el esternón y se detenían también muy arriba, dejando que las faldas de la chaqueta abiertas revelaran la leontina de oro sobre el chaleco; su tez era rojiza, su calva cubierta con un vello tierno que parecía el terciopelo de la cornamenta vernal de un gamo; tenía muchas arrugas pequeñas en las mejillas, y una verruga carnosa que producía el efecto de una voluta adicional junto a las alas de la nariz. En su época de maestro y profesor en la escuela y el colegio, Innokentiy solía irse de la ciudad en vacaciones y viajar a Leshino a visitar a su padre. Profundizando más en su memoria, logró recordar la demolición de la vieja escuela en el extremo del pueblo, la limpieza del solar para construir la que le sucedería, la ceremonia de la primera piedra, el servicio religioso celebrado en pleno vendaval, al conde Konstantin Godunov-Cherdyntsev arrojando la moneda de oro tradicional, que al caer se quedó prendida de canto en la arcilla. El nuevo edificio era de un granulado gris granítico por fuera; el interior preservo durante años y más tarde, pasados éstos, conservó mucho tiempo (me refiero con ello a que se unió al material de los recuerdos) un soleado olor a goma; las clases estaban adornadas con todo tipo de brillantes instrumentos pedagógicos, como por ejemplo retratos ampliados de insectos dañinos para el campo o el bosque; pero Innokentiy encontraba más irritantes todavía las aves disecadas regaladas por Godunov-Cherdyntsev. ¡Concesiones a los pobres! Sí, se veía a sí mismo como un plebeyo cabal: el odio (o eso le parecía) le sofocaba cuando de joven miraba desde el otro lado del río al gran parque de la mansión, cargado de privilegios antiguos y concesiones imperiales, proyectando el reflejo de sus negros volúmenes sobre el agua verde (con el reflejo cremoso de una racimosa que florecía dispersa entre los abetos).

La nueva escuela se construyó en el umbral de este siglo, en una época en la que Godunov-Cherdyntsev había vuelto de su quinta expedición a Asia central para pasar el verano en Leshino, su propiedad en la demarcación de San Petersburgo, con su joven esposa (él con cuarenta años le doblaba la edad). ¡Hasta qué profundidades me lleva el recuerdo, Dios mío! En medio de una niebla cristalina que comenzaba a disolverse, como si la escena entera tuviera lugar bajo las aguas, Innokentiy se vio a sí mismo, un niño de tres o cuatro años que entraba en la mansión y que flotaba a través de las maravillosas estancias, con su padre que caminaba de puntillas, con un manojo húmedo de lirios del valle agarrados en el puño con tanta fuerza que chirriaban —y todo a su alrededor parecía húmedo a su vez, una neblina luminosa, crujiente, temblorosa, eso era todo lo que conseguía discernir—, pero años más tarde todo aquello se tornó un recuerdo vergonzante, las flores de su padre, el avance de puntillas y sus sienes sudorosas que de una forma oscura simbolizaban un cierto servilismo agradecido, especialmente después de que a Innokentiy le dijera un viejo campesino que Ilya Ilyich había sido liberado gracias a «nuestro buen amo» de un trivial asunto político, que encerraba, no obstante, su consabida dosis de vulgaridad, un asunto por el que hubiera sido desterrado a los más remotos desiertos del imperio, si el conde no hubiera intercedido.

Tanya solía decir que tenían parientes no sólo en el reino animal, sino también entre las plantas y los minerales. Y, en verdad, los naturalistas rusos y extranjeros habían descrito bajo el nombre específico de *Godunovi* un nuevo faisán, un nuevo antílope y una nueva hortensia, e incluso había toda una serie completa de tipología Godunov (él sólo describía insectos). Estos descubrimientos suyos, sus contribuciones excepcionales a la zoología y los miles de peligros a los que se había enfrentado con una despreocupación legendaria que le había hecho famoso no conseguían, sin embargo, que la gente mirara con indulgencia su alta cuna y su inmensa fortuna. Lo que es más, no olvidemos que ciertos sectores de nuestra *intelligentsia* siempre han considerado con cierto desprecio la investigación en ciencias no aplicadas, por lo que a Godunov se le recriminaba que estuviera más interesado en los «Insectos de Sinkiang» que en la penosa situación del campesinado ruso. El joven Innokentiy estaba presto a creer las historias (bastante estúpidas, en verdad) acerca de las concubinas de viaje del conde, de su crueldad china, y de las tareas y recados que le encomendaba el zar —para humillar a los ingleses. La realidad de su imagen permanecía oscura: una mano sin guantes arrojando una moneda de oro (y, en un recuerdo anterior aquella visita a la mansión, cuando el señor de la misma se vio confundido a ojos del niño con un Kalmuck, vestido de azul cielo con quien se había encontrado al atravesar el vestíbulo de entrada). Luego Godunov volvió a partir a Samarkanda o a Vernyi (ciudades que constituían los habituales puntos de partida para sus extraordinarios viajes), y estuvo fuera durante mucho

tiempo. Mientras tanto, su familia pasaba el verano en el sur, prefiriendo aparentemente su mansión de campo de Crimea a su residencia de Petrogrado. Los inviernos los pasaban en la capital. Allí, junto al muelle, estaba su casa, una residencia privada de dos pisos pintada en un tono aceitunado. A veces, Innokentiy paseaba por allí: su memoria conservaba las formas femeninas de una estatua que mostraba su trasero granulado y blanco como el azúcar a través de los cuadros de gasa del cristal de una ventana. Unos atlantes pardo-oliváceos con un torso en el que se destacaban prominentes las costillas sostenían un balcón: el peso de sus músculos de piedra y sus bocas retorcidas en expresión de dolor le parecieron a nuestro colegial una alegoría del proletariado esclavizado. En una o dos ocasiones, en aquel muelle, a comienzos de la ventosa primavera del Neva, atisbo a la pequeña de los Godunovs con su fox-terrier y su institutriz; sus figuras parecían un auténtico remolino en movimiento y, sin embargo, sus siluetas eran de todo punto nítidas: Tanya llevaba botas anudadas hasta la rodilla y un abrigo corto azul marino con gruesos botones de latón, y al caminar a paso rápido delante de él, los pliegues de su falda marinera chasqueaban —¿contra qué? Creo que contra la correa de perro que llevaba—, y el viento del Ladoga movía las cintas de su gorra de marinero, y un poco detrás de ella corría su institutriz, con una chaqueta de astracán, la cintura doblada, un brazo extendido, la mano metida en un manguito de pieles negras apretadas.

Se alojaba en casa de su tía, una costurera, en una casa de alquiler de Okhta. Era taciturno, poco sociable, aplicaba toda su energía a sus estudios mientras limitaba su ambición a un aprobado, pero ante el asombro de todos acabó el colegio brillantemente y a la edad de dieciocho años entró en la universidad de San Petersburgo a estudiar medicina —momento en el cual el respeto que su padre tenía hacia los Godunov-Cherdyntsev se acrecentó misteriosamente. Pasó un verano como tutor y profesor particular con una familia en Tver. En mayo del año siguiente, 1914, volvió de nuevo al pueblo de Leshino —y descubrió no sin desaliento que la mansión al otro lado del río había vuelto a la vida.

Unas cuantas cosas más acerca de aquel río, acerca de aquella orilla empinada, acerca de su antigua casa de baños. Esta era una estructura de madera apoyada en estacas de pino; un camino escalonado con un sapo cada dos escalones conducía hasta la misma, y no todo el mundo hubiera podido encontrar el comienzo de aquella bajada arcillosa en el macizo de alisos en la parte de atrás de la iglesia. Su compañero habitual de juegos de la infancia era Vasiliy, el hijo del herrero, un joven de edad indeterminada (no sabía ni siquiera él si tenía quince o los veinte cumplidos), de complexión robusta, desgarbado, siempre con pantalones remendados un tanto escasos, con unos enormes pies descalzos de color zanahoria, y de temperamento tan melancólico como el de Innokentiy en aquella época. Las estacas de pino producían unos reflejos en forma de concertina que se enredaban y desenredaban en el agua. Y

por debajo de las lajas de madera podrida de la caseta de baños surgía un continuo de borboteos y chasquidos. En una caja de hojalata redonda manchada de tierra, que mostraba un cuerno de la abundancia y que antaño había contenido gominolas de fruta, había unos gusanos que se meneaban inquietos. Vasiliy, con cuidado para no pincharse con la punta del anzuelo, ensartó un trozo de gusano dejando que el resto colgara; luego lo sazonó con un escupitajo sacramental y procedió a lanzar el hilo con su plomo por encima de la barandilla externa de la caseta del baño. Había caído la noche. Algo parecido a un gran abanico de plumas rosado violeta o a una cadena montañosa aérea, que tuviera espuelas laterales, se abrió en el cielo, y los murciélagos empezaron a volar con ese silencio acentuado y esa velocidad maléfica propias de los seres membranosos. Los peces habían empezado a picar y, despreciando el uso de una caña, imitándose a sostener el hilo tenso entre el índice y el pulgar, Vasiliy tiraba suavemente de él para comprobar la solidez de los espasmos submarinos, y de tanto en tanto pescaba un gobio o una platija. Despreocupadamente, e incluso con un certero crujido improvisado, extraía el anzuelo de la pequeña boca redonda y sin dientes y colocaba a la enloquecida criatura (cuya sangre rosada fluía todavía por la branquia destrozada) en un frasco de cristal en el que nadaba un barbo con el labio inferior extendido. La pesca era mucho mejor cuando el tiempo estaba nublado y hacía calor y la lluvia, invisible en el aire, cubría el agua en círculos cada vez más amplios, entre los que aparecían de improviso y desperdigados unos círculos de origen distinto, con un centro propio: el salto de un pez que se desvanecía al momento o la caída de una hoja que inmediatamente desaparecía con la corriente. ¡Y qué delicioso era bañarse bajo aquella llovizna tibia, en la línea fronteriza donde confluían aquel par de elementos homogéneos y sin embargo conformados tan diversamente: la densa agua del río y la grácil agua celestial! Innokentiy se zambulló inteligentemente en el agua y después se permitió el placer de secarse durante mucho rato con una toalla. Los chicos campesinos, sin embargo, no dejaban de tirarse al agua una y otra vez hasta quedar extenuados; finalmente, tiritando, con los dientes castañeteando y con un río de mocos que les llegaba de la nariz a la boca, saltaban sobre un pie para subirse los pantalones hasta la cintura.

Aquel verano Innokentiy estaba más melancólico que nunca y apenas habló con su padre, limitándose a murmurar unos escuetos «hums». Ilya Ilyich, por su parte, experimentaba una extraña vergüenza en presencia de su hijo —principalmente porque asumía, con terror y también ternura, que Innokentiy vivía absolutamente en el mundo puro de los bajos fondos como él mismo lo había hecho a su edad. La habitación del maestro de la escuela Bychkov: motas de polvo en un rayo de luz transversal, una mesa pequeña que había construido con sus propias manos, barnizando el tablero y adornándolo con un diseño pirográfico; sobre la mesa, una fotografía de su mujer en un marco de terciopelo, tan joven, con un vestido tan

bonito, con una pequeña pelerina y una especie de corsé, su rostro encantadoramente ovalado (aquel tipo de óvalo coincidía con la idea de la belleza femenina de 1890); junto a la fotografía un pisapapeles de cristal con una vista de Crimea en madreperla dentro, y un gallo de fieltro para limpiar la tinta de las plumas; y en la pared, entre los marcos de dos ventanas, un retrato de León Tolstoy, compuesto enteramente por el texto de uno de sus relatos impreso en letra microscópica. Innokentiy dormía en un sofá de piel en un cuarto adyacente más pequeño. Después de un largo día al aire libre dormía muy bien; a veces, sin embargo, una imagen entrevista en sueños tomaba un derrotero erótico, la fuerza de su impacto le llevaba fuera del sueño y durante unos minutos se quedaba tumbado quieto, un cierto escrúpulo le impedía moverse.

Por la mañana se iba a los bosques, con un manual de medicina bajo el brazo y las manos embutidas en el cinturón de bramante que ceñía su blusa rusa. Su gorra de universidad, que llevaba ladeada como era costumbre entre la gente de izquierdas, dejaba escapar unos mechones pardos que caían sobre su frente abultada. Sus cejas se enmarañaban en un gesto permanente de enfado. Habría podido ser muy guapo si sus labios hubieran sido menos carnosos. Una vez en el bosque, se sentaba en un grueso tronco de abedul, derribado no hacía mucho por una tormenta (y que todavía temblaba del susto en todas sus hojas), se ponía a fumar, impidiendo con su libro que las hormigas se le acercaran y se perdía en sus oscuras meditaciones. Era un joven solitario, impresionable y susceptible, extremadamente sensible al aspecto social de las cosas. Odiaba todo lo que rodeaba a la existencia campestre de los Godunovs, como por ejemplo todo el montaje del servicio doméstico —«el servicio», repetía él arrugando la nariz en un gesto de asco voluptuoso. Entre ellos contaba al grueso chófer, con sus pecas, su librea de terciopelo, sus polainas de color pardo-anaranjado y el cuello almidonado que sobresalía de su cuello rojizo que se ponía morado cada vez que, en el pescante, abría la capota del coche tapizado en piel roja brillante; y también al empleado senil, un auténtico lacayo de patillas grises cuya misión era cortar las colas de los fox-terriers recién nacidos; y al tutor inglés al que se veía caminando a zancadas por el pueblo, sin sombrero, con gabardina y pantalones blancos, que provocaban la hilaridad de los chicos del pueblo, que se referían siempre a ellos como calzones y que cuando hablaban del paseo del inglés lo llamaban la procesión religiosa; y odiaba también a las campesinas contratadas para limpiar de maleza las avenidas del parque mañana tras mañana, bajo la supervisión de uno de los jardineros, un pequeño jorobado sordo con una camisa rosa, que para acabar barría la arena junto al porche con un celo y una devoción muy particulares. Innokentiy, todavía con el libro bajo el brazo e imposibilitado, por tanto, para cruzar los brazos, como hubiera querido hacer en aquel momento, se quedó apoyado contra un árbol en el parque mientras consideraba taciturno los distintos objetos, como el techo brillante de la mansión blanca que todavía no había cobrado vida.

La primera vez que los vio aquel verano fue a finales de mayo (según el calendario antiguo) desde la cima de una colina Apareció una cabalgata en la carretera que circundaba la base de la colina: Tanya delante, a horcajadas sobre el caballo, como un chico, sobre un bayo deslumbrante; junto a ella, el propio conde Godunov-Cherdyntsev, como una persona insignificante sobre un extraño caballo de paseo gris ratón; detrás de ellos, el inglés con sus calzones; luego algún primo y finalmente, el último, el hermano de Tanya, un joven de unos trece años que, de repente, picó espuelas, adelantó a todos ellos y corrió al galope por la cuesta empinada del pueblo, moviendo los brazos como si fuera un jockey.

Después se produjeron una serie de encuentros casuales y finalmente… está bien, ahí vamos. ¿Preparados? Un día caluroso a mediados de junio…

Un día caluroso a mediados de junio los segadores caminaban a ambos lados del sendero que llevaba a la mansión, y su paso era una especie de baile en el que la camisa de cada segador marcaba un ritmo con su hombro, izquierda, derecha, al compás de su paso. «¡Que Dios os acompañe!», dijo Ilya Ilyich con el saludo tradicional de los trabajadores. Llevaba su mejor sombrero, un panamá, y también un ramo de orquídeas silvestres color malva. Innokentiy caminaba en silencio, moviendo la boca (comía pipas de girasol, cuya cascara rompía sin dejar de comer). Se acercaban al parque de la mansión. En un extremo de la pista de tenis el jardinero sordo y jorobado, que ahora llevaba un delantal de trabajo, empapaba un cepillo en un cubo y, doblado en dos, caminaba de espaldas mientras trazaba una espesa línea cremosa en el suelo. «¡Que Dios le acompañe!», dijo Ilya Ilyich al pasar.

La mesa estaba puesta en la avenida principal; la luz del sol ruso jugaba a las damas con el mantel. El ama de llaves, que llevaba una gorguera en el cuello y el pelo de acero peinado hacia atrás, estaba ya sirviendo el chocolate con un cucharón en unas tazas color azul oscuro que los criados servían a su vez a los comensales. De cerca, el conde aparentaba su edad: había hilos cenicientos en su barba amarillenta, y las arrugas se extendían como un abanico desde los ojos hasta las sienes; había apoyado el pie en el borde de un banco del jardín y hacía saltar a un fox-terrier: el perro saltaba no sólo muy alto, tratando de alcanzar la pelota mojada que ya tenía en su poder, sino que incluso consiguió, mientras estaba en el aire, elevarse todavía más de un brinco, dando un giro adicional a todo su cuerpo. La condesa Elizaveta Godunov, una mujer alta y de tez rosácea con una gran pamela cuyas alas ondulaban a su paso, venía caminando desde el jardín con otra dama con la que hablaba animadamente, mientras sus manos apuntaban un gesto, típicamente ruso, de consternación e incertidumbre. Ilya Ilyich se quedó je pie con su ramo y las saludó con una inclinación de cabeza. En la neblina multicolor (así es al menos como la percibía Innokentiy, quien, a pesar de haber ensayado la víspera una actitud de desprecio democrático hacia todo aquello, estaba sumido en la mayor de las

vergüenzas) aleteaban y bailaban las manchas vacilantes de unos jóvenes, unos niños que corrían, un chal negro bordado con vivaces amapolas, un fox-terrier, y sobre todo, sobre todo, aquellos ojos que se deslizaban por la luz y por la sombra, aquellos rasgos todavía indistintos pero que ya le amenazaban con una fascinación fatal, el rostro de Tanya cuyo cumpleaños se celebraba aquel día.

Todo el mundo estaba ya sentado. Se encontró en el extremo sombreado de la larga mesa, en cuyo lugar los comensales no se complacían en conversar sino más bien en observar, sus cabezas vueltas todas en la misma dirección, hacia el extremo más soleado donde se producían conversaciones animadas y risas, y donde había una magnífica tarta rosa con un barniz satinado y dieciséis velas, y exclamaciones de los niños, y el ladrido de los dos perros que casi habían saltado a la mesa —mientras que en este extremo las guirnaldas del tilo en la sombra unían a la gente de rango inferior: Ilya Ilyich, sonriendo aturdido; una damisela etérea y fea cuya timidez se traducía en un sudor que olía a cebolla; una decrépita institutriz francesa con ojos desagradables que sostenía en su regazo bajo la mesa una diminuta criatura invisible que de tanto en tanto emitía un tintineo; y una serie de gente innominada del mismo jaez. El vecino directo de Innokentiy era el hermano del administrador de la finca, un tipo estúpido, aburrido, tartamudo; Innokentiy le hablaba tan sólo porque el silencio hubiera sido peor, así que, a pesar de la naturaleza paralizante de la conversación, trataba de mantenerla desesperadamente; más tarde, sin embargo, cuando se convirtió en un asiduo visitante de aquella casa y el azar le llevaba a encontrarse con aquel pobre diablo, Innokentiy nunca le dirigía la palabra, evitándolo como una especie de trampa o como un recuerdo vergonzoso.

La fruta alada de un tilo empezó a rotar en un lento descenso hasta acabar en el mantel.

En el extremo aristocrático de la mesa Godunov-Cherdyntsev elevaba la voz, hablando a través de la mesa con una dama muy anciana vestida con un traje de encaje, y al hablar rodeaba con el brazo la elegante cintura de su hija que estaba de pie junto a él, jugueteando con una pelota de goma que llevaba en la mano. Durante un buen rato Innokentiy se entretuvo luchando con un apetitoso trozo de pastel que había venido a descansar en el borde de su plato. Finalmente, y tras empujarlo torpemente con el dedo, el maldito pastel de frambuesa cayó rodando bajo la mesa (donde lo abandonaremos). Su padre o bien sonreía distraído o bien se lamía el bigote. Alguien le pidió que le pasara las galletas; rompió a reír feliz mientras lo hacía. Y de repente, justo en el oído de Innokentiy se fijó una voz jadeante: muy seria, y todavía con la pelota en la mano, Tanya le pedía que fuera con ella y con sus primos; avergonzado y confundido, luchó para levantarse de la mesa, empujando a su vecino en el proceso de liberar su pierna derecha del banco del jardín compartido por todos.

Cuando la gente hablaba de ella, exclamaba: «¡Qué joven tan guapa!». Tenía ojos claros, grises, cejas de terciopelo negro, una boca más bien grande, pálida y tierna, dientes afilados y, cuando no se encontraba bien o estaba de mal humor, se percibían unos pelillos negros sobre su labio superior. Era muy aficionada a todos los deportes y juegos veraniegos, tenis, *bádminton*, croquet, y era experta en todos ellos, jugando con una especie de concentración encantadora —ni que decir tiene que aquello fue el fin de sus cándidas tardes de pesca con Vasiliy, quien se quedó bastante perplejo ante este cambio e insistía en presentarse en las proximidades de la escuela a la caída de la tarde, suplicándole a Innokentiy con una sonrisa indecisa mientras le ponía delante de las narices una lata llena de gusanos. En momentos como ése, Innokentiy se estremecía por dentro al comprobar su traición a la causa del pueblo. Mientras tanto, se divertía mucho en compañía de sus nuevos amigos. Acontecía, sin embargo, que no estaba realmente admitido en el centro de su existencia sino que lo mantenían en la periferia verde, tomando parte en sus divertimentos al aire libre, sin invitarle nunca a que entrara en la casa. Aquello le enfurecía; deseaba que le invitaran a almorzar o a comer simplemente para experimentar e placer de negarse a ir; y en general permanecía siempre alerta, taciturno, bronceado y desgreñado, con los músculos de su mandíbula en tensión constante —y sintiendo que cada palabra que Tanya decía a sus compañeros de juegos constituía un cierto menosprecio hacia él, y, Dios mío, cómo los odiaba a todos ellos, a los primos de Tanya y también a sus amigas con sus perros traviesos. Abruptamente, todo se oscureció en un desorden silencioso y se desvaneció, quedándose él solo, allí, en la profunda oscuridad de una noche de agosto, sentado en un banco en el fondo del parque espejando: el pecho le picaba porque se había metido entre la camisa y el pecho una nota que, como en una novela antigua, una niña descalza le había traído desde la mansión. El estilo lacónico de la cita je inducía a sospechar que se trataba de una broma humillante, y sin embargo sucumbió a la llamada y tuvo razón: un crujido de pisadas leves se destacó del monótono crujir de la noche. La llegada de Tanya, sus palabras incoherentes, su cercanía, le impactaron como un milagro; el súbito tacto íntimo de los dedos fríos de Tanya sorprendió su castidad. Una enorme luna que ascendía rápida ardía brillante entre los árboles. Entre un torrente de lágrimas y sin dejar de acariciarle ciegamente con labios que sabían a sal, Tanya le dijo que al día siguiente su madre la iba a llevar a Crimea, que todo había terminado y que ¡oh, cómo podía haber sido tan ciego! «¡No te vayas a ningún lado, Tanya!», suplicó, pero una racha de viento ahogó sus palabras y ella se puso a sollozar más violentamente todavía. Cuando ella se hubo ido corriendo, se quedó en el banco inmóvil, escuchando el zumbido de sus oídos, y después se encaminó hacia el puente por el camino rural que parecía despertar en la noche, y luego llegaron los años de guerra —su trabajo en la ambulancia, la muerte de su padre—, y después de aquello, una desintegración general de todas las cosas,

pero gradualmente la vida se fue recuperando, y hacia 1920 ya era ayudante del profesor Behr en un balneario de Bohemia y tres o cuatro años más tarde trabajaba, bajo la dirección del mismo especialista pulmonar, en Saboya, donde, un día, en algún lugar cerca de Chamonix, Innokentiy se encontró casualmente con un joven geólogo soviético; entablaron conversación y este último mencionó que fue en aquel lugar, medio siglo antes, donde Fedchenko, el gran explorador de Fergana, murió como un turista en un accidente; qué extraño (añadió el geólogo) que siempre suceda lo mismo: la muerte está tan acostumbrada a perseguir a los hombres intrépidos en las montanas y desiertos salvajes que mantiene un amago de persecución también en otras y diferentes circunstancias, sin ánimo especial de causarles el menor daño y los coge desprevenidos mientras están echando un sueño. Así perecieron Fedchenko, y Severtsev y Godunov-Cherdyntsev, así como muchos extranjeros de fama proverbial —Speke, Dumont d'Urville. Y tras unos años más dedicado a la investigación médica, lejos de las preocupaciones y de los intereses del exilio político, Innokentiy se encontraba en París por unas horas para una entrevista de trabajo con un colega, y cuando ya bajaba por las escaleras, el guante en la mano, en uno de los rellanos, se dio de bruces con una señora alta y cargada de hombros que salía del ascensor —y al instante reconoció en ella a la condesa Elizaveta Godunov-Cherdyntsev. «Claro que lo recuerdo, ¿cómo no iba a recordarle?», dijo ella, mirándole, no tanto a él, sino por encima de su hombro, como si tuviera a alguien detrás (ella era ligeramente bizca). «Entre, amigo mío», añadió, como si se hubiera recuperado de una especie de trance momentáneo, mientras le daba la vuelta con la punta del zapato al grueso felpudo, lleno de polvo para coger la llave. Innokentiy entró tras ella, atormentado por el hecho de que no podía recordar con detalle las circunstancias exactas de la muerte de su marido.

Y unos minutos más tarde Tanya volvió a casa, sus rasgos, más nítidos ahora que habían sido sometidos al buril de los años, su rostro, más menudo y sus ojos, más amables; inmediatamente encendió un cigarrillo, riéndose, y sin el menor rubor empezó a recordar aquel verano distante, mientras él no dejaba de asombrarse de que ni Tanya ni su madre mencionaran al explorador muerto y que hablaran tan tranquilamente del pasado, en lugar de romper en los sollozos horribles que él, un extraño, trataba de contener —¿es que quizá aquellas dos mujeres estaban dándole un ejemplo del dominio de las emociones propio de su clase? Muy pronto se les unió una niña pálida y de pelo moreno de unos diez años: «Esta es mi hija, ven, bonita», dijo Tanya, poniendo la colilla de su cigarrillo, ahora manchado de carmín de labios, en una concha que servía de cenicero. Entonces llegó su marido, Ivan Ivanovich Kutaysov, y la condesa, que fue a su encuentro en el cuarto de al lado, identificó a su visitante en su francés doméstico redolente de la vieja Rusia, como «*le fils du maître d'école chez nous au village*», que le llevó a Innokentiy a pensar en que Tanya una

vez, en su presencia, le dijo a una de sus amigas para que se fijara en sus manos huesudas: «*Regarde ses mains*»; y ahora, al oír el melodioso, bello ruso idiomático en el que la niña contestaba a las preguntas de Tanya, se sorprendió a sí mismo pensando, malevolente y absurdamente, ¡Ajá, ya no tienen dinero para enseñarles idiomas a los niños! —porque no se le ocurrió pensar en aquel momento y en aquellos tiempos de emigración que en el caso de una niña nacida en París y que iba a una escuela francesa, la lengua rusa representaba el mayor y el más ocioso de los lujos.

El tema de Leshino ya había dado todo de sí; Tanya, completamente confundida, insistía en que él solía enseñarle las canciones prerrevolucionarias de los estudiantes radicales, como aquella del «déspota que ofrece ricos banquetes en su palacio mientras que la mano del destino ya ha empezado a trazar las palabras del terror en los muros». «En otras palabras, nuestra primera Stengazeta» (pasquín soviético), observó Kutaysov, haciendo gala de su ingenio. Se mencionó al hermano de Tanya: vivía en Berlín, y la condesa empezó a hablar de él. De repente Innokentiy captó un hecho maravilloso: nada está perdido, nada; la memoria acumula tesoros, los secretos mejor guardados crecen en el polvo y en la oscuridad, y un día un visitante ocasional en una biblioteca de préstamo pide un libro que no ha sido solicitado en los últimos veintidós años. Se levantó de su asiento, se despidió sin que le detuvieran con excesivas muestras de entusiasmo. Qué raro que le temblaran las piernas de esa manera. Aquello era realmente una experiencia devastadora. Cruzó la plaza, entró en un café, pidió una copa, se levantó brevemente para sacar el sombrero aplastado sobre el que se había sentado. Se sentía así por varias razones. La primera de ellas, porque Tanya seguía siendo tan encantadora y tan invulnerable como lo era en el pasado.

Una belleza rusa

Olga, de quien nos vamos a ocupar inmediatamente, nació el año 1900, en el seno de una rica familia de aristócratas despreocupados. La pálida niña menuda, con su blanco traje de marinero el pelo castaño peinado con raya al lado y unos ojos tan alegres qué todo el mundo los besaba, fue considerada una belleza ya desde su infancia. La pureza de su perfil, la expresión de sus labios cerrados la seda de sus trenzas que se deslizaban a lo largo de su espalda todo en ella era encantador.

Su infancia transcurrió como una fiesta, segura y alegre, como era costumbre en nuestro país desde tiempo inmemorial. Un rayo de sol hendiendo la cubierta de un volumen de la *Bibliothèque Rose* en la mansión familiar en el campo, la clásica escarcha de los jardines públicos de San Petersburgo… Un surtido de recuerdos, como éstos, constituía su única dote cuando abandonó Rusia en la primavera de 1919. Todo sucedió de acuerdo al más puro estilo de la época. Su madre murió de tifus, su hermano fue ejecutado por el pelotón de fusilamiento. Estas frases son pura fórmula, una serie de clichés, las horribles frases habituales de toda conversación banal, pero todo eso ocurrió y ocurrió así y no hay otra forma de decirlo por lo que más vale que lo escuchéis sin mueca alguna de desprecio.

Pues bien, para seguir con la historia, en 1919, nuestra joven ya se ha convertido en una dama, de cutis pálido y rostro más bien grande cuyos rasgos no se ajustan a los cánones de una belleza regular, sin que por ello dejen de ser maravillosos. Alta, con pechos suaves, siempre lleva un jersey negro y una bufanda anudada a su blanco cuello y sostiene un cigarrillo inglés entre los alargados dedos de una mano cuya suavidad interrumpe un pequeño hueso prominente a la altura de la muñeca.

Y sin embargo hubo un tiempo en su vida, a finales de 1916 más o menos, en que no había ningún estudiante de secundaria en el lugar de veraneo próximo a la finca familiar que no planeara pegarse un tiro por su causa, ni un universitario que no hubiera… En una palabra, tenía una cierta magia que, de haber durado, habría causado… habría destrozado… Pero, por alguna razón, nada de esto se produjo. Las cosas no consiguieron llegar a buen término, o cuando lo hicieron no acabaron de materializarse en algo concreto. Le regalaron flores pero la pereza le impedía disponerlas en un jarrón; dio los consabidos paseos nocturnos con algún que otro joven, pero uno tras otro desembocaron en el callejón sin salida de un beso.

Hablaba francés muy bien, pronunciando *les gens* (los criados) para que rimara con *agence* y separando *août* (agosto) en dos sílabas (*a-ou*). Con toda inocencia traducía el término ruso *grabezhi* (robos) por les *grabuges* (peleas) y utilizaba locuciones francesas arcaicas que habían sobrevivido de alguna forma en las viejas

familias rusas, pero arrastraba las erres de forma absolutamente convincente aunque nunca había estado en Francia. En su habitación de Berlín tenía sobre su tocador una postal del retrato del zar por Serov, pinchada con un alfiler cuya cabeza era una turquesa falsa. Era religiosa, pero en ocasiones sufría algún ataque de risa en plena iglesia. Escribía versos con esa aterradora facilidad típica de las jóvenes rusas de su generación: versos patrióticos, versos humorísticos, cualquier tipo de versos.

Durante seis años más o menos, esto es, hasta 1926, residió en una pensión de la Augsburgerstrasse (no muy lejos del reloj) junto a su padre, un anciano fornido, de hombros grandes, cejas de escarabajo y bigote amarillento, que llevaba unos pantalones estrechos y muy tiesos cubriendo sus piernas larguiruchas. Trabajaba en una empresa con posibilidades, era famoso por su honestidad y amabilidad y nunca declinaba una copa.

En Berlín, Olga fue haciéndose un numeroso grupo de amigos, todos ellos jóvenes rusos. Se estableció entre ellos un cierto tono desenvuelto. «Vayamos al cinemono», o «Esa boite alemana estaba de miedo». Entre ellos hablaban una jerga moderna hecha de los dichos populares más diversos, de tópicos, clichés, imitaciones de imitaciones. «Estas chuletas son penosas.» «Me pregunto ¿quién la estará besando ahora?» O, con una voz bronca, atragantada: «*Messieurs les officiers*…».

En casa de los Zotovs, en sus habitaciones excesivamente cálidas, ella bailaba lánguida el fox-trot al ritmo del gramófono, moviendo su esbelta pierna no sin gracia y sosteniendo el cigarrillo que acababa de fumar hasta que sus ojos localizaban el cenicero giraba al ritmo de la música, y entonces apagaba en él la colilla sin perder ni un solo paso de baile al hacerlo. Con qué encanto, con qué intención conseguía llevarse el vaso de vino a los labios, bebiendo en secreto a la salud de un tercero sin dejar de mirar tras sus pestañas al que acababa de hacerle una confidencia. Cómo le gustaba sentarse en la esquina del sofá, a discutir con éste o con aquél los asuntos del corazón de alguien, las oscilaciones del azar, la probabilidad de que alguno se declarase —y todo esto subrepticiamente, mediante indirectas— y qué comprensión había en sus ojos cuando sonreía, una mirada pura de ojos abiertos, con unas pecas apenas perceptibles en la frágil y azulada piel de su contorno. Pero en cuanto a su persona, nadie se enamoraba de ella, y ésa es la razón por la que se acordaba de aquel patán que la manoseó en un baile benéfico y que después se puso a llorar sobre su hombro desnudo. El pequeño barón R. le retó a duelo pero se negó a batirse. La palabra «patán», por cierto, la utilizaba Olga constantemente y a la menor ocasión. «Semejantes patanes», decía desde el fondo de su corazón, lánguida y con un punto de afecto. «Qué patán…» «¿No encontráis que son todos unos patanes?»

Pero en el momento presente su vida se había oscurecido. Algo había terminado, la gente se levantaba ya para marcharse. ¡Qué rápido! Su padre murió, ella se mudó a otra calle. Dejó de ver a sus amigos, empezó a tejer gorros de lana a la última moda y

a dar clases baratas de francés en algún club de señoras. Y su vida se fue arrastrando de esta guisa hasta cumplir treinta años.

Todavía mantenía la misma belleza, con aquella encantadora inclinación de sus ojos separados y con aquella singularísima línea de labios en la que parecía inscrita de antemano la geometría de una sonrisa. Pero su cabello había perdido todo brillo y estaba mal cortado. Su traje de chaqueta negro había cumplido ya su cuarto año. Sus manos, cuyas uñas estaban mal arregladas aunque seguían reluciendo, se encordaban con venas y temblaban nerviosas, a causa de sus continuos cigarrillos. Y será mejor que no comentemos el estado de sus medias…

Y ahora, cuando el forro de seda de su bolso estaba hecho jirones (por lo menos le quedaba la esperanza de encontrar entre los pliegues una moneda perdida); ahora, cuando estaba tan cansada; ahora, cuando al ponerse su único par de zapatos tenía que obligarse a no pensar en las suelas, de la misma forma en que, tragándose su orgullo, cuando entraba en el estanco tenía que prohibirse a sí misma pensar en cuánto debía en aquella tienda; ahora que ya no quedaba esperanza alguna de volver a Rusia y que el odio se había convertido en algo tan habitual que había dejado de constituir un pecado; ahora que el sol se estaba poniendo tras la chimenea, Olga se veía atormentada en ocasiones por el lujo de ciertos anuncios, escritos con la saliva de Tántalo, imaginándose rica, con aquel vestido esbozado gracias a tres o cuatro líneas insolentes, en la cubierta de aquel barco, bajo aquella palmera, junto a la balaustrada de aquella terraza. Y en ese momento echaba en falta alguna que otra cosa.

Y un buen día, con tal ímpetu que casi la tira al suelo, su amiga de los viejos tiempos, Vera, se abalanzó sobre ella como un torbellino que saliera de una cabina de teléfonos, con prisa como siempre, agobiada con innumerables paquetes, con un terrier de ojos peludos cuya correa se enmarañó inmediatamente en dos vueltas en torno a su falda. Saltó sobre Olga y le imploró que fuera con ella a su villa de verano, diciendo que era el destino, que era maravilloso y qué ha sido de tu vida y que vas a tener muchos pretendientes. «No, querida, ya se me ha pasado la edad para eso», contestó Olga, «y además…». Añadió algún detalle y Vera rompió a reír, dejando que sus paquetes casi se cayeran al suelo. «No, en serio», dijo Olga con una sonrisa. Vera continuó insistiendo, tirando del terrier y sin dejar de moverse. Olga, que empezó a hablar inmediatamente con tonos nasales, tomó prestado algún dinero de su amiga.

A Vera le encantaba organizar las cosas, ya fuera una fiesta con nervio, tramitar un visado, o una boda. Y ahora emprendió con avidez la tarea de organizar el destino de Olga. «La casamentera que llevas dentro se ha despertado», le decía en broma su marido, ya mayor y del Báltico (cabeza afeitada, monóculo). Olga llegó en un día radiante de agosto. Inmediatamente la vistieron con uno de los trajes de Vera y tuvo que avenirse a que cambiaran su peinado y maquillaje. Trató de oponerse con cierta

languidez pero cedió, y ¡cómo crujían, con qué alegría, los suelos de madera en aquella villa tan alegre! ¡Cómo relucían y brillaban los pequeños espejos suspendidos en el huerto para asustar a los pájaros!

Un alemán rusificado llamado Forstmann, un viudo atlético y rico que había escrito libros sobre caza, fue a pasar un fin de semana con ellos. Hacía tiempo que venía pidiéndole a Vera que le buscase una novia, «una auténtica belleza rusa». Tenía una nariz enorme y poderosa, en cuyo puente lucía una bonita vena rosa. Era educado, silencioso, a veces incluso sombrío, pero sabía cómo establecer, de forma inmediata y sin que nadie se percatara de ello, una amistad eterna con un perro o con un niño. Cuando él llegó, Olga se puso imposible. Apática e irritable, hizo todas y cada una de las cosas que sabía eran inadecuadas. Cuando la conversación recaía sobre la vieja Rusia (Vera intentaba por todos los medios hacer que presumiera de su pasado), le parecía que todo cuanto decía sonaba a falso, que era mentira y que todo el mundo se daba cuenta de que era mentira, y consiguientemente se negó insistentemente a decir las cosas que Vera trataba de extraer de ella; se puede decir que se negó a cooperar en absoluto.

En la terraza, jugaban a las cartas, golpeando los naipes con fuerza contra la mesa. Todos salían a dar paseos juntos por el bosque, pero Forstmann conversaba sobre todo con el marido de Vera, recordando alguna broma de su juventud, los dos no dejaban de reír hasta ponerse colorados, se quedaban atrás y acababan tumbados sobre el musgo. La víspera de la partida de Forstmann, estaban jugando a las cartas en la terraza, como solían hacer por las noches. De repente, Olga sintió un espasmo imposible en la garganta. Con todo, consiguió sonreír y marcharse sin demasiada precipitación. Vera llamó a su puerta pero no le abrió. En plena noche, después de aplastar una multitud de moscas soñolientas y de fumar sin parar hasta el punto de no poder respirar, irritada, deprimida, odiando a todo el mundo y por supuesto a sí misma, Olga salió al jardín. Allí, los grillos estridulaban, las ramas se balanceaban, una manzana cayó al suelo de repente e inopinadamente con un golpe seco mientras la luna hacía gimnasia sobre la pared encalada del gallinero.

Por la mañana temprano, volvió a salir de nuevo y se sentó en el escalón del porche que ya estaba caliente. Forstmann, que llevaba una bata azul oscuro, se sentó junto a ella y, aclarándose la garganta, le preguntó si consentiría en convertirse en su cónyuge —ésa fue la palabra exacta que utilizó, «cónyuge». Cuando llegaron a desayunar, Vera, su marido y su prima soltera, en completo silencio parecía que bailaran danzas inexistentes, cada uno en su propio rincón, y Olga dijo con voz cansina aunque cariñosa: «¡Qué patanes!», y el verano siguiente murió al dar a luz.

Eso es todo. Ni que decir tiene que puede que haya alguna secuela, pero yo la desconozco. En estos casos, en lugar de vacilar haciendo todo tipo de elucubraciones, prefiero repetir las palabras del rey jovial de mi cuento favorito: ¿cuál es la flecha que

vuela para siempre? La flecha que alcanza su objetivo.

Una mala noticia [*]

Eugenia Isakovna Mints era una anciana viuda emigrada que siempre iba vestida de negro. Su único hijo había muerto el día anterior. Ella no lo sabía.

Era un día de marzo de 1935 y después de un amanecer lluvioso, una sección horizontal de Berlín se reflejaba en la otra —zigzags abigarrados se entremezclaban con texturas más planas y uniformes, etcétera. Los Chernobylskis, viejos amigos de Eugenia Isakovna, habían recibido el telegrama de París hacia las siete de la mañana, y un par de horas más tarde les había llegado una carta por correo aéreo. El jefe de la oficina de la fábrica donde Misha trabajaba les anunciaba que el desgraciado joven se había caído por el hueco de un ascensor desde el último piso y que había estado agonizando cuarenta minutos: aunque inconsciente, siguió quejándose terriblemente y de forma ininterrumpida hasta el último momento.

Mientras tanto, Eugenia Isakovna se levantó, se vistió, se echó un chal negro de lana sobre sus frágiles hombros e hizo café en la cocina. Se enorgullecía del aroma profundo, genuino de su café, sobre todo cuando lo comparaba con el de la señora del doctor Schwarz, su patrona, una «bestia tacaña, sin educar»: había pasado ya una semana desde que Eugenia Isakovna dejara de hablarle, y ésta no era su primera disputa, ni mucho menos, pero, como les dijo a sus amigos, no tenía la menor intención de mudarse a otro lugar, y ello por varias razones, con frecuencia enumeradas en demasiadas ocasiones y nunca tediosas. Gozaba de una ventaja manifiesta sobre cualquier persona con la que decidiera interrumpir cualquier relación: sencillamente, suya y tan sólo suya era la decisión de desconectar el aparato para sordos que llevaba en el oído, un chisme portátil que parecía un pequeño bolso negro.

Cuando volvía a su habitación con la cafetera, tuvo tiempo de observar el vuelo de una postal que, tras deslizarse por la ranura expresamente destinada a la correspondencia gracias al empujón amable de la mano del cartero, acabó por acomodarse mansamente en el suelo del vestíbulo. Era de su hijo, de cuya muerte acababan de enterarse los Chernobylskis por medios postales más avanzados a consecuencia de lo cual, los ojos de un observador imparcial hubieran podido comparar las letras (virtualmente inexistentes) que ella leía ahora, de pie, con la cafetera en la mano, en el umbral de su amplio e incómodo cuarto, a los rayos todavía visibles de una estrella ya apagada. *Mi querida Moolik* (el mote con que su hijo la llamaba desde su infancia), *sigo metido hasta las cejas en mi trabajo y cuando llego a casa por la noche me caigo literalmente al suelo de cansancio, y apenas salgo ni voy a ningún sitio*…

Dos calles más allá, en un piso igualmente grotesco, atiborrado de chucherías extranjeras, Chernobylski, que no había bajado a la ciudad todavía, caminaba de un cuarto a otro, un hombre grande, grueso, calvo, con inmensas cejas arqueadas y una boca diminuta. Llevaba un traje oscuro pero iba sin cuello (el cuello duro con su corbata de lazo colgaba como un yugo del respaldo de una silla del comedor) y en su deambular no dejaba de hacer gestos como de indefensión mientras decía: «¿Y cómo se lo voy a decir? ¿Cómo voy a prepararla para la noticia, si tendré que gritársela? Dios mío, qué calamidad. ¡Su corazón no lo va a aguantar, su pobre corazón!».

Su mujer lloraba, fumaba, se rascaba la cabeza a través de su ralo pelo gris, y llamaba por teléfono a los Lipshteyns, a Lenochka, al doctor Orshanski… y no se decidía a llegar la primera a casa de Eugenia Isakovna. Su inquilina, una pianista que llevaba lentes, una mujer de gran pecho, muy compasiva y con gran experiencia, aconsejó a los Chernobylskis que no se apresuraran con la noticia. «En cualquier caso será un golpe para ella, así que cuanto más tarde lo reciba, mejor.»

—Pero por otro lado —gritaba Chernobylski histérico—, ¡tampoco podemos posponerlo! ¡No podemos! Es su madre, quizá quiera ir a París… ¿quién sabe? Yo no… o acaso quiera que lo traigan aquí. ¡Pobre, pobre Mishuk, pobre chico, todavía no tenía treinta años, con toda la vida por delante! Y pensar que fui yo quien le ayudó, quien le encontró un trabajo, pensar que si no hubiera sido por ese maldito París…

—Déjalo ya, Boris Lvovich —respondió severamente la inquilina—, ¿quién lo iba a decir? ¿Qué tiene usted que ver con ello? Es cómico… En general, quiero decir, no entiendo cómo se pudo caer así. ¿Usted lo entiende?

Cuando se hubo tomado el café y fregado su taza en la cocina (sin prestar la más mínima atención a la presencia de la señora Schwarz), Eugenia Isakovna, con una bolsa negra de red, bolso y paraguas, salió a la calle. La lluvia, después de titubear un poco, había cesado. Cerró su paraguas y procedió a caminar por la acera reluciente. Andaba bien erguida en sus delgadas piernas cubiertas de medias negras, a pesar de una ligera cojera en la izquierda. Sus pies llamaban la atención por lo desproporcionadamente grandes que eran y por su forma de andar, con las puntas para afuera y como arrastrándolos. Cuando no llevaba el aparato conectado estaba absoluta, idealmente sorda, y muy sorda cuando lo llevaba conectado. Lo que ella creía que era el zumbido sordo de la ciudad no era sino el de su propia sangre, un zumbido habitual, el mar de fondo contra el que se movía sin perturbarlo el mundo que la rodeaba —los peatones de goma, los perros de algodón, los tranvías mudos—, y por encima de aquel universo, reptaba el sigiloso susurro de las nubes a través del cual se colaba el balbuceo, por decirlo de alguna manera, del tímido azul. Ella atravesaba aquel silencio general, impasible, más bien satisfecha, con su abrigo negro, embrujada y limitada por su sordera, y se fijaba en todas las cosas y

reflexionaba sobre distintos temas. Pensó que al día siguiente, festivo, fulanito vendría a verla; que debería comprar las mismas *gaufrettes* rosas de la última vez, y también *marmelad* (frutas escarchadas) en la tienda de ultramarinos rusa, y quizá una docena de pasteles en aquella pastelería pequeña donde una tiene la seguridad de que todo está recién hecho. Un hombre alto con sombrero hongo que se le acercaba caminando de frente la asustó porque a distancia (en realidad, a bastante distancia) le recordó a Vladimir Markovich Vilner, el primer marido de Ida que había muerto solo de un ataque al corazón, en un coche cama, tan triste, y al pasar por delante del relojero, se acordó de que tenía que ir por el reloj de pulsera de Misha que se le había roto en París y que le había mandado por *okaziya* (es decir, aprovechando la visita de alguien al que le cogía de camino). Entró. Los péndulos se balanceaban silenciosos, escurridizos, sin tropezar con nada, todos diferentes, todos en desacuerdo. Sacó el chisme que parecía un bolsito de su bolso grande, se lo colocó en el oído con un movimiento rápido que en tiempos fue tímido, y la conocida voz lejana del relojero le contestó —más bien empezó a vibrar—, para luego desvanecerse, y finalmente llegar hasta ella con un estampido: «*Freitag*… *Freitag*».

—Está bien, ya le oigo, el próximo viernes.

Al abandonar la tienda, volvió a aislarse del mundo. Sus ojos cansados, con unas manchas amarillentas en torno al iris (como si se les hubiera ido el color) adquirieron una vez más una expresión serena, casi alegre. Paseó por calles que sólo había llegado a conocer bien en los últimos seis años desde que se escapó de Rusia que ahora le proporcionaban el mismo entretenimiento que las de Moscú o Karkov. Miraba con aprobación a los niños, a los perros y luego empezó a bostezar mientras caminaba, afectada por la resistencia del aire de la primavera recién estrenada. Un hombre terriblemente desgraciado, con una nariz igualmente desgraciada y un horrible sombrero viejo, se cruzó con ella: el amigo de unos amigos suyos que siempre lo mencionaban y del que ya lo sabía todo —que tenía una hija medio loca, un yerno despreciable y también diabetes. Al llegar a cierto puesto de fruta (descubierto por ella la primavera pasada) compró un racimo de espléndidos plátanos; luego tuvo que esperar bastante a que llegara su turno en el colmado, sin que sus ojos abandonaran el perfil de una mujer osada que había llegado después que ella pero que sin embargo se había abierto paso hasta el mostrador: hubo un momento en el que el perfil se abrió como un cascanueces, pero en ese instante Eugenia Isakovna tomó las medidas necesarias. En la pastelería eligió sus pasteles, inclinándose, aupándose de puntillas como una niña pequeña, y sin dejar de mover aquí y allá su dubitativo dedo índice —con un agujero en la lana del guante. Apenas hubo abandonado la tienda, se quedó pasmada ante el espectáculo de unas camisas de hombre en la puerta de al lado, pero su contemplación fue interrumpida por alguien que la tomaba del brazo, madame Shuf, una señora vivaracha con un maquillaje algo exagerado; Eugenia

Isakovna se volvió y se quedó mirando al vacío, luego se ajustó su complicada máquina y sólo entonces, cuando el mundo se hubo hecho de nuevo audible, le concedió a su amiga una sonrisa de bienvenida. Había mucho ruido y mucho viento; madame Shuf se detuvo y se esforzó, con la boca, roja, toda torcida, mientras trataba de que su voz se dirigiera lo más certeramente posible a la embocadura del aparato: «¿Tiene alguna noticia de París?».

—Oh, sí, con regularidad —contestó Eugenia Isakovna suavemente, y añadió—: ¿Por qué no viene a verme, por qué nunca me llama? —y una ráfaga de dolor se enhebró en su mirada porque la bien intencionada madame Shuf le había respondido con un grito demasiado estridente.

Se despidieron. Madame Shuf, que todavía no sabía nada, se fue a casa, mientras que su marido, en la oficina, pronunciaba desmayados *Ays* y *Ohs* por el teléfono que mantenía apretado contra la cabeza que no dejaba de mover, mientras escuchaba lo que Chernobylski le decía por el teléfono.

—Mi mujer ya ha ido a su casa —dijo Chernobylski—, y yo también iré dentro de un momento, aunque por mis muertos que no sé cómo decírselo, pero mi esposa es una mujer, después de todo, y a lo mejor se las arregla para preparar el camino.

Shuf sugirió que cogieran unos trozos de papel, que escribieran en ellos, gradualmente, la mala noticia y que se los dieran a leer: «Enfermo». «Muy enfermo.» «Muy, muy enfermo.»

—Ah, yo también he pensado eso, pero tampoco lo hace más fácil. ¡Qué calamidad! ¿No crees? Joven, sano, excepcionalmente dotado. ¡Y pensar que fui yo quien le encontré aquel trabajo, yo quien le he estado ayudando con sus gastos! ¿Qué? Sí, lo entiendo perfectamente, pero, con todo, esos pensamientos me están volviendo loco. De acuerdo, nos encontraremos allí.

Finalmente, tras indecibles esfuerzos y muecas en su rostro que dejaban al descubierto sus dientes, consiguió ponerse y abrocharse el cuello duro. Suspiró al iniciar su andadura. Ya había llegado a su calle cuando la vio por detrás, caminando tranquila y confiada delante de él, con una bolsa de red repleta con sus compras. Sin atreverse a alcanzarla, aflojó el paso. ¡Quiera Dios que no se vuelva! Aquellos pies que se movían como cumpliendo con su deber, aquella espalda estrecha, que seguía sin sospechar nada. ¡Ah, cómo se doblará!

Ella no lo vio hasta que llegó a la escalera. Chernobylski se quedó callado porque observó que no llevaba puesto el aparato.

—Pero qué bien que te hayas pasado por aquí, Boris Lvovich. No, no te preocupes… Hace ya un buen rato que vengo cargando con este peso y lo puedo subir a casa; pero aguanta este paraguas si no te importa mientras abro la puerta.

Entraron. La señora Chernobylski y la pianista compasiva llevaban esperando un buen rato. Iba a comenzar la ejecución.

A Eugenia Isakovna le agradaban las visitas y sus amigos iban a verla con frecuencia por lo que no había razón alguna para asombrarse; estaba encantada, y empezó sin más dilación a trajinar demostrando así su hospitalidad. Se les hacía muy difícil captar su atención mientras corría de un lado a otro, cambiando de rumbo de forma inesperada (el plan que tenía en mente y que la llenaba de vitalidad no era otro que el de prepararles un maravilloso almuerzo). Finalmente la pianista la detuvo en el pasillo tirando de la punta del chal y los otros oyeron cómo le gritaba que nadie, nadie, entérese bien, se va a quedar a almorzar. Y entonces Eugenia Isakovna sacó los cuchillos de fruta, dispuso las *gaufrettes* en un pequeño frasco de cristal, los bombones en otro… La hicieron sentar prácticamente a la fuerza. Los Chernobylskis, su inquilina y una tal señorita Osipov, que para entonces había conseguido aparecer en la casa —una criatura diminuta, casi un duende—, todos ellos se sentaron también a la mesa ovalada. De esta forma se consiguió al menos un cierto orden, un cierto concierto.

—Por Dios, Boris, empieza de una vez —le suplicaba su mujer, ocultando sus ojos de la mirada de Eugenia Isakovna, quien había empezado a examinar con detenimiento los rostros que la rodeaban, sin interrumpir, por eso, el suave fluir de sus palabras cariñosas, patéticas, absolutamente indefensas.

—*Nu, chtoya mogu!* (¡Bueno, y qué puedo hacer yo!) —exclamaba Chernobylski, que se había levantado de un salto y paseaba por la habitación.

Sonó el timbre de la puerta y la patrona, solemne, con su mejor vestido, abrió la puerta a Ida y a la hermana de Ida: sus caras lívidas y terribles expresaban una especie de avidez reconcentrada.

—Todavía no lo sabe —les dijo Chernobylski; se desabotonó los tres botones de su americana para inmediatamente volvérselos a abotonar.

Eugenia Isakovna enarcó las cejas sin perder la sonrisa en sus labios, les dio la mano a sus nuevas visitas y se volvió a sentar, enfocando seductoramente el pequeño aparato que tenía ante sí, sobre el mantel, ora hacia un invitado, ora hacia otro, pero los sonidos se resbalaban, los sonidos se perdían. De repente entraron los Shufs, luego el cojo Lipshteyn con su madre, luego los Orshanskis, y Lenochka y (de casualidad) la anciana señora Tomkin —y todos se pusieron a hablar entre sí, cuidando de que sus conversaciones no la alcanzaran, aunque en realidad lo que hicieron fue agruparse a su alrededor en pequeños y tristes grupos, un tanto agobiantes, y alguien ya había ido hasta la ventana donde se había puesto a temblar y a suspirar, y el doctor Orshanski, que estaba sentado junto a ella en la mesa, examinaba con atención una *gaufrette*, y buscaba otra igual, como si fuera el dominó, para ponerla a su lado, y Eugenia Isakovna, perdida la sonrisa y en su lugar una expresión parecida al rencor, seguía enfocando su aparato hacia sus invitados —y el gimiente Chernobylski rugía desde una esquina distante: «¡Pero qué es lo que hay que

explicar…! ¡Está muerto, muerto, muerto!» pero a ella ya le dio miedo mirar hacia él.

Humo tórpido [*]

Cuando los faroles suspensos en el crepúsculo se iluminaron, prácticamente al unísono, a lo largo de la plaza Bayerische, todos los objetos de la habitación hasta entonces a oscuras experimentaron una ligera variación ante la presencia de los rayos externos, que comenzaron su labor tomando, por así decirlo, una fotografía de los meandros que trazaba el encaje de los visillos de la ventana. Él (un joven de miembros esbeltos y poco pecho, con unas lentes que brillaban en la oscuridad) llevaba en posición supina unas tres horas, con un breve intervalo en el que se levantó para tomar su cena, la cual había transcurrido en un silencio misericordioso: su padre y su hermana, tras otra de sus habituales peleas, se habían puesto a leer en la mesa. Drogado por aquella sensación prolongada de agobio que conocía tan bien, estaba tendido contemplando la nada a través de sus largas pestañas, y cada línea, cada borde o contorno e incluso cada sombra de cada borde se transformaba ante sus pupilas en un horizonte marino o en una franja de tierra remota. Tan pronto como sus ojos se hubieron acostumbrado a la mecánica de tamañas metamorfosis, éstas empezaron a producirse espontáneamente (de la misma forma en que las piedrecillas cobran vida a espaldas del brujo que inició el proceso), de modo que en aquel momento, en cualquier lugar del cosmos de la habitación, cobraba forma una perspectiva ilusoria, un milagro remoto fascinante en su gráfica transparencia y en su aislamiento: una extensión de agua, digamos, un promontorio negro con la silueta minúscula de una araucaria.

A intervalos, le llegaban retazos indistintos y lacónicos de una conversación que tenía lugar en la sala de estar adyacente (la cavernosa pieza central de los pisos burgueses que las familias de exiliados rusos solían alquilar en Berlín en aquellos días), separado de su habitación por unas puertas correderas, a través de cuyos cristales esmerilados lucía amarillenta la lámpara del techo, mientras que desde más abajo se transparentaba, como en aguas profundas, el respaldo oscuro y difuso de una silla apoyada en la puerta para impedir la natural tendencia de sus hojas a irse abriendo despacio en una sucesión de pequeñas sacudidas. En aquel cuarto de estar (probablemente en el diván del extremo opuesto) estaba su hermana con su novio y, a juzgar por las misteriosas pausas, que se resolvían con una ligera tos o con una tierna risilla inquisitiva, los dos se estaban besando. Se oían asimismo otros ruidos procedentes de la calle: el ruido de un coche se enroscaba en espiral ascendente como una columna de humo que culminara en el capitel de una bocina al llegar al cruce; o, viceversa, se oía en primer lugar el bocinazo, seguido del rugido de un motor que se iba aproximando y al que contribuía con todo su esfuerzo el temblor de las hojas de la

puerta.

Y de la misma forma en que la luminosidad del agua y cada uno de sus movimientos atraviesan el cuerpo de la medusa, así también todo aquello atravesaba su más íntimo ser, y aquella sensación de fluidez se transfiguraba en algo parecido a una visión interna. Mientras yacía tumbado en el sofá, se sintió transportado por la corriente de sombras y, simultáneamente, acompañaba a una serie de pasajeros distantes, y visualizaba tanto la superficie de la acera que tenía ante sus ojos (con la precisión exhaustiva de la visión de un perro), como el diseño de las ramas vacías contra un cielo que seguía siendo del mismo color, o incluso la alternancia de los escaparates de las tiendas: el maniquí de una peluquería, que apenas sobrepasaba en desarrollo anatómico a la reina de corazones; la exhibición de distintos modelos en una tienda de marcos, con paisajes que representaban páramos púrpura y la inevitable *Inconnue de la Seine*, tan popular en el Reich, entre numerosos retratos del Presidente Hindenburg; y a continuación una tienda de lámparas con todas las bombillas encendidas, de tal forma que uno no podía evitar preguntarse cuál de ellas sería la luz de diario que utilizarían en la propia tienda.

Y de repente se le ocurrió, mientras se reclinaba como una momia en la oscuridad, que todo aquello era bastante raro —su hermana podía pensar que no estaba en casa, o que la estaba espiando. Moverse le resultaba, sin embargo, increíblemente difícil; difícil, porque la forma misma de su ser había ya perdido todas sus marcas distintivas, todos sus límites fijos. Por ejemplo, la calzada que había al otro lado de la casa podía muy bien ser su propio brazo, mientras que la larga nube esquelética, que se extendía por el cielo entero con un escalofrío de estrellas al este, podría muy bien ser su columna vertebral. Ni la oscuridad a rayas de su habitación ni el cristal de la puerta del cuarto de estar, que se había transmutado en mares nocturnos que brillaban con ondulaciones doradas, le ofrecían un método fiable para medirse y circunscribirse; sólo encontró una forma de hacerlo cuando, en un espasmo de agilidad, la punta táctil de su lengua, retorciéndose dentro de la boca (como apresurándose a comprobar medio dormida si todo seguía bien), palpó, con la consiguiente preocupación, un trozo de materia extraña, un hilo de ternera hervida firmemente asentado entre sus muelas; y se puso a pensar en las muchas veces que a lo largo de los últimos diecinueve años, se había transformado aquella mansión invisible, y sin embargo tangible, donde se alojaban las muelas, y a la que la lengua se acostumbraba hasta que aparecía una caries, dejando un gran hueco que pronto tendría que ser de nuevo rellenado.

Y al llegar aquí se sintió incitado a moverse, no tanto por el silencio abiertamente vergonzante de detrás de la puerta, sino por la urgencia de buscar un pequeño instrumento puntiagudo y eficaz que ayudara a la lengua en su trabajo solitario y ciego. Se estiró, alzó la cabeza y dio la luz junto al sofá, restaurando así por completo

su imagen corpórea. Se vio a sí mismo (las lentes, el bigote estrecho y oscuro, la piel estropeada de su frente) con la misma repugnancia absoluta que siempre experimentaba cuando volvía de nuevo a su cuerpo desde una de sus lánguidas ensoñaciones que tanto le prometían… ¿qué prometían? ¿Qué forma tomaría finalmente aquella fuerza que oprimía y jugaba con su espíritu? ¿Dónde tenía su origen, aquella cosa que crecía en mí? Mi día había sido, en su mayor parte, como todos los demás —universidad, biblioteca pública—, pero luego, cuando tuve que emprender aquella caminata hasta la casa de los Osipovs con el recado de mi padre, vi el tejado mojado de aquella taberna al borde de un solar vacío, y el humo de la chimenea abrazado al tejado, reptando hacia abajo, lleno de humedad, saciado de humedad, soñoliento, negándose a alzar el vuelo, negándose a desprenderse de su querido abandono y podredumbre y entonces, justo entonces, fue cuando sentí aquel escalofrío de emoción, justo entonces.

Bajo la lámpara de mesa brillaba un cuaderno de ejercicios encuadernado en hule y junto al mismo, en el secante jaspeado de tinta, había una cuchilla con los orificios oxidados. La luz iluminaba asimismo un imperdible. Lo abrió, y siguiendo las direcciones más bien confusas de su lengua, se quitó el trozo de carne, se lo tragó —mejor eso que cualquier delicadeza; después, el órgano, satisfecho, se calmó.

De repente, una mano de sirena vino a posarse desde el exterior en el cristal esmerilado de la puerta: las hojas se abrieron entonces espasmódicamente y entre las mismas apareció la cabeza desgreñada de su hermana.

—Grisha, mi amor —dijo—, sé un ángel y pídele cigarrillos a papá.

Él no contestó, y los párpados aterciopelados de su hermana se cerraron un tanto (ella veía mal sin sus gafas de concha), mientras intentaba adivinar si su hermano estaba o no estaba dormido en el sofá.

—Tráemelos, Grishenka —repetía, cada vez con más mimo en sus palabras—. ¡Por favor! No quiero pedírselos yo después de lo que pasó ayer.

—A lo mejor yo tampoco —dijo.

—Anda, date prisa —dijo su hermana con ternura—, ¡vamos, Grisha, por favor!

—Está bien, ya voy —dijo por fin, y ella juntando con cuidado las dos hojas de la puerta, desapareció tras el cristal.

El volvió a examinar su isla iluminada, y recordó con un atisbo de esperanza que había puesto en algún lugar un paquete de cigarrillos que un amigo se dejó olvidado una noche. El reluciente imperdible había desaparecido, mientras que el cuaderno estaba medio abierto en posición distinta (como las personas que cambian de posición mientras duermen). Quizá, entre dos de mis libros. La luz alcanzaba apenas los dorsos de los libros en las estanterías encima de la mesa. En su mayor parte eran basura de diversa índole (predominantemente) y manuales de economía política (yo quería algo distinto, pero al final ganó mi padre); había también algunos de mis libros

favoritos que en una u otra ocasión habían aliviado mi corazón: la colección de poemas de Gumilyov, *Shatior (La Tienda), Sestra Moya Zhizn (Vida, mi hermana*) de Pasternak, *Vecher u Kler (Una noche en casa de Clara*) de Gazdanov, *Le Bal du Comte d'Orgel* de Radiguet, *Zashchita Luzhina* (*La defensa*) de Sirin, *Las doce sillas* de Ilf y Petrov, Hoffmann, Hölderlin, Baratynski y una vieja guía rusa. De nuevo aquel *choque* suave y misterioso. Escuchó. ¿Se repetiría aquella emoción? Su mente estaba en un estado de tensión extrema, todo pensamiento lógico se había desvanecido, y cuando volvió en sí de su trance, le llevó algún tiempo acordarse de por qué estaba allí de pie junto a las estanterías manoseando los libros. El paquete azul y blanco que había insertado entre las cubiertas del profesor Sombart y Dostoievski resultó estar vacío. Bueno, tenía que hacerlo, no había otra salida. Existía, sin embargo, otra posibilidad.

Con unas zapatillas viejas y los pantalones caídos, desganado y sin apenas hacer ruido, salió de su habitación arrastrando los pies hasta el vestíbulo y buscó el interruptor. En la consola bajo el espejo, junto a la elegante gorra del invitado, se había quedado olvidado un trozo de papel arrugado; el envoltorio de unas rosas, libres ya en su lugar de destino. Registró en el abrigo favorito de su padre, introduciendo unos dedos temerosos en el insensato universo de un bolsillo ajeno, pero no encontró allí el paquete sobrante que había esperado obtener, sabiendo como sabía la providencia más bien pesada de su padre. Nada que hacer, tengo que ir a pedírselo.

Y al llegar aquí, en un punto indeterminado de su itinerario sonámbulo, entró de nuevo en una zona de niebla, y esta vez la renovada vibración de su interior poseía tanta fuerza y, sobre todo, era tanto más vivida que cualquiera de las percepciones externas, que no identificó inmediatamente como suyos los confines y la envergadura de aquel joven encorvado de pálidas mejillas sin afeitar, con aquella oreja roja que se deslizaba sin el menor ruido por delante del espejo. Recuperó su propio ser y entró en el comedor.

Allí, en la mesa que, hacía mucho rato, antes de irse a la cama, había puesto la doncella para la cena, estaba su padre: con uno de los dedos se rascaba su barba negra con incipientes canas; entre el índice y el pulgar de la otra mano sostenía unos quevedos agarrándolos de las pinzas; estaba estudiando un gran plano de Berlín cuyas esquinas se doblaban. Unos días antes, en casa de unos amigos, se había producido una discusión apasionada al más puro estilo ruso acerca de cuál era el camino más corto para ir desde cierta calle a otra (ninguna de las cuales, por cierto, era frecuentada por los que intervenían acalorados en la discusión) y ahora, a juzgar por la expresión de extrañeza y desagrado que mostraba el rostro inclinado de su padre, con aquellos dos ochos rosados flanqueando su nariz, resultó que el viejo estaba equivocado.

—¿Qué pasa? —preguntó, alzando la vista hasta su hijo (con la secreta esperanza, quizá, de que yo me sentara, le quitara la funda a la tetera y sirviera una taza para él y otra para mí)—. ¿Cigarrillos? —siguió sin perder el tono inquisitivo de su voz, al darse cuenta de la dirección que había tomado la mirada de su hijo; éste había comenzado a caminar por detrás de su padre para coger el paquete que estaba en el extremo más alejado de la mesa, pero ya su padre se lo estaba alcanzando, lo cual produjo una momentánea confusión de movimientos.

—¿Se ha ido ya ése? —fue la tercera pregunta.

—No —dijo el hijo, tomando un puñado sedoso de cigarrillos.

Al salir del comedor observó que su padre se volvía completamente sin levantarse de la silla para contemplar de frente el reloj de pared, como si éste hubiera dicho algo, y luego empezó a volver a su posición original, pero entonces la puerta que yo estaba entornando se cerró, y no vi el resto de lo que pasaba en aquel cuarto. No vi cómo acababa aquello, tenía otras cosas en la mente, pero también eso, y los mares lejanos de hacía un momento, y el rostro todo ruborizado de mi hermana y el rugido confuso del borde circular de la noche transparente, todo, de alguna manera, contribuía a completar lo que ahora acababa de tomar forma. Con una claridad aterradora, como si mi alma hubiera sido iluminada por una explosión silenciosa, vislumbré un recuerdo futuro; me sobrevino la certeza de que de la misma forma exacta en la que yo recordaba aquellas imágenes del pasado como la de mi madre con una expresión lacrimosa llevándose las manos a las sienes cuando nuestras trifulcas en las comidas elevaban demasiado el tono, así un día futuro yo habría de recordar, con despiadada claridad, irreparable, el aspecto herido de mi padre mientras se inclinaba sobre aquel mapa roto, demorándose, con su chaqueta de estar en casa cubierta de cenizas y de caspa; y todo ello se entreveraba creativamente con la visión reciente del humo azulado colgándose de las hojas muertas en un húmedo tejado.

A través de una grieta entre las hojas de la puerta, sin ser vistos, unos ávidos dedos cogieron los cigarrillos que tenía en la mano y de nuevo se vio tumbado en el sofá, pero la languidez de antes se había esfumado. Enorme, viva, una línea métrica se extendía y se doblaba; al doblarse surgía deliciosa, cálida, una rima, y al adquirir fuerza y brillo, aparecía, como la sombra en la pared cuando se asciende por la escalera con una vela, la silueta móvil de otro verso.

Ebrio con la música italianizante de la aliteración rusa, con el deseo de vivir, la tentación nueva de palabras obsoletas (el moderno *bereg* convirtiéndose en *breg*, una «costa» lejana, *holod* en *hlad*, un término más clásico para «escalofrío», *veter* en *vetr*, un bóreas mucho mejor), poemas pueriles, perecederos, que, para cuando aparecieran los siguientes, se habrían marchitado con toda certeza, como se habían ido marchitando uno a uno todos los anteriores escritos en el cuaderno negro; pero no importa: en este momento confío en las cautivadoras promesas del verso que todavía

respira, que todavía se mueve, mi rostro está húmedo de lágrimas, mi corazón estalla de felicidad y sé que esta felicidad es lo más grande que existe en esta tierra.

Reclutando a un cómplice [*]

Era viejo, estaba enfermo y nadie le necesitaba en el mundo. En lo que a pobreza se refiere, Vasiliy Ivanovich había alcanzado el punto en el que un hombre ya no se pregunta de qué va a vivir mañana sino que se limita a asombrarse de que haya conseguido sobrevivir al día anterior. En cuanto a fidelidades personales, no había nada ni nadie en la tierra que le importara aparte de su enfermedad. Su hermana mayor, soltera, con la que había emigrado de Rusia a Berlín en los años veinte, había muerto diez años atrás. Ya no la echaba de menos, en su lugar se había acostumbrado a un vacío conformado a su imagen y semejanza. Aquel día, sin embargo, en el tranvía, cuando volvía del cementerio ruso, adonde había ido para asistir al funeral del profesor D., reflexionaba con un desánimo estéril sobre el estado de abandono en el que había caído su tumba; la pintura de la cruz se había pelado en varios lugares, apenas se distinguía el nombre bajo la sombra del tilo que se deslizaba por encima, borrándolo. Al funeral del profesor D. acudieron una docena más o menos de viejos emigrados resignados ya, unidos por la vergüenza de la muerte y por su vulgar igualitarismo. Como suele ser habitual en estos casos se mantuvieron de pie, ya solos o en parejas, como heridos y expectantes ante un dolor inesperado, mientras el humilde ritual, interrumpido por la agitación secular de las bayas y las ramas que los cubrían, seguía su curso. El calor del sol era insoportable, especialmente para un estómago vacío; sin embargo, por mor de la decencia, se había puesto un abrigo para ocultar la ruindad de su raído traje. Y aunque había conocido bastante al profesor D. y trataba de mantener incólume en su mente la amable imagen del difunto, aquel cálido y alegre viento de julio intentaba por todos los medios rizar y romper la imagen y llevársela consigo, pero sus pensamientos, sin embargo, insistían en deslizarse hasta aquel rincón de su memoria en que, con una persistencia inalterada por el tiempo, su hermana retornaba de facto del país de los muertos, pesada y corpulenta como él, con gafas de la misma graduación sobre su nariz más bien masculina, enorme, rubicunda y aparentemente cubierta de barniz, vestida con una chaqueta gris como la que hasta el presente llevan las damas rusas que se dedican activamente a la política: un alma espléndida, espléndida, que vivió, al menos eso parecía, sabia, poderosa, activamente pero que, curiosamente, revelaba al mismo tiempo maravillosos paisajes de melancolía que sólo él discernía y por los que, en última instancia, la amaba tanto.

Entre el gentío anónimo del tranvía berlinés, viajaba otro viejo refugiado que no se apeó hasta el final del trayecto, un abogado ya jubilado, que también regresaba, como yo, del cementerio y que, también como yo, no le era ya útil a nadie, salvo a

mí. Vasiliy Ivanovich, que apenas lo conocía, trató de decidir si iniciar una conversación con él, en el caso de que el bullicio y el agobio del interior del tranvía les concediera la posibilidad de establecer contacto; el otro, mientras tanto, permanecía pegado a la ventana, observando las evoluciones de las calles con una expresión irónica en su muy descuidado rostro. Finalmente (y ése precisamente fue el momento concreto que yo capté, después del cual no dejé que mi recluta se perdiera de vista), V. I. se bajó y, como era corpulento y torpe, el revisor le ayudó a descender con esfuerzo hasta la isleta de piedra de la parada. Una vez en tierra, aceptó con gratitud exenta de apresuramiento que el revisor le devolviera su brazo, que había estado sosteniendo desde arriba asiéndolo por la manga. Luego empezó a mover los pies lentamente, se dio la vuelta y mirando en torno suyo preocupado, se dirigió al asfalto con la intención de cruzar la peligrosa calle en dirección a un parque público.

Cruzó sin problemas. Un poco antes, cuando en el cementerio el trémulo y anciano cura propuso, según el ritual, que el coro cantara por la memoria eterna del difunto, le llevó tanto tiempo y tanto esfuerzo a V. I. arrodillarse, que la plegaria musical ya había terminado para cuando consiguió que sus rodillas se comunicaran con el suelo, sin que después consiguiera levantarse de nuevo; el viejo Tihotsky le ayudó a incorporarse de la misma manera que el revisor del tranvía le acababa de ayudar a bajar. Estas impresiones gemelas contribuyeron a acrecentar en él un sentimiento de fatiga inusual que, sin duda, no era sino una premonición de la fatiga última, sin que por eso dejara de resultarle agradable de alguna manera y, después de decidir que, en cualquier caso, era todavía demasiado temprano para encerrarse ya definitivamente en su casa, con aqueja gente aburrida que eran sus caseros, V. I. eligió un banco para sentarse y despacio, sin ceder a la fuerza de la gravedad hasta el último momento, finalmente se sentó vencido.

Me gustaría entender, sin embargo, de dónde procede esa felicidad, ese espasmo de felicidad, que inmediatamente transforma nuestra alma en algo inmenso, transparente y precioso. Después de todo, pensad simplemente que aquí tenemos a un hombre viejo y enfermo que ya lleva consigo la marca de la muerte; ha perdido todo lo que ama: a su mujer que, cuando todavía estaban en Rusia, le abandonó por el doctor Malinovski, el famoso reaccionario; el periódico donde V. I. trabajaba; su lector, amigo y su tocayo, el querido Vasiliy Ivanovich Maler, torturado hasta la muerte por los Rojos en los años de la guerra civil; su hermano, que murió de cáncer en Kharbin; y su hermana.

Una vez más pensó con desánimo en la borrosa cruz de su tumba, que ya se adentraba en los yermos de la naturaleza; debían de haber pasado ya unos siete años más o menos desde que dejó de preocuparse de la misma y la abandonó a su suerte. Con una nitidez increíble V. I. se imaginó de repente a un hombre que su hermana había amado —el único hombre que ella amara nunca—, un personaje del tipo de

Garshin, un hombre fascinante, medio loco, tuberculoso, con una barba negra como el carbón y ojos de gitano, que se pegó un tiro inesperadamente por otra mujer: la sangre en la pechera, aquellos pies tan pequeños enfundados en sus elegantes zapatos. Luego, sin que mediara conexión alguna, vio a su hermana de colegiala, con su nuevo peinado, cortado al cero después de que enfermara de tifus, cuando le explicaba, sentados los dos en el otomán, un complicado sistema de percepción táctil que ella había diseñado, de forma que su vida se había vuelto una preocupación constante por mantener un misterioso equilibrio entre los distintos objetos: tocar una pared al pasar, un golpe deslizante con la palma de la mano izquierda y luego con la de la derecha, como si al sumergir las manos en la sensación del objeto, se limpiaran, y estuvieran en paz con el mundo a la vez que se reflejaban en él; posteriormente ella se empezó a interesar fundamentalmente en cuestiones feministas, organizó farmacias femeninas de diversos tipos y adquirió un miedo desmedido a los fantasmas porque, como ella decía, no creía en Dios.

Así, después de perder a su hermana, a la que había amado con una ternura especial por las lágrimas que derramaba por las noches; de vuelta del cementerio, donde la ridícula fantochada de las paletadas de tierra había hecho revivir aquellos recuerdos; pesado, débil y torpe hasta el punto de no poder levantarse después de arrodillarse ni tampoco descender del andén del tranvía (el caritativo revisor había tenido que inclinarse con las manos extendidas —y uno de los pasajeros también había ayudado, creo); cansado, solo, gordo, avergonzado, mostrando en su persona todos y cada uno de los nimios detalles que corresponden a una modestia antigua, su ropa interior remendada, sus pantalones viejos, su persona toda, descuidada, su enorme corpulencia andrajosamente vestida, no amada por nadie, a pesar de todo ello, V. I., sin embargo, se encontró preso de una especie de alegría casi indecente de origen desconocido, que, más de una vez en el curso de su larga y más bien ardua vida, le había sorprendido cuando le atacaba intempestivamente. Se quedó sentado inmóvil, descansando las manos (que sólo movía ocasionalmente para abrir los dedos) en el arco de su bastón y con los muslos abiertos de forma que la base circular de su estómago, enmarcada por la abertura de su abrigo desabrochado, reposara sobre el borde del banco. Las abejas se entretenían atendiendo al tilo en flor que le cubría con sus hojas; en su denso y festivo follaje flotaba un aroma meloso, oscuro, mientras que abajo, a su sombra, a lo largo de la acera, se encontraban los restos amarillos vivos de las flores de lima que parecían estiércol de caballo. Una manguera roja y mojada cruzaba todo el césped en el centro de un pequeño jardín público y, un poco más lejos, brotaba agua radiante de su boca, con una iridiscencia fantasmal en el aura de sus rayos de agua. Entre algunos matojos de espino y unos baños públicos que parecían un chalet suizo, se divisaba una calle color gris de paloma; allí una columna Morris cubierta de carteles se erguía como un arlequín gordo, y por delante pasaba

tranvía tras tranvía con un quejido y un lamento herrumbroso.

Yo había visto mil veces este pequeño jardín urbano, estas rosas, este verdor, mil veces, en todas sus sencillas transformaciones, y sin embargo, cada vez que él y yo participábamos en ataques de felicidad semejantes volvía a lucir de nuevo con toda novedad y vitalidad como si participara de algún modo en nuestro destino personal. Un hombre que llevaba un periódico ruso local se sentó en el mismo banco azul oscuro, cálido, hospitalario, indiferente. Me resulta difícil describir a este hombre y además sería inútil ya que un autorretrato raras veces resulta bien, porque siempre permanece una cierta tensión en la expresión de los ojos —el encanto hipnótico del indispensable espejo. ¿Por qué decidí que el hombre junto al que me había sentado se llamaba Vasiliy Ivanovich? Bueno, porque esa mezcla de nombre propio y apellido es como una butaca y el era amplio y suave, con un rostro grande y confortable, y se sentó, con las manos apoyadas en el bastón, cómodo e inmóvil; sólo se movían las pupilas de sus ojos, de aquí a allá, detrás de sus gafas, desde una nube que viajaba en una determinada dirección hasta un camión que viajaba en la dirección contraria, o desde un gorrión hembra que alimentaba a sus crías sobre el asfalto hasta el movimiento intermitente, espasmódico de un pequeño automóvil de madera del que tiraba con una cuerda un niño que se había olvidado por completo de él (ya está… se había caído de lado, pero sin embargo seguía avanzando). La necrológica del profesor D. ocupaba un lugar prominente en el periódico y así es cómo, en mi prisa por concederle a la mañana de V. I. un cierto ambiente lo más triste y típico posible, conseguí prepararle aquel viaje al cementerio aunque el periódico decía que la fecha del entierro se anunciaría debidamente; pero, repito, yo tenía prisa y deseaba de verdad que hubiera estado en el cementerio porque era exactamente el tipo de hombre que se ve en las ceremonias rusas en el extranjero, de pie a un lado, por así decir, pero enfatizando con ello la naturaleza habitual de su presencia allí; y, como había algo en la suavidad de los rasgos de su rostro recién afeitado que me recordaba a una dama moscovita que se dedicaba a la política y que se llamaba Anna Aksakov, a la que recuerdo desde su niñez (era pariente lejana mía) con una minuciosidad de detalle inadvertida pero no por eso menos exacta, la convertí en su hermana, y todo ello sucedió a una velocidad vertiginosa, porque por encima de todo y costara lo que costara yo tenía que tener a alguien como él en un episodio de una novela sobre la que llevo trabajando desde hace más de dos años. ¿Qué me importaba a mí que este viejo anciano, al que vi por primera vez cuando lo bajaban del tranvía, y que ahora estaba sentado junto a mí, fuera o no fuera ruso? ¡Me gustaba tanto! ¡Daba tanto de sí! Gracias a una inesperada combinación de distintas emociones sentía que estaba infectando a aquel extraño con la llameante ardiente felicidad creativa que recorre como un escalofrío la piel del artista. Deseaba que, a pesar de su edad, de su indigencia, del tumor de su estómago, V. I. pudiera compartir la terrible energía de mi

felicidad, redimiendo su ilegalidad con su complicidad, de manera que dejara de ser una sensación única, la más rara de las variedades de la locura, un arco iris monstruoso que se erguía apoyado en los límites de mi ser y que al menos fuera accesible a dos personas, convirtiéndose en su tema de conversación, adquiriendo así derecho a tener una existencia rutinaria de la que mi felicidad salvaje, asfixiante, se vería carente si no fuera por él. Vasiliy Ivanovich (insistí en llamarle así) se quitó el sombrero negro, no como si se quisiera refrescar la cabeza sino con la intención precisa de saludar mis pensamientos. Se rascó lentamente la coronilla; las sombras de las hojas del tilo cruzaban por las venas de su mano grande y luego se detenían sobre su cabello grisáceo. Con la misma lentitud, volvió la cabeza hacia mí, miró mi periódico de exiliados, mi cara que había adoptado la expresión de un lector, se volvió majestuosamente y se puso el sombrero de nuevo.

Pero ya era mío. Con esfuerzo, se levantó, se enderezó, cambió el bastón de mano, dio un paso corto, dubitativo y luego, tranquilamente, se fue, para siempre, si no estoy equivocado. Sin embargo, se llevó consigo, como la plaga, una enfermedad extraordinaria, porque estaba ya sacramentalmente unido a mí, condenado a aparecer un momento al final de un cierto capítulo, al llegar una determinada frase.

Mi representante, el hombre del periódico ruso, estaba ahora solo en su banco y, conforme se movía en dirección a la sombra en la que hasta hace un momento había estado sentado V. I., el mismo frío dibujo del tilo que había ungido a su predecesor erizaba ahora las olas de su frente.

Un jirón de vida [*]

En la habitación contigua, Pavel Romanovich se desternillaba de risa, mientras contaba cómo le había abandonado su mujer.

Yo no podía soportar el ruido de aquella risa horrible y, sin siquiera consultar con mi espejo, tal y como estaba —con aquel traje todo arrugado con el que me había echado una perezosa siesta después del almuerzo, y sin duda todavía con las marcas de la almohada en la mejilla—, me dirigí a la habitación contigua (el comedor de mi casero), donde interrumpí la siguiente escena: mi casero, un individuo llamado Plekhanov (sin relación alguna con el conocido filósofo social), escuchaba solícito, enfrascado en llenar unos cigarrillos rusos con un inyector de tabaco, mientras Pavel Romanovich caminaba sin cesar en torno a la mesa, con un rostro que era una pura pesadilla, cuya palidez parecía extenderse por su cabeza entera, habitualmente bien parecida y rasurada: un tipo de limpieza muy específicamente ruso, que de ordinario te lleva a pensar en la tropa de un batallón de limpios ingenieros, pero que en el momento presente recordaba algo maligno, algo tan aterrador como el cráneo de un criminal.

Había venido, en realidad, con la esperanza de encontrar a mi hermano, que justamente acababa de marcharse, pero esa circunstancia no pareció importarle demasiado: su dolor tenía que encontrar sus palabras y su interlocutor: y lo encontró, un interlocutor bien dispuesto, en este personaje más bien antipático al que apenas conocía. Se reía, pero sus ojos contradecían sus carcajadas cuando contaba cómo su mujer había ido recogiendo sus cosas por todo el piso, cómo se había llevado sus gafas favoritas sin darse cuenta, cómo todos los parientes de su mujer estaban al corriente de lo que pasaba mientras él seguía en la inopia, cómo se había puesto a pensar que…

—Sí, una cuestión interesante —continuó, dirigiéndose ahora directamente a Plekhanov, un viudo temeroso de Dios (porque sus palabras hasta entonces habían sido más o menos una especie de arenga dirigida al espacio)—, una cuestión interesante, considerar. ¿Qué pasará en el más allá… vivirá entonces conmigo o con ese cerdo?

—Vayamos a mi habitación —dije en mi tono de voz más cristalino, y sólo entonces se dio cuenta de mi presencia. Yo me había quedado apoyada desmayadamente contra una esquina del aparador oscuro, que parecía fundirse con mi diminuta figura enfundada en un traje negro, sí, llevo luto, por todo el mundo, por todas las cosas, por mí misma, por Rusia, por los fetos que me han arrancado de mis entrañas. Él y yo pasamos a la habitación diminuta que yo alquilaba: apenas podía

acomodar un sofá absurdamente grande cubierto de seda y junto a él, la mesa auxiliar donde se apoyaba una lámpara cuya base era una verdadera bomba de cristal grueso llena de agua —y en aquel ambiente de privada intimidad Pavel Romanovich se convirtió inmediatamente en un hombre diferente.

Se sentó en silencio, frotándose los ojos inflamados. Yo me acurruqué a su lado, acomodé unos cojines y me perdí en mis pensamientos, pensamientos femeninos que surgen cuando apoyamos la cabeza en la mano, y me puse a observarle, su cabeza turquesa, sus hombros poderosos, más bien hechos para enfundarse una casaca militar que la americana cruzada que llevaba. Le contemplaba y al hacerlo me asombraba al pensar cómo podía haberme vuelto loca por aquel tipo bajito, corpulento, de rasgos anodinos (excepto por los dientes… ¡Dios mío, qué dientes tan hermosos!); y sin embargo estuve loca por él apenas hace ahora dos años, al comienzo de mi vida de expatriada en Berlín, en una época en la que él sólo pensaba en casarse con su diosa —¡y qué loca estuve, cuánto lloré por él, y cómo me perseguía y dominaba mis sueños aquella delgada cadenilla de acero que él llevaba en la muñeca!

Sacó del bolsillo del pantalón su enorme pitillera de «batalla» (como él decía). Moviendo la cabeza abatido, empezó a dar golpecitos contra su tapa con el extremo sin filtro de su cigarrillo ruso varias veces, muchas más de lo que era habitual en él.

—Sí, María Vasilevna —dijo finalmente entre dientes mientras encendía el cigarrillo, arqueando con fuerza sus cejas triangulares—. Sí, nadie habría podido predecir semejante cosa. Yo creía en esa mujer, creía con toda mi fe, tenía una confianza absorta en ella.

Tras su reciente ataque de locuacidad repentina, se respiraba ahora una tranquilidad inquietante. Se oía el golpeteo de la lluvia contra el alféizar de la ventana, el clic del inyector de Plekhanov, los gemidos de un viejo perro neurótico encerrado en la habitación de mi hermano al otro lado del pasillo. No sé por qué —bien porque el tiempo estuviera tan gris, o quizá porque el tipo de desgracia que le había sucedido a Pavel Romanovich exigiera cierto tipo de reacción en el mundo circundante (disolución, eclipse)—, pero yo tenía la impresión de que era ya tarde, de que la noche se había echado encima, aunque en realidad eran sólo las tres de la tarde y yo tenía todavía que ir a la otra punta de Berlín para hacer un recado que mi encantador hermano habría muy bien podido hacer por sí mismo.

Pavel Romanovich retomó la palabra, ahora con tonos sibilantes: «Esa vieja puta maloliente», dijo, «ella, ella fue la que hizo de Celestina. Siempre la encontré repugnante y no se lo oculté a Lenochka. ¡Qué puta! Ya la conoces, creo… unos sesenta años, teñida de rojo alazán brillante, gorda, tan gorda, que parece que tenga joroba. Es una pena que Nicolás haya salido. Dile que me llame en cuanto venga. Yo soy, como bien sabes, un hombre sencillo, que dice las verdades, y le llevo diciendo a Lenochka desde hace años que su madre es una bruja peligrosa. Y ahora escucha lo

que tengo pensado: quizá tu hermano me pueda ayudar a pergeñar una carta para la vieja bruja, una especie de declaración formal explicando que sé perfectamente y que me doy cuenta de quién ha sido la instigadora de todo ello, quién ha empujado a mi mujer, sí, algo así, formulado evidentemente de forma educada, desde luego».

No dije nada. Estaba allí, visitándome por primera vez (sus visitas a Nicolás no contaban), por primera vez se sentaba en mi *Kautsch*, y por primera vez dejaba caer la ceniza en mis cojines policromos; sin embargo, este acontecimiento, que en otros tiempos me hubiera supuesto un placer divino, no me alegraba ahora en lo más mínimo. Las buenas gentes llevaban tiempo contándome que su matrimonio había sido un fracaso, que su mujer había resultado ser una loca barata, vulgar y frívola, y había rumores proféticos que hacía tiempo le habían otorgado un amante, en la persona misma que ahora había caído rendida ante su belleza vacuna. La noticia del desastre del matrimonio no me suponía, por tanto, una sorpresa; en realidad quizá esperara vagamente que algún día Pavel Romanovich fuera depositado a mis pies por una de las olas de la tormenta. Pero por más que escrutara en mi interior, no conseguía encontrar ni una brizna de alegría; al contrario, me sentía tan triste, mi corazón tan agobiado, no sabéis cuánto. Todos mis amores, por alguna especie de colusión entre sus héroes, han seguido invariablemente el mismo esquema preestablecido de mediocridad y de tragedia o, más precisamente, su mediocridad misma acababa imponiéndoles esa su vena trágica. Cuando pienso cómo empezaron, me lleno de vergüenza y, en cuanto a su desenlace, me produce repugnancia, mientras que la parte central, la parte que debería haber sido la esencia y el corazón de esta o aquella relación, mi mente la recuerda como una especie de ballet indolente entrevisto a través del agua derramada o de la niebla pegajosa. Mi enamoriscamiento de Pavel Romanovich tuvo al menos la maravillosa ventaja de no haber llegado a término y de haber sido algo bonito y fresco, diferente al resto, pero incluso aquel sentimiento, tan remoto, tan profundamente enterrado en mi pasado, adquiría en este momento los tintes del presente, tiñéndose, en sentido inverso, de desgracia, de fracaso, incluso de pura y simple mortificación, sólo porque me veía obligada a escuchar a aquel hombre que se quejaba de su mujer, de su suegra.

—Espero —dijo— que Nicky vuelva pronto. Tengo otro plan preparado, en reserva, y creo que es un buen plan. Y mientras tanto será mejor que me vaya.

Y yo seguía sin decir nada, mirándole con profunda tristeza, mis labios ocultos por el volante de mi chal negro. Se quedó un momento de pie junto a la ventana, por cuyo cristal subía una mosca apresurada, subía, se daba la vuelta, se golpeaba contra el cristal y volvía a subir para luego volverse a caer. Después él rozó con los dedos el dorso de los libros de mi biblioteca. Como la mayoría de la gente que lee poco, mostraba un afecto secreto por los diccionarios y ahora sacó un voluminoso volumen rosa en cuya portada estaban dibujadas una cabeza de dragón y una joven de rizos

pelirrojos.

«*Khoroshaya shtooka*», dijo. Metió con dificultad el volumen en su sitio y rompió a llorar de repente. Lo senté junto a mí en el sofá y él se fue inclinando poco a poco a un lado sin dejar de sollozar violentamente y acabó escondiendo la cabeza en mi regazo. Acaricié ligeramente su cálida cabeza y su nuca robusta y rosada, cuya lisura siempre me ha resultado muy atractiva en los hombres. Poco a poco sus espasmos se fueron calmando. Me mordió con ternura por debajo de la falda y luego se incorporó.

—¿Sabes qué? —dijo Pavel Romanovich y mientras hablaba palmeó sonoramente con las palmas cóncavas de sus manos dispuestas horizontalmente (no pude evitar reírme porque me acordé de un tío mío, un terrateniente del Volga que solía imitar así el ruido de una procesión de dignas cabras que dejaban que sus ubres golpearan unas contra otras en su camino)—. ¿Sabes qué, cariño? Vayamos a mi casa. No aguanto estar solo en casa. Cenaremos allí, tomaremos unas copas de vodka y luego iremos al cine… ¿qué dices?

No pude declinar su invitación, aunque sabía que me arrepentiría. Mientras telefoneaba para cancelar mi visita al antiguo lugar de trabajo de Nick (necesitaba sus botas de goma que se había dejado allí), me vi en el espejo del vestíbulo como si fuera una pequeña monja triste de rostro cerúleo y adusto; pero un minuto más tarde, mientras me arreglaba y me ponía el sombrero, me sumergí por así decir en las profundidades de mis grandes ojos negros llenos de experiencias y encontré en ellos un reflejo que no tenía nada de conventual —¡brillaban a través del velo!, ¡Dios mío cómo brillaban!

En el tranvía, camino de su casa, Pavel Romanovich volvió a ponerse triste y distante: yo le contaba cosas del nuevo empleo de Nick en la biblioteca eclesiástica, pero mantenía una mirada huidiza, era evidente que no me escuchaba. Llegamos. El desorden de los tres cuartos más bien exiguos que había ocupado con su Lenochka era sencillamente increíble —como si sus cosas y las de ella hubieran librado una guerra sin cuartel. Para divertir a Pavel Romanovich empecé a hacer de doncella con un delantal diminuto que se había quedado perdido y olvidado en un rincón de la cocina, restablecí una cierta armonía en el desorden de los muebles, puse la mesa de forma aseada —tanto que Pavel Romanovich se puso a aplaudir de nuevo y decidió hacer *borstch* (estaba bastante orgulloso de sus dotes culinarias).

Después de dos o tres tragos de vodka entró en una fase enérgica y seudosuficiente, como si de verdad existiera algún tipo de proyecto que debiera ser puesto en práctica al momento. Soy incapaz de saber si es que se había visto afectado por la solemnidad teatral con la que los avezados borrachos gustan de decorar la ingesta de alcohol ruso, o si realmente creía que él y yo habíamos empezado, cuando todavía estábamos en mi habitación, a maquinar y a discutir una especie de plan, pero allí estaba, cargando la pluma y sacando con un gesto como de complicidad lo que él

llamaba el dossier: cartas de su mujer recibidas la primavera pasada en Bremen, adonde había ido en representación de una compañía de seguros de exiliados para la que trabajaba. Empezó a citar pasajes de aquellas cartas en los que quedaba manifiesto que ella le quería *a él* y no al otro tipo. Entre medias insistía en repetir con fuerza pequeñas frases hechas, tales como: «Esto lo dice todo», «Claro está», «Y ahora veremos» —mientras seguía bebiendo. Su argumentación se reducía a la idea de que si Lenochka escribía: «Te acaricio mentalmente, Baboonovich, querido», no podía estar enamorada de otro hombre, y si ella creía que lo estaba había que explicarle pacientemente que estaba en un error. Después de unos cuantos tragos cambió de estrategia y su expresión se hizo más tosca y sombría. Sin razón aparente alguna, se quitó los zapatos y los calcetines, y luego empezó a sollozar y a caminar sollozando, de una punta a otra de su piso, ignorando por completo mi presencia y dando feroces puntapiés con su pie desnudo a la silla contra la que tropezaba una y otra vez en su deambular. De paso, se las arregló para acabar la botella y entonces entró en una tercera fase, la parte final de aquel ebrio silogismo que ya había unido, siguiendo las más estrictas reglas dialécticas, un espectáculo inicial de brillante eficacia y un período central de melancolía absoluta. En la fase actual, resultaba que él y yo habíamos llegado a algún tipo de conclusión (cuál fuera ella exactamente seguía siendo algo extremadamente dudoso) que mostraba al amante de su mujer como el mayor y más bajo de los villanos y el plan consistía en que yo fuera a ver a su mujer, por propia iniciativa, por decirlo de alguna manera, para «avisarla». Debía decirle asimismo que, por supuesto, Pavel Romanovich se oponía frontalmente a cualquier intrusión o presión y que sus sugerencias estaban marcadas por el más profundo y angélico desinterés. Antes de que yo pudiera recobrar el juicio que tenía perdido y prendido en la maraña de sus susurros pastosos (y mientras se ponía los zapatos a toda prisa), me encontré llamando a su mujer por teléfono y hasta que no oí su voz atiplada y estúpida no caí súbitamente en la cuenta de que estaba borracha y comportándome como una idiota. Colgué de golpe, pero empezó a besarme las manos frías y crispadas y la volví a llamar, fui identificada sin ningún entusiasmo, dije que tenía que verla para un asunto urgente y, tras una ligera duda, aceptó que fuera a verla en seguida. Para entonces, quiero decir para cuando estuve lista para salir, nuestro plan parecía haber madurado en todos sus detalles y resultaba increíblemente sencillo. Yo tenía que decirle a Lenochka que Pavel Romanovich tenía que comunicarle algo de excepcional importancia, algo que en modo alguno, de ninguna manera, tenía la más mínima relación con la ruptura de su matrimonio (él insistió en este punto con vehemencia, saboreando la perfección de su táctica) y que la estaría esperando en el bar de enfrente de su casa.

Me llevó una eternidad, una eternidad oscura, subir la escalera, y por alguna extraña razón me atormentaba el pensamiento de que la última vez que nos vimos, yo

llevaba el mismo sombrero y los mismos zorros negros. Lenochka, por el contrario, apareció ante mí elegantemente vestida. Parecía que acabara de rizarse el pelo, aunque no era un peinado bonito, y en conjunto tenía un aspecto más bien vulgar; en torno a su boca pintada con esmero se veían unas pequeñas hinchazones que hacían que se perdiera todo posible chic que hubiera querido adornar su persona.

—No creo —me dijo, examinándome con curiosidad— que sea tan importante, pero si cree que todavía tenemos cosas que discutir, está bien, acepto ir a la cita, pero quiero que sea con testigos, me da miedo quedarme sola con él, ya he pasado lo mío, muchas gracias.

Cuando entramos en el bar, Pavel Romanovich estaba sentado con los codos apoyados en una mesa junto a la barra; con el dedo meñique se frotaba sus ojos rojos y desnudos, mientras impartía a discreción, en un tono monótono, su sabiduría acerca de una «tajada de vida», como le gustaba decir, a un completo desconocido sentado en la misma mesa, un alemán de estatura enorme, con raya en medio y el pelo engominado, pero con una nuca llena de vello oscuro y uñas mordidas.

—Sin embargo —decía Pavel Romanovich en ruso—, mi padre no quería tener problemas con las autoridades y por lo tanto decidió construir una valla alrededor. De acuerdo, ese problema quedó resuelto. Nuestra casa estaba tan lejos de la suya… —se volvió para mirar en torno suyo, saludó distraído a su mujer y continuó con expresión totalmente relajada—, como de aquí al tranvía, de forma que ya no podían tener más exigencias. Pero coincidirá conmigo en que pasar todo el otoño en Vilna sin electricidad no tiene nada de divertido. Bien, entonces, muy a disgusto…

Yo no conseguía entender de qué estaba hablando. El alemán escuchaba atento, con la boca medio abierta: sus conocimientos de ruso eran escasos, el mero proceso de intentar entenderle le proporcionaba placer. Lenochka, que estaba sentada tan cerca de mí que sentía su desagradable calor, empezó a buscar algo en su bolso.

—La enfermedad de mi padre —seguía Pavel Romanovich— contribuyó a su decisión. Si usted realmente vivió allí, como dice, entonces se acordará perfectamente de aquella calle. Está oscuro, por allí, por la noche, y con frecuencia te enteras de que allí…

—Pavlik —dijo Lenochka—, aquí tengo tus gafas. Me las llevé en el bolso por equivocación.

—Está muy oscuro, allí, por la noche —repitió Pavel Romanovich, abriendo mientras hablaba la funda de las gafas que ella je había tirado por encima de la mesa. Se puso las gafas, sacó un revólver y empezó a disparar a su mujer.

Con un gran aullido, ella cayó bajo la mesa arrastrándome consigo, mientras que el alemán tropezó sobre nosotras uniéndose a nuestra caída, de forma que los tres nos encontramos revueltos en el suelo; pero yo tuve tiempo de ver cómo un camarero llegaba corriendo hasta el agresor por detrás y cómo le golpeaba con delectación y

fuerza monstruosas en la cabeza con un cenicero de hierro, Después todo ocurrió como suele ser habitual en casos como éste, el lento retorno al orden del mundo destrozado, con la participación de mirones, policías, ambulancias. Se llevaron al hospital a Lenochka, que se quejaba teatralmente (una bala se había limitado a atravesar su hombro bronceado) pero no sé por qué extraña razón me perdí la detención de Pavel Romanovich. Cuando terminó todo —esto es para cuando todo hubo reocupado su lugar en el mapa—: las farolas, las casas, las estrellas, me encontré paseando por una calle desierta en compañía de nuestro superviviente alemán: aquel inmenso hombre guapo, sin sombrero, con un impermeable voluminoso flotaba junto a mí y al principio pensé que me estaba acompañando a casa pero luego me di cuenta de que nos encaminábamos a su casa. Nos detuvimos delante de su portal y me explicó —despacio, ponderado, pero no sin una cierta poesía, y por alguna razón, en un francés muy malo— que no podía llevarme a su cuarto porque vivía con un colega que era como su padre, su hermano, o incluso su esposa. Sus excusas me parecieron tan insultantes que le ordené que llamara inmediatamente a un taxi para que me llevara a mi casa. Esbozó una sonrisa asustada y me dio con la puerta en las narices, y allí me encontré caminando por una calle que, a pesar de que hacía horas que había cesado de llover, seguía mojada todavía y como que desprendía un aire de humillación profunda, sí, allí estaba yo caminando completamente sola, como ha sido mi destino desde el comienzo de los tiempos, y ante mis ojos no veía sino a Pavel Romanovich que se levantaba una y otra vez y se quitaba la sangre y la ceniza de su pobre cabeza.

Primavera en Fialta [*]

La primavera en Fialta es nubosa y pesada. Todo está húmedo: los troncos moteados de los plátanos, los arbustos de enebro las verjas, el asfalto. A lo lejos, prendido en el húmedo horizonte marítimo, entre los filos dentados de unas pálidas casas azulencas que se esfuerzan por encaramarse a la pendiente (siguiendo las indicaciones de un ciprés), la vaga efigie del monte San Jorge está más lejos que nunca de parecerse a la imagen que figura del mismo en las postales que desde 1910, digamos (aquellos sombreros de paja, aquellos taxistas tan jóvenes), han venido cortejando al turista desde el triste carrusel de las tiendas de *souvenirs* donde se exponen, entre trozos mellados de amatistas y sueños de concha cuyo destino inexorable es la repisa de las chimeneas familiares. El aire es cálido y sin viento, con un débil sabor a humo. El mar, su sal ahogada por la lluvia, no es tanto gris sino glauco, con olas demasiado perezosas para romper en espuma.

Era un día así, al comienzo de los años treinta cuando me encontré, con los sentidos alerta, en una de las callejuelas empinadas de Fialta, contemplándolo y absorbiéndolo todo, la marina rococó del puesto callejero, los crucifijos de coral en el escaparate de una ventana, y también el cartel desvalido de un circo que visitaba la ciudad, una de cuyas esquinas se había despegado de la pared, y la cascara amarilla de una monda de naranja todavía verde en la vieja acera de pizarra azul, que aún conservaba en algunos puntos el recuerdo marchito de un antiguo diseño de mosaicos. Me gusta Fialta; me gusta porque en el vacío de sus sílabas violáceas siento la dulce y oscura humedad de esas las más arrugadas florecillas, y porque en su viola se deja oír el eco atiplado del nombre de una maravillosa ciudad de Crimea; y también porque hay algo en la somnolencia de su Cuaresma húmeda que unge el alma de una manera muy especial. Por lo tanto, me sentía dichoso al encontrarme de nuevo allí, afanándome por subir sus empinadas callejuelas en dirección inversa al riachuelo del arroyo, al descubierto, con la cabeza mojada, y toda mi piel bañada ya en calor, aunque sólo llevaba un ligero impermeable sobre la camisa.

Yo había llegado en el *Capparabella expres*, que, con ese gusto intrépido que tienen los trenes en los territorios de montaña, había hecho todo lo atronadoramente posible para congregar a lo largo de la noche todos los túneles posibles. Un par de días, el respiro mínimo que me permitía un viaje de negocios, era lo que esperaba quedarme allí. Había dejado a mi mujer y a los niños en casa, y aquello constituía una isla de felicidad siempre presente en el norte claro de mi ser, una isla que flotaba constante junto a mí, que incluso me atrevería a decir, me inundaba en ocasiones, manteniéndose, sin embargo, fuera de mí, a mi lado, la mayor parte del tiempo.

En el umbral de una puerta había un niño sin pantalones, con la barriga al aire, tensa, gris, y sucia de barro, que saltó a la acera y empezó a caminar contoneándose como un pato, con las piernas arqueadas, tratando de que no se le cayeran al suelo las tres naranjas que llevaba en la mano; una de ellas caía por turno e indefectiblemente al suelo y finalmente fue el propio niño el que dio con sus huesos en la acera y entonces una niña de unos doce años, que llevaba un collar de cuentas pesadas en su cuello moreno y una falda larga como la de una gitana, se apresuró a arrebatarle el botín con sus manos, más ágiles y también más numerosas. Cerca, en la terraza húmeda de un café, un camarero limpiaba los tableros de las mesas; un bandido melancólico, que vendía una especie de chupa-chups locales, unos pirulís muy elaborados y con una capa de brillo lunar, había colocado una cesta desesperadamente llena en la barandilla toda agrietada, sobre la que se inclinaba para conversar con el camarero. O bien la llovizna había cesado o bien Fialta se había acostumbrado tanto a ella que ya no sabía si respiraba aire húmedo o lluvia caliente. Un inglés, un ejemplar genuino de los que exporta con orgullo Gran Bretaña, vestido con los inevitables pantalones de golf y ocupado, como no podía ser menos, en llenar su pipa con el tabaco que sacaba de una tabaquera de goma, emergió de debajo de un arco y entró en una farmacia donde unas grandes esponjas pálidas morían de sed tras su vitrina. ¡Qué exaltación exquisita sentí desgranarse en mis venas, con qué gratitud respondía mi ser entero a las pulsiones y emociones de aquel día gris, saturado de una esencia vernal de la que apenas era consciente! Mis nervios, después de una noche de insomnio, se encontraban especialmente receptivos; lo asimilaba todo: el silbido de un gorrión en los almendros detrás de la capilla, la paz de las casas que se derrumbaban, el pulso del mar distante, jadeando en la niebla, todo ello junto con el verde celoso del vidrio de los cascotes de botella erizados a lo largo de un muro y los colores vivos del anuncio d circo que mostraba a un indio con plumas sobre un caballo encabritado en el acto de echarle el lazo a una cebra descaradamente endémica, mientras que unos elefantes absolutamente perplejos cavilaban sentados sobre sus tronos de barras y estrellas.

Y entonces el inglés me adelantó. Mientras trataba de cantar su figura junto con todo el espectáculo que me rodeaba, observé casualmente la repentina mirada de través de sus grandes ojos azules que se tensaban en su rostro carmesí, así como la rapidez con que se lamía los labios —debido a la sequedad de aquellas esponjas, pensé; pero luego seguí la dirección de su mirada y en ese momento vi a Nina.

Cada vez que la he visto a lo largo de los quince años de nuestra… —bueno, no encuentro el término preciso para describir nuestro tipo de relación—, no parece que me haya reconocido al momento; y también esta vez se quedó quieta durante un instante, en la acera de enfrente, volviéndose a medias en una suerte de incertidumbre no exenta de curiosidad, y lo único que hacía ademán de moverse hacia mí era su

bufanda amarilla, como uno de esos perros que te reconocen antes de que lo hayan hecho sus dueños; luego dio un grito, levantó las manos, y todos los dedos iniciaron una especie de danza, y en mitad de la calle, con la impulsividad y franqueza de una vieja amistad (de la misma forma que al despedirse de mí siempre lo hacía con la señal de la cruz sobre mi rostro), me besó tres veces con más boca que sentido y luego se puso a pasear a mi lado, colgándose de mí, ajustando con dificultad su paso al mío, debido a su estrecha falda marrón negligentemente abierta en un costado.

—Sí, Ferdie está también aquí conmigo —contestó e inmediatamente, pasó a preguntarme amablemente por Elena.

—Debe de estar paseando por algún lado con Segur —continuó refiriéndose a su marido—. Y yo tengo que hacer algunas compras; nos vamos después del almuerzo. Espera un momento, ¿adónde me llevas, querido Víctor?

De vuelta al pasado, de vuelta al pasado, como hacía cada vez que la encontraba, repitiendo cada uno de los sumandos del argumento de nuestra relación desde el primer hasta el último asiento —haciendo mía la estructura de los cuentos maravillosos rusos donde lo ya contado vuelve a repetirse en resumen y atropellado, cada vez que el relato adquiere un nuevo giro. Esta vez nos habíamos encontrado en la cálida y brumosa Fialta, y yo no habría podido celebrar la ocasión más artísticamente, ni tampoco habría podido adornar con viñetas más brillantes la lista de los favores anteriores que nos había brindado el destino, incluso si hubiera sabido que éste iba a ser el último encuentro; el último, insisto, porque no puedo imaginarme firma celestial alguna de intermediarios que hubiera consentido en concertarme un encuentro con ella más allá de la tumba.

Mi escena introductoria con Nina había sido dispuesta en Rusia hacía mucho tiempo, yo diría que en torno a 1917, a juzgar por el ruido de sables que se percibía entre bastidores en ciertos teatros de izquierda. Fue en alguna fiesta de cumpleaños en la finca de mi tía, cerca de Luga, en los pliegues más profundos del invierno (cómo me acuerdo de los primeros signos de que nos acercábamos al lugar: un establo rojo entre la nada blanca). Yo acababa de terminar el bachillerato en el Liceo Imperial; Nina ya estaba prometida: aunque éramos de la misma edad y cumplíamos años con el siglo, parecía sin embargo tener por lo menos veinte años, y ello a pesar o quizá precisamente debido a su poca corpulencia, mientras que a los treinta y dos años aquella ligereza suya la hacía parecer más joven. Su novio era un oficial que acababa de llegar con permiso, del frente, un tipo corpulento y guapo, increíblemente bien educado, imperturbable, que pesaba escrupulosamente cada una de sus palabras en la balanza del sentido común y luego la formulaba con una voz aterciopelada de barítono que aún se hacía más dulce cuando se dirigía a ella; su decencia y devoción probablemente le ponían nerviosa; ahora no es más que un próspero, aunque solitario, ingeniero en un lejano país tropical.

Las ventanas se iluminan y tienden sus paños luminosos sobre los meandros de la oscura nieve, dejando un cierto espacio para acomodar un abanico de luz que se refleja justo encima de la puerta entre las dos ventanas. Los pilares que la enmarcan llevan una cenefa de nieve aborregada, que más bien estropea las líneas de lo que hubiera podido ser un ex libris perfecto para el libro de nuestras dos vidas. No consigo recordar por qué todos habíamos abandonado el ruidoso vestíbulo para adentrarnos en la silenciosa oscuridad, poblada solamente por abetos, henchidos de nieve hasta alcanzar el doble de su tamaño; ¿acaso el guarda nos invitó a contemplar un taciturno resplandor rojo, el portento de un posible fuego provocado? Probablemente. ¿Acaso salimos para admirar la estatua ecuestre de hielo esculpida junto al estanque por el preceptor suizo de mis primos? Posiblemente. Mi memoria sólo vuelve a la vida cuando ya regresábamos a la mansión simétricamente radiante, un camino que recorrimos en fila india a lo largo de un surco estrecho entre bancos de nieve, con ese crunch-crunch-crunch que constituye el único comentario posible entre una noche de invierno taciturna los humanos. Yo cerraba la expedición; tres pisadas cantarinas delante de mí caminaba una forma pequeña y medio doblada; los abetos mostraban gravemente sus patas cargadas de nieve. Me resbalé y se me cayó al suelo la linterna muerta que alguien me había obligado a llevar; era dificilísimo recuperarla; mis juramentos atrajeron de inmediato a Nina, que, con una risa sorda y ávida donde ya apuntaba la inminencia del placer, se inclinó confusamente hacia mí. La llamo Nina, pero mal podía saber su nombre entonces apenas podíamos haber tenido tiempo, ella y yo, para cualquier presentación: «¿Quién es?», preguntó ella con interés, pero yo ya estaba besando su cuello, suave e incluso un poco caliente debido a la larga esclavina de piel de zorro de su abrigo, que no hacía más que dificultar mis movimientos hasta que ella me abrazó, y con ese candor que la caracteriza depositó sus labios, generosos y sumisos, sobre los míos.

Pero de repente nos vimos separados por el consabido estallido de alegría de una batalla de bolas de nieve que se desencadenó en la oscuridad; luego alguien se puso a correr, se cayó, crujió sobre la nieve, rió, jadeó, se encaramó en un ventisquero, trató de correr y acabó emitiendo un terrible ruido: la nieve profunda le había amputado una bota de goma. Y poco después nos dispersamos todos a nuestras respectivas casas, sin que yo hubiera podido hablar con Nina, ni tampoco esbozar plan alguno para un futuro, un futuro de quince años itinerantes que ya habían iniciado su marcha hacia el horizonte oscuro, cargado con las distintas partes de nuestras reuniones dispersas; y mientras la contemplaba en el abanico de gestos y de sombras en los que consistió el resto de aquella noche (probablemente juegos de salón, en los que Nina siempre jugaba en el bando contrario), me asombraba, recuerdo, no tanto de su falta de interés hacia mí después del calor de la nieve, sino de la inocencia y naturalidad de su falta de atención, porque yo no sabía todavía que una sola palabra mía hubiera

transmutado al instante su distracción en un maravilloso estallido de atención y amabilidad, en una actitud alegre, comprensiva, cooperante en todos sus términos, como si el amor de aquella mujer fuera un manantial de agua que contuviera sales salubres que concediera magnánima y a la mínima oportunidad a quienquiera que manifestara el deseo de beber de sus fuentes.

«Veamos, dónde nos vimos por última vez», empecé (dirigiéndome a la versión Fialta de Nina), con la intención de lograr que en su rostro de pómulos marcados y labios rojo oscuro, apareciera una cierta expresión que yo bien conocía y, efectivamente, la sacudida de su cabeza y la expresión preocupada de su rostro parecían insinuar no tanto un cierto olvido como deplorar la escasa gracia de un viejo chiste; o para ser más exactos, era como si todas aquellas ciudades en las que el destino había fijado nuestras distintas citas sin que se hubiera dignado por ello a acudir personalmente a las mismas, como si todos aquellos andenes y escaleras y habitaciones y oscuras callejuelas fueran tan sólo escenarios manidos, abandonados después de que otras vidas hubieran llegado a su fin hacía mucho tiempo, unos escenarios que apenas tenían relación con el curso de nuestro errático destino y que por tanto, resultaba incluso de mal gusto tan siquiera mencionarlos.

La acompañé a una tienda bajo los porches; allí, en el crepúsculo, tras una cortina de cuentas, se puso a manosear unos bolsos de piel roja rellenos de papel de seda y a mirar las etiquetas con los precios, como si quisiera aprenderse sus nombres de museo. Quería, dijo, un bolso exactamente como aquél, pero de color tostado y, cuando después de diez minutos de mucho buscar desesperado por todas partes, el viejo dálmata encontró por fin aquella curiosidad que ella le pedía, como por un milagro del que me asombro todavía, ella cambió de opinión y atravesó la cortina de cuentas de la puerta de aquel comercio sin haber comprado nada.

Fuera todo estaba tan lechoso y tan pesado como antes; el mismo olor a quemado que avivaba mis recuerdos tártaros salía de las ventanas de las pálidas casas; un enjambre de mosquitos se entretenía zurciendo el aire encima de una mimosa, que florecía distraída, con sus mangas arrastrándose por el suelo; dos trabajadores, con sombreros de ala ancha, almorzaban un poco de queso con ajo, con la espalda apoyada en un cartel del circo que mostraba a un húsar rojo y a una especie de tigre naranja; curioso —en su denodado intento por conseguir un tigre lo más feroz posible, el artista se había casi extralimitado hasta caer en el extremo opuesto, porque la cara del tigre parecía en verdad humana.

—*Au fond*, lo que yo quería era un peine —dijo Nina con arrepentimiento tardío.

Qué conocidas me resultaban sus dudas, sus pensamientos cambiantes, sus vacilaciones que acababan siempre volviendo a su decisión original, sus preocupaciones efímeras entre dos trenes. Siempre acababa de llegar a un lugar o estaba a punto de irse, y me resulta difícil pensar en ello sin sentirme humillado por la

variedad de rutas intrincadas que uno sigue enloquecido para poder llegar a esa cita final que el más impenitente indeciso sabe inevitable. Si tuviera que someter ante los jueces de nuestra existencia terrena un ejemplo de su postura más común, quizá la colocaría apoyada en un mostrador de Cooks, con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, el pie izquierdo golpeteando contra el suelo, y el bolso abierto con las monedas derramadas en el mostrador, mientras que el empleado, lapicero en mano, discute con ella el plan de un eterno coche cama.

Después del éxodo ruso, la vi —y fue la segunda vez—, en Berlín en casa de unos amigos. Yo estaba a punto de casarme; ella acababa de romper con su prometido. Al entrar en el cuarto, la vi al instante, y, tras mirar a los otros invitados, supe instintivamente cuál de aquellos hombres sabía más cosas de ella que yo. Estaba recostada en la esquina de un sofá, con los pies encogidos, su pequeño cuerpo doblado cómodamente en forma de Z; un cenicero estaba apoyado de costado en el sofá junto a uno de sus talones; y tras mirarme de reojo al oír mi nombre, se quitó su larguísima boquilla de los labios y procedió a exclamar lenta y gozosamente: «Mira quién aparece aquí de repente…», y al punto todo el mundo se enteró, empezando por ella, de que hacía mucho tiempo que nos conocíamos y que teníamos una relación íntima: sin lugar a dudas ella se había olvidado del beso real, pero quizá aquel encuentro trivial la sorprendió con el recuerdo del vago esbozo de una amistad cálida, agradable, que en realidad nunca había existido entre nosotros. De este modo, la naturaleza misma de nuestra relación quedó fraudulentamente basada sobre una cierta amistad imaginaria, sin relación alguna con su fortuita buena voluntad. Nuestro encuentro resultó ser insignificante si atendemos tan sólo a las palabras que intercambiamos, pero hizo desaparecer toda barrera entre nosotros y, cuando aquella noche me encontré sentado a su lado en la cena, puse descaradamente a prueba su paciencia.

Luego se desvaneció de nuevo; un año más tarde mi mujer y yo estábamos despidiéndonos de nuestro hermano que se iba a Posen y, cuando el tren se hubo ido y ya nos dirigíamos hacia la salida por el otro lado del andén, de repente, junto a un vagón del *París-Expres* vi a Nina, con el rostro oculto tras las flores de un ramo que llevaba en las manos, en medio de un grupo de gente, amigos suyos que yo desconocía, que habían formado un círculo en torno suyo y la contemplaban con la boca abierta como los transeúntes ociosos contemplan una pelea callejera, un niño perdido o la víctima de un accidente. Alegremente me saludó con las flores; yo le presenté a Elena, y en ese ambiente tan vivaz de una gran estación de ferrocarril donde todo está como temblando y a punto de transformarse en otra cosa, presta a ser consumida y adorada, el intercambio de unas cuantas palabras fue suficiente para permitir que dos mujeres totalmente diferentes empezaran a llamarse por sus nombres de pila en su próximo encuentro. Aquel día, en la sombra azul del vagón que se

dirigía a París, se mencionó a Ferdinand por primera vez: me enteré con una angustia ridícula de que iba a casarse con él. Las puertas empezaban a cerrarse con ruido; ella besó a sus amigos rápida y piadosamente, subió al tren y desapareció; y entonces yo la vi a través de la ventana acomodarse en su departamento, olvidada de pronto de todos nosotros o ya en otro mundo, y nosotros, todos, con las manos en los bolsillos, parecíamos estar espiando una vida ajena a nuestro escrutinio que se moviera en la oscuridad de un acuario, hasta que ella se dio cuenta de nuestra presencia y golpeteó en la ventanilla para luego alzar los ojos y juguetear con el marco como si estuviera tratando de colgar un cuadro, pero no sucedió nada; un pasajero que pasaba por el pasillo le prestó ayuda, y ella sacó la cabeza, audible y real, radiante de placer; uno de nosotros, corriendo al paso del tren que ya había iniciado su marcha, le entregó una revista y una guía Tauchnitz (sólo leía en inglés cuando viajaba); todo se desvanecía con hermosa suavidad, y yo tenía el billete de andén en la mano, tan arrugado que resultaba irreconocible, y una canción del siglo pasado (relacionada, dicen, con un drama parisino de amor) no dejaba de sonar en mi cabeza, surgida, Dios sabe por qué, de la caja de música de mi memoria, una balada quejumbrosa que solía cantar a menudo una tía soltera mía, cuyo rostro era tan amarillo y cerúleo como las velas de una iglesia rusa, y dotada sin embargo por la naturaleza de una voz tan potente, tan llena, que casi la hacía entrar en el trance glorioso de una nube de fuego cuando entonaba:

On dit que tu te maries,
tu sais que j'en vais mourir

y aquella melodía, el dolor, la ofensa, el lazo entre el himen y la fuerte evocado por el ritmo y la propia voz de la cantante muerta, acompañaba al recuerdo como única dueña de la canción, me tuvieron inquieto durante varias horas tras la marcha de Nina e incluso más tarde aquellas notas surgían en intervalos crecientes como las últimas pequeñas olas que un barco que pasa arroja sobre la playa y que cada vez lamen la arena con menos frecuencia y con más ensoñación, o como la agonía de bronce de un campanario que vibra después de que su campana haya vuelto a ocupar su posición inicial en el círculo acogedor de su familia. Uno o dos años más tarde, fui a París en viaje de negocios: y una mañana en el descansillo de la escalera de un hotel, adonde había ido a buscar a un actor de cine amigo, allí estaba ella de nuevo, vestida con un traje de chaqueta gris, esperando al ascensor para bajar, con una llave colgando entre los dedos. «Ferdinand se ha ido a hacer un poco de esgrima», dijo como si no pasara nada; sus ojos se fijaron en la parte inferior de mi cara, como si estuviera leyéndome los labios y, tras quedarse pensativa unos momentos (su capacidad de intuición amatoria no tenía rival) se volvió y balanceándose sobre sus esbeltos tobillos me

llevó a lo largo del pasillo alfombrado de azul mar. Una silla a la puerta de su habitación sostenía una bandeja con los restos de un desayuno: un cuchillo manchado de miel, migas de pan en una porcelana gris; pero ya habían hecho el cuarto y debido a una repentina corriente de aire una ola de muselina bordada con dalias blancas se quedó embutida, con un golpe y un estremecimiento, entre las sensibles puertas de una ventana francesa que se quedaron trabadas hasta que se cerró la puerta de golpe, liberando la cortina con un suspiro de felicidad; y un poco más tarde salí al diminuto balcón de hierro a respirar el aroma combinado de las hojas secas del arce y de la gasolina, los rastros mañaneros de la calle azul brumoso y, como todavía no era consciente de la presencia de aquel azar mórbido que iba a amargar de tal manera mis encuentros subsiguientes con Nina, salí del hotel con ánimo tan despreocupado y tranquilo como el suyo, para acompañarla desde el hotel hasta alguna oficina perdida a buscar una maleta que había extraviado, y desde allí al café donde su marido presidía su ateneo particular con su corte de aquel momento.

No mencionaré la naturaleza (y los pocos ejemplos que doy aquí aparecen bajo un decoroso disfraz) de aquel hombre, de aquel escritor franco-húngaro… prefiero no ocuparme de él para nada, pero no puedo evitarlo —surge de la plumilla de mi pluma. Hoy no se oye hablar demasiado de él y eso es bueno, porque prueba que yo tenía razón al resistir su encanto malvado, que tenía razón al sentir un escalofrío espeluznante a lo largo de mi columna cuando uno de sus libros caía en mis manos. La fama de esos tipos crece rápidamente pero pronto caduca y se consume y, en cuanto a la Historia, estoy seguro limitará la historia de su vida a un guión entre dos fechas. Delgado y arrogante, siempre con un acertijo envenenado presto a ser disparado contra ti, y con una extraña mirada de expectación en sus velados ojos de un marrón grisáceo, aquel bromista falso tenía, me atrevo a decir, un efecto irresistible en los pequeños roedores. Habiendo dominado a la perfección el arte de la invención verbal, se enorgullecía de ser un tejedor de palabras, un título que valoraba más que el de escritor; personalmente, nunca he podido entender cuál es el propósito de inventar libros, de escribir cosas que no hayan sucedido de una forma u otra; y recuerdo que una vez le dije mientras me enfrentaba a la sorna con que asentía en silencio a mis palabras que si yo fuera escritor, limitaría el reino de la imaginación al ámbito del corazón dejando que la memoria, esa alargada sombra crepuscular de nuestra verdad personal, ocupara el espacio restante.

Conocí sus libros antes que su persona; el placer estético que sentí con su primera novela fue cediendo el paso progresivamente a una cierta repugnancia. Al principio de su carrera, era todavía posible quizás distinguir algún paisaje humano, algún viejo jardín, alguna disposición ensoñadora de los árboles a través del cristal emplomado de su prosa prodigiosa… pero con cada nuevo libro los tintes se hacían más densos, las gulas y las púrpuras se volvían más ominosas; y hoy ya no hay quien logre ver

nada a través de aquel cristal blasonado, de la suntuaria riqueza estéril de su prosa, y mucho me temo que si lográramos romper su cristal, tan sólo encontraríamos un vacío absolutamente negro confrontando nuestra alma estremecida. ¡Pero qué peligroso era aquel hombre cuando estaba en plenitud de facultades, qué feroz su látigo contra quienes le provocaban! El tornado de su sátira dejaba a su paso un páramo baldío donde los robles derribados quedaban dispuestos en hilera, y el polvo seguía agitándose en remolinos, y el desafortunado autor de una crítica adversa, aullando de dolor, giraba como una peonza en medio del polvo.

En la época en que nos vimos, su *Passage à Niveau* era aclamado en París; estaba, como vulgarmente se dice, «acaparado» y Nina (cuya adaptabilidad resultaba un increíble sucedáneo de la cultura de la que carecía) había ya asumido si no la función de musa al menos la de alma gemela y sutil consejero que seguía las evoluciones creativas de Ferdinand, compartiendo lealmente sus gustos artísticos; porque aunque fuera remotamente improbable que ella hubiera ni siquiera vadeado uno de sus volúmenes, tenía una habilidad especial, mágica, para adivinar los mejores pasajes a través de las conversaciones de sus amigos literatos.

Cuando entramos en el café estaba tocando una orquesta de mujeres; en primer lugar observé la curva como de avestruz de un arpa que se reflejaba en las columnas cubiertas de espejos y luego vi la mesa dispuesta (una serie de mesas pequeñas juntas para formar una grande) en la que, de espaldas a la pared de terciopelo. Ferdinand presidía, y por un momento, su actitud entera, la posición de sus manos separadas, y los rostros de sus compañeros de mesa todos vueltos hacia él, me trajeron a la memoria un recuerdo grotesco, como de pesadilla, todavía muy vago, y sin embargo, cuando el tal recuerdo adquirió perfiles más nítidos no me pareció más sacrílego que el arte de tal maestro. Llevaba un jersey blanco de cuello vuelto bajo una chaqueta de *tweed*; su cabello reluciente estaba peinado hacia atrás, y sobre el mismo flotaba como un halo el humo de los cigarrillos; su rostro huesudo como el de los faraones estaba inmóvil: sólo los ojos se movían de un lado a otro, llenos de oscura satisfacción. Después de abandonar los dos o tres garitos donde los inocentes bohemios de Montparnasse hubieran esperado encontrarle, empezó a frecuentar aquel establecimiento perfectamente burgués debido a su peculiar sentido del humor, un punto macabro, que le hacía divertirse con la patética *spécialité de la maison* — aquella orquesta compuesta de media docena de damas tímidas de aspecto cansado que entrelazaban suaves armonías, apretadas allí en aquella tarima, sin saber muy bien qué hacer, decía él, con sus pechos de matronas, más bien superfluos en el mundo de la música. Después de cada pieza él iniciaba un ataque epiléptico de aplausos al que aquellas señoras no prestaban ya la más mínima atención y que, pensé yo, suscitaba ya serias dudas en la mente del propietario del café y también en sus habituales parroquianos, pero que parecía divertir sobremanera a los amigos de

Ferdinand. Entre ellos recuerdo a un artista con una calva impecable aunque un poco abollada, al que bajo varios pretextos siempre introducía en sus frescos; a un poeta cuya gracia especial era la de representar, cuando se lo pedían, la caída de Adán por medio de cinco cerillas; a un humilde hombre de negocios que financiaba aventuras surrealistas (y que pagaba los aperitivos) siempre que le permitieran introducir en las mismas alguna referencia elogiosa a una actriz que era su amante y a la que mantenía; a un pianista, de magnífico rostro y terribles dedos; a un escritor ruso, satisfecho y lingüísticamente impotente, que acababa de llegar de Moscú, con una vieja pipa y un reloj de pulsera nuevo, que no tenía la más mínima idea de quién era aquel grupúsculo de gente ridícula con la que trataba; estaban presentes otros caballeros que se confunden en mi recuerdo, entre los cuales, dos o tres sin duda habían sido íntimos de Nina. Era la única mujer en la mesa: allí estaba, inclinándose sobre la copa para sorber ávidamente de la paja de su limonada cuyo nivel bajaba con celeridad infantil, y sólo cuando engulló con un ruido la última gota, y se deshizo de la paja con la lengua, sólo entonces logré que me mirara, algo que llevaba tiempo intentando, incapaz de admitir el hecho de que ella ya se hubiera olvidado de lo que había ocurrido entre nosotros por la mañana, que lo hubiera olvidado completamente, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, me devolvió una sonrisa insulsa y como inquisitiva y tuve que esperar a que me sostuviera la mirada perpleja para que se acordara del tipo de sonrisa cómplice que yo andaba buscando. Mientras tanto, Ferdinand (las damas habían abandonado temporalmente el estrado después de deshacerse de sus instrumentos como de muebles viejos) llamaba la atención de sus compinches hacia la persona de un anciano, que almorzaba en un rincón remoto del café, que lucía, como algunos franceses, una cinta roja o algo parecido en la solapa de su americana y cuya barba gris se combinaba con sus bigotes para formar un confortable nido amarillento para su boca que mascaba alimentos y líquidos con cierta desmesura. De alguna manera, Ferdie siempre se había reído de las miserias de la edad.

No me quedé mucho tiempo en París, pero aquella semana fue suficiente para que naciera entre nosotros esa falsa camaradería para la que él mostraba tanto talento. Años más tarde, incluso llegué a prestarle algún servicio: mi empresa adquirió los derechos cinematográficos de uno de sus relatos más inteligibles, lo que dio lugar a que se entretuviera con mi acoso y derribo, importunándome con infinitos telegramas. En el transcurso de los años, nos fuimos encontrando de cuando en cuando en un sitio y en otro, pero nunca me sentí a gusto en su presencia, y también aquel día en Fialta experimenté una leve depresión al enterarme de que merodeaba por los alrededores; hubo algo, sin embargo, que me levantó considerablemente el ánimo: el desastre de su última obra de teatro.

Y ahora venía hacia nosotros, vestido con una trinchera absolutamente

impermeable, con cinturón y todo tipo de bolsillos de solapa, y también con una cámara fotográfica cruzada al hombro, doble suela de goma en los zapatos, chupando con una imperturbabilidad que pretendía ser graciosa el largo palitroque de un pirulí de caramelo, especialidad de Fialta. Junto a él caminaba Segur, apuesto y sonrosado, un muñeco amante del arte y un perfecto idiota; nunca logré descubrir por qué Ferdinand lo necesitaba; y todavía oigo a Nina exclamar con una ternura quejumbrosa que no la comprometía en absoluto: «¡Oh, es tan encantador, Segur!». Se acercaron; Ferdinand y yo nos saludamos apasionadamente, con un apretón de manos y un abrazo cordial y fervoroso, pretendiendo que aquel saludo fuera un preámbulo de algo más sólido que luego la experiencia siempre desmentía; porque siempre sucedía lo mismo: después de cada separación nos volvíamos a encontrar al son de los címbalos, en una explosión de genialidad, en un brote de todo tipo de sentimientos que parecía presagiar un torrente de emociones; pero los acomodadores cerraban las puertas y tras este acto ya no se admitía a nadie más.

Segur se quejó del tiempo y al principio no entendí de qué me estaba hablando; incluso si la esencia de Fialta, húmeda, gris, de invernadero, hubiera podido denominarse «tiempo», aquello era un tema de conversación tan absurdo entre nosotros como lo hubiera sido, por ejemplo, el esbelto codo de Nina, que yo sujetaba entre el índice y el pulgar, o un trozo de papel de estaño que alguien hubiera dejado caer en la calzada y que brillara a cierta distancia entre los adoquines de la calle.

Los cuatro seguimos caminando, con el vago pretexto de una serie de compras que teníamos intención de hacer más adelante. «¡Dios, vaya indio!», exclamó de repente Ferdinand presa de un entusiasmo violento, dándome un gran codazo para que me fijara en un cartel. Un poco más adelante, cerca de una fuente, le regaló el pirulí a una niña del lugar, una niña atezada que llevaba un collar de cuentas; nos detuvimos a esperarle: se agachó mientras le decía algo, hablándole directamente a los ojos, velados por unas pestañas negras de mugre, y luego nos alcanzó sonriendo y nos obsequió con una de esas observaciones tan típicas suyas con las que le gustaba adornar sus frases. Luego su atención se quedó prendida en un objeto desgraciado que se mostraba en una tienda de recuerdos: una horrorosa imitación en mármol del monte San Jorge que mostraba en su base un túnel negro, que resultaba ser la boca de un tintero, y que tenía un compartimento para las plumas en forma de raíles de ferrocarril. Con la boca abierta, temblando, fuera de sí como si acabara de lograr un triunfo sardónico, manoseó aquel engorroso objeto polvoriento y totalmente irresponsable, pagó sin pestañear, y todavía con la boca abierta salió con aquel monstruo en las manos. Como un autócrata que se rodea de jorobados y enanos, él se aferraba a cualquier objeto repugnante; esta adoración le podía durar unos cuantos o también muchos días, incluso más si se trataba de un objeto animado.

Nina, melancólica, hizo alusión al almuerzo y, aprovechando la oportunidad de

que Ferdinand y Segur se habían detenido en correos, me apresuré a llevármela de allí. Todavía me pregunto qué es lo que ella representaba exactamente para mí, aquella mujer pequeña y oscura, de espalda estrecha y «miembros líricos» (por citar la expresión de un remilgado poeta del exilio, uno de los pocos hombres que había suspirado platónicamente por ella) y aún entiendo menos el propósito de aquel destino que se empecinaba en propiciar nuestros constantes encuentros. Después de nuestro encuentro en París estuve mucho tiempo sin verla y luego un día, al volver del despacho, me la encontré en casa tomando el té con mi mujer, contemplando sobre su mano enguantada en seda que traslucía el brillo de su alianza de casada, la textura de unas medias baratas compradas en la Tauentzienstrasse. En una ocasión me mostraron su fotografía en una revista de modas llena de hojas de otoño y de guantes y de campos de golf azotados por el viento. Unas Navidades me envió una tarjeta de felicitación con nieve y con estrellas. En una playa de la Riviera casi se me escapa detrás de unas gafas de sol oscuras y de un bronceado de terracota. Otro día, en que por alguna razón me pasé inopinadamente por casa de unos desconocidos donde había una fiesta, vi su bufanda y su abrigo de piel entre extraños espantapájaros que colgaban en un perchero. En una librería me saludó desde la página de uno de los relatos de su marido, una página que se refería a una criada, un personaje secundario, en cuya descripción se había metido Nina como de contrabando a la contra de las intenciones del autor: «Su rostro», escribía, «era una instantánea tomada de la naturaleza más que un retrato meticuloso, de forma que… cuando trataba de imaginarlo sólo conseguía visualizar una serie volátil de rasgos inconexos: la silueta amelocotonada de sus pómulos al sol, la oscuridad parda y con tintes de ámbar de sus ojos inquietos, los labios que formaban una sonrisa amistosa que siempre estaba dispuesta a transmutarse en un beso ardiente».

Una y otra vez volvía a aparecer apresurada en los márgenes de mi vida, sin influir para nada en su texto básico. Una mañana de verano (un viernes, porque las doncellas estaban sacudiendo las alfombras para limpiarlas en el patio polvoriento al sol), mi familia había salido al campo y yo estaba vagueando y fumando en la cama cuando oí que sonaba el timbre con tremenda violencia, y allí estaba ella, había irrumpido en el vestíbulo para dejar (accidentalmente) una horquilla de pelo y (fundamentalmente) un baúl adornado con etiquetas de hoteles que una semana más tarde vino a buscar de su parte un joven austríaco que (según síntomas intangibles pero seguros) pertenecía a la misma cofradía cosmopolita que yo. De cuando en cuando, en medio de una conversación alguien mencionaba su nombre, y ella bajaba las escaleras de una frase fortuita, sin siquiera volver la cabeza. En un viaje por los Pirineos pasé una semana en un castillo que era propiedad de una gente con la que por azar Ferdinand y ella estaban pasando unos días, y nunca olvidaré mi primera noche en aquel lugar: cómo esperé, qué seguro estaba de que sin tener necesidad de

decírselo, ella se escaparía hasta mi cuarto, cómo no vino, y el ruido que los miles de grillos hacían en la profundidad delirante del jardín rocoso donde se derramaba a mares la luz de la luna, los arroyos que borboteaban delirantes, y cómo me debatí entre ceder a la bienaventurada fatiga sureña después de un largo día de caza en los barrancos y la sed salvaje de que ella viniera en secreto, riéndose por lo bajo, con sus tobillos rosas sobre las plumas de cisne que bordeaban sus zapatillas de tacón, pero la noche siguió su locura y ella no vino y, cuando al día siguiente, en el transcurso de un paseo que dimos todos por las montañas, le conté mi espera, ella apretó las manos desolada… y al momento, con un rápido vistazo, calculó la distancia que nos separaba de la espalda del gesticulante Ferd y de su amigo. Recuerdo mis llamadas telefónicas a través de media Europa (en viajes de trabajo de su marido) y también recuerdo no reconocer en principio su ávida voz como de perro; y recuerdo que una vez soñé con ella: soñé que mi hija mayor venía a decirme que el portero estaba en un buen aprieto —y cuando bajé a ver qué le pasaba, vi, sobre un ataúd, con un rollo de arpillera bajo la cabeza, los labios pálidos y envuelta en una bufanda de lana, a Nina, completamente dormida, como los miserables refugiados que duermen en estaciones de ferrocarril abandonadas de Dios. E independientemente de lo que le hubiera pasado a ella o a mí, en los interludios de nuestros encuentros, nunca discutíamos nada, como si en los intervalos nunca hubiéramos pensado en el otro ni en el destino, de manera que cuando nos encontrábamos, el ritmo de la vida se alteraba inmediatamente, todos sus átomos se combinaban de manera nueva y diversa, y nosotros vivíamos en otro medio temporal, más ligero, que se medía no en razón de las largas separaciones sino en razón de aquellos pocos encuentros con los que se iba formando artificialmente una vida corta, supuestamente frívola. Y con cada nuevo encuentro mi inquietud iba creciendo; no, no experimentaba ningún colapso interno, emocional, la sombra de la tragedia no acechaba nuestros gozos, mi vida marital no se veía atacada, mientras que, por otro lado, su ecléctico marido ignoraba sus *affaires* accidentales aunque les sacaba provecho en forma de contactos agradables y útiles. Yo me inquietaba porque algo precioso, delicado, irrepetible se estaba perdiendo: algo que yo mismo estropeaba al cortarlo apresuradamente en pequeños trozos brillantes mientras que desatendía el centro modesto pero verdadero que quizá insistía en ofrecerme con un susurro lleno de piedad. Yo me inquietaba porque, a la larga, estaba aceptando la vida de Nina, las mentiras, la futilidad, la tontería, el galimatías de aquella vida. Aun cuando no existiera desencuentro sentimental, yo me sentía obligado a buscar una interpretación racional, que no moral, de mi existencia y ello significaba escoger entre el mundo en el que me hacían un retrato, con mi mujer, mis hijas jóvenes, el dobermann (guirnaldas idílicas, un anillo de sello, un bastón ligero) entre un mundo feliz, prudente y bueno… ¿y qué? ¿Había alguna posibilidad práctica de vivir con Nina, una vida que yo apenas podía imaginarme, porque estaría

penetrada, lo sabía, por una apasionada, intolerable amargura y en cada momento de la misma sería consciente de la existencia de un pasado, abarrotado de proteicos amantes? No, aquello era absurdo. Y además, ¿no estaba encadenado a su marido por algo más fuerte que el amor —la amistad inquebrantable entre dos criminales? ¡Absurdo! ¿Pero qué hubiera tenido que hacer contigo, Nina, qué hubiera debido hacer para liberarme de la carga de tristeza que se había ido acumulando como resultado de nuestros encuentros, despreocupados en apariencia, pero en verdad desesperados?

En Fialta se amalgaman la ciudad vieja y la nueva; aquí y allí, el pasado y el presente se entrelazan, luchando cada uno de ellos por liberarse o por deshacerse del otro; cada una de ellas tiene sus propios métodos: el recién llegado lucha honradamente —importando palmeras, abriendo elegantes agencias de viajes, pintando en tonos crema la superficie roja de las pistas de tenis; mientras que la vieja ciudad furtiva surge subrepticiamente desde un rincón, bajo la forma de una callejuela necesitada de muletas o de las escalinatas de una rampa que no lleva a ninguna parte. De camino al hotel pasamos delante de una villa blanca a medio construir, llena de basura en su interior, en una de cuyas paredes se veía a los mismos elefantes de siempre, con las rodillas bien abiertas, sentados sobre unos tambores enormes y llamativos; y de un macizo de nubes etéreas surgía una amazona (a la que ya le habían pintado un bigote) a horcajadas en el poderoso lomo de un corcel; y un payaso con nariz de tomate caminaba por la cuerda floja, con un paraguas adornado con aquellas estrellas recurrentes —un vago recuerdo simbólico de la madre patria celestial de todos los artistas de circo. Aquí en la parte de la Riviera de Fialta, la grava mojada crujía de manera más lujosa, y el suspiro perezoso del mar era más audible. En el patio de atrás del hotel, un pinche de cocina armado con un cuchillo perseguía a una gallina que cloqueaba enloquecida mientras corría para salvar la vida. Un limpiabotas me ofreció su trono inmemorial con sonrisa desdentada. Bajo los plátanos había una motocicleta de marca alemana, una limosina toda cubierta de barro, y un Icaro amarillo de cuerpo largo que parecía un escarabajo gigante («Ese es nuestro, quiero decir de Segur», dijo Nina, para añadir después: «¿Por qué no vienes con nosotros, Víctor?», aunque sabía muy bien que yo no podía ir con ellos); en la laca de sus élitros se encerraba un *gouache* de cielo y ramas; en el metal de uno de los faros con forma de bomba se reflejaron momentáneamente nuestras figuras, pasajeros de fina película que se deslizan por la superficie convexa; y cuando tras unos cuantos pasos, eché la vista atrás, vi, o mejor, anticipé visualmente lo que iba a suceder en las próximas horas: los tres con cascos de conducir, metiéndose en el coche, sonriéndome y despidiéndose de mí, y yo los veía con la transparencia de los fantasmas, aunque en realidad los colores del mundo brillaban y se reflejaban en sus cuerpos, y luego, se ponían en movimiento, se perdían en la distancia, se iban

haciendo cada vez más pequeños (el último adiós de los diez dedos de Nina); pero la verdad es que el automóvil seguía allí inmóvil, suave y entero, como un huevo y Nina apoyada en mi abrazo atravesaba una puerta flanqueada de laurel, y al sentarnos vimos por la ventana a Ferdinand y a Segur que venían hacia nosotros por otro camino.

No había nadie en la terraza donde almorzamos excepto aquel inglés con quien me había cruzado anteriormente; ante él, un vaso largo con una bebida carmesí producía un reflejo ovalado en el mantel. Comprobé que sus ojos seguían conservando el mismo deseo sangriento de nuestro primer encuentro, pero aquel deseo ya no apuntaba a Nina; aquella mirada ávida ya no se dirigía a ella, sino que estaba fija en el extremo superior derecho de la gran ventana junto a la que se sentaba.

Nina liberó sus manos menudas y delgadas de los guantes que las protegían y por última vez en su vida, se dispuso a comer aquel marisco que tanto le gustaba. También Ferdinand estaba enfrascado en su comida y yo me aproveché de su apetito para iniciar una conversación que pensé me daba un cierto poder sobre él: para ser más concreto, le mencioné su reciente fracaso. Tras de un breve período de conversión religiosa, entonces de moda, en el que la gracia descendió sobre él y le llevó a emprender una serie de peregrinaciones bastante ambiguas que terminaron en una aventura decididamente escandalosa, fijó su aburrida mirada en el bárbaro Moscú. Si soy sincero, debo admitir que siempre me han irritado quienes sostienen con toda complacencia que una leve dosis de monólogo interior, mezclada con una serie de vigorosas obscenidades a las que se les añade un toque de comunismo teórico y posteriormente tratan de fundirse en la redoma de una fregona naturalista puedan producir automáticamente y como por alquimia una literatura ultramoderna; y defenderé hasta la muerte que tan pronto como el arte entra en contacto con la política se degrada inevitablemente hasta alcanzar el nivel de basura ideológica. Bien es verdad que en el caso de Ferdinand, estas disquisiciones resultan bastante irrelevantes: los músculos de su musa eran excepcionalmente fuertes, además de que no le importaba lo más mínimo la situación de los desheredados de la fortuna; pero su arte, en razón precisamente de ciertas corrientes de este tipo, oscuramente dañinas, se había vuelto todavía más repugnante. A excepción de unos cuantos snobs nadie había entendido la obra; yo no la había visto, pero me podía imaginar muy bien aquella elaborada noche kremlinesca en torno a cuyas imposibles espirales había elaborado varias ruedas de símbolos desmembrados; por lo que ahora experimenté un cierto placer al preguntarle si no había leído una crítica reciente acerca de su obra.

—¡La crítica! —exclamó—. ¡Bonita crítica! Cualquier mequetrefe con cierta habilidad se considera legitimado para darme lecciones. La ignorancia de mi trabajo constituye su felicidad. Pasan por mis obras de puntillas, como si fueran a estallarles

en las manos. ¡Crítica! Examinan mis obras desde todos los puntos de vista a excepción del único que de verdad interesa. Es como si un naturalista al describir el genio de los caballos empezara a hacer disquisiciones acerca de las sillas de montar o de madame de V. —mencionó a una conocida anfitriona literaria que se parecía muchísimo a un caballo cuando se reía—. Me gustaría también tomar un poco de la sangre de ese pichón —dijo dirigiéndose al camarero, que sólo entendió lo que le pedía después de seguir con la mirada la dirección de su dedo afilado que sin ninguna ceremonia apuntaba a la copa del inglés. Por alguna que otra razón, Segur mencionó a Ruby Rose, la dama que se pintaba flores en el pecho, y la conversación adquirió un sesgo menos agresivo. Mientras tanto, el corpulento inglés tomó una decisión, se subió a una silla, de ahí pasó al alféizar de la ventana y se estiró hasta alcanzar la esquina codiciada del marco donde descansaba una polilla compacta y velluda que él diestramente encerró en una cajita.

—… más bien como el caballo blanco de Wouwerman —dijo Ferdinand, en relación con algo que estaba discutiendo con Segur.

—*Tu es très hippique ce matin* —observó este último.

En seguida los dos amigos se fueron a hablar por teléfono. A Ferdinand le gustaban particularmente las llamadas internacionales y tenía una especial disposición para concederles, cualquiera que fuera la distancia, un calor de amistad cuando era necesario, como por ejemplo ahora, asegurarse alojamiento gratis.

De lejos llegaba el sonido de la música, una trompeta, una cítara. Nina y yo nos fuimos de nuevo a pasear. El circo, camino de Fialta, había enviado al parecer acróbatas y artistas que le precedieran y anunciaran su llegada: un desfile publicitario marchaba por la ciudad; pero nos perdimos la cabeza del mismo, porque ya había subido a la parte alta de la ciudad y se había metido en una calle lateral: la trasera dorada de un carro se alejaba en la distancia, un hombre en albornoz tiraba de un camello, una hilera de cuatro indios entecos portaba unos carteles sujetos a unos palos y, detrás de ellos, con un permiso especial, venía el hijo pequeño de algún turista vestido de marinero y sentado reverencialmente a lomos de un pony diminuto.

Nos acercamos a un café donde las mesas ya estaban casi secas aunque seguían vacías; el camarero examinaba (y espero que se lo apropiara más tarde) un hallazgo horroroso, aquel tintero absurdo que Ferdinand había dejado en la barandilla al pasar. En la esquina siguiente nuestra atención se quedó prendida en una vieja escalera de piedra y subimos por ella y yo no dejaba de mirar el ángulo agudo de las pisadas de Nina mientras subía, levantándose la falda cuya estrechez requería el mismo gesto que su longitud necesitara en épocas pasadas; ella difundía una suerte de calor que me resultaba conocido y subiendo junto a ella, me acordé de la última vez que habíamos estado juntos. Fue en una casa en París, con mucha gente, y mi querido amigo Jules Darboux, que quería hacerme un favor estético y refinado, me dio un

toque en la manga y me dijo: «Quiero que conozcas…», y me llevó hasta Nina, que estaba sentada en una esquina del sofá, con el cuerpo doblado en forma de Z, y un cenicero en los tobillos; se sacó la larga boquilla turquesa de los labios y lentamente, gozosamente exclamó: «Pero bueno quién me iba a decir a mí que…», y luego, a lo largo de la noche, sentí como si el corazón se me fuera a romper mientras iba de grupo en grupo con una copa pegajosa en la mano, mirándola de cuando en cuando en la distancia (ella no me miraba…) y escuchando retazos de conversación hasta que sorprendí a un hombre que le decía a otro: «Qué gracioso, cómo huelen, todas igual, hojas quemadas, cualquiera que sea el perfume que lleven, esas chicas angulosas y morenas», y como ocurre a menudo, una observación trivial relacionada con un tema desconocido se enredó y se quedó prendida en mis recuerdos, un parásito de su tristeza.

En la parte más alta de las escaleras, nos encontramos con una especie de tosca terraza. Desde allí se veía la silueta delicada y gris de paloma del monte San Jorge con un puñado de manchas color hueso (alguna aldea) en una de sus pendientes; el humo de un tren apenas visible se elevaba en ondas desde su base… para desaparecer repentinamente; más abajo, entre el desorden de los tejados, se distinguía un ciprés solitario, que parecía la punta húmeda y gastada de un pincel de acuarelas; a la derecha, se conseguía una breve vista del mar, que era gris, con arrugas de plata. A nuestros pies había una vieja llave roñosa, y en la pared de la casa medio en ruinas que lindaba con la terraza, colgaban todavía los restos de unos cables… Pensé que hubo un tiempo en el que existió vida en aquel lugar, en el que una familia gozó del fresco de la noche, que unos niños torpes entretuvieron sus horas coloreando una serie de cromos a la luz de una lámpara… Nos quedamos ahí sin hacer nada como si estuviéramos escuchando algo; Nina, que se había subido a una especie de escalón, me puso una mano en el hombro y sonrió, y con cuidado, para no estropear su sonrisa, me besó. Con una fuerza insoportable, reviví (o por lo menos eso creo ahora) todo lo que había sucedido entre nosotros, todo aquello que había comenzado con un beso semejante, y dije (sustituyendo nuestro barato y formal «tú» por ese «usted» expresivo y lleno de sentido al que el navegante retorna, tras dar la vuelta al mundo que ha enriquecido toda su persona): «Escuche, ¿y qué pasaría si le dijera que la quiero?». Nina me miró, yo repetí aquellas palabras, quería añadir… pero algo como un murciélago pasó veloz por su rostro, una expresión rápida, extraña, casi fea, y ella, que no tenía miramientos para decir tacos y juramentos con toda naturalidad, sintió vergüenza; yo también me sentí raro… «No importa, era una broma», me apresuré a decirle abrazándola suave por la cintura. Un ramo de violetas pequeñas, oscuras, que no escatimaban su aroma apareció en sus manos sin saber bien de dónde, y antes de que volviera junto a su marido y su coche, nos quedamos un poco más junto al parapeto de piedra y nuestro romance fue entonces más desesperado que nunca. Pero

la piedra estaba caliente como la carne y de repente entendí algo que había estado viendo sin comprenderlo —por qué un trozo de papel de aluminio había brillado tanto sobre el asfalto, por qué el brillo de una copa había temblado sobre el mantel, por qué el mar brillaba glorioso: de alguna manera, imperceptiblemente, el cielo blanco sobre Fialta se había saturado de sol, y ahora toda ella estaba impregnada de sol, y este resplandor blanco rebosante no dejaba de crecer, todo se disolvía en él, todo se desvanecía, todo desaparecía y yo estaba en el andén de la estación de Mlech con un periódico recién comprado que me informaba de que el coche amarillo que había visto bajo los plátanos había sufrido un accidente al salir de Fialta, al chocar a toda velocidad con el vagón de un circo ambulante que entraba en la ciudad, un choque del que Ferdinand y su amigo, aquellos sinvergüenzas invulnerables, aquellas salamandras del destino, aquellos basiliscos de la buena suerte, habían escapado indemnes, con heridas leves y localizadas, mientras que Nina, a pesar de haberlos imitado fielmente durante largos años, había resultado ser, después de todo, mortal.

Nube, castillo, lago [*]

Uno de mis agentes comerciales —un tipo soltero, modesto suave y muy eficaz— tuvo la fortuna de que le tocara en suerte un viaje de placer en un baile benéfico organizado por unos refugiados rusos. Fue en 1936 o 1937. Era pleno verano y no paraba de llover en Berlín (ya iban por la segunda semana de humedad y de frío, y era una pena ver que todo estaba verde en vano, y que sólo los gorriones seguían cantando alegres); no le apetecía ir a ningún sitio, pero cuando trató de vender su billete en la oficina de la agencia de viajes de placer le dijeron que para hacerlo necesitaba pedir un permiso especial en el Ministerio de Transportes; cuando fue a tramitar la autorización requerida a la oficina correspondiente, le comunicaron que primero debía rellenar ante notario una complicada instancia con su correspondiente papel timbrado y además, debía obtener de la policía un sedicente «certificado de no-ausencia de la ciudad durante el verano».

Así que, no sin antes suspirar contrariado, decidió emprender aquel viaje. Pidió prestada una cantimplora a unos amigos, echó suelas a sus zapatos, se compró un cinturón y una camisa de lana a la moda —uno de esos objetos cobardes que se arrugan al primer lavado. Por cierto, era demasiado grande para aquel hombre menudo, con el pelo siempre bien cortado y arreglado, de ojos tan inteligentes y llenos de bondad. No recuerdo ahora su nombre. Creo que se llamaba Vasiliy Ivanovich.

La víspera de su marcha durmió mal. ¿Y por qué? Porque tenía que levantarse temprano, a una hora a la que no estaba acostumbrado y por lo tanto soñó durante toda la noche con el rostro delicado del reloj y su incesante tictac que velaba su sueño en la mesilla de noche; pero, sobre todo, porque aquella misma noche, sin razón alguna, empezó a imaginarse que aquel viaje que le había regalado el destino personificado en una mujer elegante vestida con un escotado traje de noche, este viaje que había aceptado tan renuentemente, le iba a traer una felicidad inmensa, maravillosa, trémula. Una felicidad que, de alguna forma, estaría relacionada con su infancia, y con la excitación que le provocaba la poesía rusa, y con algún horizonte crepuscular entrevisto una vez en sueños, y con aquella señora, la esposa de otro hombre, a la que había amado desesperadamente durante siete años —pero sería más llena y más significativa todavía que todo aquello. Y además, en su fuero interno, sabía que una vida realmente buena debería estar orientada hacia alguien o hacia algo.

Era una mañana sombría, y sin embargo vaporosa y cálida en su humedad, con un sol velado e íntimo, y resultaba agradable el traqueteo del tranvía que le conducía

hasta la lejana estación de ferrocarril donde iba a reunirse el grupo: una serie de gente variada, me temo, iban a formar parte de la excursión. ¿Quiénes serían aquellos seres apáticos, sin vida todavía, como todas las criaturas que no conocemos aún? Los vio junto a la ventanilla número seis, a las siete en punto, como indicaban las instrucciones que venían con el billete (ya le estaban esperando; había conseguido llegar unos tres minutos tarde).

Un joven rubio, larguirucho, vestido de tirolés destacaba inmediatamente entre los demás. Estaba quemado como la cresta de un gallo y tenía unas enormes rodillas, rojas como un ladrillo y con pelos dorados, y parecía que llevaba la nariz lacada. Era el jefe de la expedición, contratado por la agencia de viajes, y en cuanto el recién llegado se hubo unido al grupo (que consistía en cuatro mujeres y otros tantos hombres), los condujo hasta un tren que esperaba escondido, agazapado detrás de otros trenes, acarreando una monstruosa mochila con una facilidad pasmosa, y chacoloteando en el asfalto con sus botas de clavos.

Encontraron sitio para todos en un vagón vacío, indudablemente de tercera, y Vasiliy Ivanovich, tras sentarse y comerse una menta, abrió un pequeño volumen de Tyutchev, que llevaba tiempo queriendo releer; pero le pidieron que dejara el libro y se uniera al grupo. Un empleado de correos, ya mayor, que llevaba gafas y tenía la cabeza, los pómulos y el labio superior de un azul ceroso como si acabara de afeitarse la barba, que era especialmente dura y abundante, para el viaje, anunció al momento que había estado en Rusia y que sabía algo de ruso —por ejemplo, *patzlui*— y, al recordar sus escarceos amorosos en Tsaritsyn, empezó a parpadear de tal manera y a hacer tales muecas que su gorda esposa dibujó en el aire la silueta de un revés que fuera a darle en el oído. El grupo se volvía cada vez más ruidoso. Cuatro empleados de la misma constructora se contaban chistes pesados: uno de ellos era un hombre de mediana edad, Schultz; el otro, un hombre más joven, también se llamaba Schultz, y dos mujeres jóvenes y nerviosas con grandes bocas y grandes traseros. La viuda pelirroja y más bien burlesca que llevaba una falda deportiva conocía también algo de Rusia (las playas de Riga). El grupo se cerraba con un joven moreno llamado Schramm, con ojos sin brillo y una vaga maldad aterciopelada en su personalidad y en sus modales, que constantemente cambiaba el tema de conversación para hablar de tal o cual aspecto atractivo de la excursión y que fue quien primero mostró signos de apreciación entusiasta; resultó ser, como más tarde se vio, un empleado especial de la agencia de viajes de placer.

La locomotora, trabajando a tope, atravesó un bosque de pinos, luego, ya sin tanto esfuerzo, unos campos. Aunque todavía no era totalmente consciente del absurdo y del horror de la situación en la que se encontraba y quizá porque todavía intentaba convencerse de que todo era muy agradable, Vasiliy Ivanovich consiguió gozar de las fugaces maravillas del camino. Y realmente, ¡qué atractivo es el viaje, qué encanto

adquiere el mundo cuando da vueltas y se mueve como un tiovivo! El sol se arrastró hasta una esquina de la ventana para luego derramarse de repente por todo el banco amarillo. La sombra del vagón, comprimida en sus formas, corría como loca por el césped del borde del ferrocarril, donde las flores se fundían en rayas de colores. Un cruce: un ciclista esperaba, con un pie en el suelo. Los árboles aparecían tanto en grupos como aislados, girando fríos y afables, como un desfile de modelos donde se mostraran las últimas modas. La humedad azul de un barranco. Un recuerdo de amor, disfrazado de césped. Finas nubes —lebreles del cielo.

A nosotros, a Vasiliy Ivanovich y a mí, siempre nos ha impresionado el anonimato de las distintas partes de un paisaje, tan peligroso para el alma, la imposibilidad de saber nunca adonde lleva aquel camino que ves —y mira ¡qué bosquecillo tan tentador! A veces, en una colina lejana o en un claro entre los árboles aparecía y, por así decir, se detenía un instante, como aire retenido en los pulgones, un lugar tan encantador —un césped, un arriate—, una expresión tan perfecta de tierna y bondadosa belleza, que creíamos que si lográbamos detener el tren para ir hasta aquel lugar, y deteneros allí para siempre, hasta ti, mi amor… Pero los miles de troncos de abedules saltaban ya como locos tras la ventanilla, arremolinándose en un charco que chisporroteaba al sol, y una vez más, desaparecía ante nuestros ojos la oportunidad de la felicidad.

En las estaciones, Vasiliy Ivanovich observaba la configuración de algunos objetos completamente insignificantes —una mancha en el andén, el hueso de una cereza, la colilla de un cigarrillo—, y se decía a sí mismo que nunca, nunca recordaría aquellas tres pequeñas cosas relacionadas allí y entonces de esa manera particular, que nunca recordaría aquella forma que ahora contemplaba con aquella precisión mortal; o también al mirar a un grupo de chiquillos que esperaba el tren, trataba con todas sus fuerzas de atisbar al menos en uno de ellos un destino excepcional —en forma de violín o de corona, de lira o de hélice— y se quedaba contemplándolos hasta que el grupo entero de chicos de pueblo adquiría el tono sepia de una vieja fotografía, reproducida ahora con una pequeña cruz blanca sobre el rostro del último chico a la derecha de la fila: la infancia del héroe.

Pero sólo se podía mirar por la ventana a retazos. A todos les habían dado unas partituras de música con sus correspondientes versos, cortesía de la agencia de viajes:

¡Deja atrás tus cuitas y tu melancolía,
Toma tu bastón y levántate,
Ven y marcha por los bosques
Con nosotros, jóvenes valientes!

¡Ven y marcha por los prados de tu tierra,
Con nosotros, jóvenes valientes,

Mata al solitario y a sus penas
Destruye las dudas y pesares!

¡En el paraíso del páramo
Donde el animal grita y muere,
Marchemos y sudemos juntos
Con los jóvenes de piedra y acero!

Comenzaron a cantar a coro: Vasiliy Ivanovich, que no solo era incapaz de cantar sino que ni siquiera podía pronunciar con claridad las palabras alemanas, se aprovechó del rugido anegador de la confusión de voces y se limitó a abrir la boca moviéndose ligeramente como si llevara el compás con el cuerpo, como si de verdad estuviera cantando, pero el jefe de grupo, a una seña del sutil Schramm, detuvo de pronto el canto general y mirando de reojo a Vasiliy Ivanovich, le pidió que cantara un solo. Vasiliy Ivanovich se aclaró la garganta y empezó tímidamente, y tras un minuto de tormento solitario se le unieron todos los demás; pero en adelante no se atrevió a dejar de cantar.

Había comprado en la tienda rusa su variedad favorita de pepino, una hogaza de pan y tres huevos. Cuando se hizo de noche, y el sol carmesí, ya bajo, invadió el vagón mugriento y mareado, aturdido incluso con el estrépito de su marcha, todos fueron invitados a compartir sus provisiones y a dividirlas de manera ecuánime —lo cual no dejaba de ser extremadamente fácil, porque todos, excepto Vasiliy Ivanovich, llevaban las mismas cosas. A todos les divirtió mucho el pepino, lo consideraron incomible y lo arrojaron por la ventana. En vista de lo insuficiente de su contribución a Vasiliy Ivanovich le dieron una porción de salchicha más pequeña que a los demás.

Le obligaron a jugar a las cartas. Le manosearon, le interrogaron, comprobaron que era capaz de mostrar la ruta del viaje en un mapa, en una palabra, todos se ocuparon de él, al principio con buena intención, luego con malevolencia, que se iba haciendo más intensa a medida que avanzaba la noche. Las dos chicas se llamaban Greta; la viuda pelirroja de alguna forma se parecía al gallito del jefe; Schramm, Schultz y el otro Schultz, junto con el empleado de correos y su mujer, fueron mezclándose gradualmente unos con otros, confundiéndose, hasta formar un ser colectivo, tambaleante, de infinitos tentáculos cuyo abrazo era imposible resistir. Le presionaban por todas partes. Pero de repente al llegar a una estación, se bajaron todos, ya era de noche, aunque en el oeste todavía se veía una nube muy rosa, muy larga, y en la distancia de los raíles, con una luz que atravesaba el alma, la estrella de una farola temblaba a través del humo lento de la máquina y los grillos chirriaban en la oscuridad y desde algún lugar llegaba el olor del jazmín y del heno, mi amor.

Pasaron la noche en una posada desvencijada. Una chinche madura es horrible, pero hay una cierta gracia en los movimientos de un lepisma sedoso. El empleado de

correos se vio separado de su mujer, que tuvo que dormir con la viuda; y pasó la noche con Vasily Ivanovich. Las dos camas ocupaban toda la habitación. El edredón arriba, el orinal abajo. El empleado dijo que por alguna razón no tenía sueño, y empezó a hablar de sus aventuras rusas, con bastante más detalle que en el tren. Era un hombre bastante chulo, terco y obstinado, con garras de madreperla en sus dedos sucios, y piel de oso en sus gruesos pechos, que se había puesto unos largos calzoncillos de algodón para dormir. Una polilla pasó rauda por el techo, codeándose con su sombra. «En Tsaritsyn», decía el empleado, «hay ahora tres escuelas, una alemana, una checa, y una china. Bueno, al menos eso es lo que dice mi cuñado; fue allí a construir tractores».

Al día siguiente, desde primera hora de la mañana hasta las cinco de la tarde, levantaron polvo por una carretera que serpenteaba de colina en colina; luego tomaron una carreterita verde a través de un denso bosque de abetos. Vasiliy Ivanovich, que era el que llevaba menos peso, tuvo que acarrear bajo el brazo una enorme hogaza de pan. ¡Cómo te odio, nuestro pan cotidiano! Pero con todo, sus ojos, preciosos, experimentados, observaban todo cuanto era necesario. Contra el fondo de la oscuridad de abetos, colgaba verticalmente una aguja seca sobre un hilo invisible.

Y de nuevo se apiñaron en un tren, y de nuevo el pequeño vagón sin compartimentos procedió a vaciarse. El otro Schultz empezó a enseñarle a Vasiliy Ivanovich a tocar la mandolina. Hubo muchas risas. Cuando se cansaron de aquello, se inventaron un juego que fue supervisado por Schramm. Consistía en lo siguiente: las mujeres elegían un banco donde tumbarse, bajo el cual ya se había escondido uno de los hombres, y cuando de debajo del banco, salía un rostro rubicundo con grandes orejas, o una gran mano extendida, cuyos dedos curvados se disponían a meterse bajo las curvas de una mano femenina (lo cual provocaba muchas risas y gritos), entonces se revelaba quién se acoplaba con quién. Por tres veces Vasiliy Ivanovich estuvo tumbado en la sucia oscuridad y por tres veces resultó que no había nadie sobre el banco bajo el cual había reptado. Le fue concedido el *status* de perdedor y se vio obligado a comerse la colilla de un cigarrillo.

Pasaron la noche en colchones de paja en un granero, y a primera hora de la mañana emprendieron de nuevo la marcha a pie. Abetos, barrancos, arroyos llenos de espuma. Vasiliy Ivanovich se quedó tan exhausto con el calor, con las canciones que había que berrear constantemente, que cuando a mediodía pararon a descansar, se quedó inmediatamente dormido, y sólo se despertó cuando los otros empezaron a espantar a bofetadas a unas moscas imaginarias que se hubieran posado sobre su cuerpo. Pero después de otra hora de marcha, descubrió de repente aquella verdadera felicidad con la que en tiempos entretuvo sus sueños.

Era un lago azul, puro, con una expresión desacostumbrada en sus aguas. En el

centro del mismo se reflejaba una gran nube en toda su magnitud. Al otro lado, sobre una colina cubierta por completo por un denso verdor (y cuanto más oscuro es el verdor, más poético resulta), un antiguo castillo negro que surgía de dáctilo en dáctilo se elevaba majestuoso. No hace falta insistir en que panoramas semejantes se encuentran a menudo en Europa Central, pero éste —en la armonía única e inefable de sus tres partes principales, en su sonrisa, en una especie de inocencia misteriosa que le embargaba, ¡amor mío!— era algo tan único, tan cercano, tan largo tiempo esperado y además, *entendía* tan certeramente al espíritu que lo contemplaba, que Vasiliy Ivanovich se tuvo que llevar la mano al corazón como si quisiera asegurarse de que éste todavía ocupaba su lugar en el pecho antes de poder entregarlo.

A cierta distancia, Schramm, blandiendo el bastón de montaña del jefe de grupo, llamaba la atención de los excursionistas hacia este o aquel detalle; se habían aposentado en círculo en la hierba en actitudes como las que se ven en las fotografías de aficionados, mientras que el jefe se había sentado en un tronco de árbol, dando la espalda al lago mientras comía un refrigerio. Silenciosamente, ocultándose tras su propia sombra, Vasiliy Ivanovich fue circundando la ribera del lago hasta llegar a una especie de fonda. Le saludó un perro, todavía cachorro; se le subió al estómago, con las mandíbulas abiertas como si se riera con la cola dando golpes fervientes contra el suelo. Vasiliy Ivanovich acompañó al perro hasta la casa, una edificación de dos pisos de distintos colores, con una ventana que hacía guiños bajo unas pestañas convexas de azulejos; y allí encontró al propietario, un anciano alto que parecía vagamente un veterano ruso de la guerra que hablaba tan mal el alemán, con un deje tan suave que Vasiliy Ivanovich se puso a hablar en su lengua, pero el hombre lo entendía como en sueños y siguió hablando en el lenguaje de su entorno, de su familia.

Arriba había una habitación para viajeros. «Sabe usted, la voy a alquilar para el resto de mi vida», dicen que dijo Vasiliy Ivanovich tan pronto como entró en la misma. La habitación en sí no tenía nada de extraordinario. Al contrario, era un cuarto de lo más común, con un suelo rojo, margaritas pintadas en las paredes blancas, y un pequeño espejo medio lleno con la infusión amarilla del reflejo de unas flores, pero por la ventana se veía con toda nitidez el lago con su nube y su castillo, en una inmóvil y perfecta conjunción de felicidad. Sin pensar, sin considerar, limitándose a entregarse a una atracción cuya única verdad consistía en su propia fuerza, una fuerza que nunca había experimentado con anterioridad, Vasiliy Ivanovich en un radiante segundo, se dio cuenta de que en aquella pequeña habitación con aquella vista, maravillosa hasta derramar lágrimas, la vida sería por fin lo que siempre había imaginado que fuera. Cómo sería exactamente, qué tendría lugar allí, eso evidentemente no lo sabía, pero todo a su alrededor era ayuda, promesa, y consolación… de forma que no había la más mínima duda de que él tenía que vivir allí. En un segundo pensó cómo lo arreglaría todo para no tener que volver

de nuevo a Berlín, cómo traer hasta allí las escasas posesiones que tenía —libros, el traje azul, su fotografía. ¡Qué sencillo estaba resultando todo! Como agente comercial de mi empresa ganaba suficiente para la vida modesta de un refugiado ruso.

—Amigos míos —exclamó, después de bajar corriendo al prado junto a la ribera —, amigos míos, adiós. Me quedaré para siempre en esa casa de ahí. Ya no seguiremos viaje juntos. No iré más lejos. No voy a ningún lado. ¡Adiós!

—Pero ¿qué dice? —dijo el jefe con una voz extraña, tras una breve pausa, durante la cual la sonrisa en los labios de Vasiliy Ivanovich se fue desvaneciendo lentamente, mientras que la gente sentada en la hierba hacía amago de levantarse, contemplándole con mirada sepulcral.

—Pero ¿por qué? —murmuró—. Es aquí donde…

—¡Silencio! —bramó de repente el empleado de correos con extraordinaria fuerza—. Recupere el sentido común, ¡Cerdo borracho!

—Esperen un momento, caballeros —dijo el jefe, y después de pasarse la lengua por los labios, se volvió hacia Vasiliy Ivanovich.

—Probablemente ha estado bebiendo —dijo despacio—. O quizá se ha vuelto loco. Está de viaje de placer con nosotros. Mañana, según el itinerario convenido, mire su billete, todos volvemos a Berlín. No ha lugar que nadie, en este caso usted, se niegue a continuar nuestro viaje común. Hoy cantábamos cierta canción, trate de recordar sus palabras. ¡Vale ya! Venga, muchachos, seguimos la marcha.

—Habrá cerveza en Ewald —dijo Schramm con voz acariciante—. Cinco horas de tren. Excursiones y marchas. Un pabellón de caza. Minas de carbón. Muchas cosas interesantes.

—Me quejaré —gimió Vasiliy Ivanovich—. Devuélvanme mi bolsa. Tengo derecho a permanecer donde quiera. Oh, pero esto es una invitación a que me decapiten —me dijo que lloró cuando lo cogieron por los brazos.

—Si es necesario, nos lo llevaremos por la fuerza —dijo el jefe severamente—, pero eso no será demasiado agradable. Yo soy responsable de cada uno de ustedes y los traeré de vuelta a casa, a cada uno, vivo o muerto.

Arrastrado a lo largo de un camino del bosque como en un odioso cuento de hadas, apretujado, retorcido, Vasiliy Ivanovich no podía ni siquiera volverse, y sólo sentía alejarse el resplandor a su espalda, roto por los árboles y al cabo de un rato, también el resplandor desapareció por completo, y alrededor, se agitaban los oscuros abetos sin interferir en la escena. En cuanto se acomodaron en el vagón y el tren se puso en marcha, todos ellos empezaron a darle golpes —le golpearon durante un buen rato, y con mucha originalidad. Se les ocurrió, entre otras cosas, utilizar un sacacorchos en la palma de su mano; luego en los pies. El empleado de correos, que había estado en Rusia, hizo un látigo con un palo y un cinturón y empezó a usarlo con endemoniada destreza. Los otros hombres se apoyaban más bien en los tacones de

acero de sus botas, mientras que las mujeres se contentaban con pincharle y darle bofetadas. Todos lo pasaron maravillosamente.

Cuando volvió a Berlín, me llamó, estaba muy cambiado, se sentó en silencio, con las manos sobre las rodillas, y me contó su historia; no dejaba de repetir que tenía que dejar su trabajo, me suplicaba que lo dejara marchar, insistía en que no podía continuar, que no tenía ya fuerzas para pertenecer de nuevo a la humanidad. Evidentemente, le dejé ir.

Destruid al tirano [*]

1.

El paulatino incremento de su poder y la progresiva extensión de su fama rivalizaban con el grado de las penas y la severidad del castigo que mi imaginación hubiera deseado infligirle. Así, en los primeros tiempos, me habría conformado con una derrota electoral, con un enfriamiento del entusiasmo que provocaba en las masas. Un poco más tarde, yo ya requería su encarcelación; pasado el tiempo, su exilio a alguna isla desierta y llana con una sola palmera, que, como un asterisco negro, hiciera referencia directa al abismo de un infierno eterno hecho de soledad, de desgracia y de impotencia. En el momento actual, finalmente, nada salvo su muerte me satisfaría plenamente.

Como en las gráficas que demuestran visualmente su encumbramiento, indicando el número de sus seguidores mediante el aumento gradual de una pequeña figura que se va haciendo cada vez más grande y luego enorme, mi odio hacia él, de brazos cruzados como los de sus fotografías, fue asimismo acrecentándose amenazadoramente en el centro del espacio de mi alma, hasta casi llenarla por completo, dejando libre tan sólo una estrecha franja de luz en su circunferencia externa (que más parecía la corona de la locura que el halo del martirio), aunque presiento ya el día en que llegará a producirse en mi alma un eclipse total.

Sus primeros retratos, en los periódicos y en los escaparates así como en los diversos carteles, que también proliferaban en nuestra patria, bien irrigada de lágrimas y sangre, estaban un poco difuminados: eso era cuando yo todavía albergaba mis dudas acerca del resultado mortal de mi odio. Un cierto apunte de humanidad, cierta posibilidad de que fracasara, su posible hundimiento quizá una enfermedad, Dios sabe qué, todo ello se vislumbraba débilmente en alguna de aquellas fotografías donde posaba fortuitamente en diferentes formas y actitudes que todavía no se había estandarizado así como en una mirada vacilante que aún no había encontrado la conocida expresión con la que pasaría a la historia. Poco a poco, sin embargo, su semblante se consolidó: sus mejillas y pómulos, en los retratos oficiales, se vieron cubiertos por un brillo celestial, el óleo oliváceo del afecto público, el barniz de una obra maestra terminada; llegó a ser imposible imaginarse aquella nariz necesitada de un pañuelo, o aquel dedo introduciéndose bajo el labio para sacarse una partícula de comida alojada detrás de un colmillo con caries. La variedad experimental de los primeros retratos dio paso a una uniformidad canonizada que estableció el hoy

célebre aspecto glacial, sin brillo, de esos ojos suyos, ni inteligentes ni crueles, y a pesar de todo insoportablemente misteriosos. Estableció asimismo la carnosidad sólida de su barbilla, el bronce de sus mandíbulas, y un rasgo que ya se ha convertido en bien común de todos los caricaturistas del mundo y que casi automáticamente consiguió crear un aire de verosimilitud, una gruesa arruga cruzándole la frente, el sedimento de grasa que no la cicatriz del pensamiento. Me veo obligado a creer que su rostro ha conocido el masaje de todo tipo de bálsamos medicinales, de otra manera no puedo entender su calidad metálica, porque en tiempos lo conocí, cuando era un rostro hinchado, enfermizo, mal afeitado, hasta el punto de que se oía el roce de los pelos contra el sucio almidón del cuello de la camisa cuando volvía la cabeza. Y las gafas, ¿qué ha pasado con las gafas que llevaba cuando era joven?

2.

No sólo no me ha fascinado nunca la política, sino que apenas he leído un solo editorial, ni siquiera un breve informe de algún congreso del partido. Los problemas sociológicos nunca me han intrigado, y hasta el día de hoy no me puedo imaginar tomando parte en una conspiración o sencillamente sentado en una habitación llena de humo entre gente seria, tensa, preocupada por la política, que discute métodos de lucha a la luz de los últimos acontecimientos. No me importa en absoluto el bienestar de la humanidad, y no sólo no creo que ninguna mayoría tenga automáticamente la razón, sino que tiendo a reconsiderar la cuestión de si es conveniente luchar por un estado de cosas en el que cada persona se vea literalmente alimentada a medias y educada también a medias. Sé además que mi madre patria, esclavizada por él en este momento, está destinada, en un futuro distante, a sufrir muchas otras convulsiones independientemente de cualquier acto que realice *este* tirano. Sin embargo, hay que matarlo.

3.

Cuando los dioses solían asumir forma humana y, vestidos con ropajes de tonos violeta, con pasos recatados y enérgicos de sus pies musculosos calzados en sandalias que nunca habían conocido el polvo, se aparecían a los campesinos o a los pastores de las montañas, no veían con ello disminuir su divinidad; al contrario, el encanto de la humanidad que alentaba en ellos era la más elocuente confirmación de su esencia celestial. Pero cuando un hombrecillo limitado, tosco, poco educado —a primera vista un fanático de tercer orden y en realidad un ser vulgar, taciturno, brutal, de cerebro de asno y preso de una patológica ambición—, cuando semejante hombre se viste con arreos celestiales, uno siente la tentación de pedir excusas a los dioses. Sería inútil que me trataran de convencer de que él no tiene en verdad nada que ver con

ello, que lo que le elevó a un trono de hierro y cemento y lo que ahora le mantiene en él es la implacable evolución de oscuras ideas, zoológicas, zoocráticas que se han apoderado de la imaginación de mi madre patria. Una idea tan sólo selecciona el mango, el hombre es libre para completar la hoja —y para utilizarla.

Por eso, permitidme que repita de nuevo que no sirvo para distinguir lo que es bueno o malo para un estado, ni tampoco por qué la sangre mana del mismo como el agua de un ganso. Entre todas las cosas y todos los hombres sólo hay un individuo que me interese. Él es mi enfermedad, mi obsesión, y al mismo tiempo algo que de alguna manera me pertenece y que me ha sido confiado sólo a mí para que lo juzgue. Desde mi primera infancia, y ya no soy joven, la maldad en la gente siempre me ha parecido particularmente odiosa, insoportable casi hasta asfixiarme, algo que exige el desprecio y la destrucción inmediatas, mientras que, por otra parte, apenas me doy cuenta de lo bueno en la gente, hasta tal punto que siempre me ha parecido la condición normal, indispensable, algo dado e inalienable como, por ejemplo, la posibilidad de respirar es algo que está implícito en el hecho de estar vivos. Con el paso de los años he desarrollado un olfato extremadamente fino para el mal, pero mi actitud hacia el bien ha sufrido un ligero cambio, al irme dando cuenta de que su frecuencia y universalidad, que habían condicionado mi indiferencia, eran en verdad tan *poco frecuentes y universales* que no podía estar seguro de contar con ella en el caso de que tuviera necesidad de la misma. Por esa razón he llevado una vida dura, solitaria, siempre indigente, en viviendas pobres; y sin embargo, siempre he tenido la oscura sensación de que mi verdadero hogar estaba a la vuelta de la esquina, esperándome, y que podía entrar en él tan pronto como hubiera acabado con las mil cuestiones imaginarias que agobiaban mi existencia. Dios mío, ¡cómo detestaba las aburridas mentes cuadriculadas, qué poco justo podía ser con una persona amable en la que había descubierto algo cómico, como la tacañería, o un cierto respeto por los ricos! Y ahora tengo ante mí no sólo una débil solución de maldad, como la que puede encontrarse en cualquier hombre, sino el mayor concentrado preparado del mal, sin diluir, en una probeta inmensa llena hasta el borde y bien sellada.

4.

Transformó mi país asilvestrado y florido en un huerto doméstico donde se cuidan con esmero especial las coles, las remolachas y los nabos; de esta forma, todas las pasiones de la nación se vieron reducidas a la pasión por el nabo más gordo que pueda existir en la buena tierra. Un huerto junto a una fábrica con la inevitable compañía de una locomotora de maniobras en algún lugar cercano; el desesperado y monótono cielo de los alrededores de la ciudad y todo lo que la imaginación asocia con una escena así: una valla, una lata oxidada entre unos matojos, vidrios rotos, excrementos, unas ruidosas moscas negras bajo nuestros pies —ésta es la imagen

actual de mi país. La imagen del más extremo abatimiento, aunque debemos puntualizar que en el país se favorece el abatimiento y hay un eslogan que *él* lanzó (en el cubo de la basura de la estupidez) —«medio país debe ser cultivado, el otro medio asfaltado»—, que repiten los imbéciles como si fuera la expresión suprema de la felicidad humana. Podríamos excusarle hasta cierto punto si nos alimentara con las máximas de pacotilla que en tiempos aprendió leyendo a los sofistas más banales, pero nos alimenta con la broza de aquellas verdades, y lo que se nos exige no es un pensamiento basado sencillamente en una falsa sabiduría, sino en su ruido y en sus escollos. Para mí, sin embargo, tampoco es ése el nudo de la cuestión, ya que es evidente que incluso si esa idea de la que somos esclavos tuviera un origen supremo, exquisito, refrescante y brillante en cada uno de sus matices, la esclavitud seguiría siendo esclavitud mientras la idea nos fuera impuesta. No, el nudo estriba en que, conforme crecía su poder, empecé a darme cuenta de que las obligaciones de los ciudadanos, las amonestaciones, las restricciones, los decretos, y todas las otras formas de presión a las que nos veíamos sometidos empezaban a parecerse cada vez más al hombre mismo, mostrando una relación inequívoca con ciertos trazos de su personalidad y con ciertos detalles de su pasado, de forma que sobre la base de aquellas amonestaciones y decretos se podía reconstruir su personalidad como la de un pulpo a través de sus tentáculos —esa personalidad suya que yo fui uno de los pocos que conocí bien. En otras palabras, todo en torno suyo empezó a adquirir su mismo aspecto. La legislación empezó a mostrar un ridículo parecido a sus gestos y a su porte. Los verduleros empezaron a ofrecer una extraordinaria abundancia de pepinos, hortaliza que él consumía ávidamente en su juventud. Las escuelas incorporan ahora en sus programas la lucha gitana, que, en sus raros momentos de ocio, solía practicar en el suelo con mi hermano hace veinticinco años. Los artículos de los periódicos y las novelas de esa servil cohorte de escritores han adoptado ese estilo abrupto, esa cualidad pretendidamente lapidaria (básicamente sin sentido, porque cada frase nuevamente acuñada repite en clave diferente la misma y única verdad oficial de perogrullo), esa fuerza de lenguaje siempre acompañada de una cierta debilidad de pensamiento, y todas aquellas afectaciones de estilo tan características de él. Muy pronto tuve la sensación de que él, tal y como yo lo recordaba, estaba penetrándolo todo, infectando con su presencia la forma de pensar y la vida cotidiana de toda la gente, de forma que su mediocridad, su aburrimiento, sus costumbres grises, se estaban convirtiendo en la vida misma de mi país. Y finalmente la ley que él estableció, el poder implacable de la mayoría, el sacrificio incesante al ídolo de la mayoría, perdió todo significado sociológico, porque *él* es la mayoría.

5.

Él era compañero de mi hermano Gregory, que desarrollo una pasión febril, poética por las formas extremas de la sociedad organizada (formas que llevaban mucho tiempo alarmando a la débil constitución de la que entonces gozábamos) durante los últimos años de su corta vida: se ahogó a los veintitrés años, una noche de verano mientras se bañaba en un río ancho, muy ancho, de forma que cuando ahora recuerdo a mi hermano lo primero que me viene a la mente es una brillante extensión de agua, una isleta cubierta de alisos (a la que nunca consiguió llegar aunque en la trémula bruma de mi memoria siempre aparece nadando hacia la isla) y una nube negra, larga que se cruza con otra, opulenta en sus formas hinchadas de color naranja, todo lo que queda de una tormenta de una mañana de sábado en el cielo vespertino de un domingo claro y turquesa, donde una estrella está a punto de estallar, en un lugar en el que nunca más brillará otra estrella. Yo entonces estaba demasiado ocupado con la historia de la pintura y con mi tesis, que todavía andaba en sus cavernosos preliminares, para frecuentar atentamente el grupo de jóvenes que había embaucado a mi hermano; y debo decir al respecto que, según recuerdo, no había tal grupo, se trataba más bien de unos cuantos jóvenes, diferentes en muchos aspectos, que habían terminado por encontrarse, unidos vagamente en un afán común por la aventura rebelde. El presente, sin embargo, ejerce siempre tal perversa influencia sobre los recuerdos que ahora yo involuntariamente lo destaco a él contra un fondo indistinto, concediéndole (a él que no era ni el más cercano ni tampoco el más lenguaraz de los compañeros de Gregory) el tipo de voluntad sombría y concentrada, profundamente segura de sí, que en último término transforma a una persona sin cualidades especiales en un monstruo triunfante.

Le recuerdo esperando a mi hermano en el comedor oscuro de nuestra humilde casa de provincias; encaramándose a la primera silla que veía, empezaba de inmediato a leer un periódico todo arrugado que sacaba de un bolsillo de su chaqueta negra, y su rostro, medio oculto por la montura de los cristales tintados de sus gafas, asumía una lacrimógena expresión de repugnancia, como si hubiera descubierto un oscuro asunto de difamación. Recuerdo que sus botas de ciudad con los cordones mal atados estaban siempre sucias, como si viniera de caminar millas y millas por un camino vecinal entre inadvertidos prados. Su pelo corto terminaba en una cuña erizada en la frente (entonces nada hacía presagiar su actual calva imperial). Las uñas de sus grandes manos húmedas estaban tan comidas que daba grima mirar los pequeños almohadillados de la punta de sus horribles dedos. Olía a cabra. Tenía poco dinero y no hacía excesivos remilgos a la hora de alojarse en cualquier sitio.

Cuando llegaba mi hermano (y en mis recuerdos Gregory siempre llegaba tarde, siempre llegaba jadeando, como si se apresurara a vivir al límite sin conseguirlo nunca… y así fue como la vida finalmente le dejó atrás), le saludaba sin siquiera esbozar una sonrisa, levantándose abruptamente y dándole la mano con un ademán

raro, una especie de retracción preliminar del codo; parecía que si no le cogías la mano a tiempo, volvería a su posición inicial como con un muelle, ocupando de nuevo su posición dentro del puño. Si entraba algún miembro de nuestra familia, se limitaba a un silencioso saludo con la cabeza; por el contrario, le daba la mano efusivamente a la cocinera, quien, sorprendida y sin tiempo para limpiarse la mano antes de que se la tomara, se la limpiaba después, en una especie de segunda toma de la misma escena, por decirlo de alguna manera. Mi madre murió poco tiempo antes de sus primeras visitas, mientras que la actitud de mi padre era tan distraída para con él como para con todos y con todas las cosas —con nosotros, con las adversidades de la vida, con la presencia de perros callejeros a los que Gregory daba refugio, e incluso, parece, para con sus pacientes. Por otro lado, dos ancianas tías mías recelaban abiertamente del «excéntrico» (si había alguien que fuera exactamente lo contrario de excéntrico era él) como, por otra parte, recelaban de todos los amigos de Gregory.

Ahora, veinte años más tarde, tengo a menudo ocasión de oír su voz, su rugido animal, difundido a través de los truenos de la radio; entonces, sin embargo, recuerdo que siempre hablaba dulcemente, incluso con una cierta ronquera, con un ceceo susurrante. Pero ya entonces se distinguía ese malvado jadeo suyo característico, al final de una frase, sí, ya entonces. Cuando se ponía en pie, con cabeza inclinada y brazos pegados al cuerpo, ante mi hermano que le saludaba con exclamaciones afectuosas, tratando de establecer contacto al menos con un brazo, él parecía de estatura especialmente baja, y de piernas cortas, debido, probablemente, a la longitud de su americana que siempre le cubría las caderas; y no se podía saber si la tristeza de su postura era debida a una sombría timidez o al empeño de todas sus facultades que activaba al unísono antes de emitir algún mensaje trágico. Hubo un momento en que pensé que finalmente había emitido aquel mensaje, en aquella terrible noche de verano, cuando llegó del río con lo que parecía un montón de ropa y no era sino la camisa y los pantalones de lona de Gregory; ahora, sin embargo, pienso que el mensaje que embargaba su personalidad toda no era aquél sino el legado soterrado de su monstruoso futuro.

A veces, a través de una puerta entreabierta, oía sus palabras paradójicamente vacilantes cuando hablaba con mi hermano, lo recuerdo también a la mesa, rompiendo una galleta salada, apartando sus ojos de ave rapaz nocturna de la luz de la lámpara de petróleo. Tenía una forma desagradable y extraña de aclararse la boca con leche antes de tragársela y, cuando mordía su galleta, torcía cuidadosamente la boca; tenía malos dientes y para engañar el dolor de un nervio al rojo vivo en contacto con una ráfaga de aire frío, inhalaba aire repetidamente, con un silbido lateral. Una vez, me acuerdo, mi padre le mojó un trozo de algodón en unas gotas que contenían opio y, con una risa despreocupada, le recomendó que fuera al dentista. «El todo es más

fuerte que sus partes», contestó con torpe brusquedad, «así que venceré a mi muela». Pero ya no estoy seguro, sin embargo, si oí esas envaradas palabras personalmente, o si me las contaron luego como ejemplo de las salidas de aquel «excéntrico»; sin embargo, como ya he dicho antes, pongo en duda su excentricidad, porque ¿acaso la ciega fe animal en el propio destino y en la buena estrella personal puede considerarse un fenómeno extraño y peculiar? Pero aunque no lo creáis, convencía a la gente con su mediocridad como otros la convencen con su talento.

6.

A veces, su innata tristeza se rompía en espasmos de intempestiva y desagradable jovialidad, y entonces yo le oía reír, una risa estridente e inesperada como el maullido de un gato que rompe el silencio de terciopelo al que estás tan acostumbrado que su voz nocturna se transforma en un hecho demente y endemoniado. Gritando de esta forma, se veía arrastrado por sus compañeros a todo tipo de juegos y peleas: resultaba entonces que tenía los brazos de un ser enclenque aunque sus piernas eran fuertes como el acero. En una ocasión un muchacho particularmente travieso le puso un sapo en el bolsillo, a lo que él, temeroso de sacarlo con los dedos, empezó a desgarrar a tirones la chaqueta tratando de quitársela y, en aquel estado, con el rostro enfebrecido, todo descompuesto, con sólo un jirón por toda camiseta, cayó rendido ante una joven jorobada, cuya gran trenza y ojos azul de tinta tenían para muchos tal atractivo que le perdonaban fácilmente su parecido con un alfil negro.

Conozco sus tendencias amorosas y su sistema de cortejar a las mujeres a través de aquella joven, ahora desgraciadamente muerta, como la mayoría de la gente que le conoció en su juventud (como si la muerte fuera una aliada suya, que eliminara de su camino los testigos peligrosos de su pasado). Le escribía a esta jorobada vivaracha bien en un tono didáctico, con discursos —de tipo educación popular— de la historia (que conocía por los panfletos políticos), o bien quejándose en términos oscuros y pesados acerca de otra mujer (también con algún defecto físico de algún tipo, creo), que para mí resultó siempre desconocida, y con la cual, en tiempos, compartió cama y mesa en la zona más lúgubre de la ciudad. Hoy daría lo que fuera para buscar e interrogar a aquella mujer anónima pero también ella, sin duda, está convenientemente muerta. Un rasgo curioso de sus misivas era su mundanidad ruidosa: apuntaba a las maquinaciones de misteriosos enemigos; polemizaba largo y tendido con cualquier poetastro cuyos versos hubiera leído en un calendario —¡si fuera posible resucitar aquellas páginas de cuaderno tan preciosas, llenas de su minúscula letra de miope! Desgraciadamente, no puedo recordar ni una sola frase (en aquella época no estaba demasiado interesado en ello, incluso cuando los escuchaba para reírme) y sólo veo indistintamente, en las profundidades de mi memoria, el arco de aquella coleta, la delgada clavícula, y la rápida mano oscura con su pulsera granate

arrugando sus cartas; y también percibo un arrullo en el tono de la pérfida risa femenina.

7.

La diferencia entre soñar un mundo con un orden nuevo y soñar con ordenarlo uno mismo a nuestra conveniencia es profunda y fatal; sin embargo, ninguno de sus amigos, incluido mi hermano, era capaz de distinguir, aparentemente, entre la rebelión abstracta de sus espíritus y el despiadado deseo de poder de *su* amigo. Un mes después de la muerte de mi hermano, él desapareció, transfiriendo su actividad a las provincias del norte (el grupo de mi hermano fue debilitándose hasta desaparecer y, hasta donde yo sé, ninguno de sus miembros se dedicó a la política), y muy pronto corrieron rumores de que el trabajo que había hecho allí, tanto en sus objetivos como en sus métodos, había resultado ser diametralmente opuesto a todo lo que se había dicho, pensado y esperado en aquel círculo inicial de jóvenes. Cuando recuerdo su aspecto en aquellos años, encuentro extraño que nadie notara la larga sombra angular de traición que arrastraba tras de sí por donde iba, cuyos bordes se agazapaban bajo los muebles cuando se sentaba, y que interfería extrañamente con la sombra del barandal de la escalera en la pared, cuando le acompañaban hasta la puerta con una lámpara de mano. ¿O quizá fuera la oscuridad de nuestros tiempos presentes la que se proyectaba en aquella sombra?

Yo no sé si les gustaba, pero en cualquier caso, mi hermano y los otros confundieron sus silencios taciturnos con la intensidad de una fuerza espiritual. La crueldad de sus ideas parecía una consecuencia natural de las calamidades enigmáticas que había sufrido; y toda su cascara de despreocupación presuponía, por así decir, un núcleo limpio y brillante. Y será mejor que confiese que incluso yo albergué en una ocasión la fugaz impresión de que aquel hombre era capaz de piedad; sólo más tarde determiné su verdadero cariz. Aquellos que gustan de las paradojas fáciles hace tiempo que tomaron nota del sentimentalismo de los verdugos; y en verdad, que delante de las carnicerías la acera está siempre un tanto húmeda.

8.

Los primeros días después de la tragedia insistía en venir a vernos, y varias veces pasó la noche en nuestra casa. Aquella muerte no provocó en él signos visibles de dolor. Se comportaba como siempre, lo cual no nos extrañó nada, ya que su estado habitual era de tristeza: y se sentaba como siempre en un rincón, leyendo algo sin ningún interés y comportándose, en una palabra, como se comportan, en una casa en la que ha ocurrido una gran desgracia, los que no son ni íntimos ni completos extraños. Ahora, sin embargo, su presencia constante y su silencio taciturno podrían

interpretarse como una muestra solemne de lástima, digamos, de un hombre muy reticente, discreto pero omnipresente, un verdadero pilar de simpatía, del cual te enteras más tarde que estaba seriamente enfermo en la época en la que pasaba aquellas noches sin dormir en una silla entre los miembros llorosos de la casa. En su caso, sin embargo, todo ello no era sino un terrible malentendido: si se sentía atraído hasta nuestra casa en aquellos días, era tan sólo porque en ningún otro lugar respiraba tan naturalmente como en la esfera de tristeza y desesperación, donde los platos sucios atiborran la mesa y los no fumadores piden un cigarrillo.

Recuerdo vívidamente que fui con él a hacer una de esas formalidades menores, uno de esos asuntos insoportablemente triviales con los que la muerte (que lleva, como siempre ha llevado, mucha burocracia consigo) trata de enmarañar a los supervivientes durante el mayor tiempo posible. Probablemente alguien me dijo: «Mira, *éI* te acompañará», y vino, aclarándose la garganta discretamente. Fue en aquella ocasión (íbamos caminando por una calle sin casas, alfombrada de polvo, por delante de vallas y de leña apilada) cuando hice algo cuyo recuerdo me atraviesa de la cabeza a los pies como una descarga eléctrica que me abruma de vergüenza: llevado por Dios sabe qué sentimiento, quizás no tanto por la gratitud sino por el pesar ante el pesar del otro, en un ataque de nerviosismo y de emoción desplazada, le agarré y le apreté la mano (lo cual nos hizo tropezar ligeramente a los dos). Todo sucedió en un instante y sin embargo, si entonces le hubiera abrazado y hubiera apretado mis labios contra sus horribles púas doradas no sentiría ahora un tormento mayor que el que ahora siento al recordarlo. Hoy, veinticinco años más tarde, me pregunto: los dos íbamos andando solos por un barrio desierto y yo llevaba en el bolsillo el revólver cargado de Gregory, que, por una u otra razón, quería esconder en algún sitio; hubiera podido despacharle perfectamente de un disparo a quemarropa y hoy no tendríamos el panorama que tenemos, no tendríamos vacaciones empapadas en lluvia, ni festividades gigantescas con millones de mis conciudadanos marchando por las calles con palas, rastrillos y azadones sobre sus hombros de esclavos; no habría altavoces que multiplicaran ensordecedoramente la misma voz ineludible; ni tampoco duelos secretos en tantas familias, ni el surtido de torturas variadas, ni torpor mental, ni retratos colosales —nada. ¡Oh, si fuera posible cavar en el pasado, arrastrar del mismo la oportunidad perdida por un mechón de su negro cabello hasta el presente, resucitar aquella calle polvorienta, los solares vacíos, el peso de mi bolsillo lateral, el joven que caminaba a mi lado!

9.

Soy gordo y aburrido, como el príncipe Hamlet. ¿Qué puedo hacer? Entre él, sentado tras una multitud de puertas de caoba y de acero en una cámara desconocida de la prisión principal de la capital, transformada para él en un castillo (porque este

tirano se autodenomina «prisionero de la voluntad de la gente que le eligió») y yo, un humilde maestro de dibujo de un colegio de provincias, hay una distancia inimaginable. Alguien me contaba, después de encerrarse en el sótano conmigo, de una anciana viuda, una pariente lejana suya, que consiguió producir un nabo de ochenta libras, lo que le valió una audiencia con el Supremo. La condujeron por una serie de pasillos de mármol, y a su paso se fueron abriendo y cerrando tras ella una serie infinita de puertas hasta que se encontró en un vestíbulo blanco, iluminado despiadadamente, y que por todo mobiliario tenía dos sillas doradas. Al llegar allí le dijeron que esperara de pie. A su debido tiempo oyó numerosas pisadas al otro lado de la puerta, tras lo cual entraron, con reverencias respetuosas, y cediéndose el paso unos a otros, media docena de hombres de su guardia personal. Con ojos asustados ella *le* buscó, a *él*, entre aquellos hombres; los ojos de los guardaespaldas no la miraban a ella sino que estaban prendidos en algo que había tras su cabeza; al darse la vuelta, ella vio que a su espalda, a través de otra puerta oculta, había entrado él en persona, y que habiéndose detenido con una mano apoyada en el respaldo de una de las dos sillas, escrutaba a aquella huésped del Estado con su habitual actitud de estímulo y de aliento. Luego se sentó y le sugirió que le describiera con sus propias palabras su gloriosa hazaña (y en ese momento un ayudante trajo y colocó en la segunda silla una réplica de arcilla de su vegetal) y, durante diez inolvidables minutos, ella contó cómo había plantado su nabo; cómo había cavado y cavado sin lograr sacarlo de la tierra, y eso que incluso vio a su difunto marido ayudándola en su tarea; cómo tuvo que llamar primero a su hijo, luego a su sobrino e incluso a un par de bomberos que estaban descansando en el granero; y cómo, finalmente, todos juntos para tirar en grupo habían conseguido extraer el monstruo. Evidentemente, él se quedó abrumado por el vigor de su narrativa. «Eso que me cuenta es pura poesía», dijo dirigiéndose a su séquito. «Aquí tenemos algo de lo que deberían aprender nuestros poetas.» Y tras ordenar en tono perentorio que hicieran un modelo de aquel nabo en bronce, abandonó el salón. Sin embargo, yo no me dedico a cultivar nabos, por lo que no tengo manera de llegar hasta él; e incluso si lo hiciera, ¿cómo iba a arreglármelas para introducir mi atesorada arma en su guarida?

A veces aparece ante la gente y aunque a nadie se le permite acercársele, y todo el mundo tiene que llevar el peso de una pancarta o de una bandera, de manera que las manos estén ocupadas, y aunque todo el mundo es observado por una guardia de proporciones incalculables (y eso por no hablar de los agentes secretos que vigilan las calles) cabe la oportunidad de que alguien muy hábil y muy decidido tenga la buena fortuna de encontrar un agujero, un instante transparente, una diminuta grieta en el destino por la que lanzarse. Yo he considerado mentalmente, uno a uno, todos y cada uno de los procedimientos destructivos, desde la clásica daga hasta la plebeya dinamita, pero todo ha sido en vano, y de ahí que tenga mis buenas razones para

soñar a menudo que estoy apretando el gatillo de un arma que se me desintegra en la mano, mientras que las balas van saliendo como gotas del cañón, o rebotan como guisantes inofensivos contra el pecho de mi sonriente enemigo que sin prisa alguna, comienza a destrozarme la caja torácica.

10.

Ayer invité a varias personas, desconocidas entre sí pero unidas en una misma misión sagrada, que los ha transfigurado hasta tal punto que se puede observar un cierto parecido indescriptible entre ellos, como el que se produce, por ejemplo, entre masones de una determinada edad. Son gente de distintas profesiones: un sastre, un masajista, un médico, un barbero, un panadero, pero todos mostraban una misma dignidad de talante, una misma economía gestual. ¡No es extraño! Uno confecciona su ropa y eso significa tomar medidas de su cuerpo delgado aunque de caderas amplias, con su extraña pelvis un tanto femenina y su espalda redonda, y también llegar hasta sus axilas y, junto a él, mirar en un espejo adornado con hiedra dorada; el segundo y el tercero han penetrado todavía más: le han visto desnudo, han amasado sus músculos y escuchado su corazón, a cuyo ritmo, dicen, ponen en marcha nuestros relojes, de manera que su pulso, en el más literal de los sentidos, se convertirá en una unidad básica de tiempo; el cuarto le afeita a golpes crepitantes, desde las mejillas hasta el cuello, utilizando una navaja que a mí me parece seductoramente afilada; el quinto y último amasa su pan, poniendo, el muy idiota, por la pura fuerza del hábito, pasas en lugar de arsénico en su hogaza favorita. Yo quería palpar a esa gente, para participar por lo menos de esa forma en sus ritos misteriosos, en sus manipulaciones diabólicas; me parecía a mí que sus manos estaban imbuidas de su olor, que a través de aquellas gentes, también él estaba presente. Todo estuvo muy bien, muy elegante en aquella reunión. Hablamos de cosas que no le concernían al supremo, y yo sabía que si mencionaba su nombre surgiría en los ojos de cada uno la misma alarma sacerdotal. Y cuando de repente me encontré llevando un traje cortado por mi vecino de la derecha y comiendo los pasteles del que tenía enfrente, que aclaré con una clase especial de agua mineral prescrita por mi vecino de la izquierda, me vi abrumado por un sentimiento terrible y siniestro que inmediatamente me despertó —en mi habitación de hombre pobre, con la luna de un hombre pobre en la ventana sin cortinas.

Le estoy agradecido a la noche aunque sólo sea por haberme concedido semejante sueño: en los últimos tiempos he sufrido el tormento del insomnio. Es como si sus agentes me estuvieran acostumbrando de antemano a la más popular de las torturas que hoy en día se inflige a los criminales. Escribo «hoy en día» porque, desde que él llegó al poder, ha aparecido, por así decir, una casta completamente nueva de criminales políticos (la otra, la penal, ya no existe realmente, desde el momento en

que el más pequeño robo se convierte en un delito de desfalco, lo cual, a su vez, es considerado como un intento de derrocar al régimen), unas criaturas exquisitamente frágiles, con una piel de lo más diáfana y unos ojos saltones que despiden unos rayos brillantes. Se trata de una casta muy rara y muy valiosa, como un joven okapi o como la especie más pequeña de lémures; se les caza apasionadamente, con olvido de sí, y cada captura es aclamada públicamente, incluso cuando la caza no implica ninguna dificultad ni peligro especial, porque estos extraños, transparentes animales son en realidad bastante mansos.

Un tímido rumor afirma que no le disgusta especialmente el hacer una visita ocasional a la cámara de tortura, pero probablemente se trate de un rumor falso: el director de correos no distribuye personalmente las cartas y paquetes, ni tampoco el ministro de Marina es necesariamente un campeón de natación. En términos generales me repugna el tono confidencial y chismoso con el que los débiles agoreros de turno hablan de él, perdiéndose en una especie de chistes primitivos de la misma forma que, en los viejos tiempos, la gente del pueblo se inventaba historias acerca del Demonio, adornando su temor supersticioso con humor bufonesco. Anécdotas vulgares, adaptadas apresuradamente (que se remontan, diría yo, a prototipos celtas) o informaciones secretas que siempre proceden «de fuentes de toda confianza» (relativas, por ejemplo, a quién goza de su valor y confianza en el momento y quién no) llevan siempre el tufillo reconocible de las conversaciones de la servidumbre. Hay ejemplos incluso peores, sin embargo: cuando mi amigo N., cuyos padres fueron ejecutados hace tan sólo tres años (por no hablar de la tremenda persecución a la que N. se vio sometido), comenta, al volver de alguna festividad oficial en la que le ha oído y le ha visto: «Sabes, sin embargo, y a pesar de todo, hay una cierta fuerza en ese hombre», me entran ganas de callarle a N. la boca de un puñetazo.

11.

En el volumen donde ha publicado la correspondencia de sus *Años crepusculares*, un escritor extranjero de fama universal menciona que ahora todo le deja frío, desencantado, indiferente, todo en absoluto, con una excepción: la emoción vital, romántica que todavía experimenta al pensar en lo escuálidos que fueron sus años de juventud comparados con la plenitud suntuosa de su vida posterior, y con el níveo destello de la cima que ahora acaba de alcanzar. Aquella insignificancia inicial, aquella penumbra de poesía y dolor que el joven artista compartía con miles de seres insignificantes como él, le atrae ahora y le llena de gratitud y de emoción ante su destino, ante su oficio, y también ante su voluntad creadora. Las visitas a los lugares donde antaño vivió en la necesidad, las reuniones con sus contemporáneos, hombres ancianos que no han destacado en nada especial, le proporcionan tal intensidad y tal fascinación que el estudio detallado de estas sensaciones servirá al ocio futuro de su

alma en el más allá.

Y así cuando trato de imaginarme lo que nuestro lúgubre dictador siente cuando entra en contacto con su pasado, pienso, en primer lugar, que el auténtico ser humano es el poeta, y en segundo lugar que él, nuestro dictador, es la negación encarnada de un poeta. Y sin embargo, los periódicos extranjeros, especialmente aquellos cuyos nombres revelan connotaciones vesperales y aquellos que saben bien lo fácilmente que las historias pueden transformarse en ventas, les gusta enfatizar la cualidad legendaria de su destino, y guían a la multitud de sus lectores hasta la enorme casa negra donde él nació, y donde se supone que todavía vive gente pobre como él, que siguen tendiendo la colada (los pobres hacen muchísimas coladas); y también publican una foto, obtenida Dios sabe dónde) de su progenitura (padre desconocido), una mujer corpulenta de gran nariz y con flequillo, que trabajaba en una taberna a las puertas de la ciudad. Quedan tan pocos testigos presenciales de su niñez y juventud, y los que quedan responden con tanta circunspección (no entiendo, nadie me ha preguntado *a mí*) que un periodista necesita mucha imaginación para poder describir a nuestro presente dictador triunfando en juegos de guerra infantiles, o leyendo hasta la madrugada en sus años adolescentes. Su demagógica suerte está cimentada como la fuerza elemental de su destino y, naturalmente, se dedica mucha atención a aquel día nublado de invierno en el que, cuando fue elegido parlamentario, él y su banda arrestaron al parlamento (tras lo cual, el ejército, balando débilmente, se pasó a su bando).

No es que sea un gran mito, pero es un mito al fin y al cabo (este matiz lo captó bien el periodista), un mito que constituye un círculo cerrado y una entidad discreta presta a iniciar una vida propia, una vida insular, y resulta totalmente imposible *en estos momentos* reemplazarlo con la verdad, aunque su héroe esté todavía vivo: imposible, porque él, el único que conoce la verdad, es inútil como testigo, y ello no porque sea mentiroso o porque tenga prejuicios, sino porque, como un esclavo fugitivo, «¡no se acuerda!». Oh, qué bien se acuerda de sus antiguos enemigos, y también de los dos o tres libros que ha leído, y de cómo un hombre le dio una buena paliza por caerse de la pila de leña y matar un par de gallinas; quiero decir, que hay un cierto mecanismo crudo de memoria que todavía funciona dentro de él, pero si los dioses le propusieran que excavara en sus recuerdos para hacer una síntesis de su persona a partir de los mismos, con la condición de que aquella imagen se viera provista de inmortalidad, el resultado sería un embrión oscuro, un niño nacido prematuramente, un enano ciego y sordo, incapaz de cualquier forma de inmortalidad.

Si visitara la casa en la que vivió cuando era pobre, su piel no sufriría excitación alguna —ni siquiera un escalofrío de vanidad malévola. ¡Pero yo sí que visité su antigua casa! No el edificio múltiple donde se dice que nació y donde ahora existe un

museo dedicado a él (viejos carteles, una bandera mugrienta con polvo de las alcantarillas, en el lugar de honor, bajo una campana de cristal, un botón: todo lo que ha sido posible conservar de su mezquina juventud), sino aquellas habitaciones mal amuebladas donde pasó unos meses en el período en el que era amigo de mi hermano. El antiguo dueño ha muerto hace ya mucho tiempo, ya no hay huéspedes que alquilen habitaciones, por lo que no ha quedado traza alguna de su estancia terrena en aquel lugar. Y el pensar que sólo yo en el mundo (porque él se ha olvidado de aquel alojamiento y de otros semejantes… ¡ha tenido tantos!) *sabía* esto me ha llenado de una satisfacción especial, como si, al tocar aquellos muebles muertos y al mirar al techo vecino a través de su ventana, sintiera que mi mano se cerraba sobre la llave de su vida.

12.

Acabo de tener otra visita: un anciano muy raído, en un estado de extrema agitación: sus manos de dorso reluciente y piel bien tirante temblaban, una lágrima senil y podrida humedecía el borde rosa de sus párpados y una secuencia pálida de expresiones involuntarias, desde una sonrisa estúpida hasta una torcida arruga de dolor pasaron por su rostro. Con la pluma que le dejé trazó en un trozo de papel los dígitos de un día, mes y año crucial: la fecha, hace casi medio siglo, del nacimiento del dictador. Descansó en mí su mirada pluma en alto, como si no se atreviera a continuar, o sencillamente haciendo como si dudara para dar más importancia a la treta que estaba a punto de iniciar. Yo le contesté con un gesto de aliento y de impaciencia, a lo que escribió otra fecha, que precedía a la primera en nueve meses, la subrayó dos veces, abrió los labios como si fuera a romper en una risotada de triunfo, pero, en cambio, se cubrió la cara con las manos. «Vamos, diga lo que tenga que decir», le dije, dándole una especie de abrazo a aquel actor indiferente. Recobrando al momento la calma, hurgó en sus bolsillos y me entregó una gruesa fotografía ya rígida que, a lo largo de los años, había adquirido un tinte opaco y lechoso. Mostraba a un fornido joven vestido de soldado; su gorra de visera descansaba en una silla en cuyo respaldo, con rígida facilidad, apoyaba la mano, mientras que tras él se distinguía la balaustrada y la urna convencionales de las fotos de estudio. Con ayuda de dos o tres miradas a la foto y al hombre me aseguré de que entre los rasgos de mi invitado y el rostro vulgar, sin sombras, del soldado (adornado con un breve bigote, y con el pelo cortado a cepillo que acortaba su frente) había poco parecido, pero que sin embargo el soldado y él eran la misma persona. En la fotografía tenía unos veinte años, y el retrato mismo tendría unos cincuenta, y era fácil llenar el intervalo con el relato trivial de una de esas vidas de tercera categoría, cuyas huellas se pueden leer (con un atormentado sentido de superioridad, justificado en ocasiones) en los rostros de viejos vagabundos, jardineros públicos, e inválidos

amargados en uniforme de viejas guerras. Estuve a punto de sonsacarle cómo se vivía con aquel secreto, cómo podía soportar el peso de aquella paternidad monstruosa, mientras oía y veía sin cesar la presencia pública de su vástago… pero entonces me di cuenta de que el laberíntico diseño del papel de la pared se veía a través de su cuerpo; alargué la mano para detener a mi huésped, pero el viejo chocho se desvaneció, temblando con el escalofrío de su desaparición.

Y, con todo, él existe, este padre (o existió hasta muy recientemente) y si no fuera porque el destino le ha concedido una saludable ignorancia acerca de la identidad de su compañera de cama momentánea, Dios sabe qué tormento nos habría acechado, tormento que no quiere correr el riesgo de la palabra, tormento más agudo si cabe quizá por el hecho de que el desventurado tipo quizá no esté completamente seguro de su paternidad, porque la mujer era bastante libre, y consecuentemente puede haber varios como él en el mundo, calculando fechas infatigablemente, cayendo en el infierno de demasiados números y recuerdos demasiado escasos, soñando innoblemente en sacar provecho de las sombras del pasado, temiendo el castigo inmediato (por algún error, blasfemia, o por la odiosa verdad), sintiéndose orgullosos en el fondo de su corazón (¡después de todo, él es el dictador!), volviéndose locos entre la suposición y la supuración. ¡Horrible, horrible!

13.

El tiempo pasa y entre tanto me veo atascado en imaginaciones extremas, fantásticas y agobiantes. Y este atasco en verdad me extraña porque sé que tengo en mi haber un buen número de acciones atrevidas y decisivas, y además no temo en absoluto las peligrosas consecuencias que un intento de asesinato me acarrearían; al contrario, aunque no veo claramente cómo ocurriría el acto y los detalles del mismo, puedo distinguir con toda precisión la pelea que se produciría inmediatamente después —el tornado humano que se apoderaría de mí, los movimientos inconexos, como de marioneta, de mi cuerpo entre manos ávidas, el rasgado de mis ropas hechas jirones, la roja ceguera de los golpes, y finalmente (si salgo vivo de este lance) el puño de hierro de mis carceleros, la prisión, el juicio apresurado, la cámara de tortura, el patíbulo, todo ello al ritmo atronador de una poderosa felicidad. No espero que mis conciudadanos perciban inmediatamente su liberación; incluso concedo que el régimen se vuelva incluso más duro por pura inercia. No hay en mí ni el menor atisbo del héroe cívico que muere por su pueblo. Muero tan sólo por mí mismo, por mi mundo de bondad y de verdad, lo bueno y lo verdadero, que ahora están distorsionados y violados dentro y fuera de mí, y si alguien los considera tan preciosos como yo, mucho mejor, si no es así, si mi patria necesita de hombres de madera diferente a la mía, acepto voluntariamente mi inutilidad, pero en cualquier caso, con mi cometido.

Mi vida está tan dominada y anegada por este odio que no resulta nada agradable, y no temo a la náusea negra ni a la agonía de la muerte, especialmente porque preveo cierto grado de felicidad cierto sentir o existir de un orden sobrenatural que ni los bárbaros ni los modernos seguidores de las viejas religiones pueden ni siquiera soñar. Así, mi mente está lúcida y mi mano libre… y sin embargo, no sé, no sé cómo hacer para matarlo.

A veces pienso que esto me pasa porque el asesinato, el intento de matar, es algo insufriblemente manido después de todo, y la imaginación, al revisar distintos métodos de homicidio y distintos tipos de armas, lleva a cabo una tarea degradante, cuya impostura se siente de forma más aguda cuanto más recta es la fuerza que nos impele a actuar. O quizá, no pueda matarlo debido a mis escrúpulos, de la misma forma que alguna gente, aunque siente una gran aversión a todo lo que repta, son incapaces de tan siquiera aplastar a un gusano de jardín porque para ellos sería como aplastarlo en las extremidades cubiertas de polvo de sus propias entrañas. Pero por muchas explicaciones que logre conjurar para explicar mi falta de decisión, sería estúpido ocultarme a mí mismo el hecho de que tengo que destruirlo. ¡Oh, Hamlet, estúpido chiflado!

14.

Acaba de lanzar un discurso en la ceremonia inaugural de un nuevo invernadero de muchos pisos, y mientras hablaba, mencionó la igualdad de los hombres y la igualdad de las hojas de maíz en los campos, utilizando el latín o más bien un latín macarrónico, en mor de la poesía, *arista*, *aristifer*, e incluso «aristizar» —no sé qué hombre de escuela cursi le aconsejó que adoptara este método más que cuestionable, pero, en recompensa, ahora entiendo por qué, en los últimos tiempos, la poesía de las revistas contiene arcaísmos como los siguientes:

Qué sapiente el veterinario
que las vacas lactíferas tiende.

Durante dos horas la enorme voz atronó a través de nuestra ciudad, surgiendo con varios grados de fuerza de ésta o de aquella ventana, de forma que, si vas caminando por una calle (una acción que, por cierto, está considerada como una falta de cortesía peligrosa: siéntate y escucha), tienes la impresión de que él te acompaña, que baja de golpe de los tejados, retorciéndose a cuatro patas entre tus piernas, y enderezándose hasta llegar a tu cabeza, y no encuentras lugar donde esconderte de La Voz y lo mismo pasa en todos los pueblos y ciudades de mi anonadado país. Aparentemente, nadie más que yo ha observado un rasgo interesante de su oratoria frenética, me

refiero a la pausa que hace tras una frase que ha resultado especialmente efectiva, como un borracho que se queda parado en medio de una calle, en esa soledad independiente pero también insatisfecha de los borrachos, y que mientras declama fragmentos de un monólogo insultante, de lo más enfático en su pasión, ira y convicción, pero oscuro en su significado y objetivos, se detiene con frecuencia a recomponer sus fuerzas, a meditar el pasaje siguiente, para dar así tiempo a que lo que acaba de decir penetre en los oídos y el cerebro de sus oyentes: luego, después de esperar un tiempo, repite lo que acaba de decir, pero en un tono de voz que sugiere que ha encontrado una nueva línea de argumentación, otra idea absolutamente nueva y también irrefutable.

Cuando por fin el dictador se quedó sin palabras, y las trompetas sin rostro y sin mejillas tocaron nuestro himno agrario, yo no sólo no me sentí aliviado, sino, al contrario, experimenté una sensación de angustia y de pérdida; mientras él hablaba podía al menos observarle, sabía dónde estaba y lo que hacía; ahora se había disuelto de nuevo en el aire, el mismo que respiro, pero que carece de punto tangible en el que apoyarse.

Entiendo a las mujeres de cabellos lisos de nuestras tribus montañosas cuando, abandonadas por su amante, todas las mañanas, con una presión persistente de sus dedos pardos en la cabeza turquesa de un alfiler, pinchan el ombligo de una figura de arcilla que representa al fugitivo. Muchas veces, en los últimos tiempos, he tenido que reunir toda mi energía y fuerza mental para imaginarme en un determinado momento el curso de sus preocupaciones y de sus pensamientos, para poder así duplicar el ritmo de su existencia, haciéndola ceder y romperse, como un puente colgante cuyas oscilaciones coinciden con el paso cadencioso de un batallón de soldados que lo cruzan. También perecerán los soldados —y también lo haré yo, perdiendo la razón en el momento que coja el ritmo, mientras que él caerá muerto en su castillo distante; sin embargo, cualquiera que sea el método del tiranicidio, yo no sobreviviré. Cuando me despierto por la mañana, a las ocho y media o así, me esfuerzo por conjurar su despertar en mi imaginación: él se levanta ni tarde ni pronto, a una hora normal, apropiada, según sus propias palabras, a su personalidad cuando se denomina, incluso oficialmente creo, un «hombre normal». A las nueve él y yo desayunamos frugal mente un vaso de leche y un bollo, y si en un día concreto no estoy ocupado en la escuela, continúo persiguiendo sus pensamientos Lee diversos periódicos, y yo los leo con él, buscando algo que pudiera captar su atención, aunque bien sé que él ya sabía desde la tarde anterior el contenido general de mi periódico matutino, de sus artículos de opinión, de sus resúmenes y de las noticias nacionales, de forma que su lectura no puede ofrecerle ninguna causa particular de meditación administrativa. Después llegan sus ayudantes con informes y diversas cuestiones. Junto a él, aprendo cómo van hoy en día las comunicaciones por vía férrea, cómo

trabaja la industria pesada, y cuántos sacos de trigo por hectárea ha dado la cosecha aquel año. Después de examinar una serie de peticiones de indulto y de estampar en ellas su invariable negativa —una X a lápiz—, el símbolo del analfabetismo de su corazón, da su habitual paseo matutino, antes de comer: como le ocurre a mucha gente no demasiado inteligente y desprovista de imaginación, caminar es su deporte favorito; pasea en su jardín amurallado, antes el patio enorme de una prisión. También conozco el menú de su humilde almuerzo, tras el cual comparto mi siesta con él y hago planes para que su poder se afiance o esbozo nuevas medidas para suprimir toda sedición. Por la tarde inspeccionamos un nuevo edificio, una fortaleza, un foro, y otras formas de prosperidad gubernamental, y luego doy con él mi aprobación a un inventor que ha presentado un nuevo modelo de ventilador. Suelo saltarme la cena, que es una especie de gala a la que asisten diversos funcionarios, pero, por otra parte, al caer la noche mis pensamientos se han fortalecido y doy órdenes a los editores de los periódicos, escucho los informes de las reuniones nocturnas, y solo, en mi cuarto que poco a poco se ve vencido por la oscuridad, murmuro, gesticulo y empiezo a esperar como un loco que al menos uno de mis pensamientos coincida exactamente con uno de sus pensamientos —y entonces, lo sé, el puente estallará como una cuerda de violín. Pero la mala suerte tan típica de los jugadores natos me persigue, la carta correcta no llega nunca, a pesar de que he debido anudar cierta relación secreta con él, porque en torno a las once de la noche, cuando se va a la cama, todo mi ser siente una especie de colapso, un vacío, un debilitamiento y también un melancólico alivio. Ahora duerme, duerme y como en su catre de condenado no le preocupa ningún pensamiento prenocturno, yo también me veo liberado de cualquier angustia, y sólo de cuando en cuando, sin la mínima esperanza de lograrlo, trata de componer sus sueños, combinando fragmentos de su pasado con impresiones del presente; probablemente, sin embargo, no sueñe y mi trabajo sea todo en vano, y la noche nunca se verá rasgada por el chasquido de muerte real que lleve al siguiente comentario de la Historia: «El dictador murió mientras dormía».

15.

¿Cómo voy a deshacerme de él? No lo aguanto más. Todo está lleno de él, todo lo que yo amo ha sido mancillado, todo se ha convertido en su semejanza, en su doble, y en los rasgos de los transeúntes y en los ojos de mis desgraciados niños en la escuela, se muestra su semblante de forma aún más clara y más desesperada. No sólo los carteles que me veo obligado a hacer que copien a todo color no hacen sino interpretar los distintos elementos de su personalidad, sino que el sencillo cubo blanco que les doy a los más pequeños para que lo dibujen me parece su retrato… quizá su mejor retrato. ¡Oh, monstruo cúbico! ¿Cómo voy a erradicarte?

16.

¡Y de repente me di cuenta de que tenía una forma de hacerlo! Fue una mañana inmóvil y helada, con un cielo rosa pálido y bloques de hielo alojados en las mandíbulas de las cañerías; un aciago silencio lo presidía todo: la ciudad despertaría dentro de una hora ¡y cómo se despertaría! Aquel día se celebraba su quincuagésimo aniversario, y la gente, que contra el fondo de nieve que lo cubría todo parecían unas humildes corcheas negras, se arrastraba como hormigas por las calles, para reunirse a la hora fijada en los sitios convenidos desde donde los diferentes grupos formarían como tropas en distintas formaciones según sus oficios respectivos. Arriesgándome a perder mi exiguo salario, yo no había hecho preparación alguna para unirme al desfile procesional; tenía otras cosas, algo mucho más importante, en mente. De pie junto a la ventana, oí las primeras fanfarrias lejanas así como los ladridos radiofónicos, que incitaban a la gente en los cruces de las calles, y me consolaba pensando que yo, y sólo yo, podía interrumpir todo aquello. Sí, había encontrado la solución: el asesinato del tirano resultaba ser ahora algo tan sencillo y tan rápido que yo lo podía llevar a cabo sin tan siquiera abandonar mi habitación. Las únicas armas disponibles para cumplir mi objetivo eran un viejo revólver muy bien conservado, o bien un gancho que había encima de la ventana que en tiempos debió de servir para sostener la barra de las cortinas. Esta última era incluso mejor, porque yo tenía mis dudas acerca de la fiabilidad del cartucho de veinticinco años.

Si me mataba, le mataría a él al tiempo, puesto que estaba absolutamente dentro de mí, alimentado por la intensidad de mi odio. Junto a él, mataría asimismo al mundo que él había creado toda la estupidez, la cobardía y la crueldad de aquel mundo que, junto con él, había crecido inmenso dentro de mí, expulsando de mi interior hasta el último paisaje bañado por el sol, hasta el último recuerdo de mi infancia, todos los tesoros que yo había ido recogiendo con el tiempo. Consciente por fin de mi poder, me regocijaba en él, preparándome sin prisa para mi autoinmolación, revisando mis pertenencias, corrigiendo esta crónica. Pero luego, abruptamente, la increíble exacerbación de todos los sentidos que se había apoderado de mí sufrió una metamorfosis extraña, casi alquímica. Las festividades tenían lugar bajo mi ventana, el sol transformaba los ventisqueros en destellos como de plumón, y veía sobre los tejados lejanos una nueva raza de fuegos artificiales (inventados recientemente por un genio campesino) cuyos colores flameaban incluso a plena luz del día. El júbilo general, el retrato del tirano, brillante como una piedra preciosa fulgurando en la pirotecnia de los cielos; los tonos alegres de la procesión que serpenteaba por la superficie nevada del río; los deliciosos símbolos de cartón, que describían el bienestar de nuestra madre patria; los eslóganes, concebidos con variedad y elegancia, que se agitaban por encima de los hombros de los manifestantes; la

vivacidad de la música primitiva; la orgía de banderas; los rostros satisfechos de los jóvenes rústicos y los trajes nacionales de las mozas robustas… todo aquello provocó en mi interior una ola de ternura y comprendí mi pecado contra nuestro gran y misericordioso Amo. ¿No era él quien fertilizaba nuestros campos, quien hacía que los pobres se calzaran, él a quien deberíamos dar gracias por cada segundo de nuestra vida como ciudadanos? ¡Lágrimas de arrepentimiento, lágrimas cálidas, de bondad, se derramaron desde mis ojos hasta el alféizar de la ventana al pensar en cómo había yo repudiado la bondad del Amo, qué ciegamente había renegado de la belleza de cuanto él había creado, el orden social, la forma de vida, las espléndidas nuevas vallas de nogal, y cómo había planeado matarme, atreviéndome así a poner en peligro la vida de uno de sus súbditos! Las festividades, como he dicho antes, se extendían por todos lados; yo me quedé en la ventana, todo mi ser empapado de lágrimas y dislocado de risa, escuchando los versos de nuestro primer poeta, declamados en la radio por la jugosa voz de un actor, henchida de modulaciones de barítono:

Y ahora, ciudadanos,
¿Recordáis nuestra tierra
marchita año tras año sin un Padre?
¡Sin frutos, sin maltas,
la sed que sentíamos!
¡Era tan difícil,
beber y cantar!
Tan sólo pensad
no había patatas, ni azúcar, ni nabos:
¡Por eso el poema, que hoy triunfa
en las calles,
era ayer basura
perdida en los bulbos
del abecedario!
¡Hemos recorrido un largo y difícil camino,
nos alimentaron las amargas setas del veneno
hasta que nuestros golpes
derribaron
la puerta de la Historia!
¡Hasta que con cuidada y blanca túnica
cuyo resplandor nos ciñe con sus rayos
con sonrisa espléndida el Caudillo
apareció por fin ante sus súbditos!

Sí, «resplandor», sí, «setas del veneno», sí, «espléndida», es verdad. Yo, un hombrecillo, yo, el ciego mendigo que hoy ha recuperado la visión, me postro de rodillas y me arrepiento ante ti. Ejecútame… no, mucho mejor, perdóname, porque el cadalso es tu perdón, y tu perdón el cadalso, que ilumina con una dolorosa luz benevolente toda mi iniquidad. ¡Tú eres nuestro orgullo, tú, nuestra gloria, tú, nuestra bandera! Oh, gigante magnífico, dulce, que con amor y constancia nos vigilas, juro servirte a partir de hoy, juro ser como todos tus niños de pecho a los que libras del mal, juro ser tuyo indivisiblemente, y etcétera, etcétera, etcétera.

17.

La risa fue lo que, en verdad, me salvó. Después de haber experimentado, uno a uno, los diferentes y sucesivos grados de odio y desesperación, conseguí elevarme hasta las alturas desde las que se puede observar a vista de pájaro el universo del ridículo. Un rugido de júbilo sincero me curó, como le curó, en un libro de cuentos infantiles, a un caballero en «cuya garganta se le reventó un absceso al ver los juegos hilarantes de un caniche». Releyendo mi crónica, veo que, en mi esfuerzo por hacer de él un personaje espantoso, sólo he conseguido mostrarle como un ser ridículo, destruyéndolo en el proceso, un método antiguo y bien probado. Modesto como soy al valorar mi desordenada composición, algo, sin embargo, me dice que no es obra de una pluma vulgar. Aunque lejos de cualquier aspiración literaria, y sin embargo, sembrada de palabras forjadas en el transcurso de los años por mi furioso silencio, he tratado de exponer mi punto de vista con sinceridad y sentimiento cuando otro lo hubiera hecho con inventiva y con arte. Ha sido una especie de encantamiento, un exorcismo, de manera que de ahora en adelante, cualquier hombre pueda liberarse de la esclavitud mediante el exorcismo. Yo creo en los milagros. Yo creo que, de alguna manera desconocida para mí, esta crónica alcanzará a otros hombres, no mañana ni pasado mañana, pero en un tiempo lejano, cuando el mundo goce de un par de días de descanso para iniciar un trabajo arqueológico, en vísperas de nuevas pesadumbres, no menos divertidas que las actuales. Y ¡quién sabe! Quizás tenga razón al no desdeñar la posibilidad de que este trabajo casual que he llevado a cabo resulte ser inmortal y acompañe tal vez a los tiempos, perseguido, exaltado, a menudo tenido por peligroso, pero siempre útil. Aunque yo, una «sombra sin huesos», *un fantôme sans os*, me contentaré con el pensamiento de que el fruto de mis olvidadas noches de insomnio sirva durante un tiempo que espero sea largo como remedio secreto contra futuros tiranos, monstruos atigrados, necios torturadores de la raza humana.

Lik [*]

Hay una obra de teatro de los años veinte, titulada *L'Abime (El abismo*), escrita por el conocido dramaturgo francés Suire. La obra ha abandonado ya los escenarios para hundirse directamente en el Leteo Menor (quiero decir, ese río del olvido al que se abandona el drama, un afluente que, por cierto, no resulta tan desesperanzado como el río principal, ya que la proporción de olvido que contienen sus aguas es algo más débil, de forma que los empresarios teatrales aficionados a la pesca consiguen, a veces, cobrarse alguna pieza años más tarde). La obra, esencialmente estúpida, incluso idealmente estúpida, o, por decirlo de otro modo, construida idealmente según las más sólidas convenciones de la dramaturgia tradicional, trata del tormento de una dama francesa de mediana edad, rica y religiosa, que se ve repentinamente atenazada en las llamas de una pasión ilícita por un joven ruso llamado Igor, que se ha presentado inopinadamente en su castillo para enamorarse de su hija, Angélique. Un viejo amigo de la familia, un fanático taciturno y enérgico, que el autor tuvo a bien inventarse en un ataque de misticismo mezclado con lujuria, está celoso del interés que demuestra la heroína por Igor, y a su vez ésta se muestra celosa de las atenciones que Igor tiene para con Angélique; en una palabra, es todo muy fuerte y muy realista, cada uno de los parlamentos lleva la impronta de una respetable tradición, y ni que decir tiene que no hay ni un atisbo inesperado de talento que interrumpa el curso ordenado de la acción, que se intensifica donde tiene que intensificarse y se interrumpe cuando es necesario con una escena lírica o un diálogo vergonzosamente explicativo entre dos viejos criados.

La manzana de la discordia suele ser un fruto amargo y temprano y por tanto debe ser despachado cuando antes. Y como el joven de la obra amenaza con ser un punto desvaído, el dramaturgo, en un vano intento de conceder al personaje un poco de color lo ha convertido en ruso, con todas y cada una de las consecuencias obvias de semejante trampa. Si seguimos las optimistas intenciones de Suire, el joven es un aristócrata ruso emigrado, adoptado por una vieja dama, la viuda rusa de un terrateniente vecino. Una noche, en el fulgor de una tormenta, Igor llama a nuestra puerta, entra, fusta en mano, y anuncia todo agitado que el bosque de pinos de su benefactora está ardiendo y que nuestro pinar también corre peligro. Esta noticia nos afecta bastante menos que el encanto juvenil de nuestro visitante, por lo que ante sus palabras tendemos a hundirnos en la hamaca, jugando pensativamente con nuestro collar, ante lo que nuestro amigo, el fanático, observa que el reflejo de las llamas resulta a veces más peligroso que la propia conflagración. Un argumento sólido y de primera línea, como pueden ustedes comprobar, porque desde el principio queda

claro que el ruso se convertirá en una visita frecuente, si no permanente y, de hecho, el segundo acto, en su integridad, no consiste sino en unos trajes claros de verano deambulando en la placidez absoluta de un tiempo soleado.

A juzgar por el texto impreso de la obra, Igor se expresa (al menos en las primeras escenas, hasta que el autor se cansa de esta treta) no con incorrección, sino, por así decir, con una cierta indecisión, intercalando de vez en cuando: «¿Me parece que se dice así en francés, no?». Luego, sin embargo, cuando el flujo turbulento del drama le impide al autor preocuparse de semejantes naderías, se renuncia a todas las peculiaridades de un acento extranjero y el joven ruso adquiere espontáneamente el rico vocabulario de un hablante nativo de francés; hay que esperar al final de la obra, en ese intermedio de tregua que precede a la explosión final de la acción, para que el dramaturgo recuerde sobresaltado la nacionalidad de Igor, acto seguido, éste dirige las siguientes palabras al viejo criado: «*J'étais trop jeune pour prendre part à la… comment dit-on… velika voïna… grande, grande guerre*…». Para hacer justicia al autor hay que decir que, a excepción de ese «*velika voïna*» y un más modesto «dosvidania», no se aprovecha ni tampoco abusa de su conocimiento de la lengua rusa, contentándose con el siguiente apunte de dirección escénica: «El acento ruso le da a Igor un cierto encanto cuando habla».

En París, donde la obra tuvo mucho éxito, el personaje de Igor lo hacía François Coulot, que no actuaba mal, pero por alguna extraña razón adoptaba un fuerte acento italiano, con la evidente pretensión de que pasara por ruso, lo cual curiosamente no si prendió ni a uno solo de los críticos parisinos. Después, cuando obra empezó a gotear por las provincias, el papel fue a caer p puro azar en un actor ruso de verdad, Lik (nombre artístico de Lavrentiy Ivanovich Kruzhevnitsyn), un tipo magro, de pelo rubio, con ojos oscuros color café, que había alcanzado cierta fama, gracias a una película en la que bordaba a la perfección el personaje de un tartamudo.

Era difícil precisar, sin embargo, si Lik (la palabra significa semblante, tanto en ruso como en inglés medio) poseía un auténtico talento dramático o si era un hombre de vocaciones diversas que hubiera elegido al azar una de ellas, aunque muy bien hubiera podido asimismo convertirse en pintor, joyero o cazador de ratas. Una persona así se asemeja a un cuarto con una serie de puertas diferentes, entre las que quizá haya una que conduzca directamente a un gran jardín, a las profundidades de una maravillosa noche humana iluminada por la luna, donde el alma descubre el tesoro destinado a él y tan sólo a él. Pero sea como fuere, Lik no había conseguido abrir *aquella* puerta precisa, y había tomado en su lugar el camino de Tespis, que seguía sin entusiasmo, con la actitud distraída de un hombre que va buscando indicadores de tráfico que no existen pero que tal vez se le han aparecido en sueños o que quizá se puedan entrever en el negativo de una fotografía de una localidad que él no visitará nunca, nunca. Por lo que respecta a las convenciones y a las costumbres

más pedestres que configuran nuestra personalidad, tenía treinta años, como los que tenía el siglo. En la gente mayor, varada no sólo fuera de las fronteras de su país, sino incluso fuera de las fronteras de sus propias vidas, la nostalgia se convierte en un órgano extraordinariamente complejo, que no deja de funcionar incesantemente, y cuyas secreciones compensan de todo lo que se ha perdido; alternativamente, se convierte en un tumor maligno que crece en el alma, que impide y duele al respirar, al dormir, al asociarse con extranjeros despreocupados. En Lik, este recuerdo de Rusia permanecía en estado embrionario, confinado a la niebla de una serie de recuerdos de infancia, como la fragancia de resina del primer día de primavera en el campo, o la forma especial del copo de nieve prendido en la lana de su gorro. Sus padres habían muerto. Vivía solo. Había algo un punto sórdido en cuantos amores y amigos se cruzaron en su camino. Nadie le escribía cartas llenas de chismes, nadie se tomaba un interés mayor en sus problemas que él mismo y no tenía a nadie a quien acudir a quejarse de la inmerecida precariedad de su persona misma cuando se enteró por dos médicos, uno ruso y otro francés, que (como muchos protagonistas) padecía una enfermedad del corazón incurable… mientras que las calles estaban atiborradas de viejos robustos. Parece que una cierta conexión entre esta enfermedad suya y su afición por las cosas bellas y caras; por ejemplo, podía gastarse tranquilamente sus últimos doscientos francos en una bufanda o en una pluma, pero siempre, indefectiblemente, la bufanda acababa toda sucia, la pluma rota, a pesar del cuidado meticuloso, piadoso incluso con el que se ocupaba de sus cosas.

Por lo que respecta a los actores de la compañía, donde había entrado con la misma displicencia con la que la piel de una dama acaba aterrizando en una u otra silla anónima, siguió manteniendo la misma distancia que en el primer ensayo. Tuvo desde el principio la sensación inmediata de ser superfluo, de haber usurpado la plaza de otro. El director de la compañía siempre le trataba con amabilidad, pero el alma hipersensible de Lik siempre se estaba imaginando una posible discusión… como si al menor momento alguien fuera a desenmascararle y acusarle de algo insoportablemente vergonzoso. La constancia misma de la actitud del director la interpretaba como una muestra de la máxima indiferencia a su trabajo, como si todo el mundo se hubiera acostumbrado hacía tiempo a su interpretación, irremediablemente pobre —y como si se limitaran a tolerarle, sencillamente, porque no tenían un buen pretexto para echarle.

Le parecía, y quizá tuviera razón, que para aquellos actores franceses elegantes y festivos, conectados entre sí por una red de pasiones personales y profesionales, él no era sino un objeto sin importancia como la vieja bicicleta que uno de los personajes desmontaba en el segundo acto; por eso, cuando alguien le saludaba de forma especialmente cariñosa o le ofrecía un cigarrillo, pensaba que se había producido un malentendido que, felizmente, no tardaría en resolverse. A causa de su salud, evitaba

beber, pero su ausencia de las reuniones de amigos no se interpretaba como una falta de sociabilidad por su parte (que hubiera redundado en críticas por su altivez y que, por tanto, hubiera supuesto que le concedían, al menos, un esbozo de personalidad), no, sus ausencias pasaban inadvertidas, como si ni se planteara la posibilidad de que fuera de otra manera; y cuando en alguna ocasión le invitaban formalmente a algo, siempre lo hacían de una forma vaga y como dubitativa («¿Vas a venir con nosotros o…») —una forma particularmente dolorosa para alguien que está deseando que le convenzan. No entendía los chistes demasiado bien, ni tampoco las alusiones ni los motes que los otros intercambiaban con alegría críptica. Casi llegó a desear que los chistes se refirieran a su persona, que se rieran de él, pero ni siquiera consiguió tal cosa. Y sin embargo, le caían bastante bien algunos de sus colegas. El actor que hacía de fanático era en la vida real un tipo agradable, que se acababa de comprar un coche deportivo, del que te hablaba con una inspiración genuina. Y la ingenua era encantadora, y también esbelta, con el pelo negro, y unos ojos espléndidos, cuidadosamente maquillados, pero durante el día absolutamente inconsciente de sus confesiones nocturnas en escena bajo el abrazo locuaz de aquel novio ruso al que se pegaba cándidamente. A Lik le gustaba decirse y convencerse de que sólo en escena vivía realmente, y que el resto del día su existencia estaba constituida por una serie de ataques periódicos de locura en los que ella dejaba de reconocerle y se hacía llamar por un nombre que no le correspondía. Con la primera actriz apenas intercambiaba una palabra fuera del drama, y cuando esta corpulenta señora, guapa y tensa, pasaba junto a él entre bastidores, él se sentía como una parte del decorado, a punto de caerse si alguien lo rozaba. Es en verdad difícil decir si todo esto era un simple producto de la imaginación de Lik o si esta gente totalmente inofensiva no le prestaba atención sencillamente por el hecho de que él no buscaba su compañía, y que no entablaban conversación con él de la misma forma que los pasajeros que han establecido una relación en el transcurso de un viaje no se dirigen al extranjero que, absorto en su libro, ocupa un rincón del compartimento. Pero incluso cuando Lik, en un ataque repentino de seguridad en sí mismo, trataba de convencerse de lo irracional de sus tormentos vagos, el recuerdo de momentos similares estaba todavía demasiado cercano, y se repetían en circunstancias nuevas con demasiada frecuencia para que pudiera ya sobreponerse a los mismos. La soledad, cuando es una situación, puede corregirse, cuando se trata de un estado mental es una enfermedad incurable.

Hacía su papel escrupulosamente y, al menos en lo que respecta al acento, mejor que su antecesor, ya que Lik hablaba francés con una ligera entonación rusa, estirando las frases y dulcificándolas un tanto, acentuando la última sílaba y filtrando con excesivo cuidado la serie de expresiones auxiliares que surgen naturales y ágiles de la lengua de un francés. Su parte era tan pequeña, tan insignificante, a pesar del impacto que ejercía en la acción dramática y en los otros personajes, que no merecía

la pena reflexionar sobre ella; sin embargo le daba vueltas a su papel, especialmente al inicio de la gira, y no tanto por amor a su arte como porque la disparidad existente entre la insignificancia del papel en sí y la importancia del complejo drama que su personaje desataba le parecía una paradoja que de algún modo le humillaba a él personalmente. Sin embargo, aunque pronto se enfrió su entusiasmo ante la posibilidad de mejoras que le sugerían tanto su capacidad artística como su vanidad (dos cosas que a menudo tienden a coincidir), corría a escena con el mismo placer misterioso, como si, cada vez, anticipara una suerte de recompensa especial —sin conexión alguna, desde luego, con la habitual dosis de aplausos neutros. Tampoco consistía su recompensa en la pura satisfacción interna del actor ante el trabajo bien hecho. Más bien, se agazapaba en los pliegues y surcos que él discernía que existían en la vida de la obra misma por más que ésta fuera banal y prosaica, porque, como cualquier pieza teatral puesta en escena, ganaba, Dios sabe dónde, un alma propia y durante un par de horas intentaba existir por sus propios medios, emitiendo su propio calor y su propia energía, sin relación alguna con la desgraciada concepción de su autor ni tampoco con la mediocridad de los actores, sino, como despertándose y adquiriendo vida propia, de la misma forma que la vida despierta en el agua que el sol calienta. Por ejemplo, Lik esperaba, en una noche vaga y maravillosa, en plena actuación, caminar por una zona de arenas movedizas: habría algo que cedería y él se hundiría para siempre en un elemento nuevo, totalmente desconocido que haría que los temas de la obra empezaran a desarrollarse por caminos totalmente inesperados. Entraría en aquel elemento de forma irrevocable, se casaría con Angélique, irían a caballo por el páramo fresco, recibirían toda la riqueza que se apuntaba en la obra, irían a vivir a aquel castillo y además, se encontraría inmerso en un mundo de ternura inefable —un mundo azulado y delicado donde se suceden innumerables aventuras de los sentidos e inauditas metamorfosis de la mente. Mientras pensaba en todo esto, Lik se imaginaba que por alguna razón, cuando se muriera de un ataque al corazón, y pronto moriría, el ataque se produciría en escena, como le había ocurrido al pobre Molière, ladrando en su latín macarrónico a los médicos que le rodeaban; pero también se imaginaba que no se daría cuenta de su muerte, sino que cruzaría el espacio hasta encontrarse por azar en otra obra de teatro, que al contar con su presencia, adquiriría una nueva vida, mientras que su cadáver sonriente yacería sobre las tablas, y el dedo de un pie sobresaldría por debajo de los pliegues del telón que cerraba la escena.

Al final del verano, en una ciudad mediterránea representaban *El abismo* y otras dos obras de repertorio. Lik sólo aparecía en *El abismo*, por lo que entre la primera y segunda representación (sólo habían programado dos) tenía una semana libre, en la que no sabía qué hacer. Lo que es más, el clima del sur no le sentaba demasiado bien y su primera representación transcurrió en una nube de delirio tórrido, con el

maquillaje graso corriéndose en gotas que se le quedaban colgando de la nariz o que le escaldaban el bigote, y cuando en el descanso, salió a la terraza, que separaba la parte de atrás del teatro de una iglesia anglicana, se sintió tan mal que pensó que no iba a poder aguantar vivo toda la obra, sino que se iba a disolver en escena entre exhalaciones de todos los colores, a través de las que, en el último momento mortal, brillaría el bienaventurado rayo de —sí, de otra vida. Sin embargo, consiguió acabar a trompicones, aunque al final el sudor que le cernía los ojos le hacía ver doble, mientras que el suave contacto con el frescor de los brazos desnudos de su joven pareja no hacía sino acentuar el estado sudoroso de sus manos. Volvió a su pensión destrozado, con la espalda dolorida y un dolor agudo que retumbaba en la nuca. El jardín oscuro estaba todo él en flor y olía a caramelo, y se oía el continuo cri-cri de los grillos que confundió (como todos los rusos) con cigarras.

Su habitación, iluminada, era de un blanco aséptico comparado con la oscuridad que enmarcaba la ventana abierta. Aplastó un mosquito borracho de tripas rojas contra la pared y luego se quedó sentado en el borde de la cama durante largo rato, asustado de sus palpitaciones. La proximidad del mar, cuya presencia adivinaba más allá de la plantación de limoneros, le oprimía, como si aquel espacio amplio, que relucía con una cierta viscosidad, y con tan sólo una membrana de luna cruzando en una tira tensa su superficie, fuera comparable al vaso igualmente tenso de su corazón que no dejaba de batir, y que, como él, estaba atormentadamente vacío, sin nada que lo separara del cielo, lejos de toda pisada humana así como de la insoportable tensión de la música que tocaban en un bar vecino. Miró subrepticiamente el lujoso reloj que llevaba en la muñeca y notó con una punzada de angustia que había perdido la esfera de cristal; es verdad, al subir penosamente por la colina hacía un rato se había dado un golpe en la muñeca contra un parapeto de piedra. El reloj seguía funcionando, indefenso y desnudo, como un órgano vivo que el bisturí del cirujano hubiera dejado abierto.

Sus días transcurrían en una enfebrecida búsqueda de sombra y un anhelo de frescura. Había algo infernal en los destellos entrevistos del mar y de la playa, donde unos demonios bronceados se tumbaban al sol sobre la arena tórrida. La acera del sol de las estrechas calles le estaba prohibida tan estrictamente que hubiera tenido que resolver intrincadísimos problemas de ruta si sus paseos hubieran tenido un objetivo determinado. Sin embargo, no tenía dónde ir. Se paseaba sin rumbo por delante de los escaparates de las tiendas que exhibían, entre otros objetos, algunas pulseras bastante divertidas de un material que parecía ámbar de color rosa, así como unas atractivas señales para libros y unas carteras de piel de bordes dorados. Se solía dejar caer en una de las sillas del café protegidas por un toldo y luego se iba a casa a tumbarse en la cama —completamente desnudo, delgado y frío como un espectro—, y allí de nuevo seguía pensando en las mismas cosas sobre las que reflexionaba

continuamente.

Pensó que había sido condenado a vivir en las afueras de la vida, que siempre había sido así y lo seguiría siendo, y que, por lo tanto, si la muerte no le presentaba una puerta que le llevara a la realidad verdadera, sencillamente nunca llegaría a saber lo que era la vida. También pensó que, si sus padres estuvieran vivos en lugar de haber muerto al comienzo de su exilio, los quince años de su vida adulta habrían podido transcurrir en el calor de una familia; que, si su destino no hubiera sido tan móvil, habría podido terminar uno de los tres liceos en los que había conseguido cursar estudios en distintos y azarosos puntos oscuros de la mediocre Europa central, y ahora tendría un buen trabajo, sólido, entre gente buena y también sólida. Pero, por mucho que esforzara su imaginación, no conseguía imaginarse tal trabajo ni tampoco a tal gente, de la misma manera en la que no conseguía explicarse por qué de joven estudió en una escuela de cine, en lugar de haber emprendido estudios de música o de numismática, contabilidad o simplemente de limpiacristales. Y, como siempre le ocurría en tales circunstancias, sus pensamientos, iniciados en el arco de una circunferencia, seguían uno de sus radios hasta llegar a su centro oscuro, el presentimiento de una muerte cercana, ante la cual, él, que no había acumulado tesoro espiritual alguno, se revelaba como una presa de lo más insignificante. A pesar de ello, ésta había aparentemente decidido concederle lugar de precedencia.

Una noche en la que estaba descansando en una tumbona en la terraza, se vio interrumpido por uno de los huéspedes de la pensión, un anciano ruso bastante locuaz (que ya había logrado por dos veces contarle a Lik la historia de su vida, primero en una dirección, del presente al pasado, y luego en la otra, contra corriente por así decir, consiguiendo de esta forma el relato no de una sino de dos vidas muy diferentes, una de ellas próspera y feliz, la otra no), que, acomodándose y tocándose la barbilla, le dijo: «Ha aparecido por aquí un amigo mío; bueno, “amigo, amigo” es mucho decir…, nos hemos visto un par de veces en Bruselas, eso es todo. Me temo, sin embargo, que es un personaje absolutamente fracasado. Ayer, sí, creo que fue ayer, mencioné su nombre al azar en nuestra conversación y me dijo: “Pero claro que lo conozco…”, en realidad somos parientes».

—¿Parientes? —preguntó Lik sorprendido—. No tengo apenas familia. ¿Cómo se llama?

—Algo así como Koldunov… Oleg Petrovich Koldunov… ¿Petrovich, no es cierto? ¿Lo conoce?

—¡No puede ser! —exclamó Lik, cubriéndose el rostro con las manos.

—Sí. ¡Imagínese! —dijo el otro.

—No puede ser —repitió Lik—. Verá, yo siempre pensé… ¡Pero esto es horrible! ¿No le daría mi dirección?

—Sí, se la di. Aunque no crea que no lo entiendo. Uno siente asco y piedad al

mismo tiempo. Despedido de todas partes, amargado, y lo que es peor, con una familia que atender.

—Escuche, hágame un favor. Dígale que ya me he ido de aquí.

—Si lo veo, se lo diré. Pero… bueno, me lo he encontrado por casualidad en el puerto. Dios mío, qué yates tan maravillosos tienen allí. Ésa es la gente que yo considero afortunada. Vives en el agua, y navegas cuando te viene en gana. Champán, niñas, todo maravilloso…

Y el anciano chasqueó los labios y movió la cabeza.

Qué locura que fuera a pasarle precisamente aquello, pensó Lik durante toda la noche. Qué lío… No sabía por qué pero pensaba que Oleg Koldunov hacía tiempo que había abandonado el mundo de los vivos. Era uno de esos axiomas que la mente racional abandona por así decir, relegándolo a las profundidades de la conciencia, de modo que ahora, con la resurrección de Koldunov, tenía que admitir la posibilidad de que dos líneas paralelas finalmente llegaran a encontrarse y, sin embargo, le resultaba extremadamente difícil desembarazarse del pensamiento antiguo, enraizado en su cerebro —como si el hecho de extraer de su mente aquel único y falso pensamiento fuera a viciar todo el orden en el que se ensartaban y acomodaban el resto de conceptos y nociones de su mente. Y ahora no conseguía acordarse qué datos le habían llevado a concluir que Koldunov había muerto, y por qué, a lo largo de los últimos veinte años, aquella información inicial, vaga en sus primeros detalles, había ido adquiriendo en su mente la rotundidad de una certidumbre acerca del destino fatal de Koldunov.

Sus madres habían sido primas. Oleg Koldunov era dos años mayor que él; durante cuatro años habían acudido al mismo liceo de provincias, y el recuerdo de aquellos años le resultaba tan odioso a Lik que prefería no recordar su adolescencia. En efecto, su Rusia le resultaba tan borrosa precisamente por la misma razón por la que no guardaba ningún recuerdo personal ilusionado. Los sueños, sin embargo, todavía se producían, incluso ahora, porque no había manera de controlarlos. Algunas veces Koldunov aparecía, en su propia imagen, en el escenario de su adolescencia, apresuradamente convocado por el director de escena de los sueños a partir de accesorios tales como un aula de clase, unos pupitres, una pizarra y su borrador seco y ligero. Junto a aquellos sueños prosaicos a veces se producían también otros sueños románticos, incluso decadentes, desprovistos, quiero decir, de la presencia obvia de Koldunov, pero aun así cifrados por él, saturados de su espíritu agobiante o llenos de rumores que se referían a su persona, con situaciones y sombras de situaciones que de alguna manera expresaban su esencia. Y aquel decorado atrozmente koldunoviano, contra el que se desarrollaba la acción de cualquier sueño surgido al azar, era mucho peor que cuando Koldunov se presentaba directamente en sus sueños, tal y como Lik lo recordaba —un adolescente musculoso y basto, con el pelo corto y un rostro

desagradablemente hermoso. La regularidad de sus fuertes facciones la quebraban unos ojos demasiado juntos y de pestañas pesadas, correosas (no era de extrañar que le apodaran *el Cocodrilo* porque en verdad había una cierta calidad turbia y espesa como el Nilo en su mirada).

Koldunov había sido un estudiante desesperadamente malo; suya era esa peculiar desesperación rusa del idiota que parece embrujado en su caída, siempre en vertical, a través de los estratos transparentes de los distintos cursos que repite, de forma que los niños más jóvenes van gradualmente alcanzando su nivel, al principio petrificados de miedo y luego, un año más tarde, aliviados de dejarle atrás. Koldunov era famoso por su insolencia, su desaliño, y por su salvaje fuerza física; si te peleabas con él, la habitación siempre acababa oliendo como un zoo. Lik, por su parte, era un niño sensible, frágil, vulnerablemente orgulloso, y por lo tanto, representaba una presa ideal, inagotable. Koldunov se llegaba hasta él y, sin mediar palabra, torturaba incansable a su víctima aplastada contra el suelo y sin dejar de retorcerse. La enorme mano de Koldunov, con la palma siempre extendida, iniciaba un obsceno movimiento mientras penetraba en las convulsas y aterrorizadas profundidades que buscaba. Y después dejaba a Lik, cuya espalda estaba cubierta de polvo de tiza y cuyas atormentadas orejas estaban en llamas, en paz durante una o dos horas, contentándose con repetir alguna frase obscena sin sentido, insultante para Lik. Luego, cuando le volvían las ganas, Koldunov suspiraba, como sin querer, antes de arrojarse de nuevo sobre él, hincando sus uñas de cuerno en las costillas de Lik o sentándose a descansar sobre la cara de su víctima. Conocía de memoria todas y cada una de las distintas estrategias de intimidación del típico chulo bravucón que causaran el mayor dolor sin dejar rastro, y por lo tanto gozaba del respeto servil de sus compañeros. Al mismo tiempo, alimentaba una suerte de afecto vagamente sentimental por su paciente habitual, e insistía en pasear con él a la hora del recreo, pasándole ostentosamente el brazo por la espalda y clavando con fuerza su zarpa distraída en la frágil clavícula de Lik, quien trataba en vano de conservar un cierto aire de dignidad e independencia. Los días de Lik en el colegio fueron, pues, un absurdo tormento inaguantable. Le daba vergüenza quejarse ante nadie, y sus pensamientos nocturnos en los que imaginaba cómo finalmente lograría matar a Koldunov no conseguían sino secar su espíritu de toda fuerza. Afortunadamente, apenas se veían fuera de clase, aunque a la madre de Lik le hubiera gustado establecer relaciones más estrechas con su prima, que era mucho más rica y que incluso tenía sus propios caballos. Luego, la Revolución comenzó a disponer a su manera y Lik se encontró en otra ciudad, mientras que Oleg, con quince años y ya con bigote y completamente embrutecido, desapareció en medio de la confusión general, propiciando un período de sosiego bienaventurado. Sin embargo, el sosiego pronto dio paso a nuevas y más sutiles torturas en manos de los sucesores del gran torturador.

Es triste decirlo pero en las raras ocasiones en las que Lik hablaba de su pasado, recordaba públicamente al muerto imaginario con esa sonrisa artificial que concedemos a los tiempos lejanos («Aquellos días felices»), una sonrisa que habitualmente duerme oronda en un rincón de su jaula pestilente. Ahora, sin embargo, al saber que Koldunov estaba vivo, por más razones sensatas que invocara, Lik no conseguía dominar aquella sensación de indefensión —manifiesta todavía por más que hubiera estado sometida a la metamorfosis de la realidad—, que le agobiaba en sueños cuando desde detrás de una ventana, sonriendo malévolamente mientras jugaba con la hebilla de su cinturón, aparecía el señor de sus sueños, un oscuro y temible colegial. Y aun cuando Lik comprendía cabalmente que el Koldunov real, el vivo, no le podía producir daño alguno ahora, la misma posibilidad de encontrárselo le parecía un señal fatídica, inquietante, vinculada de alguna forma con el mundo del mal, con sus premoniciones de tormento y abuso, que le resultaban tan conocidos.

Después de su conversación con el anciano, Lik decidió pasar en casa el menor tiempo posible. Sólo quedaban tres días de función por lo que no merecía la pena cambiarse a otra pensión; sin embargo, sí podía aventurarse en excursiones de un día al otro lado de la frontera italiana, o también a las montañas, porque el clima había empeorado y había una lluvia como de aguanieve y un recio viento. A la mañana siguiente, temprano, emprendió la marcha por un camino estrecho bordeado por muros de los que colgaban todo tipo de flores, cuando vio que caminaba en su dirección un hombre bajo, cetrino, cuyo atuendo, aunque no se diferenciaba en principio del uniforme que suelen llevar los turistas mediterráneos: boina, camisa con el cuello abierto, alpargatas, parecía responder más bien no tanto a la despreocupación del ocioso sino a la necesidad que impone la pobreza. De primer momento, a Lik le sorprendió que aquella figura monstruosa cuya corpulencia llenaba su recuerdo alcanzara apenas su misma estatura.

—Lavrentiy, Lavrusha, ¿no me reconoces? —dijo Koldunov lenta y dramáticamente, deteniéndose en mitad del camino.

Las grandes facciones de aquel rostro cetrino con una sombra bronca en el bigote y en los pómulos, aquellos dientes negros, aquella gran nariz romana, insolente, aquella mirada borrosa, interrogante —todo era puro Koldunov, sin duda alguna, aunque los rasgos se hubieran difuminado con el paso del tiempo. Sin embargo, bajo la mirada de Lik, aquel parecido se fue desintegrando silenciosamente, y ante él apareció un extraño de aspecto lamentable con el rostro imponente de un César, eso sí, de un César desarrapado.

—Besémonos como rusos que somos —dijo Koldunov severamente y durante un momento apretó su fría mejilla salada contra los labios infantiles de Lik.

—Te reconocí inmediatamente —balbuceó Lik—. Justamente ayer me habló de ti, cómo se llama… Gavrilyuk.

—Un personaje ambiguo —interrumpió Koldunov—. *Méfie-toi*. Bueno, bueno, así que aquí está mi Lavrusha. ¡Increíble! Me alegro. Me alegro de verte de nuevo. ¡Hay que creer en el destino! ¿Te acuerdas, Lavrusha, cuando íbamos a pescar gobios juntos? Me acuerdo como si fuera ayer. Uno de mis mejores recuerdos. Sí.

Lik sabía perfectamente que nunca había ido a pescar con Koldunov, pero la confusión, el aburrimiento y la timidez le impidieron acusar a aquel extraño de apropiarse un pasado inexistente. De repente se sintió mareado y demasiado vestido.

—Cuántas veces —continuó Koldunov, examinando con interés los pantalones gris pálido de Lik—, cuántas veces en los últimos años… Oh, sí, me he acordado de ti. ¡Sí, muchas! ¿Dónde, pensaba yo, estará mi Lavrusha? Le he hablado de ti a mi mujer. Era una mujer muy guapa. ¿Y a qué te dedicas?

—Soy actor —suspiró Lik.

—Permíteme que sea indiscreto —dijo Koldunov en un tono confidencial—. Me dicen que en Estados Unidos hay una sociedad secreta que considera que la palabra «dinero» es una ordinariez, y cuando tienen que pagar, envuelven los dólares en papel de retrete. Cierto, sólo pertenecen a ella los ricos, los pobres no tienen tiempo para eso —y ya llegamos a donde quería ir, sus cejas se arquearon interrogantes y Koldunov hizo un gesto vulgar y zafio moviendo el índice y el pulgar, el gesto que denota movimiento de dinero.

—¡Pero a mí qué me cuentas! —exclamó Lik con toda inocencia—. La mayor parte del año no tengo trabajo, y lo que pagan es una miseria.

—Sé lo que pasa y lo entiendo perfectamente —dijo Koldunov con una sonrisa—. En cualquier caso… Sí, en cualquier caso, tengo un proyecto que me gustaría discutir contigo en algún momento. Podías sacar un buen interés. ¿Vas a hacer algo ahora mismo?

—Bueno, en realidad, voy a Bordiguera a pasar el día, en autobús… Y mañana…

—¡Qué pena! Si me lo hubieras dicho hay un chófer ruso que conozco ahí, con un coche privado estupendo y te habría enseñado toda la Riviera. ¡Qué tonto! Está bien, está bien, te acompañaré a la parada del autobús.

—Y de todos modos, me marcho muy pronto —añadió Lik.

—Dime ¿cómo está la familia?… ¿Cómo está la tía Natasha? —preguntó Koldunov distraído mientras caminaban a lo largo de una callejuela llena de gente que conducía al mar—. Ya, ya —asentía a las contestaciones de Lik. De repente, pasó fugazmente Por su rostro una expresión de culpa, de locura—. Escucha, Lavrusha —dijo, empujándolo involuntariamente y acercando su cara a la de Lik en la estrecha acera—. Encontrarme contigo significa para mí un presagio del destino. Es un signo de que todo no está perdido todavía, y debo admitir que el otro día, sin ir más lejos, pensé que todo *estaba* perdido. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Oh, todo el mundo piensa eso de vez en cuando —dijo Lik.

Llegaron al paseo marítimo. El mar estaba opaco y lleno de olas bajo un cielo cubierto, y, junto al malecón, aquí y allá, la espuma estallaba contra el asfalto de la acera. No había nadie salvo una mujer solitaria con pantalones sentada en un banco con un libro abierto en el regazo.

—Mira, dame cinco francos y te compraré unos cigarrillos para el viaje —dijo Koldunov rápidamente. Cogió el dinero y añadió en un tono distinto, divertido—. Mira, aquélla es mi mujer, la que está sentada allí… hazle compañía un minuto, en seguida vuelvo.

Lik se acercó a la señora rubia y dijo con el automatismo de un actor: «Su marido volverá en un minuto y se olvidó de presentarme. Soy un primo suyo».

En aquel momento le sorprendió la espuma fría de una ola que le rompió encima. La señora miró a Lik con sus ojos azules, ingleses, y sin apresurarse cerró el libro rojo y se fue sin decir ni una palabra.

—Era una broma —dijo Koldunov, que apareció a su lado sin aliento—. *Voilà*. Me quedaré con unos francos. Sí, me temo que mi mujercita no tiene tiempo para sentarse en un banco a mirar al mar. Te lo imploro, prométeme que nos volveremos a ver. ¡Acuérdate del presagio! ¡Prométemelo! Espera, te escribiré la dirección.

Tomó la agenda completamente nueva, de piel y cantos dorados, de Lik, se sentó, inclinó la frente sudorosa y de venas hinchadas, apretó las rodillas y no sólo escribió la dirección, releyéndola con exasperante cuidado y lentitud, volviendo a poner un punto sobre la *i* y subrayando una palabra, sino que dibujó un plano —por aquí, por aquí y luego por aquí. Era evidente que no era la primera vez que hacía aquello, y que más de una vez la gente le había fallado, utilizando la dirección perdida como excusa; de ahí que escribiera con tanta diligencia y con tanta fuerza —una fuerza que era casi como un conjuro.

Llegó el autobús. «¡Te espero, entonces!», gritó Koldunov, ayudando a Lik a subir al autobús. Luego se volvió, lleno de energía y de esperanza y emprendió el camino por el paseo marítimo como si tuviera un asunto importante que no pudiera esperar, aunque era perfectamente obvio que era un holgazán, un borracho y un patán.

Al día siguiente, miércoles, Lik dio un paseo por el monte y luego pasó la mayor parte del jueves tumbado en la cama con una fuerte jaqueca. La función era aquella noche, la marcha mañana. Hacia las seis de la tarde salió a recoger el reloj en la joyería y a comprarse unos bonitos zapatos blancos —una innovación que hacía tiempo que quería introducir en el segundo acto. Separó la cortina de cuentas para salir de la tienda, y al pisar la calle, con la caja de zapatos bajo el brazo, se dio de bruces con Koldunov.

El saludo de Koldunov no mostraba el entusiasmo de la primera vez, y en su lugar tenía un cierto tinte de sarcasmo.

—¡Oh! Esta vez no vas a poder escabullirte —dijo, agarrando con firmeza por el

codo a Lik—. Venga, vamos. Verás dónde vivo y trabajo.

—Tengo una función esta noche —objetó Lik—, ¡y mañana me voy!

—Precisamente, amigo mío, precisamente. ¡Aprovecha la oportunidad! ¡Aprovéchala! Nunca tendrás otra oportunidad. La carta está echada. Vamos. Camina.

Koldunov empezó a caminar a buen paso, aguijoneando a su débil compañero, sin dejar de repetir palabras inconexas e imitando con todo su ser la alegría sin sentido de un hombre que ha llegado al límite y que quizá lo ha traspasado (una pobre imitación, pensó Lik vagamente). La compañía de teatro en pleno estaba sentada en la terraza de un café en una esquina y al ver a Lik lo saludaron con una sonrisa peripatética que en realidad no pertenecía a ninguno de los miembros del grupo, sino que rozó los labios de cada uno de ellos como un círculo independiente de luz del sol que se va reflejando en cada labio.

Koldunov llevó a Lik por una callejuela empinada y tortuosa, veteada aquí y allí por dispersos y también tortuosos rayos de sol amarillos. Lik no había visitado nunca aquel barrio viejo y escuálido. Parecía que las altas fachadas desnudas de las estrechas casas se apoyaran a ambos lados de la acera para inclinarse hasta casi tocarse en sus tejados; en algunos lugares se fundían por completo hasta formar un arco. Unos niños repelentes holgazaneaban en los portales; un agua negra, pestilente corría por la cuneta de la acera, cambió repentinamente de dirección y le empujó a una donde, haciendo alarde de conocer los términos más vulgares de argot francés (al estilo de muchos rusos pobres), compró dos botellas de vino con el dinero de Lik. Era evidente que llevaba tiempo en deuda con aquel comerciante, por lo que ahora había un júbilo desesperado en su actitud y un punto de amenaza en su saludo excitado, que no provocó respuesta alguna por parte del tendero ni de su suegra, lo cual hizo que Lik se sintiera todavía más incómodo. Siguieron caminando, torcieron por un callejón y aunque parecía que la infame calle, por la que acababan de subir, representaba el límite máximo de suciedad, miseria y congestión, aquel pasaje con las coladas colgando desmayadas encima de sus cabezas, conseguía provocar aún más desaliento. Al llegar a la esquina de una plazuela asimétrica, Koldunov dijo que él entraría primero y, abandonando a Lik, penetró por el agujero negro de una puerta abierta. Simultáneamente, un chiquillo rubio salió corriendo por la misma pero, al ver que Koldunov se aproximaba, corrió hasta meterse dentro, tropezándose con un cubo que reaccionó con un tintineo bronco. «¡Espera, Vasyuk!», gritó Koldunov, dando trompicones en su lóbrega vivienda. Tan pronto como hubo entrado, una enloquecida voz de mujer surgió del interior, gritando todo tipo de cosas en un tono de agotamiento que daba la sensación era el habitual de su voz, pero luego los gritos cesaron abruptamente, y un minuto más tarde Koldunov asomó la cabeza y hoscamente le instó a Lik a que entrara.

Lik cruzó el umbral e inmediatamente se encontró en una habitación oscura de

techos bajos, cuyas paredes desnudas, como si estuvieran distorsionadas por alguna presión que viniera de arriba, formaban unas curvas y esquinas incomprensibles. El lugar estaba atestado con los sórdidos objetos que conforman la escenografía de la indigencia. El chiquillo de hacía un momento estaba sentado en el hundido lecho conyugal; una inmensa mujer rubia con grandes pies descalzos emergió no se sabe muy bien cómo desde un rincón y sin una sonrisa en su pálido rostro congestionado (cada uno de cuyos rasgos, incluso los ojos, parecía emborronado de fatiga, o de melancolía, o de Dios sabe qué), saludó en silencio a Lik.

—Vamos, es hora de que os conozcáis —murmuró Koldunov como animándoles con un punto de sarcasmo e inmediatamente se puso a descorchar el vino. Su mujer puso un poco de pan y un plato de tomates en la mesa. Estaba tan callada que Lik empezó a dudar que fuera esta mujer la que había chillado hacía un minuto.

Se sentó en un banco al fondo de la habitación, ocupándose en alguna cosa, quizá limpiando algo… con un cuchillo sobre un periódico desplegado parecía… —a Lik le daba miedo mirarla demasiado—, mientras que el niño, con los ojos brillantes, se fue junto a la pared y con toda precaución para que no se notaran sus movimientos, se dirigió sigilosamente a la calle. Había una multitud de moscas en el cuarto que, con persistencia maníaca, asediaban la mesa y se posaban en la frente de Lik.

—Estupendo, tomemos un trago —dijo Koldunov.

—No puedo, no me está permitido —protestó Lik, pero en cambio, obedeciendo a la influencia cada vez más agobiante que tan bien conocía por sus pesadillas, bebió un sorbo y empezó a toser.

—Eso está mejor —dijo Koldunov con un suspiro, limpiándose sus labios trémulos con el dorso de la mano—. Ya verás —continuó, volviendo a llenar el vaso de Lik y también el suyo—, la situación es ésta. ¡Vamos a hablar de negocios! Déjame que te lo cuente rápidamente. A principios de verano, trabajé durante un mesecillo con otros rusos que había por aquí, recogiendo basura de la playa. Pero, como bien sabes, soy un hombre sin pelos en la lengua a quien le gusta la verdad, y cuando aparece un rufián, voy directamente hasta él y le digo: «Eres un rufián», y si es necesario, le cierro la boca de un golpe. Pues bien, un buen día…

Y Koldunov empezó a contar, con todo tipo de detalles, con esmeradas repeticiones, un episodio aburrido, desdichado, y daba la sensación de que durante mucho tiempo su vida había consistido en episodios semejantes: que la humillación y el fracaso, y también temporadas enteras de penosa ociosidad y de esfuerzos estériles que acababan inevitablemente en una pelea a muerte, constituían en aquellos momentos su profesión habitual. Lik, mientras tanto, empezó a sentirse borracho desde la primera copa, pero sin embargo, siguió bebiendo, escondiendo su asco. Una especie de cosquilleo nebuloso invadía su cuerpo por todos sus resquicios, pero no se atrevía a parar, como si el negarse a beber le pudiera conducir a un castigo

vergonzante. Apoyándose en el codo, Koldunov no paraba de hablar, mientras pasaba meticulosamente la mano por el borde de la mesa que golpeaba de cuando en cuando para enfatizar algún punto particularmente sombrío. Su cabeza, color de arcilla amarillenta (estaba casi completamente calvo), las bolsas debajo de los ojos, la expresión enigmáticamente maligna de los agujeros de su nariz que movía incesantemente… todo ello había dejado de tener relación alguna con aquella imagen del colegial fuerte y guapo que solía atormentar a Lik, pero el coeficiente de pesadilla de tal imagen seguía siendo el mismo.

—Ya ves, amigo mío… Pero todo esto carece ya de importancia —dijo Koldunov, con otro tono, menos narrativo—. £n realidad te tenía preparada esta historia la última vez… cuando se me vino a la cabeza, que el destino, soy un viejo fatalista, había querido concederle cierto significado a nuestro encuentro, que tú habías llegado como mi salvador, por así decir. Pero ahora resulta que en primer lugar, perdóname, eres tan tacaño como un judío y en segundo lugar… Quién sabe, igual es verdad que no estás en condiciones de hacerme un préstamo, quién sabe… No temas, no temas… ¡El tema está zanjado! Por otra parte, sólo se trataba de una pequeña suma que me permitiera no ya ponerme en pie, eso sería un lujo, sencillamente andar a cuatro patas. Porque estoy harto de que me pasen la basura por la cara. No te voy a pedir nada; pedir no es mi estilo. Sólo quiero tu opinión acerca de una cosa. Es, simplemente, una cuestión filosófica. Las señoras no tienen por qué escuchar. ¿Cómo explicas todo esto? Verás, si existe una explicación concreta, entonces, de acuerdo, estoy dispuesto a aguantar la basura, ya que eso significa que hay algo lógico y justificado en toda esta mierda, quizá algo útil para mí o para los otros, no sé. Veamos, explícame esto: Soy un ser humano, y por mis venas corre la misma sangre que por las tuyas. Lo creas o no, yo era el pequeño, el preferido de mi madre, el niño mimado. Cuando era niño, gastaba bromas; de joven, fui a la guerra, y la pelota se puso a rodar… ¡Dios, y cómo ha rodado! ¿Qué es lo que falló? No, eres *tú* el que me tiene que dar una respuesta. ¿Qué es lo que falló? Sólo quiero saber en qué me equivoqué, entonces estaré satisfecho. ¿Por qué la vida me ha hostigado sistemáticamente? ¿Por qué se me ha asignado el papel de un miserable villano a quien todo el mundo escupe, tima, golpea y mete en la cárcel? Aquí tienes un ejemplo: Cuando se me llevaban después de un cierto incidente en Lyon, y puedo añadir que yo tenía toda la razón, y ahora me arrepiento de no haberlo matado, bueno, cuando la policía se me llevaba a chirona, ignorando mis protestas, ¿sabes lo que hicieron? Me metieron una especie de anzuelo pequeño justo aquí en el cuello, en carne viva, ¿qué trato es ése, te pregunto yo?… y sin mediar palabra el poli me lleva así hasta comisaría, y yo mientras dejándome ir, flotando como un sonámbulo, porque cada movimiento me hacía desmayarme de dolor. Bueno, ¿me puedes explicar por qué no hacen esto a otra gente y, de repente, van y me lo hacen a mí? ¿Por qué se

fue mi primera mujer con un Circasiano? ¿Por qué, en Amberes, en 1932, me golpearon hasta la muerte, un grupo de siete hombres en un cuarto pequeño? Y mira todo esto que ves aquí a tu alrededor… ¿por qué razón?… estos harapos, estas paredes, Katya sentada ¿allí?… ¡La historia de mi vida me interesa, y me lleva interesando desde hace tiempo! ¡No estás oyendo la historia de un Jack London o de un Dostoievski! Vivo en un país corrupto, lo sé. Estoy dispuesto a aguantar a los franceses. ¡De acuerdo! ¡Pero tenemos que encontrar una explicación, caballeros! En una ocasión estaba hablando con un tipo y me dice: «¿Por qué no te vuelves a Rusia?». ¿Por qué no, después de todo? ¡Hay poca diferencia! Allí también me perseguirán, me saltarán los dientes, me meterán en chirona, y luego me invitarán a mi fusilamiento, pero por lo menos aquello es honesto. Verás, estoy incluso dispuesto a respetarlos… Dios sabe que son unos asesinos honrados…, mientras que estos granujas de aquí se inventan tales torturas que casi te hacen sentirte nostálgico de la buena vieja bala rusa. Oye, ¿por qué no me miras… sí, tú, tú, o es que no entiendes lo que estoy diciendo?

—No, lo entiendo perfectamente —dijo Lik—. Sólo que debes excusarme, por favor. No me encuentro bien. Tengo que irme. Pronto debo estar en el teatro.

—No. Espera un minuto. Yo también entiendo unas cuantas cosas. Eres un tipo extraño… Vamos, hazme una oferta, la que quieras… ¡Inténtalo! ¿A lo mejor me cubres de oro, después de todo, no? Escucha ¿sabes qué? Te venderé un arma, te será útil en escena: bang y el héroe cae al suelo. No vale ni cien francos, pero yo necesito más de cien… te dejo que te la lleves por mil. ¿La quieres?

—No, no la quiero —dijo Lik indiferente—. Y además no tengo dinero, yo también he pasado por todo eso, el hambre y demás… No, no tomaré más. Me encuentro mal.

—Sigues bebiendo, hijo de puta, y pretendes no encontrarte mal. Está bien, olvídalo. Sólo lo hice para ver cómo reaccionabas, a mí no se me compra, en cualquier caso. Pero por favor, al menos, contéstame a una pregunta. ¿Quién fue el que decidió que yo tenía que sufrir y luego condenó a mi hijo al mismo trágico destino de los rusos? Espera un minuto, aunque… ¿supón que también yo quiera sentarme con mi bata a escuchar la radio? ¿Qué falló? Mírate a ti, por ejemplo, ¿qué es lo que te hace ser mejor que yo? Tú vas por ahí vanagloriándote, viviendo en hoteles, liado con actrices… ¿Cuál es la razón? Vamos, explícamelo.

Lik dijo:

—Pues verás, resulta que al parecer yo tenía… aparentemente puedo… Yo qué sé… un modesto talento dramático, supongo se puede llamar así.

—¿Talento? —gritó Koldunov—. ¡Ya te enseñaré yo lo que es talento! ¡Te enseñaré un talento tal que empezarás a mearte en los pantalones! ¡Eres una rata apestosa, amigo! Ése es tu único talento. ¡Vaya salidas que tienes! —Koldunov

empezó a temblar haciendo como que se reía—. Así que, según tú, ¿yo soy el gusano más bajo, más sucio que existe y merezco mi desgracia? Espléndido, sencillamente espléndido. Todo tiene una explicación, ¡eureka! ¡Eureka! ¡Las cartas han sido echadas, el clavo está en su sitio, el animal ha sido sacrificado!

—Oleg Petrovich está trastornado, quizá debería irse ahora —dijo de repente la mujer de Koldunov desde su rincón, con un fuerte acento estoniano. No había la menor traza de emoción en su voz, por lo que su observación pareció inflexible y sin sentido. Koldunov se dio despacio la vuelta en la silla, sin alterar la posición de su mano, que se posaba como inerte en la mesa, y fijó los ojos en su mujer con una mirada embelesada.

—Yo no detengo a nadie —dijo despacio y alegre—. Y agradeceré que otros no me detengan. Ni que me digan lo que tengo que hacer. Hasta luego, caballero —añadió sin mirar a Lik, quien, por alguna razón, se vio obligado a decir:

—Escribiré desde París, sin falta…

—¿Así que nos va a escribir? —dijo Koldunov suavemente, dirigiéndose aparentemente a su mujer. Lik se liberó de la silla con alguna dificultad y se dirigía hacia él cuando cambió de dirección y se tropezó con la cama.

—Váyase, no pasa nada —dijo ella con calma, y entonces, con una sonrisa educada, Lik salió a trompicones de la casa.

Su primera sensación fue de alivio. Se había escapado de la órbita de aquel imbécil borracho y moralizante. Pero luego le sobrevino un horror creciente: estaba mareado y parecía que sus brazos y piernas eran los de otra gente. ¿Cómo iba a actuar aquella noche? Lo peor de todo, sin embargo, era que todo su cuerpo, que parecía consistir en ondas y puntos, sentía que se acercaba un ataque al corazón. Era como si un palo invisible se le acercara con un guiño y estuviera a punto de empalarse en el mismo en cualquier momento. Por eso tenía que caminar en zigzag, incluso debía detenerse de tanto en tanto y volver sobre sus pasos. Sin embargo, su mente seguía estando bastante lúcida, sabía que sólo le quedaban treinta y seis minutos para empezar la función, y sabía cómo llegar a casa… Pero tuvo una idea mejor, caminaría hasta el malecón para sentarse junto al mar hasta que se sintiera mejor. Esto se me pasará, se me pasará, si consigo no morirme… También alcanzó a darse cuenta de que el sol acababa de ponerse, que el cielo ya estaba más luminoso y tierno que la tierra. Qué tontería tan innecesaria, tan insultante. Caminaba, calculando cada uno de sus pasos, peto a veces se equivocaba y entonces un transeúnte se volvía a mirarlo. Felizmente, no se encontró con mucha gente, porque era la sacrosanta hora de la cena, y cuando llegó al mar, lo encontró bastante desierto; en el malecón brillaban las luces, proyectando sombras alargadas en el agua oscura, y aquellos puntos y exclamaciones parecían relucir translúcidos dentro de su cerebro. Se sentó en un banco, y al hacerlo se hizo daño en el coxis, y luego cerró los ojos. Pero entonces

todo comenzó a dar vueltas; su corazón se reflejaba como un globo aterrador en el interior oscuro de sus párpados. Seguía hinchándose dolorosamente, y para tratar de detener este proceso, abrió los ojos y trató de fijar su mirada en las cosas —en la estrella vespertina, en aquella boya negra del mar, en un oscuro eucalipto al final del paseo marítimo. Conozco todas estas cosas, pensó, las entiendo, y sin embargo, a la luz del crepúsculo, el eucalipto se parece extrañamente a un gran abedul ruso. ¿Será esto el final? Un final tan idiota… me siento cada vez peor. ¿Qué me pasa?… ¡Oh, Dios mío!

Transcurrieron unos diez minutos, no más. Su reloj continuaba su marcha, pero él se esforzaba en no mirarlo. El pensamiento de la muerte coincidía precisamente con el pensamiento de que dentro de media hora entraría caminando al escenario iluminado y diría las primeras palabras que correspondían a su papel: «*Je vous prie d'excuser, madame, cette invasion nocturne*». Y aquellas palabras, grabadas con claridad y elegancia en su memoria, le parecieron mucho más reales que el chapoteo y el rocío de las olas cansadas, o que el sonido de las alegres voces femeninas que llegaba desde detrás del muro de piedra de una villa cercana, o que la reciente conversación con Koldunov, o incluso que los latidos de su propio corazón. Su sensación de estar enfermo alcanzó de repente tal intensidad que se levantó de pánico y se puso a caminar a lo largo del malecón, tocándolo distraído y escrutando las tintas de colores del mar al atardecer. «En cualquier caso», dijo Lik en voz alta, «tengo que tranquilizarme… Una cura instantánea… O me muero o me pongo bueno». Se deslizó por la rampa que empezaba en la acera donde terminaba el pretil y caminó haciendo crujir los guijarros de la playa. No había nadie en la orilla a excepción de un hombre mal vestido que estaba tumbado boca arriba junto a una piedra, con las piernas abiertas de par en par. Algo en sus piernas y en sus hombros le recordó a Koldunov. Dando algún que otro bandazo, encorvado, Lik caminaba en dirección a la orilla del agua y estaba a punto de coger un poco de agua con las manos para despejarse con ella la cabeza; pero el agua estaba viva, se movía, y amenazaba con mojarle completamente los pies. Quizá me queda coordinación suficiente para quitarme los zapatos y los calcetines, pensó, y en ese preciso momento recordó la caja de cartón con sus zapatos nuevos. ¡Se la había olvidado en casa de Koldunov!

Y tan pronto como se acordó, esta imagen resultó tan estimulante que al momento todo se volvió sencillo, y esto le salvó a Lik, de la misma forma que a veces una situación se resuelve sencillamente al formularla en términos racionales. Tenía que ir inmediatamente a por aquellos zapatos, tenía el tiempo justo para hacerlo, y tan pronto como lo hiciera, entraría en escena con ellos puestos. (Todo perfectamente lógico y claro.) Lik se olvidó de la presión en su pecho, la sensación de mareo, la náusea, y volvió a subir al paseo marítimo y con voz estentórea paró el taxi vacío que acababa de doblar la curva junto a la villa que estaba al otro lado del camino. Sus

frenos respondieron con un quejido lacerante. Dio al taxista la dirección que llevaba apuntada en el cuaderno y le dijo que fuera lo más rápido posible, aunque el recorrido completo, hasta allí y de allí hasta el teatro, no les iba a llevar más de cinco minutos.

El taxi se acercó a casa de Koldunov a través de la plaza. Un grupo de gente se había congregado en la misma y sólo consiguió abrirse paso a fuerza de amenazarles persistentemente con la bocina. La mujer de Koldunov estaba sentada en una silla junto a la fuente pública. Su frente y su mejilla izquierda relucían con sangre, tenía todo el pelo enmarañado, y se mantenía erecta e inmóvil, rodeada de curiosos, mientras que, a su lado, también inmóvil, estaba su hijo, con una camisa manchada de sangre y cubriéndose el rostro con el puño, una especie de cuadro. Un policía que confundió a Lik con el médico, le acompañó hasta la habitación. El hombre muerto yacía en el suelo entre la vajilla rota, el rostro estallado por un tiro en la boca, sus pies extendidos calzados con unos zapatos blancos, nuevos…

—Esos zapatos son míos —dijo Lik en francés.

Mademoiselle O [*]

1.

A menudo he observado que cuando he concedido a uno de los personajes de mis novelas algún apreciado elemento de mi pasado, éste suele languidecer en el artificioso mundo de ficción en el que yo mismo decidí un buen día situarlo. Aunque persistía en mi mente, iba poco a poco perdiendo toda personalidad propia y todo color y su atractivo disminuía con la distancia, para pasar a identificarse exclusivamente no con mi anterior yo, sino con la novela, donde parecía cobijarse tan a salvo de cualquier intrusión del artista. Hay casas que se han desmoronado en mi recuerdo con el silencio de las películas mudas de antaño; y el retrato de mi vieja institutriz francesa, que presté en una ocasión a un niño de uno de mis libros, se está desvaneciendo rápidamente, ahora que ha sido sepultada bajo la descripción de una infancia que no guarda relación alguna con la mía. El hombre que hay en mí se rebela contra el creador de ficciones y este relato no es sino el intento desesperado de salvaguardar lo que queda en mí de la persona de la pobre Mademoiselle.

Una mujer grande, muy fornida, Mademoiselle se introdujo en nuestra existencia en 1905, cuando yo tenía seis años y mi hermano cinco. Ahí está. Veo con claridad su oscura y abundante cabellera, que llevaba recogida en un moño, bajo el que trataba de ocultar las incipientes canas; las tres arrugas de su frente austera; sus cejas prominentes; los ojos de acero bajo sus lentes de montura negra; aquel rudimentario bigote; aquel cutis enrojecido que en momentos de enfado desarrollaba un rubor adicional en la zona de la barbilla, sobre todo en el tercero, el mayor, de los pliegues de su sotabarba que se extendía regio sobre la montaña de encaje de su blusa. Y ahora la veo sentarse, o más bien cómo emprende la tarea de sentarse, su mandíbula una especie de gelatina batiente, su trasero prodigioso, con tres botones a cada lado, que trata de asentarse con cautela; y veo cómo, finalmente, en el último segundo, entrega su volumen al sillón de mimbre que, aterrado, irrumpe en una salva de crujidos.

El invierno en que llegó fue el único de toda mi niñez que pasé en el campo. Fue un año de huelgas, disturbios y matanzas policiales; y supongo que mi padre quería poner a su familia a resguardo de la ciudad, en nuestra tranquila casa de campo, donde su popularidad entre los campesinos mitigaría, suponía él y con razón, el peligro de los disturbios agrarios. Fue también un invierno especialmente duro, que trajo tanta nieve como la que Mademoiselle hubiera esperado encontrar en la penumbra hiperbórea del Moscú remoto. Cuando descendió del tren en la pequeña

estación rural desde donde todavía tenía que viajar unas seis millas en trineo hasta llegar a nuestra casa de campo, yo no estaba allí esperándola; pero ahora sí lo estoy, pues imagino lo que ella vio y sintió en aquella, la última, etapa de su fabuloso e inoportuno viaje. Su vocabulario ruso consistía, lo sé, en una sola palabra, la misma palabra solitaria que años más tarde se llevaría consigo a Suiza, donde había nacido de padres franceses. Esta palabra, que tal y como la pronunciaba podemos transcribir fonéticamente por algo así como *djidee*, significaba «¿Dónde?». Y eso ya era mucho. Pronunciada por ella como si fuera el lamento bronco de un ave perdida, acumulaba en sí misma tanta fuerza inquisitiva que bastaba para todas sus necesidades. «*Djidee? Djidee?*», se lamentaba, no sólo cuando quería encontrar el camino, sino también para expresar abismos de tristeza: el hecho de que fuera extranjera, pobre, náufraga, enferma, en búsqueda de una tierra prometida donde, por fin, sería atendida y comprendida.

Puedo verla por imaginación interpuesta, en medio del andén de la estación donde acaba de apearse, y en vano, a través de mi particular mensajero del mundo de los sueños, le ofrezco un brazo en el que apoyarse que ella no consigue ver. La puerta de la sala de espera se abre con el gemido típico de las noches de intenso hielo; surge de la sala una nube de aire caliente, tan profusa casi como el vapor que emite la máquina jadeante del tren; y ahora toma la iniciativa nuestro cochero Zakhar —un hombre fornido con un chaquetón de piel vuelta y unos enormes guantes que sobresalen de una especie de cinturón escarlata en donde los tiene sujetos. Oigo la nieve que cruje bajo sus botas de fieltro mientras se hace cargo del equipaje, del arnés que tintinea con sus cascabeles, y luego de su nariz, que alivia mediante un hábil gesto del pulgar y del índice mientras vuelve sus pasos con dificultad hasta el trineo. Despacio, con terribles recelos, Mademoiselle se sube al trineo, agarrándose al cochero con un miedo mortal a que el trineo se ponga en marcha antes de que sus formas enormes hayan encontrado un acomodo seguro en el mismo. Finalmente, se sienta con un gruñido y mete los puños en su menguado manguito de terciopelo. Al oír el chasquido jugoso de los labios del cochero los caballos aprietan sus cuartos traseros, aprestan patas y manos, se disponen a andar; al momento, Mademoiselle sufre una especie de sacudida y su torso se echa atrás a la par que el pesado trineo de un tirón se libera de su universo de acero, piel y carne para entrar en un medio donde no cabe la fricción y en el que se desliza por una carretera espectral que apenas parece tocar.

Por un momento, gracias al brillo repentino de una lámpara solitaria en el extremo de la plaza de la estación, una sombra sospechosamente exagerada, con su correspondiente manguito, parece correr junto al trineo, subir un montículo de nieve para desaparecer después, dejando que a Mademoiselle se la trague aquello a lo que ella aludirá más tarde como «la estepa». Allí, en la penumbra sin límites, en el centelleo cambiante de las luces de los pueblos remotos, ella cree vislumbrar los ojos

amarillos de los zorros. Tiene frío, está rígida, «helada hasta el centro de su cerebro», porque ella vuela a caballo de las hipérboles más locas cuando no se abraza a los refranes más pedestres. De cuando en cuando, se vuelve para comprobar que les sigue un segundo trineo, con su baúl y su sombrerera —siempre a la misma distancia, como esos amables buques fantasmas de las aguas polares que han descrito los exploradores. Y que no se me olvide la luna, porque tiene que haber luna, con toda seguridad, ese disco lleno, increíblemente claro que tan bien acompaña a las fuertes heladas rusas. De manera que ya está aquí, surge entre un rebaño de pequeñas nubes moteadas al que tiñe con una cierta iridiscencia vaga; y al ascender sobre el cielo, abrillanta como con vidrio las huellas que el trineo ha dejado en el camino donde cada montón de nieve brillante contrasta su fulgor con una henchida sombra.

Muy hermoso, muy triste y solitario. ¿Pero qué estoy yo haciendo allí en aquel mundo de sueño estereoscópico? De alguna forma, esos dos trineos se han desvanecido, han abandonado a mi doble imaginario en la carretera blanco azulada. No, incluso la vibración que siento en mis oídos no es la de las campanillas que se pierden en la distancia sino la de mi sangre que bate. Todo está en calma, encantado, cautivado por aquella gran *0* celestial que brilla sobre el desierto solitario de mi pasado. La nieve es real, sin embargo, y al agacharme a coger unos cuantos copos, cuarenta y cinco años se cuelan entre mis dedos como polvo de hielo.

2.

Una lámpara de petróleo abre un hueco de luz en el crepúsculo. Ondea suave y se extingue; la mano de la memoria, ahora en el guante blanco de un criado, la coloca en el centro de una mesa redonda. Han graduado la llama con exactitud, y una pantalla rosada de pliegues de seda corona la luz. Lo que ésta revela: una habitación cálida, brillante, en una casa enfundada en el silencio de la nieve, una casa que muy pronto será conocida como «*le château*», construida por mi abuelo, quien tenía miedo de los incendios e hizo que la escalera fuera de hierro, de forma que cuando la quemaron por completo, un poco después de la Revolución Soviética, aquellos escalones desgastados permanecieron incólumes, solitarios, como una mera indicación abandonada de un abortado camino que condujera a las alturas.

Más detalles y más precisos, por favor, acerca de aquella estancia. El espejo ovalado, pendiente de una cuerda tensa, con la frente pura, inclinada, tratando de retener el mobiliario decadente y un trozo brillante de suelo que se escapa de su abrazo. Las lágrimas del candelabro. Estas emiten un delicado tintineo cada vez que algo se mueve en el piso de arriba. Lapiceros de colores. Aquel diminuto promontorio de polvo de lápiz esmeralda sobre el hule donde un cortaplumas acaba de llevar a cabo su acostumbrada tarea. Estamos sentados a la mesa, mi hermano, yo y también la señorita Robinson, que mira de cuando en cuando el reloj: las carreteras deben de

estar intransitables con esta nieve; y en cualquier caso, muchas son las penalidades que le esperan en su profesión a aquella persona vagamente francesa que muy pronto va a sustituirla.

Y ahora los lápices de colores con más detalle. El verde, con un sencillo gesto de la muñeca, podía crear un árbol agitado o el humo de la chimenea de una casa donde estuvieran cocinando espinacas. El azul dibujaba tan sólo una sencilla línea que cruzara la página y al momento veías ante tus ojos el horizonte de todos los mares. Había un lápiz indescriptible que no hacía sino estorbar. El marrón estaba siempre roto, y también el rojo pero a veces, justo después de que se hubiera roto la mina, uno aún podía utilizarlo, apoyando el extremo de la mina, a duras penas, contra la madera astillada. El violeta, mi favorito, estaba tan gastado que se había quedado demasiado pequeño, de forma que apenas podía usarse. Sólo el blanco, aquel albino larguirucho entre los lápices, mantenía su tamaño original, al menos así lo hizo hasta que descubrí que, lejos de ser un fraude que no dejaba marca sobre el papel, era la herramienta ideal porque podía imaginarme cualquier cosa mientras pintarrajeaba con él.

Ay, aquellos lápices han sido también distribuidos entre los personajes de mis libros para que entretuvieran a una serie de niños ficticios; ahora ya no son del todo míos. En algún lugar, en el apartamento que constituye algún capítulo, en la habitación alquilada de un párrafo, he colocado también aquel espejo inclinado y la lámpara y las lágrimas de las arañas que colgaban del techo. Quedan pocas cosas: muchas han sido dilapidadas. ¿Me he desprendido también de Box (hijo y marido de Loulou, el perro del guarda), aquel viejo dachsund marrón que siempre se quedaba dormido en el sofá? No, creo que todavía es mío. Su hocico canoso, con la verruga en el extremo arrugado de sus labios, se esconde como para protegerse en la curva de su pata y de tanto en tanto un profundo suspiro distiende su caja torácica. Es tan viejo y duerme tan arropado en sus sueños (sobre zapatillas masticables y unos cuantos y últimos olores) que ni siquiera se mueve cuando se oye el tintineo de las campanillas. Luego se abre la puerta de goma y se oye un chasquido en el vestíbulo. Después de todo, ella ha llegado: tenía tantas esperanzas de que no lo hiciera.

3.

Otro perro, el dulce vástago de una familia feroz, un gran danés al que no se le permitía pisar la casa, tomó parte en una agradable aventura que ocurrió en uno de aquellos días, si no el día después de su llegada. Aconteció que mi hermano y yo nos quedamos solos a cargo exclusivo de la recién llegada. Tal y como lo recuerdo ahora, mi madre debía haber ido probablemente a pasar el día a San Petersburgo (a unas cincuenta millas de la finca), donde mi padre estaba inmerso en los graves acontecimientos políticos de aquel invierno. Estaba embarazada y muy nerviosa. La señorita Robinson, en lugar de quedarse a enseñar a Mademoiselle, también se había

marchado —o quizás, mi hermana, de tres años, la había heredado. Para probar que aquélla no era forma de tratarnos a nosotros, ideé el plan de repetir la divertida aventura de un año atrás, cuando nos escapamos de la pobre señorita Hunt en la alegre y populosa ciudad de Wiesbaden, un paraíso de hojas muertas de todos los colores. Esta vez, el campo que nos rodeaba era un desierto salvaje de nieve y es difícil imaginar cuál debía de ser el propósito del viaje que yo planeaba entonces. Acabábamos de volver de nuestro primer paseo higiénico con Mademoiselle y estábamos llenos de frustración y de odio. Tener que aguantar una lengua extranjera (todo el francés que sabíamos eran unas cuantas palabras de andar por casa), y además, que nos contradijeran en todas nuestras costumbres queridas, era más de lo que podíamos soportar. El *bonne promenade* que nos había prometido se había limitado a un paseo aburrido en torno a la casa, limpia de nieve y donde los caminos habían sido cubiertos de arena. Nos había hecho ponernos ropas que no nos poníamos nunca, ni siquiera en los días más fríos: unas polainas horribles y unas capuchas que apenas nos dejaban movernos. Nos había impedido que exploráramos los deliciosos montones de nieve cremosa que cubrían los macizos de flores en verano. No nos había dejado caminar bajo los tubos de órgano que habían formado los carámbanos de hielo en las ramas de los árboles y que brillaban gloriosas bajo el sol de la tarde. En cuanto volvimos del paseo, dejamos a Mademoiselle relinchando en las escalinatas del vestíbulo y corrimos adentro, dando la impresión de que íbamos a escondernos en algún cuarto remoto. En realidad, corrimos hasta alcanzar el otro lado de la casa y luego atravesamos la terraza y volvimos a salir al jardín. El gran danés que he mencionado antes estaba aliviándose junto a un ventisquero cercano, pero mientras decidía qué pata levantar nos vio y se unió a nosotros en un galope jovial.

Los tres nos dispusimos a seguir un camino bastante fácil, y, después de atravesar una zona de nieve más profunda, alcanzamos la carretera que llevaba al pueblo. Mientras tanto, el sol se había puesto. El crepúsculo cayó sobre nosotros con un misterio repentino. Mi hermano manifestó que tenía frío y que estaba cansado, pero yo le insté para que siguiera y por fin le obligué a que montara sobre el perro (el único miembro del grupo que se seguía divirtiendo con la escapada). Habíamos caminado más de dos millas, la luna brillaba fantástica y mi hermano, en silencio absoluto, descabalgaba cansado de su montura cada cierto trecho, cuando un criado con una linterna llegó hasta nosotros y nos devolvió a casa. «*Djidee, djidee?*», gritaba desesperada Mademoiselle desde el pórtico. Pasé rozando junto a ella sin decir palabra. Mi hermano rompió a llorar y lo contó todo. El gran danés, que se llamaba Turka, volvió a sus asuntos interrumpidos junto a los montones de nieve informativos y serviciales que rodeaban la casa.

4.

En nuestra infancia aprendimos mucho de las manos porque vivían y rondaban al nivel de nuestra estatura: las de Mademoiselle eran desagradables por el brillo como de rana de su piel estirada llena de moraduras y manchas pardas. Antes de que ella lo hiciera, ningún extraño me había acariciado la cara. Mademoiselle, en cuanto llegó, me sorprendió acariciándome la mejilla en espontánea señal de afecto. Cuando pienso en sus manos me vienen a la mente todos y cada uno de sus amaneramientos. Aquello que hacía con los lápices que parecía que los pelaba en lugar de sacarles punta, apoyándolos contra su prodigioso pecho estéril envuelto en lana verde. Cómo se metía el dedo en la oreja y lo hacía vibrar con movimientos rápidos. El ritual que seguía cada vez que me daba un cuaderno nuevo. Siempre jadeando, con la boca abierta, emitiendo una serie de resoplidos asmáticos, abría el cuaderno para hacer el margen; quiero decir que imponía severa una línea vertical con el pulgar, luego lo doblaba por el filo de la página, lo apretaba, lo volvía a su ser para luego alisarlo con la mano, después de lo cual el cuaderno estaba todo como retorcido y era colocado ante mí, listo para ser utilizado. A continuación sacaba una pluma nueva: humedecía la plumilla con labios susurrantes antes de introducirla en la fuente de tinta bautismal. Luego yo, deleitándome en cada uno de los trazos de cada una de las límpidas letras (de manera especial dado que el cuaderno anterior había terminado hecho un asco), con exquisito cuidado inscribía la palabra *Dictée* mientras Mademoiselle escrutaba en su colección de dictados hasta encontrar un pasaje especialmente difícil.

5.

Entretanto, el escenario ha cambiado. La escarcha y la nieve han sido retiradas por un *atrezzista* silencioso. La tarde de verano rebosa de vida en las nubes alargadas que penetran en el azul. Sombras como miradas se pasean por los caminos del jardín. Las clases ya han acabado y Mademoiselle nos está leyendo algo en la terraza donde las esteras y las sillas plegables emiten con el calor un aroma a especia y a galletas. En los alféizares blancos, en los largos bancos antepechos de las ventanas cubiertos de algodón ajado, el sol se rompe en mil gemas geométricas tras atravesar los rombos y los rectángulos de cristal emplomado. Éste es el momento estelar de Mademoiselle.

¡Cuántos volúmenes llegó a leernos en aquella terraza! Su voz escasa corría y corría, sin desfallecer nunca, sin detenerse lo más mínimo ni mostrar el menor asomo de duda, una máquina de lectura admirable, totalmente independiente de sus bronquios enfermos. Lo leímos todo: *Les Malheurs de Sophie, Le Tour du Monde en Quatre-Vingts jours, La Petite Chose, Les Miserables, Le Comte de Monte Cristo*, y muchos otros. Allí estaba ella, sentada, destilando su voz lectora en el alambique silencioso que aprisionaba su persona. Aparte de los labios, una de sus barbillas, la más pequeña pero la más real, era el único detalle móvil de aquella corpulencia semejante a un Buda. Las lentes de montura de concha negra reflejaban la eternidad.

De vez en cuando, una mosca se posaba en su adusta frente y al momento sus tres arrugas saltaban al unísono como tres atletas frente a las vallas cuando oyen el silbido del comienzo de la carrera. Pero la expresión de su rostro no cambiaba en absoluto, ese rostro que tan a menudo trataba de pintar en mi cuaderno de dibujo, porque su simetría sencilla e impasible constituía una tentación mayor para mi lápiz furtivo que el jarrón de flores o el señuelo en forma de pato que me miraba desde la mesa y que se suponía que yo estaba pintando.

Y al oírla, mi atención se perdía en territorios aún más lejanos y era entonces, quizás, cuando la extraña pureza de su rítmica voz cumplía su cometido más puro. Miraba yo entonces una nube y años más tarde todavía conseguía visualizar sus formas exactas. El jardinero trabajaba entre las peonias. Un aguzanieves daba unos cuantos pasos, se detenía como si de repente hubiera recordado algo —y luego seguía su marcha, aguzando el terreno en honor a su nombre. De repente y como surgida de la nada aparecía una mariposa en el umbral, se dejaba allí acariciar por el sol con sus angulares alas leonadas extendidas, y de pronto las cerraba lo suficiente para mostrar la inicial diminuta trazada a cal en el envés de las mismas, y de repente también, emprendía el vuelo. Pero la fuente de placer más constante de aquellas lecturas la constituía el dibujo en arlequín de los cristales de colores insertos en sus marcos encalados a ambos lados de la terraza. El jardín, visto a través de aquellas lentes mágicas, se transformaba en un lugar extrañamente lejano e inmóvil. Si se miraba a través del cristal azul, la arena se convertía en ceniza mientras que unos árboles negros nadaban en un cielo tropical. El amarillo creaba un mundo ámbar impregnado de una infusión de sol adicional. El rojo convertía el follaje en gotas de oscuro rubí sobre un sendero teñido de coral. El verde empapaba el verde de un verde más verde. Y cuando, tras aquella riqueza, uno retornaba a un pequeño cuadrado de cristal normal, insípido, con su mosquito solitario o su típula coja, era como beber sin sed un trago de agua, y uno no veía otra cosa que un prosaico banco blanco bajo unos árboles demasiado conocidos. Pero de todas las ventanas es éste el cristal a través del cual, años más tarde, se empeñaba en mirar la nostalgia abrasada por el transcurso del tiempo.

Mademoiselle nunca llegó a enterarse del poder encerrado en el flujo de su voz. Los recuerdos que más tarde reclamaba eran de distinta naturaleza. «Ah», suspiraba, «*comme on s'aimait!*» («¡cómo nos queríamos!»). «¡Aquellos viejos tiempos en el *château*! ¡La vieja muñeca de cera que enterramos bajo el roble!» (No…, era un muñeco de trapo.) «Y aquella vez que Serge y tú desaparecisteis y me dejasteis destrozada aullando en lo más oscuro del bosque!» (Exagerada.) «*Ah, la fessée que je vous ai flanquée*!» («¡Dios mío vaya azotes os di!».) (Trató de darme una bofetada una vez pero no volvió a repetir su intento.) «*Votre tante, la Princesse*, a la que le diste un golpe con la mano porque había estado maleducada conmigo.» (No me

acuerdo.) «¡Y cómo me contabais en susurros vuestros problemas infantiles!» (¡Nunca!) «¡Y aquel rincón íntimo de mi habitación donde te gustaba esconderte porque te sentías tan caliente y tan seguro!»

El cuarto de Mademoiselle, tanto en la ciudad como en el campo, me pareció siempre un lugar muy extraño: una especie de invernadero, que albergara una planta de gruesas hojas, imbuido de un olor potente y extrañamente acre. Aunque estaba junto al nuestro, cuando éramos pequeños no parecía pertenecer a nuestra casa, agradable y ventilada. En aquella neblina nauseabunda, que apestaba, entre otros efluvios, al olor pardo de pieles oxidadas de mangana, la lámpara daba poca luz, y una serie de extraños objetos se reflejaban sobre el escritorio: una caja de laca con palos de regaliz dentro, unos segmentos negros que cortaba como astillas con el cortaplumas para luego ponérselos bajo la lengua; una postal de un lago y de un castillo con ventanas de madreperla; una bola de papel de plata hecha con el envoltorio de todos aquellos bombones que solía comer por la noche; fotografías de su sobrino que había muerto, de su madre que había firmado su retrato con la rúbrica de *Mater Dolorosa*, y de un cierto *monsieur* de Atarante a quien su familia había obligado a casarse con una rica viuda.

Presidiéndolo todo había una foto con un marco noble con incrustaciones granates; mostraba a una joven castaña y esbelta vestida con un traje ajustado, con ojos bravos y una melena copiosa. «¡Una trenza tan gruesa como el brazo y que me llegaba hasta los tobillos!», era el comentario melodramático de Mademoiselle. Porque aquélla había sido ella, pero por mucho que mis ojos escudriñaran sus formas no conseguía entrever en las mismas la elegante criatura que éstas se habían tragado entre sus carnes. Los descubrimientos que hicimos mi hermano y yo sólo consiguieron aumentar las dificultades de la tarea; y los adultos que durante el día contemplaban a una Mademoiselle densamente vestida nunca llegaron a ver lo que nosotros, niños, veíamos cuando, al despertarla con alguna de nuestras pesadillas, aparecía, despeinada y desaliñada, con una vela en la mano, un atisbo de encaje de seda entrevisto a través de su bata rojo de sangre que no conseguía cubrir por completo aquella masa temblequeante, la fantasmal Jezabel del absurdo drama de Racine entraba de estampida en nuestra habitación.

Toda mi vida me ha costado mucho dormirme. Por más que estuviera cansado, la angustia de perder la conciencia me resulta en verdad insoportable. Odio a Somnus, ese verdugo de máscara negra que me encadena al poste de ejecución; y si en el transcurso del tiempo he llegado a acostumbrarme tanto a mi ordalía nocturna que hasta llego a envalentonarme al ver que saca de su gran funda de terciopelo el hacha que tan bien conozco, no siempre he tenido ese consuelo ni esa defensa: no tenía nada, salvo una puerta apenas entreabierta que daba a la habitación de Mademoiselle. Aquella línea vertical de luz mansa era algo a lo que aferrarme, ya que en la

oscuridad completa la cabeza empezaba a darme vueltas como el alma se disuelve en la absoluta oscuridad del sueño.

Los sábados por la noche solían presentarse con un cariz agradable porque eran las noches en las que Mademoiselle se permitía el lujo de su baño semanal, asegurándome así un gozo más prolongado de mi tenue rayo de luz. El baño de los niños en nuestra casa de San Petersburgo estaba al final de un pasillo en forma de Z a unos veinte latidos de corazón de mi cama, y entre el temor a que Mademoiselle volviera del baño hasta su iluminado dormitorio y la envidia por los imperturbables ronquidos de mi hermano, nunca conseguía aprovechar el tiempo adicional que se me concedía para dormirme mientras aquel resquicio de luz mantuviera todavía una mínima parte de mi ser a salvo de caer en la nada completa. Aquellas pisadas acababan acercándose inexorables, haciendo laboriosamente su camino a lo largo del pasillo y provocando a su paso que algún que otro objeto de cristal que hasta entonces había compartido en silencio mi vigilia, tintineara consternado en su estante.

Ahora entra en su habitación. Un rápido relevo de luces rne confirma que la vela de su mesilla de noche ha tomado el relevo de la lámpara de petróleo del escritorio. Mi línea de luz sigue estando allí, pero se ha hecho vieja y macilenta y parpadea cada vez que crujen los muelles de la cama cuando Mademoiselle se mueve. Porque todavía la oigo. Ahora es un susurro de plata que dice la palabra «Suchard»; ahora es el *trk-trk-trk* de un cuchillo que corta las páginas intonsas de *La Revue des Deux Mondes*. La oigo que jadea ligeramente. Y mientras ocurre todo esto yo no dejo de angustiarme, tratando desesperadamente de cortejar al sueño para que se digne visitarme, abriendo los ojos cada dos segundos para comprobar que el rayo macilento sigue en su sitio, e imaginándome que el paraíso es el lugar donde un vecino insomne lee un libro interminable a la luz de una candela eterna.

Y ocurre lo inevitable: el estuche de las lentes se cierra de un chasquido, la revista se arrastra hasta el mármol de la mesilla de noche y los labios cerrados de Mademoiselle comienzan a soplar impetuosamente; el primer intento falla, una llama vacilante se retuerce y se resiste y luego se produce un segundo ataque y la luz se extingue. En aquella oscuridad total yo pierdo todo sentido, me parece que la cama empieza a moverse lentamente, el pánico hace que me siente y mire con fijeza: finalmente mis ojos, adaptados a la oscuridad, comienzan a tamizar sus impresiones y encuentran, entre todo tipo de objetos flotantes, unas apreciadas manchas borrosas que vagan olvidadas sin propósito, hasta que, como si de repente recordaran algo, se asientan y convierten en los mortecinos pliegues de las cortinas de la ventana tras las cuales se distinguen lánguidas las luces de la calle.

¡Qué diferentes a los tormentos de la noche eran aquellas divertidas mañanas de San Petersburgo cuando la primavera ártica, fiera y a un tiempo tierna, húmeda y deslumbrante, despachaba los témpanos de hielo a lo largo del Neva que brillaba

como un mar! Conseguía que los tejados brillasen. Pintaba el fango de la calles de un tono azul violeta que nunca he visto en otro lugar Mademoiselle, con su abrigo de foca artificial hinchándose majestuosamente sobre su pecho, se sentaba en el asiento trasero del landó con mi hermano a su lado y yo enfrente de ambos —unido ellos a través del valle de la manta que nos cubría; y cuando alzaba la vista veía, colgadas de cuerdas que iban de fachada en fachada a lo largo de la calle, grandes banderas semitransparentes y tensas que se movían al viento, con sus tres bandas: rojo pálido, azul pálido y pálido sin más, a las que el sol y las sombras de las nubes que volaban habían desprovisto de cualquier fácil conexión con una fiesta nacional, pero que, sin duda, ahora, en la ciudad de mi memoria celebran la esencia de aquel día de primavera, el chasquido del barro, el ave exótica y barroca con su ojo inyectado en sangre del sombrero de Mademoiselle.

6.

Pasó varios años con nosotros en el transcurso de los cuales las clases se fueron haciendo más y más raras y su carácter más y más imposible. Con todo, parecía una roca de estabilidad duradera frente al vaivén de institutrices inglesas y de tutores rusos que pasaron por nuestra casa y nuestra gran familia. Se llevaba mal con todos ellos. Pocas veces había menos de doce personas a la mesa y cuando, en los cumpleaños, los comensales sumaban treinta o más personas, el lugar que le correspondía ocupar en la mesa se convertía en una cuestión de vida o muerte para Mademoiselle. En aquellos tiempos, los tíos, las tías y los primos, que vivían en las fincas vecinas, solían venir a casa y también el médico del pueblo en su carricoche, y oíamos cómo el maestro se sonaba la nariz en la tranquilidad del vestíbulo, antes de cruzarlo de espejo en espejo, crujiendo en su puño apretado un húmedo ramo verdusco de linos del valle o un puñado de frágiles acianos azul celeste.

Si Mademoiselle se encontraba sentada en un extremo demasiado alejado de la mesa, y especialmente si había tenido que ceder su sitio a una de nuestras parientes pobres, que estaba casi tan gorda como ella («*Je suis une sylphide a côté d'elle*», decía Mademoiselle encogiéndose de hombros), entonces su orgullo herido se manifestaba en una mueca de los labios que pretendía ser una sonrisa irónica —y cuando un vecino inocente le correspondía con otra sonrisa, movía la cabeza rápidamente, como si volviera bruscamente a la realidad después de una profunda meditación, mientras observaba: «*Excusez-moi, je souriais à mes tristes pensées*».

Y como si la naturaleza no hubiera querido ahorrarle ninguna posible causa de susceptibilidad, Mademoiselle era algo dura de oído. A veces, cuando estábamos a la mesa, nosotros, los niños, nos dábamos cuenta de que de repente habían surgido dos lágrimas enormes en sus grandes mejillas. «No os preocupéis de mí», decía entonces con una voz débil, y seguía comiendo hasta que las lágrimas la cegaban; luego, con

un hipo desolado se levantaba y se escapaba del comedor. Poco a poco se iba haciendo la luz. Pongamos que la conversación hubiera derivado al tema del buque de guerra que mandaba mi tío, y ella había percibido en el tema una especie de pulla maliciosa hacia Suiza que carecía de flota. Otras veces era porque creía que siempre que se hablaba francés, el juego consistía en impedir que ella dirigiera y aderezara la conversación. Pobre señora, estaba siempre tan nerviosa por controlar cuanto antes la conversación ininteligible de la mesa antes de que nos refugiáramos en nuestro ruso materno que no es de extrañar que se equivocara alguna vez.

«Señor, ¿y el Parlamento, cómo va?», interrumpía de repente y con toda su voz desde el extremo de la mesa, dirigiéndose a mi padre, quien, tras un día especialmente difícil, no tenía exactamente el ánimo para discutir los problemas de Estado con una persona singularmente irreal que ni conocía ni le preocupaban aquellos temas. Cuando pensaba que alguien había hecho alguna referencia a la música: «Pero el silencio también puede ser hermoso», balbuceaba. «A propósito, una noche, en un valle desolado de los Alpes, oí, en verdad, el silencio.» Salidas como ésta, especialmente cuando su creciente sordera la llevaba a contestar preguntas que nadie había hecho, se resolvían con un repentino e incómodo silencio, en lugar de provocar la chispa de una *causerie* brillante.

¡Y hay que reconocer que su francés era tan bonito! ¿No debiéramos olvidar la superficialidad de su cultura, la amargura de su carácter, la banalidad de su mente, cuando aquel lenguaje suyo, perlado, susurraba y centelleaba, tan ignorante del sentido de sus palabras como los pecados aliterativos de los versos piadosos de Racine? La biblioteca de mi padre, no su ciencia limitada, fue quien me enseñó a apreciar la poesía verdadera; sin embargo, algo en la claridad límpida y en el lustre de su lengua ejercía en mí un efecto singularmente estimulante, como las burbujas de esas sales que utilizan para purificar la sangre. Por eso me pongo tan triste al pensar ahora en la angustia que Mademoiselle debió de sentir al ver en qué poco se valoraba aquella voz de ruiseñor que surgía de su enorme cuerpo. Permaneció con nosotros mucho, mucho tiempo, esperando obstinadamente que algún milagro la transformara en una suerte de madame de Rambouillet con su salón de oro y seda de poetas, príncipes y hombres de Estado que cayeran rendidos a sus encantos.

Habría seguido esperando de no ser por un tal Lenski, un joven preceptor ruso, de suaves ojos miopes y fuertes convicciones políticas, que había sido contratado para instruirnos en algunas materias y para hacer deporte con nosotros. Había tenido varios predecesores, ninguno del agrado de Mademoiselle, pero él, como ella decía, era «*le comble*». Aunque veneraba a mi padre, Lenski no tragaba algunos aspectos de nuestra casa, como por ejemplo los criados, y el hecho de que se hablara francés, lo cual consideraba una costumbre aristocrática que no tenía sentido en un hogar liberal. Por otro lado, Mademoiselle decidió que si Lenski contestaba sus preguntas directas

tan sólo con una serie de breves gruñidos (que trataba de germanizar para mejorarlos) no era porque no entendiese francés sino porque quería insultarla delante de todo el mundo.

Veo, y también oigo a Mademoiselle, pidiéndole en los más dulces tonos, aunque con un temblor de su labio superior que no presagiaba nada bueno, que le pasara el pan; y también veo y oigo cómo Lenski sin entender palabra de francés continúa impávido comiéndose la sopa; finalmente, con un cortante: «*Pardon, monsieur*», Mademoiselle se abalanza encima del plato y le arrebata a Lenski la cesta del pan, para luego volver a su posición con un «Mera!» tan cargado de ironía que los suaves oídos de Lenski se vuelven color de geranio. «¡El muy bruto! ¡El muy sinvergüenza!», lloraba más tarde ya en su habitación, que ya no estaba junto a la nuestra aunque seguía ocupando el mismo piso.

Si el azar quería que Lenski bajara corriendo las escaleras en el momento en que ella trataba penosamente de negociar la subida, obligada por su asma a detenerse cada diez escalones más o menos (porque el pequeño ascensor hidráulico de nuestra casa de San Petersburgo se negaba constante y bastante insultantemente a funcionar), Mademoiselle mantenía que él se había tropezado con ella voluntariamente, que la había empujado, tirado al suelo, en ti que no cuesta demasiado trabajo imaginarnos a Lenski pisoteando su cuerpo postrado. Se levantaba de la mesa cada vez con mayor frecuencia, y con toda diplomacia se hacía subir el postre abandonado en la mesa hasta su cuarto. En su alejada habitación escribía cartas de dieciséis páginas a mi madre, quien, al subir corriendo, se la encontraba haciendo las maletas dramáticamente. Y finalmente, llegó un día en que se le permitió que siguiera haciendo su equipaje.

7.

Volvió a Suiza. Llegó la I Guerra Mundial, luego la Revolución. A principios de los años veinte, mucho tiempo después de que nuestra correspondencia hubiera muerto, por uno de esos azares de la vida en el exilio, aparecí en Lausanne con un amigo de la universidad, y pensé que bien podía buscar a Mademoiselle, si es que todavía estaba con vida.

Lo estaba. Más fornida que nunca, el pelo gris y casi totalmente sorda. Me recibió con una tumultuosa explosión de afecto. En lugar del cuadro del *château* de Chillon, ahora tenía uno de una llamativa troika. Hablaba de su vida en Rusia con tanto cariño como si hablara de su patria perdida. En verdad, encontré en el barrio toda una colonia de institutrices suizas semejantes. Se agrupaban como en un hervidero de recuerdos por los que competían constantemente y formaban una especie de isla pequeña dentro de un entorno que se les había vuelto extraño. La amiga íntima de Mademoiselle era ahora la momificada madame Gollay, la antigua institutriz de mi

madre, todavía remilgada y pesimista a sus ochenta y cinco años; se había quedado con nosotros mucho tiempo después de que mi madre se casara y su retorno a Suiza sólo había precedido en dos años al de Mademoiselle, con la que no se hablaba cuando ambas vivían bajo el mismo techo. Uno siempre se encuentra como en casa en el pasado, lo que explica en parte el patetismo de este amor póstumo que estas damas experimentaban por un país que no era el suyo, que no habían llegado realmente nunca a conocer y en el que ninguna de ellas había sido feliz.

Como no había posibilidad alguna de entablar una conversación, dada la sordera de Mademoiselle, mi amigo y yo decidimos llevar al día siguiente el aparato que imaginamos ella no se podía permitir comprar. Se ajustó aquel objeto extraño de mala manera al principio, pero en cuanto lo consiguió, se volvió hacia mí con una expresión maravillada de felicidad húmeda en sus ojos. Juró que oía todas y cada una de mis palabras, cada uno de mis murmullos. No era cierto porque, no teniéndolas todas conmigo, no había pronunciado una palabra. Si lo hubiera hecho, le habría dicho que se lo agradeciera a mi amigo, que había pagado el aparato. ¿Entonces era verdad que lo que oía era el silencio, aquel Silencio Alpino del que hablaba en el pasado? En aquel pasado, ella se mentía a sí misma; ahora sólo me mentía a mí.

Antes de partir rumbo a Basilea y a Berlín, me encontré paseando por el lago una fría noche de niebla. En un punto, una luz solitaria diluía confusamente la oscuridad. En su nimbo, la niebla parecía transformarse en aguanieve. «*Il pleut toujours en Suisse*» era uno de esos comentarios intranscendentes que, antaño, le hacían llorar a Mademoiselle. Más abajo, un rizo grande, casi una ola, y una forma vagamente blanca atrajeron mi atención. Al acercarme al chapoteo del agua, vi lo que era —un cisne viejo, una criatura grande, vulgar, que se esforzaba inútilmente para subirse a un bote atracado. No lo conseguía. El aleteo pesado, impotente de sus alas, su sonido resbaladizo contra el bote que se movía y chapoteaba, el pegajoso brillo de la marejada tocada por la luz—, todo aquello pareció cargarse repentinamente de un sentido extraño como el que a veces concedemos en sueños a un dedo que sella unos labios mudos antes de señalar algo que el durmiente no tiene tiempo de distinguir porque se despierta sobresaltado. Pero aunque pronto olvidé aquella noche triste, fue curiosamente aquella noche, aquella imagen compuesta —el estremecimiento, el cisne, la marejada— lo que me vino primero a la mente cuando un par de años más tarde me enteré de que Mademoiselle había muerto.

Se había pasado la vida sintiéndose triste; aquella tristeza era su estado natural: sus fluctuaciones, sus profundidades variables, eran lo único que la hacían sentirse viva y en movimiento. Lo que me preocupa es que la tristeza, y sólo la tristeza, no es suficiente para conseguir un alma permanente. Mi enorme y malhumorada Mademoiselle resulta válida en la tierra pero imposible en la eternidad. ¿He conseguido realmente salvarla de la ficción? Antes de que el ritmo que oigo dentro de

mí comience a quebrarse y disolverse, me quiero preguntar si a lo largo de los años en los que la conocí, no pasé por alto algo que en su persona fuera más allá de su triple barbilla o sus manías o incluso su francés, algo quizá semejante a esa la última visión que tuve de ella, a aquel brillante engaño que utilizó para que yo me fuera contento conmigo mismo por mi gratitud, o a aquel cisne cuya agonía estaba mucho más cercana de la verdad artística que los pálidos brazos de un lánguido bailarín; algo, en una palabra, que sólo pude apreciar después de que las cosas y los seres que más había amado en la seguridad de mi infancia se hubieran convertido en cenizas o se hubieran roto el corazón.

Vasiliy Shishkov [*]

Lo poco que recuerdo de él se reduce a los confines de la última primavera, la primavera de 1939. Yo había ido a una de esas Veladas de Literatura Rusa en el Exilio, uno de esos aburridos encuentros tan habituales en París desde los años veinte. Al bajar corriendo las escaleras (un descanso me había concedido la oportunidad de escapar), me pareció oír el galope de una apremiante persecución tras de mí; me volví a mirar y entonces fue cuando lo vi por primera vez. Desde su posición, dos escalones más arriba de donde yo estaba, me dijo: «Me llamo Vasiliy Shishkov. Soy poeta».

Luego descendió a mi altura, era un joven fornido, con una fisonomía típicamente rusa, de labios gruesos y ojos grises, con voz profunda y un apretón de manos holgado y agradable.

—Quiero consultarle algo —continuó—. Sería deseable que tuviéramos una reunión.

Yo no soy persona a quien disgusten tales deseos. Asentí casi con emoción y ternura. Decidimos que vendría a verme al día siguiente a mi modesto hotel (que recibía el grandioso nombre de Royal Versailles). Puntualmente bajé al simulacro de salón que estaba relativamente tranquilo a aquella hora, si uno ignoraba los movimientos convulsos del ascensor y la conversación de cuatro refugiados alemanes que en su lugar habitual discutían ciertas complicaciones del sistema de la *carte d'identité*. Aparentemente, uno de ellos consideraba que su situación no era tan mala como la de los otros, y los otros replicaban que era exactamente la misma. Luego apareció un quinto que, por alguna razón, saludó a sus compatriotas en francés, ¿una broma?, ¿ganas de presumir?, ¿el atractivo de una lengua nueva? Acababa de comprarse un sombrero: todos se lo probaron.

Entró Shishkov. Con expresión seria en el rostro y la misma seriedad en el movimiento de sus hombros, venció la herrumbrosa resistencia de la puerta giratoria y apenas tuvo tiempo de mirar al salón cuando me vio. Observé con placer que evitó la sonrisa convencional de saludo que yo tanto temo —y a la que tengo tanta tendencia. Con dificultad conseguí juntar dos pesadas butacas —y de nuevo me sorprendí agradablemente al ver que en lugar de esbozar un gesto mecánico de ayuda, se quedaba de pie, cómodamente, con las manos en los bolsillos de una gabardina vieja, esperando a que yo acabara de acomodar las butacas. Tan pronto como nos hubimos instalado, sacó un cuaderno rojizo.

—Ante todo —dijo Shishkov, clavándome los ojos amables, velludos—, una persona debe presentar sus credenciales, ¿no es cierto? En la comisaría les habría enseñado mi carnet de identidad, y ante usted, Gospodin Nabokov, debo presentar

esto… mi cuaderno de versos.

Lo hojeé. La letra firme, ligeramente inclinada hacia la izquierda, desprendía salud y talento. Ay, cuando mi mirada empezó a saltar por entre los versos, sentí una punzada de desaliento. Era una poesía horrible, plana, inquietantemente pretenciosa, llamativa. Su mediocridad absoluta quedaba acentuada por la profusión de aliteraciones fraudulentas y por la riqueza engañosa de rimas propias de un analfabeto. Baste decir que rimaba *tanque* con *estanque* y *gladiador / radiador*, o *Madonna* y *Belladonna*. En cuanto a los temas, será mejor que ni los mencionemos: el autor cantaba con gusto invariable cualquier cosa que se presentara ante su lira. Leer sus poemas uno tras otro constituía una tortura para una persona nerviosa, pero como mi escrupulosidad se veía reforzada por el hecho de que el autor me estaba observando celosamente y controlaba tanto la dirección de mi mirada como las acciones de mis dedos, me veía obligado a detenerme unos cuantos segundos en cada página consecutiva.

—Bueno, ¿cuál es el veredicto? —me preguntó cuando hube terminado—. ¿No son demasiado horribles?

Lo examiné. Su rostro brillante y grasiento no expresaba presentimiento alguno de catástrofe. Le contesté que su poesía era mala sin concesiones. Shishkov chasqueó la lengua, se volvió a meter el cuaderno en el bolsillo de su trinchera y dijo: «Esas credenciales no son mías. Quiero decir, yo mismo escribí los poemas, y sin embargo, son mentira. Los treinta poemas los compuse esta mañana, y para decirle la verdad, encontré bastante repugnante la tarea de parodiar a los poetastros. Pero a cambio, he aprendido que usted es implacable… lo cual quiere decir que se puede confiar en usted. Aquí está mi pasaporte verdadero». (Y Shishkov me entregó otro cuaderno, mucho más gastado.) «Lea cualquier poema al azar, será suficiente tanto para usted como para mí. A propósito, para evitar cualquier malentendido déjeme que le diga que no me gustan sus novelas; me irritan como lo haría una luz excesivamente fuerte o la conversación de un extraño cuando no tienes ganas de hablar sino de pensar. Sin embargo, al mismo tiempo, y de forma puramente fisiológica, si me permite el término, usted posee un cierto secreto de escritura, de ciertos colores básicos, algo que es excepcionalmente raro e importante, lo cual, me temo, le sirve para poco, dentro de los límites estrechos de sus posibilidades generales, por así decir es como si condujera por todo tipo de terreno un potente coche de carreras que no supiera utilizar, pero que sin embargo, le lleva a pensar constantemente en su próximo viaje. Empero, dado que usted posee tal secreto, la gente tiene que contar con usted… y ésa es la razón por la que me gustaría asegurarme su colaboración en un cierto asunto; pero primero, por favor, lea mis poemas.»

(Debo admitir que la inesperada e inoportuna conferencia sobre las características de mi obra literaria me pareció un descaro mucho mayor que el inofensivo engaño

que había concebido mi visitante. Yo escribo por el placer concreto que me proporciona la escritura y publico mis escritos por un dinero mucho menos concreto, y aunque esto último parece que debiera implicar, de una forma u otra, la existencia de un consumidor, siempre he considerado que cuanto más se alejen mis libros publicados, en el transcurso de su evolución natural, de su fuente, más abstractos e insignificantes serán los acontecimientos fortuitos de su carrera. Y por lo que respecta al sedicente Juicio del Lector, en ese juicio, no me considero tanto el acusado sino, cuanto más, un pariente lejano de uno de los testigos menos importantes. En otras palabras, las alabanzas de un crítico me parecen una forma curiosa de *sans-gêne*, y sus críticas, una vana embestida contra un espectro. En aquel momento, yo trataba de decidir si Shishkov dejaba caer su cándida opinión en el regazo de todo escritor orgulloso con el que se encontraba o si sólo era tan categórico y franco conmigo porque pensaba que yo lo merecía. Concluí que de la misma manera que la trampa de sus ripios había sido resultado de su anhelo un punto infantil aunque genuino por la verdad, así, la expresión de sus opiniones acerca de mi obra había venido provocada por la necesidad de ampliar al máximo el marco de franqueza mutua.)

Tenía el vago temor de que el producto genuino mostraba alguna huella de los vicios y carencias que había exagerado hasta el ridículo la parodia primera, pero mis temores se mostraron infundados. Los poemas eran muy buenos —espero discutirlos en otra ocasión con mucho más detalle. Recientemente, contribuí a que publicaran uno de ellos en una revista de exiliados, y los amantes de la poesía se dieron inmediata cuenta de su originalidad. Expresé sin reserva alguna mi opinión ante aquel poeta tan extrañamente goloso de la opinión ajena y añadí, como correctivo, que el poema en cuestión contenía algunas fluctuaciones mínimas de estilo, como por ejemplo la expresión no del todo idiomática *v soldatskih mundirah*; aquí *mundir* (uniforme) debería más bien ser *forma* cuando se refiere, como es el caso, a la tropa. El verso, sin embargo, era demasiado bueno como para alterarlo.

—Le voy a decir algo —dijo Shishkov—, ya que está de acuerdo conmigo en que mis poemas no son un capricho, guarde el libro en su poder. Uno nunca sabe lo que puede suceder; extraños, muy extraños son los pensamientos que me vienen a la mente y… Bueno, en cualquier caso, ahora todo ha salido a pedir de boca. Verá, la finalidad de mi visita era pedirle que participara en una revista nueva que estoy planeando lanzar. El sábado habrá una reunión en mi casa y allí se decidirá todo. Naturalmente que no albergo ilusiones respecto a su capacidad para entusiasmarse por los problemas del mundo moderno, pero creo que la idea de la revista puede interesarle desde un punto de vista estilístico. Así que, por favor, venga. A propósito, esperamos a (y Shishkov nombró a un escritor ruso enormemente famoso) y también a una serie de gente prominente. Tiene que entender… he llegado al límite. Tengo que liberarme de alguna forma de esta tensión, si no, me voy a volver loco. Pronto

cumpliré treinta años: el año pasado llegué aquí, a París, después de una adolescencia absolutamente estéril en los Balcanes y luego en Austria. Aquí trabajo de encuadernador, pero he sido linotipista e incluso bibliotecario… en una palabra, siempre he estado entre libros. Sin embargo, repito, mi vida ha sido estéril y, en los últimos tiempos, parece como si explotara con la necesidad de hacer algo, una sensación de lo más insoportable, porque usted lo tiene que entender, desde otra perspectiva quizá, pero lo *tiene que* entender, cuánto sufrimiento, cuánta imbecilidad y suciedad nos rodea; y sin embargo, la gente de mi generación no se da cuenta de nada, aun cuando pasar a la acción haya llegado a ser tan necesario como, digamos, respirar o comer. Y no se crea, que no estoy hablando de las grandes cuestiones candentes que han aburrido a muerte a todo el mundo, sino de un trillón de trivialidades que la gente no percibe, aunque éstas, estas menudencias, sean los embriones de terribles y evidentes horrores. Justo el otro día, por ejemplo, una madre perdió la paciencia y ahogó a su hija de dos años en la bañera y luego se dio un baño en la misma agua, porque estaba caliente, y no hay que desperdiciar el agua caliente. Dios mío, ¡qué lejos está esto de la anciana campesina, en uno de los ampulosos cuentos de Turgueniev, que había perdido a su hijo y escandalizó a la señora que la visitaba en su isba acabándose el potaje de col con toda calma porque «ya le había echado la sal»! No me importa en absoluto que considere absurdo el hecho de que el tremendo número de semejantes nimiedades cotidianas, que ocurren en todas partes y en distintos grados de importancia y de formas también diferentes —gérmenes con cola, en punta, cúbicos—, puedan preocupar a un hombre hasta tal punto que se ahogue y pierda el apetito, pero quizás, usted acabe viniendo a la reunión.

Acabo de combinar aquí nuestra conversación en el Royal Versailles con pasajes de una carta difusa que Shishkov me envió al día siguiente para corroborar nuestra conversación. El sábado siguiente llegué un poco tarde a la reunión de forma que cuando entré a su *chambre garnie*, que era modesta pero arreglada, estaban ya todos reunidos, a excepción del escritor famoso. Entre los presentes, conocía de vista al editor de una publicación ya extinta; los otros —una gran hembra (una traductora, creo, o quizá una teósofa) con un marido pequeño y oscuro que parecía un *breloque* negro; su anciana madre; dos caballeros raídos vestidos con esos trajes que llevan los exiliados que no se ajustan para nada al cuerpo y que suele dibujar el periodista gráfico Mad, y un tipo rubio y enérgico, el compinche de nuestro anfitrión—, me eran desconocidos. Al observar que Shishkov pegaba la oreja nervioso, al observar también con cuánta decisión y alegría daba un golpe en la mesa y se levantaba, antes de darse cuenta de que el timbre que había oído correspondía a otro piso, esperé ardientemente que llegara la celebridad, pero el viejo amigo nunca llegó.

—Señoras y caballeros —dijo Shishkov y empezó a desarrollar, de forma bastante elocuente y atractiva, sus planes para una revista mensual, que se llamaría *Panorama*

del Dolor y de la Vulgaridad, la cual consistiría fundamentalmente en una colección de noticias periodísticas pertinentes acerca de sucesos que se hubieran desarrollado a lo largo del mes, con la estipulación precisa de que no irían ordenadas cronológicamente sino en una secuencia «ascendente» y «artísticamente discreta». El antiguo editor dio unas cifras y declaró que estaba absolutamente seguro de que una revista de exiliados rusos de esas características no se vendería. El marido de la real hembra literaria se quitó las lentes y, mientras se masajeaba el puente de la nariz, dijo con horribles ohs y ahs que si la intención era luchar contra la miseria humana, sería mucho más práctico distribuir entre los pobres el dinero necesario para hacer la revista; y como era él quien iba a poner el dinero, los allí presentes sintieron un escalofrío. Después, el amigo del anfitrión repitió, en términos más enérgicos pero también más pedestres, lo que Shishkov había dicho ya. También pidieron mi opinión. La expresión del rostro de Shishkov era tan trágica que hice lo que pude para defender su proyecto. Nos separamos bastante temprano. Al acompañarnos hasta el rellano, Shishkov se resbaló y permaneció en el suelo con sonrisa beatífica y ojos imposibles un rato más del necesario para provocar la risa de todos nosotros.

Quince días más tarde volvió a verme, y una vez más los cuatro refugiados alemanes estaban discutiendo sus problemas con los pasaportes, y finalmente entró un quinto que dijo con alegría: «*Bonjour, monsieur Weiss, bonjour, monsieur Meyer*». Ante mis preguntas, Shishkov respondió, distraído y como reticente, que habían decidido que la idea de su revista era irrealizable y que había dejado de pensar en ello.

—Esto es lo que le quería decir —empezó tras un silencio incómodo—. He tratado una y otra vez de tomar una decisión y creo que por fin he dado con algo, más o menos. *Por qué* me encuentro en este estado terrible es algo que no le interesaría lo más mínimo; le expliqué cuanto pude en mi carta, pero aquello se refería fundamentalmente al negocio que tenía entre manos, la revista. La cuestión es más complicada, la cuestión es más desesperada. He estado tratando de decidir qué hacer… cómo detener ciertas cosas, cómo salirme. ¿Marchándome a África, a las colonias? Apenas merece la pena comenzar con la tarea hercúlea de obtener los papeles necesarios para encontrarme en medio de las palmeras y los escorpiones sopesando los mismos problemas que sopeso bajo la lluvia de París. ¿Tratar de volver a Rusia? No, la parrilla es demasiado. ¿Retirarme a un monasterio? La religión es aburrida y me resulta ajena y además tiene tanta relación con lo que yo considero la realidad del espíritu como la que tiene con una quimera. ¿Suicidarme? La pena capital me resulta tan odiosa que me impide actuar como mi propio verdugo, y además temo ciertas consecuencias que ni siquiera alumbró Hamlet en su filosofía. Así que no me queda más que una salida: desaparecer, disolverme.

Me preguntó además si su manuscrito estaba bien seguro y poco después se fue,

encorvado a pesar de su gran espalda, con su gabardina, sin sombrero, no le hubiera venido mal un corte de peí en la nuca —un ser humano extraordinariamente atractivo, puro melancólico, a quien no supe qué decir ni cómo asistir.

A últimos de mayo me fui a otra parte de Francia y al volver a París a finales de agosto me encontré por azar con el amigo d Shishkov. Me contó una historia extraña: un poco después de mi marcha, «Vasya» había desaparecido, abandonando sus escasas pertenencias. La policía no consiguió descubrir nada —más allá del hecho de que *le sieur Chichkoff* había dejado hace tiempo que su *karta*, como los rusos la llamaban, caducara.

Eso es todo. Con el tipo de incidente con el que suele empezar un relato de misterio se cierra mi narrativa. De su amigo, o más bien de su conocido, obtuve cierta información, más bien escasa, acerca de la vida de Shishkov y la anoté —quizá algún día me resulte útil. ¿Pero dónde demonios se fue? Y en términos generales, ¿qué pensaba cuando dijo que tenía la intención de «desaparecer, disolverse»? ¿No pudiera ser que en un sentido literal lato, inaceptable a la razón, se refiriera a desaparecer en sus versos de manera que no quedara nada de su persona nebulosa salvo sus poemas? Cabe preguntarse si no sobrestimaría

La transparencia y seguridad
de un ataúd tan original.

Ultima Thule [*]

¿Recuerdas el día en el que tú y yo almorzábamos (compartíamos el alimento) un par de años antes de tu muerte? Suponiendo, desde luego, que la memoria pueda vivir descabezada. Imaginémonos —un pensamiento ilógico desde luego— un novedoso manual de literatura epistolar. A una dama que acaba de perder la mano derecha: beso su elipse. A un difunto: espectrosamente suyo. Pero abandonemos ya estas tímidas viñetas. Si tú no te acuerdas, entonces yo recordaré por ti: tu memoria puede pasar, al menos gramaticalmente, por tu memoria y, por mor de una frase florida, estoy dispuesto a conceder que si después de tu muerte el mundo y yo permanecemos vivos todavía, es tan sólo porque tú te acuerdas del mundo y de mí. Pero ahora me dirijo a ti por la siguiente razón. Ahora me dirijo a ti simplemente para hablar de Falter. ¡Qué destino! ¡Qué misterio! ¡Qué escritura! Cuando me canso de pensar que no es más que un lerdo, o un *kvak* (como tú solías decir cuando rusianizabas el sinónimo inglés de «charlatán»), me parece una persona que… que, como ha conseguido sobrevivir a la bomba de realidad que le explotó en las manos… ¡se convirtió en un dios! Qué insignificantes me parecen los videntes del pasado a su lado: el polvo que levantan los rebaños al atardecer, el sueño dentro del sueño (cuando sueñas que te has despertado), los estudiantes sobresalientes de este nuestro instituto del saber cerrado herméticamente a los de fuera; porque Falter está *fuera* de nuestro mundo, en la verdadera realidad. ¡Realidad! Esa es la garganta de paloma buchona de la serpiente que me fascina. ¿Recuerdas aquella vez que almorzamos en el hotel que dirigía Falter junto a las numerosas terrazas de la frontera italiana, donde las glicinas exaltan el asfalto y el aire huele a caucho y a paraíso? Adam Falter era todavía uno de nosotros, y si nada en él presagiaba…, ¿cómo decirlo…?, su capacidad de adivinación, sin embargo, su naturaleza robusta (la coordinación de carambola de billar de sus movimientos corporales, como si en lugar de cartílagos tuviera cojinetes de bola, su precisión, su reserva aquilina) explican ahora, retrospectivamente, por qué consiguió sobrevivir a aquel *choque*: la figura original era lo suficientemente grande para resistir la sustracción que se operó en él.

¡Mi amor, tu presencia sonríe desde esa bahía de leyenda pero nunca más…! Me muerdo los nudillos para no empezar a llorar desconsolado, pero no hay forma de detener las lágrimas; me hundo sin frenos con todo tipo de «oooh» y de «buaaaa», y es un disparate tan absurdo y humillante: los ojos todos rojos, la sensación de ahogo, el pañuelo sucio, los bostezos convulsos que se alternan con las lágrimas… Es que no puedo, no puedo vivir sin ti Me sueno la nariz, trago saliva, y luego trato de convencer a la silla a la que me agarro con la mano, a la mesa de trabajo que aporreo

con mis puños, que no puedo buaaaaahaa sin ti. ¿Me oyes? Esa pregunta es parte de un cuestionario banal que no contestan los fantasmas pero que sin embargo responderían con entusiasmo en su lugar nuestros compañeros de las celdas del corredor de la muerte: «Yo lo sé» (apuntando al azar a cualquier lugar del cielo), «¡te lo diré encantado!». Tu querida cabeza, el hueco de tu sien, el gris nomeolvides de uno de tus ojos que se cierra ante la promesa de un beso, la expresión plácida de tus orejas cuando te levantabas el pelo… ¿Cómo voy a reconciliarme con tu desaparición, con la profundidad de este vacío abierto en el que todo se desliza —mi vida entera, la grava húmeda, los objetos y las costumbres? ¿Y qué verjas sepulcrales pueden impedir que me caiga, con fruición silenciosa, en ese abismo? Vértigo del alma. Recuerda cómo salí corriendo del sanatorio justo después de tu muerte, sin caminar propiamente, más bien pisoteando el suelo e incluso bailando de dolor (porque la vida se me había quedado pillada en la puerta como un dedo), solo en aquella carretera tortuosa entre los pinos excesivamente escamosos y los escudos de espino de las pitas, en un mundo acorazado de verde que silenciosamente se recogía para no contagiarse de mi enfermedad. Ah, sí, todo a mi alrededor se mantenía cautelosa, atentamente en silencio, y sólo cuando miraba algo, ese algo se ponía en movimiento, susurraba o zumbaba, indiferente a mí. «Naturaleza indiferente», dice Pushkin. ¡Qué idiotez! Una negación continua sería una descripción más acertada.

Qué pena, sin embargo. Eras tan encantadora. Y agarrado a ti desde dentro por un botón muy fino, nuestro hijo se fue contigo. Pero, querido amigo, uno no le hace un hijo a una señora que tiene tuberculosis de garganta. Traducción involuntaria del francés al avernés. Tuviste a bien morirte en tu sexto mes de embarazo y te llevaste contigo las doce semanas que te quedaban, sin liquidar tus deudas, por así decirlo. Cómo deseaba que dieras a luz a un hijo mío, informaba el viudo desconsolado a las paredes. *Êtes-vous tout à fait certain, docteur, que la science ne connaît pas de ces cas exceptionnels où l'enfant nait dans la tombe?* Y el sueño que tuve: aquel médico que olía a ajo (que a la vez era Falter, o ¿era Alexander Vasilievich?) contestando con premura extraordinaria que sí, que a veces se daba el caso, y que a aquellos niños (los nacidos póstumamente) se les daba el nombre de cadaverinos.

Y en cuanto a ti, desde tu muerte nunca, ni una sola vez, has aparecido en mis sueños. Quizá te lo impidan las autoridades, o quizá seas tú misma la que evites esas visitas a la prisión de mi existencia. Al principio, ignorante como soy, temía —humillantemente, con superstición— los pequeños crujidos que emite siempre una habitación por la noche, que ahora se reflejaban en mi interior mediante destellos aterradores, provocando que mi corazón se escabullera rápidamente con las alas medio gachas. Con todo, aún era peor la espera nocturna, cuando yacía en la cama, tratando de no pensar en que tú me podías contestar de pronto con un golpe si me ponía a pensar en ello, pero eso sólo conseguía complicar el proceso de paréntesis

mental, poniendo corchetes entre llaves (pensar en tratar de no pensar), y el miedo crecía y crecía dentro de los mismos. Qué horrible era el golpeteo seco de la uña fantasmal bajo la mesa y qué poco se parecía, desde luego, a la entonación de tu alma, de tu vida. ¿Un fantasma vulgar con las tretas de un pájaro carpintero, un humorista incorpóreo, un duende cursi que se aprovechaba de mi dolor desnudo? De día, sin embargo, no tenía miedo, y te desafiaba a que manifestaras tu sensibilidad respondiéndome de la manera que tú quisieras, sentado en los guijarros de la playa sobre los que, en una ocasión, se extendieron tus piernas; e igual que antes, como en otros tiempos, llegaba una ola, sin aliento, pero como no tenía nada que contar se dispersaba con una serie de saludos de disculpa. Guijarros como huevos de cuco, un trozo de teja con forma de cargador de pistola, un fragmento de vidrio color topacio, una cosa muy seca que parecía un matojo de líber, mis lágrimas, un abalorio microscópico, un paquete de cigarrillos vacío con un marinero de barba amarilla en el centro de un salvavidas, una piedra como un basamento pompeyano, el huesecillo de alguna criatura o quizás una espátula, una lata de petróleo, un fragmento de vidrio granate, una cascara de nuez, un indescriptible objeto oxidado que no se parecía a nada, un casco de porcelana, cuyos fragmentos hermanos existirán, sin duda, en algún lugar… y yo me imaginaba el tormento eterno, la tarea de un presidiario que mejor sirviera de castigo para alguien como yo, que había dejado vagar sus pensamientos por tierras demasiado lejanas en el transcurso de su vida: fundamentalmente, encontrar todas esos fragmentos perdidos a fin de reconstruir aquel recipiente de la salsa o la sopera: una peregrinación pesarosa y sin rumbo a lo largo de costas salvajes y brumosas. Y al fin y al cabo, con muchísima suerte, quizá uno tuviera la oportunidad de restaurar el plato el primer día de la travesía en lugar de tener que esperar hasta la trillonésima jornada —y ahí está la cuestión más angustiosa, la de la suerte, la rueda de la fortuna el billete de lotería adecuado, sin el que puede verse negada la felicidad eterna para un alma más allá de la tumba.

En estos primeros días de primavera la estrecha franja de guijarros está desnuda y solitaria pero sigue habiendo gente que pasea por el bulevar marítimo que domina la playa y uno de ellos, sin duda, debió decir, al observar mis hombros: «Ahí está Sineusov, el artista, perdió a su mujer el otro día». Y probablemente yo me hubiera quedado sentado así toda la vida, escarbando los desechos marinos disecados, contemplando la espuma que chocaba, observando la falsa ternura de la serie de alargadas nubéculas a lo largo del horizonte y los remolinos tintos de calor en el fresco azul verdoso del mar, si alguien no me hubiera reconocido desde el paseo.

Sin embargo (mientras me abro paso torpemente entre la seda rasgada de una frase), permíteme que vuelva a Falter. Como seguramente habrás recordado ya, fuimos allí en una ocasión, un día tórrido; reptando como dos hormigas por la cinta de una cesta de flores, porque yo tenía curiosidad por ver a mi antiguo profesor

(cuyas lecciones estuvieron limitadas a ingeniosas polémicas con los compiladores de mis manuales), un hombre fuerte, siempre acicalado, con una gran nariz blanca y una raya brillante en el pelo; y fue precisamente a lo largo de aquella raya recta por la que viajó más tarde hasta conseguir triunfar en los negocios, mientras que su padre, Ilya Falter, tan sólo llegó a jefe de cocina en el restaurante Ménard de San Petersburgo: *II y apauvre Ilya*, que suena muy parecido a *povar*, un término que quiere decir «cocinero» en ruso. Ángel mío, oh ángel mío, quizás nuestra existencia toda no sea ahora sino un chiste o un juego de palabras para ti, o una rima grotesca, algo así como «dental» y «transcendental» (¿te acuerdas?) y el verdadero sentido de la realidad, ese término tan doloroso, libre ya de todas nuestras interpretaciones extrañas, nebulosas, farsantes, te suene ahora tan puro y tan dulce a tus oídos que tú, ángel mío, encuentres divertido que nos pudiéramos tomar el sueño en serio (aunque tú v yo tuvimos alguna sospecha de por qué todo se desintegraba al primer toque furtivo… las palabras, las convenciones de la vida cotidiana, los sistemas, las personas… ya sabes, empiezo a creer que la risa es una imitación casual de la verdad perdida de nuestro mundo).

Lo veía ahora tras un intervalo de veinte años, y ¡con cuánta razón había interpretado, al llegar al hotel, toda su ornamentación clásica —el cedro del Líbano, el eucalipto, el plátano, la pista de tenis de tierra batida, el recinto para los coches al otro lado del césped— como el ritual propiciatorio de un destino afortunado, como un símbolo de las correcciones que ahora necesitaba la antigua imagen de Falter! Durante nuestros años de separación (bastante indolora para ambos) aquel estudiante pobre, enjuto, de animados ojos oscuros como la noche y una letra hermosa, enérgica, que se inclinaba a la izquierda sobre la página, se había transformado en un caballero digno, bastante corpulento, aunque la viveza de su mirada y la belleza de sus grandes manos seguían siendo las mismas… sólo que nunca lo hubiera reconocido por la espalda, porque, en lugar de su abundante pelo lustroso y su nuca afeitada, mostraba ahora un nimbo de pelusa negra en torno a una calva bronceada semejante a una tonsura eclesiástica. Con su camisa de seda, color de nabo hervido, su corbata a cuadros, sus pantalones anchos gris perla, y zapatos de dos colores, me dio la impresión de que se había vestido como para un baile de disfraces; pero tenía las mismas narizotas de siempre, y con ellas captó infalible el débil rastro del pasado cuando yo me acerqué, y tras saludarle con una vigorosa palmada en su espalda musculosa, le planteé un enigma. Tú te mantenías a una cierta distancia, con los tobillos desnudos apretados en tus tacones de aguja color cobalto, examinando con interés contenido pero también travieso el mobiliario de la enorme sala, vacía a aquella hora: la piel de hipopótamo de los sillones, el bar austero, las revistas británicas sobre la mesa de cristal, los frescos, de estudiada sencillez, que mostraban contra un fondo dorado a unas jóvenes de bronce de pechos escasos, una de las

cuales, a la que le cubrían los pómulos en líneas paralelas unos mechones de cabello estilizado, apoyaba, por alguna razón una de sus rodillas en el suelo. ¿Acaso podíamos concebir que el dueño de semejante esplendor pudiera dejar de contemplarlo algún día? Ángel mío… Entretanto, cogía mis manos en las suyas, las apretaba, fruncía el ceño contemplándome con ojos oscuros e intensos, manteniendo esa pausa muerta que observan los que están a punto de estornudar sin estar del todo seguros de conseguirlo… pero lo consiguió: el pasado estalló en luces, y pronunció mi apodo a plena voz. Te besó la mano, sin inclinarse, y luego, con benevolente alboroto, contento con el hecho de que yo, una persona que había visto días mejores, le hubiera encontrado ahora en plena gloria de una vida que se había creado por sí mismo mediante el poder de su voluntad creadora, nos sentó en la terraza, pidió unos cócteles y la comida, nos presentó a su cuñado, el señor L., un hombre culto con un terno oscuro que contrastaba extrañamente con el desaliño exótico de Falter. Bebimos, comimos, hablamos del pasado como se habla de una persona gravemente enferma, conseguí mantener el cuchillo en el envés de un tenedor, tú acariciaste al maravilloso perro nervioso que tenía miedo de su amo, y, tras un minuto de silencio, en medio del cual Falter pronunció de repente un preciso: «Sí», como si concluyera con ello una deliberación acerca de un diagnóstico, nos despedimos, haciéndonos unas promesas mutuas que ni él ni yo teníamos la menor intención de cumplir.

Tú no encontraste en él nada extraordinario, ¿no es cierto? Y para que no haya duda —los tipos como él han sido descritos hasta la saciedad: durante su larga y monótona juventud mantuvo a su padre alcohólico dando clases, y luego lenta, obstinadamente, logró prosperar; pues, además de aquel hotel, no demasiado rentable, tenía florecientes intereses en el negocio del vino. Pero, como comprendí más tarde, te equivocabas al decir que todo era bastante aburrido y que los tipos enérgicos, de éxito, como él, siempre apestan a sudor. En realidad, ahora me muero de envidia por el rasgo básico del Falter de los primeros tiempos: aquella precisión y poder de su «sustancia volitiva» como la llamaba el pobre Adolfo, ¿te acuerdas?, en un contexto bastante diferente. Ya fuera en una trinchera o en un despacho, ya estuviera tomando un tren o levantándose una oscura mañana en un cuarto sin calefacción, ya estuviera organizando contactos profesionales o persiguiendo a alguien por amistad o por enemistad, Adam Falter no sólo estaba siempre en plenas facultades, no sólo vivía cada momento amartillado como una pistola, sino que siempre estaba seguro de conseguir el objetivo del día, y del día de mañana y también la consecución gradual y progresiva de todos los objetivos que se iba fijando, y ello con economía de medios, porque sus ambiciones no eran excesivas y conocía exactamente sus limitaciones. El mayor servicio que se hacía a sí mismo era que no prestaba atención a sus talentos de forma deliberada e invertía en lo ordinario, en lo común; porque estaba dotado de extrañas facultades, misteriosamente fascinantes, que otra persona menos

circunspecta acaso habría tratado de utilizar en la vida cotidiana. Únicamente en los comienzos de su vida fue quizás incapaz de controlarse, mezclando la instrucción rutinaria a un colegial en una materia bastante confusa, con manifestaciones inusualmente elegantes de pensamiento matemático que dejaban un cierto escalofrío de poesía prendido en mi aula después de que se hubiera ido apresurado a la próxima clase. Pienso con envidia que si mis nervios hubieran sido tan fuertes como los suyos, mi alma tan resistente, mi fuerza de voluntad tan concentrada, me hubiera comunicado ahora la esencia del descubrimiento sobrehumano que acababa de hacer, es decir, no habría tenido miedo de que la información me destrozara; yo, por otra parte, hubiera sido suficientemente persistente para obligarle a que me contara todo de principio a fin.

Una voz ligeramente ronca me saludó discretamente desde el paseo pero, como había pasado más de un año desde nuestro almuerzo con Falter, no reconocí inmediatamente a su humilde cuñado en la persona cuya sombra se proyectaba ahora sobre mis piedras. Por hábito, por educación fui a reunirme con él en la acera y él me expresó su más profundo etcétera: se había pasado por mi pensión, dijo, y la buena gente de la pensión no sólo le había informado de tu muerte, sino que también le había indicado desde lejos mi figura en la playa desierta, una figura que se había convertido en una especie de curiosidad local (por un momento me sentí avergonzado de que el dorso encorvado de mi aflicción hubiera sido visible desde todas las terrazas).

—Nos conocimos en casa de Adam Ilyich —dijo mostrando los raigones de sus incisivos y ocupando su lugar en mi conciencia laxa. Debí contestarle con una alguna pregunta sobre Falter.

—¿Entonces no lo sabe? —dijo el charlatán sorprendido, y así me enteré de toda la historia.

Resulta que la primavera anterior Falter había salido en viaje de negocios a una ciudad vinícola de la Riviera y, como era su costumbre, se quedó en un hotelito tranquilo, cuyo propietario le debía dinero desde hacía tiempo. Hay que imaginarse aquel hotel, encerrado en la axila de plumas de una colina cubierta de mimosas, y el pequeño camino, todavía sin acabar de construir, con su media docena de villas diminutas, donde las radios cantaban en el pequeño espacio humano entre el polvo de estrellas y las adelfas dormidas, mientras que los grillos galvanizaban la noche con sus chirridos en el solar vacío bajo la ventana abierta de Falter en el tercer piso. Después de pasar una velada higiénica en un pequeño burdel deI bulevar de la Mutualité, volvió al hotel a eso de las once de un humor excelente, con la cabeza despejada y la carne satisfecha, e inmediatamente subió a su habitación. El frente de la noche colmada de cenizas de estrella; la expresión de amable locura de ella; el enjambre de luces en la antigua ciudad; un divertido problema matemático acerca del

que había mantenido correspondencia el año anterior con un erudito sueco; el olor seco, dulce que parecía colgar, indiferente y también indolente aquí y allá en los agujeros de la oscuridad; el gusto metafísico de un vino, bien comprado y bien vendido; las noticias, que acababan de llegarle desde un país remoto y poco atractivo, de la muerte de una hermanastra, cuya imagen hacía tiempo que se había marchitado en su recuerdo: todo esto, me imagino, flotaba por la mente de Falter mientras caminaba por la calle y subía a su habitación; y aunque, por separado, ninguno de estos pensamientos o impresiones era en lo más mínimo desusado en este hombre duro y tenaz, más bien superficial aunque en modo alguno vulgar (porque en la base de nuestra radical humanidad estamos divididos entre profesionales y amateurs y Falter, como yo, era un amateur), en conjunto constituían quizás el medio más favorable para que se produjera el fogonazo, el relámpago sobrenatural, tan catastrófico como un premio gordo inesperado que nos cae en suerte en la lotería nacional, una suerte monstruosamente fortuita, en modo alguno predecible por su razón ni por sus procesos mentales habituales, que le hirió aquella noche en aquel hotel.

Habría transcurrido una media hora desde que había llegado cuando el sueño colectivo del pequeño edificio blanco, con sus mosquiteros como de crespón que apenas aleteaban y sus flores en las paredes, se vio abruptamente… no, no interrumpido, sino desgarrado, explotado, rasgado por ruidos inolvidables para los que los oyeron, querida… aquellos ruidos, aquellos ruidos terribles. No eran los chillidos porcinos de un maricón arrojado a una zanja por unos malvados decididos, ni tampoco el bramar de un soldado herido cuando un cirujano salvaje le libera de una pierna monstruosa… eran peores, mucho peores… Y si, dijo más tarde el posadero, *monsieur* Paon, hubiera que compararlos con algo, a lo que más se parecían aquellos ruidos era a los gritos paroxísticos, casi exultantes de una mujer en plenos dolores de un parto infinito… una mujer, sin embargo, con voz de hombre y un gigante en el vientre. Era difícil identificar la nota dominante entre el tempestuoso desgarro de aquella garganta —si era dolor, temor, o el clamor de la locura, o quizá, y lo más probable, la expresión de una sensación insondable, cuyo desconocimiento impartía a la explosión procedente del cuarto de Falter algo que provocaba en los oyentes un deseo aterrado de detenerlo. Los recién casados que se afanaban en la cama de al lado se detuvieron, desviando sus miradas al unísono y conteniendo el aliento; el holandés que vivía en el piso de abajo salió corriendo al jardín, que ya albergaba a la gobernanta del hotel así como al brillo blanco de dieciocho doncellas (sólo dos, en realidad, multiplicadas por sus continuos movimientos). El director del hotel, quien, según sus propias palabras, no había perdido la calma en ningún momento, subió corriendo y comprobó que la puerta que contenía el huracán de aullidos, tan poderosos que parecían que fueran a arrollar a quien se acercara, estaba

cerrada por dentro y no cedía ni a los golpes ni a los ruegos. Los aullidos de Falter, en la medida en que se podía sospechar que era él en verdad el que aullaba (su ventana abierta estaba oscura y los ruidos intolerables, que surgían de la misma, no eran propios de ningún ser humano), se extendían más allá de los límites del hotel y los vecinos se reunieron en la oscuridad circundante y un tahúr llegó con cinco cartas en la mano, todas ellas triunfos. Ahora era ya totalmente incomprensible cómo las cuerdas vocales de nadie podían aguantar semejante tensión; según una versión, Falter estuvo gritando al menos durante quince minutos; según otra, probablemente más fiel, durante cinco minutos sin interrupción. De repente (mientras el dueño decidía si debía echar la puerta abajo con ayuda de todos o colocar una escalera por el exterior, o llamar a la policía) los gritos, que habían alcanzado los límites extremos de la agonía, del horror, de la extrañeza, y de aquella otra cosa tan indefinible, pasaron a convertirse en una confusión de quejidos y luego se detuvieron por completo. Todo quedó tan silencioso que los presentes empezaron a conversar en susurros.

Con cautela, el dueño llamó de nuevo a la puerta, y del otro lado llegaron unos suspiros y unas pisadas vacilantes. Entonces se oyó que alguien se afanaba con la cerradura como si no supiera abrir. Un puño débil, suave empezó a moverse desde dentro. Entonces, *monsieur* Paon hizo lo que hubiera podido hacer mucho antes: fue a buscar otra llave y abrió la puerta.

—Estaría bien que alguien diera un poco de luz —dijo Falter suavemente en la oscuridad. Pensando por un momento que Falter había roto la lámpara en su ataque, el dueño comprobó el interruptor automáticamente, pero la luz se encendió obediente y Falter, parpadeando sorprendido, paseó su mirada desde las manos que habían producido aquella luz hasta la bombilla de cristal encendida, como si por primera vez comprobara cómo se hacía.

Un cambio extraño, repulsivo se había adueñado de su aspecto todo: parecía como si le hubieran quitado el esqueleto Su rostro sudoroso y algo fofo, con su labio colgante y sus ojos rosados, no sólo expresaba un cansancio sordo, sino también alivio, un alivio animal como si descansara de los dolores de quien acaba de parir un monstruo. Con el torso desnudo, vestido tan sólo con los pantalones del pijama, mantenía la cabeza baja, frotándose el dorso de la mano con la palma de la otra. Ante las preguntas motivadas por la natural curiosidad de *monsieur* Paon y de los huéspedes del hotel se obstinó en su silencio, limitándose a hinchar los carrillos, y tras hacer a un lado a cuantos se apretaban en torno suyo, salió al rellano y empezó a orinar copiosamente allí mismo en las escaleras. Luego volvió a su habitación, se tumbó en la cama y se quedó dormido.

Por la mañana, el director del hotel llamó a la señora L., la hermana de Falter, para comunicarle que su hermano se había vuelto loco, y lo despacharon a casa sin más ceremonia, desganado y medio dormido. El médico de cabecera sugirió que

había sido tan sólo una apoplejía sin importancia y prescribió el correspondiente tratamiento. Pero Falter no mejoró. Es verdad que, pasado un tiempo, empezó a caminar libremente, silbando incluso en ocasiones, y profiriendo insultos a toda voz y robando a hurtadillas alimentos prohibidos por el médico. Sin embargo, el cambio operado en él se mantenía. Era como un hombre que lo hubiera perdido todo: el respeto por la vida, el más mínimo interés por el dinero o por los negocios, los sentimientos habituales y tradicionales, los hábitos cotidianos, los modales, absolutamente todo. Era peligroso dejarle ir solo a cualquier sitio porque, con una curiosidad bastante superficial y un punto distraída, aunque ofensiva para los otros, interpelaba a los transeúntes con los que se topaba para discutir el origen de la cicatriz que uno llevaba en la cara o una afirmación que nadie le había dirigido pero que había oído al azar en una conversación ajena. Cogía una naranja al pasar por delante de un puesto de frutería y se la comía sin pelar, respondiendo con una sonrisa indiferente al griterío de la frutera que había salido corriendo tras él. Cuando se cansaba o se aburría se ponía en cuclillas, a la turca, en la acera y, por hacer algo, trataba de agarrar con el puño los talones de las jóvenes que pasaban como si estuviera cazando moscas. En una ocasión se apropió de varios sombreros, cinco de fieltro y dos panamá, lo que ocasionó algunas dificultades con la policía.

Su caso atrajo la atención de un conocido psiquiatra italiano que casualmente tenía un paciente en el hotel de Falter. Este doctor Bonomini, un hombre más bien joven, estaba estudiando, como él mismo explicaba a quien le quisiera oír, «la dinámica de la psique», y trataba de demostrar en sus obras, cuya popularidad no estaba limitada a los círculos académicos, que todos los desórdenes psíquicos podían explicarse mediante los recuerdos subliminales de las calamidades que habían acontecido a los antepasados del paciente y que si, por ejemplo, el sujeto estaba aquejado de megalomanía, para curarlo completamente bastaba con determinar cuál de sus bisabuelos había fracasado en sus ansias de poder, y explicarle a su biznieto que como su antepasado estaba muerto ya había encontrado la paz eterna, aunque en los casos complejos se hacía necesario recurrir a las representaciones teatrales, con trajes de época, describiendo el fallecimiento del antepasado en cuestión con todos sus detalles y adscribiendo el papel del fallecido al paciente. Aquellos *tableaux vivants* se pusieron tan de moda que Bonomini se vio obligado a explicarle al público en letra impresa los peligros de ponerlos en escena sin contar con su control directo.

Después de haber interrogado a la hermana de Falter, Bonomini llegó a la conclusión de que los Falter no sabían mucho de sus antepasados; es verdad que Ilya Falter había sido aficionado a la bebida; pero como, según la teoría de Bonomini, «la enfermedad del paciente refleja tan sólo el pasado lejano», de la misma forma que, por ejemplo, la épica «sublima» tan sólo acontecimientos remotos, los detalles acerca del padre de Falter le resultaban inútiles. No obstante, se ofreció para intentar ayudar

al paciente, esperando, a través de un interrogatorio inteligente, que el propio Falter produjera la explicación de su estado, tras lo cual se podrían deducir automáticamente qué antepasados resultaban pertinentes para el caso; que existía una explicación lo confirmaba el hecho de que cuando los íntimos de Falter conseguían penetrar su silencio él aludía desmañada y sucintamente a algo totalmente extraordinario que había experimentado aquella enigmática noche.

Un día, Bonomini se encerró con Falter en el cuarto de este último y, conocedor como era del corazón humano, con sus gafas de concha y aquel pañuelo en el bolsillo de su americana, consiguió aparentemente sonsacarle una respuesta exhaustiva acerca de sus aullidos nocturnos. Probablemente el hipnotismo jugó su papel en todo aquel proceso, porque en la investigación posterior Falter insistió en que había soltado todo tipo de necedades contra su voluntad y que estaba resentido por ello. Añadió, sin embargo, que carecía de importancia, porque más pronto o más tarde llevaría a término su experimento, pero que ahora, definitivamente, no lo iba a repetir. Fuera como fuese, el pobre autor de *El heroísmo de la locura* pasó a ser presa de la Medusa de Falter. Como el encuentro íntimo entre el doctor y su paciente parecía durar excesivamente, Eleanora L., la hermana de Falter, que se entretenía en tejer un chal gris en la terraza y que llevaba un buen rato sin oír la vocecilla zalamera, enérgica, o apremiante, de tenor, que al principio resultaba más o menos audible a través de la ventana francesa, entró en la habitación de su hermano y lo encontró examinando con aburrida curiosidad los sanatorios alpinos de un folleto que probablemente había traído el médico, mientras que el médico estaba caído cuan largo era entre la silla y la alfombra, con la falda de la camisa sobresaliendo del chaleco por encima de los pantalones, las piernas abiertas, y el rostro café con leche descompuesto y caído sobre los hombros, víctima, según luego se comprobó, de un ataque al corazón. A las preguntas oficiosas de la entrometida policía Falter replicó distraído y conciso pero, cuando finalmente se cansó de que lo importunaran, señaló que, tras haber resuelto accidentalmente «el enigma del universo», había cedido a las ingeniosas súplicas y había compartido la solución con su inquisitivo interlocutor, ante lo cual este último había muerto de asombro. Los periódicos locales se hicieron eco de la historia, la embellecieron como corresponde, y la persona de Falter, a modo de sabio tibetano, alimentó durante varios días las no demasiado escrupulosas columnas de noticias.

Pero, como bien sabes, en aquellos días yo no leía los periódicos: entonces tú te estabas muriendo. Ahora, sin embargo, tras haber oído con todo detalle la historia de Falter, experimenté un fuerte deseo, intenso, y quizá también un punto vergonzante.

Tú lo entiendes, desde luego. En la condición en la que yo me encontraba, la gente sin imaginación, quiero decir carente de su apoyo y de su espíritu inquisitivo, recurre a los reclamos de todo tipo de prodigios milagrosos; a los quirománticos de turbantes dramáticos que combinan sus destrezas mercantilistas en el mundo de la

magia con los negocios de matarratas o de condones; a gordas y atezadas adivinas; pero especialmente a los espiritistas, que simulan una fuerza todavía sin identificar concediéndole los rasgos lechosos de un fantasma que consiguen que se manifieste en estúpidas formas físicas. Pero yo tengo mi cota de imaginación, y por lo tanto se abrían ante mí dos posibilidades: la primera era mi trabajo, mi arte, el consuelo que me proporciona mi arte; la segunda consistía en dar el salto y creer que una persona como Falter, bastante común en realidad, e incluso un tanto vulgar, a pesar de los juegos de salón de su ingeniosa mente, había llegado a conocer real y concluyentemente aquello que ningún vidente, ningún brujo había alcanzado jamás.

¿Mi arte? Te acuerdas, ¿no es cierto?, de aquel extraño sueco o danés —o quizá islandés en lo que a mí respecta—, en cualquier caso aquel tipo rubio larguirucho, de tez anaranjada con pestañas de caballo viejo que se presentó como «un conocido escritor» y que, por un precio que te alegró (ya estabas confinada en la cama sin poder hablar, pero todavía me escribías notas divertidas con tiza en una pizarra, por ejemplo que las cosas que más te gustaban en la vida eran «los versos, las flores silvestres y la moneda extranjera»), me encargó que hiciera una serie de ilustraciones para el poema épico *Ultima Thule*, que acababa de componer en su lengua. Ni que decir tiene que no venía al caso que yo me familiarizara con su manuscrito porque el francés, idioma en el que nos comunicábamos con denodado esfuerzo, sólo lo conocía de oídas, y era incapaz de traducirme sus imágenes. Conseguí tan sólo entender que su héroe era algún rey nórdico, desgraciado y huraño; que su reino, entre las nieblas marítimas, en una isla remota y melancólica estaba infestado de intrigas políticas de algún tipo, de asesinatos, de insurrecciones y que un caballo blanco que había perdido a su jinete volaba por el páramo brumoso… Le gustó mi primer bosquejo en blanco y negro, y decidimos los temas de los otros dibujos. Cuando no volvió a la semana siguiente como me había prometido, llamé a su hotel, y me enteré de que se había ido a América.

Te oculté la desaparición de mi cliente, pero no seguí con los dibujos; luego, de nuevo, te pusiste tan enferma que no me apetecía ni pensar en mi pluma dorada ni en mis trazos de tinta china. Pero tras tu muerte, cuando las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde se hicieron especialmente insoportables, entonces, con febril y dolorosa avidez, cuya conciencia provocaba lágrimas en mis ojos, continué aquel trabajo que ya no tenía destinatario, y esa carencia, precisamente, era lo que concedía valor a mi tarea; su naturaleza intangible, espectral, la falta de objetivo o de remuneración me transportaban hasta regiones como aquella en la que tú, mi objetivo fantasma, existes, mi amada, una creación terrenal tan maravillosa y querida, que nadie vendrá nunca a reclamar; y como todo me distraía de mi tarea, engañándome con la pátina de la temporalidad en lugar de con el diseño gráfico de la eternidad, atormentándome con tus huellas en la playa, con las piedras de la playa, con tu

sombra azul sobre la odiosa playa luminosa, decidí volver a nuestras habitaciones de París a instalarme a trabajar en serio. *Ultima Thule*, aquella isla nacida en el desolado mar gris de mi congoja ante tu muerte, ejercía ahora sobre mí la atracción de un hogar donde acoger mis pensamientos inefables.

Sin embargo, antes de abandonar la Riviera, tenía la imperiosa necesidad de ver a Falter. Verlo significaba el otro consuelo que me había inventado contra mi angustia. Conseguí convencerme de que no era simplemente un loco, que no sólo creía firmemente en el descubrimiento que había hecho, sino que aquel descubrimiento era precisamente la causa de su locura, y no al revés. Me enteré de que se había mudado a un piso junto a mi pensión. Me enteré también de que su salud flaqueaba: que cuando la llama de la vida se extinguió momentáneamente en él, había dejado su cuerpo sin control y sin incentivos; que probablemente moriría pronto. Me enteré, finalmente, y aquello revistió para mí una importancia singular, que, en los últimos tiempos, y a pesar de su decaimiento, se había vuelto extraordinariamente parlanchín y que día tras día entretenía a sus visitas (y hubo otro tipo al que le movían motivos diferentes de los míos que también llegó hasta él) con discursos sin fin en los que cavilaba sobre la mecánica del pensamiento humano, unos discursos extrañamente vagos, que no decían nada, pero que alcanzaban casi una cualidad socrática en su ritmo y en su mordacidad. Me ofrecí a visitarle, pero su cuñado contestó que el pobre diablo aprovechaba cualquier ocasión para salir y que tenía todavía fuerzas suficientes para venir a mi casa.

Así es que vinieron a verme —quiero decir, su cuñado con su inevitable traje negro todo gastado, su esposa Eleonora (una mujer alta, taciturna, cuya determinación definida recordaba la personalidad antigua de su hermano y que ahora constituía para él como una lección viva, un paisaje moral donde mirarse) y el propio Falter, cuyo aspecto me impactó, a pesar de que estaba preparado para verle cambiado. ¿Cómo expresarlo? El señor L. me había dicho que tenía un aspecto raro, como si se hubiera quedado sin huesos pero yo, sin embargo, tuve la impresión de que le habían robado el alma aunque, en su lugar, la mente había adquirido una fuerza diez veces mayor. Quiero decir con ello que una sola mirada a Falter bastaba para entender que no había que esperar de él ninguno de los sentimientos humanos que reconocemos como habituales y comunes en nuestra vida cotidiana, que Falter había perdido por completo la facultad de amar a nadie, de sentir piedad salvo por sí mismo, de sentir simpatía o compasión por el alma de los otros, de servir, en la medida de lo posible, la causa del bien, sino que sólo seguía su inclinación personal, de la misma forma que había perdido la costumbre de dar la mano o de utilizar el pañuelo. Y sin embargo, no parecía un hombre loco… ¡Más bien lo contrario! Sus facciones hinchadas, su mirada desagradable, ahíta, incluso sus pies planos que habían dejado de calzar sus maravillosos Oxfords y los habían cambiado por unas

zapatillas baratas, dejaban entrever una suerte de energía concentrada, y esta energía no estaba en lo más mínimo interesada en la flaccidez ni en el deterioro evidente de la carne que remilgadamente controlaba.

Su actitud hacia mí no fue la de nuestro último y breve encuentro, sino la que yo recordaba de los días de nuestra juventud, cuando venía a darme clases. Era sin duda del todo consciente de que, cronológicamente, había transcurrido un cuarto de siglo desde aquella época, y, sin embargo, como si hubiera perdido junto con su alma su sentido del tiempo (sin el cual *el alma* no puede vivir), era obvio que me contemplaba —una cuestión no de palabras sino de actitud— como si todo aquello hubiera ocurrido ayer; sin embargo, no expresaba simpatía ni calor alguno por mí: nada, ni un ápice.

Lo sentaron en una butaca, y extendió sus miembros de forma extraña, como lo haría un chimpancé si su guardián le conminara a hacer una parodia de un sibarita recostado. Su hermana se dispuso a seguir con sus labores de punto y no levantó ni una sola vez su cabeza canosa en el transcurso de nuestra conversación. Su cuñado sacó del bolsillo dos periódicos, uno local, el otro de Marsella, y se quedó en silencio. Y no abrió la boca hasta que Falter, al observar una gran fotografía tuya que caía justamente en su línea de mira, preguntó dónde te ocultabas; entonces el señor L. levantó los ojos del periódico y dijo con esa voz estentórea y artificial que utiliza la gente cuando se dirige a los sordos: «Vamos, sabes muy bien que ha muerto».

—Es verdad —observó Falter con una despreocupación inhumana, y dirigiéndose a mí, añadió—: Ojalá que sea suyo el reino de los cielos…, ¿no es eso lo que se supone que se debe decir en círculos civilizados?

A continuación empezamos a conversar; el recuerdo veraz de la misma charla, más que las notas tomadas al azar, me permite ahora transcribirla exactamente.

—Quería verle, Falter —dije (dirigiéndome más bien a él por su nombre y apellido, aunque en un relato, su imagen intemporal no permite ninguna conexión precisa del hombre concreto con un país definido ni tampoco con un pasado genético) —. Quería verle para tener una conversación franca con usted. Me gustaría que les pidiera a sus parientes que nos dejaran solos.

—Ellos no cuentan —observó abruptamente Falter.

—Cuando digo «franca» —continué—, doy por supuesto la posibilidad recíproca de preguntar cualquier cosa, y la buena disposición para contestarla. Pero como voy a ser yo el que haga las preguntas y el que espera respuestas de usted, todo depende de su consentimiento y de que me asegure que va a ser directo conmigo; no necesita que yo le dé esa seguridad.

—A una pregunta directa, responderé con una respuesta directa —dijo Falter.

—En ese caso, permítame que vaya directamente al grano. Rogaremos al señor y a la señora L. que salgan un momento y me contará lo que le dijo al médico italiano.

—¡Maldita sea! —dijo Falter.

—No me puede negar eso. En primer lugar, porque la información no va a acabar conmigo… eso se lo garantizo; puede que tenga aspecto cansado y desastrado, pero no se preocupe, todavía me queda fuerza suficiente. En segundo lugar, porque prometo que guardaré el secreto, e incluso le prometo pegarme un tiro, si quiere, inmediatamente después de saberlo. Como ve, entiendo que mi locuacidad le aburra más incluso que mi muerte. Bueno, ¿qué me dice?

—Me niego absolutamente —contestó Falter, y dio un manotazo a un libro que tenía encima de la mesa y donde solía apoyar el codo.

—Pues para empezar nuestra conversación de algún modo, aceptaré temporalmente su negativa. Procedamos ab ovo. En ese caso, Falter, entiendo que le ha sido revelada la esencia de las cosas.

—Sí. Punto —dijo Falter.

—De acuerdo, no me lo diga; sin embargo, saco dos importantes deducciones: que las cosas tienen una esencia y que esta esencia puede ser revelada a la mente.

Falter sonrió.

—Sólo que no las llame deducciones, señor mío. No son sino apeaderos. El razonamiento lógico puede ser un medio muy adecuado de comunicación mental en las distancias cortas, pero la curvatura de la tierra, me temo, también se revela incluso en la lógica; una progresión ideal de pensamiento le llevará finalmente al punto de partida, adonde retornará usted consciente de la sencillez del genio, con una deliciosa sensación de haber abrazado la verdad, mientras que sólo se habrá abrazado a sí mismo. ¿Por qué emprender semejante viaje, entonces? Conténtese con la fórmula: la esencia de las cosas ha sido revelada, y en su formulación, déjeme que le diga, usted ha cometido un error; no puedo explicárselo, ya que el más mínimo apunte de explicación constituiría una visión letal. Mientras su proposición permanezca en un estado estático, uno se apercibe del error. Pero en cuanto se saca una consecuencia, como usted las llama, aparecen las grietas: el desarrollo lógico se convierte inexorablemente en una envoltura.

—De acuerdo, de momento me contentaré con eso. Y ahora permítame que le haga una pregunta. Cuando la mente de un científico esboza una primera hipótesis, éste comienza por examinarla mediante el cálculo y la experimentación, es decir, mediante la simulación y una suerte de imitación de la verdad. Su plausibilidad infecta así a otras, y la hipótesis acaba aceptándose como la verdadera explicación de un fenómeno dado, hasta que llega alguien que descubre los fallos en la misma. Creo que la ciencia toda consiste en semejantes ideas hoy ya exiliadas u olvidadas; y sin embargo, cada una de ellas gozó en su tiempo de gran prestigio; mientras que ahora sólo resta de todas ellas un nombre. Pero en su caso, Falter, supongo que ha encontrado un nuevo método de descubrimiento y también de prueba. ¿Puedo

denominarlo «revelación» utilizando el término en su sentido teológico?

—No, no puede —dijo Falter.

—Aguarde un minuto. En este momento no me interesa tanto su método como su convencimiento en la verdad de sus resultados. En otras palabras, o bien tiene usted un método para comprobar sus resultados, o bien usted tiene plena conciencia de la verdad de su descubrimiento porque es inherente al mismo.

—Verá —contestó Falter—, en Indochina, los números de la lotería los extrae un mono. Yo soy ese mono. Otra metáfora: en un país de hombres honestos había una yola atracada en la costa que no pertenecía a nadie; y como todo el mundo asumía que era propiedad de alguien la tal yola adquirió para todos una forma de invisibilidad. Yo conseguí meterme en ella. Pero quizá la formulación más sencilla sería que yo dijera que en un momento de juego y no necesariamente de juego matemático, no necesariamente, y le advierto que las matemáticas son un juego constante de la pídola sobre sus propios hombros mientras sigue procreando, yo me entretenía combinando diversas ideas y, en un momento dado, di con la combinación necesaria y ésta explotó, como Berthold Schwartz. Y yo, de alguna forma, sobreviví; quizá otro en mi lugar hubiera sobrevivido, también. Sin embargo, tras el incidente con mi amable médico no tengo el menor deseo de que me moleste la policía de nuevo.

—Veo que se va calentando usted, Falter. Pero volvamos al principio: ¿Qué es exactamente lo que le lleva a estar convencido de estar ante la verdad? El mono ese del que acaba de hablarme no forma parte realmente de los números de la lotería.

—Las verdades y las sombras de verdades —dijo Falter— en el sentido de especies, no de especímenes, son tan poco frecuentes en el mundo, y las que están disponibles son tan triviales o están tan contaminadas que, ¿cómo lo diría?, el espanto y la consiguiente renuncia a percibir la Verdad, la reacción instantánea de todo el ser sigue siendo un fenómeno desconocido y poco estudiado. Bueno, en algunos niños, cuando un niño se despierta y vuelve en sí después de un ataque de escarlatina y experimenta una descarga eléctrica de realidad, de relativa realidad sin duda, porque vosotros, los humanos no poseéis otra. Fíjese en cualquier axioma, es decir, cualquier cadáver de verdad relativa. Y ahora analice la sensación física que evocan en usted las palabras «el negro es más oscuro que el marrón» o «el hielo está frío». Su pensamiento es demasiado perezoso para pretender siquiera por cortesía levantar el trasero de su asiento, como si fuera el mismo maestro el que fuera a entrar en la clase por centésima vez en el transcurso de la misma clase en la vieja Rusia. Pero, en mi infancia, un día en el que hubo una inmensa helada, chupé el cerrojo reluciente de un postigo. Dejemos de lado el dolor físico, o el orgullo ante el descubrimiento recién hecho, si se trata de una cosa agradable —todo eso no es la reacción real ante la verdad. Verá usted, su impacto es tan desconocido que no podemos siquiera encontrar

una palabra exacta para ello. Todos tus nervios reaccionan al unísono y responden simultáneamente un «¡Sí!» —algo así—. Dejemos también de lado una suerte de pasmo, que es sencillamente la asimilación desacostumbrada de la *cosificación* de la verdad, no la Verdad en sí misma. Si me dice que fulanito es un ladrón, entonces inmediatamente mi mente se pone a combinar una serie de hechos triviales observados por mí con anterioridad y que de repente se iluminan de significado, mientras que al mismo tiempo me sorprendo y maravillo al pensar que un hombre que hasta entonces había parecido tan recto resulte ser un estafador, pero inconscientemente ya he absorbido la verdad, de forma que mi extrañeza misma asume inmediatamente una forma invertida (¿cómo es que he podido pensar nunca que semejante estafador pudiera ser un hombre honrado?); en otras palabras, el punto sensible de la verdad se encuentra exactamente entre la primera sorpresa y la segunda.

—De acuerdo. Hasta aquí todo está más o menos claro.

—Por otro lado, una sorpresa llevada hasta dimensiones inimaginables, hasta el estupor absoluto —seguía diciendo Falter—, puede tener consecuencias extremadamente dolorosas y, con todo, no es nada en comparación con el impacto que provoca la Verdad propiamente dicha. Y *eso* sí que no puede asimilarse en forma alguna. Fue una casualidad que a mí no me matara, de la misma manera que fue una casualidad que me topara con ella. Dudo que se pueda controlar una sensación de tamaña intensidad. Sin embargo, sí se puede realizar, por así decir, un control *post facto*, aunque yo personalmente no necesito la complejidad de una verificación semejante. Piense en cualquier verdad elemental, por ejemplo, que dos ángulos iguales a un tercero son iguales entre sí; ¿acaso ese postulado incluye alguna verdad relativa a que el hielo sea caliente o a que haya rocas en Canadá? En otras palabras, una «verdadecilla», por formar un diminutivo, no contiene en sí ninguna otra verdadecilla, y mucho menos, verdades que pertenezcan a otros tipos o niveles de conocimiento o de pensamiento. ¿Qué dirá, entonces, de una Verdad con V mayúscula que comprende en sí misma la explicación y la prueba de toda posible afirmación mental? Puedes creer en la poesía de una flor silvestre o en el poder del dinero, pero ninguna de esas dos creencias predetermina la fe en la homeopatía o en la necesidad de exterminar los antílopes en las islas Nyanza del lago Victoria; pero en cualquier caso, después de saber lo que sé, si es que a esto se le puede llamar saber, recibí la llave de todas, absolutamente de todas las verdades y de todos los baúles del tesoro del mundo; lo que ocurre es que no tengo necesidad de utilizarla, porque cualquier pensamiento relativo a su utilidad práctica, automáticamente y por su propia naturaleza pasa a convertirse en una serie infinita de puertas cuyos goznes dejan paso a otras puertas. Puedo dudar de mi habilidad física para imaginar los efectos de mi descubrimiento hasta sus últimas consecuencias y, fundamentalmente,

para decidir si es que me he vuelto loco y hasta qué punto o, por el contrario, en qué medida me he apartado de lo que vulgarmente se conoce por locura; pero ciertamente no puedo dudar de que, tal y como usted dice, «la esencia me ha sido revelada». Un poco de agua, por favor.

—Hemos vuelto al principio. Pero veamos, Falter, a ver si le he entendido bien. ¿Quiere decir que a partir de ahora es usted un candidato a la omnisciencia? Le pido mis disculpas, pero no da usted esa impresión. Estoy dispuesto a conceder que conoce algo fundamental, pero sus palabras no contienen indicación concreta de sabiduría absoluta.

—Excepto mi fortaleza —dijo Falter—. En cualquier caso, en ningún momento he afirmado que ahora sepa algo, árabe, por ejemplo, o cuántas veces se ha afeitado usted en su vida, o quién ha sido el linotipista del periódico que está leyendo ese idiota de ahí enfrente. Sólo digo que sé todo lo que hubiera querido saber. Cualquiera podría decir eso, ¿no es así?, después de haber hojeado una enciclopedia; pero la enciclopedia cuyo título exacto he aprendido (y ahí tiene, le brindo una definición más elegante: he aprendido el título de las cosas) incluye literalmente todo, y ahí radica la diferencia entre yo y el erudito más versátil de la tierra. Verá, he aprendido, y ahora le estoy conduciendo al borde mismo del precipicio de la Riviera, por favor, señoras, no miren, he aprendido una cosa muy sencilla acerca del mundo. Es tan obvia cuando se la mira, tan divertidamente obvia, que sólo mi maldita humanidad puede considerarla monstruosa. Cuando dentro de un momento utilice la palabra «congruente» querré decir algo infinitamente diferente a todas las «congruencias» que usted conoce, de la misma forma que la naturaleza de mi descubrimiento no tiene nada en común con la naturaleza de ninguna conjetura física o filosófica. Y al llegar aquí quiero decir que lo que en mí es congruente con el universo no puede verse afectado por el espasmo corporal que me ha destrozado de semejante forma. Al mismo tiempo, el conocimiento posible de todas las cosas, consecuente al conocimiento de esta cosa fundamental, no encontró en mi persona un aparato lo suficientemente sólido en el que asentarse. Me estoy ejercitando a través de la fuerza de voluntad para no abandonar el vivero, para observar las reglas de su mentalidad como si nada hubiera ocurrido; en otras palabras, actuó como un mendicante, como un versificador que ha recibido un millón en moneda extranjera, pero sigue viviendo en su sótano, porque sabe que la más mínima concesión al lujo arruinaría su hígado.

—Pero tiene el tesoro en sus manos, Falter, eso es lo que duele. Abandonemos la discusión de su actitud ante el mismo y hablemos del tesoro en sí. Vuelvo a repetirlo, he tomado nota de su negativa a dejarme atisbar su Medusa e incluso estoy dispuesto a abstenerme de proseguir las deducciones más evidentes, porque, como usted apunta, cualquier conclusión lógica no es más que una limitación del pensamiento. Le propongo un método diferente de preguntas y respuestas. No le preguntaré por el

contenido de su tesoro; pero, después de todo, usted no me revelará su secreto si sólo me confiesa, pongamos por caso, si está en el este, o si contiene un topacio, o si incluso hay algún hombre que se haya acercado a él. Asimismo, si usted contesta con un «sí» o con un «no» a una pregunta, no sólo le prometo que no procederé a seguir por esa línea para plantearle otra serie de preguntas relacionadas, sino que me comprometo a dar por concluida la conversación.

—En teoría, me está tratando de llevar hasta una torpe trampa —dijo Falter, temblando ligeramente, con un movimiento que en otro hubiéramos interpretado como risa—. En realidad, será una trampa sólo si usted es capaz de preguntarme al menos una de esas preguntas. Pero hay pocas posibilidades de que así sea. Por lo tanto, si le divierte, empiece a disparar.

Me quedé pensando unos minutos y dije:

—Falter, permítame que comience como un turista típico, inspeccionando una iglesia antigua que sólo conoce por fotografías. Déjeme que le pregunte: ¿existe Dios?

—Frío —dijo Falter.

No le entendí y repetí la pregunta.

—Olvídelo —me cortó Falter—. Dije «frío» como se dice en el juego infantil, cuando hay que encontrar un objeto escondido. Si está usted buscando bajo una silla o bajo la sombra de una silla y el objeto no puede estar en aquel lugar, porque ocurre que se encuentra en otro sitio, entonces la cuestión de que exista una silla o su sombra no tiene nada que ver con el juego. Decir que quizá exista la silla pero que el objeto no está ahí es lo mismo que decir que quizá el objeto esté ahí pero que la silla no existe, lo cual significa que se vuelve uno a encontrar de nuevo en medio de ese círculo tan querido al pensamiento humano.

—Me concederá, sin embargo, Falter, que si, como usted dice, la cosa buscada no se aproxima para nada al concepto de Dios y que si esa cosa, es, según su propia terminología, una especie de «título» universal, entonces el concepto de Dios no aparece en el título y, por lo tanto, no existe una verdadera necesidad para tal concepto, y puesto que no hay necesidad de Dios, no existe Dios.

—Entonces, no ha entendido lo que he dicho acerca de la relación existente entre un lugar posible y la imposibilidad de encontrar un objeto en él. Está bien, se lo expondré con más claridad. Por la simple mención de un concepto dado usted se ha colocado en la posición de un enigma, como si el buscador mismo se dispusiera a esconderse. Y al persistir en su pregunta, no sólo se esconde, sino que también cree que al compartir con el objeto buscado la cualidad de «estar oculto» lo acerca más a usted. ¿Cómo puedo contestarle si Dios existe cuando la cuestión que aquí se debate tal vez sean los guisantes o la bandera de un *linier* de fútbol? Está buscando en el lugar equivocado y de la forma equivocada, cher *monsieur*, ésa es toda la respuesta

que le puedo dar. Y si considera que de mi respuesta puede extraer la más mínima conclusión acerca de la inutilidad o de la necesidad de Dios, será porque está buscando en el lugar equivocado y de la forma equivocada. ¿No era usted el que prometió que no iba a seguir esquemas lógicos de pensamiento?

—Ahora voy a tenderle una trampa, Falter. Veamos cómo consigue evitar un pronunciamiento directo. ¿No se puede, entonces, buscar el título del mundo en los jeroglíficos del deísmo?

—Perdóneme —contestó Falter—, valiéndose de un lenguaje florido y de trucos gramaticales, Barba Azul disfraza el esperado *non* bajo la máscara de un esperado *oui*. Por el momento sólo puedo negar. Niego la eficacia de la búsqueda de la Verdad en el reino de la teología común; y para ahorrarle trabajos inútiles a su mente, me apresuro a añadir que el epíteto que he utilizado es una vía muerta: no vuelva a darle vueltas. Tendré que concluir la discusión *por falta de interlocutor* si me contesta: «¡Aja, entonces lo que tenemos es otra verdad, una verdad *no común*!», porque eso querrá decir que se ha escondido usted tan bien que ha acabado por perderse.

—De acuerdo. Le creo. Concedamos que la teología no hace sino confundir la cuestión. ¿Es eso cierto, Falter?

—Y el lobo se comió a Caperucita —dijo Falter.

—Está bien, abandonemos asimismo esta pista falsa. Aunque usted me hubiera podido explicar probablemente por qué se trata de una pista falsa (porque hay algo extraño y escurridizo en esto, algo que a usted le irrita), y en ese caso me hubiera quedado clara su renuencia a contestarme.

—Hubiera podido hacerlo —dijo Falter—, pero sería lo mismo que revelarle el nudo de la cuestión, y eso es exactamente lo que no va usted a obtener de mí.

—Se repite, Falter. No me diga que va a utilizar las mismas evasivas si, por ejemplo, le pregunto si podemos esperar que haya otra vida después de la muerte.

—¿Le interesa mucho?

—Tanto como a usted, Falter. Cualesquiera que sean sus conocimientos acerca de la muerte, ambos somos mortales.

—En primer lugar —dijo Falter—, me gustaría llamar su atención hacia la trampa siguiente, bastante curiosa: todos los hombres son mortales. Usted es un hombre. Por lo tanto, también resulta posible que *no sea mortal*. ¿Por qué? Porque un hombre específico (usted o yo) por ese mismo hecho deja de ser *todos los hombres*. Sin embargo, nosotros, los dos, somos en verdad mortales, pero yo soy mortal de una forma diferente a usted.

—Ríase de mi lógica, pero deme una respuesta clara. ¿Existe aunque sea un apunte de identidad más allá de la tumba, o acaba todo en una oscuridad ideal?

—*Bon* —dijo Falter, como suelen tener por costumbre los exiliados rusos que viven en Francia—. Quiere usted saber si Gospodin Sineusov residirá para siempre

dentro de los holgados límites de Gospodin Sineusov, llamado también Barba Azul, o si todo se desvanecerá abruptamente. Tenemos aquí dos ideas, ¿no es así? La iluminación constante frente al negro vacío total. En realidad, a pesar de la diferencia en color metafísico, la una se parece mucho al otro. Y se mueven en paralelo. Incluso se mueven a velocidad considerable. ¡Viva el totalizador! Pero mire, mire a través de sus prismáticos, se está disputando la carrera y a usted no le gustaría demasiado saber quién va a llegar primero a la meta de la verdad, pero al pedirme que le diga un sí o un no, quiere que capture a uno de ellos por el cuello, y esos diablos tienen unos cuellos terriblemente resbaladizos, pero incluso si consiguiera atrapar a uno de ellos por el cuello, sólo conseguiría interrumpir la carrera, o que el ganador fuera el otro, el que no hubiera conseguido atrapar, un resultado absolutamente sin sentido en cuanto que ya no existiría rivalidad alguna entre ellos. Si me pregunta, sin embargo, cuál de los dos corre más deprisa, le responderé con otra pregunta: ¿quién corre más deprisa, el deseo intenso o el temor intenso?

—Supongo que llevan la misma velocidad.

—A eso me refiero. Porque mire lo que ocurre en la pobre mente humana. O bien no tiene forma de expresar lo que le espera, lo que nos espera quiero decir, después de la muerte, con lo cual la inconsciencia total queda excluida, porque *eso* es totalmente accesible a nuestra imaginación, todos hemos experimentado la oscuridad absoluta de un dormir sin soñar; o, por el contrario, la muerte *puede* imaginarse, y entonces nuestra razón adopta naturalmente no la noción de vida eterna, una entidad desconocida, incongruente con cualquier cosa terrena, excepto precisamente con aquello que parece más probable… la conocida oscuridad del estupor. En verdad, ¿cómo puede un hombre que cree en la razón admitir, por ejemplo, que una persona completamente borracha que muere mientras duerme como un leño, debido a una causa externa casual, perdiendo así por azar algo que ya no poseía, cómo puede admitir repito que vuelva a adquirir la capacidad de razonar y sentir gracias a la pura extensión, consolidación y perfección de su desgraciada condición? Por tanto, si usted me preguntara una sola cosa, si conozco, en términos humanos, lo que hay después de la muerte, esto es, si usted tratara de evitar el absurdo en el que acabaría por desvanecerse la competencia entre dos conceptos opuestos pero básicamente similares, una respuesta negativa mía le llevaría a concluir lógicamente que su vida no puede acabar en la nada, mientras que una respuesta afirmativa le haría llegar a la conclusión contraria. En uno y otro caso, como verá, usted permanecería en la misma situación que antes, porque un «no» seco le probaría a usted que yo no sé del tema más que usted, mientras que un húmedo «sí» sugeriría que usted acepta la existencia de un cielo internacional del que su razón no puede menos que dudar.

—No hace más que evadir por todos los medios una respuesta directa, pero déjeme que observe, sin embargo, que cuando se trata del tema de la muerte, al

menos no me responde con un «frío».

—Ya está usted otra vez en las mismas —suspiró Falter—. ¿No acabo de explicarle que cualquier tipo de deducción, cualquiera, entiende usted, se ajusta a la curvatura del pensamiento? Es correcta, mientras permanezca en la esfera de las dimensiones terrenas, pero cuando se intenta ir más allá, el error crece en proporción a la distancia cubierta. Y no es eso todo: su mente interpretará cualquier respuesta que yo pueda darle exclusivamente desde un punto de vista utilitario, porque usted es incapaz de concebir la muerte más que a imagen de su propia tumba, y esto a su vez distorsionará hasta tal punto el sentido de mi respuesta que la convertirá, ipso facto, en una mentira. Por lo tanto observemos el decoro incluso en nuestras transacciones con lo transcendental. No puedo expresarme con más claridad, y usted debería estar agradecido de que le conteste con indirectas. Veo que al menos usted se ha dado cuenta de que en la formulación misma de la pregunta hay una pequeña trampa, una trampa, que, por cierto, es en sí misma más terrible que el propio miedo a la muerte. En su caso es particularmente fuerte, ¿no es así?

—Sí, Falter. El terror que siento al pensar en mi futura falta de conciencia sólo es comparable a la repugnancia que me inspira la imagen mental de la descomposición de mi cuerpo.

—Lo ha formulado usted muy bien. ¿Y probablemente se podrán encontrar también otros síntomas de esta enfermedad sublunar? Un dolor sordo en el corazón, de repente, a mitad de la noche, como el relámpago de una criatura salvaje en medio de emociones domésticas y pensamientos gratos: «Debo morir algún día». ¿Le ocurre a veces, no? Odio por el mundo, que seguirá viviendo alegre sin usted. La sensación básica de que todas las cosas en el mundo no son sino fruslerías y fantasmagorías comparadas con su agonía mortal, y por lo tanto también con su vida, porque usted se dice a sí mismo que la vida misma no es sino la agonía que precede a la muerte. Sí, oh sí, me puedo imaginar perfectamente esa enfermedad que usted sufre en mayor o menor grado, y sólo puedo decirle una cosa: no consigo entender cómo la gente puede vivir en esas condiciones.

—Tiene razón, Falter, parece que estamos llegando a algún punto de entendimiento. Aparentemente, entonces, si yo admitiera que, en un momento de felicidad, de éxtasis, cuando mi alma se desnuda, siento de repente que no hay extinción tras la muerte, que en una habitación contigua y cerrada, bajo cuya puerta sale una corriente helada, allí se nos prepara una iluminación, una pirámide de deleites semejante al árbol de Navidad de mi infancia; que todo: la vida, la patria, el mes de abril, el sonido de un manantial o el de una voz querida, no son sino un confuso prólogo y que el texto propiamente dicho no ha empezado todavía y nos está esperando a lo largo del camino… si siento todo eso, Falter, ¿no será posible vivir, vivir…? dígame que es posible, y no le preguntaré nada más.

—En ese caso —dijo Falter, temblando todo él de nuevo con júbilo contenido—, aún le entiendo menos. ¡Sáltese el prólogo y ya lo tiene!

—*Un bon mouvement*, Falter…, dígame su secreto.

—¿Qué trata de hacer, sorprenderme con la guardia baja? Es usted muy astuto, ya veo. No, eso ni se discute. En los primeros días, sí, en los primeros días, pensé que podría ser posible compartir mi secreto. Un hombre maduro, a no ser que sea un toro como yo, no lo resistiría… vale; pero me preguntaba si no sería posible educar a una nueva generación de *iniciados*, o lo que es lo mismo prestar atención a los niños. Como ve, me costó superar al principio el contagio de los dialectos locales. En la práctica, sin embargo, ¿qué ocurriría? En primer lugar, imagínese lo imposible que resultaría obligar a los niños a que hicieran voto de silencio monástico, no fuera a ser que alguno de ellos cometiera un asesinato con una sencilla palabra pronunciada al azar o en sueños. En segundo lugar, tan pronto como el niño creciera, la información que en su momento se le había impartido y que él había aceptado de buena fe y que había permanecido dormida en un rincón remoto de su conciencia podría despertarse de pronto sobresaltada con trágicas consecuencias. Aunque mi secreto no vaya siempre a destruir a un miembro maduro de la especie, es impensable que no lo haga con uno joven. ¿Porque quién no conoce ese período de la vida donde todo tipo de cosas, el cielo estrellado sobre un balneario del Cáucaso, un libro leído en el retrete, las conjeturas personales acerca del cosmos, el delicioso pánico del solipsismo, bastan en sí mismas para provocar un frenesí de todos los sentidos en un adolescente? No hay razón para convertirme en verdugo; no tengo la menor intención de aniquilar los regimientos enemigos a través de un megáfono; en una palabra, no tengo nadie en quien confiar.

—Le he hecho dos preguntas, Falter, y por dos veces usted me ha demostrado la imposibilidad de una respuesta. Me parece inútil preguntarle nada más, digamos, acerca de los límites del universo, o del origen de la vida. Probablemente me sugeriría que me contentara con el resplandor de un minuto en un planeta de segundo orden, iluminado por un sol de segunda fila, o si no volvería a reducir el problema a un nuevo enigma: la palabra «heterólogo» es en sí misma una heterología.

—Probablemente —asintió Falter, dando un largo bostezo.

Su cuñado sacó el reloj de su chaleco y miró subrepticiamente a su mujer.

—Es curioso, sin embargo, querido Falter. ¿Cómo combina usted el conocimiento sobrehumano de la verdad última con la destreza de un sofista banal que no sabe nada? Admítalo, todas sus absurdas argucias no eran más que una elaborada forma de sarcasmo.

—Bueno, es mi única defensa —dijo Falter, mirando de soslayo a su hermana que extraía con suma habilidad una larga bufanda de lana gris de la manga del abrigo que su cuñado le ofrecía va para que se lo enfundara—. De otra forma, sabe usted, podría

haberme sonsacado el secreto con malas artes. Sin embargo —añadió, insertando primero el brazo equivocado y luego el correcto en la manga, mientras que se apartaba simultáneamente de los empujones serviciales de sus asistentes—, sin embargo, aunque sí es cierto que he jugado un poco a intimidarle, le consolaré con lo siguiente: en medio de toda mi palabrería dejé escapar sin darme cuenta sólo dos o tres palabras importantes, sólo dos o tres, pero en ellas relampagueaba un apunte de intuición absoluta; por suerte, sin embargo, usted no se dio cuenta.

Se lo llevaron, y así acabó nuestro diálogo más bien diabólico. No sólo no me había dicho nada, sino que ni siquiera me había permitido acercarme, y sin duda, su última afirmación era tan absurda como las precedentes. Al día siguiente, la voz de su cuñado me informó por teléfono que Falter cobraba cien francos por visita; le pregunté por qué diablos nadie me había informado de ello y él se apresuró a contestarme que si íbamos a repetir la entrevista, dos conversaciones me costarían ciento cincuenta francos solamente. La compra de la Verdad, incluso con descuento, no me tentaba, y después de enviarle la suma correspondiente a aquella inesperada deuda, me obligué a no pensar más en Falter. Ayer, sin embargo… Sí, ayer, recibí una nota del propio Falter, que me escribía desde el hospital: me decía, en letra clara y legible, que iba a morir el martes, y que al partir se aventuraba a informarme que —y aquí seguían dos líneas que habían sido cuidadosamente y al parecer irónicamente borradas. Contesté que le agradecía que hubiera pensado en mí y que le deseaba todo tipo de interesantes impresiones póstumas y una agradable eternidad.

Pero todo esto me acerca más a ti, ángel mío. Por lo que pudiera pasar, he dejado todas las ventanas y puertas de la vida completamente abiertas, aunque tengo la impresión de que no vas a transigir con los tradicionales métodos de las apariciones. Lo más aterrador de todo es el pensar que, por mucho que brilles de ahora en adelante dentro de mí, debo proteger mi vida. Mi estructura corporal transitoria es quizás la única garantía de tu existencia ideal: cuando desaparezca, la tuya también desaparecerá con ella. Ay, con la pasión de un mendigo me veo condenado a hacer uso de mi naturaleza física para terminar de contarme a mí mismo el relato de tu persona, para luego depender de mi propia elipsis…

Solus Rex [*]

Como sucedía siempre, al rey le despertó el estruendo del cambio de guardia que inevitablemente se producía cuando la guardia nocturna daba paso a la diurna (*morndammer wagh y erldag wagh*) La primera, excesivamente puntual, abandonaba siempre su puesto en el minuto prescrito, mientras que la segunda se demoraba invariablemente unos segundos, ya consabidos, lo cual no era debido a negligencia alguna por su parte sino más bien al secular retraso del reloj ya maltrecho de alguno de sus miembros. Consecuentemente, los que abandonaban el lugar y los que llegaban se encontraban siempre en un mismo punto, en el angosto camino justo debajo de la ventana de la cámara real, entre el muro trasero del palacio y un seto, más bien un enmarañado arbusto donde la madreselva se esforzaba por florecer, entre la densa vegetación, y bajo el cual se agazapaba dispersa todo tipo de basura, plumas de pollo, fragmentos descascarillados de loza y barro, y unas enormes latas de hojalata a cuadros rojos que habían contenido Pomona, la marca nacional de frutas en conserva. El encuentro venía invariablemente acompañado por el ruido sordo de un forcejeo bienintencionado (y eso era lo que despertaba al rey), cuando uno de los centinelas nocturnos, un tipo con una cierta sorna, pretendía que no quería entregar la pizarra en la que figuraba el santo y seña a uno de los hombres de la mañana, un viejo gruñón algo estúpido, veterano de la campaña de Swirhulm. Luego volvía a reinar la calma, y el único ruido que se dejaba oír era el crepitar incesante, acelerado a veces, de una lluvia como de campaña que se empecinaba en caer sistemáticamente durante trescientos seis días de los trescientas sesenta y cinco o trescientos sesenta y seis que tiene el año, de forma que las peripecias del clima habían dejado hace tiempo de preocupar a nadie (o eso le decía el viento a la madreselva).

El rey se dio una vuelta en la cama al despertarse y se incorporó apoyando en su enorme puño derecho una mejilla, donde se marcaban las formas de un tablero de ajedrez, huellas del escudo bordado en la almohada. Por el filo abierto, que dejaba el borde interno de los cortinajes marrones cerrados con cierto descuido sobre la única y amplia ventana de la cámara, se colaba un rayo de luz jabonosa, y el rey recordó al punto una de sus obligaciones inminentes (su presencia en la inauguración de un nuevo puente sobre el Egel) cuya desagradable imagen parecía inscrita con inevitable geometría en el pálido triángulo de aquel día. No le interesaban los puentes, tampoco los canales ni la construcción naval, y aunque cinco años, sí, cinco años exactamente (es decir ochocientos veintiséis días), de nebuloso reinado hubieran debido bastarle para adquirir el hábito de ocuparse con diligencia de una multitud de asuntos cuya naturaleza orgánicamente inane no despertaba sino aversión en su ánimo (mientras

que otros asuntos, totalmente indiferentes al desempeño de sus obligaciones reales, persistían en su perfección infinita e inagotable), sin embargo todavía se deprimía hasta la exasperación no sólo cada vez que se veía obligado a enfrentarse a cualquier cosa que exigiera una sonrisa falsa de deliberada ignorancia, sino también cuando tan sólo se exigía de su persona una serie de normas convencionales en relación a un objeto absurdo e incluso inexistente. Si la inauguración del puente, cuyos planos, que sin duda habían requerido de su aprobación real, ni siquiera recordaba, le parecía simplemente una festividad vulgar, lo era porque nadie se había preocupado tan siquiera de averiguar si le interesaba aquel intrincado fruto de la tecnología suspendido en el espacio, que, sin embargo, hoy debería cruzar majestuosamente en un reluciente descapotable con un radiador dentado, un auténtico suplicio; y además estaba el ingeniero aquel del que todo el mundo le venía hablando desde el momento en el que se le ocurrió mencionar (sin más, sencillamente para esquivar alguna pregunta o persona inoportuna) que le hubiera gustado practicar el alpinismo, en el caso de que aquella isla hubiera tenido alguna montaña que escalar (el viejo volcán de la costa, muerto hacía tiempo, no contaba y, además, para empeorar las cosas, habían construido en la cima un faro —que, por cierto, tampoco funcionaba). Aquel ingeniero, cuya dudosa fama prosperaba en los salones de cortesanas y cortesanos, atraídos por su tez de miel y su hablar insinuante, había propuesto elevar la llanura del centro de la isla para transformarla en un macizo montañoso mediante el procedimiento de inyectar aire subterráneo. A los habitantes de la localidad elegida se les permitiría permanecer en sus viviendas mientras se trabajaba en el suelo. Los pusilánimes que prefiriesen abandonar la zona de pruebas, donde se apiñaban sus casitas de ladrillo y mugían de asombro sus vacas rojas, al notar el cambio de altura, recibirían el castigo de tener emplear mucho más tiempo en regresar por los escarpes recién formados, del que habían empleado en su reciente retirada sobre el llano condenado. Los prados se fueron hinchando lentamente; las piedras movían sus redondos lomos; un arroyo letárgico se desvió bruscamente de su cauce y, ante su sorpresa, se convirtió en una cascada alpina; los árboles empezaron a caminar en fila hacia las nubes y muchos de ellos (los abetos, por ejemplo) disfrutaron del viaje; los aldeanos, apoyados en las balaustradas de sus porches, saludaban con el pañuelo mientras admiraban la evolución neumática del paisaje. Y de este modo, la montaña comenzó a crecer más y más hasta que el ingeniero ordenó que detuvieran el bombeo de aquellas monstruosas válvulas. El rey, sin embargo, no esperó a que cesaran, sino que volvió a dormirse, y apenas tuvo tiempo de lamentar el hecho de que, como no hacía sino refrenar la prontitud con la que sus consejeros apoyaban la realización de cualquier plan descabellado (mientras que, por otro lado, sus derechos más naturales y más íntimamente humanos se veían constreñidos por leyes estrictas), no hubiera dado autorización para el experimento, y ahora era demasiado tarde, el inventor se

había suicidado, tras patentar una horca para uso doméstico (eso es, al menos, lo que le contó el espíritu del sueño al durmiente).

El rey siguió durmiendo hasta las siete y media y, a la hora, más bien al minuto, habitual, su mente empezó a volver en sí de forma que, cuando Frey entró en el dormitorio, ya estaba preparado para recibirle. Aquel asmático y decrépito *konwacher* siempre emitía al caminar un extraño ruido complementario, como si tuviera muchísima prisa, aunque aparentemente la precipitación no fuera con su persona, ya que todavía no había dado el menor signo de que tuviera la más mínima prisa por morirse. Colocó un barreño de plata en un taburete con el diseño de un corazón hueco tallado en el asiento, como venía haciendo a lo largo de medio siglo, al servicio de dos reyes; aquel día sus actos iban encaminados a despertar a un tercer monarca, cuyos predecesores habían sin duda utilizado aquel agua con aroma a vainilla y aparentemente embrujada para sus abluciones. Ahora, sin embargo, resultaba algo superflua; y, sin embargo, todas las mañanas, el barreño y el taburete hacían su aparición, junto con una toalla que habían doblado cinco años antes. Sin dejar de emitir aquel sonido que le caracterizaba, el viejo ayuda de cámara abrió las puertas a la plena luz del día. El rey siempre se preguntaba por qué Frey no empezaba por abrir las cortinas, en lugar de manejarse a tientas en la penumbra con el taburete y su inútil utensilio hasta llevarlos a la cama. Pero hablarle a Frey era como hablar con la pared, debido a una sordera que se acomodaba a la perfección con las canas de nieve de su pelo: estaba aislado del mundo por el algodón de la vejez, y, mientras se retiraba con una reverencia del lecho real, empezó a oírse con más claridad el tictac del reloj de pared de la augusta cámara, como si le hubieran recargado las pilas del tiempo.

La cámara real cobró ahora nitidez, con su grieta en forma de dragón que cruzaba el techo y su perchero enorme, esbelto como un roble, en un rincón. Una tabla de planchar admirable se apoyaba en la pared. Bajo las faldas de un sillón con fundas blancas se agazapaba un objeto que servía para quitarse las botas de montar tirando del talón, un utensilio pasado de moda con la figura de un inmenso ciervo de hierro fundido. Había también un armario de roble, grueso, ciego y apestando a naftalina, junto a un receptáculo de mimbre, de forma ovalada, que servía para guardar la ropa blanca, colocado allí por algún Colón desconocido. Una serie de objetos diversos colgaban al azar en las paredes azuladas, un reloj (que ya había hecho notar su presencia), un botiquín, un barómetro antiguo que indicaba más bien el tiempo recordado que el tiempo real, un dibujo a lápiz de un lago con juncos y un pato que parecía abandonar la escena, una fotografía borrosa de un caballero con polainas de cuero a caballo de un corcel de cola desdibujada que sostenía un mozo solemne delante de un porche, en cuyas escalinatas estaban congregados una serie de criados con rostros fatigados, unas cuantas flores extendidas y apretadas bajo un cristal polvoriento y un marco circular… La parquedad de los muebles y su absoluta

irrelevancia respecto a las necesidades y a la ternura de quienquiera que utilizara aquel dormitorio espacioso (en otro tiempo, al parecer, habitado por la *Husmuder*, como apodaban a la madre del rey anterior) le concedían un aspecto de curioso descuido, y si no hubiera sido por la intrusión del desusado barreño y de la cama de hierro, en cuyo borde se sentaba un hombre con camisón y cuello de gorgueras, que apoyaba los pies desnudos en el suelo, hubiera resultado imposible imaginarse que nadie durmiera en aquel lugar. Los dedos de los pies tentaron el suelo buscando unas zapatillas marroquíes que acabaron por encontrar y el rey, tras enfundarse en un batín gris como la mañana, se encaminó hasta la puerta entelada contra el ruido, acompañado del crepitar de las maderas a su paso. Cuando tiempo después recordara aquella mañana, tendría la impresión de una fatiga matutina que le hubiera acompañado en cuerpo y mente al abandonar la cama, una pesadez desconocida, el lastre cargado de presagios que aquel día le reservaba, de modo que la espantosa desgracia que le sobrevino aquel día (y que bajo la máscara de un aburrimiento trivial le acechaba ya en guardia en el puente de Egel) por más que fuera absurda y de todo punto impredecible en aquella mañana, se le apareció más tarde con los colores de un hecho cuyo desenlace estuviera implícito de antemano. En general tendemos a conceder al pasado inmediato (yo lo tenía entonces en mis manos lo puse ahí y ahora, ay, ya no lo encuentro) rasgos que lo conectan con el inesperado presente, que no es sino un peatón vulgar que se adereza con los blasones de un escudo que acaba de comprar. Nosotros, esclavos como somos de una cadena de acontecimientos firmemente enlazados, tratamos por todos los medios de cubrir cualquier hueco o vacío de la cadena mediante eslabones fantasmas. Y al echar la vista atrás, tenemos la certeza de que el camino que contemplamos tras nosotros es el que con toda seguridad nos ha conducido hasta la tumba o hasta el manantial en el que nos encontramos en el momento presente. La mente no puede soportar los disparatados saltos y traspiés de la vida si no es descubriendo en los acontecimientos previos una serie de signos de inestabilidad y solidez. Aquéllos eran, dicho sea de paso, los pensamientos del otrora artista independiente Dmitri Nikolaevich Sineusov, y había caído la noche y en la oscuridad brillaban como rubíes las letras rojas y verticales de la palabra RENAULT.

El rey salió dispuesto a desayunar. Nunca sabía de antemano en cuál de las cinco posibles cámaras alineadas a lo largo de la fría galería de piedra, con telas de araña en las esquinas de sus ventanas ojivales, le esperaría el café. Fue abriendo las puertas una a una tratando de localizar la mesita con el desayuno que finalmente encontró en el lugar más inesperado: bajo el inmenso retrato, de oscura opulencia, de su predecesor el rey Gafon. El retrato lo presentaba a la edad en que él lo recordaba, pero sus rasgos, su postura y su corpulencia aparecían dotados de una magnificencia totalmente ajena a la de aquel anciano encorvado, nervioso, desgalichado e imberbe,

cuyo labio superior, algo deforme, mostraba unas arrugas más propias de una vieja campesina expuesta a las inclemencias del sol. La picaresca del pueblo llano jugaba con las palabras de la divisa del blasón familiar, «observa y gobierna» (*sassed ud halsem*) que cuando eran referidas a la persona real se transmutaban en las más pedestres «sillón y licor de avellana» (*sasse und hazel*). Reinó durante unos treinta años, sin despertar un particular afecto ni tampoco un odio especial en ninguno de sus súbditos, creyendo a partes iguales en el poder del bien y en el del dinero, dócil en su sometimiento a la mayoría parlamentaria, cuyas débiles aspiraciones humanitarias encontraban buen acomodo en su alma sentimental, y compensando generosamente con los fondos del tesoro secreto las actividades de aquellos diputados cuya devoción a la corona aseguraba su estabilidad en la misma. Hacía ya tiempo que el ejercicio del poder propio de un monarca había pasado a ser en él una costumbre, como el pistón de una máquina que se mueve a un ritmo mecánico, y consideraba que la celosa sumisión del país, donde el *Peplerhus*, es decir, el Parlamento, brillaba débilmente como la luz difusa y trémula de una vela de junco, no era sino una forma más de rotación mecánica y regular. Y aunque los últimos años de su reinado se vieron envenenados por la amarga sedición, que se presentó inoportuna como un eructo tras un banquete largo y agradable, no fue suya la responsabilidad sino de la persona y el comportamiento del príncipe heredero. En este sentido hay que decir que en el fragor de la ira los buenos burgueses soliviantados comprobaron que el olvidado profesor Ven Skunk, en tiempos considerado el azote de los círculos ilustrados, no se equivocaba demasiado cuando afirmaba que la procreación no era sino una enfermedad, y que cada niño no era sino un tumor paterno ya existente aunque «externalizado» y con frecuencia de naturaleza maligna.

El rey actual (al que vamos a denominar, mientras dure su etapa previa a la accesión al trono, con la letra R que tomamos de las notaciones del juego de ajedrez) era sobrino del anciano rey y, al comienzo, nadie soñaba siquiera que el sobrino pudiera acceder algún día a un trono que pertenecía por derecho al hijo del rey Gafon, el príncipe Adulf, cuyo indecente apodo popular (basado en una asonancia feliz) debemos traducir, por mor del decoro, como el de *príncipe Figo*. R creció en un palacio remoto bajo la vigilancia de un aristócrata moroso y también ambicioso y de su caballuna y masculina esposa, de modo que apenas tuvo ocasión de conocer a su primo y sólo empezó a tratarle con cierta regularidad a la edad de veinte años, cuando Adulf se acercaba a los cuarenta.

Tenemos ante nosotros a un tipo plácido y bien alimentado, con un cuello robusto, unas caderas amplias y un rostro uniformemente rosado y de pómulos bien marcados donde destacan unos hermosos ojos saltones. Su repugnante bigotito, semejante a un par de alas negro mosca, parecía como a la contra en sus gruesos labios, siempre con aspecto grasiento como si acabara de chupar un hueso de pollo. Sus cabellos espesos

y oscuros, malolientes y también grasientos concedían un cierto aire canalla poco común en Thule, a su cabeza de sólidas dimensiones. Tenía cierta afición por la ropa vistosa que compaginaba curiosamente con un cierto desaliño y una escasa afición al agua más propia de un *papugh*, esto es, de un seminarista. Era versado en música, escultura y dibujo, pero podía pasarse las horas muertas en compañía de gente vulgar y sin ningún interés. Lloraba copiosamente cuando escuchaba el tierno violín del gran Perelmon pero las mismas lágrimas acompañaban su pena cuando lloraba al recoger los fragmentos rotos de su copa favorita Estaba siempre dispuesto a ayudar como fuera a quien lo necesitara en tanto en cuanto en aquel momento no estuviera ocupado con otros asuntos; tenía una cierta actitud beatífica ante la vida, la mordisqueaba y también trataba de penetrar en ella, y al hacerlo, provocaba en terceras personas cuya existencia ignoraba, un torrente de penas y sufrimientos mucho más profundos que los que albergaba su alma… penas y dolores que pertenecían a otro, *al otro* mundo.

Al cumplir veinte años R ingresó en la Universidad de Ultimare, situada a setecientos kilómetros de brezo de la capital, en la costa de un mar gris, y allí tuvo conocimiento de algunos detalles de la dudosa moralidad del príncipe heredero, y se habría enterado de muchas más cosas si no hubiera evitado conversaciones y discusiones que hubieran podido comprometer su ya no fácil anonimato. El conde, su guardián, que iba a visitarle una vez por semana (a veces en el sidecar de una moto conducida por su robusta esposa), no cesaba de insistir en lo lamentable, peligroso y desagradable que sería el que cualquiera de los estudiantes o profesores se enteraran de que este joven taciturno y larguirucho, tan destacado en sus estudios como jugando al *vanbol* en el patio que había detrás de la biblioteca cuya antigüedad se remontaba a doscientos años atrás, no era el hijo de un notario, sino el sobrino del rey. Ya fuera por obediencia a uno de esos caprichos, enigmáticos en su estupidez, con los que un personaje desconocido pero más poderoso que el rey y que el *Peplerhus* juntos, turbaba por alguna razón la plácida y monótona vida norteña, fiel a pactos medio olvidados, de aquella *île triste et lointaine*; ya fuera porque el aristócrata agraviado albergaba sus propios planes, sus cálculos perspicaces (se suponía que la educación de los reyes debe permanecer en secreto), eso nunca lo sabremos; tampoco había razón alguna para especular sobre ello, ya que, en cualquier caso, aquel estudiante insólito estaba ocupado en otros asuntos. Libros, frontón, esquí (entonces solía nevar en invierno), pero, sobre todo, noches enteras de singular meditación junto a la chimenea, y, un poco más tarde, su romance con Belinda —todo esto colmaba suficientemente su existencia como para no preocuparse de las pequeñas y vulgares intrigas de la metapolítica. No sólo eso, sino que al estudiar con toda diligencia los anales de la madre patria, nunca se le ocurrió pensar que en sus venas dormitaba la misma sangre que había corrido por las venas de los reyes

precedentes; o que la vida real que corría ante sus ojos era también «historia»… una historia que había surgido del túnel de los tiempos para estallar a la pálida luz del sol. Ya fuera porque su objeto de estudio terminara un siglo antes del reino de Gafon, o porque el mundo mágico que inadvertidamente desprendían hasta las más sombrías crónicas le parecía más precioso que su propio testimonio, el hombre de letras que había en él dominaba al testigo presencial de los hechos, y más tarde, cuando trató de volver a establecer contacto con el presente, se tuvo que contentar con reunir precipitadamente fragmentos provisionales, que sólo le sirvieron para deformar el carácter remoto, tan conocido por él, de la leyenda (¡aquel puente sobre el Egel, aquel puente salpicado de sangre!).

Por lo tanto R tuvo que esperar hasta el comienzo de su segundo año de facultad para, con ocasión de unas vacaciones breves en la capital donde se había alojado modestamente en el denominado «Club de los Ministros», conocer, en su primera recepción en palacio, al príncipe heredero, un *charmeur* exuberante, rechoncho y con un aspecto escandalosamente juvenil, a cuyo encanto era imposible sustraerse. El encuentro tuvo lugar en presencia del anciano rey, quien sentado en un trono junto a la ventana de cristal emplomado, devoraba voraz y rápidamente unas ciruelas minúsculas como aceitunas negras que ingería como si fueran una golosina y no tanto en virtud a sus usos medicinales. Aunque Adulf pareció no darse en cuenta en un primer momento de la presencia de su joven pariente y siguió hablando con dos cortesanos aduladores, lo cierto es que el príncipe empezó a hablar de un tema elegido con la intención precisa de fascinar al recién llegado a quien no miraba de frente; de costado y mostrándole tan sólo tres cuartos de su persona, exhibía su oronda panza con las manos embutidas en los bolsillos de sus pantalones de cuadros todos arrugados y sin dejar de balancearse en vaivén sobre los talones.

«Por ejemplo», dijo con el tono de triunfo que reservaba para las ocasiones públicas, «contemplen el curso de nuestra historia y comprobarán, caballeros, que nosotros siempre hemos considerado que los orígenes del poder radican en la magia y que sólo concebimos la obediencia cuando, en la mente del sometido, la obediencia puede identificarse con el efecto infalible de un encantamiento En otras palabras, o bien el rey era originariamente un mago o bien había sido embrujado a su vez, unas veces a manos del pueblo, otras a manos de sus consejeros, en algunos casos incluso quizá hubiera caído víctima de un enemigo político que le había arrancado la cabeza de los hombros, como quien se lleva un sombrero de un perchero. Recuerden la antigüedad remota y el gobierno de los mossmons (altos sacerdotes, “moradores de los pantanos”), el culto de la turba fosforescente, ese tipo de cosas; o también… piensen en aquellos primeros reyes paganos, Gildras sí, y también Ofodras, y aquel otro, no recuerdo cómo se llama, el tipo aquel que tiró su copa al mar, tras lo cual, durante tres días y tres noches, los pescadores estuvieron sacando agua marina

transformada en vino… "*Solg uddigh vorje sage vel, udjem gotelm quolm osje musikel*" ("Dulces y ricas eran las olas del mar y las doncellas las bebían en conchas marinas" —el príncipe citaba de memoria la balada de Uperhulm). Y los primeros frailes, que llegaron en un esquife provisto de una cruz en lugar de una vela, y todo aquel asunto de "La Roca Bautismal", porque tuvieron que esperar a adivinar cuál era el punto débil de nuestra gente para poder introducir la locura del credo romano. Y lo que es más», continuó el príncipe, moderando súbitamente los *crescendos* de su voz, pues muy cerca de él se encontraba un dignatario del clero, «si la denominada iglesia no consiguió nunca apoderarse de nuestro aparato de Estado, y si, en los dos últimos siglos, fue perdiendo su influencia política ello fue debido precisamente a que los milagros elementales y más bien monótonos que fue capaz de producir dejaron muy pronto de tener interés y de causar asombro en los fieles», el clérigo se alejó y el príncipe se sintió en libertad para alzar de nuevo la voz, «y no pudieron competir con la brujería natural, *le magic innée et naturelle* de nuestra madre patria. Consideren también a los reyes posteriores, de indudable importancia histórica, y el comienzo de nuestra dinastía. Cuando Rogfrido I accedió, o más bien logró subir al trono vacilante que él mismo había comparado a un barril sacudido por las olas, y cuando el país estaba en las garras de una insurrección y un caos tal que su aspiración a la monarquía no parecía más que un sueño infantil ¿recuerdan ustedes lo primero que hizo cuando llegó al poder? Inmediatamente empezó a acuñar coronas y medias coronas en las que figuraba una mano de seis dedos. ¿Por qué una mano? ¿Por qué seis dedos? Ningún historiador ha sido capaz de desentrañar el enigma, y hay motivos para pensar que ni el propio Rogfrido supiera la razón. El hecho es, sin embargo, que aquella medida mágica muy pronto pacificó al país. Más tarde, bajo el reinado de su nieto, cuando los daneses intentaron imponernos a su protegido y éste desembarcó con el gran grueso de sus tropas ¿qué sucedió? De pronto, y como quien no quiere la cosa, el partido de la oposición —me he olvidado de cómo se llamaba, en cualquier caso, los traidores, sin quienes no se hubiera activado el complot— envió un mensajero al invasor con la educada misiva de que de ahí en adelante les iba a ser imposible apoyarle; porque, atiendan a esto, porque las aliagas, es decir, el brezo de la llanura que debía atravesar el ejército traidor para reunirse con las fuerzas rebeldes, se había enredado en los estribos y las pantorrillas de la traición, impidiendo así cualquier avance posterior, lo cual debe ser entendido aparentemente en su sentido literal más que interpretado según esas rancias alegorías en las que educan a los escolares. Y de nuevo, ¡qué ejemplo tan espléndido!, la reina Ilda, no debemos olvidar a la reina Ilda, la del pecho blanco y amores abundantes, quien solucionó todos los problemas de Estado por medio de encantamientos, y lo hizo con tanto éxito que cualquier persona que no contara con su beneplácito perdía la razón; sin duda saben ustedes que hasta nuestros días el pueblo llano llama a los manicomios

ildehams. Y cuando ese mismo pueblo empieza a participar en asuntos legislativos y administrativos, resulta absurdamente evidente que la magia se pone del lado del pueblo. Pueden estar seguros, por ejemplo, de que si al pobre rey Ederic le resultó imposible ocupar el trono en la recepción ofrecida a los dignatarios electos, no fue por culpa del asiento ni por una imposibilidad física. Etcétera, etcétera, etcétera…» (el príncipe empezaba a cansarse del tema que había elegido), «… la vida de nuestro país, como la de un anfibio, mantiene su cabeza sobre el agua de nuestra sencilla realidad nórdica, mientras que sumerge su vientre en la fábula, en la magia rica y vivificante. No es casual que cada una de nuestras piedras cubiertas de musgo, cada uno de nuestros viejos árboles haya participado al menos una vez en algún tipo de ritual mágico. Aquí tenemos a un joven estudiante de historia que estoy seguro de que corroborará mi opinión».

R escuchaba con grave atención y confianza los razonamientos de Adulf, y no podía dejar de extrañarse al comprobar cuánto coincidían con sus propias opiniones. Es cierto que los ejemplos elegidos por el locuaz príncipe heredero parecían sacados de un manual escolar y resultaban, a su juicio, un poco toscos; ¿acaso no era cierto que las raíces de aquel fenómeno había que buscarlas no tanto en aquellas extraordinarias manifestaciones de magia sino en los delicados matices de un no sé qué fantástico, profundo y también misterioso, del que se teñía la historia toda de la isla? En cualquier caso, estaba de acuerdo, totalmente, con las premisas básicas y así lo hizo saber, asintiendo en silencio con la cabeza. Sólo más tarde se dio cuenta de que la asombrosa coincidencia de ideas que tanto le había extrañado en un principio había sido consecuencia de una argucia casi inconsciente por parte de aquel orate, que tenía sin duda un instinto especial que le permitía adivinar el cebo más efectivo para captar la atención de un nuevo oyente.

En cuanto el rey se hubo comido la última ciruela, le hizo una seña a su sobrino para que se acercara, y como no se le ocurría de qué hablar con él, le preguntó cuántos estudiantes había en la universidad. R se quedó desconcertado —no sabía cuántos y no se le ocurrió tampoco inventarse un número al azar. «¿Quinientos? ¿Mil?», insistía el rey, con un tono de entusiasmo juvenil en su voz. «Estoy seguro de que tiene que haber más», añadió en tono conciliador, toda vez que no había recibido ninguna respuesta; luego, y tras reflexionar unos momentos, pasó a preguntarle a su sobrino si le gustaba montar a caballo. Y en ese instante el príncipe heredero, con su habitual desenfado pletórico de vida, interrumpió la conversación para invitar a su primo a salir juntos a caballo el jueves siguiente.

«Es asombroso lo mucho que ha llegado a parecerse a mi pobre hermana», dijo el rey con un suspiro melancólico, quitándose las gafas y devolviéndolas al bolsillo superior de su chaqueta marrón con alamares. «Soy demasiado pobre para regalarte un caballo», continuó, «pero tengo una pequeña fusta muy bonita. Gotsen», dijo

dirigiéndose al camarero mayor, «¿dónde está aquella fusta tan bonita con cabeza de perrito? Después la buscas y se la das… un pequeño objeto interesante, de valor histórico y todo lo demás. Bien, estoy encantado de regalártela, pero un caballo está por encima de mis posibilidades… todo lo que tengo son un par de jacas y las guardo para mi coche fúnebre. No te sientas molesto… no soy rico». («*II ment*», dijo el príncipe heredero en voz baja y se alejó, canturreando algo entre los dientes.)

El día del paseo hacía un tiempo frío y desapacible, un cielo nacarado se desparramaba sobre sus cabezas, los setos de sauces cetrinos se inclinaban a su paso en los barrancos, los cascos de los caballos chapoteaban en los charcos de agua densa esparciendo el lodo en surcos de chocolate; los cuervos graznaban; tras pasar el puente, los jinetes abandonaron la carretera y cruzaron al trote el sombrío páramo de brezos, interrumpido aquí y allá por algún abedul de hojas ya amarillentas. El príncipe heredero resultó ser un jinete extraordinario, aunque era más que evidente que no había pasado por ninguna escuela ecuestre, ya que montaba sin ninguna clase. Su pesado trasero, grande y embutido en un tejido de gamuza y pana, botaba sobre la silla de montar y sus hombros caídos y un punto achaparrados despertaban en su compañero un extraño y confuso sentimiento de piedad, que se desvanecía por completo en cuanto la mirada de R se topaba con el rostro sonrosado del príncipe que emanaba salud y suficiencia y en cuanto oía sus palabras apremiantes.

Aunque la fusta había llegado el día anterior, habían salido sin ella; el príncipe (que era quien había puesto de moda en la corte hablar en un francés de andar por casa) había dicho con desprecio que aquello era un «*machin ridicule*» para luego afirmar que pertenecía al hijo del mozo de cuadra que se la debía de haber dejado olvidada en el porche del rey. «*Et mon bonhomme de père, tu sais, a une vraie passion pour les objets trouvés*.»

—He estado pensando en cuánta razón había en tus palabras. Los libros no hablan de ello, ni siquiera lo mencionan.

—¿De qué me hablas? —preguntó el príncipe, esforzándose por recordar cuál, entre tanta disparatada teoría, era la que había expuesto ante su primo en los últimos días.

—¿No te acuerdas? Aquello que decías acerca del origen mágico del poder y el hecho de que…

—Sí, sí, ya me acuerdo —se apresuró a interrumpirle el príncipe, tratando de zanjar de inmediato aquel tema aburrido sin perder las maneras—. No quise emplearme a fondo en ello el otro día porque había demasiados oídos pendientes de mis palabras. Verás, todos nuestros males actuales proceden de esa extraña apatía del gobierno, de la inercia nacional, de las querellas de los miembros del *Peplerhus*. Y todo esto ocurre porque la fuerza de los encantamientos, tanto los de origen popular como los de origen real, se ha evaporado de alguna forma, y nuestra magia ancestral

se ha visto reducida a pura palabrería. Pero no discutamos ahora asuntos tan deprimentes, hablemos de cosas más alegres. Dime, ¿has oído hablar mucho de mí en la universidad? ¡Me lo puedo imaginar! Dime, ¿qué decían? ¿Por qué te quedas callado? Supongo que dirían que yo era un sinvergüenza de malas costumbres, ¿verdad?

—Yo procuraba mantenerme apartado de rumores y cotilleos maliciosos —dijo R —, aunque creo que más de uno lo comentaba.

—El rumor es la poesía de la verdad, es cierto. Todavía eres joven, un joven bastante guapo, todo hay que decirlo, para entender una serie de cosas. Sólo te haré una observación: a todo el mundo le gusta básicamente divertirse y quien más quien menos se ha pasado alguna vez de la raya, pero si logras mantener en secreto tus veleidades, como cuando te escondes en un rincón oscuro para atiborrarte de mermelada o si vives las más escandalosas aventuras en el ámbito silencioso de tu imaginación, nadie te dirá nada ni se escandalizará: no lo considerarán un delito. Pero si una persona satisface con franqueza y asiduidad los apetitos que le impone un cuerpo que domina nuestra naturaleza, entonces, ¡la gente no duda en acusarle del delito de desenfreno! Y una segunda observación: en lo que a mí concierne, si me hubiera limitado a satisfacer mi legítimo apetito mediante un solo y único método, la opinión popular habría acabado por resignarse, y lo más que me reprocharía sería que cambiara de amante con demasiada frecuencia, pero ¡Dios mío! el escándalo es mayúsculo porque no respeto un determinado código de libertinaje sino que trato de buscar el placer allí donde lo encuentro. Y te advierto que me gusta todo, desde un tulipán a una sencilla brizna de hierba, porque, verás —concluyó el príncipe, sonriendo y entornando los ojos—, lo que realmente busco son tan sólo fracciones de belleza, los enteros se los dejo a los buenos burgueses, pero esas fracciones pueden encontrarse tanto en una bailarina de ballet como en un estibador portuario, en una Venus madura y en un joven jinete.

—Sí —dijo R—, ya entiendo. Eres un artista, un escultor, adoras la forma…

El príncipe tiró de las riendas y soltó una carcajada. —Bueno, no es exactamente una cuestión de escultura, *à moins que tu ne confundes la galanterie avec la Galatée*, lo cual es excusable a tu edad. No, no, es mucho menos complicado. Pero no me tengas miedo, no voy a comerte. Sencillamente, no soporto a los tipos *qui se tiennent toujours sur leurs gardes*. Si no se te ocurre algo más interesante podemos volver por Grenlog y cenar junto al lago. Luego ya pensaremos qué hacemos.

—No, me temo que… bueno, es que tengo algo que hacer. Resulta que esta noche…

—Está bien, no voy a obligarte —dijo el príncipe afablemente; al llegar al molino, un poco más adelante, se despidieron.

Cuando trataba de encarar aquel paseo, R, como mucha gente tímida que hubiera

estado en su lugar, se imaginaba que iba a ser una prueba especialmente difícil debido concretamente a que Adulf pasaba por ser un gran conversador y una persona muy jovial: con un tipo más apacible, con personalidad no tan marcada hubiera sido más fácil establecer de antemano el tono y el tempo de la excursión. Mientras se preparaba para la misma, R trató de imaginarse todos los momentos de tensión que podrían surgir al tener que acomodar su estado de ánimo al tono jovial y brillante de Adulf. No sólo eso, él mismo había creado una suerte de precedente que ahora determinaba de algún modo su actitud en su primer encuentro con el príncipe, cuando con imprudencia se mostró en todo de acuerdo con él y con sus opiniones, de forma que indujo al príncipe a pensar, con toda probabilidad, que seguirían naturalmente de acuerdo en ocasiones posteriores. Al elaborar un inventario detallado de todas sus posibles meteduras de pata y, sobre todo, al imaginarse con absoluta claridad y precisión, la tensión nerviosa, la rigidez en sus mandíbulas de plomo, el aburrimiento desesperado que se apoderaría de su persona (provocado por su capacidad innata, en cualquier ocasión que se presentara, para verse a sí mismo desde fuera), al tabular todo eso, incluyendo sus inútiles esfuerzos para fusionarse con su otro yo y para encontrar interesantes las cosas que se suponía que lo eran, R perseguía también otro objetivo, un objetivo de índole práctica: desarmar al futuro, cuyo único poder radica en la sorpresa. Y casi consiguió lo que pretendía. El destino, por imposición de su propia y perversa decisión, se contentaba con aquellos elementos inocuos que R no había considerado en sus previsiones: el cielo pálido, el viento del páramo, una silla de montar que crujía con cada movimiento, un caballo excesivamente nervioso, el incesante monólogo de su compañero, satisfecho de sí mismo, todo ello se fundía en una sensación bastante soportable, especialmente porque R se había fijado un límite de tiempo para aquel paseo. Sólo era cuestión de mantener el tipo hasta el final. Pero el príncipe, al proponer una posibilidad nueva, amenazó con romper los límites previstos e introdujo un elemento diferente y desconocido, cuyas contingencias debía evaluar una a una con todo detalle y sin escatimar sufrimiento al hacerlo (y una vez más, le imponían a R «algo interesante», algo que requería de él que se mostrara ilusionado ante esa perspectiva), aquel período adicional de tiempo —¡superfluo!, ¡imprevisto!—, le resultaba intolerable; y por eso, aun a riesgo de parecer maleducado, había utilizado el pretexto de un impedimento inexistente. Bien es verdad que, tan pronto como se dio la vuelta, lamentó su falta de cortesía con la misma intensidad con la que, un minuto antes, había lamentado su falta de libertad. Consecuentemente, el desagradable panorama que encerraba el futuro degeneró en un eco dudoso del pasado. Por un momento pensó en dar la vuelta y seguir hasta alcanzar al príncipe y consolidar así los cimientos de una amistad mediante su asentimiento tardío, pero por eso mismo doblemente valioso, a una nueva prueba. Pero sus temores puntillosos de ofender a un hombre amable y jovial no lograron

imponerse a su temor de ser incapaz de estar a la altura de aquella amabilidad y jovialidad. De ahí que, a pesar de todo, el destino consiguiera burlarle y, mediante una última y furtiva treta, dejó sin valor aquello que él había estado dispuesto a considerar una victoria.

Unos días más tarde recibió otra invitación del príncipe; le pedía que se «dejara caer» por palacio cualquier noche de la semana siguiente. R no podía negarse. Además, un sentimiento de alivio al ver que el otro no estaba molesto contribuyó ladinamente a prepararle el camino.

Le hicieron pasar a una enorme habitación amarilla, donde hacía tanto calor como en un invernadero, en la que una veintena de personas, de ambos sexos, estaban sentadas en divanes y hamacas o tumbados sobre una gruesa alfombra. Durante una fracción de segundo el anfitrión pareció extrañarse de la llegada de su primo, como si hubiera olvidado su invitación, o como si pensara que lo había invitado otro día. Sin embargo, aquella expresión fugaz pronto cedió paso a una sonrisa de bienvenida, tras la cual el príncipe ignoró a su primo, sin que, por otra parte, el resto de los invitados, todos ellos evidentemente amigos del príncipe, prestara ninguna atención al recién llegado: mujeres jóvenes de pelo liso y extraordinariamente delgadas, media docena de caballeros maduros, de rostro bronceado y bien afeitado, y varios jóvenes con unas camisas abiertas a la moda de entonces. R reconoció entre ellos al joven y famoso acróbata Ondrik Guldving, un joven rubio taciturno con una rara suavidad de porte y de gesto, como si la expresividad de su cuerpo, tan notable en la pista de circo, se viera amortiguada por la ropa. R consideró que el acróbata le proporcionaba la clave de toda aquella constelación de gente allí reunida y, aunque el observador era ridículamente inexperto y casto, notó inmediatamente que aquellas jóvenes apesadumbradas y placenteramente esbeltas que cruzaban piernas y brazos con distintos y diversos grados de abandono, esas jóvenes que más que conversar se dejaban caer en milagros de conversaciones (consistentes en medias sonrisas lentas y en onomatopeyas con las que contestaban o preguntaban a través del humo de unos cigarrillos que fumaban en boquillas preciosas), pertenecían a aquel mundo esencialmente sordomudo que en los viejos tiempos se denominaba *demi-monde* (cortinas cerradas, que no penetre ningún «otro» mundo en éste). El hecho de que, mezcladas con ellas, hubiera una serie de damas que frecuentaban los bailes de la corte no cambiaba nada. El grupo masculino era asimismo bastante homogéneo, a pesar de que comprendía miembros de la aristocracia, artistas con las uñas sucias, y matones tipo estibador del puerto. Y precisamente porque el observador era casto e inexperto, puso inmediatamente en duda su impresión inicial, totalmente involuntaria, y se acusó a sí mismo de tener prejuicios vulgares, de creer servilmente los sucios rumores que corrían por la ciudad. Decidió que todo estaba en regla, es decir, que su mundo no se veía en absoluto trastornado por la inclusión en el mismo de aquella

provincia nueva, y que todo en él era sencillo y comprensible: una persona independiente y divertida había elegido libremente a sus amigos.

R se sintió especialmente reconfortado al comprobar el ambiente despreocupado, sosegado y hasta un punto infantil de aquella reunión. Los cigarrillos que se consumían mecánicamente, las golosinas variadas en platitos con vetas doradas, los gestos de camaradería que se repetían como en un ciclo (alguien iba a buscar una partitura que otro le había pedido; una joven se probaba el collar de otra), la sencillez, la serenidad, todo ello denotaba a su manera aquella afabilidad que R, que personalmente carecía de ella, reconocía en todos los fenómenos de la vida, ya fuera en la sonrisa de un bombón en su sombrerete rizado, o el eco de una vieja amistad adivinado en la conversación banal de quien está a nuestro lado. El príncipe, concentrado en el juego, el ceño fruncido y soltando de vez en cuando unos lamentos nerviosos que siempre acababan en gruñidos de fastidio, se esforzaba por meter seis pelotas diminutas en el centro de un laberinto de cristal de bolsillo. Una pelirroja con un vestido verde y sandalias en los pies desnudos no cesaba de repetir, con un gesto cómico de pena, que nunca lo lograría, pero él insistió durante un buen rato, manipulando el recalcitrante artilugio, dando patadas en el suelo cada vez que fallaba para luego volver a empezar otra vez. Finalmente lo lanzó a un sofá, de donde inmediatamente lo recogieron otros para jugar de nuevo. Luego, un hombre de rasgos hermosos deformados por un tic, se sentó al piano, y se puso a tocar con un vigor exagerado como si estuviera parodiando la forma de tocar de otra persona, y en seguida volvió a ponerse en pie y se puso a discutir con el príncipe acerca del talento de una tercera persona, probablemente el autor de la melodía truncada, y la pelirroja, rascándose un muslo ebúrneo por encima del vestido, empezó a explicarle al príncipe cuál era la posición de la parte injuriada en un complicado litigio musical. De repente, el príncipe miró el reloj y se volvió al joven acróbata rubio que bebía naranjada en un rincón: «Ondrik», dijo con aire preocupado, «creo que ya es hora». Ondrik se lamió los labios muy serio, dejó el vaso y se acercó. Con sus gruesos dedos, el príncipe le desabrochó la bragueta a Ondrik, sacó toda la masa rosa de sus partes pudendas, eligió la principal y comenzó a frotar vigorosamente su lustrosa vara.

—Al principio —contó R—, pensé que me había vuelto loco, que estaba sufriendo una alucinación —lo que más le escandalizaba era la naturalidad con la que actuaban. Le entraron náuseas y se marchó de allí. Cuando llegó a la calle, se puso incluso a correr durante un rato.

La única persona con la que se sentía capaz de compartir su indignación era su tutor. Aunque no sentía el menor afecto por el poco agraciado conde, se decidió a consultarle ya que era el único familiar que tenía. Le preguntó desesperado cómo podía ser que un hombre de la moral de Adulf, un hombre que, además, ya no era

joven, y por lo tanto no era probable que cambiara ya, llegara a ser el soberano del país. Tal y como ahora veía al príncipe, a la luz de su repentino descubrimiento, observaba que Adulf no sólo era desagradablemente procaz, sino que, a pesar de su afición por el arte, no era sino un salvaje, un patán autodidacta que carecía de cultura y que tan sólo se había apropiado de algunas de sus gemas, un hombre que había aprendido a exhibir el brillo superficial de su mente acomodaticia y a quien, ni que decir tiene, no le importaban lo más mínimo los problemas de su inminente reinado. R preguntó una y otra vez si no era una locura absurda, un puro desvarío, que una persona así pudiera llegar a ser rey algún día. Pero sus preguntas no esperaban realmente una respuesta directa: eran más bien la retórica que acompaña a todo joven desencantado. Sin embargo, al seguir expresando su perplejidad en torpes frases (la elocuencia no era una de sus virtudes), R llegó a dar alcance a la realidad e incluso vislumbró su rostro. Es verdad que tras alcanzarla, volvió sobre sus pasos, pero aquella visión fugaz permaneció grabada en su alma y le reveló en un instante los peligros que acechan a un Estado condenado a convertirse en el juguete de un canalla procaz.

El conde le escuchó con atención, fijando en él de tanto en tanto sus ojos de buitre sin pestañas: en ellos se reflejaba una extraña satisfacción. Como mentor frío y calculador que era, contestó a las preguntas de R con mucha cautela, como si no estuviera totalmente de acuerdo con él, y trataba de calmarle diciéndole que lo que le había venido en suerte presenciar le estaba trastornando hasta cierto punto sus facultades mentales; que el único propósito de aquella actuación higiénica del príncipe iba encaminado a evitar que su joven amigo derrochara sus energías con mujerzuelas, y que Adulf tenía cualidades que tal vez saldrían a plena luz cuando subiera al trono. Al acabar la entrevista el conde se ofreció para presentarle a un cierto hombre muy sabio, el renombrado economista Gumm. Con ello, el conde perseguía un doble objetivo: de un lado, no se hacía en absoluto responsable de lo que pudiera suceder en el futuro y se mantenía al margen, lo cual no dejaba de ser una ventaja en el caso de que hubiera cualquier tipo de contratiempo: de otro, dejaba a R en manos de un consumado conspirador, poniendo así en práctica un plan que el malvado y ladino conde venía acariciando desde hacía tiempo.

Y así es como Gumm, el economista Gumm, entra en escena, un vejete panzudo con un chaleco de lana, gafas azules que apoyaba en su frente color rosa, Gumm, el pulcro, el bullicioso, siempre con la risa en los labios. Los encuentros se fueron haciendo más y más frecuentes y, al final de su segundo año de universidad, R incluso estuvo viviendo durante una semana en casa de Gumm. Para entonces R ya había descubierto suficientes datos acerca del comportamiento del príncipe como para no lamentarse de su primera explosión de indignación. R se enteró, no tanto por Gumm que siempre parecía estar a punto de partir hacia otro lugar, sino por sus

parientes y amigos de las distintas medidas que se habían ido adoptando para tratar de reprimir al príncipe. Al principio, la gente había intentado informar al Viejo Rey de las travesuras de su hijo, pensando que el padre trataría de imponer su autoridad. Y en verdad que cuando uno u otro conseguía acceder, superando las espinosas barreras del protocolo, al *kabinet* del soberano, y le describía a su majestad las proezas de su hijo, el anciano, ruborizándose profundamente y recogiéndose las faldas de la bata, mostraba una cólera sincera que pocos hubieran adivinado en el monarca. Gritaba que iba a poner término a todo aquello, que aquello era la gota que rebasaba el vaso (y al decir esto su café matutino desbordaba la taza con estruendo), que le alegraba oír un informe tan cándido que desterraría a aquel canalla lascivo a pasar seis meses encerrado en un *suyphellhus* (un barco monasterio, una ermita flotante) que en adelante no toleraría… Y cuando la audiencia había llegado a término, y el complacido cortesano estaba a punto de hacer la reverencia de despedida, el viejo rey, que seguía resoplando aunque ahora ya estuviera más tranquilo, le llevaba a un aparte, y con una actitud pragmática y confidencial (aunque estaban los dos solos en su despacho) le decía: «Sí, sí, lo entiendo, entiendo lo que está sucediendo, pero escuche, entre nosotros, dígame, si lo miramos bien, mi Adulf es un joven soltero, un tipo juerguista, le gusta divertirse… después de todo, no es para que saquemos las cosas de quicio. Recuerde que también nosotros fuimos jóvenes». Esta última consideración sonaba siempre un punto ridícula, pues la remota juventud del rey había transcurrido en la más dulce tranquilidad, y más tarde, la difunta reina, su esposa, le había tratado con inusitada severidad hasta que cumplió sesenta años. Era una mujer, hay que decir, extraordinariamente obstinada, estúpida y mezquina, muy propensa a tener fantasías inocentes, pero un tanto absurdas y es muy posible que fuera la causante de que la corte y, en cierta medida, el Estado hubieran adquirido aquellos rasgos tan peculiares y difíciles de definir, aquella sorprendente mezcla de estancamiento y de extravagancia, de imprevisión y de ese rigor que caracteriza a las formas no violentas de locura que tanto atormentaba al rey.

La segunda forma de oposición, segunda cronológicamente habrá que precisar, se centró en algo más profundo: se trataba de manipular y recurrir a la opinión pública. Es verdad que no se puede confiar en la participación espontánea de los plebeyos: entre los labradores, tejedores, panaderos, carpinteros, tratantes de grano, pescadores, y demás, la transformación de cualquier príncipe heredero en rey era un asunto que se aceptaba con la misma sumisión con la que se tomaban los cambios meteorológicos: el lugareño miraba a los rayos de la aurora, que se filtraban entre los cúmulos, meneaba la cabeza y ahí se acababa todo; en su oscuro cerebro enmohecido se reservaba tradicionalmente un lugar para el desastre tradicional, ya fuera nacional o natural. La atonía y el letargo de la economía, la congelación de los precios que hacía tiempo que habían perdido sensibilidad o contacto con la vida real, ese nexo que

inmediatamente se establece entre un estómago vacío y un cerebro plano, la triste y constante sucesión de cosechas poco importantes aunque suficientes para no desatar la hambruna, el pacto secreto entre cereales y verduras que, al parecer, se habían puesto de acuerdo para complementarse mutuamente manteniendo una suerte de equilibrio agrícola —todos estos factores, según Gumm (véase *La base y la anábasis de la economía*), mantenían al pueblo sumiso en una obediente languidez; y si todavía subsistía una cierta brujería en todo aquello, tanto peor para las víctimas de sus embrujos viscosos. Lo que es más —y los ilustrados encontraban en este punto una fuente de tristeza especial—, el *príncipe Figo* gozaba de una cierta popularidad de índole más bien obscena entre los proletarios y la pequeña burguesía (clases sociales cuya línea de demarcación es imprecisa y tan permeable que a menudo se pueden observar fenómenos tan desconcertantes como que el hijo de un comerciante próspero retorne al humilde trabajo manual de su abuelo). El relato jocoso de las travesuras de *Figo* iba siempre acompañado de risas y chanzas producidas con toda naturalidad y calidez, lo cual impedía su condena: la máscara de hilaridad se les quedaba fija en la boca hasta el punto de que el mimo no se distinguía de la realidad. Cuanto más atrevidas eran las aventuras lascivas de *Figo*, más se reía la gente y con más estruendo y aparato celebraban sus hazañas en los bares y tabernas, con acompañamiento de aplausos y movimiento de cuerpos. Un detalle característico: un día en que el príncipe, con un puro en la boca, pasaba a caballo por una aldea perdida en los bosques, se fijó en una jovencita atractiva a la que invitó a pasear, y sin tomar en consideración la expresión aterrada de sus padres (que ni siquiera el respeto conseguía moderar), se la llevó consigo, perseguido por el abuelo de la criatura que corrió tras ellos por el camino hasta que se cayó a una zanja, y la reacción del pueblo, según contaron, fue de total admiración que expresaron rompiendo a reír a carcajada limpia, tras lo cual felicitaron a la familia, disfrutaron haciendo conjeturas sobre el futuro que le esperaba a la niña, y no escatimaron malicia en las preguntas que le hicieron a la joven cuando, una hora después, regresó con un billete de cien coronas en una mano, y en la otra un pajarito que se había caído del nido en una espesura desolada y que había recogido en su camino de regreso a la aldea.

En los círculos militares, el rechazo hacia el heredero no estaba basado tanto en consideraciones de orden moral ni tampoco en el prestigio de la nación, sino en el desprecio del príncipe hacia ardores guerreros, armas y cañones que provocaba en la casta militar un profundo resentimiento. El propio rey Gafon, en contraste con su belicoso predecesor, desde siempre había manifestado una actitud decididamente «civil» ante la vida y sus conflictos; una actitud, empero, tolerada por el ejército ya que su incomprensión absoluta de los asuntos militares se veía compensada por la estima y el respeto no exento de temor que mostraba hacia la milicia; sin embargo lo que la Guardia Real no podía perdonar era el abierto sarcasmo del príncipe heredero.

Los juegos de guerra, los desfiles militares, la música marcial, los banquetes de los oficiales y sus regimientos en los que año tras año se observaban las mismas costumbres pintorescas, así como toda la serie de entretenimientos corporativos de aquel pequeño ejército insular no conseguían provocar sino un total aburrimiento teñido de desprecio en el alma eminentemente artística de Adulf. Empero, el descontento del ejército se limitaba a una serie de rumores esporádicos en el cuarto de banderas, acompañados quizás de juramentos nocturnos (con ruido y brillo a veces de sables y copas), que eran prontamente olvidados a la mañana siguiente. En consecuencia, la iniciativa quedaba circunscrita a las personalidades ilustradas y pensantes de la población civil que, desgraciadamente, no eran demasiadas; la oposición al príncipe heredero incluía entre sus filas a ciertos hombres de Estado, directores de periódicos y juristas, todos ellos personas respetables y fajados en antiguas batallas, que ejercían una gran influencia secreta o manifiesta. En otras palabras, la opinión pública empezó a decantarse hasta tal punto que la cuestión del príncipe heredero y la posibilidad de cercenar sus aspiraciones al trono pasó a constituir la ambición y preocupación central de toda persona inteligente y honesta. Les faltaba únicamente el arma con la que conseguir su propósito. Y ésa era precisamente su única carencia. Existía la prensa, existía el parlamento, pero según la constitución, la más mínima alusión irrespetuosa a cualquier miembro de la familia real llevaba consigo la supresión del periódico o la disolución de la cámara. Hubo un único intento de levantar a la nación, pero éste resultó fallido. Nos estamos refiriendo al famoso proceso del doctor Onze.

El proceso representó un acontecimiento sin parangón en los anales, a su vez sin parangón, de la justicia de Thule. Un hombre renombrado por su virtud, un escritor y conferenciante experto en temas cívicos y problemas filosóficos, una personalidad reconocida, de principios estrictos, un personaje, en suma, con un carácter tan sólido, y una reputación tan intachable, que cualquier conducta, medida con ella, hubiera resultado un punto sospechosa, fue acusado de varios delitos contra la moral ante los que se defendió con la torpeza de la desesperación, para acabar declarándose culpable. Hasta ahí la cosa no tenía demasiado de particular: ¡sólo Dios sabe que el mérito, bajo un escrutinio atento, puede desarrollar todo tipo de excrecencias en su seno! La parte insólita y hasta sutil del asunto radica en el hecho de que el auto de acusación y las pruebas constituían prácticamente una réplica de todas las imputaciones que podían hacérsele al príncipe heredero. No cabía sino el asombro al comprobar la precisión de detalles que se habían obtenido a fin de encajar un retrato de cuerpo entero en el marco previsto de antemano sin necesidad de retocar ni omitir nada en el proceso. Gran parte del retrato era tan nuevo y precisaba hasta tal punto los lugares comunes de los rumores más vulgares, que, en primera instancia, las masas no se dieron cuenta de *quién* había posado como modelo para el retrato. Muy pronto,

sin embargo, los artículos diarios de la prensa comenzaron a despertar un interés bastante fuera de lo común entre los lectores avezados que fueron dándose cuenta de la trampa, y la cotización por asistir al juicio público, que estaba en unas veinte coronas por persona, se disparó hasta más allá de las quinientas con el beneplácito de los asistentes.

La idea inicial se había originado en el seno de la *prokuratura* (magistratura). El juez más antiguo de la capital se encaprichó con ella. Lo único que se necesitaba para llevarla a la práctica era encontrar una persona que fuera lo suficientemente honesta y recta como para que no la confundieran con el prototipo original que había dado lugar al proceso, una persona suficientemente inteligente como para no comportarse como un payaso o como un cretino ante un tribunal, y, especialmente, una persona tan convencida de la causa que estuviera dispuesta a sacrificarlo todo por ella, a soportar un monstruoso baño de lodo sobre su persona y a que su carrera se viera de la noche a la mañana transformada en una sentencia de trabajos forzados. No encontraron candidatos para semejante misión: a los conspiradores, en su mayoría padres de familia acomodados, les gustaban todos los papeles de la obra menos aquel sin el cual no se podía montar la función. La situación parecía ya desesperada cuando un día, en plena reunión de los conspiradores, apareció el doctor Onze completamente vestido de negro y, sin sentarse, declaró que ponía su persona a la entera disposición de los conspiradores. Apenas tuvieron ocasión ni tampoco tiempo para extrañarse o maravillarse ante aquella oferta que se les presentaba, debido a la urgencia de no dejar escapar aquella oportunidad única; pues, a primera vista, resultaba difícil comprender que la vida encastillada de un pensador pudiera ser compatible con la voluntad de convertirse en víctima y ocupar la picota pública por causa de una intriga política. En realidad, no se trataba de un caso tan raro. El doctor Onze, ocupado como estaba constantemente con problemas espirituales, tratando de adaptar las leyes de unos principios rígidos a frágiles abstracciones, consideró aquello como un ejemplo particular y real de su labor intelectual y le resultó imposible negarse a utilizar su persona como conejillo de indias una vez que se le presentó la oportunidad de aplicar su método, de realizar una acción desinteresada y probablemente sin sentido, es decir, abstracta en razón de la absoluta pureza de su naturaleza. Lo que es más, no debemos olvidar que el doctor Onze renunciaba a su cátedra, a la molicie de su estudio forrado de libros, a la continuación de su última obra maestra… en suma, a todo lo que un filósofo aprecia y valora. Mencionaremos también que no andaba muy bien de salud; subrayaremos el hecho de que antes de examinar el caso detalladamente se había visto obligado a dedicar tres noches al estudio de obras especializadas, que trataban de temas ajenos normalmente a las preocupaciones y saberes de un asceta; y añadamos también que, no mucho antes de tomar su decisión, se había prometido a una virgen senescente tras años de amarla en silencio, una virgen que en el transcurso

de aquellos años silenciosos había guardado fidelidad a un novio lejano que trataba de curarse la tisis en la remota Suiza, el cual, finalmente, había tenido a bien morir, liberándola así de su compromiso piadoso.

El caso comenzó con la demanda interpuesta por esa mujer verdaderamente heroica contra el doctor Onze, al que acusaba de haberla atraído con engaño hasta su *garçonniere* secreta, «un antro de lujuria y libertinaje». Había sido presentada contra *Figo* una demanda similar (la única diferencia era que el piso que los conspiradores habían alquilado y amueblado subrepticiamente no era el mismo que el que el príncipe arrendaba temporalmente para sus placeres, sino uno que estaba enfrente, al otro lado de la calle, lo que estableció de inmediato la idea del juego de espejos característica de todo el proceso), interpuesta por una joven sin muchas luces que ignoraba que su seductor era el heredero del trono, es decir, un sujeto que nunca podría comparecer ante un tribunal de justicia. A continuación declararon numerosos testigos (algunos, altruistas devotos de la causa, otros, testigos comprados: no habían conseguido encontrar muchos de los primeros); sus declaraciones habían sido brillantemente elaboradas por un comité de expertos entre los que se encontraba un distinguido historiador, dos importantes hombres de letras y varios juristas de prestigio. Aquellas declaraciones fueron desgranando el relato gradual y en *crescendo* de las actividades del príncipe, cuyo orden cronológico, sin embargo, contrastaba, en sus saltos y vacíos temporales, con el calendario acumulativo de horas y días sucesivos en los que había ido creciendo en el pueblo la exasperación desesperada por la conducta del príncipe. Fornicación en grupo, ultraonanismo, seducción de menores y otras diversiones de este cariz fueron desgranándose ante el acusado en forma de preguntas minuciosas que respondía con brevedad. Tras estudiar el caso con la metódica diligencia propia de su mentalidad, el doctor Onze, que nunca había prestado la mínima atención a las artes escénicas (de hecho nunca iba al teatro), ahora, con su intuición de hombre sabio, logró sin proponérselo, una representación espléndida del personaje del delincuente cuya pretendida inocencia y negación de culpabilidad (una actitud pensada en este caso para apoyar las tesis del fiscal) se basa en declaraciones contradictorias y se apoya en una obstinación perpleja.

Todo se desarrolló conforme a lo previsto, pero nadie contaba, me temo, con que los conspiradores no parecían tener claro lo que realmente esperaban conseguir. ¿Abrirle los ojos a la gente? Pero la gente conocía de sobra el valor nominal de *Figo*. ¿Que el rechazo moral se transformara en una revuelta civil? Nada indicaba que se fuera a producir una metamorfosis semejante. ¿O quizás todo el plan no era sino el eslabón de una cadena de revelaciones cuya eficacia crecería a medida que se iban sucediendo unas a otras? En ese caso, la audacia y la garra del asunto trabajaban a contracorriente, porque el carácter único de cada revelación le concedía un carácter irrepetible que no podía sino romper la secuencia de aquella cadena de eslabones, una

cadena que, para ser eficaz, habría necesitado de una cierta gradación y maleabilidad.

La publicación de todos los pormenores del caso sólo sirvió para que los periódicos se enriquecieran: su circulación aumentó hasta tal punto que amparados en la abundancia, algunos avisados (como Sien, por ejemplo) se las arreglaron para fundar nuevos órganos de expresión que, aunque concebidos con ciertos objetivos explícitos, vivían de los reportajes del juicio que diariamente incluían entre sus páginas. Los ciudadanos honestos indignados por las revelaciones del proceso eran muy inferiores en número a los lectores que lo hacían por satisfacer el morbo de los placeres prohibidos y la curiosidad. Las gentes sencillas leían y se reían. Todo aquel proceso les parecía una broma de lo más divertida ideada por unos sinvergüenzas. La imagen del príncipe heredero adquirió en sus mentes el aspecto de un polichinela que aguanta en su cabeza los envites y los golpes de un pobre diablo que sólo rasca el barniz superficial, sin impedir que siga siendo el niño mimado del público la estrella del espectáculo. Por otra parte, la sublime personalidad del doctor Onze no logró reconocimiento alguno, sino que al contrario provocaba chanzas maliciosas (de las que se hacía eco, ignominiosamente, la prensa amarilla), ya que el populacho malinterpretaba su actitud que confundía con la de un intelectual comprado por el poder que se rebajaba a cambio de una buena suma de dinero. En una palabra, que la popularidad pornográfica, que siempre había rodeado al príncipe, no hizo sino aumentar y las conjeturas y comentarios irónicos acerca de su actitud ante el juicio y ante las revelaciones del mismo tenían ese tono amable que sus aventuras siempre habían despertado en su pueblo, un tono que, en última instancia, no había hecho más que alentarle en su temeridad y en su ostentación.

La aristocracia, los consejeros, la corte y los diputados «cortesanos» del *Peplerhus* contemplaron con sorpresa aquella reacción inesperada. Decidieron cautamente esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, perdiendo así un precioso tiempo político. Bien es verdad que, unos días antes de pronunciarse la sentencia, varios miembros del partido monárquico consiguieron, a través de complicadas intrigas o sencillamente por medios fraudulentos, que se aprobase una ley que prohibía a los periódicos informar sobre «causas de divorcio y otras noticias que pudiesen contener elementos de escándalo»; pero como la constitución contemplaba que las leyes no entraran en vigor hasta cuarenta días después de ser aprobadas en el parlamento (período que se conocía como el «parto de Themis»), los periódicos tuvieron tiempo más que suficiente para cubrir el proceso hasta el final.

El príncipe Adulf, por su parte, contemplaba el asunto con indiferencia total, y lo hacía de una forma tan natural que cabía preguntarse si era consciente de quién era en realidad el sujeto del juicio y aquel a quien se referían todas aquellas tropelías. Dado que conocía hasta el más mínimo detalle del caso, habrá que concluir que o bien sufría de un caso agudo de amnesia o bien que demostraba un extraordinario dominio

de sí mismo. En una ocasión sus íntimos creyeron ver una sombra de enojo en su rostro: «¡Qué pena!», exclamó, «¿por qué no me invitaría ese *polisson* a sus fiestas? *Que de plaisirs perdus!*». En cuanto al rey, tampoco parecía afectado por el asunto, pero a juzgar por la forma en la que se aclaraba la garganta cada vez que guardaba el periódico en un cajón y se quitaba las gafas, y también a juzgar por la frecuencia de sus encuentros con alguno de sus consejeros, convocado a horas intempestivas, cabía suponer que estaba seriamente preocupado. Se decía que durante los días en los que duró el proceso se ofreció en varias ocasiones, con pretendida naturalidad, a prestarle a su hijo el yate real para que Adulf pudiera «dar una pequeña vuelta al mundo», pero Adulf no recogió la invitación y se limitó a darle un beso en la calva mientras se reía. «En serio, hijo mío», insistía el viejo rey, «¡es delicioso el mar! ¡Llévate unos músicos, un barril de vino!». «*Hélas!*», contestó el príncipe, «mi plexo solar no puede aguantar el horizonte marino y su ritmo de sierra».

El proceso llegó a su fase final. La defensa aludió a «la juventud» del acusado, a su «sangre caliente», a las «tentaciones» que inevitablemente acosan a un hombre soltero, todo lo cual no era al fin y al cabo sino una burda parodia de la permisividad del rey. El fiscal pronunció un discurso elocuente y poderoso —y se dejó llevar por sus palabras hasta pedir la pena de muerte. La última intervención del acusado introdujo una nota totalmente inesperada. Agotado por la prolongada tensión, destrozado al haber tenido que revolcarse en la suciedad ajena y desconcertado a su pesar por el arrebato del fiscal, el desgraciado intelectual perdió el coraje, y tras murmurar unas palabras incoherentes, empezó de repente a contar, con una voz nueva en la que se apreciaba ese tono agudo y claro de la histeria, que una noche, siendo joven, tras beber su primera copa de licor de avellana, consintió en ir a un burdel con un compañero de clase y que no llegó a entrar únicamente porque se desmayó en el camino. La inesperada confesión despertó la risa incontenida y prolongada del público, mientras que el fiscal perdió la cabeza y se abalanzó sobre el acusado para callarle la boca. Entonces el jurado se retiró a fumar un cigarrillo en silencio a la sala reservada para ellos y al poco rato regresó para anunciar el veredicto. Se recomendaba condenar al doctor Onze a una pena de once años de trabajos forzados.

La prensa manifestó su aprobación a la sentencia de forma clamorosa. Los amigos del mártir le visitaban en secreto y le animaban, se despedían de él con un apretón de manos… Y entonces, el buen rey Gafon, por primera vez en su vida y de forma totalmente inesperada para todos, incluso para sí mismo, tuvo su primera idea genial: hizo uso de una de sus incontestables prerrogativas y le concedió el indulto a Onze.

Y de este modo, tampoco hubo manera de hacer efectivo este segundo método de presión sobre la conducta del príncipe que resultó tan inoperante como el primero. Quedaba una tercera vía, una vía absolutamente decisiva y certera. Todas las conversaciones en el círculo de Gumm se mostraban favorables a la misma aunque

nadie pronunciaba su nombre: la muerte goza de un suficiente número de eufemismos. R, involucrado en las complicadas circunstancias de una conspiración, no se enteraba bien de qué era lo que estaba pasando, y la razón de su ceguera no hay que buscarla exclusivamente en su inexperiencia juvenil; más bien radicaba en el hecho de que se consideraba, instintiva y erróneamente, el instigador principal del complot (mientras que, evidentemente, no era sino un actor invitado —o incluso un rehén honorario) y por lo tanto, se negaba a creer que el proyecto que él mismo había iniciado pudiera terminar en un derramamiento de sangre; en realidad, no había un proyecto articulado, ya que sentía vagamente que por el mero hecho de vencer la repugnancia que le suponía analizar la vida de su primo, ya estaba realizando algo sumamente importante y necesario; y cuando en el transcurso del tiempo empezó a aburrirse con el citado análisis y con las interminables conversaciones sobre el mismo tema, seguía participando en ellas, sin desentenderse de aquel tedioso asunto, sin dejar de pensar que estaba cumpliendo con su deber al colaborar con una especie de fuerza oscura que transformaría finamente, como por un golpe de magia, al príncipe imposible en un heredero de la corona aceptable. Aun cuando alguna vez se le ocurrió sencillamente la posibilidad de obligar a su primo a renunciar directamente al trono (una posibilidad más o menos implícita en los meandros retóricos del lenguaje utilizado por los conspiradores) nunca, por extraño que parezca desarrolló su hipótesis original hasta sus consecuencias lógicas, esto es hasta sí mismo, y su posición inmediata en la línea de sucesión al trono. Durante casi dos años, al margen de sus estudios universitarios, mantuvo sus contactos de forma continuada con el poderoso Gumm y con sus amigos, e imperceptiblemente se vio enmarañado en una red muy densa y delicada; y quizá aquella sensación de aburrimiento sobrevenido que cada vez sentía con más fuerza no debiera entenderse como resultado único de una suerte de incapacidad por su parte, que, por otro lado, era una característica suya, para preocuparse por todas aquellas cosas que van tejiendo la trama del hábito (una trama tan tupida que le impedía distinguir sus momentos de vida y de color); quizá más bien se debiera a que, de alguna forma, percibía un cambio de tono que encerraba una suerte de advertencia subliminal. Mientras tanto, aquel asunto, que había comenzado su andadura mucho antes de que él entrara a participar en el mismo, se aproximaba a su sangriento desenlace.

Una fría tarde de verano fue invitado a participar en una reunión secreta; acudió porque la invitación no hacía sospechar nada raro. Bien es verdad que más tarde recordaría la renuencia, el sentimiento de agobio con los que acudió a la cita; pero eran sentimientos semejantes a los que había experimentado en otras ocasiones similares. En una gran sala sin calefacción y amueblada, por así decir, de forma ficticia (el papel de la pared, la chimenea, el aparador donde se apoyaba un vaso de cuerno… objetos todos como salidos de un escenario de un teatro de provincias),

había una veintena de hombres, la mitad de los cuales le resultaron desconocidos. Por primera vez vio al doctor Onze: aquella calva de blancura de mármol hendida por la mitad, aquellas tupidas cejas rubias, las pecas que adornaban su entrecejo, la sombra bermeja de sus pómulos, los labios prietos, la levita de un fanático y aquellos ojos suyos de pez. Una expresión tenue de helada melancolía no lograba atenuar ni embellecer aquel rostro desgraciado. Todo el mundo le trataba con sumo respeto. Todos sabían que después del juicio su novia le había abandonado porque, decían, contra toda razón seguían viendo en el rostro de aquel hombre desgraciado las huellas de los vicios nauseabundos que había confesado al asumir la personalidad de otro. Se retiró a una aldea remota, donde se dedicó en cuerpo y alma a la enseñanza; en cuanto al doctor Onze, poco tiempo después de que se produjese el acontecimiento del que era prólogo aquella reunión, buscó refugio en un humilde monasterio.

Entre los presentes, R reconoció también al celebrado jurista Schliss, a varios diputados (*frad*) liberales del *Peplerhus*, al hijo de un ministro de educación… Y sentados en un incómodo sofá de piel a tres sombríos oficiales larguiruchos.

Encontró una silla de anea junto a una ventana en cuyo alféizar se sentaba un hombrecillo que se mantenía apartado del resto. Sus facciones eran plebeyas y no paraba de jugar con una gorra de empleado de correos que llevaba en la mano. R estaba lo suficientemente cerca de él como para observar sus pies embutidos en unos zapatrancos enormes que parecían pertenecer a otro cuerpo más corpulento que su endeble figura, de forma que más que una persona parecía una foto, una instantánea que alguien hubiera tomado de improviso y en un escorzo sin la necesaria distancia. R no se enteró de que aquel hombrecillo era Sien hasta mucho más tarde.

Al principio R pensó que la gente allí reunida seguía hablando de los mismos asuntos que tan bien conocía. Algo dentro de él (¡su amigo más íntimo y recóndito, una vez más!) incluso le hacía desear, con una especie de fervor infantil, que esta reunión no fuera distinta de las anteriores. Pero el gesto extraño y desagradable de Gumm, cuando al pasar le puso una mano en el hombro y asintió misteriosamente… aquello, así como el lento tono cauteloso de las voces y la expresión de la mirada de aquellos tres oficiales, pusieron sobre aviso a R. Sólo tuvieron que pasar dos minutos para que R comprendiera que lo que allí se estaba tramando, en aquella habitación de mentira, era el asesinato premeditado del príncipe heredero.

Sintió el aliento del destino junto a sus sienes y la misma náusea física que había experimentado en una ocasión tras una velada en casa de su primo. Al ver la mirada que le dirigió aquel pigmeo silencioso del alféizar de la ventana (una mirada de curiosidad teñida de sarcasmo), R se dio cuenta de que su confusión no había pasado desapercibida entre los presentes. Se levantó y al hacerlo, todos se volvieron hacia él, y el personaje corpulento de cabellos erizados, que estaba hablando en aquel momento (R hacía tiempo que había dejado de oír sus palabras), se detuvo. R se

acercó a Gumm, cuyas cejas triangulares se alzaron intempestivamente con cierta expectación. «Tengo que irme», dijo R, «no me encuentro bien. Creo que es mejor que me vaya». Saludó; unos cuantos hombres se levantaron cortésmente del asiento; el hombre de la ventana encendió la pipa, con una sonrisa. Mientras R se dirigía a la salida, tuvo una sensación como de pesadilla en la que pensó que quizá la puerta no fuera sino un bodegón, que la manilla era un *trompe-l'oeil*, que no podría abrirse. Pero de repente la puerta se hizo real, y, escoltado por un joven silencioso, que había surgido de otra habitación en zapatillas con un manojo de llaves, R procedió a bajar por una escalera larga y oscura.

El ayudante de dirección [*]

1.

¿Qué queremos decir con esto? Bueno, que la vida, a veces, es tan sólo eso: un ayudante de dirección. Esta noche vamos a ir al cine. Vamos a viajar hasta los años treinta, e incluso hasta los veinte, hasta el viejo Palacio del Cine de la vieja Europa. Ella era una cantante famosa. No cantaba ópera, ni siquiera *Cavalleria Rusticana*, ni nada que remotamente se le pareciera. *La Slavska*, así la llamaban los franceses. Estilo: un décimo de zíngara, un séptimo de campesina rusa (que era su origen real) y cinco novenos popular, y entiendo por popular una mezcolanza de folklore artificial, melodrama militar y patriotismo oficial. La fracción libre parece suficiente para representar el esplendor de su prodigiosa voz.

Procedía de lo que, geográficamente al menos, podemos considerar el corazón mismo de Rusia, pero finalmente consiguió llegar a las grandes ciudades, a Moscú, San Petersburgo, y al entorno del zar, donde aquel estilo suyo era muy apreciado. En el camerino de Feodor Chaliapin colgaba una fotografía suya: tocado ruso con perlas, la mano apoyada en la mejilla, dientes deslumbrantes entre sus labios carnosos, y unas torpes letras cruzando la foto: «Para ti, Fedyusha». Las estrellas de nieve, revelando su compleja simetría, antes de disolverse en la nieve, descansaban en los hombros, mangas, bigotes y capas de todos los que esperaban, haciendo cola, a que abrieran las taquillas. Hasta su misma muerte atesoró por encima de todos sus bienes, o al menos pretendió hacerlo, una lujosa medalla y un broche enorme que le había regalado la zarina. Eran de la firma de joyeros que solía hacer rentables negocios con la pareja imperial presentándoles en cada ocasión festiva este o aquel emblema (cada cual más valioso) de zarismo colosal: una enorme piedra de amatista con una troika de bronce incrustada de rubíes en su parte superior como un arca de Noé en el monte Ararat, o una esfera de cristal tamaño sandía montada en un águila de oro con ojos de diamantes cuadrados muy parecidos a los de Rasputín (muchos años más tarde algunas de estas joyas, las menos simbólicas, las exhibieron los soviets en la Exposición Universal como ejemplos de su arte floreciente).

Si las cosas hubieran seguido desarrollándose según lo previsto, ella bien podría estar hoy cantando, esta misma noche, en cualquier salón de la aristocracia, de esos que gozan de calefacción central o incluso en la residencia del zar, mientras que yo estaría ahora apagando la radio que emite su voz en un rincón remoto de la madre esteparia Siberia. Pero el destino se equivocó al elegir su ruta y cuando estalló la

Revolución, y la guerra consiguiente entre los Blancos y los Rojos, su astuta alma campesina eligió el bando más práctico.

A través del nombre evanescente del ayudante de dirección pueden distinguirse unas multitudes espectrales de cosacos también espectrales que cabalgan en corceles igualmente espectrales. Asimismo percibimos al apuesto general Golubkov explorando perezoso el campo de batalla con un par de prismáticos de ópera. Cuando el cine y también nosotros éramos jóvenes, nos solían mostrar las escenas limpiamente enmarcadas en dos círculos conectados. Pero ya no. Lo que vemos a continuación es al general Golubkov, perdido todo asomo de indolencia, que salta a su silla, erguido por un instante e incluso un punto amenazador sobre su corcel encabritado antes de lanzarse a un ataque enloquecido.

Pero lo inesperado es como los infrarrojos en el espectro del Arte: en lugar del reflejo condicional del *rat-rat-ta-ta* de las ametralladoras, lo que oímos es la voz de una mujer que canta en la distancia. Se acerca, cada vez más próxima, hasta envolverlo todo finalmente. Una maravillosa voz de contralto que abarca todo lo que un director de música hubiese podido encontrar en sus archivos referente a ritmos y melodías rusas. ¿Quién es esta persona que marcha a la cabeza de los infra-Rojos? Una mujer. El espíritu cantarín de aquel batallón específico, especialmente bien entrenado. A la cabeza, pisoteando la alfalfa y derramando su canción del Volga querido. El apuesto y arriesgado *djighit* Golubkov (ahora ya sabemos lo que ha divisado), aunque herido en varios lugares, consigue capturarla a galope tendido, y luchando voluptuosamente, se la lleva cautiva.

Por más extrañeza que nos cause, ese guión infame se rodo en la realidad de los hechos. Yo mismo he conocido a dos testigos fidedignos del suceso: y los centinelas de la historia lo han dejado pasar sin cuestionarlo. Muy pronto la encontramos enloqueciendo el cuarto de banderas de los oficiales con su oscura belleza de carnes espléndidas y sus violentas, impetuosas canciones. Era una *Belle Dame* con bastante *Merci*, y había en ella un cierto nervio del que carecían tanto Louise von Lenz como *La Dama Verde*. Ella fue quien dulcificó la retirada general del Ejército Blanco, que comenzó muy poco después de su mágica aparición en los cuarteles del general Golubkov. Vemos una melancólica escena de cuervos, o buitres, o de cualquier otro tipo de ave de presa, revoloteando en el crepúsculo y descendiendo lentamente sobre una llanura literalmente atiborrada de cadáveres en algún lugar de Ventura County. La mano muerta de un soldado Blanco se aferra todavía a un medallón con el rostro de su madre. Muy cerca, un soldado Rojo tiene en su pecho destrozado una carta de su casa con la misma anciana parpadeando entre las líneas que se disuelven.

Y luego, en típico contraste, oportunamente nos llega un poderoso estallido de música y canciones con rítmicas palmadas de manos y estampido de botas y vemos al general Golubkov y a su estado mayor, en plena jarana: un ágil georgiano bailando

con una daga, rostros distorsionados que se reflejan en el tímido samovar, *la Slavska* que echa la cabeza hacia atrás con una risa ronca, y el gordo del batallón, tremendamente borracho, con el cuello y los galones de la guerrera colgando, y los labios grasientos fruncidos a la espera de un beso animal, apoyado encima de la mesa (cerca de un vaso que ha tumbado con su cuerpo) para abrazar… la nada, porque el enjuto y sobrio general Golubkov la ha sacado con presteza de allí y ahora, los dos de pie frente a la tropa, les dice con voz clara y fría: «Señores, quiero presentarles a mi prometida», y en el silencio asombrado que sigue, una bala perdida los encuentra y estalla el paño de cristal azul de aurora de la ventana, tras lo cual un estallido de aplausos saluda a la encantadora pareja.

Apenas hay duda de que su captura no fue un acontecimiento enteramente fortuito. La indeterminación está proscrita del estudio. Y aún existen menos dudas acerca de su periplo posterior: cuando empezó el gran éxodo y ellos, como muchos otros, vagaron vía Sirkedji hasta Motzstrasse para acabar en la calle Vaugirard, el general y su esposa ya formaban un equipo, una canción, una cifra. Como era natural, él entró a formar parte del S.C.B. (Sindicato de los Combatientes Blancos), constituyéndose en uno de sus miembros más eficaces, viajando por todos lados, organizando cursillos militares para los niños rusos, planeando conciertos de ayuda a los refugiados, desenterrando barracones para los necesitados, arbitrando en las disputas locales y ejecutando todos estos menesteres de la forma más modesta y callada. Supongo que resultaba útil de alguna forma, aquel S.C.B. Desgraciadamente para su bienestar espiritual, fue absolutamente incapaz de cortar todo tipo de relación con los grupos monárquicos del extranjero y no se dio cuenta, como sí se la dio la *intelligentsia* del exilio, de la terrible vulgaridad, del protohitlerismo de aquellas ridículas pero también perversas organizaciones. Cuando los americanos bienintencionados me preguntan si conozco al coronel tal o al gran conde de Kickoffsky, no tengo valor para contarles la triste verdad.

Pero también había otro tipo de personas relacionadas con el S.C.B. Pienso en aquellas almas aventureras que ayudaban a la causa cruzando la frontera a través de algún bosque de abedules, cuya nieve amortiguaba sus pasos, para hacer ciertos trabajillos inoperantes en su tierra natal bajo los distintos disfraces concebidos, curiosamente, por los revolucionarios sociales de antaño, y que tranquilamente traían al cafetín parisino llamado Esh-Bubliki, o a los pequeños *Kneipe* berlineses, las útiles insignificancias que se supone que los espías traen a sus amos. Algunos de aquellos hombres habían entrado a formar parte abstrusamente de los departamentos de espionaje de otras naciones y daban un salto extraño y divertido cuando llegabas hasta ellos por detrás y les dabas una palmadita en la espalda. Unos cuantos se dedicaron a hacer batidas de reconocimiento por el placer del trabajo mismo. Uno o dos realmente creían que, de alguna forma mística, estaban preparando la

resurrección de un pasado sagrado, aunque ciertamente un poco anticuado.

2.

Ahora vamos a ser testigos de una serie de acontecimientos misteriosamente monótonos. El primer presidente del S.C.B. en morir fue el jefe de todo el Movimiento Blanco, con mucho el mejor hombre de todos ellos; y algunos de los oscuros síntomas que acompañaron a su repentina enfermedad sugieren la sombra del veneno. El presidente que le sucedió, un tipo inmenso y fuerte, con voz de trueno y una cabeza como una bala de cañón, fue secuestrado por personas desconocidas; y hay razones que nos llevan a pensar que murió de una sobredosis de cloroformo. El tercer presidente —pero mi bobina va demasiado deprisa. En realidad pasaron siete años hasta desprenderse de los dos primeros, no porque este tipo de cosa no pueda hacerse más diligentemente, sino porque existían circunstancias concretas que hacían necesaria una secuencia temporal muy precisa, para coordinar el ascenso seguro de uno con el ritmo y el espaciamiento de las vacantes repentinas. Expliquémonos.

Golubkov no era tan sólo un espía muy versátil (un triple agente para ser exactos); era también un tipo sumamente ambicioso. Por qué le resultaba tan querido el hecho de presidir una organización que no era sino un crepúsculo detrás de un cementerio constituye un enigma tan sólo para los que carezcan de *hobbies* o de pasiones. Lo deseaba con contumacia —eso es todo. Lo que resulta menos comprensible es su fe en su capacidad de salvaguardar su insignificante existencia en el combate a muerte entre temibles contrincantes cuyo peligroso dinero y peligrosa ayuda recibía. Y ahora quiero recabar toda vuestra atención, porque sería una pena perdernos las sutilezas de la situación.

A los soviéticos no les podía perturbar demasiado la muy improbable perspectiva de que un Ejército Blanco fantasma fuera a lanzar una nueva ofensiva de guerra contra su fuerza considerable; pero les irritaba mucho el hecho de que un chorreo de información acerca de sus fuertes y de sus fábricas, recogida por los escurridizos entrometidos del S.C.B., fuera a caer automáticamente en agradecidas manos alemanas. A los alemanes les interesaban muy poco las variaciones de colores recónditos de la política de los exiliados, pero lo que les molestaba mucho era el romo patriotismo del presidente del S.C.B., que de tanto en tanto les impedía, en aras de una cierta ética, el suave flujo de la colaboración amistosa.

En este sentido, el general Golubkov era un don del cielo. Los soviéticos confiaban firmemente en que bajo su mandato todos los espías del S.C.B. les resultarían conocidos —también contaban con suministrarles información falsa para consumo de los ávidos alemanes. Los alemanes estaban igualmente seguros de que, a través del general, tenían garantizada una buena cosecha de agentes propios de absoluta confianza distribuidos entre los agentes habituales del S.C.B. Ninguno de los

dos lados se hacía ilusión alguna acerca de la lealtad de Golubkov, pero cada uno de ellos asumía que las fluctuaciones del espionaje doble actuarían en su favor. Los sueños del sencillo pueblo ruso, de las familias trabajadoras dispersas por las remotas zonas de la diáspora rusa, dedicadas a sus humildes pero honrados menesteres, como lo habrían hecho en Saratov o en Tver, pariendo frágiles chiquillos, y creyendo inocentemente que el S.C.B. era una especie de Tabla Redonda con su rey Arturo al frente, representando todo lo que había sido, y sería, dulce, decente y fuerte en una Rusia de cuento de hadas —todos esos sueños les parecerán excrecencias del tema principal a los editores de películas.

Cuando se fundó el S.C.B., la candidatura del general Golubkov (puramente teórica, desde luego, porque nadie esperaba que el líder muriera) era de las últimas de la lista, no porque su galantería legendaria no fuera lo suficientemente apreciada por sus camaradas oficiales, sino porque resultaba ser el general más joven del ejército. En la época de la elección del segundo presidente, Golubkov ya había revelado tal capacidad de organización que consideró que podía tachar de la lista sin mayor problema unos cuantos nombres intermedios, con lo que, de paso, consiguió salvarles la vida. Después de que hubieran eliminado al segundo general, muchos de los miembros del S.C.B. se convencieron de que el general Fedchenko, el próximo candidato, cedería al hombre más joven y eficaz los derechos que su edad, su reputación y distinción académica le daban derecho a disfrutar. El anciano caballero, sin embargo, aunque tenía sus dudas acerca del placer que el cargo pudiera proporcionarle, pensó que era una cobardía por su parte tratar de eludir un trabajo que les había costado la vida a dos hombres. Así que Golubkov apretó los dientes y empezó a trabajar de nuevo.

Físicamente carecía de atractivos. No había en él nada que hiciera pensar en el típico general ruso que puebla la imaginación, aquellos tipos buenos, fornidos, de cuello de toro. Era delgado, frágil, de rasgos angulosos, con un bigote recortado y un corte de pelo en «seto» que decimos en Rusia, es decir, corto, en punta, tieso y compacto. Llevaba una fina pulsera de plata en su peluda muñeca, y ofrecía pulcros cigarrillos rusos o ingleses con sabor a ciruela, «Kapstens», que así los pronunciaba él, dispuestos con todo cuidado en una vieja y espaciosa petaca de piel negra que había llevado consigo a lo largo del presumible humo de innumerables batallas. Era extremadamente educado y extremadamente discreto.

Siempre que *la Slavska* «recibía», lo cual hacía en las casas de sus diversos Mecenas (una especie de barón del Báltico, un tal doctor Bachrach, cuya primera mujer había sido una Carmen famosa, o un comerciante ruso de la vieja escuela a quien, en la locura del Berlín inflacionista, le iba muy bien comprando manzanas enteras de casas a diez libras esterlinas cada una), su silencioso marido se abría discretamente camino entre los invitados, brindándote un sándwich de salchichón y

pepino o un diminuto vaso escarchado de vodka; y mientras *la Slavska* cantaba (en aquellas ocasiones informales ella solía cantar sentada con la mejilla apoyada en la mano y el codo recogido en la palma de la otra), él se hacía a un lado, recostándose en algo, o también iba de puntillas a por un cenicero lejano que con todo cuidado colocaba en el ancho brazo del sillón donde te sentabas.

Considero que, artísticamente, exageraba su discreción, introduciendo sin querer una nota de servilismo, que ahora resulta singularmente apropiada; pero está claro que él basaba su existencia en el principio del contraste y era evidente que se estremecía de emoción al saber exactamente, a través de ciertos dulces signos, como una cabeza inclinada, la mirada de unos ojos, que fulanito de tal, sentado al otro extremo de la habitación, llamaba la atención de un recién llegado hacia el hecho fascinante de que un hombre tan oscuro y modesto fuera el héroe de hazañas increíbles en una guerra legendaria (habiendo tomado en solitario ciudades enteras y otras hazañas de calibre semejante).

3.

Las productoras de cine alemanas, que en aquellos días surgían de la nada como setas (justo antes de que el hijo de la luz aprendiera a hablar), se proveían de mano de obra barata contratando a aquellos exiliados rusos cuya única esperanza y profesión era su pasado, es decir, un conjunto de gente totalmente irreal que se utilizaba para representar a gente real en las películas. El ensamblaje de un fantasma dentro de otro producía en una persona sensible la impresión de estar viviendo en un salón de espejos, o más bien en una cárcel de espejos, sin saber siquiera cuál era el espejo y cuál era uno mismo.

Es verdad que cuando recuerdo las salas donde cantaba *la Slavska*, tanto en Berlín como en París, y el tipo de gente que allí se veía, siento como si estuviera tecnicoloreando y sonorizando alguna película muy antigua donde la vida hubiera sido una vibración en gris y los funerales un refugio, y donde sólo el mar tuviera cierto color (un azul enfermizo), mientras que una máquina manual imitara fuera de escena el siseo asincrónico de las olas. Un personaje siniestro, el terror de las organizaciones benéficas, un hombre calvo con ojos de loco, pasa flotando despacio por mi campo visual, encogido con las piernas dobladas como un feto viejo, para luego sentarse milagrosamente en un asiento de las últimas filas Nuestro amigo el conde está también allí, con cuello duro y polainas sucias. Un sacerdote venerable y mundano, con la cruz colgando suavemente sobre el torso, está sentado en la primera fila y mira fijamente hacia adelante.

Los elementos de estos festivales de derechas que el nombre de *la Slavska* evoca en mi mente tenían la misma naturaleza irreal que su audiencia. Una variedad de artistas con falsos nombres eslavos, algún virtuoso de la guitarra, de esos que hacen

de teloneros en los programas de las salas de conciertos, hubiera sido bienvenido en ellos; y la llamativa ornamentación de su instrumento tras su atril de cristal, y sus pantalones color azul cielo se maridarían muy bien con el resto del espectáculo. Luego, cualquier bribón con barba vestido con una levita raída, un antiguo miembro del Primer Capítulo de la Sagrada Rusia, tomaría la palabra y describiría con toda viveza las calamidades que los Hijos de Israel y los francmasones (dos secretas tribus semíticas) estaban infligiendo al pueblo ruso.

Y ahora, señoras y caballeros, tenemos el gran placer y el gran honor… Y al llegar ese momento ella se ponía en pie contra un horroroso fondo de palmeras y banderas nacionales, se humedecía los labios profusamente pintados con su pálida lengua, y sin prisas apretaba sus manos enguantadas contra su encorsetado estómago mientras que su acompañante habitual, Joseph Levinsky, con su cara de mármol, que la había seguido, en la sombra de su canción, hasta la sala de conciertos privada del zar y hasta el salón del camarada Lunacharsky y hasta indescriptibles lugares de Constantinopla, producía sus breves series introductorias de notas pasaderas.

A veces, si el salón era del tipo adecuado, ella cantaba el himno nacional antes de lanzarse a su limitado pero siempre bienvenido repertorio. Inevitablemente se cantaba aquel lúgubre *El viejo camino de Kaluga* (con un pino destruido por un rayo en la cuadragésimo novena versta), y la que empieza, en la traducción alemana publicada junto con el texto ruso: «*Du bist im Schnee begraben, mein Russland*», y la balada antigua popular (escrita por un individuo en los años ochenta) acerca de un jefe de una banda de ladrones y su maravillosa princesa persa, a quien arrojó al Volga cuando sus hombres le acusaron de haber perdido su fuerza y autoridad.

Su gusto artístico brillaba por su ausencia, su técnica era improvisada, su estilo en general atroz, pero la clase de gente que considera que la música y el sentimiento son una y la misma cosa, y también aquellos para quienes las canciones son tan sólo un medio para el espíritu de las circunstancias bajo las cuales las oyeron por primera vez en un momento de su pasado, agradecían las extraordinarias sonoridades de su voz porque encontraban en ellas tanto un solaz nostálgico como una energía patriótica. Se la consideraba particularmente efectiva cuando se apreciaba en su canción una veta de temeridad salvaje. Si aquel abandono con el que cantaba no hubiera sido tan claramente simulado hubiera podido salvarla de la absoluta vulgaridad. Aquella cosa pequeña y dura que era su alma surgía de su canción, pero su temperamento sólo llegaba a simular un remolino, jamás logró su voz convertirse en un torrente libre. Cuando hoy en día oigo en el gramófono de algunas casas rusas su enlatada voz de contralto, siento una especie de escalofrío al recordar con qué ampulosidad fingía haber llegado a su clímax vocal, dejando al descubierto la totalidad de su anatomía bucal en un último grito apasionado, con su pelo negro azul hermosamente dispuesto en cascada, las manos cruzadas apretando la medalla llena de cintajos contra su pecho

mientras agradecía la orgía de aplausos, su gran cuerpo moreno rígido incluso cuando se inclinaba a saludar, atiborrado como estaba dentro de aquel resistente satén de plata que la hacía parecer una matrona de nieve o una sirena de honor.

4.

La veréis a continuación (si el censor no encuentra que mis palabras ofenden la piedad) de rodillas en la niebla color de miel de una atestada iglesia rusa, gimiendo ruidosamente junto a la esposa o la viuda (ella lo sabía exactamente) del general cuyo secuestro había sido tan convenientemente organizado por su marido y tan diestramente ejecutado por aquellos hombres corpulentos, eficientes y anónimos, que el jefe supremo había enviado a París.

La veréis también, otro día, dos o tres años más tarde, mientras canta en un cierto *appartement*, calle de George Sand, rodeada por amigos que la admiran, y mirad, sus ojos se estrechan ligeramente, la sonrisa de su canto se desvanece, mientras su marido, a quien habían retenido los detalles finales del negocio que tenía entre manos, entra ahora sigiloso y con un gesto suave rechaza el ofrecimiento de un coronel entrecano de cederle su asiento; y a través del flujo inconsciente de una canción cantada por enésima vez ella le mira fijamente (es ligeramente miope, como Ana Karenina) tratando de discernir algún signo específico, y luego, cuando ella se ahoga y los buques pintados de su marido navegan en la distancia y se dejan ver en las aguas las últimas olas visibles del río Volga, y el condado de Smara se disuelve en la monótona eternidad (porque ésta es la última canción que ella canta), su marido se le acerca y le dice en una voz que ningún aplauso humano puede ahogar: «¡Masha mañana van a talar el árbol!».

Aquel detalle acerca del árbol fue el único placer dramático que Golubkov se permitió durante su carrera gris. Pero perdonaremos su arrebato si recordamos que éste era el último general que se interponía en su camino y que el acontecimiento del día siguiente le brindaría automáticamente su elección. En los últimos tiempos sus amigos habían hecho chanzas (el humor ruso es un pajarillo que se contenta con una migaja de pan) acerca de la peleílla divertida que mantenían aquellos dos chicos grandes, ella pidiéndole petulantemente que talara el inmenso álamo viejo, que oscurecía la ventana de su estudio en su casa de verano en las afueras de la ciudad, y él argumentando que el robusto y viejo amigo era el admirador más verde (y al decirlo se partía de risa) y por lo tanto debían conmutarle la pena. Y es de notar también la picardía de la dama gruesa de la capa de armiño cuando se burla del galante general por ceder tan pronta y fácilmente a los deseos de su mujer y la sonrisa radiante de *la Slavska* al extender sus brazos fríos cual gelatina hacia su marido.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, el general Golubkov acompañó a su esposa a la modista, se quedó allí sentado un rato leyendo el *Paris-Soir*, y luego le

enviaron a casa a buscar uno de los vestidos que su mujer quería que le ensancharan y que se había olvidado de traer consigo. A intervalos convenientes ella hacía como que llamaba a su casa por teléfono a dirigir la búsqueda del citado vestido. La modista, una señora armenia, y la costurera, la pequeña princesa Tumanov, estaban suficientemente ocupadas en el cuarto de al lado con la variedad de juramentos rústicos de *la Slavska* (que la ayudaban a no quedarse en silencio en el papel que estaba representando y en el que su imaginación no tenía suficiente capacidad de improvisación). Esta coartada tan poco sutil no había sido planeada para arreglar ninguna secuencia temporal de pretéritos indefinidos en caso de que algo fuera mal, porque nada podía ir mal; intentaba sencillamente proporcionar a un hombre de quien nadie podía ni siquiera soñar en sospechar, una serie dada de movimientos cuando la gente quisiera saber quién había visto al general Fedchenko por última vez. Tras registrar innumerables roperos imaginarios Golubkov regresó con el vestido (que hacía tiempo, evidentemente, había sido colocado en su coche). Siguió leyendo el periódico mientras que su mujer continuaba probándose todo tipo de ropa.

5.

Los treinta y cinco minutos más o menos durante los cuales estuvo fuera resultaron ser un margen muy cómodo. Para cuando ella empezó a jugar con aquel teléfono muerto, él ya había recogido al general en una esquina poco frecuentada y lo conducía hasta una cita imaginaria cuyas circunstancias habían sido preparadas de antemano de forma que su secreto pareciera natural y su cumplimiento un deber. Unos minutos más tarde detuvo el coche y ambos salieron a la calle. «Esta no es la calle que acordamos», dijo el general Fedchenko. «No», dijo el general Golubkov, «pero es conveniente para aparcar el coche. No me gustaría dejarlo delante mismo del café. Atajaremos por aquella calleja. Son sólo dos minutos». «Está bien, caminemos», dijo el anciano y se aclaró la garganta.

En aquel barrio concreto de París las calles llevan nombres de distintos filósofos, y la calleja por la que caminaban había sido bautizada por un culto padre de la ciudad como calle Pierre Labime. Discurría tranquilamente junto a una iglesia oscura y unos andamios para desembocar en una vaga región de casas particulares con los postigos cerrados que se mantenían como distantes en sus terrenos tras unas verjas de hierro en las que las hojas de los plátanos moribundos se detenían en su vuelo entre las desnudas ramas y las aceras húmedas. A lo largo del lado izquierdo de aquella calle había una larga pared con crucigramas de ladrillos, que interrumpían aquí y allá la aspereza del gris; y en algún lugar de aquel muro había una puerta verde.

Al acercarse a la misma, el general Golubkov sacó su pitillera abollada en tantas batallas y detuvo el paso para encender un cigarrillo. El general Fedchenko, un no fumador cortés, también se detuvo. Las ráfagas de viento racheaban el crepúsculo y la

primera cerilla se apagó. «Sigo pensando…», dijo el general Fedchenko refiriéndose a un asunto menor que habían estado discutiendo últimamente, «sigo pensando», dijo (por decir algo mientras esperaba junto a la puertecilla verde), «que si el padre Fedor insiste en pagar el alojamiento de toda esa gente de su presupuesto, lo menos que podemos hacer es proporcionarle la calefacción». La segunda cerilla también se apagó. La espalda de un transeúnte que se perdía indistinta en la distancia desapareció por fin completamente. El general Golubkov maldijo el viento a pleno pulmón, y como si aquella fuera la señal convenida la puerta verde se abrió y tres pares de manos hicieron desaparecer de la vista al anciano. La puerta se cerró de golpe. El general Golubkov encendió su cigarrillo y enérgicamente emprendió el camino de vuelta por donde había venido.

Al anciano ya no se le volvió a ver. Los tranquilos extranjeros que habían alquilado cierta casa tranquila durante un mes tranquilo eran unos inocentes holandeses o daneses. No era sino un truco óptico. No había puerta verde, sólo una puerta gris que ninguna fuerza humana puede abrir. La he buscado en vano por enciclopedias admirables: no existe ningún filósofo llamado Pierre Labime.

Pero he visto el sapo en la mirada de esa mujer. Tenemos un dicho en Rusia: «*Vsevo dvoe i est; smert' da sovest*», que se puede traducir de la siguiente manera: «Sólo hay dos cosas que realmente existen, la muerte propia y la propia conciencia». Lo bonito de la humanidad es que a veces uno puede no darse cuenta de estar obrando bien, pero uno siempre se da cuenta cuando actúa mal. Un terrible criminal, cuya mujer había sido aún más malvada, me contó una vez, cuando yo era sacerdote, que lo que siempre le había perturbado era la vergüenza interna de verse impedido, precisamente a causa de otra vergüenza más profunda todavía, a discutir con su mujer el siguiente acertijo: si era ella quien de verdad le despreciaba en el fondo de su corazón o por el contrario ella se preguntaba a su vez y desde el fondo de su corazón si era él quien la despreciaba a ella. Y ésa es la razón por la que conozco perfectamente bien los rostros del general Golubkov y de su esposa cuando finalmente se encontraron solos y frente a frente.

6.

No por mucho tiempo, sin embargo. Hacia las diez de la noche, el general L., secretario del S.C.B., fue informado por el general R. de que la señora Fedchenko estaba muy preocupada por la ausencia inexplicable de su marido. Sólo entonces recordó el general L. que hacia la hora del almuerzo el presidente le había dicho, como de pasada (pero ésa era la manera de ser del viejo caballero), que tenía algo que hacer en la ciudad a última hora de la tarde y que si no volvía para las ocho de la noche, el general L. podría leer una nota que había dejado en el cajón central de su mesa presidencial. Los dos generales corrieron entonces al despacho, se pararon en

seco ante la puerta, volvieron corriendo a por las llaves que el general L. se había olvidado, volvieron a correr y finalmente encontraron la nota. «Un sentimiento extraño me obsesiona del que quizá me avergüence más tarde. Tengo una cita a las cinco y media en un café en el número 45 de la calle Descartes. Tengo que encontrarme con un informante del otro lado. Sospecho que se trata de una emboscada. Quien lo ha organizado todo ha sido el general Golubkov, que es quien me va a llevar en su coche hasta mi cita.»

Nos saltaremos lo que dijo el general L. y lo que le contestó el general R., pero aparentemente eran lentos de pensamiento por lo que procedieron a perder un poco más de tiempo en una confusa conversación telefónica con el indignado propietario de un café. Era ya casi medianoche cuando *la Slavska*, vestida con una bata floreada y aparentando estar muy, pero muy dormida, les dejó entrar. No quería molestar a su marido quien, les dijo, estaba ya dormido. Quería saber qué ocurría y si le había sucedido algún percance al general Fedchenko. «Ha desaparecido», dijo el honrado general L. *La Slavska* exclamó: «¡Ah!», y cayó al suelo desmayada, destrozando casi el vestíbulo en el proceso. La escena no había perdido con ella tanto como pensaban la mayoría de sus admiradores.

De una forma u otra los dos generales se las ingeniaron para no informar al general Golubkov de la nota que habían encontrado, de forma que cuando les acompañó hasta el cuartel general del S.C.B. creía que de verdad querían discutir con él si llamaban a la policía de inmediato o si por el contrario debían acudir primero a pedir consejo al octogenario almirante Gromoboyev, quien, por alguna oscura razón, era considerado el Salomón del S.C.B.

—¿Qué significa esto? —dijo el general L., entregándole a Golubkov la nota incriminatoria—. Léala, por favor.

Golubkov la leyó atentamente y se dio cuenta inmediata de que todo estaba perdido. No nos cebaremos en el abismo de sus sentimientos. Devolvió la nota con un encogimiento de hombros.

—Si esto ha sido escrito realmente por el general —dijo—, y debo admitir que parece verdaderamente escrito de su puño y letra, en ese caso todo lo que puedo decir es que hay alguien que se ha tomado la libertad de hacerse pasar por mi persona. No obstante, tengo razones para pensar que el almirante Gromoboyev podrá exonerarme de toda responsabilidad. Propongo que vayamos a verle inmediatamente.

—Sí —dijo el general L.—, será mejor que vayamos ahora mismo, aunque sea muy tarde.

El general Golubkov se enfundó en su gabardina como en un silbido y salió el primero a la calle. El general R. ayudó al general L. a recuperar su bufanda. Se había medio caído de una de esas sillas que hay en los vestíbulos condenadas a acomodar objetos en lugar de gente. El general L. suspiró y se puso su viejo sombrero de fieltro,

utilizando ambas manos para realizar tan sencilla acción. Fue hasta la puerta. «Un momento, general», dijo el general R. en voz baja. «Quiero preguntarle algo. De oficial a oficial ¿está usted absolutamente seguro… bueno, de que el general Golubkov nos está diciendo la verdad?»

—Eso es lo que vamos a averiguar —contestó el general L., que era una de esas personas que creen que en tanto una frase sea una frase está destinada a tener algún significado.

Al llegar a la puerta de entrada se cedieron mutuamente el paso con una leve presión en el codo. Finalmente, la leve diferencia de años llevó al mayor de ambos a aceptar el privilegio de pasar primero y se apresuró a hacer una salida vigorosa. Luego ambos se detuvieron en el rellano desconcertados ante la inquietante quietud y silencio de la escalera. «¡General!», gritó el general L. proyectando la voz hacia abajo. Luego se miraron el uno al otro. A continuación, con premura, con torpeza, bajaron a trompicones las feas escaleras y emergieron a la calle donde se detuvieron bajo una llovizna negra y se pusieron a mirar en todas direcciones para terminar cruzándose las miradas, el uno con el otro.

A ella la arrestaron a la mañana siguiente, muy temprano. Durante el interrogatorio no abandonó ni un solo momento su actitud de inocencia dolorida. La policía francesa desplegó una extraña apatía a la hora de buscar posibles pistas y pruebas como si asumieran que la desaparición de generales rusos era una especie de curiosa costumbre local, un fenómeno oriental, un proceso de disolución que quizá no debía producirse pero que, en cualquier caso, no podía prevenirse. Sin embargo, la impresión era que la *Sûreté* sabía bastante más sobre los mecanismos y entresijos de la mágica desaparición de lo que la prudencia diplomática estaba dispuesta a admitir. Los periódicos extranjeros trataron todo el asunto con benevolencia no exenta de un punto de humor que fue desembocando en puro tedio. En líneas generales, «*El affaire de la Slavska*» no consiguió convertirse en un buen titular de periódico, los exiliados rusos se habían pasado decididamente de moda. Por pura coincidencia, que no deja de tener su punto divertido, una agencia de prensa alemana y otra soviética informaron lacónicamente de que un par de generales rusos se habían fugado en París con los fondos del Ejército Blanco.

7.

El juicio no reveló nada, extrañamente, y no brilló tampoco la elocuencia de una serie de confusos testigos, por lo que la sentencia final, que condenaba a *la Slavska* bajo una acusación de secuestro, resultó cuestionable en términos legales. Surgían todo tipo de detalles irrelevantes que oscurecían la cuestión principal. Gente equivocada recordaba hechos correctos y viceversa. Había una factura, presentada por un cierto Gastón Coulot, labrador, «*pour un arbre abattu*». El general L. y el

general R. sufrieron lo indecible bajo el verbo y la autoridad de un abogado sádico. Un *clochard* parisino, uno de esos tipos sin afeitar, de nariz encarnada y madura (un papel fácil, el suyo), que guardan todas sus pertenencias terrenales en sus voluminosos bolsillos y que se envuelven los pies en capa tras capa de periódicos rotos cuando se les acaba el último calcetín y a los que se les puede ver, confortablemente sentados, con las piernas abiertas y una botella de vino, apoyados contra las paredes ruinosas de algún edificio que nunca se ha acabado de construir, hizo una declaración sensacionalista en la que dijo haber observado desde un lugar privilegiado cómo maltrataban a un anciano. Dos mujeres rusas, una de las cuales había recibido hacía tiempo tratamiento por un ataque agudo de histeria, dijeron que en el día del crimen vieron al general Golubkov y al general Fedchenko en el coche del primero. Un violinista ruso que estaba en el vagón restaurante de un tren alemán… pero es inútil volver a relatar todos esos rumores vacíos.

Las últimas pinceladas visuales de *la Slavska* corresponden a la cárcel. Teje plácidamente en un rincón. Escribe a la señora Fedchenko unas cartas manchadas de lágrimas en las que le dice que ahora son hermanas, porque los maridos de ambas han sido capturados por los bolcheviques. Pide que le permitan utilizar carmín de labios. Gime y ruega en brazos de una joven y pálida monja rusa que ha ido a visitarla para contarle una visión que ha tenido que revela la inocencia del general Golubkov. Clama para que le dejen el Nuevo Testamento que guarda la policía —lo guarda fundamentalmente de los expertos que habían empezado a descifrar ciertas notas garrapateadas en los márgenes del Evangelio de San Juan. Algún tiempo después del estallido de la II Guerra Mundial desarrolló un oscuro malestar interno y cuando, una mañana de verano, llegaron al hospital de la cárcel tres oficiales alemanes para verla, les comunicaron que había muerto —lo cual posiblemente fuera verdad.

Uno se pregunta si, de una u otra forma, su marido consiguió mantenerla informada de su paradero, o si consideró más seguro el dejarla en la más completa ignorancia. ¿Adónde fue, aquel pobre *perdu*? Los espejos de la posibilidad no pueden nunca reemplazar la mirilla del conocimiento. Quizá encontrara un puerto seguro en Alemania donde le dieran un pequeño trabajo administrativo en la Escuela de Formación de Jóvenes Espías. Quizá volviera a la tierra donde en solitario había conquistado ciudades. Quizá no. Quizá fuera llamado por quienquiera que fuera su jefe máximo para ser informado con ese acento ligeramente extranjero y esa forma tan especial de amabilidad que tan bien conocemos todos: «Me temo, amigo mío, que ya no lo necesitamos», y mientras X se da la vuelta para irse, el delicado índice del director del Teatro de Marionetas aprieta un botón en el filo de su impasible mesa y una trampilla se abre bajo X, que cae hacia su muerte (él, que tanto sabía, que sabía «demasiado»), o quizá se rompa el cuello divertido al caerse directamente al cuarto de estar del viejo matrimonio que vive en el piso de abajo.

En cualquier caso, la película ha terminado. Ayudas a tu chica a ponerse el abrigo y te unes a la cola de salida que prefieras. Las puertas de seguridad se abren a inesperadas porciones laterales de la noche, iniciando nuevas rutas. Pero si, como yo, prefieres, por razones de orientación, salir por el mismo camino por el que has entrado, volverás a pasar por delante de aquellos carteles que parecían tan atractivos hace un par de horas. El oficial de caballería ruso con su uniforme medio-polaco se inclina desde su pony de jugar al polo para recoger amores e idilios de botas rojas, mientras que el cabello negro de la chica cae en cascada desde su sombrero de astracán. El Arco de Triunfo se roza con un Kremlin de cúpulas difusas. El agente con monóculo de una Potencia Extranjera se ve en posesión de un manojo de documentos secretos que le entrega el general Golubkov… Vamos, rápido, niños, salgamos de aquí a la noche discreta, a la paz lenta y arrastrada de las aceras familiares, al sólido mundo de los niños buenos con pecas y al espíritu de camaradería. ¡Bienvenida realidad! Este cigarrillo tangible será muy refrescante después de toda esta excitación de baja calidad. Mira, aquel hombre delgado y esbelto que camina delante de nosotros también se ilumina después de golpetear su Lucky contra su vieja pitillera de cuero.

«Érase una vez en Alepo…» [*]

Querido V. Entre otras cosas, te escribo para contarte que estoy aquí, en el país al que me han llevado tantos atardeceres. Una de las primeras personas a las que vi fue nuestro buen amigo Gleb Alexandrovich Gekko cruzando melancólico Columbus Avenue en busca del *petit café du coin* que ninguno de nosotros tres volveremos a visitar. Parecía pensar que de una forma u otra tú estabas traicionando nuestra literatura nacional y me dio tu dirección con una reprobatoria sacudida de su cabeza gris, como si no te merecieras el regalo de recibir mi carta.

Tengo una historia que contarte. Lo cual me recuerda, quiero decir que las circunstancias me recuerdan, los días en los que escribíamos nuestros primeros versos efervescentes y todavía cálidos por recién surgidos de la leche materna, y cuando todas las cosas, una rosa, un charco, una ventana encendida, nos llamaban a gritos: «¡Soy una rima!». Sí, éste es un universo muy útil. Jugamos, morimos: *igrhyme, umi-rhyme!* Y las almas sonoras de los verbos rusos dan un sentido preciso a las salvajes gesticulaciones de los árboles o de algún periódico abandonado que se detiene en su discurrir por el suelo, para luego volver a volar, con frustrados aleteos del papel y espasmos de áptero a lo largo de un dique interminable azotado por el viento. Pero ahora, en este momento, no soy un poeta. Llego hasta ti como aquella dama efusiva de Chejov que se moría de ganas de que alguien la describiera.

Me casé, veamos, como un mes después de que te fueras de Francia y unas cuantas semanas antes de que los amables alemanes entraran bramando en París. Aunque poseo pruebas documentales de mi matrimonio, tengo ahora la seguridad de que mi esposa no existió nunca. Puede que conozcas su nombre a través de otros medios, pero eso no importa: no es sino el nombre de una ilusión. Consiguientemente, me veo en la libertad de hablar de ella ahora con la misma objetividad con la que hablaría de un personaje de un relato (de uno de tus relatos, para ser más preciso).

Fue amor a primer tacto más que a primera vista, porque la había visto ya unas cuantas veces antes de experimentar ninguna emoción especial, pero una noche, cuando la acompañaba a casa, algo original que dijo me hizo doblarme de risa y darle un leve beso en el pelo, y… claro está, todos conocemos de memoria esa explosión cegadora causada por el simple acto de agacharnos a recoger una muñequita del suelo de una casa que ha sido cuidadosamente abandonada: el soldado que lleva a cabo la acción no oye nada; para él no es sino la mera expansión muda e ilimitada de algo que a lo largo de su vida había sido siempre un punto de luz en el centro oscuro de su ser. Y en realidad, la razón por la que hablamos de la muerte en términos celestiales

es porque el firmamento visible, especialmente por la noche (por encima de nuestro París apagado y en guerra, con los lúgubres arcos de su bulevar Exelmans y el incesante regurgitar alpino de sus desoladas letrinas), es el símbolo más adecuado y omnipresente de aquella explosión inmensamente silenciosa.

Pero no consigo representármela con precisión. Permanece en nebulosa como mi primer poema, aquel del que te mofaste tan espantosamente en *Literaturnïe Zapiski*. Cuando quiero imaginarla, tengo que agarrarme mentalmente a una minúscula marca de nacimiento parda en la suave pelusa de su antebrazo, de la misma forma que hay que concentrarse en un signo de puntuación cuando tratamos de leer una frase ilegible. Quizás, si hubiera usado una mayor cantidad de maquillaje o si lo hubiera utilizado más constantemente, hoy podría visualizar su rostro o al menos los delicados surcos transversales de sus labios calientes, secos, cubiertos de rouge; pero no lo consigo, no lo consigo, aunque todavía siento su tacto escurridizo de tanto en tanto en el juego de gallina ciega de mis sentidos, en esa suerte de sueño de llanto cuando ella y yo nos agarramos torpes el uno al otro a través de una bruma desgarradora y no consigo ver el color de sus ojos debido al brillo vacío de las lágrimas que se derraman ahogando el iris de sus ojos.

Era mucho más joven que yo… no tan joven como Nathalie, la de los maravillosos hombros desnudos y largos pendientes colgantes, lo era respecto al atezado Pushkin pero, pese a todo, había un margen más que suficiente para ese tipo de romanticismo retrospectivo que se deleita en imitar el destino de un genio único (hasta los celos, hasta la mugre, hasta llegar a contemplar cómo sus ojos almendrados se vuelven a mirar a su rubio Cassio tras su abanico de plumas de pavo real) incluso si uno no puede imitar su poesía. A ella le gustaban los míos, sin embargo, y no se hubiera atrevido a bostezar como lo hacía aquélla cada vez que uno de los poemas de su marido excedía la longitud de un soneto. Si ella ha permanecido en mi recuerdo como una presencia fantasmal, yo quizás haya corrido igual suerte en su memoria: supongo que en principio se vio atraída tan sólo por la oscuridad de mi poesía y luego rasgó el velo y vio el rostro poco amable de un extraño.

Como sabes, yo llevaba cierto tiempo planeando seguir el ejemplo de tu afortunada huida. Ella me describió a un tío suyo que vivía, me dijo, en Nueva York; con anterioridad había estado dando clases de equitación en una universidad sureña y había acabado casándose con una rica americana; tenían una hija pequeña que había nacido sordomuda. Me dijo que había perdido sus señas hacía tiempo, pero unos días más tarde las encontró milagrosamente y les escribimos una carta dramática a la que nunca recibimos respuesta alguna. Ello no nos importó demasiado, porque yo ya estaba en posesión de una declaración jurada del profesor Lomchenko de Chicago aunque poco más habíamos hecho en cuestión de papeleo necesario para marcharnos cuando empezó la invasión, aunque yo imaginé que si nos quedábamos en París,

algún servicial compatriota mío, tarde o temprano, señalaría a la persona interesada diversos pasajes de mis libros en los que defendía que, con todas sus negras culpas, Alemania seguiría siendo para siempre el perenne hazmerreír del mundo entero.

De forma que decidimos iniciar entonces nuestra desastrosa luna de miel. Machacados y sacudidos en medio del apocalíptico éxodo, esperando trenes fuera de horario con rumbo a destinos desconocidos, caminando a través del escenario caduco de pueblos y ciudades abstractas, viviendo en una penumbra permanente de agotamiento físico, huimos y cuanto más lejos huíamos, más claro resultaba que lo que nos movía era algo más que un loco con botas y entorchados y un variado surtido de arreos y chatarra militar de toda índole de algunos de los cuales no era sino un símbolo, algo monstruoso e impalpable, una masa sin rostro y sin tiempo de horror inmemorial que me sigue persiguiendo por detrás incluso aquí, en el verde vacío de Central Park.

Oh, ella lo llevaba muy valientemente, con una especie de alegría aturdida. En una ocasión, sin embargo, empezó a llorar repentinamente en un compasivo vagón de ferrocarril. «El perro», dijo, «el perro que abandonamos. No me puedo olvidar del pobre perro». La honestidad de su pena me sobrecogió, porque nunca habíamos tenido ningún perro. «Ya lo sé», me dijo, «pero traté de imaginarme que aquel setter que vimos lo habíamos comprado de verdad. Y piensa que ahora estará gañiendo detrás de una puerta cerrada». Nunca habíamos hablado de comprar un setter.

Tampoco me gustaría olvidar un cierto trecho de carretera y el espectáculo de una familia de refugiados (dos mujeres, un niño) cuyo anciano padre, o abuelo, había muerto en el camino. El cielo era un caos de nubes negras y color de carne con un feo estallido de sol al otro lado de una colina encapotada, y el muerto estaba tumbado de espaldas bajo un plátano polvoriento. Las mujeres habían tratado de cavar una tumba con sus propias manos y ayudándose con un palo, al lado de la carretera, pero el terreno era demasiado duro: habían abandonado su tarea y estaban sentadas una al lado de la otra, entre las amapolas anémicas, un poco alejadas del cadáver con su barba boca arriba. Pero el niño seguía raspando y rascando y removiendo la tierra hasta que consiguió derribar una piedra plana y entonces se olvidó del objeto de sus solemnes trabajos para agacharse al momento y ponerse en cuclillas, su esbelto cuello, elocuente, mostraba todas sus vértebras al verdugo, mientras contemplaba sorprendido y complacido los miles de diminutas hormigas marrones que salían de debajo de la piedra borboteando en zigzag, para dirigirse a lugares seguros en el Garde y en el Aude, y en el Drôme y el Var, y en los Bajos Pirineos; nosotros sólo nos detuvimos al llegar a Pau.

España resultó muy difícil y decidimos seguir nuestro camino hasta Niza. En un lugar llamado Faugéres (una parada de diez minutos) conseguí escabullirme del tren para comprar un poco de comida. Cuando volví un par de minutos más tarde, el tren

se había ido, y el confuso viejo responsable del vacío atroz con el que me enfrentaba (el polvo de carbón relucía al calor entre los desnudos e indiferentes raíles, junto a una solitaria piel de naranja) me dijo brutalmente que, en cualquier caso, nadie me había concedido permiso para salir del tren.

En un mundo mejor habría podido localizar a mi mujer y alguien me habría dicho qué hacer (yo tenía los dos billetes y la mayor parte del dinero); tal y como estaban las cosas, mi lucha nocturna contra el teléfono resultó ser inútil, por lo que despaché la serie completa de voces diminutas que me ladraban desde la distancia, envié dos o tres telegramas que probablemente están todavía de camino y, ya tarde, por la noche, tomé el siguiente tren local hasta Montpellier, más allá del lugar al que la llevaría el traqueteo de su tren. Al no encontrarla allí, tuve que elegir entre dos alternativas: seguir el viaje porque ella podría haber tomado el tren de Marsella que yo acababa de perder por unos minutos o volver, no fuera el caso de que hubiera decidido regresar a Faugères. No recuerdo ahora qué maraña de razonamientos me llevó hasta Marsella y Niza.

Además de las consabidas acciones rutinarias, como enviar los datos a unos cuantos lugares imposibles, la policía no hizo nada para echarme una mano: un hombre empezó a bramar contra mi pesadez, otro desvió mis preguntas y dudó de la autenticidad de mi certificado matrimonial porque habían estampado el —sello en lo que él afirmaba no era la cara correcta; un tercero, un *commissaire* grueso con líquidos ojos marrones me confesó que escribía poemas en sus horas libres. Busqué a varios conocidos entre los numerosos rusos que vivían habitualmente en Niza y también entre los que se habían quedado perdidos en ella. Escuché a aquellos que tenían sangre judía hablar de sus condenados compatriotas metidos a la fuerza en trenes con destino al infierno; y mi propia crisis, en contraste, adquiría un cierto aire vulgar de irrealidad, mientras yo pasaba las horas sentado en algún café atiborrado de gente con un mar azul lechoso ante mis ojos y un murmullo hueco a mi lado que desgranaba una y otra vez en mis oídos el relato de masacres y miseria, y el paraíso gris más allá del océano, y los gustos y caprichos de los cónsules difíciles.

Una semana después de mi llegada un hombre indolente vestido de paisano me vino a ver y me llevó por una calle retorcida y maloliente hasta una casa manchada de negro con la palabra «hotel» casi completamente borrada por la suciedad y el tiempo; allí, me dijo, habían encontrado a mi mujer. La chica que me enseñó era una absoluta extraña, desde luego; pero mi amigo Holmes siguió insistiendo durante un tiempo para hacerla y hacerme confesar que estábamos casados, mientras que su taciturno y musculoso compañero de cama esperaba allí de pie escuchando, con los brazos desnudos cruzados sobre su torso a rayas.

Cuando conseguí con esfuerzo deshacerme de aquella gente y pude por fin volver caminando a mi barrio, pasé al azar junto a una cola compacta que esperaba a la

entrada de una tienda de comida; allí, en el último extremo de la cola, estaba mi mujer, esforzándose de puntillas por ver mínimamente qué es lo que allí se vendía. Creo que lo primero que me dijo fue que esperaba que fueran naranjas.

Su relato me pareció un tanto vago, pero absolutamente banal. Había retornado a Faugéres y se había dirigido directamente a la comisaría en lugar de preguntar en la estación, donde yo le había dejado un mensaje. Un grupo de refugiados le sugirió que se fuera con ellos; pasó la noche en una tienda de bicicletas sin bicicleta alguna, en el suelo, junto con tres mujeres ya mayores que dormían, me contó, como tres leños en fila india. Al día siguiente se dio cuenta de que no tenía dinero suficiente para llegar a Niza. Finalmente pidió prestado algún dinero a una de las mujeres que dormían. Se metió en el tren equivocado y viajó hasta una ciudad de cuyo nombre no se acordaba. Había llegado a Niza dos días antes y se había encontrado con unos amigos en la iglesia rusa. Le habían dicho que yo estaba rondando por allí buscándola y que con toda seguridad aparecería pronto.

Un poco más tarde, sentado al borde de la única silla de mi buhardilla y con mis manos en sus esbeltas y jóvenes caderas (ella se peinaba su cabello suave y echaba la cabeza atrás con cada golpe de cepillo), su débil sonrisa se mudó repentinamente en un extraño temblor y me puso una mano en el hombro, mirándome desde arriba como si yo fuera un reflejo en un estanque que observaba por primera vez.

—Te he estado mintiendo, mi amor —dijo—. Ya Igunia. Me quedé varias noches en Montpellier con un tipo muy bruto que conocí en el tren. Yo no quería. Vendía lociones para el pelo.

El lugar, el tiempo, la tortura. Su abanico, sus guantes, su máscara. Pasé aquella noche y muchas otras sacándoselo todo poco a poco, pero sin conseguir que me contara toda la historia. Iluso de mí, me engañaba pensando que primero tenía que reconstruir cada uno de los minutos de su ausencia y que sólo cuando lo hubiera hecho podría decidir si soportaba su relato o no. Pero el límite del conocimiento deseado resultó totalmente inalcanzable, y tampoco pude predecir el punto aproximado tras el cual me hubiera podido considerar saciado, porque ni que decir tiene que el denominador común de cada fracción de conocimiento era potencialmente tan infinito como el número de intervalos entre las fracciones mismas.

¡Oh! la primera vez estaba demasiado cansada como para preocuparse de eso, y a la siguiente no le había importado porque estaba tan segura de que yo la había abandonado: y consideró aparentemente que aquellas explicaciones debían de ser para mí como un premio de consolación en lugar del sinsentido y agonía que eran en realidad. Y siguió hablando a este tenor a lo largo de eones, interrumpiéndose de vez en cuando, pero volviendo a la carga de nuevo y contestando mis preguntas imposibles y soeces con un suspiro jadeante o tratando, con sonrisa lastimera, de

entrar en el borroso terreno de los comentarios irrelevantes y superficiales, y yo hundiendo más y más la muela que me atormentaba hasta que la mandíbula casi me estalla de dolor, un dolor lacerante que me parecía de algún modo preferible al dolor sordo, zumbón de la paciencia pura y dura.

Y fijaos, en los tiempos muertos de semejante interrogatorio, tratábamos de obtener de las reticentes autoridades ciertos documentos que, a su vez, nos permitirían legalmente solicitar otros que nos servirían a su vez de trampolín para solicitar un permiso que le permitiera al titular del mismo solicitar otros documentos más que podrían o no proporcionarle los medios para descubrir cómo y por qué todo lo anterior había sucedido. Porque incluso si en ciertas ocasiones yo me podía imaginar aquella maldita escena recurrente, no conseguía asociar sus grotescas sombras esquinadas con los miembros difusos de mi esposa que temblaba y se agitaba y se disolvía en mi abrazo violento.

Consiguientemente, no nos quedaba sino torturarnos mutuamente, esperar durante horas y horas en la Prefectura, rellenando solicitudes, departiendo con amigos que ya habían sondeado las más profundas vísceras de todos los visados, suplicando a las secretarias, y volviendo a rellenar solicitudes, con el resultado de que el sensual y versátil viajante de comercio de mi mujer fue poco a poco mezclándose y adquiriendo el sabor y el olor de oficiales despectivos de patillas de rata, carcomidos legajos de documentos caducados, el tufo de la tinta violeta, sobornos deslizados bajo gangrenoso papel secante, moscas gordas que cosquilleaban los cuellos húmedos de los funcionarios con sus rápidas y frías patas almohadilladas, borrosas fotografías cóncavas recién tomadas donde aparecen los rasgos infrahumanos de unos rostros que no son sino el doble de otros rostros, la mirada trágica y la paciencia y educación de solicitantes de visados nacidos en Slutzk, Starodub o Bobruisk, las poleas y capuchas de la Santa Inquisición, la horrible sonrisa de un hombre calvo con gafas al que le acababan de comunicar que no encontraban su pasaporte.

Confieso que una noche, después de un día particularmente abominable, me hundí en un banco de piedra a llorar y a maldecir este mundo de mentiras donde millones de vidas hacían juegos malabares en las pegajosas manos de cónsules y commissaires. Observé que ella también lloraba, y entonces le dije que nada habría tenido la importancia que en aquel momento cobraba si ella no hubiera decidido hacerlo que hizo.

—Creerás que estoy loca —dijo con una vehemencia que, por un segundo, casi hizo de ella una persona real— pero no lo hice… te juro que no lo hice. Quizás es que he vivido varias vidas a la vez. Quizás quería ponerte a prueba. Quizás este banco es un sueño y ahora nos encontramos en Saratov o quizás en alguna estrella.

Sería tedioso detenerse exhaustivamente en las minucias de las diferentes etapas que recorrí hasta aceptar finalmente la primera versión de su demora. Decidí no

hablarle y pasaba mucho tiempo solo. Ella brillaba y se desvanecía y reaparecía con algún detalle insignificante que pensaba que yo iba a apreciar: un puñado de cerezas, tres cigarrillos precarios, cosas así, tratándome con la dulzura suave e imperturbable de una enfermera que entra y sale de puntillas de la habitación de un malhumorado convaleciente. Dejé de visitar a la mayoría de nuestros amigos comunes porque habían perdido todo interés en los asuntos relacionados con mi pasaporte y parecían haberse transformado en enemigos vagos. Compuse varios poemas. Bebí todo el vino que pude conseguir. Un día la abracé contra mi rugiente pecho y nos fuimos a pasar una semana a Caboule, donde nos tumbamos en las piedras rosas de su estrecha playa. Por raro que parezca, cuanto más feliz parecía nuestra nueva relación, con más fuerza sentía yo una corriente subterránea de tristeza lacerante, pero me decía a mí mismo que aquello era un rasgo intrínseco de toda felicidad verdadera.

Entre tanto, algo había cambiado en el patrón mudable de nuestros destinos y finalmente conseguí salir de una oficina oscura y caliente con un par de orondos *visas de sortie* sujetos en mis manos trémulas. Inyectaron en los visados el correspondiente suero americano y corrí hasta Marsella, donde conseguí billetes para el próximo barco. Volví y subí pesadamente las escaleras. Vi una rosa en un jarrón de cristal sobre la mesa, el rosa azucarado de su evidente belleza, las burbujas de aire parásitas agarrándose a su tallo. Sus dos vestidos de reserva habían desaparecido, su cepillo había desaparecido, su abrigo a cuadros había desaparecido, como también la banda malva con el lazo también malva que había sido su sombrero. No había ninguna nota en la almohada, nada en el cuarto que me iluminara, porque ni que decir tiene que la rosa era tan sólo lo que los poetastros franceses denominan *une cheville*.

Fui a casa de los Veretennikov, que no sabían nada; a la de los Hellman, que se negaron a decirme nada; y a la de los Elagin, que no estaban seguros de si decírmelo o no. Finalmente, la anciana —y ya sabes cómo es Anna Vladimirovna en los momentos cruciales— me pidió que le alcanzara su bastón de punta de goma, liberó pesada pero enérgicamente su porte de su butaca favorita y me condujo al jardín. Allí me informó de que, como me doblaba la edad, tenía todo el derecho a decirme que yo era un chulo y un sinvergüenza.

Tienes que imaginarte la escena: el jardín de piedrecillas pequeñas con su urna azul de *Las mil y una noches* y el ciprés solitario; la terraza agrietada donde el padre de la anciana dormía con una manta sobre las rodillas, cuando se retiró de su puesto de gobernador de Novgorod para pasar unas últimas veladas en Niza; el cielo color verde pálido; una ráfaga de vainilla en el crepúsculo creciente; los grillos que emitían su canto metálico entonado dos octavas por encima de un do sostenido, y Anna Vladimirovna, con sus mejillas colgando en un temblor de pliegues, que me recriminaba con insultos maternales que yo no merecía en absoluto.

En las semanas precedentes, mi querido V., cada vez que había ido a visitar a las

tres o cuatro familias que ambos conocíamos, mi fantasmal esposa había colmado los ansiosos oídos de aquella amable gente con una historia extraordinaria. Asómbrate: que se había enamorado perdidamente de un joven francés que le podía ofrecer una mansión palaciega con torres y atalayas y un nombre aristocrático; que me había implorado para que le concediera el divorcio y que yo me había negado; lo que es más, que yo había llegado a decir que antes le pegaría un tiro a ella para suicidarme después de partir para Nueva York solo; que ella me había dicho que en una ocasión semejante su padre había reaccionado como un caballero; y que yo le había contestado que me importaba un comino su *cocu de père*.

Había otros miles de detalles semejantes igual de absurdos, pero estaban tan extraordinariamente amañados que no me sorprende que la anciana me hiciera jurar que no intentaría perseguir a los amantes con una pistola cargada. Se habían fugado, me dijo, a un castillo en Lozère. Yo le pregunté si había tenido la ocasión de ver a aquel hombre. No, pero le habían mostrado una foto. Cuando ya estaba a punto de marcharme, Anna Vladimirovna, que se había ya relajado un tanto y me había permitido besarle la mano, se puso toda nerviosa de repente y empezó a golpear los guijarros con su bastón y luego musitó con esa voz característica suya, profunda y grave: «Pero hay algo que nunca te perdonaré… su perro, ese pobre animal que ahorcaste con tus propias manos antes de abandonar París».

No sé si el caballero de rentas y mansiones palaciegas se había convertido de repente en un viajante de comercio, o si la metamorfosis se había producido en sentido contrario o si no era ni uno ni otro el caso, sino más bien aquel ruso anodino que la había cortejado antes de nuestro matrimonio… todo ello no viene para nada a cuento. Ella se había ido. Era el final. Habría estado loco si hubiera iniciado el vericueto de pesadillas que habrían de conducir, una vez más, a su búsqueda y espera, que no captura.

En la cuarta mañana de un deprimente, largo viaje por mar, me encontré en cubierta con un viejo doctor solemne y agradable con quien había jugado al ajedrez en París. Me preguntó si mi mujer estaba molesta con la bravura del mar. Le contesté que viajaba solo, a lo que pareció sorprendido, y entonces dijo que un par de días antes de embarcar la había visto, en Marsella, paseando, sin rumbo fijo, pensó, por el muelle. Ella le dijo entonces que estaba esperando a que me reuniera con ella con el equipaje y los billetes.

Y aquí reside, me temo, el quid de todo el relato, aunque si lo escribes, será mejor que no concedas al personaje principal la profesión de médico, porque eso ya se ha hecho demasiadas veces. Fue en aquel momento cuando tuve realmente la seguridad de que ella no había existido nunca. Te diré otra cosa. Cuando llegué, me apresuré a satisfacer una cierta curiosidad mórbida: fui hasta la dirección que ella me había dado en tiempos; resultó ser un vacío solar anónimo entre dos edificios de oficinas; busqué

el nombre de su tío en la guía telefónica; no estaba; hice algunas averiguaciones, y Gekko, que lo sabe todo, me informó de que aquel hombre junto con su caballuna mujer existían en toda regla, pero que se habían trasladado a San Francisco después de que muriera su hija pequeña sordomuda.

Contemplando el pasado gráficamente, veo nuestro confuso y destrozado idilio sepultado en un profundo valle de niebla, entre el despeñadero abierto entre dos sólidas montañas factuales: la vida había sido real antes, la vida será real a partir de ahora, espero. Pero no mañana, sin embargo. Quizá pasado mañana. No puedo esperar que tú, feliz mortal, con tu maravillosa familia (por cierto ¿cómo está Inés? ¿Cómo están los gemelos?) y tu trabajo diversificado (¿cómo van los líquenes?) entiendas o interpretes mi infortunio en términos de comunión humana, pero quizá puedas aclararme algunas cosas a través del prisma de tu arte.

Y sin embargo, la piedad de todo ello. Maldito sea tu arte, soy abominablemente desgraciado. Ella sigue paseándose de acá para allá, en cualquier lugar en donde tienden a secar las redes pardas sobre lajas de piedras calientes y la moteada luz del agua juega con la amura de un bote pesquero amarrado en el puerto. En algún lugar, de alguna forma, he cometido un error fatal. Entre las redes pardas se deja ver el entreverado brillo de unos minúsculos puntos pálidos que no son sino las rotas escamas de los peces. Quizá todo acabe en Alepo si no pongo más cuidado. Evítamelo, querido V.: tus dados estarán cargados de implicaciones insoportables si lo eligieras como título.

Un poeta olvidado [*]

1.

En 1899, en el San Petersburgo de aquellos días, solemne, mullido e inmune al cambio, una organización cultural prominente, la Sociedad para el Progreso de la Literatura Rusa, decidió conmemorar a bombo y platillo la figura del poeta Konstantin Perov, muerto cincuenta años atrás a la ardiente edad de veinticuatro años. Se le conocía como el Rimbaud ruso y, aunque el joven francés le superaba en genio y talento, la comparación no era del todo injustificada. Cuando sólo tenía dieciocho años había compuesto sus extraordinarias *Noches georgianas*, un largo poema épico irregular y lleno de divagaciones ensoñadoras, en algunos de cuyos pasajes se rasga el velo del ambiente oriental para dejar que penetre esa corriente divina que súbitamente localiza el efecto sensorial de toda poesía verdadera en las entrañas y en el cuerpo.

Tres años más tarde apareció un nuevo poemario: había sucumbido a la influencia de algún que otro filósofo alemán, por lo que algunos poemas resultaban irritantes en razón de su intento grotesco de combinar un auténtico aliento lírico con una explicación metafísica del universo; pero la mayoría siguen mostrando hoy en día la misma vitalidad y personalidad que tenían en la época en la que aquel extraño joven dislocó el vocabulario ruso y retorció la misma encarnadura de los epítetos convenidos para conseguir que la poesía se rompiera en gritos o en balbuceos apremiantes abandonando los trillados gorjeos habituales. Muchos lectores prefieren sus poemas apasionados en los que las ideas de emancipación, tan características de los años cincuenta en Rusia, se expresan por medio de un torrente glorioso de oscura elocuencia que, como observara un crítico, «no nos muestra al enemigo pero nos lleva a estallar como lectores en un deseo apasionado de lucha». Personalmente prefiero las formas líricas más puras, aunque también más desiguales, de poemas como *El gitano* o *El murciélago*.

Perov era hijo de un pequeño terrateniente del que tan sólo se sabe que trató de plantar té en su finca junto a Luga. El joven Konstantin (por utilizar un tono biográfico) pasó la mayor parte de su vida en San Petersburgo, estudiando vagamente en la universidad y, más tarde, buscando, también vagamente, algún tipo de trabajo de oficina; en realidad, sabemos más bien poco de su existencia, más allá de las generalidades sin importancia que corresponden, en cualquier caso, a las actividades de los jóvenes de su edad y condición. Un pasaje de la correspondencia del famoso

poeta Nekrasov, a quien un día conoció casualmente en una librería, esboza la imagen de un joven taciturno, desequilibrado, «torpe y brusco» con «los ojos de un niño y la espalda de un empleado de una compañía de mudanzas».

También se menciona su nombre en un informe policial, donde se le presenta en un café de la avenida Nevsky «conversando en tono conspiratorio con otros dos estudiantes». Y se dice que su hermana, que se casó con un comerciante de Riga, deploraba sus escarceos amorosos con modistas y lavanderas. En el otoño de 1849 visitó a su padre con el propósito concreto de obtener algún dinero para viajar a España. Su padre, un hombre de reacciones primarias, le abofeteó en la cara; y unos días más tarde, el pobre chico se ahogó mientras se bañaba en un río cercano. Se encontraron sus ropas y una manzana medio comida abandonadas bajo un abedul, pero nunca se logró recuperar el cuerpo.

Su fama fue creciendo lentamente: un pasaje de las *Noches georgianas*, siempre el mismo, en todas las antologías; un artículo violento escrito por el crítico radical Dobrolubov, en 1859, alabando las implicaciones revolucionarias de sus poemas más débiles; en los ochenta, la opinión generalizada de que el ambiente reaccionario había frustrado y destruido finalmente un talento importante aunque todavía en desarrollo; eso era más o menos todo lo que había.

En los años noventa, y en razón de un interés más saludable por la poesía que coincidió, como suele pasar a veces, con una época políticamente aburrida pero enérgica, comenzó a desatarse un extraordinario interés por redescubrir las rimas de Perov mientras que, por otro lado, la gente de mentalidad liberal manifestaba su acuerdo con la versión esbozada por Dobrolubov. La suscripción para erigirle un monumento en uno de los parques públicos constituyó un auténtico éxito. Una editorial importante recogió toda la parva información existente en torno a la vida de Perov y sacó sus obras completas en un volumen más bien grueso. Las revistas contribuyeron a su fama con una serie de artículos eruditos. El acto conmemorativo en una de las mejores salas de la capital atrajo a una multitud.

2.

Unos minutos antes de que empezara el acto, mientras los conferenciantes esperaban todavía reunidos en una sala de juntas que había detrás del escenario, se abrió la puerta de golpe y entró un enérgico anciano, vestido con una levita que había conocido —ya fuera en sus hombros o en los de otro hombre— días mejores. Sin prestar la más mínima atención a las advertencias de unos estudiantes universitarios que llevaban una insignia en la solapa, los cuales, en su papel de acomodadores, estaban tratando de impedir su entrada, él siguió andando con toda dignidad hasta la mesa, se inclinó ante el comité de conferenciantes, y dijo: «Soy Perov».

Un amigo mío, que casi me dobla la edad y que es el único testigo vivo de aquel

momento, me cuenta que el presidente del comité (quien como editor de un periódico tenía mucha experiencia en tratar con intrusos extravagantes) dijo sin siquiera levantar los ojos de la mesa: «Échenle de aquí». Pero no lo hizo nadie —quizá porque uno tiende a mostrar cierta cortesía ante un anciano que parece bastante borracho. Pero él se sentó a la mesa y, tras elegir a la persona que le pareció que mostraba un semblante más dulce, es decir, a Slavsky, un traductor de Longfellow, Heine y de Sully-Prudhomme (y más tarde miembro de un grupo terrorista), le preguntó en tono prosaico si ya habían recolectado «el dinero para el monumento» y si ése era el caso cuándo podía disponer del mismo.

Todos los relatos coinciden en la forma curiosamente apacible en la que presentó sus exigencias. No insistió en su demanda. Se limitó a establecer los hechos como si no albergara la más mínima duda de que no pudieran dar crédito a sus palabras. Lo que impresionaba era que al comienzo mismo de aquel asunto tan extraño, en aquella habitación aislada y entre aquellos hombres de reputación tan notable, se presentara aquel anciano, con su barba patriarcal, sus cansados ojos pardos y su narizota, preguntando tranquilamente acerca de los beneficios de la colecta, sin inquietarse en absoluto por presentar una serie de pruebas que acreditaran su personalidad, pruebas que cualquier impostor vulgar hubiera podido falsear en circunstancias semejantes.

—¿Es usted uno de sus familiares? —le preguntó alguien.

—Me llamo Konstantin Konstantinovich Perov —dijo el anciano pacientemente —. He creído entender que hay un descendiente de mi familia en la sala, pero eso no viene al caso.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Slavsky.

—Tengo setenta y cuatro años —contestó—, y he sido víctima de una serie de malas cosechas sucesivas.

—Usted sabe bien, me imagino —observó el actor Yermakov—, que el poeta cuya memoria honramos hoy se ahogó en el río Oredezh exactamente hace cincuenta años.

—*Vzdor* (Tonterías) —le rebatió el anciano—. Yo mismo orquesté aquel suceso por razones que no viene al caso explicar.

—Y ahora, querido amigo —dijo el presidente del comité—, creo que tiene que irse.

Lo apartaron de sus mentes y fueron en tropel hasta el estrado severamente iluminado donde otra mesa de juntas, cubierta con un solemne paño rojo, con el número necesario de sillas tras ella, llevaba un buen tiempo hipnotizando a la audiencia con el brillo de una jarra de agua tradicional. A la izquierda de la mesa, se exponía un retrato, un óleo, cedido por la galería de arte Sheremetevski: representaba a Perov a los veintidós años, un joven de tez morena y cabellera romántica vestido con una camisa abierta. El caballete había sido piadosamente camuflado con una serie

de flores y hojas verdes. Un atril con otra jarra de agua surgía amenazador en la parte delantera del escenario y un piano de cola esperaba entre bastidores el momento en que lo hicieran rodar a escena para la parte musical del programa nocturno.

La sala estaba atestada de público, gente del mundo literario, abogados ilustrados, estudiosos, inquietos estudiantes universitarios de ambos sexos, y demás. Unos cuantos humildes agentes de la policía secreta habían recibido órdenes de asistir al homenaje en lugares discretos de la sala, porque el gobierno sabía por experiencia que las asambleas culturales más tranquilas tenían una extraña disposición a transmutarse en orgías de propaganda revolucionaria. El hecho de que uno de los poemas de Perov encerrase una alusión velada aunque benevolente a la insurrección de 1825 aconsejaba tomar ciertas precauciones; nunca se sabía lo que podía ocurrir cuando una voz declamara en público versos como: «El melancólico murmullo de los alerces siberianos susurra en los oídos del mineral subterráneo» («*sibirskikh pikht oogrewmyi shorokh s podzemnoy snositsa roodoy*»).

Como cuenta una de las versiones del hecho, «muy pronto uno se apercibía de que algo vagamente parecido a un conflicto dostoievskiano [el autor está pensando en un pasaje bufonesco de *Los demonios*] estaba creando un ambiente de suspense y de extrañeza». Ello era debido al hecho de que el anciano caballero siguió deliberadamente a los siete miembros del comité hasta el estrado y allí intentó sentarse con ellos a la mesa. El presidente, interesado fundamentalmente en evitar que se produjera una escena a la vista del público, hizo todo lo que pudo para obligarle a desistir de su empeño. Escudándose públicamente en una educada sonrisa, susurró al patriarca que haría que lo echaran de la sala si no liberaba el respaldo de la silla que Slavsky, con aire despreocupado pero con energía de hierro, trataba a escondidas de arrancar de la nudosa mano del anciano. El anciano se negó, pero aun así perdió la silla y se quedó sin asiento. Miró en torno suyo, vio el banco del piano entre bastidores y con toda frialdad lo empujó a escena justo una fracción de segundo antes de que uno de los tramoyistas tratara de impedírselo. Se sentó a cierta distancia de la mesa e inmediatamente se convirtió en la pieza de exhibición número uno.

Y al llegar aquí el comité cometió la torpeza fatal de olvidarse de su presencia; su preocupación dominante, repitámoslo, era evitar una escena; y además, la hortensia azul que había junto al retrato ocultaba en parte la presencia inquietante del intruso a los ojos de los miembros de la mesa. Lamentablemente, la visión del anciano caballero se imponía conspicua ante la audiencia, sentado en aquel pedestal inadecuado (cuyos recurrentes crujidos insinuaban sus posibilidades de rotación), mientras abría la funda de las gafas y echaba vaho sobre los cristales, absolutamente tranquilo y cómodo, en tanto que su cabeza venerable, sus ajadas ropas negras y sus botas con elásticos a los lados sugerían simultáneamente tanto al profesor ruso necesitado como al próspero enterrador ruso.

El presidente fue hasta el atril y se lanzó a su discurso de apertura del acto. Una oleada de murmullos se dispersó entre la audiencia, porque la gente, naturalmente, tenía curiosidad por saber quién era aquel tipo anciano. Con las gafas bien puestas, las manos sobre las rodillas, ladeaba la cabeza para escrutar el retrato, cuya contemplación abandonó luego para fijar su mirada en la primera fila de espectadores. Pronto se estableció, inevitablemente, un vaivén de miradas inquisitivas y luego cómplices, entre la reluciente cúpula de su cabeza y la cabeza rizada del retrato, porque en el transcurso del largo discurso del presidente se fueron conociendo los detalles de la incursión del intruso y la imaginación de algunos empezó a jugar con la idea de que un poeta asociado a una época casi legendaria, relegado cómodamente a los libros de texto, una criatura anacrónica, un fósil viviente en las redes de pescadores ignorantes, una especie de Rip van Winkle, asistía en carne y hueso chocho ya y miserable, a la reunión dedicada a conmemorar la gloria de su juventud.

—… que el nombre de Perov —decía el presidente, finalizando ya su discurso— no lo olvide nunca la Rusia pensante. Tyutchev ha afirmado que nuestro país eternamente recordará a Pushkin, quien siempre será como un primer amor. En cuanto a Perov podemos afirmar que constituye la primera experiencia que Rusia ha tenido de la libertad. Para un observador superficial, esta libertad puede parecer limitada a la increíble suntuosidad de las imágenes poéticas de Perov que seducen fundamentalmente al artista más que al ciudadano. Pero nosotros, representantes de una generación más severa, nos inclinamos más bien a buscar y descifrar en sus poemas un sentido más profundo, más vital, más humano, más social en versos como los siguientes:

Cuando las últimas nieves se oculten tras la sombra del muro del camposanto
y las crines del caballo azabache de mi vecino
muestren el presto brillo azul en el presto sol de abril
y los charcos se multipliquen en las manos negras de la tierra,
entonces mi corazón despertará y a salvo en sus jirones
emprenderá su marcha hasta los pobres, los ciegos y los necios,
cuyas espaldas esclaviza el hambre de sus cuerpos,
hasta todos aquellos cuyos ojos, cansados de deseo o desesperación,
se ciegan a la nieve, al azul del caballo, al milagro del charco.

Un estallido de aplausos saludó los versos, pero de repente el aplauso se quebró para dar lugar a unas disonantes carcajadas porque mientras el presidente, que todavía vibraba con las palabras que acababa de pronunciar, volvía a la mesa, el barbado

intruso se levantó a agradecer los aplausos con inclinaciones espasmódicos de la cabeza y extraños movimientos de manos, con una expresión que combinaba una cierta gratitud formal junto con un punto de impaciencia. Slavsky y un par de tramoyistas hicieron un último esfuerzo desesperado para llevárselo de allí, pero desde el fondo del público surgieron unos gritos que decían: «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!» y «*Astavte starika!*». («¡No se metan con el anciano!»)

En una de las versiones del suceso se sugiere que el anciano tenía una serie de cómplices entre los espectadores, pero yo más bien pienso que la compasión de las masas, que puede surgir tan inesperadamente como la venganza en las mismas, basta para explicar el giro que iban tomando los acontecimientos. A pesar de que tenía que habérselas con tres hombres, el «*starik*» consiguió mantener una increíble dignidad en su comportamiento y, cuando logró recuperar de las manos de sus poco entusiasmados asaltantes el taburete del piano que éstos habían tirado al suelo mientras peleaban con él para llevárselo, se produjo un murmullo de satisfacción entre el público. Sin embargo, no quedaba más remedio que constatar que, lamentablemente, el ambiente del acto se había deteriorado irremisiblemente. Los miembros más jóvenes y más pendencieros del público comenzaban a divertirse mucho con todo aquello. El presidente, con un temblequeo en las aletas de la nariz, se sirvió un vaso de agua. Dos agentes secretos intercambiaron miradas de cautela desde sus respectivas posiciones en la sala.

3.

Al discurso del presidente le sucedió el del tesorero dando cuentas de las sumas recibidas de distintas instituciones y personas para erigir un monumento a Perov en uno de los parques de la zona residencial de la ciudad. El anciano sacó sin apresurarse un trozo de papel y un lapicero romo y, apoyando el papel en las rodillas, empezó a anotar y a comprobar los números que se iban mencionando. Luego la nieta de la hermana de Perov apareció un momento sobre el escenario. Los organizadores habían tenido algún problema con esta parte del programa porque la persona en cuestión, una mujer joven, gruesa, de ojos saltones y pálida como la cera, estaba recluida en una casa de salud donde recibía tratamiento por sus ataques de melancolía. La mostraron al público durante un segundo, con aquella boca retorcida y su patético vestido rosa, y luego la entregaron a toda prisa a los brazos firmes de una mujer corpulenta enviada por el sanatorio.

Cuando Yermakov, que en aquellos días era el favorito del público teatral, una especie de beau tenor en términos dramáticos, empezó a recitar con su voz acaramelada las palabras del príncipe de las *Noches georgianas*, resultó evidente que incluso sus más fanáticos seguidores estaban más interesados en las reacciones del anciano que en la belleza de su recitado. Al llegar a los versos

Si el metal nunca muere, hay un lugar entonces
que guarda el bruñido botón que un día lejano
perdí en aquel jardín cuando cumplí siete años.
Encontrad el botón, que mi alma sepa
de otras almas salvadas y a recaudo
guardadas en la tierra, atesoradas

se quebró, por vez primera, su compostura, y procedió, con toda lentitud, a desplegar un gran pañuelo con el que se sonó la nariz a todo trapo —con tal estruendo, que la mirada de Yermakov, cernida por trazos que le daban la profundidad y el brillo de un diamante, bizqueó de terror como los ojos asustados de un corcel despavorido.

El pañuelo volvió a su lugar entre los pliegues de la levita, y tuvieron que pasar varios segundos para que la gente de la primera fila se diera cuenta de que una primera hilera de lágrimas andaba ya goteando bajo sus gafas. No hizo intento alguno de secárselas, aunque en un par de ocasiones se llevó la mano al rostro con dedos extendidos como si fueran garras, pero la dejó caer, como si con aquel gesto (que constituyó el punto culminante de toda aquella delicada obra maestra) temiera atraer la atención del público hacia sus lágrimas. El tremendo aplauso que saludó el final del poema constituyó más bien un tributo a la actuación del anciano que a la interpretación de Yermakov. Luego, tan pronto como los aplausos se fueron agotando, se levantó y caminó hasta el borde mismo del estrado.

Los miembros del comité no hicieron el más mínimo intento por detenerle, y ello por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque el presidente, exasperado por el protagonismo del comportamiento del anciano, había salido un momento a dar ciertas órdenes. En segundo lugar, porque un batiburrillo de dudas extrañas había comenzado a inquietar a algunos de los organizadores, por lo que se hizo un completo silencio cuando el anciano apoyó los brazos en el atril.

—Y la fama se reduce a esto —dijo con una voz tan apagada que de las últimas filas surgieron gritos que clamaban: «¡Más alto! ¡Más alto!».

—Estoy diciendo que la fama se reduce a esto —repitió, contemplando tristemente al público por encima de la montura de sus gafas—. ¡Una veintena de poemas frívolos, palabras concebidas como juegos y chanzas, y el nombre del poeta pasa a la posteridad como si hubiera sido un hombre de provecho para la humanidad! No, caballeros, no se engañen. Nuestro imperio y el trono de nuestro padre el zar todavía se yerguen en su lugar, semejantes al trueno helado en todo su poderío invulnerable, y el joven iluso que emborronaba versos rebeldes hace medio siglo es ahora un anciano cumplidor de la ley a quien respetan los ciudadanos honrados. Un anciano, déjenme que les diga, que necesita de su protección. Soy la víctima de los elementos; la tierra que he labrado con mi sudor, los corderos que he amamantado

personalmente, el trigo cuyos brazos he contemplado moverse al viento…

Y al llegar aquí, dos policías enormes se llevaron rápidamente al anciano sin que opusiera resistencia. El público alcanzó a ver cómo lo sacaban de allí como una exhalación: la chaqueta a un lado, la barba de otro, una esposa colgando de la muñeca, pero con el orgullo y la gravedad retratados todavía en su mirada.

En la reseña del acto, los periódicos más importantes se refirieron tan sólo de pasada al «lamentable incidente» que lo había estropeado un tanto. Pero el desprestigiado *Heraldo de San Petersburgo*, un panfleto reaccionario y sensacionalista editado por los hermanos Kherstov en beneficio de la clase media baja y de un sustrato bienaventuradamente semianalfabeto de trabajadores, proclamó en una serie de artículos que el «lamentable incidente» no era sino la reaparición del auténtico Perov.

4.

Mientras tanto, el anciano fue recogido por el riquísimo mercader Gromov, un excéntrico de lo más vulgar, cuya residencia estaba repleta de monjes vagabundos, curanderos, y «progromísticos». El *Heraldo* publicó unas entrevistas con el impostor. En las mismas, aquél decía cosas horribles acerca de «los lacayos del partido revolucionario» que le habían robado su identidad y también su dinero. Se proponía recuperar aquel dinero legalmente sacándoselo a los editores de las obras completas de Perov. Un estudioso borracho relacionado con la casa de Gromov observó las semejanzas (desgraciadamente bastante evidentes) entre los rasgos del anciano y los del retrato.

Apareció un relato detallado pero totalmente improbable de cómo había orquestado un suicidio para llevar en adelante una vida cristiana en el seno de la santa Rusia. Había sido de todo, vendedor ambulante, cazador de pájaros, barquero en el Volga, y había acabado por adquirir un poco de tierra en una provincia lejana. Yo he visto un ejemplar de un librillo sórdido, *La muerte y resurrección de Konstantin Perov*, que solían vender por las calles unos mendigos muertos de frío junto con las *Aventuras del marqués de Sade* y los *Recuerdos de una amazona*.

Pero mi mejor hallazgo, no obstante, en mi búsqueda por viejos archivos, es una fotografía toda borrosa del barbado impostor encaramado sobre el mármol del inacabado monumento a Perov en un parque de árboles desnudos. Se le ve muy erguido con los brazos cruzados; lleva una gorra de piel redonda y un par de polainas nuevas, pero va sin abrigo; un pequeño grupo de admiradores está reunido a sus pies, y sus rostros blancos miran pequeños a la cámara con aquella mirada tan peculiar de complacencia, de mirarse al ombligo tan típica de los grupos dispuestos a linchar a alguien.

En este ambiente donde florece el gamberrismo y la complacencia reaccionaria

(tan íntimamente unido en Rusia con los ideales gubernamentales, independientemente de que el zar se llame Alejandro, Nicolás o Ivan), la *intelligentsia* apenas podía visualizar el desastre que suponía el identificar al Perov puro, ardiente y revolucionario, de sus poemas como un anciano vulgar revolcándose en una pocilga pintada. Lo trágico era que aunque ni Gromov ni los hermanos Kherstov creían realmente que aquel histrión fuera el verdadero Perov, muchos ciudadanos honrados y cultivados habían llegado a obsesionarse con la idea imposible de que habían expulsado a la Verdad y a la Justicia.

Como dice una carta de Slavsky a Korolenko que acaban de publicar: «Uno se estremece al pensar que una dádiva del destino sin precedente en la historia, la resurrección de un gran poeta del pasado, como un Lázaro que emergiera de su tumba, pueda ser ingratamente olvidada, incluso, aún peor, que pueda ser considerada un engaño diabólico por parte del hombre cuyo único crimen ha sido medio siglo de silencio y unos cuantos minutos de palabrería enloquecida». Las palabras son confusas pero el nudo de su argumentación está claro: la Rusia intelectual tenía menos miedo a resultar víctima de un engaño que a apadrinar un espantoso error. Pero había algo que todavía temía más, la destrucción de un ideal; porque un tipo radical está dispuesto a destrozar todo en el mundo excepto la palabrería trivial, por más dudosa y anticuada que resulte, que por alguna razón oscura ha bendecido el radicalismo.

Se rumorea que en cierta sesión secreta de la Sociedad para el Progreso de la Literatura Rusa, los expertos examinaron con toda minuciosidad las numerosas epístolas insultantes que el anciano seguía enviando y las compararon con una carta antigua del poeta cuando era todavía adolescente. Había sido descubierta en un archivo privado, se creía que era el único ejemplar existente escrito de puño y letra de Perov, y sólo los eruditos y especialistas que examinaron su tinta gastada sabían de su existencia. Pero tampoco sabemos cuáles fueron sus conclusiones.

Se rumorea también que se consiguió reunir una suma de dinero con la que abordaron al anciano sin que lo supieran sus lamentables compañeros. Al parecer, se le concedió una pensión mensual bajo la condición de que volviera al punto a la granja y se quedara allí olvidado en un decoroso silencio. Aparentemente, también, aceptó el ofrecimiento, porque se desvaneció tan abruptamente como había surgido mientras Gromov se consoló de la pérdida del juguete adoptando a un turbio hipnotizador de origen francés que un año o dos más tarde gozaría de cierto éxito en la Corte.

El monumento se inauguró a su debido tiempo y pasó a ser el favorito de las palomas locales. Las ventas de las obras completas se fueron espaciando y gotearon tranquilamente hasta detenerse en medio de la cuarta edición. Finalmente, unos años más tarde, en la región de nacimiento de Perov, el habitante más viejo, aunque no

necesariamente el más brillante le dijo a una periodista que recordaba que su padre le había comentado que había encontrado un esqueleto en una zona del río llena de juncos.

5.

Y esto hubiera sido todo de no haber llegado la Revolución, mezclando las lajas de rica tierra con las raicillas blancas de pequeñas plantas y con gordos gusanos malvas que, de otra manera, hubieran permanecido enterrados. Cuando a comienzos de los años veinte, en la oscura ciudad hambrienta pero mórbidamente activa, surgieron varias instituciones culturales extrañas (como librerías donde los escritores famosos pero indigentes vendían sus propios libros, y demás), alguien se ganó el salario de un par de meses montando un pequeño museo en torno a Perov y ello condujo a una nueva resurrección.

¿Qué se exhibía? Todo excepto una cosa (la carta). Un pasado de segunda mano en una sala desguarnecida. Los ojos ovalados y los rizos pardos del inapreciable retrato de Sheremetevsky (con una grieta en la región del cuello descubierto que sugería que alguien había quizá intentado decapitarlo); un volumen gastado de las *Noches georgianas* cuya propiedad se atribuía a Nekrasov; una fotografía insulsa de la escuela del pueblo construida en el lugar donde el padre del poeta tenía su casa y el huerto. Un viejo guante que se había dejado olvidado algún visitante del museo. Varias ediciones de las obras de Perov distribuidas de forma que ocuparan el mayor espacio posible.

Y como estas pobres reliquias se resistían a formar una familia feliz, se incorporaron a la exposición varios artículos de época, como la bata que llevaba un famoso crítico radical cuando trabajaba en su estudio rococó y las cadenas que había llevado en su prisión siberiana de madera. Pero, de nuevo, como ni estos objetos ni tampoco los retratos de varios artistas contemporáneos ocupaban el suficiente espacio, hubo que instalar en el centro de la sala sombría una réplica del primer vagón de ferrocarril que circuló por Rusia (en los años cuarenta, entre San Petersburgo y Tsarskoye Selo).

El anciano, que ya tenía más de noventa años pero seguía hablando con propiedad y se mantenía todavía erguido, se presentaba en el museo como si fuera el anfitrión en lugar del portero. Tenías la extraña impresión de que estaba a punto de llevarte hasta la próxima estancia (inexistente), donde se iba a servir la cena. Todas sus posesiones se reducían, sin embargo, a una estufa detrás de un biombo y al banco en el que dormía; pero si comprabas uno de los libros que se vendían a la entrada, te lo firmaba y dedicaba con la mayor naturalidad.

Pero una mañana lo encontró muerto en el banco la mujer que le llevaba la comida. Durante una temporada vivieron en el museo tres familias peleonas y muy

pronto desaparecieron los objetos expuestos. Y como si una gran mano con un gran ruido como de raspado hubiera desgarrado una serie de páginas de un número de libros, o como si un novelista frívolo hubiera embotellado un diablillo de ficción dentro de un vaso de verdad, o como si…

Pero no importa. De una forma u otra, en los veinte años siguientes más o menos, Rusia perdió todo contacto con la poesía de Perov. Los jóvenes ciudadanos soviéticos saben tan poco de sus obras como de las mías. Sin duda llegará el día en que volverán a publicarlas y de nuevo despertarán admiración; no obstante, no puedo evitar el pensar que, tal y como están las cosas, la gente se está perdiendo algo importante. Me pregunto, asimismo, qué pensarán en el futuro los historiadores acerca del anciano y de su extraordinaria pretensión. Pero eso, desde luego, es un asunto de importancia secundaria.

De horas y mareas [*]

1.

En aquellos florecidos días de mi convalecencia, después de una severa enfermedad que nadie, y menos que nadie el propio paciente, pensaba que un organismo de noventa años hubiera podido superar, mis queridos amigos Norman y Nura Stone me aconsejaron que prolongara la tregua concedida a mis estudios científicos y que buscara un poco de sosiego en alguna ocupación inocente como el damero maldito o los solitarios.

Lo primero lo descarté por imposible, ya que rastrear el nombre de una ciudad asiática o el título de una novela española a través de un laberinto de sílabas en la última página del periódico de la tarde (una hazaña que mi nieta más joven realiza con máximo brío) me parece mucho más laborioso que enredar con tejidos animales. Los solitarios, por el contrario, son dignos de consideración, especialmente cuando uno es sensible al proceso mental que los hace posibles; ¿porque acaso no es un juego semejante el sentarse a escribir los recuerdos personales, un juego en el que acontecimientos y emociones son las cartas que uno saca de la baraja del examen ocioso del pasado?

Se cuenta que Arthur Freeman decía que los memorialistas son hombres que no tienen la suficiente imaginación para escribir novelas ni una buena memoria para escribir la verdad. Y este crepúsculo de medias luces expresivas es asimismo el medio en el que me veo obligado a flotar. Como otros ancianos que me han precedido, he descubierto que el tiempo reciente es fastidiosamente confuso, mientras que al final del túnel descubro luces y colores. Logro distinguir con precisión y detalle cada uno de los meses de 1944 o de 1945, pero se confunden por completo estaciones y tiempos cuando quiero recordar lo acontecido en 1997 o en el 2012. No consigo recordar el nombre del eminente científico que atacó mi último artículo, como también he olvidado aquellos epítetos con que le obsequiaron mis igualmente eminentes defensores. Soy incapaz de acordarme de la fecha en que la Sección Embriológica de la Asociación de Amantes de la Naturaleza de Reikiavik me eligió miembro correspondiente, o de cuándo, exactamente, la Academia Americana de las Ciencias me concedió su premio más prestigioso. (Recuerdo, sin embargo, el profundo placer que me proporcionaron aquellos honores.) Del mismo modo, un hombre que observa el firmamento a través de un tremendo telescopio no ve los cirros de otoño sobre su huerto encantado, a la par que contempla, como lo

contempló por dos veces mi añorado colega, el difunto profesor Alexander Ivanchenko, los enjambres de hesperozoos en un valle húmedo del planeta Venus.

Sin duda, las «innumerables imágenes nebulosas» que nos han sido legadas por las curiosamente melancólicas fotografías mates y sepias del siglo pasado exageran la impresión de irrealidad que aquel siglo ejerce sobre aquellos que no lo recuerdan; pero no por eso deja de ser cierto que los seres que poblaban el mundo en mis años de infancia resultan aún más remotos para la generación actual que lo que a ellos les parecía el siglo XIX. El mundo que poblaba mi infancia estaba todavía inmerso en el prejuicio y la mojigatería del siglo precedente. Se agarraba a la tradición como el sarmiento que se enreda persistente al leño de la vid ya muerta. Tomaban sus comidas en mesas larguísimas en torno a las cuales se sentaban erectos y tiesos en rígidas sillas de madera. Las ropas consistían en una serie interminable de distintas prendas, cada una de las cuales, además, contenía en sus formas la versión inútil y reducida de algún elemento perteneciente a una moda antigua (un ciudadano, al vestirse por la mañana, tenía que embutir algo así como treinta botones en sus correspondientes ojales, además de hacer al menos tres lazos y comprobar el contenido de unos quince bolsillos).

En su correspondencia, se dirigían a seres que les eran totalmente extraños con una expresión —si es que las palabras siguen teniendo algún sentido— que equivaldría hoy a la de «adorado amo» y prologaban una firma teóricamente inmortal con unas palabrejas que expresaban una imbécil devoción a una persona cuya existencia constituía para quien escribía la carta una cuestión absolutamente prescindible. Sufrían un impulso atávico por el que concedían a la comunidad las cualidades y derechos que negaban a los individuos. La economía les obsesionaba tanto como la teología a sus ancestros. Eran superficiales, descuidados y cortos de vista. Mucho más que otras generaciones, tendían a no conceder importancia a los hombres y personalidades sobresalientes, dejándonos a nosotros el honor de descubrir a sus clásicos (así, Richard Sinatra, mientras vivió, fue siempre un anónimo pionero que soñaba bajo un pino telúrico o que leía sus versos prodigiosos a las ardillas del bosque de Santa Isabel, mientras que todo el mundo conocía a otro Sinatra, un escritor menor, también de origen oriental).

Los sedicentes espiritistas, arrastrados por una serie de elementales fenómenos alobióticos, esbozaban las más estúpidas conjeturas, mientras callaban sin respuesta, en completa ignorancia, ante cualquier despliegue de sentido común. Las denominaciones que hoy empleamos para nombrar el tiempo les habrían parecido a ellos meros «números de teléfono». Jugaban con la electricidad de diversas maneras sin tener la más mínima noción de lo que realmente era —no es de extrañar que su verdadera naturaleza les tomara por sorpresa, una sorpresa de naturaleza espantosa (yo ya era un hombre para entonces y recuerdo muy bien al viejo profesor Andrews

gimiendo, como si se le partiera el corazón, allá en el campus, en medio de una pasmada multitud).

Pero a pesar de todas las complicaciones y costumbres ridículas con las que se complicaba, el mundo de mi juventud era un pequeño mundo duro y galante que se enfrentaba a la adversidad con su punto de sentido del humor, un mundo que, sin alharacas, emprendía la marcha hasta lejanos campos de batalla para eliminar la vulgaridad salvaje de un Hitler o un Alamillo. Y si dejo libre el camino a mis recuerdos, muchos serán los momentos y las cosas deslumbrantes, hermosas, buenas y fantásticas que mi memoria apasionada encontrará en el pasado… y entonces, ¡ay del presente! porque no se sabe de lo que es capaz un hombre, fuerte aunque entrado en años, cuando se dispone a acometer una tarea sin limitar esfuerzos. Pero basta. No soy historiador, por lo que quizá sea mejor que me concentre en lo personal, no sea que alguien me diga, como le dice al señor Saskatchewanov el personaje más encantador de la novela contemporánea (como muy bien podrá corroborar mi nieta, que lee mucho más que yo) «zapatero a tus zapatos», por lo que no me inmiscuiré en terreno ni campo en el que «ni siquiera los ángeles se atreven a pisar».

2.

Nací en París. Mi madre murió cuando yo era todavía muy niño, por lo que sólo la recuerdo como una vaga mancha de delicioso calor lagrimal, justo en el límite de la memoria iconográfica. Mi padre daba clases de música y además era compositor (todavía guardo como un tesoro un viejo programa donde aparece su nombre junto al de un gran compositor ruso); le dio tiempo a ver mis días universitarios y murió de una oscura enfermedad de la sangre en los años de la guerra del 98.

Yo tenía siete años cuando él y yo, y la abuela más dulce que nunca le haya tocado en bendita suerte a un niño, abandonamos Europa, donde una nación degenerada infligía torturas indescriptibles a la raza a la que pertenezco. Una mujer en Portugal me regaló la naranja más grande que haya visto nunca. Desde la popa del transatlántico, dos pequeños cañones vigilaban su estela tortuosa por esquivos presagios. Un grupo de delfines llevaba a cabo sus piruetas solemnes. Mi abuela me leía un cuento acerca de una sirena que había adquirido un par de pies humanos. La brisa curiosa se unía a la lectura y manoseaba las páginas bruscamente, tratando de descubrir qué iba a suceder a continuación. Eso es todo lo que recuerdo del viaje.

Al llegar a Nueva York, los viajeros espaciales solían quedarse tan impresionados como se quedarían los viajeros temporales ante el espectáculo de los «rascacielos» antiguos; el nombre es un equívoco, ya que su asociación con los cielos, especialmente a la caída de una tarde tórrida de invernadero, más que sugerir la ingrata acción de rascar, se presenta con un aura indescriptiblemente serena y delicada: mi mirada infantil que los contemplaba a través de la gran extensión de

parque que solía embellecer el centro de la ciudad, los veía remotos y violetas, y también con una extraña cualidad acuática producida por la fusión de las primeras y cautas luces de la noche con los colores del crepúsculo, revelando, con una especie de candor fantástico, el palpitante interior de su estructura semitransparente.

Unos niños negros descansaban tranquilamente sentados en unas rocas artificiales. Los árboles exhibían sus nombres latinos en los troncos, como también los conductores de aquellos llamativos taxis chatos, con forma de escarabajo (asociados en mi mente con ciertas máquinas automáticas igualmente llamativas cuyo estreñimiento musical se sanaba milagrosamente mediante la inserción de una moneda) mostraban su nombre e identificación, en una foto vieja, en la parte de atrás; porque vivíamos en la era de la Identificación y la Tabulación; contemplábamos las personalidades de los hombres y de las cosas en términos de nombres y apodos y no creíamos en nada que no tuviera nombre.

En una obra de teatro reciente que sigue siendo popular y que trata de la América pintoresca de los años cuarenta, se concede mucha importancia y glamour a los camareros de las cafeterías de entonces, pero las patillas y las pecheras almidonadas que presentan son totalmente anacrónicas, como lo es el continuo y violento movimiento de los sillines del bar y de las butacas giratorias en forma de seta que exhiben los actores de la obra. Bebíamos nuestras humildes combinaciones (a través de unas pajas que eran en la vida real mucho más cortas que las que aparecen en escena) en un ambiente de melancólica avidez. Recuerdo el hechizo vacío y la poesía menor de todo el proceso: la copiosa espuma producida encima de un bloque hundido de crema helada, o el líquido lodo marrón de la salsa de dulce de azúcar vertida sobre aquel plato polar. Las superficies de latón y cristal, reflejos estériles de lámparas eléctricas, el zumbido y el resplandor de una hélice en una vitrina, un cartel de la Guerra Mundial que mostraba al Tío Sam con los cansados ojos azules de Roosevelt o a una atildada joven de uniforme con un labio inferior hipertrofiado (aquella mueca, aquella trampa que escondía un beso silencioso, fugitiva moda del encanto femenino, 1939-1950), y la inolvidable tonalidad de los ruidos de tráfico confusos que llegaban de la calle —aquel entramado visual y melódico, cuyo análisis consciente es única responsabilidad del tiempo, relacionaba de alguna manera el *drugstore* con un mundo en que los hombres atormentaban a los metales y los metales respondían a sus golpes.

Fui a un colegio de Nueva York; unos años después, nos mudamos a Boston y luego nos volvimos a mudar. Parece que siempre hemos estado cambiando de domicilio, y que algunos de ellos eran más aburridos que otros pero, por muy pequeña que fuera la ciudad, yo sabía con toda seguridad que encontraría en ella un lugar donde arreglaran bicicletas, y un lugar donde vendieran helados, y un lugar donde proyectaran películas.

Parecía que hubieran saqueado los desfiladeros de las montañas para encontrar

ecos; luego éstos eran sometidos a un tratamiento especial de miel y goma hasta que sus acentos se condensaban y podían sincronizarse con los movimientos labiales de una serie de fotografías sobre una pantalla blanca de luna en un salón oscuro de terciopelo. Un hombre daba un puñetazo a un tipo que se estrellaba contra una torre de cajas de madera. Una joven con un cutis increíblemente terso alzaba una mínima ceja curvilínea. Una puerta se cerraba de golpe, con un ruido sordo y desencajado que más bien parecía el estruendo que se oye a la orilla de un río cuando hay leñadores trabajando en la ribera opuesta.

3.

Tengo años suficientes para acordarme de los viejos trenes de vagones: cuando era niño los adoraba; de adolescente mi interés se centró en versiones más desarrolladas de la velocidad. Con sus ventanas macilentas y sus luces borrosas se apelmazan todavía a través de mis sueños. Su tinte y colorido podrían haber pasado por la madurez que concede la distancia, por una sucesión entreverada y mixta de millas conquistadas, si no hubieran entregado su brillo de ciruela en flor a la acción del carbón, para conformarse así a las paredes y muros de los almacenes, talleres, tugurios y casas baratas que preceden a una ciudad con la misma inevitabilidad con la que una regla gramatical y un borrón preceden toda adquisición de conocimiento convencional. En uno de los extremos del vagón se guardaban unas orejas de burro enanas en las que podías verter, a pesar de su flaccidez (y siempre con un escalofrío diáfano en los dedos), el agua como de manantial que surgía de una fuentecilla cuando retrocedía al tacto la cabeza del grifo.

Unos hombres mayores que se parecían a los viejos barqueros canosos de épocas todavía más lejanas y fantásticas canturreaban sus intermitentes «viajerooos al tren» y comprobaban los billetes de los viajeros, entre los cuales, con toda seguridad, y si el trayecto era razonablemente largo, se contaba un gran número de soldados exhaustos y derrengados, y un soldado borracho y vivaz, peripatético por naturaleza y cuyo único contacto con la muerte había sido, hasta la fecha, la palidez de su rostro. Siempre había uno de ellos, y siempre viajaba solo, un ejemplar raro, una joven criatura de barro en el centro de lo que los manuales de historia modernos denominan llanamente «la era de Hamilton» —siguiendo en ello al historiador innominado que decidió dar forma a aquella era para beneficio de los mentecatos.

Por alguna razón, mi brillante padre, poco práctico en menesteres cotidianos, nunca consiguió adaptarse lo suficiente a la vida académica como para permanecer mucho tiempo en este o en aquel lugar. Me acuerdo de todos ellos, los tengo todos en mi retina, pero hay una ciudad universitaria que se distingue entre todas ellas con especial nitidez: no hay necesidad de nombrarla si digo que a tres céspedes del nuestro, en una callecita frondosa, estaba la casa que hoy constituye la Meca del país.

Recuerdo las sillas del jardín iluminadas por el sol bajo el manzano, y también un setter vivaz color de cobre, y un niño gordo con pecas, con un libro en el regazo y una manzana de tamaño medio, que acababa de coger en la sombra de un seto.

Y dudo de que los turistas que hoy en día visiten el lugar de nacimiento del hombre más grande de su tiempo y contemplen el mobiliario de época, tímidamente apiñado tras los bramantes y el terciopelo que protege el relicario de la inmortalidad, sientan el orgulloso contacto con el pasado que yo debo a un incidente casual. Porque pase lo que pase, y por muchas fichas que rellenen los bibliotecarios con los títulos de mis publicaciones, yo pasaré a la posteridad como el hombre que le lanzó una manzana a Barrett.

Para aquellos que han nacido después de los descubrimientos espectaculares de los años setenta y que, por lo tanto, no han sido testigos de objetos voladores, salvo quizás una cometa o un globo de juguete (permitidos todavía en algunos estados, según me han dicho, a pesar de los recientes artículos del doctor Sutton al respecto), no les será fácil imaginar los aviones, particularmente porque las viejas fotografías de aquellas máquinas espléndidas en pleno vuelo carecen de la vida que sólo el arte les puede conceder y preservar —y curiosamente, ningún gran pintor los eligió como asunto especial en el que inyectar su genio para así preservar su imagen del deterioro.

Supongo que estoy pasado de moda en mi actitud hacia muchos aspectos de la vida que parecen estar fuera de mi concreta especialidad científica; y probablemente, la personalidad del viejo que yo soy pueda parecer dividida, como esas pequeñas ciudades europeas una de cuya mitad está en Francia y la otra en Rusia. Conozco esta particularidad mía y por lo tanto procederé con cautela. Lejos de mí la intención de promover cualquier anhelo o lamento mórbido por las máquinas voladoras, pero también es verdad que no puedo eliminar el murmullo romántico inherente a la sinfonía completa del pasado tal y como yo la siento.

En aquellos días lejanos en los que no había lugar en la tierra que estuviera a más de sesenta horas de vuelo de cualquier aeropuerto local, un muchacho conocía los aviones al dedillo, desde la ojiva de la hélice hasta la palanca para equilibrar la aleta, y podía distinguir los diferentes tipos no sólo por la forma de la punta de las alas o la terminación exterior de la carlinga, sino incluso por la forma que adoptaba el humo de los tubos de escape en la oscuridad; competía así en el reconocimiento de características con aquellos locos naturalistas, los sistematistas herederos de Linneo. Un diagrama de la sección de un ala o de la construcción del fuselaje despertaba en el joven un espasmo de dicha creativa, y los modelos de madera, papel y cartón que compraba le producían una excitación tan grande a lo largo del proceso de construcción de la maqueta, que, en comparación, la tarea completa y la obra terminada resultaban insípidas, como si el espíritu de la cosa hubiera volado en el momento en que su forma había quedado fijada.

Realización de resultados y ciencia, conservación y arte —ambas parejas suelen mantenerse apartadas pero, cuando se encuentran, entonces ya no hay nada más que importe en el mundo. Y por eso, voy a marcharme de puntillas, despidiéndome de mi infancia en su momento más característico, en su postura más plástica: detenida por un zumbido que vibra y aumenta de volumen en el cielo, inmóvil, olvidada de la mansa bicicleta en la que se apoya a horcajadas, con un pie en el pedal y los dedos del otro rozando el asfalto de la tierra, con los ojos, la barbilla y el pecho alzados hacia el cielo desnudo donde un avión de guerra se acerca a velocidad sobrenatural que sólo su envergadura hace parecer no demasiado rápida a medida que la vista de su vientre cambia y cede el paso a la visión de sus formas por detrás, y las alas y el zumbido se disuelven en la distancia. Monstruos admirables, grandiosas máquinas voladoras, os habéis ido, habéis desaparecido como aquella bandada de cisnes que cruzó con un silbido de multitudinarias alas una noche de primavera sobre el lago de los Caballeros de Maine, de lo desconocido a lo desconocido: unos cisnes de una especie nunca determinada por la ciencia, nunca vista con anterioridad, ni tampoco después… y luego no quedó nada en el cielo salvo una estrella solitaria, como un asterisco que nos llevara hasta una nota a pie de página imposible de descubrir.

Interior con palabras, 1945 [*]

Al parecer cuento con un infame sosias, de nombre y apellido idénticos a los míos, un hombre a quien nunca he tenido la oportunidad de conocer, pero cuya personalidad vulgar he podido deducir a partir de las intrusiones fortuitas que ha venido realizando en el castillo de mi vida. El enredo comenzó en Praga, donde yo vivía a mediados de los años veinte. Recibí una carta de una modesta biblioteca conectada con una especie de organización del Ejército Blanco que, como yo mismo, había salido huyendo de Rusia. En un tono exasperado, me exigía que devolviera, a la mayor brevedad, un ejemplar de los *Protocolos de los sabios de Sión*: aquel libro en el que el zar había bebido con ansiedad en los viejos tiempos, era un falso memorándum compilado, a instancias de la policía, por un granuja semianalfabeto; su único objetivo era promover la destrucción. El bibliotecario, que firmaba con el nombre de Sinepuzov (un nombre que significa «panza azul» y cuyas connotaciones, en ruso, son semejantes a las de «siniestro» en inglés), insistía en que yo tenía en mi poder «aquella obra popular de inestimable valor», según sus propias palabras, desde hacía más de un año. Solicitaba asimismo la devolución de cartas anteriores que me habían sido enviadas a direcciones de Belgrado, Berlín y Bruselas, ciudades por las que había estado vagando, aparentemente, mi sosias.

Me imaginé que aquel tipo sería un joven exiliado Blanco, reaccionario hasta la médula, cuya educación había sido interrumpida por la Revolución y que trataba de recuperar con cierto éxito el tiempo perdido según las pautas tradicionales. Era evidente que se trataba de un gran viajero; yo también —ése era nuestro único punto en común. Una mujer rusa me preguntó en Estrasburgo si el hombre que se había casado con su sobrina en Lieja era hermano mío. Un día de primavera, en Niza, una joven de rostro impasible con largos pendientes me llamó al hotel, dijo que me quería ver y luego se me quedó mirando fijamente, tras lo cual me pidió disculpas y se fue. En París, recibí un telegrama que decía entrecortado: «NE VIENS PAS ALPHONSE DE RETOUR SOUPCONNE SOIS PRUDENT JE T'ADORE ANGOISSEE», y debo admitir que experimenté una macabra satisfacción al imaginarme a mi frívolo doble irrumpiendo inevitablemente, con flores en la mano, en la intimidad de Alphonse y su esposa. Unos años más tarde, cuando estaba en Zúrich, fui súbitamente arrestado por haber destrozado *tres* espejos de un restaurante —una especie de tríptico en el que se destaca mi sosias borracho (primer espejo), muy borracho (segundo espejo) y borracho como una cuba (en el tercero). Finalmente, en 1938, un cónsul francés se negó de muy malas maneras a sellar mi viejo pasaporte verde mar porque, dijo, ya había entrado con anterioridad en el país sin el permiso necesario. Cuando sacó el

nefasto y voluminoso dossier, conseguí vislumbrar el rostro de mi doble. Tenía un bigote recortado y llevaba el pelo al cero, aquel canalla.

Cuando, poco tiempo después, vine a Estados Unidos y me establecí en Boston, pensé que me había desembarazado definitivamente de aquella absurda sombra que me perseguía. Pero luego, el mes pasado para ser preciso, tuve una llamada telefónica.

Con una voz dura y también brillante, una mujer me dijo que era Sybil Hall, una amiga íntima de la señora Sharp, que le había escrito sugiriéndole que se pusiera *en contacto* conmigo. Yo conocía a una tal señora Sharp y no me paré a pensar que tanto la señora Sharp como yo mismo no fuéramos quienes deberíamos ser. La señora Hall con su voz de oro me dijo que estaba organizando una pequeña reunión en su casa el viernes por la noche, y que le gustaría mucho que yo fuera, porque estaba segura de que, por lo que sabía de mí, me interesaría mucho, muchísimo, la discusión. Aunque detesto las reuniones de cualquier tipo, me vi obligado a aceptar su invitación pensando que, de no hacerlo, quizá disgustaría a la señora Sharp, una simpática dama, de pelo corto y pantalones color burdeos a la que había conocido en Cape Cod, donde vivía en una casita con una mujer más joven; aquellas mujeres eran dos artistas sin demasiado talento, de tendencias izquierdistas, amabilísimas, que vivían de sus modestas rentas.

Debido a un contratiempo sin relación alguna con el relato que nos ocupa, llegué mucho más tarde de lo que pensaba a casa de la señora Hall. Un ascensorista ya anciano, que tenía un extraño parecido con Richard Wagner, me subió melancólico hasta el piso correspondiente, y la doncella de la señora Hall, con cara seria y los brazos colgando rígidos a ambos lados de su cuerpo, esperó a que me quitara el abrigo y las botas de goma en el vestíbulo. En aquel lugar, el único elemento decorativo parecía ser un cierto tipo de jarrón ornamental, fabricado en China, y posiblemente muy antiguo —en aquel caso, un objeto muy grande y de un color azul muy vulgar—, cuya contemplación consiguió sumirme en la más profunda tristeza.

Mientras cruzaba una habitación pequeña y recatada, rebosante de esos símbolos que los creativos de publicidad siempre consideran de «buen gusto» y era acompañado, en teoría tan sólo, porque la doncella había desaparecido, hasta un amplio salón burgués y decadente, me fui dando cuenta de que aquél era el típico lugar donde esperas conocer a uno de esos idiotas que te cuentan que han tomado caviar en el Kremlin o quizás también a un soviético ortodoxo e inflexible, y que mi amiga la señora Sharp, a la que siempre había molestado mi desprecio por el Partido, por los Comunistas y por la Voz de su Amo, había decidido, pobre mujer, que una experiencia como aquélla podría tener una influencia beneficiosa en mi mente sacrílega.

Mi anfitriona emergió de un grupo de unas doce personas, bajo la forma de una

mujer de miembros largos y pechos planos, con unos dientes prominentes manchados de carmín. Me presentó rápidamente al invitado de honor y a sus otros invitados, y se reanudó inmediatamente la discusión, interrumpida por mi entrada. El invitado de honor estaba respondiendo a unas preguntas. Era un hombre de apariencia frágil, con pelo oscuro y lustroso y una frente sudorosa, iluminado despiadadamente por una lámpara de pie que dejaba al descubierto las motas de caspa que cubrían el cuello de su esmoquin a la vez que permitía admirar la blancura de sus manos, ahora entrelazadas, pero un minuto antes húmedas y flojas al estrechar mis dedos. Era uno de esos tipos cuyo rostro carece de perfil definido, con mentón huidizo, pómulos cóncavos y una nuez desgraciada que revelan, horas después del afeitado, cuando ya han desaparecido los humildes polvos de talco, un complejo sistema de manchas rosadas que cubren un entramado de puntos gris azulado. Llevaba un anillo con sello, y por alguna razón me acordé de una joven rusa de tez oscura que había encontrado en Nueva York a quien le preocupaba tanto que la confundieran con lo que ella pensaba era una complexión judía que solía llevar siempre una cruz colgada del cuello, aunque era tan poco religiosa como inteligente. El inglés del orador era muy bueno, pero la aspiración de ciertas consonantes velares y la persistencia de ciertos epítetos proclamaban su origen teutón. Era, o había sido, o iba a ser, catedrático de alemán, o de música, o de ambas disciplinas, en algún lugar del Medio Oeste, pero no conseguí entender su nombre, por lo que lo llamaré doctor Shoe.

—¡*Naturalmente* que estaba loco! —exclamó el doctor Shoe a una de las señoras que le acababa de preguntar algo—. Mire, sólo un loco hubiera podido malograr el curso de la guerra como él lo hizo. Y tengo la esperanza, como ustedes por otra parte, de que no pase mucho tiempo antes de que, si resultara con vida, sea internado en un sanatorio en algún lugar de un país neutral. Se lo ha ganado. Fue una locura atacar a Rusia en lugar de invadir Inglaterra. Fue una locura pensar que la guerra con Japón impediría que Roosevelt participara activamente en los asuntos europeos. El loco más peligroso es aquel que no admite la posibilidad de que su adversario también esté loco.

—Pero no se puede evitar el pensar —dijo una señora gruesa que se llamaba, creo, señora Mulberry— que miles de nuestros muchachos, muertos en el Pacífico, estarían todavía vivos si todos esos aviones y tanques que les proporcionamos a ingleses y rusos hubieran sido utilizados para destruir Japón.

—Exactamente —dijo el doctor Shoe—. Y ése fue el error de Hitler. Como estaba loco, no tuvo en cuenta las maniobras de los políticos irresponsables. Como estaba loco, creía que los restantes gobiernos obrarían de acuerdo a los principios de misericordia y sentido común.

—Yo siempre pienso en Prometeo —dijo la señora Hall—. Prometeo, que robó el fuego y fue cegado por los dioses enfurecidos. Una anciana señora con un vestido

azul de colores brillantes, que tejía un jersey sentada en un rincón, le pidió al doctor Shoe que explicara por qué los alemanes no se habían levantado contra Hitler.

El doctor Shoe bajó los ojos un momento.

—La respuesta es terrible —dijo con cierta dificultad—. Como sabe, yo soy alemán, soy bávaro de pura cepa, aunque un ciudadano leal de este país. Y sin embargo, voy a decir algo horrible de mis antiguos compatriotas, los alemanes —aquellos ojos de suaves pestañas se volvieron a cerrar—. Los alemanes son unos soñadores.

Para aquel momento, ni que decir tiene que ya me había dado perfecta cuenta de que la señora Sharp de la que me había hablado la señora Hall era tan diferente de mi señora Sharp como yo lo era de mi sosias. La pesadilla en la que me había visto envuelto le habría parecido a mi doble una sencilla y amable velada con almas afines, y habría considerado que el doctor Shoe era un polemista de lo más inteligente y brillante. Una cierta timidez, y quizá también una curiosidad malsana me impidieron abandonar la estancia. Además, cuando me excito, tartamudeo tanto que cualquier amago que hubiera hecho para decirle al doctor Shoe lo que pensaba de él hubiera sonado como la explosión de una motocicleta que se resiste a ponerse en marcha en una noche helada en la callejuela de una urbanización intolerante. Miré a mi alrededor, tratando de convencerme de que aquella gente era real y no comparsas de un circo.

Ninguna de las mujeres era guapa; todas habían llegado o sobrepasado los cuarenta y cinco años. Todas, estaba seguro, pertenecían a algún club de lectura, club de bridge, club de conversación y a la grandiosa y fría hermandad de la muerte inevitable. Todas tenían el alegre aspecto de las mujeres estériles. Había algunas que probablemente habían tenido hijos, pero su concepción era un misterio ya completamente olvidado; muchas habían encontrado compensaciones a la creatividad perdida en diversas actividades estéticas, como, por ejemplo, el embellecimiento de los salones de reuniones. Al mirar a la que tenía junto a mí, una señora intensa de cuello pecoso, no pude dejar de observar que, aunque parecía prestar atención a las palabras del doctor Shoe, en realidad su mente estaba prendida en alguna cuestión de decoración, relacionada con algún acontecimiento social o con alguna función benéfica destinada al esfuerzo bélico cuya naturaleza exacta no sabría definir. Lo que sí sabía era que aquella cuestión le parecía, en aquel momento, vital. Algún centro de mesa, pensaba. Necesito algo imponente, algo que provoque la admiración de los invitados —a lo mejor un frutero inmenso con fruta artificial. Pero no de cera, desde luego. Algo marmorizado, mucho más bonito.

Es una pena que no retuviera los nombres de aquellas damas cuando me las presentaron. Dos esbeltas solteronas, absolutamente intercambiables, sentadas en butacas de respaldo duro, tenían unos nombres que empezaban por W, y, de las otras,

había una que, con toda seguridad, se llamaba señorita Bissing. El nombre lo oí con toda claridad, pero no lo puedo conectar con ninguna cara concreta ni tampoco con ningún objeto facial. Sólo había otro hombre además del doctor Shoe y yo mismo. Resultó ser un compatriota mío, un tal coronel Malikov, o Melnikov: tal y como lo pronunciaba la señora Hall sonaba más bien como «Milwaukee». Mientras servían unos tragos suaves, pálidos, se inclinó hacia mí con un crujido correoso, como si llevara un arnés bajo su gastado terno azul y me informó en un bronco susurro ruso que tenía el honor de conocer a mi estimado tío, a quien inmediatamente visualicé como una tosca manzana del árbol familiar de mi doble. El doctor Shoe, mientras tanto, había recobrado su elocuencia, por lo que el coronel se enderezó, prometiéndome, con una sonrisa que dejó al descubierto un amarillento colmillo roto y con una serie de gestos discretos de manos, que más tarde tendríamos una larga y sabrosa conversación.

—La tragedia de Alemania —dijo el doctor Shoe mientras doblaba cuidadosamente la servilleta con la que se había limpiado los labios abiertos— es también la tragedia de la América culta. He hablado en numerosos clubes femeninos y otros centros educativos, y por todas partes he observado que esta guerra europea, ahora misericordiosamente acabada, despierta una profunda repugnancia en las almas sensibles y refinadas. También he observado con cuánta avidez la América culta retorna en el recuerdo hasta días más felices, aquellos tiempos de experiencias y viajes por Europa, hasta aquel mes inolvidable o incluso hasta aquel año aún más inolvidable transcurrido otrora en el país del arte, de la música, de la filosofía y el buen humor. Recuerdan a los amigos queridos que allí tuvieron, y aquella temporada de bienestar y aprendizaje educativo en el seno de la familia de un aristócrata alemán, la exquisita limpieza de todas las cosas, las canciones al caer la tarde tras un día perfecto, los maravillosos pueblos, y todo aquel mundo de bondad y romanticismo que encontraron en Munich o Dresde.

—*Mi* Dresde ya no existe —dijo la señora Mulberry—. Nuestras bombas han destruido la ciudad y, con ella, todo lo que representaba.

—Bombas inglesas, en este caso concreto —dijo el doctor Shoe amablemente—. Pero, desde luego, la guerra es la guerra, aunque debo admitir que tengo alguna dificultad para imaginarme a los bombarderos alemanes seleccionando deliberadamente sus objetivos entre lugares tan sagrados históricamente como Pennsylvania o Virginia. Sí, la guerra es terrible. Es más, resulta intolerable cuando se ven abocada a ella dos naciones que tienen tantas cosas en común. Les puede parecer una paradoja, pero en verdad, cuando se piensa en los soldados asesinados en Europa, uno no puede por menos de considerar que al menos no han tenido que sufrir las dudas terribles que nosotros, los civiles, tenemos que sufrir en silencio.

—Creo que en eso tiene mucha razón —observó la señora Hall, asintiendo con la

cabeza.

—¿Y qué nos dice de todas esas historias? —preguntó una anciana que hacía punto—. Esas historias que no hacen más que publicar los periódicos sobre las atrocidades de los alemanes. ¿Supongo que todo ello no será más que propaganda?

El doctor Shoe esbozó una sonrisa cansada.

—Esperaba esa pregunta —dijo con un toque de tristeza en la voz—. Desgraciadamente, la propaganda, la exageración, las fotografías trucadas constituyen las armas de las guerras modernas. No me sorprendería que los propios alemanes hubieran inventado historias sobre la crueldad de las tropas americanas con los civiles inocentes. Piensen tan sólo en todas las tonterías que se inventaron acerca de las llamadas atrocidades alemanas durante la I Guerra Mundial, aquellas leyendas horribles acerca de cómo fueron seducidas las mujeres belgas, y demás. Pues bien, inmediatamente después de la guerra, en el verano de 1920, si no me equivoco, un comité especial de demócratas alemanes llevó a cabo una investigación exhaustiva de toda la cuestión y ya sabemos todos lo exhaustivos y precisos que pueden llegar a ser los pedantes expertos alemanes. Pues bien, no encontraron ni una mácula, ni la más mínima prueba de que los alemanes no hubieran actuado como perfectos soldados y caballeros.

Una de las señoritas W. observó irónicamente que los corresponsales extranjeros tienen que ganarse la vida de alguna manera. Su observación no carecía de ingenio. Todo el mundo apreció su observación irónica e ingeniosa.

—Por otro lado —continuó el doctor Shoe cuando se hubo calmado la marejada —, olvidémonos de la propaganda un minuto y volvamos a los hechos puros y duros. Permítanme que les trace un cuadro del pasado, un cuadro más bien triste, es verdad, pero también necesario. Les pediré que imaginen a los muchachos alemanes entrando orgullosos en alguna ciudad rusa o polaca que acaban de conquistar. Cantan mientras desfilan. No saben que su Führer está loco: creen, con toda inocencia, que están trayendo esperanza, felicidad y un nuevo orden maravilloso a la ciudad vencida. No tienen forma de saber que debido a subsiguientes errores y delirios de Adolf Hitler, su conquista determinará finalmente que el enemigo transforme en un campo de batalla flameante aquellas mismas ciudades a las que ellos, los muchachos alemanes, están trayendo una paz imperecedera. Mientras desfilan con bravura por las calles, con todos sus arreos, con sus maravillosas máquinas de guerra y sus banderas y estandartes, sonríen a todo y a todos porque son patéticamente bondadosos y bienintencionados. Con toda inocencia ellos esperan la misma actitud amistosa por parte de la población. Pero, luego, gradualmente, se dan cuenta de que aquellas calles por las que han desfilado tan confiada e inocentemente están surcadas de multitudes silenciosas e inmóviles de judíos, que los contemplan con odio y que insultan a cada soldado que pasa, no con palabras, son demasiado inteligentes para eso, sino con

miradas negras y sonrisas de desprecio.

—Conozco esa mirada —dijo la señora Hall severamente.

—Pero *ellos* no —dijo el doctor Shoe en tono quejumbroso—. Ésa es la cuestión. Les desconcertaba. No entendían, y se sentían heridos. ¿Qué hacen entonces? En principio intentaron combatir aquel odio con pacientes explicaciones y pequeños regalos que mostraran su buena voluntad. Pero el muro de odio que les rodeaba se fue haciendo más espeso. Finalmente, se vieron obligados a meter en la cárcel a los líderes de aquella malvada y arrogante coalición. ¿Qué otra cosa podían hacer?

—Conozco a un viejo judío ruso —dijo la señora Mulberry—. Oh, se trata tan sólo de una relación de trabajo de mi marido, el señor Mulberry. Pues bien, me confesó en una ocasión que sería capaz de estrangular con sus propias manos al primer soldado alemán con el que se encontrara. Me sentí tan escandalizada que me quedé parada allí mismo sin saber qué contestar.

—Yo sí que hubiera sabido —dijo una mujer corpulenta sentada con las piernas abiertas—. En realidad, una está cansada de oír que hay que castigar a los alemanes. También ellos son seres humanos. Y cualquier persona sensible estará de acuerdo con lo que usted dice de que no son responsables de esas sedicentes atrocidades, muchas de las cuales han sido, probablemente, inventos de los judíos. Me pongo nerviosa cuando oigo que la gente sigue hablando sin ton ni son de hornos crematorios y de casas de tortura que, de haber existido, estarían en manos de unos pocos hombres tan locos como Hitler.

—Bueno, en todo caso, me temo que hay que ser comprensivos —dijo el doctor Shoe, con su sonrisa imposible—, y debemos tomar en consideración las maniobras de la imaginación semítica que controla a la prensa americana. Y debemos recordar, asimismo, que había muchas medidas puramente sanitarias que las eficaces tropas alemanas tuvieron que adoptar para disponer de los cadáveres de los ancianos que habían muerto en los campos de trabajo e incluso, en algunos casos, para disponer de las víctimas de las epidemias de tifus. Personalmente, carezco de prejuicios raciales, y no consigo entender qué relación tienen estos antiquísimos problemas raciales con la actitud que debemos adoptar hacia Alemania ahora que se ha rendido. Especialmente cuando me acuerdo de cómo tratan los británicos a los nativos en sus colonias.

—¡Oh! y también cómo trataban los judíos bolcheviques al pueblo ruso… *ay, ay, ay* —observó el coronel Melnikov.

—Algo que ya no ocurre, ¿no es así? —preguntó la señora Hall.

—No, no —dijo el coronel—. El gran pueblo ruso se ha despertado y mi país es de nuevo un gran país. Hemos tenido tres grandes caudillos. Tuvimos a Iván, a quien sus enemigos llamaban Iván el Terrible, luego tuvimos a Pedro el Grande, y ahora tenemos a José Stalin. Yo soy un ruso Blanco y he servido en la guardia imperial,

pero también soy un patriota ruso y un cristiano ruso. Y hoy, en cada una de las palabras que nos llegan de Rusia, detecto el poder, el esplendor de la vieja Madre Rusia. De nuevo es una tierra de soldados, de religión y de eslavos auténticos. Sé también que cuando el Ejército Rojo entraba en las ciudades alemanas, no caía ni un solo pelo sobre los hombros alemanes.

—Cabeza, querrá decir —apuntó la señora Hall.

—Sí —dijo el coronel—. Ni una sola cabeza.

—Todos admiramos a sus compatriotas —dijo la señora Mulberry—. Pero ¿y si el comunismo se extiende por Alemania?

—Si se me permite sugerir algo —dijo el doctor Shoe—, me gustaría señalar que si no andamos con cuidado en este terreno, Alemania desaparecerá. El problema principal que este país tiene que abordar es impedir que los países victoriosos esclavicen a la nación alemana enviando a los jóvenes y a los que gozan de buena salud y también a los viejos y enfermos, intelectuales y civiles, a trabajar como condenados en el vasto territorio del este. Esto va contra todos los principios de la guerra y de la democracia. Si me responden diciendo que los alemanes hicieron lo mismo con las naciones conquistadas por ellos, tendré que recordarles tres cosas: la primera, que el Estado alemán no era una democracia y por lo tanto no se puede esperar que actuara como tal; en segundo lugar, que la mayoría de los sedicentes esclavos vinieron a Alemania por propia voluntad; y en tercer lugar, y quizá éste sea el punto más importante, que fueron bien alimentados, bien vestidos, y que vivieron en un entorno civilizado que, a pesar de todo nuestro entusiasmo natural por la inmensa población y geografía de Rusia, no parece probable que los alemanes encuentren en el país de los soviets.

—Tampoco podemos olvidar —continuó el doctor Shoe, alzando dramáticamente el tono de voz— que el nazismo no era estrictamente un fenómeno alemán sino una organización extranjera que oprimía al pueblo alemán. Adolf Hitler era austríaco, Ley era judío, Rosenberg era medio francés, medio tártaro. La nación alemana ha sufrido bajo este yugo extranjero tanto como han sufrido el resto de los países bajo los efectos de una guerra librada en su territorio. Poco les importa a los civiles, que no sólo han sufrido mutilaciones y muertes sino que han visto cómo las bombas destruían sus apreciadas propiedades y sus maravillosos hogares, si las bombas destructoras fueron arrojadas por aviones alemanes o aliados. Los alemanes, austríacos, italianos, rumanos, griegos así como el resto de los pueblos de Europa son ahora miembros de una hermandad trágica, iguales todos ellos en sus esperanzas y en sus miserias, todos ellos deben recibir el mismo trato, y debemos dejar la tarea de encontrar y juzgar a los culpables en manos de los historiadores del futuro, los estudiosos imparciales de los centros inmortales de la cultura europea, las serenas universidades de Heidelberg, de Bonn, de Jena, de Leipzig, de Munich. Que el ave

fénix europea, extienda de nuevo sus alas de águila y que Dios bendiga a América.

Se hizo una pausa reverente mientras el doctor Shoe encendía un cigarrillo con manos trémulas, y luego, juntando las manos en un encantador gesto femenino, la señora Hall le pidió que diera por finalizado el acto con un poco de maravillosa música. Él suspiró, se levantó, me pisó al pasar, me rozó la rodilla con la punta de los dedos como excusándose por el pisotón y tras sentarse al piano, saludó con la cabeza y se quedó inmóvil durante unos segundos en los que se mascó el silencio. Luego, despacio y muy dulcemente, dejó el cigarrillo en el cenicero, quitó el cenicero del piano para depositarlo en las solícitas manos de la señora Hall, y volvió a inclinar la cabeza. Finalmente dijo, con cierto tono de complicidad en la voz: «En primer lugar, tocaré *Barras y estrellas*».

Sentí que aquello superaba mi capacidad de aguante —en realidad, había llegado a un punto en el que me sentí mal físicamente e incluso tenía ganas de vomitar—, me levanté y abandoné la estancia precipitadamente. Al aproximarme al armario donde había visto que la doncella guardaba mis cosas, la señora Hall me alcanzó junto con una oleada de música distante.

—¿Ya tiene que irse? —dijo—. ¿De verdad tiene que irse?

Encontré mi abrigo, se me cayó la percha al suelo y me embutí las botas de goma.

—Ustedes son todos unos asesinos o unos locos —dije—, o quizás ambas cosas a un tiempo, y ese hombre es un sucio espía alemán.

Como ya he mencionado antes, en los momentos cruciales me veo acometido por una penosa tartamudez que en este caso impidió que mi frase resultara tan fluida como aparece en el papel. Pero surtió efecto. Antes de que se hubiera repuesto para contestarme, yo ya había dejado la puerta atrás de un golpe y bajaba por las escaleras con mi abrigo en los brazos como si estuviera sacando a un niño de una casa en llamas. Cuando estaba ya en la calle me di cuenta de que el sombrero que estaba a punto de ponerme no me pertenecía.

Era un sombrero ya viejo, de un color gris más oscuro que el mío y con un ala más estrecha. Estaba destinado a una cabeza más pequeña que la mía. En el interior del sombrero había una etiqueta que decía «Werner Bros. Chicago» y olía a una loción de pelo distinta de la mía. No podía pertenecer al coronel Melnikov, porque era tan calvo como una bola de billar, y asumí que o bien el marido de la señora Hall estaba muerto o guardaba sus sombreros en otro lugar. Era un objeto muy desagradable como para llevarlo consigo, pero como la noche estaba fría y lluviosa, lo utilicé como un rudimentario paraguas. Tan pronto como llegué a casa, empecé a escribir una carta al F.B.I., pero no llegué muy lejos en mi tarea. Mi incapacidad para retener y acordarme de los nombres perjudicaba seriamente la calidad de la información que pretendía suministrar, y como tenía que explicar mi presencia en aquella reunión, no me quedaba más remedio que traer a colación toda una serie de

cuestiones difusas y vagamente sospechosas acerca de mí y de mi sosias. Lo peor de todo era, sin embargo, que todo aquel asunto adquiría un aspecto grotesco y delirante cuando se descendía a los detalles concretos, a pesar de que todo lo que realmente yo quería decir era que una persona de dirección desconocida en algún lugar del Medio Oeste, una persona cuyo nombre ni siquiera conocía, había estado hablando en tonos elogiosos de los alemanes ante un grupo de ancianas estúpidas en un domicilio privado. A decir verdad, y a juzgar por muestras de simpatía semejantes que aparecían continuamente en los artículos de ciertos periodistas populares, todo aquel asunto podría ser, hasta donde yo sabía, absolutamente legal.

A la mañana siguiente, muy temprano, llamaron al timbre y al abrir la puerta me encontré con el doctor Shoe, sin sombrero, con trinchera, ofreciéndome en silencio mi sombrero con una sonrisa de cautela en su rostro azul y rosa. Cogí el sombrero y farfullé unas palabras de agradecimiento. Lo interpretó como una invitación a entrar en la casa. Yo no me acordaba dónde había dejado su sombrero, y la búsqueda febril por encontrarlo que inicié, más o menos en su presencia, muy pronto adquirió tintes de ridículo.

—Mire, será mejor —le dije— que se lo envíe por correo. Le aseguro que se lo enviaré, que le haré llegar ese sombrero tan pronto como lo encuentre, o en todo caso, un cheque, si no logro encontrarlo.

—Pero es que me voy esta tarde —dijo amablemente—, y, además, me gustaría que me diera una pequeña explicación de las extrañas palabras que le dirigió a mi querida amiga, la señora Hall.

Esperó paciente mientras con recato yo trataba de decirle que la policía y las autoridades se encargarían de explicárselo con todo detalle.

—Usted no lo entiende —dijo finalmente—. La señora Hall es una dama muy conocida y muy bien relacionada con los círculos oficiales. Gracias a Dios que vivimos en un gran país, donde todo el mundo puede decir lo que piensa sin que le insulten por expresar sus opiniones.

Le dije que se fuera.

Cuando finalmente se agotó mi chorro de palabras balbucientes, dijo:

—Yo me voy, pero no olvide, por favor, que en este país… —y me amenazó con el dedo doblado, a la alemana, con jocosa reprobación.

Antes de que me decidiera a golpearle, desapareció. Yo temblaba. Mi probada ineficacia, que tanto me ha divertido en ocasiones y que incluso ha llegado a ser una sutil fuente de placer, me parecía ahora una vil y atroz aberración. Y de repente, vi el sombrero del doctor Shoe sobre una pila de revistas viejas bajo la mesilla del teléfono del vestíbulo. Corrí hasta una de las ventanas delanteras de la casa, la abrí, y justo en el momento en que la figura del doctor Shoe surgía de debajo de los cuatro pisos, arrojé el sombrero en su dirección. Describió una parábola y cayó de golpe en mitad

de la calle. Al tocar el suelo dio un rebote, evitó un charco por unos milímetros, y se quedó boquiabierto, del revés. El doctor Shoe, sin mirarme, saludó con la mano reconociendo mi gesto, recuperó su sombrero, satisfecho de que no tuviera excesivo barro, se lo puso, y se fue caminando, meneando las caderas con desenvoltura. Siempre me he preguntado cómo consiguen los alemanes delgados parecer tan gordos por detrás cuando se ponen una gabardina.

Todo lo que me queda por contar es que una semana más tarde recibí una carta cuya peculiar prosa rusa apenas puede apreciarse en traducción.

«Estimado señor», decía: «Me ha estado persiguiendo durante toda mi vida. Unos buenos amigos míos, después de leer sus libros, han dejado de hablarme creyendo que era yo el autor de esos escritos depravados y decadentes. En 1941, y de nuevo en 1943, me arrestaron en Francia los alemanes por cosas que nunca había dicho ni pensado. Ahora que estoy en América, no contento con haberme causado todo tipo de problemas en otros países, tiene usted la arrogancia de hacerse pasar por mi persona y aparecer completamente borracho en casa de una dama muy respetada. Esto no lo toleraré. Puedo hacer que lo encarcelen y lo tachen de impostor, pero como supongo que no querrá que eso le suceda, le sugiero que, como indemnización…»

La suma que me pedía era realmente bastante modesta.

Signos y símbolos [*]

1.

Por cuarta vez en cuatro años se enfrentaban al dilema de qué regalo de cumpleaños llevar a un joven de juicio incurablemente perturbado. No tenía deseos. Para él, los objetos manufacturados por el hombre eran o bien colmenas del mal, vibrantes de maléfica actividad que sólo él era capaz de advertir, o vulgares consuelos sin utilidad alguna en el mundo de abstracción total en el que residía. Tras eliminar una serie de artículos que hubieran podido ofenderle o asustarle (cualquier cosa que se pareciera a un aparato, por ejemplo, la consideraba tabú), sus padres eligieron una fruslería delicada e inocente: una cesta con diez mermeladas diferentes en diez jarritas asimismo diferentes.

Cuando nació, llevaban ya casados un buen número de años; habían transcurrido veinte años desde entonces, y ahora eran ya bastante maduros. Con todo, ella había puesto todo cuidado en arreglarse su pelo cano. Llevaba siempre vestidos baratos, negros. A diferencia de otras mujeres de su edad (como la señora Sol, su vecina de al lado, cuyo rostro era una pura pintura rosa y malva, siempre protegido por un sombrero que era un racimo de flores silvestres), ella presentaba a la exigente luz de primavera un cutis blanco y completamente natural y un rostro absolutamente desnudo. Su marido, que en su país de origen había sido un hombre de negocios bastante próspero, dependía ahora por completo de su hermano Isaac, un verdadero americano desde hacía cuarenta años. Lo veían muy poco y le habían bautizado con el apodo de *El Príncipe*.

Aquel viernes por la tarde todo resultó mal. Hubo un fallo en la corriente eléctrica del metro entre dos estaciones, y durante un cuarto de hora todo lo que oyeron los viajeros fue el sumiso latido de sus corazones y el crujido de las hojas de periódico. Luego, tuvieron que esperar mucho tiempo al autobús que debía conducirles en la segunda etapa de su trayecto, y cuando por fin llegó, estaba atestado de escolares ruidosos. Llovía a cántaros por el camino pardo que hubieron de recorrer hasta llegar a la puerta del sanatorio. Al llegar allí, tuvieron que esperar de nuevo; y finalmente, quien apareció ante su vista, en lugar de su hijo, como era costumbre, arrastrando lentamente los pies (con su pobre cara toda cubierta de acné, mal afeitado, taciturno y confuso) fue una enfermera que ya conocían y por la que no sentían simpatía alguna, quien les explicó finalmente con todo lujo de detalles que su hijo había intentado quitarse de nuevo la vida. Ya se encontraba bien, dijo, pero una visita podía

confundirle. El lugar tenía tan poco personal, las cosas se extraviaban o se traspapelaban tan fácilmente, que decidieron no dejar su regalo en la oficina sino llevárselo para traerlo consigo en la próxima visita.

Ella esperó a que su marido abriera el paraguas, y luego lo cogió del brazo. El no dejaba de aclararse la garganta de un modo particularmente sonoro, como tenía costumbre cuando estaba especialmente disgustado. Llegaron al abrigo de la parada del autobús al otro lado de la calle y cerró el paraguas. Unos metros más lejos, bajo un árbol que goteaba lluvia y se mecía al viento, había un diminuto pájaro medio muerto que se debatía sin plumas e indefenso en un charco tratando de alzar el vuelo.

Durante el largo trayecto hasta la estación del metro, no intercambiaron palabra; y cada vez que contemplaba las manos ya viejas de su marido (las venas hinchadas, la piel con manchas pardas), cerradas y crispadas en torno al mango del paraguas, ella sentía la presión creciente de las lágrimas. Miró en torno suyo tratando de fijar su pensamiento en algo y, al hacerlo, sintió una especie de sobresalto, una mezcla de compasión y asombro, al darse cuenta de que uno de los pasajeros, una joven de cabello oscuro con las uñas de los pies pintadas de rojo sucio, lloraba en el hombro de una mujer mayor. ¿A quién se parecía aquella mujer? Se parecía a Rebeca Borisovna, cuya hija se había casado con uno de los Soloveichiks —en Minsk, hacía muchos años.

La última vez que lo había intentado, su método había sido, en palabras del médico, una obra maestra de inventiva e ingenio; lo habría conseguido de no ser por otro paciente envidioso que pensó que estaba aprendiendo a volar —e impidió que lo hiciera. Lo que realmente quería hacer era abrir un agujero en su mundo y escapar.

El sistema de sus delirios había sido objeto de un artículo muy elaborado en una revista científica, pero ya mucho antes, ella y su marido habían descifrado por sí mismos el mecanismo de su locura. «Manía referencial», la había llamado Herman Brink. En aquellos casos tan poco frecuentes, el paciente se imagina que todo lo que ocurre a su alrededor constituye una referencia velada a su personalidad y a su existencia. Excluye de su conspiración a las personas de carne y hueso, porque se considera mucho más inteligente que el resto de los hombres. La naturaleza fenoménica oscurece su paso allá por dondequiera que vaya. Las nubes del cielo que le observan en todo momento transmiten, por medio de una serie de signos lentos, mensajes con información increíblemente detallada concerniente a su persona. Cuando cae la noche, los árboles que gesticulan en la oscuridad discuten sus pensamientos más íntimos, por medio de un lenguaje manual. Las piedras, las manchas y también los rayos de sol forman esquemas y cuadros que representan de un modo obsesionante y espantoso mensajes que él debe interceptar. Todo es una cifra y él constituye el tema de todo. Algunos de los espías son observadores imparciales, como las superficies de cristal y las aguas inmóviles; otros, como los

abrigos de los escaparates, son testigos interesados, prestos a lincharle; y hay otros (como el agua corriente, las tormentas) que están histéricos casi hasta la locura y tienen una opinión distorsionada de su persona y malinterpretan sus actos de forma grotesca. No puede bajar la guardia y debe dedicar cada minuto y cada módulo de su vida a descifrar las ondas de las cosas. El propio aire que respira está contabilizado y cifrado. ¡Si el interés que provoca estuviera tan sólo limitado a su entorno inmediato! Pero lamentablemente no es así. Con la distancia, los torrentes del escándalo salvaje aumentan de volumen y volubilidad. Las siluetas de sus corpúsculos sanguíneos, magnificadas miles de veces, vuelan por encimadle vastas llanuras; y más lejos todavía, unas montañas inmensas de una solidez y de una altura intolerables contabilizan en términos de granito y de abetos crujientes la verdad última de su ser.

2.

Cuando emergieron del trueno y del aire pestilente del metro, los últimos residuos del día se mezclaban ya con las luces callejeras. Ella quería comprar un poco de pescado para cenar, por lo que le entregó la cesta con las mermeladas y le dijo que se fuera a casa. Él subió andando hasta el rellano del tercer piso y al llegar allí se acordó de que en algún momento del día le había dado las llaves a su mujer.

Se sentó en silencio en las escaleras y también en silencio se puso en pie cuando unos diez minutos más tarde llegó ella, subiendo penosamente los escalones, sonriendo débilmente, moviendo la cabeza regañándose a sí misma por su estupidez. Entraron en su humilde piso de dos habitaciones y él se dirigió al punto hasta el espejo. Estirándose las comisuras de la boca con los pulgares, con una mueca horrible como una máscara, se quitó la dentadura postiza ya inevitable e inexorablemente incómoda, y se tragó los colmillos de saliva que le conectaban con ella. Se puso a leer su periódico ruso mientras ella ponía la mesa. Sin dejar de leer se comió aquellas vituallas descoloridas que no necesitaban de dientes ni muelas. Ella conocía de memoria sus manías y guardaba silencio.

Cuando se hubo ido a la cama, ella permaneció en el cuarto de estar con su baraja de cartas gastadas y sus viejos álbumes. Al otro lado del estrecho patio donde la lluvia golpeaba en la oscuridad contra unos cubos de basura llenos de golpes y muescas, las ventanas estaban débilmente iluminadas y en una de ellas se veía a un hombre con pantalones negros y los brazos desnudos levantados, tumbado boca arriba en una cama sucia y sin hacer. Bajó la persiana y se puso a contemplar las fotografías. Cuando era todavía un niño de pecho parecía más sorprendido que el resto de los niños. Una niñera alemana que habían tenido en Leipzig y su novio se deslizaron de entre uno de los pliegues del álbum. Minsk, la Revolución, Leipzig, Berlín, Leipzig, la fachada inclinada de una casa muy desenfocada. Con cuatro años, en un parque, vergonzoso, testarudo, con el ceño fruncido, apartando la vista de una

ardilla como lo hacía con cualquier cosa o persona que le resultara extraña. La tía Rosa, una anciana angulosa, de ojos alocados, nerviosa e inquieta, que había vivido en un mundo trémulo de malas noticias, bancarrotas, accidentes de ferrocarril, tumores cancerígenos, hasta que los alemanes la enviaron a la muerte, junto con toda la gente de la que se había preocupado. Seis años, entonces dibujaba unos pájaros maravillosos con manos y pies humanos, y padecía de insomnio como si fuera ya un hombre. Su primo, ahora un jugador de ajedrez famoso. Y de nuevo él, cuando tenía unos ocho años, y ya era difícil de entender, temeroso del papel de la pared del pasillo, temeroso de cierto dibujo de un libro que mostraba sencillamente un paisaje idílico con rocas sobre una colina y la rueda de un viejo carro que colgaba de la rama de un árbol sin hojas. A la edad de diez años: el año que abandonaron Europa. La vergüenza, la piedad, las humillantes dificultades, los niños, feos, malos, atrasados con los que compartía aquella escuela especial. Y luego llegó una época en su vida, que coincidió con una larga convalecencia después de una neumonía, cuando aquellas fobias suyas, que sus padres se habían empeñado en considerar meras excentricidades de un niño prodigiosamente dotado, se intensificaron de alguna manera hasta convertirse en una densa maraña de ilusiones interconectadas lógicamente, que le hicieron totalmente inaccesible a las mentes normales.

Esto, y mucho más, ella lo aceptaba, porque, después de todo, vivir no era sino la aceptación de la pérdida de una alegría tras otra, en su caso ni siquiera se trataba de alegrías, meras posibilidades de progreso. Pensó en las infinitas olas de dolor que por una u otra razón habían tenido que soportar ella y su marido; en los gigantes invisibles que herían a su niño de maneras inimaginables; en la cantidad incalculable de ternura que había en el mundo; en el destino de aquella ternura, la cual, o bien es aplastada, o desperdiciada, o transformada en locura; en niños abandonados hablándose a sí mismos en esquinas sucias; en bellos juncos que no pueden esconderse al labrador y que tienen que observar indefensos, sin poder hacer nada, cómo la sombra de su figura encorvada no deja sino flores marchitas a su paso, conforme va avanzando aquella oscuridad monstruosa.

3.

Era más de medianoche cuando, desde el cuarto de estar, oyó los gemidos de su marido; luego, entró tambaleándose, cubriéndose la bata con el viejo abrigo de cuello de astracán que le gustaba mucho más que el bonito albornoz azul que tenía.

—No puedo dormir —exclamó.

—¿Por qué? —le preguntó ella—. ¿Cómo es que no duermes? Estabas tan cansado.

—No me puedo dormir porque me estoy muriendo —dijo y se tumbó en el sofá.

—¿Te duele el estómago? ¿Quieres que llame al doctor Solov?

—No quiero ningún médico, nada de médicos —gimió—. ¡Al diablo con los médicos! Tenemos que sacarlo de allí a toda prisa. De otra manera seremos responsables de lo que le pase. ¡Responsables! —repitió y se acomodó en el sillón medio sentado, con los dos pies en el suelo, golpeándose la cabeza con el puño cerrado.

—Está bien —dijo ella tranquila—, mañana por la mañana lo traeremos a casa.

—Me gustaría tomar un poco de té —dijo su marido, y se retiró al cuarto de baño.

Agachándose con dificultad, ella recogió algunas cartas y una o dos fotografías que se habían deslizado del sofá al suelo: la jota de corazones, el nueve de picas, el as de picas, Elsa y su bestia amada…

El volvió de buen humor y dijo a plena voz:

—Ya lo he organizado todo. Lo pondremos en nuestro dormitorio. Nosotros pasaremos por turnos media noche con él, y la otra media en este sofá. Por turnos. Traeremos al doctor para que lo vea dos veces por semana, cuando menos. No importa lo que diga *El Príncipe*. Además, no tendrá mucho que decir porque este arreglo le saldrá más barato.

Sonó el teléfono. Era una hora rara para que sonara el teléfono. Se le había caído la zapatilla izquierda y trató de alcanzarla con el talón y el dedo, ahí, de pie en medio de la habitación, mientras miraba a su mujer con expresión infantil y también desdentada. Como ella hablaba mejor el inglés que su marido, era ella la que contestaba las llamadas.

—¿Podría hablar con Charlie? —dijo la vocecilla inexpresiva de una chica.

—¿Qué número ha marcado? No. Se ha equivocado de número.

Con dulzura dejó el auricular en su posición inicial. Se llevó la mano a su corazón cansado.

—Me ha asustado —dijo.

Él esbozó una rápida sonrisa e inmediatamente volvió a su monólogo excitado. Lo irían a buscar tan pronto como se hiciera de día. Tendrían que guardar los cuchillos en un armario con llave. Incluso en sus peores momentos no constituía peligro alguno para la gente.

El teléfono volvió a sonar por segunda vez. La misma voz joven, inexpresiva y un poco angustiada preguntó por Charlie.

—Tiene el número equivocado. Creo que se confunde y marca la letra O en lugar del cero.

Se sentaron a tomar su inesperado té nocturno y festivo. El regalo de cumpleaños seguía sobre la mesa. Él sorbía el té con ruido; el rostro, ruborizado; de vez en cuando impartía un movimiento circular a su vaso alzado para que el azúcar se disolviera mejor. A un lado de la calva, allí donde tenía una gran marca de nacimiento se destacaba llamativa una vena hinchada y, aunque se había afeitado aquella

mañana, en su barbilla se observaba una cerda plateada. Mientras ella le servía otro vaso de té, él se puso las gafas y volvió a examinar con placer las jarritas de luminoso color amarillo, verde, rojo. Sus torpes labios húmedos repetían los nombres de sus elocuentes etiquetas: albaricoque, uva, ciruelas claudias, membrillo. Había llegado a la manzana cuando volvió a sonar el teléfono.

Primer amor [*]

1.

En los primeros años de este siglo, una agencia de viajes de la avenida Nevski exhibía en su escaparate un modelo a escala de un coche cama internacional de color caoba. En su delicada verosimilitud superaba con creces la hojalata pintada de mis trenes eléctricos. Lamentablemente, no estaba a la venta. Se veía incluso la tapicería azul del interior, la piel repujada que orlaba las paredes del compartimento, los paneles de madera pulida con sus correspondientes espejos, las lámparas de lectura en forma de tulipa, además de muchos otros exasperantes detalles. Las ventanas espaciosas se alternaban con otras más estrechas, sencillas o geminadas y algunas de estas últimas eran de cristal esmerilado. En algunos compartimentos habían hecho las camas.

El entonces grandioso y elegante *Nord Express* (nunca fue el mismo después de la I Guerra Mundial), conformado únicamente por coches internacionales como aquél y con un solo trayecto bisemanal, unía San Petersburgo con París. Directamente con París, habría dicho, si los viajeros no se hubieran visto obligados a cambiar a otro tren de características similares en la frontera germano-rusa (Verzhbolovo-Eydtkuhnen), donde las sesenta pulgadas y media del ancho de vía de los perezosos ferrocarriles rusos daban lugar a las cincuenta y seis y media pulgadas de rigor en Europa y donde el carbón sucedía a los troncos de abedul.

Cuando penetro en los recovecos más alejados de mi mente logro recuperar, creo, al menos cinco de aquellos viajes a París, que continuaban luego hasta la Riviera o hasta Biarritz, último destino del periplo. En 1909, el año que ahora he decidido recordar, mis dos hermanas pequeñas se habían quedado en casa al cuidado de tías y niñeras. Mi padre, con guantes y gorra de viaje, leía un libro en el compartimento que compartía con nuestro preceptor. Los servicios separaban su habitáculo del que ocupábamos mi hermano y yo. Mi madre y su doncella viajaban en uno contiguo al nuestro. Y el elemento impar de nuestro grupo, el ayuda de cámara de mi padre, Osip (a quien, una década más tarde, fusilaron los pedantes bolcheviques por haberse apropiado de nuestras bicicletas en lugar de entregarlas a la nación), compartía habitación con un extraño.

En abril de aquel año, Peary había alcanzado el Polo Norte. En mayo, Chaliapin había cantado en París. En junio, el Departamento del Ejército de Estados Unidos, preocupado por los rumores de la existencia de nuevos y mejores zepelines, había

comunicado a los periodistas sus planes para establecer una fuerza aérea. En julio, Blériot había volado desde Calais a Dover (no sin haberse visto obligado, al perder el rumbo, a algún que otro rizo imprevisto en su vuelo). Eran ya los últimos días de agosto. Los abetos y marismas de la Rusia noroccidental se sucedían vertiginosos para ceder al día siguiente el paso a los yermos alemanes de pinos y brezo.

En una mesa plegable mi madre y yo jugábamos a las cartas, a un juego llamado *durachki*. Aunque todavía era pleno día, la ventanilla del tren reflejaba en su cristal nuestros naipes, un vaso y también, aunque en plano diferente, los herrajes de una maleta. A través de campos y bosques, y también en súbitos barrancos, así como en las casitas rurales que parecían huir a nuestro paso, aquellos jugadores desencarnados se empeñaban en su juego ininterrumpido de cartas.

«*Ne budet-li, ti ved' ustal?*» («¿No te aburres, no te cansas?»), preguntaba mi madre antes de perderse en sus pensamientos mientras barajaba las cartas. La puerta del compartimento estaba abierta y yo veía la ventana del pasillo, donde los cables, seis delgados cables negros, se esforzaban por mantenerse erguidos, por ascender al cielo a pesar de los golpes de relámpago que les propinaban, uno tras otro, los postes de telégrafo; y también observaba su derrota sistemática cada vez que aquellos seis cables, en una arremetida triunfal de júbilo patético, parecían alcanzar la cima de la ventana, cuando un golpe especialmente malintencionado los devolvía a su posición original, obligándoles a comenzar su ascensión.

Cuando, en viajes como aquél, el tren cambiaba de ritmo y adoptaba un *tempo* majestuoso con el que tan sólo rozaba las fachadas de las casas y los anuncios de las tiendas, a nuestro paso por alguna gran ciudad alemana, yo solía sentir una excitación de doble filo, distinta a la que sentía en las estaciones de término. Veía cómo una ciudad, con sus tranvías de juguete, sus tilos y sus paredes de ladrillo, entraba en el compartimento, cómo se familiarizaba con los espejos y cómo rebosaba por los cristales de las ventanas del pasillo. Este contacto informal entre el tren y la ciudad era tan sólo uno de los componentes de la emoción. El otro era ponerme en el lugar de algún pasajero que, pensaba yo, se emocionara como yo me emocionaba al ver cómo aquellos largos y románticos vagones color castaño, con aquellas cortinas en los vestíbulos, negras como las alas de un murciélago y aquellas letras metálicas, que adquirían reflejos cobrizos con el sol poniente, negociaban pausadamente el puente de hierro que cruzaba la vía pública para luego dar la vuelta, con todas las ventanas súbitamente arreboladas, a la última manzana de la ciudad.

Aquellas amalgamas ópticas tenían también sus inconvenientes. El coche-restaurante y sus ventanillas panorámicas, con su paisaje de castas botellas de agua mineral, servilletas dobladas, y barras de falso chocolate (cuyo envoltorio, Cailler, Kohler, y demás, no encerraba sino madera), se percibía, en principio, como un puerto fresco al que finalmente se había conseguido llegar tras superar los obstáculos

de azules pasillos vertiginosos, pero a medida que la comida progresaba hasta el inevitable último plato, empezabas a ver cómo el vagón, con sus tambaleantes camareros y toda su parafernalia, se veía envainado sin remedio en el paisaje mientras que el paisaje, a su vez, se veía sometido a un complejo sistema motor, por el que la luna diurna se empeñaba en seguir el ritmo de tu plato, los prados lejanos se abrían en forma de abanico, los árboles cercanos se alzaban con alas invisibles hacia los raíles, mientras que un raíl paralelo a la marcha se suicidaba de repente por anastomosis, y un ribazo de hierba se elevaba cada vez más junto a nosotros hasta conseguir que el pequeño testigo de este enfrentamiento de distintas velocidades se viera obligado a vomitar su porción de *omelette aux confitures de fraises*.

Pero había que esperar a la noche para que la *Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens* cumpliera con la magia de su nombre. Desde mi cama, bajo la litera de mi hermano (¿estaba dormido? ¿Estaba en verdad allí arriba?), en la semioscuridad de nuestro compartimento, yo observaba los objetos, y también las distintas partes de los objetos, y las sombras, y las secciones de sombras que se desplazaban cautas sin llegar a ningún lado. La carpintería crujía y crepitaba suavemente. Junto a la puerta que daba al cuarto de baño, se balanceaba rítmicamente una prenda de ropa colgada de una percha, y más arriba, la borla de la lamparilla de noche, bivalva y azul. Era difícil relacionar aquellas mis observaciones vacilantes, aquel sigilo encapotado, con la impetuosa velocidad de la noche que, sabía yo, se precipitaba vertiginosa en el exterior, como un rayo, veteada de chispas, ilegible.

Yo sólo conseguía dormirme cuando me identificaba con el maquinista del tren. Una sensación de placentero bienestar invadía mis venas tras haber dispuesto con orden aquel universo —los despreocupados pasajeros en sus habitáculos disfrutando del viaje que yo les concedía, mientras fumaban, intercambiaban sonrisas cómplices, asentían, dormitaban; los camareros, cocineros y empleados del tren (a los que tenía que colocar en algún sitio) corriéndose una juerga en el coche cama; y yo, con gafas y todo tiznado, sacando la cabeza de la cabina del maquinista para escrutar los raíles que progresivamente se estrechaban, o el punto esmeralda o escarlata en la distancia negra. Y luego, cuando ya me había dormido, veía en mis sueños un espectáculo totalmente diferente, una canica de cristal rodando bajo un piano de cola o una máquina de juguete caída de lado y con las ruedas en movimiento.

Los cambios en la velocidad del tren interrumpían a veces el curso de mis sueños. Unas luces lentas cruzaban ante mis ojos con ritmo majestuoso. Al pasar, cada una de ellas investigaba la misma grieta, y luego una brújula luminosa medía las sombras que dejaba. Finalmente, el tren se paraba con un suspiro de gigante mecánico. Algo (las gafas de mi hermano, como comprobaría al día siguiente) caía al suelo. Y yo entonces sentía una intensa emoción cuando sacaba un pie sigiloso de la cama,

desbaratando el orden de las sábanas, para desatar con cuidado el cierre de la persiana, que sólo se elevaba hasta la mitad de la ventanilla, porque le impedía el paso el borde de la litera superior.

Como lunas que circularan en torno a Júpiter, unas pálidas polillas nocturnas revoloteaban en torno a una lámpara. Las páginas desmembradas de un periódico se agitaban en un banco. En algún lugar del tren se oían unas voces apagadas, alguien se aliviaba tosiendo. No había nada especialmente interesante en el espacio de andén que tenía ante mí, y sin embargo no lo podía arrancar de mi vista hasta que él mismo decidiera ponerse en movimiento.

A la mañana siguiente, los campos húmedos con sauces deformes a lo largo del radio de un canal o las hileras de álamos en la distancia, atravesados por una banda horizontal de neblina lechosa, te confirmaban que el tren surcaba las tierras de Bélgica. Llegaba a París a las cuatro de la tarde y, aunque sólo nos quedáramos una noche, siempre encontraba tiempo para comprar algo, por ejemplo, una pequeña Tour Eiffel de bronce con pátina de plata, antes de que a mediodía del día siguiente abordáramos el *Sud Express* que, de camino a Madrid, nos dejaba hacia las diez de la noche en la estación de La Négresse de Biarritz, a unas millas de la frontera española.

2.

En aquellos días Biarritz mantenía todavía su carácter. Unas polvorientas matas de zarzamora y *terrains à vendre* llenos de maleza bordeaban la carretera que llevaba hasta nuestra villa. Todavía habían de pasar treinta y seis años para que el general de brigada Samuel McCroskey ocupara la suite real del hotel du Palais, que se yergue en el solar de un antiguo palacio, donde, en la década de 1860, se dice que aquel médium extraordinariamente ágil, Daniel Home, fue sorprendido acariciando con el pie desnudo (imitando probablemente la mano de un fantasma) el rostro amable y confiado de la emperatriz Eugenia. En el paseo junto al Casino, una florista madura, de cejas de carbón y sonrisa pintada, deslizó con destreza el grueso cáliz de un clavel en el ojal de la solapa de un paseante que al volver levemente la cabeza para contemplar la tímida inserción de la flor sobre su pecho, mostró una expresión de agrado.

Al fondo de la playa, en la línea más alejada de la orilla, una serie de tumbonas y taburetes aguantaban a los padres de unos niños con sombreros de paja que jugaban en la arena junto al agua. Yo estaba arrodillado, entretenido con un peine que me había encontrado en la arena y al que trataba de prender fuego con una lupa. Los hombres lucían unos pantalones blancos que hoy en día consideraríamos excesivamente cortos, como si hubieran encogido en sucesivos lavados; las señoras llevaban, aquella temporada concreta, abrigos ligeros con solapas de seda, sombreros de gran copa y anchas alas, velos blancos profusamente bordados, blusas con

volantes encañonados en la pechera, con más volantes en la muñeca y otros tantos en las sombrillas. La brisa sazonaba los labios con sal marina. Y una mariposa dorada en tonos naranjas se precipitó veloz sobre la palpitante playa.

Los vendedores ambulantes incrementaban ruido y movimiento pregonando sus cacahuetes, caramelos dulces de violeta, helado de pistacho con sus bolitas de cachú de un maravilloso color verde y unas grandes piezas convexas de una especie de barquillo, seco y como arenoso que sacaban de unos barriles rojos. Con una precisión que no han logrado borrar imágenes posteriores, veo todavía al barquillero andando pesadamente por la arena profunda y blanda, transportando el pesado barril con hombros encorvados. Cuando le llamaban, se descolgaba del hombro la cincha con la que lo sujetaba, lo dejaba caer de un golpe en la arena donde se quedaba inclinado como la torre de Pisa y luego se limpiaba el sudor con la manga y procedía a manipular una especie de esfera con números que constituía la tapa del tonel. La flecha giraba, raspaba y zumbaba. La suerte determinaba el tamaño del barquillo que podía comprarse con una moneda. Cuanto más grande fuera la pieza, más lástima le daba.

La ceremonia del baño tenía lugar en otra parte de la playa. Unos bañistas profesionales, vascos fornidos con trajes de baño negros, contribuían a que las damas y los niños gozaran del terror de las olas. Aquellos *baigneurs* te colocaban de espaldas a la ola que estaba a punto de romper y te tomaban de la mano en el momento justo en el que aquella masa ascendente y giratoria de espuma y agua caía violentamente sobre ti desde atrás, tirándote al suelo de un fuerte golpe. Tras una serie de revolcones, el *baigneur*, reluciente como una foca, conducía al niño o a la dama, jadeantes, tiritando, respirando mocos, hacia tierra, hasta la arena llana, donde una inolvidable señora con unos pelillos grises en el mentón se apresuraba a escoger un albornoz de entre los varios que colgaban de un tendedero. En la seguridad de la cabina, otro sirviente te ayudaba a quitarte el traje de baño mojado y lleno de arena, que se desplomaba con un plof en el suelo y se enredaba en los pies. Luego, todavía tiritando, tratabas de sacar los pies de aquel barullo de tela azul con rayas difusas sin conseguir más que pisotearlo una y otra vez. La cabina olía a pino. El empleado, un jorobado con arrugas radiantes, traía una palangana de agua hirviendo, en la que metías los pies. De aquel hombre aprendí, y lo he conservado toda mi vida en una célula de cristal de mi memoria, que «mariposa» en vasco se dice *miresicoletea*, o al menos eso es lo que yo creí entender (entre las siete palabras que he encontrado en los diccionarios la que más se le acerca es la de *micheletea*).

3.

En la zona más oscura y húmeda de la *plage*, esa parte donde, con marea baja, se encuentra la mejor arena para hacer castillos, me encontré cavando, un día, al lado de

una niña francesa llamada Colette.

Iba a cumplir diez años en noviembre. Yo había cumplido diez en abril. Me fijé, nos fijamos, en el trozo de concha mellada de un mejillón que acababa de pisar con la planta desnuda de un pie estrecho y de largos dedos. No, yo no era inglés. Sus ojos verduscos parecían inundados de las pecas sobrantes que se derramaban profusas por su rostro anguloso. Llevaba lo que ahora llamaríamos un atuendo deportivo, consistente en un jersey azul con las mangas rernangadas y pantalones cortos azules de punto. Al verla, yo la había confundido con un chico, pero luego me extrañó la pulsera que llevaba en su muñeca delgada y los tirabuzones castaños que sobresalían de su gorra de marinero.

Hablaba a pequeños trompicones como de pájaro, con una especie de rápidos gorjeos interrumpidos, en los que se mezclaban un inglés aprendido, de institutriz y su francés parisino. Dos años antes, en la misma *plage*, me había hecho amigo de la maravillosa hija de un médico serbio; pero cuando conocí a Colette, me di cuenta inmediatamente de que esta vez iba en serio. ¡Colette me parecía mucho más extraña que cualquiera de mis otras compañeras de juegos de Biarritz! No sé cómo adquirí la convicción de que era menos feliz que yo, menos amada. Una magulladura en su suave y delicado brazo dio lugar a terribles conjeturas. «Me pellizca tan fuerte como mamá», dijo, hablando de un cangrejo. Desarrollé varios planes para salvarla de sus padres, que eran «*des bourgeois de Paris*» como oí que alguien le decía a mi madre encogiéndose de hombros con cierto desprecio. Interpreté aquel desdén a mi manera, porque sabía que aquella gente había venido desde París en su limusina azul y amarillo (una aventura de moda en aquellos días) aunque habían enviado modestamente a Colette, con su perro y su institutriz, en un tren de día y en segunda. El perro era una hembra de fox-terrier con un collar de campanillas y un trasero de lo más movido. Era tan exuberante que sacaba agua a lametazos del cubo de juegos de Colette. Recuerdo la vela, el atardecer y el faro pintados en aquel cubo, pero no recuerdo el nombre del perro, y eso me preocupa.

Durante los dos meses que duró nuestra estancia en Biarritz, mi pasión por Colette casi supera mi pasión por las mariposas. Como mis padres no tenían demasiado interés en conocer a los suyos, sólo la veía en la playa; pero pensaba en ella constantemente. Si notaba que había estado leyendo, sentía un espasmo de impotente angustia que hacía brotar lágrimas de mis ojos. Yo no podía destruir los mosquitos que habían dejado sus marcas en su frágil cuello, pero sí que podía pegarme con un chico pelirrojo que había sido desconsiderado con ella: me pegué y le gané. Solía regalarme cálidos puñados de caramelos. Un día, cuando estábamos inclinados sobre una estrella de mar y los rizos de Colette me cosquilleaban en el oído, se volvió de repente hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Mi emoción fue tan grande que lo único que se me ocurrió decir fue: «¡No seas tonta!».

Yo tenía una moneda de oro con la que pensé que podíamos fugarnos. ¿Adónde quería llevarla? ¿A España? ¿A América? ¿A las montañas más arriba de Pau? «*Là-bas, là-bas, dans la montagne*», que le había oído a Carmen cantar en la ópera. Una noche extraña, me quedé tumbado, sin poder dormir, oyendo el recurrente zumbido del mar y planeando nuestra fuga. Parecía que el mar se alzaba en la noche, buscando a tientas su destino para luego desplomarse pesadamente sobre sí mismo.

De nuestra huida real, tengo poco que contar. Mi memoria tan sólo vislumbra una escena fugaz en la que ella obediente se está poniendo unas alpargatas de lona con suela de cáñamo a sotavento de una de las casetas que aletea, mientras que yo meto doblada una red cazamariposas en una bolsa de papel marrón. El recuerdo siguiente es que iniciamos la primera etapa de nuestra escapatoria metiéndonos en un cine oscuro como boca de lobo junto al Casino (lo cual desde luego nos estaba absolutamente prohibido). Allí nos sentamos, cogidos de la mano por encima del perro que, de tanto en tanto, cascabeleaba suavemente en el regazo de Colette, mientras en la pantalla nos mostraban una agitada, aunque apasionante corrida de toros pasada por agua en San Sebastián. Mi último recuerdo fugaz es el de mi persona conducida por mi preceptor a lo largo del paseo. Sus largas (piernas se desplazan con una especie de inquietante energía y bajó la tensa piel de su firme mandíbula veo cómo trabajan sus músculos. Mi hermano, de nueve años, con sus gafas, que va de la otra mano del preceptor, no hace más que adelantar el paso para escrutarme con temerosa curiosidad como un búho pequeño.

Entre los triviales *souvenirs* que adquirí en Biarritz antes de marcharme, mi preferido no era el pequeño toro de piedra negra ni tampoco la resonante concha de mar sino algo que ahora me parece simbólico, un portaplumas de espuma de mar con una diminuta mirilla de cristal como adorno. Si te lo ponías junto al ojo, cerrando el otro, y conseguías que no te molestara el brillo de tus propias pestañas, contemplabas una maravillosa vista panorámica de la bahía y del horizonte de rocas que terminaba en el faro.

Y ahora sucede algo delicioso. El proceso de recreación de aquel portaplumas y el microcosmos entrevisto por su mirilla estimula mi memoria a que haga un último esfuerzo. Trato de acordarme una vez más del nombre del perro de Colette, y, claro, entre aquellas playas remotas, sobre las arenas brillantes del pasado, donde cada pisada se va llenando despacio con el agua del atardecer, su nombre se me va acercando, ruidoso y vibrante, ya llega, ya llega, ¡Floss, Floss, Floss!

Colette ya estaba en París cuando llegamos nosotros para pasar un día antes de continuar nuestro viaje a casa; y allí en un parque con gamos, bajo un frío cielo azul, la vi (lo habían acordado nuestros mentores, creo) por última vez. Llevaba un aro y su palo correspondiente para jugar con él, y todo en torno suyo era extremadamente correero y elegante, de un modo otoñal, parisino, *tenue-de-ville-pour-fillettes*. Le

quitó a su institutriz un regalo de despedida que deslizó en la mano de mi hermano, una caja de almendras garrapiñadas que, sabía yo, me estaban destinadas única y exclusivamente a mí; y tras ese gesto, al momento siguiente, desapareció de nuestro lado, jugando con su aro que lanzaba destellos bajo sol y sombras, dando vueltas y más vueltas alrededor de una fuente cegada por hojas secas junto a la que yo la observaba. Las hojas se mezclan en mi recuerdo con la piel de sus zapatos y de sus guantes, y algún detalle de su atuendo, me acuerdo ahora (quizá la cinta de su gorra escocesa, o el dibujo de sus medias) me recordó entonces el arco iris en espiral de una canica de cristal. Todavía creo sostener aquella hebra iridiscente, sin saber exactamente dónde acomodarla, mientras ella corre con su aro cada vez más rápida en torno a mí hasta que se desvanece entre las estrechas sombras del sendero de grava formadas por los arcos de hierro entrelazados que marcaban sus bordes.

Escenas de la doble vida de un monstruo [*]

Hace algunos años el doctor Fricke nos hizo a Lloyd y a mí una pregunta que trataré de contestar ahora. Con la sonrisa ensoñadora del que se dispone a satisfacer un placer de orden científico, acarició la carnosa banda cartilaginosa que nos enlazaba —*omphalopagus diaphragmo-xiphodidymus*, como Pancoast denominó un caso similar— y nos preguntó si acaso podíamos recordar la primera vez que cualquiera de nosotros, o ambos, nos dimos cuenta de la peculiaridad de nuestro destino y condición. Lloyd recordaba tan sólo que nuestro abuelo Ibrahim (o Ahim, o Ahem, ¡fastidiosos bloques de sonidos muertos a nuestros oídos actuales!) tocaba con cariño lo que tocaba el médico y lo llamaba un puente de oro. Yo no dije nada.

Nuestra infancia transcurrió encima de una fértil colina sobre el mar Negro en la granja de nuestro abuelo junto a Karaz. Su hija más joven, la rosa del Oriente, perla del gris Ahem (si eso era cierto, aquel viejo granuja hubiera podido preocuparse más de ella), había sido violada en un huerto junto a la carretera por nuestro amo anónimo y había muerto después de parirnos a nosotros, supongo que de puro horror y pena. Una serie de rumores hablaba de un buhonero húngaro; otros rumores se referían a un ornitólogo y coleccionista aleonan o a algún miembro de su expedición, probablemente su taxidermista. Unas tías de complexión oscura, llenas de collares, cuyas ropas voluminosas olían a aceite de rosas y a cordero, se ocuparon con celo macabro de las necesidades de nuestra monstruosa infancia.

Muy pronto, en las aldeas vecinas se enteraron de la extraordinaria noticia y empezaron a enviar a nuestra granja a toda suerte de extraños con afán inquisitivo. En los días de fiesta se les veía afanándose por subir la colina que conducía a nuestra casa, como si fueran peregrinos en cuadros de colores vivaces. Había un pastor que medía un metro ochenta y un calvo bajito con gafas, y soldados, así como las sombras de cipreses alargados. También venían niños, a todas horas, que eran despachados por nuestras celosas amas; pero casi cada día había algún joven de ojos negros y pelo corto, con gastados pantalones azules que conseguía deslizarse a través del cornejo, la madreselva y los troncos retorcidos de los ciclamores, hasta el patio adoquinado con su vieja fuente legañosa donde los pequeños Lloyd y Floyd (entonces nos llamábamos de otra manera, nombres llenos de consonantes aspiradas) descansaban tranquilamente sentados, mascando orejones bajo un muro encalado. Luego, súbitamente, percibía la H de nuestros cuerpos transformada en una I, como si el numeral romano que representa el dos fuera tan sólo el uno, o unas tijeras de una sola cuchilla.

No puede establecerse comparación alguna, evidentemente, entre el impacto

producido al conocer esta situación, por muy perturbador que pudiera ser, y el *choque* emocional que recibió mi madre (¡y a propósito, qué felicidad tan pura experimento al utilizar de forma tan deliberada el posesivo singular!). Debió darse cuenta de que estaba dando a luz a un par de gemelos; pero cuando se enteró, como sin duda ocurrió, de que los gemelos estaban unidos… ¿qué sensaciones experimentaría en aquel momento? Dado el tipo de gente ignorante, incontinente y exasperadamente locuaz que nos rodeaba, la familia vocinglera y lenguaraz que esperaba junto a la cama deshecha debió, con toda seguridad, decirle al momento que algo había ido espantosamente mal; y no hay apenas duda de que sus hermanas, en el frenesí de su susto y de su compasión, le enseñaron al niño siamés. Yo no digo que una madre no pueda amar a un objeto semejante, doble, y olvidar en ese amor el oscuro rocío de su origen impío; sólo creo que la mezcla de asco, piedad y amor materno fue demasiado para ella. Los dos componentes de aquella serie doble que contemplaban sus ojos eran unos deliciosos ejemplares incompletos saludables y guapos, con una pelusilla rubia sedosa en sus cráneos rosado-violetas, y brazos y piernas elásticos y bien proporcionados que se movían como los miembros numerosos de un maravilloso animal marino. Cada uno de ellos era fundamentalmente normal, pero juntos formaban un monstruo. En realidad, es extraño pensar que la presencia de una mera banda de tejido, un andrajo de carne no mayor que un hígado de cordero, pudiera transformar la alegría, el orgullo, la ternura, la adoración y la gratitud hacia Dios en horror y desesperación.

En cuanto a nosotros, todo era mucho más sencillo. Los adultos eran demasiado diferentes de nosotros en todo, como para que nos permitieran establecer analogía alguna, pero el primer visitante que tuvimos de nuestra edad constituyó para mí una suerte de revelación. Mientras Lloyd contemplaba plácidamente al atemorizado niño de siete u ocho años, que nos miraba atentamente desde una achaparrada higuera que a su vez parecía examinarnos a nosotros, yo recuerdo que me di cuenta cabal de la esencial diferencia existente entre el recién llegado y mi persona. Su cuerpo producía en el suelo una pequeña sombra azul, también el mío; pero además de aquel compañero impreciso, plano e inconstante que tanto él como yo debíamos agradecer al sol y que se desvanecía en días nublados, yo poseía otra sombra más, un reflejo palpable de mi ser corporal, que siempre tenía junto a mí, a mi izquierda, mientras que mi visitante había conseguido de una manera u otra desembarazarse del suyo, o quizá había conseguido desengancharlo de su persona y dejarlo en casa. Unidos, Lloyd y Floyd eran normales y completos; él no era ni lo uno ni lo otro.

Pero quizás, en orden a elucidar estas cuestiones lo más exhaustivamente posible, debería hablar de recuerdos más lejanos todavía. A no ser que las emociones adultas empañen los recuerdos antiguos, creo que puedo atestiguar la existencia de una cierta repugnancia. Debido a la duplicidad de nuestros miembros anteriores, dormíamos en

principio cara a cara, unidos por nuestro ombligo común, y mi rostro en esos primeros días de nuestra existencia se veía constantemente acariciado por la dureza de la nariz de mi hermano gemelo y por sus labios húmedos. Aquel desagradable contacto nos llevó a reaccionar a nuestra manera y así desarrollamos una cierta tendencia espontánea a echar la cabeza hacia atrás y a separar nuestros rostros lo más posible. La extrema flexibilidad de la banda de carne que nos mantenía unidos nos permitía asumir una posición recíproca más o menos lateral, y cuando aprendimos a caminar, lo hacíamos en una suerte de contoneo lateral como patos que anadean conjuntadamente, una posición que a la gente le debía de parecer más forzada de lo que realmente era, y que nos hacía parecer, supongo yo, un par de enanos borrachos que se apoyaran el uno en el otro. Durante mucho tiempo volvíamos a nuestra posición fetal a la hora de dormir; pero en cuanto la incomodidad subyacente a esta postura incomodaba nuestro sueño y nos despertaba, volvíamos a distanciar nuestros rostros, con un doble gemido de repugnancia recíproca.

Insisto en que cuando teníamos tres o cuatro años nuestros cuerpos sentían aversión ante la torpeza de nuestra coyunda, mientras que nuestras mentes no cuestionaban la normalidad de nuestros cuerpos. Luego, antes de que hubiéramos podido ser conscientes de sus inconvenientes, la intuición física fue descubriendo formas de lidiar con ellos, y a partir de entonces dejamos de pensar en los mismos. Todos nuestros movimientos se convirtieron en un juicioso compromiso entre lo común y lo particular. La pauta de las acciones motivadas por tal o cual deseo común formaba una especie de fondo generalizado, gris e uniformemente tejido contra el que un impulso discreto, el suyo o el mío, seguía su curso más directo y preciso; pero (como si estuviera guiado por la urdimbre de la pauta común) nunca iba en contra de la trama común o del deseo preciso y concreto del cuerpo gemelo.

Hablo ahora sólo de nuestra infancia, cuando la naturaleza no había tenido tiempo todavía para minar nuestra laboriosamente ganada vitalidad con ningún conflicto entre nosotros. Años más tarde he tenido ocasión de lamentar que no hubiéramos muerto o que no nos hubieran separado quirúrgicamente, antes de abandonar aquel estado inicial en el que un ritmo siempre presente, como una especie de tam-tam remoto que sonara en la jungla de nuestro sistema nervioso, era el único responsable de regular nuestros movimientos. Cuando, por ejemplo, uno de nosotros estaba a punto de agacharse para apropiarse de una bonita margarita mientras que el otro, exactamente en el mismo momento, iniciaba un ademán para estirarse y coger un higo maduro, ganaba aquel cuyos movimientos se conformaran al ictus habitual de nuestro ritmo común y continuo, después de lo cual, con un estremecimiento muy breve y como coral, el gesto interrumpido de un gemelo era absorbido y disuelto en la enriquecida ola de la acción que el otro gemelo acababa de completar. Digo «enriquecida» porque el fantasma de la flor que se había quedado en el suelo parecía

de alguna manera estar también allí, pulsando entre los dedos que se cerraban en torno a la fruta.

Podían producirse largos períodos de semanas e incluso de meses en los que el ritmo conductor correspondía con mucha más frecuencia a Lloyd que a mí, pero luego llegaba una época en la que era yo el que conducía la ola del deseo; pero no recuerdo momento alguno en nuestra infancia en el que la frustración o la realización del deseo provocara en ninguno de nosotros ni resentimiento ni orgullo.

Sin embargo, en algún lugar dentro de mí, debía de haber una célula sensible que se preguntaba cómo funcionaba aquel hecho curioso por el que una fuerza desconocida se apoderaba de mí y me distanciaba del objeto de un deseo repentino para llevarme a una serie de cosas no deseadas hasta entonces y que se introducían en la esfera de mi voluntad sin que yo hubiera llegado a desearlas conscientemente ni las hubiera atenazado entre los tentáculos de mi volición. Así que mientras yo observaba a tal o cual chiquillo extraviado que nos contemplaba a Lloyd y a mí, recuerdo que me ponía a pensar y a dirimir un problema de índole dual: en primer lugar, trataba de resolver si una única naturaleza corporal presentaba más ventajas que la nuestra; en segundo lugar, si *todos* los otros niños eran únicos. Se me ocurre ahora que a menudo los problemas que me preocupaban eran de doble filo, posiblemente los hilos de los procesos cerebrales de Lloyd penetraban en mi mente y uno de los dos problemas conjuntos que yo consideraba era en realidad una preocupación suya.

Cuando nuestro avaricioso abuelo Ahem decidió exhibirnos para ganar dinero, había siempre algún granuja ansioso entre la gente que venía a contemplarnos que quería que habláramos entre nosotros. Como suele ocurrir con las mentes primitivas, pedía que sus oídos corroboraran lo que veían sus ojos. Nuestra gente nos obligaba de mala manera a que gratificáramos tales deseos y no entendían lo angustioso que resultaba el hacerlo. Habríamos podido decir que éramos demasiado tímidos para complacerlos; pero la realidad es que nunca *nos hablábamos* el uno al otro, incluso cuando estábamos solos, porque los breves gruñidos entrecortados que intercambiábamos en nuestros escasos momentos de enfado (cuando, por ejemplo, uno se había hecho una herida en un pie y se la estaban vendando mientras que el otro quería ir a nadar al arroyo) no podían interpretarse realmente como un diálogo. La comunicación de sencillas sensaciones esenciales la llevábamos a cabo sin palabras; hojas desprendidas del árbol que flotaban en la corriente de nuestra sangre común. También los pensamientos simples conseguían deslizarse y viajar entre nosotros. Los más complejos no lo hacían sino que persistían en la mente que les había dado origen, pero incluso en esos casos ocurrían extraños fenómenos. Ésa es la razón por la que tengo la sospecha de que a pesar de que tenía una naturaleza más tranquila, Lloyd luchaba contra las mismas realidades que a mí me desconcertaban. Al crecer olvidó muchas cosas. Yo no he olvidado nada.

Pero el público no sólo esperaba de nosotros que nos habláramos, quería incluso que jugáramos juntos. ¡Alcornoques! Les divertía que compitiéramos en ingenio jugando al ajedrez o a las damas. Supongo que si hubiéramos sido de distinto sexo nos habrían obligado a cometer incesto en su presencia. Pero como los juegos entre nosotros eran tan poco frecuentes como la conversación, sufríamos sutiles tormentos cada vez que nos obligaban a realizar tortuosos movimientos para lanzarnos una pelota desde algún lugar entre nuestros pechos, o a hacer como que jugábamos a arrebatarnos mutuamente una especie de bate. Nos aplaudían entusiasmados cada vez que corríamos por el perímetro del patio cogidos con los brazos al hombro. Saltábamos y girábamos.

Un vendedor ambulante de remedios medicinales, un hombre calvo y bajito con una blusa blanca, que sabía un poco de turco y otro poco de inglés, nos enseñó unas cuantas frases en esas lenguas; y entonces tuvimos que demostrar nuestras nuevas habilidades ante una audiencia fascinada. Sus rostros ardientes todavía me persiguen en mis pesadillas, porque vienen hasta mí cada vez que el productor de mis sueños necesita de una comparsa que le acompañe. Veo una vez más al pastor gigante de rostro de bronce y harapos multicolores, a los soldados de Karaz, al sastre armenio jorobado y tuerto (un monstruo por derecho propio), a las niñas que no paran de reírse tontamente, las viejas que suspiran, los niños, los jóvenes vestidos a la manera occidental —ojos ardientes, dientes blancos, negras bocas abiertas; y, desde luego, al abuelo Ahem, con su nariz de marfil amarillento y su barba de lana gris, dirigiendo las escenas o contando los billetes sucios y gastados mientras se chupa el dedo. El lingüista, el de la blusa bordada y la calva, cortejaba a una de mis tías, sin dejar de lanzar miradas de envidia a Ahem a través de sus lentes de montura de acero.

Para cuando tuve nueve años ya sabía perfectamente que Lloyd y yo constituíamos un fenómeno de lo más raro y caprichoso. El saberlo no se tradujo en júbilo ni en vergüenza alguna; pero en una ocasión, una cocinera histérica, una mujer bigotuda, que nos había tomado mucho cariño y que se apiadaba de nuestra suerte, declaró con un espantoso juramento que allí mismo nos iba a liberar de un tajo con un reluciente cuchillo que enarboló en aquel momento (nuestro abuelo y uno de nuestros recién adquiridos tíos se lo impidieron inmediatamente); y después de aquel incidente yo solía entretenerme en ensoñaciones indolentes imaginándome separado de mi pobre Lloyd que, de alguna manera, seguía manteniendo su personalidad de monstruo.

No me interesó el asunto aquel del cuchillo y de cualquier manera, la forma en la que la separación debía llevarse a cabo permanecía en el misterio; lo que yo me imaginaba con precisión era que mis grilletes desaparecían súbitamente y el consecuente sentimiento de desnudez y ligereza que esto provocaba en mi persona. Me imaginaba saltando la valla, una valla con las calaveras blanqueadas de los

animales domésticos que coronaban los postes, y descendiendo hacia la playa. Me veía saltando de piedra en piedra y zambulléndome en el mar centelleante, para salir después a la arena a corretear junto con otros chiquillos desnudos. Soñaba con ello por las noches, me veía huyendo de mi abuelo y llevándome algún juguete, o un gatito, o un cangrejo pequeño apretados contra el costado. Imaginaba que me encontraba con Lloyd, que se me aparecía en sueños cojeando, unido sin remedio a otro gemelo cojo mientras que yo estaba libre para bailar junto a ellos y para darles todos los golpes que quisiera en sus pobres espaldas.

Me pregunto si Lloyd tenía las mismas ensoñaciones. Los médicos han apuntado que a veces juntábamos nuestras mentes mientras dormíamos. Una mañana gris azulada cogió una ramita de un árbol y dibujó en el polvo un barco con tres mástiles. Yo acababa de verme dibujando aquel barco en un sueño que había tenido la noche precedente.

Una especie de gran capa negra de pastor cubría nuestros hombros y, cuando nos agachábamos sentados en el suelo, sus pliegues envolventes sólo dejaban al descubierto nuestras cabezas y la mano de Lloyd. El sol acababa de salir y el viento afilado de marzo era como capa tras capa de hielo semitransparente a través del cual los retorcidos árboles de Judea apenas en flor se veían como manchas indefinidas de rosa amoratado. La blanca casa alargada y achaparrada detrás de nosotros, llena de mujeres gordas con sus maridos malolientes, estaba completamente dormida. No dijimos nada ni siquiera nos miramos pero, dejando la ramita a un lado, Lloyd me pasó el brazo derecho por la espalda, como siempre hacía cuando quería que los dos camináramos deprisa; y con la punta de nuestra prenda común arrastrándose entre los juncos muertos, mientras que las piedras corrían y se resbalaban bajo nuestros pies, emprendimos camino por el paseo de cipreses que conducía a la costa.

Era nuestro primer intento de ir hasta ese mar que veíamos brillar suavemente y sin prisa a lo lejos desde nuestra colina, rompiendo sus olas en silencio contra relucientes rocas. No necesito esforzar mi memoria para situar nuestra torpe huida en un punto definitivo de nuestro destino. Unas cuantas semanas antes, el día de nuestro duodécimo aniversario, el abuelo Ibrahim había empezado a jugar con la idea de enviarnos en compañía de nuestro nuevo tío a una gira de seis meses a través del país. No hacían más que discutir los términos económicos del contrato sobre los que se habían disputado e incluso peleado, aunque Ahem había resultado vencedor.

Le teníamos miedo a nuestro abuelo y detestábamos al tío Novus. Probablemente, sintiéramos de una forma torpe pero también desesperada (sin saber nada de la vida, pero vagamente conscientes de que el tío Novus trataba de engañar al abuelo) que teníamos que hacer algo para impedir que un feriante nos llevara de un lado a otro en una cárcel itinerante, como si fuéramos monos o águilas; o quizás nos impeliera a ello el pensar que aquélla era nuestra última oportunidad de gozar de nuestra pequeña

libertad y de hacer lo que teníamos absolutamente prohibido hacer: ir más allá de una cierta valla, abierta tan sólo por una cierta puerta.

No tuvimos problemas para abrir la desvencijada puerta aunque no logramos devolverla a su posición inicial. Un cordero blanco y sucio, de ojos color ámbar y con una marca de carmín pintada en la dureza de su frente plana, nos siguió un buen trecho antes de perderse entre los robledales. Bajamos un poco, pero todavía por encima del valle y tuvimos que cruzar la carretera que rodeaba la colina y unía nuestra granja con la carretera de la playa. El zumbar de los cascos de los caballos y el chasquido de las ruedas se iba acercando hasta nosotros; y nos detuvimos, con capa y todo, agazapados detrás de un matorral. Cuando se amortiguó el estruendo, cruzamos la carretera y seguimos nuestro camino por una cuesta llena de maleza. El mar plateado se iba ocultando a nuestra vista detrás de los cipreses y de restos de viejos muros de piedra. Nuestra capa negra nos empezó a dar calor y a resultar pesada pero perseveramos bajo su protección, temiendo que si no lo hacíamos cualquier transeúnte se diera cuenta de nuestra enfermedad.

Salimos a la carretera principal, a unos metros del fragor del mar, y allí, esperándonos bajo un ciprés, estaba un coche que conocíamos bien, una especie de carreta de grandes ruedas, de cuyo pescante descendía ya el tío Novus. ¡Qué hombrecillo tan astuto, oscuro, ambicioso y sin principios! Unos minutos antes nos había visto desde una de las terrazas de la casa de nuestro abuelo y no había podido resistir la tentación de aprovechar una escapada que milagrosamente le daba la oportunidad de capturarnos sin resistencia ni protesta posible. Lanzando juramentos contra aquellos caballos timoratos, nos ayudó brutalmente a meternos en el carro. Nos empujó hasta que bajamos la cabeza y amenazó con hacernos daño si intentábamos siquiera no ya sacar la cabeza sino mirar fuera de la capa. Lloyd tenía todavía su brazo sobre mi espalda, pero una sacudida del carro hizo que lo soltara. Ahora las ruedas crujían en su marcha. Pasó algún tiempo antes de que nos diéramos cuenta de que nuestro conductor no nos estaba llevando a casa.

Han pasado veinte años desde aquella gris mañana de primavera pero sigue intacta en mi memoria, con mayor claridad que muchas de las cosas que han ocurrido después. Una y otra vez pasa ante mi mirada como si fuera una cinta cinematográfica, como he visto hacer a los grandes prestidigitadores cuando revisan sus actuaciones. De igual modo yo reviso todas las etapas y circunstancias, incluso los detalles accidentales, de nuestra fallida huida, el estremecimiento inicial, la puerta, el cordero, la pendiente resbaladiza bajo nuestros torpes pies. Les debimos parecer un espectáculo extraordinario a los tordos que volaron a nuestro paso, con aquella capa negra que nos envolvía y de la que sobresalían dos cabezas rapadas insertas en unos cuellos canijos. Las cabezas se volvían a un lado y a otro, cautelosas, hasta que finalmente llegaron a la carretera que bordeaba la línea de la costa. Si en aquel

momento algún extranjero aventurero hubiera llegado a la costa desde su barco en la bahía, habría seguramente experimentado un escalofrío de emoción al verse enfrentado a un simpático monstruo mitológico en un paisaje de cipreses y piedras blancas. Lo hubiera adorado, hubiera derramado lágrimas dulces. Pero mucho me temo, Dios mío, que no había nadie para recibirnos allí, salvo aquel granuja preocupado, nuestro nervioso secuestrador, un hombrecillo con cara de muñeca que llevaba unas gafas baratas, que se mantenían en pie gracias a un trozo de esparadrapo.

Las hermanas Vane [*]

1.

No me habría enterado de la muerte de Cynthia si no me hubiera topado, aquella noche, con D., a quien también había perdido la pista en los últimos cuatro años o así; y tampoco me habría encontrado con D. si no me hubiera visto involucrado en una serie de investigaciones triviales.

Aquel día, un contristado domingo tras una semana de ventiscas constantes, había sido un cóctel de barro y piedras preciosas. En el transcurso de mi habitual paseo vespertino por las colinas de la pequeña ciudad que albergaba la universidad femenina donde yo enseñaba literatura francesa, me detuve a observar una familia de brillantes carámbanos que chorreaban gota a gota desde los aleros de una casa de madera. Sus puntiagudas sombras se reflejaban con tal precisión en las lajas de madera posteriores que pensé que también las gotas, en su caída, tendrían que trazar visibles y ciertas sus sombras. Pero no era así. Tal vez el tejado sobresaliera demasiado, o mi ángulo de visión fuera imperfecto o quizá, yo no había tenido la oportunidad de estar observando precisamente el carámbano concreto que en aquel momento goteaba. Había un cierto ritmo, una alternancia en el goteo que consideré tan engañosa como un juego de manos con monedas. Me llevó a inspeccionar las esquinas de más de una manzana de casas, y así llegué hasta la calle Kelly, y hasta la misma puerta de la casa donde solía vivir D. cuando era profesor ayudante allí. Y al mirar a los aleros del garaje contiguo con su alarde total de estalactitas transparentes dominadas por sus siluetas azules, me vi gratificado finalmente, al elegir una de ellas, con el espectáculo de lo que podría ser descrito como el punto de una señal de exclamación que abandonase su posición ordinaria para deslizarse muy deprisa —un punto más deprisa que la línea de hielo descendente que trazaba en su caída. Aquel centelleo geminado, con ser delicioso, no me resultó completamente satisfactorio; consiguió más bien que se despertaran mi apetito y mi hambre de otros bocados de luz y sombra, por lo que seguí caminando en un estado de alerta bruta que parecía transformar todo mi ser en un inmenso globo ocular que girase en la cuenca del mundo.

A través de mis pestañas de pavo real vi el deslumbrante reflejo diamantino del sol del atardecer sobre las curvas posteriores de un automóvil aparcado en la acera. La esponja del deshielo había restituido a todas las cosas un sentido pictórico. El agua caía en desbordantes festones por la pendiente de una calle hasta girar con elegancia

por otra. Con un apunte de engañoso atractivo los estrechos pasadizos entre los edificios revelaban tesoros de ladrillo y púrpura. Observé por primera vez los humildes estriados, los últimos ecos de las acanaladuras en los fustes de las columnas, que ornamentaban un cubo de basura, y también vi las ondulaciones de su tapa, círculos que se iban separando de un centro fantásticamente antiguo. Las sombras erguidas y de oscuras cabezas de la nieve muerta (abandonada por las palas de un quitanieves el pasado viernes) se alineaban como pingüinos rudimentarios a lo largo de los bordillos, sobre las brillantes vibraciones de las cunetas vivas.

Subí, bajé, caminé directamente contra el sol que delicadamente se ponía y, finalmente, la secuencia de cuerpos observados y observantes me llevó, a la hora habitual de mi cena, hasta una calle tan lejana del lugar en el que habitualmente cenaba que decidí probar en un restaurante que había en el linde de la ciudad. La noche había caído sin ruido ni ceremonia cuando salí del mismo. El esbelto fantasma, la sombra alargada lanzada por un parquímetro sobre la nieve húmeda, tenía un tinte extrañamente leonado, que supuse que sería debido a la rojiza luz del cartel del restaurante sobre la acera; y fue entonces, cuando yo me estaba demorando en aquel lugar, preguntándome si en mi camino de vuelta iba a tener la suerte de encontrarme con la pareja de aquel fantasma en neón azul, fue entonces cuando un coche crujió al detenerse junto a mí y D. salió del mismo fingiendo una exclamación de placer.

Estaba de paso, de camino desde Albany a Boston, en la ciudad en la que había vivido antes, y más de una vez en la vida he sentido una puñalada de emoción ajena seguida de un arrebato de irritación personal contra los viajeros que parecen no sentir nada al volver a visitar unos lugares que debieran acosarles a cada paso con recuerdos llenos de gemidos y lamentos. Me hizo entrar de nuevo en el bar que acababa de abandonar y, tras el habitual intercambio de tópicos intranscendentes, se produjo el inevitable vacío que él procedió a llenar con las siguientes palabras casuales: «Fíjate, que no sabía que Cynthia Vane estuviera mal del corazón. Me ha dicho mi abogado que murió la semana pasada».

2.

Todavía era joven, todavía temerario, todavía taimado, y todavía estaba casado con una mujer delicada, exquisitamente guapa que no se había enterado ni tan siquiera sospechado lo más mínimo acerca de su desastrosa relación con la histérica hermana pequeña de Cynthia, quien, a su vez nunca supo nada de la entrevista que yo había mantenido con Cynthia, cuando ésta me convocó repentinamente en Boston para hacerme jurar que hablaría con D. y haría que lo «echaran» si no dejaba de ver inmediatamente a Sybil, o si no se divorciaba de su mujer (a la que, dicho sea de paso, se imaginaba, a través de las palabras delirantes de su hermana Sybil, como una arpía y una fiera). Yo le abordé inmediatamente. Me dijo que no había nada de qué

preocuparse, que ya se había decidido, en cualquier caso, a dejar su trabajo en la universidad y a mudarse con su mujer a Albany, donde trabajaría en la empresa de su padre; y todo aquel asunto, que amenazaba con convertirse en una de esas situaciones imposibles de resolver que se mantienen y duran año tras año —con una serie de amigos bienintencionados que discuten sin cesar desde la periferia los avatares de la relación, sin dejar de jurar un silencio universal a la par que descubren en sus conversaciones nuevas intimidades en las penas ajenas—, llegó a un abrupto final.

Recuerdo que al día siguiente estaba sentado a mi mesa en la gran aula donde tenía lugar un examen parcial de literatura francesa, la víspera del suicidio de Sybil. Se presentó allí con tacones de aguja, una maleta que tiró en una esquina donde se apilaban una serie de bolsas, se quitó el abrigo de piel con un leve gesto de sus hombros esbeltos, lo dobló sobre el bolso y, junto con dos o tres chicas más, se detuvo delante de mi mesa a preguntarme cuándo les enviaría por correo los resultados de los exámenes. Me llevaría una semana, a contar desde el día siguiente, les dije, leerlo todo. Recuerdo también que me puse a pensar si D. la habría informado ya de su decisión, y sentí una pena profunda por mi sumisa y querida estudiante a la que mis ojos volvían una y otra vez durante aquellos ciento cincuenta minutos en los cuales no paré de observar aquellos cabellos oscuros cuidadosamente peinados, aquel sombrero pequeño, tan pequeño, con un velo de transparencia hialina como los que se llevaban aquella temporada, y bajo el mismo, su rostro menudo roto en las líneas cubistas de las marcas causadas por un acné, patéticamente enmascarado por un bronceado de lámpara solar que endurecía sus facciones, cuyo encanto se veía aún más perjudicado por el hecho de que se hubiera pintado toda superficie susceptible de ser maquillada, de forma que las pálidas encías de su boca entre unos labios agrietados de cereza y la tinta azul diluida de sus ojos bajo unas pestañas oscurecidas, constituían los únicos signos visibles de su belleza.

Al día siguiente, tras disponer por orden alfabético los feos cuadernos de mis alumnas, me sumergí en aquel caos de escritura y llegué antes de lo previsto a Valevsky y a Vane, cuyos cuadernos había colocado fuera de lugar. El primero de ellos había logrado alcanzar cierta aura de legibilidad, pero el examen de Sybil mostraba su habitual combinación demoníaca de diversas manos. Había comenzado a escribir con un lápiz de mina muy dura y muy pálida con la que había traspasado y emborronado de negro el dorso del papel, sin conseguir con ello producir nada de valor en la cara del folio. Por fortuna, la punta se le rompió muy pronto y Sybil continuó con otra mina más oscura hasta que gradualmente ésta desembocó en algo que casi parecía carboncillo, cuya punta roma, tras pasar por sus labios, se había enriquecido con algunas huellas de carmín. Su trabajo, aunque peor de lo que yo esperaba, mostraba los signos inequívocos de una cierta escrupulosidad, con subrayados, transposiciones, innecesarias notas a pie de página, como si estuviera

resuelta a esclarecer las cosas de la forma más respetable posible. Luego había cogido la pluma de Mary Valevsky y había añadido: «*Cette examain est finie ainsi que ma vie. Adieu, jeunes filles!* Por favor, *monsieur le professeu*r, contacte ma soeur y dígale que la Muerte no es mejor que un suspenso, pero sí infinitamente mejor que la Vida sin D.».

No perdí el tiempo y llamé inmediatamente a Cynthia, que me dijo que ya era tarde, que llevaba siendo tarde desde las ocho de la mañana, y me pidió que le llevara la nota, y cuando lo hice, sonrió a través de sus lágrimas con orgullosa admiración ante la caprichosa utilización («¡Tan típica suya!») de un examen de literatura francesa. En dos segundos preparó dos whiskys con agua y hielo, sin dejar el cuaderno de Sybil —ahora ya salpicado de soda y de lágrimas—, y siguió estudiando aquel mensaje de muerte, ante lo cual yo me vi impelido a señalarle los errores gramaticales y a explicarle por qué «jeunes filies» había que traducirlo por chicas en las universidades americanas no fuera a ser que las inocentes estudiantes empezaran a jugar con los distintos significados y llegaran al de puta o quizá peor. Estas trivialidades de mal gusto complacieron mucho a Cynthia y la ayudaron a erigirse por encima de la pesada superficie de su dolor. Y luego, sin dejar de apretar en su mano aquel cuaderno ya fláccido como si fuera una especie de pasaporte que diera entrada a un Elíseo fortuito (donde las puntas de los lapiceros no se rompieran y una joven belleza soñadora de cutis perfecto se enroscara un rizo del pelo en un dedo asimismo ensoñador, mientras meditaba en un examen celeste), Cynthia me llevó arriba, a un pequeño dormitorio helado, sólo para enseñarme, como si yo fuera la policía o un compasivo vecino irlandés, dos botes vacíos de pastillas y la cama deshecha en la que un cuerpo tierno, accesorio, que D. debía haber conocido hasta en sus más mínimos detalles de terciopelo, había sido ya eliminado.

3.

No empecé a ver a Cynthia con cierta frecuencia hasta pasados cuatro o cinco meses de la muerte de su hermana. En aquel tiempo yo me había instalado en Nueva York para aprovechar las vacaciones y hacer alguna investigación en la biblioteca pública y ella también se había mudado a la ciudad, donde por alguna razón extraña (vagamente relacionada, supongo, con fines artísticos) había alquilado lo que la gente inmune a la carne de gallina denomina «un piso de agua fría», en los primeros números de las calles transversales de la ciudad. Lo que me atraía de ella no era su forma de ser, que encontraba repugnantemente vivaz, ni tampoco su belleza, que otros hombres consideraban excelsa. Tenía los ojos muy separados, como su hermana, y eran de un franco color azul, asustadizo, con puntos oscuros dispuestos radialmente. El espacio entre sus gruesas cejas estaba invariablemente brillante, y también brillaban las volutas carnosas de su nariz. La textura gruesa de su epidermis

parecía casi masculina, y a la desnuda luz de su estudio, veías con toda claridad los poros de su rostro de treinta y dos años boquiabiertos ante ti como un pez en un acuario. Utilizaba cosméticos con tanta fe como su hermana pero con cierto desaliño, con el resultado de que sus grandes palas dentales se llevaban parte del carmín. Era hermosamente morena, llevaba una mezcla no sin gusto de cosas elegantemente heterogéneas, y tenía lo que se puede denominar buen tipo, pero todo en ella era curiosamente descuidado, de una manera que asocio oscuramente con el entusiasmo de izquierdas en política y con las banalidades más «avanzadas» en los dominios del arte, aunque en realidad no le preocupaban demasiado ninguna de las dos cosas. Su ensortijado peinado, una serie de moños y rayas, habría podido parecer salvaje y estrafalario si no hubiera resultado totalmente domesticado por el suave descuido que se percibía en su nuca vulnerable. Llevaba las uñas pintadas de colores imposibles, pero sucias y todas comidas. Sus amantes eran un joven fotógrafo silencioso de risa intempestiva y dos hombres maduros, hermanos, que tenían una pequeña imprenta al otro lado de la calle. Yo me preguntaba por sus gustos cada vez que contemplaba, con un escalofrío secreto, las estrías desordenadas de pelos negros que aparecían a lo largo de sus pálidas pantorrillas a través de sus medias de nylon con la precisión científica de una preparación anatómica aplastada bajo el cristal; y también cuando sentía, al menor movimiento que ella hiciera, las emanaciones sordas, rancias, deprimentes —que aunque no eran particularmente conspicuas conseguían impregnarlo todo—, que su carne poco amiga del baño emanaba bajo los enojosos perfumes y cremas.

Su padre se había jugado la mayor parte de una cómoda fortuna y el primer marido de su madre había sido de origen eslavo pero, por lo demás, Cynthia Vane pertenecía a una respetable buena familia. Que yo sepa, hubiera podido remontarse a monarcas y adivinos en las brumas de las islas más antiguas. Transferidas a un mundo nuevo, a un paisaje de árboles condenados y espléndidamente efímeros, su linaje comprendía, en una de sus primeras fases, una iglesia blanca llena de granjeros agrupados rogando contra el trueno, y luego una colección imponente de ciudadanos ocupados en empresas mercantiles, así como una serie de hombres de letras, como el doctor Jonathan Vane, el lúgubre pelmazo (1780-1839) que pereció en la conflagración del vapor *Lexington* para convertirse más tarde en un cliente asiduo de la mesa de los espíritus de Cynthia. Siempre he deseado invertir las genealogías, y ahora tengo la ocasión de hacerlo, porque será Cynthia, y sólo Cynthia, el último vástago, quien alcanzará alguna importancia en la dinastía de los Vane. Me refiero, desde luego, a su talento artístico, a sus maravillosos cuadros, alegres aunque no muy populares, que los amigos de sus amigos compraban de cuando en cuando; me encantaría saber dónde acabaron después de su muerte, aquellos cuadros honrados y poéticos que iluminaban el salón de su casa, las imágenes maravillosamente

detalladas de cosas metálicas, y mi favorito, *A través del parabrisas*, un parabrisas parcialmente cubierto de escarcha, con un hilillo brillante (que procedía del techo de un coche imaginario) que cruzaba la parte transparente y, por todo él, la llama zafiro del cielo y un abeto verde y blanco.

4.

Cynthia sentía de alguna manera que su hermana muerta no estaba del todo contenta con ella, que ya había descubierto que ella y yo habíamos conspirado para romper su relación; y en consecuencia, para desarmar su sombra, Cynthia planeó un nuevo tipo primitivo de ofrenda expiatoria (teñida, sin embargo, del humor de Sybil), y empezó a enviar a la dirección de trabajo de D., en fechas deliberadamente inconexas, tonterías tales como instantáneas de la tumba de Sybil tomadas a la luz del crepúsculo; recortes de su propio pelo que era igual al de Sybil; un mapa de una sección de Nueva Inglaterra con una cruz en tinta, entre dos castas ciudades, marcando el lugar donde D. y Sybil se detuvieron el día veintitrés de octubre, a plena luz, en un motel indulgente, en un bosque rosa y pardo; y por dos veces le envió una mofeta disecada.

Siendo una conversadora más voluble que explícita, nunca conseguía describir por completo la teoría de las auras intervinientes que ella misma había desarrollado. Fundamentalmente no había nada particularmente nuevo en aquella su fe particular ya que presuponía un más allá bastante convencional, un solarium silencioso de almas inmortales (empalmado con antecedentes mortales) cuya diversión principal consistía en revolotear periódicamente y quedarse suspendidos sobre sus seres queridos todavía vivos. El punto más interesante era un curioso quiebro práctico que Cynthia le había dado a su insípida metafísica. Estaba convencida de que su existencia estaba influida por todo tipo de amigos muertos, cada uno de los cuales se turnaba en dirigir su destino como si fuera un perdido gato callejero que una colegiala recoge al pasar y acaricia con su mejilla para luego volverlo a depositar en el suelo junto a un seto cualquiera de la periferia y que luego lo acaricia otra mano fugaz para ser después conducido hasta un mundo de puertas y ventanas por una dama hospitalaria.

Durante unas pocas horas, o durante una serie de días seguidos, y a veces también en series irregulares, durante meses y años, cualquier cosa que le ocurriese a Cynthia, después de que una persona concreta hubiera muerto, le sucedía a la manera de o según el humor del fallecido. El acontecimiento podía ser extraordinario, uno de esos que cambian por completo el curso de la vida, o podía ser una serie de incidentes sin importancia lo suficientemente conspicuos como para destacar en el transcurso cotidiano del día y oscurecerse después hasta desaparecer entre vagas trivialidades conforme el aura se va desvaneciendo gradualmente. La influencia podía ser buena o

mala; lo principal era que su fuente podía ser identificada. Era como caminar a través del alma de una persona, decía ella. Yo traté de discutirle que podía darse el caso de que no siempre distinguiera la fuente exacta porque no todo el mundo tiene un alma reconocible; que hay cartas anónimas y regalos de Navidad que cualquiera puede enviar; que, de hecho, lo que Cynthia llamaba «un día cualquiera» podía muy bien ser una débil solución de diferentes auras o sencillamente el desplazamiento rutinario de un aburrido ángel de la guarda. ¿Y Dios? ¿Acaso no era cierto que gente que no aguantaba a un dictador omnipotente en la tierra esperaba sin embargo encontrar uno en el cielo? ¿Y las guerras? Qué horrible idea —soldados muertos luchando todavía con los vivos, o ejércitos fantasmas tratando de atacarse unos a otros a través de las vidas de ancianos tullidos.

Pero Cynthia estaba por encima de las generalidades de la misma forma que estaba más allá de la lógica. «Aja, ése es Paul», decía cuando la sopa malévola hervía demasiado y se salía del cazo, o «Creo que la buena de Betty Brown ha muerto», cuando le tocó en una rifa un hermoso aspirador que le hacía mucha falta. Y, haciendo todo tipo de meandros a lo Henry James que exasperaban mi mente francesa, se retrotraía a la época en la que Betty y Paul estaban vivos, y me contaba la multitud de regalos bienintencionados aunque extraños y realmente inaceptables, empezando por un viejo bolso que contenía un cheque de tres dólares que había encontrado en la calle y que, desde luego, había devuelto (a la mencionada Betty Brown —y aquí es donde entra por primera vez— una decrépita mujer de color que apenas podía andar), y acabando con la proposición insultante que le había hecho un viejo novio suyo (y aquí es donde Paul entra en escena) de pintar cuadros «realistas» de su casa y su familia a cambio de una remuneración razonable, todo lo cual era consecuencia del fallecimiento de una cierta señora Page, una persona amable pero bastante mayor que no había parado de importunar a Cynthia desde su infancia con todo tipo de consejos sensatos.

La personalidad de Sybil, decía, tenía un filo como de arco iris como si estuviera un poco desenfocada. Decía que si yo hubiera conocido mejor a Sybil habría entendido al momento cuan Sybilinesca era el aura de acontecimientos menores que, a rachas, habían invadido su existencia, la de Cynthia, después del suicidio de Sybil. Desde la muerte de su madre habían querido abandonar su casa de Boston e irse a Nueva York, donde la pintura de Cynthia, pensaban, tendría la posibilidad de ser admirada por mucha más gente; pero el viejo hogar se les había agarrado con sus tentáculos de terciopelo. La difunta Sybil, sin embargo, había procedido a separar la casa de su vista, algo que afecta de forma fatal al sentimiento del hogar. Justo enfrente, al otro lado de la estrecha calle en que vivían, había cobrado esquelética vida un ruidoso y feo bloque de edificios lleno de andamios. Un par de álamos conocidos murieron aquella primavera y se mudaron en esqueletos rubios. Llegaron

unos obreros y rompieron la hermosa acera vieja y de colores cálidos que adquiría un especial brillo violeta en los días de abril y que había respondido de forma tan memorable a las pisadas que llevaban al museo al señor Lever, quien, al retirarse de su trabajo a los sesenta años, dedicó todo un cuarto de siglo exclusivamente al estudio de los caracoles.

Y ya que hablamos de ancianos, deberíamos añadir que a veces aquellos auspicios e intervenciones póstumas adquirían carácter paródico. Cynthia se había hecho amiga de un bibliotecario excéntrico llamado Porlock que en los últimos años de su polvorienta vida se había dedicado a examinar libros antiguos buscando milagrosos errores tipográficos como la sustitución de la *l* por la *t* en la palabra *hither*. Contrariamente a Cynthia, no le preocupaba lo más mínimo la excitación producida por las oscuras predicciones; todo lo que buscaba era la anormalidad misma, el azar que imita a la elección, el fallo que parece una flor, y Cynthia, una aficionada mucho más perversa a los términos deformes o ilícitamente conectados, a los logogrifos, a los retruécanos y demás, había ayudado al pobre chiflado a proseguir una búsqueda que a la luz del ejemplo que ella citaba me pareció estadísticamente insensata. En cualquier caso, dijo, al tercer día después de su muerte, ella leía una revista y acababa de toparse con una cita de un poema imperecedero (que ella, junto con otros lectores crédulos, creía que realmente había sido compuesto en el transcurso de un sueño), cuando cayó en la cuenta que «Alph» era la secuencia profética de las letras iniciales de Anna Livia Plurabelle (otro río sagrado que fluía por o más bien en torno a, otro sueño falso), mientras que la *h* adicional equivalía modestamente, como una señal de tráfico, a la palabra que había hipnotizado de tal manera al señor Porlock. Y me gustaría poder recordar aquella novela o aquel relato (creo que de un contemporáneo) en el que, sin saberlo el autor, las primeras letras de las palabras del último párrafo formaban, tal y como Cynthia las había descifrado, un mensaje de su madre muerta.

5.

Lamento decir que no contenta con aquellas fantasías ingeniosas, Cynthia mostraba un apego ridículo al espiritismo. Yo me negaba a acompañarla a las sesiones en las que tomaban parte médiums pagados: las conocía demasiado bien por otras fuentes. Consentía, sin embargo, en asistir a unas pequeñas farsas montadas por Cynthia y aquellos dos caballeros amigos suyos, de cara de póquer, de la imprenta. Eran unos tipos gordinflones, educados, y más bien misteriosos, pero me contentaba el hecho de que poseyeran una cultura e ingenio considerables. Nos sentamos en una mesita ligera, y los temblores y crujidos empezaron tan pronto como hubimos impuesto las manos sobre la misma. Me obsequiaron con un surtido de espíritus que soltaban sus informes con soltura aunque se negaban a elucidar cualquier cosa que yo no llegara a captar. Vino Oscar Wilde y en un rápido amaño de francés, con los

habituales anglicismos, acusó oscuramente a los difuntos padres de Cynthia de algo que, según mis notas, responde al término «*plagiatisme*». Un espíritu enérgico aportó la información espontánea de que él, John Moore, y su hermano Bill habían sido mineros de carbón en Colorado y que habían perecido en una avalancha en enero de 1883 en el lugar conocido como Belleza Cumbrera. Frederic Myers, un experto en aquel juego, se inventó un fragmento de versos (que se parecía extrañamente a las producciones fugitivas de Cynthia) el cual se puede leer parcialmente en mis notas:

¿Qué es esto, el conejo de un mago,
O un brillo defectuoso aunque genuino,
Que puede detener el hábito peligroso
y desvanecer el sueño doloroso?

Finalmente, con un gran estrépito y todo tipo de estremecimientos y movimientos como de giga por parte de la mesa, Leon Tolstoi visitó nuestro grupo y, cuando se le pidió que se identificara a través de específicos trazos terrenales, se lanzó a una compleja descripción de lo que parecía ser un tipo de trabajo de artesanía en madera ruso («figuras en paneles: un hombre, un caballo, un gallo, un hombre, un caballo, un gallo»), y todo resultaba muy difícil de anotar, difícil de entender e imposible de verificar.

Asistí a otras dos o tres sesiones que fueron aún más necias pero tengo que confesar que prefería el entretenimiento infantil que me proporcionaban y la sidra que bebíamos (Podgy y Pudgy eran abstemios) a las horribles fiestas que Cynthia daba en su casa.

Las daba en el agradable piso de Wheeler, contiguo al suyo —el tipo de arreglo preferido por su naturaleza centrífuga, pero hay que decir, claro está, que su salón siempre parecía una paleta de pintor vieja y sucia. Siguiendo una costumbre bárbara, antihigiénica y adúltera, los abrigos de los invitados, todavía calientes en su interior, eran transportados por un silencioso Bob Wheeler que ya empezaba a perder pelo, hasta el santuario de un ordenado dormitorio donde eran amontonados en la cama conyugal. También era él quien preparaba las copas, que servía el joven fotógrafo mientras que Cynthia y la señora Wheeler se hacían cargo de los canapés.

Quien llegara tarde tenía la impresión de una gran masa de gente que hablaba muy alto y que se amontonaba innecesariamente dentro de un espacio de humo azul entre dos espejos llenos de reflejos. Debido a que, supongo yo, a Cynthia le gustaba ser la más joven de la fiesta, las mujeres que solía invitar, casadas o solteras, tenían, en el mejor de los casos, unos precarios cuarenta años; algunas de ellas traían de sus casas, en oscuros taxis, vestigios intactos de una belleza que, sin embargo, iban perdiendo conforme la fiesta progresaba. Siempre me ha asombrado la habilidad que

tienen los juerguistas oficiales de fin de semana para encontrar casi inmediatamente, mediante un método puramente empírico pero muy preciso, un común denominador de borrachera, que todos respetan lealmente antes de descender, todos juntos, al nivel siguiente. La rica simpatía de las matronas se caracterizaba e incluso se enriquecía con continuas y veladas alusiones más propias de marimachos, mientras que aquellos caballeros tan serios y amables mostraban una suerte de tensión interna como si fueran una parodia sacrílega de unas mujeres embarazadas. Aunque algunos de los invitados estaban relacionados de una u otra forma con las artes, no había conversaciones interesantes, ni tampoco cabezas coronadas ni apoyadas en los codos, y desde luego ninguna flautista. Desde algún lugar privilegiado donde había estado sentada con pose de sirena sobre la alfombra pálida con algún tipo joven, Cynthia, su rostro barnizado con una película de sudor brillante, se alzaba de rodillas, ofreciendo con una mano un plato de nueces mientras que con la otra golpeaba decidida la atlética pierna de Cochran o de Corcoran, un marchante de arte, oculto en un sofá gris perla entre dos damas arreboladas que le escuchaban felices.

En una etapa posterior se producían momentos de alegría más desenfrenada. Corcoran o Coransky cogía por el hombro a Cynthia o a otra dama que deambulara ante él y se la llevaba a un rincón donde la engatusaba con un divertido embrollo de chistes privados y rumores, y acto seguido, con una risotada y un golpe de cabeza, la tal dama se iba de su lado. Y más entrada la noche se producían ráfagas de compañerismo intersexual, reconciliaciones jocosas, un desnudo brazo sensual apoyado sobre el marido de otra mujer (él de pie, muy serio, en medio de un cuarto que giraba), o un repentino ataque de ira coqueta, de torpe persecución, y el tranquilo apunte de sonrisa de Bob Wheeler recogiendo vasos que crecían como setas a la sombra de las sillas.

Después de una última fiesta de este tipo, le escribí a Cynthia una nota absolutamente inofensiva y, en general, bienintencionada, en la que le soltaba una serie de latinajos divertidos acerca de algunos de sus invitados. También me excusaba por no haber tocado su whisky, diciendo que, como buen francés, prefería las uvas al grano. Unos días más tarde me la encontré en las gradas de la biblioteca pública, bajo retazos de sol, aguantando una ducha inesperada, abriendo su paraguas color ámbar, luchando a brazos llenos con los libros (que sostuve durante un momento, *Pisadas en la frontera con el otro mundo* de Robert Dale Owen y algo sobre «Espiritismo y Cristiandad»; cuando, de repente, y sin provocación alguna por mi parte, se puso a insultarme con una vehemencia de lo más vulgar, usando palabras envenenadas, diciendo, a través de copos en forma de perla de escasa lluvia, que yo era un pedante y un snob; que sólo veía los gestos y los disfraces de la gente; que Corcoran había rescatado a dos hombres a punto de ahogarse en dos océanos diferentes, dos hombres que por una coincidencia irrelevante se llamaban también Corcoran, que el travieso y

ruidoso Joan Winter tenía una niña que se iba a quedar irremediablemente ciega en unos cuantos meses; y que la mujer de verde con el pecho con pecas a la que de alguna forma había desairado había escrito un *best seller* nacional en 1932. ¡Extraña Cynthia! Me habían dicho que podía ser estruendosamente maleducada con la gente a la que quería y respetaba; sin embargo, uno debía poner un límite en algún lugar y como yo ya había estudiado suficientemente para entonces sus interesantes auras y otras fuerzas semejantes, decidí dejar de verla por completo.

6.

La noche en que D. me informó de la muerte de Cynthia, volvía pasadas las once de la noche a la casa de dos pisos cuya propiedad horizontal compartía con la viuda de un profesor emérito. Al llegar al porche miré con el recelo que produce la soledad los dos tipos de oscuridad en las dos hileras de ventanas: la oscuridad de la ausencia y la oscuridad del sueño.

Podía solucionar la primera pero no conseguí duplicar la segunda. La cama no me proporcionaba sentimiento alguno de seguridad; los muelles sólo conseguían irritar mis nervios. Me sumergí en los sonetos de Shakespeare —y me encontré comprobando las primeras letras de los versos para ver si formaban alguna palabra sacramental, encontré DESTINO (soneto LXX), ÁTOMO (CXX), y por dos veces TAFT (LXXXVIII, CXXXI). Cada cierto tiempo echaba una mirada a mi alrededor para ver cómo se comportaban los objetos de mi habitación. Era extraño pensar que si empezaran a caer bombas apenas sentiría algo más que la excitación que experimenta un jugador (y también un gran alivio terreno), mientras que mi corazón podría muy bien estallar si cierta botellita que tenía un aspecto sospechosamente tenso en la balda aquella se moviera una pulgada de su sitio. También el silencio era sospechosamente compacto como si deliberadamente constituyera un telón de fondo negro para el ataque de nervios causado por el más mínimo ruido de origen desconocido. No había tráfico. Rogué en vano por el gemido de un camión que subiera por la calle Perkins. La señora del piso de arriba, que solía volverme loco con el estruendo de unos golpes ocasionados por lo que parecían unos monstruosos pies de piedra (en realidad, en la vida diurna, era una criatura pequeña y regordeta con cierto parecido a un conejillo de indias momificado), habría contado con todas mis bendiciones si en aquellos momentos hubiera caminado hasta el baño. Apagué la luz y me aclaré la garganta varias veces para, al menos, causar yo mismo algún ruido. Mentalmente hice autoestop y me subí a un automóvil remoto pero el conductor me hizo bajar antes de que tuviera la ocasión de dormirme. Entonces se produjo una especie de crujido (debido, esperaba yo, a una hoja de papel abandonada y estrujada que se abriera como una mezquina y testaruda flor de noche) que se detuvo en la papelera, y mi mesilla de noche respondió con un chasquido. Era típico de Cynthia montar justo en

aquel momento un espectáculo barato de duendes y fantasmas.

Decidí luchar contra Cynthia. Mentalmente pasé revista a todos los golpes fantasmas y apariciones de la era moderna, empezando en 1848, con las misteriosas llamadas a la puerta de la aldea de Hydesville, Nueva York, y acabando con los fenómenos grotescos de Cambridge, Massachusetts; evoqué los huesos de tobillo y otras castañuelas anatómicas de las hermanas Fox (tal y como han sido descritas por los sabios de la Universidad de Búfalo); la misteriosa uniformidad de los adolescentes delicados ya fueran los de los desolados parajes Epworth o Tedworth, o los del viejo Perú, todos ellos irradiaban los mismos trastornos: las solemnes orgías victorianas con rosas que caían y acordeones que flotaban al ritmo de la música sagrada; impostores profesionales regurgitando estopillas húmedas; el señor Duncan, el digno marido de una médium, quien, requerido para un registro, se excusó porque llevaba los calzoncillos sucios; el bueno de Alfred Russell Wallace, el inocente naturalista, que se negaba a creer que la forma blanca con pies desnudos y lóbulos sin perforar que tenía ante sí, en un pandemonio privado en Boston, podía ser la recatada señorita Cook a la que acababa de dejar dormida, en su rincón cubierto por cortinajes, toda vestida de negro, con botas altas de cordones y pendientes en las orejas; otros dos investigadores, dos hombres pequeños, enclenques pero razonablemente inteligentes y activos que se agarraban de piernas y brazos, como lapas, a Eusapia, una hembra grande y madura que hedía a ajo y que consiguió engañarlos; y el mago escéptico y avergonzado, a quien el «control» de la encantadora y joven Margery le había instruido que no se perdiera en el forro del albornoz sino que siguiera por la media izquierda hasta alcanzar el muslo desnudo —en cuya cálida piel encontró una masa *teleplástica* que curiosamente al tacto tenía la consistencia de un hígado frío y sin cocinar.

7.

Yo estaba apelando a la carne, y a la corrupción de la carne para refutar y vencer la posible persistencia de una vida desencarnada. ¡Ay!, aquellos conjuros sólo consiguieron acrecentar en mí el temor por el fantasma de Cynthia. Con el amanecer llegó una paz atávica y cuando me deslicé en el sueño, el sol penetraba a través de las persianas leonadas en un sueño que de alguna forma estaba lleno de Cynthia.

Aquello era decepcionante. Seguro en la fortaleza de la luz del día, me dije que yo había esperado más de ella. Ella, una pintora de minucias que brillaban como el cristal, y ahora ¡tan vaga! Me quedé en la cama, volviendo a pensar en mi sueño y escuchando a los gorriones que cantaban en el exterior. ¿Quién sabe, si grabáramos aquellos sonidos y luego los rebobináramos, aquellos cantos de los pájaros acaso se convertirían en lenguaje humano, palabras con voz, de la misma forma que al rebobinar la voz se oían unos gorjeos? Me puse a releer mi sueño —hacia atrás, en

diagonal, hacia arriba, hacia abajo—, tratando de desenmarañarlo y encontrar algo de Cynthia en él, algo extraño y sugerente que debería estar allí.

Pero fue muy poco lo que conseguí con plena conciencia. Todo parecía empañado, amarilleado, nuboso, sin nada tangible a lo que aferrarse. Sus acrósticos ineptos, sus sensibleras evasivas, sus teopatías, cada recuerdo levantaba una marejada de significado misterioso. Todo parecía empañado de amarillo, ilusorio, perdido.

Lance [*]

1.

El nombre del planeta, suponiendo que haya recibido alguno, es indiferente. En su punto más cercano puede que lo separen de la tierra tantas millas como años hay entre el último viernes y la cordillera del Himalaya, un millón de veces la edad del lector medio. En el campo visual del telescopio de nuestra imaginación, a través del prisma de nuestras lágrimas, cualquiera de sus peculiaridades no resulta más sorprendente que las de los planetas existentes. Un globo rosado, jaspeado de manchas oscuras, es uno de los incontables objetos que giran diligentemente en el horror infinito y gratuito del espacio fluido.

Las *marias* de mi planeta (que no son mares) y sus lacus (que no son lagos) tienen también, supongámoslo así, nombres propios; algunos son menos interesantes, quizás, que los de los jardines de rosas; otros, con menos sentido que los nombres de pila de aquellos que los observan (porque, por tomar un caso real, que un astrónomo se llame Lampland es tan maravilloso como que un entomólogo se llame Krautwurm) pero la mayoría tiene un estilo tan antiguo que el sonoro y corrupto hechizo de su nombre puede competir con los topónimos de los romances de caballería.

De la misma forma que nuestras Pinedas, aquí abajo, no tienen nada que ofrecer más allá de una fábrica de zapatos a un lado de la carretera y el infierno herrumbroso de un cementerio de coches al otro, así aquellas seductoras Arcadias e Icarias y Cefirias de los mapas planetarios podrían muy bien resultar ser desiertos muertos que incluso carecieran de las malas hierbas y los algodoncillos que adornan nuestros vertederos. Los selenógrafos lo confirmarán, pero hay que decir que sus lentes son más potentes que las nuestras. En el caso que nos ocupa, cuanto mayor es el aumento de las lentes, tanto más abigarrada resulta la superficie del planeta, que aparece ante la vista como un paisaje submarino contemplado por un buceador a través del agua semitranslúcida. Y si algunas marcas, conectadas entre sí, se parecen oscuramente al esquema de líneas y agujeros del tablero de ajedrez chino, considerémoslas alucinaciones geométricas.

No sólo excluyo cualquier planeta concreto del argumento de mi relato, del papel que cada punto y coma debería tener en mi relato (que considero como una especie de carta astral celeste), sino que me niego a considerar en absoluto esas profecías técnicas que dicen que los científicos comunican a los periodistas. El tráfico de cohetes no es lo mío. No son lo mío los pequeños satélites artificiales que han sido

prometidos a la tierra ni tampoco las pistas de aterrizaje para naves espaciales —una, dos, tres, cuatro, y luego miles de castillos en el aire, cada uno de ellos con su correspondiente cocinero y cuerpo de servicio, erigidos por las naciones terrestres en un frenesí de confusión competitiva, falsa gravitación y banderas que ondean salvajes al viento.

Otra cosa que no me sirve de nada es todo el universo del equipamiento especial: el traje hermético, el aparato de oxígeno y demás artilugios semejantes. Como el viejo señor Boke, del que vamos a oír hablar en un minuto, estoy absolutamente capacitado para descartar todas esas cosas prácticas (que, en cualquier caso, están destinadas a parecer absurdas e inútiles a los futuros astronautas, como el hijo único de Boke), ya que las emociones que provocan en mí semejantes artilugios van desde la desconfianza sorda hasta la turbación malsana. Tengo que hacer un heroico esfuerzo para desatornillar una bombilla que se ha extinguido inexplicablemente y atornillar una nueva, que se iluminará en mi cara con la repugnante urgencia del huevo de un dragón que empollara en mi mano desnuda.

Finalmente, desprecio y desdeño por completo la llamada ciencia-ficción. La he estudiado y la encuentro tan aburrida como las revistas literarias con relatos de misterio, la misma escritura lamentablemente pedestre con muchísimo diálogo y enormes dosis de consabido humor. Los clichés, evidentemente ocultos, se repiten no obstante, esencialmente, una y otra vez a lo largo de la fácil lectura, ya abarque ésta el universo o simplemente un cuarto de estar. Son como esos surtidos de galletas que se diferencian unos de otros tan sólo en la forma y el color, con lo que sus astutos fabricantes engañan la salivación de los consumidores y les tienden la trampa de un insensato universo pavloviano donde, sin coste adicional alguno, las variaciones en los valores visuales van influyendo y reemplazando gradualmente los valores del gusto que, de esta manera, sigue el mismo camino que el talento y la verdad.

Por lo tanto el buen chico sonríe, y el villano se mofa sarcástico, y los corazones nobles presumen de una lengua coloquial. Los zares de las estrellas, los directores de los sindicatos galácticos son prácticamente réplicas de los agresivos ejecutivos pelirrojos de tierra firme, que ilustran con sus pequeñas arrugas las historias de interés humano de las manoseadas revistas de corazón de las peluquerías. Invasores de Denebola y de Spica, los mejores de Virgo, llevan nombres que empiezan con Mac; los fríos científicos se encuentran normalmente bajo el nombre de Stein; algunos de ellos comparten con las jóvenes supergalácticas nombres tan abstractos como los de Biola o Vala. Los habitantes de planetas extranjeros, humanoides o con formas míticas diversas, tienen un extraordinario rasgo en común: nunca se representa su estructura íntima. En una concesión suprema al decoro bípedo, los centauros no sólo llevan taparrabos sino que los llevan cubriendo sus patas delanteras.

Esto parece completar la eliminación —aunque ¿hay alguien que desee discutir la cuestión del tiempo? En este punto, y en orden a centrar la personalidad del joven Emery L. Boke, aquel descendiente mío más o menos remoto que va a ser miembro de la primera expedición interplanetaria (la cual, después de todo, es el único y humilde postulado de mi relato), me voy a permitir alegremente una licencia, a saber, que las capaces zarpas de los *Tarzanes Galácticos* cómicos y atómicos reemplacen el honrado «1» de nuestra fecha «1900» por un «2» o un «3». Pongamos pues que se trate del año 2145 o del que sea, eso carece de importancia. No tengo el menor deseo de entrometerme en los derechos adquiridos de nadie. Ésta es una actuación de aficionados, estrictamente, con accesorios teatrales fortuitos, mínimos decorados, y con los restos de un puercoespín muerto en un rincón del viejo establo. Aquí estamos entre amigos, los Brown y los Benson, los White y los Wilson, y cuando alguien sale a fumar un pitillo, oye los grillos y un perro en una granja lejana (que espera, entre ladridos, escuchar lo que nosotros no podemos oír). El cielo de la noche de verano es un enjambre de estrellas. Emery Lancelot Boke, de veintiún años, sabe inconmensurablemente más acerca de ellas que yo, que tengo cincuenta años y estoy aterrorizado.

2.

Lance es alto y enjuto, con gruesos tendones y venas azulentas en sus brazos morenos y una cicatriz en la frente. Cuando no está haciendo nada, por ejemplo, cuando se sienta a descansar como ahora, inclinado en el borde de un sillón bajo, con los hombros encorvados y los codos apoyados en sus enormes rodillas, tiene una forma muy particular de entrelazar y liberar sus bonitas manos, un gesto que he tomado prestado de uno de sus antecesores. Un aire de gravedad, de incómoda concentración (todo pensamiento es incómodo y los pensamientos jóvenes mucho más), constituye su expresión habitual; ahora, sin embargo, es más bien una máscara, que esconde su violento deseo por liberarse de una prolongada tensión. Por regla general, no suele sonreír, y además, «sonreír» resulta una expresión demasiado delicada para la abrupta y viva contorsión que ahora ilumina repentinamente su boca y sus ojos en el momento en que se alza de hombros, deja las manos quietas y entrelazadas y empieza a dar golpecitos en el suelo con el pie. Sus padres están en la habitación y con ellos una visita casual, un tipo estúpido y pelmazo que no se da cuenta de lo que está sucediendo, porque se trata de un momento difícil en una casa melancólica la víspera de una fabulosa partida.

Transcurre una hora. Finalmente el visitante recoge su chistera de la alfombra y se va. Lance se queda solo con sus padres, lo cual no hace más que aumentar la tensión. Veo al señor Boke con claridad meridiana. Pero no puedo visualizar bien a la señora Boke, por mucho que profundice y que me empeñe en este trance tan difícil que me

he impuesto. Sé que su alegría, su conversación banal y sus rápidos movimientos de pestañas no vienen motivados por el propósito de mantener una apariencia de tranquilidad ante su hijo sino que lo hace por su marido y su corazón envejecido, y el viejo Boke se da perfecta cuenta, y además de su angustia monstruosa, tiene que lidiar con la aparente ligereza de su esposa, que le perturba mucho más de lo que lo haría el que se derrumbase completa e incondicionalmente. Me decepciona bastante el hecho de que no pueda distinguir con claridad sus rasgos. Todo lo que consigo vislumbrar son los efectos de la luz fundiéndose en un costado de su cabello brumoso, y en esto, sospecho yo, me veo insidiosamente influido por el clásico arte de la fotografía moderna, y pienso cuánto más fácil debió de ser escribir en los días de antaño, cuando la imaginación no se encontraba circunscrita por los innumerables apoyos visuales de hoy día, y cuando un colono que contemplara su primer cactus gigante o sus primeras nevadas no recordaba inmediata y necesariamente los anuncios pictóricos de una empresa de neumáticos.

En el caso del señor Boke me veo obligado a funcionar con los rasgos de un viejo profesor de historia, un medievalista brillante, cuyas patillas blancas, coronilla rosada y terno negro son famosos en ciertos campus soleados del sur profundo, pero cuyo único activo en conexión con esta historia (aparte de un ligero parecido con un tío abuelo mío fallecido hace tiempo) es que su aspecto está pasado de moda. Si queremos ser absolutamente honestos tendremos que conceder que no hay nada extraordinario en la tendencia a adscribir a las costumbres y ropas de días pasados (que en este caso tienen a bien suceder en el futuro) un matiz pasado de moda, un polvoriento matiz arrugado, mal cuidado, ya que los términos «caduco», «de otra época» y demás son los únicos que a la larga nos permiten imaginar y expresar una cualidad de extrañeza que la investigación es incapaz de predecir. El futuro no es sino lo caduco marcha atrás.

En aquella habitación modesta, con aquella luz rojiza, Lance habla de las últimas cosas. Ha traído de un viaje reciente a un lugar desolado de los Andes, donde ha escalado un pico que todavía no tiene ni nombre, un par de chinchillas adolescentes, unos roedores gris ceniza, descaradamente peludos (*Hystrkamorpha*), con largos bigotes, traseros redondos y orejas como pétalos. Las guarda dentro de casa en una jaula metálica y las alimenta con cacahuetes, arroz y pasas, y como plato especial les da una violeta o un áster. Espera que tengan crías en el otoño. Ahora le repite a su madre unas cuantas instrucciones categóricas —que conserve siempre fresca la comida de los animales y su jaula seca, y que no se olvide de su baño diario de polvo (arena fina mezclada con tiza en polvo), en el que retozan y juegan vivamente. Mientras discuten todos estos detalles, el señor Boke enciende y vuelve a encender la pipa y finalmente la abandona. De cuando en cuando, con un falso aire de distracción benévola, el anciano se lanza a una serie de ruidos y movimientos que no engañan a

nadie; se aclara la garganta y, con las manos a la espalda, se arrastra hasta la ventana o empieza a canturrear sin abrir los labios unas notas sin melodía alguna, aparentemente guiado por aquel motor nasal, sale fuera de la sala de estar. Pero en cuanto abandona el escenario, se deshace, con un terrible estremecimiento, la elaborada estructura de su amable y torpe interpretación. En el dormitorio o en el baño, se detiene, como si, en abyecta soledad, y presa de terribles espasmos, se dispusiera a beber un profundo trago de un frasco secreto, y luego vuelve a salir tambaleándose de nuevo, borracho de pena.

El escenario no ha cambiado cuando vuelve silencioso, abotonándose la chaqueta y retomando su canturreo. Ahora es cuestión de minutos. Lance inspecciona la jaula antes de partir, y deja a Chin y a Chilla sentadas en los cuartos traseros, cada una con una flor. Lo único que sé acerca de estos últimos minutos es que las típicas frases que se dicen en momentos como éste, del tipo: «¿No te habrás olvidado de la camisa de seda que trajeron de la tintorería?» o «¿Te acuerdas dónde has puesto las zapatillas nuevas?», quedaron excluidas. Cualquier cosa que Lance llevara consigo está ya guardada en aquel misterioso lugar de mención imposible, de espanto absoluto, que constituye su hora cero; no necesita nada de lo que nosotros necesitamos y sale de su casa, la cabeza descubierta y las manos vacías, con la despreocupación de quien va al puesto de periódicos o a un glorioso patíbulo.

3.

El espacio terrestre ama lo oculto. Lo más que ofrece a la mirada es una vista panorámica. El horizonte se cierra ante el viajero que retrocede, como la trampa de una puerta a cámara lenta. Para aquellos que se quedan, cualquier ciudad a un día de viaje de su lugar de origen es invisible, mientras que sin embargo pueden ver, sin problema, trascendencias tales como un anfiteatro lunar y la sombra que arroja su perímetro circular. El prestidigitador que despliega el universo se ha subido las mangas y actúa a plena vista de los pequeños espectadores. Los planetas pueden sumergirse y desaparecer de la vista (de la misma forma que los objetos se borran tras la curva borrosa de nuestra mejilla); pero vuelven ante nosotros cuando la tierra vuelve la cabeza. La desnudez de la noche es espantosa. Lance se ha ido; la fragilidad de sus miembros jóvenes crece en proporción directa a la distancia que recorre. Desde el balcón, los ancianos Boke contemplan el cielo nocturno infinitamente peligroso y sienten una envidia salvaje de las mujeres de los pescadores.

Si las fuentes de Boke son correctas, el nombre «Lancelote del Lago» aparece por vez primera en el verso 3676 del *Roman de la Charrette* del siglo XII. Lance, Lancelino, Lancelotillo, diminutivos murmurados a la luz de estrellas saladas, húmedas, rebosantes. Los jóvenes caballeros adolescentes que aprendían a tocar el arpa, a cazar, a adiestrarse en el arte de la cetrería; el Bosque Peligroso y la Torre

Dolorosa; gestas de armas, guerreros maravillosos, deslumbrantes en sus temibles constelaciones sobre el balcón de los Bokes: Sir Percard el Caballero Negro, Sir Perimones el Caballero Rojo, Sir Pertolepe el Caballero Verde, Sir Persant el Caballero índigo, y aquel tipo fanfarrón, Sir Grummore Grummursum, murmurando juramentos nórdicos entre dientes. Los prismáticos no sirven de mucho, el mapa está todo arrugado y húmedo y: «No sujetas bien el farol», palabras dirigidas a la señora Boke.

Respira bien. Vuelve a mirar.

Lancelot se ha ido; la esperanza de volverlo a ver en esta vida es más o menos la misma que la de verlo en la eternidad. Lancelot ha sido desterrado del país de L'Eau Grise (por llamar de alguna forma a la región de los Grandes Lagos) y ahora cabalga en el polvo del cielo de la noche más allá de nuestro universo local (con el balcón y el jardín negro como la pez y con manchas ópticas) y se dirige a toda velocidad hacia el arpa del rey Arturo, donde Vega se quema y desde donde le llama —uno de los pocos objetos que pueden ser identificados con la ayuda de este maldito diagrama. La niebla sideral marea a los Boke, un incienso gris, la locura, la enfermedad del infinito. Pero no pueden abandonar la pesadilla del espacio, no pueden volver a su dormitorio iluminado, una de cuyas esquinas se refleja en la puerta de cristal. Y entonces el planeta se eleva como una hoguera diminuta.

Y allí, a la derecha está el puente de la Espada que lleva al Ultramundo («*dont nus estranges ne retorne*»). Lancelot se arrastra por él con mucho esfuerzo, en una angustia inefable. «No atravesarás el puerto denominado Paso Peligroso.» Pero otro hechicero le ordena: «Tienes que hacerlo. Tienes incluso que adquirir el sentido del humor necesario para atravesar los lugares difíciles». Los valientes ancianos Boke piensan que pueden distinguir a Lance escalando, con crampones, la roca cubierta de hielo del cielo o abriéndose camino a través de las suaves nieves de las nebulosas. Bootes, en algún lugar entre el campamento X y el XI, es un gran glaciar lleno de escombros y cascadas de hielo. Tratamos de divisar la serpentina de la ruta de ascenso; y creemos distinguir la ligera esbeltez de Lance entre las distintas siluetas de la cordada. ¡Desaparecido! Era él o Denny (¿un joven biólogo, el mejor amigo de Lance?). Esperando en el valle oscuro al pie del cielo vertical, recordamos (la señora Boke con más claridad que su marido) aquellos nombres especiales de las grietas y las estructuras góticas de hielo que Lance solía proferir con tanto gusto profesional en su adolescencia alpina (ahora es unos cuantos años luz más viejo); los *séracs* y los *schrunds*; la avalancha y su golpe seco; ecos franceses y magia germánica claveteando su ascensión como en los romances medievales.

¡Ah, aquí está de nuevo! Cruzando por un desfiladero entre dos estrellas, y luego, muy despacio, intentando una travesía por la cara de una roca tan deslizante, con unos apoyos tan delicados que la mera evocación de las yemas de esos dedos y de

esas botas inseguras tratando de agarrarse a la pared te llena de náusea aerofóbica. Y a través de un arroyo de lágrimas los buenos de los Boke ven a Lance que está ahora aislado en una laja de piedra y luego sigue escalando hasta que llega ya, a un lugar aterradoramente fuera de peligro, con su piolet y su mochila, a un pico por encima de todos los picos, su perfil agudo destacándose contra la luz.

¿O acaso está ya bajando? Asumo que no llegan noticias de los exploradores y que los Boke prolongan su patética vigilia. Mientras esperan a que su hijo vuelva, su descenso parece desembocar en el precipicio de desesperación de sus padres. ¿Pero quién nos asegura que no ha conseguido balancearse por encima de aquellas lajas húmedas de ángulos esquinados que caen verticalmente al abismo, que no haya dominado el saliente y esté ya ahora deslizándose beatíficamente por las empinadas y pendientes nieves celestiales?

Sin embargo, como el timbre de los Boke no suena a la hora de la lógica culminación de la serie imaginada de pisadas (independientemente del ritmo de marcha que les hayamos concedido en nuestra mente), tenemos que empujarle de nuevo al abismo y obligarle a que comience de nuevo su ascensión, y luego alejarlo más todavía, de forma que todavía está en el campamento base (donde se encuentran las tiendas y las letrinas al aire libre, y los niños de pies negros que piden limosna) mucho tiempo después de haberlo visto bajo los tulipanes dispuesto a caminar por el césped que conduce hasta la puerta y el timbre. Como si estuviera cansado de aparecer tantas veces ante la mente de sus progenitores, Lance camina ahora pesadamente y con cansancio por entre los charcos, luego sube una colina, en el paisaje macilento de una guerra lejana, resbalándose y gateando agarrado a las hierbas muertas de la pendiente. Delante tiene unas rocas rutinarias, y luego, la cima. Ha superado la cresta. Nuestras pérdidas son importantes. ¿Cómo dar la noticia? ¿Por telegrama? ¿Por carta certificada? ¿Y quién es el verdugo, un mensajero especial, o el cartero habitual de nariz florida que camina cansado con el correo, siempre un poco nervioso (él también tiene sus problemas)? Firme aquí. Con el pulgar. Una crucecita. Lápiz que no pinta. Madera violeta clara. Devuélvelo. La firma ilegible del desastre inminente.

Pero no llega ninguna noticia. Pasa un mes. Chin y Chilla están muy bien y parecen quererse —duermen juntos en su caja, abrazados en una pelota velluda. Tras varios intentos, Lance había descubierto un sonido al que respondían indefectiblemente las chinchillas, un sonido producido con los labios y consistente en la rápida sucesión de varios *surpths* suaves y húmedos, como si estuviéramos sorbiendo de una paja cuando ya nos hemos bebido casi todo el vaso y sólo quedan los restos. Pero sus padres no saben hacerlo, lo hacen con un timbre distinto, o algo así. Y hay un silencio tan intolerable en la habitación de Lance, con sus libros viejos y estropeados y las estanterías blancas llenas de manchas y los zapatos viejos, y la

raqueta de tenis relativamente nueva en su prensa ridículamente segura y una moneda en el suelo del armario, y todos estos objetos empiezan a sufrir una disolución prismática, pero entonces no hay más que apretar el interruptor y todo vuelve inmediatamente a quedar enfocado. Y los Boke entonces vuelven a su balcón. ¿Ha alcanzado su objetivo… y si es así, nos estará viendo?

4.

El ex mortal clásico se apoya con el codo en una repisa con flores para contemplar esta tierra, este juguete, este columpio que no para de dar vueltas en una lenta exhibición en su firmamento modélico, con todos y cada uno de sus detalles dibujados con tanta alegría y precisión, los océanos pintados, y la mujer orante del Báltico, y la instantánea de las elegantes Américas en su trapecio, y Australia como un África infantil tumbada de lado. Puede que haya alguien entre mis contemporáneos que espere que sus espíritus miren desde el cielo con un estremecimiento y un suspiro a su planeta natal y lo vean ceñido por el cinturón de las distintas latitudes, apretado por los meridianos y marcado, quizás, por las flechas gruesas, negras y diabólicamente curvas de las guerras globales: o, quizá y de forma más agradable, extendido ante su mirada como uno de esos mapas de Eldorados vacacionales, con un indio tocando el tambor en una reserva, una joven vestida con pantalones cortos más allá, y unas coníferas cómicas elevándose por los conos de las montañas y con pescadores por todos lados.

En realidad, supongo que la primera noche que saliera al imaginario silencio de un mundo inimaginable mi joven descendiente, tuvo que contemplar los rasgos superficiales de nuestro globo a través de la profundidad de su atmósfera; lo cual tuvo que significar polvo, reflejos dispersos, neblina, y todo tipo de escollos ópticos, de forma que los continentes, si es que aparecieron a través de las distintas nubes, se deslizarían bajo disfraces extraños, con inexplicables destellos de color y siluetas irreconocibles.

Pero todo ello no es sino un punto menor. El principal problema es el siguiente: ¿Sobrevivirá al *choque* la mente del explorador? Tratamos de percibir la naturaleza del *choque* con la máxima claridad que nos permite la salud mental. Si hasta el acto mismo de imaginarnos semejante cuestión está plagado de peligros terribles, ¿cómo podremos soportar y sobrevivir a la angustia del mismo?

En primer lugar, Lance tendrá que lidiar con el momento atávico. Los mitos se han entronizado de tal forma en el cielo radiante que es probable que el sentido común rehúya la tarea de enfrentarse al sentido no común que se esconde tras los mitos. La inmortalidad debe contar con una estrella sobre la que posarse si quiere crecer y florecer y sostener miles de ángeles de plumas azules que cantan al unísono con la dulzura de los eunucos jóvenes. En lo más profundo de la mente humana, el

concepto de la muerte es sinónimo de abandonar la tierra. Escapar a su gravedad quiere decir trascender la tumba, y cuando el hombre se encuentra en otro planeta no tiene forma de probarse a sí mismo que no está muerto, que el viejo e inocente mito no se ha cumplido.

Y al tratar esta cuestión no estoy pensando en los imbéciles, en esos monos comunes lampiños que se toman todo con calma; cuyo único recuerdo infantil es el de una muía que le mordió en su infancia; cuya única conciencia de futuro es una visión de cama y comida. Pienso más bien en el hombre de ciencia y de imaginación cuyo valor es infinito porque su curiosidad supera a su valor. Nada lo retiene. Es el antiguo *curieux*, pero de una naturaleza más dura, de un corazón más rojo. Cuando llega el momento de explorar un cuerpo celestial, suya es la satisfacción del deseo apasionado de sentir con sus propios dedos, de tocar, de inspeccionar y también de reírse y de inhalar y volver a tocar —con esa misma sonrisa de innominado placer, quejoso y enternecedor, la materia jamás tocada de la que están hechos los objetos celestiales. Cualquier científico verdadero (desde luego ninguno de los fraudulentamente mediocres cuyo único tesoro es la ignorancia que esconde como un hueso) debería ser capaz de experimentar el placer sensorial del conocimiento directo y divino. Puede tener veinte años o puede tener ochenta y cinco pero sin ese hormigueo no hay ciencia. Y Lance está hecho de esa materia.

Estirando al máximo mi fantasía, le veo superando ese pánico que el mono nunca podrá experimentar. No hay duda de que Lance hubiera podido aterrizar en la nube de polvo naranja en algún lugar en medio del desierto de Tarsis (si es que es un desierto) o junto a algún estanque morado, Fenicis u Otti (si es que son lagos, después de todo). Pero por otro lado… Verán ustedes, tal y como están las cosas en este terreno, no hay duda de que algo se resolverá inmediatamente, terrible e irrevocablemente, en contraste con la mayoría de los fenómenos que surgen de uno en uno y se van resolviendo gradualmente. Cuando yo era niño…

Cuando yo era un niño de unos siete u ocho años, solía tener un sueño vagamente recurrente que ocurría en un cierto entorno, y que no he podido reconocer ni identificar después de forma racional, aunque he visto muchas tierras extrañas. Me inclino a utilizarlo ahora, para así tapar un agujero, una herida abierta en mi relato. Aquel lugar no tenía nada de espectacular, ni tampoco había en él nada monstruoso ni siquiera raro, simplemente un poco de estabilidad poco comprometedora representada por un terreno plano cubierto con una película de nubosidad neutral; en otras palabras, el dorso de una vista en lugar de la cara. Lo molesto de aquel sueño era que por alguna razón yo no podía caminar en torno a aquella vista para enfrentarme a la misma en condiciones de igualdad. En el centro de la misma se agazapaba una masa de algo —materia mineral o algo parecido—, de forma amenazante y sin sentido, en el transcurso de mi sueño, yo no hacía más que llenar una especie de receptáculo (que

podríamos traducir por el término «cubo») con formas más pequeñas (traducibles por «guijarros») y sangraba por la nariz, pero yo estaba demasiado excitado e impaciente para ocuparme de ello. Y cada vez que soñaba con aquello, alguien empezaba a gritar detrás de mí, y yo me despertaba a mi vez con un grito, prolongando así el grito anónimo inicial, con su nota inicial de exultación creciente, pero sin significado alguno ya, si es que tuvo algún significado originalmente. Y hablando de Lance, me gustaría proponer que algo parecido a mi sueño… Pero lo más divertido de todo es que conforme releo lo que he escrito, sus antecedentes, la memoria de los hechos desaparece, ha desaparecido por completo en estos momentos, y no encuentro el medio de demostrarme a mí mismo que hay una experiencia personal detrás de toda esta descripción. Lo que quería decir es que quizás Lance y sus compañeros, al llegar a su planeta, sintieron algo parecido a mi sueño —mi sueño que ya no es mío.

5.

¡Pero volvieron! Un jinete, clap-clap, galopa por la calle adoquinada hasta la casa de los Boke bajo una lluvia torrencial y proclama la tremenda noticia al detenerse en la puerta junto al rododendro que gotea mientras los Boke salen disparados de la casa como dos roedores histriocomórficos. ¡Han vuelto! Los pilotos y los astrofísicos, y uno de los biólogos han vuelto (el otro, Denny, ha muerto y lo han dejado en el cielo, con el viejo mito ha ganado un punto).

En la planta sexta de un hospital de provincias, celosamente oculto a los periodistas, les dicen al señor y a la señora Boke que su hijo les aguarda en una discreta sala de espera, la segunda a la derecha, dispuesto a recibirlos; hay algo, una especie de callada deferencia en el tono con el que les dan la información, como si hablaran de un rey de cuento de hadas. Entran cautelosamente; una enfermera, una tal señora Coover, estará con él todo el tiempo. Oh, está muy bien, les dicen, en realidad podrá irse a casa la semana entrante. Sin embargo, no deben quedarse más de un par de minutos, y por favor, nada de preguntas, sólo unas cuantas frases manidas y comunes. Ya saben. Y luego díganle que volverán mañana y pasado mañana.

Lance, vestido de gris, el pelo cortado, desaparecido el bronceado, muy cambiado, inalterado, muy cambiado, delgado, con algodón absorbente en las ventanas de la nariz, está sentado en el borde de un sillón, las manos enlazadas, un poco avergonzado. Se levanta mareado, con una mueca radiante, y vuelve a sentarse de nuevo. La señora Coover, la enfermera, tiene los ojos azules y carece de mentón.

Un silencio. Luego Lance:

—Ha sido maravilloso, absolutamente maravilloso. Voy a volver en noviembre.

Pausa.

—Creo —dice el señor Boke— que Chilla está preñada.

Rápida sonrisa, pequeña inclinación de cabeza que expresa un cierto placer ante

la noticia. Luego, con voz narrativa: «*Je vais dire ça en français. Nous venions d'arriver*…».

—Enséñeles la carta del presidente —dice la señora Coover.

—Acabábamos de llegar allí —continúa Lance—, y Denny estaba todavía vivo y la primera cosa que vimos, él y yo…

Con emoción repentina la enfermera Coover interrumpe:

No, Lance, no. No, señora, por favor. Ningún contacto, órdenes del médico, *por favor*.

Sienes cálidas, orejas frías.

El señor y la señora Boke son acompañados fuera de la habitación. Caminan rápidamente… aunque no hay prisa, ninguna prisa, por el pasillo, a lo largo de sus efímeras paredes color oliva y ocre, el color oliva de la parte inferior separado del color ocre de las zonas superiores por una línea marrón continua que lleva hasta los venerables ascensores. Subir (visión de un patriarca en silla de ruedas). Volver en noviembre (Lancelin). Bajar (los ancianos Boke). En aquel ascensor hay dos mujeres sonrientes junto con el objeto de su sonriente simpatía, una joven con un niño, junto al hombre de pelo gris del ascensor, encorvado y taciturno, que le da la espalda a todo el mundo.

NOTAS

Siguen a continuación mis notas a los relatos, junto con las notas introductorias del propio Vladimir Nabokov a los relatos recogidos en *A Russian Beauty and Other Stories* (*Una belleza rusa*, 1973), *Tyrants Destroyed and Other Stories* y *Details of a Sunset and Other Stories*, publicados todos por McGraw-Hill Book Company, en Nueva York, y traducidos a diversas lenguas en distintas partes del mundo.

Las notas siguen el orden de aparición de los relatos en este volumen. Nabokov no escribió introducción alguna ni tampoco notas a los relatos de su primer volumen importante publicado en Estados Unidos, *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*, Nueva York, Doubleday, 1958).

En la medida de lo posible he tratado de respetar el orden cronológico de composición de los relatos. En los casos en los que sólo tenía disponible la fecha de publicación, ése ha sido el dato que he utilizado. Mis fuentes principales han sido las notas del propio Nabokov, algunos materiales de archivo y el inestimable trabajo de investigación de Brain Boyd, Dieter Zimmer y Michael Juliar. El lector observará alguna discrepancia ocasional en cuanto a las fechas. Si la discrepancia surge de uno de los comentarios hechos por el propio Nabokov, he preferido respetarla.

Tanto Vladimir Nabokov como yo hemos utilizado distintos sistemas de transliteración. El método establecido por Nabokov en su traducción de *Eugene Onegin* de Alejandro Pushkin es quizás el más claro y lógico y es también el que he utilizado en este texto, salvo en los casos ya marcados por el uso común o cuando el propio Nabokov ha elegido otra opción distinta.

DMITRI NABOKOV

EL DUENDE DEL BOSQUE

«El duende del bosque» («Nezhit») se publicó el 7 de enero de 1921 en *Rul'*, la revista creada por los exiliados rusos en Berlín un mes antes de que apareciera este relato y en la que Nabokov publicó con regularidad poemas, obras de teatro, relatos, traducciones y problemas de ajedrez. No se tradujo hasta muy tardíamente, cuando pasó a formar parte de la colección francesa *La Venetienne et autres nouvelles* (París, Gallimard, 1990, traducción de Bernard Kreise, edición de Gilíes Barbedette); de la italiana *La Veneciana* (Adelphi, 1992, traducción de Serena Vitale); de la alemana en los volúmenes 13 y 14 de *Vladimir Nabokov Gesammelte Werkez* (Obras Completas,

Rowohlt, 1989, traducción de Dieter Zimmer); y en la edición holandesa de dos volúmenes, *De Bezige Bij*, 1995-1996. Aun habiendo traducido todos los relatos bajo la supervisión directa de mi padre, me considero sin embargo absolutamente responsable de la traducción póstuma de los *Trece relatos* que componen esta colección.

«El duende del bosque» es el primer relato que publicó Nabokov y uno de los primeros que escribió. Lo firmó con el seudónimo de Vladimir Sirin («Sirin» es el nombre de un pájaro en las fábulas rusas y también corresponde al buho americano), que el autor utilizó en su juventud para firmar muchas de sus obras.

Nabokov empezó a escribir cuando estaba estudiando en Trinity College, Cambridge (llegó con su familia a Inglaterra en mayo de 1919 y nunca regresó a Rusia): allí alimentó su pasión por la poesía, mientras traducía la novela *Colas Breugnon* de Romain Rolland.

D. N.

<<

SE HABLA RUSO

«Se habla ruso» («Govoryat porusski») se escribió probablemente a comienzos de 1923. La versión inglesa se titula «Russian Spoken Here».

«Meyn Ried», mencionado en el relato, no es otro que Thomas Mayne Reid (1818-1883), autor de novelas de aventuras. «Mister Ulyanov» es evidentemente Vladimir Ylych Ulyanov, que entró en la Historia bajo el nombre de V. I. Lenin. La GPU (originalmente conocida como la «Cheka» y más tarde designada con los acrónimos NKVD, MVD y, finalmente, KGB) era la policía secreta bolchevique. Entre los libros que se le permiten leer al prisionero están las *Fábulas* de Ivan A. Krilov (1768-1844) y la popular novela histórica de Tolstoi (1817-1875) *El príncipe Serebryaniy*.

D. N.

<<

SONIDOS

«Sonidos» («Zvuki») se escribió en septiembre de 1923 y se publicó en traducción mía al inglés, con el título «Sounds», en *The New Yorker*, el 14 de agosto de 1995.

Nabokov no volvió a escribir relatos hasta enero de 1923, dos años después de la publicación de «El duende del bosque». En el interregno se dedicó a completar sus estudios en Cambridge (verano de 1922). Vivía en Berlín, adonde se había trasladado su familia en octubre de 1920 y donde asesinaron a su padre el 28 de marzo de 1922. En el intervalo hasta la composición de «Sonidos», publicó dos volúmenes de poesía y la traducción rusa de *Alicia en el país de las maravillas*. Este relato es, entre otras cosas, una evocación más o menos modificada de un amor de juventud, casi con toda seguridad su prima Tatiana Evghenievna Segelkranz (el nombre más probable de su marido, citado incorrectamente en otros lugares), de soltera Rausch, la cual también aparece en la novela corta *La dádiva*.

D. N.

<<

Batir de alas

«Batir de alas» («Udar Kríla»), escrita en octubre de 1923, se publicó en *Russkoye Ekho* (El eco de Rusia), una revista de exiliados de Berlín, en enero de 1924, y ve su segunda publicación en versión inglesa con el título de «Wingstroke». Aunque el relato se sitúa en Zermatt, recoge el recuerdo de unas breves vacaciones que Nabokov tomó en St Moritz, en diciembre de 1921, con un amigo de Cambridge, Bobby de Calry.

Sabemos, por una carta a su madre (que se había mudado a Praga a finales de 1923, mientras Nabokov se quedaba en Berlín, donde, en abril de 1924, se casaría con Vera Slonin), que en diciembre de 1924 le envió una segunda parte del relato, ya publicada. Hasta el momento no se ha podido encontrar rastro alguno de esta publicación. Mi traducción al inglés apareció con una frase ligeramente distinta a la versión actual y bajo el título de «Wingbeat» en *The Yale Review*, vol. 80, n.° 1 y 2, abril, 1922.

D. N.

<<

Dioses

Nabokov escribió «Dioses» («Bogi») en octubre de 1923— El relato no se había publicado hasta la colección que reunía todos sus relatos en inglés. Nabokov estaba trabajando en la que probablemente sea su obra de teatro más importante, la tragedia

en cinco actos *Traghediya Gospodina Morna* (La tragedia del señor Morn), publicada por Ardis Press.

D. N.

<<

Una cuestión de suerte

«Sluchaynost», uno de mis primeros relatos, escrito a comienzos de 1924, en el último crepúsculo de mi vida de soltero, fue rechazado por el diario del exilio berlinés *Rul'* («No publicamos anécdotas acerca de cocainómanos», me dijo el editor, exactamente en el mismo tono en el que, treinta años más tarde, Ross, del *New Yorker*, me diría: «No publicamos acrósticos», cuando rechazaron «Las hermanas Vane»).

Fue enviado, con la ayuda de un buen amigo y extraordinario escritor, Ivan Lukash, al *Segodnya*, de Riga, un órgano de exiliados mucho más ecléctico, que lo publicó el 22 de junio de 1924. Nunca habría podido encontrarlo de no ser por el interés del investigador Andrew Field, quien lo redescubrió hace unos pocos años.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

El puerto

«El puerto» («Port» en ruso y «The Seaport» en la versión inglesa), escrito en los primeros meses de 1924, apareció en *Rul'* el 24 de diciembre de ese mismo año. El relato se publicó más tarde, con unos cuantos cambios menores, en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930: la primera colección de relatos de Nabokov, que también incluía veinticuatro poemas. «El puerto» tiene, en parte, una génesis autobiográfica. En julio de 1923, durante una visita a Marsella, Nabokov se quedó fascinado por un restaurante ruso que visitó varias veces y donde, entre otras vicisitudes, unos marineros rusos le propusieron que se embarcara rumbo a Indochina.

D. N.

<<

Venganza

«Venganza» («Mestí», en ruso), escrita en la primavera de 1924, se publicó en *Russkoye Ekho*, el 20 de abril de 1924.

D. N.

<<

Beneficencia

«Beneficencia» («Blagost»), escrita en marzo de 1924, se publicó en *Rul'* el 28 de abril de 1924. Posteriormente se incluyó en la colección *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930.

D. N.

<<

Detalles de una puesta de sol

Dudo mucho de que fuera yo el responsable del título odioso («Katastrofa») que alguien infligió a este relato. Se escribió en junio de 1924 en Berlín y se vendió al diario de Riga *Segodnya*, que lo publicó el 13 de julio de aquel año. Bajo el mismo título, y, sin duda, con mi indolente aprobación, se incluyó en el volumen *Soglyadatay*, Berlín, Slovo, 1930.

Ahora le he dado un nuevo título que tiene la triple ventaja de que, primero, corresponde al fondo temático del relato; segundo, dejará, con toda seguridad, estupefactos a los lectores que acostumbran a «saltarse los pasajes descriptivos» y, por último, enojará a los críticos.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

La tormenta

«La tormenta» («Thunderstorm», en versión inglesa) corresponde al título ruso «Groza», una gran palabreja con ese zigzag azul en el centro de sus letras y que aúna el término «trueno», grom en ruso, con el de tormenta, *Burya*.

Escribí *Groza* en Berlín en algún momento del verano de 1924, y se publicó en *Rul'*, en agosto de 1924, y posteriormente se incluyó en la colección *Vozvrashchenie*

Chorba Berlín, Slovo, 1930.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

La Veneciana

«La Veneciana» («Venezianska») se escribió en septiembre de 1924; el manuscrito está fechado el 5 de octubre de aquel año. El relato no se tradujo ni se publicó hasta su recopilación en esta colección de relatos, y dio título a las ediciones francesa e italiana. La versión inglesa se publicó separadamente en una edición especial con ocasión del sexagésimo aniversario de la editorial Penguin, en Inglaterra, en 1995.

El cuadro de Sebastiano (Luciani) del Piombo (área 1485-1547), que casi con toda seguridad inspiró la tela que se describe en el relato, es el llamado *Giovane romana detta Dorotea* (*circa* 1512). Nabokov pudo haberlo visto en el Kaiser-Friedrich Museum, ahora el Staatliche Museum de Berlín. Probablemente, el lugar de nacimiento del pintor, Venecia, indujo a Nabokov a olvidar la génesis romana de su dama y a transformarla en «veneciana». Es también casi seguro que *Ritratto di donna*, del mismo artista, actualmente en la colección del Conde de Rador en Longford Castle, sea al que alude brevemente Nabokov, cuando dice: «Lord Nortwick de Londres, el propietario de otro cuadro también de Del Piombo».

D. N.

<<

Bachmann

Escribí «Bachmann» en Berlín, en octubre de 1924. Se publicó por entregas el 2 y 4 de noviembre del mismo año en *Rul'* y, posteriormente, fue incluido en la colección *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Me dicen que existió ciertamente un pianista que gozaba de los mismos rasgos peculiares que yo he concedido a mi músico imaginario. Por lo demás, tiene alguna relación con Luzhin, el ajedrecista de *La defensa (Zaschita Luzhina*, 1930), publicado en Nueva York, Putnam, 1964.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

El dragón

«El dragón» («Drakon»), escrito en noviembre de 1924, se publicó por primera vez en traducción francesa de Vladimir Sikorsky.

D. N.

<<

Navidad

«Rozhdestvo» se escribió en Berlín a finales de 1924 y se publicó en dos capítulos, en *Rul'*, el 6 y el 8 de enero de 1925; posteriormente se incluyó en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Se parece extrañamente al problema de ajedrez conocido como jaque propio.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

Una carta que nunca llegó a Rusia

Allá por 1924, en el Berlín del exilio, empecé una novela que titulé provisionalmente «Schastie» (Felicidad), y algunos de sus elementos más importantes acabaron, con las consabidas variaciones, en Mashenka, escrito en la primavera de 1925 (publicado en Slovo, Berlín, en 1926 y traducido al inglés con el título de *Mary* en 1970, por McGraw-Hill, Nueva York, y posteriormente reeditado en ruso a partir del texto original por Ardis y McGraw-Hill en 1974). En torno a la Navidad de 1924 tenía terminados dos capítulos de *Schastie* pero entonces, por una oscura y olvidada, aunque sin duda excelente idea, destruí el capítulo primero y la mayor parte del segundo. Dejé tan sólo un fragmento que correspondía a una carta escrita en Berlín a mi heroína que se había quedado en Rusia. Se publicó en *Rul'* (Berlín, 29 de enero de 1925), con el título de *Pis'mo (Carta) v Rossiyu*, y luego se incluyó en la colección en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Una traducción literal del título habría resultado ambigua y, por tanto, el título hubo de ser modificado en su versión inglesa.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

La pelea

«La Pelea» («Draka») se publicó en *Rul’* el 26 de septiembre de 1925, en una traducción francesa de Gilíes Barbedette y en mi traducción inglesa («The Fight») en el *New Yorker*, el 18 de febrero de 1985.

D. N.

<<

El retorno de Chorb

Publicado por primera vez en dos números de *Rul’*, los días 12 y 13 de noviembre de 1925, reeditado en la colección *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930.

Gleb Struve hizo una versión inglesa (que apareció firmada con el seudónimo Vladimir Sirin) en la antología *This Quarter* (vol. 4, n.° 4, junio de 1932), publicada en París por E. W. Titus. Siento confesar que cuando leí esta versión, cuarenta años más tarde, la encontré un tanto débil de estilo y algo inexacta en cuanto a su sentido desde mi perspectiva actual. La he retraducido completamente en colaboración con mi hijo.

La escribí no mucho después de terminar ni novela Masbenka y es un buen ejemplo de mis estructuras y construcciones tempranas. Su escenario es una pequeña ciudad de Alemania hace medio siglo. Observo ahora que la carretera de Niza a Gras, por la que imaginé a la señora Chorb caminando, no debía de estar pavimentada en aquella época, sino que más bien, en 1920, sería un trecho de polvo y arena. He omitido el ponderoso nombre de su madre, «Varvara Klimovna», que no hubiera despertado eco ni resonancia alguna en mis lectores anglonorteamericanos.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

Guía de Berlín

Escrita en Berlín, en diciembre de 1925, «Putevoditelí po Berlinu» se publicó en *Rul’* el 24 de diciembre de 1925 y luego fue recogida en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. A pesar de su aparente sencillez, esta «Guía» constituye una de mis piezas más engañosas. Su traducción nos ha causado a mi hijo y a mí enormes y saludables problemas. Hemos tenido que añadir dos o tres frases dispersas aquí y allá para clarificar ciertos hechos.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976
<<

UN CUENTO DE HADAS

Escribí «Un cuento de hadas» (versión inglesa, «A Nursery Tale»; versión rusa «Skazka») en Berlín, a finales de mayo o principios de junio de 1926, y se publicó por entregas en *Rul'*, Berlín, el 27 y 29 de junio de aquel año. Se incluyó más tarde en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Al ser un artefacto bastante artificial, compuesto apresuradamente, con más preocupación por el complicado argumento que por las imágenes y el buen gusto, ha requerido una serie de correcciones en la versión inglesa. No obstante, el harén del joven Erwin ha permanecido intacto. No había vuelto a releer mi «Skazka» desde 1930, y ahora, al volver a trabajarlo para traducirlo, me he visto mágicamente sorprendido al ver a un Humbert algo decrépito, pero absolutamente reconocible, escoltando a su ninfa en este relato que escribí hace medio siglo.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975
<<

TERROR

Escribí «Usas» en Berlín, en torno a 1926, uno de los años más felices de mi vida. *Sovretnennya Zapiski*, la revista de los exiliados de París, lo publicó en 1927 y posteriormente se incluyó en la primera de las tres colecciones de relatos rusos, *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Es al menos doce años anterior a La náusea, de Sartre, con la que comparte ciertas preocupaciones temáticas y ninguno de los defectos fatales de la novela.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975
<<

EL NAVAJA

«*El Navaja*» (versión inglesa, «Razor»; versión rusa, «Britva») se publicó en *Rul'*, el 16 de septiembre de 1926. Masheníka (Mary), la primera novela de Nabokov, se publicaría aproximadamente un mes más tarde. Se reeditó en traducción francesa

de Laurence Dolí, en el volumen introductorio de la edición holandesa, que titularon La Biblioteca de Nabokov (*De Bezige Bij*, 1991).

D. N.

<<

El pasajero

«Passazhir» se escribió en Berlín a comienzos de 1927, se publicó el 6 de marzo de 1927 en *Rul'* y posteriormente se incluyó en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Hay una traducción inglesa de Gleb Struve que se publicó en *Lovat Dickson Magazine*, editado por P. Gilchrist Thompson (mi nombre aparece en cubierta como V. Nobokov [sic] Sirin), vol. 2, n.° 6, Londres, junio de 1934. También apareció en *A Century of Russian Prose and Verse from Pushkin to Nabokov*, editado por O. R. y R. P. Hugues y G. Struve, a partir de la versión original, en Nueva York, Harcourt Brace, 1967. No pude utilizar la traducción de Struve para la versión inglesa por las mismas razones ya aducidas en el caso del relato «El retorno de Chorb».

El «escritor» de este relato no constituye un autorretrato, sino la imagen generalizada de un autor medio. El «Crítico», sin embargo, es un bosquejo amable de un amigo, también exiliado, Yuliy Ayhenvald, el famoso crítico literario (1872-1928). Los lectores de la época reconocieron sus gestos precisos y delicados, así como su afición por la eufonía de las frases en sus comentarios literarios. Al final del relato todo el mundo parece haberse olvidado de la cerilla quemada en la copa de vino, algo que no hubiera permitido que sucediera hoy.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

El timbre

El lector lamentará conocer que la fecha exacta de la publicación de este relato (Zvonok) no ha podido ser establecida con exactitud. Se publicó ciertamente en *Rul'*, en Berlín, probablemente en 1927 y posteriormente se incluyó en *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

UNA CUESTIÓN DE HONOR

«Una cuestión de honor» (versión inglesa, «An Affair of Honor») se publicó con el título «Podlets» en *Rul'*, en Berlín, en torno a 1927, y se incluyó en mi primera colección *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. Esta traducción se publicó en *The New Yorker*, el 3 de septiembre de 1966 y se incluyó en *Nabokov's Quartet*, Nueva York, Phaedra, 1966.

El relato constituye una versión tardía, en el ambiente gris del exilio, del tema romántico, cuya decadencia comenzó con la novela corta de Chejov, *Combate singular* (1891).

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

EL CUENTO DE NAVIDAD

«El cuento de Navidad» se publicó con el título «Rozhdestvenskiy rasskaz» en *Rul'*, el 25 de diciembre de 1928. En septiembre de 1928, Nabokov había publicado *Rey, dama, valet (Korol', dama, valet*). En el relato se menciona a varios escritores: a Neverov, de origen campesino (seudónimo de Aleksandr Skobelev, 1886-1923), al «realista social» Maksin Gorky (1868-1936), al «populista» Vladimir Korolenko (1853-1921), al «decadente» Leónidas Andreyev (1871-1919) y al «neorrealista» Eugenio Chirikov (1864-1923).

D. N.

<<

EL ELFO PATATA

«The Potato Elf» es la primera traducción al inglés que es fiel al relato *Kartofel'nyy el'f* escrito en Berlín en 1929 y publicado también en Berlín, en el diario *Rul'*, los días 15, 17, 18 y 19 de diciembre de 1929. Se incluyó en mi colección de relatos *Vozvrashchenie Chorba*, Berlín, Slovo, 1930. En diciembre de 1930 apareció en *Esquire* una versión inglesa de Serge Bertenson e Irene Kosinska, llena de errores y omisiones, la cual se volvió a publicar en una antología (*The Single Voice*, Londres, Collier, 1969).

Aunque no era mi intención que este relato revelara complicidades ciertas con un

guión cinematográfico, ni tampoco despertar con él la avidez de ningún guionista, lo cierto es que su estructura y la recurrencia cromática de algunos elementos revisten un cierto tono cinematográfico. La introducción, con su carácter deliberado, da lugar a una serie de ritmos convencionales o a un pastiche de esos ritmos. No creo, sin embargo, que mi hombrecillo pueda conmover ni al más lacrimógeno y empedernido lector de historias «con interés humano», y eso es precisamente lo que salva al relato.

Otro aspecto que lo separa del resto de mis cuentos es el hecho de que está ambientado en Inglaterra. No puede descartarse así un cierto automatismo temático, pero, por otro lado, el exotismo que se deriva de la ambientación (en el sentido de que es un entorno distinto al berlinés, más familiar, de mis otros relatos) concede a la historia cierta pátina de artificio que no me desagrada. De todos modos, no es mi obra favorita, y la incluyo en esta colección de relatos sólo porque la posibilidad de volverla a traducir correctamente representa una inestimable victoria personal que rara vez le es concedida a un autor traicionado.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

AURELIANA

«Aureliana» (1930) pertenece a la colección *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

UN TIPO BIEN PLANTADO

La versión original rusa, «Khvat», se publicó por vez primera a comienzos de los años treinta. Los principales periódicos del exilio, *Rul'* (Berlín) y *Poslednie Novosti* (París), lo rechazaron por considerarlo indecente y brutal. Apareció en *Segodnya* (Riga), en una fecha que habría que verificar, y en 1918 se incluyó en la colección de relatos *Soglyadatay*, Russkie Zapiski, París. La versión inglesa («A Dashing Fellow») se publicó en Playboy, en diciembre de 1971.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

UN MAL DÍA

Escribí «Un mal día» (en ruso «Obida», cuyo significado léxico es el de «ofensa» o «mortificación») en Berlín en el verano de 1931. Apareció en París, en el diario del exilio *Poslednie Novosti*, el 12 de julio de 1931 y posteriormente se incluyó en el volumen *Soglyadatay* (París, 1938), dedicado a Ivan Bunin. El niño del relato, aunque vive en un entorno muy semejante al de mi propia infancia, difiere en diversos aspectos de mi persona tal y como aparece en mi memoria, en la cual mi personalidad se presenta dividida entre tres jóvenes, Peter, Vladimir y Vasiliy.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

LA VISITA AL MUSEO

«La visita al museo» («Poseshchenie muzeya») se publicó en la revista del exilio *Sovremennyya Zapiski* (París, LXVIII, 1939) y posteriormente en el volumen de relatos *Vesna v Fialte* (Nueva York, Chekohv, 1959). La versión inglesa apareció en Esquire en marzo de 1963 y posteriormente se incluyó en *Nabokov's Quartet* (Nueva York, Phaedra, 1966).

Los lectores que no sean rusos tal vez agradezcan una nota explicativa. En un determinado momento, el desgraciado narrador observa el rótulo de una tienda y se da cuenta de que no está en la Rusia de su pasado sino en la Rusia de los soviets. El detalle revelador es la ausencia de la letra que solía decorar el final de una palabra terminada en consonante en la vieja Rusia pero que se omite en la ortografía reformada adoptada por los soviéticos.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

UN HOMBRE OCUPADO

El original ruso («Zanyatoy chelovek»), escrito en Berlín entre el 17 y el 26 de septiembre de 1931, apareció el 20 de octubre en París, en el diario del exilio *Poslednie Novosti*, y posteriormente se incluyó en la colección *Soglyadatay* (París, Rsskiya Zapiski, 1938).

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976
<<

Terra Incógnita

La versión original rusa de «Terra Incógnita» apareció con ese título en *Poslednie Novosti*, en París, el 22 de noviembre de 1931 y posteriormente se incluyó en el volumen *Soglyadatay*, París, 1938. La versión inglesa se publicó en *The New Yorker*, el 18 de mayo de 1963.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)
<<

El reencuentro

Escrito en Berlín en diciembre de 1931, publicado en enero de 1932 con el título «Vstrecha» (Reunión) en el diario del exilio *Poslednie Novosti*, en París, y posteriormente incluida en *Soglyadatay*, París, Russkiya Zpaiski, 1938.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976
<<

Labios contra labios

Mark Aldanov, más próximo que yo al *Poslednie Novosti* (revista con la que mantuve un animado contencioso a lo largo de los años treinta) me informó que, en el último momento, habían decidido no publicar este relato («Usta k ustam») cuya aceptación me había sido confirmada. «*Razbili nabor*» («Se les rompió la caja»), musitó apesadumbrado mi amigo. Se publicó finalmente en 1956, en Chekhov Publishing House, Nueva York, en la colección *Vesna v Fialte*, y para entonces cualquiera que hubiera tenido la menor sospecha de parecerse siquiera remotamente a uno de los personajes del relato estaba ya convenientemente muerto y sin herederos. La revista Esquire publicó una versión inglesa con este título: «Lips to Lips».

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)
<<

Amaro

«Lebeda» se publicó en el *Poslednie Novosti*, en París, el 31 de enero de 1932 y luego se incluyó en *Soglyadatay*, Ruskkiya Zpaiski, París, 1938. Lebeda es la planta que se conoce como Atriplex. Su nombre inglés, Orache, conserva curiosamente las resonancias del título en ruso ya que el «ache» contenido en la palabra alude al dolor. «Algia» sería su traducción española y en su forma escrita «traduce» el ili beda, o dolor sugerido en el título ruso. Los lectores de *Habla, memoria* quizá reconozcan en ciertos patrones del relato algunos detalles de la sección final del capítulo 9 del citado libro (*Speak, Memory*, Putnam, Nueva York, 1966). Entre el mosaico de la ficción emergen algunos recuerdos reales que no aparecen en *Habla, memoria*, como los pasajes acerca del maestro «Berezovski» (Berezin, un geógrafo popular en sus tiempos), y también la pelea con el chulo de la escuela. El relato ocurre en San Petersburgo en torno a 1910.

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976

<<

Música

Escribí «Muzyka», un entretenimiento muy popular entre los traductores, en Berlín, a comienzos de 1932. Se publicó en el diario del exilio *Poslednie Novosti*, en París, el 27 de marzo de 1932 y luego en el volumen *Soglyadatay*, publicado por la editorial Russkiya Zapiski, en París en 1938.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

Perfección

Escribí «Sovershenstvo» en Berlín en junio de 1932. Se publicó en París en 1938, en el diario *Poslednie Novosti*, y posteriormente se incluyó en *Soglyadatay* (París, 1938). Aunque en mis años de exilio también fui en ocasiones preceptor o tutor de algunos muchachos, niego cualquier otro parecido entre mi persona y la de Ivanov.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

La aguja del almirantazgo

Aunque en el relato de los amores del narrador hay varios detalles que se corresponden de alguna forma con elementos de mis obras autobiográficas, no se debe olvidar que la «Katya» de este relato es una mujer inventada. Escribí «Admiralteyskaya igla» en Berlín, en mayo de 1933 y se publicó por entregas en *Poslednie Novosti*, en París, en los números del 4 y 5 de junio de aquel año. Posteriormente se incluyó en la colección *Vesna v Fialte*, publicada en Nueva York, Chekhov Publishing House, 1956.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

El Leonardo

Escribí este relato en Berlín, entre los pinos de la ribera del lago Grunewald, en el verano de 1933. Se publicó en París en *Poslednie Novosti*, en los números correspondientes al 23 y 24 de julio de 1933. Posteriormente se incluyó en *Vesna v Fialte*, Nueva York, 1956.

El título original ruso, «Korioliok» (literalmente, «un reyezuelo»), es, o se supone que es, un modo de designar a un falsificador en la jerga rusa de los bajos fondos. Le estoy sumamente agradecido al profesor Stephen Jan Parker que me sugiriera el título de la versión inglesa («The Leonardo»), el término que correspondería a las implicaciones semánticas del ruso en el argot americano, un término que brilla deliciosamente con el majestuoso polvo de oro del nombre del Viejo Maestro. La sombra grotesca y feroz de Hitler se cernía sobre Alemania en la época en la que imaginé a esos dos bestias y a mi pobre Romantovski. La versión inglesa se publicó en *Vogue*, en abril de 1973.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

En memoria de L. I. Shigaev

En su bibliografía de mis obras, Andrew Field no ha conseguido fijar con exactitud la fecha de *Pamyati L. I. Shigaev*, escrita en Berlín a principios de 1930 y publicada probablemente en *Poslednie Novosti*. Estoy prácticamente seguro de que la escribí a comienzos de 1934. Mi mujer y yo compartíamos un maravilloso piso con la

prima de mi mujer, Anna Feigin, la propietaria del mismo, en una esquina (el número 22) de la calle Nestorstrasse en la zona de Grunewald de Berlín (donde compuse asimismo Invitation to a Beheading y *La dádiva*). Los simpáticos diablillos del relato pertenecen a una subespecie aquí descrita por vez primera.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

El círculo

A mediados de 1936, no mucho antes de abandonar Berlín para siempre y de terminar *La dádiva* en Francia, llevaba escritas al menos cuatro quintas partes del último capítulo cuando, en algún momento, un pequeño satélite se separó del cuerpo principal de la novela y empezó a girar en torno a éste. Desde una perspectiva psicológica, esta separación pudo haber sido provocada por la mención de la niña Tanya en la carta de su hermano o también porque éste recordara, en un sueño profético, al maestro de la aldea. Desde el punto de vista técnico, el círculo que describe este relato, que es como un corolario (su última frase tiene una existencia implícita anterior a la frase que abre el relato), pertenece a la fórmula narrativa del «pescado que se muerde la cola» que encontramos en el cuarto capítulo de *La dádiva* (o, por poner otro ejemplo, en *Finnegans Wake*, que es posterior). No hace falta haber leído la novela para disfrutar de corolario, que posee su propia órbita y luminosidad, pero tal vez le sea útil al lector saber que la acción de *La dádiva* comienza el 1 de abril de 1926 y termina el 29 de junio de 1929 (tres años en la vida de Fyodor Godunov Cherdíntsev, un joven exiliado en Berlín); que la boda de su hermana tiene lugar en París a fines de 1926; y que la hija de ésta nace tres años más tarde y sólo tiene siete años en junio de 1936 y no «unos diez años» como Innokenti, el hijo del maestro, se permite suponer (a espaldas del autor) cuando visita París en «El círculo». Cabe añadir que el relato despertará en los lectores que hayan leído la novela una deliciosa sensación de reconocimiento soterrado, de matices cambiantes enriquecidos con un sentido nuevo, debido a que vemos el mundo no a través de los ojos de Fyodor, sino a través de la mirada externa de un ser más bien marginal al mundo de Fyodor y más próximo a los viejos radicales idealistas de la vieja Rusia (los cuales, dicho sea de paso, acabarían odiando la tiranía bolchevique tanto como los aristócratas liberales). «Krug» se publicó en París en 1936, pero a efectos bibliográficos no se ha determinado todavía la fecha exacta ni el periódico en que apareció (probablemente, *Poslednie Novosti*). Veinte años más tarde se incluyó en la colección de relatos *Vesna v Fialte*, Chekhov Publishing House, Nueva York, 1956.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)
<<

UNA MALA NOTICIA

Este relato se publicó en una revista del exilio en torno a 1935, con el título «Opoveshenie» (Notificación), y posteriormente se incluyó en el volumen *Soglyadatay* (Russkie Zapiski, París, 1938). La versión inglesa se titula «Breaking the News». El ambiente y el tema del relato se relacionan con los de «Signos y símbolos», escrito diez años más tarde en inglés (véase *The New Yorker*, 15 de mayo de 1948, y *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*, Doubleday, 1958).

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 197 3)
<<

HUMO TÓRPIDO

«Tyazholy dym» apareció en París, en el diario *Poslednie Novosti*, el 3 de marzo de 1935 y posteriormente se incluyó en el volumen *Vesna v Fialte* (Nueva York, 1956). La versión inglesa, de título «Torpid Smoke», se publicó en Triquarterly, n.° 27, en la primavera de 1973. En dos o tres pasajes de la versión inglesa se introdujeron unas cuantas frases breves para aclarar una serie de localismos y características costumbristas hoy en día desconocidos, no sólo por los lectores extranjeros sino también por los nada inquietos descendientes de aquellos rusos que huyeron a Europa occidental en los primeros años después de la revolución bolchevique. El relato se enmarca dentro del grueso de mis narraciones breves que abordan el mundo de los exiliados rusos en Berlín entre 1920 y finales de los años treinta. Los lectores aficionados a las complicidades autobiográficas deben saber que mi mayor placer al componer aquellos objetos era inventar sin compromiso ni compasión toda una serie de personajes exiliados cuyo carácter, clase social, rasgos externos y demás fueran de todo punto diferentes a los de cualquiera que llevara el nombre de Nabokov. Las únicas afinidades existentes aquí entre el autor y su héroe son la circunstancia de que ambos escriben versos en ruso y que yo, en alguna que otra ocasión, también me he visto obligado a vivir en un piso berlinés tan lúgubre como el de mi protagonista. Sólo los malos lectores (o quizás también algún que otro lector excepcionalmente bueno) se enojarán conmigo por no haberles dejado pasar más allá del vestíbulo de mi casa.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)
<<

RECLUTANDO A UN CÓMPLICE

Escribí «Nabor» («Recruiting», en versión inglesa) en Berlín en el verano de 1935. Se publicó el 18 de agosto de aquel año en París, en *Poslednie Novosti*, y veintiún años más tarde se incluyó en el volumen *Vesna v Fialte*, publicado en Nueva York (Chekhov Publishing House).

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975
<<

UN JIRÓN DE VIDA

El título original de este entretenido relato es «Sluchay in zhizni». La primera palabra significa «ocurrencia» o «caso singular», y las dos últimas, «tomado de la vida». La combinación tiene en ruso un matiz deliberadamente vulgar, periodístico, que se pierde en una versión meramente literal. La fórmula elegida para la versión inglesa («A Slice of Life») es más verídica y conforme a cierta tonalidad del inglés, especialmente porque se acomoda bastante bien al habla primitiva de mi protagonista, no hay más que escuchar su lenguaje de cuarto de banderas justo antes del desenlace.

«¿Y cuál era su objetivo cuando escribió con su pluma este relato hace cuarenta años en Berlín?» La verdad es que lo escribí a tinta, sí señor (porque nunca aprendí a escribir a máquina, y el largo reinado del lapicero 3B, con una goma en la punta, tardara años en inaugurarse en automóviles aparcados y en moteles de carretera); pero nunca tuve en mente «objetivo» alguno: cuando escribía relatos lo hacía para mí, para mi mujer y para media docena de queridos amigos muertos. Se publicó en el diario del exilio de París, *Poslednie Novosti*, el 22 de septiembre de 1935 y tres años más tarde se incluyó en el volumen *Soglyadatay* (Russkiya Zpaiski, Anales Rusos, 51, rue de Turbigo, París, una dirección legendaria).

V. N., *Details of a Sunset and Other Stories*, 1976
<<

PRIMAVERA EN FIALTA

«Primavera en Fialta» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Nube, castillo, lago

«Nube, castillo, lago» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Destruid al tirano

Escribí «Istreblenie tiranov» en Mentón, en primavera o a comienzos del verano de 1938. Se publicó en París, en Russkiya Zapiski, en agosto de 1938 y también en el volumen Vestía v Fialte. Hitler, Lenin y Stalin se disputan mi trono de tirano en este relato y vuelven a encontrarse de nuevo en *Bend Sinister* (1947), con un quinto sapo. Con él, la destrucción se completa.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

Lik

«Lik» se publicó en el diario del exilio de París, *Poslednie Novosti*, en febrero de 1939 y después en mi tercer volumen de relatos rusos (*Vesna v Fialte*, Chekhov, Nueva York, 1956). «Lik» refleja el entorno milagroso de la Riviera donde compuse el relato, y trata de crear la impresión de una representación teatral que rodeara y envolviera por completo a un actor neurótico, aunque no necesariamente en la misma forma en la que el actor esperaba cuando soñaba con aquella experiencia. La traducción inglesa se publicó en *The New Yorker*, el 10 de Octubre de 1964, y se incluyó posteriormente en *Nabokov's Quartet* (Phaedra, Nueva York, 1966).

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

MADEMOISELLE O

«Mademoiselle O» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958

D. N.

<<

VASILIY SHISHKOV

Un buen día, para aliviar el aburrimiento y la tristeza de mi vida en París a finales de 1939 (unos seis meses más tarde emigraría definitivamente a América), decidí gastarle una broma inocente al crítico más famoso del exilio, George Adamovich (que solía condenar mi obra con la misma regularidad con la que yo denigraba los poemas de sus discípulos), publicando en una de las dos revistas más importantes un poema firmado con un nuevo seudónimo, para ver qué decía de aquel autor novel en la columna literaria semanal que escribía en el diario del exilio parisino *Poslednie Novosti*. Aquí está el poema:

Los poetas [1]

De habitación a corredor pasa una vela
y se apaga. Su impresión flota en tus ojos
hasta que, entre las ramas azul negras,
halla sus contornos una noche sin estrellas.

Es hora ya, nos marchamos: todavía juveniles,
con una lista de sueños por soñar aún,
con el postrer, casi invisible resplandor de Rusia
sobre las rimas fosforescentes de nuestro verso final.

Y sin embargo conocimos, ¿no es verdad?, la inspiración,
viviríamos, parecía así, y crecerían nuestros libros,
pero las musas, que no tienen conocidos, nos han destruido al fin,
y hora es ya de que marchemos.

No es esto así porque temamos ofender
a la buena gente con nuestra libertad; simplemente
es hora de que partamos ya —y además preferimos no ver
lo que a otros ojos está oculto;

no ver todo el encantamiento y el tormento de este mundo,

el marco que captura desde lejos un rayo de sol,
humildes sonámbulos con uniforme militar,
el cielo altivo, las atentas nubes;

la belleza, la mirada de reproche; los niños pequeños
que juegan al escondite en el interior y en torno
a la letrina que gira en el crepúsculo estival;
la belleza del ocaso, su mirada de reproche;

cuanto a uno pesa, entrelaza a uno, hiere a uno;
lágrimas de un cartel luminoso en la ribera opuesta;
precipitándose a través de la niebla el torrente de sus esmeraldas;[2]
todas las cosas que ya no puedo expresar.

En un instante pasaremos por el umbral del mundo
a una región… llamadla como queráis:
negación del lenguaje, desierto, muerte,
o quizá más simple: el silencio del amor;

el silencio de un camino de ruedas lejano, su surco,
bajo la espuma de las flores oculto;
mi silencioso país (el amor que no tiene esperanza);
la silenciosa hoja relampagueante, la silenciosa semilla.

El original ruso apareció, si no me falla la memoria, en octubre o noviembre de 1939 en «Ruskiya Zapiski», y Adamovich lo aclamó con excepcional entusiasmo en su reseña correspondiente. («Por fin ha nacido un gran poeta entre nosotros, etcétera», cito de memoria, pero creo que un bibliógrafo trabaja en estos momentos tratando de buscar esta crítica.) Decidí seguir con la broma y, poco después de que se apareciera tamaño panegírico, publiqué en la misma revista (*Poslednie Novosti*, ¿en diciembre de 1939? De nuevo, la fecha exacta se me escapa) mi pieza en prosa titulada «Vasiliy Shishkov» (posteriormente recogida en *Vesna v Fialte*, Nueva York, 1956), que se puede interpretar, según el grado de inteligencia del lector exiliado, o bien como un hecho que realmente ocurrió y en el que participó una persona de carne y hueso llamada Shishkov, o alternativamente como una atrevida historia acerca de un caso extraño en el que un poeta se transforma en otro. Al principio, Adamovich se negó a dar crédito a aquellos amigos y enemigos ávidos que le llamaban su atención sobre el hecho de que yo me había inventado a Shishkov; finalmente, no le quedó más remedio que darles la razón, pero en un texto siguiente explicaba que yo «tenía la suficiente habilidad paródica para lograr imitar a un genio». Desearía ardientemente que todos los críticos fueran tan generosos como él. Nos encontramos

en un par de ocasiones, brevemente, pero a raíz de su muerte muchos viejos literatos han hablado de su bondad y de su agudeza. En realidad, sólo tenía dos pasiones en la vida: la poesía rusa y los marineros franceses.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

<<

Ultima Thule Y Solus Rex

El invierno de 1939-1940 fue mi despedida del ruso, es decir, cuando escribí mis últimas obras en prosa en esa lengua. En la primavera fui a América, donde pasaría veinte años seguidos componiendo obras de ficción únicamente en inglés. Entre las obras de esos últimos meses en París, había una novela que no terminé antes de mi partida, y a la que nunca volví. Destruí todo lo que había escrito, salvo dos capítulos y unas cuantas notas. El primer capítulo, titulado «Ultima Thule», apareció en 1942 en *Novy Zhurnal* (Nueva York, vol. 1). Su publicación había sido precedida por la del segundo capítulo, «Solus Rex», que apareció en París a comienzos de 1940 en *Sovremennyya Zapiski* (vol. 70). La traducción al inglés que hizo mi hijo en febrero de 1971 con mi colaboración es escrupulosamente fiel al texto original, incluida la restauración de una escena que en Souvremenye Zapiski había sido sustituida por puntos suspensivos. Quizás si hubiera terminado el libro, los lectores no tendrían que hacerse preguntas como las siguientes: ¿era Falter un impostor?, ¿o acaso era un visionario de verdad?, ¿o tan sólo un médium a través del cual la esposa muerta del narrador intentaba hacer llegar a su marido un mensaje borroso que éste pudo o no reconocer? En cualquier caso, hay algo que está absolutamente claro. Al evocar un país imaginario (lo cual, en principio, le sirve para sofocar su pena y luego se va convirtiendo en una auténtica obsesión artística), el viudo llega a enfrascarse hasta tal punto en Thule que el país comienza a cobrar realidad propia. Sineusov menciona en el capítulo primero que va a abandonar la Riviera para volver a su piso de París. Pero, en realidad, se instala en un palacio desolado en una isla remota del norte. Su arte le ayuda a resucitar a su mujer en la persona de la reina Belinda, un acto patético que no le permite triunfar sobre la muerte, ni siquiera en el mundo libre de la fantasía. En el tercer capítulo ella volvía a morir, asesinada por una bomba destinada a su marido, en el nuevo puente sobre el Egel, unos minutos después de regresar de la Riviera. Eso es todo lo que me es posible recordar, entre el polvo y los escombros de mis viejas fantasías.

<<

En cuanto al título de «Solus Rex» citaré aquí a Blackburne en su obra Terms &

Themes ofChess Problems (Términos y asuntos de problemas ajedrecísticos, Londres, 1907): «Si el Rey es la única figura negra en el tablero, entonces nos hallamos ante el problema que se conoce con el nombre de “Solus Rex”».

El Príncipe Adulf, al cual imaginé, por alguna razón, con unos rasgos físicos semejantes a los de S. P. Diághilev (1872-1929), sigue siendo uno de los personajes favoritos de mi museo particular de momias que todo escritor agradecido guarda en algún lugar de su estancia. No recuerdo los pormenores de la muerte del pobre Adulf, salvo que Sien y sus compañeros lo despacharon de manera horrible y desmañada, exactamente cinco años antes de que se inaugurara el puente sobre el río Egel.

Me dicen que ya no quedan seguidores de Freud, así que no me veo en la necesidad de advertirles que no toquen mis círculos con sus símbolos. El buen lector, por otra parte, hallará sin duda ecos desfigurados de esta mi última ficción rusa en *Bend Sinister* (1947) y especialmente en *Pálido fuego (Pale Fire*, 1962); esos ecos me molestan un poco, pero lo que realmente me hace lamentar no haberla terminado es que parecía que iba a diferir radicalmente del resto de mis obras en ruso, por la calidad de su coloratura, por la amplitud de su estilo, por algo indefinible y poderoso que fluye en ella como una corriente subterránea. La versión inglesa de «Ultima Thule» se publicó en *The New Yorker*, el 7 de abril de 1973.

V. N., *Una belleza rusa* (*A Russian Beauty and Other Stories*, 1973)

<<

El ayudante de dirección

«El ayudante de dirección» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Erase una vez en Alepo

«Érase una vez en Alepo» procede de *Trece relatos* (*Nabokov’s Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Un poeta olvidado

«Un poeta olvidado» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

De horas y mareas

«De horas y mareas» («Time and Ebb», en versión inglesa) procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Interior con palabras, 1945

«Interior con palabras, 1945» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Signos y símbolos

«Signos y símbolos» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Primer amor

«Primer amor» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<

Escenas de la doble vida de un monstruo

«Escenas de la doble vida de un monstruo» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's*

Dozen), 1958.

D. N.

<<

LAS HERMANAS VANE

Escrita en Ithaca, Nueva York, en febrero de 1951. Se publicó primero en la *Hudson Review* (Nueva York, invierno, 1959) y en *Encounter* (Londres, marzo, 1959). Posteriormente se incluyó en la colección *Nabokov's Quartet* (Phaedra, Nueva York, 1966). En este relato se juega con la ignorancia del narrador, quien permanece absolutamente inconsciente de la trampa que le juegan las dos hermanas muertas, que utilizan su nombre en forma de acróstico en el último párrafo para asegurar su misteriosa participación en la historia. La posibilidad misma de intentar este juego o trampa narrativa sólo se presenta en raras ocasiones dentro de la larga historia de la ficción. Que la operación se haya resuelto con éxito es otra cuestión muy distinta.

V. N., *Tyrants Destroyed and Other Stories*, 1975

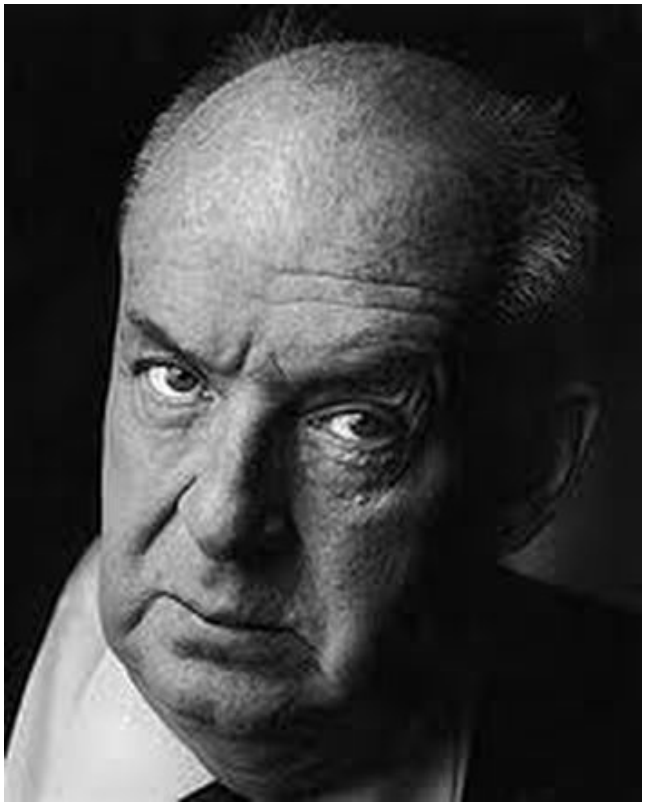
<<

LANCE

«Lance» procede de *Trece relatos* (*Nabokov's Dozen*), 1958.

D. N.

<<



VLADIMIR NABOKOV nació en San Petersburgo en el seno de una familia de la aristocracia en 1899, pero su trayectoria familiar primero, y luego sus inquietudes personales, lo llevaron a Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, donde inició una brillante carrera como poeta, novelista, crítico y traductor, a la vez que enseñaba Literatura en varias universidades de prestigio. Sus novelas *Mary* (1926), *Rey, dama, valet* (1928), *La defensa* (1930), *Gloria* (1932), *Risa en la oscuridad* (1933), *Desesperación* y *La dádiva* (ambas de 1934), *Invitado a una decapitación* (1938), *El ojo* (1937), *El hechicero* (1939), *La verdadera vida de Sebastián Knight* (1941) y *Ultima Thule* (1942) precedieron el éxito monumental de *Lolita* (1955) que le permitió abandonar la enseñanza y consagrarse por entero a su vocación de escritor. Después llegaron *Pnin* (1957), *Pálido fuego* (1962), *Ada o el ardor* (1969), *Cosas transparentes* (1972), *¡Mira los arlequines!* (1974). Entre sus obras de no ficción cabe destacar su autobiografía *Habla, memoria* (1951) y ensayos literarios como *Nikolai Gögol* (1944) o sus cursos de literatura europea, sobre el Quijote o sobre la literatura rusa. En 1961 se trasladó a Suiza, donde murió en 1977. En 2009, su hijo Dmitri accedió a la publicación de su novela inacabada, *El original de Laura*.

Notas al pie

[1] Traducción de Javier Marías (*Desde que te vi morir*, Alfaguara, 1999) <<

[2] Las torrenciales esmeraldas de un anuncio de aspirinas al otro lado del Sena. <<